



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

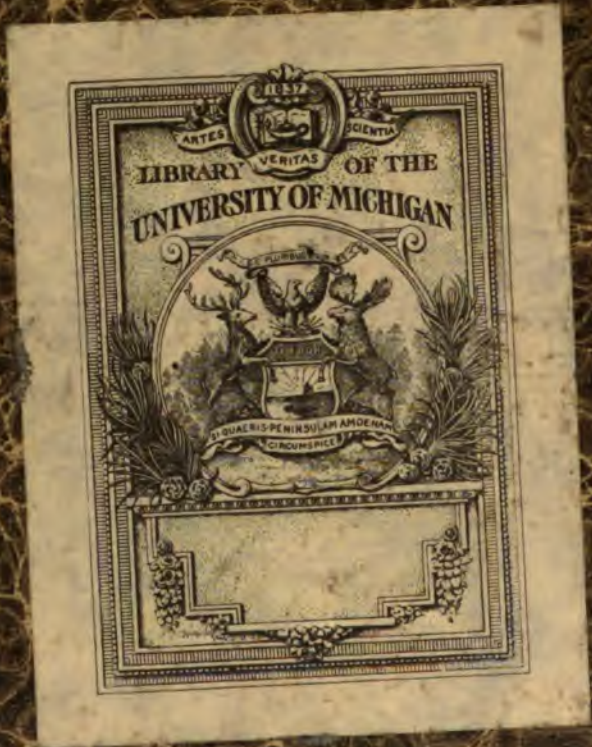
Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

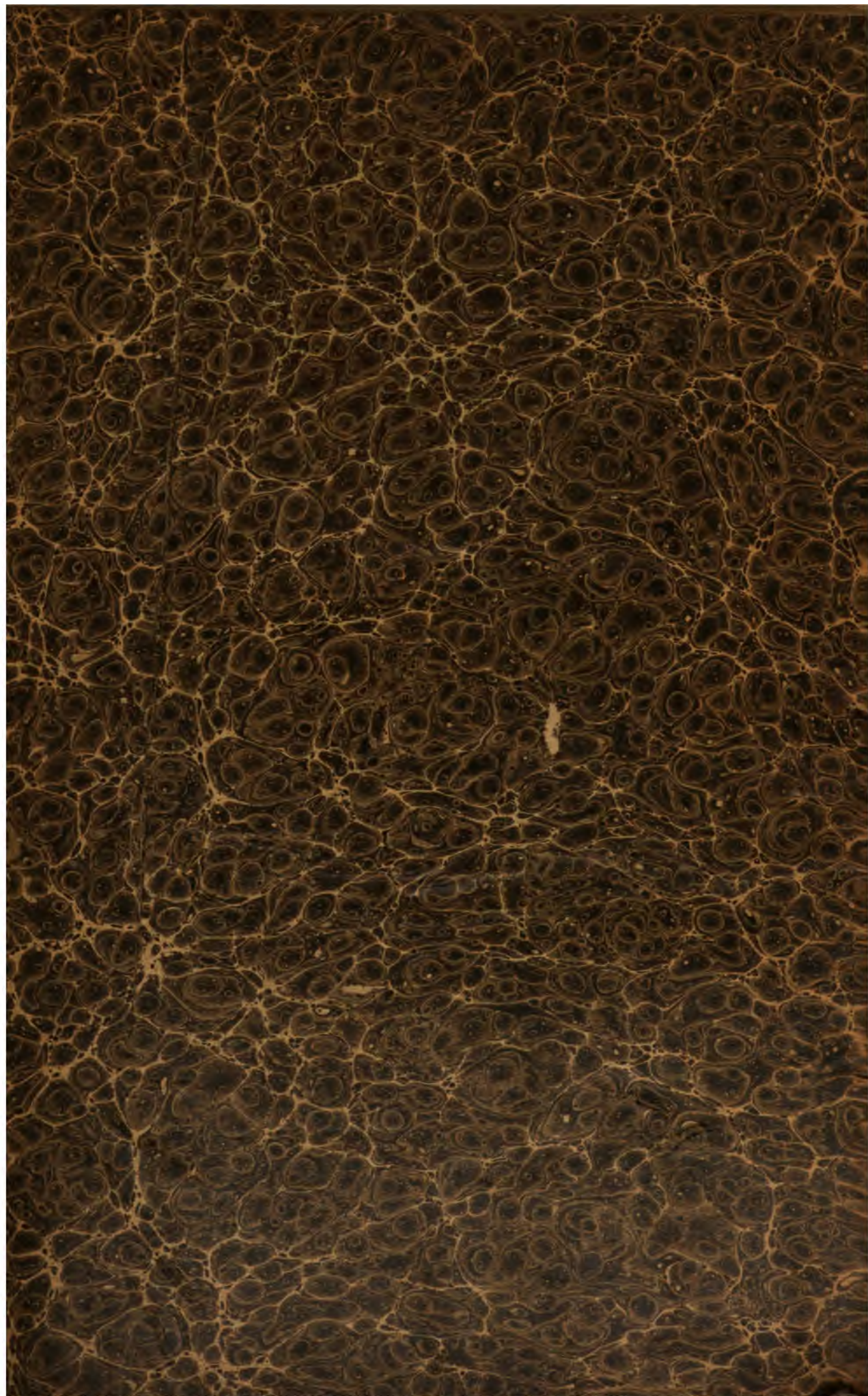
Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

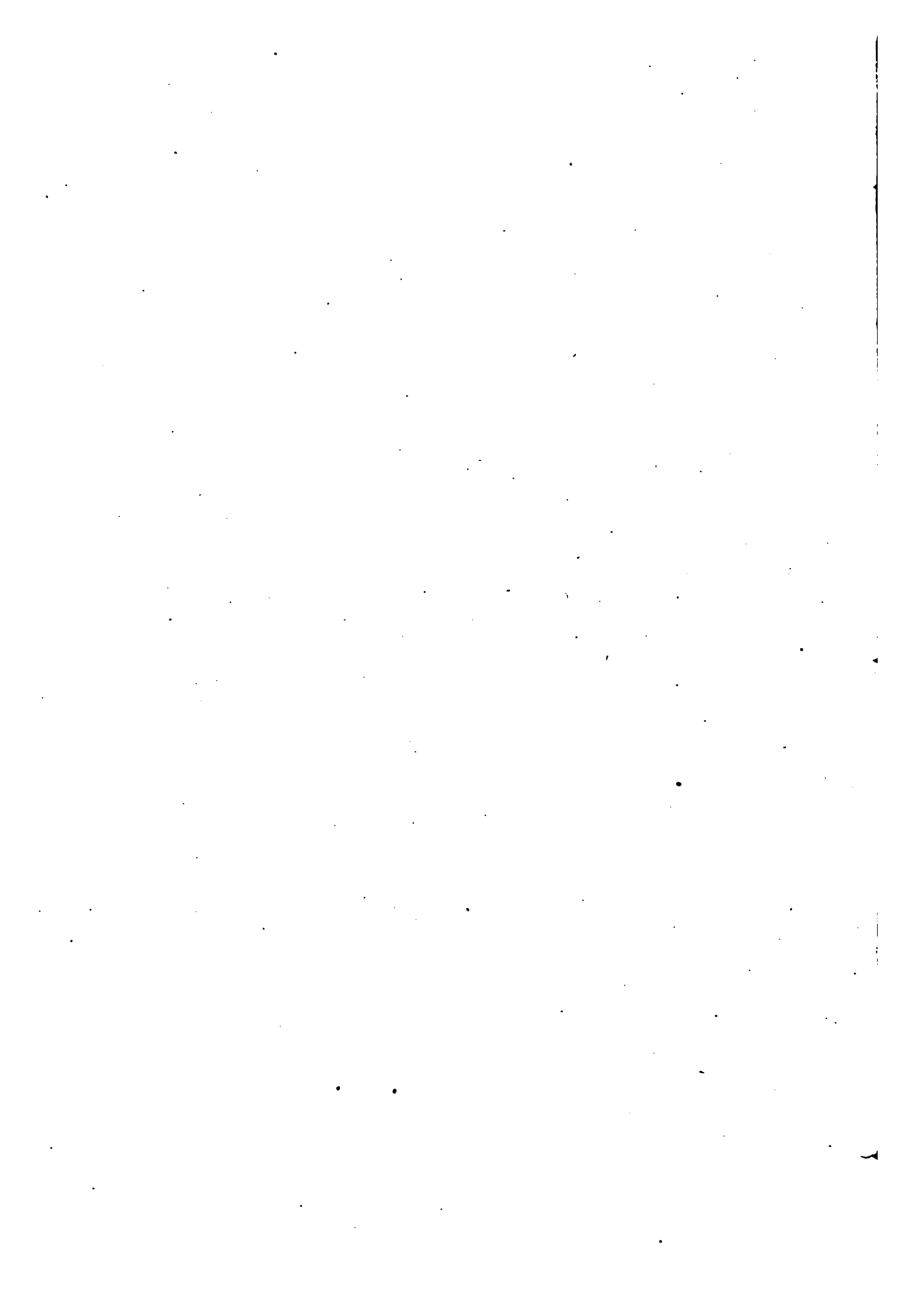






868
B84
03

OBRAS DE BRETON



OBRAS

DE

DON MANUEL BRETON DE LOS HERREROS

TOMO II

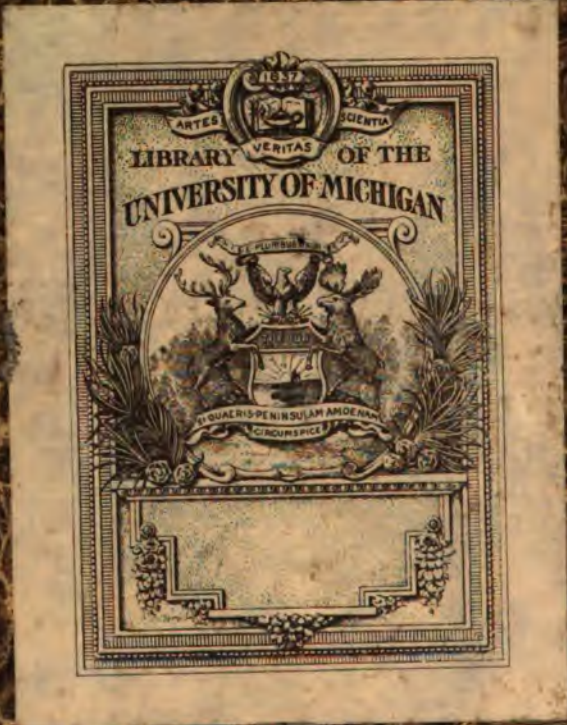


MADRID

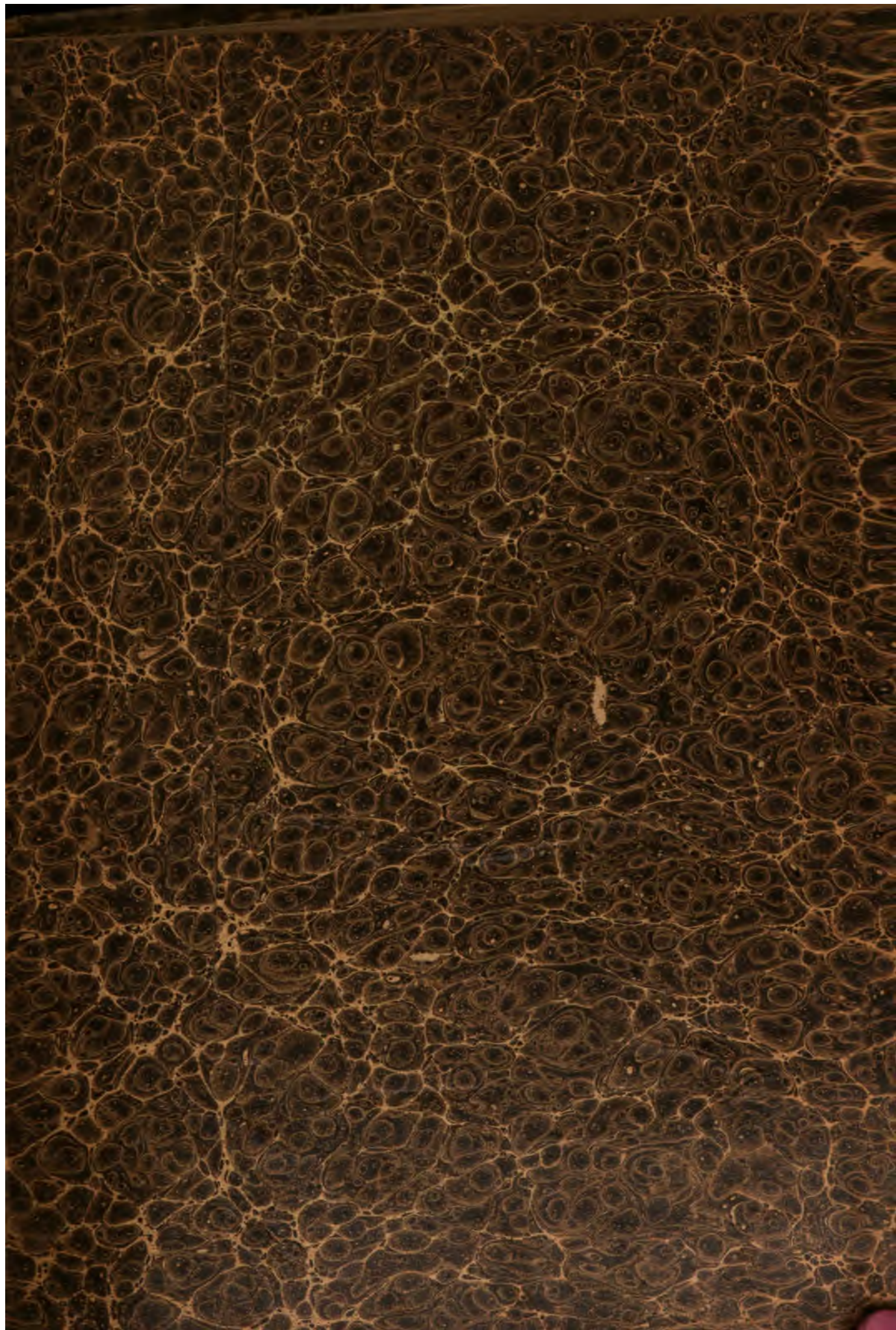
IMPRENTA DE MIGUEL GINESTA

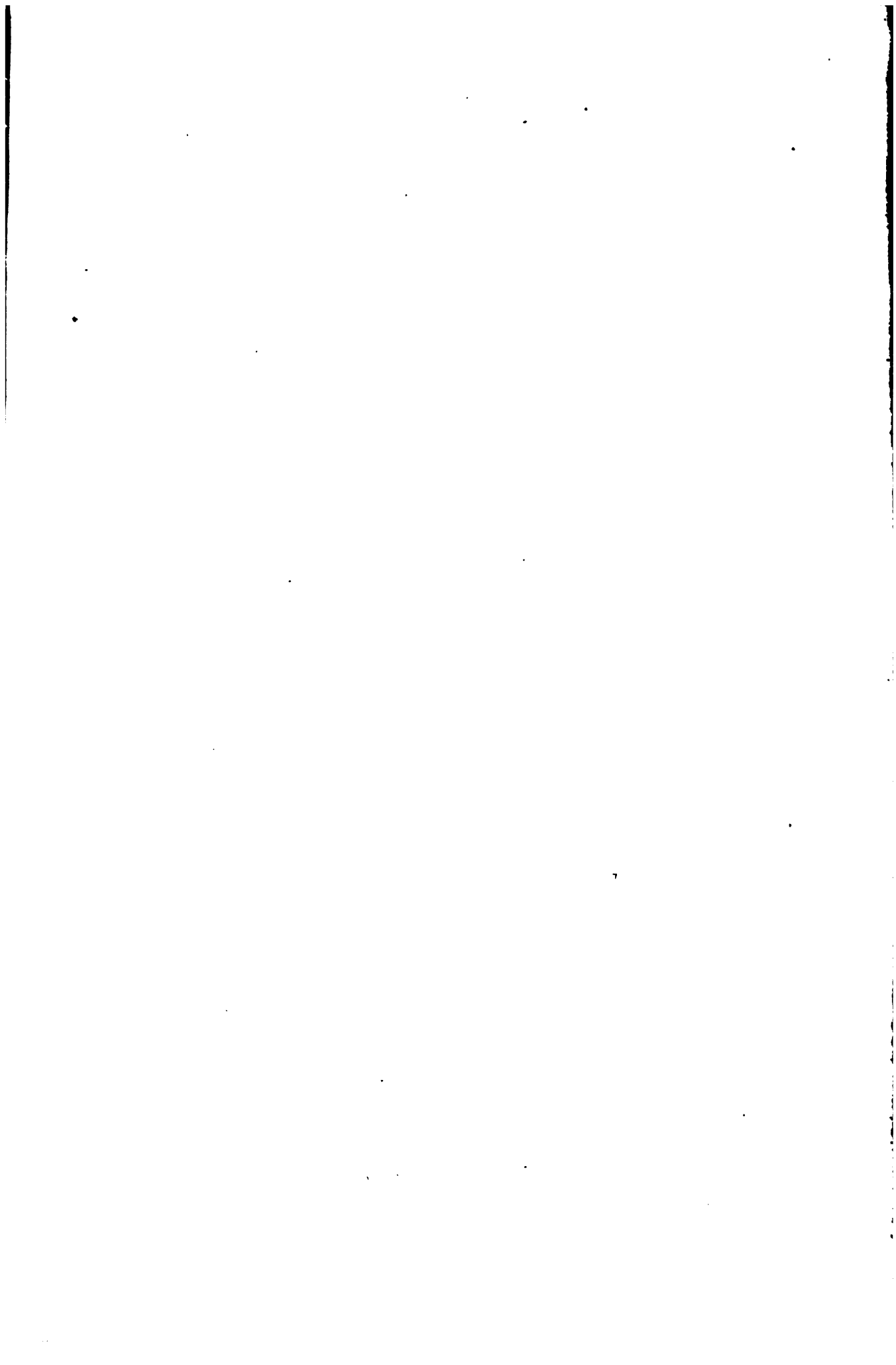
calle de Campomanes, n.º 8

1883



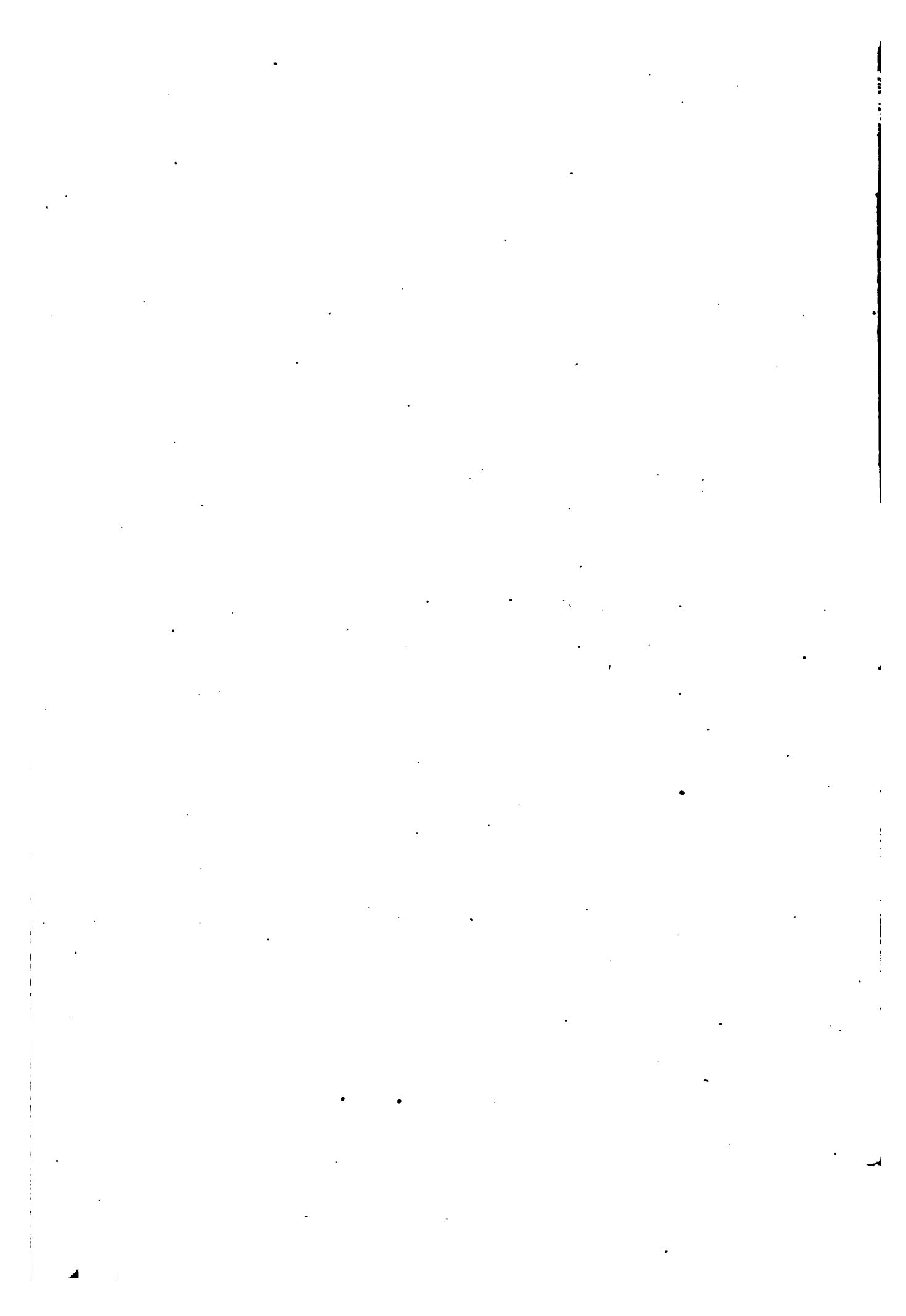
ARTES SCIENTIA
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
SI QUÆRIS PENINSULAM AMERICANAM
CIRCUMSPICE





868
B&4
03

OBRAS DE BRETON



OBRAS

DE

DON MANUEL BRETON DE LOS HERREROS

TOMO II

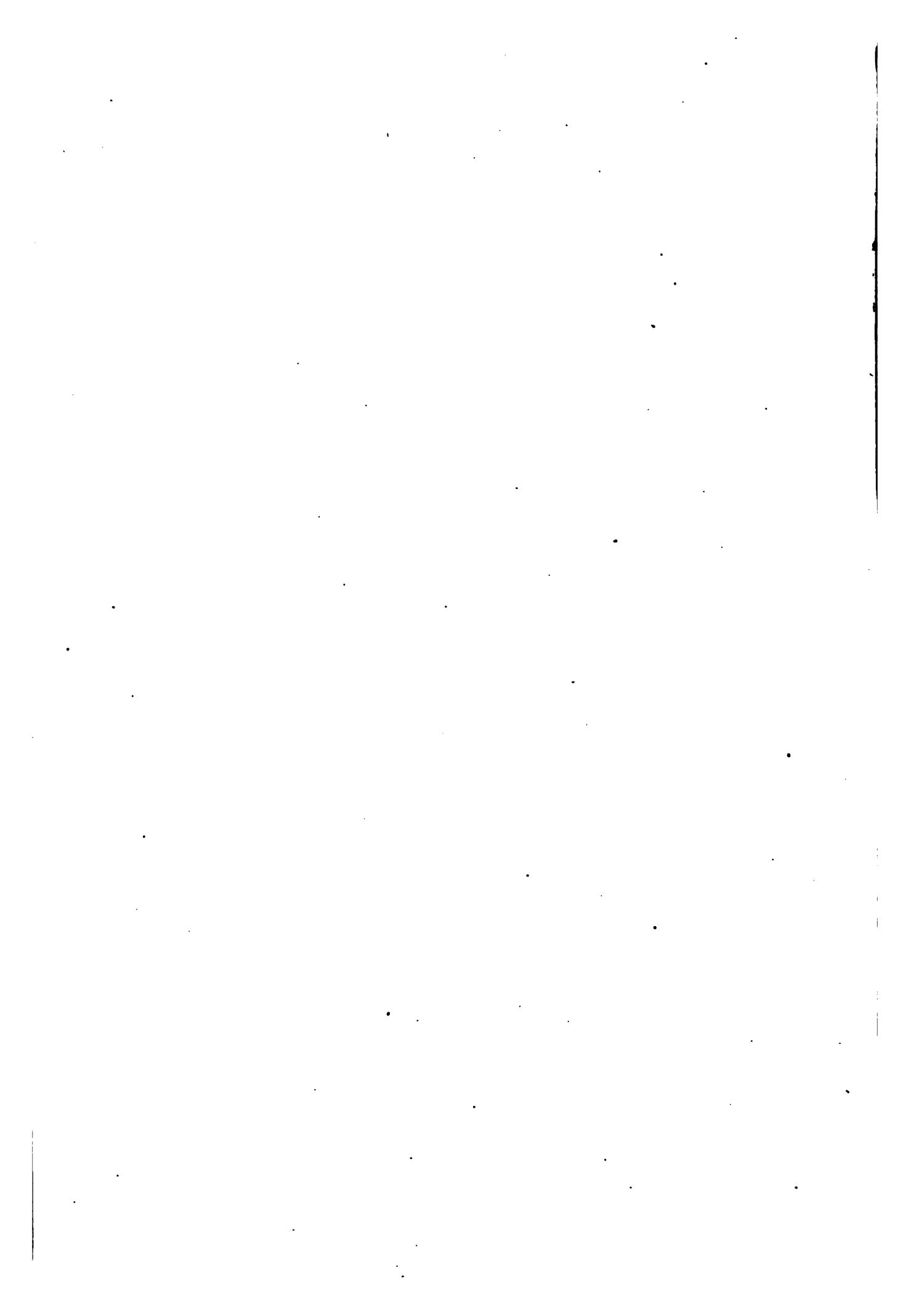


MADRID

IMPRENTA DE MIGUEL GINESTA

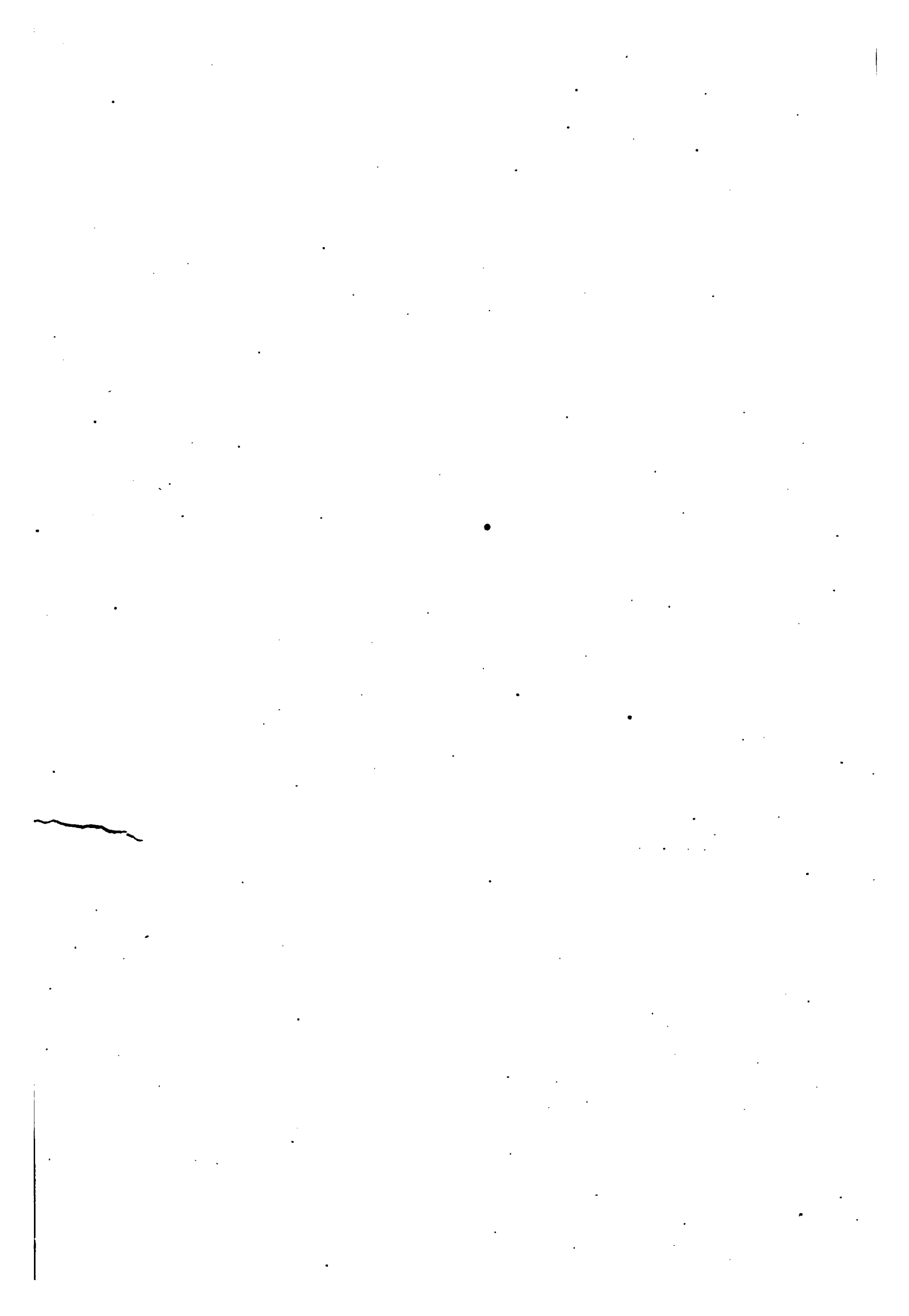
calle de Campomanes, núm. 8

1883



25 June '11 - CC US. VP.

TEATRO.



DON FERNANDO EL EMPLAZADO,

DRAMA HISTÓRICO EN CINCO ACTOS.

Estrenado en el teatro del Principe el dia 30 de Noviembre de 1837.

PERSONAS.

D. FERNANDO IV, REY DE CASTILLA.
EL INFANTE D. PEDRO.
EL INFANTE D. JUAN.
DOÑA SANCHA.
D. GONZALO CARVAJAL.
D. JUAN CARVAJAL.
D. PEDRO CARVAJAL.
D. JUAN ALFONSO BENAVIDES.
D. JUAN FERNANDEZ DE LEIVA.

D. PEDRO DIAZ DE CASTAÑEDA.
D. HERNAN RODRIGUEZ DE CASTRO.
PELAEZ.
FORTUN.
ROBLEDO.
RUPEREZ.
EL MÉDICO.
EL MERINO MAYOR.
D. MENDO.

UN CARCELERO.

EL VERDUGO.—ALGUÁCILES.—SOLDADOS.—PUEBLO.

La accion pasa en Márto y en Jaen.—Año de 1312.

ACTO PRIMERO.

Salon del palacio del Rey en Márto.

ESCENA I.

D. PEDRO CARVAJAL. BENAVIDES.

Benavid. Don Pedro, será mejor
que olvideis á doña Sancha.

P. Carv. Soy hijodalgo y sin mancha.
Por qué negarla á mi amor?
Tal desaire no esperaba
quien ofensa no os ha hecho,
don Juan, y adorna su pecho
con la cruz de Calatrava.

Benavid. Cruces, don Pedro, se dan

ménos que á rancia nobleza
al ruego de la pobreza.

P. Carv. Ó al valor de un capitán.
Del mio da testimonio
el agareno andaluz.

Benavid. Harto es llevar una cruz
sin la cruz del matrimonio.
¿Qué es un miserable feudo
en tres hermanos partido
para haberos atrevido
al honor de ser mi deudo?
Muchas victoriosas lides
han de daros fama y medro

- antes de alzaros, don Pedro,
al solar de Benavides.
- P. Caro.* Cuando la Reina María,
digna de eternos loores,
puso fin á los rencores
de vuestra casa y la mia,
el último Carvajal
en valía os superaba;
mas cuando paz os juraba
no perjuró desleal.
Riquezas, que no ambiciono,
yo que á la patria las di,
¿cómo despiertan así
de vuestro pecho el encono?
Ni vuestra soberbia es ley,
ni mi demanda es delito
porque seais favorito.....
del favorito de un rey.
- Benavid.* No es favor su confianza;
que el lustre no se mancilla
de un infante de Castilla
por darme á mí su privanza.
- P. Caro.* Cierto. De él nada dirán
porque os proteja constante;
de vos sí, que aunque es infante....,
es el infante don Juan.
- Benavid.* Si una lengua maldiciente
sus blasones.....
- P. Caro.* Oh cuán bellos!
No hayais miedo de que en ellos
la envidia clave su diente.
Contarlos puede el califa
de quien fué siervo villano;
y si calla el africano,
hable el puñal de Tarifa.
Mas juzgue al Infante Dios,
que aquí es su nombre excusado,
y me mueve otro cuidado,
don Juan, á tratar con vos.
Deponed el odio insano,
que no os pretende agraviar
quien os viene á saludar
con el título de hermano.
Por mis hechos y mi cuná
Fernando me da soldada.
Si es corta, tengo una espada
para acrecer mi fortuna.
Si en tierna solicitud
pido á Sancha mi ventura,
la espero de su hermosura
y la fundo en su virtud.
Cuál sea su dote ignoro,
que avaro no fuí jamás,
ni Sancha valiera más
aunque la pesaseis de oro.
Ni que ella averigüe creo
antes del amante nudo
los cuarteles de mi escudo
ó las villas que poseo.
- Benavid.* La hablais?
- P. Caro.* Sí, mas vuestra queja,
don Juan, sería infundada,
yo caballero, ella honrada,
- y entre los dos una reja.
- Benavid.* ¿Qué escucho! Mujer liviana!....
- P. Caro.* Tened la lengua por Dios.
Ved que os injuriais á vos
injuriando á vuestra hermana.
- Benavid.* Y ella ¿os ama? ¿Y para esposo
admite.....
- P. Caro.* Á vos no viniera
si primero no me diera
su labio el sí venturoso.
Don Juan, quien de véras ama,
y en algo precia su honor,
sólo le pide al amor
el corazón de una dama.
- Benavid.* Del amor el desvarío
quede á mujeres sin nombre,
mas la hermana de un rico-hombre
no ha de tener albedrío.
Al lustre se debe toda
del linaje en que ha nacido;
no elige, acepta marido,
y ama..... despues de la boda.
- P. Caro.* Esa práctica es locura,
y el que iluso la defiende
cuanto más guardarla entiende
tanto más su honra aventura;
que el cielo á todas no dió
las virtudes que atesora
la incomparable señora
que mi pecho cautivó.
Mano que avara ó cruel
los fueros del alma huella
tal vez la casta doncella
convierte en esposa infiel.
- Benavid.* Excusemos más razones,
que si al ruego no cedí,
ménos lograrán de mí
temerarias reflexiones.
- P. Caro.* Firme y puro es nuestro amor,
no pasajero capricho,
y ese tirano entredicho
más avivará su ardor.
- Benavid.* Cesarán los devaneos
de Sancha, y si no se humilla,
conventos hay en Castilla
que curen torpes deseos.
- P. Caro.* Benavides!.... Vive Dios
que no hay sufrimiento ya.....
- Benavid.* Paso, que tambien habrá
calabozos para vos.
- P. Caro.* Para mí! Ciño una espada,
y antes que tan vil intento.....
Mucho os desvanece el viento
de esa corte depravada.
Vuestra amenaza es quimera,
que el Rey no ha de ser injusto
conmigo por daros gusto,
ni un Carvajal lo sufriera;
y aunque es mi fortuna ingrata,
hermanos tengo, don Juan,
que mi sangre vengarán
si alevé hierro me mata.
Cien lanzas mantiene fiel

Gonzalo, que es el mayor;
 el otro es comendador
 de Mártos, que adora en él.
 Mirad, don Juan.... Mas ¿qué digo?
 Vos seréis cuerdo mañana
 y otorgaréis á la hermana
 lo que negais al amigo.
 Vos no querreis inhumano
 provocar con furia loca
 la maldicion de su boca,
 la venganza de mi mano.
 Amor, que es ya frenesí,
 la rinde mi corazon,
 y con la misma pasion
 el suyo late por mí.
 Á entrambos guia una estrella;
 mi herida fuera su herida;
 que no queremos la vida
 ella sin mí, y yo sin ella.

Benavid. Raro amor! ¡Tanto interes....

P. Carv. Vuestro es tambien.

Benavid. Cómo!....

P. Carv. Adios.

Ó el altar para los dos....,
 ó tumba para los tres.

ESCENA II.

BENAVIDES.

¡Por Dios que me han irritado
 sus fieros!—Mas yo le excuso. .
 No hay amante venturoso
 que no desafie al mundo.
 No á él; sólo á ti, liviana
 mujer aleve, te culpo.
 Yo te haré lanzar del pecho
 el amor que te sedujo,
 ó ántes que el ara nupcial
 verás abierto el sepulcro.—
 El Rey.

ESCENA III.

BENAVIDES. EL REY. D. JUAN. CASTAÑEDA.
 CORTESANOS.

[*El Rey viene hablando con D. Juan sin reparar en Benavides, con el cual se reunen y hablan los demas cortesanos.*]

Rey. Hermosa mujer,
 aunque altiva hasta lo sumo!
 No abrir á su Rey la puerta!
 No sé, tío, como sufro
 tal ultraje.

Juan. Doña Sancha

estaba sola, y el vulgo
 malicioso.....

Rey. Por ventura

¿es mi visita un insulto?

Juan. Sois casado.

Rey. Soy monarca.

Juan. No obstante su ceño adusto,
 es grato á altiva hermosura
 que se sujete á su yugo
 todo un Rey. Acaso teme
 á su hermano.....

Rey. No presumo
 que le estuviera tan mal
 á ese necio linajudo

que su esquivia hermana fuese
 dama de un príncipe augusto.
Juan. Señor, al tiempo y las dádivas
 encomendad vuestro triunfo.

Rey. Oh! si ella cede á mis ruegos,
 poco le valdrán sus humos
 al señor don Juan Alfonso
 Benavides. Yo le juro....

Juan. Mirad no os oiga. Está allí.

Rey. [*Reuniéndose á los cortesanos.*]

Caballeros, os saludo.

Benavid. Guarde Dios á Vuestra Alteza.

Rey. Buenas nuevas os anuncio.
 Don Pedro, mi noble hermano,
 estrecha el cerco á los muros
 de Alcaudete, y presto en ellos
 se alzaré mi real escudo.

Don Garcilopez, maestre
 de Calatrava, redujo
 á Cártama, y victorioso
 sigue al arráez perjuro
 de Málaga, que rehusa
 dar el pactado tributo.

Benavid. Buen soldado es el Maestre.
 ¿Cómo no siguen su rumbo
 los Carvajales?

Rey. De Mártos
 es comendador el uno,
 y está á su cargo el convento
 hasta que al prior difunto
 se reemplace.

Benavid. Mas el otro.....

Rey. Amor de hermano le trujo,
 y negarle por seis dias
 licencia no fuera justo,
 pues ya se la dió el Maestre.

Benavid. En buen hora, pero es mucho
 que de tan bravo guerrero
 descanse el brazo robusto
 cuando pudiera en servicio
 de Vuestra Alteza.....

Rey. No dudo

de su valor y lealtad.
 En los pasados disturbios
 siempre partieron conmigo
 la dicha y el infortunio
 los Carvajales.

Benavid. Señor,

si he de decir lo que juzgo,
su afecto es á vuestra madre
más que á vos. No los acuso,
pero.....

Rey. Hablad.

Benavid. Cuando dejarla
en Valladolid os plugo
quedó con ella Gonzalo,
que es su valido.

Rey. Muy duro
fuera yo si, áun desterrada,
no le consintiera el gusto
de quejarse y murmurar
con algun criado suyo.

Benavid. Creed, señor, que mi celo.....

Rey. Decid más bien que iracundo
habla por vos el rencor
mal apagado, aunque oculto.
Yo no soy amigo de ellos,
porque mi imperio absoluto
tal vez severos reprenden,
y me molesta su orgullo.
Si en efecto son traidores
sus cuellos daré al verdugo,
mas de pasiones ajenas
no ha de regirme el impulso.
Juan. (Soberbio mozo, en las tuyas
toda mi esperanza fundo.)

Rey. [Ha leído la carta.]

Extraña obstinacion la de mi madre!
Tan mal se halla en la corte de Castilla?
Á qué seguir mis bélicos pendones
arrostrando peligros y fatigas?
Allá los pueblos que mi herencia fueron
con blando imperio su prudencia rija
en tanto que mis huestes vencedoras
aquí del moro la arrogancia humillan.
Allá pueden dar fruto sus virtudes;
aquí es ocioso el brazo que no lidia.
Mal se avienen los yelmos y las tocas.
Basto yo á gobernar la Andalucía.
G. Caro. Las agresoras armas depusieron
Portugal y Aragon. Francia enemiga
os reconoce Rey. El de la Cerda,
que arrojaros del solio pretendía,
ya á los tratados de Ágreda sumiso,
ó más bien al rigor de su desdicha,
prefiere á un vano título caduco
la quieta posesion de algunas villas.
El hijo indigno de Fernando el Santo,
don Enrique, aquel monstruo de perfidia,
maldecido del cielo y de los hombres,
hunde ya en el sepulcro su ignominia.
En suelo extraño al turbulento Lara
consume la ambicion, roe la envidia.
Ya en venturosa paz Castilla duerme,
y esa paz se la dió doña María.
Sagaz, prudente, valerosa reina
cual madre tierna y viuda sin mancilla,
triunfó de tres monarcas coligados,
y de alevoso acero parricida
cien veces os salvó huérfano débil.

ESCENA IV.

EL REY. D. JUAN. BENAVIDES. CASTAÑEDA.
CASTRO. CORTESANOS.

Castro. Vuestra licencia, Señor,
para hablaros pide un nuncio
de la Reina vuestra madre.
Rey. (Tanto mensaje importuno!....)
Llegue. Quién es?

Castro. Don Gonzalo
Carvajal.

ESCENA V.

EL REY. D. JUAN. BENAVIDES. CASTAÑEDA.
CASTRO. D. GONZALO CARVAJAL.
CORTESANOS.

G. Caro. Vuestros augustos
piés.....

Rey. Levantad.

G. Caro. Esta carta.....

Rey. Mostrad. (¡ Con rostro sañudo
G. Caro. la recibe cual si fuese
del mayor contrario suyo!)

Si una diadema en vuestra frente brilla,
bien que don Sancho os la legó muriendo,
de vuestra madre fué noble conquista.
Sólo este amor solícito de madre
mueve su afán de veros; no codicia
de vana autoridad. Ni os agraviara
si de madre á las plácidas caricias
añadiera sus pródidas lecciones;
que sois, oh Rey! muy mozo todavía,
y aunque holló vuestra madre á los perversos
áun fermenta en el lodo su semilla.

Rey. El tránsito es penoso y dilatado,
la estación rigorosa, ardiente el clima,
y exponer por un frívolo capricho
su preciosa salud.....

Juan. Cuando sumisa
al mandato real doña Constanza,
bien que esposa del Rey, vive tranquila
en Ávila, estrechando al casto pecho
el niño Alfonso en quien España cifra
su más dulce esperanza, bien pudiera
sufrir sin murmurar doña María
tan breve ausencia.

G. Carv. El maternal afecto
tal vez consuela, Infante, á la afligida
esposa tierna; pero amar á un hijo,
no aspirar á otra gloria ni á otra dicha
que morir en sus brazos; y angustiada
tan lejos de él llorar, es cruda espina
que el corazón traspasa; y el inicuo
que aconseja la dura tiranía
de quebrantar los vínculos más santos
sangre de tigres en el seno abriga.
Mas ¿qué consejo que feroz no sea
puede dar el verdugo de Tarifa?

Juan. Temerario!....

Rey. Mirad que yo os escucho.

Enfrenad, Carvajal, vuestra osadía,
ó si de heraldo traspasais el fuero,
no os podrá libertar de mi justicia.

G. Carv. Perdonad á la lengua de un soldado
que no sabe con bajas cortesías
disfrazar la verdad; mas quien la tema,
no la provoque.

Rey. [*Aparte á D. Juan.*]

Ois? De vuestra vida
toda la historia lenguaraz contara
si yo no le atajase; y peregrina
fuera la narración, amado tío.

Juan. Señor, ya mi lealtad.....

Rey. Me es conocida.
Confesadme, don Juan, que largos años
fuisteis muy pecador; mas de rodillas
me demandasteis gracia arrepentido,
y os di con ella la confianza mía.

Juan. Mi gratitud sincera.....

Rey. (No la creo.)
Desde que apoyo en vos mi régia silla
límite á mis deseos no conozco
y entre placeres vaga embebecida
mi ardiente juventud. Sois buen ministro.
(Tú mi venganza llorarás un día.)

G. Carv. No respondeis, Señor, á mi demanda?
Rey. Aun estais vos aquí? Ved que me irrita el necio porfiar. Mi augusta madre, crédula ó recelosa en demasía, se queja sin razon. Altos motivos á no atender su ruego me precisan. Ejemplo de obediencia á mis vasallos si me ama debe dar doña María. Desista de su empeño. El hijo amante por el público bien se lo suplica.... y se lo manda el Rey. ¿Es la corona vano adorno en mis sienes? ¿Ó imagina que debo yo en tutela perdurable mis dias consumir? Ya no vacila mal segura mi planta; ya mi mano el cetro empuña y el estoque vibra; ya el desvalido infante es hombre adulto, y sólo al cielo dobla la rodilla.

G. Carv. Yo á vuestros piés la doblo suplicante para romper el velo que os fascina. Cuando la gloria de María excelsa á vulnerar se atreve torpe envidia, la abandonais, Señor, en su destierro! No en vuestro corazon hallen cabida la negra ingratitud y la soberbia que á un abismo tal vez os precipitan. Esa que vos lanzais del seno esquivo os albergó en el suyo; y la apellidan númen celeste los leales pueblos que á vuestro nombre oprimen y esclavizan viles tiranos. Por piedad!....

Rey. Infante,
 oid vos esa plática prolija.

ESCENA VI.

D. JUAN. D. GONZALO CARVAJAL.
 BENAVIDES.

G. Carv. [Levantándose airado.]

De cólera estoy sin mí.
 ¡Á un rico-hombre de Castilla tal afrenta, tal mancilla!.... Mas esto merece, sí, quien á tiranos se humilla. Oh Reina á quien sirvo fiel!, sólo por tu amor sufriera menosprecio tan cruel, y otro que tu hijo no fuera arrepintiérase de él! ¡El hijo de tus amores sometido al yugo vil de infames aduladores! Ve aquí, mujer varonil, el fruto de tus sudores. Oh iniquidad! oh vileza! Al ver, Castilla, tu suerte, ¿qué dijera Sancho el Fuerte si hoy alzase la cabeza desde el lecho de la muerte?

De tanta gloria ¿qué ha sido?
 Ya no guardan los Guzmanes tu dosel esclarecido.

¡Tu palacio es torpe nido de traidores y rufianes!

Juan. Mirad que al Rey represento. Tened, Carvajal, la lengua, que es sobrado atrevimiento....

G. Carv. Probadme, don Juan, que miento, y mia será la mengua.

Probadme que al Rey defiende y que leal puede ser quien torpes lazos le tiende; probadme que hoy no le vende quien le destronaba ayer.

Juan. Respetad las intenciones. Todo hombre tiene pasiones, y sea el Rey bueno ó malo, ni ha menester mis lecciones.... ni yo las vuestras, Gonzalo.

Benavid. Sin concederle licencia de juzgar vuestra conciencia le haceis ya sobrada gracia, y tanto como su audacia me admira vuestra paciencia.

G. Carv. Si por temor ó por fuero no venga don Juan su agravio,

retadme vos, caballero,
y lo que afirma mi labio
sabr  mantener mi acero.

Benavid. El mio os har .....

Juan. Callad.

Bien que su ciego furor
ultraja   la Majestad,
es Gonzalo embajador:
su título respetad.

De vuelta   Valladolid
vos   la Reina decid
que la obediencia es su ley;
mas entre tanto advertid
que sois vasallo del Rey.

G. Carv. Fuslo, y más leal que vos;
harto lo sabeis los dos;
mas ya no, que el desdichado
desde que sois su privado
está maldito de Dios.

S rvale el triste pechero:
yo reclamo el libre fuero
que patrias leyes me dan,
y seguir la huella quiero
de Rodrigo y de Guzman.
No sufren tamaño ultraje
los hombres de mi linaje.
  extraño reino me voy:
dec dselo, y desde hoy
cesa mi pleito homenaje.

Juan. Dir is   la Reina viuda.....

G. Carv. No. Vos hallaréis sin duda
otro   quien mejor le cuadre
con flecha herir tan aguda
el corazón de una madre.

Juan. Pues ya en el número os cuento
de los Guzmanes y Cides,
el Rey sabr  vuestro intento.
Aquí esperad un momento.—
Seguidme vos, Benavides.

ESCENA VII.

D. GONZALO CARVAJAL.

No, ya no es honra en Castilla
vestir el pesado arnes,
y con fatigas y sangre
comprar bélico laurel
para que un tirano impio
lo aje y lo pise despues.
Hasta que alfombra   tus plantas
fuera esa turba rahez,
sólo   ti, Doña María,
consagrara mi broquel;
mas t  que de tantos h eros,
bien que en m spera viudez,
eclipsaste la memoria
en el campo, en el dosel,
hasta afirmar la diadema
de un hijo ingrato en la sien,
hoy que eres sola infeliz,

sólo sabes   ser mujer!
  Oh, dieras t  la señal,
y cien caudillos y cien.....
Mas   qué veo! Mis hermanos!
Oh Juan! Pedro mio!

ESCENA VIII.

LOS TRES CARVAJALES.

[*Se abrazan.*]

J. Carv. Es  l!

P. Carv. Gonzalo!

J. Carv. Dichoso instante!

  Es posible que te ven
mis ojos?

P. Carv. No te esperaba.

G. Carv. Como repentino fué
mi viaje.....

J. Carv. Lo hemos sabido

por tu escudero Garcés,
que   la puerta del alcázar
guardando está tu corcel,
y afanosos de abrazarte.....

G. Carv. Será la postrera vez!

P. Carv.   Qué dices!

G. Carv. Con fiero orgullo,

y de hijo hollando el deber,
el mensaje de María
oyó de mi boca el Rey.
Yo, que ni adul  jams
ni   reyes pedí merced,
de hinojos, mengua   mi nombre!
por su madre le rogu ;
y la espalda me volvió
con insolente desden;
  escarnio fué de juglares
entre el polvo de sus piés!

J. Carv.   Eso hace el Rey de Castilla

con quien le ha servido fiel!

P. Carv.   Y   tránsfugas fementidos
abandona su poder!

G. Carv. Oh! si de justa venganza
no ahogara mi honor la sed,
yo al desenvuelto mancebo
le enseñara   ser cortés;
mas nunca fueron rebeldes
caballeros de mi prez.

J. Carv. Cuáles son pues tus intentos?

G. Carv. Acogi ndome   la ley,
de su servicio me aparto
y de sus reinos tambien.

J. Carv. Gonzalo!

G. Carv. No lo aprobais?

J. Carv. Si es fuerza.....

G. Carv. Me seguiréis?

En Aragon, en Navarra,
en el suelo portugueses,
donde quiera que el valor
y la constancia y la fe
se estimen algo, hallar mos

digna acogida los tres.
P. Carv. Yo te siguiera, Gonzalo, aunque en extraño bajel cual otro Guzman bogaras á los desiertos de Fez; mas invencible pasion me encadena, y no podré.....
G. Carv. Amor!....
J. Carv. Sí, y amor funesto que no ha de parar en bien.
G. Carv. Indigno de ti?
P. Carv. Eso no, que es muy honesta mujer doña Sancha Benavides.
G. Carv. ¡Ella, y con fiera altivez contra mí su aleve hermano mostró de su alma la hiel!
P. Carv. Centella ha sido mi amor que al soplo del interes el odio, por mí olvidado, hizo en su alma renacer; pero este amor es mi vida, y en mi corazon juré alzar una ara de fuego á doña Sancha; y á fuer de caballero y soldado mi promesa cumpliré.
G. Carv. Infeliz! Lástima tengo de tu flaqueza. ¿No ves alzada ya contra ti aleve daga cruel?
P. Carv. No temas. Sancha me adora. Si el yugo es fuerza romper del fiero hermano...., la fuga.... Acaso te seguiré pronto.... ¿Adónde....
G. Carv. Á Portugal. Queda tú á velar por él, amado Juan. Es muy mozo y tu apoyo ha menester. Profeso y comendador de Calatrava, ya sé que sin orden del Maestre de tu regla la estrechez te impide salir de Mártos.
J. Carv. Al altar me consagré y, guerrero sacerdote, sólo contra el moro infiel vibrar me es dado el acero acaudillando mi grey, gloria del Santo Raimundo, noble rama del Cister. Á las humanas pasiones mi pecho es férreo cancel; ni sé temer, ni envidiar, ni si en Castilla hay un Rey, y á nadie llamo enemigo si de Cristo no lo es. Pues tu partida es forzosa, favor el cielo te dé, y él á todos nos alumbre por el sendero del bien.
G. Carv. Pues delincuentes no somos,

Dios velará por los tres. Idos ahora. Si juntos en el alcázar nos ven, ¿quién sabe si atroz calumnia..... Aquí del que fué mi Rey la respuesta aguardo.
P. Carv. [Abrazándole.] Adios!
J. Carv. [Lo mismo.]
 Gonzalo mio, deten la ira si asoma al labio, pues indefenso te ves.
P. Carv. No. Yo á su lado.....
G. Carv. Es inútil.....
 ¿Quién sería osado, quién.....
 Eh! no más.....
P. Carv. Gonzalo!
J. Carv. Hermano!
G. Carv. Yo me sabré contener. Adios. Antes de partir os abrazaré otra vez.

ESCENA IX.

[Empieza á oscurecer.]

D. GONZALO CARVAJAL.

Pobres hermanos! Me han hecho llorar como una mujer.... No por mí, que á torpe yugo doblar el cuello no sé, y donde libre respiro mi patria está y mi placer. ¡Ay tristes de los que quedan de un tirano á la merced!

ESCENA X.

D. GONZALO CARVAJAL. BENAVIDES.

Benavid. El Rey deciros me manda que sin pesar y sin ira el homenaje os retira y accede á vuestra demanda. Yo, con la ayuda de Dios, venceré, ha dicho, al infiel sin vasallos como él.
G. Carv. Sí; los querrá como vos.
Benavid. Para salir de esta villa tres dias de plazo os cuenta.
G. Carv. Insigne favor! Cuarenta me da la ley de Castilla. Mas vive el cielo que áun es dadivoso en demasía: decide por vida mia que sobran dos de los tres.
Benavid. Se holgará.....
G. Carv. Y es largo espacio.

Partiré sin dilacion,
no infeste mi corazon
el aire de su palacio.
Fogoso alazan me espera.
Mañana en mejor asilo
libre dormiré y tranquilo
allende de la frontera;
y aunque agraviado me alejo
no le ofenderé enemigo,
que si ha ménester castigo
en buenas manos le dejo.

ESCENA XI.

BENAVIDES.

Yo te diera el que mereces,
mas ya que tú te lo impones
con voluntario destierro,
excusa mi saña el golpe.
¿Por qué tambien no te siguen
tus hermanos y en la noche
del olvido para siempre
no se sepulta su nombre!

ESCENA XII.

BENAVIDES. D. JUAN.

Juan. Partió don Gonzalo?

Benavid. Sí,
lanzando injurias enormes
contra vos, contra Fernando.....

Juan. Dejadle que desahogue
su rabia.....

Benavid. Mejor sería
que los filos de un estoque
la atajasen.

Juan. En Palacio!
Sería atentado enorme,
peligroso..... Huya en buen hora.
Al enemigo que corre,
puente de plata. Si el centro
de la tierra no le esconde
no temais que mi venganza
aunque tarde se malogre,
que doquier sobran puñales
cuando hay oro que los compre.

Benavid. Poco importa que Gonzalo
huya á extranjerias regiones
si aquí en sus hermanos deja
dos aceros vengadores.

Juan. Pues un Carvajal me insulta
no es mucho que yo los odie
á todos tres; pero á vos
que los pasados rencores
ya en halagüeña concordia

trocado habiais, ¿de dónde
os viene el nuevo furor
que os inspiran esos hombres?
Benavid. Mios son vuestros agravios.
Y á mí tambien los baldones
de Gonzalo.....

Juan. Mas primero
yo os oí contra el más jóven
acusaciones amargas,
que por cierto no muy dócil
escuchó el Rey. Por ventura
¿media algun lance de amores.....

Benavid. Tal vez.....

Juan. Amor en mi pecho
embota ya los arpones;
mas la venganza nos une,
bien que por distinto móvil.
Si no quereis malograrla
más cauto sed en la corte.
Guardaos de dar consejos
á quien suspicaz los oye.
El Rey es altivo, indómito,
temerario, y otro norte
no le guia que el impulso
de sus vehementes pasiones.
Manejarlas á mi grado,
sin mover otros resortes
que la astucia y la lisonja,
dorando los eslabones
de la invisible cadena
que amarra su cuello indócil,
he aquí toda mi política.
Y cuando así no le dome,
¿hay más que soltar la rienda
y que él mismo se desboque?
Así un dia su corona
mi sien ceñirá, y entónces.....

ESCENA XIII.

D. JUAN. BENAVIDES. LEIVA.

[*Es ya de noche. Criados de Palacio iluminan
la estancia.*]

Leiva. Tumultuosa conmocion
reina en Mártos. Los rumores
del mensaje de María
y de que el Rey lo desoye
han agitado los ánimos.
Cree el pueblo que en prisiones
gime la madre del Rey.
Mueran, grita, los traidores
y viva Doña María.

Juan. ¿Será cierto.....

Leiva. Ya las voces
cerca suenan del alcázar.

Juan. Acudid, Leiva. Que doblen
las guardias; que se guarnezcan
las almenas de la torre.....

ESCENA XIV.

D. JUAN. BENAVIDES. LEIVA. EL REY.
CASTRO. CASTAÑEDA. CABALLEROS.
SOLDADOS.

[*Óyese gritería de gente amotinada.*]

Rey. Qué es esto, Infante?
Juan. Señor.....
Rey. ¿Por qué airado el yugo rompe
ese pueblo.... ¿No deciais
que sus fieles moradores
me adoraban?—Yo no gusto
de tales adoraciones.
Juan. Señor, mi sorpresa.....
Rey. ¿Quién
ha excitado ese desórden?
Juan. Los indicios.... Mis sospechas.....
Entre tanto pecho noble
sólo un Carvajal.... Gonzalo....
Pueblo. [*Dentro.*]
Leiva. Mueran, mueran los traidores!
Antes que el pueblo se alzara,
de Márto salió á galope
don Gonzalo. Yo le vi.
Juan. Mas sus hermanos feroces,
bienquitos con esa plebe.....
Rey. Basta: los aceros obren.
Qué sirven lenguas ahora?
Benavid. Ballesteros, ricos-hombres,
seguidme. Con su cabeza
Benavides os responde
del triunfo.

ESCENA XV.

EL REY. D. JUAN.

Pueblo. [*Dentro.*] Viva María!
Mueran, mueran los traidores!
Rey. [*En el acto de partir con la espada
desnuda.*]
Juan. Morirán, sí; y á mis manos.
¿Adónde, Señor, adónde
correis.....
Voces. [*Dentro.*] Viva el Rey!
Rey. Dejadme...
Juan. No os aventureis. La noche
es oscura. Si á su sombra
algun aleve.... Ya se oye
más apartado el motin.
[*Mirando por una ventana. El Rey
se acerca también á ella.*]

Vencimos! Mirad. Se rompen
los amotinados grupos.—
No veis cuál huyen veloces?

Voces. [*Más cerca.*]

Viva el Rey!

Rey. [*Volviendo al proscenio.*]

¡Oh si en mis manos
viese á los viles autores
de la horrible sedicion!
Yo les juro por mi nombre.....

ESCENA XVI.

EL REY. D. JUAN. CASTRO. LEIVA.
CASTAÑEDA. CABALLEROS. SOLDADOS.

Castro. El tumulto se ha deshecho.
Unos huyen á los montes,
otros en la calle espiran
ó á los hogares se acogen.
Mas quiere Dios que con sangre
esclarecida se compre
la victoria. Benavides.....
Rey. ¿Herido.....
Castro. Muerto!
Juan. ¡Mi pobre
amigo fiel.....

[*Aparte al Rey.*]

Dadme albricias.
Ya no hay hermano que estorbe.
Vuestra será doña Sancha.
Rey. Sus claras cenizas se honren
en suntuoso funeral,
y los valientes le lloren;
y pues huérfana ha quedado
su hermana, daréla dote
y mi pupila ha de ser.—
Se han hecho algunas prisiones?
Castro. Á don Juan de Carvajal
y á su hermano.....
Rey. Ah! Los felones
¿son ellos?
Castro. Entre los grupos
los han preso y á dos hombres
del pueblo.....
Rey. Si fueren reos
no esperen que los perdone.
(Sí, reos serán. Oh gozo!)
Juan. Que los lleven á la torre
de Palacio. Mi justicia
Rey. ha de estremecer al orbe.

ACTO SEGUNDO.

Sala en la torre del palacio de Mártos, inmediata á las prisiones. Puerta en el foro, que es la general de entrada; otra á la derecha del actor, por donde entran y salen el Rey y el Infante D. Juan, y otra en frente de ésta, que es la que guia á los calabozos, y al tribunal. Á la parte exterior del foro se deja ver un centinela.

ESCENA I.

D. JUAN. EL CARCELERO.

Juan. Qué hace el juez?
Carcel. Sin descansar la pesquisa está formando.
Juan. Van los presos declarando?
Carcel. Pronto los van á llamar.
Juan. Bien. Traedme (es tiempo aún) á uno de aquellos dos hombres.....
Carcel. Gil Pelaez y Fortun.
Juan. Sí. Cualquiera de los dos.
Carcel. El otro vendrá despues.
Juan. (Don Juan pone aquí los piés?)
Carcel. No es para servir á Dios.)

ESCENA II.

D. JUAN.

Tal virtud en baja plebe!
 Á precio pongo sus cuellos,
 y á declarar contra ellos
 sólo un testigo se atreve.
 Mas con un solo testigo
 condenar no puede el juez.
 Esos villanos tal vez
 por evitar el castigo.....

ESCENA III.

D. JUAN. PELAEZ.

[*El Carcelero conduce á Pelaez, y se retira.*]

Pelaez. Me envia aquí el Carcelero.....
Juan. Cómo te llamas, buen hombre?
Pelaez. Gil Pelaez es mi nombre.
Juan. Y tu oficio?
Pelaez. Soy herrero.
Juan. ¿Qué tal lo pasas en él?
Pelaez. Perramente. El triste pan apénas gano, don Juan,

II.

y echo en la fragua la hiel.
Juan. Aun por eso no es extraño que aprendas otro mejor.
Pelaez. Cuál?
Juan. El de conspirador.
Pelaez. Ese es el que medra hogaño. Vos de alta sangre real sabeis todo eso al dedillo.
Juan. Villano! ¿Tú.....
Pelaez. Soy sencillo y no lo digo por mal.
Juan. Yo perdono á tu ignorancia.
Pelaez. Señor.....
Juan. Y á piedad me mueve tu pena. Nunca á la plebe traté yo con arrogancia.
Pelaez. ¿Conque os doleis de mis males?
Juan. Y libertarte procuro.
Pelaez. Cierto?
Juan. [*Sacando una bolsa.*]
 Sirvan de seguro estos doscientos mercales.
Pelaez. Dadme.....
Juan. Paso. No hay presente, si no lo ganas primero.
Pelaez. Qué me mandais?
Juan. Sólo quiero.....
 que sepas ser inocente.
Pelaez. Yo, Señor, de buena fe en la zambra me metí. Á los del barrio seguí; gritaron, y yo grité.
Juan. Mas al sedicioso enjambre te condujo.....
Pelaez. Fué mi guia mi amor á Doña María exaltado por el hambre.
Juan. Si esa sola confesion oye de tu boca el juez no logras por esta vez ni dinero ni perdon.
Pelaez. Pues ¿qué haré?
Juan. Toda la historia referir.....
Pelaez. (Ya te comprendo.)
 ídmela vos refiriendo que soy flaco de memoria.
Juan. ¿No os dijo anoche un compadre

2

que aquel insulto á la ley
 fué por destronar al Rey
 dando el gobierno á su madre?
Pelaez. Es verdad. (No lo sabía.)
Juan. De ese crimen en descargo,
 vos ignorais sin embargo,
 que es crimen de alevosía.
Pelaez. ¿Y si me ahorcan, Señor,
 aunque ignorante haya sido?
Juan. Se perdona al seducido
 y se castiga al motor.
Pelaez. Al motor decis? Pues bien,
 para hacer aquel entuerto
 yo fui seducido; es cierto.—
 Ahora vos diréis por quién.
Juan. Qué memoria tan fatal!
 ¿Quién pudo armar vuestras manos
 sino los viles hermanos
 Juan y Pedro Carvajal?
Pelaez. (Qué Infante tan embustero!
 Mas su oro.....) Teneis razon:
 ellos los traidores son.
Juan. Mi conciencia es lo primero.
 Y acaso por sus ardidés
 feneció..... ¿Sabes por suerte
 ó viste tú quién dió muerte
 á don Juan de Benavides?
Pelaez. Un Carvajal; mas por Dios
 que hoy no puedo recordar
 si Pedro ó Juan.....
Juan. Por no errar.....
Pelaez. Sí; le mataron los dos.
Carcel. [Á la puerta.]
Pelaez.
Juan. Ya el tribunal
 te llama.
Pelaez. De su balanza
 dueño sois, que es mi fianza
 una bolsa.
 [La tomá.]
Juan. Y un puñal.
 [Requiere el que lleva al pecho.]
Pelaez. No hay para qué. Tengo honor
 y vuestra duda me ultraja.
Juan. (El Pelaez es alhaja!)
Pelaez. (El Infante es de mi flor!)

ESCENA IV.

D. JUAN. FORTUN.

[El Carcelero conduce á Fortun, y se retira.]

Fortun. Sois vos quien llama á Fortun?
Juan. Sí, y á sacarte me ofrezco
 de la cárcel.....
Fortun. Lo agradezco.

Juan. Si me sirves.....
Fortun. Yo? Segun.
Juan. Violando anoche la ley
 sé que obraste sin malicia.
Fortun. Señor, quien pide justicia
 ni á Dios ofende ni al Rey.
Juan. Con máscara de lealtad
 de un seductor el influjo.....
Fortun. Á mí nadie me sedujo.
 Libre fué mi voluntad.
Juan. Falso celo te engañó.....
Fortun. Yo sé bien, aunque villano,
 tan bien como un cortesano,
 lo que es bueno y lo que nó.
Juan. Fiar suele el hombre bueno
 del que virtudes le miente;
 presume obrar libremente,
 y obra por impulso ajeno.
 ¡Cuántos pasan por leales
 y en su alma está la traicion!
Fortun. Eso es verdad.
Juan. Táles son
 los hermanos Carvajales.
Fortun. Qien así los injurió
 miente como un marroquí.
 Si hay algun Júdas aquí,
 no es de su linaje, no.
Juan. Autores son del insulto
 que anoche.....
Fortun. Es calumnia atroz.
 Antes su espada y su voz
 atajaron el tumulto.
Juan. Convictos los dos están.
 Si los defiendes aún,
 tú eres perdido, Fortun,
 y ellos no se salvarán.
Fortun. ¿Yo de falso testimonio
 reo vil? Si al cielo plugo,
 el cuello daré al verdugo,
 pero no el alma al demonio.
 El pueblo que hambriento gime
 no ha menester consejeros
 para demandar sus fueros
 al tirano que le oprime.
 Los que á lágrimas sin fin
 para saciar su ambicion
 le condenan, esos son
 los autores del motin.
 Ni el pueblo, si en fiero bando
 contra los traidores grita,
 su cetro heredado quita
 al nieto de san Fernando.
 Justicia, Señor, implora,
 pues por ella paga pechos,
 y vuelve por los derechos
 de una Reina á quien adora.
 Es ya, más que torpe yerro,
 crimen que pide venganza
 que esté don Juan en privanza
 y ella en injusto destierro.
Juan. Don Juan tan sólo desea.....
Fortun. Nunca la cara le vi,
 pero tengo para mí

que debe de ser muy fea.
Juan. Audaz villano!.....
Fortun. Si vos
 su amigo sois por desgracia,
 decidle con eficacia
 que tenga temor de Dios.
 Decidle al Rey que no impío
 al Rey de reyes enoje,
 y que de su lado arroje
 á ese condenado tío.
 Y al error y al frenesí
 la voz de la sangre venza;
 que es una mala vergüenza
 tratar á su madre así.

Juan. Basta. En fin, ¿quieres perderte?
 Adios, imprudente mozo.

Fortun. Ni me aflige el calabozo
 ni me acobarda la muerte.

Juan. Ya que en la horca no mueras
 si de ti se apiada el juez,
 por diez años y otros diez
 remarás en las galeras.

Fortun. Navegaré sin escote,
 que el Rey me lo pagará;
 y acaso el juez temblará
 mientras ria el galeote.

Carcel. [Á la puerta.]
 Fortun.

Juan. El cielo te asista!
 Pero haces mal, por mi fe.....

Fortun. Ya he dicho á vuesamercé
 que á mí nadie me conquista.
 Ni el oro me hará mentir,
 pues que Dios me quiso dar
 brazos para trabajar
 y valor para morir.

ESCENA V.

D. JUAN.

¡Qué teson tiene el villano!
 Mas con Pelaez y el otro
 me basta, y áun ambos sobran,
 pues cuento con el enojo
 del Rey. Él se precipita
 y yo mi venganza logro.

ESCENA VI.

D. JUAN. EL REY.

Rey. Que no se alcanzó á Gonzalo!
Juan. Es un águila su potro.
Rey. ¡Ay de él si á pisar se atreve
 otra vez mi territorio!

Mas ya que rehenes me deja,
 no se me dilate el gozo
 de la venganza. ¿En qué estado
 se halla la causa?

Juan. Muy pronto
 la terminará el Merino,
 y como el crimen supongo
 comprobado.....

Rey. Si lo está,
 qué hace ese juez? Es de plomo?
 Urge el dar un escarmiento
 á mi pueblo, y es forzoso.....

ESCENA VII.

EL REY. D. JUAN. LEIVA.

Leiva. Señor.....*Rey.*
Leiva.

Entrad.

Ya se alojan
 en Mártos y sus contornos
 las lanzas que de Jaen
 envia Rodrigo Osorio,
 y del terror dominada
 yace la villa en reposo.
 Mas, no os lo debo ocultar,
 si el cielo oyera sus votos
 libres los dos Carvajales
 saldrian del calabozo.
Rey. Tan queridos son en Mártos?
Leiva. No os debe causar asombro.
 Esta villa es de la orden
 de Calátrava: uno y otro
 visten su hábito.....

Rey. Qué importa?

Más poder tiene mi trono
 que esa cogulla insolente.
Juan. El Maestre acosa al moro
 con su hueste: sólo quedan
 los ancianos y achacosos
 en la encomienda, y si el fallo
 se apresura.....

Leiva. Fuerte escollo
 contrariar puede ese intento
 si, como yo lo supongo,
 rehusan los Carvajales
 ser juzgados por el foro
 civil. Calatravos son,
 y sólo los religiosos
 del orden.....

Juan. Se les acusa
 de sedicion y soborno,
 y de homicidio á las puertas
 del alcázar. No conozco
 cuando se juzga á traidores
 otro fuero que el del solio.

Rey. Si á mi poder soberano
 se atreviese á poner coto
 el orden de Calátrava,
 yo de ese importuno estorbo

me sabia libertar;
que más fuertes y orgullosos
fueron ayer los templarios
y yacen hoy en el polvo.

ESCENA VIII.

EL REY. D. JUAN. LEIVA. EL MERINO
MAYOR.

Merino. Los Carvajales, Señor,
escudados con sus votos
y exenciones, se oponían
á declarar, testimonio
pidiendo de lo que llaman
incompetencia, despojo
de jurisdicción..... No en vano
vuestro nombre en fin invoco,
y compelidos por mí
protestan que del trastorno
de anoche son inocentes;
que ántes con lealtad y arrojo
entrambos lo contuvieron;
que ellos á don Juan Alfonso
Benavides no mataron;
y aunque era muy justo el odio
que le tenían, le hubieran
combatido rostro á rostro,
á la luz del medio día,
sin ventaja, sin desdoro
de su fama; no de noche
cual sicarios alevosos.

Rey. Qué declaran los testigos?
Merino. Á serlo se niegan todos,
por temor de que los juzguen
cómplices del alboroto;

mas de tres que han declarado,
dos los acusan; el otro.....
Rey. Basta.

Merino. Siguiendo del juicio
los trámites.....

Rey. Son ociosos.
El delito está probado;
la majestad de mi trono
fué hollada; corrió la sangre
de un vasallo generoso;
tal vez peligró la mia.....
Haced, Merino, que pronto
la mi corte se reuna.
Luégo á presidirla corro,
y desde el fallo á la pena
sólo un breve plazo otorgo.

ESCENA IX.

EL REY. D. JUAN. LEIVA.

Leiva. (Desventurados amigos!
No puedo daros socorro.)

ESCENA X.

EL REY. D. JUAN. LEIVA. CASTRO.

Castro. Señor, hablaros desea
una dama.....

Rey. ¿Quién.....

Castro. Lo ignoro.

Rey. Calla, y el rostro velado.....

Rey. ¿Si será..... Dejadme solo.

ESCENA XI.

EL REY. DOÑA SANCHA.

Sancha. Á vuestros piés.....

Rey. Tened, que la corona
no me excusa el deber de caballero.
Yo, á quien rinden sumiso vasallaje
tanta y tanta provincia, á la hermosura
me gozo en tributar grato homenaje.
Alzad, señora, el envidioso velo.
No negueis á mis ojos la ventura
de contemplar sin nubes ese cielo.

Sancha. Miradme. Sancha soy.

Rey. No en vano el alma

me lo anunció desde que al eco blando
de vuestra dulce voz perdió la calma.
Sancha. Las lisonjas dejad, Rey don Fernando,
que si nunca me engríe su tributo,
hoy es ultraje á mi orfandad llorosa,
hoy es escarnio á mi infelice luto.

Rey. El labio á su pesar..... Perdon, hermosa.

Quando anegado en lágrimas el rostro
y herido el corazon de dardo aleve
la sangre me pedis de vuestro hermano,
callar sus votos el amante debe
y su imperio ostentar el soberano.
Ora halagueis con plácida esperanza
mi ardiente amor ó le esquivéis impía,
no lloraréis, lo juro, sin venganza.
Sancha. Venganza! Ah! no la pide mi amargura.
Justicia sí.

Rey. No viola la justicia
el que venga á las leyes. Si sangriento
como lo fué la culpa es el castigo,
el nombre que le diereis poco importa.
Justa es el hacha si los brazos corta
que osaron desnudar viles puñales,
y con su sangre vengarán la vuestra
en justa expiacion los Carvajales.

Sancha. Maldigo con horror al alevoso
que dió la muerte á mi infeliz hermano,
pues abrigó á los dos un seno mismo,
bien que fué para mí crudo tirano.
Mas ni al sagrado altar de la justicia,
ni á mi acerbo dolor fuera consuelo
de sangre no culpada el sacrificio.
Delinquentes no son los Carvajales
por más que la calumnia bajo el velo
de lealtad officiosa los denuncie.
Yo lo juro, Señor, lo juro al cielo.

Rey. ¿Qué escucho! Doña Sancha los defiende!
Sancha. Doña Sancha defiende á la inocencia.
Mal que le pese á la cobarde envidia,
jamás en tan hidalgos corazones
cupieron la vileza y la perfidia.
Sita mi reja en frente del alcázar,
desde ella vi la dolorosa escena,
y ya mi hermano el ay de la agonía
lanzaba, oh Dios! en la sangrienta arena
cuando los dos valientes caballeros
paz gritando á la ciega muchedumbre
en medio se arrojaron del tumulto,
que tal vez á su ruego se deshizo.
Si no es verdad, persígame insepulto
de mi hermano el espectro noche y dia.

Rey. Vos ignorais tal vez que don Gonzalo
poco ántes de su Rey se despedía
en guisa de rebelde y con sañudo,
provocador talante, que á fe mia
me inspiró ménos ira que desprecio;
que no alcanza á turbar mi angusta frente
la estéril rabia del orgullo necio.

Sancha. Si fué Gonzalo audaz, si fué imprudente,
han de sufrir la pena sus hermanos?
Don Pedro Carvajal es inocente.—
Los dos: tambien don Juan.

Rey. Más de una causa
muéveme á reputarlos enemigos.
Presos en la asonada entrambos fueron
y acordes los acusan dos testigos.

Sancha. Mienten. Su lengua vil se vende al oro.
No merece más crédito la mia?
¿Tal mi maldad sería y mi desdoro
que de mi sangre misma á los verdugos

DON FERNANDO EL EMPLAZADO.

- yo osara defender?
- Rey.* Y alma de tigre
tendria el juez que condenar pudiera
á quien vos defendeis.
- Sancha.* ¿Qué escucho! Oh gozo!
¿Será..... Serán absueltos? Infelices!
Sí, saldrán del oscuro calabozo
donde gime aherrojada su inocencia,
y ambos bendecirán, y yo con ellos
bendeciré, Señor, vuestra justicia.
Callais? Ah! no os agravie mi impaciencia.
Decid: «Yo los absuelvo; sean libres,»
ó si áun dudais, desde el excelso trono
suene la grata voz de la clemencia.
Decid, Señor, decid: «Yo los perdono.»
- Rey.* Oh Sancha, Sancha!... El corazon te vende.
No inspiran la piedad ni la justicia
esa ardiente elocuencia, ese abandono.
Sólo el amor, y amor profundo, ciego
habla..... y delira así; y el llanto, el ruego
disfraza en vano el labio temeroso
cuando el silencio mismo nos delata,
y amor asoma al párpado lloroso,
y el rubor de la frente lo retrata.
- Sancha.* Bien decis: si mi rostro lo descubre,
si mi amor es legítimo, inocente,
á qué negarlo? Sí, yo amo á don Pedro.
Ó ha de callar mi lengua, ó nunca miente.
Vos á don Pedro amais!
- Rey.* Feliz le amaba.
- Sancha.* Quereis que en la desgracia le abandone?
Oh furor!
- Rey.* Os irrito cuando callo;
Sancha. si hablo os irrito más.—Ay de mí triste!
Por la vuestra juzgad si un alma tierna
á la pasion fatídica resiste
en que cifra su bien. Ay! En mal hora
contemplaron amantes vuestros ojos
á esta infeliz.....
- Rey.* Y en hora más aciaga
encona de mi pecho la honda llaga
la dicha de un rival á quien detesto
áun más que os amo á vos; rival funesto
que de la sangre ahoga el grito santo
en vuestro corazon. Vos, que sin llanto
veis de un hermano la horrorosa herida,
¡llorais de amor indigno poseida,
y el alma os cubre de mortal espanto
el peligro del bárbaro homicida!
- Sancha.* Faltaba entre los viles detractores
la bastarda ojeriza de los celos,
linaje ruin de impúdicos amores!
¿No caben dos afectos por ventura
dentro de un corazon? Lloro al hermano
y Dios ve mi dolor y mi amargura;
¿mas le habré de inmolar al fiel amante
porque ose denigrarle la impostura?
Si deberes la sangre nos recuerda,
tambien el corazon tiene sus leyes,
y á contrastar su imperio no es bastante
el tirano capricho de los reyes.
- Rey.* ¡Fatal imperio que á la incauta lengua
tales acentos deslumbrado inspira!

Sancha. ¡Creed al corazón, desventurada,
que en vez de mitigar mi justa ira,
enardecerla más ciego os ordena!
Señor!.... ¿Qué he dicho.... Ay Dios! Si me enajena
el dolor que me oprime, sed piadoso,
y no un amante..... á mi pesar quejoso;
óigame en vos un Rey justo y clemente;
óigame un caballero generoso.

Rey. Vos, oh Sancha, que sois tan indulgente
con vuestro corazón, pensad os ruego,
que es vano empeño y loco desvarío
lo que al vuestro negais pedir al mío.
Oídme y resolved. Si en vuestro labio
halaga á mi pasión dulce esperanza,
de las leyes el justo desagravio
yo á vuestros pies sacrificar prometo,
y mi orgullo y mi encono y mi venganza.
Mas que el amor con halagüeños lazos
os una á mi rival aborrecido
y me escarnezca luego en vuestros brazos,
no lo esperéis de mí! Vivo, en buen hora:
vuestro, jamás. Hasta espirar el día
su juez seréis. Si es grande el sacrificio,
no es leve el don.—Mi dicha,.... ó su suplicio.

ESCENA XII.

DOÑA SANCHA.

Cruel! No hay dicha para ti en el mundo
si la esperas de Sancha. Y cuando fuera
tanta mi mengua, que á tu vil deseo
mi acrisolado honor prostituyera,
jamás la vida á precio tan infame
comprara Carvajal. Oh dueño mío!
¡Antes mil veces la segur derrame
tu ilustre sangre, y en tu mármol frío
yo fallezca de amor y de despecho!
Que tú también en mi angustiado pecho
antes quisieras ver punzante daga
que de antojo brutal la torpe huella
en mi llorosa faz. Ay trance amargo!
Ay desdichada la que nace bella!
No temas, no. Si mi dolor inmenso
no me afea á los ojos del tirano,
yo mi cabello mesaré furiosa
y este rostro ajará mi propia mano.
Sólo á tus ojos parecer hermosa
pudírame halagar, ¡y ya en tus ojos
no me puedo mirar embelesada!—
Quién abrirá á mi llanto esos cerrojos?
¡Oh si al menos mi boca enamorada
el postrimer adios pudiera darte!—
Mas una idea..... Sí..... No desespero.
Oh amor!, protege mi inocente engaño.
Probemos..... Ah de casa! Carcelero!

ESCENA XIII.

DOÑA SANCHA. EL CARCELERO.

Carcel. Quién llama?
Sancha. Me conocéis?
Carcel. Sí. ¿No sois la hermana vos del difunto Benavides?
Sancha. Bien lo muestra mi dolor. Afán de justa venganza me conduce á esta mansion. Sé que ha sido un Carvajal el asesino feroz, mas como el crimen horrendo niegan tenaces los dos, mi labio ignora á quién debe fulminar su maldición. En esta estancia no ha mucho el Rey mis quejas oyó. Vos lo sabeis.

Carcel. Á mi oído llegó el eco de su voz.
Sancha. (Cielo!) ¿Oisteis.....
Carcel. No, señora, que el respeto me alejó, y á fuer de buen carcelero ciego y sordo-mudo soy.
Sancha. Yo á los presos he de ver. Así su propio terror descubrirá al delincuente.
Carcel. Señora.....
Sancha. El Rey lo mandó.
Carcel. Créolo así, pero.... á solas.....
Sancha. Temes? Armada no estoy de puñal, ni me vengara con él, que es sobrado honor para un asesino infame.
Carcel. (Esta mujer es atroz.) Pues sois la parte contraria, y hay guarda, y vigilo yo, y el Rey lo ordena, y no hay riesgo... Pero tened compasion de ellos, que al cabo son prójimos...
Sancha. Andad!....
Carcel. Á traerlos voy.

ESCENA XIV.

DOÑA SANCHA.

¡Bien haya un hombre tan necio que no advierte cuánto son forzados en lengua amante los acentos del rencor!

ESCENA XV.

DOÑA SANCHA. D. PEDRO CARVAJAL.
D. JUAN CARVAJAL.

[D. J. Carvajal se sienta retirado y medita.]

P. Carv. ¿Qué veo! Sancha! ¿Es posible.....
Sancha. Deteneos.....
P. Carv. ¡Grato don de los cielos! Sancha mia!
Sancha. [Se acerca á la puerta de las prisiones y mira.] Bajad, don Pedro, la voz.
P. Carv. Nadie nos oye. ¿Qué objeto te conduce á mi prision?
Sancha. Ya el Carcelero se aleja.— ¿Quién, Pedro, sino el amor me trajera aquí?
P. Carv. [Se abrazan.] Bien mio! Es cierto, ó soñando estoy? Tú en mis brazos! Luz divina disipa el lóbrego horror de mi cárcel, y en ti veo al ángel de redencion.
Sancha. Ay Pedro!
P. Carv. Qué! ¿ya no queda . . . esperanza?
Sancha. Sólo en Dios!
P. Carv. Todos nos culpan? ¿No hay ya justicia en la tierra?
Sancha. No! Testigos para acusaros compra el oro corruptor. Si álguien osa defenderos, segura es su perdicion. Y cuándo el juez es verdugo, cómo aplacar su rigor?
P. Carv. Si el Rey.....
Sancha. Postrada á sus piés con elocuente afliccion defendí vuestra inocencia...., y su pecho se apiadó.
P. Carv. ¿Cómo pues.....
Sancha. Mas ¡qué piedad!
P. Carv. Sancha!
Sancha. La muerte es mejor.
P. Carv. ¿Qué escucho!
Sancha. Pone en mis manos tu suplicio ó tu perdon.
P. Carv. ¿Y tu respuesta.....
Sancha. Oh Dios mio! Nunca fué tanto mi amor, mas él te ofrece la vida...., y yo la muerte te doy!
P. Carv. Tiemblo de oírte.
Sancha. El secreto de mi alma sorprendió, y este amor que era tu gloria tu mayor delito es hoy.
P. Carv. Desventurado de mí!

Sancha. Acaba. ¿Y su labio osó....
Pacto infame! No mi lengua;
dígate lo mi rubor.

P. Caro. Y no hay rayos en el cielo?

J. Caro. [*Se levanta.*]

No acuses, blasfemo, á Dios.
P. Caro. ¡Triunfa ese monstruo execrable
que el negro abismo abortó,
triunfa, y la muerte ó la infamia
nos reserva su furor;
y no he de quejarme al cielo?
Ah! no hay en mi corazón
tanta virtud.

J. Caro. Los arcanos
respetas del Criador.
¡Feliz quien se alza inocente
á la celeste region
y se sienta entre los ángeles-
como Abel y como Job!
Muere sereno y no envidies
el triunfo del pecador.
¿Qué es una vida acosada
de remordimiento atroz?
Vuela y le aguarda en la tumba
eterna condenacion.

Sancha. Piensa, mi bien, que muriendo
salvas tu fama y mi honor.

J. Caro. Ves? Débil mujer alienta
al esforzado varon.

Sancha. (Ah! ¡Yo serena me finjo
y muerta de pena estoy!)
No es tanta de nuestra estrella
la cruel persecucion,
pues abrazados podemos
darnos el último adios.

[*Se abrazan.*]

P. Caro. *Sancha*, esa dulce ternura
roba á mi pecho el valor
para morir. ¡Ser amado,
y con tanta abnegacion,
nutrir risueña esperanza,
y verla agostada en flor!

Sancha. Ah! no morirás tú solo;
que yo de mármol no soy.
La tumba nos unirá
ya que los altares no.

P. Caro. Cuán cariñosa y cuán bella!
Mírame así, dulce amor;
roba su presa al verdugo,
y muera en tus brazos yo!

J. Caro. [*Los separa, y queda entre los dos.*]

Apartad, desventurados!
No ofendais al Redentor.
Desterrad de vuestro pecho
toda humana sensacion,
¡que el trance final se acerca
y el tiempo corre veloz!

P. Caro. Mi amor es cándido, es puro,
que su virtud lo inspiró.
Pues para amarnos nacimos,

y somos libres, y voy
á morir, ¿quién mis halagos
culpará.....

J. Caro. La Religion.

Apartaos; yo os lo ordeno,
yo, ministro del Señor.

P. Caro. Oh!.... Tú me acuerdas un bien
que en mi horrible situacion
ya no esperaba. Señora,
pues á mí el cielo os guió,
he aquí mi mano. El que ahora
os la ofrece en la prision,
os la ofreciera lo mismo,
cumpliendo lo que juró,
si daros pudiera en arras
todo el imperio español.

Sancha. Yo sé despreciar grandezas,
que me basta un corazón.

[*Tendiendo la mano.*]

Pobre preso, he aquí la mia.
Con orgullo te la doy.

P. Caro. [*Á su hermano.*]

Sacerdote!, todo es templo
cuando se alza el alma á Dios.
El caballero se humilla:
bendiga el comendador.

[*D. P. Carvajal y doña Sancha se
arrodillan.*]

J. Caro. Si Dios permite benigno
que de infame delacion
triunfe Pedro y libre vuelva
á gozar la luz del sol,
seréisle fiel, doña *Sancha*?

Sancha. Oh, sí! Eternamente.

J. Caro. ¿Y vos
de caballero y cristiano
cumplireis la obligacion?

P. Caro. Siempre.

J. Caro. En nombre del Eterno,

que vuestros votos oyó,
los acojo yo, su ungió.
Recibid mi bendicion.
Si aquel que con soplo leve
hizo polvo á Jericó
del impío rey nos libra
y el juez prevaricador,
benedicidle luengos años
en casta y plácida union;
mas si una precaria vida
nos demanda el Salvador,
cumplamos su voluntad
como el padre de Jacob.
Y vosotros, ofrecedle
con pia resignacion
la suspirada ventura
que os roba muerte precoz.
Mayor será vuestra dicha
en otra vida mejor.

ESCENA XVI.

DOÑA SANCHA. D. JUAN CARVAJAL. DON
PEDRO CARVAJAL. EL CARCELERO.

[Llega el Carcelero sin ser visto por los demas interlocutores y, como dominado por el prestigio del acto que presencia, se arrodilla tambien. D. Juan Carvajal prosigue.]

J. Carv. De ese humano sacrificio
Dios os dará el galardón,
y en aquel glorioso eden
que á los justos reservó
flores de eternal aroma
brotarán para los dos.—
Alzad.

[D. P. Carvajal y doña Sancha se levantan y se abrazan.]

Sancha. Bien mio!

Carcel. [Levantándose.] ¿Qué escucho!

P. Carv. Esposa mia!

Carcel. Traicion!

¡Engañarme así....

[Separándolos.]

Apartad!

P. Carv. Un momento!

Sancha. ¡Por favor....

Carcel. No hay favor.

P. Carv. Adios!

Carcel. Ya basta.

Sancha. Adios!

Carcel. Ea, á la prision!

J. Carv. Ya obedecemos.— No más!

P. Carv. Amargo instante!

Sancha. Oh dolor!

Carcel. [Medio enternecido.]

(Pobrecillos!....) Acabemos.

[Separándolos con violencia.]

Entrad presto.—Salid vos.

ACTO TERCERO.

El teatro representa una parte de la villa de Márto, situada en anfiteatro sobre una alta colina. A la izquierda del actor habrá una quinta de arquitectura árabe con emparrado, naranjos y macetas de flores á la entrada. Sobre este edificio, que será de un solo cuerpo, habrá una azotea. En lo más alto del cerro se elevará hácia la derecha un áspero y desnudo risco, en cuya cima habrá una meseta y sobre ella un castillo con puerta que á su tiempo ha de abrirse. Habrá tambien una loma transitable entre la villa y la fortaleza.

ESCENA I.

EL REY. CASTRO.

[Aparece el Rey voluptuosamente reclinado sobre un escaño de junco bajo el emparrado y entre las flores y fruitales que adornan la entrada de la quinta. Castro en pié á su lado.]

Rey. Deliciosa quinta es esta.
Los monarcas del oriente
saben serlo, que no hay gloria
como nadar en placeres.
Buen alarbe que plantaste
estos amenos verjeles,
si yaces en torno mio
bajo algun florido césped,
séate ligera mi planta;
que aunque austera me lo vede
más estrecha religion,
yo tambien, nieto de reyes,
perdidias cuento las horas

que no hermosea el deleite.

Castro. Por cierto que vuestro hermano
en el cerco de Alcaudete,
entre cascos y ballestas
no tendrá tan buen albergue.

Rey. La esperanza de vencer
le consolará. Es valiente.
Yo tambien de tal blasono,
mas acaudille mis huestes
en buen hora; que es locura
arrostrar soles y nieves
por ganar, Castro, una villa
el que tantas villas tiene.
Me hallo bien entre las rosas
y no envidia sus laureles.

Castro. Sólo faltaba, Señor,
á vuestra dicha que fuese
ménos vana y desdefiosa
doña Sancha.

Rey. Está rebelde,
mas no pierdo la esperanza;
que el tiempo todo lo vence.

Castro. Olvidadla. Mil bellezas
ansiarán lo que ella pierde;
que los reyes son contados
y sin cuento las mujeres.

Rey. Nacen todas caprichosas,
mas Sancha á todas excede.
¡Desprecia al Rey de Castilla
por un condenado á muerte!
Confieso que al declararlo
su boca, como un demente
me enfurecí; mas la calma
otra vez al seno vuelve;
que si de un placer me priva,
otro más dulce me ofrece;
la venganza.

Castro. Aun no ha vencido.
Fiad en su sexo débil.
Si ama á Carvajal, acaso
cuando el momento se acerque
del suplicio.....

Rey. No está léjos.
Pero ¿qué hace que no viene
mi caro tío?

Castro. Sin duda
temeroso de la plebe
dictando está precauciones.....

Rey. ¿Qué concepto te merece
mi tío?

Castro. Señor.....

Rey. Te turbas?
Hablar sin recelo puedes.

Castro. Pues le dais vuestra confianza,
digno de ella me parece.

Rey. Lindamente! ¿Y qué dirias
si de mi gracia cayese?

Castro. Señor.....

Rey. Señor!.... Yo no gusto
de aduladores; entiendes?
¡Que nunca se libre un Rey
de esa maldecida peste!
Si te precias de sincero,
di que es don Juan un aleve,
un traidor, un ambicioso;
di que España le aborrece
como le aborrezco yo;
di que me afrenta y me vende.

Castro. (Hoy la toma con don Juan?
Seguiremos la corriente.)
Pues quereis, Señor, que os diga
la verdad, mucho se duelen
vuestros súbditos leales
de que las riendas se entréguen
del Estado á un hombre odioso,
indigno de su progenie
excelsa, y cuya maldad
ya es proverbio entre las gentes.
Es un perverso.

Rey. Un hipócrita.

Castro. Escrita lleva en la frente
la perfidia y la bajaía.

Castro. Rastrero y vil con el fuerte,
tirano con el humilde;
y si la fama no miente,

(perdone el señor don Juan)
tiene sus puntas de hereje.

Rey. Yo mi privanza le di
mancebo inexperto y débil.
Sus lisonjas me engañaron,
mas no tardé en conocerle.
Si áun sufro y el pié no pongo
sobre su cuello insolente,
temor del poder inmenso
que ha usurpado me detiene;
que ese infame, aunque rubor
el confesarlo me cueste,
más que yo manda en Castilla.
Mas dia vendrá en que truene
mi reprimido furor
y él caiga y Castilla tiemble.

Castro. (Si así pierde su privanza,
no sea yo quien la herede!)

[Suena un atabal.]

Rey. ¿Qué atabal.....

Castro. El pregonero,
que recorre los cuarteles
anunciando la sentencia.....

Rey. Así será más solemne.

Pregon. [Gritando dentro.]

El Rey, y en su real nombre el su
Merino mayor: Visto el juicio forma-
do contra los hermanos don Juan y
don Pedro Carvajal, acusados y con-
victos del crimen de alevosía y traic-
cion y homicidio violento, los con-
dena á ser arrojados por mano del
verdugo de lo alto de la peña de esta
villa de Mártos para escarmiento de
traidores.

[Suena otra vez el atabal.]

Rey. ¿Y cómo el terrible fallo
oyeron los delincuentes?

Castro. Con noble serenidad.

Rey. Sus almas son de buen temple,
y me huelgo de saber
que como soldados mueren.

[Corónanse de soldados las almenas
del castillo. Un oficial distribuye otros
por la loma que conduce de la villa á
la peña. Otro coloca tambien centine-
las en varios puntos para tener en
respeto al pueblo, que saliendo de la
villa va ocupando el cerro.]

ESCENA II.

EL REY. CASTRO. SOLDADOS. PUEBLO.

Castro. Ya los arqueros asoman
por las almenas del fuerte.

Rey. Y el populacho curioso por la colina se tiende.

Castro. ¡Que siempre atraigan al vulgo espectáculos crueles! Miradlos. Con ménos ansia asistieran á un banquete.

Rey. Singular pasion! Y acaso á los reos compadecen, y si librarlos pudieran?...

Castro. No haya miedo que lo intenten, que está el cerro bien guardado y hay cuatrocientos ginetes entre la plaza y la vega.

[*Sordo rumor y continuo movimiento de la muchedumbre de ambos sexos y de todas edades que pugna por coger puesto. Los soldados los desvian con aspereza, y procuran imponer silencio.*]

Rey. Como soy que me divierte aquel confuso bullicio.

Castro. Cubierto con esa verde espesura nadie os ve.

[*Siguen hablando aparte.*]

Unamuj. Ave María! No apriete.

Unhomb. Haga paso.

Otro. ¡Mari-Nuño, por aquí!

Otro. ¡Niños de leche á estas funciones! ¿No ve que es fácil que la atropellen?

Unamuj. Lo traigo para que aprenda.

Unhomb. Si apenas tiene seis meses!

Un sold. [*Á otro grupo.*]
Eh! poca bulla. Ya he dicho que se callen y se asienten.

Un niño. Madre, dónde está la horca?

Unamuj. No hay horca.

Un niño. Pues ¿cómo mueren?

Unamuj. Despeñados!

Una jóv. Virgen madre!

Otra. Qué horror!

Unhomb. Y son inocentes.

Un sold. [*Amenazando.*]
Qué ha dicho?

Elhomb. [*Temblando.*] Yo nada..., nada....

Otro sol. Silencio! Nadie resuelle.

[*Las amenazas de los soldados aterran á la multitud, y aunque siguen los murmullos con muestras de general descontento, ya nadie osa alzar la voz. Quién manifiesta oír á otro con curiosidad é interes; otros alzan las manos al cielo, ó con diversas demostraciones mudas hacen ver la compasion que les inspiran los sentenciados. Algunas madres y algunos ancianos se ponen el dedo en la boca como para contener á la juventud imprudente. La*

variada animacion del cuadro, más ó ménos perceptible, no ha de cesar hasta el fin del acto.]

Castro. Aquí se acerca don Juan.

Rey. Ya me tenía impaciente.

ESCENA III.

EL REY. CASTRO. D. JUAN. CASTAÑEDA.
LEIVA. SOLDADOS. PUEBLO.

[*D. Juan, Castañeda y Leiva vienen por la parte de la villa.*]

Rey. Llegó la hora? ¿Es negocio tan grave....

Juan. Señor, faltaba al freile de Calatrava degradar del sacerdocio.

Rey. Si el prelado resistia....

Juan. No, que os ha servido bien el obispo de Jaen.

Rey. Le degrada don García!

Juan. Teneisle á vuestra obediencia.

Rey. Gran pena os habrá costado

el conseguir del prelado

ese acto de complacencia;

que no sin cuenta y razon

á la corona real

su báculo pastoral

rinde mitrado varon.

Juan. No es mucho que lo consienta

y á vuestro querer se dome,

pues Calatrava le come

los dos tercios de su renta.

[*Suena otra vez el atabal, y dentro en ángulo distinto se repite el pregon: al oirlo se aumenta el murmullo popular, pero la tropa lo reprime.*]

Rey. Ese pueblo es mala grey.

Oye el pregon con tal cara,

que de la peña arrojara

al pregonero.... y al Rey.

Juan. Señor, vuestra autoridad....

Rey. No os hagais, tio, de nuevas.

Ya sabeis que tengo pruebas

de su buena voluntad.

Siento que el rostro me tuerza,

mas ¿qué me puede pedir

si yo le dejo elegir

entre el amor y la fuerza?

Doble la fe de su rodilla

ó dóblela el torpe miedo,

qué importa? Contento quedo.

Todo es reinan en Castilla.—

Mas ya el suplicio se apresta,

y pues no acosa el calor,

venid; desde el mirador

Leiva. gozaremos de la fiesta.
Podrá achacar esa accion
el mundo á cruel deseo.
¡Ver un rey la cara al reo
sin concederle el perdon!....
Rey. ¿Qué os importa á vos el juicio
que el mundo forme de mí?
Leiva. Señor, mi celo..... Creí.....
Rey. Eh! callad.
Leiva. Si es deservicio
dar un prudente consejo.....
Rey. Es consejo impertinente,
Leiva, y lo sufro indulgente
porque sois un pobre viejo.
Ídos si os han de mover
los traidores á piedad,
y por sus almas rezad,
que bien lo habrán menester.
Yo, que privarme no quiero
de escena tan singular,
así el nombre he de ganar
de monarca justiciero.

ESCENA IV.

LEIVA, SOLDADOS. PUEBLO.

Leiva. ¡Justicia, cuál se mancilla
tu santo nombre en la boca
del que así, oh mengua! te invoca!
Desventurada Castilla!

ESCENA V.

EL REY. D. JUAN. CASTRO. CASTAÑEDA.
SOLDADOS. PUEBLO.[*El Rey y su séquito aparecen en el mirador.*]*Soldados.* Viva el Rey Fernando!—Viva![*Dos ó tres veces inclina el Rey leve-
mente la cabeza. El pueblo murmura.*]*Juan.* Ved, Señor, cuál se alborozan
al veros.....*Rey.* Sí, los soldados.*Un sold.* Viva el Rey!*Otro.* [Á un hombre.]

Fuera esa gorra.

El hom. [Con voz apagada.] ¡Viva.....
(Mala hora de Dios le coja!)
Sancha. [Dentro.]Dejadme! Yo le he de hablar.
Justicia!*Un sold.* Tened, señora!

ESCENA VI.

EL REY. D. JUAN. CASTRO. CASTAÑEDA.
DOÑA SANCHA. SOLDADOS. PUEBLO.[*Llega doña Sancha con el rostro pálido, el ca-
bello descompuesto y gritando con desesperacion:
quiere penetrar en la quinta y los soldados se
lo impiden.*]*Sancha.* Es una maldad horrible
que la venganza provoca
del cielo. Son inocentes![*Nueva agitacion del pueblo reprimida
por los soldados.*]*Rey.* Qué voz! ¡Doña Sancha ahora.....*Sancha.* Crueles! Dejad que el Rey
me vea; dejad que oiga
la verdad.....*Juan.* Este impensado
accidente.....*Rey.* Más hermosa
la hace el despecho á mis ojos.—
Pero si al pueblo alborota.....*Sancha.* Allí está! Señor, Señor!
Si en algo estimais la gloria,
si al grito de la justicia
vuestra alma de rey no es sorda,
derogad esa sentencia
atroz, fiera, escandalosa.
Son inocentes!*Soldados.* [Á los grupos del pueblo que se mue-
ven con marcado interes hácia donde
se halla Sancha.]

Atras!

Juan. [Al pueblo.]El dolor que la acongoja,
amigos, turba su mente.
Era la hermana amorosa
de Benavides. La misma
que asesinado le llora,
por sus infames verdugos,
demente, oh dolor! aboga.
Compadeced su delirio.[*El pueblo da muestras de compasion.*]*Sancha.* Miente esa lengua traidora.
No deliro: el Rey lo sabe.
Yo lo juro por mi honra,
por mi vida, por mi alma.
Son inocentes. Sus obras
más que mi voz los defienden.
Otros merecen la nota
de asesinos; ellos no.*Rey.* Ea, prended á esa loca,
y conducidla á un encierro

donde en segura custodia.....

[*Los soldados vacilan.*]

Obedeced.

[*Varios soldados rodean á Sancha en actitud de hacerla retirar.*]

Sancha. La verdad
ha de sonar en mi boca
mientras respire.

Rey. Soldados!

Un homb. [*Á otro que va á embestir á los soldados.*]

Quieto, que la guardia doblan!

[*Acude en efecto más fuerza armada.*]

Rey. Llevadla! ¡Pesía mi saña.....

Sancha. ¡Apartad..... ¡Ah, que me ahoga
el dolor..... Matadme, impíos,
si su noble sangre es poca
para saciar á ese monstruo.
Madres, hermanas, esposas,
rogad, maldecid..... Dios mio!
¿Y es posible que áun no rompáis,
pueblo oprimido, la férrea
cadena vil que te agobia?
Cobardes!

[*Al son de atabales y trompetas aparecen por la loma y se dirigen al castillo el juez, alguaciles, soldados y el verdugo.*]

Ay! El verdugo!

Yo..... muero.

[*Cae desmayada entre los soldados y se la llevan.*]

Juan. Llevadla ahora.

ESCENA VII.

EL REY. D. JUAN. CASTRO. CASTAÑEDA.
EL MERINO. EL VERDUGO. ALGUACILES.
ATABALEROS. SOLDADOS. PUEBLO.

Rey. ¿Habrá muerto...

Castro. No. Un desmayo...

Rey. Id, Castañeda; volad.

Que velen por su salud.—

Es bella....., y no es Carvajal.

[*El Merino, alguaciles, &c. llegan á la puerta del castillo; ábrese ésta, sale el alcaide con los reos, que visten simples túnicas sin ningún distintivo; los entrega al juez y vuélvose al castillo quedando otra vez cerrada la puerta. Castañeda baja del mirador, atraviesa el teatro y desaparece en la*

dirección que llevó doña Sancha. El Rey sigue hablando con Castro y el Infante. Todos fijan la vista en la Peña, el pueblo da vivas señales de curiosidad y compasión; los soldados vigilan con más atención y preparan sus armas. El sol empieza á nublarse y oyesse algún trueno lejano.]

ESCENA VIII.

EL REY. D. JUAN. CASTRO. D. PEDRO
CARVAJAL. D. JUAN CARVAJAL. EL MERINO.
EL VERDUGO. ALGUACILES. ATABALEROS.
SOLDADOS. PUEBLO.

Un homb. Allí están!

Un niño. Allí!

Una muj. Qué lástima!

Un homb. Aquel es Pedro; aquel Juan.

Otro. Ya le han quitado las órdenes.

Una muj. Sacrilegio!

Otra. Iniquidad!

Un sold. Silencio!

Un homb. Y era tan bueno!

Una muj. Y don Pedro tan galán!

Una jóv. Qué pena! ¡Morir así,
y en lo mejor de su edad!

Otro sol. Punto en boca. Vea y calle
quien no los quiera imitar.

P. Carv. [*Abatido.*]

Conque ya llegó el momento?

Sancha mía ¿dónde estás?

¿Quién dijera que en mis bodas

fuera esta Peña el altar,

y mis preceas de novio

este infamado gaban,

y áspero derrumbadero

mi tálamo conyugal!

J. Carv. Mostremos, hermano mio,

la noble serenidad

de cristianos y de nobles

en el término fatal,

y honrará nuestra memoria

la justa posteridad;

que sólo al malvado infaman

la cuchilla y el dogal.

P. Carv. No siento por mí la muerte.

Por Sancha..... Ay Dios! ¿Qué será

de la infeliz? Me ama tanto!....

¡Y llora en triste orfandad;

y un tirano.....

J. Carv. Su virtud

los cielos ampararán.

Allí lauro inmarcesible

guardado á los tres está.

Eleva el alma al empíreo,

y sobre ese lodazal

de miserias y de crímenes

no tiendas la vista más.
No se diga, Pedro mio,
que espanto ahora nos da
la muerte que en cien batallas
vimos con serena faz.
¿Qué es el dolor de un instante
si se llega á comparar
con la celeste ventura
de toda una eternidad?

P. Carv. Oh! tú confortas mi espíritu.
Tu voz es voz paternal,
voz de Dios! Te imitaré.
Digno de ti me verás
hasta el postrimer instante.

Rey. [Á *D. Juan.*]

¿Aun no da el juez la señal?
¿Á qué aguarda.....

Merina. Caballeros,
la hora pasó..... Acabad.

[*Al Verdugo.*]

P. Carv. Cumplid vos vuestro deber.
No llegueis. Un Carvajal
no ha menester vuestro auxilio
para morir.—Apartad.

J. Carv. Pedro! Esa vida no es tuya.
Tu valor es criminal.
Dios no te manda matarte,
sino dejarte matar.—
Buen hombre, haced vuestro oficio.

Qué importa un ultraje más?
Así Dios lo ha decretado!
Cúmplase su voluntad.

P. Carv. Dame el abrazo postrero!

J. Carv. Adios! En la eterna paz
tornaremos á abrazarnos.

[*Las nubes se condensan por instan-
tes; los truenos, ya muy cercanos, se
multiplican; parte del pueblo se va
retirando á la villa huyendo de la
tormenta que amenaza.*]

Juan. Horrorosa tempestad
nos amaga. Huid.....

Rey. [*Turbado.*] No puedo.
¡La mano de Satanas
me clava aquí!

Una muj. Dios piadoso!

Un homö. Huyamos del temporal.

[*Al desprenderse D. P. Carvajal de
los brazos de su hermano fija la vista
en el mirador y exclama:*]

P. Carv. ¿Qué veo! El tirano allí!
Oh colmo de atrocidad!

[*Gritando.*]

¿Aun quieres en nuestra sangre
los ojos apacentar?

Verdugo de la inocencia,
nuestra sangre caerá
gota á gota sobre ti.
El sol se niega á alumbrar
tu fiereza, y trueno horrible
la cólera celestial.

Voces del
pueblo. } Perdon! Perdon!

Rey. [*Esforzándose á ocultar su terror.*]

No perdono.

[*El teatro queda enteramente oscuro;
sólo algun relámpago deja ver los ob-
jetos por intervalos; arrecia la lluvia;
pocos del pueblo permanecen en la es-
cena; los demas huyen consternados;
el Rey queda solo en el mirador ha-
ciendo vanos esfuerzos para retirarse.*]

ESCENA IX.

EL REY. D. JUAN CARVAJAL. D. PEDRO
CARVAJAL. EL MERINO. EL VERDUGO.
SOLDADOS. PUEBLO.

J. Carv. Yo tengo de ti piedad,
y te perdono, infeliz;
mas mi perdon ¿qué valdrá?
Escucha, y oidme todos!
Mi labio pronto á espirar
mueve inspiracion celeste.
Pues tu inaudita crueldad
sin oir nuestra defensa
ni la acusacion probar
nos condena, yo te cito
al divino tribunal;
allí donde no hay quien ponga
mordazas á la verdad,
ni son razones las lanzas
cuando falla un juez venal.
Treinta dias es tu plazo.
Treinta dias vivirás.
Cuéntalos bien, no los pierdas;
que irán y no volverán.
Cuéntalos bien!

[*Al Verdugo.*]

Vos, ahora
la sentencia ejecutad.

[*Los Carvajales se dan las manos
vueltos hácia el bastidor de la dere-
cha, y en el momento de ser precipi-
tados por el Verdugo oyese un trueno
espantoso, y un grito universal; el
Rey cae en tierra sin sentido, y baja
el telon.*]

ACTO CUARTO.

Arboleda en las inmediaciones de Jaen, que termina en una quinta, cuya fachada y puerta principal se ven en el foro. Habrá algunos bancos de césped.

ESCENA I.

EL REY. D. JUAN. EL MÉDICO. CASTRO.
CASTAÑEDA. CABALLEROS.

[*El Rey, pálido, doliente, melancólico, pasea lentamente sostenido en los brazos de Castro y el Médico. D. Juan y los demas caballeros le siguen.*]

Rey. Más despacio, más despacio.
Hoy apenas tengo aliento
para moverme.

Castañ. [Aparte á D. Juan.]

Hoy está
de remate. Aquel aspecto
es mortal. Creo que pronto
vacará en Castilla un cetro.
Preparáos.....

Juan. ¡Oh si fuera
aquel pronóstico cierto!
Pero es quimera. Jamás
he creído yo en agüeros
ni profecías.

Castro. No obstante,
desde el trágico suceso
de Mártos, un solo día
de salud y de sosiego
no ha lucido para el Rey,
y su mal es más acerbo
cuanto más se acerca el fin
del terrible emplazamiento.

Rey. Ah!..... No puedo más.....

Médico. Sentáos.

Basta por hoy de paseo.

[*Ayudado por el Médico y Castro se sienta el Rey en un banco.*]

Rey. ¿Tan escasa es vuestra ciencia,
doctor, que no hallais remedio
para esta fiebre tenaz
que me consume?

Médico. No advierto
síntomas graves aún.
Al contrario, va en descenso
la calentura. Los aires
de Jaen, á lo que observo,
os mejoran.

Rey. Bien hicisteis

en sacarme de aquel pueblo
de maldicion. Pero ¿adónde,
adónde iré que el siniestro
fantasma de aquella peña
no me aterre?

Juan. Esos recuerdos
acrecientan vuestro mal.
Lanzadlos del pensamiento.

Rey. Esperais curarme pronto?

Médico. Si no haceis ningun exceso
y procurais desechar
esos terrores funestos,
en breve, mediante Dios,
que os restablezcáis espero.

Rey. Cuándo?

Médico. Señor, no es posible.....

Rey. Cuándo?

Médico. Eso, lo sabe el cielo.

Rey. Y tú nó?

Médico. No llega á tanto
mi ciencia.

Rey. Pues ¿qué es un médico?

¿De qué aprovecha, si ignora
lo que no sabe el enfermo?

Médico. La práctica y el estudio
no siempre son del acierto
prendas seguras, que todo
al error está sujeto
en el mundo. Conocida
la enfermedad.....

Rey. ¡Por san Pedro...

¿Necesito yo un doctor
para saber que padezco?

Castro. No os inquieteis.

Médico. Dadme pues
licencia, si aquí mi celo
es inútil.

Rey. Esperad.

Teneis entrañas de perro.
Quereis dejarme morir?

Médico. Si no domais ese genio,
vos mismo os daréis la muerte.

Rey. Veintisiete años no cuento
todavía, y ¡verme así!....
¡Y envidiar al más abyecto
de mis vasallos, yo Rey;
yo cuyo poder supremo
del mar cántabro se extiende
hasta el gaditano estrecho!
¡Yo para el placer nacido,
yo á quien nadie pone freno,

ni lanzar puedo un venablo
 contra el jabalí soberbio,
 ni sobre dócil bridon
 señorearme caballero,
 ni alegrarme en los festines,
 ni triunfar en los torneos,
 ni en voluptuosos delirios
 el trono olvidar y el tiempo!
 Si fueras tú quien yo soy
 y vieraste cual me veo,
 tú te desesperarías
 como yo me desespero.

Médico. No hay medicina en el mundo
 contra ese fatal despecho,
 si la razón no lo ahuyenta.

Rey. La razón.... Bien; te obedezco,
 pues mandar al alma quieres
 sobre atormentar el cuerpo.

Médico. Yo, Señor....

Rey. ¡Y á los monarcas
 llama tiranos el pueblo!
 Nunca fueron tan tiranos
 los reyes como los médicos.
 Qué me ordenas?

Médico. [*Pulsándole.*] Por ahora
 nada, pues tranquilo os veo,
 y el pulso es ménos frecuente;
 y pues no es grata á los siervos
 la presencia del tirano,
 aquí en libertad os dejo;
 mas cuando decline el sol
 retiráos, yo os lo ruego;
 que en las noches de Setiembre
 es peligroso el sereno.

ESCENA II.

EL REY. D. JUAN. CASTRO. CASTAÑEDA.
 CABALLEROS.

Castro. De la boca del doctor
 al fin ya salió un precepto
 tolerable.

Castañ. Es un inepto.

Castro. Extremado es su rigor.

Castañ. Si él os ha de dar auxilio,
 no esperéis....

Castro. ¿Cómo podría
 curaros de hipocondría
 si es más serio que un concilio?

Castañ. Su sistema os empeora
 cada día.

Castro. Y, vamos claros,
 acaso para mataros
 le pague mano traidora.

Rey. [*Cavilando.*]

Hoy lunes.... Cuántos del mes?

Castro. ¡Eh, Señor....

Rey. Cuántos, don Juan?

Juan. Cuatro.

Rey. Cuatro días van?
 Ya sólo me quedan tres!
 El juéves! Terrible juéves!....
 Desechad....

Juan. Horas amargas!
Rey. ¡para el tormento tan largas,
 para la vida tan breves!
 Ya la voz de Dios retumba,
 ya en mí descarga su brazo,
 ya me acuerda el negro plazo
 Carvajal sobre la tumba.

Ni esperanza, ni perdón!
 ¡Ni el empireo, ni el infierno
 borrarán del libro eterno
 mi día de maldición!

Castro. Vano terror os fascina.

Castañ. ¿Dais crédito....

Castro. ¡Pesia tal....
 ¡Intérprete un Carvajal
 de la voluntad divina!
 Si cruel fué la sentencia
 horrible la culpa fué.

Rey. Yo su crimen no probé....

Juan. Mejor que ellos su inocencia.

Castañ. Para obrar tal maravilla
 ¡qué austeros anacoretas!

Castro. El tiempo de los profetas
 pasó ya para Castilla.

Rey. Pienso que teneis razón.
 Como ha días que no duermo,
 delirio, aprensión de enfermo....

Castañ. Pues ¿quién lo duda? Aprensión.

Juan. [*Aparte á Castañeda.*]

Y á qué fin curarle de ella?

Castañ. [*Aparte á D. Juan.*]

Eh! si Dios contó sus días,
 ni tristezas ni alegrías
 desmentir podrán su estrella.

Rey. Si yo ahora os excomulgo,
 qué servirá mi anatema?

Castro. Aquello fué estratagemas
 para sublevar al vulgo.

Rey. Qué flaqueza! Sí, me río
 de esas necias predicciones.
 Si valieran maldiciones,
 qué fuera ya de mi tío?

[*Todos rien ménos D. Juan.*]

Juan. Recobrad, aunque á mi costa,
 la alegría y la quietud.

Castro. Reid. La risa es salud.

Castañ. Os curaréis por la posta.

Castro. Y ántes que el vital estambre
 os corte, alejad de aquí
 á ese doctor baladí
 que os está matando de hambre.

Rey. La fiebre....

Castañ. [*Tomándole el pulso.*]

Dadme... No hay fiebre.

Rey. Cierto?
Castañ. Al que de esa manera os engaña, yo le diera de comer en un pesebre. Hay apetito?
Rey. Sí; ya..... presumo.....
Castañ. Sea en hora buena! Pues esta noche, gran ceua.— El Infante pagará.
Juan. Mi mayor gozo sería.....
 [Aparte con Castañeda.]
 Mirad.....
Castañ. Os saldrá barata si, ántes que el terror, le mata una buena apoplejía.
Rey. Acepto, que sin placer no me quiero consumir. No comer por no morir es morir de no comer. Afuera el vano terror. Si el plazo se cumple, es justo que yo me muera á mi gusto y no á gusto del doctor.
Castañ. Ya estais mejor; ya se ensancha ese corazon.
Castro. Y luégo..... si hay damas.....
Rey. Oh si á mi ruego se rindiera doña Sancha! No me asustarian plazos si tanta fuera mi suerte. Venga en buen hora la muerte como yo muera en sus brazos.
Castro. Vos la teneis en prision, y oprimir y amenazar es mal medio de ganar un altivo corazon. Fingid que os duelen sus penas, y cuando libre se juzgue la lisonja la sojuzgue y dore amor sus cadenas.
Rey. Rogar yo sin esperanza cuando el orgullo la ciega.....
Castro. Con el silencio se ruega; con la paciencia se alcanza.
Rey. Hazla venir al instante.— Esa mujer es mi signo!
Castro. Sed primero Rey benigno y despues rendido amante.

ESCENA III.

EL REY. D. JUAN. CASTAÑEDA.
 CABALLEROS.

Castañ. Apenas rompeis el yugo de ese médico maldito, al rostro vuelve el color, cobran los ojos su brillo.

Rey. Acertado fué el consejo. El cuerpo siente más brio y pensamientos más gratos en el corazon abrigado.

ESCENA IV.

EL REY. D. JUAN. CASTAÑEDA. LEIVA
 CABALLEROS.

Leiva. Albricias, Señor!
Rey. ¿Qué nueva.....
Leiva. Alcaudete se ha rendido.
Rey. Es cierto?
Castañ. Gloria á Castilla!
Leiva. Cansados del largo sitio ayer dieron el asalto vuestros guerreros invictos. Los que osaron defenderse pasados fueron al filo de la espada triunfadora; los demas gimen cautivos.
Rey. Feliz jornada! Y mi hermano? Cómo no hablais del caudillo?
Leiva. El Infante mi señor, dejando leal presidio en el fuerte conquistado, veloz se ha puesto en camino con su ejército animoso. Yo solo le he precedido corto espacio.....
Castañ. No lo veis? Todos son ya regocijos.
Juan. (No para mí, que pudiera correr ahora peligro mi privanza.)
Rey. [Se levanta y D. Juan y Castañeda acuden á sostenerle.]
 No. Dejadme. Ya veis que la planta afirmo sin que me ayudeis. En tanto que otros con capa de amigos quizá contra mí conspiran, mi fiel hermano.....
 [Sale Sancha de la quinta, y se dirige lentamente adonde está el Rey.]
 ¿Qué miro!
 Es Sancha! Dejadme solo.
Juan. Señor.....
Rey. Qué molestia! Idos.

ESCENA V.

EL REY. DOÑA SANCHA.

Rey. Sois vos, doña Sancha! Os veo y mi ventura no creo;

que es exceso de indulgencia honrar con vuestra presencia á quien se confiesa reo. Si es vuestro objeto, bien mio, quejaros de mi rigor, de amor fué mi desvarío, y pues sabeis qué es amor que me perdoneis confío. Yo os vuelvo sin condicion la perdida libertad.

Sólo os pido en galardón que mireis mi ceguedad con ojos de compasion.

Sancha. Sí, no hay duda, estais muy ciego, pues en torpe inútil fuego el alma os dejais arder, y á Dios no elevais el ruego que desdeña una mujer. Contra firme voluntad que la cárcel no amedrenta ¿qué vale falsa piedad? Prefiero vuestra crueldad, que ella al ménos no me afrenta. Cuando de prision salia juzgué que ya no os veria, ni severo, ni clemente; ya no creí que esa frente osara alzarse á la mia. Libertad es don de Dios, mas ni eso quiero de vos; que el más negro calabozo sitio es para mí de gozo si nos separa á los dos.

Rey. ¿Eso merece la fe del que á tus piés rinde un trono? Es cierto que te agravié, ¿mas sorá, Sancha, tu encono mayor que mi culpa fué? Baste á expiar mi delirio este horroroso martirio que me consume letal, como el recio vendaval seca las hojas del lirio. Sombra no soy del que fuí; doliente y lánguido muero. Oh! ten lástima de mí, que solo la vida quiero para consagrarla á ti.

Sancha. Sí, la imágen de la muerte veo en tu rostro, y mi suerte ya no puedo maldecir; que si amargura es el verte, consuelo es verte morir. ¡Y sordo al remordimiento fundas en mí tu esperanza! ¡En mí, que soy instrumento de la divina venganza, y me gozo en tu tormento!

Rey. Qué has dicho? ¡Tanta ojeriza.... Libradme, Dios sempiterno, de esa mujer que me hechiza. Ese mirar me horroriza; esa risa es del infierno.

Quién te trajo á mi presencia? Tú con venenoso jugo me diste mortal dolencia....

Sancha. El delito es tu verdugo, tu veneno es la conciencia.

Rey. Mas áun puedo tu traicion castigar....

Sancha. Arma tu mano; traspásame el corazón. La muerte es el solo don que acepto yo de un tirano.

Rey. [Saca un puñal.]

Muere, muere, desdichada.... Oh cielo! ¿Qué mano helada.... Aparta! Suelta el puñal!.... Una sombra ensangrentada.... La sombra de Carvajal!.... Oh! Piedad! piedad! Yo muero.

[Caer aterrado en un banco.]

ESCENA VI.

EL REY. DOÑA SANCHA. D. JUAN. CASTRO CASTAÑEDA.

[Todos acuden corriendo á socorrer al Rey.]

Juan. Señor!....

Castañ. Doña Sancha aquí!....

Castro. Y en vuestra mano un acero!

Juan. ¿Qué intentó....

Rey. ¡Fantasma fiero, huye!.... Apartadle de mí!

Castro. Débil la imaginacion os finge horrible vision. Sólo veo á una mujer. Qué podeis de ella temer? Recobrad vuestra razon.

Castañ. Calla y os mira altanera, y el corazón rencoroso descubre su faz severa.

Juan. Si importa á vuestro reposo, muera doña Sancha.

Castañ. Muera.

Rey. No más sangre! Antes mi muerte! No más!

Sancha. Infante de España, pruebe una mujer tu saña. Hiérame ese brazo fuerte...., que es digna de ti la hazaña.

Rey. Ay del que osara ofendella! Su cabeza hará caer. Libre sea esa mujer; mas lleve léjos su huella donde no la torne á ver.

Sancha. Triunfo será para mí que el terror te inspire así. Si es piedad, no la agradezco, porque la vida aborrezco

como te aborrezco á ti.
Ni la estampa de mi pié
quieres ver.....mas, ay dolor!
¿adónde lo llevaré
si me privó tu furor
de cuanto en el mundo amé?
Triste, errante, peregrina.....

[Mirando al bastidor de su izquierda.]

Mas un templo veo allí
sobre fragosa colina.
Él sea mi asilo. Á ti
me acojo, bondad divina.

ESCENA VII.

EL REY. D. JUAN. CASTRO. CASTAÑEDA.

Rey. Oh cobardía! oh flaqueza!
Vida de afan y de angustias,
por qué te amo todavía?
Por qué me espanta la tumba?
Castañ. Otra vez la negra imágen
de la muerte os atribula?
Castro. Señor; sin duda la dieta
vuestro cerebro perturba.
Comed, bebed, alegráos,
que así al diablo se conjura.—
Mirad, vuestro hermano llega,
y su venida os anuncia
más felices horas.....

ESCENA VIII.

EL REY. D. JUAN. CASTRO. CASTAÑEDA.
D. PEDRO. LEIVA. D. MENDO. OFICIALES
DEL SÉQUITO DE D. PEDRO.

Rey. [Levantándose.] Pedro!
Pedro. [Va á arrodillarse y el Rey le abraza.]
Señor, vuestra planta Augusta.....
Rey. Qué haces? No. Ven á mis brazos.
Pedro. Hermano mio!
Rey. Oh ventura!
Cuánto tu vista anhelaba!
Ella mis penas endulza
y mi pecho fortalece.
Pedro. No esperaba mi ternura
en tal estado encontrarte.
Rey. Postró mi salud robusta
no sé si obstinada fiebre,
ó terror fatal que nunca
debió triunfar de mi esfuerzo;
mas tu presencia me cura

de fiebres y de aprensiones,
¡oh hermano, oh firme columna
de mi imperio!

Pedro. En esa dicha
toda mi ambicion se funda.
Vos, tio, no me abrazais?

Juan. [Abrazándole tibiamente.]
Mi afecto se congratula.....
(Fuerza es fingir.)

Pedro. [Al Rey.] Presos quedan
en el castillo de Andújar
los freiles de Calatrava
que temerarios acusan
á su Rey.....

Rey. No me recuerdes
aquel dia de amargura.....

Pedro. Yo, soldado, no examino
si fué justa ó no fué justa
la sentencia. Vos firmasteis,
y vuestra sea la culpa
ó la gloria. El labio mio
ni os aplaude, ni os acusa.

Rey. Basta.

[A media voz.]

Tu hueste ¿es leal?

[D. Juan habla aparte con Castañeda,
Castro y otros caballeros. Leiva
forma corro con los del séquito de don
Pedro.]

Pedro. Con mi obediencia y la suya
podeis contar.

Rey. Está bien.

Pedro. Si hay algun traidor...

Rey. Sí. Escucha.

[Siguen hablando en voz baja el Rey
y D. Pedro.]

Juan. Qué os parece, ricos-hombres?
Porque ha vencido á una turba
de cobardes sarracenos
ya don Pedro no os saluda,
y con su altivo ademan
dijérase que os insulta.

Castro. En los fraternos halagos
con preferencia se ocupa;
y si el triunfo le envanece
su mocedad le disculpa.

Castañ. Mas los nobles que desprecia,
no en una lid, sino en muchas,
ya habian ganado palmas
cuando él lloraba en la cuna.

Juan. Habla á Fernando en secreto.
Tal vez su labio os calumnia,
y vuestros cargos y honores
quiere dar á sus hechuras.
Tal vez.....

Rey. Valientes guerreros,
reposad, y á nuevas luchas

preparad los fuertes brazos
que mi dosel aseguran.

[*Los de la comitiva de D. Pedro saludan y parten por la derecha.*]

[*Á D. Pedro apretándole la mano.*]

Adios, caro hermano.

Pedro.

El cielo

la salud te restituya.

[*Vase siguiendo á los suyos.*]

Rey. [*Á los demás caballeros.*]

Idos.—Vos, don Juan, quedáos.

Castro. (Don Juan, tu poder caduca.)

[*Los caballeros entran en la quinta.
Empieza á oscurecer.*]

ESCENA IX.

EL REY. D. JUAN.

Rey. [*Sentado.*]

Noble infante don Juan, mi amado tío,
mayordomo mayor de mi corona,
vos grande entre los grandes de Castilla,
vos mi maestro, mi fanal, mi norma,
oid. De vuestras pródidas lecciones
nunca he necesitado como ahora.

Juan. Procurar vuestro bien es mi conato.
(Nunca en su labio oí tanta lisonja.)

Rey. Esta dolencia que mi cuerpo aflige
llena el alma de afán y de congoja.
Soy pecador y el cielo me castiga.

Don Juan, yo debo desarmar su cólera
ántes que suelte en la profunda huesa
el peso de esta vida que me agobia.

Juan. Señor, qué habláis de huesa? Largos días
el cielo os guarda de salud, de gloria.....

Rey. Yo daré gracias humillado al cielo
si mi vida benéfico prolonga,
mas cada hora que el cristiano vive
la debe contemplar su última hora.

Juan. (Si devoto se vuelve, soy perdido.
Por el menor escrúpulo de monja
me ahorcará sin piedad.)

Rey. Los Carvajales
no se apartan, don Juan, de mi memoria.

Juan. Público fué su crimen. Si al proceso
la observancia faltó de leves fórmulas,
vil rebelion alzaba la cabeza
y rápida justicia aterradora
la debió sofocar.

Rey. ¡Fallo terrible,
escarmiento horroroso que la historia
grabará con sangrientos caracteres!
Justo sin duda fué pues que lo abona
sincero vuestro labio; más, decidme,

[*Se levanta.*]

¿sólo aquel acto de justicia pronta
me demandaba el cielo? ¿fué la vara
de esa justicia que don Juan invoca
recta siempre en mi mano? ¿es digno de ella
quien ciego ó pusilánime la dobla
al capricho, al temor? ó por ventura
sólo alcanza el poder de mi corona
al flaco, al indefenso, al oprimido?
¿sólo á aquellos hidalgos, cuyas sombras
tal vez han perturbado vuestro sueño,

DON FERNANDO EL EMPLAZADO.

la fama infieles súbditos pregonar?
 ¿no hay ya, don Juan, malvados en Castilla?
 ¿ya no teméis que la feroz discordia
 fie otra vez sus teas infernales
 á alguna mano pérfida y traidora?
 ¿no hay alguna cabeza que debiera
 á mis plantas caer, bien que orgullosa
 tal vez se quiere alzar sobre la mía?—
 Temblais! Quien viera, tío, esa zozobra
 diria..... Recobráros.

Juan. No..... Me inquieta.....
 sólo vuestra salud.....

Rey. Mucho os importa;
 lo sé, mas la del cuerpo es lo de ménos;
 la del alma, don Juan, es más preciosa.
 El cielo por mis culpas irritado
 una víctima pide expiatoria.
 Su voluntad se cumpla!

Juan. ¿Y es posible
 que así un vano terror os sobrecoja?
 ¿De qué puede acusaros la conciencia.....
Rey. No es mi conciencia la que clama ahora.

[*El teatro es ocupado por soldados de D. Pedro que
 acaudilla D. Mendo.*]

Juan. Cuál pues? Será..... la mía? Horrible ceño
 nubla vuestra frente; en vuestra boca
 sonrisa amarga..... Hablabais de una víctima.....

Rey. La víctima sois vos.
Juan. [*Volviendo la cabeza.*] Cielo!.... ¡Alevosa
 traicion!—¡Amigos.....

Rey. Gritaréis en vano.
Juan. Señor.....

Rey. Á Dios pedid misericordia.
 [*Entra en la quinta.*]

ESCENA X.

D. MENDO. D. JUAN. SOLDADOS.

Juan. Oh don Pedro, don Pedro!.... Bien temia.....
Mendo. Dadme, don Juan, la espada.
Juan. ¡En tal deshonra
 me he de ver! Dónde están mis lanzas fieles?
 ¿Dónde..... Socorro! Todos me abandonan.
Mendo. Dáos preso.

Juan. [*Desentainando la espada.*]

Ántes.....
Mendo. Matadle si resiste.

Juan. [*Entrega la espada.*]

Tomad. ¿Dónde.....
Mendo. Al castillo de Carmona.

Juan. Y allí..... morir.....

Mendo. Lo ignoro. Soy soldado.
 Sólo callar y obedecer me toca.

[*Al retirarse D. Juan por la derecha entre los solda-
 dos de D. Pedro, aparece doña Sancha por la izquier-
 da, y lentamente se dirige al centro del teatro, alum-
 brado por la luna.*]

ESCENA XI.

DOÑA SANCHA.

Adónde voy, desdichada?
Cielos, qué ordenais de mí?
¡Yo os he pedido la muerte
y mi súplica no os!
Debo acatar vuestras leyes:
perdonad si os ofendí;
mas para un ser condenado
á no ver hora feliz
no hay suplicio comparable
al suplicio de vivir.
¡Ay de mí,
que en hora amarga nací!

Muerta al mundo y á mí misma
de mi vida en el Abril,
ni de amor blandos acentos
me pueden ya seducir;
ni la amistad, ni la sangre
me ligan, oh mundo, á ti;
ni la esperanza me alienta
de más grato porvenir,
y es el mayor de mis males
no ver á mis males fin.
¡Ay de mí,
que en hora amarga nací!

Si recuerdo que mi infancia
meció cuna de marfil,
ni aún me sirve de consuelo
el recordar lo que fuí;
que como flor que se agosta
al brotar en el jardín,
ántes que el aura de vida
la saña del cierzo vi,
y siempre fué mi destino
esperar, temer, gemir.
¡Ay de mí,
que en hora amarga nací!

Todo es para mí desierto
en este mundo infeliz.
Sol, que doquiera mereces
mil bendiciones y mil,
yo cual ave de la noche
me escondo al verte lucir,
y por vivir á lo ménos
de la muerte en el confín,
entre ruinas y sepulcros
quisiera sólo vivir.
¡Ay de mí,
que en hora amarga nací!

¡Oh peña, peña de Mártos!
Si el esposo que perdí,
víctima de atroz venganza
y de la envidia más vil,
aun yace á tu pié insepulto,
allí está mi mundo, allí.

Volemos. Dios bondadoso,
vos mi planta dirigid.....
Ah! las fuerzas me abandonan.....
Léjos de él voy á morir!
¡Ay de mí,
que en hora amarga nací!

[*Cae desalentada sobre un banco. Don G. Carvajal llega, vestido de peregrino, por el bastidor de la derecha más inmediato á la quinta.*]

ESCENA XII.

DOÑA SANCHA. D. GONZALO CARVAJAL.

G. Carv. (No ha de estar léjos su huella,
que si el informe no miente
de mi leal confidente.....

[*Viendo el bulto y acercándose.*]

Una mujer!.... Será ella?)

Sancha. [*Levantándose asustada.*]

Oh Dios! ¿Quién.....

G. Carv. Solo y sin guía
perdí en la noche el camino.
Soy un pobre peregrino.....

Sancha. [*Reconociéndole.*]

Ah! Gonzalo!

G. Carv. Hermana mia!

[*Se abrazan.*]

Sancha. ¿Sabes..... Ay!

G. Carv. Todo lo sé.
No bien llegó á mi noticia
la atroz, bárbara injusticia,
cuando á vengarla volé.
Por estos sotos vagando,
á favor de mi disfraz,
juré libertarte audaz
de las garras de Fernando;
mas él me excusó esta tarde
tan loca temeridad
dándote la libertad
arrepentido ó cobarde.

Sancha. Qué es libertad sin ventura?
qué es la vida sin mi esposo?
Sólo hay para mí reposo
en su yerta sepultura.
Mas, ay! ni de este consuelo
gozarán mis tristes ojos,
que los sangrientos despojos
pasto de fieras..... Oh cielo!

G. Carv. Calma, Sancha, tu afliccion.
De piadoso el Rey se alaba,
y no negó á Calatrava
la gracia de un panteon.

Sancha. Allí mi postrer abrazo

daré con el ay postrero
al bien que amé.

G. Carv. No. Primero
Dios cumpla el tremendo plazo.
No te anima esa esperanza?
Vive tres dias, no más,
y á la tumba llevarás
el placer de la venganza.
Yo puedo tal vez en tanto,
mensajero de la muerte,
precioso don ofrecerte
que te bañe en dulce llanto.

Sancha. ¿Qué don.....

G. Carv. Ven á la ciudad.
Este sitio es peligroso.....
Ven al asilo piadoso

que prevengo á tu orfandad.
Sacra urna encierra allí
el corazon que te amó.—
Tambien era amado yo.
El tuyo, oh Juan! para mí.

Sancha. Oh cielo!, yo te bendigo.

G. Carv. Con ambos me quedaria,
mas ¿no eres ya hermana mia?
Partiré mi bien contigo.

Sancha. [Tomando la mano de Gonzalo.]

Ah! Guíame..... ¡Santo Dios,
tiende propicio tus manos
á dos míseros hermanos
que lloran por otros dos!

ACTO QUINTO.

Cámara del Rey en Jaen. La puerta de entrada á la derecha del actor; la del dormitorio á la izquierda; al lado de ésta, otra pequeña; en el foro un balcon grande.

ESCENA I.

ROBLEDO. RUPEREZ.

Robledo. Pues la cámara del Rey
ya está aseada y compuesta,
vámonos, Ruperez.

Ruperez. Larga
parece que va la gresca
de risotadas y brindis.

Robledo. Dos horas hace que almuerzan.

Ruperez. ¡Bravamente se desquita
nuestro buen Rey de la dieta
que ha sufrido!

Robledo. ¿Has visto tú
quién le acompaña en la mesa?

Ruperez. Hernan Rodriguez de Castro,
Villalobos, Castañeda.....

Robledo. Harto será que don Pedro
tome parte en esa fiesta.

Ruperez. No. Ya sabes que le ocupan
los cuidados de la guerra.....

Robledo. Sin duda está meditando
otra militar empresa.

Ruperez. Mal gusto tiene el Infante.
Preferir crudas peleas
á placeres y regalos.....
Ah Robledo! ¡Que no fuera
infante yo de Castilla!

Robledo. No envidiara esa prebenda
si el cielo me reservase
el fin que á don Juan espera.

Ruperez. No sabes que se escapó?

Buen fin por cierto! Ahora empieza.

Robledo. Cierito?

Ruperez. El oro puede mucho
y el campo no tiene puertas.

Robledo. Y adónde?

Ruperez. Nq sé.

Robledo. Sin duda
á los moros, que es ya vieja
esa costumbre en don Juan.

Ruperez. Anoche llegó la nueva.

Robledo. ¿Y el Rey.....

Ruperez. Bramando de cólera
puso á precio su cabeza.
Pero, di: ¿no es un portento
cómo ha cobrado la fuerza
y la salud en tres dias?

Robledo. Con efecto.

Ruperez. Era muy necia
su aprension. Desde que dijo:
fuera doctor, vida nueva,
venga vino, vengan aves
y echemos á un lado penas,
es otro hombre. Y le has de ver
como un rollo de manteca
muy pronto si sigue así.
Y luego dicen que secan
las maldiciones. Bobada!
Y aun habrá sandios que crean
porque el otro le emplazó.....
Hoy que se cumplen los treinta
está tan sano y tan tieso
que..... Vaya, vaya, simplezas.

Robledo. Mientras el plazo no espire.....

Ruperez. Ni siquiera lo recuerda.

Robledo. Bien pudo hacer Dios intérprete de su justicia suprema.....
Ruperez. ¿A un traidor?
Robledo. La voz del pueblo atestigua su inocencia, y es voz de Dios.
Ruperez. Ó del diablo. Y en fin no seas babieca. No puede ser inocente hombre á quien el Rey condena.
Robledo. Basta que lo digas tú.— Mas ¿qué rumor...
Ruperez. [*Acercándose á la puerta de la derecha.*]
 ¿Quién se acerca...
 Cielos! el Rey..... Desmayado..... Muerto tal vez..... Aquí llega.....
Robledo. Y ahora ¿qué dirás, Ruperez?
Ruperez. No sé..... Las carnes me tiemblan.

ESCENA II.

RUPEREZ. ROBLEDO. EL REY. CASTRO.
 CASTAÑEDA. LEIVA. CABALLEROS.

[*El Rey llega desmayado entre Castro, Castañeda y otros dos caballeros, que ayudados por los dos camareros le colocan en un sillón.*]

Castro. Ayudad.....
Ruperez. Pobre Señor!
Castro. Qué haremos?
Robledo. No da señales de vida.
Castro. Traed cordiales.....
Castañ. Llamad volando al doctor.
 [*Vase Ruperez.*]
Leiva. [*Llegando.*]
 ¿Qué desgraciado accidente.....
Castañ. Mirad, Leiva! Hace un momento que estaba sano, contento; y, ya lo veis, de repente.....
Leiva. Sin duda es alferecía.
Castañ. Yo presumo que el pulmon.....
Robledo. Una fuerte indigestion.....
Castro. Digo que es apoplejía.
Castañ. Conduzcámosle á su lecho.....
Robledo. El aire libre es mejor.
Leiva. Alguna reliquia.....
Castro. Error! Un baño le hará provecho.
Castañ. Eso es quererle matar.
Leiva. Ya parece que respira.
Castro. Los ojos abre, y suspira.
Castañ. Ya los ha vuelto á cerrar.

ESCENA III.

EL REY. CASTRO. CASTAÑEDA. LEIVA.
 ROBLEDO. RUPEREZ. CABALLEROS.
 EL MÉDICO.

Castro. Ah doctor! Está muy malo.
Castañ. Acudid!
 [*El Médico pulsa al Rey y le observa.*]
Leiva. ¿Temeis que muera.....
Castro. ¿Qué decis.....
Robledo. (¡Que no le viera agonizar don Gonzalo!)
Médico. Fiebre mortal le devora. Si el santo Dios de Israel no hace un milagro con él, no vive el Rey una hora.
Rey. Dónde estoy?... Quién es ese hombre?
Leiva. El doctor.....
Rey. [*Con voz muy débil que en vano quiere esforzar.*]
 Oh qué porffa!
 ¿No he dicho que no queria ni verle ni oír su nombre?
 Un leve insulto..... No temo á la muerte. Mi salud.....
Médico. Sí, tal vez hay plenitud..... Una sangría.....
Rey. Blasfemo!
 Ya tu intencion adivino. Sangrarme! Es una maldad. De sus garras me librad. Prendedle. Es un asesino.
Leiva. Fiad, Señor, en su ciencia y en su probada virtud. No mireis vuestra salud con tan loca indiferencia.
Médico. ¡En buena hora por cierto vuestro labio me insultó!
 ¿Qué interes tuviera yo en asesinar á un muerto?
Gritogeneral. } Oh!!!
Médico. Quien así me denigra no merece un desengaño, mas no quiero vuestro daño. Rey!, vuestra vida pelagra.
Rey. Impostor!
Médico. Con noble calma vuestra cólera provoco, que arriesgar mi vida es poco porque vos salveis el alma.
Rey. ¡Por san Millan.....
Médico. ¡Ay de vos si estos instantes perdeis y contrito no volveis el alma, Fernando, á Dios! Él sólo en trance tan fuerte.....
Castro. [*Al Rey.*]
 Permitid que la sangría.....

Médico. [*Observando de nuevo al Rey.*]
Es tarde ya! Serviria
para acelerar su muerte.
Ya aquí es ocioso el doctor.
Me dais lástima, y os dejo,
pero tomad mi consejo.
Llamad pronto al confesor.

Rey. De Lucifer es tu arte,
mas fuerza habrá que lo enfrene,
y si el sacerdote viene
será para excomulgarte.
Prened, matad al villano.....
No obedecéis? ¿nadie habrá
que me vengue? ¿no soy ya
vuestro Rey? Mi propia mano.....

Médico. Tu mano! ¡Prueba siquiera
á levantarte de ahí!

Rey. [*Pugna sin fruto por alzarse del
sillon.*]
Desventurado de mí!
Soy de mármol! Suerte fiera!
Inmóvil el pié y el brazo.....
Qué recuerdo!.... Ah! Muerto soy!
Setiembre... siete... ¡Hoy es... ¡Hoy
se cumple el horrible plazo!
Y mi ciego desvarío.....
Oh, perdon!.... Sángrame, sí.
Haz lo que quieras de mí.
Piedad!.... Dios mio! Dios mio!

Médico. [*Á los caballeros.*]
Cuidadle. Vuelvo volando.
[*Vase corriendo.*]

ESCENA IV.

EL REY. CASTRO. CASTAÑEDA. LEIVA.
ROBLEDO. RUPEREZ. CABALLEROS.

Rey. Confesor!
Castro. Pues lo quereis,
el vuestro.....

Rey. No le llameis.
Yo os lo ruego; yo os lo mando.
Cortesano, falso amigo,
sobrado indulgente fué;
¡y ahora que morir me ve
será inflexible conmigo!

Robledo. Si Vuestra Alteza prefiere
un buen religioso.....

Rey. Sí;
que venga.
[*Vase apresurado Robledo.*]

Castañ. [*Aparte á los dos caballeros.*]
¡No estar aquí
don Juan cuando el Rey se muere!

ESCENA V.

EL REY. CASTRO. CASTAÑEDA. LEIVA.
EL MÉDICO. LOS DOS CABALLEROS.

Médico. [*Trae una bebida que presenta al Rey.*]
Esta bebida tomad,
Señor, que acaso restaure
vuestras abatidas fuerzas.

Rey. Sí, sí. Dámela al instante.
[*La toma.*]
Consuelo me da el licor.
Bien me sienta, bien me sabe.
[*Lo apura.*]
Mi espíritu se recobra;
más libre el pecho me late
y la esperanza halagüeña.....
Jurara que mi semblante
se reanima.....

Castro. Sí, Señor.
Rey. Ah doctor! Eres un ángel.
Médico. Dad, Señor, gracias al cielo
que por mi mano ignorante
os quiere fortalecer
en este terrible trance.

Rey. No; ya no..... Mejor me siento.....
Ya es excusado que llamen
al confesor.....
[*El Médico le pulsa.*]

Eh? Qué dices?
Médico. Que temo no venga tarde.
Rey. No digo que estoy mejor?
Qué empeño de desahuciarme!
Si esa bebida me alienta,
otra que tú me prepares
espero que en breves dias
me restablezca y me sane.

Médico. Señor, no basta mi ciencia
á curar un mal tan grave,
tan singular, que ni acierto
siquiera á calificarle.
Mal con que el cielo á los dos
quiere mostrar cuánto es frágil
la humana naturaleza
y cuán pequeño el alcance
del humano entendimiento.

Rey. Mi buen doctor, tú no te haces
justicia. ¡Á cuánto infeliz
de los brazos no arrancaste
de la muerte! Lo que hiciste
por cualquiera miserable,
no lo has de hacer por tu Rey?
Oh! yo haré cuanto me mandes.
Si he sido hasta ahora indócil,
no culpes á mi carácter:
culpa á esa turba servil

que te calumniaba infame.
 [Movimiento de indignacion en los
 cortesanos.]
 Castañ. [Á los otros aparte.]
 Aprended!
 Rey. Sé generoso,
 olvida injustos desaires,
 y vuélveme la salud....,
 la vida! Sálvame, sálvame!
 ¿Quieres riquezas en premio
 de beneficio tan grande?
 Yo mandaré que á tu voz
 se abran las arcas reales.
 ¿Ambicionas por ventura
 honores y dignidades?
 Yo haré que los ricos-hombres
 te obedezcan y te acaten.
 Tú no serás mi vasallo,
 sino mi amigo, mi padre.....

Ah!.... La luz falta á mis ojos....
 Otra vez.... postrados caen....
 mis miembros.....
 Robledo. [Anunciando.] El religioso.
 Médico. Cortos son ya los instantes
 de su vida, y Dios los pide.
 Con su ministro dejadle
 en libertad.

[Robledo introduce á un fraile domi-
 nico por la puertecilla inmediata á la
 del dormitorio. El Religioso, cubierto
 con la capucha y con la cabeza baja,
 se pára á muy corta distancia de la
 puerta.]

Leiva. Desdichado!
 (Haré que á su hermano llamen.)

[Todos se retiran por la puerta de la
 derecha. El Religioso la cierra.]

ESCENA VI.

EL REY. EL RELIGIOSO.

Rey. Morir! No hay ya remedio ni esperanza!
 Religioso. No! Dios te llama al tribunal eterno,
 y, juez inexorable, en su balanza
 los actos pesará de tu gobierno.
 Rey. Ay del que ha provocado su venganza!
 Religioso. Y la muerte olvidaba y el infierno,
 do no hay juez que se venda al depravado
 ni púrpura que cubra su pecado.
 Rey. Presa de la ambicion mi cetro ha sido.
 Religioso. En sangre se tiñó de la inocencia.
 Rey. Consejos de un traidor me han seducido.
 Religioso. Y nada te decia la conciencia?
 Rey. ¡Perdon, Dios de bondad, y arrepentido
 yo viviré en humilde penitencia!
 Religioso. No aplaca ese terror al Dios que adoro
 sino de ardiente contricion el lloro.
 Si has de mentir al cielo, no le nombres.
 Tanto vale ultrajarle maldiciente.
 Engañar no podías á los hombres,
 y engañarás á Dios omnipotente?
 Rey. Piedad! De mi flaqueza no te asombres.
 Viva ó muera, le adoro penitente.
 Él te envia á salvarme y yo contrito.....
 Religioso. Él me envia á acusarte! Sí, precito!
 Mal hijo, mal esposo, rey cruento,
 ya decretar tu pena al cielo plugo.
 Por mí te acusa el pueblo descontento
 que agobiado gimió bajo tu yugo.
 Tus víctimas por mí con sordo acento
 gritan: execracion, muerte al verdugo!
 Por mí, cumplido el plazo que te asombra,
 te habla de Carvajal la inulta sombra.
 Rey. Tal vez, ay! si en mi pecho penetrara
 esa sombra cruel se aplacaría;

DON FERNANDO EL EMPLAZADO.

¡y el ministro de Dios que desde el ara
á confortar mi espíritu venía,
en el trance mortal me desampara,
y tal vez me escarnece en la agonía!

Religioso. No soy quien me ha juzgado tu delirio.

[*Desciñese el hábito y se acerca más al Rey.*]

Mírame bien.

Rey. Gonzalo!.... Atroz martirio!

G. Carv. No ha permitido Dios que tu cuchilla
abriese á tres hermanos una losa.
Aun late aquí, tirano de Castilla,
sangre de aquella raza generosa.

[*Saca un puñal.*]

Ves este acero que desnudo brilla?
Venganza le aguzaba rencorosa.
Yo, fiador de tu tremendo plazo,
la esperaba de Dios..... y de mi brazo.

Rey. [Moribundo.]

Clávamelo; no escondas el acero,
que no será...., cual mi dolor, impío.
Buen Dios!.... Acoge mi pesar sincero.....
Madre!.... Esposa!.... Hijo mio!.... Alfonso mio!....
Nadie me escucha!.... Abandonado muero.....
Señor, misericordia! En vos..... confío.....

[*Logrando incorporarse y dirigiéndose á Gonzalo,
grita.*]

Perdon!

[*Da con el cuerpo en el suelo, y apoya espirante la
cabeza en el sillón.*]

G. Carv. Sí, desgraciado, que mi encono
contigo espira.

[*En alta voz y con tono solemne poniendo la mano
sobre la cabeza del Rey.*]

Rey, yo te perdono!

[*Vuélvese á cubrir rápidamente, abre la puerta de la
derecha, y se desvia de ella.*]

ESCENA VII.

D. GONZALO CARVAJAL. D. PEDRO.

Pedro. [Adelantándose á todos.]

¡Muerto.....

G. Carv. [Mostrando el cadáver del Rey.]

Mirad! Dios es justo.

[*Desaparece por la puertecilla de la
izquierda.*]

ESCENA ÚLTIMA.

D. PEDRO. CASTRO. CASTAÑEDA. LEIVA.
EL MÉDICO. ROBLEDO. CABALLEROS.
CRIADOS.

[*Llegan todos apresurados. El Médico reconoce
el cuerpo.*]

Pedro. [Acercándose.]

Fernando mio!

Médico. Ya es muerto.

Pedro. Pobre hermano! ¡Con mi sangre

quisiera animar tu cuerpo!

[Los grandes forman dos corrillos, y hablan entre sí muy animados: Castro y Leiva en el uno; Castañeda en el otro. D. Pedro y el Médico permanecen silenciosos al lado del sillón.]

Castro. *[En voz baja á los suyos.]*
Era un tirano.

Castañ. *[Aparte á sus parciales.]*
Era un monstruo.

Leiva. Y á un niño dareis el cetro?

Castañ. Proclamemos á don Juan.

Castro. Demos el trono á don Pedro.

Robledo. *[Entrando.]*
Á la puerta del palacio
se agrupa impaciente el pueblo.....

Pedro. *[Á Leiva.]*
Traed el pendon de Castilla.
[Vase Leiva corriendo.]

Castro. *[Aparte á los de su bando.]*
Rey se declara. Esto es hecho.

Yo á su lado.....

[Castro y sus parciales se dirigen hácia donde está D. Pedro.]

Castañ. *[Aparte á los suyos.]*
Usurpador!....

Pedro. *[Tomando el pendon de manos de Leiva que entra con él.]*
Abrid el balcon, Robledo.

[Abre Robledo el balcon, y D. Pedro se acerca á él. Oyese sordo murmullo de multitud curiosa.]

Pueblo!, Don Fernando el Cuarto
murió. Dios sólo es eterno.
Mas si Fernando no vive,
vive el Rey en su heredero.
Á Dios, el alma del padre;
al hijo, el dosel supremo.

[Tremolando el estandarte.]

¡Real, Real, Castilla, Castilla
por don Alfonso el Onceno!



- Ayunemos, á la usanza,
cenando, Ines, mucho y bien;
que Dios nos dará en Belen
un *voto de confianza*.
¿Y acaso nos faltan méritos
para violar la abstinencia?
Conténtese la conciencia
con los ayunos pretéritos.
Hambre, ¿has de ser mi verdugo
el día en que nace Dios?—
Ahí tienes un duro..., dos.—
Lo primerito, un besugo.
Grato fuera al paladar
rico jamon con Jerez,....
pero no; merca otro pez;
tiempo hay para promiscuar.
De moscatel una azumbre
comprarás al tío Serapio,
y que haya lombarda y apio
y el cascajo de costumbre.
Turron..., lo que quieras tú.
No hay ninguno que me empache;
mazapan, nieve, guirlache,
Jijona, yema, alajú....
Por vida de Melisendra!....
Lo mejor de la funcion
se me olvidaba; ¡la con-
sabida sopa de almendra!
Ines. Tu gusto se cumplirá.
Yo por mi parte, alma mia,
poco te pido. Querria....
- Pascual.* Qué?
Ines. Que me compres un *bod*. (*)
Pascual. *Bod*! Jamás of tal plato.
Es carne, ó pescado?
Ines. No,
ni de platos hablo yo.
Un *bod* digo: vulgo, un gato.
Pascual. Un gato! Es rara mania.
¿Quién se fia de ladrones,
ni quién teme á los ratones
con la despensa vacía?
Ines. *Bod*, ya que no das en ello,
es una piel que está en boga,
así..., en figura de sogá...,
que abriga y adorna el cuello.
Pascual. Hablaras para mañana!
Bien, ¿y cuánto cuestan esos....
Ines. Los de cisne, treinta pesos.
Pascual. Madre de Dios soberana!
Ines. No por ellos tengo afan
aunque son de mejor vista.
Con uno negro estoy lista.
En quince duros lo dan.
Pascual. Trescientos reales! ¿Qué escucho!
Tú estás dada á Barrabas.
Con otro pellizco más,
adios amado cartucho!
Ines. Siempre con capa es fatal....
- Pascual.* Peor estoy yo, que carezco
de ese mueble,.... y pertenezco
á la milicia legal.
Ines. Tú, que vas siendo machucho,
vas bien de cualquier manera,
mas mi verde primavera....
Vamos, deshaz el cartucho....
Pascual. Para dijese? No haré tal
con recursos tan escasos.
Cuando cobre mis atrasos
será otra cosa.
Ines. Pascual!
Pascual. Excusados son los dengues.
Ines. Mi afan es darte decoro.
Pascual. Muchas gracias. Dame oro;
yo te daré perendengues.
Ines. Oro! Al marido le toca
ganarlo.
Pascual. Y gastarlo á ti?
Ines. Y la dote que te di?
Pascual. Tú la has consumido, loca.
Y ahora me hablas de ganar?
Yo trabajara á destajo,
pero es mi mayor trabajo
no tener que trabajar.
Feliz si fuera ebanista,
mas ni tengo beneficio,
ni conozco más oficio,
Ines. que el de oficinista.
Hoy día no hay propietario
que sus fincas no administre,
ni prócer que, pluma en ristre,
no se ahorre el secretario.
Los franceses dramaturgos
traduzco de cuatro en cuatro;
mas los desecha el teatro
y no me los compra Burgos.
Ni falta quien me avergüence
diciéndome sin empacho
que dejar suelo en gabacho
lo que no vierto en vascuence.
Como no me eche á robar....
Tus parientes importunos,
pues pudientes son algunos,
nos pudieran amparar.
Ines. ¿Qué quieres! Dan compasion
esos pueblos. Pobre gente!
Lo que deja el intendente
se lo come la faccion.
Pascual. Todos me dan á porfía
dos mil incomodidades,
¡y para estas navidades
nadie un regalo me envía!
Ines. Aún no es tarde: algo vendrá.
No les pongas mala fama.
Ambros. [*Dentro.*]
Dónde está, dónde está el ama?
Ines. Calle! Ambrosia por acá?

(*) *Bóa* se llama en castellano la serpiente cuyo nombre lleva el abrigo de que aquí se trata; pero en este sentido quiere la tirana moda que se pronuncie á la francesa (*bod*). Así lo acentúo y lo rimo para que el mayor número de oyentes y leyentes me comprenda.

ESCENA II.

D. PASCUAL. DOÑA INES. AMBROSIA.

[*Entra Ambrosia con una cesta colgada del brazo.*]

Ambros. [*Abrazando y besando á doña Ines.*]

Voto á san!.... Venga un abrazo.
Cómo va? Creí que nunca
nos volvíamos á ver.

Ines. Yo buena. Tú tan robusta,
tan rolliza como siempre.

Ambros. ¿Qué quiere usted! No tiene una
cudiaos..... Y usted, señor?

Pascual. Bien de salud. De pecunia.....

Ines. Y mi abuela?

Pascual. ¿Qué hay de nuevo
en Perales de Tajuña?

Ambros. [*Hablando ya con uno, ya con otro.*]

La abuelita, tan famosa.—
Hogaño, mala la fruta.—
No pasan dias por ella.—
Pero abundantes las uvas.—
Se acuerda mucho de usted.—
Memorias del señor cura.

Ines. Y mi hermana Petronila?

Pascual. ¿Y qué tal año se anuncia.....

Ambros. Desmejoradilla está.—

Hay mucha falta de lluvias.—
Creo que anda enamorada.—
Ni hallan las reses vacunas
dónde pastar.—El teniente
de provinciales de Murcia
que tuvimos alojado,
á la cuenta es quien trabuca
su caletre.—Pobre alcalde!
Le sacrifican á multas.—
Lo cierto es que no echa luz
desque se fué la coluna.
Yo, la he dicho que se venga
á Madrid. Pobre criatura!
Aquí se divertiría,
y ustedes tendrían mucha
satisfacion.....

Ines. Sí, sí.

Pascual. Pues!
(Quiera Dios que ántes se pudra.)

Ines. Y esa cesta?

Ambros. Huevos frescos.

Como sabe que le gustan
á usted.....

Ines. La pobre abuelita!

Pascual. (Vaya en gracia! Algo se chupa.)
Son muchos?

Ambros. Una docena.

Ya ve usted, con la trifulca
de la guerra, y viva Cárlos
y viva Isabel Segunda.....
no dejan gallina á vida.—

II.

Pero me espera la burra.
Diquiá dempues.

Ines. [*Á Pascual en voz baja.*]

Tienes suelto?

Pascual. [*Sacando plata menuda.*]

Aquí hay pesetas.

Ines. Dame una.

[*La toma y se la da á Ambrosia.*]

Toma.

Ambros. [*Tomando la peseta.*]

¡Quite usted, señora.....

Ines. Para alfileres y agujas.

Ambros. Vaya, abur, y buenas pascuas.

Pascual. (Mala bomba te destruya!)

ESCENA III.

D. PASCUAL. DOÑA INES.

Ines. Vamos, ¿qué dices ahora?
Ya ves que no nos sepultan
mis deudos en el olvido.

Pascual. Buen regalo, voto á Júdas!
Una docena de huevos
que Ramon se los manduca
en un almuerzo. ¡Y le das
una peseta á la mula
que los trajo! Más baratos
los dan en la tienda.

[*Suena la campanilla.*]

Ines. Escucha.

Han llamado.

Lúcas. [*Entrando.*] Sea Dios
en esta casa.

Ines. Tio Lúcas!

ESCENA IV.

DOÑA INES. D. PASCUAL. LÚCAS.

Lúcas. [*Sentándose.*]

Con permiso, que he venido
á pie desde Valdemoro.

Pascual. (Qué llaneza!)

Ines. Cómo está
mi tio don Cenon?

Lúcas. Famoso.

Ines. ¿Y sus dos hijos, Mauricio,
Tiburcio.....

Lúcas. Tiburcio? Górdoo
como un lechon, aunque sea
mala comparanza. El otro,
guitarrista como siempre

4

y mocero como él solo.
Ines. Tiburcio estará estudiando.....
Lúcas. Sí.
Ines. Con quién?
Lúcas. Con el demonio.
 No hay en tuita la comarca
 muchacho más revoltoso.
 No ha salido de palotes,
 pero hace bailar al trompo
 que es un primor, y es capaz
 de apedrear al susuncordio.
Pascual. Qué edad tiene el angelito?
Lúcas. Trece años cumplió en Agosto.
Pascual. Pues promete!
Ines. Mas su padre,
 ¿cómo con tanto abandono
 le cria?
Lúcas. Quién? Don Cenon?
 Se le cae de puro gozo
 la baba. Sus travesuras
 le remozan. Está chocho.
 Qué buen amo! Ah! verbo en gracia,
 en la alforja traigo un pollo
 [Sacándolo.]
 para que ustedes celebren
 la pascua.
Pascual. (Hártate, goloso!)
Ines. Lo estimo mucho.
Pascual. ¿Y usted
 se volverá.....
Lúcas. No tan pronto.
 Justo es que el cuerpo descanse
 por hoy: Mañana ú esotro.....
Pascual. (Cielo!) Irá usted al meson.....
Lúcas. Qué meson? Estoy yo loco?
 Tengo ley á la señora
 y aquí en casa me acomodo.
Pascual. (Ah!) Bien..... Pero el caso es que....
 No tenemos dormitorios.....
Lúcas. No le hace. Yo en la cocina.....
 ó en la sala me compongo.—
 Voy á ver qué hace Ramon
 y á que me dé por el pronto
 de almorzar. Hasta despues,
 que no quiero hacer estorbo.
Ines. Llévase usted allá dentro
 esa cesta.
Lúcas. Sí, y el pollo.

ESCENA V.

D. PASCUAL. DOÑA INES.

Pascual. Qué campechano es tu tío!
Ines. Aunque el aguinaldo es corto,
 la voluntad.....
Pascual. ¡Un polluelo
 tísico! Bravo negocio!
 ¡Y el bruto que lo conduce

llena á mi costa el mondongo!
Ines. Le hemos de echar á la calle?
Mateo. [Á la puerta.]
 Que Dios guarde á ustedes.
Pascual. Otro!

ESCENA VI.

DOÑA INES. D. PASCUAL. MATEO.

Mateo. [Tras una cesta.]
 ¿Quién de ustedes dos se llama
 don Pascual García Robles?
Pascual. Linda pregunta! Yo soy.
Mateo. Celebro que usted la goce.
Pascual. ¿Y usted.....
Mateo. Soy el ordinario
 de Boadilla del Monte.
 Con esta cesta me envía
 doña Quiteria Segorbe.....
Ines. Mi cara prima! Está buena?
Mateo. Tan guapa. Se reconcome
 por hallar otro marido.
Ines. Ya ves, enviudó tan jóven.....
Pascual. Qué hay de bueno en esa cesta?
Ines. [Registrándola.]
 Una orza con arropo,
 mantecados de las monjas,
 y tortas de cañamones.
Pascual. (Todo ello valdrá seis reales.)
 [Despidiéndole.]
 Dé usted gracias en mi nombre
 á esa señora, y mandar.
Mateo. ¿No me paga usted el porte
 y los derechos?
Pascual. Derechos?
 Porte? Estamos frescos! ¿Conque...
Ines. [En voz baja.]
 Págale. Qué hemos de hacer?
Pascual. [Lo mismo.]
 Llévase con mil legiones
 de diablos lo que ha traido.
Ines. Eh! calla; no me abochornes.
 Qué dirían de nosotros?
Pascual. (Oh!....) Cuánto?
Mateo. Nueve..., catorce...
Pascual. Catorce reales, señor.
 ¡Excomunul..... (Dios me perdone.)
 Tome usted.
Mateo. [Tomando el dinero.]
 Ea, salud.
Pascual. (Así..... saldremos de pobres.)

ESCENA VII.

D. PASCUAL. INES.

Ines. Qué ojos! Parecen dos ascuas.

Pascual. Reniego de tus parientes,
reniego de sus presentes,
de ti, de mí y de las pascuas.

Ines. Harto hacen, siendo notoria
la miseria general,
y tú debieras, Pascual,
agradecer su memoria.

Pascual. Si sólo muestran así
su cariñoso interes,
diles de mi parte, Ines,
que no se acuerden de mí.

Ines. Vamos, hijo, no te enfades,
que eso es de poco momento,
y si tú no estás contento
tendré malas navidades.

Pascual. Sí; tu dulce voz me aplaca,
y no es culpa tuya al fin
si tu parentela es ruin
y mi fortuna bellaca.

Ines. A pesar del casto lazo
que nos une, estás hoy tal,
que no me atrevo, Pascual,
á pedirte.....

Pascual. Qué?

Ines. Un abrazo.

Pascual. [Abrazándola.]
Tómalo. ¿De cuándo acá
no es mi gloria el darte gusto?

Ines. ¡Eso dices, hombre injusto,
y no me compras el bod!

Pascual. Pero, mujer, ¿no te he dicho
que eso es imposible?

Ines. Ingrato!

Pascual. Eh! no llores. Por un gato.....

Ines. Cruel!

Pascual. ¡Vaya, que es capricho.....

Ines. [Separándose.]

Tú no me amas!

Pascual. Sí, mujer,
mas cuando falte el dinero
¿echarás en el puchero
ese bod de Lucifer?

Ines. ¿Á una mujer que se humilla
desairas de esa manera?

Bien, yo tendré cuando quiera
bods..... y pieles de chinchilla.
Pascual. Qué dices? Oh!.... Me amenazas...
Veremos.... (Temblando estoy.)
Calla..... Palabra te doy.....

Ines. [Suena la campanilla.]

Bien mio!

Pascual. (Soy un bragazas.)

Ines. Lllaman.

Pascual. [Toma su baston.]

¿Sí? Venga mi palo,

y romperle te prometo
sobre el zamarro paleta
que me traiga otro regalo.

ESCENA VIII.

DOÑA INES. D. PASCUAL. DOÑA MACARIA.
PETRONILA.

Ines. Es mi abuelita. Qué gozo!

Pascual. (Esto es mil veces peor!)

Macaria. [Abrazando á doña Ines.]

Ines! Hija!

Ines. Madre!

Petronil. [Abrazándola.] Ines!

Ines. Petronila!

Pascual. (Voto á bríos!)

Macaria. Hijo! Pascual! No me abrazas?

Pascual. [Reprimiendo su disgusto y abrazán-
dola.]

Oh! sí, sí..... (¡Mal torozon.....)

Macaria. Aprieta más. Qué tibieza!

Pascual. Por no ofender el pudor.....

Macaria. Bobada. No soy tu madre?

[Á Petronila.]

Abrazale tú, ababol.

Petronil. Estaba esperando vez.

[Petronila y D. Pascual se abrazan.]

Macaria. [Á Pascual.]

Tú no me esperabas hoy;
verdad?

Pascual. Cierto. No esperaba
la dulce satisfaccion.....

Macaria. Ya ha tiempo que os prevenia
esta prueba de mi amor.

Pascual. (Yo me pasara sin ella.)

Macaria. Ahora veo que cumplió
con mis órdenes Ambrosia.
Así más placer os doy
con la sorpresa..... Pascual,
acércame ese sillón.

Pascual. (Eso me faltaba!)

[Se lo acerca y se sienta doña Maca-
ria. Todos hacen lo mismo.]

Macaria. Niña,
tú estás flaca, sin color.....

Ines. No sé por qué, Yo estoy buena.

Macaria. [En voz baja.]

¿Hay acaso presuncion
de.... Síntomas.... Ya me entiendes.

Ines. ¡Abuela.....

Macaria. Baja la voz,
que tu hermana no es de misa.
¿Conque un biznietito.....

Ines. No.

Macaria. Pues tú estás desmejorada.
Y casi creyendo voy
que el nuevo estado quizá.....

[*Á Pascual.*]

Sería una sinrazon
no amar á esta criatura,
porque es un ángel de Dios
mi Ines.

Pascual. ¡Señora.....

Ines. Abuelita!

Macaria. Si te trata con rigor
será mucha iniquidad.
Una moza como un sol
que áun no cumplió veinticuatro
es joya de gran valor.....

Pascual. ¿Quién niega.....

Macaria. Para un marido
que peina cincuenta y dos.

Pascual. Cuando la ofrecí mi mano,
¿por ventura oculté yo
mi partida de bautismo?
Ni sé qué motivo doy
para que me acuse usted.....

Macaria. Es mera suposicion.....
Vamos, sin duda mi ausencia
la entristecia. Al fin soy
su abuela y su única madre,
porque la suya..... Ay dolor!
Acabó mosú Lerruá
con ella.

Pascual. (Y contigo no!)

Ines. ¿Á qué saca usted ahora
tan triste conversacion?

Macaria. Mas consuélate, hija mia.
Gracias al cielo, ya estoy
á tu lado y comeremos
en una mesa el turrón.

Pascual. (Ay de mí!)

Macaria. Y aunque abandone
por tu causa la labor,
no me iré tan pronto.....

Pascual. (Rayo!)

Ines. Yo me alegro mucho.....

Pascual. (Oh!.....)

Macaria. Aquí he de estar me hasta el miércoles
de ceniza.

Pascual. (Maldicion!)

Macaria. Ya hablaremos. Correrá
de mi cuenta desde hoy
el gobierno de esta casa,
y estará como un reloj.
Ya sabes que á gobernosa
nadie me gana.

Pascual. (Gran Dios!)

Macaria. Á mí debieran nombrarme
ministro de lo interior.

Pascual. No es menester. Donde hay poco.....

Macaria. Tú eres un santo varon.

Pascual. Convengo.

Macaria. Ines, una niña.

Yo velaré por los dos.....

Pascual. Gracias.

Macaria. [*Á doña Ines.*]

Dime: los criados.....

[*Sigue hablando con doña Ines en voz
baja.*]

Pascual. (Ya ha tomado posesion!)

[*Á Petronila.*]

¿Y tú qué dices, muchacha?

Petronil. Yo hablo poco. Aquí me estoy
al brasero.....

Pascual. ¿Te hallas bien
en Madrid?

Petronil. Yo? No, señor.

Como no conozco á nadie.....

Pues. Y este es un lugaron
que..... Vaya, vaya, en mi pueblo
estaba mucho mejor.

Pascual. Así lo creo. Es decir
que si vale tu opinion
te volverás á Perales.....

Petronil. Antes que mañana, hoy.

Pascual. Eres muy amable.

Petronil. Mucho.

Pascual. Muy graciosa.

Petronil. Eh... Jum... Qué tos!

Pascual. Te estás riendo de mí?

Petronil. No tengo tan buen humor.

Pascual. (Callaré por no exponerme
á cascarla un bofeton.

¡Vaya que nieta y abuela

son dos hembras de mi flor!

Con la una en esta casa

ha entrado la inquisicion;

la otra á cada pregunta

responde con una coz.)

ESCENA IX.

DOÑA INES. D. PASCUAL. DOÑA MACARIA.

PETRONILA. DOÑA QUITERIA. ROSITA.

Quiter. [*Dentro.*]

No tiene usted que pasar
recado. Yo soy de casa.

[*Entra en la sala con su niña. Lleva
boá.*]

Ines. [*Se levanta, y todos ménos doña Ma-
caria.*]

Esa voz..... Quiteria!

Quiter. [*Abrazándola.*] Ines!

Pascual. (Esta es otra que bien baila.)

Quiter. Es tu suegro ese señor?

Ines. No; mi marido.

Quiter. Pensaba.....

Pascual. (Tengo yo cara de suegro?)

Quiter. [*Se acerca y la abraza.*]

¿Qué veo! La tia Macaria!

Macaria. Adios, Quiteria.
Quiter. Tan fresca!
 tan rozagante..... Y tu hermana!
Petronil. Para servirte.
Ines. Rosita!
 Ven aquí, ven aquí, alhaja.
 [La besa.]
 Sentáos. Qué haceis de pié?
Macaria. Está muy mona.
Petronil. Es muy guapa.
Quiter. Hija, en el pueblo me aburro,
 y vengo á pasar las pascuas
 en Madrid.
Ines. Haces muy bien.
Quiter. Aquí tengo muchas casas
 donde venir á parar.
 Como estoy relacionada
 con tanta gente..... Ya ves;
 mi marido, que Dios haya,
 estuvo empleado en propios.....
 Pero vaya noramala
 todo el mundo. Entre los míos
 estaré más á mis anchas;
 y si no lo hiciera así,
 tú, prima, que eres tan franca,
 te quejarías.....
Ines. Sin duda.....
Quiter. Tratadme con confianza;
 lo entendeis?
Ines. [Aparte á D. Pascual.]
 Un bod! Lo ves?
 Hasta en los pueblos lo gastan!
Pascual. [En voz baja.]
 Déjame en paz. ¡ Bueno estoy
 para bods! De buena gana
 la ahorcaria yo con él.
Ines. Vamos, ¿ no me dices nada,
 niña?
Quiter. Haz un mimo á tu tia.
Ines. Vamos, sí.
Macaria. Cómo te llamas?
Quiter. Responde: Rosita Suarez.
 Si viera usted cómo charla!
 ¡ Tiene un pico.....
Petronil. Vamos, di.
Quiter. Es milagro que ahora calla.—
 Mira que llevas azotes.
Ines. Te daré merengues..... Nada!
Quiter. Se empeña en dejarme mal.
 No quieres hablar? Pues canta.
 Para eso se pinta sola.
 Vamos, el *Lelé*, ó el *Alza*
pilili.
Ines. Tendrá vergüenza.
Quiter. Pues ¿ y bailar! Baila, baila
 las manchegas, hija mia.
Pascual. Acaso no tendrá gana.....
Quiter. Vaya! Y si nó, la *Cachucha*.
 [Tarareando.]

Tara, larira, laraara.....
Macaria. Propia condicion de niños,
 que nunca han de hacer sus gracias
 cuando se lo ruegan.
Quiter. Mira
 que me sofocas, muchacha.
Pascual. [Aparte á doña Macaria.]
 Ya hará gracias; no hay cuidado.
 Verá usted qué poco tarda
 en romper un abanico,
 llorar, ó pedir la.....
Quiter. Vaya!
 Otra vez será.
Petronil. Sin duda
 de mi cuñado se espanta.
Pascual. Soy yo alguna fiera?
Quiter. No,
 pero como ve esa cara
 tan sería.....
Ines. Dice muy bien.
 Ve que tú no la agasajas,
 ni le das siquiera un beso.....
Pascual. Qué he de hacer si es tan huraña?
 Probarémos sin embargo.
 Monina! Un besito.....
Quiter. Anda.
 Dale un beso.
Rosita. No!
Pascual. Qué gusto!
 Ya habló. Hija mia!....
 [La da un beso y la niña rompe á
 llorar.] (Qué babas!)
Rosita. [Corriendo á refugiarse en los brazos
 de doña Quiteria.]
 Mamá! Mamá!
Pascual. (No lo dije?
 Ya soltó la clarinada.)
Quiter. Calla! Si te quiere mucho!
Rosita. Me ha pinchado con las barbas.
Quiter. Ven ustedes qué agudeza?
Pascual. Sí tal. Es mucha monada.
 Ea, no llores.....
 [Rosita sigue llorando y al mismo
 tiempo suena dentro una zambomba.]
 (Reniego
 de ella y de toda su raza.)
Ines. Le daré para que calle
 una torta.
 [Saca una de la cesta que trajo el or-
 dinario y se la da.]
 Toma, chacha.
 [La toma Rosita y dejando de llorar
 se la va comiendo al lado de su ma-
 dre.—Las mujeres cuchuclean al re-
 dedor del brasero.]
Pascual. (Ya es ganga la tal viudita!
 Tras de allanar mi morada,

su chiquilla se me come
las tortas que me regala.)

[*Suena la campanilla.*]

Ines. Otra vez la campanilla!
Pascual. (Meson se ha vuelto mi casa.)

ESCENA X.

DOÑA INES. D. PASCUAL. DOÑA MACARIA.
PETRONILA. DOÑA QUITERIA. ROSITA.
D. CENON. D. MAURICIO. TIBURCIO.

[*Otra vez se levantan todos menos doña Macaria. D. Cenon y sus hijos abrazan á doña Ines.*]

Cenon. Ines!

Maur. Ines!

Tibur. Inesilla!

Ines. Tanto bueno por acá!

Pascual. (Meson? Poco he dicho. Este es el valle de Josafat.)

Cenon. [Abrazándole.]

Pascual!

Maur. [Lo mismo.]

Pascual!

Pascual. Bien venidos.....

Tibur. Felices pascuas, Pascual!

[*Toca una enorme zambomba que trae.*]

Ines. Tio Cenon!

Pascual. (Tambien zambomba!

Hoy me da una enfermedad.)

Cenon, Hola Quiteria!.... Macaria!

Petronila! ¡Voto á san.....

Y la chiquilla..... Me alegro.

Qué dichosa navidad!

Macaria. Cenon!

[*Hablan todos á un tiempo y se van sentando.*]

Petronil. Tiburcio!

Maur. Rosita!

Tibur. Petronila!

Quiter. ¿Cómo estás,

Mauricio?

Maur. Para servirte,

Quiteria.

Tibur. [Aprovechándose de la confusion destapa y reconoce la cesta.]

¿Á ver, á ver qué hay en este canasto? Bollos!

[*Suca dos y come. En el resto de la escena hará continuos viajes á la cesta.*]

Qué mantecosos están!

Cenon. ¿Y cómo aquí reunida la parentela?

Ines. Es casual.....

Cenon. Vamos, Pascual ha tenido la humorada singular de convidaros á todos para esta festividad.

Pascual. Convidar.....

Cenon. ¡Y á mí me excluyes

del convite general, á mí y á mis hijos! Pero sin duda la circular se ha extraviado. Mejor. Así me agradecerás

con doble razon el viaje.

Pascual. Sí, señor, mucho, sí tal. (Así tengas la salud.)

Maur. Inesita! ¡Voto va.....

[*La abraza.*]

Otro abrazo. Estás muy bella; más bella que en el lugar.

Ines. Sí; lo mismo se lo dices á cualquier hija de Adan.

Pascual. (Otra vez?)

[*Á doña Quiteria que está á su lado.*]

Aficionado es el tal primo á abrazar.

Quiter. [En voz baja.]

Un poco. Y en otro tiempo fué su novio.

Pascual. ¡Por san Blas.....

Quiter. Y ha llegado á mi noticia que ella no le quiso mal.

Pascual. ¿Qué escucho!

Quiter. Y el parentesco.....

No le pudiera alcanzar un galgo.

Pascual. [Se levanta apresurado.]

¿Sí? Con licencia, señor primo.—Ven acá.

[*D. Mauricio que tenta asida una mano de Ines, la suelta, pasa ella al lado de su marido y hablan en voz baja.*]

Ines. Qué quieres?

Pascual. Tienes un primo

muy sobon, cara mitad.

Ines. Nos hemos criado juntos.

Pascual. Ese es un motivo más para apartaros yo ahora.

Ines. Mi honor es como el cristal.

Pascual. Por lo limpio, ó por lo frágil?

Ines. Qué insulto! qué iniquidad!

Mereces.....

Pascual. ¡Y mucho mimo despues! ¡Y cómprame el bod!....

Ines. Pero, hijo, si.....

Pascual. Ruega á Dios

que, aunque es de canto y de cal,
no se canse mi paciencia.

Macaria. Qué es eso?

Ines. Nada, mamá.

[*Vuelve al corro y se sienta lejos de D. Mauricio.*]

Pascual. [*Sorprendiendo á Tiburcio en el acto de sacar una torta.*]

Hola, hijito! No eres manco.

Tibur. Toma! Por qué no me dan?

Cenon. [*Riéndose.*]

Ja, ja.... Dice bien el chico.

Atrácate. Ja, ja, ja.

Maur. Cuántas te has comido?

Tibur. [*Con la boca llena.*] Ocho.

Maur. Vaya otra, sin ejemplar.

[*El muchacho saca la mano llena de bollos.*]

Quiter. Basta ya, tragon. ¿No quieres que las prueben los demás?

Pascual. Yo se las daría todas....

(si fuesen de rejalgár.)

Ines. Rosita....

Quiter. Ya se ha dormido.

Ay Jesús! Pesá un quintal.

Dónde la echaré?

Ines. En mi cama.

Pascual. (Ay Dios! Me la va á calar.)

Ines. Dámela. [*Toma la niña.*]

Macaria. [*Levantándose.*]

Espera, Inesita.

Yo tambien voy por allá.

Reconoceré la casa

y veré de acomodar

á todos.

ESCENA XI.

D. PASCUAL. PETRONILA. DOÑA QUITERIA.

D. CENON. D. MAURICIO. TIBURCIO.

Quiter. [*Á D. Pascual.*]

Diablo de tia!

¡Miren con qué libertad dispone de casa ajena!

Pascual. En cuanto á eso, muchos hay que la imitan.

Quiter. Y qué genio!

Nadie la puede aguantar.

Si ella está aquí cuatro dias

no habrá contento ni paz

en esta casa. Oh!

Pascual. (La viuda tiene lengua de alquitran.)

Quiter. Pues digo, la Petronila!

Tan fatua, tan ñoña.... El tal

don Cenon es un mastuerzo,

el muchacho un Barrabas,

Mauricio vicioso y ganso....

Pascual. Y usted.... un ángel. Verdad?

ESCENA XII.

D. PASCUAL. PETRONILA. DOÑA QUITERIA.

D. CENON. D. MAURICIO. TIBURCIO. DOÑA

MACARIA. DOÑA INES. LUCAS. AMBROSIA.

Ines. Quisiera tener más casa.

Macaria. Bien. Ya formaré mi plan.

[*Llega Lucas con un maletón, alforjas, capas y una guitarra. Le sigue Ambrosia.*]

Lucas. Alabado sea Dios!

Ambros. Ya estamos todos acá.

Pascual. (Otro refuerzo! Está visto.

Yo tendré que irme al zaguán.)

Lucas. Dónde acomodo estos chismes?

Maur. Pónlos sobre ese sofá.

Macaria. Sí, bien. Luégo arreglarémos....

Quiter. Mis baulés no vendrán hasta mañana.

Macaria. Los míos

llegan con el mayoral

esta tarde.

Pascual. Sí? Muy bien!....

(Santísima Trinidad!....)

[*Viendo á Tiburcio que garrapatea en los papeles que habrá sobre la mesa.*]

Muchacho, qué estás haciendo?

Tibur. Pintarido monos.

Pascual. Satan!

Me has perdido! en mi expediente

sobre alfolés de sal!....

Aparta! ¿Y esto ha de ir

al ministro?

Cenon. [*Acercándose á mirar, con risa estúpida.*]

Ja, ja, ja.

Ocurrencia como ella!

Á ver qué has hecho, rapaz?

Bien! Y nadie le ha enseñado.

Digo que es habilidad.

Ja, ja, ja....

Pascual. Se rie usted?

Tibur. Es el gigante Goliat.

[*D. Cenon suelta una estrepitosa carcajada; D. Pascual encierra los papeles en una cómoda; las mujeres charlan todas á un tiempo; Mauricio toma la guitarra y la templea.*]

Cenon. Este chico es la esperanza de la familia.

Pascual. (¡Infernal

parentela!)

Quiter. ¡Oh, que tenemos

guitarra! Bueno será
que cantes alguna cosa,
Petronila.

Petronil. Lo hago mal.

Maur. Vamos, yo acompañaré.

Quiter. Sí. *Una voce poco fa.*

Macaria. Canta.

Petronil. Si me da vergüenza!

Ambros. Tío Lúcas, que va á cantar!
Sentémonos.

Lúcas. Que me place.
[*Se sientan.*]

Pascual. [*Á los criados lugareños.*]

Bien! Viva la libertad!

Petronil. El aria no.

Ines. Pues bien, canta
otra cosa.

Macaria. El *Dulce iman.*

Cenon. - Y si nó, el *Trípili Trápala.*

Petronil. Pero..... Otro día será.....

Maur. Ahora.

Todos. [*Ménos D. Pascual.*]

Que cante! Que cante!

Petronil. Si estoy ronca. Fuerte afán!....

Quiter. [*Á D. Pascual.*]

Ya verá usted cómo ahulla
después de hacerse rogar.

Maur. Vaya algo nuevo. La *Atala.*

Pascual. (Virgen de la Antigua!)

Petronil. Mas.....

Todos. [*Ménos D. Pascual.*]

La *Atala!* La *Atala!*

Petronil. Vamos:
ustedes perdonarán.....

[*Tosiendo y escupiendo.*]

¡Pero si.....

Maur. [*Punteando la guitarra.*]

Vamos, empieza.

Petronil. [*Cantando.*]

«Triste Chac.....»

[*Hablando.*]

No.

[*Cantando.*]

«Triste Chac.....»

[*Hablando.*]

¡Si digo que hoy.....

Quiter. [*Á D. Pascual.*] No lo dije?

Maur. Volveremos á empezar.

[*Petronila canta con ridícula afectación y muy desafiada. Todos manifiestan oírle con sumo gozo, particu-*

larmente doña Macaria y D. Cenon. Doña Quiteria reprime la risa y se tapa la boca con el abanico. D. Pascual hace gestos de desaprobación.]

Petronil. [*Cantando.*] (*)

«Triste Cháctas! Cuán rápida ha sido
la terrible ilusión de tu dicha!
Sumergido en perpetua desdicha
sólo resta un fatal porvenir.
Bella vírgen, tu vida expusiste
por librarme de muerte funesta.
Mi canción para siempre será esta:
Sin mi *Atala* no puedo vivir.»

Pascual. [*Mientras todos palmotean.*]

(Jesus! ¡Bienaventurados
los sordos! Qué atrocidad!
Comparada con su voz,
la zambomba es celestial!)

Macaria. Ahora, pues quiso el cielo
por su infinita bondad
reunir la parentela
en casa del buen Pascual,
ya que esta casucha ofrece
tan poca comodidad.....

Pascual. Cierto, y yo era de opinion.....

Macaria. Tú no te debes mezclar
en eso.

Pascual. Yo.....

Macaria. En tal apuro
dicta la necesidad
medidas extraordinarias.

Pascual. (Ay! ¡Si enviarme querrá
confinado á Filipinas!)

Quiter. ¿Qué golpe de autoridad
nos prepara usted?

Macaria. Hagamos
cama redonda.

Maur. Cabal.

Todos. [*Ménos D. Pascual y Petronila.*]
Cama redonda!

Pascual. Protesto!

[*Gran bulla.*]

Petronil. No permitiré jamás.....

Pascual. Pido la palabra.

Petronil. Corre
peligro mi honestidad.

Pascual. Soy casado.

Macaria. Necio, aquí
no se ataca á la moral.
Habrá division de sexos.
Los hombres se acostarán
en la sala; las mujeres
en la alcoba principal;
los criados allá dentro.....

Pascual. Pero es una iniquidad
el arrancar á un cristiano
de su lecho conyugal.

(*) Música ratonera y versos nefandos, de que no soy responsable; pero fué muy de moda en su tiempo esta canción.

Maur. Quite el maridazo!
Cenon. ¡Fuera privilegios! ¡La igualdad ante la ley!

Ines. [*Aparte con D. Pascual.*]
 Es preciso, porque en casa no los hay para tantos.....

Pascual. Qué? Reniego.....
Ines. Pedir á la vecindad colchones.
Pascual. No quiero. Vayan noramala.
Ines. ¿Qué dirán.....
Pascual. Dios, con ser Dios, va á dormir esta noche en un portal.
Ines. [*Volviéndose al corro.*]
 Estamos conformes. Luégo lo arreglaremos, mamá.
Quiter. Soy de parecer que ahora vayamos á pasear todos juntos.
 [*Todos se levantan.*]

Maur. Sí, lo apruebo.
Macaria. Vamos, sí.
Cenon. Vamos allá.
 Á bien que todos llevamos los trapos de cristianar.....

Ines. [*Poniéndose la mantilla.*]
 Sí. Vienes, Pascual?
Pascual. No.
Tibur. Sí;
 me comprará mazapan.
Pascual. Vayan ustedes con Dios.
 Yo me quedo á preparar la colacion.
Maur. [*Á doña Ines.*]
 Venga el brazo.
Pascual. (Ya me la atrapó el galan.)
Tibur. Esperarse! Allá voy yo!
Maur. Quitá, zopenco. Tú irás con Ambrosia y el tío Lucas.
Tibur. Pues que me dé padre un real y compraré una chicharra.
Cenon. [*Dándole cuartos.*]
 Toma, toma, perillan. Primita Macaria, tengo el honor.....
 [*Ofreciendo el brazo y ella lo toma.*]

Quiter. (Miren qué par!)
Ines. Ea, abur.....
Quiter. Cuideme usted la niña.
 [*Salen todos. D. Pascual cae desolado sobre el sillón.*]

Pascual. No puedo más!

ESCENA XIII.

D. PASCUAL.

[*Breve pausa.*]

Qué noche-buena me aguarda!... Mas yo merezco la albarda que me echa encima esa gente, como á mulo de alquiler, por ser tan condescendiente con mi mujer.

Dios poderoso y bendito, ¿cuál ha sido mi delito, que otro campo de Agramante ya mi casa viene á ser? ¿No me castigais bastante con mi mujer?

Miro á todos con espanto, mas nadie me aterrará tanto como esa maldita vieja que en todo se ha de meter..... ¡y ese primo que corteja á mi mujer!

Ó soy de Madrid ludibrio, ó perdiendo el equilibrio de patas en el infierno el crimen me hará caer. Por quién, por quién, Dios eterno? Por mi mujer!

Ay pobre paga! Entre todos me van á comer los codos; y esa re-suegra gendarme, retrato de Lucifer, ay! ni me deja acostarme con mi mujer.

Soldados, no esteis ociosos! Quereis perseguir facciosos? Venid, patriotas valientes, venid; yo os he menester. Acabad con los parientes de mi mujer.

ESCENA XIV.

D. ANTONIO. D. PASCUAL.

Antonio. Don Pascual!
Pascual. Ay don Antonio!
Antonio. Yo temo que se me hunda la casa. Qué baraunda! Quién ha entrado aquí?
Pascual. El demonio!
Antonio. ¡Tanto ruido todo el dia.....
Pascual. Ay vecino!
Antonio. Y cuando oí

gritos, clamores...., creí
que estaba usted en la agonía.
Pascual. Sí, señor, ó poco ménos.
Antonio. ¡Hoy que humilde en un establo
nace Dios.....
Pascual. Me lleva el diablo,
y por pecados ajenos.
Antonio. Cuénteme usted.....
Pascual. Qué epidemia!
Antonio. Ya sabe usted que le quiero.
Pascual. Sí; siendo usted mi casero
ni me embarga ni me apremia.
Antonio. Usted es honrado, yo rico.
Sé que el tesoro está exhausto.....
Pascual. Soy de la patria: holocausto!
Antonio. Por dos mil reales y pico.....
Pascual. Hoy que he tomado del arca
una paguita, qué estrella!,
se conjuran contra ella
diez pueblos de la comarca.
Antonio. ¿Qué dice usted! ¿Con qué título.....
Pascual. Oh villanos trogloditas!
Antonio. Vaya, cuente usted sus cuitas....
Pascual. Oiga usted. Primer capítulo.
Mi mujer..... Ya usted sabrá
que se muere por un dije.....
Antonio. Algo.....
Pascual. Pues, señor, ¡me exige
media paga para un *bodó!*
Antonio. No es justo, que están muy malos
los tiempos.....
Pascual. Ítem. Su abuela
y otros de la parentela
me abruman con sus regalos.
Antonio. Hombre!....
Pascual. Oiga usted.
Antonio. Adelante.
Pascual. Son tortas negras y duras,
y huevos con galladuras,
y un pollito vergonzante.
Antonio. Nada ménos!
Pascual. Sí, señor;
y entre propinas y porte
ya me ha hecho dar mi consorte
siete veces su valor.
Ítem más.—Los muy beodos....,
lo peor, don Antonio, es esto,
con tan frívolo pretexto
se me encajan aquí todos.
Antonio. ¿Qué me cuenta usted!
Pascual. Sus céspedes
han abandonado en masa,
y está invadida mi casa
por una legion de huéspedes.
Antonio. Pobre don Pascual!
Pascual. La tia,
los primos, la abuela anciana....,
los sobrinitos, la hermana....,
y toda la dinastía.
Antonio. Contra la injusta invasion
de tanto deudo importuno
¿no habrá un medio?
Pascual. Sólo hay uno.—

Tirarme por el balcon.
Antonio. Cómo!.... Pues yo, es cosa cierta,
los cogiera de los cuellos
y los arrojara á ellos,
si no se van por la puerta.
Pascual. Por fin ahora el somaten
me ha dejado descansar.
Antonio. Dónde han ido?
Pascual. Á pasear.
Antonio. Y la costilla?
Pascual. Tambien.
Antonio. Pensamiento peregrino!
Oh! sí, sí.... Yo haré el espejo....
Pascual. Eh?
Antonio. Tome usted mi consejo,
y se salva usted, vecino.
Pascual. Y á gentes tan temerarias,
tan gorronas é impolíticas.....
¿cómo.....
Antonio. En circunstancias críticas...
medidas extraordinarias.
Pascual. Á ver? Yo en usted confío.....
Antonio. Sin que quede ni un esparto,
desalquilemos el cuarto,
y bájese usted al mio.
Pascual. Oh qué buena idea!
Antonio. Así,
cuando vuelvan sus mercedes,
no hallarán..... más que paredes.
Pascual. Bravo! Sí; al instante; sí.
Antonio. Al avío!
Pascual. Yo me atonto.....
Antonio. Venga el criado.....
Pascual. [Llamando.] Ramon!
No hay tiempo..... La confusion.....

ESCENA XV.

D. PASCUAL. D. ANTONIO. RAMON.

Antonio. Ah! Baja á mi cuarto. Pronto!
Con mis criados volando
vuélvete aquí, y además
á seis mozos llamarás
de cordel.....

[Ramon duda y mira á su amo.]

Pascual. Ve: yo lo mando.

ESCENA XVI.

D. PASCUAL. D. ANTONIO.

Pascual. Van á alborotar la corte
si ven cerrada la puerta.
Antonio. Yo me quedo. Estará abierta.
Yo les daré pasaporte.
Pascual. Ya de su chasco me rio,
y aún lo merecen mayor;

pero, ¿y mi mujer, señor?
 ¿Qué va á ser de ella, Dios mio!
Antonio. Eh! no sea usted tan..... bobo.
 Que rabie.
Pascual. Pobre Inesita!
Antonio. Tambien ella necesita
 ver las orejas al lobo.
Pascual. Tal vez haciéndola instancias.....
Antonio. Nada de eso. Ó no intervengo,
 ó á la ley marcial me atengo
 que exigen las circunstancias.
 No fia usted de un amigo?
Pascual. Sí; omnímodas facultades .
 doy á usted. Qué navidades!
Antonio. Las pasará usted conmigo.

ESCENA XVII.

D. PASCUAL.. D. ANTONIO. RAMON.

[*Siguen á Ramon dos criados y luego entran seis mozos de cordel.*]

Antonio. Cargad con ese menaje,
 y á mi habitacion con él.
Pascual. Y los mozos de cordel?
Ramon. Aquí están.
Antonio. Vivo!
Pascual. Coraje!
 [*Los criados y mozos empiezan á cargar muebles y llevarse los, yendo y viniendo hasta quedar desocupada la habitacion.*]
 Vosotros cuatro, á la alcoba
 con Ramon y al comedor.
Ramon. Todo abajo?
Antonio. Sí, señor.
 No ha de quedar ni la escoba.
 [*Vase Ramon á lo interior de la casa con cuatro mozos. Los demas y los dos criados siguen desocupando la sala.*]

Pascual. La zambomba y la guitarra
 y esas capas y ese lio,
 dejadlo ahí, que no es mio.
Antonio. Ah! Ya.
Pascual. Es de ellos. ¡Mala...
Un mozo. [*Á otro.*] Agarra!
 [*Los mozos dejan en un rincon lo que trajeron los lugareños y se llevan el sofá.*]

Pascual. Llévate esa cesta, drope,
 que harto cara me ha costado.
 [*Reconociéndola.*]
 Ay! apenas han quedado
 cuatro tortas y el arrope.—
 [*Á uno que se lleva la mesa.*]
 Despacitó..... Anda tú; ayuda.—

Con cuidado, que está endeble.
Ramon. [*Volviendo con Rosita dormida.*]
 Qué hacemos con este mueble?
Pascual. Oh! La niña de la viuda!
 ¡Por san Francisco de Borja,
 que no se despierte!
Antonio. Es guapa.
Pascual. Tiéndela sobre esa capa,
 y por almohada la alforja.
 [*Lo hace Ramon y vase.*]
Antonio. [*Á un criado.*]
 Llévate el brasero tú.
 Quedá aquí algo?
Pascual. Nada encuentro....
Antonio. Pues, vamos, á lo de adentro!
 Despachad con Belcebú.

ESCENA XVIII.

D. PASCUAL. D. ANTONIO.

Pascual. Y ahora, Dios mio, este gasto!....
Antonio. Yo lo abono.
Pascual. Ah! ¿quién te iguala,
 hombre insigne.....
Antonio. ¡Y en la sala
 se nos queda el mejor trasto!
Pascual. Cuál? No veo.....
Antonio. Usted, demonio!
 ¿Á qué alejar con empeño
 los muebles, si queda el dueño?
 Lárguese usted!
Pascual. Don Antonio!
Antonio. Pronto, que van á volver.
Pascual. Adios...., mi tuguirio...., adios!
 Ines!.... ¡Reniego de los.....
 parientes de mi mujer!

ESCENA XIX.

D. ANTONIO.

No va á armarse mala zambra
 cuando vuelva esa langosta
 de parientes. En verdad,
 algo pesada es la broma;
 pero harto lo han merecido.
 ¿No hay sino vivir de gorra,
 y á título de pariente
 y porque envío unas tortas
 pegar la tostada al prójimo?
 ¡Ojalá en letras muy gordas
 se imprimiera este suceso
 pará escarmiento de posmas
 y se circulara á todos
 los pueblos de la redonda!

ESCENA XX.

D. ANTONIO. RAMON. LOS CRIADOS.
DOS MOZOS.

Antonio. Hola! ¿Se ha desocupado la casa?

Ramon. Sí, señor. Toda.

Antonio. Bien está. Paga á los mozos. Aquí tienes media onza. Con mis criados despues repartirás lo que sobra. Idos abajo; dejadme aquí solo; y punto en boca.

ESCENA XXI.

D. ANTONIO. ROSITA.

Antonio. Gracias á Dios, nos han dado bastante tiempo.....

[*Despierta llorando Rosita.*]

¿Quién llora.....

Ah! la chiquilla.....

Rosita. [*Se levanta.*] Mamá!

Antonio. Ya va á venir. Calla, mona.

Rosita. Mamá, mamá!....

Antonio. ¿Qué hago yo con este embeleco ahora?

Mas siento ruido..... Ya vienen.....

Rosita. Yo quiero tortas.

Antonio. No hay tortas. Toma dos cuartos y calla.

[*Se los da.*]

Aquí están. Qué familiota!

ESCENA XXII.

D. ANTONIO. ROSITA. DOÑA INES. TODOS
LOS PARIENTES. AMBROSIA. LÚCAS.

Ines. Pascual!.... Dónde está Pascual?

Rosita. ¡Mamá.....

Quiter. Mi niña!.... ¡Tan sola....

Ines. Don Antonio aquí!

Macaria. Los muebles.....

Antonio. Beso á usted los piés, señora.....

Maur. La sala desocupada.....

Cenon. Qué es esto?

Ines. [*Mirando desde la puerta.*]

Tambien la alcoba!

Tibur. Y la cesta? Yo queria dar un asalto á la orza.

Ines. ¿Me explica usted, don Antonio, este misterio?

Antonio. Es la cosa más sencilla. Don Pascual por ahorrarse trapisondas ha desalquilado el cuarto.

Ines. Pero ¿dónde está?

Antonio. Se ignora.

Sólo ha dicho: Los parientes de mi parienta me acosan, y por libertarme de ellos me iria á las Californias.

Quiter. Qué insulto!

Ambros. Qué picardía!

Cenon. Tiene razon que le sobra.

Ja, ja, ja.

Maur. Qué accion tan baja!

Petronil. Grosero!

Tibur. Mal primo!

Macaria. Idiota!

Ines. ¡Justicia de ese bribon que á su mujer abandona!

Macaria. ¡Y nuestra noble prosapia ha de sufrir tal deshonra!

Maur. Me dará satisfaccion, ó por vida de Mahoma!....

Macaria. [*Á doña Ines.*]

Tú debes quejarte á un juez.....

Antonio. [*Á doña Ines.*]

Suplico á usted que me oiga aparte.

[*Se la lleva á un extremo y habla aparte con ella.*]

Quiter. Aquí ya es forzoso tomar medidas.....

Cenon. No hay otra que tomar sino marcharnos. Confesemos que es chistosa la ocurrencia.....

Macaria. Quita allá!

Mi dictámen es que ahora.....

[*Forman corro los parientes y consultan en voz baja.*]

Antonio. Ni hay causa para divorcio ni diera á usted buena nota esa idea. Á sus maridos deben seguir las esposas.

Ines. Y mis parientes? Confieso que todos aquí ¡es historia!

Antonio. Ellos, ó él: elija usted. Si cede usted, él perdona. Yo sé dónde está.

Ines. Villano!

Antonio. Con insultos ¿qué se logra?

Ines. Dónde está? Dígalo usted.

Antonio. Saber primero me importa si usted quiere paz.

Ines. No. Guerra!

Antonio. (Para que no haya camorras

habré de capitular
aunque lo pague mi bolsa.)
Mal le paga usted, ingrata.
Él la ama á usted, él la adora,
y quizá en este momento
el *bodá* suspirado compra.
Ines. ¿Qué escucho! El *bodá*! Tendré *bodá*?
Antonio. Yo empeño en debida forma
mi palabra.
Ines. Suya soy.
 ¿Dónde...
Antonio. En mi cuarto.
Ines. Estoy pronta.
Macaria. *Ines*, ven á dar tu voto
porque si ahora no se toman
medidas extraordinarias.....
Ines. La que de honrada blasona
obedece á su marido,....
y yo lo pongo por obra.

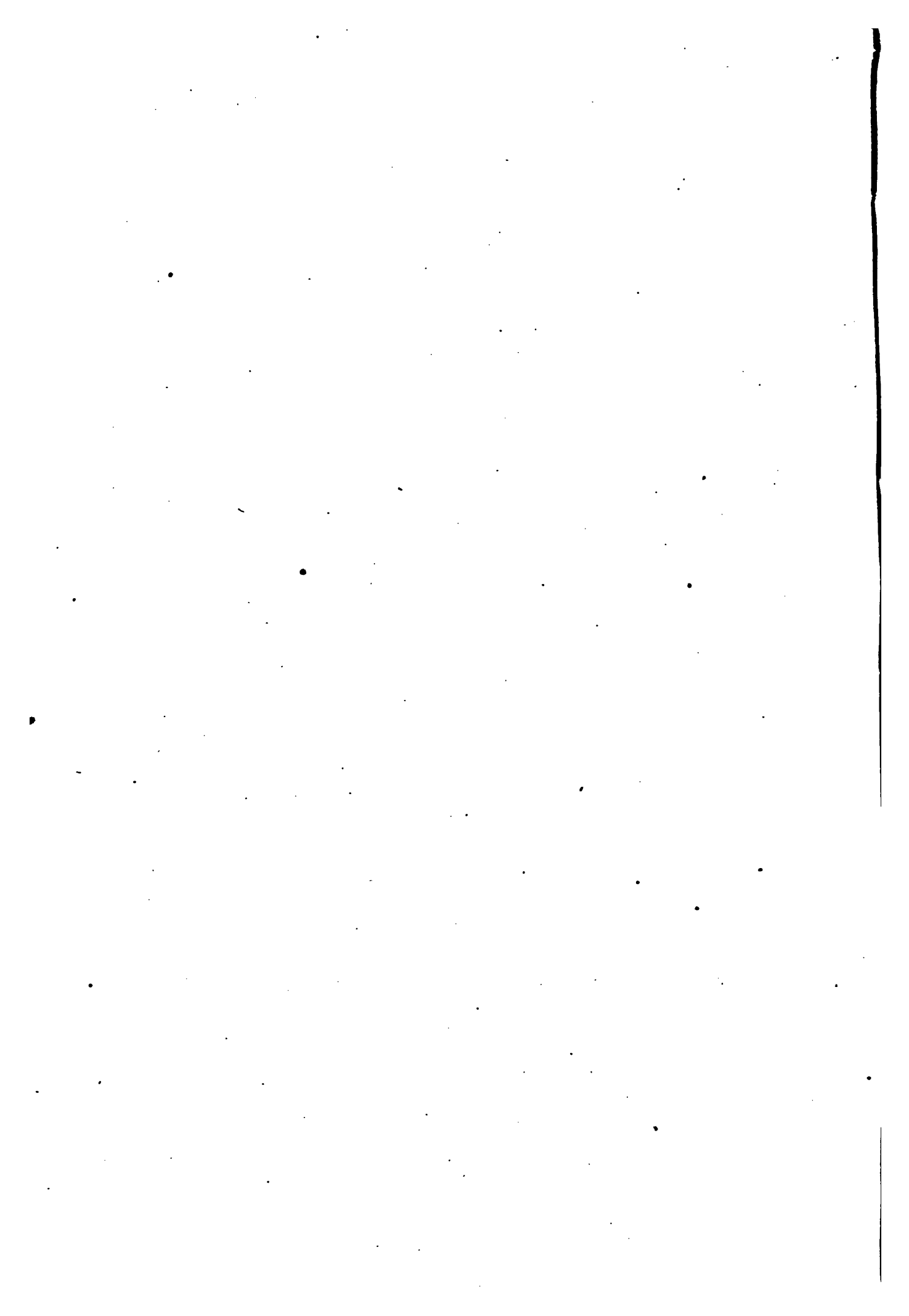
ESCENA ÚLTIMA.

D. ANTONIO. LOS PARIENTES. AMBROSIA.
LÚCAS.

Macaria. Lo oís? Se va! Nieta indigna!
Maur. Marido y mujer se mofan
de nosotros.
Quiter. La embustera!
Petronil. La descastada!
Macaria. La hipócrita!
Cenon. Ja, ja..... Tendré qué contar.....
Maur. Vaya, y ¿qué hacemos ahora?
Quiter. Quedarnos aquí.....
Antonio. Imposible.
Yo, casero, á mucha honra
lo tendria; mas ya corre
por cuenta de otra persona
el cuarto.
Maur. Fuerza es tomar
la resolucion heroica.....
de largarnos.
Quiter. Juntos no,
porque es mucha Babilonia.
Cenon. [*Á sus hijos.*]
Volvámonos al lugar.
Macaria. Yo al-parador.
Quiter. Yo á la fonda. —

La culpa ha sido de ustedes,
que se entran sin ceremonia
donde nadie los llamaba.
Macaria. Cómo se entiende! Piojosa!
La intrusa eres tú, que vienes
á comer la sopa boba
á título de cuñada
de un primo tercero.
Quiter. [Tomando de la mano á su niña.]
 Rosa,
vamos de aquí, vamos, ántes
que me arrebate la cólera.
 [*Vase con la niña.*]
Cenon. [Á doña Macaria.]
Tú tambien por gobernar
casas ajenas.....
Macaria. Tio Roñas,
y á qué has venido tú aquí?
Cenon. Eh! yo.....
Macaria. Á llenar la bartola
con esos dos zangandungos.
Maur. Zangandungos!
Cenon. Está chocha.
Macaria. ¡Oiga el muy.....
Cenon. Coge esos bártulos,
Lúcas.
Tibur. Venga mi zambomba.
Antonio. (No acabarán?)
Macaria. Vamos, hija.
Petronil. Pelones!
Macaria. Vamos, Ambrosia.
 [*Todos á un tiempo al salir.*]
Maur. Canalla!
Macaria. Tramposos!
Tibur. [*Tocando la zambomba.*]
 Bruja!
Macaria. Peleles!
Ambros. Bruto!
Lúcas. Facciosa!
 [*Siguen dentro vocceando.*]
Antonio. Qué maldita parentela!
Aun se oye la jerigonza.—
Si me caso, de la inclusa
tengo de sacar la novia.





ELLA ES ÉL,

COMEDIA EN UN ACTO.

Estrenada en el teatro del Principe el dia 15 de Febrero de 1838.

PERSONAS.

CAMILA. | D. ALEJO.
RITA. | D. MARCELO.
BRUNO.

La escena pasa en Valencia, en casa de D. Alejo. Sala con puerta á la derecha del actor, otra en el foro y otra á la izquierda.

ESCENA I.

CAMILA. RITA.

[*Rita aparece ocupada en alguna labor de su sexo. Llega Camila, se sienta y toma tambien algo de costura.*]

Camila. Eh! ya he dejado la pluma.
Ahora la aguja.

Rita. Qué afan!
Vida llevas de azacan.

Camila. No sé cómo no te abrumba.
¿Qué quieres! Mi pobre Alejo es un bendito de Dios.
Yo trabajo por' los dos.....
y gozar de Dios le dejo.

Rita. Qué corazon de calandria!
Qué pobre hombre! Vale más no casarse una jamás que casarse con tal mandria.

Camila. Tú que eres de mi marido, Rita, tan severo juez....., hablemos claro; tal vez no le hubieras escupido.
Mas de tu fallo importuno no me admiro. Es natural que de todos hable mal la que no tiene ninguno.

Rita. Ya te picas?... Qué bobada!
Yo te hablo de esa manera,

Camila, porque quisiera verte mejor empleada.

Camila. Crees tú en hombres perfectos?
No lo es mi consorte, no, pero tiene prendas.....

Rita. Yo sólo he visto sus defectos.

Camila. Con tales ojos le ves!
Tu juicio es aventurado, que al cabo no le has tratado más que dos dias ó tres.

Rita. Ese tiempo hace que habito en tu amable compañía, mas ya la fama decia que tu esposo es..... un bendito.
Qué simpleza! qué desidia!
qué poquedad!.... claman todas.
Pobre moza! tristes bodas!

Camila. Y eso..... ¿es caridad....., ó envidia?

Rita. Camila!.....

Camila. Error puede haber en juzgar por la apariencia.

Rita. Pues, hija, toda Valencia.....

Camila. Valencia no es su mujer.
Falta de mundo y de trato tal vez le han hecho indolente; tal vez por ser complaciente le acusan de mentecato.
Tiene sobrado caudal y poquísima ambicion; descuidó su educacion

- ciego afecto paternal;
y así, Rita, á dulces ocios
más que á brillar inclinado,
y algo flojo y desmañado,
no se cuida de negocios.
Su dulzura, no lo niego,
tal vez raya en timidez;
mármol parece tal vez,
y es su corazón de fuego!
No carece de valor,
mas le falta atrevimiento;
no le falta entendimiento,
pero le sobra candor.
Digna es en fin de la mia
su alma amorosa y sin hiel,
y si algo malo hay en él,
es ser bueno en demasía.
- Rita.* Confíesame que si pones
en el cielo á tu marido,
sólo es porque ha consentido
que lleves tú los calzones.
- Camila.* Lo que otras envidiarán
yo como carga lo tomo
por ahorrar un mayordomo
que á mis hijos robe el pan;
y administradora fiel
cual tierna consorte soy,
que un sólo paso no doy
sin consultarlo con él.
- Rita.* No tiene mala prebenda!
Tú trabajas, y el muy zote.....
- Camila.* Ya que me casé sin dote,
conservar debo su hacienda.
- Rita.* Si es tan débil criatura,
cambiad de una vez los frenos,
y que él se encargue á lo ménos
del planchado y la costura.
- Camila.* Rita, la lengua detén.
El que á mi esposo deprima.....
- Rita.* Esto es una chanza, prima,
y lo digo por tu bien.
Te llama cara mitad!
y miente, que tú eres él,
y eres tú. Ese hombre de miel
¿qué hace?
- Camila.* Mi felicidad.
- Rita.* Y eso..... ¿quién te lo asegura?
¿Y si esa condescendencia
naciese de indiferencia,
Camila, y no de ternura?
¿Se despoja así un marido
de la autoridad suprema?
Quizá sea estratagema
lo que parece descuido.
- Camila.* No!
- Rita.* Tal vez, miéntas el opio
de esa blandura estudiada
te adormece confiada
y fascina tu amor propio.....
- Camila.* Qué ruin cavilosidad!
- Rita.* Te teme más que te ama,
y sacrifica su fama
á la dulce libertad.
- Camila.* Qué lengüecita de perla!
Calla! Me haces padecer.....
- Rita.* Quien descuida á su mujer.....
no está léjos de venderla.
¿Quién sabe si ya se cansa
de ti, y á lo somormujo.....,
con ese aire de cartujo.....
Guárdate del agua mansa!
- Camila.* Oh!
- Rita.* Quizá cuando sin pena
su cetro á tus manos pasa
cuidados no tiene en casa
porque los tiene en la ajena.
- Camila.* Oh cielo! ¡Pagar así
mi tierna solicitud.....
Ah! no. Tanta ingratitud
no cabe, bien mio, en ti.
- Rita.* ¡Ah, que amor constante y fiel
hogaño ya no se estila!
¿No quisiste tú, Camila,
á otro amante antes que á él?
- Camila.* Otro amante? Sí.... Marcelo.
Le hablé dos dias ó tres;
se fué á la guerra, y despues
no le he vuelto á ver el pelo.
Entónces era tan tierna
mi edad, tan sujeta. á engaños.....
¿Qué mujer á los quince años
siente una pasión eterna?
Una niña ya sabrás
que suele poner su amor
en el que baila mejor
ó en el que la adula más.
Amor del primer Abril,
aunque otra cosa aparente,
más que un afecto vehemente
es un antojo pueril.
Buscando á ciegas el bien
el corazón nos exhorta
á querer, y poco importa
cómo, hasta cuándo, y á quién.
Cuando se fué á Calahorra
don Marcelo ¿quién dirías
que á los tres ó cuatro dias
me consoló? Una cotorra.
- Rita.* Morir juraste ó jamás
ser de otro dueño, ¡y cruel
te has casado! Y no con él!
- Camila.* Y no me he muerto! Ahí verás.
Él no me escribió.....
- Rita.* Ya ves,
la guerra..... Y un año entero
en Estella prisionero.....
Pero te escribió despues.
- Camila.* Ya era tarde. Como un sueño
se habia ya su memoria
desvanecido, y mi gloria
se cifraba en otro dueño.
- Rita.* Plantar á tan fino amante!
Qué inconstancia! qué desliz!
El te hiciera más feliz
que ese hombre insignificante.
- Camila.* Más feliz que soy ahora?

Imposible! ¿Y qué sé yo
si el otro se acuerda ó no....
Rita. Prima, yo sé que te adora.
Camila. ¿Quién te ha dicho...
Rita. Está en Valencia.
Camila. De véras?
Rita. Haciendo alarde
de su constancia, ayer tarde
llegó con la diligencia.
Camila. Tú le has visto?
Rita. A fe de Rita,
cuando de misa salí.
Me ha hablado tanto de ti!....
Vendrá á hacerte una visita.
Camila. Á mí una visita! ¿Y cuándo....
Rita. Hoy mismo.—¡Chica, ya tiene
dos charreteras y viene
con la cruz de San Fernando!
En la fonda nueva se halla.—
Recíbele, que harta pena....
Camila. Como amigo, enhorabuena,
pero.....
Rita. Tu marido! Calla.
[*Se levantan.*]

ESCENA II.

CAMILA. RITA. D. ALEJO.

[*Llega D. Alejo con caña y demas avtos de
pescar, y al entrar los entrega á Bruno, que se
retira con ellos.*]

Alejo. [*Llamando.*]
Bruno!—Camila adorada!—
Lleva ese matalotaje
allá dentro, y ten cuidado
con los gatos, no se traguen
un anzuelo.—Prenda mía!
Perdona si vengo tarde,
y dame un abrazo.
[*Abraza á Camila.*]
Hermosa!
Camila. Excusado es preguntarte
qué has pescado, porque siempre
vacío el cenacho traes.
Rita. Ó cuando más una rana....
Alejo. Decis bien. No me da el naipe
para la pesca; ni creo
que la fortuna me llame
á prosperar por el agua.
Bien que.... [por ninguna parte!
Es fatalidad. No emprendo
cosa que no se desgracie.
Para mí es arco de iglesia
lo que para otros muy fácil,
y el dia en que no cometo
diez torpezas garrafales
no quepo en mí; me figuro
que he puesto una pica en Flándes.

II.

Sólo en la eleccion de esposa
fuí feliz, que eres un ángel,
Camila....; y áun eso fué
porque te eligió mi padre.
Yo estaba muerto por ti,
mas no osaba declararme,
y si él no pide tu mano
hago, de fe, un disparate.
Hola! y gracias que soy rico,
que si hubiera de ganarme
el sustento con mi industria....
Ya sabe Dios lo que se hace.
Camila. Entónces te hubieran dado
otra educacion....
Alejo. Qué diantre!....
Si no sirvo para nada!....
Rita. Bueno es que tú lo declares.
Alejo. Es que por ser lego en todo
no sé ni áun mentir. No obstante,
si ahora me quejo es de vicio,
porque hoy he echado un buen lance.
Camila. De véras?
Alejo. Sí.
Camila. Qué has pescado?
Alejo. Una anguila como un cable.
Camila. Una anguila! ¿Y no lo anuncias
con trompetas y timbales?
Qué alegría! Justamente
no hay pez que tanto me agrade.
Voy á que Juana la guise
con la salsa que ella sabe.
Alejo. No vayas. El caso es que...
Perdona....
Camila. Qué?
Alejo. No te enfades.
El caso es que.... no la traigo.
Llegó un pobre vergonzante
á pedirme una limosna,
y para aplacar su hambre
se la di.
Camila. Válgame Dios!
Alejo. ¿Qué quieres! Por no arriesgarme
á malgastar el dinero,
y porque no me lo estafen
mis amigos, hace dias
que no llevo ni dos reales
en el bolsillo.
Camila. Haces mal.
Una vez que eres tan frágil,
lleva poco, mas no vuelvo
á consentir que te marches
sin nada; que hay ocasiones
en que no se excusa nadie
de tirar un peso duro,
y yo no quiero que pases
por mezquino.
Rita. Con decir:
mi mujer tiene la llave....
Camila. ¿Por qué no diste las señas
de casa á aquel miserable?
Le hubiéramos socorrido,
que nadie de mis umbrales
se aparta desconsolado;

5

pero eso de regalarle
la anguila sin más ni más.....
No es una lástima?

Alejo. Y grandel!

¡Si supieras qué trabajo
me costó el sacarla al aire!
Tira de este lado, aprieta
del otro, y dale que dale.....
Sudando estoy todavía.....

[Buscando el pañuelo en los bolsillos.]

Y el pañuelo? ¡Virgen madre.....
Lo perdí! me lo han birlado!
Vamos, soy un badulaque.
¿Quién habrá sido.....

Camila. Tal vez
el mismo á quien regalaste
la anguila.

Alejo. Fatalidad!

Y nuevequito! flamante!

Camila. Dos van en esta semana.

Alejo. Con efecto, y es hoy mártes!

Camila. Vaya, sacaremos otro.

Rita. Bueno será que se lo ates
al ojal de la levita.

Alejo. No. Yo tendré en adelante
más cuidado. Hay tanto pillol!
Infeliz del que yo atrape!
Del primer palo.....

Camila. ¡Cuidado
no te suceda el percaez
del otro.....

Alejo. ¿Cómo.....

Camila. Oye un cuento

que referia mi padre.
Erae un pobre demonio
que un día...., tambien fué mártes,
salió á comprar en la plaza
no sé si pescado ó carne.
Como siempre en el mercado
hay bulla y sobran truhanes,
sacáronle del bolsillo
del pantalon, ó del fraque,
el dinero que llevaba,
que eran diez ó doce reales.
Volvióse sin el recado,
contó á su mujer el lance,
pidióla otra vez dinero,
y sacando del estante
el sable de su eñado,
sargento de provinciales,
la dijo: «Á la plaza vuelvo.
Veremos si otro tunante
me viene á robar ahora.»
Diez minutos no cabales
tardó en volver. La consorte
le pregunta: vaya, ¿traes
la compra?—No he de traerla?
responde mi hombre muy jaque.
Figúrate.... Aquí es preciso
imitar sus ademanes.
Figúrate que el dinero,
que me abultaba bastante....;

era un cartucho de cuartos;
lo llevaba casi casi
fuera del bolso derecho
del pantalon, y á esta parte
entre el brazo y la tetilla
mi serrucho formidable.
Iba así...., de media anqueta,
como quien mira á levante,
mas con el rabo del ojo
observaba la otra márgen.
Llego pues, compro mi avío,
y con el mismo talante
vuelvo á casa, deseando,
así san Pedro me salve,
que al bolsillo tentador
se atreviese algun pillastre,
porque entónces, no hay recurso!
le abro en canal.....

[Figurando tirar del sable.]

Voto á sanes!

No me han quitado el dinero....,
pero ¡me han quitado el sable!

ESCENA III.

CAMILA. RITA. D. ALEJO. BRUNO.

Bruno. Ahí está el procurador
don Bonifacio Pelaez,
que viene á tratar del pleito.....

Alejo. [Á Camila.]

Sí; será aquel que entablaste
sobre el melonar de Alcira.....

[Á Bruno.]

Á mí no tienes que darme
tales recados; entiendes?
Mas ya veo que no sabes,
como ha poco que nos sirves,
que esos negocios atañen
á mi esposa.

Bruno. Yo creia,
salvo superior dictámen,
que el hombre, y no la mujer,
era aquí y en todas partes
el jefe, el rey de su casa.

Alejo. Sí, pero yo días hace
que abdiqué. Tenlo entendido.

Camila. Di al procurador que pase
al despacho y que me espere
un poco. Voy al instante.

ESCENA IV.

CAMILA. RITA. D. ALEJO.

Camila. Vas tú á salir?

Alejo. Sí, querida;
á no ser que tú me mandes

otra cosa.
Camila. ¿Adónde piensas ir?
Alejo. Al café: ya se sabe. Allí me estoy como un santo jugando á las damas *grátis*, ó leyendo la *Gaceta*, hasta las tres de la tarde.
Camila. Hoy es el último día para elegir concejales. Ya olvidabas.....
Alejo. Como yo no pretendo ser alcalde.....
Camila. Y qué importa? Es tu deber procurar en cuanto alcances que caigan en buenas manos los cargos municipales. Qué! ¿serás indiferente, como tantos holgazanes, al más precioso derecho.....
Alejo. Bien, yo votaré. Sí, antes de ir al café.....
Camila. Cuidadito! No hay que alterar en un ápice la lista de candidatos que te dió don Pedro Sanchez.
Alejo. Bien, yo estaré sobre aviso para que otro no me engañe; mas si por una de tantas funestas casualidades lo echase á perder..... Yo siento que no puedas tú encargarte de esa comision.
Camila. Calla, hombre! No sé cómo no te caes muerto de vergüenza..... Vamos, anda á vestirme; no tardes.

ESCENA V.

RITA. D. ALEJO.

Rita. Oye una palabra, Alejo.
Alejo. Vamos, ¿qué quieres?
Rita. Hablando con franqueza, eres muy blando y quiero darte un consejo. Lo que dentro de aquí pasa tiene éco fuera de aquí. Todos se burlan de ti porque eres cero en tu casa.
Alejo. La respuesta que yo doy al zumbar de tanto tábano es que á nadie importa un rábano si soy cero ó no lo soy.
Rita. Malos principios son esos: dígolo porque te estimo. No seas tan calvo, primo, que se te vean los sesos. Bien que el popular murmullo culpa ménos en verdad del marido la bondad

que de la esposa el orgullo, malo es que una y otra lengua formen juicios tamerarios y hagan de ti calendarios que al fin ceden en tu mengua; tanto que al ver tu aparejo de pescar dicen por vicio: hace bien, que ese es oficio de..... Ya me entiendes, Alejo!
Alejo. Pero, señor, si es honrada, si es discreta mi mujer, ¿por qué quitarme el placer de quererla y no hacer nada? ¿Qué logro yo si reclamo un mando que me molesta? Ningun trabajo me cuesta obedecer á quien amo. El mandar me toca, sí, pero, si yo no me amaño, ¿he de llamar á un extraño para que mande por mí? Dios me hizo así....., no sé cómo, y pues quiso darme en ella á un tiempo consorte bella y excelente mayordomo, quiero que mande sin tasa y de sátiras me rio, que hago su gusto y el mio....., y todo se queda en casa.
Rita. Pero verte esclavizado como un ilota á sus piés.....
Alejo. No tal. Su gobierno es..... un despotismo ilustrado.
Rita. Ese dulce despotismo pudiera serte fatal, que tal vez bajo un rosal se oculta, Alejo, un abismo. Á nosotras....; es verdad que puedes, primo, creer, pues lo dice una mujer,— nós daña la libertad. Y la que hoy se muestra ufana de gozarla tan entera, pobre Alejo! bien pudiera abusar de ella mañana. El amor propio es muy necio. Creerá, si se juzga bella y no tienes celos de ella, que la miras con desprecio. Camila es muy buena esposa, mas comb de esas se han visto..... En fin, el diablo anda listo y la venganza es sabrosa.
Alejo. Calla, calla. Eso es demencia. Ella hacer tal felonía!
Rita. ¡Guarda, no seas un día la fábula de Valencia!
Alejo. Ah! no lo sería, no. Si hiciera tal desvarío.....
Rita. La mataras?
Alejo. No. Bien mio! Pero moriría yo. No hay amor sin confianza,

mas no hay vida sin honor.
Mataríame el dolor
ántes que á ella mi venganza.

Rita. Bueno es prevenir el mal
ántes que se venga encima.
Si ella no fuese mi prima
diria.....

Alejo. Mientes. No hay tal.
Rita. ¡ Hombre, miétras no me explico...
No falta ya quien la ronde,
y aunque ella no corresponde
todavía.....

Alejo. Cierra el pico!
Rita. Cómo! ¿ no te causa susto
que otro hombre á amarla se atreva?

Alejo. Antes me alegre. Eso prueba
que yo he tenido buen gusto.

Rita. Mas si ella por un antojo.....
Alejo. Basta. No seas mordaz.
Tengamos la fiesta en paz.
Rita. Pero.....
Alejo. Calla, que me enojo!
¿ Tú tambien aquí pretendes
regentar? Marido tierno,
cedo á Camila el gobierno;
pero ¡ á ella sola! Lo entiendes?

Rita. No te irrites. Sabe Dios.....
Alejo. Anda, que eres mala prima!
Rita. El bien de los dos me anima.....
Alejo. Muchas gracias por los dos.
Rita. No me oyes? Pues te sentencio.....
Alejo. Lo que tú no has de comer
déjalo, Rita, cocer.
Rita. Yo.....
Alejo. [Alzando la voz.]

Dale!.... dale!.... Silencio!
Vive Dios que ya me canso.....
Sepa la prima atrevida
que yo no consiento brida
aunque parezco tan manso.
Y pues con tanto despejo
me aconsejó, nada bien,
á la tal prima tambien
quiero yo dar un consejo.
Cuando en casa ajena se halle,
sepa agradecer el pan
y el albergue que le dan,
y oiga, y vea, y coma, y calle.

ESCENA VI.

RITA.

¡ Necio, de oirme te enojas
cuando te quiero salvar!
Eso se llama tomar
el rábano por las hojas.
Mas ya que eres tan jumento
que no entiendes la razon,
yo he de darte una leccion
que te sirva de escarmiento.

Y esa prima del demonio,
esa fatua, presumida.....
¡ qué ufana está, qué engreida
con su feliz matrimonio!
Diez y siete años tenía
al casarse....., mal pecado!....
y yo á los treinta he llegado
¡ sin pisar la vicaría!

ESCENA VII.

RITA. BRUNO. D. MARCELO.

Bruno. [Anunciando.]

Don Marcelo...

Rita. Ah! Que éntre, que éntre.

Bruno. Éntre el señor militar.

[Entra D. Marcelo.]

Rita. Pasa el recado á mi prima.

[Se va Bruno.]

Marcelo. Acaso es temeridad
el entrar yo en esta casa;
que para siempre jamás
debiera huir de esa pérftida.....
Mas una mano fatal
me arrastra..... Sí, verla quiero
y maldecir.....

Rita. Satanás!

¡ Que está el marido.....

Marcelo. Que esté.

No le vengo á disputar
su conquista. Mas la ingrata
mis justas quejas oirá.

Rita. Prudencia! ¿ Quién sabe... Acaso..;

Marcelo. ¿ Qué escucho! ¿ Podré esperar.....

Rita. Tal vez..... El primer amor
no suele borrarse tan.....

Marcelo. Nada de quejas. El tiempo.....

Marcelo. Pero ese feliz rival,
ese marido.....

Rita. Es un sandio,
marido de mazapan.

Marcelo. ¿ Cómo.....

Rita. Aquí ejerce mi prima
la suprema autoridad.

Marcelo. Cierto?

Rita. Que viene! Hable usted
como amigo y nada más.

ESCENA VIII.

CAMILA. RITA. D. MARCELO.

Camila. Bien venido, don Marcelo.

Marcelo. Señora..... (Qué hermosa está!)

Camila. Doy á usted la enhorabuena
por su ascenso.

Marcelo. Esa bondad
agradezco mucho, pero.....

Camila. No se quiere usted sentar?
Marcelo. Gracias...
Rita. Hasta luégo...
Camila. Aguarda...

[*En voz baja.*]

Yo me voy si tú te vas.

[*A D. Marcelo.*]

¿Y viene usted á Valencia de asiento?

Marcelo. (Qué frialdad!)
 Creo que sí. Yo también debo á usted felicitar por su casamiento.

Camila. Estimo la atención. Es natural que tan buen amigo tome parte en mi felicidad.

Marcelo. (Y me insulta!) ¿Tan dichosa es usted?

Camila. Hasta no más.

Marcelo. Ya se ve, cuando se lleva contenta el alma al altar y no perturba ningún remordimiento su paz.....

Rita. [*A D. Marcelo en voz baja.*]
 ¡Por Dios....

Camila. No comprendo á usted.

Marcelo. Esa es ya mucha crueldad.

Camila. ¿Olvida usted..... Don Marcelo,

no me quiera usted obligar á un desaire. Cualesquiera que fuesen cuatro años ha nuestras relaciones, lazos que debe usted respetar me impiden oír sus quejas, que son inútiles ya.

Marcelo. Si usted perdió la memoria cambiando la voluntad, la mía es fiel por desgracia como mi pasión fatal. Pero usted por su alma juzga el alma de los demás, y falsa.....

Camila. Ni juzgo á nadie, ni nadie me ha de juzgar sino mi marido. Beso á usted la mano.

ESCENA IX.

RITA. D. MARCELO.

Marcelo. ¿Qué tal?
 Se trata á un negro peor?
 Y no poderme vengar!
 ¡Y ella..... Estoy desesperado.
Rita. No ha sido usted tan sagaz como debía. De buenas á primeras ¡allá va!

Marcelo. ¿Cómo reprimir el labio cuando el pecho es un volcán?
Rita. No pierda usted la esperanza. El león se amansará.

Marcelo. Antes moriré de celos.

Rita. No dejarme á mí marchar, evitar explicaciones, huir en fin.....

Marcelo. Desleal!

Rita. Ella se teme á sí misma, y si usted muda de plan

Marcelo. ¿Qué plan..... Me ciega la cólera, y ahora me siento incapaz de oír consejos.....

Rita. [*Mirando adentro.*] Se acerca el marido. ¡Por piedad.....

Marcelo. No tema usted. Él no tiene la culpa.....

ESCENA X.

RITA. D. MARCELO. D. ALEJO.

Marcelo. Hola! Es muy galán!

Alejo. (Bien! ¡Mano á mano mi prima con un bizarro oficial!
 ¡Si la sacase de penas..... y de mi casa!)

Rita. (Ya están frente á frente. Habrá tal vez camorra..... Esto marchará.)

ESCENA XI.

D. ALEJO. D. MARCELO.

Alejo. Caballero.....

Marcelo. Señor mío.....

Alejo. Si usted no lo toma á mal quisiera saber á quién tengo la honra de hablar.

Marcelo. Mi nombre es Marcelo Estrada; soy.....

Alejo. Ya veo: capitán de infantería.

Marcelo. Conozco desde su más tierna edad á su señora de usted.....

Alejo. Ah! bien. Usted me tendrá por su servidor y amigo.....

Marcelo. La he venido á visitar y á darle mi parabien por su coyunda nupcial.

Alejo. Yo soy el favorecido.....

Marcelo. Si no fuera necedad dar crédito á las hablillas del público lenguaraz, dijera yo como todos que el buen don Alejo Prats ha sido, entre los amantes de tan perfecta beldad,

el que merecía ménos
y el que ha conseguido más.
Alejo. Dios se lo pague á Camila
que gracia tan especial
me dispensó. Sin embargo,
puesto que dice el refran,
de gustos no hay nada escrito,
y que yo ningun puñal
puse á su pecho, pudiera
responder sin vanidad
que valia más que todos
los candidatos quizá,
pues sentenció en mi favor
competente tribunal.
Marcelo. Usted sabe con quién habla?
Alejo. No me lo ha dicho usted ya?
Marcelo. ¿Y que tengo malas pulgas
y no me dejo sobar
de nadie?
Alejo. Y eso ¿á qué viene?
Yo hablaba aquí en sana paz.....
Marcelo. No hay paz. Yo amaba á Camila.
Sépallo usted.....
Alejo. [Sonriéndose.] Voto á san!....
Usted la amaba? Lo siento,
pero usted ve que ya no hay
remedio..... Ya está casada.....
Yo me figuré al entrar
que era su dama de usted
la prima, y si le es igual.....
Marcelo. Qué insulto! Á mí! ¡Vive Dios.....
Pero no es este el lugar
conveniente..... Nos veremos.

ESCENA XII.

D. ALEJO.

¿Está dado á Barrabas
ese hombre? Segun las trazas,
me quiere desafiar.
Es delito el ser marido?
Buena está la sociedad!
No basta el amor, no basta
la bendicion del altar,
ni constar como casado
en el padron vecinal.
No, señor, no; que, amén de eso,
tiene uno que conquistar
á estocadas la pacífica
posesion de su mitad.

ESCENA XIII.

D. ALEJO. CAMILA.

Camila. No has salido todavía!
Alejo. (No la diré lo que pasa.)
Camila.....
Camila. Fuera de casa
ya ha tiempo te suponía.

(Maldito procurador!....
Se habrán visto.....)
Alejo. Aún no he salido.
Camila. Como te vi ya vestido
salir por el corredor.....
Alejo. La hija de mis entrañas
me vino á pedir un beso,
y el paternal embeleso
me entretuvo. Qué! lo extrañas?
Camila. Ah! no.
Alejo. Al marcharme despues
oigo hablar, entro..... Era Rita
que estaba aquí con visita.....
Camila. Sí, Vas á saber quién es.....
Habeis hablado los dos?
Alejo. Muy poco. Yo no averiguo.....
Dijo que era amigo antiguo.....
¿Qué sé yo..... Vaya con Dios.
Camila. La verdad clara y sencilla
de mi boca has de saber:
lo exige así mi deber.—
Cuando era yo una chiquilla.....
Alejo. ¿Vas á decir que te quiso,
y tú tambien le quisiste,
y se fué, y *laus tibi, Christe*.....
Camila. Bien! Dios le dé el paraíso.
Lo que yo por él sentí
al iniciarme en el mundo,
no fué amor tierno y profundo
como el que te tengo á ti;
fué capricho fugitivo.....
Alejo. Si al cabo yo he sido el rey,
qué me importa? En buena ley
no hay efecto retroactivo.
Camila. Bobadas de mi niñez
osó recordarme necio;
mi respuesta fué el desprecio,
y no volverá otra vez.
Alejo. Bien hará si es importuno,
mas te juro por los cielos
que yo de él no tengo celos,
Camila, ni de ninguno.
Camila. Yo te juro.....
Alejo. Cierra el labio.
Sé que eres fiel y sincera.
Si tus disculpas oyera
creeria hacerte un agravio.
Camila. Jamás.....
Alejo. Basta! ¿Siempre vos
habeis de mandar, señora?
Silencio! Yo mando ahora.
Venga un abrazo, y ¡adios!

ESCENA XIV.

CAMILA.

Qué índole tan hermosa!
Si el más leve pensamiento
contra su honor y su dicha
osara abrigar mi pecho,
la más infame mujer

sería del universo.
 ¡Cuán diversos caracteres
 el suyo y el de Marcelo!
 ¡Venir ahora ese loco
 á acibarar mi contento!....
 Niñadas sin consecuencia
 no le dan ningun derecho
 para atreverse..... Qué traes?

ESCENA XV.

CAMILA. BRUNO.

Bruno. [Con una esquila en la mano.]

Traigo esta esquelita, pero
 no sé qué he de hacer con ella.
 Dice el sobre: «Á don Alejo,»
 y que se la dé en su mano
 me ha encargado el mensajero.
 Él no está en casa, y usted
 es el alma de su cuerpo.
 El sobre por una parte,
 usted por otra..... Me veo
 confuso y comprometido
 como burro entre dos piensos.

Camila. Pelmazo, dame esa esquila.

Bruno. En obedecer no yerro.
 Tome usted.

Camila. [Tomándola.] Quién la ha traído?

Bruno. Un militar.

Camila. (Ah! sospecho....)

Bien está. Vete.

ESCENA XVI.

CAMILA.

[Abriendo la esquila.]

Veamos.....

Don Marcelo firma..... Tiemblo.....

[Lee para sí.]

Bien mi corazón temía.....
 Hombre temerario!... Un duelo!
 ¡Y no ha empuñado jamás
 una arma mi pobre Alejo!
 Dicha ha sido que en mis manos
 caiga este papel funesto,
 y no en las tuyas, que al fin
 me adora y es caballero,
 y por su amor y su honra
 matar se dejara. Oh cielo!.....
 Mas ocultarle esta carta
 ¿de qué servirá si luégo....,
 Desventurada! ¿Qué haré.....

ESCENA XVII.

CAMILA. RITA.

Rita. Aquí solita? Qué es eso?
 cómo estás tan agitada?

Camila. (Dios mio, inspiradme!)

Rita. ¿Puedo
 saber.....

Camila. No es nada.....

Rita. ¿Es acaso

ese papel el objeto
 de tu inquietud?

Camila. No..... (Qué idea!)

Te aseguro.....

[Toca la campanilla.]

Rita. (Aquí hay misterio.)

ESCENA XVIII.

CAMILA. RITA. BRUNO.

Camila. [Á Bruno aparte saliendo al en-
 cuentro.]

¿Sabes dónde está la fonda
 nueva?

Rita. (No digo? Secretos....)

Bruno. Dos pasos de aquí.

Camila. Pues corre.

Pregunta por don Marcelo
 Estrada.....

Rita. (Qué será?)

Camila. Y dile
 que se llegue aquí al momento,
 que tu amo se lo suplica.

Bruno. El amo es usted: entiendo.

Camila. No, torpe! Tú has de decirle
 que le llama don Alejo
 Prats. No me nombres á mí
 para nada.

Bruno. Ya.

Camila. Y silencio!

Nadie ha de saber en casa.....

Bruno. Ni el amo?

Camila. Tampoco.

Bruno. Bueno.

ESCENA XIX.

CAMILA. RITA.

Rita. ¿De cuándo acá esas reservas
 conmigo que me intereso
 tanto por ti?

Camila. No lo dudo.

Rita. Has perdido acaso el pleito?
 O ¿qué accidente imprevisto.....

Camila. No es ningun negocio serio.....

Rita. Si no te fias de mí.....

Camila. Ya lo sabrás con el tiempo.

ESCENA XX.

RITA.

Sí, sí, aquí hay gato encerrado,
mas me devano los sesos
y en un ciego laberinto
de conjeturas me pierdo.
¿Si será del capitán
la carta? Qué! no lo creo.....
¿Qué le habrá dicho mi prima
al criado, que corriendo
salió..... Sí, sonó la puerta.....
¿Adónde..... Me desespero.
¿Adónde irá..... Yo daría
una oreja por saberlo.
Estaré alerta, y si el hilo
llego á coger de este enredo.....

ESCENA XXI.

RITA. BRUNO.

Bruno. [Llega acelerado y se dirige á Rita,
que está de espaldas.]

Antes de veinte minutos
vendrá el señor don Marcelo.

Rita. [Volviendo la cabeza.]

Hola! ¿Qué escucho!

Bruno. No es ella!

Mal haya mi aturdimiento.
Por Dios, que no diga usted
á su prima..... Está allá dentro?
Rita. Sí.

Bruno. Voy á darle el recado.

¡Señorita, por san Pedro.....

Rita. No temas.

Bruno. ¡Ser yo chismoso
sin comerlo ni beberlo!

ESCENA XXII.

RITA.

Una cita misteriosa.....
Lindamente! Esas tenemos?
Miren la mosquita muerta!
¡En público tanto ceño
para maquinarse después
seméjante gatuperio!

ESCENA XXIII.

CAMILA. RITA.

Camila. (Cómo la echaré de aquí?)
Aun no hemos visto al enfermo
de arriba..... Si de mi parte

quisieras subir.....

Rita. (Comprendo.)

Camila. Doña Paulita está sola,
y es regular ofrecernos.....

Rita. Bien, yo la haré compañía
si quieres. (Disimulemos.)

Camila. Es amiga. Aunque te subas
la calceta.....

Rita. Estoy en eso.
(Primita! primita! ¿Quieres
quitar estorbos de en medio?
Yo te serviré.) Ya subo.
(Se colmaron mis deseos.)

ESCENA XXIV.

CAMILA.

¡Anda en mal hora, figona
insufrible! Mis proyectos
ignora, y para cumplirlos
conviene tenerla léjos.

[Mirando adentro.]

Bien. Ya sale. El capitán
no puede tardar. Alejo
no volverá hasta la hora
de comer. Á cualquier precio

[Toca la campanilla.]

es necesario impedir
que se verifique el duelo.

ESCENA XXV.

CAMILA. BRUNO.

Camila. Cuando venga el capitán
le dirás que tome asiento
y espere aquí.

Bruno. Bien, señora.

Camila. Y entra á avisarme ligero.

Bruno. Pero él vendrá preguntando
por el señor don.....

Camila. Mastuerzo,
calla y haz lo que te he dicho.

Bruno. Lo haré así, ni más, ni menos.

ESCENA XXVI.

BRUNO.

Esto ya pica en historia;
esto me huele á cortejo;
pero ¿qué se me da á mí
si otro ha de llevar los..... Siento
abrir la puerta.....

[Acercándose á la de la derecha.]

Aquí está.—

Adelante, caballero.

ESCENA XXVII.

BRUNO. D. MARCELO.

Marcelo. ¿Don Alejo.....
Bruno. Ruego á usted
 que espere..... Voy en un vuelo.....
 Siéntese usted.....
Marcelo. No está tu amo?
Bruno. Sí tal. (Ella es él. No miento.)

ESCENA XXVIII.

D. MARCELO.

¡Llamarme ese hombre á su casa
 cuando yo fuera le reto!
 Vamos, querrá transigir.
 Él no es hombre á lo que veo
 de armas tomar. Será inútil,
 porque estoy hecho un veneno.
 O riñe y muere á mis manos,
 ó en el teatro, en paseo.....,
 donde le vea, le escupo
 y le..... Camila! Qué es esto?

ESCENA XXIX.

CAMILA. D. MARCELO.

Marcelo. Sepa usted, señora mia,
 por si me quiere culpar,
 que aquí vengo á mi pesar.
 Cierta asunto me traia.....
 Don Alejo.....
Camila. Con él no;
 conmigo; y ahora, al punto,
 se ha de zanjar ese asunto.
 La cita la he dado yo.
Marcelo. Cómo! ¿Usted.....
Camila. Yo recibí
 la esquila de desaffo.
 El honor de Alejo es mio.
 Aquí me tiene usted á mí.
Marcelo. Es posible!.....
Camila. Sí, señor.
Marcelo. ¡Usted lidiar.....
Camila. Sí, en su nombre.
Marcelo. Entre una bella y un hombre
 sólo hay combates de amor.
Camila. No se entiende eso conmigo.
Marcelo. Venturoso yo si lucho
 con la deidad.....
Camila. Eh! no escucho
 lisonjas de mi enemigo.
Marcelo. ¿Qué extraño acceso de bilis
 le ha dado á usted? Pero veo
 que es chanza.....
Camila. No me chancoo.
Marcelo. Vamos, ya entiendo el busflis.

Don Alejo se acoquina,
 huye al riesgo las espaldas,
 y al sagrado de las faldas
 apela como un gallina.
Camila. Alejo no sabe nada;
 lo juro. Si así no fuera,
 ántes mil veces muriera
 que ver su honra mancillada.
 Mas yo tengo honra tambien,
 yo tambien tengo una vida,
 y doila al hierro homicida
 por salvar la de mi bien.
 Qué mucho? Él me hace dichosa,
 y yo le quiero constante
 con el delirio de amante,
 con la ternura de esposa.
 No lo tome usted á agravio
 recordando que tal vez
 oí grata en mi niñez
 alabanzas de ese labio;
 que las mujeres honradas
 quieren amar de solteras,
 mas quizá no aman de veras
 hasta despues de casadas.
 Ceda esa saña cruel,
 ó yo la reclamo toda,
 que si hubo culpa en mi boda,
 yo la cometí; no él.
 Funda oficial veterano
 en las armas su blason:
 él, de blanda condicion,
 jamás las tomó en la mano.
 Si porque usted no le afrente
 combate con tal maestro,
 morirá por ménos diestro
 y no por ménos valiente.
 ¡Y usted despues muy ufano
 dirá: vencí en la pendencia;
 robé un padre á la inocencia
 y á la patria un ciudadano!
 Si con tales regocijos
 esa alma cruel se exalta,
 ¡muera yo, que ménos falta
 haré yo á mis pobres hijos!
Marcelo. Oh Camila! Oh dicha inmensa!....
Camila. Ea pues, luzca ese acero,
 y si es usted caballero.....
Marcelo. Contra una dama indefensa!
Camila. Armas tengo.
Marcelo. Yo no advierto
 cuáles.....
Camila. Mi propia flaqueza,
 mi fe....., quizá mi belleza.....
 y estas lágrimas que vierto.
Marcelo. Basta. El alma más proterva
 no osara.....
Camila. Si áun no he triunfado,
 triunfaré. Tengo emboscado
 mi ejército de reserva.
Marcelo. ¿Cuál.....
Camila. ¡Mis hijos, mi consuelo!
 Mi Alejito, mi Isabel!
 ;un niño como un clavel

y una niña como un cielo!

Marcelo. [*Cayendo á los piés de Camila.*]

Ah! No más!

Camila. Gracias á Dios!

Así quiero yo; á mis piés!—

Ahora..... diga usted: ¿quién es más valiente de los dos?

Marcelo. Mi loca pasion, señora, me cegó. Siempre amaré á Camila....., pero sé cuál es mi deber ahora.— Hoy parto para Murviedro.....

ESCENA XXX.

CAMILA. D. MARCELO. RITA. D. ALEJO.

[*Entran apresurados.*]

Alejo. ¿Qué veo! Infamia!....

Rita. Aquí está!

Camila. [*Riéndose.*]

¡El rico-hombre de Alcalá á los piés del Rey don Pedro!

Alejo. ¿Así respetas los lazos.....

Camila. ¿Qué más quieres si le ves arrepentido á mis piés.....

Alejo. Pero.....

Camila. [*Abrazándole. — D. Marcelo se levanta.*]

Y él me ve en tus brazos?

Alejo. Mujer,.... yo..... Mi confusion.....

Más si mereces mi gracia, no el señor, y de su audacia me dará satisfaccion.

Marcelo. Pasó mi loco arrebato. Tanta virtud lo aniquila. Ángel celeste es Camila y yo he sido un insensato. Mientras injusto y celoso su esposo la perseguia, ella su sangre ofrecia por la sangre de su esposo.

Alejo. Camila!

Camila. [*Dándole la esquila. D. Alejo la lee para sí rápidamente.*]

Toma, lee y calla.

Rita. (Qué es esto?)

Marcelo. Una dama vió temblar á quien no tembló en los campos de batalla. Yo parto, y al que en mi furia reté desmedido y ciego que me perdone le ruego

la no merecida injuria. Ámela usted satisfecho, pues juro que es inocente....., y ni es cobarde ni miente quien lleva esta cruz al pecho.

ESCENA XXXI.

CAMILA. RITA. D. ALEJO.

Alejo. Ah! yo tambien á tus piés.....

Camila. [*Deteniéndole.*]

Tonto! Ese no es tu lugar.

Alejo. ¿Cómo has podido triunfar.....

Camila. Yo te lo diré despues.

Alejo. Sentí en el honor cosquillas, y á poco la accion más vil..... Un chisme de ese..... reptil me sacó de mis casillas.

Camila. Pues yo su soplo bendigo, porque redundá en mi gloria, y de mi noble victoria te ha llamado á ser testigo.

Alejo. Oh, sí!— Te ruego, no obstante, por mi amor sumiso y tierno, que las riendas del gobierno me fies por un instante.

Camila. Eh! calla! ¿Acaso un marido necesita que le den.....

Alejo. Si tú no dices amén, nada haré.

Camila. Pues concedido.

Alejo. Gracias. Ahora bien, usando de mis facultades..... Toma la puerta, Rita. No es broma. Yo lo exijo; yo lo mando.

Rita. Bien. (Estoy hecha una brasa.) Con muchísimo placer.....

Alejo. Es que ahora mismo ha de ser. No más chismes en mi casa!

Rita. Sí, sí, aunque pida por Dios limosna, me quiero ir....., porque no os puedo sufrir á ninguno de los dos.

ESCENA ÚLTIMA.

CAMILA. D. ALEJO.

Camila. Lo creo; se irá sin pena, pues vana fué su perfidia, y es dogal para la envidia presenciar la dicha ajena.



EL POETA Y LA BENEFICIADA,

COMEDIA EN DOS ACTOS.

Se estrenó en el teatro del Principe el dia 15 de Marzo de 1838.

PERSONAS.

LA BENEFICIADA. | EL POETA.
DOÑA ISABEL. | D. AMBROSIO.
D. PRÓSPERO.

La escena es en Madrid. Sala con tres puertas. Mesa de despacho con recado de escribir, libros y papeles revueltos. Habrá tambien un piano.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

EL POETA.

[*Aparece sentado á la mesa de despacho con la pluma en la mano y meditando.*]

Ni un pensamiento siquiera
para la última estancia!
Oh creacion de mis sueños!
oh *fiat* de mi esperanza!
¡otra inspiracion tan sola,
y acaso á más de una dama
viva y real cause envidia
mi Belisa imaginaria!
Quizá mi ruego desoyes
porque no comparo al nácar
tu frente, al oro tus trenzas,
tu suave aliento al ámbar,
y no juro que si lloras
una perla es cada lágrima;
que aunque el ocio de un poeta
te engendró, bello fantasma,
basta que mujer te llames
para ser interesada.—
Repasemos la cancion
á ver si me templo.

[*Leyendo.*]

«Sábanas.....»

Navajeros..... Calcetines....»
Qué es esto? Hay mayor infamia?
¡Al respaldo de mis versos
la cuenta sucia y prosaica
de la lavandera! Oh! sea
mil veces excomulgada
la sacrílega patrona
que su mano temeraria
puso aquí..... Pero tal vez
mi pluma fué la culpada,
que tocante á distracciones
nadie á los poetas gana.
Paciencia. Vuelvo la hoja
y que lo averigüe Várgas.

[*Lee para sí.*]

ESCENA II.

EL POETA. DOÑA ISABEL.

Isabel. El almuerzo está servido.
Cuando usted guste.....

Poeta. [*Corrigiendo.*] ¡Mal haya
el asonante!

Isabel. No me oye.
Ni oyera trompas y cajas

cuando le sopla la musa.
Poeta. Ah! Soy feliz!
 [*Escribe.*]
Isabel. Se entusiasma
 de un modo.....
Poeta. [*Escribe.*] «Pero los ojos
 ¿lenguas no son?»
Isabel. (Con quién habla?)
Poeta. [*Escribiendo.*]
 «Mírame, hermosa...»
Isabel. (Requiebros!)
 Quién será la afortunada?—
 Mas tan tarde y en ayunas.....
 Yo me acerco. Me da lástima.....)
 [*Acercándose.*]
 Deje usted eso, que ya es hora
 de almorzar.
Poeta. [*Distraído.*] No tengo gana.....
Isabel. Pues; y luego ¡qué dolor
 de estómago! Cataplasmas!....
Poeta. Cataplas..... ¡Vocablo horrible
 que asusta á las nueve hermanas!
Isabel. Vamos..., tiempo hay... Lo primero
 es comer.....
Poeta. Voy sin tardanza,
 doña Isabel. Pronto acabo.
 Suplico á usted que se vaya.
Isabel. Muy bien. No será importuna.—
 Diga usted: ¿cuándo me saca
 de su cabeza unas coplas
 para mí? Teniendo en casa
 el fabricante, es razon.....
Poeta. (Yo versos á una tarasca!)
Isabel. Ea, no me voy de aquí
 si usted no me da palabra.....
Poeta. (Qué suplicio!....) Bien, señora.
Isabel. Quiero unas décimas que ardan
 en un candil.
Poeta. Sí..... Ya he dicho.....
Isabel. Corriente. Abur.
Poeta. (La matara!)

ESCENA III.

EL POETA.

Santo Dios, qué pesadilla!
 Ya se me fué el pensamiento,
 la vena..... Incapaz me siento
 de hacer una redondilla.
 ¡Que nunca he de verme libre
 de gente necia y moscona!
 Y á fe que la tal patrona
 lo es y de grueso calibre.
 Todo el mundo me molesta
 con obstinada porfía.
 ¡Mal haya mi nombradía

que tanto pesar me cuesta!
 Ya un musiquillo á su pauta
 quiere esclavizar mi musa,
 y á la corchea ó la fusa
 que me chilla con la flauta.
 Quién piensa que me espeluzno
 cuando me propone ufano
 que le encuentre en castellano
 un consonante á rebuzno.
 Á rebuzno un consonante?
 Para eso mi ciencia es poca,
 respondo. Abre tú la boca
 y lo hallarás al instante.
 Quién, tocando otro registro,
 viene á que le ponga en verso
 un memorialon perverso
 que piensa dar al ministro;
 y añade que es menester
 versificarle asimismo
 la partida de bautismo
 y el grado de bachiller.
 Ya con urgentes instancias
 á cualquier aniversario
 me encomienda el empresario
 un drama de circunstancias.
 Ya me hacen perder el juicio
 cinco actrices que á la par
 acuden á mi telar
 para hacer su beneficio.
 Otro dice muy formal:
 Rime usted en un acróstico
 el natalicio y pronóstico
 de don Fulano de tal.
 Ya me encarga el Ateneo
 un apéndice al Rengifo.
 Ya me pide un logogrifo
 el director del Liceo.
 Si en un convite me hallo,
 otro quiere que improvise
 un madrigal á su Nise
 y un soneto á su caballo.—
 Grita una voz de zambomba:
 vaya una bomba! y beodos
 gritan á su ejemplo todos:
 vaya una bomba! una bomba!
 Y alza su cuello de yegua
 doña Ines, y rumia, y tose,
 y para que yo lo glose
 me da un pié de media legua.
 Reniego de tal belen
 que ni honra da ni pesetas.
 Por Dios! por Dios!.... Los poetas
 somos prójimos tambien (*).

ESCENA IV.

EL POETA. D. PRÓSPERO.

Prósp. Beso á usted la mano, amigo.
Poeta. Beso..... No tengo la honra

(*) Hay mucho de histórico en este monólogo.

de conocer.....

Prósp. Con efecto, presumo que mi persona no le es á usted conocida. Mi nombre..., ya es otra cosa!

Poeta. Pues dígame usted, si gusta, cómo es su gracia.....

Prósp. Pantoja. Próspero Pantoja.

Poeta. Muy señor mio. Mi memoria no recuerda.....

Prósp. Es maravilla. Mas dejemos ceremonias aparte. Entre literatos.....

Poeta. Ah! ¿Conque usted.....

Prósp. Es notoria mi decidida pasion á las bellas letras.

Poeta. Hola!

Prósp. En todas las sociedades literarias se me nombra. Celebro mucho.....

Poeta. He comido varias veces en la fonda de *Genieys* con los autores dramáticos de más nota; frecuento las librerías, y me saludan las cómicas. Pero ¿qué objeto.....

Prósp. Mi flaco es el amor á la gloria, y, sin vanidad, espero que he de lograr fama póstuma. (Es muy modesto.) Habrá usted publicado algunas obras.....

Poeta. Ninguna. Yo me he propuesto inmortalizarme á costa de los demas.

Prósp. De qué suerte?

Poeta. Diré: siguiendo la moda me he mandado hacer un *álbum*.

[Enseñando uno que trae.]

Vea usted: qué bella forma! Soberbia encuadernacion! Qué dibujos! Eh? Qué orlas! *Alegria* ha echado el resto. Oh! bien vale las dos onzas que me ha costado. Este *álbum* corre de una mano á otra cual si fuera peso duro, y todo escritor que goza de algun nombre contribuye con algo para mi gloria. Ya una sentencia moral, ya un soneto, ya la glosa de una máxima de Horacio, ya un fragmento... Ahora está en boga hacer fragmentos *adrede* (*).

Ya un trozo de buena prosa..... Véalo usted..... ¡Y mi nombre campea en todas las hojas!

[Leyendo.]

« Á Pantoja. »

Sí.

« Á don Próspero.—

Á don Próspero Pantoja.» Repáselo usted despues y verá cómo me elogian. Y qué firmas!—Todas ellas podrán valer en la Bolsa treinta reales; pero son de alto precio en Helicon. Así me hago popular; y si un dia se me antoja, imprimo el *álbum* y pongo en la portada: « Curiosa y auténtica miscelánea de retales y rapsodias literarias, que cien plumas coetáneas españolas escribieron en elogio de don Próspero Pantoja, con sus firmas en *facsimile* por apéndice á la obra, y el retrato del autor.» (Del autor!)

Así en la historia mi nombre será famoso hasta la edad más remota. Quedo enterado.

Ahora bien, yo quiero que usted me ponga unos versos.....

Es inútil..... Ya los tiene usted de sobra.

Por una muestra de usted daria diez de las otras.

Usted me honra mucho, pero..... No lo digo por lisonja.—Vamos, usted me ha de hacer este favor. Una copla siquiera.

No tengo tiempo.

Hombre, para una bicoca.....

De un hombre á quien no conozco ¿qué he de decir.....

Cualquier cosa.

Dale!....

Diga usted..... que soy aficionado á las otras.

Perdone usted.....

No hay excusa.

Ahí queda el *álbum*.

(Qué posma!)

Ea, abur. Volveré pronto.—

Quieto!—Dentro de una hora.

(*) Esto tambien es histórico.

ESCEÑA V.

EL POETA.

¡Mal tabardillo... ¡Habrá un hombre más ridículo? Me asombra la infinita variedad que ostenta Dios en sus obras. Bendito sea! Á millares cuenta los tontos Europa, ¡y no hay dos que se parezcan!— No me sacudo la mosca si no consiento.....

[*Se sienta y discurre.*]

¿Qué diablos he de escribir.... Ah! La cólera me ha inspirado un epigrama con honores de ventosa.

[*Escribe en el álbum.*]

Así.—Quiero que escarmiente.— Duro!—Y más que haya camorra despues.—Bien.—Y con mi firma.— Toma esa y vuelve por otra!

[*Deja el álbum y vuelve á tomar el papel de ántes.*]

Ahora á mi cancion. ¡Á ver si acabo la última estrofa!

[*Repasando.*]

Fuera este verso, que infringe las leyes de la prosodia.—

Ah! ¡Bella idea..... Mi pluma correrá veloz ahora.

[*Breve silencio. Escribe con rapidez.*]

Sólo faltan cuatro versos y el estribillo.—Zozobra..... No. Palpitacion.....

[*Escribe.*]

Sí. Bien!

Ahora cambiando la glosa.....

Bravo! *Cálamo corriente*.....

[*Otro momento de silencio.*]

Ya está. Léamosla toda.

[*Se levanta y lee.*]

AMOR MUDO.

Á BELISA.

Si mi silencio elocuente no revela mi pasion, nunca sabrás lo que siente, Belisa, mi corazon.

Con tanto gozo te miro yo como á la aurora lánguida flor; y á veces creo, tan ciego estoy! que sólo hay mundo para los dos. Hablas? Del cielo viene tu voz. Tierna me miras? Perdido soy! Y ora gozando dicha mayor miro á los ángeles con compasion; ora en tus ojos presumo, ay Dios! leer mi eterna condenacion.

Ves abrasada mi frente, ves mi afan, mi agitacion; ¡y preguntas lo que siente, Belisa, mi corazon!

Soñando dichas, «habla; valor!» dice á mi labio blanda ilusion. Mas la esperanza se huye veloz, y dice el miedo que viene en pos: calla, atrevido. Quién te engañó?— ¿Culpas, Belisa, mi indecision? Así un *mañana* me queda *hoy*. ¡Tambien es vida la del temor! Mas si provoco terrible *no*, yo propio busco mi perdicion.

Tú de la voz solamente me harás recobrar el don si me muestras lo que siente, Belisa, tu corazon.

Que hables no pido, pues callo yo; pero los ojos ¿lenguas no son? Mírame, hermosa, con dulce ardor, y en tus ojuelos luzca mi sol; y nuevo encanto preste el pudor de tus mejillas al arrebol. Dame la mano,

prenda de amor,
que con la mia
buscando voy.
No de tu pecho
me ocultes, no,
la deliciosa
palpitacion.—

Y el gozo me hará valiente,
y ansioso del galardón....,
yo te diré lo que siente,
Belisa, mi corazón.

ESCENA VI.

EL POETA. DOÑA ISABEL.

Isabel. [Con un plumero de limpiar.]
Almuerza usted, ó no almuerza?
Qué furia de trabajar!

Poeta. [Repasando su composicion.]
Voy, sí.

Isabel. Dará usted lugar
á que la leche se tuerza.

Poeta. [Levantándose.]
Me detenía este parto
de mi musa..... Usted se queda?

Isabel. [Limpiando y arreglando los muebles.]
Sí, que usted todo lo enreda.
Voy á arreglar este cuarto.

Poeta. Déjeme usted como estén
los papeles.....

Isabel. Sí. Yo salgo
dentro de un instante. Si algo
le ocurre á usted.....

Poeta. Nada.

Isabel. Bien.
Á la calle de Hortaleza
voy en un instante y vuelvo.
Ya ve usted, como revuelvo
mil cosas en mi cabeza.....
Tengo muebles de alquiler,
huéspedes y mil tramoyas.
El uno me empeña joyas;
el otro.....

Poeta. ¿Cómo ha de ser!

Isabel. Mi industria con honra ejerzo,
mas como sola me ven
y viuda, no falta quien.....

Poeta. Hay malas lenguas. Mi almuerzo...

Isabel. Más de un galán impoñtuno
de matrimonio me habló,
pero dar mi mano yo
sin amar.....

Poeta. Mi desayuno!

Isabel. Dicen que el vital estambre
les corto con mi rigor.....

Poeta. Ellos se mueren de amor,
y yo...

Isabel. [Con ternura.]
Usted!...

Poeta. [Con despecho.] Me muero de hambre.

Isabel. Ah! sí. Usted perdón.—Hoy día
á la mujer más honrada
le pegan una tostada.....

Poeta. Voy á comerme la mia.

ESCENA VII.

ISABEL.

No extraño que así me deje,
aunque me estima. Al fin es
el hambre muy descortes
y tiene cara de hereje.
¡Tambien yo he sido tan plomo....
Quizá me engañe el deseo,
pero ese muchacho..... creo
que me mira..... no sé cómo.
Ya se ve, como es poeta,
no sabe una..., pues! si... cuando...
Los versos que está hilvanando
le trastornan la chabeta.

[Tomando la cancion.]

Pues soy mujer, y es precisa
la curiosidad en mí,
yo voy á leer.—Aquí
dice: «Amor mudo. Á Belisa.»
Sí, sí, que obras son amores.

[Va leyendo para sí los versos.]

Bien! Qué lindo! qué dulzura!—
Admirable! qué ternura!—
Estos son mucho mejores.—
¿Es su dama alguna esfinge,
que siendo tal su pasión
la tiene miedo?—Bribón!
No tiene miedo; lo finge.
Hola!—Ya entiendo la misa.....
Este hombre merece un trono.
Ay qué amor mudo tan mono!
Ay! quién será esta Belisa?....
Mas ¡oh memoria feliz!
Yo soy, yo soy! La manía
se me acuerda que tenía
mi huésped don Diego Ortiz.
Dando á las letras tormento
de todo hacia..... amalgamas.....
No es eso. ¿Cómo.... Antidramas...
Anagramas! Qué talento!
Yo tambien en su pesquisa
tuve parte. Era mucho hombre!
Recuerdo que de mi nombre
hizo dos, *Lesbia* y *Belisa*.

Soy yo Isabel? Sí, ó nó?
 ¿Y ese nombre de Belisa
 con el mio no se guisa?
 Luego *Belisa* soy yo.
 En mí hay un *Isa* y un *Bel*;
 pon el *Bel* antes del *Isa*,
 y es consecuencia precisa
 que *Belisa* es *Isabel*.
 Yo soy la dichosa dama
 del poeta. Él, que es discreto,
 dice y calla su secreto
 en embozado anagrama.
 Su timidez, su modestia
 son pruebas..... Oh cielo santo!
 ¿Y cómo he tardado tanto
 en conocerlo? Qué bestia!

[*Volviendo el papel.*]

Tambien hay versos aquí?

[*Leyendo.*]

«Dos pañuelos de batista.
 Enaguas, uno.»—¡Es mi lista
 de la lavandera! Sí.
 Por alguna distraccion
 aquí la hube de dejar.....
 Ya no es posible dudar
 que es para mí la cancion.
 Qué indirecta tan galante!
 ¡Qué modo tan peregrino,
 tan delicado y tan fino
 de declararse mi amante!

[*Leyendo.*]

«Amor mudo.....» Ah! sin razon
 temes tanto mis enojos;
 mas si lenguas son los ojos,
 yo aprenderé la leccion.

ESCENA VIII.

DOÑA ISABEL. D. AMBROSIO.

Ambr. Beso á usted los piés, señora.

Isabel. [*Volviéndose.*]

¿Quién..... Ah! Servidora..... Está?

Ambr. Me dijo usted que á las doce.....

Isabel. No ha acabado de almorzar.
 Sírvase usted esperarle
 un momento. Ahora vendrá.

Ambr. Muy bien. Yo no tengo prisa.

Isabel. [*Guardando en el pecho el papel.*]

Bel-isa!.... Oh felicidad!

ESCENA IX.

D. AMBROSIO.

Si es favorable su voto
 como espero..... Lo será;
 sí, señor! Si no me aplaude
 diré que es un animal.—
 Es que..... ¡es mucho drama el mio!
 ¡Á mí me hace horripilar,
 y soy su autor! Sobre todo
 la escena del alquitran.....
 Aquí viene.—Caballero.....

ESCENA X.

D. AMBROSIO. EL POETA.

Poeta. [*Saludando.*]

Qué tiene usted que mandar?

Ambr. Soy para servir á usted
 don Ambrosio Barragan.....

Poeta. Muy señor mio.

Ambr. Sintiera
 causar incomodidad.....

Poeta. Ninguna. Tome usted asiento.

Ambr. Pues, señor, vengo á tratar
 con usted de cierto asunto.....

Poeta. (Malo! ¿Si me pedirá
 dinero?)

Ambr. Yo soy cesante.....

Poeta. (No digo? Me va á atacar.)

Ambr. Como estoy desocupado
 y no cobro un solo real.....
 Y eso que en punto á servicios.....
 Treinta años fuí militar;
 llegué á bargino segundo,
 y hallándome en Alcaraz
 disfrutando mi retiro,
 logré por gracia especial
 un fielato.....

Poeta. Bien. Sepamos.....

Ambr. Pues, señor, para abreviar,
 sin embargo de mis méritos
 y mi mucha probidad,
 uno de los cien ministros
 que al año vienen y van,
 para acabar con don Carlos
 y su faccion pertinaz
 halló el ingenioso arbitrio
 de dejarme á mí sin pan.

Poeta. Lo siento, mas yo no soy
 ministro ni tribunal.....

Ambr. Qué!.... ¡Si yo no quiero empleos,
 ni tengo necesidad.....

Cuando uno es así....., mañoso.....
 Yo he sido cuarto galan
 en un teatro casero,
 y harto ya de recitar

dramas, he dado otro giro
á mi genio teatral.
En fin, yo he compuesto un drama
romántico, singular,
terrible..... Cosa de gusto;
pero si usted no me da
la mano.....

Poeta. Yo.....
Ambr. Sí, señor.
Yo sé que hay mucha amistad
entre usted y el empresario,
y le vengo á suplicar.....

Poeta. Para esas cosas no sirven
empeños. Poco valdrá
que usted haya sido sargento,
y abone la vecindad
su conducta, si del drama
opina la empresa mal.

Ambr. Vaya, vaya, que si usted
me quiere recomendar.....

Poeta. Dado caso que yo deba
mirar con más caridad
á un extraño que á un amigo,
y que consienta en votar
contra mi propia conciencia,
al cabo no es un costal
el empresario; él entiende
la aguja de marear;
no me consulta á mí solo;
su voto es de calidad,
y aunque aprecie mi dictámen
aprecia más su caudal.

Ambr. Aunque el drama sea malo,
poco puede aventurar,
que el primer día á lo ménos
el teatro llenará.
Con plantar en cada esquina
cartelon descomunal
con letras como melones
y un anuncio charlatan
en que, afectando modestia,
resignacion y humildad,
se pone el drama en las nubes.....

Poeta. Se pierde un tiempo precioso
en aprender y ensayar
el drama malo lo mismo
que el muy bueno; y es crueldad
exigir del pobre actor
que haga un mes el azacan
y gaste en un traje nuevo
lo que no tiene quizá,
para hacer luego costillas
al espantoso huracan
que silbando se desata
contra el drama criminal.

Ambr. Yo tomaré precauciones
contra el furor popular.
Tendré amigos que piadosos
conjuren el temporal,
y rezaré á san Gines,
patron de la facultad.
Mi mujer y sus amigas

II.

la cazuela invadirán.
Imploraré en el cartel
la pública caridad.
Apelando al expediente
de una escuela circular
haré que se haga la entrada
por reparto vecinal.
Intervendrá en mi favor
la municipalidad.
Y si aún así no aseguro,
ya que no el triunfo, la paz,
pediré cooperacion.....
á la milicia local.

Poeta. Déjese usted de ilusiones,
que eso es hablar de la mar.

Ambr. Supongamos que me silben.
¿Qué grande calamidad
es esa para un pobrete,
hoy que se hace rechiflar
en el teatro político
tanta notabilidad?
Cobre yo mi contingente,
y no importa lo demas.

Poeta. Pero el caso es que la empresa
no se querrá aventurar.....

Ambr. No la ha de arruinar mi drama.
Lo daré con equidad.

Poeta. El autor es lo de ménos.
Tambien cuesta un dineral
el servicio de la escena.
¿Usted sabe cómo están
los teatros.....

Ambr. Sólo sé
que el hambre es fiero animal;
que los fondos han bajado
y que se ha subido el pan;
que, sobre estar yo cesante,
mi mujer nunca lo está,
y no hay ejemplo en la historia
de un parir tan contumaz;
que el casero me despide,
y nadie me fia ya.....,
porque dicen que he perdido
toda la fuerza moral.

Poeta. Ese cuadro lastimoso
¿á quién no mueve á piedad?
El empresario no tiene
corazon de pedernal;
mas porque usted se socorra
con mezquina cantidad
¿ha de perder á sabiendas
diez ó doce veces más?

Ambr. Pero, señor, ¿si lo pido
con mucha necesidad!....

Poeta. Pero, señor, el teatro
¿es por ventura hospital?

Ambr. Si digo que el drama es bueno!
si sé que va á alborotar!
¿si me han dicho mis amigos
que es produccion magistral!

Poeta. ¿Sí? Pues entónces.....

Ambr. Aquí
lo traigo. Usted juzgará.....

6

- Poeta.* (¿Qué va á ser de mí, gran Dios!)
No es necesario.....
- Ambr.* Sí tal.
Usted me ha de dar su voto con toda sinceridad.....
- Poeta.* (¡Ay de mí, que el manuscrito abulta como un misal!)
Bien, déjelo usted ahí.....
(La patrona lo leerá.)
- Ambr.* No; lo oirá usted de mi boca, porque la letra es fatal.....
- Poeta.* No importa..... (Perdido soy!)
- Ambr.* Siempre uno mismo le da más sentido..... Dice así.
- Poeta.* [Con prontitud.]
Si usted pudiera excusar por hoy..... Tengo aquí una cita. Espero á una actriz..... Verdad! No es pretexto.
- Ambr.* Ya supongo.....
- Poeta.* Antes que éntre el carnaval quiere hacer su beneficio, y me viene á consultar sobre una pieza dramática.....
- Ambr.* Quién sabe cuándo vendrá?
Vamos leyendo entre tanto.....
- Poeta.* Pero.....
- Ambr.* Tengo tanto afán de que usted conozca el drama.....
- Poeta.* Por la Virgen del Pilar!.....
- Ambr.* Suspenderé la lectura cuando venga esa beldad.
- Poeta.* Hombre!.....
- Ambr.* Siquiera una escena!
- Poeta.* Es mucha temeridad!
- Ambr.* Este drama se intitula:
[Leyendo.]
«La feria de Trafalgar.»
- Poeta.* (Cielos!)
- Ambr.* «Y el bandido honrado, y montes del Paraguay.....»
- Poeta.* (No hay quien me socorra?)
- Ambr.* «Ó sea:
Todos son hijos de Adán.
Drama de grande espectáculo, heroico, sentimental, en prosa, en siete jornadas y en once cuadros.»
- Poeta.* No más!
- Ambr.* «Personas. El Rey de Hungría, doña Urraca, un capellan, don Rodrigo Calderon, san José de Calasanz, Jaime el Barbudo, un ventero..... don Luis, don Pedro, don Blas, don Cosme.....»
- Poeta.* [Se levanta.] (Misericordia!)
Cuál sudo! Voy á tomar un pañuelo.....
- [Se dirige á la puerta del foro, y don Ambrosio le sigue leyendo.]
- Ambr.* «Doña Elvira, el ministro Macanaz, una sombra, diez mendigos, el prior del Escorial.....»
- Poeta.* Vuelvo.....
- Ambr.* Allá voy. «Una bruja...»
- Poeta.* Yo fallezco!
- Ambr.* «El Preste Juan, el corregidor de Vélez y el alma de Garibay.»

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

EL POETA. D. AMBROSIO.

[Aparecen sentados á la mesa de despacho; don Ambrosio leyendo su drama, el Poeta dando cabezadas.]

- Ambr.* [Leyendo.]
«Don Blas.—Matadla!—El Prior.—
Misericordia!—Don Pedro.—
Aquí de mis fuertes puños!—
Se oyen gritos á lo léjos.—
Elvira.—Favor, socorro!—
El Corregidor.—Silencio!—
Los soldados.—Cierra España!—

- La Bruja.*—¡Dios del infierno, salga de su centro el mar y crujan los elementos!—
Tabló. Dase la batalla entre el granizo y los truenos; desmáyzase doña Elvira; el Prior canta el Te Deum; la fragata se va á pique; la Bruja baila el jaleo; arde la ciudad, y baja el telon.—Cuadro tercero.—
Se duerme usted?
Poeta. [Bostezando.] No, señor. Estoy absorto, suspenso..... (Qué suplicio!)
Ambr. Este final hace erizar los cabellos.

Qué le ha parecido á usted?
Poeta. Espantoso.
Ambr. Oh! yo lo creo.
 Pues ahora va lo mejor.
 Oiga usted.—«Cuadro tercero.
 El Asesino.»
Poeta. [*Entre dientes.*]
 Eres tú!
Ambr. ¿Cómo...
Poeta. Adelante. (Y yo el muerto!)
Ambr. Atienda usted. «El teatro
 representa un cementerio....»
 Ah! se olvidó el corregir
 esta escena.... Aquí en un verbo...
 Con el permiso de usted....
Poeta. Aquí hay pluma. (Respiremos.)
 [*Le da una pluma y D. Ambrosio se
 pone á corregir su drama.*]

ESCENA II.

EL POETA. D. AMBROSIO. DOÑA ISABEL.

Isabel. [*Á la puerta.*]
 Aun está aquí ese importuno
 y me retarda el momento
 de mi dicha. ¡Qué impaciente
 estará mi dulce dueño!
 ¡Y volver yo á mis asuntos
 sin que sepa que le quiero
 es doloroso!—Él pasea....;
 aquel hombre está escribiendo....
 Entraré....
 [*Entra.*]
Poeta. [*Saliendo al encuentro de doña Isabel.*]
 Doña Isabel!
 Usted ha venido del cielo.
 Sálveme usted!.....
Isabel. (No lo dije?
 Está perdido, está ciego
 por mí.) Baje usted la voz....
 Qué anagrama! He visto aquello.
Poeta. ¿Cómo....
Isabel. [*Mirándole con ternura.*]
 La lengua es inútil.
 Harto dice mi silencio.
Poeta. Pero....
Isabel. Me he puesto encarnada?
Poeta. (Lléveme el diablo si entiendo....)
Isabel. [*Suspirando.*]
 Ay!
Poeta. Qué tiene usted?
Isabel. Presumo
 que estamos los dos enfermos
 del mismo mal....
Poeta. (Qué visajes!)

Qué! ¿le ha dado á usted tormento
 con su lectura algun.....
Isabel. [*Suspirando.*] Sí,
 pero ¡qué dulce veneno!
Poeta. Señora!.....
Isabel. No digo más,
 que ya en los ojos revelo....
Poeta. Hable usted claro.
Isabel. [*Con visible agitacion y alargando la
 mano.*]
 No; á usted
 le toca ser el primero....
 (Cómo no coge mi mano?)
 [*Suspirando.*]
 Ay!
Poeta. (Qué demonios es esto?)
 Doña Isabel!.....
 [*La patrona sigue haciendo monadas.*]
Ambr. [*Dejando de escribir.*]
 Continúo....
 ¡Se ha largado!.... Ah! ya le veo.
 Le ha embargado la patrona.
Poeta. Señora! ¡Con mil....
Isabel. Más quedo!
 No me comprometa usted,
 que mi honor es lo primero.
 Voy á ver á cierto amigo
 que me empeñó unos cubiertos....
 Si no me paga, ¡por vida
 de Isabel, que se los vendo!—
 No será larga mi ausencia,
 que aquí la vida me dejo.
 [*Vuelve á hacer muecas.*]
 Entre tanto.... Ya ve usted....
 Creo que estamos de acuerdo.
 Sé descifrar anagramas
 y traducir pensamientos.—
 Mis ojos.... están hablando,
 mis mejillas.... son de fuego,
 mi mano.... quieta se está,
 late agitado mi pecho;
 y pues ya me entiende usted
 y yo guardo el documento....
 no hay más que hablar por ahora.
 Sírvale á usted de gobierno.

ESCENA III.

D. AMBROSIO. EL POETA.

Poeta. (Sin duda está esa mujer
 atacada de los nervios.
 Qué horrosas contorsiones!
 ¡Qué risible desconcierto
 de ideas.... Y juraría
 por el alma de mi abuelo
 que me quiere enamorar.)

¿Mas dónde está el fundamento de esa grotesca alegría que me anunciaban sus gestos? Sólo me faltaba ahora que esa infeliz....)

Ambr. Vamos? Leo?

Poeta. Soy con usted.... (Ya olvidaba á ese pobre majadero.)

Ambr. Parece que la patrona....

Poeta. Eh?... Digo algo?

Ambr. No por cierto.

Ambr. Todos somos pecadores, y, como dice el proverbio, la ocasion hace el ladrón.

Poeta. Juro á usted que ni por pienso....

Ambr. Pues ella hacía unos dengues que.... Vamos, soy perro viejo, y la que á mí se me escape....

Poeta. No es mi gusto tan perverso....

Ambr. Hágame usted más favor.

Ambr. Pues si es así lo celebro, que mujer de ese volúmen y de esa fecha, confieso que será mujer, mas no pertenece al bello sexo.—

Poeta. Prosigo pues mi lectura....

Ambr. ¿No es mejor que lo dejemos....

Ambr. Hombre, ¡si le digo á usted que ahora entra lo más selecto!

[*Leyendo.*]

«Cuadro tercero.— El teatro representa un cementerio....»

Actriz. [*Dentro.*]

Da usted permiso?

Poeta. [*Saliendo á recibirla.*] Es mi Actriz! Adelante, señorita.

[*D. Ambrosio se levanta.*]

ESCENA IV.

EL POETA. D. AMBROSIO. LA ACTRIZ.

Actriz. Ah! si tiene usted visita....

Poeta. No, no importa. (Soy feliz. Ahora al fin conseguiré que ese lector pertinaz se vaya y me deje en paz.)

Actriz. Vengo....

Poeta. [*Presentándola una silla.*]

Qué hace usted de pié?

Actriz. [*Sentándose, y hacen lo mismo el Poeta y D. Ambrosio.*]

Gracias.

Ambr. Se continuará.

[*Á la Actriz.*]

Actriz. Yo no estorbaré, supongo....

Ambr. No, señor.

Ambr. [*Corrigiendo en su drama.*]

Este diptongo me disuena.

Poeta. (No se va!)

Actriz. Siento mucho ser molesta.

Poeta. Nada de eso. Usted disponga....

Actriz. Ruego á usted que me componga aunque sea un *fin de fiesta*.

Poeta. Ese es muy leve servicio.

Actriz. Si usted mis versos recita, más que de usted, señorita, será mio el beneficio.

Actriz. Á cumplido tan galante, que no creo merecer, sólo puede responder el rubor de mi semblante.

Poeta. ¿Esta ya fijado el día de la funcion?

Actriz. Sí.

Poeta. Cuál es?

Actriz. Para mediados del mes. (*)

Poeta. Corto es el plazo á fe mia. Pero á usted desde hoy consagro mi vena....

Actriz. Bien sabe Dios cuánto estimo....

Poeta. Entre los dos hemos de hacer el milagro.

Actriz. Mi habilidad es tan poca....

Poeta. No hay versos duros ni flojos si los dictan esos ojos y los pronuncia esa boca:

Ambr. [*Dejando de escribir.*]

Si no es errado mi juicio, lo que desea esa dama son las primicias de un drama para hacer su beneficio.

Actriz. Justo.

Ambr. Pues ocioso es que el amigo se moleste. Remédiese usted con este

[*Presentando el suyo.*]

que humilde pongo á sus piés.

Actriz. Mil gracias. Yo me limito....

Ambr. Tómelo usted...., con la expresa condicion de que la empresa pague bien el manuscrito. (Qué formidable proceso!)

Actriz. Es un gran drama.

Ambr. Ya, ya!

Actriz. Carito le costará si lo ha de pagar al peso.

(*) Otra circunstancia histórica. Ya se ha visto que esta comedia se estrenó en 15 de Marzo de 1838, y bien sería el 5, ó el 6 del mismo cuando el autor se encargó de componerla.

Ambr. La dama tiene un papel de veinte pliegos y pico.

Actriz. Virgen santa! Ni un borrico pudiera cargar con él.

Ambr. No importa. Hay lances soberbios. Tres batallas, un naufragio, brujas..... Se reza el trisagio..... Bombas.....

Actriz. Piedad de mis nervios!

Ambr. Oiga usted. Leeré un pedazo.....

Actriz. No! Tanta prosa..... Es muy flaca mi memoria..... (Qué machaca!) Largo el papel, corto el plazo.....

Ambr. Sin embargo, yo respondo.....

Actriz. Mil gracias he dicho ya...., y usted no me obligará á decirle un nó redondo.

Ambr. (Qué tonta! La hago un favor.....)

Poeta. [Á la Actriz.]

Si usted me diese una idea del papel que hacer desea, del que le cuadre mejor.....

Actriz. Si áun los actores perfectos no están libres de un desliz, ¿qué haré yo, pobre aprendiz, siendo tantos mis defectos? Yo no tengo plaza fija. Ya soy dama, ya graciosa, ya soy seria, ya jocosa, ya soy madre, ya soy hija. Papeles buenos y malos, de todo hago, y soy en fin especie de comodín que juega en todos los palos. Agradecida me siento á la pública bondad, y mi buena voluntad suple á mi pobre talento. Mas si en medio á tanto juez que ven por distinto prisma puedo ser juez de mí misma sin presuncion ni altivez, no es mi genio el de Artemisa, que flores quiero y no abrojos. Mejor que el llanto en mis ojos sienta en mi boca la risa.

Poeta. Algun carácter travieso de muchacha pizpereta.....

Actriz. Sí, señor.

Poeta. Algo coqueta.....

Actriz. No refiñemos por eso. Nunca tuve inclinacion á variar sino en las modas, pero ese es papel que todas hacemos con perfeccion.

Poeta. Si para inflamar mi vena y hacerla más elocuente fuera usted tan complaciente que recitase una escena.....

Actriz. Una escena.....

Ambr. (¡Ay cuál te pierdo tiempo precioso y precioso!)

Actriz. Quisiera..... Mas de improviso ¿qué he de decir? No recuerdo.....

Ambr. Ya que esta niña se arredra, sus! yo voy á recitar una que haria saltar al Convidado de piedra.

Poeta. Por la Virgen del Rosario!..... ¿Qué chiste ó qué travesura me ha de inspirar la lectura de un drama patibulario?

Actriz. Como tengo en la cabeza tantos papeles diversos..... Ah! recitaré unos versos..... No me acuerdo cómo empieza..... La escena es en carnaval.

Poeta. Muy bien!

Actriz. Es una pasiega que con todo el mundo pega; hasta con su esposo.

Ambr. Hay tal!.....

Actriz. Repasar quiero un instante.....

[Queda en actitud de recordar los versos que ha de recitar.]

Ambr. Mientras repasa la dama seguiremos con mi drama.....

Poeta. Hombre, basta!... No hay aguante....

Ambr. Este cuadro es joco-serio. Sólo hay tres muertes ó cuatro.

Poeta. Por Dios! por Dios!....

Ambr. [Leyendo.] «El teatro representa un cementerio.....»

Poeta. Oh!....

Actriz. [Al Poeta.]

¿Creerá usted que me da vergüenza.....

Poeta. Eh! solos los tres.....

Actriz. Por lo mismo.—Vaya pues. Atencion, que empiezo ya.— Entre mujer y marido va á dar principio la fiesta, con careta la mujer y el consabido sin ella. Habla el marido.

[Para marcar el diálogo cambia de puesto y de voz alternativamente.]

Bien haya el garbo de esa chaqueta, plus-ultra de terciopelo que dos globos contornea. Bien haya ese guarda-piés que apenas es guarda-piernas, y ese collar que me prende, y ese pañuelo de yerbas, y ese delantal..... Jesus!.... y esa cinta que te cuelga. Qué mano....., si fuera mía! Si fuera tuya....., qué trenza!— Mira que el traje te engaña, le responde la pasiega. ¡Qué chasco vas á llevar

si me quito la careta!—
 Sobre un cuerpo tan donoso
 no puede haber cara fea,
 y sea cual fuere en fin,
 yo la recibo sin verla;
 que aunque yo no te lo ruegue
 ni el calor te dé jaqueca,
 tú misma te quitarás
 la máscara si eres bella;
 y si guardas el incógnito
 por horrible ó por modesta,
 tanto da que seas linda
 como que yo me lo crea.—
 Si yo te creyera á ti
 fuera muy loca ó muy necia.
 ¿No sé yo que eres casado,
 y si á mí me galanteas
 todo eso es pura lisonja
 y amor..... de carnestolendas?—
 Fácil te es averiguar
 si te quiero ó nó de véras.—
 No merece tu consorte
 que infiel y traidor le seas.
 Ella te ama; yo lo sé.—
 Sí, pero ya me molesta.
 En variar está el deleite.
 Hombres hay que en su bodega
 tienen el vino de sobra
 y se van á la taberna.—
 No tiene perdon de Dios
 el que á otra mujer corteja
 si es fiel y hermosa la suya.
 La tuya tiene esas prendas,
 y mal pudiera negarlo
 cuando á una voz lo confiesan
 las mujeres que la envidian,
 los hombres que la desean.—
 Eh!.... Sí..... No digo que asuste,
 pero es fastidiosa y terca.....—
 ¡Fementido!.... *Esto es aparte.*—
 Muchos la juzgan perfecta,
 pero tiene ciertas faltas
 que yo callo por prudencia.—
 (Insolente! Le ahogaria.....)
 Faltas! Qué faltas son esas?—
 No todo se ha de decir.
 Ya sabrás tú que las hembras
 son unas en sesion pública
 y otras en sesion secreta.—

[Al concluir este verso se halla la Actriz muy cerca de D. Ambrosio y se abalanza á él.]

No puedo más! Embustero!
 vil! traidor!....

Ambr. Eh! Que me pela!

Poeta. Bien! Bravo!

Ambr. Aparta, demonio!

Actriz. Perdone usted. Creí que era
 el susodicho marido
 de la citada pasiega.

Poeta. [Aparte á la Actriz.]

¡Bien haya amén esa mano

que con tal gracia me venga!
Actriz. Me poseí del papel.....?
Ambr. Sí por cierto, y de mis greñas!
Actriz. Prosiguen las aventuras
 de la máscara traviesa.
 Cierta galan la equivoca
 con la dama á quien obsequia
 y le embroma de este modo
 ya con mimos, ya con quejas.—

[Indicando al Poeta.]

Ahora le toca al señor.
Ambr. Eso es! Para mí las felpas
 y para él los arrullos.
 Qué arbitrariedad!
Actriz. [Discurriendo.] Quisiera
 acordarme.....

Poeta. Sí!
Actriz. Un instante.

Actriz. Recogeré las ideas.....
Ambr. Aprovechemos el claro.

[Leyendo.]

«El teatro representa.....»

Poeta. [Levantándose.]

Déjeme usted, don Ambrosio,
 con mil legiones.....

Ambr. (Paciencia!)

ESCENA V.

EL POETA. D. AMBROSIO. LA ACTRIZ.
 DOÑA ISABEL.

Isabel. [Á la puerta.]
 (¿Qué veo! Aquí una mujer!
 Oigamos desde la puerta.)
Actriz. Allá voy.—Si fuera cierto
 lo que me dice tu lengua,
 quién más que yo venturosa?
 Tú sólo, amor mio, reinas
 en mi corazon.

Isabel. (¿Qué escucho!)

Actriz. Mas yo sé que galanteas
 á otra mujer, y ese pago
 no merece mi firmeza.

Isabel. (Una rival!)

Actriz. Yo mi puesto
 resignada la cediera,
 aunque tanta ingratitud
 me hiciese morir de pena,
 si en discrecion me igualara
 ó me venciese en belleza;
 mas la que así te cautiva
 no es una dulce sirena,
 sino una furia infernal.....

Isabel. [Entrando.]

Uf!.... La he de arrancar la lengua.

Poeta. La patrona!
Actriz. (Esa mujer me viene ahora de perlas.)
 ¿Es esta, traidor amante, hombre sin pudor, es esta la mujer por quien me vendes? Una marmota! una vieja!
Isabel. ¡Miente la muy.....
Actriz. No sé cómo no te mueres de vergüenza.
Poeta. Bien!
Isabel. Oiga usted!
Actriz. Quite allá!
Ambr. (La otra lo toma de véras!)
Actriz. Dejarme por ese tomo!
Isabel. Desollada! mala pécora!
Actriz. [Ritándose.]
 Qué bien lo hace! ¿Sabe usted de memoria la comedia?
Isabel. Qué comedia ni qué diablo? Buena estoy yo para fiestas! Si usted no se va á la calle será trágica la escena.
Actriz. He aquí una buena actriz si la ajustara la empresa. Para hacer características ¡sobresaliente! soberbia!
Isabel. Qué está usted disparatando?
Actriz. La que disparata es ella.
Isabel. Ella..... es la escoba. ¿Hase visto la atrevida, mocosuela.....
Poeta. ¡Si esto es ficcion, pasatiempo.....
Isabel. No valen estratagemas. Mi casa es casa de honor, y si usted no la respeta.....
Poeta. Oiga usted. Esta señora.....
Isabel. Es infamia, es desvergüenza entrarse aquí de rondón mujeres aventureras.
Actriz. Oiga usted!.... Esto ya es serio. Es preciso que usted sepa.....
Isabel. [Aparte al Poeta.]
 Ingrato!
Poeta. Señora!
Isabel. Yo tomaré una providencia.....
 [Aparte al Poeta.]
 Traidor!
Actriz. Aquí no me traen los motivos que usted sueña, ni con brujas como usted entrara yo en competencia.
Isabel. Bruja!
Ambr. Pido la palabra para que ustedes se entiendan.
 [A doña Isabel.]
 ¿Quiere usted creerme á mí, supuesto que en la contienda

no paso de ser un simple espectador?
Isabel. Norabuena.
 [Hablan aparte.]
Actriz. [Al Poeta.]
 Si hubiera sabido yo que tenfa usted por huésped a esa rabiosa energúmena.....
 Perdone usted que la ofenda siendo su dama.
Poeta. Por Dios!
 Posible es que usted lo crea?
 No sé por qué extravagancia ha dado hoy en esa tema, mas juro á usted.....
Isabel. Acabáramos!—
 Ya basta. Estoy satisfecha.—
 Señorita, mil perdones.
 Ya ve usted, las apariencias me engañaron.....
Actriz. Está bien.
 [Al Poeta.]
 Vamos á lo que interesa. Cultivo un poco la música sin echarla de maestra, y deseo, confiada en la pública indulgencia, cantar en mi beneficio alguna jácara nueva.
 [Sacando un papel de música.]
 Vea usted; aquí traigo una...., mas no me gusta la letra.
 ¿No me hará usted unos versos que á esta música convengan?
 Veamos.....
Poeta. [Un momento de silencio mientras recorre con la vista el papel.]
 Yo tengo escrita alguna letrilla inédita
 [Registrando sus papeles.]
 de este metro..... Esta no es. «Los celos.....» Tampoco es esta. Ah! «La aldeana.» Aquí está. Vea usted.
Actriz. [Breve pausa mientras lee para sí la primera estrofa.]
 Buena, muy buena. Ah! sobra en el estribillo una sílaba.
Poeta. Se enmienda.
 [El Poeta escribe y la Actriz talarca entre dientes.]
Ambr. [A doña Isabel.]
 Me parece que usted tiene,

señora, grande influencia
con su huésped.....

Isabel. [Haciendo dengues.]

Ya ve usted.....

El alma de los poetas
es tan sensible..... Y al cabo
tampoco soy yo de piedra.—
Pero aquí se juega limpio,
y hasta que la santa iglesia
nos eche la bendición.....

Ambr. Ya sé yo que usted no fuera
capaz..... Ahora bien, deseo
que él recomiende á la empresa
del teatro eficazmente
esta obra que gime huérfana;
mas no hará nada, está visto,
como usted no me proteja.
Es un drama funeral.....

Isabel. [Con aire de proteccion.]

Bien. Se hará lo que se pueda.

Ambr. Ahora que está entretenido
permita usted que la lea
un par de actos.

Actriz. Sí, señor:
la cantaré.

[Á la patrona.]

Con licencia.....

Isabel. Está el piano corriente?
Como lo tengo de venta,
bueno es que puedan probarlo.
Cada ocho dias lo templan.

Actriz. [Sentada al piano y preludiando.]

Canto pues.

Poeta. Silencio!

Isabel. Oigamos.....

Ambr. (Y para mí no hay orejas!)

Actriz. [Canta.]

¡Tanto amor y tanta prosa
para una pobre aldeana!
Hoy me llama usted su diosa,
y acaso dirá mañana:
no me acuerdo si te vi.

Ya, ya! Sí, sí!....

Ji, ji! Ja, ja!....

Qué risa me da!

Ya que usted jura y perjura
que trata de casamiento,
ó nones, ó venga el cura.
Palabras que lleva el viento
no me camelan á mí.

Ya, ya! Sí, sí!....

Ji, ji! Ja, ja!....

Qué risa me da!

Con eso engañó á mi tia
un galan almibarado,

y clamaba al otro dia:
ay triste, que me ha engañado!
Ay tonta, que le creí!

Ya, ya! Sí, sí!....

Ji, ji! Ja, ja!....

Qué risa me da!

Poeta. Bravo!

Ambr. Bien!

Isabel. Tal cual.....

Poeta. Divina!

Actriz. No vale nada. Es favor.....

Poeta. No tal, que ha cantado usted
con suma gracia, y su voz.....

Isabel. [En voz baja al Poeta.]

Actriz. Basta, basta de alabanzas.
La gracia está en la cancion,
y á tan singular fineza
muy agradecida estoy.

Isabel. ¡Miren cómo se envanece
por una mera atencion
de cumplimiento, y rogada;
por una coplilla ó dos
hechas por pasar el tiempo
sin designio y sin pasion!

Actriz. Qué mujer!....

Isabel. Si yo estuviera
engreida, anda con Dios!

Poeta. (Esta es otra!)

Isabel. Enseñe usted,
como puedo hacerlo yo,
unas décimas escritas,
como dijo el otro, *ad hoc*;
para mí.

Poeta. ¿Cuándo.....

Isabel. Y en ellas

toda una declaracion
con mi nombre en anagrama
y la firma del autor.

Actriz. Qué desesperada pluma
tan gravemente pecó?

Isabel. [Al Poeta.]

Perdóname si descubro
el dulce secreto.....

[Á la Actriz buscando la cancion en
el pecho.]

Voy,
voy á confundir á usted.

[Enseñando el papel y acercándoselo á
la Actriz para que lo lea.]

Aquí está.

[Breve pausa.]

Actriz. Tiene razon!

Isabel. Vea usted la firma.

Poeta. Cómo!....

No he perdido yo el pudor
hasta el punto.....

[Acercándose á leer el papel.]

¿A ver?—Delirio!

Son mis versos, mi cancion
á Belisa.....

Isabel. Sí, Belisa;
Isa-bel en español.

Poeta. Protesto.....

Actriz. Sea en buen hora.

Poeta. Juro á usted que mi intencion.....

Ambr. Doy á usted mil parabienes....

Poeta. Doña Isabel!....

Isabel. [Sin dejar hablar al Poeta.]

Ya, ya estoy.—

No abusaré de mi triunfo,
que harta es ya su confusion.
Poeta. Ese papel.....

Isabel. Ya lo guardo.

Poeta. Pero.....

Isabel. Bien sé que la doy
cordelejo, pero es justo
castigar su presuncion.—
No porque yo tenga celos
de tal arrapiezo, no.

[Interpretando mal un ademan de impaciencia que hace el Poeta.]

Entiendo. Seré prudente.

Poeta. ¿Cuándo ha habido entre los dos.....

Isabel. No se justifique usted.

Ya sé que su corazon
es todo mio.

Poeta. El demonio
me lleve.....

Isabel. Basta. Yo soy
tolerante. Mi presencia
tal vez la cause rubor,....
Calle usted. Ya me retiro.

[Á la Actriz con mofa.]

Beso á usted la mano.

[Al Poeta con ridícula delectacion.]

Adios!

ESCENA VI.

LA ACTRIZ. EL POETA. D. AMBROSIO.

Actriz. Vamos, tiene usted buen gusto.

Poeta. ¿Gustar yo de una..... Qué horror!
Esa mujer está loca.

La trova que me usurpó
no se ha escrito para ella.

Esa Belisa, ese amor
son entes imaginarios,
y la casa va á arder hoy
si no me vuelve el papel.....

Ambr. Y el anagrama?

Poeta. Es error.

Belisa es nombre poético,
y al ponerlo en mi borrón
ni yo pensé en anagramas
ni en esa mujer feroz.

Actriz. ¡Lástima fuera por cierto.....

Ambr. Bueno ha estado el *quid pro quo!*

Actriz. Pues poco ufana está ella!

Poeta. ¡Y luego dicen que son

locos los poetas! Juro
por mi nombre y el de Dios
que hoy no han pisado esta casa
desde que ha salido el sol
más personas racionales
que usted, señorita, y yo.

Ambr. ¿Yo tambien.....

Poeta. Usted no es loco.

Ambr. Pues qué?

Poeta. Otra cosa peor.

ESCENA ÚLTIMA.

LA ACTRIZ. EL POETA. D. AMBROSIO. DON PRÓSPERO.

Prósp. Saludo..... Perla! Aquí usted?

Actriz. Servidora, señor don.....

No recuerdo el nombre.....

Prósp. Próspero;
y ahora dos veces lo soy.

[Al Poeta.]

Poeta. Se hizo aquello?
Sí. (Este necio
va á pagar mi mal humor.)
Tome usted su *álbum*.

Actriz. ¿Tambien
tiene usted *álbum*?

Prósp. Por qué no?

[Abriendo el álbum.]

Leamos.....

Poeta. [Á la Actriz aparte.]

Sí; su alegría
va á convertirse en furor.
Pide elogios, y le he puesto
una banderilla atroz.

Prósp. [Leyendo.]

«Á don Próspero Pantoja,
epigrama.»—Hola!—Atencion.
«Si cada escritor severo
viene á pedirle una hoja,
y en el forro se le antoja
poner su nombre al librero,
¿qué le queda al buen Pantoja?
Fuera de los nueves, cero.»

- Poeta.* No me ha ocurrido otra idea.
Perdone usted.
- Prósp.* Qué perdon?
Si esto es magistral!
- Ambr.* ¡Hombre, hombre...
- Prósp.* Para que corra veloz
mi fama cual yo deseo
no hay una cosa mejor.
Sólo se hacen epigramas
á los grandes hombres. Oh!
Yo sería muy dichoso
con uno en cada renglon.
¡Cuántos franceses ilustres
yacieran sin ver el sol
entre vil polvo si en Francia
no hubiera habido un *Boileau*!
- Poeta.* [*Aparte á la Actriz.*]
Qué dije á usted? ¡Todos locos!
- Prósp.* Gracias, gracias. Loco estoy.
- Poeta.* [*Á la Actriz.*]
Él lo confiesa.
- Prósp.* Ea, abur.
- Poeta.* Á los piés de usted, primor.
Espere usted un instante.—
[*Á la Actriz.*]
Cuenta usted con la funcion
que pide. Ya tengo asunto.
Pongo en escena lo que hoy
ha ocurrido en esta casa,
que lo hago en un dia ó dos,
y salimos del apuro.
- Actriz.* Aprobado.
- Poeta.* Y será actor
don Próspero en mi comedia,
pues tiene tanta ambicion
de fama.
- Prósp.* ¡Comedia,....
- Actriz.* Sí.
Yo la interesada soy.
Es para mi beneficio,
y no me dirán que no
tan galantes caballeros.
- Prósp.* Qué dicha! Tanto favor!
Capaz soy de tomar parte
en la representacion.
- Poeta.* Y usted ¿dará su permiso.....
- Ambr.* Con mucho gusto lo doy
por obsequiar á una bella,
mas con una condicion.
- Poeta.* Cuál?
- Ambr.* Haga usted que mi drama
se represente.....
- Poeta.* Por Dios!.....
¡Si es imposible..... Primero
consiento en pagarlo yo.
- Ambr.* Pero ¿es malo?
- Poeta.* Ya es forzoso
hablar claro. Sí, señor.
Triste de mí! Y yo creia.....
Como es tanta mi aficion
al teatro..... ¡He aquí perdido
el fruto de mi sudor!
Si yo pudiese lograr
alguna colocacion.....
- Poeta.* Ah! sí. ¿Quiere usted una plaza
de segundo apuntador?
- Ambr.* Aunque sea de tercero.
- Poeta.* Justamente ayer vacó,
y mi amigo el empresario
me ha dado la comision
de buscarle quien la sirva.
Usted tiene buena voz,
y ha mostrado en la lectura
el más heroico teson.—
Puede usted contar con ella.
- Ambr.* Yo apuntaré con fervor
y el empresario dará:
ya está completo el reloj.
- Actriz.* Cuando envió por la pieza?
- Poeta.* El martes; pero aquí no;
que hoy mismo cojo el petate,
aunque duerma en un meson,
huyendo de mi patrona.
Yo mismo tendré el honor
de poner en esas manos
mi pobre composicion.—
Ah! ¿Querrá usted, por supuesto,
una especie de rondó
final pidiendo indulgencia
al benigno espectador.....
- Prósp.* Claro está. La consabida
décima..... y baja el telon.
- Actriz.* Ya la tengo yo compuesta.
- Poeta.* ¿Cómo es.....
- Actriz.* Á ensayarla voy.—
Mas primero es necesario
ponernos en situacion.
Ustedes forman un grupo;
por otro nombre *tableau*;
yo me adelanto tres pasos
con aire de sumision,
y exclamo de esta manera
alzando un poco la voz:
- Despues de tantos favores
y la molestia que os causo,
pedir tambien un aplauso
no fuera justo, señores.
Si perdonais mis errores
quedaré recompensada;
pero si alguna palmada
debe resonar aquí.....,
el darla me toca á mí,
que soy la beneficiada.
- [*Palmotea la Actriz y cae el telon.*]

EL PRO Y EL CONTRA,

COMEDIA EN UN ACTO.

Estrenada en el teatro del Principe el día 24 de Marzo de 1838.

PERSONAS.

CECILIA.	D. LUIS.
DOÑA JOSEFA.	D. JULIAN.
ROSA.	D. SANTIAGO.
D. AQUILINO.	

La escena es en Madrid.—El teatro representa un jardín con arbolado. Á la derecha del actor, puerta con gradas que es la que conduce á lo interior de la casa. Una verja en el foro. En el proscenio un banco.

ESCENA I.

D. LUIS. D. JULIAN.

[*Aparecen fumando.*]

Julian. Mucho es venirte al jardín dejando á Cecilia hermosa por allá dentro.

Luis. ¿Qué quieres!

Por fumar.....

Julian. Siendo tu novia, y prima nuestra además, creo que esas ceremonias son excusadas.

Luis. Con todo, no es razon que de una boca salgan simultáneamente la saliva y la lisonja y entre humaradas horribles palabras de miel y rosa.

Julian. Si te has de casar con ella, mejor es que desde ahora la acostumbres..... Pero hablemos, puesto que estamos á solas, con la franqueza de hermanos.

¿Es cierto que te enamora la primita?

Luis.

Sí, Julian.

No diré que es una loca pasion la que me ha inspirado, pero me gusta, que es de honra y provecho esa muchacha. Tiene unos ojos que roban el corazon, y un gracejo singular. Es, como todas las doncellas de su edad, frivolilla y caprichosa, pero amable cual ninguna, despejada como pocas, aseada sin ser pobre, rica sin ser orgullosa.

Julian.

Y á mí me parece que es una linda perinola sin juicio y sin fundamento, que ama....., qué sé yo?.... Por moda. Se cansó de las muñecas y ya apetece otra cosa. Quiere casarse, y no tanto por complacerse á sí propia con el nuevo estado, como por causar envidia á otras. Más que salir de soltera

- quiere el ruido de las bodas,
y las galas, y el ascenso
de señorita á señora.
Si tú eres el preferido
es sólo porque te doblas
con resignacion humilde
á su voluntad despótica.
Créeme, y no extrañes que yo
mejor que tú la conozca;
que yo sin pasion la juzgo,
y tú sin juicio la adoras.
- Luis.* No puede ser imparcial
tu voto siendo notoria
tu aversion al matrimonio.
- Julian.* Es cierto. Me dan congojas
sólo de pensar en él.
¡Es tan buena, es tan sabrosa
la libertad de soltero!....
Conozco á tantas bribonas!....
- Luis.* Tú tienes mala opinion
del bello sexo, y quien te oiga
no se casará jamás.
Á la viva llamas loca,
á la sensible embustera,
á la bella peligrosa;
una te choca por alta
y otra te enfada por gorda.
En fin, ninguna te gusta.....
- Julian.* No, que ántes me gustan todas,
y por eso cabalmente
no me caso.
- Luis.* Si esa norma
siguieran todos los hombres.....
En fin, allá te compongas
con tu sistema insocial,
que tal vez, aunque lo elogias,
tiene más inconvenientes
que el yugo de que te mofas.
- Julian.* Luis, ya que el cielo te inspira
esa vocacion heroica,
no digo que no te cases;
pero ántes, es un axioma,
mira lo que te haces, Luis;
que la más perfecta moza
tal vez despues de casada
es la caja de Pandora.
Míralo bien. Tú eres jóven,
y mujeres hay de sobra.
- Luis.* Aún no es cosa tan formal
que..... Todavía lo ignora
su madre, y..... Vamos, tambien
tengo yo acá mis zozobras.....
- Julian.* Pues aún es tiempo. Ojo alerta!
Mira, hermano, que no es broma
el casarse.....
- Luis.* Sí; prometo.....
- Julian.* Pesa bien el pro y el contra.
- Luis.* [Tirando el cigarro.]
Ella viene. Si quisieras.....
- Julian.* Ya, sí..... Á ver cómo te portas!
[Se retira por entre los árboles.]

ESCENA II.

CECILIA. D. LUIS.

- Luis.* [Saliendo al encuentro de Cecilia.]
Ya volvía yo á la sala,
pero pues vienes aquí,
me alegro.....
- Cecilia.* [Se sienta en el banco suspirando.]
Triste de mí!
- Luis.* Qué te sucede? Estás mala?
- Cecilia.* No.
- Luis.* Estás enojada?
- Cecilia.* Yo?
- Luis.* Con quién?
- Cecilia.* Acaso conmigo.
- Luis.* No.
- Luis.* Sintiera.....
- Cecilia.* Que nó digo.
- Luis.* Con tu madre?
- Cecilia.* Dale! No.
- Luis.* Pues ¿qué tienes? No comprendo
la causa de esa importuna
seriedad.
- Cecilia.* No ha de estar una
á todas horas riendo.
- Luis.* En la mesa estabas loca
de contento, y ahora.....
- Cecilia.* Qué?
- Luis.* Tengo esplin.
- Luis.* Apostaré
á que es por una bicoca.
- Cecilia.* Pues ya! Merezco una jaula.
Yo no sé lo que me pescó.....
Tengo un genio muy sardesco.....
Soy una loca, una maula.
- Luis.* Pero, Cecilia, ¿es posible.....
Cuándo he dicho tal de ti?
- Cecilia.* Lo das á entender.
- Luis.* No.
- Cecilia.* Sí.
- Luis.* Pero.....
- Cecilia.* Hoy estás insufrible.
- Luis.* Si mi aspecto te contrista,
yo me iré porque no creas.....
- Cecilia.* Eso es lo que tú deseas,
eso; perderme de vista!
- Luis.* No; jamás! Pero..... soy franco:
esa extraña displicencia
me aburre..... ¿Me das licencia
para sentarme en el banco?
- Cecilia.* De véras? Bien caben dos.
Á qué pedirme permiso?
¿De cuándo acá tan sumiso.....
Siéntese en gracia de Dios.
- Luis.* [Sentándose.]
Ea pues, mi bien, no haya
desazon. Si alguien te irrita,
yo no soy. Esa manita.....

Cecilia. [Se la deja tomar.]
Luis. También la manita? Vaya!
 Tras de llevar los azotes
 te pido perdón. Soy loco.
 [Va á besar la mano, y ella la retira.]
 No es verdad?
Cecilia. Eh! poco á poco.
 Besarla, no. Y con bigotes!
Luis. Te asustas?
Cecilia. No es que me asusto.
Luis. Por ventura te dan asco?
Cecilia. Tampoco.
Luis. Sería chasco.....
Cecilia. Es que no son de mi gusto.
Luis. ¿De verás! Confuso estoy.
 Ya hace dos meses ó tres
 que á todas horas los ves,
 y nada has dicho hasta hoy.
Cecilia. Primo, quien de verás ama
 tiene la nariz más fina,
 y por instinto adivina
 lo que no gustas á su dama.
Luis. Como el bigote es de moda
 y eres tú tan elegante,
 creí..... Me gusta bastante,
 pero si á ti te incomoda.....
Cecilia. ¡Hacen la cara tan lacia
 esas cerdas.....
Luis. No haya pleito
 por eso. Pronto me afeito.....
Cecilia. Pues! Ahora no tiene gracia.
Luis. Rapado cual los carrillos
 quede el labio delincuente.
 Soy galán condescendiente.....
 y no reparo en pelillos.
Cecilia. No; así estás mejor.
Luis. (Qué chinche!)
Cecilia. Otra dirá que son bellos
 tus bigotes, pero en ellos
 no seré yo quien me pinche.
Luis. [Enfadado.]
 Pues bien, si nunca se acierta
 con usted.....

ESCENA III.

CECILIA. D. LUIS. ROSA.

Rosa. Ay señorita!
 No parece. Pobrecita!
Luis. ¿Cómo.....
Rosa. Ni viva ni muerta.
Cecilia. Ah! Qué haré sin mi Celinda!
 ¡Tan viva, tan juguetona.....
Luis. ¿Qué escucho! Ha muerto la mona?
Rosa. Se ha perdido. Era tan linda!....
Cecilia. Dime ahora, ay cielos!.... di
 que sin causa estaba triste.
Luis. Pero ¿por qué no dijiste.....

Cecilia. Ay mona mia! ay de mí!
Rosa. Se olvidó echar el candado
 que afianzaba la cadena;
 saltó el animal.....
Cecilia. Qué pena!
Rosa. Y de uno en otro tejado.....
Luis. Bien; buscarla. Se pregunta.....
Rosa. Se ha andado todo el cuartel,
 y ¡nada!
Cecilia. Suerte cruel!
 La han robado, ó ¡ya es difunta!
Luis. ¿Quién sabe si algún vecino.....
Rosa. Aun va indagando su huella
 y da dos onzas por ella
 el señor don Aquilino.
Cecilia. Lo creo. Esta sí que es prueba
 de amor, ¡y frío desden
 es su premio!
Luis. Yo también
 á saber la triste nueva.....
Cecilia. Era el cigarro primero
 que estar en mi compañía.
Luis. Válgame Dios! ¿Quién podía
 presumir.....
Cecilia. Mal caballero!
Luis. Yo también si es necesario
 la anunciaré por carteles,
 y en los públicos papeles,
 y avisaré al comisario.....
 ¿Qué no haré yo porque halles
 esa mona por quien mueres?
 Hasta los ciegos, si quieres,
 la gritarán por las calles.
Cecilia. Bien, muy bien! Búrlate ahora!
Luis. Oh! no hay tal. De verás hablo.
Cecilia. Qué insulto!
Luis. ¡Lléveme el diablo.....
Cecilia. Oh!
Luis. ¡Prima.....
Cecilia. Basta.....
Luis. Señora!
 ¿Puedo yo volverme gato.....
Cecilia. No la busques. Lo prohibo.
Luis. Pero, hija.....
Cecilia. No la recibo
 de ti. Primero la mato.
Luis. Pero.....
Cecilia. Me has hecho una herida
 que nunca podré olvidar.
Luis. ¿Yo.....
Cecilia. No me vuelvas á hablar
 en los días de tu vida.
 [Se interna en el jardín y desaparece.]

ESCENA IV.

D. LUIS. ROSA.

Luis. Ingrata! Dejarme así!
 ¿Qué dices de esa manía,
 Rosa mia?
Rosa. Rosa mia!

Josefa. Bien. Sea en gracia de Dios.
Cecilia. Supongo que usted me deja el derecho de eleccion.
Josefa. Es muy justo, porque al fin tú has de casarte; no yo. No obstante, debes tomar mi consejo.....
Cecilia. En eso estoy. Hágame usted de mis novios una exacta relacion.
Josefa. Uno es, y yo te confieso que su apasionada soy, don Juan Crisóstomo Rubio, Barreneche y Albornoz, fiscal.....
Cecilia. No quiero fiscales. La toga asusta al amor. En mis brazos soñaria alguna conspiracion; respondiera á mis halagos: otro sí.....— Por cuanto vos....., Y en mi accion más inocente veria un crimen atroz.
Josefa. Me convenzo.
Luis. Despedido..... y autos.
Josefa. Don Blas Obregon, teniente de granaderos. Gran nobleza y gran valor!
Cecilia. Militares? No en mis dias! Ó en Madrid quieta me estoy, ó, nueva amazona, sigo la suerte del batallon. Si me quedo, me someto á viudez triste y precoz; si le sigo, qué de afanes! Sobre un burro matalon, calado el mugriento gorro de indefinido color, con dos plumas que parecen emblema de la nacion; pues, ambas á dos pelonas y tercas ambas á dos, cuando una dice que sí su hermana dice que no; á merced de un asistente, sin abrigo y sin racion, y expuesta siempre á apearme por las orejas...., qué horror!.... perdiera mi juventud por esos trigos de Dios.
Josefa. No habia yo dado en eso. Soy de tu misma opinion.
Luis. Calabazas al teniente.
Josefa. El que á proponerte voy merece la preferencia. Es un dije, es un primor don Aquilino Carranque. Qué apacible condicion! qué fino, qué petimetre! Vaya, es la nata y la flor.....
Cecilia. Pero es muy afeminado, y no me remedio yo,

madre mia, con maridos de quincalla y de charol.
Josefa. Bien dices. Su robustez no es gran cosa. Aquella tos.....
Luis. Desahuciado y otro al puesto.
Josefa. Bien. Don Santiago Querol, propietario y fabricante, es todo un hombre de pro. De propósito he dejado para el último.....
Cecilia. Al peor. Metódico y calculista, esclavo de su reloj, de todos mis pensamientos pedirá cuenta y razon. Me sisará receloso hasta los rayos del sol. Por ahorrar un dependiente me pondrá en el mostrador, ó me tendrá almacenada como un fardo de algodón.
Josefa. Y es verdad!.... Bien dijo el otro: más ven cuatro ojos que dos.
Luis. Cero, y van cuatro.
Josefa. Pues, hija, ya el catálogo finó.
Cecilia. El de usted, pero no el mio.
Josefa. Pues no acierto, como soy Josefa..... Ya te he nombrado á todo bicho varon que entra en mi casa.—Á no ser que tus primos.....
Luis. Voto á briós!.....
Josefa. Los primos ¿no somos hombres? Ya caigo..... Buena eleccion! Y todo se queda en casa. Pobre Julian! Yo le doy desde ahora.....
Cecilia. No es Julian.
Josefa. No es Julian?
Cecilia. Es Luis.
Luis. Soy yo.
Josefa. Mejor. Y cuándo la boda?
Luis. Por mí que se firmen hoy los contratos.
Cecilia. Bien.
Josefa. Corriente. Á qué hora?
Luis. Á la oracion.
Josefa. Sí? Pues voy á preparar.....
Luis. Yo tambien corro veloz..... Cite usted al escribano; yo á los testigos.....
Josefa. Sí, voy.....
Cecilia. [Á su madre.]
 Oiga usted.....
 [Á D. Luis.]
 Espera un poco.....
 [Habla aparte con su madre.]

Luis. (Esto es hecho! Amor triunfó.
Seré feliz....)
Cecilia. Tome usted
la llave del tocador.
[Da una llavecita á su madre, y ésta
entra en la casa.]

ESCENA X.

CECILIA. D. LUIS.

Cecilia. Serás mi esposo. Qué dicha!
Verás con qué gusto bailo
esta noche....
Luis. Hay baile en casa?
Cecilia. No. En casa de don Hilario....
Luis. Si tú no bailas no vives.
Cecilia. ¿Qué quieres! Me ha convidado
don Aquilino....
Luis. Bastaba
ser convite de ese trasto
para disgustarme á mí.
Cecilia. No es justo...
Luis. Es que, hablemos claro,
siempre eres tú su pareja,
y eso ya me va enfadando.
Cecilia. Suele dirigirse á mí,
y como con él me amañó
mejor que con otro....
Luis. Pues!
Cecilia. Te da celos?
Luis. Me da empacho.
Cecilia. Pues sácame tú á bailar
y verás cómo le planto.
Luis. A mí no me gusta el baile,
ni jamás....
Cecilia. Buenos estamos!
Ni quieres bailar conmigo,
ni sufres que luzca el garbo
con otro.
Luis. Yo....
Cecilia. Aquí tenemos
al perro del hortelano.
Luis. Pero....
Cecilia. Pues una de dos;
contigo, ó con él.
Luis. ¡Cuidado
que es manía....
Cecilia. Más ridícula
es la tuya. Ingrato! ingrato!
Luis. Lloras?
Cecilia. Ni bailar me deja!
Luis. Pero ¿á qué viene ese llanto?
Cecilia. Si así me tratas de novio,
qué harás despues de casado?
Luis. Tengo á ese hombre antipatía....
Cecilia. No á él, sino á mí.
Luis. Hazte cargo....
Cecilia. Ah! ¡Le he preferido á todos
para que me dé este pago!

II.

Luis. Por Dios, óyeme! No es falta
de amor; todo lo contrario.
Cecilia. Está muy bien. No iré al baile.
Luis. Oh!
Cecilia. Me encerraré en mi cuarto....
Luis. Vamos, no llores....
Cecilia. Mejor
sería entrar en un claustro
que casarme con un hombre
tan injusto y tan tirano.
Luis. Basta. Baila con quien quieras,
aunque á mí me lleve el diablo.—
Pero el vals...., de ningún modo.
Cecilia. ¡El vals que me gusta tanto....
Luis. Bien. Yo valsaré contigo.
Cecilia. Sí?
Luis. Soy ágil como un sapo,
mas no importa. Aunque reviente,
no quiero verte en los brazos
de un títere.

[Saca la petaca.]

Cecilia. Me darás
sumo gusto.... Otro cigarro?
Qué vicio tan asqueroso!
Luis. Bien. No te enfades. Ya guardo
la petaca.
Cecilia. Sí; y despues....
Maldito sea el tabaco!
Luis. No es tan fácil desechiar
costumbre de muchos años.
Cecilia. No? Dame esa cigarrera.
Luis. Pero, mujer....
Cecilia. Yo lo mando.

[Con ternura.]

Yo te lo suplico.
Luis. [Con un suspiro.] Toma.
Cecilia. Quiero saber lo que valgo.
Ó no vuelves á fumar,
ó contigo no me caso.
Luis. ¿Qué he de hacer! Me gusta el humo,
pero prefiero tu mano.

ESCENA XI.

CECILIA. D. LUIS. ROSA.

[Cecilia sale al encuentro de Rosa, toma de ella
lo que indicará el diálogo, y lo cubre con el
pañuelo.]

Luis. (Hará de mí cuanto quiera,
sí. Soy un alma de cántaro.)
Cecilia. Muy bien. Ahora llévate eso.
[Da á Rosa la petaca despues de tirar
los cigarros.]
Luis. Ah.... qué lástima de habanos!

7

ESCENA XII.

CECILIA. D. LUIS.

Cecilia. Luis mio, acabas de hacer un gran sacrificio.
Luis. Sí; algo.....
Cecilia. [*Le da un retrato.*]
 He aquí mi recompensa.
Luis. [*Mirando con gozo la miniatura.*]
 Oh ventura! Tu retrato!
 Mil veces lo he de besar.
Cecilia. Basta ya, que me estás dando envidia.....
Luis. ¿Qué oigo! Pues ven.....
Cecilia. [*Desviándose.*]
 Cuando nos case el vicario.
Luis. Taimada!—Será razon, aunque pierdas en el cambio, que yo te ofrezca tambien mi imágen.....
Cecilia. Es excusado.
 Ya la tengo.
Luis. ¿Cómo.....
Cecilia. [*Enseñándole otro retrato.*]
 Mira.
Luis. Pues ¿quién... Oh sorpresa! ¿Cuándo...
Cecilia. Te admiras! ¿No sabes tú que amor sabe hacer milagros? Ya ha tiempo que de órden mia seguia un pintor tus pasos.
Luis. ¿Qué escucho! ¿Será posible.....
Cecilia. Oro, paciencia y trabajo ¿qué no alcanzan?
Luis. Dueño mio!
Cecilia. Luis, ¿me perdonas el rapto?
Luis. ¡Perdon me pides, y el júbilo me enloquece!
Cecilia. Si este rasgo no es prueba de amor.....
Luis. Sí, hermosa.
 (Y yo vacilé..... Insensato!)
 Voy á citar..... Cada instante que la ventura retardo de llamarte mia, un siglo se me hace. Vuelvo volando.
 [*Besa tiernamente la mano á Cecilia y vase por la verja.*]

ESCENA XIII.

CECILIA.

Mi pobre Luis! Está loco. Mucho le quiero, y es justo....; aunque á veces me da gusto hacerle rabiari un poco.

ESCENA XIV.

CECILIA. D. SANTIAGO.

[*D. Santiago viene de la casa.*]
Sant. Á los piés de usted, Cecilia.
Cecilia. Abur, don Santiago.
Sant. Al fin la hallo á usted en el jardin. Bueno! Y léjos la familia..... Mejor. La hermosa á quien amo es usted; á la hora de esta no he recibido respuesta á mi instancia, y la reclamo.
Cecilia. Pero.....
Sant. Un hombre como yo jamás el tiempo malgasta, y usted ha tenido el que basta para decir sí ó nó. Aunque el alma me destroe la contestacion que busco.....
Cecilia. (Se ha visto amante más brusco?)
Sant. [*Mirando su reloj.*]
 Ahora son las cinco y doce.....
Cecilia. Y eso ¿qué me importa á mí? Vaya, que es cosa de risa.....
Sant. Hija, usted no tendrá prisa; lo entiendo, pero yo sí. Mañana parto á Valencia, y sin que sepa mi suerte, ya ve usted que es cosa fuerte soplarme en la diligencia. No tome usted, niña, á mal mi urgencia. Si me hago el lerdo, los momentos que yo pierdo los ganará algun rival. Y pues aborrezco el ocio porque á Dios he de dar cuenta, y ya sabe usted mi renta, zanjemos este negocio.
Cecilia. ¿Si creará usted.....
Sant. Ya estoy harto...
Cecilia. Que vivo desesperada, y lloro.....
Sant. No creo nada.....
 [*Vuelve á mirar el reloj.*]
 Pero son las cinco y cuarto. Esta ocasion aprovecho recelando alguna intriga; y para que usted no diga que un puñal pongo á su pecho.....
Cecilia. Oiga usted.....
Sant. Entre esos frutos dar una vuelta resuelto y por la respuesta vuelvo en pasando ocho minutos.
Cecilia. No. Ahora mismo, sin ribete



ninguno, sin embarazo,
 [Aparece D. Luis por la puerta de la
 verja.]
 digo... (Ah! Luis...)
 Sant. Eh?
 Cecilia. Acepto el plazo.
 Sant. [Mirando el reloj.]
 Bien.—Las cinco y diez y siete.

ESCENA XV.

CECILIA. D. LUIS.

Luis. Cecilia.....
 Cecilia. A buena ocasion
 llegas. (La ira me enciende.)
 Don Santiago me pretende
 y espera contestacion.
 Luis. Te habrá escrito. ¿Á ver la carta.....
 Cecilia. No hay carta.
 Luis. ¿Cómo...
 Cecilia. Me ha hablado;
 volverá aquí. De mi lado
 ahora mismito se aparta.
 Luis. ¿Y por qué con Belcebú
 no le has dicho ya que no?
 Cecilia. No he de decírselo yo.
 Luis. Pues ¿quién?
 Cecilia. Tú.
 Luis. Yo?
 Cecilia. Tú.
 Luis. Yo!
 Cecilia. Tú!
 Luis. Aunque un nó jamás fué grato,
 si lo oye de ti, tal cual,
 mas decírselo un rival.....
 Eso es un asesinato.
 Cecilia. Su fatuidad es inmensa,
 y merece ese castigo.
 En fin, haz lo que te digo.
 Luis. Pero sepamos qué ofensa.....
 Cecilia. Como si fuera mi mano
 mercancía baladí
 me ha exigido el nó ó el sí
 con el reloj en la mano.
 Luis. Es genio suyo, querida,
 y si el amor que le inflama,
 le atosiga.....
 Cecilia. Eso se llama
 pedir la bolsa ó la vida.
 Luis. Deja estar al don Santiago.
 No turbe mi regocijo.....
 Cecilia. Despidete: yo lo exijo.
 Luis. Vaya en gracia! Y cómo lo hago?
 Cecilia. De mi parte le dirás
 que maridos de su laya
 no me gustan; que se vaya
 y no vuelva aquí jamás.
 Luis. Y si luégo hay desaffo?

¿Y si obligado me veo....
 Cecilia. Es un pobre hombre. No creo
 que llegue la sangre al rio.
 Luis. No lo digo por cobarde.
 Sabe Dios que no lo soy;
 pero.....
 [Aparece á lo lejos D. Santiago, mira
 el reloj y se encamina al proscenio.]
 Cecilia. Allí viene. Me voy
 á vestir, que se hace tarde.

ESCENA XVI.

D. LUIS. D. SANTIAGO.

Luis. (Darme á mí tal comision!
 El antojo es como suyo.)
 Sant. Señorita, ya los ocho.....
 Ah! No es usted á quien busco.
 Luis. Sí; usted buscaba á Cecilia.....
 Sant. Sí, señor.
 Luis. Pues..... yo la suplo.
 Sant. Oiga!
 Luis. Me ha dado un encargo
 que con mucha pena cumplo.
 Sant. Calle! Tenemos intérprete?
 Luis. Usted ha ajado su orgullo.....
 Sant. Al grano, que tengo prisa.
 Luis. No es usted muy de su gusto.....,
 y le hace á usted un agravio,
 porque al fin.....
 Sant. Méenos dibujos.
 Luis. Sí, ó nó. Qué ha dicho?
 Sant. Que no;
 y lo peor del asunto
 es que le despide á usted
 para siempre.
 Sant. Á mí? Qué insulto!
 ¡Echarme á la calle á mí
 como á un ladron, ó al verdugo!....
 No puedo vengarme de ella.....,
 porque es mujer; mas barrunto
 que es usted el venturoso
 que me ha arrebatado el triunfo,
 y es preciso que me dé
 satisfaccion.....
 Luis. No rehuso.....
 (Si lo dije!)
 Sant. Muy bien. Armas?
 Luis. Florete.
 Sant. Dos bien agudos
 tengo en casa. Andando.
 Luis. Ahora?
 Sant. El llanto sobre el difunto.
 Luis. Mañana. Hoy tengo que hacer.
 Sant. Mañana tomo yo el rumbo
 de Valencia, y no me voy
 sin venganza; conque, al punto.....
 Luis. Mucha prisa tiene usted
 de saludar el sepulcro.

Sant. Sígame usted, y veremos
quién hace ántes el saludo.
Es la cosa más sencilla....
En ménos de diez minutos
acabamos. Vivo cerca.
Mientras á mi casa subo
y bajo con los floretes
pasan cuatro, y digo mucho;
en otros dos nos plantamos
desde la calle del Burro
en las ruinas del convento
de la Merced: no soy zurdo;
usted no es manco; otros tres
prudentemente calculo
para que uno de los dos
viaje en posta al otro mundo.
Ea, vamos.

[*Mira el reloj.*]

Son las seis
ménos cuarto, y tres segundos.
Luis. Digo que hoy no me acomoda.
Sant. Eso es buscar subterfugios
porque usted me tiene miedo.
Luis. Miedo yo? De nadie sufro....
Sant. Guie usted. Pronto!

Volando!

[*Asoma Rosa por la puerta de la derecha.*]

Luis. Rosa!.... Importa el disimulo.

[*En alta voz.*]

El brazo.

Sant. Ah! Sí.... Caro amigo!....

[*Se dan el brazo y se van por la verja.*]

(¡ Cuántos habrá de este cuño,
que se hacen mil cumplimientos
y se aborrecen á duo!)

ESCENA XVII.

ROSA.

Por este lado han de estar
aquellos cigarros puros.....

[*Los busca por entre los árboles, y los va recogiendo.*]

Es lástima que se pierdan
ó los coja el zamacuco
de Bartolo. Á mi barbero
le vendrán de perlas.—Uno.
Bien. Otro! Allí veo dos....
Otro aquí... No hay más. ¡Qué chusco
estará con uno de ellos
en la boca!—Él es un tuno,
un borrachuelo, un pelon....,
pero no hay otro recurso.

ESCENA XVIII.

ROSA. D. JULIAN.

[*D. Julian viene de la casa.*]

Julian. Por dónde andará esta gente?
Á Dios, salada.

Rosa. Pues ya!

Julian. En casa no he visto á nadie;
ni á la madre angelical,
ni á la hija....

Rosa. Es que las dos
poniéndose ahora están
de veinticinco alfileres.

Julian. Y mi hermano?

Rosa. Poco ha
que salió con don Santiago
del brazo.

Julian. Con un rival!

Mucho me admiro....

Rosa. Presumo
que poco podrá tardar.
Si esta noche se ha de hacer
la cosa....

Julian. La cosa! Cuál?

Rosa. Cómo! Usted no sabe nada?
Tenemos gran novedad.
Esta noche es el dichoso
contrato matrimonial.

Julian. Se casa al fin? ¡Malogrado
jóven!

Rosa. Malogrado? Quiá!
Él hace su gusto....

Julian. Él hace
una insigne necedad.

Rosa. Necedad porque se casa?

Julian. Por eso en primer lugar,
y en segundo por casarse
con mi prima.

Rosa. Pues ¿qué mal
ha de estarle el ser marido
de moza tan linda y tan....
No gusta usted de su prima?

Julian. Tú me gustas mucho más.

Rosa. Que si quieres!.... Á otro perro
con ese hueso.

Julian. Sí tal.

Rosa. ¡Usted á una pobre criada....

Julian. Te quiero, á fe de Julian;
y para darte una prueba
de mi cariño....

[*Intenta abrazarla y Rosa le repele.*]

Rosa. Arre allá!

No me quiere quien no guarda
respeto á mi honestidad.

Julian. Un abrazo más ó ménos
¿qué importa....

Rosa. [*Con aire teatral.*]

Jamás! Jamás!

Julian. Eh? ¿De quién has aprendido



ese tono sepulcral,
así..... á manera de *Huérfana
de Brusélas?* ¡Voto á san.....
Á un lado dengues postizos,
y déjate acariciar.

[*Intenta abrazarla otra vez.*]

Rosa. [*Retrocediendo.*]
Si es cierto que usted me quiere.....
Julian. Furiosamente.
Rosa. Sólo hay
un medio.....
Julian. Cuál, vida mia?
Rosa. El vicario y el altar.
Julian. Altar! Vicario! Qué has dicho?
Hablas con formalidad?
Rosa. Pues ¡qué! ¿se figura usted
que sería yo capaz.....
Quien su marido no sea
no abraza á Rosa Pascual.
Julian. Á mi matrimonio! ¿Sabes
que has nombrado á Satanas?
¡Y vive Dios que el bodorrio.....
Rosa. Es que yo.....
Julian. Vete á fregar.
[*La vuelve la espalda y se pasea.*]
Rosa. [*Sofocada.*]
Oiga usted; no soy fregona,
sino doncella.....
[*Suena en la casa una campanilla.*]

Ya van!—
De labor; y me he criado
en buenos pañales; mas.....
yo tengo la culpa, que.....
por la política y la.....,
¡pues! le he tratado á usted con.....
tanta familiaridad.

ESCENA XIX.

D. JULIAN.

¡Bueno fuera que despues
de tanto merodear
sin doblar mi erguido cuello
á la coyunda nupcial,
una criaduela zafia
me hiciera al fin hocicar!

ESCENA XX.

D. JULIAN. D. LUIS.

[*D. Luis trae la mano derecha vendada.*]

Luis. Julian.
Julian. [*Volviéndose.*]
¿Quién?... Es Luis. ¿Qué veo!

Por qué esa mano vendada?
Estás..... herido?...

Luis. No es nada.
Gajecillos del empleo.
Julian. ¿Á ver.....
Luis. Un leve pinchazo
que apenas rasgó el pellejo.
Julian. De veras?
Luis. Mira: manejo
sin dificultad el brazo.
Julian. Algun duelo?
Luis. Sí.
Julian. Con quién?
Luis. Con don Santiago.
Julian. El motivo?
Luis. Un antojo vengativo.....
Julian. Tuyo?
Luis. De mi dulce bien.
En vez de darle un sofion
quiso que yo se le diera.
El otro, que no es de cera,
me pidió satisfaccion;
más diestro, no más valiente,
mi rival me ha herido, y ¡zas!
me ha desarmado, *¡tem más,*
y es milagro que lo cuente;
pero con cara de risa
mira el reloj, pega un brinco
y exclama: «seis menos cinco!
Ya basta. Abur. Tengo prisa.»
Julian. ¿Y despues de esa aventura
te casarás..... Tontería!.....
Luis. Deja, hombre, que todavía.....
no nos ha velado el cura.
Quiero hacer la última prueba.
La has de decir.....
Julian. Estás lelo?
Luis. Que tengo pendiente un duelo.....
Á ver cómo oye la nueva.
Julian. Pero, hombre.....
Luis. De mi enemigo
pinta bien la saña atroz.....

[*Cecilia talarea dentro.*]

Ella viene. Oyes su voz?
Me escondo. Haz lo que te digo.

[*Se oculta entre los árboles.*]

ESCENA XXI.

D. JULIAN. CECILIA. D. LUIS.

[*Empieza á oscurecer.*]

Cecilia. Adios, Julian. Y tu hermano?
Ya pronto va á anochechar,
y si se han de celebrar
los contratos.....
Julian. Cielos!
Cecilia. Eh?
¡Suspiras.....
Julian. Tú hablas de boda

Cecilia. cuando á estas horas tal vez.....
 Qué ocurre? Me haces temblar.....
 Qué es de tu hermano?

Julian. No sé.....
 Con don Santiago me han dicho
 que salió de este verjel
 y que iban los dos furiosos
 con trazas al parecer
 de irse á batir.....

Cecilia. Justo Dios!
 Julian. Mi amigo Pepe Rangel,
 que acertó á pasar entónces,
 oyó hablar.....

Cecilia. Hablar..... De qué?
 Julian. De pistolas.
 Cecilia. De pistolas!
 Ay Virgen Santa! Y despues?
 Julian. Tuvo intencion de seguirlos,
 pero pensándolos bien
 prefirió buscarme á mí.....

Cecilia. Por Dios te pido que estés
 á la mira. No consientas.....

Julian. Ya ves tú si yo querré.....
 Pero le he buscado en balde,
 y á don Santiago tambien.
 Don Santiago fué á su casa,
 bajó un envoltorio.....

Cecilia. Pues!
 Julian. Las pistolas!
 Cecilia. Ah! se baten
 como cuatro y dos son seis.
 Cecilia. Triste de mí!—Aun será tiempo.....
 Por Dios, corre.....

Julian. Adónde iré?
 Cecilia. Qué fíema! Y eres su hermano!
 Julian. Sí, pero.....

Cecilia. Pregunta.....
 Julian. Á quién?
 Cecilia. Ya es tarde.
 Cecilia. Si tú le amaras
 como yo le amo.....

Julian. Pardiez!
 ¡Me reconviene ahora.....,
 cuando el riesgo en que se ve
 quizá á algun capricho tuyo
 lo tiene que agradecer!

Cecilia. Ah! tú me recuerdás..... Sí.....
 Mi imprudencia, mi altivez.....
 Loca estuve. Yo el funesto
 desaffo provoqué.
 Ahora lloro arrepentida.....

Julian. Á buena hora!
 Cecilia. ¿Hay mujer
 más infeliz.....

Luis. (Prenda amada!)

[Hace un movimiento para salir, y
 D. Julian le detiene.]

Cecilia. ¡Mal haya, mal haya, amén,
 mi locura.....

Julian. ¡Y si supieras,
 desventurada, quién es

don Santiago..... Si sucumbe
 Luis, con esta serán diez
 las muertes que pesarán
 sobre su alma.

Cecilia. ¡San José
 me valga!
 [Intenta salir otra vez D. Luis y le
 contiene su hermano.]

Julian. No le hay más diestro
 para la pistola que él.

Cecilia. Yo muero!

Julian. Á cuarenta pasos
 hace aficos una nuez.

Cecilia. Ah!
 [Se desmaya en brazos de D. Julian.
 D. Luis sale precipitado á socorrerla.]

Luis. Favor! ¡Bien mio.....

Julian. ¡Calla.....

Luis. No puedo más. ¡Qué interes.....
 ¡Qué amor..... Vuelve, vida mia.....
 Yo te perdono.....

Julian. Deten
 la lengua. Ya vuelve.....
 [Cecilia suspira. D. Julian hace que
 su hermano se oculte otra vez.]

Cecilia. Aparta.
 ¿Dónde estoy..... Cielos! ¿Por qué,
 por qué á mis ojos la luz
 aborrecida volveis?

Julian. ¿Quién sabe..... Quizá el combate
 se transija en el café.

Cecilia. ¡Pobre Luis del alma mia,
 tan cariñoso, tan fiel!.....
 Yo le seguiré á la tumba,
 ¡y oh si probarle mi fe
 pudiera dando mi vida
 por salvar la suya!

Luis. [Á D. Julian en voz baja, ya resuelto
 á salir; pero viendo á doña Josefa se
 detiene.]
 Ves?

ESCENA XXII.

D. JULIAN. CECILIA. D. LUIS. DOÑA JOSEFA.

Josefa. Albricias!
 Julian. Qué es eso?
 Josefa. Albricias!
 Ya ha parecido. Oh placer!

Cecilia. Mi Luis?
 Josefa. La mona!
 Cecilia. Mi mona!
 Qué dicha! Y..... dígame usted,
 quién la ha traído? El hallazgo
 que me pida le daré.

Luis. (Medrados estamos!)

ESCENA XXIII.

CECILIA. DOÑA JOSEFA. D. JULIAN. D. LUIS.
D. AQUILINO.

Aquil. [*Saliendo de la casa.*] Yo reclamo el lauro y el prez de esta empresa. Sí, Cecilia, que hoy he sudado la hiel. Buen Dios, lo que yo he corrido! Y estando, ustedes lo ven, delicado.....

Cecilia. Qué fineza!
Josefa. Eso es más de agradecer.

Aquil. [*Á D. Julian.*]
¿Creerá usted que vengo ahora desde la calle del Pez.....

Julian. Eh! ¿qué me importa...
Aquil. [*Á Cecilia.*] El hallazgo!
Cecilia. Sí, sí. Mi palabra es ley, don Aquilino.

Aquil. Quisiera pedir más alta merced, pero mis escasos méritos...., mi natural timidez..... Por no abusar.....

Julian. (Mentecato!)
Luis. (Mueble!)
Aquil. Me limito pues..... á que usted me dé á besar su mano de rosicler.

Cecilia. Si mamá me lo permite.....
Josefa. Concedido.
Cecilia. Bese usted.
[*Presenta la mano y D. Aquilino la besa.*]

Aquil. Oh júbilo!
[*Se presenta D. Luis ocultando la mano herida, Al verle da un grito Cecilia.*]

Cecilia. Ah!
Luis. Buen provecho. Doy á usted mi parabien.

Cecilia. [*Recobrada del susto.*]
Eres tú! El novio...., la mona.... Cuántas dichas á la vez!

Aquil. [*Suspirando.*]
(El novio!)

ESCENA XXIV.

CECILIA. DOÑA JOSEFA. D. LUIS. D. JULIAN.
D. AQUILINO. ROSA.

Rosa. En la sala espera el señor don Bernabé.

Josefa. Sí, el escribano.....
Cecilia. Ha venido á pedir de boca.
[*Á D. Luis.*]
Ven.....

Luis. Pueden ustedes decirle que se vaya.....

Cecilia. ¿Cómo.....
Luis. Á pié, si no ha traído carruaje.

Cecilia. ¿Qué oigo! ¿Te quieres volver atrás.....

Rosa. Ya ha puesto en la mesa media resma de papel.....

Luis. Es inútil. Yo no puedo firmar.....

Cecilia. No puedes!.... Por qué?
Luis. [*Enseñando la mano derecha.*]
Porque estoy manco.

Cecilia. Dios mio!
Josefa. Muchacho!
Aquil. Qué horror!
Josefa. Traed bálsamo.....

Luis. No hay que asustarse. Es un rasguño en la piel.

Cecilia. Respiro.
Luis. Un aviso al novio.....

Cecilia. Ah Luis!....
Luis. Que yo no echaré en saco roto.
Cecilia. ¿Qué quieres decir.....

Luis. Lo vas á saber. Eres muy linda muchacha, cautiva el alma tu sal, tu cara no tiene igual, tu cuerpo no tiene tacha. Más fina que el pensamiento, más dulce que una colmena, cantas como una sirena, y bailas que es un contento. Tu índole es buena, sí tal, pero, hablando con perdon de tia, tu educacion, dulce primita, es fatal. Tú eres sensible.....

[*Viendo que va á interrumpirle Cecilia.*]
Ten calma.—
Pero tienes en verdad tanta sensibilidad..... que no te cabe en el alma. De aquí nacen tus arranques, tu viveza singular, y tu aficion á bailar con *Aquilinos Carranques.*

Aquil. [Picado.]

¡Oiga.....

Julian. [Á D. Aquilino con imperio.]

Calle!

Luis.

Y tus caprichos
de carácter tan diverso,
y andar tu amor tan disperso
entre hombres, dijés y bichos.
Te he sufrido mil desbarros,
y he podido sin enojo
sacrificar á tu antojo
mi bigote y mis cigarros;
mas con imperio absoluto
echarme á cuestras, sin viso
de razon, el compromiso
de matarme con un bruto;
y á fuer de amante leal
volver á tus piés lisiado
para verme postergado
á un asqueroso animal....;
esto pasa de castaño
oscuro, esto es ya muy negro;
y de recibir me alegre
tan á tiempo el desengaño.
Nadie perfecto nació.
Sé que en la humana familia
mujeres y hombres, Cecilia,
tienen su *contra* y su *pro*;
mas si tu cuenta se ajusta
y á hablar claro me resigno,
ni de tanto *pro* soy digno
ni tanto *contra* me gusta;
y pues te sobran amantes
más indulgentes, más bellos,
cásate con uno de ellos.....,

y tan amigos como ántes.

Aquil. Ah! si tan alta belleza
me admitiera por esposo.....

Julian. [Aparte á D. Luis.]

Bravo, Luis!

Cecilia. (Aquí es forzoso
sacar fuerzas de flaqueza.)
Es cierto; puesto en el fiel
pro y *contra*, declaro aquí
que ni él nació para mí
ni yo nací para él.

Josefa. Bien dicho.

Cecilia. Á bien que el casorio
no es para mí tan urgente.

Aquil. Con todo, si usted consiente.....

Cecilia. Queda usted de meritorio.

Aquil. [Á Rosa.]

Por ella estoy en los huesos!

Cecilia. Tú eres la que vences hoy,
monita del alma..... Voy,
voy á comérmela á besos.

ESCENA ÚLTIMA.

DOÑA JOSEFA. D. LUIS. D. JULIAN. ROSA.
D. AQUILINO.

Julian. Anda bendita de Dios!
No sé yo, á fe de imparcial
entre ella y la mona....., cuál
es más mona de las dos.



EL HOMBRE PACÍFICO,

COMEDIA EN UN ACTO.

Representada por primera vez en el teatro del Príncipe el día 7 de Abril de 1838.

PERSONAS.

DOÑA RAMONA.
CASILDA.
D. BENIGNO.
D. MAMERTO.

D. LORENZO.
UN ALCALDE DE BARRIO.
D. SIMON.
MATEO.

Madrid.—Sala con puerta á la derecha del actor; dos en el foro, una de ellas con vidrieras y un balcon á la izquierda. Entre los muebles habrá, sobre un velador, una pecera con agua, y en ella un pez. La puerta con vidrieras es la del dormitorio de D. Benigno.

ESCENA I.

MATEO. D. BENIGNO. DOÑA RAMONA.

[Aparece Mateo tendido en un sofá y roncando. El teatro está únicamente alumbrado por la luz, ya agonizante, de una lamparilla puesta sobre una mesa. Al levantarse el telon suenan dentro fuertes campanillazos.]

Benigno. *[Dentro, gritando.]*

Mateo!

Ramona. *[Lo mismo.]*

Jesus!.... Mateo!

Mateo. *[Levantándose sobresaltado.]*

¿Quién..... Allá van!

Ramona. *[Dentro.]* Vamos, plomo!

[Mateo bosteza esperezándose, y con mucha sorna sale por la puerta de la derecha.]

Benigno. *[Dentro.]*

Por Dios, hombre, date prisa!

Ramona. *[Dentro.]*

Abre con dos mil demonios!

Benigno. *[Dentro.]*

Gracias á Dios!

Ramona. *[Dentro.]* ¡Qué dormir tan bestial! Echa el cerrojo.

[Entran en la escena D. Benigno y doña Ramona; aquel vestido de moro, y ésta de vestal, y soltando al entrar D. Benigno un capote viejo, y doña Ramona su capa. Cada cual trae una careta en la mano. Poco despues vuelve Mateo.]

Benigno. Ah! Ya me veo en mi casa. Gracias á Dios poderoso! El sillón..... No puedo más!

[Se deja caer en una poltrona.]

Ramona. No te hacía yo tan flojo. Por una noche de baile..... Yo estoy lista para otro si se ofrece.

Benigno. Sea Dios loado que al alboroto puso fin del carnaval, y aunque el ayuno es penoso, bien venga el miércoles flaco y mal haya el mártes gordo. Bacanales y chacotas,

bailoteos y retozos
y bullicios, no se han hecho
para hombres de tomo y lomo.
Por darte gusto, Ramona,
he sido una noche loco,
pero ¡una y no más!

Ramona. ¿Qué valen

pocas horas de reposo
perdidas por un placer
que es el compendio de todos?
Qué variedad de disfraces!
qué universal alborozo!
qué música! ¡qué salon....,
y qué olvido venturoso
de los años y las penas!
¿Quién.....

Benigno. Hermana, yo perdono,

como se suele decir,
por el coscorrón el bollo.
A vosotras las mujeres,
aunque tengais más otoños
que un palmar, os vuelve el juicio
la danza, y yo no me asombro;
que, hablando en la jerigonza
política, el sexo hermoso
siempre se inclina al partido
del movimiento. Nosotros
nos conocemos mejor;
y dejamos á los mozos
esas locuras. Buen vino,
buena mesa, buenos troncos
en mi chimenea, y paz,
y de la cama al birlocho....;
y más que el vulgo me llame
estacionario ó retrógrado.

Mateo. ¿No se ha divertido usted,
señor?

Benigno. Ahí está el negocio.
No hubiera sufrido tanto
toda la noche en un potro.
Antes de salir de casa
ya habia sudado el hopo
abigarrando mi cuerpo
con todos estos engorros.
Compromisos de mi hermana
nos agregan cuatro tomos....,
y yo pago los billetes
y el carruaje á peso de oro;
y áun esto poco importara,
que nunca he sido roñoso,
pero á mitad del camino
vuelca el simon en el lodo.
Medio á nado, medio á rastra,
misto entre reptil y congrio,
salgo al fin de la escotilla
cuando Dios llovía á chorros.
El albornoz y el turbante
como puedo me compongo;
para entrar en el salon
me hago paso con los codos,
y ya entónces señalaba
treinta grados el termómetro.
Qué confusion! qué apreturas!

Ya me dislocan este hombro
de un pechugon; ya me pisan
en el callo más hermoso;
ya en un reflujo violento
de aquel agitado golfo
aturdida una chufera
me mete en la boca el moño;
quiero ver bailar, y dice
el bastonero que estorbo;
busco asiento, y no lo hallo;
resuelvo tomar un polvo,
y ¡adios caja! Otro empellon
la envia echando demonios.
Salgo al pasillo, y me hielo;
vuelvo al salon, y me ahogo.
La marea, á mi pesar,
me lleva despues á un corro
donde al verme unos mozelos
tan campante y tan orondo,
gritan: un moro, muchachos!
Somos felices. Un moro!
Quién me soba, quién me abraza,
quién me da paz en el rostro,
juegan al tieso conmigo,
me ponen mazas de á folio....
Sigo la broma, y repiten;
me quejo, y me llaman tonto;
que cada cual interpreta
la libertad á su modo,
y al paso que ellos son libres
para triturar al prójimo,
si su talle ó su disfraz
no parecen de buen tono,
no le es lícito á un cristiano
el disfrazarse á su antojo.
Entre tanto la careta
me lacera entrambos ojos,
el turbante me derriba,
me duelen los hipocondrios,
una beata me hierde
con un alfiler de á ocho,
pierdo á mi dama, y me roban
el pañuelo de los mocos.
Voy al ambigú: ya es tarde;
sólo queda medio pollo,
y ese flaco, y ese frio,
y el pan.... cociendo en el horno,
y el agua tarda una hora....,
y me la suben del pozo.
Bajo á las salas de juego;
me encuentro sin saber cómo
entre dos pugiladores
que se sacuden el polvo
sobre un «venga acá ese duro»
y un «quítese allá el tramposo;»
y sin ponerlos en paz
salgo abofeteado y roto.
Harto de tantos percances,
y mustio, y manido, y sordo
de tal guirigay, de tanto
me conoces, te conozco;
decido volverme á casa,
y en aquel pasillo lóbrego

espero mi capa en vano
tres cuartos de hora redondos.
Al fin tomo en su lugar
un balandran asqueroso;
salgo á buscar mi simon;
no parece: fui tan bobo
que adelantado pagué....,
y he aquí el premio que logro:
á la ida, batacazo
y á la vuelta, á pié. Si cojo
tras de esto una pulmonía
hago un pan como un bizcocho.

Mateo. Pobre señor!

Ramona. Ya se ve,
como criado en Pancorvo,
tú no sabes los estilos
de Madrid.....

Benigno. Por san Ambrosio,
no hablemos ya del asunto,
que no es hora de coloquios.
Mateo, enciende una vela,
que quiero acostarme pronto.

Mateo. [Tomando una vela, y dirigiéndose
adonde está la lamparilla.]

Voy al instante.

[Al encender la vela apaga la lam-
parilla.]

¡Por vida.....

Ramona. En qué estás pensando, topo?

Benigno. Sea por amor de Dios!

Ramona. ¡Dejarnos ahora ese trompo
á oscuras!

Benigno. ¿Cómo ha de ser!
Trae la caja de los fósforos
que está sobre mi mesilla
de cama. Ve poco á poco.

[*Mateo* entra á tientas en la alcoba.]

Ramona. Dios ponga tiento en sus manos.

Benigno. Los encuentras?

Mateo. [Dentro.] Ya los topo.

[*Sale de la alcoba desatentado.*]

Dónde está usted?

Benigno. Por aquí.

Mateo. [Tropieza en el velador y derriba la
pecera.]

Jesucristo!

Ramona. ¡Malos lobos
te coman!

Benigno. Vaya por Dios!
Te has hecho mal?

Ramona. ¡Ya me ha roto
la pecera!

Mateo. Tropecé.....

Ramona. Maldito! No tienes ojos?

Mateo. Sí tengo, pero no son
de mochuelo.

Ramona. Alma de chopo!

Benigno. Por las ánimas benditas,

no riñais ahora vosotros.
Sin moverte de tu sitio,
Mateo, enciende en el forro
de la caja una cerilla.

Mateo. [Abriendo á tientas la caja.]

Sí, señor, voy.....

Ramona. [Se dirige al balcon tentando las pa-
redes.]

Es ocioso.

Yo abriré el balcon, que el alba
es ya, si no me equivoco.

[Abre el balcon y empieza á rayar el
día, aumentándose la luz por grados.]

Benigno. [Santiguándose.]

Bendito sea por siempre
y alabado.....

Ramona. Qué destrozo!
Bruto!

Benigno. La redoma, pase;
¡mas mi pez de grana y oro
palpitando por el suelo
separado de su undoso
elemento..... Y es milagro
no andar por aquí el morroño,
que á haberlo olido, ya fuera
sepulcro del pez su estómago.
Metedle en otra vasija,
que es animal en quien pongo
mi cariño por callado
y pacífico.

Ramona. Sí, corro
á traer la palancana.

ESCENA II.

D. BENIGNO. MATEO.

Benigno. Desnúdame tú, bolonio.

Mateo. [Le empieza á desnudar.]

Vamos allá.

Benigno. Lo primero,
quítame este promontorio
de la cabeza.—Por fin
no ha sido pesares todo,
que al atravesar la pieza
donde estaban los periódicos
tuve el gusto de abrazar
á don Lorenzo del Olmo,
mi buen amigo y paisano.

Mateo. Sí?

Benigno. Desde el año diez y ocho
no le veía. Ha sufrido
mil reveses, mil trastornos,
cárceles, emigraciones....,
mas hoy está fuerte, gordo,
opulento, y muy bien quisto,

y es coronel..... Mucho gozo
tuve en verle.

Mateo. Y yo celebro.....

Benigno. Hoy comerá con nosotros.

ESCENA III.

D. BENIGNO. DOÑA RAMONA. MATEO.

[*Doña Ramona trae una palancana con agua,
echa el pez en ella y recoge los cascos de la re-
doma.*]

Benigno. [Ya medio desnudo.]

Cuidado, no me le estrujes!—
Sígueme tú al dormitorio,
y, por Dios, mucho silencio,
que quiero dormir un poco.

ESCENA IV.

DOÑA RAMONA.

No hay duda. Era don Mamerto.
Su misma cara, su voz.....
Él me conoció sin duda
y tomó pipa. Traidor!....
Si te echo la vista encima,
falso, no he de ser quien soy,
ó me has de pagar.....

ESCENA V.

DOÑA RAMONA. MATEO.

Mateo. [Cerrando las vidrieras de la alcoba.]

Y usted

¿no piensa acostarse?

Ramona. No,
que hoy tenemos convidado.

Mateo. Sí; me lo ha dicho el señor.

Ramona. Y es mi cumpleaños, y hay mucho
que trajinar. Ahora voy
á quitarme estos arreos
virginales, y los dos
acordaremos despues
los platos que ha de haber hoy.

ESCENA VI.

MATEO. D. BENIGNO.

[*D. Benigno permanece en la alcoba.*]

Mateo. Quien de la noche hace dia
se acuesta al salir el sol:

es natural. Esa.... bruja,
con más años que la tos,
áun quiere follas; y ella
es la que al santo varon
de don Benigno ha sacado
de quicio. Al diablo te doy,
cotorrona con tus.....

[*Suena música dentro y hácia la al-
coba de D. Benigno.*]

¿Qué oigo!

Música en casa? ¡Y por Dios
que están tocando de perlas!
Como que me gusta el son,
y casi me baila el cuerpo.....

Benigno. [Dentro tocando la vidriera.]

Mateo!

Mateo. [Acercándose.]

Se despertó!

Mándeme usted.

Benigno. ¿Qué jolgorio
es ese? Ó soñando estoy,
ó creo que áun no he salido
de aquel maldito salon.

Mateo. Es música.

Benigno. Ya la oigo.
Mas ¿qué vecina parió?
¿Qué novedad..... Y á estas horas.....
Aun no apunta mi reloj
las siete.

Mateo. Como no sea
que la señora.....

Benigno. El fagot
me está zumbando en los sesos.
Llama á mi hermana.

Mateo. Ya voy.

[*Desde la puerta de la izquierda.*]

Señora!

Benigno. ¡La hora es cómoda
para un do-re-mi-fa-sol!

ESCENA VII:

DOÑA RAMONA. MATEO. D. BENIGNO.

Ramona. [Ya vestida de casa.]

¿Qué quieres?

Mateo. Yo, nada. El amo.....

Benigno. [Todavía dentro de la alcoba.]

¿Puedes tú darme razon
del objeto de esa murga?

Ramona. Hoy cumplo años.....

Benigno. Pecador!....

¿Maldito si me acordaba.....

Ramona. Habrá corrido la voz.....

Benigno. Aunque tú no eres duquesa

ni jefe de batallón,
pase la música, pero
¡tan temprano! Es un horror.
Ramona. Aunque estimo el agasajo,
no los he llamado yo.

Benigno. Ya escampa!

Ramona. Voy á decirles
que se vayan.

Benigno. Sí, por Dios!

Ramona. Habrá que darles un duro.....

Benigno. Eso más? Quién los llamó?

Ramona. Justo es...

Benigno. Bien; con tal que callen,
dales aunque sean dos.

ESCENA VIII.

MATEO. D. BENIGNO.

[Un momento despues de salir doña Ramona
cesa la música. D. Benigno permanece en la
alcoba.]

Benigno. ¡ Señor, que no ha de poder
dormir un hombre de honor
á quien no desvelan trampas,
ni mujer, ni.....

Mateo. Ya cesó
la música. Cojo ahora
la ropa, cierro el balcon,
y..... pase usted buena noche.

[Dentro griteria de mujeres.]

Mas ¿qué gritos.....

Benigno. Voto á briós!

Unamuj. [Dentro.]
Embustera!

Ramona. [Dentro.] Lechuzona!

Otramuj. [Dentro.]

Deslenguada!

[Sigue el vocerío.]

Benigno. Es maldicion.

Está visto. Ven aquí.
Voy á vestirme.

[Desde la puerta da ropa Mateo á su
amo para que se vista.]

¡Qué atroz

quimera!

Mateo. La vecindad
toda está en revolucion.

Alcalde. [Dentro.]

Silencio!

Ramona. [Dentro.] Cómo se entiende?
Yo no callo. Soy quien soy,
y ella es una.....

Benigno. [Saliendo á la escena en bata y gorro.]

La heroína

de esa trágica funcion
es mi hermana. ¿Oyes, Mateo?
Por la Virgen de la O,
anda á ver si la apaciguas.

[Mateo sale corriendo.]

Alcalde. [Á la puerta.]

Sí, señora.

Ramona. [Entrando.] No, señor.

ESCENA IX.

D. BENIGNO. DOÑA RAMONA. EL ALCALDE.

[El Alcalde viene con levita de nacional, in-
signias de sargento primero y gorra de cuartel.]

Alcalde. ¡ Despues que el barmio alborota
á la autoridad insulta!
Ocho ducados de multa,
ó ¡ á la cárcel la marmota!

Ramona. Hermano, vuelve por mí,
que este sayon me atropella.

Alcalde. La atropelladora es ella.

Ramona. No doy un maravedí.

Benigno. Qué es esto? Señor! Qué es esto?

Ramona. Aquella infame mujer,
maldecida de cocer,
culebron, cara de cesto.....

Alcalde. Oye usted? Ya se desata
otra vez en desvergüenzas.

Benigno. Tiene razon. Mal comienzas.

Al grano. De qué se trata?

Ramona. Ahí encima, en las guardillas,
una vecina soez
al son de rudo almirez
entonaba seguidillas.

• Oigo el destemplado estruendo,
me asomo por la cocina,
y digo: ¡ Por Dios, vecina,
que mi hermano está durmiendo!—
Responde por la ventana:
Qué es dormir? Á buena hora!

Yo guiso y canto, señora,
cuando me da la real gana.
Canario con los señores!

si tales son, vaya, vaya!,
múdense donde no haya
vecinos madrugadores.—

Yo replico, y hecha un ascua
dándome donde me duele,
me pone, como se suele
decir, de ropa de pascua.

Y vuelve con más ahinco
al canticio y al mortero;
de oirla me desespero;
le digo cuántas son cinco.....

Ya la casa alborotada,
todos hablan por los codos,

- y uno á uno salen todos los trapos á la colada.
En esto el señor se acerca y me multa á fuer de alcalde.....
sobre injuriarme de balde una grandísima puerca.
- Alcalde.* Aunque usted así lo cuente atenuando la cuestion, por su propia relacion se confiesa delincuente. Ningun código español ni privilegio enriqueño manda que se guarde el sueño á quien se acuesta con sol. La vecina,—estos son hechos,— con su salsa y su canticio estaba en el ejercicio de sus civiles derechos. Fuera injusta tiranía consentir que á troche y moche bailen ustedes de noche..... y ella no cante de dia. Paso lo de puerca, paso lo de culebron, que soy tólerante; pero voy á lo sustancial del caso. Si á la casa se consulta, usted turbó su sosiego, no las seguidillas; luego....., debe usted pagar la multa.
- Ramona.* Pero ella.....
- Benigno.* [Abriendo una gaveta y sacando dinero.]
La autoridad del barrio tiene razon.
- Ramona.* Pero.....
- Benigno.* Ocho ducados son? Tome usted.
[Da el dinero al Alcalde.]
- Ramona.* Qué iniquidad!
- Benigno.* Mujer!....
- Ramona.* Por tu causa riño con la vecindad.....
- Benigno.* Mujer!..... No lo echas más á perder.
- Ramona.* Así pagas mi cariño!
- Benigno.* Bien me estaba yo sin él, y excusármelo debias si para mostrarlo habias de alborotar el cuartel. Ten de mí más caridad cuando en caso igual me vea....., y que el remedio no sea peor que la enfermedad. Ya con patriarcal pachorra me dormia, y si tal vez me arrullaba el almirez, me despertó la camorra;
- y de todo esto resulta, Ramona, que no he dormido, y tuya la culpa ha sido....., y yo he pagado la multa!
- Alcalde.* Ahora es preciso que toque otro punto, porque soy,— lo dice el traje en que voy,— autoridad *in utroque*. Si usted no lo toma á mal, que me reconozca espero por su sargento primero en la milicia local.
- Benigno.* Y á mí ¿qué ley me sujeta.....
- Alcalde.* Es usted desde este dia miembro de mi compañía. Tome usted la papeleta.
- Benigno.* [Examinándola.]
Mi nombre es este, es verdad; pero, hombre, yo estoy exento.....
- Alcalde.* Lo manda el Ayuntamiento.
- Benigno.* Es una arbitrariedad.
- Alcalde.* Y para que usted trabaje ahí le dejo en la antesala los diez cartuchos con bala, y el fusil, y el correaje. No á la voz sea usted sordo de la patria.....
- Benigno.* Eso es magnífico, mas ¡yo que soy tan pacífico y tan grandevo y tan gordo!....
- Alcalde.* No hay excusa.
- Benigno.* Hombre!...
- Alcalde.* ¡Ea, pues...
- Benigno.* ¡Si la ley.....
- Alcalde.* Estacionario!
- Benigno.* Exime al quincuagenario, y peino cincuenta y tres!
- Alcalde.* Usted es hombre de vigor, recio, de firme estructura, y á tener más estatura pudiera ser gastador.
- Benigno.* Aunque en la apariencia sano, porque me cuido con tónicos, poseo alifafes crónicos como cualquier ciudadano, y en fin la edad...
- Alcalde.* Eh!....
- Benigno.* Por Dios!...
- Alcalde.* Habrá errado usted la cuenta. La edad que usted representa es de treinta á treinta y dos.
- Benigno.* No hay tal, y probar espero.....
- Alcalde.* Bien, eso....., á quien lo mandó.— Mañana, de guardia.
- Benigno.* Yo?
- Alcalde.* Cielo!... ¿Adónde... Al Saladero (*).
- Benigno.* Oh! Pero.....
- Alcalde.* Si usted rehusa.....

(*) El edificio habilitado hace años para cárcel de Villa sirvió anteriormente para la salazon del ganado de cerda, y aun conserva su nombre primitivo.

Benigno. Sin aprender el oficio....
Alcalde. Cuando es penoso el servicio
ningun patriota lo excusa.
Benigno. ¿Y si yo pruebo aquí mismo
que sólo sirvo de estorbo....
Ah! ¡No traje de Pancorvo
mi partida de bautismo!
Alcalde. Ya he dicho que yo no entiendo....
Benigno. Mas con la fe de mi hermana,
que es tres años más anciana,
probaré..... Tráela corriendo.
Ramona. [Sofocada.]
Tres años! No puede ser,
y hablar de edades aquí....
Benigno. Tráela, y verás....
Ramona. La perdí.
Benigno. Pero.....
Ramona. Abur. Tengo que hacer.

ESCENA X.

D. BENIGNO. EL ALCALDE.

Benigno. Oh sexo frágil y vano!
Por no confesar que es vieja,
consentirá esa pelleja
que fusilen á su hermano.
Alcalde. [Yéndose.]
Lo dicho.
Benigno. Dios me es testigo.....
Alcalde. No hay recurso.
Benigno. [Cuadrándose y llevando la mano al
gorro militarmente.]
¡Mi primero.....
Alcalde. Ó mañana al Saladero,
ó tres guardias de castigo.

ESCENA XI.

D. BENIGNO.

¡Oh Dios de los ejércitos
que en el cielo me oís!,
¿hay más calamidades
que lluevan sobre mí?
Ni el sufrido Tobías
ni el humilde David
tantas tribulaciones
pudieran resistir.
Ay! ¡En hora menguada
me vine yo á Madrid!

ESCENA XII.

D. BENIGNO. D. LORENZO.

Lorenzo. Benigno, amigo!.... Abrazame.
Benigno. Con mucho gusto, sí....
Lorenzo. Antes que tu comida

sazone el perejil,
te vengo á ver, que siempre
tu apasionado fuí.
Benigno. Gracias.

Lorenzo. ¿Cómo tan triste,
Benigno?

Benigno. Ay infeliz!
Mal haya la galera
que me trajo á Madrid.

Lorenzo. Pues ¿qué te pasa?

Benigno. Prófugo

del pueblo en que nací,
temiendo los estragos
de la guerra civil,
y ya viudo, á Dios gracias,
del bello serafín
cuyo rabioso genio
tanto me hizo sufrir,
por la paz suspiraba;
y la busqué en Madrid!
Seis dias hace hoy miércoles
que el Manzanares vi,
y ya en ellos fuí blanco
de desventuras mil.
Anoche, sobre todo,
lució desde el zenit
el astro que me aflige,
más negro que un candil;
y si mal en Pancorvo,
peor me va en Madrid.
Siquiera allí no hay máscaras
como las hay aquí,
ni hermanas que su Enero
transformen en Abril,
músicas, ni almirces,
ni vecinal motin,
ni jefes *in utroque*,
ni multas, ni fusil....
Amigo ¡es mucho cuento
la corte de Madrid!

Lorenzo. Si no eres más explícito,
no entiendo, por san Gil....

Benigno. Me explicaré despacio.
Ahora baste decir
que tantas desventuras,
ah, nunca lo creí!
mi proverbial paciencia
han puesto ya en un tris....
¿Y aún habrá quien celebre
la villa de Madrid?

Lorenzo. Somos amigos íntimos:
si de algo sirvo, di....

Benigno. El golpe más terrible
de mi fortuna ruin
es haberme alistado
en la milicia....

Lorenzo. ¿A ti?

Benigno. Las leyes no me imponen
tal carga-concejal,
y aunque mis años cuento....,
los niegan en Madrid.
Mientras presento auténtica
la fe de que nací,

que la faccion rebelde
no dejará venir,
soldado soy, Lorenzo,
y este cuerpo gentil
irá mañana adonde
diz que solian ir
\ antaño los que llaman
gorrinos en *Madrid*.
Lorenzo. ¿La papeleta.....
Benigno. Mírala.
[*Se la da.*]
Lorenzo. Fácil es conseguir,
Benigno, que te excusen
de caja y de clarín.
La ley te exime, y basta
que salga yo por tí.
Adios, que el tiempo vuela.

ESCENA XIII.

D. BENIGNO.

¡Gracias á Dios que al fin
un rayo de consuelo
me amaneció en *Madrid*!

ESCENA XIV.

D. BENIGNO. DOÑA RAMONA. CASILDA.

Ramona. Adelante, señorita,
adelante sin recelo,
que mi hermano es muy benigno,—
su nombre lo está diciendo,—
y no podrá rehusar,
á fuer de buen caballero,
el amparo que le pide
en su amargo desconsuelo
menesterosa doncella
blanco del furor paterno.
Benigno. Una doncella en mi casa!
Señorita, yo no tengo
el honor de conocer....
Casilda. Ah! sí, señor, es muy cierto.
Pero en tal apuro...., á título
de vecina...., aquí me vengo.
He debido á esa señora
mil corteses cumplimientos
de su ventana á la mia;
y además, el buen concepto
que en el barrio goza usted
me ha decidido....
Benigno. Agradezco
tanto favor; pero, hablando
con la franqueza que suelo,
áun agradeciera más
que usted me excusara el riesgo
de hospedarla, por razones
que se ocurren al más lerdo;

y entre ellas porque, á Dios gracias,
áun tengo mi alma en mi cuerpo,
y para mí no es costal
una niña de ojos negros.
Casilda. Me arroja usted de su casa!
Me niega el agua y el fuego!....
Maldicion!.... Se cumplirá
mi atroz destino funesto.
Sí, que la mision fatídica
de este ser perecedero
que llaman mujer, y es flor
que besa y destruye el cierzo,
fósforo que alumbra y muere,
ráfaga que pinta en sueños
el delirio del amor,
y fantástico compendio
de tinieblas y de luz,
de triaca y de veneno....
Benigno. ¡Tu, tu, tu.... ¡Qué algarabía....
Déjese usted de retruécanos,
que, á Dios gracias, ya acabaron
las máscaras.
Casilda. Justo cielo!
El alma de ese hombre es *clásica*,
como es compacto y obeso
su material individuo....,
y no es posible entendernos.
Su mision sobre la tierra
es comer como un mostrenco,
dormir como un ganapan....,
y al fin morir de viejo.
Benigno. Oiga usted, niña!....
Casilda. En sus fibras
nada responde al acento
del trovador melancólico,
ni su embotado intelecto
analiza los latidos....
¡ay!.... de un corazón enfermo.
[*Se sienta con muestras de abati-
miento.*]
Benigno. [Á *doña Ramona.*]
¿Qué diablos de jerigonza
es esa, que no comprendo
ni una sílaba?
Ramona. Sin duda
perdió la infeliz el seso
víctima de alguna ardiente
pasion....
Benigno. Pues estamos frescos!
¿Por qué has abierto mi casa
á semejante embeleco?
Casilda. [Levantándose.]
Resuelta estoy. ¿Qué es la vida,
sino un vegetal infierno....
Benigno. Qué dice?
Ramona. Quiere matarse!
Casilda. Un hierro.... Un lazo.... Prefiero
la estrangulacion.—Adios!
Ramona. Qué lástima!
Casilda. ¡Y plegue al genio
de las tumbas que algun día

no te maldiga en el lecho
con infernal carcajada
mi descarnado esqueleto!

Benigno. [*Deteniéndola.*]

Espere usted.... Pobrecilla!
Capaz será en el acceso
de su demencia.... Ea, vamos,
recobre usted el sosiego,
y contando con mi apoyo
dígame, sin aspavientos,
lo que siente y lo que busca.

Casilda. Siento en mis venas el fuego
del amor, amor *romántico*,
inescrutable y eterno.

Benigno. Eh! Ya presumia yo
que habria amor de por medio.

Casilda. Y busco hospitalidad
y favor contra un protervo
tirano.....

Benigno. Y quién es?

Casilda. Mi padre.

Benigno. Cómo! ; Un padre.....

Casilda. Sí por cierto.

¿Y qué padre, ó qué marido,
ó qué tutor, ó qué suegro,
hermano, ó tío, no son
tiranos del bello sexo?

Benigno. [*Á doña Ramona.*]

Ay! loca de atar.

Ramona. No va
tan descaminada en eso.

Casilda. Amo, porque la mision
de la mujer.....

Benigno. Bueno, bueno:
lo sé. Al grano.

Casilda. Soy amada;
quiero casarme.....

Benigno. Acabemos!

Casilda. Mi padre...., bárbaro padre!,
no quiere admitir el yerno
que yo le elegí, y furioso
pone mi amor en secuestro,
y ya que no á la Siberia....,
me envia á Navalcarnero!
Yo, como aquel general,
á la estratagema apelo
de la fuga, y aquí aguardo
á mi querido Mamerto.

Ramona. Mamerto ha dicho!

Benigno. Eso es dar
un escándalo, y no puedo
permitir.... Dígame usted
quién es su padre, y yo espero
convencerle.....

Casilda. No. Imposible!

Benigno. Y áun mejor en mi concepto
será que se vuelva usted
á su casa. Yo me ofrezco
á acompañarla y.....

Casilda. Jamás!
Antes iré al cementerio.

II.

Ramona. Mamerto se llama?

Casilda. Sí.

Ramona. Su apellido?

Benigno. Vamos presto;
si nó, doy parte.....

ESCENA XV.

D. BENIGNO. DOÑA RAMONA. CASILDA.

D. MAMERTO.

Mamerto. Casilda!

Ramona. Es él!

Casilda. Dueño mio!

Ramona. Perro!

Mamerto. (Doña Ramona! Perdido
soy!)

Ramona. Traidor!

Casilda. ¿Qué oigo!

Benigno. Qué es esto?

Ramona. Ese hombre me pertenece.

Casilda. ¿En qué fundas tu derecho,
senectud?

Ramona. Hay tribunales,
y yo tengo documentos.

Mamerto. ¡Mi bien.... (Maldición!) Señora....
(Condenacion!)

Benigno. Eh! Silencio.

No alborotemos el barrio.
Señorita.... Caballero.....

Ramona. Diez años ha que me dió
palabra de casamiento;
huyó despues el malvado
y no he vuelto á verle el pelo
hasta anoche.....

Casilda. Fementido!
Despues que por ti atropello....

Ramona. Villano! Por él vendí
mis viñas y mis majuelos....

Mamerto. Yo diré.....

Benigno. Paz, por Dios, paz!
No he dormido. Estoy enfermo...

Casilda. Los más sagrados deberes;
despues que por ti me he expuesto
á una horrible emigracion.....

Benigno. Si hablamos todos á un tiempo.....

Ramona. Comerme mi patrimonio!....

Benigno. Cómo es posible entendernos?

Ramona. Abusar de mi candor!
Dar un cuarto al pregonero.....

Casilda. Abominacion! infamia!

Benigno. Basta!

Mamerto. [*Á Casilda.*]

Miente.

[*Á doña Ramona.*]

Yo no niego.....

Ramona. Mi honra!

Casilda. Tu mano, ó la muerte!

Benigno. No hay quién me ampare? Mateo!

[*Hablan todos á un tiempo.*]

Mamerto. Qué situación!

Ramona. Hiena!

Casilda. Monstruo!

Ramona. Ah! No puedo más!

[*Se desmaya en brazos de D. Mamerto.*]

Casilda. Yo muero!

[*Se desmaya en brazos de D. Benigno.*]

Mamerto. Maldita! ¡Si te murieras....

Benigno. Pues, señor...., del mal el ménos.

Mamerto. No vuelve.

Benigno. Qué haré? Socorro!

ESCENA XVI.

D. BENIGNO. DOÑA RAMONA. CASILDA.

D. MAMERTO. MATEO.

Mateo. Don Simon Yañez del Fresno pregunta.....

Mamerto. (Su padre! Malo!)

Benigno. Que éntre.

Mamerto. (Piés, para qué os quiero?)

[*Suelta á doña Ramona en el sillón, y huye por la puerta del foro que guía á lo interior de la casa.*]

Mateo. [Á la puerta de la derecha.]

Que pase usted adelante.

Benigno. Agua y vinagre! Corriendo!

[*Vase Mateo corriendo y vuelve poco despues con agua y vinagre.*]

ESCENA XVII.

D. BENIGNO. DOÑA RAMONA. CASILDA.

D. SIMON. MATEO.

Simon. No me engañó la tendera. Aquí está.—¿Qué veo! Usted es el raptor.

Benigno. Yo raptor!

Simon. ¡Con más años que Noé seducir á una doncella! No me queda más qué ver.

Benigno. Otro diablo! Usted se engaña.

Simon. ¡Aun me lo niega el cruel con el cuerpo del delito entre sus brazos!

Benigno. Pardiez, si este cuerpo es delincuente, no he delinquido yo en él.

Mateo. Agua y vinagre.

Benigno. Por Dios,

acude.....

Mateo. Á dos de una vez?

Benigno. Socorre á esa mala pécora: yo entre tanto.... Espera; ven; mojarémos el pañuelo en vinagre.....

[*Lo hace así, y lo aplica á la nariz de Casilda. Mateo procura que vuelva en sí doña Ramona.*]

Simon. ¡Avilantez como ella! ¡Hija vil.....

Benigno. Cachaza! Ahora lo que es menester es.....

Simon. Que se muera!

Benigno. ¡Un cristiano dice eso!

Simon. Infame!

Benigno. Y á quién!

Simon. Á su hija!

Benigno. Usted la defiende!

Simon. Qué más prueba?

Benigno. Hombre de hiel!— Pobre criatura!

[*Casilda se remueve.*]

Mateo. Nada! ¡Se aprieta tanto el corsé.....

Casilda. [*Suspirando.*]

Ay!

Benigno. Respira.

Simon. Sin perjuicio de acudir mañana á un juez, hoy nos veremos las caras usted y yo.

Benigno. San Miguel! Esto me faltaba ahora.

Ramona. Ay Dios! Yo fallezco.

Mateo. (Amén.)

Simon. Armas, hora, sitio.... Pronto!, que quiero abreviar la sed de mi venganza.

Benigno. Dios mio!

Le juro á usted por mi fe que soy la primera víctima de ese rapto. Otro doncel.....

Casilda. Ah! Mi padre.....

Simon. Usted es su cómplice.

Casilda. Padre!....

Benigno. [*Irritado.*] Hay hombre más soez?

[*Á Casilda.*]

Ya no hay paciencia.... Alma mia, ya que su mal proceder me trajo el infierno á casa, ¡defiéndame usted con cien demonios que se la lleven!

Casilda. [*De rodillas.*]

Sí, padre mio, á esos piés confieso.....

Simon. Aparta!

Benigno. [*Á doña Ramona.*] Habla tú,

que bien lo sabes hacer.

Ramona. [Sin moverse.]

Ah!

Casilda. Padre!

Benigno. Mil cogotones
me diera en esa pared.

Casilda. Perdon, perdon, padre mio!
Un hombre sin Dios, sin ley.....
Don Mamerto..... Él y sus versos....
y el abate *Lamennais*.....
y *Bug-Jargal*..... Miserable!
y *Cuasimodo*..... Pequé.....
Mi corazon..... era un tonto,
y mi cabeza..... un Babel.

Simon. [Algo aplacado.]

Hija ingrata! ¡Deshonrar
á un padre que por tu bien
se desvelaba.....

Casilda. Por dicha,
tardío, padre, no es
mi arrepentimiento.

Ramona. (Ay cielos!
Y el mio?)

Simon. Alza, mala piel.....
Cuando tú veas el sol.....

Casilda. Papá! No lo haré otra vez.

Simon. No obstante, irás á un convento
hasta que curada estés
de esa romántica fiebre.

Benigno. Bueno fuera que tambien
la acompañase mi hermana.

Ramona. Yo?

Benigno. ¡Quítese..... ¡Á la vejez
viruelas!

Simon. [Á D. Benigno.]

Usted perdone,
que la ira.....

Benigno. No hay de qué;
pero ya estoy tan mohino —
que me importa un alfiler —
morir, matar..... ¡Voto á bríos.....

ESCENA XVIII.

D. BENIGNO. DOÑA RAMONA. CASILDA.
D. SIMON. EL ALCALDE. MATEO.

Alcalde. [Á D. Benigno.]

Dése usted preso.

Benigno. Yo?

Alcalde. Usted.

Benigno. Y quién me prende? ¿El alcalde
de barrio, el sargento....., ó quién?

Alcalde. El alcalde y el sargento.

Benigno. Pero sepamos por qué.

Alcalde. Por encubridor de prófugos —
malhechores.

ESCENA XIX.

D. BENIGNO. DOÑA RAMONA. CASILDA. DON
SIMON. EL ALCALDE. MATEO. D. LORENZO.

Lorenzo. [Entrando.] ¿Qué oigo!

Benigno. [Viéndole.] Ven;
sácame de este conflicto;
ó si nó, dame un cordel
para ahorcarme.

Alcalde. De esta casa
ha salido habrá unos diez
minutos un perillan
que ha conseguido prender
mi ronda; un tal don Mamerto.....

Ramona. }
Simon. } Don Mamerto!

Casilda. }
Benigno. Calle! ¿Aquel.....

Casilda. El seductor!

Ramona. El perjurio!

Benigno. Pero ¿por dónde se fué?

Alcalde. Se descolgó por el patio.....,
y usted le ayudó tal vez.

Benigno. No es verdad. Aquí se entró
de rondon.....

Casilda. Cierto.

Ramona. Sí.
Mateo. Pues.

Simon. Alcalde, yo lo aseguro;
y pues ya cayó en la red,
vamos, Casilda, que aquí
nada tenemos que hacer.

Casilda. Muchas gracias, don Benigno. —
Románticas, aprended!

ESCENA XX.

D. BENIGNO. DOÑA RAMONA. D. LORENZO.
MATEO. EL ALCALDE.

Ramona. Sobre don Mamerto caiga
la cuchilla de la ley,
que es el hombre más perverso
que come pan.

Alcalde. Ya lo sé;
y por eso la justicia
días ha andaba tras él;
pero es fuerza que el señor
sea arrestado tambien
hasta que pruebe.....

Benigno. Sargento,
ya he probado hasta la hez
el cáliz de la paciencia,
y por vida de Luzbel
que estoy harto hasta no más
de ser tan hombre de bien;
y á mí no me prende nadie,
ó ¡voto á..... y por vida de.....
que hago ántes una de pópulo
bárbaro y arde el cuartel.....;

y me prenderá por algo el que me quiera prender.

Lorenzo. No lo hará el señor alcalde cuando sepa el interes que yo tomo.....

Alcalde. Don Lorenzo! En medio de este Babel no habia visto.....

Lorenzo. Si basta que yo mi caucion le dé.....

Alcalde. No ha de bastar? Un sujeto de conocida honradez y de arraigo, un defensor de la patria, un coronel..... Yo, llevado de mi celo patriótico.... Ya se ve...., como el preso entre otras gracias tiene tambien la de ser faccioso, y estaba fresco el lance del almiraz, y ese señor repugnaba, no ha mucho, pertenecer á la milicia.....

Benigno. Ya he dicho que me exceptúa la ley. Yo puedo amar á mi patria y á Cristina y á Isabel sin dar que reir al pueblo en la guardia, en el reten, con mis remos de galápago y mi panza de tonel. Pago mis contribuciones, que no lo hacen más de seis; si comercio, abono siempre los derechos de arancel; respeto á la autoridad; de nadie recibo prest; voto segun mi conciencia; no consagro en el papel sentimientos filantrópicos que he de desmentir despues; ni voceo, ni conspiro, pero no adulo al poder; por la causa nacional cualquier sacrificio haré; pero despojar no puedo de las canas á mi sien, de la tos á mis pulmones, ni de la gota á mis piés; ni puedo volverme mozo siendo ya Matusalen; ni para ponerme flaco me he de quedar sin comer.

Alcalde. Todo eso será muy cierto, pero mañana hará usted centinela.....

Lorenzo. No la hará. Tome usted su baja.
[*Le da una papeleta.*]

Alcalde. [*Examinándola.*] Á ver? Está en regla.

Benigno. [*Abrazando á D. Lorenzo.*]

Amigo mio!
Alcalde. Haré que el cabo furriel nombre á otro, y que recojan los chismes.....

Benigno. No es menester. Mateo los llevará.

Mateo. Con mucho gusto.

Alcalde. Ea pues, ya no hay nada de lo dicho. Que ustedes lo pasen bien.

ESCENA ÚLTIMA.

D. BENIGNO. DOÑA RAMONA. D. LORENZO.

Lorenzo. Pobre amigo! Tan honrado, tan bueno.....

Benigno. ¿Adónde me iré que lo sea impunemente?

Lorenzo. Qué se yo? Difcil es; que aquí y en todo país si el hombre se hace de miel, moscas le comen.

Benigno. [*Caviloso.*] Si hubiera monjes cartujos, á fe que con ellos..... — En Madrid yo no he de acabar el mes. — Los cuácaros..... Entre cuácaros estaria como un rey.

Lorenzo. Despacio lo pensaremos cuando más sereno estés.

Ramona. Yo, víctima desdichada de la más negra doblez; yo, que te amo tan de véras, Benigno, te seguiré adonde quiera que vayas, á fuer de hermana y á fuer de criatura sensible y de compañera fiel.

Benigno. Tú conmigo? *Vade retro!* Ya tu cariño probé, y todas mis desventuras acaso han nacido de él.

Ramona. Bien sabe Dios.....

Benigno. No te canses, porque hablas con la pared. Nuestros genios son opuestos; y, acabando de una vez, yo suspiro por la paz; este es mi supremo bien...., y no es posible gozarla al lado de una mujer.



FLAQUEZAS MINISTERIALES,

COMEDIA EN CINCO ACTOS.

Estrenada en el teatro del Principe el día 26 de Octubre de 1838.

PERSONAS.

VIOLANTE.	ROMERO.
MARTA.	PEREDA.
RAMIRA.	CASTRO.
EL MARQUÉS.	MONZON.
EL BARON.	SOLIS.
FONSECA.	MARTIN.

UN SARGENTO.

OFICIALES.—ESCRIBIENTES.—PORTEROS.—PRETENDIENTES.—VIUDAS.—SOLDADOS.

La escena se supone en Madrid.

ACTO PRIMERO.

Sala en casa de Violante. La puerta principal á la derecha del actor: en frente la que guía á lo interior de la casa entre una chimenea francesa y una puertecilla secreta. En el foro un balcon. La habitacion estará amueblada con lujo.

ESCENA I.

VIOLANTE. PEREDA.

Pereda. No hay remedio, prima mia.
Ó el dinero desembolsas,
que te he pedido, ó veamos
si un buen empleo me logras.
Violante. No me hables más de dinero.
Con tanto pedir me acosas.
Tengo acaso alguna mina?
Quieres que venda mis joyas
para que pagues tus vicios?
Pereda. Mis vicios?... La virtuosa!
Violante. Séalo yo, ó no lo sea,
tú no eres juez de mis obras.
Bastante hago en mantenerte.

Pereda. ¿Y basta la triste sopa
para un hombre como yo?
¿no he de vestir á la moda?
hay en la corte billares,
¿y no he de coger las bolas?
¿preguntaré en el café
si ha gustado ó no la ópera?
¿no he de dar á mis amigos
una comida de fonda?
Con tantas obligaciones,
y no hago mérito de otras,
no debes maravillarte,
prima, si deudas me agobian.
Violante. Si has de vivir á lo duque
siendo un cualquiera...
Pereda. Ay señora!....
Ved que mal puede brillar

quien á los suyos no abona.
Si os dice prima un *cualquiera*,
¿quién ha de creer, señora,
que sois condesa? Violante,
ten presente nuestra historia.
No te olvides.....

Violante. ¡Y te atreves,
vil autor de mi deshonra,
á recordarme.....

Pereda. Violante,
dejémonos de parodias
sentimentales. Nacimos
ambos á dos, no lo ignoras,
con propension admirable
yo á ser tuno, tú á ser loca.
Yo aborrecia los libros,
y tú la aguja y la escoba.
Yo hidalgo, pero sin bienes;
tú plebeya, pero hermosa;
yo emprendedor, tú coqueta;
yo barbilindo, tú moza;
tu espejo por una parte
y mi ociosidad por otra.....
los dos perdimos á un tiempo,
Violante, la poca cholla
que nos quedaba, y ni tú
puedes acusarme ahora
de seductor, ni aplaudirme
debo yo de la victoria.

Violante. Tú me robaste, perjuro,
del hogar paterno.....

Pereda. Lloras?
Bien por Dios!

Violante. Y, sin cuidarte
de promesas ni parroquias,
me abandonaste en Sanlúcar.....

Pereda. Y por no afigurte sola,
te dejaste consolar
por el cónsul de Liorna;
y mientras yo fugitivo
por más de una trapisonada
andaba de ceca en meca,
paseabas tú en carroza.

Violante. Dios me ha dado un corazon
amante, sensible, y todas
mis faltas y mis flaquezas,
primo Pereda, son propias
de mi frágil condicion
mujeril. Hoy que me sopla
más que á ti próspero el viento,
no es justo que tú me expongas
á que naufrague contigo
porque tu nave zozobra.

Pereda. No te quiero yo tan mal;
pero desde la alta popa
puedes darme sin peligro
un cable que me socorra.
Capitulemos, Violante.
Yo respetaré en buen hora
tu condado artificial
y tu viudez de tramoya.
Eres ambiciosa y vana;
sé que á tus planes estorba

un comensal de mi temple
y un pariente de mi estofa;
mas tambien tengo yo acá
mi orgullo, y ya me abochorna
el recibir á hurtadillas
una racion de limosna.
Sácame pues un destino,
Violante, un empleo de honra
y provecho, que te es fácil
hoy que un ministro te ronda.
Así con sólo una firma
ganas el pleito y las costas,
y emancipando la tuya
autorizas mi persona.

Violante. Me preguntará el Marqués
en qué méritos se apoya
tu pretension.....

Pereda. Si los míos
le parecen poca cosa,
alega eu mi obsequio, prima,
los muchos que á ti te sobran.
Y más que digan despues
que yo no entiendo una jota
de negocios y expedientes;
que como de esos idiotas
están mandando provincias,
y donde es tal la langosta
de empleados ignorantes,
que haya uno más poco importa.

Violante. Bien está. Haré lo que pueda,
pero es condicion forzosa
que has de salir de la corte.

Pereda. Con mil amores; y en posta,
que si no me largo pronto
podrán meterme en chirona.

Violante. Veremos..... Aun no te doy
palabra.....

Pereda. Deja esa prosa
ministerial, y acabemos.
Ó mañana me colocas,
ó sin más contemplaciones
canto claro y arde Troya.

ESCENA II.

VIOLANTE.

Y lo hará como lo dice.
Es preciso á toda costa
apartarle de mi lado
si he de vivir sin zozobra.

ESCENA III.

VIOLANTE. MARTA. RAMIRA.

Marta. Condesa y señora mia,
perdóneme Vucelencia
que haya entrado sin licencia.....

Violante. Hoy no hay costura. Otro día.....

Marta. Lo siento, que de eso cómo, porque donde no hay arraigo..... Pero esta cuenta que traigo.....

Violante. Para eso está el mayordomo. Habrá gentes más groseras? Quién tanto fuero les dió? No me comunico yo con humildes costureras.

Marta. Si hay otras de mala nota, yo no, y aunque poco valga, soy honesta, soy hidalga, y soy viuda de un patriota. Yo pido una friolera, la cuentecilla es corriente, el mayordomo está ausente....., y el comer no tiene espera.

Violante. ¿No tengo yo más asunto en que entender.....

Marta. Suerte avara!

Otro gallo me cantara si viviera mi difunto. Rica me vi y regalada cuando él manejaba el pósito..... Pero se murió á propósito para hacerme desdichada.

Violante. Tanta cháchara me irrita. Vuelva la viuda más tarde ó en la antesala me aguarde, que ahora espero yo visita.

Ramira. Sí, madre, vamos de aquí. Vale más en mi opinion morir de hambre en un rincon que verse tratada así.

Violante. Oiga! Se ofendé la niña? Vaya!

Marta. Alto! Ni rey, ni Roque, nadie sufre que le toque al pelo de la basquiña. Si lucis tan lindo talle lo debeis á nuestro esmero, ¡y así premiais..... El dinero, ó aturdo á gritos la calle.

Violante. Basta, basta! Venga pues esa cuenta, que da grima.....

[*Se la da Marta.*].

(Quiero echármelas de encima, que va á venir el Marqués.)

[*Examinando la cuenta se dirige á su tocador y saca dinero de un cajon. Entre tanto hablan aparte Marta y Ramira.*].

Marta. Ramira, qué mala estrella! Lo que va de ayer á hoy!

Ramira. Aunque me maten, no doy más puntada para ella.

Marta. Qué orgullo! qué malos modos! Yo también, á fe de Marta, de sufrirla estoy tan harta,

que aunque me coma los codos.....

Ramira. Ya lo he dicho. Ni un repulgo.....

Marta. Mal con su alta calidad se aviene..... ¿Será verdad lo que anda diciendo el vulgo? ¡Pobre de ella si averiguo.....

Violante. [*Dando dinero á Marta.*]

Tome su cuenta.....

Marta. [*Contando el dinero.*]

Cabal.

Violante. Aunque el vestido está mal y su corte es muy antiguo.

Marta. Por el figurin frances más bonito y más flamante se cortó.....

ESCENA IV.

VIOLANTE. MARTA. RAMIRA. EL MARQUÉS.

Marq. Bella Violante!

Marta. Aquí el ministro!

Violante. Marqués!

Disimulad..... Estas gentes..... Váyanse. Qué hacen aquí?

Marta. Perdonad, que, pues el cielo me depara tan feliz coyuntura, Su Excelencia mis cuitas habrá de oír.

Violante. Para audiencia de importunos no se hizo mi camarín, y es extraño.....

Marq. Perdonad.....

Yo no puedo prescindir.....

[*En voz baja.*]

Las despacharé al momento. (La chica es un serafín.)

Violante. Qué fastidio!

Marta. Mi consorte Domingo Villacastin, administrador de pósitos, murió en la guerra civil.....

Marq. Esperad.

[*Mirando á Ramira.*]

(Qué ojos! qué talle!) Como tengo sobre mí tanto negocio, olvidaba.....

[*Á Violante.*]

Dadme licencia.

[*Acercándose á la puerta de la antesala.*]

Martin!

ESCENA V.

VIOLANTE. MARTA. RAMIRA. EL MARQUÉS.
MARTIN.

Martin. Mande Ucencia.
Marq. [En voz baja.] Á esas mujeres
con cautela has de seguir.
Averigua dónde viven
y ¡silencio!
Martin. Lo haré así.

ESCENA VI.

VIOLANTE. MARTA. RAMIRA. EL MARQUÉS.

Marq. [Á Marta.]
Declais.....
Violante. Qué impertinencia!
Al ministerio acudid.....
Marta. Como sé que las palabras
se lleva el viento sutil,
siempre vengo prevenida,
por lo que pueda ocurrir,
con un memorial en regla.
[Saca uno y se lo entrega.]
Tomad. Con este son mil
los que tengo presentados,
y un solo maravedí
á cuenta de mis haberes
no he logrado recibir.
Si sobre ser tan escasa
mi viudedad.....

Violante. [Al Marqués con impaciencia.]

Concluí? Cuántas mesadas os deben?
Marq. No he cobrado desde Abril.....
Marq. Vamos.....
Marta. Del año pasado.
Marq. No hay fondos.....
Marta. Bien los hay, sí,
para más de cuatro tunos
que viven sobre el país.
Marq. Ya veis, las clases pasivas.....
Marta. Sin comer pueden vivir,
por supuesto. No inventó
nomenclatura tan ruin
ninguna viuda indigente,
ningun exclaustro, ni.....
Marq. Basta. Yo haré que os socorran.
Marta. Si esa palabra cumplis
mi gratitud será eterna,
y á san Pedro y á san Gil
rezaré.....
Violante. La letanía
será larga si la oís.
Marta. Tengo otro asunto pendiente.
Esta doncella gentil

es mi hija.....
Ramira. Y vuestra humilde
criada.

Marta. Y quiere.....
Marq. Decid.

Violante. (Me consumo.)
Marta. Lo que todas;
casarse. Para este fin
las cria Dios. Pero el novio,
aunque es muy patriota y muy.....
Violante. Ya no hay paciencia. Marqués!
Marta. No ha podido conseguir
que le coloquen.....

Marq. Veremos.....
Id al ministerio. Allí.....

Marta. Es muchacho de carrera..

Violante. Oh!

Marq. Basta.

Marta. En más de una lid
defendió la libertad.....

Marq. Bien.

Marta. Contra el bando servil.....

Violante. [Irritada.]

Marqués, no soy nadie yo?
No habrá audiencia para mí?

Marq. [Á Marta despidiéndola.]

No más. Yo os oiré despacio.....

Marta. No quiero ser incivil.

Beso á Vucencia.....

Violante. [Echándola.] Acabemos.....

Ramira. Guárdeos el cielo.

Violante. Salid!

ESCENA VII.

VIOLANTE. EL MARQUÉS.

Violante. Hoy estais muy filantrópico.

Marq. Es deber inseparable
de mi cargo el escuchar
con apacible semblante
á todo el mundo, y sin mengua
de las arcas nacionales
puedo dar..... buenas palabras
á una viuda miserable.

Violante. Oh! las viudas siempre fueron
para un ministro galante
beneméritos.....

Marq. Sin duda,
y más si son tan amables
como vos.

Violante. Y más si vienen
con niñas interesantes.

Marq. Celos, Condesa?

Violante. No sé,
pero más os humanasteis
á las gracias de la hija
que á los ruegos de la madre.

Marq. Áprensiones. No os haceis

justicia, hermosa Violante.
Damas del mérito vueestro
no tienen celos de nadie.

Violante. Ya que celos no, pudieran
mostrar quejas de un desaire
como el que vos me habeis hecho.

Marq. No fué mi ánimo agraviarte;
pero ¿adónde irá un ministro
que importunos no le asalten?
¿Qué sagrado les liberta
de una viuda vergonzante?
No hablemos más del asunto
y hagamos, mi bien, las paces.

Violante. En buen hora, mas con una
condicion.

Marq. ¿Cuál es?

Violante. Que pague
como ministro Vucencia
lo que pecó como amante.

Marq. El amante y el ministro
son tus siervos; ya lo sabes.

Violante. También yo soy pretendiente,
y si alguna cosa valen
mis méritos.....

Marq. Esos ojos
no han menester memoriales.
Decid pues.

Violante. Yo tengo un primo.....

Marq. Primo? Me tiemblan las carnes.

Violante. Malicioso!

Marq. Es jóven?

Violante. Sí,
pero no se sobresalte
Vucencia, porque le miro
con odio irreconciliable,
y á no hablarme en su favor
los vínculos de la sangre.....
Es un tronera, un perdido.
Sobre darme mil pesares
me come un lado.

Marq. ¿Qué alhaja!

Violante. No tiene madre, ni padre,
ni oficio, ni beneficio.....
Es forzoso colocarle.

Marq. ¿A un vago! ¿Qué dirá el mundo?
Ya que amor tan entrañable
el tal primo os ha inspirado,
¿no será mejor echarle
á un presidio?

Violante. ¿Y el borron
que caeria en mi linaje?

Marq. Pero si él no sabrá nada!....
¿En qué carrera.....

Violante. ¿Qué diantre!
Si le dais un buen empleo
y así...., de cierto carácter.....,
no tengais cuidado, que él
sabrà salir adelante;
que teniendo subalternos
en cuyos hombros descansa
el peso de los negocios,
y aprendiendo cuatro frases
de rutina expedientil;

poner decretos al márgen,
firmar como en un barbecho,
quitar la vara á un alcalde,
imprimir una proclama
patriótica cada mártes,
cobrar el sueldo corriente,
ir á la oficina tarde,
exigir el tratamiento
á porteros y oficiales,
y mandar sin ton ni son,
y no obedecer á nadie,
no es cosa del otro mundo;
eso cualquiera lo sabe.

Marq. Linda sátira habeis hecho.

Violante. Vos me dais los materiales.
Soy dama vuestra, y no es mucho
que algo entienda yo de achaques
de administracion.

Marq. Veremos.....

Violante. Eso no me satisface.

Marq. En Madrid es imposible.....

Violante. Pues bien, en cualquiera parte;
cuanto más léjos, mejor.

Marq. Está bien. Ahora hay vacantes.....
Que haga la solicitud,
y venga á verme.....

[Mirando el reloj.]

Ya es tarde.

Violante. Os vais?

Marq. Volveré á la noche.
Ocupaciones muy graves.....

Violante. Mal hayan ellas, que así
me escatiman los instantes
de mi ventura.

Marq. El bien público.....

Violante. Es un tirano insosiciable.

Marq. [Besándola la mano.]
Adios.

Violante. Adios.

Marq. (No me puedo
olvidar de ella. Es un ángel.)

ESCENA VIII.

VIOLANTE.

Con tanto extremo me quiere,
que hará cuanto yo le mande.
Por fin me libro de ti,
primo Pereda. No sabe
el Marqués hasta qué punto
le agradezco.....

ESCENA IX.

VIOLANTE. EL BARON.

[Ábrese la puertecilla secreta, y entra el Baron.]

Baron. Dios os guarde.

Violante. [Dando un grito.]

Ah!... ¿Quién.. Baron!...

Baron. No tan alto.

Violante. Vos aquí! ¿Con qué licencia.....

Baron. ¿De cuándo acá mi presencia os causa tal sobresalto?

Violante. Pero entrar por esa puerta.....

Baron. Es cierto: parece mal teniendo la principal á todas horas abierta; mas no es delito tan grave el abrirla yo atrevido, que mayor lo ha cometido quien vende así vuestra llave.

Violante. ¿Qué oigo!

Baron. Otra vez de este templo fiad, condesa, el cancel á otro iniciado más fiel.....

Violante. Infamia!....

Baron. Á mí, por ejemplo.

Violante. Á vos!

Baron. Pues; por mi destino, si no por mi amor, *Violante*; que soy guarda vigilante de todo honrado vecino. Ni es tan rara anomalía en un siglo pecador que por donde entra el amor se cuele la policía; que él buscando regocijos y ella á caza de pecados, ambos son aficionados á misterios y escondrijos.

Violante. *Baron*, esa demasia perjudicial á mi honor ni es fina prueba de amor ni abona á la policía.

Pero ¿qué queréis en fin? Por ventura algun registro.....

Baron. No hace mucho que un ministro salió de este camarín.

Violante. Bien por Dios! ¿Me está vedado.....

Baron. No, ni es cosa extraordinaria que vos seais secretaria de un secretario de Estado.

Violante. No hay ningun secreto aquí, y estais sobrado importuno.....

Baron. Decis bien, que si hay alguno, no es secreto para mí.

Violante. Yo.....

Baron. Vos obráis sin malicia: lo creo así y lo divulgo; pero recelo que el vulgo os haga ménos justicia.

Violante. Y qué dirá en conclusion?

¿Dirá que el Marqués me adora, y que yo le amo? En buen hora. No es libre mi corazón?

Baron. Bien pudiera haber, no obstante, quien culpase su perfidia.....

Violante. Poco me importa la envidia de algun desdeñado amante.

Baron. Perdonad si no me cuento entre ellos. Sabéis muy bien que hay lances en que al desden se anticipa el escarmiento.

Violante. Celoso estais, y eso basta.....

Baron. No hay celos cuando al mejor entre uno y otro postor se adjudica la subasta. Respetuoso subalterno del Marqués y de Vucencia, no he de entrar yo en competencia con el timon del gobierno.

Violante. Mas sabiendo que él me ama no meditais, y es muy raro, que os puede costar muy caro el injuriar á su dama.

Baron. Esa dama no querría, por razones que no digo, de amigo hacerse enemigo al jefe de policía.

Violante. Cómo!....

Baron. Yo sé vuestra historia.....

Violante. Bien..... (Si no cedo me pierde.)

Baron. Permitid que os la recuerde si sois flaca de memoria.

Violante. ¡Eh, no.....

Baron. Conozco el imperio de vuestros hechizos.....

Violante. Ba!....

Baron. Pero la cárcel está más cerca que el ministerio.

Violante. Baron!....

Baron. Oid: no hay testigos. Pues á entrambos nos conviene, por la cuenta que nos tiene seamos buenos amigos.

Violante. Consiento.

Baron. Vuestra beldad es político resorte, porque ya sois en la corte una *notabilidad*. (*) Quien no cede á vuestro influjo porque el amor se lo inspira, á vuestro favor aspira por vanidad y por lujo. Hecha esta salva, garante de mi conducta ulterior, por si os falta un protector, ganáos otro, *Violante*. Vos valeis una corona. Feliz el Marqués os ama, mas tanto como la dama le envidio yo la poltrona. No os oculto mi ambicion,

(*) *Notabilidad*, persona importante y notable en cualquier línea. Este es uno de los muchos vocablos franceses que van introduciéndose en nuestra lengua; y ha podido dársele pasaporte con ménos inconveniente que á otros, pues tiene gracia y energía en su significacion, y no hay otro equivalente en castellano.

porque si á colmarla llego es para inmolarme luégo por el bien de la nacion. Ya hace dias que trabajo en mi plan con buena estrella. Si vos me ayudais, la bella, pronto el Marqués viene abajo.

Violante. Yo? Si no hablarais tan serio diria..... ¿Qué pretendéis.....

Baron. Vos un ministro quereis y yo quiero un ministerio.

Violante. ¿Y quereis unirme á vos para lograr.....

Baron. Eso es. Si yo suplanto al Marqués, nos remediamos los dos.

Violante. Y qué he de hacer?

Baron. Emplead vuestras artes de mujer y acabará de perder.....

Violante. Sí, la popularidad.

Baron. Logrará por mil caminos mujer tan sagaz y bella

que haga un ministro por ella garrafales desatinos. Vuestros dengues sean lazos que aprisionen su virtud....., y ¡adios pública salud si os desmayais en sus brazos!

Violante. Si de mi pobre talento tanto esperais, vuestra soy.

Baron. Pues ya el parabien me doy. Manos á la obra.

Violante. Al momento.

Baron. Dadme ahora esa mano y..... ¡chito! No os olyideis, alma mia.....

Violante. De quién?....

Baron. [Abriendo la puerta secreta.] De la policia.

[Con amable sonrisa.] Adios, hermosa!

[Desaparece.]

Violante. Maldito!

ACTO SEGUNDO.

Salon en el ministerio. Puerta á la derecha del actor, que es la más próxima á la calle. Otras dos á la izquierda; la primera guia al despacho del ministro, y la segunda á la secretaria: en el foro una chimenea francesa y un balcon: junto á la puerta de la derecha la mesa del portero; sobre la cual habrá escribanía, pliegos cerrados, registros, periódicos, &c.; sillas decentes al rededor de la sala.

ESCENA I.

MONZON.

[Aparece sentado á la mesa de la porteria, y suspendiendo la lectura de un periódico.]

Pues! El pan de cada dia!
La oposicion no descansa.
Injurias y más injurias,
y sátiras sobre sátiras.
Hoy las fulmina el progreso,
el *statu quo* mañana.....
Así los pobres ministros
se aburren, sueltan la carga,
y como sombras chinescas
asoman, bullen y pasan;
así al portero impasible
que es eco del que le manda,
ó más bien trasto oficial
adyacente á una mampara,
el tiempo le alcanza apenas

en tan vario panorama
para estudiar tantos genios
y analizar tantas caras;
así, apenas se publica,
miente como una bellaca
la *Guia de forasteros*;
y así en confusa baraja
multiplica mi cartera
los pésames y las pascuas.

ESCENA II.

MONZON. MARTA.

Marta. Señor Monzon, buenos dias.

Monzon. [Casi sin mirarla y volviendo á su diario.]
Qué se ofrece?

Marta. Yo soy Marta.....

Monzon. Está bien.
Marta. ¿Podré decir al ministro dos palabras?
Monzon. No ha venido.
Marta. Vendrá pronto?
Monzon. No sé, pero es excusada la pregunta.
Marta. Es que.....
Monzon. No damos audiencia por la mañana. Su Excelencia, más amable que su portero.....
Marta. Qué audacia! Hábleme con más respeto la exponente, y no se salga de la cuestion.
Marta. El ministro se duele de mis desgracias. Esta mañana tomó de mis manos una instancia con suma afabilidad, y me prometió.....
Monzon. Bobada!
Marta. Escucharme.....
Monzon. Ba!
Marta. En audiencia particular.....
Monzon. No me bastan esos recados verbales. Un decreto: esa es la práctica.
Marta. Pero ¡si él me dijo.....
Monzon. Ya! Siempre ellos dan esperanzas..... Por supuesto..... Ya se ve..... Como eso no cuesta nada..... Mas yo, que estoy dispensado de atenciones cortesanias, oficialmente os respondo: No ha lugar á la demanda.
Marta. Veremos. Yo esperaré.....
Monzon. En la primera antesala; no aquí. El portero inferior ha cometido una falta imperdonable en dejaros penetrar.....
Marta. Soy ciudadana, soy viuda, soy bello sexo, y donde entran otras damas puedo entrar yo.
Monzon. Mi consigna.....
Marta. Eh! no hay consigna que valga.
Monzon. Os iréis.
Marta. Que no.
Monzon. Por qué?
Marta. Porque no me da la gana.

ESCENA III.

MONZON. MARTA. ROMERO.

Romero. [Saliendo de la secretaria.]
 Quién disputa aquí? Qué es esto?

Monzon. Esa tia.....
Marta. Ese fantasma.....
 Qué veo! Señor Romero!
 [Va á su encuentro y hablan lejos del portero, que sigue leyendo.]
Romero. ¿Quién sois vos.... Ah! Doña Marta!
Marta. ¿Estais empleado aquí?
Romero. Sí tal.
Marta. No sabía nada.
Romero. Jefe de seccion.
Marta. Me alegro.
 Sea por cien años.
Romero. Gracias; aunque segun nos relevan desde que hay leyes y cámaras, todos somos ya efemérides sin ayer y sin mañana.
Marta. Razon más para que vos me dispenseis sin tardanza vuestra proteccion.
Romero. Contad conmigo, aunque es muy escasa mi influencia. Fué mi amigo vuestro esposo que Dios haya..... Y qué tal? La viudedad.....
Marta. Un siglo ha que no me pagan.
Romero. Ya veremos.....
Marta. Por fortuna mi Ramira es una alhaja.....
Romero. Oiga! Ya estará crecida.
Marta. Es una linda muchacha....., mejorando lo presente. La pobrecilla trabaja dia y noche, y con su aguja y su tijera y su plancha vamos tirando. El Marqués, á quien hoy por una rara casualidad hemos visto, promete enjugar mis lágrimas. Ya ha tomado el memorial..... Ah! No sabeis que se casa la chica?
Romero. Bueno! Con quién?
Marta. Es jóven de circunstancias..... Vos debeis de conocerle.
Romero. Veamos. ¿Cómo se llama?
Marta. Alfonso de Castro.....
Romero. Mucho.
 El hijo de doña Braulia.....
Marta. El mismo.
Romero. Es mozo de mérito.
Marta. Y quizá por esa causa se halla sin colocacion.
Romero. El que no llora no mama. Un memorial.....
Marta. Aquí está.
Romero. Bien. Qué pretende?
Marta. Una plaza de secretario.....
Romero. [Toma el memorial y lo examina.]
 Veamos

si viene en regla la instancia.
Marta. En un Gobierno político....
Romero. Muy bien. Felizmente hay varias vacantes; tiene talento, y es destino que le cuadra. ¿Está informado el ministro....
Marta. Ya le tiré una puntada...., y ahora venía á entregarle el memorial.... Cuánto tarda!
Romero. Justamente es negociado de mi seccion y á ella pasan todas estas pretensiones. Le hablaré con eficacia, y si os recibe benévolo, tanto mejor.
Marta. Él me trata con bondad y cortesía, mas el portero me ataja porque dice que está exento de tener buena crianza.
Romero. Cómo!....
Marta. Y ni esperar me deja al ministro en su antesala.
Romero. Tiene órdenes generales...., pero esas con vos no hablan.
 [Á Monzon.]
 Permitid á esta señora, pues pide tan leve gracia, que espere al señor Marqués.
Monzon. Bien, mas si ella se desmanda....
Romero. No lo hará.
Manzon. Soy funcionario público....
Romero. [Á Marta.] Si esta mañana no le veis, para la audiencia de esta noche no hagais falta. Se os pondrá en la lista.
Marta. Estimo la bondad....
Romero. Ahora me llaman mis tareas. Soy muy vuestro.
Marta. Yo vuestra humilde criada.

ESCENA IV.

MARTA. MONZON.

Marta. Una vez que el marinero no manda donde hay patron, me siento, señor Monzon...., sin permiso del portero.
Monzon. Déjeme en paz.
Marta. (Chúpate esa!)
 Y no tomeis pesadumbre porque me ofrezca su lumbre la chimenea francesa.

[Se sienta á la chimenea.]

Monzon. (Qué desacato!) El Marqués

tardará....

Marta. En paz y sosiego me estaré al amor del fuego otras dos horas ó tres.— Si me dais una *Gaceta*....
Monzon. No la doy; y es mucho exceso....
Marta. No me aburriré por eso, seor Monzon. Haré calceta.

[La saca de su bolso.]

Monzon. Calceta aquí! ¡Cosa extraña....
Marta. Ya que tanto se ha deshecho, diga el mundo satisfecho que hacemos algo en España.

[Queda haciendo calceta.]

ESCENA V.

MONZON. MARTA. FONSECA.

[Entra Fonseca con marcial desembarazo y vestido con ridícula afectacion.]

Fonseca. [Llegándose familiarmente á la mesa del portero.] -

Amigo Monzon!

Monzon. [Se levanta y le hace una profunda reverencia.]

¡Magnífico,

don Crisóstomo Fonseca!

Fonseca. Se ha quitado la jaqueta?*Monzon.* Sí, con aquel específico....

Vos ¿tan famoso?

Fonseca. Tal cual.*Monzon.* Risueño siempre y contento....

Pero ¿no tomáis asiento?

Fonseca. [Yendo á tomar una silla.]

Sí tomaré.

Monzon. En mi sitial.

[Se lo ofrece; Fonseca lo toma y Monzon ocupa una silla.]

Fonseca. [Sacando la petaca.]

Gracias. Ni un bajá del Bósforo

más á gusto se arrellana.

Vaya un puro de la Habana.

[Da á Monzon un cigarro y él toma otro.]

Monzon. [Enciende un fósforo y se le da.]

Estimando. Vaya un fósforo.

[Enciende cada cual su cigarro.]

Marta. (¡ Miren qué arbitrariedad tan propia de un hombre bajo! Al rico mucho agasajo,

- y al pobre..... una sequedad.)
Fonseca. No, como otros días, hoy vengo aquí á matar el ocio.
Monzon. Qué! traéis algun negocio? Serviros deseo. Soy.....
Fonseca. Para mi chico Eleuterio, que es la gloria de su raza, vengo á pedir una plaza de oficial del ministerio. Mi patrimonio es enorme y no busca emolumento; pero tendrá tratamiento y es bonito el uniforme.
Monzon. El caso es que no hay vacante.....
Fonseca. Eso no importa.

[Figurando escribir.]

Zis, zas!

- Se crea una plaza más ó se improvisa un cesante. Yo sé bien de qué registro me he de valer para el caso, mas soy pretendiente raso y no conozco al ministro. Ni á esos señores se va con ciertas proposiciones; pero hay otros escalones..... ¡pues! Monzon me insinuará.....
Monzon. Yo soy puro, incorruptible, y las manos no me unto. Es delicado el asunto. Pero se hará lo posible..... Sé que el jóven tiene méritos..... La ciencia.....
Fonseca. Le es antipática. En cuatro años de gramática no pasó de los pretéritos.
Monzon. Eh! siendo jóven.....
Fonseca. Cumplió por Febrero diez y siete.
Monzon. Quiere decir que..... promete.....
Fonseca. El que promete..... soy yo.
Marta. (Tanto tardar me da empacho. ¡Que cueste tales sudores el hablar á esos señores secretarios del despacho!)
Fonseca. Dejando ahora, Monzon, negocios tan peliagudos, ¿habeis visto los escudos de la nueva acuñacion?
Monzon. No, señor. De plata, ó de oro?

Fonseca. [Saca el bolsillo y pone sobre la mesa algunas monedas de oro. Ambos interlocutores dan la espalda á Marta.]

De oro. Qué buril! qué gusto! Mirad.....

Monzon. [Examinándolas.]

Sí. Qué bello busto! Y es de la Reina que adoro. Permite, Reina preclara,

que, aunque á los carlistas pese, á falta de piés te bese la linda y augusta cara.

[Besa las monedas.]

Fonseca. ¿Tanto os alegra, Monzon, su busto.....

Monzon. Si es fanatismo! Oh!....

Fonseca. (Siendo de oro, lo mismo besaria el de Neron.) Tomad.....

Monzon. Yo no. La avaricia.....

Fonseca. No como dinero; (el místico!) sino como objeto artístico.

Monzon. Las artes son mi delicia.

Fonseca. Guardad pues esa memoria, Monzon.

Monzon. [Recogiendo las monedas.]

Replicar no es justo; basta que tengan el busto de la Reina que es mi gloria;

[Fonseca se separa de Monzon y pasea.]

que súbdito más leal es imposible..... (Se aleja despues que el oro me deja. Vaya un hombre original!)

[Se sienta y vuelve á leer el periódico.]

Fonseca. [Acercándose á la chimenea.]

Como soy, que hace fresquillo.— Señora, os beso los piés.

[Tomando una silla.]

Marta. Si permitis..... Por qué no? Siéntese vuestra merced.

Fonseca. [Sentándose á la chimenea.]

El remusguillo convida..... Vos sois de casa?

Marta. ¿Por qué lo decis?

Fonseca. Esa calceta.....

Marta. En algo he de entretener el tiempo. Y no es infundada vuestra pregunta cortés, que aquí vive....; mal he dicho; aquí muere por la fe el infeliz pretendiente; y más si en triste viudez ni tiene dos lindos ojos que paso franco le den, ni ablandar puede con dádivas á un bárbaro como aquel.

Fonseca. [Riéndose.]

Pobre Monzon! Y en efecto su cara es bruta y soez,

pero ¡ama tanto las artes.....
[Abriendo una caja y ofreciéndosela.]
 Vaya un polvo de rapé.
Marta. *[Tomándolo.]*
 Muchas gracias. Ya me estaba durmiendo, y me viene bien. Ya se ve, las malas noches..... Como vivo de coser..... Diez y ocho meses sin paga! Año y medio! Esto es cruel. ¡En qué ha venido á parar aquel regalo, aquel tren..... Si viviera mi difunto.....
Fonseca. Por supuesto..... Ya se ve..... Si el difunto se murió!
Marta. Y yo, como viuda fiel, no he querido reemplazarle, aunque no ha faltado quien.....
Fonseca. No es maravilla. Estais tiesa todavía y esa tez.....
Marta. Entre otros me pretendió un teniente coronel..... Algo cascado, es verdad, pero al fin y al cabo.....
Fonseca. Pues.
Marta. No lo tome usted á chanza. Si no nos casamos, fué.....
Fonseca. (Porque él no quiso.)
[Siguen hablando en voz baja.]

ESCENA VI.

MARTA. MONZON. FONSECA. VIOLANTE.

[Ábrese la mampara y entra Violante acompañada de un portero que se retira saludándola respetuosamente.]

Monzon. *[Se levanta apresurado y la hace una profunda reverencia.]*

Señora!....
Violante. Aun no ha venido el Marqués!
Monzon. Sin duda estará en las Cámaras.
Violante. Bien está. Le esperaré.

[Se dirige á la chimenea y viendo á Marta se detiene.]

(En la chimenea Marta!)

[Al portero.]

Qué trae aquella mujer?
Monzon. Espera al señor ministro y pretende no sé qué.

Violante. Que le espere en la escalera. ¡Vaya que es avilantez.....

Monzon. Así se lo dije, pero me dió contraórden.....

Violante. Quién?

Monzon. El señor Romero.
Violante. ¡Abuso torpe! ¡Eleva al nivel de personas distinguidas á gente de ese jaez! Yo haré que ponga remedio el ministro.

Monzon. Bien hareis. La digo que se levante?

Violante. No; dejadla. Aquí estoy bien.

[Se sienta lejos de la chimenea.]

Monzon. Señor de Fonseca!

Fonseca. Voy.

[Se levanta.]

Doña Marta, hasta más ver.

Marta. Soy muy atenta.....

Fonseca. (¡Demontre de vieja! habla más que seis.)
 Qué hay Monzon?

[Se llega á la mesa del portero y éste le habla en voz baja.]

Marta. (Nada! no viene!)
 Acabemos este pié.)

[Sigue haciendo calceta; á poco rato empieza á dar cabezadas, y poco despues se duerme.]

Fonseca. *[En voz baja con Monzon.]*

De véras? Gallarda moza! Soberbia!

Monzon. No la flecheis. con el lente. Es cosa hecha si ella os quiere proteger, mas será preciso.....

Fonseca. Entiendo.

Monzon. No soy pájaro novel. Si os parece que yo sirva de introductor.....

Fonseca. Para qué?
 No hay que andarse por las ramas.

[Acercándose á Violante, y saludándola.]

Yo me doy el parabien de conocer á la hermosa condesa del Rosicler.

Violante. Vuestra humilde servidora, caballero, aunque no sé quién.....

Fonseca. Crisóstomo Fonseca, propietario en Santander y sibarita en Madrid, donde el fausto de un virey ostento, y sin que me engría de alta alcurnia el oropel, soy rico-hombre porque soy hombre rico: lo entendeis?

Violante. Gastais buen humor. Sentáos.

Fonseca. [Se sienta al lado de Violante.]
Por gastar no sé qué hacer.

[Abriendo una cajita de oro.]

¿Me atrevería á ofreceros
confites?

Violante. [Tomando dos ó tres.]

Bonita es
esta caja.

Fonseca. Más bonita
sois vos.

Violante. Favor que me haceis.

Fonseca. Guardadla.

Violante. Oh! no.

Fonseca. Bagatela!

Porque es de oro, ese desden?
Perdonadme; no las gasto
de otro metal.

Violante. No os priveis
de tan preciosa cajita.

Fonseca. En casa tengo otras diez.—
Si algun escrúpulo os queda,
hagamos un cambio.

Violante. Eh?
Segun como sea el cambio.

Fonseca. Aunque os pida un alfiler
saldré siempre ganancioso.

Violante. Qué galante!

Fonseca. Dadme pues
esa rosa del cabello.

Violante. Mas ¿qué dirán si lo ven?

Fonseca. Es verdad. Decid que es mia
y luégo me la dareis.

Violante. En hora buena. Negaros
tan corto favor no es ley.

Fonseca. Corto? Vos podeis hacerme
otro mayor si quereis.

Violante. Poco á poco!....

Fonseca. Sosegáos.

Ya no soy ningun doncel.
Sois muy dama para mí;
yo tengo pudor tambien
á mi modo; y aunque admiro
ese garbo y esa tez
para desbancar á un prócer
es muy poco mi poder....,
y muy largos mis colmillos
para ser chulo de á pié.

Violante. No es el Marqués mi galan,
sino mi novio, y creed....

Fonseca. Si creo.

Violante. Y de otra manera
yo no sufriria....

Fonseca. Amén.
Dios os haga bien casada
y colmado fruto os dé
de bendicion conyugal.

Violante. Os agradezco....

Fonseca. Ahora bien,
suponiéndoos grande influjo....
sobre el ministro....

Violante. Tal vez....

Fonseca. [Bajando la voz, y Violante hará lo mismo.]

Á un rapazuelo hijo mio
os ruego que coloqueis....

Violante. Dónde?

Fonseca. En la secretaría.

Violante. Aunque es alta la merced,
ya supongo que el muchacho
será digno de ella....

Fonseca. Pche!....

No me toca á mí alabarle.

Violante. Ni otro informe ha menester
que ser hijo vuestro.

Fonseca. Gracias.

Violante. Pero es difícil.... Ya veis....
La plaga de pretendientes....
Tanto varon de honra y prez
sin empleo.... Será fuerza
hacer inclinar el fiel
de la balanza....

Fonseca. Con oro.

Violante. No creais que mi interes
personal....

Fonseca. Qué disparate!

Dama de alto chapitel
¿cómo es posible.... Son fondos
reservados....

Violante. Eso es.

Fonseca. Para fomentar.... Eh?

Violante. St.

Fonseca. Pues ya! Para objetos de....

Violante. Cabal.

Fonseca. ¡Proyectos...

Violante. ¡Oh...

Fonseca. ¡Cosas...

Cuánto reza el arancel?

Violante. Eh! no hay prisa.... Lo que urge
es poner piés en pared
hasta lograr el destino.

Fonseca. Ya, por supuesto.

Violante. Y después....

Fonseca. Ya traia el memorial....

Violante. Bien. Dadme acá ese papel.
Descuidad, que así que vea
al ministro le hablaré....

Fonseca. Corriente. ¿Y será del caso
que me presente al Marqués....

Violante. St, á la noche. Dadme tiempo
para prepararle.

Fonseca. Bien.

¿Cuándo sabremos....

Violante. Hoy mismo.

Fonseca. Á qué hora?

Violante. Al anochecer.

Fonseca. ¿Qué seña....

Violante. [Le da una tarjeta.]

En esta tarjeta
las de mi casa teneis.
Con ella....

Fonseca. Enterado. Abur.

Iré á besar vuestros piés.

[Cantando al irse con marcialidad.]

Oh che volpe sopraffina!

Violante. (Vaya en gracia! No es mal pez.)

ESCENA VII.

MONZON. VIOLANTE. MARTA.

Monzon. (Alegre va don Crisóstomo.
Propina habrá.)

Marta. [Despertando.] Me he dormido!

[Á Monzon.]

Ha venido Su Excelencia?

Monzon. No, señora.

Marta. [Se levanta recogiendo la labor.]

Ya hace un siglo

que espero.... Doña Violante!

Vos por aquí! ¿Qué motivo....

Violante. No os importa.

Marta. ¿Aun me guardais
el rencor? Ea, pelillos
á la mar.

Violante. Eh, calle; apártese
la impertinente.

Marta. Aspacito,
que la palabra de Dios
á nadie, ni á los judíos
se niega; y no estais ahora
en vuestra casa. ¡Pues digo....
¿Querrá tambien la Excelencia
echarme de este recinto?
Si allá me vino con fueros
porque pedí lo que es mio,
no aquí....

Violante. Jesus, qué mujer!

Marta. Y los sordos han de oírnos
si suelto la de sin hueso.

Violante. Por no hacer un desatino
me voy.

[Al portero.]

Dad esa tarjeta
al Marqués. Yo me retiro.
Ved aquí los resultados
de admitir en este sitio
á mujeres de....

Marta. De qué?

de qué?

Violante. De bajos principios.

ESCENA VIII.

MARTA. MONZON.

Marta. Cómo se entiende!.... Oiga, espere;
le diré cuántas son cinco.

Monzon. [Recogiendo la tarjeta, los periódicos
y algunos pliegos.]

Señora, ved que no estais

II.

en la plaza. Yo os prohibo....
Marta. ¡La muy.... Bien; teneis razon.
Me contengo, me reprimo....
Pero yo no me he criado
en las malvas, y si digo
lo que sé de ella....

[Monzon entra, sin hacer caso de
Marta, en el despacho del ministro.]

Que á fe
que me ha contado un vecino
maravillas; y ojalá
las hubiera yo sabido
esta mañana temprano,
que ¡voto va, no va á Cristo....

ESCENA IX.

MARTA. PEREDA.

Pereda. Ha venido Su Excelencia?

Marta. Qué insulto! qué despotismo!—
¿Conoceis á esa señora
que en la escalera habreis visto?

Pereda. Á la condesa Violante?

Marta. Esa. El título es postizo.

Pereda. Mirad....

Marta. Es una embustera.

Pereda. Señora....
Marta. Y en el hospicio
las hay mucho más honradas.

Pereda. Cómo!

Marta. Y si el jefe político
supiera lo que se pesca,
la pondria....

Pereda. Qué vestigio!

Escuchad....

Marta. Donde merece.
Sí, señor, á ella, y á un primo
que tiene...

Pereda. ¿Qué...

Marta. Á un tal Pereda...

Pereda. Mirad lo que....

Marta. Que es un pícaro.

Yo no le conozco, pero

¡qué lástima de presidio!

Pereda. Deslenguada! Si supierais
quién soy....

Marta. Me importa un pepino
el saberlo.

ESCENA X.

PEREDA. MARTA. MONZON.

Monzon. ¡Con mil diablos,
señora....

Marta. Y digo, y repito....

Una voz } Su Excelencia!
dentro. }
Otra voz }
más } Su Excelencia!
cerca. }

Monzon. [Abriendo la mampara.]

Silencio!

[Apartando á Marta y á Pereda.]

Á un lado! El Ministro!

ESCENA XI.

PEREDA. MARTA. EL MARQUÉS. MONZON.

Marq. Monzon.

Pereda. Señor.....

Marq. [Á Pereda.] Un momento.....

Monzon. Mande Ucencia.

Marta. Excelentísimo señor.....

Marq. [Dando un papel á Monzon.]

Tomad esta nota,
y que el jefe del archivo
os entregue sin tardanza
los documentos que pido.

ESCENA XII.

EL MARQUÉS. MARTA. PEREDA.

Marta. [Á quien toma la delantera Pereda.]

Señor..... (Se puso delante!)

Marq. [Á Pereda tomando su memorial.]

Qué quereis?

Pereda. Yo solicito
que Vucencia me coloque.....

Marq. Todos pretenden lo mismo,
y para acallar á todos
veo que será preciso
establecer en el reino
para cada hombre un destino.

Pereda. Ya debe de estar Vucencia
informado..... Soy el primo
de Violante.

Marq. Ah! Lo celebro.

Marta. (Qué escucho!)
Marq. Seréis servido.

[Siguen hablando en voz baja.]

Marta. (¡Y yo entre oreja y oreja
mil tempestades le he dicho
sin conocerle! Me alegro.)

Marq. Id.....

Pereda. No tengo más padrino

que Vucencia.....

Marq. Id descuidado.

(Tiene una traza de pillo!.....)

Pereda. Dios guarde á Vucencia.....

Marq. [Con afabilidad.] Adios.

ESCENA XIII.

EL MARQUÉS. MARTA.

[El Marqués se dirige á su despacho y le detiene Marta.]

Marta. Señor!.....

Marq. No os habia visto.—

Ah! Sois vos!

Marta. Os vengo á hablar
sobre aquel memorialito.....

Marq. Tengo prisa.....

Marta. Y á entregaros
este otro sobre el destino
para mi yerno futuro.

[El Marqués lo toma con la mano
izquierda y lo conserva en ella sin
desdoblario, teniendo en la derecha el
de Pereda.]

Marq. (Para su yerno! ¡Maldito
sea su yerno!) Id con Dios.

Marta. ¿Y así....., con ese desvío
me despedis?

Marq. No hay un cuarto.

Marta. Pero.....

Marq. No puedo serviros.
(¡ Sólo falta que la madre
me dé ahora un tabardillo!)

Marta. Esta mañana me disteis
palabra.....

Marq. Fué un compromiso.....

Marta. Ni media paga siquiera!

Marq. Qué importunidad! Ya he dicho.....

Marta. Si á lo ménos me emplearais
al muchacho.....

Marq. Y ¿con qué títulos
viene á pretender.....

Marta. Mayores
los tendrá tal vez el primo
de Violante.

Marq. Qué decis?

Marta. Vale mucho un buen palmito!

Marq. Qué osadía! Retiráos.

No volvais más á este sitio.
Tomad vuestro memorial.

[Tira al suelo hecho pedazos el me-
morial de Pereda y dobla un pico al
de Castro.]

Marta. Qué injusticia!

Marq. [Entrando en su despacho.]

Así castigo
á insolentes.

ESCENA XIV.

MARTA.

Yo..... ¡Me ha dado
con la puerta en los hocicos!

ESCENA XV.

MARTA. CASTRO.

Castro. ¡Señora.....

Marta. [Volviéndose.]

¡Quién..... Pobre Castro!
En hora menguada vienes.
Maldiciendo aquí me tienes
la triste vida que arrastro.
Confiado en tu virtud,
vendrás á saber ansioso
el resultado dichoso
de aquella solicitud.
Hijo mio, no hay consuelo
para ti ni para mí.
Mira el memorial allí
hecho trizas en el suelo.
Qué horror, ánimas benditas!....
Y eso que en cas de Violante
dió palabra termipante
de dolerse de mis cuitas.
¡Ahora tanta displicencia,
y ántes brindaba mercedes!
Explícame tú si puedes
tan extraña inconsecuencia.
Ó ha perdido su cordura
en un romántico acceso,
ó le ha baldado el Congreso
con un voto de censura.

Castro. Otra es la causa, señora,
de su rabia y su despecho,
y el desaire que os ha hecho,
no á vos, á él sólo desdora.
No mendigo su favor,
porque ya le conocí.

Vengo á arrancaros de aquí
para salvar vuestro honor.

Marta. Cómo!....

Castro. Tan noble en su ira
como en su amor..... de visir,
ha querido seducir
á mi adorada Ramira.
Se introdujo en vuestra casa

un agente de sus vicios.
No es mucho; tales servicios
se suelen premiar sin tasa.
Aventuró su osadía
la infame proposicion,
que con casta indignacion
rechazó la prenda mia.
Porfiaba temerario,
llego entónces, oigo, acudo,
y fué mi primer saludo
un puntapié al emisario.
Entónces el perillan
me amenazó con su amo,
y de un tramo en otro tramo
le eché rodando al zaguan.

Marta. ¡Traidor..... Ahí está el busflis!

¡Y teniendo ya otra moza
que se pierde una corozca.....
¡Hum..... Se me enciende la bílis.
Estoy hecha un Satanas,
y si le pillase ahora.....

Castro. Huyamos de aquí, señora,
y no volvamos jamás.

Marta. No volver? No vuelvas tú,
que eres hombre, y no conviene;
mas yo ¡perene y perene,
por vida de Belcebú!

Lo que yo vengo á pedir
es mio, y mio, y remio;
si, señor, y el monte-pio
no me dejará mentir.
Yo pido justicia neta,
y para instalarme aquí
me traeré la cama, sí,
como hoy traje la calceta.
Eso faltaba! Hola, hola!
En casa la niña, tate!
Yo estoy fuera de combate
y ya puedo andarme sola.
Su rabia será completa
cuando vea de continuo
en vez de un rostro divino
una cara de vaqueta.

Castro. Basta!....

Marta. [Tomando el brazo de Castro y yéndose.]

Y prontito.....

Castro. Venid.....

Marta. Ha de darme la mesada,
ó esta noche hay asonada.....

Castro. ¡Vámonos.....

Marta. Y arde Madrid.

[Vanse por donde entraron.]

ACTO TERCERO.

Despacho del ministro ricamente adornado. Gran mesa de escritorio con papeles, expedientes, libros, &c. a la derecha del actor la puerta de la antesala. En frente de esta dos balcones, y entre ellos una chimenea. Puerta en el foro que da paso á la secretaria, y otra más pequeña en la misma línea.

ESCENA I.

EL MARQUÉS. ROMERO.

Marq. [Sentado en un elegante sillón delante de la mesa, con un periódico en la mano.]

Otra personalidad!
¿Qué tienen que ver el trono,
ni la patria ni la ley
con si yo cómo ó no cómo,
si me visto ó no me visto
con este sastre ó el otro,
si es bella ó no mi querida,
si madrugo ó si trasnocho,
si gasto ó no carretela,
si estoy flaco ó si estoy gordo?

Romero. [Con un legajo en la mano.]

Siempre fué la comidilla
de esos papeles periódicos
satirizar al que manda,
á no mediar..... Pues! Supongo
que me entendéis. Pero el hombre
de estado, á fuer de filósofo,
mira con igual desden
las pullas y los encomios.

Marq. Las personales diatribas,
bien, pasen: yo las perdono;
¡pero sumar, como lo hacen
en este artículo anónimo,
con mi sueldo de ministro
lo que de mis tierras tomé,
y en la partida de data
acumular á su antojo
guarismos sobre guarismos
con el intento piadoso
de insinuar que cubro el déficit
enorme con lo que robo!

Romero. Acaso no ha pretendido
sino acusaros de pródigo.....

Marq. Qué sabe él lo que yo gasto?
Qué sabe él lo que yo cobro?
Robar..... De dónde? Imposible.
Manejo yo acaso fondos?
Arruinarme....., puede ser;

¿mas qué le importa á ese zoilo,
pues yo no le pido nada,
que me lleven los demonios?

Romero. Ea, no hay que sofocarse,
señor Marqués.—Vaya un polvo.

[Saca la caja y se lo ofrece.]

Marq. No lo gasto.—Y, no hay remedio,
de ese falso testimonio
¿qué infiere el vulgo maligno?
Que soy ladrón ó tramposo,
y esto, ya pasa de injuria
personal.

Romero. Eh!.... Segun cómo.....

Marq. No hay segun. Aquí se ataca
al Gobierno.

Romero. En cierto modo.....

Marq. Y es preciso denunciar
el escrito.

Romero. No me opongo.....

Marq. Al momento. De real orden.

Romero. Como artículo injurioso?

Marq. Como subversivo.

Romero. Pero.....

Marq. ¿Dudais.....

Romero. No, ni por asomo.....
(Cómo ciega la pasión!)
Pero el jurado.....

Marq. Es negocio
concluido. ¿Hay algo más
que despachar? Venga pronto.

Romero. Nada por hoy. —No me atrevo,
como os veo en tal enojo,
á preguntaros si aquel
proyecto de ley famoso.....

Marq. El de las medidas?

Romero. Ese.

Marq. Desechado por cien votos
contra veintinueve.

Romero. Malo!

Marq. Contaba con el apoyo
del centro, y se me desfila
á la izquierda.

Romero. Sí? *Malórum!*

Y esa oposicion terrible
¿contra vos se ha alzado sólo,
ó se extiende á los demas

compañeros?
Marq. Sí, sí, á todos.
Romero. Vaya por Dios. Mal de muchos diz que es consuelo.....
Marq. De tontos.
Romero. Aunque no estais para gracias, os recuerdo respetuoso las plazas de secretarios que vacan.....
Marq. Hoy me propongo proveerlas.
Romero. Bien sabeis que tengo el genio algo corto y nunca os pedí mercedes para mí ni para otros; mas hoy por primera vez vuestra proteccion imploro en favor de un pretendiente que juzgo muy á propósito para una de esas vacantes. Es un excelente mozo. Lo creo, mas.....
Marq. Muy honrado.....
Romero. No obstante.....
Marq. Muy estudioso, y sus principios.....
Marq. Hay muchos empeños..... Cada neófito tiene sus mecénas.....
Romero. Yo.....
Marq. He aquí el mayor escollo de un ministro, el *personal*.
Romero. Sujeto por quien yo abogo, podeis creer.....
Marq. Otro tanto dicen los demas patronos, pero las plazas son cinco, y tengo ya un promontorio de memoriales.
Romero. Si al fin ha de haber tantos quejosos, ¿qué más da.....
Marq. Si es una peste! Como buitres, como lobos al olor de una vacante se abalanzan de ocho en ocho. Qué digo vacante? Ayer fué acometido de un cólico el contador de correos, y al salir del dormitorio me pidieron hoy su plaza media docena de prójimos.
Romero. No lo extraño. Pero el mérito de mi ahijado... Habrá muy pocos...
Marq. En fin, veremos..... Se hará lo que se pueda.
Romero. Yo os cojo la palabra.....
Monzon. [Anunciando desde la puerta de la derecha.]
 La condesa

del Rosicler.

Romero. (Un estorbo!)

Marq. Adelante. Permitted.....

Romero. (Faldas! Mi gozo en un pozo.)

[Saluda al Ministro y á Violante y se retira por la puerta de la secretaría.]

ESCENA II.

VIOLANTE. EL MARQUÉS.

Marq. Violante!

Violante. [Sentándose al lado del Marqués.]

¡Gracias á Dios

que al fin nos vemos los dos!

Marq. Vuelto me tienen el juicio los asuntos del servicio.

Violante. No hay forma de hablar con vos.

Hoy me sequé en la antesala

con gente soez y espuria,

y despues, oh mengua! oh furia!

Marq. Qué es eso?

Violante. Me siento mala.

Marq. Qué te duele?

Violante. Atroz injuria!

Marq. Cómo!.....

Violante. La esposa altanera

del vizconde de la Riva

suelta al verme la saliva

y tomando la otra acera

me mira de abajo á arriba.

Marq. Eh! ¿qué importa.....

Violante. Á un estropajo

no se trata.....

Marq. Eso no es nada.

Aprension.....

Violante. Estoy medrada!

Aprension? Y el salivajo?

Marq. Puede que esté embarazada.

Violante. Es muy justa mi querella

y el alma se me destroza.....

Marq. No hagas caso. Así resuella

porque eres tú mejor moza

y más elegante que ella.

Violante. Tal creo, mas sin castigo

no ha de quedar el insulto.

Marq. Si tiene envidia, consigo

lleva la pena.

Violante. Hay indulto?

Pues no vuelvo á hablar contigo.

Marq. Niñadas.....

Violante. Á ti te alcanza

el desaire que me aflige.

Ella, ó yo. No hablo de chanza.

Marq. Pero, hija mia.....

Violante. [Se levanta.] Ó venganza,

ó hago dimision. Elige.

Marq. [Levantándose.]

Yo soy tu esclavo, Violante,

mas, ya ves, la injuria ha sido de mujer, y no es bastante.....

Violante. Pague la pena el marido.

Marq. ¡Cómo.....

Violante. Déjale cesante.

Marq. Pero, hija, has perdido el seso?

¡A un director general

dejar cesante por eso!

Qué dirian? No haré tal.

Y sin forma de proceso!

Violante. De eso no me cuido yo,

mas ya dije mi *ultimato*.

Le depones? Sí, ó no.

Marq. Es una injusticia.

Violante. Ingrato!

Marq. Pero, mujer.....

Violante. [Yéndose.] Se acabó!

Marq. Qué! te vas?

Violante. Quién lo creyera!

¡Mantener á ese hombre en zancos

despues de injuria tan fiera!

¡Y quizá vota en los bancos

de la oposicion!

Marq. Espera.

Con efecto, hoy desertó

de las filas del Gobierno.

¿Y por qué mi subalterno

no ha de votar como yo?

Mas se va á armar un infierno.....

Violante. [Llorando.]

Basta. ¡Adios....., adios.....

Marq. Detente.

Todo por ti lo atropello.

[Toca la campanilla, se sienta y escribe rápidamente. Al portero, que asoma.]

Que venga aquí don Clemente Solis inmediatamente.

Violante. [Sentándose.]

Gracias. Mi honor iba en ello.

(Es mucha mi autoridad.

Con cuanto quiero me salgo.)

Marq. Lo siento, que es buen hidalgo.

[Escribiendo.]

«De orden de Su Majestad, et cætera.»

ESCENA III.

EL MARQUÉS. VIOLANTE. SOLIS.

Solis. Quereis algo?

Marq. Esta minuta interesa.

Haced que sin dilacion

venga copiada á mi mesa.

Violante. (No dirá el señor Baron que he faltado á mi promesa.)

Solis. Está bien.

[Ojeando la minuta.]

¡Exonerais

de su destino al Vizconde!

Marq. Sí.

Solis. (Qué injusticia!) ¿De dónde viene el golpe.....

Marq. No os metais en lo que no os corresponde.

ESCENA IV.

EL MARQUÉS. VIOLANTE.

Marq. Quieres más? estás contenta?

Violante. Sí, mi bien.

Marq. Por darte gusto

hago un descontento más.

Vale Dios que no son muchos!

Violante. Tambien ganas un amigo

en el director futuro,

y la misma cuenta sale.

Marq. ¿Quién sabe.....

Violante. Váyase el uno

por el otro.

Marq. Cuando sepan que por un antojo tuyo.....

Violante. [Con zalameria.]

No te enfades, que áun estoy

afectada de los músculos,

y de ver ese entrecejo

me estremezco y me atribulo.

En premio de esa fineza,

que agradezco hasta lo sumo,

exige de mí imposibles,

que no puede haber ninguno

para el amor que te tengo;

y si áun es débil tributo

mi honor por ti abandonado

á los sarcasmos del vulgo,

pide mi sangre, mi vida,

y contenta iré al sepulcro.

Marq. No más! Qué dices? Yo soy tu amante, no tu verdugo.

ESCENA V.

EL MARQUÉS. VIOLANTE. SOLIS.

Solis. [Dándole un oficio.]

Aquí teneis puesta en limpio

la real orden.....

Marq. [Despues de firmarla.]

Dadle curso.

ESCENA VI.

EL MARQUÉS. VIOLANTE.

- Violante.* Si no temiera abusar, hablaría de otro asunto.....
- Marq.* Qué asunto?
- Violante.* Un empeño mio. Nunca faltan importunos.....
- Marq.* Bien. Qué quieres?
- Violante.* Una plaza de oficial; se entiende, de último oficial del ministerio.....
- Marq.* Para quién?
- Violante.* Para un alumno de no sé qué seminario. Dicen que promete mucho.....
- Marq.* Algun niño que tal vez está estudiando gerundios.
- Violante.* Yo no sé, pero su padre es hombre rico y de influjo..... Le he dado ya mi palabra, y, ya veis, si no la cumplo.....
- Marq.* Pero, hija, si no hay vacante!
- Violante.* No le hace. Se quita á alguno.....
- Marq.* No más alcaldadas, no.
- Violante.* Pues bien, tomad otro rumbo. Dad la plaza del vizconde, plaza de honor y de lucro, á uno de esos caballeros; los ascensos por su turno á los demas, y á mi ahijado la resulta; así á ninguno se agravia.....
- Marq.* Y los pretendientes? ¿Y qué dirá luego el mundo si el agraciado es un tonto sin práctica, sin estudios.....
- Violante.* Ya se irá soltando aquí poco á poco. Otros más rudos.....
- Marq.* Vaya que hoy tienes caprichos originales, absurdos.
- Violante.* ¿Hay más que dejarle luego cesante? Vaya un apuro! Salga yo del compromiso en que su padre me puso, y lo demas.....
- Marq.* De ese modo.....
- Violante.* No te admira mi discurso?
- [Sacando un papel que pone sobre la mesa.]
- Aquí queda el memorial. Cuando tengas dos minutos de tiempo dictas las órdenes.....
- Marq.* Eso es! así! de barullo!
- Violante.* Me envias el nombramiento.....
- Marq.* Bien está, pero te anuncio, que si es necio, á las primeras de cambio le destituyo.— Y, por Dios, mira otra vez por quién te empeñas.
- Violante.* Te juro

no volver á molestarte.— Sólo falta que á ese tuno de mi primo..... ¿No ha venido á presentarse.....

- Marq.* Aquí estuvo; me entregó su memorial; yo doblé, como acostumbro, un pico.....
- [Lo busca en la mesa.]
- Violante.* Ya entiendo. En muestra de favor.
- Marq.* Pues es el único que hoy he doblado..... Aquí está. Voy á decretarlo al punto.
- [Escribiendo.]
- «Concedido.» Puedes darle el parabien.
- Violante.* Te aseguro que es mia la enhorabuena, porque me da mil disgustos, y hasta perderle de vista..... Pero adios, adios, que abuso de tu bondad demasiado. Si lo permite el bien público, ¿irás á verme esta noche al palco?
- Marq.* Lo dificulto. Hay consejo de ministros; tengo entre manos un cúmulo de negocios.....
- Violante.* Jesus! ¡Siempre negocios! Yo me consumo. ¿Sabes que ya tengo celos del Gobierno?
- Marq.* Son injustos.
- Adios.
- Violante.* (He aquí un grande hombre! Pobretes! Todos son unos.)

ESCENA VII.

EL MARQUÉS.

Ya se ha ido. Respiremos. ¡Es singular el influjo de esa mujer sobre mí! Si á mi corazón pregunto la causa, nada responde, y si en mi razon la busco, de mi flaqueza me acusa y romper me manda el yugo. A ser yo supersticioso diria que algun conjuro..... Cuando de ella me separo tengo vehementes impulsos de olvidarla para siempre; la vuelvo á ver, y sucumbo. ¡Pero es tan sagaz, tan bella, tan nombrada en el gran mundo! Un banquero, un par de Francia,

un lord, un príncipe ruso
disputaban sus favores,
y al cabo fué mio el triunfo!
Esto es glorioso! No obstante,
por satisfacer un lujo
pueril arruino mi casa
y mi opinion aventuro.
Aquella preciosa niña.....
Por sólo un halago suyo
daria..... Mas ¿quién creyera
que aquel vestidillo oscuro
cobijara una virtud
tan tenaz, tan fuera de uso?
Ya se ve, yo no esperaba
que defendiese aquel muro
el temerario galan
que á Martin dejó contuso.
¿Cómo ha de ser! Soy ministro,
no gladiador; y renuncio
á esa beldad si es forzoso
ganarla á fuerza de puños.

ESCENA VIII.

EL MARQUÉS. EL BARON.

Baron. [Entrando.]
Dais vuestro permiso?
Marq. Entrad, señor Baron. Adelante.—
No venis de buen talante.
Hay alguna novedad?
Baron. Temo.... Todo está tranquilo.....
Nada se confirma aún.....
pero si es cierto el run, run,
teneis la vida en un hilo.
Marq. La vida! ¿Cómo.....
Baron. Yo os hablo
de vida ministerial.
La cosa se pone mal
y no se descuida el diablo.
Marq. Intrigas de ciertas gentes;
pandillas.....
Baron. Sí, yo confieso.....
pero, como ya el Congreso
os ha enseñado los dientes.....
Marq. Eso me da en qué pensar.
Baron. La derrota de este dia
despopularizaria
al hombre más popular.
Marq. Ya recobrará su imperio
el gabinete.
Baron. Tal vez,
pero desde hoy á las diez
se habla de otro ministerio.
Marq. Yo deseo mi retiro,
que es duro el vivir así.—
Pero ¿qué dicen de mí?
De dónde me viene el tiro?
Baron. No sé. Cada cual se escuda
con la opinion nacional.....

Marq. Y la entiende cada cual
á su manera.
Baron. Sin duda.
Ello es que va progresando
la pública antipatía.
Dicen que os falta energía
y no os sobra el don de mando.
Hay quien os llama indolente.
Otro dice «No hay más ley
que su capricho; es un bey;
es un sátrapa de Oriente.»
Dice otro, que en lo privado
impertinente se interna:
«Quien su casa no gobierna
mal gobernará el estado.»
Guerra igual, el mismo enojo
en los dos bandos se advierte;
éste os acusa de fuerte
y aquél os tilda de flojo.
Otro dice: «En sus espaldas
sustentar no puede el solio.»
Otro habla de monopolio,
y si hay faldas ó no hay faldas.
Ya el culparos es precepto
general, segun parece,
y el que más os favorece
dice que sois un inepto.
Marq. Al oiros me confundo.
Sois mi juez, ó sois mi amigo?
Baron. Yo no os digo lo que digo;
digo lo que dice el mundo.
Marq. Sí, los de la otra bandera
y cuatro amigos ingratos,
pero los hombres sensatos
hablarán de otra manera.
Baron. No basta obrar con justicia,
que, si callan los prudentes,
siempre hallan los maldicientes
alimento á su malicia.
Marq. Es verdad.
Baron. Un golpe en falso
disteis ayer, y hay patriota
que como crimen lo nota
y os llevaria al cadalso.
Marq. Y qué ha sido?
Baron. Un desacierto,
una leve distraccion:
dar una administracion
provincial...
Marq. ¿A quién?
Baron. Á un muerto.
Marq. Cómo!
Baron. Don Pascual Vadillo.....
Marq. Ese el agraciado es.
Baron. Murió del tífus ha un mes
en la ciudad de Trujillo.
Marq. De véras? Con tanto asunto....
[Riéndose.]
El bueno de don Pascual
me remitió el memorial
y no la fe de difunto.
Dios le dé la gloria, amén.

Aunque siento el *lâpsus linguæ*,
al cabo la plaza, es pingüe
y á otro le vendrá muy bien.
Baron. Pero lo que más aviva
la saña de esa faccion
es.....

Marq. Qué?

Baron. La destitucion
del vizconde de la Riva.
Marq. ¿Qué decis! Hace un instante
que firmé el decreto, ¡y ya.....

Baron. Y añaden: «Bravo! Ya está
vengada doña Violante.»

Marq. [*Sonriéndose.*]

De véras? Por vida mia
que sois un árgos, un lince,
y á *Fouché* dais falta y quince
en eso de policía.

Baron. No alabeis mi perspicacia,
que aunque yo no me descuido,
todo el pueblo lo ha sabido
antes que yo.

Marq. Vaya en gracia!

Con público tan profeta
¿quien respira sin que suene.....

Baron. Tambien el público tiene
su policía secreta.

Marq. ¿Conque es inminente el riesgo?

Baron. Aprovechad el aviso.

Marq. Pues conjurarle es preciso,
qué opinais? Á ver qué sesgo.....

Baron. No sé..... Disolver las Córtes.....

Marq. Habrá reeleccion.

Baron. Lo temo.

Marq. Y ese es un partido extremo.....

Busquemos otros resortes.
Destierre la policía
al que esos planes concierta
y á sus secuaces.....

Baron. (Desierta
la capital quedaria.)

Aun está la trama oculta.
Dias ha que sudo el quilo
hasta descubrir el hilo.....
Veremos lo que resulta.

Marq. Mientras gastais tanta fiema
descargar puede el nublado.

Baron. Si dais un golpe de estado
mayor será el anatema.
Atacar la libertad

del ciudadano, es exceso,
y no esperéis del Congreso
un voto de indemnidad.

Marq. No, que es ya contrario mio,
y dura todo un trienio!

Baron. aquí del ingenio!
Sólo en el vuestro confío.
Alguna farsa inventad,—
yo pagaré al corifeo—,
y volvedme al apogeo
de mi popularidad.

Baron. Entiendo el maquiavelismo.

Pues el enemigo mina,
Vucelencia determina
contraminar.....

Marq. Eso mismo.

Haceis que de pronto estalle
una faccion.....

Baron. De qué gente?

Marq. De adictos al Pretendiente.

Cuatro tiros en la calle.....

Generala y mucha bulla,
cargas, prisiones, matralla.....;

se dispersa la canalla;

la persigue una patrulla;

cogemos en el garlito

con teatral aparato

á algun pobre mentecato

de los que dieron el grito.....

Con esto, y una proclama,

y un bando, y una justicia,

y una cruz á la milicia,

sube al cielo nuestra fama.

Baron. Basta. Si vuestro interes

lo pide.....

Marq. Sí.

Baron. Habrá bullanga.

Marq. Sí; un motin de mojiganga.....

Baron. Seréis servido, Marqués.

ESCENA IX.

EL MARQUÉS.

Lo hará á las mil maravillas,
porque es astuto y sagaz
como él solo. Si yo caigo,
tambien el Baron caerá.
Mi garante es su egoismo
que le obliga á ser leal.

[*Mira el reloj y toca la campanilla.*]

Ya es tarde y tengo consejo
de gabinete.—Estarán
esperándome.—Monzon!

Monzon. [*Junto á la puerta.*]

Mande Vucencia.

Marq. Llamad

á Romero.

Monzon. Voy.....

Marq. Volando.

[*Entra Monzon en la secretaria.*]

Esta crisis ya es fatal,
mas yo espero que Cristina
me apoye.

ESCENA X.

EL MARQUÉS. ROMERO.

Romero. Qué me mandais?

Marq. Tomad esos expedientes

que están decretados ya.
Estos otros, á la noche.
Mañana se nombrarán
los secretarios vacantes.

Romero. Y entre ellos ¿tendrá lugar
mi ahijado?

Marq. Hoy estais, Romero,
importuno por demas.
Hay otros más beneméritos.
Ya os he dicho.....

Romero. Perdonad.
Yo creí..... Como dijisteis.....

Marq. Bien, bien. Otra vez será.

ESCENA XI.

ROMERO.

Mal humor lleva. Sin duda
la crisis ministerial,
que se va haciendo muy seria,
le da mucho en que pensar.
Llevemos estos papeles
á las mesas..... Aquí hay
un pico doblado. ¿A ver?
¿Será cosa de entidad.....
Leamos. Alfonso Castro.....

¿Qué veo! Es el memorial
de Marta. La misma letra,
el mismo papel: no hay más!
Pues ¿cómo el Marqués... Veamos
el decreto marginal.

[Lee.]

«Concedido.» ¡Y Su Excelencia
le acaba de desahuciar!
Qué sorpresa! ¡Extraño modo
de mostrarme su amistad!
Pero, señor, ¿es posible.....
¿Lo habrá cambiado quizá
por otro? Qué! no. Y el pico?
Es cosa particular.
Ni siquiera oyó su nombre,
y ahora..... Habrá sido tal
la porfía de la vieja.....
Algun empeño eficaz.....
Pero en fin mi protegido
se coloca, y tendrá pan
su familia, y habrá boda,
y yo seré en el altar
su padrino..... Y siendo así,
¿á qué hilarme con afán
el seso..... Hágase el milagro
y aunque lo haga Satanas.

[Entra en la secretaría.]

ACTO CUARTO.

La decoracion del acto segundo. — Es de noche.

ESCENA I.

MARTA. MONZON. PRETENDIENTES.

[Marta, multitud de viudas y huérfanas y otros
dos ó tres pretendientes ocupan la chimenea.
Los demas hombres pasean por la sala ó hacen
corrillos. Todos charlan á un tiempo, especial-
mente las mujeres.]

Monzon. Señoras! Por Dios! Silencio!
Este es ya mucho desórden.
Mujer 1ª Ni áun hablar nos dejarán?
Mujer 2ª Miren el bruto!
Mujer 3ª El bodoqué!

[Siguen charlando las mujeres.]

Homb. 1º [Al segundo, mostrándole sus papeles.]
Ya veis si tengo servicios.
Ya veis qué buenos informes.
Aquí certifica el cura,

aquí cinco regidores.....
Pues si me dan el destino,
clávenmelo en el cogote.
Homb. 6º Ya me canso de esperar.
Caballeros, buenas noches.

[Vase.]

Marta. [En voz baja á las mujeres.]

Si esta noche no cobramos
y seguis mis instrucciones,
va á haber aquí, sin recurso,
mostrencos y capirotos.
Oid.....

[Cuchichean con gestos y manoteos ex-
presivos.]

Homb. 3º [En un corrillo.]

¿Se trata de nuevo
ministerio?

Homb. 7º Sí; no se oye

otra cosa.
Homb. 3º ¿Y quiénes son los que.....
Homb. 7º Hay varias opiniones.
Homb. 3º Hoy han estado terribles los diputados á Córtes.
Homb. 7º La oposicion es compacta.
Homb. 3º Ha habido interpelaciones.
Homb. 7º Al paso que de hora en hora pierden terreno esos hombres, el descontento del pueblo crece, y las voces que corren son para inquietar, y mucho, á los ministros.
Homb. 4º Señores, perdida está la nacion. No hay que formar ilusiones. Mientras las cosas no cambien, qué sirve mudar los nombres?
Homb. 3º Con todo.....
Homb. 4º Nunca saldremos de galeras y de azotes.

ESCENA II.

FONSECA. MONZON. MARTA.
 PRETENDIENTES.

Fonseca. Salud, amigo Monzon.
Monzon. Dios os guarde y os corone de gloria, señor Fonseca.
Fonseca. Hoy se ha despoblado el orbe para haceros la tertulia.
Monzon. Oh qué guirigay! Me rompen la cabeza.
Fonseca. ¡Cómo charla la femenina cohorte!
Monzon. Muy temprano habeis venido.
Fonseca. Ya lo veo. Se conoce que el Marqués no es pretendiente.
Monzon. Sentiré que os incomode el esperar.....
Fonseca. Nada de eso. Ya sabeis mis aprensiones. La antesala de un ministro me divierte mucho. ¿Dónde pudiera pasar el rato mejor que aquí?
Monzon. Y el adónis ¿logrará.....
Fonseca. Mi chico? Vaya! El que á buenos aldabones se agarra..... La condesita, aunque bocado de prócer, es humana y accesible.
Cum quibus et nostras voces.....
Monzon. Entiendo.
Fonseca. Mañana mismo recibiré la real orden.
Monzon. De véras?
Fonseca. Toma! Ya el sastre

está haciendo el uniforme.
Monzon. Recibid mi enhorabuena, y que mil años la goce.....
Fonseca. Os daré buenas albricias.
Monzon. Gracias por tantos favores.
Fonseca. [Al Hombre 1º, apartándose de la mesa del portero.]
 Martinez! Vos por acá!
Homb. 1º Ya lo veis.
Fonseca. Pues ¿no erais dómine en la Alcarria.....
Homb. 1º Sí, señor; pero tronaron los monjes y tras de ellos la obra pia, y me quedé á buenas noches.
Fonseca. Pedireis colocacion.....
Homb. 1º Un destinillo mediocre. Tengo pocas esperanzas.....
Fonseca. Yo lograré que os coloquen. Espero tener en breve grande favor en la corte.
Homb. 1º ¡Ah señor.....
Fonseca. Ya nos veremos.
 [Á los del corrillo, pasando á la chimenea.]
 Vuesarcedes me perdonen.— Señoras..... Oh doña Marta! Qué tal?
Marta. Firme como un roble.
Fonseca. [Sacando la caja.]
 Un polvito?
Marta. [Lo toma.] Venga pues.
Fonseca. [Dando la caja á Marta, y cada vieja toma un polvo.]
 Á esas señoras, que tomen si gustan.....
Mujer 1ª Cucarachero!
Mujer 2ª Qué bien huele!
Fonseca. (Cómo sorben!)
Mujer 5ª Yo no lo gasto.
Fonseca. Confitos querrá más bien esta jóven.
 [Saca la caja de los confites y obsequia á las jóvenes.]
Mujer 5ª Por no despreciar.....
Fonseca. Y vos?
Mujer 6ª Vaya.
Fonseca. Son de los mejores.
Mujer 3ª Yo, sin perjuicio del polvo.....
Fonseca. (Esta es golosa in utroque.) Vos ahora..... Vos tambien.....
Mujer 7ª Si ya no hay más!
Fonseca. Qué demontre! Lo siento.
 [Guarda la caja de confites.]
Mujer 1ª Tomad la caja.
 [Le da la del tabaco.]

Fonseca. [A uno de los pretendientes que están sentados.]

Llena estaba hasta los bordes,
y tambien vuelve vacía.
Mas ¿qué importa? Á poco coste
gano fama de galante
y doy un recreo pobre
á la nariz de las viejas
y al paladar de las jóvenes.

[Vuelve á encararse con el Hombre 1º
y habla con él en voz baja. La con-
versacion se anima otra vez en la chi-
menea y en los corrillos.]

ESCENA III.

FONSECA, MONZON, MARTA, PEREDA
PRETENDIENTES.

Pereda. [Acercándose al portero.]

Pasad recado al instante
al señor Romero.

Monzon. ¡Bien,
por cierto! Y quién sois vos? ¿Quién...

Pereda. Soy el primo de Violante.

Monzon. Y por eso tanto fuero?

Pereda. Vengo.....

Monzon. Qué Violante es esa?
Vaya, vaya!....

Pereda. La Condesa
del Rosicler.

Monzon. [Con dulzura y sumision poniéndose
en pí.]

Caballero.....

Perdonad.... No os conocia....
Voy á llamarle al momento.

Pereda. (Bárbaro!)

Monzon. Tomad asiento.
Sentáos por vida mia.

[Entra en la secretaria.]

ESCENA IV.

FONSECA, MARTA, PEREDA,
PRETENDIENTES.

Pereda. Bien estoy. (¡ Miren qué listo
mudó de tono el cerbero!
Si vuelve á hablarme altanero,
le sacudo, vive Cristo.)

[Llega paseando adonde está Fonseca,
y este le mira.]

Fonseca. Perdonad. Yo creo que esa....
Sí, esa cara.....

Pereda. Dios os guarde.

Fonseca. ¿No estabais vos esta tarde
en casa de la Condesa.....

Pereda. (Catadura extravagante!)
Con efecto, estaba allí.....

Fonseca. Sois de su tertulia?

Pereda. Sí.....

Yo soy primo de Violante.

Fonseca. (Este será el camarada.....)

Si de alguna cosa valgo,
podeis.....

Pereda. Gracias.

Fonseca. ¿Sabeis algo
de mi asunto.....

Pereda. [Saliendo al encuentro de Romero.]

No sé nada.

ESCENA V.

FONSECA, MONZON, ROMERO, MARTA,
PEREDA, PRETENDIENTES.

Fonseca. (¿ Habrá zanguango.....)

[Habla en voz baja con Monzon, que
vuelve á su sitio.]

Pereda. Salud.

Romero. Servidor.

Pereda. Vengo afanado,
á saber el resultado
de aquella solicitud.

Romero. Qué solicitud? Hay mil.....

Pereda. Vos debéis tener la mia.

Pido una secretaria
de gobernacion civil.

Romero. Como hay más de una vacante,
ne sé.....

Pereda. El despacho interesa.
Soy primo de la Condesa.....,
de la condesa Violante.

Romero. (La querida del Marqués!)

Pereda. El Marqués, bello sujeto!—
puso al margen el decreto:
«Concedido.....» Eran las tres.

Romero. (¿Qué oigo!)

Pereda. Ya veis que me explico.

Ella que lo vió, al momento.....

Ítem más: el documento
tenía doblado un pico.

Romero. (Pecador! Ya no hay recurso!

Bien dije, una trocatinta.....

La cosa es ya muy distinta.....)

Está bien. Se dará curso.....

(¡ Y yo que á la pobre viuda

ya iba á dar el parabien.....)

Pereda. Mirad que urge...

Romero. [Distraído.] Bien, sí..., bien...

Pereda. Mañana.....

Romero. Sí tal, sin duda.....

Pereda. Vos teneis el negociado.

Romero. Sí.
 Pereda. La instancia ya depende tan sólo de vos.....
 Romero. Se entiende.
 Pereda. Yo.....
 Romero. La del pico doblado. Id tranquilo. (Y es un tonto!)
 [Con la mano en el corazón.]
 La tengo clavada aquí.
 Pereda. [En tono de agradecimiento.]
 Oh!
 Romero. Y como penda de mí, se despacha bien y pronto.
 Pereda. [Apretándole la mano.]
 Basta. Mi amistad desea manifestaros que soy muy.....
 Romero. Gracias, gracias..... (Me voy antes que Marta me vea.)
 [Entra en la secretaría.]
 Pereda. (Allí está..... Sí, aquella es la farotona de márras. Voime huyendo de sus garras.)
 [A Monzon con petulancia.]
 Expresiones al Marqués.

ESCENA VI.

MONZON. FONSECA. MARTA.
 PRETENDIENTES.

Marta. [A la viuda que tiene á su lado, á media voz. Todas la oyen con atencion é interes.]
 Sí, señora, me la quiso seducir.
 Mujer 1ª Qué picardía!
 Mujer 2ª Qué Tarquino!
 Marta. Ya se ve, como la muchacha es linda.....
 [Baja más la voz y no se la oye.]
 Mujer 3ª (Qué suerte tienen algunas! Mi Ramona es más bonita, y nadie le dice nada!)
 Mujer 4ª Qué horror!
 Marta. Pero mi Ramira le puso de oro y azul, que aunque tierna corderilla el honor le dió coraje.
 Mujer 3ª [A la que está á su lado.]
 Embustes! gazmoñerías!

Marta. Y eso que llegó el *atélite* cuando ella estaba solita; pero luégo.....
 Una voz } Su Excelencia!
 dentro. }
 [Suenan mamparas.]
 Monzon. [Abriendo la suya.]
 Su Excelencia!
 Las mu- } Arriba!—Arriba!
 jeres. }
 [Murmillos, codadas, confusion.]
 Monzon. Orden, orden! Abrid paso.
 Orden! Silencio! En dos filas.....
 [Se colocan los pretendientes á ambos lados de la puerta: las mujeres en una fila; los hombres en otra.]

ESCENA VII.

EL MARQUÉS. MONZON. MARTA. FONSECA.
 PRETENDIENTES.

[El Ministro se coloca de pie junto á la chimenea y van llegándose á él los pretendientes.]
 Fonseca. (Eh! Le hablaré despues que haya despachado á esa cuadrilla.)
 [Se separa á un lado y habla aparte con Monzon.]
 Homb. 1ª [Entregando al Ministro su memorial. Todos hacen á su tiempo lo mismo.]
 No desestime Vucencia esta súplica. Es la quinta.
 Marq. Ya os conozco. No hay vacantes.....
 Homb. 1ª Si, señor; una en Sevilla, de oficial cuarto.....
 Marq. Está bien.
 Como ya no esté provista, se os dará.
 Homb. 1ª (Fecha atrasada..... y un ahijado me la birla.)
 [Vase.]
 Homb. 2ª Señor, cargado estoy ya de razon y de familia.
 Soy cesante.....
 Marq. Desde cuándo?
 Homb. 2ª Un año hará por Ceniza.
 Marq. Yo no era ministro entónces.
 Esa fecha es muy antigua para el siglo en que vivimos.
 Homb. 2ª Me hicieron una injusticia.
 Marq. ¿Y yo la he de reparar con otra?
 Homb. 2ª Yo no decia.....

Marq. Tened paciencia. Veremos.....
 [Al Hombre 3.º]

Homb. 2.º ¿ Vos... (No hay remedio. Me archiva!)
 [Vase.]

Homb. 3.º [Bajando la voz.]
 Yo soy el recomendado
 del marqués de Alga-florida.....

Marq. Ah! sí.....

Homb. 3.º Me ha dado expresiones
 para vos, y esta esquelita.....
 [Se la da.]

Marq. Dadme..... Celebro..... (Con este
 es más fácil la salida.)
 Dad un recado al Marqués,
 y á los tres ó cuatro dias
 él os dará mi respuesta.

Homb. 3.º Por supuesto.....

Marq. (Negativa.)
 Por supuesto.....

Homb. 3.º Dios os guarde.
 [Vase.]

Marq. Abur. (Á mí con epístolas!)

Homb. 7.º Aquí presento á Vucencia
 este plan.....

Marq. Oh! Proyectista?

Homb. 7.º Sí, señor. Soy consumado
 en metalurgia y en química.

Marq. Sea en buen hora.

Homb. 7.º Y prometo,
 si el Gobierno me anticipa.....,
 poca cosa, tres mil duros,
 descubrir en mi provincia.....

Marq. Alguna conspiracion?

Homb. 7.º Un venero de platina.

Marq. ¿Tres mil duros habeis dicho?

Homb. 7.º Sí, señor. Se necesitan
 para las primeras obras.....

Marq. (No valdrá tanto la mina.....
 si la encuentra.) Os llamaré
 cuando haya en tesorería
 fondos sobrantes. (Primero
 se comerá la polilla
 tu proyecto.)

Homb. 7.º Sin embargo,
 pase Vucencia la vista
 por ese escrito, y verá
 las brillantes teorías.....

Marq. Yo estoy por lo positivo.

Homb. 7.º Pero.....

Marq. [Entre dientes.]
 Oh Dios! Qué pesadilla!

Homb. 7.º Yo haré.....

Marq. Hay otros esperando,
 y aquí no estais de visita.
 Permitted.....

Homb. 7.º (Por no escucharme

se pierde la monarquía!)
 [Vase.]

Homb. 8.º No quiero ser importuno,
 que Vucencia está de prisa.
 Ahí está mi memorial.
 Obre Vucencia en justicia,
 y ¡ salud!

[Vase.]

Marq. [Doblando el memorial.]
 (Le atenderé.
 Su franqueza me cautiva.)

Homb. 9.º [Con tono de amenaza.]
 Si Vucencia no me emplea.....

Marq. Cómo!...

Homb. 9.º No me ando en chiquitas.—
 Me pego un tiro.
 [Vase.]

Marq. (¡ Demonio!
 Pero, en fin, peor sería
 que me lo pegase á mí.)

Homb. 5.º Señor, yo soy periodista.....

Marq. Sí; ya me consta.....

Homb. 5.º Y acérrimo
 defensor de las doctrinas
 del ministerio.

Marq. Lo mismo
 al de antaño defendiais.

Homb. 5.º Es verdad, mas cura el tiempo
 los yerros de la política.

Marq. Qué quereis?

Homb. 5.º Un sueldecito.....
 La suscripcion es mezquina.....

Marq. Justo castigo de Dios
 al crimen de apostasía.

Homb. 5.º Y sois vos quien lo decis?
 Ingratitud-inaudita!

Marq. No quiero camaleones.

Homb. 5.º Pues os haré la más rígida
 oposicion.....

Marq. No os crearán.

Homb. 5.º Mojaré en sangre, no en tinta,
 mi pluma.
 [Vase.]

Marq. Es arma embotada
 que ya ni corta ni pincha.

Homb. 4.º Yo, señor, aunque cesante,
 no tengo horror á la vida
 como el otro majadero
 que iba á hacer la tontería
 de matarse. Haced de modo
 que yo vuelva á mi oficina,
 ó desde hoy soy comensal
 de Vucencia Ilustrísima.

Marq. No cómo en casa.

Homb. 4.º No importa.
 Yo os sabré seguir la pista,
 y vos que sois tan galante

no me hareis la grosería de rehusarme un cubierto.
Marq. La ocurrencia es peregrina! Nuevo modo de sitiarse por hambre.
Homb. 4º Mi artillería es esa.
Marq. Á tal embestir no hay plaza que no se rinda. Id con Dios. Mañana mismo cesará la cesantía.
 [Vase el Hombre 4.º]
 Vos, señora.....
 [Á la Mujer 1.º]
Mujer 1ª Yo no traigo memorial, ni estas amigas tampoco. Viudas y huérfanas, todas una cosa misma pedimos; dinero, pan; y pues nos sobra justicia, no pidais más expediente que estas caras afligidas.
Mujer 2ª Diez y ocho meses nos deben.
Mujer 3ª Tened de estas pobrecitas compasion.....
Mujer 4ª Una mesada!
Todas. Piedad! Piedad!
Marq. Pero, hijas, si no hay fondos..... Un poquito de paciencia. Me lastima vuestra suerte, pero.....
Mujer 5ª Vamos, que si poneis vuestra firma.....
Marq. ¿Qué importa que yo la ponga si están las arcas vacías?
Mujer 4ª Señor!....
Marta. [Con acento grave y varonil.] Basta, sexo débil! Esas lágrimas me irritan.
Marq. [Encarándose hácia donde suena la voz.] Eh? ¿Quién es ese insolente....
Marta. Yo.
Marq. (Marta! Dios nos asista.)
Marta. No supliqueis á un tirano. Valor! constancia! energía!
Mujer 1ª Tiene razon. Que nos paguen!
Todas. Que nos paguen!
Fonseca. Cómo gritan!
Marq. Silencio! No me obligueis.....
Todas. Pan! pan! pan!
Fonseca. Qué sarracina!
Marq. Yo hablaré con el ministro de Hacienda...
Mujer 2ª Excusas!...
Marta. Mentiras!
Unas. Pan! pan!
Otras. Que nos matan de hambre!

ESCENA VIII.

EL MARQUÉS. FONSECA. MONZON. MARTA. MUJERES. SOLIS. OFICIALES. ESCRIBIENTES. PORTEROS.

Marq. Despejad!
Marta. Así, hijas mías!
Marq. Firmes..... y ¡viva el escándalo! Echad á esa foragida! Llevadla á una cárcel.....
 [Los porteros se disponen á obedecer, y el arrojado de Marta los detiene.]
Marta. No! Primero han de hacerme trizas. Defendedme, compañeras. No abandonéis á esta víctima de la castidad..... filial.
Mujer 1ª ¿Y quién tendrá la osadía de poner cobardes manos sobre ancianas desvalidas?
Marta. Que vengan! Uñas tenemos y dientes de hambre canina.
Unas. Guerra!
Otras. Dinero!
Otras. Socorro!
Marq. Basta!
Mujer 1ª Ó no salimos vivas, ó nos pagan.
Marq. Bien. Mañana, aunque venda mi vajilla.
Marta. Hoy ha de ser!
Todas. Hoy!
Solis. Señoras!
Fonseca. Por las ánimas benditas.....
Monzon. [Á un portero.] Corred; llamad á la guardia.
 [Vase el portero. Todos procuran aplacar á las mujeres.]
Marq. [Yéndose.] (¿Por dónde me escaparía.....)
Mujer 6ª Que se va!
Mujer 2ª Guerra!
Marta. ¡Arañadle.....
 [Las mujeres se disponen á la embestida sin poderlas contener los hombres. Fonseca da un salto y se pone al lado del Marqués.]
Fonseca. Á defenderos me obliga la gratitud. Alto ahí!
 [Su grito restablece el silencio.]
 Sois mujeres, ó sois víboras?
 El Marqués está inocente, que no es ave de rapiña.
 [Murmullo sordo de las mujeres.]
Marq. (Oh qué idea!) Yo deseo

dar remedio á vuestras cuitas,
pero el nuevo pagador
es un hebreo agiotista,
y aunque reciba dinero
para las clases pasivas,
yo recelo.....

Mujer 1ª Se lo come!
Varias mujeres. } Nuestra sangre!
Otras. Nuestra vida!
Marq. Ahora bien, ¿es el ministro
quien merece esa ojeriza,
ó el pagador..... que no paga?

Todas. El pagador!
Marq. Pues, malditas,

[Mostrando á Fonseca.]

ahí teneis al pagador.
Saciad en él vuestras iras.

[Las mujeres embisten á Fonseca, y aprovechando la ocasion entra rápidamente el Marqués en su despacho. Los oficiales, porteros, &c., todos rien, á excepcion de Fonseca y Monzon. Llegan el Sargento y ocho soldados.]

ESCENA IX.

FONSECA. MONZON. MARTA. MUJERES.
SOLIS. OFICIALES. ESCRIBIENTES.
PORTEROS. EL SARGENTO. SOLDADOS.

Fonseca. Embuste!

Mujeres. Traidor!

Otras. Á él!

Fonseca. Soldados!.... Monzon!.... Arpías!

Monzon. Dejadle, que está inocente.

Sargento. Apartad!

[La guardia pone en salvo á Fonseca y separa no sin trabajo á las mujeres.]

Fonseca. [Á los oficinistas, que siguen riéndose.]

¡Vaya una risa
impertinente y bestial,
que me da dolor de tripas!

[Se redoblan las carcajadas.]

Mujer 5ª El que nos daba confites!

Fonseca. Y así me pagais, inicuas!

Mujeres. [Queriendo acometer de nuevo á Fonseca.]

¡Perro.....

Solis. Haced vuestro deber,
Sargento.

Fonseca. ¡Y á la oficina
los bufones, ó desnucos
al primero que se ria!

Sargento. Afuera!

Solis. [Á los de la secretaria, y todos entran en ella siguiendo á Solis.]

Adentro!

Mujeres. [Á los soldados.] Sayones!

Marta. [Con tono declamatorio.]

Oh atrocidad! oh ignominia!
Esas armas que la patria,
ciudadanos, os confia
para amparar á los débiles
contra tiranos califas,
¿las volveis contra nosotras
y equivocais la consigna?
Defendednos! Rebeláos!
La Constitucion peligra!
la patria se hunde!

Sargento. Ea, basta!

Afuera! Aquí no se chilla.

Monzon. Afuera!

Fonseca. Vayan á hilar!

Sargento. Calen..... arr!

[Los soldados calan bayoneta.]

Mujeres. [Huyendo.] Virgen Santísima!

Mujer 5ª Yo no he sido! yo no he sido!

Otras. Huyamos!

Otras. Por Dios!

Marta. Gallinas!

Dejarme sola! Mal haya
quien de mujeres se fia.

ESCENA X.

MONZON. FONSECA.

Fonseca. Gracias á Dios! Qué guarduñas!
¡Y á mí, que soy una malva.....
Si el Sargento no me salva,
hoy espiro entre sus uñas.

Monzon. Qué furias! qué rebelion!

Sabe Dios que lo sentí
cual si hubiera sido á mí.

Fonseca. Un poco menos, Monzon.

Mas yo, que mi propia renta
no administro, ¡pagador
del ministerio! Qué horror!
El Marqués me dará cuenta.....

Monzon. Ya veis, en apuro tal.....

Fonseca. ¡Conmigo inocente pega
y al brazo seglar me entrega
de una legion infernal!

Monzon. Ha sido una chanza.

Fonseca. Chanza?

No, sino atroz despotismo.....

Monzon. No os conoce.....

Fonseca. Por lo mismo
choca más la confianza.

Monzon. Ya os dará satisfaccion.....

Fonseca. Si no estuviera al despacho
el destino del muchacho,
le juro.....

ESCENA XI.

FONSECA. MONZON. MARTIN.

Martin. [*Entra acelerado.*]

Monzon!... Monzon!

Monzon. Sudas..., corres como un gamo....
¿Qué ocurre.....

Martin. Voces tremendas....
Hay grupos... Cierran las tiendas...

Fonseca. Jarana?

Martin. Dónde está mi amo?

Monzon. En su despacho.

Martin. Entro pues,
que quizá no sabe nada.

ESCENA XII.

FONSECA. MONZON.

Monzon. ¡Nos faltaba una asonada
para fin del entremes!

[*Se asoma al balcon.*]

Fonseca. Y en una noche tan fresca
¿qué diabólico proyecto.....

Monzon. Venid.

[*Se asoma Fonseca.*]

Oís?

Fonseca. Con efecto,
se oye á lo léjos la gresca....
Yo me marchó, que esto es serio.

Monzon. Esperad.....

Fonseca. Cuando hay bullangas,
Monzon, no se cogen gangas
en donde está el ministerio.
Adios. Guardemos el bulto....
Cerca voy.

Monzon. Triste de mí!

Fonseca. Yo volveré por aquí
si se apacigua el tumulto.

ESCENA XIII.

MONZON. MARTIN. EL MARQUÉS.

Monzon. Qué ha dicho el Ministro?

Martin. Nada!

Monzon. ¡Cómo.....

Martin. Se rie!

Marq. [*Saliendo de su despacho con un pliego.*]
Martin.

II.

Monzon. (Reirse cuando hay motin!
Vaya, que es buena humorada!)

Marq. Á la Condesa este pliego,
volando.

Martin. Estará asustada.....

Marq. Bah! Dile que eso no es nada.

Martin. Bien.

Marq. Que duerma con sosiego.

ESCENA XIV.

MONZON. EL MARQUÉS.

[*Oyese vocear confusamente á lo léjos.*]

Monzon. Señor! No oís el bullicio?
Si aquí la chusma se encaja.....

Marq. (El Baron es una alhaja.)

Monzon. Jesus, qué dia de juicio!
Ved que cunde el movimiento
por las calles y las plazas.
Mirad.... Eso tiene trazas.....

Marq. De qué?

Monzon. ¡De un pronunciamiento!

[*Acuden azorados Romero, Solis y
demas oficiales y dependientes.*]

ESCENA XV.

EL MARQUÉS. MONZON. ROMERO. SOLIS.
OFICIALES. ESCRIBIENTES. PORTEROS.

Todos. Señor!...

Marq. [*Enojado.*] Qué es esto? qué es esto?

Romero. ¿No sabeis.... Temo un insulto....

No oís?... Horrible tumulto....

Marq. Y qué? Todos á su puesto!

No esa gentuza os inquiete
pagada por la faccion,
que es leal la guarnicion
y triunfará el gabinete.

Romero. Pero, señor, yo contemplo....

Marq. No hay contemplacion que valga.

Á trabajar! Nadie salga,
nadie. Yo os doy el ejemplo.

[*Se vuelven por donde vinieron, mur-
murando unos entre sí, y otros enco-
giéndose de hombros.*]

ESCENA XVI.

EL MARQUÉS. MONZON.

[*Se oye mucho más cerca el tumulto y algunos
tiros.*]

Monzon. Un tiro! ¡El cielo nos traiga
á puerto de salvacion!

10

Voces. [Escuchad.....
[Dentro.] Traicion!—Traicion!
Otras. Caiga el ministerio!—Caiga!
Monzon. Se va á hundir el hemisferio.
El pueblo está encarnizado.....
Marq. (Esto ya no es lo tratado.)
Voces. [Dentro.]
Caiga, caiga el ministerio!
Marq. (Pero el Baron ¿á qué espera:....
No sé qué pensar....)
Monzon. Qué infierno!
Mujeres. [Dentro.]
Libertad! Muera el gobierno!
Caiga el ministerio!
Hombres } Muera!
y Muj. }
Monzon. ¿Tambien entran en la danza
mujeres? Ay san Fulgencio!
[Cesan de pronto los tiros y los gritos.]
Marq. Qué repentino silencio!
(Recobremos la esperanza.)
Monzon. No os fieis porque han callado.
Quizá tras de esa imprevista
bonanza,—Dios nos asista!—
arrecie más el nublado.
Marq. [Despues de una breve pausa.]
(Bien! Ha triunfado el Baron,
y la chusma fugitiva....)
Voces. [Dentro, más distantes. Las últimas
se perciben apenas.]
Que viva la Reina!—Viva!
Viva la Constitución!—
Viva!—Viva!....
Monzon. Que me place!
Eso ya tiene otra cara.
Pero, señor, ¿quién pensara
que tan feliz desenlace.....
Marq. [Á Monzon, y éste entra en el despacho
del ministro.]
Sombrero y baston.—Ahora
ya la frente alzo serena.
Reciba mi enhorabuena
la Reina Gobernadora.

ESCENA XVII.

EL MARQUÉS. EL BARON.

Marq. Baron!
[Dándole la mano.]
Qué hay?
Baron. Todo está en calma.
Marq. Cuánto os debo!
Baron. No, señor;
á mí, nada.....
Marq. Este favor

Baron. vivirá eterno en mi alma.
Perdonad: yo no os oculto,
Marqués, lo que ha sucedido.
Marq. Pues decid.....
Baron. La Reina ha sido
quien ha aplacado el tumulto.
Marq. Eh! reservad la modestia
para el lenguaje de oficio,
miétras yo os premio el servicio...
Baron. No os tomeis esa molestia.
[Vuelve el portero con el sombrero y el
baston, y los toma el Marqués.]
Marq. ¡Cómo.....
Baron. La Reina, os repito,
lo ha hecho todo, y satisfecho
el pueblo.....
Marq. Pero ¿qué ha hecho?
Baron. Qué! ¿no escuchasteis el grito.....
Marq. [Á Monzon, y éste sale por la puerta
de la derecha.]
El coche.
[Al Baron.]
Hablad sin misterio.
Baron. Viendo que el actual no gusta,
promete Cristina Augusta
nombrar otro ministerio.
Marq. ¿Qué decis! ¿No armasteis vos
el motin.....
Baron. (Ya está convulso.)
Sí, pero dado el impulso.....
Qué os diré? Estaba de Dios!....
Marq. Del diablo!
Baron. Tomó otro rumbo
el popular somaten,
y mi plan.....
Marq. Estamos bien!
Creí triunfar, y sucumbo!
Baron. No temais. En el portal
segura escolta os espera,
por si hay algun calavera.....
Marq. Mas ¿qué accidente fatal.....
Baron. Se hizo demasiado serio
el tumulto popular.
Dieron todos en gritar:
«Caiga, caiga el ministerio!....»
Marq. Oh!....
Baron. ¡Y allí fué la de Dios
cuando vi llegar un grupo
de viejas, y el pueblo supo
que se quejaban de vos!
Marq. Ah! Las viudas!...
Baron. Desde entónces
ya no hubo freno ni valla;
ya era inútil la metralla,
y los sables, y los bronces.
Más de cien mil insurgentes.....
Marq. Nuevo ministerio!
Baron. Sí.
La Reina lo ha dicho.
Marq. ¡Así

me sirven mis dependientes!
Baron. ¡Si estais desacreditado.....
 Ya os lo dije... En fin,... paciencia!
 Yo no sirvo á Vucelencia,
 sino á la Reina; al estado.
Marq. Qué audacia! Su Majestad
 sabrá de mi boca quién
 sirve mal y sirve bien.
 Vuelo á sus piés.....
Baron. Escuchad.
 Bueno será que de paso
 lleveis vuestra dimision.
Marq. Eso no. Tengo teson.
 Ni la Reina haria caso.....
Baron. En colchon de plumas lleno
 podeis caer si me oís;
 pero si vos preferis
 caer sobre duro...., bueno!
Marq. ¿Á quién fia la Corona
 la formacion de ese nuevo
 gabinete?
Baron. No me atrevo.....
Marq. Vaya!
Baron. Á mi indigna persona.
Marq. Ah! ¿Luego habeis conspirado
 por vuestra cuenta esta noche?
 Qué horror!
Monzon. [*Entrando.*] Os espera el coche.
 [*Se queda á una distancia respetuosa.*]
Baron. Nunca lo ajeno he jugado.
Marq. [*Á media voz, y el Baron contesta del
 mismo modo.*]
 ¿Y teneis la presuncion
 de suplantarme.....
Baron. Así es.
 Todos tenemos, Marqués,
 nuestro poco de ambicion;
 y sería un desatino
 con honores de simpleza
 arriesgar yo mi cabeza
 por laurear la del vecino.
Marq. No canteis victoria, no.
 De vuestro orgullo me rio,
 que en la rectitud confio
 de Su Majestad.
Baron. Y yo.
Marq. Guarde Dios al arrogante;
 al de la alta policia.
 [*Yéndose. Monzon le abre la mam-
 para.*]
 Mañana será otro dia.
Baron. (Mañana serás cesante.)

ESCENA XVIII.

EL BARON. MONZON.

Baron. (Tanto amor á la poltrona!
 Tendrá en la mano el decreto

de destitucion airada,
 y el pobre no ha de creerlo
 todavía.—Pero yo,
 que le critico severo,
 tras de haberle derribado
 sin reparar en los medios,
 ¿tendré ménos aficion
 á las riendas del gobierno?
 ¿Las empuño por ventura
 todavía? Otro más diestro
 se pudiera aprovechar
 de mi afan y mis desvelos.—
 Ah! Volvamos á palacio.
 Son preciosos los momentos.)

[*Vase por la puerta de la derecha sin
 cuidarse de Fonseca que entra por
 ella al mismo tiempo y le hace reve-
 rencias.*]

ESCENA XIX.

FONSECA. MONZON.

Monzon. ¿De cuándo acá saludais
 con tan profundo respeto
 al Baron.....
Fonseca. Pues ¿no sabeis
 lo que sabe todo el pueblo?
Monzon. Qué hay?....
Fonseca. Es el hombre del dia.
Monzon. El hombre del dia!
Fonseca. Miento.
 Es el hombre de la noche.
Monzon. ¿Qué escucho!
Fonseca. Está en candelero.
 Tendrá plaza, de seguro,
 en el gabinete nuevo.
 Yo lo sé de buena tinta.
Monzon. ¿Conque cayó el ministerio?
Fonseca. Sí. ¡Y un portero mayor
 no lo sabe! Eso es ya viejo.
Monzon. Voto á briós Bacó!....
Fonseca. Mañana
 será tal vez jefe vuestro.
Monzon. ¡Pecador, que no le abrí
 la mampara! Y aún por eso
 al salir de aquí el Marqués
 llevaba tan agrio el gesto,
 y el Baron se sonreia.....
 Mas como hablaban tan quedo.....
 ¡Qué diablo..... ¿Conque otro jefe?
 Cero, y van mil y doscientos.
Fonseca. Harto me pesa, que ya
 solté parte del dinero,
 y el empleo del muchacho
 se me va á volver, lo temo,
 agua de cerrajas.
Monzon. No,
 que si aprovechais el tiempo

áun os queda una esperanza.
Fonseca. Qué esperanza?
Monzon. El testamento.
Fonseca. Decis bien. Por esta noche
 áun tiene vida el enfermo.

Monzon. Pues.
Fonseca. Y además, los ministros
 son hombres de privilegio
 que siempre mueren en gracia.....
 y testan despues de muertos.

ACTO QUINTO.

La decoracion del acto tercero.

ESCENA I.

EL MARQUÉS.

[*Entrando.*]

Ni un portero para abrirme
 la mampara! ¡Qué insolente
 canalla ruin! No lo extraño.
 Ya por cesante me tienen,
 y con el nuevo ministro
 temerán comprometerse.
 Yo les juro que si logro
 afirmarme en el bufete.....
 Y quizá..... ¿Quién sabe..... Anoche
 me recibió como suele
 la Reina, muy afectuosa,
 y aunque puse reverente
 mi dimision á sus piés,
 puede ser que no la acepte.
 En el diario oficial
 ningun decreto aparece,
 ni un solo renglon que anuncie
 mudanza de gabinete.
 De crisis más apuradas
 ha salido muchas veces
 sano y salvo un ministerio,
 y aunque hay síntomas de muerte,
 no desespero.....

ESCENA II.

EL MARQUÉS. MARTIN.

Martin. [*Con un impreso en la mano.*]

Señor.....

Marq. Qué traes? Qué papel es ese?

Martin. La *Gaceta extraordinaria*
 que acaba de.....

Marq. (Mal me huele.)

Dame acá.

[*Leyendo.*] « Reales decretos..... »
 [*Continúa leyendo para sí y hablando
 alternativamente.*]

Aquí yace el presidente
 del Consejo.—Aquí el ministro
 de la Guerra.—Este otro *réquiem*,
 para el ministro de Hacienda.—
 Aquí sigue.....—El mio es este.
 Em... Em... Em... «Su quebrantada
 salud.....» Pues, sí; lo de siempre!
 Jamás me sentí mejor;—
 esto es; corporalmente.
 En cuanto á salud política
 estoy para que me entierren.—
 «Quedando muy satisfecha
 de su lealtad y eminentes
 servicios.....» ¡Lindo epigrama,
 linda música celeste,
 y linda ayuda de costa
 para el que todo lo pierde!—
 Veamos qué sucesor
 me nombra.—El Baron! Aleve!
Martin. Si algo os puede consolar,
 señor, en trance tan fuerte,
 una noticia os daré.....

Marq. [*Con viveza.*]

Qué noticia? ¿se conmueven
 las masas? ¿hay reaccion?

Martin. No; todo el mundo está alegre
 y tranquilo. La noticia
 es más casera. Se entiende.....

Marq. Acaba.

Martin. Anoche, poco ántes
 que se agitara la plebe,
 viendo entrar en una casa
 al osado mozalbete,
 novio, hermano, ó lo que sea,
 de aquella niña rebelde,
 al que dió tan mal despacho
 á mi embajada solemne,
 me escurro á la policia,
 vuelvo con cuatro corchetes,
 y doy con él en la cárcel.
 ¡Que nos la eche de valiente
 ahora!

Marq. Eso es una infamia
 que mi opinion compromete.

Martin. Señor, yo creí servir

á Vucencia.....
Marq. De esa suerte
 no quiero yo que me sirvan.
 No acostumbro á que me venguen
 esbirros y carceleros
 de un rival, sea quien fuere.
Martin. Sea mia la venganza.
 No es necesario que suene
 Vucencia. Yo soy plebeyo,
 y me quejaré á los jueces.....
Marq. Tú ¿de qué?
Martin. Buena pregunta!
 ¿Pues no me hartó de cachetes
 y puntapiés? ¿No es milagro
 que aún tenga en la boca dientes?
Marq. Eso no puede injuriar
 á villanos tan soeces
 como tú.
Martin. Ya....; no me injuria.....,
 es verdad....., pero me duele.
Marq. Cobarde animal!.... Volando,
 á desdecirte, y que suelten
 al preso.
Martin. Señor, yo siento.....
Marq. Vete, ó ¡vive el cielo..... Vete.

ESCENA III.

EL MARQUÉS. MONZON.

Marq. Todo el mundo contra mí!
 Hasta ese bruto me vende
 con su celo temerario.
 ¿Quién le mandaba.....! Parece
 que lo hace el diablo!
Monzon. [Entrando.] Este pliego
 para.....
Marq. Démelo, y despeje.
Monzon. Tome Ucenia. (¡Ya no es nadie,
 y aún la está echando de jefe!)

ESCENA IV.

EL MARQUÉS.

[Rompe el sobre, y lee para sí rápidamente.]

Pues! El mismo real decreto.
 Para qué tantos papeles?
 El suplemento bastaba.
 ¿Qué empeño de que me entere.....
 Eh! son golpes de fortuna.....
 Paciencia.—¿Seré tan débil
 que al soltar el cartapacio
 me aflija y me desespero?
 Hay ya tantos camaradas!
 Esa carrera es tan breve,
 que debo maravillarme
 de haber durado seis meses.

Si el mandar tiene atractivos,
 también tiene inconvenientes;
 y pues todo es ilusion,
 y los vientos van y vuelven,
 mirándolo á sangre fria
 y filosóficamente,
 de un ministro á un ex-ministro
 ¿qué va? Una e y una équis.

[Sentándose.]

Ahora bien, ántes que venga
 el Baron y nos releve,
 hagamos el codicilo
 de costumbre.

[Recapitando.]

Qué hay pendiente?
 Se reemplazó al director.....
 Aquel Fonseca ya tiene
 el despacho en su poder.....
 ¡Por vida..... Lo más urgente
 se quedaba en el tintero.
 Aún están sin proveerse
 las plazas de secretarios.....
 Pondré en lista á los clientes.

[Consultando apuntes.]

El yerno de mi nodriza.....
 Sí, que es hermano de leche
 como quien dice.

[Escribe los nombres.]

Juan Robles.—
 Aquí tengo este billete
 del embajador inglés.
 Quién desaira á los ingleses?
 Baltasar Tudela.—Bueno.—
 El tercero, Ambrosio Mendez.—
 Quedan dos. Una, al hermano
 de la vecina de enfrente.—
 Luis Magallon.—Y la otra
 es razon que se reserve
 para el primo de Violante.
 Quitémonos ese duende
 de encima. Y.... ¿cómo se llama?
 Voto va al chápiro verde!....
 No lo sé.

[Recorriendo papeles.]

Su memorial.....
 ¿dónde..... Romero lo tiene.

[Toca la campanilla.]

Él dirá.....

ESCENA V.

EL MARQUÉS. MONZON.

Marq. Al señor Romero
 que venga inmediatamente.

Monzon. No está.
Marq. Pues á otro oficial.....
Monzon. No hay ninguno. Todos vienen más tarde.....
Marq. [*Mirando el reloj.*]
 Teneis razon.
 Son las doce ménos veinte.....
Monzon. Pues! Ya veis.....
Marq. Yo he madrugado.
Monzon. (Oh! no hay cosa que desvele como una destitucion.)
Marq. (Es tarde; el tiempo se pierde. Yo tengo que despedirme de la Reina. Mis deberes de súbdito y caballero lo exigen. Tengo papeles en su despacho... Y... ¿quién sabe... Si acierto á estar elocuente..... Aún es tiempo. Si á lo ménos, ya que yo no recupere la silla ministerial, consigo que no la herede ese pérfido.....)

[*Á Monzon que se retiraba.*]

Esperáos.
 (Á fuer de buen pretendiente, ya habrá hablado con Romero el tal primo. Lo más breve es escribir.....)

[*Escribe.*]

«Para el primo de Violante.»—Y por apéndice:.....

[*Escribe.*]

«El del memorial doblado por el pico.» Lindamente!)

[*Pone un sobre á lo que ha escrito.*]

Monzon. (¿Qué hará, que escribe y cavila, y... Bah! qué ha de hacer? Pasteles.)

Marq. [*De pié y tomando sombrero y baston.*]
 (Ahora por la puerta falsa, no haga el diablo que me encuentre al Barou.....)

[*Á Monzon dándole el pliego.*]

Para el señor
 Romero. Pronto! Es urgente.

ESCENA VI.

MONZON.

Ya ni sabe dónde pisa.
 Mucho es que da con la puerta.
 Se aturde, se desconcierta.....
 El pliego no corre prisa.

Ni áun á mandar que un muchacho vaya á entregarlo me atrevo hoy que esperamos al nuevo secretario del despacho. Con toda mi comitiva le he de saludar galante. Primero es que la cesante la autoridad efectiva. Y nadie lo extrañará, porque mi conducta explica que el que viene gratifica y maldice el que se va.

[*Entra Romero.*]

¿Quién entra? Romero. Bien.

ESCENA VII.

ROMERO. MONZON.

Romero. Ha venido el jefe?

Monzon. Debo suponer que habláis del nuevo para darle el parabien.

Romero. Uno solo tengo yo; lo es el Marqués todavía, y á ver al Marqués venía.

Monzon. Ya. Pues el Marqués salió.....

Romero. Muy bien.
Monzon. Dejando este pliego que ha escrito muy azorado, y en mano propia me ha dado, y en propia mano os entrego.

ESCENA VIII.

ROMERO.

[*Abriendo el pliego.*]

Veamos de qué se trata. De alguna disposicion testamentaria.....

[*Lee para sí rápidamente.*]

No digo?
 Ya se sabe; es de rigor. Los nombramientos me manda extender sin dilacion de aquellas secretarías que vacaban. Uno, dos..... Cinco son los agraciados y cinco las plazas son. El pobre Castro!.... En su apoyo alcé sin fruto la voz.

[*Recorriendo la lista.*]

Pues! Todos son paniaguados.....
 ¿Qué dice en este renglon?

[*Lee.*]

«Quinto.—El primo de Violante.»
No fué vano mi temor.

[*Vuelvo á leer.*]

«El del memorial doblado por el pico.»—Ya, ya estoy..... Mas ¿cómo se llama ese hombre?, que á esta hora no lo sé yo. Y el Marqués, por lo que veo, también lo ignora. ¡Por Dios, que estamos medrados! ¿Quién me dará ahora razon de su nombre? ¡Tanto pueden la intriguilla y el favor, que logra un *quidam* anónimo lo que un buen patricio no! Quién me alumbrá en este cáos? Por vida del gran Mogol!.... Que Violante tiene un primo y es el que anoche me habló, es evidente, y también que la Violante en cuestion es dama de Su Excelencia. Tantas razones en pro..... ¡Pero el nombre..... Poco á poco. Si en lugar de ese bribon yo empleara al pobre Castro que ha dias lo mereció.... La instancia recomendada ¿no es de Castro? Sí, señor. Luego si á Castro coloco obediente al jefe soy.— Mas lo de primo y Violante está claro como el sol, y la conciencia me dice que ha habido aquí algun error.— Lo malo es que apura el tiempo, y si pierdo esta ocasion.... Qué diablo! El Marqués se va, y no es crimen tan atroz, siendo póstuma la órden, glosarla á mi gusto yo. Como consiga cubrir el expediente por hoy.... Ah, qué idea! Doña Marta, que ripio nunca perdió, para contarle sus cuitas está esperando al Baron. La llamaré.

[*Desde la puerta.*]

Doña Marta!

Venid, venid.

Marta. [*Dentro.*] Allá voy.

ESCENA IX.

ROMERO. MARTA.

Marta. ¿Leisteis la extraordinaria?

Romero. Sí.

Marta. Qué gusto! Ya cayó.....

Romero. No hablemos de eso, señora. Escuchad. ¿Conoceis vos á la familia de Castro?

Marta. Mucho. Su padre nació.....

Romero. Tiene primos?

Marta. Cuatro ó cinco....; sí, cuatro hembras y un varon.

Romero. Nombradlos.

Marta. Roque...

Romero. Las hembras.

Marta. Mariquita de la O, Juana, Rosa y Petronila.

Romero. Eh! por las cuatro no doy un chicharo.

Marta. Perdonad.

Todas son como una flor.

Romero. Otras, otras, aunque sean tan remotas, que veloz no pueda alcanzar un galgo el parentesco.

Marta. Leonor.....

Romero. No me sirve.

Marta. Para qué?

Romero. [*Impaciente.*]

No hay más?

Marta. Es rara aprension.....

No recuerdo.... Ah! sí; su tia doña Gervasia Laboz tiene dos niñas; Violante.....

Romero. Basta.

Marta. Y Cármen.....

Romero. Basta. Adios.

Recibid mi parabien.

Marta. Pero ¿de qué?

Romero. Loco estoy de contento.

[*Dentro ruido de mamparas.*]

Una voz. [*Dentro.*] Su Excelencia!

Romero. [*Corriendo hácia la secretaria.*]

Idos. Ya está aquí el Baron.

Marta. Mejor. Aquí le hablaré.....

Romero. Pero.....

Marta. Nada! No me voy.

[*Romero entra en la secretaria. Marta se retira á un lado.*]

ESCENA X.

EL BARON. MARTA.

Baron. ;No ha venido mi glorioso predecesor todavía!....

[*Viendo á Marta.*]

¿Quién sois vos, señora mia, que entráis á roso y velloso.....

Marta. Viendo la antesala llena,

qué hago? Me escuro... Aquí estoy,
y así la primera soy
en daros la enhorabuena.

Baron. Muchas gracias, pero ahora....

Marta. Yo soy una pobre viuda,
y si Ucencia no me ayuda....

Baron. Pero aún no es tiempo, señora....
Antes de instalarme aquí
y de tomar posesion
del ministerio, ¿es razon
que vos la tomeis de mí?

Marta. Señor, el hambre me hostiga.
Ya veis; sin cobrar un mes
en año y medio.... El Marqués,
ese hombre que Dios maldiga....

Baron. Si aspirais á mi favor
no me habéis de nadie mal.
Yo no vengo á ser fiscal
del ministro antecesor.

[*Dentro sollozos de mujer y rumor
confuso.*]

Marta. Mas si yo me enciendo en ira,
motivo me sobra y mucho....

Baron. Qué es esto? ¡Llantos...

Marta. ¿Qué escucho!
No es la voz de mi Ramira?

Baron. [*Toca la campanilla y acude Monzon.*]
Quién grita? Qué es eso?

Marta. Ah!

Monzon. La hija de esa señora....
Por ella pregunta; llora....

Ramira. [*Dentro.*]
Venganza! favor! mamá!

Marta. [*Dirigiéndose á la puerta.*]
En mi alma resuena el grito!

Baron. Que éntre esa jóven.

Monzon. [*Á la puerta.*] Entrad.

ESCENA XI.

EL BARON. MARTA. RAMIRA.

Ramira. Qué infamia! qué iniquidad!

Marta. [*Con terror.*]
Oh! Se consumó el delito?
Feroz Marqués! Hoy le arrastro.

Ramira. No le he visto.

Marta. Ay perla mia!
Pues ¿qué hay?

Ramira. Que la policía
ha preso á mi novio.

Marta. Á Castro!

Ramira. Cuándo?

Ramira. Anoche. Pobrecito!

Baron. Ah! ya sé....

Ramira. Sin más ni más

le cogieron cuatro, y ¡zas....
Desde la cárcel me ha escrito.

Marta. Infamia!.... Ya no hay aguante....

Ramira. Por ser yo constante y pura....

Baron. No os aflijais, criatura.
Yo os volveré vuestro amante.

Ramira. Ah! Mi eterna gratitud....

Marta. Mas ¿cómo....

Baron. [*Á Ramira.*] Fui sorprendido.
Despues todo lo he sabido
y aplaudo vuestra virtud.
Ya está libre Castro.

Ramira. Sí?
El cielo os lo premiará.
Vamos á verle, mamá.

Baron. No hay para qué. Vendrá aquí.
Me han dado buenos informes
de ese mozo, y verle quiero.

Marta. Es patriota verdadero,
y con méritos.... enormes.

Baron. No dudo....

Marta. Y leal....

Baron. Lo sé;
mas dejadme solo, os ruego....

Marta. Si dais palabra....

Baron. Bien... Luégo...
Á su tiempo os llamaré.

ESCENA XII.

EL BARON.

El Marqués no se apresura
á resignar la cartera.
No me admiro; ¡y en mis manos
que ayer fueron subalternas!
Estará muy resentido;
mas la política guerra
tiene su táctica aparte
y su especial estrategia.
Lo que el vulgo llama intriga,
dolo, perfidia, vileza,
porque no están á su alcance
los misterios de la ciencia,
entre los hombres del gremio
es penetracion, cautela,
sagacidad, prevision,
tacto, genio, inteligencia,
y por fin razon de estado
y diplomacia moderna.—
Peró es ya mucha tardanza....
¿Si revocará la Reina
el decreto.... Eh! no es posible....
Vamos á dar una vuelta
por esa secretaría,
harto codiciada, miéntas
mi asendereado rival
viene á despedirse de ella.
[*Entra en la secretaría, y al cerrarse
la mampara abre el Marqués por den-
tro la puerta secreta.*]

ESCENA XIII.

EL MARQUÉS.

[Tocando la campanilla.]

Golpe en vago! Despachemos pronto.

[A Monzon que entra.]

A Romero, que venga.

*[Entra Monzon en la secretaría.]*Su Majestad no desiste
y es forzoso.....

ESCENA XIV.

EL MARQUÉS. ROMERO.

Romero. Dais licencia?*Marq.* Traeis eso?*Romero.* Sí.—Ha venido
el Baron.....*Marq.* *[Sentándose.]*

Sea en hora buena.

Dadme: firmaré.....

*[Romero va presentando oficios y los
firma el Marqués despues de leerlos
rápidamente.]*

Corriente.—

Ahí está la salvadera.—

*[Romero va recogiendo los oficios des-
pues de echarles polvos.]**Romero.* (Si Dios me saca con bien....)*Marq.* A don Baltasar Tudela.....

Bien. Tomad.—Ambrosio Mendez...

Romero. La lista ha sido mi regla.*Marq.* Magallon..... Está conforme.—

Alfonso de Castro y Léiria.....

Supongo que este es el primo
de Violante.....*Romero.* Pues; y en prueba

aquí está su memorial,

y de vuestro puño y letra
el decreto.....*Marq.* *[Echando una ojeada al memorial.]*

Sí, es el mismo.....

Cuando os escribí la esquila
no recordé..... Que se cierren
volando.*Baron.* *[A la puerta de la secretaría.]*

Con vuestra vénia.....

ESCENA XV.

EL MARQUÉS. EL BARON. ROMERO.

Marq. *[Levantándose y afectando joviali-
dad.]*

Señor Baron! Adelante.

Romero. (Gracias á Dios! Aun me tiemblan
las carnes.)

ESCENA XVI.

EL MARQUÉS. EL BARON.

Baron. Qué haceis? Sentáos.*Marq.* Bien estoy. La silla es vuestra.*Baron.* Oh! yo no la admitiré
estando en vuestra presencia.*Marq.* No la hagais ascos ahora.
Arrellanaos en ella.*Baron.* Si como dicen las gentes
es potro con oro y seda.....*Marq.* Vos no lo creeis así.*Baron.* No lo sé por experiencia,
pero temo que en efecto
sea carga muy molesta.....*Marq.* Como son flacos mis hombros
y no pueden sostenerla,
la tomais sobre los vuestros.

Mil gracias por la fineza.

Baron. Señor Marqués.....*Marq.* Dispensadme
de haceros formal entrega.*[Abriendo un cajon de la mesa.]*Los papeles reservados
están en esa carpeta.
Ya os dirán los oficiales
la marcha que aquí se lleva.*Baron.* No más; basta.*Marq.* Adios. Veremos
si es mejor vuestro sistema
que el mio.*Baron.* Sin agraviaros.....,
procuraré que lo sea.*Marq.* El ramo de policia
estará al menos en regla.*Baron.* Marqués....., no quiero humillaros
ofreciéndoois mi indulgencia.*Marq.* Entiendo. En este lugar
fueran pueriles mis quejas.
En la Cámara os aguardo.*Baron.* No rehusó la palestra.*Marq.* Mi venganza será noble
más que lo ha sido la ofensa.
Pero si yo no conspiró,
otros seguirán la senda
que habeis trazado.*Baron.* Tal vez.....

Marq. Tenga presente Vucencia lo de «quien á hierro mata no es mucho que á hierro muera.»
[*Vase por la puerta secreta.*]

ESCENA XVII.

EL BARON.

[*Sonriéndose.*]

¡Qué mosca lleva el Marqués.....

[*Pensativo.*]

Pero ¡qué mosca me deja!

ESCENA XVIII.

EL BARON. MONZON.

Monzon. Señor, don Alfonso Castro vuestras órdenes espera.

Baron. Que éntre.

Monzon. ¿Tambien las señoras....

Baron. Tambien. (Dios me dé paciencia.)

ESCENA XIX.

EL BARON. MARTA. RAMIRA. CASTRO.

Castro. Señor Baron.....

Baron. Engañado por una infame denuncia anoche os hice encerrar en una cárcel oscura, pero informado despues de vuestra honrada conducta, os he puesto en libertad.

Castro. Las cárceles no me asustan, que está sana mi conciencia, y si un tribunal me juzga, sabrá Madrid.....

Baron. Es inútil, porque ya nadie os acusa. Vuestra novia se ha quedado con su honra ilesa y pura, el amo con sus deseos y el lacayo con su zurra. Falta que yo os desagravie de mi involuntaria culpa.

Marta. Si en algo puedo servirlos....
Baron. Que si podeis? Quién lo duda?
Dias ha que solicita con más razon que ventura la plaza de secretario.....

Castro. ¡Señora.....

Marta. No callo. De una.....

Baron. De un gobierno de.....
Si en eso toda su ambicion se funda pues su mérito me consta, yo os prometo.....

[*Toca la campanilla y acude Monzon.*]

Marta. Ah! Qué fortuna!
Castro. Señor.....

Marta. [*En voz baja.*]

Tontazo! Aprovéchate de tan buena coyuntura.

Baron. [*Á Monzon.*]

¿Quién es aquí el encargado del personal?

Monzon. [*Dudoso.*] ¿Quién.....

Marta. Pregunta por don Hilarion Romero.

Monzon. Sí; él es...

Baron. Que venga.

Monzon. [*Mirando de reajo á Marta.*]

(¡Esa bruja...)

[*Entra Monzon en la secretaria.*]

Ramira. ¡Qué diferencia del otro, que hizo pedazos tu súplica.....

Castro. Excusad á esa señora.....

Baron. La pretension es muy justa.

Marta. A tres personas hareis felices con una rúbrica.

ESCENA XX.

EL BARON. CASTRO. MARTA. RAMIRA. ROMERO.

Marta. Ahí está el señor Romero. Vereis como él asegura.....

Romero. Qué mandais, señor Baron?

[*En voz baja á Castro dándole un oficio.*]

Tomad, amigo, y con mucha salud.....

Marta. [*Acercándose á Castro.*]

Qué papel es ese?

Baron. Tendré complacencia suma en colocar á ese jóven. Cuando una vacante ocurra, avisad.....

Romero. Ya está servido.

Baron. Cómo es eso?

Romero. Ya disfruta el empleo que pretende.

Castro. [*Rasgando el oficio despues de leerlo.*]

No! Primero me consuma

de hambre y de pesar.
Romero. Qué haceis?
 (Adios fruto de mi industria!)
Baron. Qué rompeis?
Romero. Su nombramiento!
 Se ha visto mayor locura?
Baron. ¿Qué causa.....
Castro. Señor Baron,
 hay gracias que son injurias.
Baron. Pero.....
Castro. Es mala credencial
 una firma que me insulta.
 No quiero deber favores
 á quien mi afrenta procura.
 Quiero vivir pobre, oscuro,
 pero deshonrado, nunca!
Romero. Hombre!...
Baron. Bien hecho y bien dicho.
 Ese rasgo os asegura
 mi amistad, y pues ahora
 soy yo el dueño de la pluma,
 señor de Castro, y supongo
 que mi firma no os repugna.....
Castro. Oh! no.
Marta y Ramira: No!
Baron. [Á *Romero.*] Nueva edicion
 hágase de la minuta.
 Dios perdone á la primera;
 yo firmaré la segunda.
Romero. Volando!
 [Entra corriendo en la secretaría.]
Marta. El cielo os conserve
 para consuelo de viudas.

ESCENA XXI.

EL BARON. MARTA. RAMIRA. CASTRO.
 MONZON.

Monzon. Don Crisóstomo Fonseca.....
Baron. Fonseca... Me alegro...
Monzon. Os busca...
Baron. Decidle que éntre.
Monzon. [Abriendo la mampara.]
 Adelante.
Baron. (Extraña caricatura!)

ESCENA XXII.

EL BARON. MARTA. CASTRO. RAMIRA.
 FONSECA.

Fonseca. Agradeciendo la audiencia,
 con la mayor reverencia
 y con sumo regocijo
 doy gracias á Vuecelencia

por el empleo de mi hijo.
Baron. Sé que le han hecho oficial,
 pero ántes que la Corona
 me confiase.....
Fonseca. Es igual.
 Ha variado la persona,
 pero no el ente moral.
 Esto sea sin perjuicio
 de saludar al Baron
 y ofrecerme á su servicio
 como está puesto en razon.
 [Presentándole la petaca.]
 Gustais?
Baron. No tengo ese vicio.
Fonseca. Yo una tercena consumo.
 [Á *Marta.*]
 Hola! Aquí estais, buena alhaja?
 [Al *Baron.*]
 Ah! si preferis al humo
 rapé exquisito, mi caja.....
 [Saca la caja del rapé.]
Baron. Ni tomo polvo, ni fumo.
Fonseca. Perdonad, señor Baron,
 si el muchacho todavía
 no ha tomado posesion.
 Está malo el alma mia.
Baron. Sí? Qué tiene?
Fonseca. Sarampion.
 Luégo que pase la peste.....
Baron. Angelito!
Fonseca. Ya vendrá.....
Baron. No es razon que se moleste
 y otra enfermedad le cueste.
 Está reemplazado ya.
Fonseca. Eh! no lo puedo creer.
 Sois chancero.....
Baron. No lo soy.
Fonseca. [Sacando un papel.]
 La órden no puede ser
 más fresca. Fecha de ayer.....
Baron. No es más fresca la de hoy?
Fonseca. Sí tal, pero ¿quién diria.....
Baron. Que estudie y que se haga grande.
 En esta secretaría
 no entrarán mientras yo mande
 niños de la Escuela Pia.
Fonseca. ¡Tambien es mucho pesar
 que sea mi hijo el primero
 con quien se haga un ejemplar!
 Y el dinero? y mi dinero?
 Abur! Tirado á la mar.
Baron. ¡Justo castigo de Dios
 á tan ilícito tráfico!
Fonseca. Sea dicho entre los dos,
 Baron, ¿sois ministro vos,
 ó capuchino seráfico?
Baron. Habeis pecado, no obstante,
 por ignorancia, y me pesa.....

Fonseca. Si mi suerte os interesa,
la estafadora es Violante.....
Baron. Sí, la fingida condesa.
Ya ha salido de la corte,
condenada á reclusion.
Marta. Bien! Y el primo? Aquel bribon.....
Baron. Á Ultramar, franco de porte,
remando en un galeon.
Fonseca. Vamos, eso me conforta.
Aunque es duro el escarmiento,
la chulada es lo que siento:
el dinero no me importa.

ESCENA XXIII.

EL BARON. MARTA. FONSECA. CASTRO.
RAMIRA. ROMERO.

Baron. Traeis ese nombramiento?
Romero. [Dándole un oficio.]
Sí, señor.
Baron. Dadme.
[Dádoselo á Castro despues de fir-
marlo.]
Tomad.
Castro. Ah señor! Tanta bondad.....
Marta. Permitid que á vuestros piés.....

Baron. Alzad.
[Á Romero.]
Volveré despues.
Me espera Su Majestad.
[Vase por la puerta secreta.]

ESCENA ÚLTIMA.

FONSECA. MARTA. CASTRO. ROMERO.
RAMIRA.

Marta. Oh qué amable, qué benigno!
Con qué dulzura nos trata!
Jesus!.... Este sí que es digno
de que le den serenata
y le compongan un *higno*.
Fonseca. ¡Eh.....
Ramira. ¡Tan generoso.....
Fonseca. Ya.....
Marta. Tan justo!.... Lo que se llama
un buen ministro.
Fonseca. Quizá.....
Marta. Y si programa nos da,
qué bueno será el programa!
Fonseca. Programa? Eso es lo de ménos.
Todos dan, señoras mias,
programas y garantías.
Todos son buenos, muy buenos.....
los primeros quince dias.



EL QUÉ DIRÁN

Y

EL QUÉ SE ME DA Á MÍ,

COMEDIA EN CUATRO ACTOS.

La puso en escena por primera vez la compañía del teatro del Principe en 29 de Noviembre de 1838.

PERSONAS.

CAMILA.	D. TORIBIO.
DOÑA ROSALÍA.	D. IGNACIO.
LORENZA.	EL MARQUÉS.
JUANA.	BLAS.
EL BARON.	UN ESCRIBANO.

ALGUACILES.

La escena es en Madrid.

ACTO PRIMERO.

Sala con puerta en el foro, que es la de la antesala; otra á la derecha del actor; otra á la izquierda.

ESCENA I.

EL BARON. CAMILA.

[*El Baron aparece sentado.*]

Baron. Gracias á Dios!

Camila. [*Llegando.*] Mande usted.

Baron. Diablo de mujeres! ¡Nunca se ha de acabar su tocado!

Camila. Pero ¿he de venir desnuda?

Baron. Vamos á cuentas, Camila,

[*Camila toma una silla y se sienta junto al Baron.*]

pues ahora no nos perturba

esa loca de mi hermana, prototipo y *non plus ultra* de la humana insensatez, y tal vez hasta la una no volverá.

Camila. ¿Y á qué viene ese preámbulo.....

Baron. Escucha.

Las niñas bien educadas á un tierno padre no ocultan sus sentimientos.

Camila. (Oh Dios!

¿Si sabrá.....)

Baron. Callas! te turbas!

Sí, tú estás enamorada.

Ese silencio te acusa.
Camila. Padre!....
Baron. No te dé vergüenza, que no te pido disculpas. Yo también he sido mozo, y á pesar de la peluca, y del reuma, y de la tos, no creas que me disgustan ni la sal de las morenas ni la crema de las rubias. Más de una vez me ha ocurrido reemplazar á la difunta, pero darte una madrastra es cosa que me repugna; y además el qué dirán, el temor de una importuna cerrada.... No, no quiero contraer segundas nupcias.— Ea, pues, habla. No temas que sea tan absoluta mi paterna autoridad como tú acaso lo juzgas; y pues la elección que has hecho no desdora mi alta cuna....
Camila. (¿Qué oigo! ¿Aprobará...)
Baron. Y es joven de talento y de conducta....
Camila. Oh! crea usted....
Baron. Y de un tipo que hermosos nietos me anuncia....
Camila. [Entre avergonzada y gozosa.] ¡Vaya....
Baron. En fin, rico en virtudes como en bienes de fortuna....
Camila. (Ah! Me engañé! no es Ignacio!)
Baron. Qué tienes? Habla; articula con claridad las palabras. Di de una vez que te gusta, que le amas....
Camila. Pero ¿de quién me habla usted?
Baron. Buena pregunta! Del que pasea tu calle en una jaca andaluza, del satélite que sigue al astro de tu hermosura en la ópera, en el Prado, en la iglesia, en la tertulia; del marqués de Pozo-frio.
Camila. Cierto, sí.... Le debo muchas atenciones. Me distingue entre otras damas, me adula; pero....
Baron. Y tú le das oídos....
Camila. No respondo con injurias al que me dice lisonjas, que eso es cosa de palurdas; pero....
Baron. No hay pero que valga. Él te quiere hasta las uñas.
Camila. No dudo....
Baron. Y te habrá insinuado

algo de dulce coyunda....
Camila. Creo que sí....
Baron. Y á los padres no es posible que se encubran esas cosas. Yo le he dicho que si es boda lo que busca, ó pasatiempo, y....
Camila. Mal hecho. Perdone usted que interrumpa su discurso. Pensaré que rabio como energúmena por casarme.
Baron. No. Á Dios gracias, no te pasas de madura todavía. Ni la mano de una hija amada y única iría yo á pregonar como banasta de fruta por las calles. ¿Qué dirían! Pero yo entiendo la brújula, soy perro viejo, y vigilo para que no te seduzcan.
Camila. Mil gracias. ¿Soy yo tan frágil que teme usted que sucumba....
Baron. Por vicio, no, pero, al cabo, tú eres una criatura candorosa y hay bribones que con el demonio estudian.... No el Marqués. Le hago justicia. Anoche junto á la estufa le eché una indirecta...., pues!, y no esperó la segunda. Me confesó que te amaba, mas con intención muy pura. Yo le oí, como es razon, con benevolencia suma, y hoy aquí sobre la boda tendremos los dos consulta.
Camila. Sin contar conmigo? Bueno!
Baron. Como está fuera de duda el mérito del Marqués, y aunque no es rancia su alcurnia es un creso americano, y tiene ingenio.... de azúcar, y cafetales y negros, no esperaba yo repulsas de tu labio, sino albricias, parabienes y aleluyas.
Camila. Y mi albedrío?
Baron. ¡Palabra impertinente y absurda! Á veinte años albedrío! Y en buen hora entre la chusma de doncellas populares, que poco ó nada aventuran, sea lícito que escoja á su cuyo cada cuya; pero hija tú de un baron.... con b, sería locura casarte de motu proprio como la plebe acostumbra.
Camila. No son de este siglo máximas tan fatales, tan injustas.

Yo conozco mis derechos,
y no seré tan estúpida,
que á la ambicion y al capricho
sacrifique mi ventura.

Baron. [*Levantándose. Camila se levanta
tambien.*]
¿Qué escucho! Qué dirá el mundo?
¡Vea usted cómo fecundan
las ideas de *Rousseau*!
¡Te sublevas, te pronuncias
contra un padre, y anarquista
te subes á la tribuna
para reclamar derechos
y para decirme pullas!

Camila. Yo no conozco á *Rousseau*
ni entiendo esas baraundas,
mas yo he de elegir el novio;
claro, ó no me caso nunca.

Baron. ¡Cómo.... ¿Qué.... Qué tono es ese?
¿Sabes que ya se me atufan
las narices y.... ¡Por vida....

Camila. Aplaque usted esa furia.
Ah! bien quisiera....

Baron. ¿No sabes
que yo tengo malas pulgas?

Camila. Yo confio en mi justicia
y en la paternal ternura....

Baron. Zalamerías ahora!—
Te casas, ó no?

Camila. Qué angustia!
Es bello mozo el Marqués,
mil cualidades le ilustran,
pero....

Baron. Vamos, qué?

Camila. No le amo.

Baron. Eh!.... para que os case el cura
basta que no le aborrezcas.
Ya madurarán las uvas.

Camila. Pero, señor....

Baron. Nada, nada!
No te admito la renuncia.

ESCENA II.

EL BARON. CAMILA. D. IGNACIO.

Ignacio. Tio.....

Baron. Tú vienes, Ignacio,
en buena ocasion. ¡Á ver
si me ayudas á vencer
ese carácter rehaci!

Ignacio. Pues ¿qué ocurre?

Baron. Que tu prima
niega su mano á un buen mozo;
á todo un marqués de Pozo....

Camila. Ah!

Baron. Frio. No te da grima?
Rico, galan, opulento,
buen jinete, y ¿qué se yo....,
y la llevará en landó....

Vaya, vaya..... Es mucho cuento!
Ignacio. Y ella.....

Baron. ¡Cuántas en Madrid,
cuántas su feliz estrella
envidiarán....

Ignacio. Pero ella....

Baron. No le quiere. Ahí está el *quid*.

Ignacio. Será cierto?

Baron. Es una loca.

Camila. Para amigo, eternamente;
para esposo, no.

Baron. Insolente!

Ignacio. (Bendita sea tu boca!)
Confieso que no es cordura
despreciar tan buen partido;
mas si no gusta un marido,
es tambien cosa muy dura....

Baron. Así me apoyas, bribon?

Ignacio. ¿No quiere usted que sincero
le diga mi labio....

Baron. Quiero
que seas de mi opinion.
(Si estarán de inteligencia?)

Ignacio. Pues yo debo declarar
que casarla á su pesar
es un cargo de conciencia.

Baron. (Hum! se miran!) Bueno! bravo!
Mas ¿qué entiende una doncella
sin mundo y sin.... ¿Sabrá ella
mejor que yo.... Pues alabo!
Si en apariencia la oprimo
porque su bien me interesa,
nunca.... (Otra mirada; y esa
es algo más que de primo.)
Y es que ella ha perdido el seso,
ó tal vez el matrimonio
la asusta como el demonio.
La inexperiencia....

Camila. No es eso.

Baron. Por tu causa me malquisto....
Pues entrar monja es quimera,
que este siglo no tolera
esposas de Jesucristo.

Camila. Ni á mí me ha inspirado el cielo....

Baron. Pues tú para algo has nacido;
y veinte años has cumplido;
y yo quiero ser abuelo.

Camila. En buen hora, pero no....

Baron. Á qué hablarme de albedrío?
Ya que no buscas tu avío,
deja que lo busque yo.

Ignacio. ¿Quién sabe si ya su pecho
late amoroso, y la arredra
el temor....

Baron. Soy yo de piedra?
(Saldrá lo que yo sospecho.)
La trato yo como esclava?
No me vió siempre propicio?
Iba á casarla.... de oficio,
porque ella no se casaba.
Si amara su corazon,
ya el asunto era diverso,
y á no ser ruin y perverso

el blanco de su pasión....
Ignacio. (Ah!)
Camila. (¿Diré....)
Baron. Pero no hay tal.
 Cuando ella no dice nada,
 de nadie está enamorada.
 Corazon de pedernal!
Camila. Ah! no; que, sensible y tierno,
 de amor las leyes supremas
 ya, señor.....
Baron. Vaya! no temas.
 Acaba. Quién es mi yerno?
 Por ser tu amor tan oculto
 traté con otro galán
 y me expongo al qué dirán,
 pero cuenta con mi indulto.
Camila. Padre mio!
Baron. Sólo exijo
 que sea buen caballero,
 porque en esto soy severo.
 Con la plebe no transijo.
Camila. Sí, su nobleza es notoria.....
Baron. Bien.
Camila. Y no cede á ninguna.
 ¡Así tuviera fortuna
 como tiene ejecutoria!
Baron. Los tiempos no están muy buenos,
 mas ¡todo sea por Dios!
 Al fin, si os queréis los dos,
 todo lo demás es ménos.
 Conque..... acabemos. Quién es?
 [*Camila y D. Ignacio se miran como
 indecisos. El Baron se hace el dis-
 traído y los observa con disimulo.*]
Camila. (Qué haré?)
Ignacio. (Yo tiemblo.)
Baron. (No digo?)
Ignacio. Camila!
Camila. Ignacio!
 [*D. Ignacio y Camila se animan mu-
 tuamente con una mirada, danse las
 manos y se arrodillan delante del
 Baron.*]
Baron. Eh?
Camila. Conmigo
 le tiene usted á sus piés.
Baron. Ah! Caisteis en la trampa!
 Alzad. Voto á briós!.... Alzad.....
 [*Separándolos.*]
 Fuera esas manos! Soltad,
 ó ¡por vida de mi estampa.....
Camila. ¡Padre...
Ignacio. ¿Cómo.....
Camila. Usted decia.....
Baron. Calle esa boca blasfema.
 Ha sido una estratagema.
Ignacio. Ha sido una felonía.
Baron. Calla, libertino! ¿Así
 pagas mi hospitalidad?

Ignacio. Pero.....
Baron. Calla!
Camila. Qué crueldad!
 ¡Padre.....
Baron. Silencio!
Camila. Ay de mí!

ESCENA III.

EL BARON. CAMILA. D. IGNACIO. D. TORIBIO.

Toribio. Qué es esto, señor Baron?
Baron. Oh ingratitude! oh maldad!
 Seducir á una inocente.....
Ignacio. Yo.....
Camila. Perdone usted. No hay tal.
 No puede haber seducción
 donde hay libre voluntad.
Baron. Calla!
Ignacio. Nuestro amor es puro.....
Toribio. Ah!... Se quieren? Eso hay?
 Ya se ve; primos y mozos.....
 No hay cosa más natural.
 Hola, y no han perdido el tiempo!
 Tres días hace no más
 que don Ignacio ha venido,
 y se ha emparejado ya.
Baron. Abusando indignamente
 de mi excesiva bondad.
Ignacio. Tío!....
Toribio. Y bien, si ellos se adoran,
 qué sirve tomarlo á mal?
 Que se casen, y *laus Deo*,
 y pelillos á la mar.
Baron. Y á usted ¿quién le llama aquí?
Toribio. Nadie. Mi amor á la paz.....
Baron. Que se casen? No ha de ser
 con mi aprobación jamás.
 ¡Entregar mi única prole
 á un pobre pelafustan
 sin beneficio ni empleo.....
 Y aun lo de pobre, tal cual;
 pero haberse degradado
 á tal punto..... Atrocidad!
 ¡Haber empañado el brillo
 de mi gótico solar
 con un borron..... Santos cielos!
Ignacio. ¿Cómo borron.....
Baron. ¿Qué dirán!
Ignacio. Mi conciencia está tranquila,
 y aunque desde tierna edad
 la ojeriza de la suerte
 me ha perseguido tenaz,
 de ninguna acción villana,
 tío, me puedo acusar.
Baron. Eso dices, mal sobrino?
 ¿No sé yo de pe á pa
 toda tu vida y milagros
 desde que en hora fatal
 te metiste á campeón
 de patria y de libertad,

- y ya te iban á prender,
y tuviste que emigrar?
Toribio. Y ese es todo su delito?
Vaya! porque es liberal.....
Hace bien.....
- Baron.* Seor mayordomo,
váyase usted á cuidar
de la despensa.
- Toribio.* Es que yo.....
- Baron.* No le juzgo criminal
porque piense como quiera,
que yo tambien tengo acá
mi sistema, y mi opinion,
y en todo ese guirigay
de derechos, uno solo
me puede, el de la igualdad.
- Camila.* Pues ¿qué le echa usted en cara?
Baron. Qué horror!
- Camila.* Me hace usted temblar.
- Baron.* La bastardía mayor,
la mayor iniquidad.....
- Camila.* ¿Es posible.....
- Baron.* ¡Haber vendido
percales en Gibraltar! —
Os reis? — Se rie usted? —
Y en mostrador de nogal!
y vara á vara, Dios mio!
y recibiendo quizá
triste y mezquino salario
de algun nieto de Caifas!
- Ignacio.* Huérfano, expatriado, pobre,
qué habia de hacer? Robar?
- Baron.* No.
- Ignacio.* ¿Implorar de puerta en puerta
la pública caridad,
ó pedir al extranjero
la sopa de un hospital?
¿No es esto más vergonzoso
que ejercer con probidad
una profesion honrada?
- Baron.* Ya, sí, pero..... el qué dirán....,
tu cuna..... Si fueras hijo
de algun fulano de tal,
si no tuvieras parientes.....
- Ignacio.* Cuando estaba por allá
ni á mis cartas respondieron
ni me enviaron un real.
- Baron.* Yo no escribo á calaveras.
- Ignacio.* Y es cosa muy singular
que me reprendan ahora
porque, á solas con mi afan,
pedí á la razon consejo
á antes que á la vanidad.
- Toribio.* Con el sudor de tu frente
el sustento ganarás,
dijo Dios al primer hombre.....
- Baron.* Dale! Quiere usted callar?
Es mucho moscon!
- Toribio.* Y todos.....
¡pues! somos hijos de Adan.
- Camila.* Pero, padre, usted procede
con mucha parcialidad.
Si el dedicarse al comercio
- parece á un baron tan mal,
¿cómo con un comerciante
me pretende usted casar?
Baron. Un comerciante..... marqués!
;Una notabilidad
mercantil! Ya no desdeña
la aristocracia feudal
á la pecuniaria. Á veces
se hace preciso cruzar
las castas, y á casa vieja
viene de molde un puntal;
mas de un hortera á un marqués
¡ahí es nada lo que va!
- Ignacio.* No me ha sido á mí tan próspera
la suerte. Con el caudal
que en cuatro años de desvelos
y ahorros llegué á juntar
fleté un barco para América,
mas naufragó el capitan,
que era tambien socio mio,
y sólo pudo salvar
la vida. Amigo infeliz!
Toribio. Y qué es de él?
- Ignacio.* Tres años ha
que no me escribe.....
- Baron.* Ahora bien,
¿no es una temeridad
que hombre fallido se case?
Ó tú no eres racional,
ó á la mano de Camila
desde hoy debes renunciar.
- Ignacio.* Renunciar! ¿Por qué, si el alma.....
- Baron.* El alma no come pan;
convengo, pero el estómago
es un terrible animal,
y *sine Cérere et Baco*.....
Ya sabes tú lo demas.
- Ignacio.* Mis méritos y servicios
el Gobierno premiará,
y entre tanto, pues no soy
ni un zote, ni un holgazan,
trabajaré.....
- Toribio.* Y á qué asunto?
Vaya, no faltaba más!
Con el dote de la novia.....
- Baron.* Don Toribio, ó don Satan,
no me sea entrometido,
que si mi hermana le da
más alas que ha menester
un mayordomo incapaz,
á mí no me mayordoma
ningun bigardo.
- Toribio.* Es verdad,
pero vamos al decir.....
Me parece regular.....
- Baron.* [Á D. Ignacio.]
Hasta que yo cierre el ojo,
no hay dote.
- Camila.* Padre!.....
- Baron.* No lo hay.
Lo entendeis? Y como pueda
viviré más que Abraham.

Camila. Pues bien, ya que llega á tanto la injusticia y la crueldad de mi padre....., está tomada mi resolucíon.

Baron. Qué harás?

Toribio. Toma! Qué ha de hacer? Casarse, que despues..... Dios proveerá.

Baron. Hum!.....

Camila. No, señor, no resisto la paterna autoridad; mas mi vida será corta.

Baron. ¿Cómo.....

Camila. Á falta de puñal ó de tósigo violento, el dolor me matará, y usted, que viva me aflige, mañana en mi funeral verterá tardías lágrimas.....

Baron. Jesus, qué barbaridad! Mas no lo creo: ¡Á veinte años morirse sin más ni más!

Camila. Sí señor, mas sin venganza no veré la eternidad.

Baron. Conato de parricidio!

Ignacio. Camila!

Baron. Venganza..... Cuál?

Camila. Porque es pobre y fué tendero, por un vano qué dirán no quiere usted que á mi primo llame esposo en el altar. Pues bien, si vírgen y mártir muero en la flor de mi edad, ese primo, ese tendero, ya que no yerno, será del baron que le desprecia heredero universal.

Baron. ¿Qué oigo! No habia pensado.....

Intriga de Barrabas!..... Mas yo intrigaré tambien para que ese perillan no me herede. La vacante de mi tálamo nupcial ocupará una madrastra, y si fruto no me da de bendicion masculina, vive Dios que soy capaz.....

Ignacio. ¡Tío.....

Baron. Vete de mi casa y no vuelvas á su umbral en los dias de tu vida.

Toribio. Eh, señor! No sea tan.....

Camila. Padre!

Baron. Afuera! Afuera digo!

Toribio. Sí? Pues se irá, y no se irá.

Baron. Eh? Qué quiere decir eso?

Toribio. Este piso principal es de usía y de su hermana, porque paga la mitad; y si usía echa de un lado á su sobrino carnal, yo le recibo en el otro.

Baron. Cómo? Con qué autoridad?

Toribio. En nombre de mi señora.

Baron. Habrá idiota más audaz?

Toribio. Y si no, en mi nombre propio, que ya me canso de andar con repulgos de empanada.

[*Mientras disputan el Baron y don Toribio, hablan en secreto D. Ignacio y Camila.*]

Baron. Insolente! Ya sabrá mi hermana.....

Toribio. Cuando yo lo hago sé lo que me hago, y tres más, y se acabó. En esta sala, que es el terreno neutral, defendamos el comun derecho de vecindad. Mande usía en la derecha y déjeme á mí mandar el ala izquierda, y.....

Baron. Bergante!

Toribio. Tengamos la fiesta en paz.

Baron. Ya se me sube á las barbas! ¿Y no ha de haber tribunal que tanta audacia castigue?

[*Á D. Ignacio y á Camila.*]

Qué haceis? ¡Por vida..... Apartad!

[*Á D. Ignacio.*]

Afuera!

Toribio. [*Mostrando la puerta de la izquierda.*]

Adentro.

Ignacio. Mil gracias.

Baron. Le obedeces? No te vas?

Ignacio. ¿Qué quiere usted! Soy amante, y pues á escoger me dan entre no ver á mi prenda y verla.....

Baron. No la verás.

[*Á Camila.*]

Anda á estudiar tu leccion de geografia.

Camila. ¡Papá.....

Baron. Y si sales de tu cuarto sin mi permiso especial, te encerraré en la guardilla.

Toribio. No, señor. Eso será si quiere quien puede.

Baron. ¿Cómo!.....

Toribio. La guardilla es propiedad de ambos sexos; es decir, de usía y de.....

Baron. ¡Voto á san.....

Toribio. Y de su hermana y señora mia.

Baron. Malditos seas mi hermana y tú.

Camila. Adios!

Ignacio. Adios!

Baron. [*Empujando á Camila hácia la puerta de la derecha.*]
 Vete!
Camila. ¡Mi bien.....
Ignacio. ¡Dulce iman.....
Baron. Anda!—Vamos!
Ignacio. Serás fiel?
Camila. Siempre!
Baron. ¡Vive Dios.....
Camila. Ah!
Ignacio. Ah!

ESCENA IV.

EL BARON, D. TORIBIO.

Baron. Ahora canta usted victoria porque yo no quiero dar escándalo; pero luego ya veremos si usted.....
Toribio. Bah!
 Querrá usted desafiarme?
Baron. No, que hombres de calidad no se baten con villanos; pero un juez.....
Toribio. Quite usted allá!
 Lo que no haga la prudencia, lo hará un fallo judicial?

Bah! ;Si hemos de ser al fin muy amigos.....
 ¿Cómo..... Bah!
Baron. Yo amigo de usted?
Toribio. Sí, hombre.
 Y ¿quién sabe si algo más?
 [*Riéndose.*]
 Ja, ja..... Abur, Baron. Je, je.....
Baron. ¡Hem.....
Toribio. Que no haiga novedad.

ESCENA V.

EL BARON.

¡Y se me rie el mastuerzo cuando estoy hecho un volcan!
 Ah hermana!... Estamos medrados!
 ¿Ya no puedo yo mandar en mi casa? No hay remedio: ó esa gente contumaz me hace escarnio de Madrid, ó me tengo que mudar.
 Preciso! Hoy tomo otro cuarto.....
 Válgame Dios! ¿Qué dirán!....
 Y si en Madrid no lo encuentro me empadrono en Fuencarral.

ACTO SEGUNDO.

Sala diferente de la del acto primero. Puerta á la derecha y otra á la izquierda. Entre otros muebles habrá una mesa con recado de escribir.

ESCENA I.

EL BARON, DOÑA ROSALÍA.

[*Aparecen sentados.*]

Baron. Esto ha pasado en tu ausencia. No creo, ni por asomo, que del zafio mayordomo, apruebes tú la insolencia; y si quieres que no estalle una guerra fratricida, te aconsejo por tu vida que le plantes en la calle.
Rosalía. No es tan grave su delito que merezca ese rigor.
Baron. Proteger á un seductor!....
Rosalía. Vaya, eso no vale un pito. Prescindo de tu injusticia

como padre y como tio; dejo aparte el desvario de tu orgullo y tu codicia; que, aunque tú tanto reparas en lo que hacen los demas, yo no me meto jamás en camisa de once varas; mas tambien me llama tia Ignacio, y pues tú le arrojas de tu casa, ¿á qué te enojas si yo le amparo en la mia?
Baron. Es una casa, y son dos, mujer: no lo consideras?
 Si en otra parte vivieras....; muy léjos...., anda con Dios!
Rosalía. El remedio es fácil.
Baron. Sí?
 Cuál?
Rosalía. ¿Quién te estorba el mudarte...

Baron. Adónde?
Rosalta. Á cualquiera parte.
 Yo me encuentro bien aquí.
Baron. En hora menguada y triste
 me vine á vivir contigo,
 descastada!
Rosalta. Pues, amigo,
 vete por donde viniste.
Baron. Veinte años léjos de ti,
 mal te conocia yo.
Rosalta. Aquí nadie te llamó.
Baron. Ni yo quiero estar aquí.
 Mas miéntas hallo vivienda,
 pues no es justo que á un meson
 se vaya todo un baron,
 dirimamos la contienda.
Rosalta. Yo no.....
Baron. Deja que me explique.

[Mostrando la puerta de la izquierda.]

Un tabique en esa pieza,
 que costará una simpleza,
 y en mi alcoba otro tabique.....
Rosalta. Y las luces? Y el balcón?
Baron. Yo soy el que á oscuras quedo.
Rosalta. Nada! yo no me emparedo
 por una necia aprension.
Baron. Pero, mujer.....
Rosalta. No hay que hablar
 de tal cosa.
Baron. Escucha.....
Rosalta. No.
 Encierra á tu hija, que yo
 no me quiero apolillar.
Baron. Bien, no tengamos quimera,
 mas despide á ese criado
 que al respeto me ha faltado.
 Dame ese gusto siquiera.
Rosalta. Eh! no hay respeto que valga.
 Tú no le pagas salario.
Baron. Pero es hombre mercenario
 y debe á mi sangre hidalga.....
Rosalta. Nada.
Baron. ¿Qué oigo! Oh! ¿qué dirán.....
Rosalta. No importa.
Baron. Á un bruto defiendes!
Rosalta. No me le ultrajes; entiendes?,
 ó los sordos nos oirán.
 Aunque humilde, es bien nacido.
Baron. Pero ¿qué interes.....
Rosalta. Lo extrañas?
Baron. Es..... tu amante?
Rosalta. No te engañas.
Baron. Cielo!
Rosalta. Y será mi marido.
Baron. Marido tuyo ese abanto?
 Que así una pasion te venza!
 No te mueres de vergüenza?
Rosalta. Bobada!
Baron. Qué horror! qué espanto!
Rosalta. Aunque no te agrada á ti,
 su amor será mi placer.

Baron. Pero ¿qué dirán, mujer!
Rosalta. Pero ¿qué se me da á mí?
Baron. Yo le conocí lacayo!
 Así tu blason injurias!
Rosalta. Toribio nació en Astúrias.
 Quizá es nieto de Pelayo.
Baron. Funesto afan de marido!
 Harás que Madrid se asombre.
Rosalta. Yo me caso con un hombre,
 y no con un apellido.
Baron. Pero ¡qué hombre!
Rosalta. Yo me entiendo.
 Soy mayor de edad, y es justo
 que haga yo mi santo gusto,
 pues ni á Dios ni al mundo ofendo.
Baron. Casamiento baladí!
 Un idiota.....
Rosalta. Es tan galan!....
Baron. Pero, mujer, ¿qué dirán!
Rosalta. Pero ¿qué se me da á mí?
Baron. Ya veo que te aburrías
 de vivir en soledad,
 y conozco que á tu edad
 no hay que pedir gollerías;
 mas si anhelabas tan pronto
 cambiar el luto en bureo,
 casáste con un feo,
 con un pobre, con un tonto;
 pero, que fuese siquiera
 un hidalgo segundon,
 y no ese..... guardacanton
 rústico y de baja esfera.
Rosalta. ¿Querías que me casase
 por ventura con un mono
 sin más título de abono
 que ser de elevada clase?
 ¿Con un fatuo libertino
 que mis rentas consumiera
 en vestir á una ramera,
 y en la ópera y el casino?
 Yo prefiero, pues me adora,
 á un hombre honrado y sencillo,
 y si en la corte no brillo,
 seré en mi casa señora.
 En esto mi dicha fundo.
Baron. Y al mundo no temes? Di.
Rosalta. Yo me caso para mí;
 no me caso para el mundo.
 Tranquila está mi conciencia,
 soy libre y tengo dinero;
 ¿y no he de hacer lo que quiero
 sin pedirte á ti licencia?
 Ni pongo rey, ni lo quito.
 Quien no apruebe este sistema,
 que me deje con mi tema,
 que yo á nadie necesito.
Baron. ¡Yo llamar á un oso astur
 cuñado!
Rosalta. Lo dicho, dicho.
Baron. Torpe y bárbaro capricho!
Rosalta. Basta de sermon. Abur.

ESCENA II.

EL BARON.

¡Oye, escucha..... Rosalta!....
Se va la zaina en sus trece.
Vaya, imposible parece
que ella sea hermana mia.
Jesus, Jesus, qué demencia!
dar su mano á ese menguado!—
Pero á bien que en el pecado
llevará la penitencia.
Hay mujer más mentecata?
Antes que se acabe el mes,
dejará de ser quien es
Toribio, ó saca la pata.
Ahora sí que es honor mio
alejarme de su lado,
y más cuando me han jugado.....

ESCENA III.

EL BARON. BLAS.

Blas. El marqués de Pozo-frio.
Baron. Dile que entre.—¡ Voto á san.....

[Vase Blas.]

Ya olvidaba..... Esa chiquilla.....
¿Qué diré..... La negra honrilla.....
Mi palabra..... El qué dirán.....

ESCENA IV.

EL BARON. EL MARQUÉS.

Marq. Señor Baron!
Baron. Oh Marqués!—
Sillas.

[Vuelve Blas, acerca sillas y se retira.
El Marqués y el Baron se sientan.]

(Yo no doy mi brazo
á torcer.) Qué tal, amigo?
¿Se va usted aclimatando
en Madrid?

Marq. Yo me hallo bien
en todos los climas.

Baron. Bravo!

Marq. Acostumbrado á viajar.....

Baron. ¿Ha llegado ya aquel barco.....

Marq. Ya está surto en Cádiz, libre
de piratas y naufragios,
y con él lo que restaba
de mi capital, pues trato
de abandonar el comercio.....

Baron. Bien!

Marq. Y hacerme propietario.

Baron. Mejor! (¿Y un yerno como este
se me irá de entre las manos!)

Marq. ¿Ha hablado usted con Camila
de aquel asunto.....

Baron. Sí, algo
le he dicho. La chica..... (¿Cómo
saldré yo de este pantano?)
La chica le aprecia á usted,
y le haria mucho agravo
en no apreciarle.

Marq. Ese aprecio
me envanece. Sin embargo,
es natural que yo aspire
á un afecto ménos vago,
más tierno; al amor sincero
que me inspiran sus encantos.

Baron. Lo que es la palabra amor,
no sé si la ha pronunciado.
Ya ve usted, el ruborcillo.....
Como tiene pocos años.....

Marq. Bastantes son para amar.

Baron. No digo yo lo contrario,
mas un padre siempre impone,
y cuesta....., así....., cierto empacho
el confesar..... Pero yo
soy fisonomista práctico,
y en sus ojos conocí
que no oyó con desagrado
la proposicion.

Marq. Los ojos
no hablan en buen castellano,
señor Baron. Yo prefiero
el lenguaje de los labios.

Baron. ¡Es tan elocuente á veces
el silencio! Hay un adagio
que dice: quien calla otorga.

Marq. Señor Baron, vamos claros.
Quien calla..... no dice nada.

Baron. Á tener ella reparo
en casarse con usted,
lo hubiera manifestado;
mas léjos de ser así,
conozco, y puedo jurarlo,
que la chica le ama á usted.
(Yo miento como un bellaco,
pero el qué dirán.....) Y en fin,
basta que sea el contrato
de mi gusto para que ella
no rehuse á usted su mano;
que es obediente y humilde.....
(Otro embuste diplomático.)

Marq. No quisiera que cediese
á ningun respeto humano;
que yo tambien tengo orgullo,
y aunque es poco lo que valgo,
para unirme á una mujer
con indisoluble lazo
he menester algo más
que la firma del vicario.

Baron. Pero si ella..... Cuando digo.....
(¡Ese pícaro de Ignacio.....)

Marq. Usted quizá....., sin que yo
le tenga por un avaro,

tendrá empeño en esta boda porque se habrá figurado que estoy nadando en millones. No soy ningún perdulario, y no echaría de menos su hija de usted á mi lado ni de su padre el cariño, ni de su casa el regalo; pero ha de saber usted que no soy tan millonario como parece, y que yo.....

Baron. Por Dios, Marqués! Dónde estamos? ¿Piensa usted que el interes..... Yo tambien voy á ser franco. Á pesar de ser quien soy, y de todo mi boato, mis rentas, amigo mio, están en pésimo estado, y los pleitos me devoran. Cosa rara!; y entre tanto, mantengo administradores que gastan, sólo en el plato, más que yo en mesa, carruaje, sastré, casero y teatro. Pero mis bienes radican en Soria y tierra de Campos, y yo resido en Madrid. Quién vive en aquellos páramos? Y luego, á mí no se me hable de presupuestos, ni cálculos, ni reformas, ni..... ¡Es todo eso tan plebeyo, tan prosaico!.... No, señor. ¿Qué se diría..... ¡Sobre que yo no me amaño para esas cosas!.... ¡Y tengo tanta afición al descanso!.... Así usted no extrañará, si medita este preámbulo, que el dote de la muchacha sea.....

Marq. En eso no reparo, mas quisiera averiguar si soy ó no soy amado.

Baron. ¿Quién duda.....

Marq. Que de otro modo me expongo á un terrible chasco. Ya que usted, padre solícito, el desenlace ha forzado del drama y, contra las reglas, nos casa en el primer acto, llame usted á la futura y de su boca sepamos.....

Baron. Dispénsela usted por hoy. Está indispueta. Un catarro.....

Marq. Hay calentura? Está en cama?

Baron. Sí, señor, mas no hay cuidado. Se ha puesto unos sinapismos..... Va mejor..... Está sudando..... (Quien suda soy yo.)

Marq. Pues siento sobremanera.....

Baron. Un espasmo.....

ESCENA V.

EL BARON. EL MARQUÉS. BLAS.

Blas. Ahí está el procurador.....

Baron. ¡Venir ahora á estorbarnos..... Que vuelva.....

Blas. Dice que es cosa urgente, y que es necesario que le oiga usía un momento.....

Marq. Despáchele usted.

Baron. Qué diablo!....

Marq. Usted me ha de perdonar.....

Baron. No hay de qué.....

Baron. Vuelvo volando.

ESCENA VI.

EL MARQUÉS. CAMILA.

Marq. No he visto en todos mis viajes hombre más estafalario.

Camila. [*Saliendo de puntillas por la puerta de la derecha.*]

Marqués.....

Marq. Señorita! ¿Cómo..... Se cura usted por ensalmo?

Camila. [*Á media voz.*]

No hay tal catarro, ni tales sinapismos.

Marq. Mucho extraño que el Baron.....

Camila. Tengo que hablar con usted.....

Marq. Bien está. ¿Cuándo.....

Camila. Pronto. Si sale mi padre, vuelva usted...

Marq. Sí, mas no alcanzo...

Camila. Que viene! Silencio! Adios.

[*Vase corriendo por la misma puerta.*]

Marq. Ay! Esto se pone malo.

ESCENA VII.

EL MARQUÉS. EL BARON.

Baron. Malditos sean los pleitos..... Hoy va á pronunciarse el fallo sobre el más interesante de los míos, que son cuatro, y como de esas mecánicas

yo nunca me cuido, el santo se me fué al cielo..... Ese tío ha venido á recordármelo..... Los momentos son preciosos. La parte contraria es pájaro de cuenta..... Perdóne usted.

[Toma el sombrero y el bastón.]

· Mi defensor está abajo..... Tengo que hablar á los jueces, aunque, á la verdad, es paso que me repugna.....

Marq. Por mí no hay que detenerse. Vámonos.....

Baron. Yo siento..... Pero otro día hablaremos más despacio.— Si usted quiere honrar mi coche.....

Marq. No. Yo voy por otro lado.

Baron. Pase usted.....

Marq. No. Usted primero.

Baron. Pues los dos á un tiempo. El brazo.

[Toma el brazo del Marqués, vanse juntos, y al mismo tiempo asoma Camila.]

ESCENA VIII.

CAMILA.

Los dos se van. Qué manía!
¡Qué empeño tan temerario de casarme con ese hombre!
Pues ¿no le he dicho bien claro que no puedo, que amo á otro.....
¿Á qué con esos engaños alimentar la esperanza del Marqués, si al fin y al cabo ha de saber la verdad?
Yo tendré que darle el trago.
¿Qué he de hacer! Si es caballero no lo tendrá por agravio, y ántes me agradecerá que le libre del escarnio á que mi padre le expone por terquedad, por un falso pundonor..... ¿No hago bastante en renunciar á mi Ignacio hasta que luzca otro sol más dichoso para entrambos, sino que también..... La puerta me parece que ha sonado.

[Acércase á la de la izquierda.]

Él es..... Pobre caballero!
Le voy á dar un mal rato.

ESCENA IX.

CAMILA. EL MARQUÉS.

Marq. Ya lo ve usted, en un verbo doy vuelta y cumpla la cita.
¿Qué manda usted, señorita, á su más humilde siervo?

Camila. Marqués, quien ruega no manda.

Marq. ¡Usted rogarme.....

Camila. Sí, á fe,

y por feliz me tendré si usted accede á mi demanda.

Marq. Á la bella que es mi encanto desairar fuera delito cuando.....

Camila. Es que yo solicito que usted no me quiera tanto.

Marq. Extraña solicitud!

Camila. Sí, que exponerme no quiero á que tan buen caballero me acuse de ingratitud.

Marq. Entiendo.

Camila. Usted no se asombre, pero ha llegado la hora.....

Marq. Eso se llama, señora, dar calabazas á un hombre, pero con tanto primor y tan natural donaire, que viste usted el desaire con las galas del favor. Aunque quejarme quisiera me quita usted la ocasion; mas ¿cómo con el Baron no ha sido usted tan sincera? Bien que ya mi juicio alcanza que usted lo ha hecho quizás..... por darme esa prueba más de amistosa confianza.

Camila. Mi señor padre no quiso, cual pudo y lo sabe Dios, evitarnos á los dos este duro compromiso. Sólo mi dicha pretende; de ahí nace su error fatal, y yo me he explicado mal ó mi papá no me entiende. Él procede sin malicia. No le culpe usted, ah! no, que la culpada soy yo en no hacerle á usted justicia.

Marq. Otra dedada de miel.

Camila. Usted merece la palma, pero amor manda en el alma, y el alma no manda en él.

Marq. Ya.

Camila. Crea usted que es mi anhelo ser su amiga.

Marq. ¡Eso es tan soso.....

Camila. Y usted será muy dichoso si oye mis votos el cielo.

En pedirme para esposa
usted me hace sumo honor,
lo confieso con rubor. —
No puedo hacer otra cosa.
Y si á usted ya no rendí
mi corazón, no es desden;
es que le trata muy bien
el galán á quien le di.

Marq. Esa es razón concluyente.
Y ¿quién es ese buen mozo?
Dígame usted sin rebozo
á un amigo..., á un confidente.

Camila. Fuera infiel si le negara.
Sin blasonar de rico-hombre,
es noble, honrado.....

Marq. Su nombre?
Camila. Don Ignacio de Guevara.
Marq. ¿Qué oigo! Guevara? Está aquí?
Camila. Tres días ha que ha llegado.
Marq. ¿Si será.... Estaba emigrado?
Camila. Sí.

Marq. [*Enseñando á Camila un papel.*]
Es esta su firma?
Camila. [*Reconociéndola.*] Sí.
Don Ignacio es primo mío;
mi apellido es el que lleva.

Marq. Sólo por barón de Nieva
conocía yo á su tío.
No es mucho.... ¡Gracias á Dios
que pareció! Nos veremos.....

Camila. Pero ¿qué asunto.....
Marq. Tenemos.....
que ajustar cuentas los dos.
Camila. (Yo no sé lo que me pasa.)
Pero ¿no podré saber.....
Marq. Ahora no. No es menester.....
Dónde vive?
Camila. Aquí.
Marq. Está en casa?
Tengo que darle un aviso.....
Camila. Salió. Pero.... ¿qué intenciones.....
Marq. Le pondré cuatro renglones
si usted me da su permiso.
Camila. Está bien.

[*El Marqués se sienta á la mesa y escribe.*]

Mas ¿no pudiera
decirle yo.....

Marq. Necesito
explicarme por escrito.

[*Observándola.*]

(Blanca está como la cera.)
Camila. (Dios mío! Qué será esto?)

¿Si será enemigo suyo
este hombre y querrá....)

Marq. Concluyo,
que no quiero ser molesto.

[*Cierra la esquila y se levanta.*]

Camila. (La vida tengo en un hilo.)
Pero, señor, ¿qué misterio.....

Marq. Señora, es asunto serio
y exige mucho sigilo.

Camila. Yo soy prudente, Marqués,
y.....

Marq. Ya es larga la visita.
Déle usted esta esquelita.

Camila. Pero.....

Marq. Beso á usted los piés.

ESCENA X.

CAMILA.

¿Qué le dirá en esta carta.....
que no me es lícito abrir?
Un desaffo..., ó ¿quién sabe
si otra venganza más ruin.....
Cuando el nombre de mi Ignacio
me oyó pronunciar, le vi
tan turbado, tan inquieto.....
Y no dijo con buen fin:
«Tenemos que ajustar cuentas
los dos....» Ay triste de mí!
No hay duda; aquí le provoca
á injusta, sangrienta lid.
¿En qué ha podido ofenderle
mi pobre Ignacio, que así
le persigue su rencor?
Yo no sé qué presumir.
Pero está celoso, y basta.
Hombre inhumano, hombre vil!....
De mi desden, vida mía,
se quiere vengar en tí.
Ay! yo tiemblo. ¡Cuántas veces
del valor triunfa el ardid!
Tu sangre.... ¡Primero yo
muera mil veces y mil!
Oh dolor! oh duda amarga!

[*Mirando la carta.*]

No me atrevo.... Él no está aquí.....

[*Cayendo desconsolada en una silla.*]

¡Santo Dios, tened piedad
de esta mujer infeliz!

ACTO TERCERO.

Sala en la parte de habitacion que corresponde á doña Rosalía. Puerta á la derecha, que es la misma que estaba á la izquierda en el acto primero, otra en frente y otra en el foro.

ESCENA I.

DOÑA ROSALÍA. D. TORIBIO.

[Doña Rosalía está en traje de calle.]

Rosalía. Mañana, mañana mismo.
Ahí queda sobre la cómoda
mi partida de bautismo;
y pues ya por el correo
la tuya ha venido, cúmplase,
Toribio, nuestro deseo.

Toribio. Por mi parte, ahora, al punto;
mas todavía está próximo
el entierro del difunto.

Rosalía. Y qué importa?

Toribio. Sí por cierto.
Cuatro meses hizo el sábado
que San Luis tocó á muerto;
y la gente, que presume
que eres un valle de lágrimas
y la pena te consume,
qué dirá? Que ambos á dos
ni amor tenemos al prójimo
ni justo temor de Dios.

Rosalía. Eso me dices, Toribio?
Debieras brincar de júbilo,
y te me muestras tan tibio?

Toribio. Tibio? No tal.....

Rosalía. Si de mí
naciera ese vano escrúpulo,
ya entiendo; pero ¡de ti!

Toribio. Por tibieza no lo digo,
mas temo que en los periódicos
la tomen luego contigo.
Lo que es yo, no tengo miedo
de vivir como un canónigo
de Sevilla ó de Toledo,
ni de que el vulgo se ria
y diga que soy un zángano;
mas ¡tu opinion, Rosalía.....

Rosalía. Tampoco á mí me incomoda
que la envidia me haga sátiras
cuando publique mi boda.
Ni me quitan ni me dañ.
Harto tiempo he sido víctima
de ese pueril qué dirán.
Por él me casé á disgusto
con un marido antipático
en el genio y en el busto.
Me dió una vida de perros,

mas me precio de católica
y le perdono sus yerros.
Qué más he de hacer, Toribio?
¿Me he de encerrar en su túmulo
siendo su muerte mi alivio?
Cuando el corazon se alegra
¿no es una farsa ridícula
cubrirse de saya negra?
Aunque ellas digan que no,
más de dos viudas hipócritas
harian lo que hago yo.
Que me miren de soslayo,
que murmuren. ¿No me es lícito
hacer de mi capa un sayo?
En fin, me quiero casar.
Ni las leyes ni los cánones
me lo pueden estorbar;
y así que te dé la mano
le hemos de cantar un trágala
al quijote de mi hermano.

Toribio. Yo de otra suerte discurro,
pero con esas retóricas
me haces caer de mi burro.
Cumple tu gusto y tu sino.
Si Madrid te importa un rábano,
á mí me importa un pepino.
Dios nos dé mucha salud,
á nosotros en el tálamo
y al muerto en el ataúd.
Pero ántes vamos á cuentas;
no nos casemos el miércoles,
y el domingo te arrepientas.
Ten presente, dulce amor,
que tú eres hija de un título
y yo de un toscó aguador.
Y mira, ántes que me encumbres,
si cuando nos case el clérigo
casará nuestras costumbres.

Rosalía. Eso no te dé temor,
que de mayores obstáculos
sabe triunfar el amor.
Si tenemos fe y constancia,
nuestra indulgencia recíproca
allanará la distancia.
Si alzo yo el vuelo atrevido,
me recuerdas, sin escándalo,
tus derechos de marido;
y yo con una palabra
sabré moderar tus ímpetus
si tira al monte la cabra.
Mas pronto conseguiré

que te afines y te.....
Toribio. Cáspita!
 Eso es lo que yo no sé.
 Ya soy muy duro de casco
 para maestros y dómínes,
 y tengo al estudio un asco!.....
 Leo corriente y escribo,
 y si se trata de números,
 no me engaña ningún chivo;
 mas yo no entiendo ese engorro
 cortesano, esas polífticas,
 esas..... Ca! ni por el forro,
 y lo que ya no aprendí,
 desde hoy al *seculum sécula*

[*Con los dedos en la frente.*]

no me lo encajan aquí.
Rosalía. Tus principios son muy buenos,
 y las elegantes fórmulas
 son para mí lo de ménos.
 Tú no has de ser diputado
 y ni á tribunas ni á púlpitos
 te tengo yo reservado.
 Todos, del rey al pastor,
 saben bien sin ir á cátedras
 el lenguaje del amor.
 Habla de amor noche y día,
 sin rodeos ni metáforas,
 á tu dulce Rosalía;
 y aunque no sepas la *g*,
 ni Ciceron ni Aristóteles
 hablarán mejor que tú.

Toribio. Por amor no quedará.
 Ya sabes.... (¡Vieja más cócora.....)
 que mi pecho..... Te vas ya?

Rosalía. Sí, voy.....

Toribio. (Ya respiro.)

Rosalía. Qué?

Toribio. Nada.

Rosalía. Á comprar unos géneros.....

Pero pronto volveré.

Entre tanto, di á Pascual
 que en el teatro del Príncipe
 tome un palco principal.

Toribio. Teatro!

Rosalía. Si.

Toribio. Y la tertulia?

¿No esperabas á don Plácido,
 á Inesita, á doña Obdulia.....

Rosalía. Y qué?

Toribio. Dirán que desprecias.....

Rosalía. ¿Me he de privar de la ópera
 por cumplir con cuatro necias?
 Mire usted que es buen negocio!
 Me la echan de amigas íntimas,
 y á matar vienen el ocio.
 La doña Inés, qué prebenda!
 como es tan débil de estómago,
 siempre á mi costa merienda:
 Bárbara es ménos endeble,
 y un mueble me rompe Bárbara
 por bailar con otro mueble:
 por jugar otra un entrés

hace conmigo un empréstito....,
 y no me paga despues:
 otro toma la guitarra
 y canta, ay Dios! como un búfalo
 y el oído me desgarras:
 allá una dulce pareja
 cuchichea hasta el crepúsculo,
 y acullá duerme una vieja:
 aquí un progresista eterno
 disputa con un retrógrado
 y mi casa es un infierno;
 y despues que esto me pasa,
 desde el primero hasta el último
 dirán pestes de mi casa.

Y porque la han escogido
 como la más á propósito
 para holgar y meter ruido,
 ¿yo he de ser esclava aquí;
 yo, Toribio, cuya máxima
 es el qué se me da á mí?
 Tras que mi casa les doy,
 sin pedir su beneplácito
 ¿no podré decir: me voy?
 Por qué vienen? quién los llama?
 ¿O quieres que todo pícaro
 mande aquí, ménos el ama?
 No, ya basta; no, señor;
 y si se pican, bravísimo!,
 y si no vuelven, mejor!

Toribio. Tienes razon para cuatro,
 y has hablado como un Séneca.—
 Iremos pues al teatro.

Rosalía. Conque, abur.... Ah! la cocina
 dos días ha que está huérfana
 porque se fué Ceferina.
 Si acaso viene en mi ausencia
 una muy limpia y muy práctica
 que me envían de la agencia,
 recíbela tú.

Toribio. Está bien.

Rosalía. Adios, mi vida.

Toribio. Adios, ídolo.....
 (Maldita seas, amén!)

ESCENA II.

D. TORIBIO.

¡Dale con la boda, y dale
 con el amor!..... ¡Si no piensa
 la maldita en otra cosa!
 Y aunque yo me hago de pencas,
 ella ¡firme!, y no hay tu tia,
 y erre que erre, y ni por esas.
 ¡Si yo con ser mayordomo
 estoy contento! Qué tema!
 Manejar su hacienda, pase,
 pero ¡manejarla á ella!
 Yo no he cumplido veintiocho,
 y ella pasa de cincuenta;
 ella usía, y yo plebeyo.....

Haremos linda pareja!—
 Ya se ve, yo agradecido
 le he dicho algunas simplezas,
 y como ella me quitó
 de los hombros la librea,
 y por ella es don Toribio
 el que era Toribio á secas,
 y me mima, y me agasaja,
 y..... ¡pues! A tanta indirecta
 ¿quién resiste? Era preciso
 tener cara de vaqueta.
 Y cáteme usted su novio,
 y me llevará á la iglesia,
 y ¿cómo le digo nones
 despues de tantas pamemas?—
 Qué lástima! Un moceton
 de pelo en pecho, en la fuerza
 de la edad..... Y ahora que tengo
 ahorradas cuatro talegas.....
 Si me caso, todo es mio,
 y mejor cuando se muera.....
 ¿Y si ella me mata á mí
 primero? Maldita vieja!
 No temo que me domine,
 y es muy tonta si lo piensa;
 que si ahora, porque áun es ama,
 callo y bajo las orejas,
 luégo que estemos casados
 ya la haré entrar por vereda;
 mas, ay! lo que temo yo
 más que una nube de piedra
 es su amor desaforado,
 y sus caricias horrendas,
 y su aceite de *Garak*,
 y su bebida antistérica.

ESCENA III.

D. TORIBIO. JUANA.

Juana. Don Toribio!
Toribio. Qué hay, Juanilla?
Juana. (Que á mí me mande ese bestia!)
 Una moza que pretende
 la plaza de cocinera
 pregunta por la señora.....
Toribio. Sí, ya sé..... Dile que venga.

ESCENA IV.

D. TORIBIO.

Vamos, no puedo olvidarme
 de aquella maldita pécora.
 Yo sí que podré decir,
 mejor que el otro babieca:
 si buena ínsula me dan,
 buenos azotes me cuesta.
 [Se sienta.]

ESCENA V.

D. TORIBIO. LORENZA.

[Al principio de la escena habla D. Toribio en
 tono de amo, medio reclinado en el sofá y sin
 mirar fijamente á Lorenza.]

Lorenza. [Á la puerta.]

Da usted permiso?

Toribio. Adelante.*Lorenza.* [Acercándose algunos pasos.]

Acá me envía la agencia.....

Toribio. Sí. Dónde ha servido usted?*Lorenza.* En tres casas.....*Toribio.* La postrera.*Lorenza.* En casa de un proveedor
de la tropa.....*Toribio.* Buena mesa!

Eh?

Lorenza. Sí, señor.*Toribio.* ¡Así engordan

los soldados que alimenta!—

¿Y por qué ha perdido usted
una proporción como esa?*Lorenza.* Por chanzas del señorito
y chismes de la pasiega.*Toribio.* Qué ganaba usted?*Lorenza.* Cien reales.

(Esa voz.....)

Toribio. Aquí, sesenta,
que no somos proveedores
de cebada y de galleta.*Lorenza.* (Esa cara..... Juraría....)

Bien. Aquí hay ménos faena.....

Toribio. Poca. En dando gusto al ama.....,
y á mí primero que á ella.....*Lorenza.* Bien.*Toribio.* Es usted respondona?*Lorenza.* No, señor.*Toribio.* Es usted puerca?*Lorenza.* Qué pregunta! Limpia soy
como el oro.*Toribio.* Norabuena.

Cuántos años?

Lorenza. Veintitres.*Toribio.* ¿Su gracia de usted.....*Lorenza.* Lorenza,
para servirle.*Toribio.* Enterado.*Lorenza.* (No hay duda. Él es.)*Toribio.* De qué tierra?*Lorenza.* Soy asturiana.*Toribio.* [Levantándose.] Asturiana!
(Oiga! y es como una perla.....

Y ese carácter de cara

no es para mí cosa nueva.)

Acérquese usted un poco.

[Lorenza da un paso.]

Un poquito más..... Es ella!

Lorenza. [Con alegría.]

Ah! Toribio!

[Con respeto.]

Don Toribio!

Toribio. [Con abandono.]

Oh! Lorencita!....

[Con dignidad.]

Lorenza!—

Has dado un buen estiron, muchacha, y estás más gruesa.

Lorenza. Es favor que me hace usted.

Toribio. Y qué guapa! (Ah! si no fuera por el qué dirán.....)

Lorenza. Siete años hará por carnestolendas que nos conocimos.....

Toribio. Sí. Tú eras entonces niña.....

Lorenza. Sí, señor. Murió la cria, me despidió la Condesa, y en otra casa despues me ajusté de cocinera.

Toribio. Las muchachas de talento, como tú, nunca se quedan sin acomodo. Hola! ¿sabes que has hecho buena carrera?

Lorenza. Pues ¿y usted? Caramba! ¡Usted....

Toribio. [Con petulancia.]

¿Yo... Tal cual... No tengo queja... Pche!.....

Lorenza. Cuando iba usted tan tieso detras de la carretela.....

Toribio. Sí, en efecto..... Todo es coche. Qué más da dentro que fuera?

Lorenza. Cuando iba usted por la compra.....

Toribio. Me daban aquella prueba de confianza.

Lorenza. ¡Y qué listo servía usted á la mesa!....

Toribio. Siempre he sido servicial.

Lorenza. Y limpiaba.....

Toribio. Eh! la modestia..... El noviciado..... (Qué hermosa!)

Lorenza. Vamos, si por más que quiera no me podré acostumbrar.....

Toribio. Pues es preciso que tengas..... filosofía. Me entiendes?

Y que calles lo que sepas, y que te olvides de todo..... menos de guisar en regla.

Lorenza. Bien, señor.

Toribio. (Qué alhaja! ¡Y yo la trato de esta manera!

Mas mi posicion social.....

Las leyes de la etiqueta.....)

Lorenza. Conque ¿quedo recibida, don Toribio?

Toribio. [Con cariño.] Sí, morena.

[Reprimiéndose.]

Sí tal. (Se me va la burra.)

[Tocando la campanilla.]

Y ha de ser..... (Bendita sea!....) desde ahora mismo.

Lorenza. Está bien, señor. (Gallarda presencia!)

ESCENA VI.

D. TORIBIO. LORENZA. JUANA.

Juana. Mande usted.

Lorenza. (Pero mejor le sentaba la librea.)

Toribio. Reconoce á la señora por tu amiga y compañera. Estamos?

Juana. Bien.

Toribio. Y por jefe del fogon y la alacena en los actos del servicio.

Juana. Corriente.

Lorenza. [A Juana.] Usté es la doncella?

Juana. Y muy servidora.....

Toribio. Adentro.....

Eso, adentro.....

Lorenza. Con licencia.....

Toribio. (Ay chusca!....) Vayan con Dios, y que no haiga peloteras.

ESCENA VII.

D. TORIBIO.

Qué rolliza! qué frescota!....
¿No es un cargo de conciencia no haberle dado un abrazo....., ni un mal pellizco siquiera?
Vergüenza con la criada y con el ama vergüenza.....
¡Qué situacion tan....., así....., tan mestiza y tan violenta!

ESCENA VIII.

D. TORIBIO. D. IGNACIO.

Ignacio. Don Toribio.....

Toribio. Hola! Qué tal?

Ignacio. Despues de tanta promesa, rodando de mesa en mesa se ha perdido el memorial.

Toribio. Se hace otro. ¿Cómo ha de ser!

Ignacio. Qué! ya..... Como soy novicio en el arrastrado oficio de adular y pretender, renegando en la antesala del portero y del ministro, al oficial del registro he mandado noramala.

Toribio. Hombre!

Ignacio. Me sobró razon y me faltó sufrimiento.

Por mi Camila lo siento.

Dónde está? Salió el Baron?

Toribio. Sí, señor, ya hace buen rato. Voy á mandarla llamar sólo por hacer rabiár á aquel viejo mentecato. Qué lástima de ataud! Y yo si fuera que usted ponía pies en pared, y me casaba, y ¡salud! Mas ya la veo llegar y á usted se le cae la baba..... Pelen ustedes la pava, y buen provecho, y ¡andar!

ESCENA IX.

D. IGNACIO. CAMILA.

Camila. Ah! Te veo al fin, bien mío!
¿No sabes..... Estoy temblando.....

¿Dónde has conocido y cuándo al marqués de Pozo-frio?

Ignacio. Yo? No le he visto jamás.

Camila. ¿Cómo..... ¿Es posible.....

Ignacio. No, á fe.

Pero ¿qué tienes? ¿Por qué tan atribulada estás?

Camila. Nuestro amor constante y fiel mi labio le reveló, y cuando tu nombre oyó no sé qué pasó por él.

Ignacio. Es cosa muy natural, que para un celoso adusto nunca fué plato de gusto el nombre de su rival.

Camila. Más antiguo es su rencor por lo que yo colegí. Ay! se despidió de mí con tono amenazador. Dejó este billete, escrito con veloz trémula mano, cual si entónces, inhumano, meditara algun delito. Cuánta ha sido mi inquietud!

[Enseñando el billete.]

Pero..... mira. No está abierto.

Ignacio. Mujer y amante..... Por cierto que asombra tanta virtud.

Camila. Ya que es tal tu admiracion

porque he triunfado de un vicio, tan heroico sacrificio bien merece galardón.

Ignacio. Dime pues lo que deseas, que servirte es mi placer.

Camila. Esta carta he de leer ántes de que tú la leas.

Ignacio. De buen grado lo consiento, aunque me haces un insulto sabiendo que no te oculto ni el más leve pensamiento.

Camila. Tengo celos, y si aquí por mi desgracia averiguo.....

Ignacio. Boba!

Camila. Algun pecado antiguo.....

Ignacio. Sólo pecara por ti.

Camila. [Abriendo la carta.]

Pronto satisfecha estoy.

Ignacio. Que así me ofendas!

Camila. (Dios mío!

Si es carta de desafío, la rompo y no se la doy.)

[Lee para sí.]

Ignacio. (Si no hay trato entre los dos, ¿qué carta puede ser esa.....)

Camila. (¡Es posible..... Qué sorpresa!.....)

ESCENA X.

D. IGNACIO. CAMILA. JUANA.

Juana. [Llega corriendo por la derecha.]

El Baron!

Camila. Cielos! Adios!

[Huye por el foro. Juana la sigue.]

ESCENA XI.

D. IGNACIO.

El billete!.... Échala un galgo! Si voy tras de ella y me encuentro al Baron por allá dentro.....

Qué querrá de mí el hidalgo?

Sospechoso es el papel.

Sin duda á lidiar me llama

quejoso de que una dama

me haya preferido á él!

Buena ceguedad por cierto!

Suponiendo que él me rinda,

¿será su cara más linda

despues que yo me haya muerto?

Y á fe que gran calavera

mi rival debe de ser

si para eso á una mujer

elige por mensajera.
 ¿A qué dar un sobresalto
 á mí Camila? Eso es tonto.
 Mas si me busca, estoy pronto,
 que al pundonor nunca faltó.

ESCENA XII.

D. IGNACIO. EL BARON.

Baron. [Llega por la puerta de la derecha.]
 Veamos si Rosalía.....
 Hola! Aquí estás, mal vasallo?
Ignacio. No me insulte usted. Yo callo.
Baron. Mire usted qué hipocresía!
 Echate ahora en el surco
 para que yo no te riña,
 despues que á mi incauta niña.....
 Se hiciera más con un turco?
Ignacio. ¡Tio..., por Dios.....
Baron. ¿Con qué cara
 tender osaste la red.....
Ignacio. Mejor es irme.....
 [Al irse le sale al encuentro el Marqués.]

ESCENA XIII.

EL BARON. D. IGNACIO. EL MARQUÉS.

Marq. ¿Es usted
 don Ignacio de Guevara?
Baron. Oh Marqués!
Ignacio. [Al Marqués.] Ese es mi nombre.
 (Mi rival! Esto prometo.)
Marq. ¿Le han dado á usted un billete.....
Ignacio. No, señor.
Baron. (Qué querrá este hombre?)
Marq. ¿Cómo.....
Ignacio. [En voz baja.]
 Lo estorbó mi tio
 con su llegada importuna.
 [Siguen hablando aparte D. Ignacio
 y el Marqués.]
Baron. (Hablan quedo. Qué fortuna!
 Esto pára en desafio.
 El pastel se ha descubierto,
 ya no vale hacerse el sordo,
 y si el Marqués le habla gordo,
 Ignacio se da por muerto.
 Primero que irse á batir
 renuncia á su cara prima,
 que no se aprende la esgrima
 con la vara de medir.
 Bravo! Qué buen expediente!
 Ya baja los ojos..... Miedo!

¡A ver si hoy me desenredo
 de un sobrino impertinente!

Marq. [Á media voz.]
 Es larga historia. En mi casa
 hablaremos más despacio.
 Sígame usted.
Baron. (Pobre Ignacio!)
Ignacio. (Cielos! Qué es lo que me pasa?
 Yo tanto dinero junto!)
Baron. [Poniéndose en medio.]
 Eh! qué es eso? desaffo?
Marq. Es sagrada, amigo mio,
 la voluntad de un difunto.
Baron. (¿Qué oigo! Ya muerto le cuenta
 y se encarga ¡qué piedad!
 de su postrer voluntad.
 No, no es justo que consienta.....)
 Haya paz, haya concordia,
 señores.
 [Á D. Ignacio.]
 Teme á la muerte,
 Ignacio.
 [Al Marqués.]
 Usted, que es más fuerte,
 tenga de él misericordia.
Ignacio. Usted sueña.....
Marq. Usted delira.....
Baron. [Al Marqués.]
 Vamos, yo sé lo que digo.
 Contra un débil enemigo
 no es generosa la ira.
 Por orgullo y por teson
 él á morir se dispone,
 pero si usted le propone
 alguna indemnizacion.....
Ignacio. ¿Cómo.....
Marq. Oigamos.
Baron. ¿De qué vale
 llevarlo por la tremenda?
 Dirimamos la contienda.....
Ignacio. Si no hay tal contienda! Dale!
Baron. Matarse por una bella
 es una majadería,
 y no es menor tontería
 morirse de hambre con ella;
 y pues ustedes son dos
 y la novia es una, opino
 que la ceda mi sobrino
 y que lo lleve por Dios.
Ignacio. Cederla? Jamás! Primero.....
Baron. Temerario! Horrible trance!.....
Marq. Yo sé lo que en este lance
 debe hacer un caballero.
Baron. Gran Dios! Un tiro en la frente.....
 Una estocada en el bazo.....
Marq. Qué! no es mejor un abrazo?
 [Se abrazan.]
Baron. ¿Cómo..... Vaya, él lo consiente.....
 Es decir que ya amainó,

tanto la pobreza agobia!
y le cede á usted la novia.....

Marq.
Baron.

El que la cede soy yo.
¡Cederla usted, mal galan,
indigno de Calderon!
Y á un primo de municion?
Válgame Dios! ¿Qué dirán!

Marq.

Dirán, amigo Baron,
que sé hacer por mi quietud
de necesidad virtud
y de tripas corazon.

Dirán que el bello prodigio
por quien perdí mi reposo
ya en favor del más dichoso
ha sentenciado el litigio.
Dirán que, pues ya me afeitó,
debo proceder con calma,
y no perder vida y alma
despues de perder el pleito.
Mas sabiendo quién soy yo
no lo achacarán á miedo;
que á la razon siempre cedo,
pero ¿á la fuerza? Eso no.

Baron. Pero hombre, ¿á quién se le ofrece.....

Ignacio. [Al Marqués.]

Y dirán que usted triunfara
si mi prima se prendara
del que mejor la merece.

Sí, que es usted un modelo
de virtud, pues liberal
áun con su propio rival.....

Marq.
Baron.

No, sino justo. El trastuelo!....

Marq.
Baron.

Vamos..... Y dirán que, al cabo,
obra usted como quien es.

Marq.
Baron.

Eh? Como un..... recién-marqués
que se apea por el rabo.

Marq.

Y añadirán que me alegro,
como hay Dios, de no casarme,
por no desacreditarme
con tan ridículo suegro.

ESCENA XIV.

EL BARON.

[Á la puerta.]

Oiga usted!.... Yo soy Guevara,
y Carvajal, y Daóiz;
y de matrona en matrona,
y de varon en varon
desciendo del rey don Fruela;
y esto es claro como el sol.
Vea usted mi ejecutoria.....

[Volviendo al proscenio.]

No tiene él la culpa, no.
Yo la tengo por rozarme

con marqueses de aluvion.
¡Verme ahora desairado
cuando creí..... ¡Voto á briós.....
¡Vaya, que hay dias fatales,
y uno de ellos es el de hoy!
La chica se me enamora
de un ex-hortera pelon;
echo al pelon de mi casa,
y mi hermana dice ¡nó!
y habré de aguantar la mecha
ó mudarme á un parador;
y pierdo despues un pleito.
que vale medio millon,
y amén de eso me condenan
én costas, que es lo peor,
y subirán á las nubes,
porque soy hombre de pro;
vuelvo á mi casa mohino,
y alzando el Marqués la voz
para apoyar al menguado
que la dama le birló,
le da la mano, y compinches
se burlan de mí los dos.
Ahora falta que mi hermana.....

ESCENA XV.

EL BARON. D. TORIBIO.

[Don Toribio viene por el foro en direccion de
la puerta de la izquierda.]

Toribio. Alto! Á quién busca el Baron?

Baron. Á mi hermana.

Toribio. [Siguiendo su camino.]

No ha venido.

Baron. Vendrá pronto?

Toribio. [Con mal modo.] Qué sé yo?

[Entra y cierra la puerta.]

ESCENA XVI.

EL BARON.

Bárbaro! ¿Así se responde.....
Lo celebro como hay Dios.
Para remachar el clavo
viene de molde esa coz.
¡Por vida..... ¿Y yo he de sufrir
tal afrenta? ¿Y no le doy
una paliza y le rompo
los hombros y el esternon?
Mas... dejarlo. Qué dirian?
Es quien es, y soy quien soy;
y aunque tengo de mi parte
la justicia y el valor,
zape! es asturiano..... y tiene
mejores puños que yo.
[Vase por la puerta de la derecha.]

ACTO CUARTO.

La decoracion del acto tercero.

ESCENA I.

D. TORIBIO.

[Sale por la puerta de la izquierda.]

Por fin se fué al tocador
y tiene para una hora.
Respiremos. ¡Ay qué vida
me espera! Maldita boda!
Si fuese yo tan feliz
que tomase por la boca
esa bruja la mitad
del soliman con que frota
su cara atroz..... Condenada!
De qué valen esas drogas?
Sin quitarte un año solo
te ponen más espantosa.
¡Compare usted ese gesto
de barniz y de tramoya
con la cara de Lorenza
tan colorada y sanota!
¡Como soy Toribio Pando
que es una gallarda moza!
¡Y yo que la vi denántes
en el centro de su gloria;
en la cocina! Qué brio!
Con qué despejo maniobra!
Ya apartando la sarten
quiero espumar una olla,
y al alzar la cobertera
se quema, reniega y sopla;
ya carga con un barreño;
ya alcanza una cacerola;
ya á los gatos escarmienta
con el palo de la escoba.
Todo se lo encuentra hecho;
nunca está su mano ociosa;
ya el papel de los cominos,
ya un manojo de cebollas,
ya la mano del mortero,
ya el cucharón de la sopa.....
Y siempre cantando! y dale!
y una seguidilla ahora,
y una rondeña despues,
y entre col y col la jota,
con un dejillo asturiano
que arrebatá, que enamora;
y vuelta á las seguidillas,
y ¡fuego de Dios, qué coplas!
Y si en la cocina es esto,

que tiene su pro y su contra,
¿qué será cuando jabone
remangada y frescachona,
y aquellos cuartos traginen,
y se descuaderne toda,
y..... ¡Téngame de su mano
la Virgen de Covadonga!

ESCENA II.

D. TORIBIO. LORENZA.

Lorenza. Cuando usted quiera tomar
los bizcochos y la copa.....

Toribio. Eres tú, desventurada!
¿Por qué vienes..... en persona
á aumentar los reconcomios
que el corazon me destrozan?

Lorenza. ¿Qué dice usted, don Toribio!

Toribio. ¿Sabes, Lorenza, que hay horas
fatales.....

Lorenza. Está usted malo?

Toribio. Ay Lorenza! Ó tengo el cólera.....

Lorenza. Virgen Santa!

Toribio. Ó tengo amor.

Lorenza. Bah! creí que era otra cosa.

Toribio. Pero no es amor venial
el mio: es una carcoma
que dará al traste conmigo.....
como tú no me socorras.

Lorenza. ¿Qué escucho! ¿Conque soy yo.....

Toribio. Chito!

Lorenza. Usted me habla de broma.

Toribio. Atiende...., y habla más bajo,
porque hay moros en la costa.
Lo primero y principal,
déjate de ceremonias
y apéame el tratamiento.

Lorenza. ¿Y qué dirá la señora.....

Toribio. No digo que me tutees
delante de ella, no. Á solas.....

Lorenza. Usted es amo y yo criada.....

Toribio. Qué amo, ni qué zanahoria?
Yo soy un señor muy llano.
Déjate querer, tontona.

Lorenza. Si fuéramos compañeros
como años atras.....

Toribio. No importa.
Los dos somos ciudadanos,

y entre amantes y patriotas debe reinar la igualdad sin privilegios ni andróminas.

Lorenza. Pero, hombre..... Pero, señor..... Piensa usted que yo soy tonta? ¿Cómo ha de quererme á mí si está enamorado de otra?

Toribio. No creas.....

Lorenza. Bah! la doncella me ha contado ya la historia..... ¿No sé yo que usted se casa..... ¡pues! y que el ama es su novia.....

Toribio. Ah, calla!.....

Lorenza. ¿Y que se alza usted con el santo y la limosna?

Toribio. No me toques esa llaga! Es verdad, cierta es la boda; mañana es el día aciago; se ha avisado á la parroquia..... No puedo llamarme andana..... Esa tarasca me acusa..... Lorenza! ¡Soy una víctima..... Ten de mí misericordia! Mas conténtese la vieja con el título de esposa; que mi alma y mi corazón y mi dinero, y sus joyas inclusive, todo es tuyo si me haces la buena obra de quererme.

Lorenza. Yo quererte.....

Toribio. Sí, señor; pero..... mi honra..... Tu honra!.... Otra víctima es esta, otra víctima forzosa que reclaman las actuales circunstancias. Esa prójima me obliga á ser inmoral. ¿Qué se ha de hacer! ¡Sé filósofa, mujer! Marcha con el siglo!

Lorenza. Vaya, todo eso es parola, y yo no quiero.....

Toribio. Lorenza!..... No seas bestia, y perdona. Ponte en la razón.....

Rosalía. [Dentro.] Toribio!

Toribio. Vete! Corre! La marmota..... Se continuará.

Lorenza. Es que yo.....

ESCENA III.

D. TORIBIO. DOÑA ROSALÍA. LORENZA.

Toribio. [Mudando de tono.]

Sí, á las cuatro en punto. Sopa de arroz.

Lorenza. Muy bien.

Toribio. Y que traigan limones para las ostras.

II.

ESCENA IV.

DOÑA ROSALÍA. D. TORIBIO.

Toribio. Ah! estabas aquí..... Ha venido á preguntarme á qué hora comemos. Llamabas?

Rosalía. Sí.

Toribio. Qué querias?

Rosalía. Que me pongas esta pulsera.

[Le da una que trae en la mano y don Toribio se la pone.]

Toribio. Sí haré.

Rosalía. Juana la ha dejado floja.....

Toribio. [Soltando el brazo.]

Está bien?

Rosalía. Perfectamente.—
Cómo es eso? Ni me tomas la mano.....

Toribio. [Tomándola.]

Ah!...

Rosalía. Ni me la besas.

Toribio. [Después de besar la mano á doña Rosalía.]

(Maldita sea mi boca!)

ESCENA V.

DOÑA ROSALÍA. D. TORIBIO. EL BARON.

Baron. Rosalía.....

Rosalía. Qué hay, Lupercio?

Baron. Tenía que hablarte.....

Rosalía. Ahora?

Baron. Si lo permite el señor.....

Toribio. El que se larga no estorba.

[Vase por el foro.]

ESCENA VI.

DOÑA ROSALÍA. EL BARON.

Baron. Por el qué dirán, hermana, y nuestro mutuo interés, antes de entrar en materia quiero proponerte.....

Rosalía. Qué?

Baron. Que hagamos un armisticio.

Rosalía. En buen hora, pero ten entendido que á mí nadie

12

- me da en mi casa la ley.
Baron. Ni yo te la quiero dar,
ni sufro que me la des.
Tú seguirás con tu tema
y yo con la mia.
- Rosalía.* Bien.
Baron. Y si yerras el camino
y te lleva Lucifer,
allá te las hayas.
- Rosalía.* Bueno.
Baron. Lo mismo te digo.
Amén.
Vamos ahora á mi negocio.
Tenía un pleito.....
- Rosalía.* Lo sé.
Baron. Sobre el cual se habrán escrito
sus diez resmas de papel.
Á juicio de mi abogado
era artículo de fe
la justicia de mi causa,
y yo descansaba en él,
y ya amigos y curiales
me daban el parabien;
pero el tribunal ha sido
de distinto parecer.
- Rosalía.* Es decir en castellano
que has perdido el pleito.
- Baron.* Pues.
Y van dos en poco tiempo,
y perderé hasta la piel.
- Rosalía.* Yo siento infinito.....
Baron. Gracias.
Rosalía. ¿Por qué no apelas.....
Baron. Á quién?
Ya no hay más apelacion.
- Rosalía.* Pues, hijo....., cómo ha de ser!
Paciencia, filosofía.
Nunca tan del caso fué
tu acostumbrado estribillo
«¿qué dirán!» como esta vez.
- Baron.* Oh! por eso no he de echarme
á la garganta un cordel;
que si he perdido ese vínculo
aun me quedan otros diez,
y si no estuviera yo
tan empeñado, ó si un buen
administrador.....
- Rosalía.* Si quieres,
lo tendrás.
Baron. No he de querer?
Nadie gusta de arruinarse.
Pero ¿dónde encontraré
ese fénix, si de encargo
no me le hace un tiroles?
Rosalía. Sélo tú mismo.
Baron. Imposible!
¿Haria lindo papel
un baron oficinista!
- Rosalía.* Pues bien, quien tenga interes
en conservarte la hacienda
como le puedes tener
tú propio: un hijo.
- Baron.* Ya, un yerno
- querrás decir.
Rosalía. Eso es.
Baron. Ese era otro pleito, hermana,
y le he perdido tambien.
- Rosalía.* No tal.....
Baron. ¡Sí tal, que me ha dado
calabazas el Marqués!
Oh! ¿qué dirán.....
- Rosalía.* Yo te hablaba
de Ignacio.....
Baron. ¿Qué oigo! Deten
la lengua. Un perdido, un vago.....
No quiero nada con él.
- Rosalía.* Es tan honrado..... Y al fin
nuestro hermano le dió el ser.
- Baron.* No transijo con horteras.
Rosalía. Pero.....
Baron. Nada! No hay cuartel.
Rosalía. Te aconsejo como hermana.
Baron. Otra cosa he menester;
no consejos. He perdido
el pleito....., suerte cruel!
y habré de pagar las costas
ó me embargarán mi tren,
mis muebles, mi cruz de Alcántara,
mi ejecutoria tal vez!;
y como al que está por tierra
todos le dan con el pié,
me lloverán acreedores
y yo, aquí donde me ves,
estoy tronado, no tengo
un maravedí. Ahora bien,
préstame un par de talegas.....
- Rosalía.* No puedo.....
Baron. Dentro de un mes
te las vuelvo.
Rosalía. Es imposible.
Tengo mil gastos que hacer.
Voy á casarme.....
- Baron.* Aunque sea .
con usura, y aunque dé
más que decir nuestro empréstito
que el de *Guebhard*.
- Rosalía.* Qué moler!
Ya he dicho que no.
Baron. ¡Por Dios,
hermana!.... Ten piedad, ten....
- Rosalía.* ¡Vea usted las consecuencias
del fausto, del oropel,
del desórden.....
- Baron.* ¡Rosalía.....
Rosalía. ¡Y aun nos la echará despues
de persona!
- Baron.* Voto á briós!....
- Rosalía.* [Con mofa.]
Y ahora..... ¿qué dirán!
Baron. Mujer!....
Si no mirara.....
Rosalía. No digo?
Baron. Hum!....

ESCENA VII.

EL BARON. DOÑA ROSALÍA. JUANA.

Juana. [Llega apresurada y llama con misterio á doña Rosalía.]

Señora! Escuche usted.

Rosalía. Qué se ofrece?

[*Juana habla aparte con su ama, y esta la oye con suma agitacion.*]

Baron. (¡Lo que puede una inclinacion soez!)

Rosalía. ¿Qué oigo! Vamos...

Juana. De puntillas...

[*Vanse por el foro.*]

ESCENA VIII.

EL BARON.

Ni á su hermano tiene ley!
Pero yo tengo lá culpa,
porque sabiendo quién es
le descubro mis miserias
y provoco su desden.

Rosalía. [Dentro.]

Bribona!

Toribio. } [Dentro.] Señora!

Rosalía. [Dentro.] Infames!
Á la calle! pronto! — Infiel!

[*Siguen gritando dentro los tres.*]

Baron. Qué es esto? ¿Qué gritería....

Rosalía. [Ya casi en la escena.]

Qué insulto! qué avilantez!

[*Viene riñendo con D. Toribio.*]

ESCENA IX.

DOÑA ROSALÍA. EL BARON. D. TORIBIO.

Toribio. Vamos, prudencia, prudencia....

Rosalía. Retozar con la criada!....

Baron. Oiga!....

Toribio. Si no ha sido nada!....

Rosalía. Habrá mayor insolencia?

Toribio. No te incomodes por eso.

La trato con confianza....

Ha sido una chanza....

Rosalía. Chanza!

Yo te he visto darle un beso!

Toribio. No tal....

Rosalía. Y con qué delicia!

Toribio. No es cierto. Le anduvo cerca....

Rosalía. Sí la has besado. Á una puerca!

Toribio. Habrá sido sin malicia.

Baron. (Ese asno me venga.)

Rosalía. Mientes.

Toribio. Á título de paisanos....

Somos los dos asturianos....,

y hemos salido parientes.

Pero ella es una infeliz,

y así...., sin mala intencion.....

Baron. Bien! ¡La hija de un baron

rival de una fregatriz!

Toribio. Y, si la verdad te digo,

una copa me bebí....,

y estaba pensando en ti....

y la equivoqué contigo.

Rosalía. Insolente! ¡vil....

Toribio. (¡Mal haya....!)

Rosalía. ¿Puedo compararme yo
con esa pindonga?

Toribio. No....,

(que ella es más bonita; vaya!)

Baron. Toma la filosofía!

Toma el qué se me da á mí!

Rosalía. Calla! Quién te llama aquí?

Baron. Te has lucido, Rosalía!

Rosalía. Hum! Haría un desatino....

¡Yo alimentaba, imprudente,

en mi pecho á una serpiente!

Toribio. Yo no la truje. Ella vino....

Rosalía. Se irá con mil de á caballo.

Toribio. Sin comer? Pobre doncella!

Rosalía. ¿Aun intercedes por ella

cuando de cólera estallo?

Toribio. Bien.... (Mujer de Barrabas!....)

Rosalía. Ah! no es ella la traidora,

sino tú....

Toribio. ¡Vamos, señora,

vamos...., que no lo haré más!

Rosalía. Hipócrita!

Baron. (¡Qué buen rato

me están dando entre los dos!)

Toribio. Mi amor....

Rosalía. Ea, aparta!

Toribio. ¡Adios....

(Quemada te vea!)

Rosalía. Ingrato!

[*Se deja caer afligida en un sillón.*]

ESCENA X.

DOÑA ROSALÍA. EL BARON.

Baron. ¿Cómo te pones tan fosca
por frívolas chanzonetas?

Rosalía. Ya he dicho que no te metas
en mis asuntos. Qué mosca!

Baron. Ello, es verdad que el amigo
no es corto de genio. Eh?

Rosalía. Jesus!....

Baron. Pero.... ya se ve,
si la equivoqué contigo!

Rosalía. Puede que sí.
Baron. Beso inmundo!
 Pero ¿qué importa?
Rosalía. Hum!... Me abrasas;
 me corrompes.
Baron. [*Con sofama.*] Tú te casas
 para ti; no para el mundo.
 Dirán que tu mano ofreces
 á un torpe animal anfibio,
 mas vale mucho un Toribio.....
Rosalía. [*Levantándose.*]
 Vale más que tú cien veces.
 Si un desliz ha cometido.....
Baron. Juzga lo que hará despues.
Rosalía. Amor le traerá á mis piés,
 pesaroso, arrepentido.
 Y acaso es verdad, ¿quién sabe.....,
 lo que en disculpa alegó;
 y un beso,.... no creo yo
 que es un delito tan grave.....
 Y quizá con mis injurias
 castigo injusto le doy,....
 porque informada no estoy
 de las costumbres de Asturias.
 Y en fin, aunque sea infiel
 y me lleve Belcebú,
 sólo porque rabies tú
 haré las paces con él.

ESCENA XI.

EL BARON. CAMILA. DOÑA ROSALÍA.

[*Camila llega acelerada por la puerta de la derecha.*]

Camila. Ay, papá! Ay, tia!
Baron. Qué es eso?
Rosalía. Qué sucede?
Camila. El escribano.....
 Alguaciles.....
Baron. Bien temia.....
 Qué dicen? ¿Cosa de embargo.....
Camila. No sé. De miedo á sus caras,
 que parecen las del diablo,
 me vengo huyendo. Preguntan
 por usted.....
Baron. La hemos logrado!
Camila. Ya están aquí!

ESCENA XII.

EL BARON. CAMILA. DOÑA ROSALÍA. EL
 ESCRIBANO. ALGUACILES.

Escrib. Con licencia.....
 ¿El baron de Nieva.....
Rosalía. (Malo!)
Baron. Yo soy. No niego mi nombre
 á nadie.
Escrib. Pues yo reclamo

de usía catorce mil
 reales á que ascienden, salvo
 error de pluma ó de suma,
 las costas.....

Baron. Vamos despacio.
 ¿Conque hoy he perdido el pleito,
 y ya..... No es muerte de ahogados.
Escrib. ¡Si yo no hablo del de hoy,
 sino de otro, cuyo fallo.....
Baron. ¿El de la huerta.....
Escrib. Ese mismo.
 Ya hace un mes...
Baron. No doy un cuarto.
Escrib. Cómo! ¿se rebela usía.....
Baron. Yo no digo eso.
Escrib. ¿Al mandato
 del tribunal?
Baron. Oiga usted.....
 Yo deseo.....
Escrib. [*Mostrando un papel.*]
 Aquí está el auto.
Baron. Que me dejen respirar.....
Escrib. [*Mostrando otro papel.*]
 Y aquí están por inventario
 las costas, que pido, *et cetera*,
 con la tasacion al canto
 de los peritos.
Baron. Peritos.
 Hable usted en castellano.
Escrib. Pague usía en español.
Baron. Lo haré. Que me den un plazo.
Escrib. Eso, al tribunal.
Baron. Lo entiendo,
 sí, señor; mas, sin embargo.....
Escrib. No; el embargo es de rigor,
 y embargaré hasta los clavos.
Camila. Dios mio!....
Escrib. Reclame usía
 despues á Poncio Pilato.
Baron. Pero, hombre.....
Escrib. Soy inflexible.
Baron. ¡Qué grosería y qué bárbaro
 proceder!
Camila. Véngase usted
 á la razon. (¡Este Ignacio
 que no viene.....)
Escrib. Ea, que es tarde!
 Manos á la obra, muchachos!
Baron. Ah! ¿qué dirán.....
Escrib. Principiemos
 por los muebles de este cuarto.
Rosalía. Alto! Á mí nadie me embarga.
 Aquí no habita mi hermano.
 Su habitacion es aquella.
 Eso faltaba! Mis trastos
 son inocentes, y yo
 lo que no cómo no pago.
Escrib. Eso...., se verá despues.
 Yo embargaré mientras tanto.....
Rosalía. ¿Cómo se entiende! Primero.....
Baron. No sea usted temerario:

Mi hermana tiene razon, lo cual suele ser muy raro, y es que usted la coge ahora en un lúcido intervalo.

Camila. Querida tia, usted puede conjurar este nublado.

Rosalía. Cómo?

Camila. Prestando á mi padre esa suma.....

Rosalía. Ni un ochavo.

Camila. Por poco tiempo será, que yo espero....

Escrib. En qué quedamos?

Rosalía. Ya he dicho que no. ¡Que purgue su orgullo y su despilfarro, y que escarmiente, y que sepa que Dios castiga sin palo, y no se vuelva á meter á predicador el diablo. Sí, ¡pues está la madera para hacer cucharas!

Escrib. [A los alguaciles.] Vamos.....

Camila. Un momento!....

Baron. [A Doña Rosalía.] Ya no quiero nada de ti, nada; y si algo me pesa en el corazon es el haberme humillado á una..... No te digo más por no dar aquí un escándalo.— Hagan ustedes su oficio, y despachen con mil santos.

Camila. No, no! Deténganse ustedes. Se les pagará. Yo salgo garante.....

Escrib. Linda hipoteca! Bien sé yo que más de cuatro la admitirian gustosos...., mas yo prefiero el metálico.

Baron. (Caribe!....)

Escrib. Soy hombre, pero....

Camila. Pero es usted escribano!

ESCENA XIII.

EL BARON. CAMILA. DOÑA ROSALÍA. DON IGNACIO. EL ESCRIBANO. ALGUACILES.

Ignacio. Qué es esto?

Camila. Ah! Gracias á Dios! Ese hombre viene á embargarnos; mi padre no tiene fondos, y en un trance tan amargo mi tia nos abandona; mas yo contaba, no en vano, con tu generosidad. Sí, no recuerdes agravios; salva el honor de mi padre....

Baron. Qué ha de hacer ese cuitado? ¡Á buen puerto me remolcas para evitarme un naufragio!

Ignacio. [Al Escribano.] ¿Cómo se podrá excusar

que tome usted por asalto esta respetable casa?

Escrib. Buena pregunta! Pagando.

Ignacio. [Sacando una cartera.] Cuánto?

Escrib. Catorce mil reales, segun minuta que traigo.....

Ignacio. [Sacando billetes.] Basta.

Camila. Ah bien mio!

Rosalía. ¿Es posible!....

Ignacio. [Dando algunos billetes al Escribano.] Tome usted.

Baron. Estoy soñando?

Escrib. [Examinando los billetes.] Ocho, diez, doce, y este otro.....

Baron. [Acercándose á ver los billetes.] Sí, son billetes del Banco!

Escrib. Cabal. Estamos solventes.

Ignacio. Si hay más créditos, yo pago.

Baron. Tú!

Ignacio. Véase usted conmigo. Yo soy el apoderado del Baron.

Rosalía. [Aparte con el Baron.] Eso es portarse con nobleza. He aquí un rasgo.....

Baron. De que tú no eres capaz.

Escrib. Muy bien, enterado, y autos. Señores, muy servidor..... Beso á usías piés y manos....., *respectively*, y perdonar. Son deberes de mi cargo..... Y si usías necesitan algun poder, ó contrato conyugal.....

Camila. (Ah! ¡Quiera Dios....)

Escrib. [Al Baron.] Ó testamento.....

Baron. Mal rayo le confunda á usted primero.

Escrib. Esto no es decir.....

Baron. ¡Eh..... Largo!

ESCENA XIV.

EL BARON. CAMILA. D. IGNACIO. DOÑA ROSALÍA.

Rosalía. Qué sorpresa!

Baron. (Qué bochorno!)
[Se aparta á un lado cabizbajo y pensativo.]

Rosalía. Esta mañana temprano

tan pobrecito, ¡y ahora.....
Camila. Vea usted!
Rosalía. ¿Dónde has hallado esa mina?
Ignacio. En dos palabras voy á explicar el milagro. La bancarrota del socio á quien confié mi barco, fué supuesta; en Veracruz se hizo despues millonario; atacado de la fiebre que hace allí tantos estragos sintió próximo su fin, y al lecho mortal llamando al marqués de Pozo-frio, que es su deudo más cercano, le descubrió su secreto ordenándole, en descargo de su conciencia oprimida, que sin tregua ni descanso me buscara, y que la herencia partiésemos como hermanos; y el Marqués me abre sus arcas y antepone entre mis brazos á las iras del celoso los deberes del hidalgo.
Camila. Y yo, temblando por ti como la hoja en el árbol, contra tu vida, que es mia, creí su rencor armado.
Rosalía. Dios mi injusticia perdone! Jesús, qué Marqués tan guapo! Vaya....., siento un regocijo.....

[*Al Baron.*]

Qué haces tú tan cabizbajo?—
 No responde. Ya se ve, la vergüenza..... No lo extraño.
Ignacio. Rico soy, mas no me engríen las riquezas, sino el lauro de emplearlas en obsequio de un tío á quien amo tanto.
Baron. (Ah!)
Camila. Ese tío puede darte mucho más que tú le has dado; lo que vale para ti más que Méjico; mi mano; y no te la negará sabiendo que te idolatro, y entre un padre y una hija ya no se alzará inhumano ese yerto qué dirán, fuente para mí de llanto.
Baron. (Oh!)
Camila. Lo enjugará piadoso, y cuando á escoger le damos entre perder á su hija ó ser el padre de entrambos, no hay que temer su eleccion, que su pecho no es de mármol.
Rosalía. Aup vacilas!
Baron. Eh!..... Dejadme..... (Quisiera estar siete estados

bajo tierra. Y bien, yo he sido un inicuo, un mentecato.

[*Á D. Ignacio.*]

Mi preocupacion ridícula me pintaba con nefandos colores tu mostrador de Gibraltar. Tu bizarro proceder me ha confundido, me ha hecho caer de mi asno. Para expiar mi locura y probar mi desengaño, me haré, si quereis, tendero; pondré en la calle un tinglado y gritaré: «buenos fósforos y papel para cigarrros!» Quereis más?

Ignacio. Ah tío!
Camila. Ah padre!

Baron. Pero si ahora me ablando y aquel injusto desvío convierto en dulce agasajo, de tan brusca peripecia ¿qué dirán los aristarcos? No dirán que me ha rendido la virtud de ese muchacho; dirán que el vil interes.....
Camila. Qué temor tan infundado!
Ignacio. Otra vez el qué dirán!.....
Camila. ¡Vaya que es fuerte trabajo..... ¿Conque ántes porque era pobre, y ahora porque es propietario..... ¿Cómo templar esta gaita, Dios mio!

Baron. ¡Lleven los diablos mi vergüenza..... vergonzosa! El qué dirán es un fatuo si en el deber no se funda y si al bien sirve de obstáculo. Venid, venid, hijos míos..... Abrazadme y abrazáos!

[*Lo hacen así.*]

Camila. Ah! Soy feliz!
Ignacio. ¡Oh placer inefable!
Rosalía. Hermoso cuadro!— ¡Un plan, un plan..... Las dos bodas en mi casita de campo.....

ESCENA XV.

EL BARON. CAMILA. DOÑA ROSALÍA. DON IGNACIO. D. TORIBIO. LORENZA.

[*Llega D. Toribio por el foro dando el brazo á Lorenza.*]

Toribio. Con permiso.....
Rosalía. [*Volviendo la cabeza.*] ¿Quién..... ¿Qué veo!

Toribio. Nada de particular.
Usted despide á Lorenza
y yo, que soy muy galan,
la acompaño.....

Rosalía. Horror! infamia!.....

Toribio. No lo tome usted á mal.
Yo, usted, ella; ambos..... á tres
somos mayores de edad;
y la ley nos hace libres;
y se acabó; y la moral
no se ofende, porque aquí
se juega limpio....., y no hay más...;
y yo me caso con ella,
y ella conmigo, y..... cabal.

Rosalía. [*Dejándose caer en un sillón.*]
Desventurada de mí!

Ignacio. ¿Quién habia de pensar.....

Camila. Ahora salimos con eso?

Baron. Eh! No lo decia? Paf!
Se apeó por las orejas.

[*Don Ignacio y Camila se acercan á
consolar á su tia.*]

Ignacio. Lloro usted porque se va!

Rosalía. Dejadme! Venganza! Monstruo!

Ignacio. Antes se debe alegrar.....

Camila. ¿Pudiera usted ser feliz
con semejante animal?

Toribio. ¿Cómo.....

Lorenza. Prudencia!

Toribio. Sí; vámonos,
que haré una bestialidad.

Rosalía. Ingrato! vil!.....

Toribio. Somos frágiles,
y un cuarto de hora fatal.....
El amor..... Yo bien quisiera
tener otra ley al pan
que cómo, pero esa jóven
iba á ser víctima ya
de mi..... indisciplina, y yo.....
¿Qué quiere usted!..... Vi su afan,
la vi llorar de ambos ojos
en deshecha tempestad,
y tirarse de las greñas,
y romper el delantal.....
Ella hermosa y afligida,
yo que soy un mazapan.....
En fin....., ¿qué remedio? Fué
preciso capitular.

Rosalía. ¡Dejarme por una zafia
cocinera.....

Lorenza. Bien, ¿y qué hay?

Cocinera, pero.....

Toribio. Tente.
Déjame á mí contestar.
Casarme yo con usted
era..... una calamidad.
De una señora á un lacayo
mayor diferencia va
que de un ex-lacayo..... ¡pues!
á una..... Estamos? Cada cual
con su cada cual....., y abur.....

[*Al Baron.*]
Dígale usted lo demas.

ESCENA XVI.

EL BARON. DOÑA ROSALÍA. D. IGNACIO.
CAMILA.

Rosalía. Villano! ruin! miserable!
Miren qué pago me da!
Ah! si mi furor.....

Baron. Terrible
es la leccion en verdad,
aunque bien la has merecido.
Culpabas mi qué dirán,
pero.....

Rosalía. [*Levantándose.*]
No quiero sermones!

Baron. Escucha.....

Rosalía. Déjame en paz.
[*Se va por la izquierda dando un por-
tazo.*]

ESCENA ÚLTIMA.

EL BARON. CAMILA. D. IGNACIO.

Camila. Pobre tia!

Baron. Incorregible!
Es inútil predicar;
porque el falso pundonor
y la necia vanidad
son males que con el tiempo
la razon suele curar,
mas quien pierde la vergüenza.....
no la recobra jamás.



UN DIA DE CAMPO

6

EL TUTOR Y EL AMANTE,

COMEDIA EN TRES ACTOS.

Se estrenó en el teatro del Principe el día 4 de Marzo de 1839.

PERSONAS.

SABINA.	D. AGUSTIN.
DOÑA CELEDONIA.	D. SIMON.
DOÑA RUPERTA.	D. TOMÁS.
DOÑA LUCÍA.	D. LIBORIO.
DOÑA MELCHORA.	D. FRUTOS.
JESUSA.	D. ENRIQUE.
MERCEDES.	D. JOAQUIN.
D. ANTONIO.	BELTRAN.

CRIADOS.—TESTIGOS.

El acto primero y el tercero pasan en Madrid en casa de D. Antonio; el segundo en el campo.

ACTO PRIMERO.

Jardín con arbolado. Tapia en el foro y en medio una verja abierta. Á la parte de fuera se verá de costado un coche de colleras, con la trasera á la derecha del espectador. Á la izquierda del actor la puerta que conduce á lo interior de la casa.

ESCENA I.

D. ANTONIO. DOÑA CELEDONIA.

[*Aparecen sentados á un velador de piedra acabando de tomar chocolate.*]

Antonio. Está todo prevenido?

Celed. Sí, señor. Ya sólo falta que vengan los convidados.

Antonio. Ya no tardarán.

[*Á una criada que está detras con vasos de agua en una bandeja.*]

El agua.

[*La criada presenta la bandeja, y luego que han bebido D. Antonio y doña Celedonia, desocupa el velador y entra en la casa.*]

Celed. La comida será espléndida.

- Ha sido buena humorada
celebrar usted sus días
en el campo.
- *Antonio.* La mañana
está hermosa.—Que no olviden
las botellas de Champaña.
- Celed.* Esas irán en la arquilla
de uno de los coches; no haga
el demonio que se rompan.....
- Antonio.* Muy bien pensado.
- Celed.* Y la plata
y la loza. Los demas
cachivaches y las viandas,
en una acémila.
- Antonio.* Bueno.
- Celed.* De su conduccion se encarga
el amigo don Liborio.
Como tiene tanta maña
para todo, y es tan vivo,
y tan decididor, y..... Vaya,
para una broma no hay otro.
¿A quién no alegran sus chanzas...
- Antonio.* Algo pesadas á veces.
- Celed.* No tal. Si tiene una gracia!...
¡Qué manos para guisar
arroz á la valenciana!
¡Qué profunda erudicion
en materia de charadas,
juegos de prendas, y cuentos,
y suertes con la baraja!
Y bombas? Qué bombas echa!
Pues si toma la guitarra.....
Él solo va á hacer el gasto.
- Antonio.* Está usted equivocada,
que quien lo hace es mi bolsillo.
- Celed.* Yo de dinero no hablaba,
sino de la broma.
- Antonio.* Ya.
- Celed.* Porque don Frutos Linaza,
el boticario...., qué mosca!....
ni un momento se separa
de la dengosa Lucía,
y los dos charlan y charlan.....
Por ahí dicen malas lenguas
que es cortejo de madama:
yo, más piadosa, presumo
que la enseña la farmacia.
En tanto, el buen don Simon,
por no hacer una alcaldada
disimula y se repudre,
y aquella afligida cara,
ya se tuerce, ya se anubla,
ya se frunce, ya se alarga,
gesticulando furoros
y mascullando venganzas.
La amante doña Ruperta
se pega como una lapa
á don Tomás su marido,
hombre de excelente pasta;
mas yo tengo para mí,
aunque él se sonrie y calla,
que tanta dicha le abrumba
y tanto amor le empalaga;
- porque amor es una droga
de propiedades tan raras,
que segun sea la dosis
nos da la vida ó nos mata.
Resta, en fin, doña Melchora
con su perrito de faldas,
y su reuma, y sus sandeces,
y sus dos hijas del alma,
pollos en rifa, ambulantes
almacenes de quincalla,
con sobrada presuncion
y poquísima sustancia;
y no hay que contar con ellas,
que sólo ven, sólo hablan
una á su lindo don Diego
y otra á su galan fantasma.
- Antonio.* Muy bien, doña Celedonia!
¿Y cómo en la repasata
no entramos Sabina y yo?
- Celed.* Porque ustedes son de casa,
y el cariño que les tengo
embota el filo á mi sátira.
Mi sobrinita es un ángel;
de ella no hay que decir nada;
pero usted, tutor severo,
ha dado en mortificarla.....
- Antonio.* Mortificarla! ¿Qué padre
con más amor la mirara?
¿De qué honesta diversion
la privo? ¿Qué nueva gala
llega á casa de Gines,
ó qué joya inventa Francia
que ella no luzca en los bailes
con envidia de otras damas?
Si alguna vez la reprendo
por caprichosa ó por vana,
que aunque inocente paloma
al cabo es niña mimada,
tal vez desmiente mi rostro
el rigor de mis palabras,
y ella siempre está segura
de conjurar la borrasca;
que ó sus gracias me embelesan,
ó su llanto me desarma.
- Celed.* ¿Qué vale todo ese mimo
sin la libertad del alma?
Pobre niña! Tiene un novio,
¡y sin formacion de causa
le planta usted en la calle!
- Antonio.* [Se levanta.]
Miren qué accion tan villana!
¡Impedir que la seduzca
un libertino, un canalla,
sin juicio, sin patrimonio,
sin carrera.....
- Celed.* [Levantándose.]
Á usted le engañan.
¡Si es un muchacho tan fino,
tan amable..... Y qué elegancia!
y qué alma de fuego aquella!
y qué bien pone una carta!

Todas llevan hoy al campo
marido ó galan. ¿No es lástima
que sólo esa pobrecita
vaya desacomodada?

Antonio. Yo seré su caballero.
Celed. Pues! Y á mí ¿quién me acompaña?
Antonio. Daré un brazo á cada una.
(Esta tia me da náuseas.)
Celed. Pero.....
Antonio. Si vuelve á pisar
los umbrales de mi casa
ese hombre, haré un desatino.—
Sabinita es una malva
y cederá á mis consejos.
Ya se ve, doncella incauta
que apenas conoce el mundo.....
¡Si aún no hace siete semanas
que ha salido del colegio!
Eh! no demos importancia
al capricho de una niña
que como viene se pasa.

Celed. Pero, señor don Antonio,
¿no es antipatía extraña
la que usted tiene á ese jóven?

Antonio. ¿Y no es más extraordinaria
la obstinacion con que usted
le patrocina y le ensalza?

Celed. Esto es hacerle justicia.
Antonio. ¿Es usted la enamorada
ó mi pupila?

Celed. Ay!
Antonio. ¿Qué es eso?
Celed. ¡No me toque usted la llaga
que el corazon me lacera!
Antonio. (Esta es otra que bien baila!)
¿Es posible.....

Celed. ¡No á mi rostro
asome la oculta llama.....
y mi recato fluctúe
en el mar de la esperanza!

Antonio. ¿Conque ama usted..... Y en efecto,
¿es don Agustin.....

Celed. ¡Amarga
pregunta! ¡Y venir, Dios mio,
de quien ménos la esperaba!

Antonio. Señora.....
Celed. Soy yo de mármol?
Antonio. Eh!.....
Celed. Tiene usted cataratas?
Antonio. No, pero ¿qué significa.....
Celed. Soy mujer!
Antonio. Lo creo. Basta
que usted lo diga.

Celed. Y señora.
Antonio. Quién lo duda?
Celed. Y aunque flaca.....
Antonio. ¡Flaca, y pesa usted lo ménos
ocho arrobas!

Celed. Bufonadas
á un lado, que aquí la carne
no viene á cuento.....

Antonio. Pensaba.....
Celed. Á no ser que usted la cite

como enemigo del alma.
Antonio. Dios nos libre.
Celed. De mi honor,
de mi decoro se trata,
y es inaudita crueldad,
y es accion ruin y bastarda
reservar la iniciativa
á una mujer desdichada.

Antonio. (Cielos! ¿querrá..... seducirme
esta mujer?) Vaya, vaya,
usted me está bromeando.
Como es dia de jarana.....
Celed. No, que el corazon.....
Antonio. Es tarde
y aún estoy en gorro y bata.....
Celed. Qué! ¿no ha comprendido usted.....
Antonio. (Demasiado, buena mauala!)
Como no hable usted más claro.....
Celed. Preciso es tener entrañas
de pedernal..... Estar viendo
que el corazon se me arranca,
y en vano calla la lengua
lo que los ojos delatan,
¡y obligarme todavía.....

Antonio. Quién la obliga á usted á nada?
Celed. ¡Verme padecer así.....
Antonio. Ah!..... Vamos..... Está usted mala?
Celed. Estremecida, convulsa.....
Antonio. Con efecto, y algo pálida.....
Cúdense usted.

Celed. Don Antonio!
Antonio. Friegas, un vaso de horchata;
y si no se alivia usted.....,
sinapismos y á la cama.
[Entra en la casa.]

ESCENA II.

DOÑA CELEDONIA.

Malo! Ó no me ha comprendido,
ó se ha mofado de mí.—
Mas quizá por prematuro
no ha dado lumbre mi ardid.
No perdamos la esperanza,
y para lograr mi fin,
hagamos que la pupila
se case pronto.....: sí, sí.
El don Antonio está chocho
con la gracia juvenil
de Sabina, y si hasta ahora
la amó como á un serafin,
bien pudiera á su cariño
dar mañana otro matiz.
Yo aspiro al mando supremo,
y mientras ella esté aquí,
mi postergada hermosura
no podrá alzar la cerviz;
que, al cabo, yo soy jamona,
y ella en la flor de su Abril.....

Pero él es una alma cándida,
un pobre hombre, un infeliz,
y frente á frente los dos
no es tan dudosa la lid.

ESCENA III.

DOÑA CELEDONIA. D. AGUSTIN.

Agustin. Á la par de Dios!
Celed. [Volviéndose.] ¿Quién viene.....
Ah! ya..... El calesero.....
Agustin. [Acercándose.] ¡Chit.....
Ya no me conoce usted?
Celed. ¿Cómo..... ¿Qué veo! Agustin!
Agustin. Tambien soy de la partida,
aunque el tutor incivil
no ha querido convidarme.
Celed. ¿Y si llega á descubrir.....
Qué temeridad!.....
Agustin. Eh! ¿quién
me reconoce en Madrid?
Entre esta airada patilla,
y este verde chupetin,
y este pardo marselles
con el vivo carmesí,
y este sombrero chambergò,
y esta polaina gentil,
¿quién descubre á un elegante
que viste por figurin?
Celed. Eres el mismo demonio.
Eso es poner en un tris.....
Agustin. De toda la turbamulta
que me arriesgo á conducir,
sólo ustedes y el tutor
me conocen.
Celed. Siendo así.....
Agustin. Yo le guardaré las vueltas.....
¿Aun no ha bajado al jardin
Sabina?
Celed. Estaba vistiéndose.
Muy pronto..... Mírala allí.

ESCENA IV.

D. AGUSTIN. DOÑA CELEDONIA. SABINA.

Sabina. Tia.....
Celed. Ven aquí.
[Se acerca Sabina.]
Adivina
quién es este caballero.
Sabina. [En voz baja á su tia.]
Cómo!..... Un rudo calesero!.....
Agustin. Me has mirado bien, Sabina?

Sabina. Ah!..... tú..... Pero ese disfraz.....
Celed. Por Dios..... estemos alerta!.....
Agustin. Ardid de amor.
Celed. Esa puerta.....
Si nos sorprende es capaz.....
Agustin. No hay cuidado, que el ramaje
me cubre, y no me verá.—
Mi bien, ¿no me quieres ya
porque estoy en este traje?
Sabina. Ah! ¿cómo no he de quererte,
si con él pruebas tu fe?
Agustin. Y por ti me vestiré
hasta el saco de la muerte.
Sabina. Hasta la jerga es tistú
si amor halaga al deseo.
Ya me gusta ese chapeo.....,
porque te lo pones tú.
Agustin. Ah bien mio! El alma absorta.....
Celed. Bien! lindo! Qué par de topos!
Basta ahora de piropos
y vamos á lo que importa.

[Á Sabina.]

Esperar que á don Antonio
guste tu novio, es en vano,
que ántes de darle tu mano
se la daría al demonio.
Hoy mismo en larga porfía
de vuestra parte me he puesto;
y qué he logrado con esto?
Aumentar su antipatía.
Sabina. [Á D. Agustin.]
Y todo es porque tal vez
algun oculto rival
de ti le ha informado mal.
Qué bajeza y qué saudez!
Agustin. ¿Y qué traidor en mi mengua
la vil calumnia empleó?
; No le conociera yo
para arrancarle la lengua!
Ah! mi saña.....
Sabina. No te alteres,
que tiemblo de verte así.
Agustin. Mas mi honor.....
Sabina. Si solo á ti
creo y amo, qué más quieres?
Agustin. Si la pobreza es baldón,
confieso mi mala estrella,
mas ¿no he de amar á una bella
porque nací segundon?
Sabina. Y, porque es rica mi dote,
¿me he de quedar como estoy,
si mano y alma no doy
á algun ricacho hotentote?
Agustin. No tiene empleo, dirán.
Bien sé que lo necesito;
por eso lo solicito;
pero ; si no me le dan!
Bien que tal anda la danza
y es tan continuo el trasiego
de empleados, que el más lego

no renuncia á la esperanza.
Si hoy la suerte me abandona,
mañana, cuadre ó no cuadre,
ó mi amigo ó mi compadre
ocuparán la poltrona.
¿Quién sabe..... Quizá yo mismo
algun día me la ferie
que de ministros la serie
ya excede á todo guarismo,
y si la guerra civil
dura, se abrirá un registro,
y el empleo de ministro
será carga concejil.

Sabina. Ó mi tutor pierde el seso,
ó no está de buena fe
cuando te acusa.....

Agustin. De qué?

Sabina. De jugador.

Agustin. (Algo hay de eso.)

Jugar? Cómo?... Aunque quisiera,
si nunca tengo un doblon,
¿qué diablos.....

Celed. Tiene razon.

Sabina. Eso convence á cualquiera.

Agustin. ¡Y gracias que no me den
de libertino la fama!

Sabina. Pues así tambien te llama.

Agustin. (Pues algo hay de eso tambien.)

Villana, atroz impostura!
¡Á mí que al verte me arrobo,
y mudo me quedo y bobo
contemplando tu hermosura,
y á tu divino portento
alzo en el alma un altar,
y temeria empañar
tu pureza con mi aliento!

Sabina. Oh dicha! ¡Bien hayan, sí,
los que contra ti murmuran,
pues la gloria te procuran
de justificarte así!

Agustin. En siglo tan pecador,
do no hay pudor que se aprecie,
dime tú: ¿no es una especie
de anacronismo mi amor?
¡Libertino, y de tu fe
ni áun te pido prenda leve
en esa mano de nieve.....
(Sin la dote, para qué?)

Sabina. Qué virtud! Lo oye usted, tia?
¡Dominar hasta un deseo
tan venial! Oh! pues yo creo.....
que no se la negaria.

Agustin. [Tomando una mano á Sabina.]

Eso sí; con tu permiso.....

Celed. Dulce recíproco amor!
Pero el diablo del tutor
nos pone en un compromiso.
Qué mancebo tan cabal!
Y le injuria, y le aborrece!....
Y todo es porque le escuece
soltar la dote: sí tal.

Sabina. Es extraño..... En todo suele

darme gusto, lo confieso.....

Celed. Él se entiende.

Sabina. Sólo en eso.....

Celed. Porque eso es lo que le duele.

Te compra cuanto deseas,
te mima, te halaga, pero
¿de dónde, sino del cuero,
han de salir las correas?

Sólo mira á su interes,
y, no lo dudes, serán
cuentas del Gran Capitan
las que te ponga despues.

Agustin. Y eso, mi bien, no te asombre.

Yo no hablo de nadie mal,
pero, regla general,
un tutor es un mal hombre.

Sabina. Qué picardía! Y lo creo,
aunque ese me hace regalos,
porque todos son muy malos
en los libros que yo leo.
Mas no me infunde temor,
que sabré romper su yugo,
antes que él sea verdugo
de mi dote y de mi amor.

Agustin. Contra un tirano cruel
ya rebelarse es preciso.

No nos otorga el permiso?

Pues casémonos sin él.

Celed. Alto! No seais tan vivos.

Siempre es duro un rompimiento...

Y no es cosa del momento.

Hay que hacer preparativos.....

Ganar tiempo es necesario
para dar el golpe bien.

[Á Sabina.]

Tú no le hables con desden,
sino todo lo contrario.

Si otra vez contra tu chulo

echar venablos le oyeres,

finge que ya no le quieres,

porque importa el disimulo.

Si te saliere al encuentro

con otro novio, sumisa

le oyes con cara de risa

aunque te quemes por dentro.

Más te pudiera decir,

pero basta; eres mujer,

y ninguna ha menester

que la enseñen á fingir.

Sabina. Cuenten ustedes conmigo.

Yo le sabré deslumbrar.

Celed. En fin, es preciso obrar.....

Agustin. Como en país enemigo.

Celed. Y váyase el calesero,

no hagamos.....

[Mira á lo interior de la casa.]

Agustin. Otro ratito.....

Celed. Aparta de aquí, maldito,
que ya viene el cancerbero.

ESCENA V.

DOÑA CELEDONIA. SABINA. D. ANTONIO.

Antonio. [*Ya en traje de campo.*]

Cómo es esto? ¿No han venido todavía?

Celed. No, señor.*Antonio.* Hola! ya está usted mejor?

Celed. No ha sido nada. Un vahido....
Voy á dar disposiciones
para que acomoden bien
todo aquel vasto almacén
de enseres y provisiones.

[*Entra en la casa.*]

ESCENA VI.

D. ANTONIO. SABINA.

Antonio. ¿Por qué, Sabina amada,
tan abatida estás?
No turbe la tristeza
tu júbilo y tu paz;
que aunque con ella y todo
tu cara es celestial,
alegre la hermosura
brilla y halaga más.

Sabina. Triste no estoy. Mi mente
gozaba en recordar
el apacible asilo
do pocos días ha....

Antonio. Te acuerdas del colegio?
Es cosa natural;
que siempre á una alma tierna
presentes estarán
los juegos inocentes
de la primera edad.

Sabina. Mire usted; ya sonrío.
Grata, pero fugaz,
pasó como un relámpago
mi distracción mental.
Más dulce pensamiento
me ocupa sin cesar.

Antonio. Cuál?

Sabina. Las pruebas continuas
que usted, señor, me da
de plácida indulgencia,
de amor y de bondad.
(Para el tiempo que tengo....,
vamos, no lo hago mal.)

Antonio. Dios te premie, Sabina,
el gozo que me das.
Ah! si ingrata olvidases
mi afecto paternal....

Sabina. ¡Yo, señor....*Antonio.* No podría
consolarme jamás.

Sabina. Yo que no he conocido
ni papá, ni mamá,
y perdí siendo niña
á mi tío carnal,
¿en quién hallé el consuelo
de mi triste orfandad
sino en usted, que ha sido
mi númen tutelar?
Mi corazón sería
de duro pedernal
si beneficios tantos
pudiera yo olvidar.

Antonio. Angell.... (Nunca la he visto
tan tierna y tan jovial.)
Tú lo mereces todo.
Cuando don Pedro Aznar,
tu buen tío y mi amigo,
en el lecho mortal
tan sagrado depósito
fió de mi amistad,
le prometí, no en vano,
que nunca fuf falaz,
anteponer la tuya
á mi felicidad.

Sabina. (¡Que un hombre tan almsbar
haya de ser capaz....)

Antonio. Tú sabes si he cumplido
mi promesa.

Sabina. Es verdad.

Antonio. Sola una vez, Sabina,
y aún esa á mi pesar,
severo he combatido
tu libre voluntad;
porque ántes á tu enojo
me quiero aventurar
que verte triste víctima
de una pasión fatal.

Sabina. (Ya al *quid* hemos llegado
de la dificultad.)

Antonio. Y un día, yo lo espero,
me lo agradecerás,
si en secreto hoy murmuras
contra mi autoridad.
Yo sé que no merece
tu mano ese.... truhan,
aunque de amor le cubra
el seductor disfraz.
Yo sé....

Sabina. (Vaya de embuste.)
No se canse usted más
en hablarme de ese hombre,
que no le quiero ya.

Antonio. ¿Qué dices...

Sabina. Fué un capricho...
(Perdona, dulce imán.)
¿Qué sé yo.... La costumbre
de verle en sociedad.....
Mas los buenos consejos
de usted y el qué dirán....
Sé que anda en malos pasos....

(Ah! miento: no sé tal.)
Ya no hay nada. Le he dicho
que no me vuelva á hablar.
Antonio. De véras?
Sabina. Muy de véras.
Antonio. Sabina!
Sabina. Y además,
soy pupila obediente,
y vida y libertad
¿ á quién mejor pudiera
que á mi tutor fiar?
Antonio. Bien haya tu boquita!
Esa docilidad
me encanta.
Sabina. Y á mis solas
decía yo poco ha:
voy á cumplir veinte años
antes de Navidad.
Acaso don Antonio.....
(ahora sabré su plan)
me quiera dar marido
de su mano.
Antonio. Quizá.....
Ese deber me impuso
tu tío al espirar;
deber grato y terrible
para mí.
Sabina. Por qué? Bah!
¿ Teme usted que yo falte
al respeto filial.....
Antonio. Respeto!.... ¿Y por respeto
te has de sacrificar.....
Sabina. Debí decir cariño,
confianza.....
Antonio. Eso...., tal cual.
Sabina. Mi corazón es libre:
usted lo guiará.
¿ Sé yo, incauta! á quién debo
aborrecer ó amar?
Antonio. (¿ Me atreveré..... Qué hermosa!
Me tienta Satanas.....)
Sabina. Eh?
Antonio. [Cavilando.]
Nada.....
Sabina. (Nunca tuve
tanta curiosidad.)
Adiviné? ¿ Hay proyecto
de boda?
Antonio. [Indeciso.] Sí.
Sabina. Formal?
Antonio. ¿ Y si no es de tu gusto
el novio?
Sabina. Sí será.
Nómbrele usted.
Antonio. (Al cabo
haré una necesidad.)
No te diré, Sabina,
que es hombre de caudal,
porque eso.....
Sabina. Eh! no por eso
le hemos de despreciar.

Antonio. (Cuarenta años y pico
no es un exceso tan....)
Nobleza, ya se entiende,
y en cuanto á probidad.....
Sabina. Bien. Su nombre?
Antonio. (Esto es hecho.)
Ya no me vuelvo atrás.)
Y afable y amoroso
en ti se mirará,
y si llamarte suya
merece en el altar,
los ángeles del cielo
su dicha envidiarán.
Sabina. Conque tanto me quiere?
Antonio. Sí, hermosa, pero.....
Sabina. (Ay, ay!
Cuando él le pone peros,
qué tal será el galán?)
Hable usted sin empacho.
Yo sé que no hay mortal
perfecto, que al fin todos
somos hijos de Adán.
Antonio. Acaso su cabello
que empieza á blanquear,
guirnalda no consiente
de rosa y arrayán.
Sabina. (No dije? Algun decano....)
Flor es la mocedad
expuesta á los embates
de recio temporal;
pero la adulta encina
no teme al huracán,
y la virtud..... Por último.....
Yo no me sé explicar,....
y si usted no me saca
de este berengenal.....
Antonio. (Qué gracia! qué inocencia!
Y aún puedo vacilar?)
Pues bien, el que te adora.....
No lo adivinas ya?
Sabina. No sé. Como no sea
don Anacleto Sanz,
el director cesante.....
Antonio. No, que fuera crueldad
casarte yo, hija mía,
con ese carcamal.
Sabina. No obstante, si lo exige
mi tutor.....
Antonio. Oh! no más.
Si tu virtud es tanta,
angélica beldad,
que aún esa triste crónica
no te parece mal,
bien puedo yo llamarte
mi amor, mi bien, mi afán,
y estrechar en la mía
tu mano virginal.
[Se la toma.]
Sabina. ¿Cómo...; Es usted... (¿Quién diablos
había de pensar....)
Antonio. Sí, perla, yo te adoro.....

Sabina. (Virgen del Tremedal!
¿Qué le diré!)

Antonio. Sabina!
No me respondes?

Sabina. Ah!....
Mi sorpresa.... Mi.... El alma....
(¡Pues hemos hecho un pan
como unas hostias!)

Antonio. Dime....

Sabina. Qué he de decir? Me da
tanta vergüenza....

[*Entra por la verja D. Frutos dan-
do el brazo á doña Lucta.*]

Cielos!
Gente viene. Ahí están!

[*Suelta la mano de D. Antonio.*]

Antonio. (Ah! soy feliz. Me quiere.)

Sabina. (Ya puedo respirar.)

ESCENA VII.

D. ANTONIO. SABINA. D. FRUTOS. DOÑA
LUCÍA.

Antonio. Señora! Señor don Frutos!
Lucta. Don Antonio! Sabinita!

[*Besa á Sabina sin soltar el brazo de
D. Frutos.*]

Frutos. [Mirando su reloj.]
No hemos tardado á la cita.
Las ocho y cuatro minutos.

Antonio. Cierto. Los primeros son
ustedes.

Sabina. (¡Siempre cosido
á los autos!)

Antonio. Y el marido?
Qué se ha hecho don Simon?

Lucta. Para hablarle de un asunto
le detuvo no sé quién.

Antonio. (Y le ha venido muy bien
al farmacéutico adjunto.)

Frutos. Qué tal el tresillo anoche?

Antonio. Perdí tres duros al fin.—
Trae usted el botiquin?

Frutos. Sí, ya lo he puesto en el coche.

Sabina. [Á D. Antonio en voz baja.]
Ya llega doña Melchora
con sus dos hijas canijas,
y los novios de sus hijas,
y el perrito en quien adora.

ESCENA VIII.

D. ANTONIO. SABINA. D. FRUTOS. DOÑA
LUCÍA. DOÑA MELCHORA. JESUSA. MERCE-
DES. D. ENRIQUE. D. JOAQUIN. D. LIBORIO.

[*D. Liborio da el brazo á doña Melchora, don
Enrique á Jesusa y D. Joaquin á Mercedes.
Doña Melchora viene con un perrito en brazos
y D. Liborio trae una guitarra. Luego que se
entabla la conversacion general, se hablan en
voz baja doña Lucta y D. Frutos y mientras
estén en escena harán casi siempre lo mismo.*]

*Los que
estaban
en esc.* } Bien venidos!

*Los que
llegan.* } Buenos dias!

Melch. Qué tal?
Antonio. Famoso. Y ustedes?
Melch. Muy bien.
Jesusa. Sabina!
Sabina. Mercedes!

[*Guirigay confuso de cumplimientos
y salutations, desprendiéndose todas,
ménos doña Lucta, del brazo de su
respectivo acompañante.*]

Antonio. (Qué flujo de cortesías!)

Sabina. [Aparte á doña Lucta.]
Jesusa viene muy charra.

Liborio. Qué buen dia de jolgorio!

Antonio. Hola, insigne don Liborio!
Tambien traemos guitarra?

Liborio. Nunca me faltan á mí
alegría y apetito.

Sabina. Qué formal está el perrito!
Cómo se llama?

Melch. Zegrí.

Sabina. Siempre en brazos!

Melch. Desde niño
le he dado esta educacion.
Es débil de complexion,
y yo le tengo un cariño....
Es muy mono. ¡Qué ladrar
si oye de noche algun grito!
Y lame tan suavcito....
No le falta más que hablar.

Sabina. [Á D. Antonio en voz baja.]
Ya empezaron el palique
Lucía y su comodin,
Mercedes con don Joaquin,
Jesusa con don Enrique.

Antonio. Déjalos, niña, vivir,
que luego, mediante Dios,
lo mismo haremos los dos.

Sabina. (Pues me voy á divertir!)

Liborio. [Á D. Antonio.]

Hoy vamos á echar el resto.
Broma, baile..... Usted verá.....

[Llega de lo interior de la casa doña Celedonia con tres criados que llevan cestos cubiertos con servilletas.]

ESCENA IX.

D. ANTONIO. SABINA. DOÑA LUCÍA. DON FRUTOS. DOÑA MELCHORA. JESUSA. MERCEDES. D. JOAQUIN. D. ENRIQUE. D. LIBORIO. DOÑA CELEDONIA.

Liborio. Hola! los víveres ya!

Celed. [Á un criado.]

Cuidado con ese cesto.

Liborio. Viva doña Celedonia!

Unos. Viva!

Otros. Felices!

Celed. Dios guarde.....

Liborio. Ea, al avío, que es tarde para tanta ceremonia. Allí está la borriquilla, que es mi bridon de batalla. Coloquemos la vitualla en una y otra angarilla. En los coches lo demas.

[Á doña Celedonia.]

Ande usted, y en un momento.....

[Á D. Joaquin dándole la guitarra.]

Ahí te dejo ese instrumento.....
Despues me lo volverás.

[Salen los criados con su carga por la verja, y quedan junto á ella doña Celedonia y D. Liborio figurando dar disposiciones para acomodar los comestibles y demas efectos en la bestia, en el coche que se ve y en otro que se supone estar más allá á la izquierda de la verja.]

Jesusa. [Aparte á D. Enrique, que á hurtadillas la quiere tomar la mano.]

¡No, que si lo ve esa gente.....

Joaquin. [Á Mercedes en voz baja.]

Por ti falto á la oficina!

Melch. ¿No habrá un bizcocho, Sabina; para este bicho inocente?

Antonio. [Que iba á hablar con Sabina y se ve interrumpido.]

(Maldita sea su piel!)

II.

Sabina. Sí. Ya lo voy á buscar.
(¡ Lástima de rejalgar para ella y para él!)

[Entra en la casa.]

ESCENA X.

D. ANTONIO. DOÑA LUCÍA. D. FRUTOS. DOÑA MELCHORA. JESUSA. MERCEDES. D. JOAQUIN. D. ENRIQUE. D. LIBORIO.

[Vuelven los criados y entran en la casa.]

Liborio. [Volviendo al proscenio con doña Celedonia.]

Ya está listo. La vihuela.

[La toma.]

Qué hacemos? Se espera á alguno?

ESCENA XI.

D. ANTONIO. DOÑA LUCÍA. D. FRUTOS. DOÑA MELCHORA. JESUSA. MERCEDES. D. JOAQUIN. D. ENRIQUE. D. LIBORIO. SABINA. D. SIMON.

Simon. [Llega jadeando.]

¡Reniego del importuno y toda su parentela!

[Á la tertulia.]

Salud! (Hombre temerario!)

Todos. Don Simon!

Antonio. Oh! Cómo va?

Simon. Bien.—Mi mujer..... (Allí está, y al márgen el boticario!)

Lucta. Hola! aquí estás! Me tenías con cuidado.

Simon. Sí? Ya veo.....

[Á D. Liborio que puntea en la guitarra.]

Deje usted ese cencerreo, que no estoy para folías.

Liborio. ¡Pues, hombre.....

Antonio. Bien dice. Luégo....
En el campo habrá ocasion.....

[Deja de tocar D. Liborio y habla con doña Celedonia.]

Simon. ¡Voto á.....

Antonio. (Pobre don Simon!)

Simon. Vaya si es mosca el don Diego!
¡Poner á mi marcha obstáculo para hablarme de su pleito!

[Mirando á su mujer y á D. Frutos.]

13

(Y ahora ¡cómo me deleito con ese dulce espectáculo!)

Sabina. [Vuelve con unos bizcochos, que da á doña Melchora, y ésta á su perro.]

Tome usted.

Simon. (Y no la suelta!)

Antonio. Don Tomás y su señora faltan. Daremos ahora por el jardín una vuelta.

[Va á dar el brazo á Sabina y se lo toma doña Melchora.]

Melch. Sí; venga el brazo.

Antonio. (Ah! qué horror!)

Liborio. Sabina.....

[Da el brazo á Sabina.]

Antonio. (¡Qué mala obra me hace!)

Simon. [Á su mujer.]

El brazo que te sobra..... con permiso del señor.

[Doña Lucia toma el brazo de D. Simon sin soltar el de D. Frutos. Las parejas van desapareciendo por el arbolado de la izquierda.]

Frutos. Se pasa usted de cortés.....

Simon. [Con risa forzada.]

Es muy justo..... (Estoy furioso.) Vamos, niña. ¡Qué donoso grupo formamos los tres!

Liborio. [Que se ha quedado el último con Sabina.]

Si usted se quiere amparar de este otro brazo.....

Celed. Me quedo para recibir..... No puedo.....

Sabina. Vuelvo. Tenemos que hablar.

ESCENA XII.

DOÑA CELEDONIA.

¿Qué novedad importante tendremos? Largo coloquio tuvo aquí con el tutor. ¿La habrá propuesto otro novio? Mejor. Con dos pretendientes es más seguro el consorcio. Si se casa, tanto da con uno como con otro, y si puedo en paz y en gracia quitar de en medio el estorbo, me alegraré.

ESCENA XIII.

DOÑA CELEDONIA. D. TOMÁS. DOÑA RUPERTA.

Ruperta. [Llega apoyada en el brazo de D. Tomás y disputando á media voz con él.]

No lo niegues.

Yo lo he visto por mis ojos.

Tomás. Bien, mujer, y porque mire á un balcon.....

Ruperta. No es á uno solo, que si hay niñas asomadas, pérfido! miras á todos.

Tomás. Curiosidad..... Distraccion.....

Ruperta. No, traidor! Yo te conozco..... Cualquiera te gusta más que tu mujer.

Tomás. ¡Por san Próspero bendito.....

Ruperta. Ingrato! cruel!

Tomás. Oh!.... Si sabes que te adoro.....

Ruperta. Y gracias que no te deajo á sol ni á sombra, alevoso; . que si nó.....

Tomás. Pues siendo así, cuándo he de pecar ni cómo?

Celed. (Qué feliz pareja!)

Ruperta. Mira que nos oirán los sordos si otra vez.....

Celed. Doña Ruperta!

Ruperta. ¡Ah..... Cómo va? Y don Antonio?

Celed. Todos buenos.

Tomás. Muy atento servidor.....

Ruperta. ¿Somos nosotros los primeros?

Celed. Al contrario.

Ruperta. Ah!.... ¿Dónde andan...

Celed. Ahora poco desfilaban de paseo por el jardín.....

ESCENA XIV.

DOÑA CELEDONIA. DOÑA RUPERTA. D. TOMÁS. D. SIMON.

Simon. Mil demonios y otros mil carguen conmigo, y con ella, y con el socio.....

Ruperta. Qué es eso?

Tomás. ¿Adónde va usted, don Simon.....

Simon. ¡Ah, qué dichoso es usted, y lo que va, don Tomás, de matrimonio á matrimonio!

Tomás. En efecto,

don Simon, vivo en el colmo de la dicha.

[*A su mujer.*]

No es verdad?

(El mejor día me ahorco.)

Celed. Bien, pero ¿adónde va usted tan azorado.....

Simon. Á un negocio de mi mujer. Ha olvidado la sombrilla.

Ruperta. ¡Y tanto enojo por eso.....

Simon. Es que miétras yo voy por ella, el otro mono..... Ya se ve, parece mal que un hombre sea celoso..... Y como él no falta nunca á las leyes del decoro..... Por vida!.... Y la ilustracion, y las leyes del buen tono, pues! y la etiqueta..... mandan que un marido sea tonto..... Está usted? Rabio de celos aparte, y callo y otorgo.

[*A D. Tomás.*]

Todo ello es galantería, pasatiempo, amor platónico, si se quiere, pero es cosa de tirarse un hombre al pozo..... Pecador!..... El tiempo vuela y yo me estoy hecho un bobo..... Abur, abur! Cuide usted de mi hacienda. Vuelvo pronto.

ESCENA XV.

DOÑA CELEDONIA. D. TOMÁS. DOÑA RUPERTA.

Celed. Allá va echando centellas! El pobre se vuelve loco.

Ruperta. Aprende, Tomás, y alaba á Dios todopoderoso que te ha dado una mujer como yo.

Tomás. Sí, sí, pimpollo. Contigo no echo de ménos..... (las penas del purgatorio!)

[*Se internan en el jardín.*]

ESCENA XVI.

DOÑA CELEDONIA.

Peor es esa que aquella, y ese más necio que el otro.

ESCENA XVII.

DOÑA CELEDONIA. SABINA.

Sabina. Tía.....

Celed. Vamos, qué ha ocurrido?

Sabina. Lo que yo ni por asomo me figuraba.....

ESCENA XVIII.

DOÑA CELEDONIA. SABINA. D. AGUSTIN.

Agustin. Sabina.....

Celed. Habla. Dime.....

Agustin. Estamos solos?

Sabina. Ahora sí.—Rival tenemos, y rival temible!

Agustin. ¿Qué oigo!

Sabina. Ya se descubrió el enigma. Cayó en mis lazos el tordo. Con efecto, el buen señor me destinaba otro novio..... ¿Á ver si aciertas.....

Celed. Acaba.

Sabina. El mismito don Antonio en cuerpo y alma.

Agustin. Es posible?

Celed. Oh iniquidad! Oh fenómeno de horror! Casarse..... y contigo! (Se fué mi esperanza á fondo!) La codicia de tu dote.....

Sabina. ¡Tutor al fin, que es sinónimo de tirano!

Agustin. ¿Y qué dijiste.....

Sabina. Nada. Fué tanto mi asombro..... Vino gente..... Convenia disimular.....

Celed. Por el sórdido interes..... ¡Y yo me andaba por las ramas.....

Agustin. Ya es forzoso, ya es urgente recurrir á los remedios heroicos.

Celed. Sí! venganza..... No. Esperemos.... Van á venir, y de pronto es imposible..... Dejádme obrar á mí. Yo lo tomo por mi cuenta, y puede ser..... Le haré un interrogatorio; le interpelaré..... Ya vienen.

[*A D. Agustin.*]

Huye tá.

[*A Sabina.*]

Sígueme. (Monstruo!)

[*Vase D. Agustin. Doña Celedonia y Sabina salen al encuentro de los que vienen paseando.*]

ESCENA XIX.

DOÑA CELEDONIA. SABINA. D. ANTONIO.
DOÑA MELCHORA. D. FRUTOS. DOÑA LUCÍA.
D. TOMÁS. DOÑA RUPERTA. D. ENRIQUE.
JESUSA. D. JOAQUIN. MERCEDES. D. LIBORIO.

[D. Liborio viene tocando la guitarra.]

Antonio. Aún no vuelve don Simon!

Liborio. ¿Canto el aria del *Fac totum* mientras viene?

Melch. ¡Qué pesado es el hombre! Por mi voto nos iríamos sin él.

Antonio. No sería justo.....

Frutos. (Apoyo.)

[Llega acelerado D. Simon con una sombrilla.]

ESCENA XX.

DOÑA CELEDONIA. SABINA. D. ANTONIO.
DOÑA MELCHORA. D. FRUTOS. DOÑA LUCÍA.
D. TOMÁS. DOÑA RUPERTA. D. ENRIQUE.
JESUSA. D. JOAQUIN. MERCEDES. D. LIBORIO. D. SIMON.

Celed. Ya está aquí.

Melch. Gracias á Dios!

Liborio. No he visto un hombre más plomo.

Simon. ¡Voto á sanes..... Conque vengo echando los hipocondrios..... Toma tu sombrilla.

Lucta. [Tomándola.] Gracias.

Simon. Y otra vez, por san Ambrosio, ten memoria.

Antonio. Ea, partamos, que ya es tarde.

[Se agolpan todos á la verja.]

Liborio. [Poniéndose delante.]

Poco á poco.

Á mí me toca ordenar la marcha. Catorce somos. Don Enrique y don Joaquin traen sus caballos, supongo.

[Mirando afuera.]

Sí, allí los veo. Á montar.

Enrique. [Á Jesusa en voz baja.]

Adios!

Joaquin. [Á Mercedes, lo mismo.]

Adios, dueño hermoso!

[Vanse D. Joaquin y D. Enrique.]

Liborio. Rebajados los jinetes, quedamos doce. Yo monto en la borrica, que soy despensero y mayordomo. Nos restan once volúmenes..... Seis á un coche y cinco á otro. Llenemos primero aquel.

[El que se supone estar delante del que se ve.]

Doña Melchora y su dogo.

Melch. Voy, voy.

[Vase por fuera de la verja, á la izquierda, y un momento despues dice dentro:]

Con tiento, zagal, que tengo reuma en este hombro.

Liborio. Ahora Jesusa y Mercedes.

Jesusa. Obedezco.

Mercedes. Me conformo.

[Siguen á doña Melchora.]

Liborio. Doña Lucía.

[Parte doña Lucía en la misma direccion.]

Simon. Allá vamos.....

Liborio. Quieto! Primero coloco á las señoras.

Simon. Pero, hombre, no sea usted tan despótico.....

Liborio. Sabinita.....

Sabina. Hasta despues. (Allí está el bien de mis ojos.)

[Vase siguiendo á las otras señoras.]

Liborio. Queda un asiento.

Simon. Yo..... Yo.....

Antonio. No. Doña Ruperta.....

Tomás. (Oh gezor!)

Ruperta. No, que yo no me separo de mi idolatrado esposo.

Liborio. Muy bien. Pues será preciso....

[Á doña Celedonia.]

Porque usted es mucho tomo.— Uno de ustedes. Cualquiera.....

Frutos. Sí? Pues adentro me soplo.

[Vase corriendo en la direccion indicada.]

Antonio. (¡Ese títere...)

Simon. Reclamo.....

Liborio. Eh! ¿qué más da..... Arrea, mozo!

Simon. Quién le dió á usted facultades para improvisar divorcios?

Liborio. [Á D. Simon.]

Mejor está allí don Frutos por si ocurre algun soponcio.....

Simon. ¡Reniego del....
Voz dentro. } Valerosa!
 [Ruido dentro, de campanillas, látigo y ruedas.]
Simon. Eh! ya va echando demonios el coche.
Liborio. Á ese ustedes cinco.
 Yo voy á oprimir el lomo de mi asnal cabalgadura.
 Ea, al avío!
 [Vase.]
Simon. ¡Mal tósigo.....
Celed. (Disimulemos ahora, pero si luégo le cojo á solas.....)
Antonio. (Sí, sus miradas de gratitud, su alborozo..... Ya no hay duda. Voy á ser el hombre más venturoso.....)
Simon. Ea, qué hacemos aquí?
 [Se acerca al estribo.]
 Yo supliré á don Liborio, ya que nos deja plantados despues de embrollarlo todo.
Ruperta. Gracias. Yo sólo me apoyo en el brazo de mi dueño.

Tomás. [Ayudándola á subir.]
 Sí, hija mia.
Ruperta. Y ahora ¡pronto! sube tú detrás de mí.
Tomás. [Entrando en el coche ayudado de D. Simon.]
 (Esta mujer me echa al hoyo.)
Simon. ¡Oh virtud matrimonial desconocida en el globo! — Vamos, doña Celedonia.
Celed. [Subiendo al coche.]
 Gracias.
Simon. [Dándole el brazo.]
 Vamos, don Antonio.
Antonio. Primero usted.....
Simon. No. Yo el último.
 [Entra D. Antonio en el coche.]
 Ahora, dame tú socorro.
 [El zagal le ayuda á subir.]
 ¡Ay desdichado el prójimo que en el signo nació de Capricornio!
 [Entra en el coche, el zagal cierra la portezuela, da un latigazo á las mulas, rueda el coche, y cae el telon.]

ACTO SEGUNDO.

Frondosa arboleda á la inmediacion de una casa de campo que se supone situada á la derecha del actor.

ESCENA I.

D. ANTONIO. DOÑA CELEDONIA. D. TOMÁS.
 DOÑA RUPERTA. D. LIBORIO. DOÑA LUCÍA.
 D. FRUTOS. SABINA. D. SIMON. JESUSA.
 D. ENRIQUE. MERCEDES. D. JOAQUIN. DOÑA MELCHORA. BELTRAN. UNA CRIADA.

[Aparecen sentados en sillas rústicas cada uno á la izquierda del que le sigue, y segun están nombrados, al rededor de una mesa, cuyo desorden manifestará haber servido para una comilona de campo. Sobre ella habrá botellas, copas, vasos y algunos postres. Los cuchicheos entre los amantes y cierta algazara general, propia de semejantes reuniones, no cesarán durante esta escena. Beltran y la criada estarán de pié cerca de la mesa.]

Melch. [Á los criados.]

Cuidad bien de mi doguito.

Antonio. (¡Aun no he tenido ocasion

de hablar despacio á Sabina!)

[Doña Melchora charla con D. Antonio, y este la oye con fastidio.]

Enrique. [Á Jesusa.]

Ay, mi vida!

Joaquin. [Á Mercedes.] Ay, dulce amor!

Liborio. [Á Beltran y este le sirve.]

¡Á ver, chico..... Esa botella.....

Otra copa de noyó.

Celed. (Mucho reprimo mi bñlis.

Me va á dar un torozon.)

Ruperta. No dices nada, Tomás?

Qué desabrido estás hoy!

Tomás. Tengo sueño. He madrugado.....

He comido mucho.....

Ruperta. Ah! no.

Esa es frívola disculpa.

Tú no me tienes amor!

Tomás. Sí tal.....

[Siguen disputando en voz baja.]

Simon. [*Á media voz.*]
Lo ve usted, Sabina?
No cesan de hablar los dos.
Yo me consumo.....

Sabina. Mal hecho.

Simon. Qué opina usted?
Sabina. Qué sé yo?
Simon. Ya se ve, los puso juntos
don Liborio..... Casi voy
sospechando que es su cómplice.
Sabina. Eh! todo es conversacion.
Simon. Ya...
Sabina. (¿Pues no ha dado en contarme
sus cuifas el buen señor?)

Frutos. [*Á doña Lucta en voz baja.*]
Ah! ¿cuándo será aquel dia.....
Lucta. ¡Por Dios, don Frutos, por Dios.....
Mire usted que nos observa.
Frutos. Eh! Si es un santo varon!

Melch. [*Á D. Antonio.*]
Sí, señor. Ya están en casa
las vistas. Ya se arregló
todo. De hoy en quince dias
las dos bodas. Ambos son
muy buenos chicos. El uno
tiene fábrica en Olot.....

Antonio. Ya los conozco, señora.
Melch. Aunque siempre voy en pos
por lo que pueda ocurrir...,
qué tengo de hacer?, les doy
un poco de libertad,
porque son hombres de pro
y es justo... Ya ve usted, en vísperas
de casarse.....

Simon. [*Viendo cómo charlan su mujer y
D. Frutos.*]
(¡Voto á briós.....)

Melch. Cada edad tiene sus.....
Antonio. Ya.
Melch. Yo tambien allá en la flor
de mi juventud.....

Antonio. Señora!
Melch. Ahora toda mi pasion
son los bichos. Tengo un gato
que me regaló el prior
de la Merced.....

Tomás. [*Levantándose y alargando el brazo.*]
Sabinita,
esta pastilla de ron.....

Sabina. [*Tomándola.*]
Muchas gracias.
[*D. Tomás vuelve á sentarse.*]

Ruperta. [*En voz baja dándole un pellizco.*]
¿Quién te manda
hacer finezas, traidor?

Tomás. Ay!
Todos. Qué es eso?
Tomás. [*Sonriéndose.*] Nada.....
Ruperta. [*En voz baja.*] Ingrato!
Tomás. Un calambre en el talon.....
Ya se pasó..... (Allá se van
mi paciencia y la de Job.)

Simon. [*Levantándose.*]
¡No puedo más.....

Liborio. Bomba! bomba!
Siéntese usted, don Simon.

Unos. Oigamos.....
Otros. Silencio!

Simon. [*Á Sabina sentándose.*]
Gracias
á la bomba, que si nó.....

Liborio. [*Levantándose.*]
Con una copa en la mano
y otras catorce en el buche,
y con perdon de quien me escuche,
diré en verso castellano,
muy contento y muy ufano,
y á manera de telonio,
mas que le pese al demonio,
que deseo, sin espanto,
felices dias de su santo
á mi estimado amigo el Sr. D. Antonio.
[*Apura su copa y se sienta muy satis-
fecho. D. Enrique, D. Joaquin y to-
das las mujeres, ménos Sabina, pal-
motean.*]

Joaquin. Bravo!
Melch. Sublime!
Lucta. Admirable!
Antonio. (Qué mentecato!)

Simon. [*Á Sabina en voz baja.*]
Hombre atroz!
orejas de cal y canto!
coplero de municion!

Liborio. Yo de todo entiendo un poco.

Sabina. [*Á D. Simon.*]
Y de todo, mal.

Simon. [*Á Sabina.*] ¡Cajon
de sastre; *Petrus in cunctis*;
mequetrefe!

Liborio. [*Haciendo pelotillas que tira á don
Simon.*]
Y eso que hoy
no me siento yo con vena.

Sabina. (Me alegro.)
Liborio. Ni tengo humor
como otras veces. No obstante.....

Simon. [*Rascándose la oreja.*]
Por aquí me anda un moscon.....

Liborio. Déme usted un pié, don Tomás,



y ántes que marque el reloj
seis minutos.....

Antonio. No. Ya basta.....
Yo sería de opinion.....

Simon. [*Con la mano en la nariz y mirando
á todos lados.*]
¿Quién se divierte en tirarme
pelotillas?

Joaquin. Yo no soy.....

Liborio. [*Á doña Ruperta.*]
Qué cara ha puesto!

Simon. Qué gracia!
[*Encarándose con D. Liborio.*]
Apostaría un doblon
á que usted.....

Liborio. No hay que enfadarse.
Ha sido chanza.....

Simon. No estoy
para chanzas. Esos juegos
son de mala educacion.

Liborio. En el campo todo pasa.

Simon. [*Levantándose. Todos hacen lo mismo.*]
Las majaderías, no.
¿Cómo...?

Tomás. Don Simon!....

Antonio. Señores!....

Melch. Vamos, no haya disension.....

Simon. Harta paciencia he tenido
en no levantar mi voz
contra aquella copla infame.....

Liborio. Infame?

Melch. Qué sinrazon!
¡Y una copla más bonita
no se ha escrito en español!

Liborio. ¿Conque mi décima es mala?

Simon. Detestable, sí, señor.
Si un renglon es chabacano,
es necio el otro renglon,
que renglones son, no versos,
y no hay galgo tan veloz
que pueda seguir al último,
pues, sin exageracion,
más letras tiene que hay leguas
de Madrid á Badajoz.

Liborio. Calle el viejo mamarracho!

Simon. [*Enarbolando una botella.*]
¿Mamarracho! ¡Vive Dios.....

Liborio. [*En actitud de embestir á D. Simon.*]
¿Qué se entiende... ¡Á mí botellas...

Simon. Sí, la pena del talion.
Sea el vino su castigo,
pues por el vino pecó.

[*D. Tomás sujeta á D. Liborio y don
Enrique á D. Simon. Los demas hom-
bres se esfuerzan á poner paz. Las
mujeres se desvian chillando.*]

Liborio. Si no mirara.....

Simon. Dejádme
desfogar mi indignacion
en ese trasto.....

Antonio. Eh! Señores!....

Melch. Ay! un combate..... Qué horror!....
Yo fallezco.

[*Cae desmayada en una silla. Sus
hijas y otros interlocutores acuden á
su socorro.*]

Antonio. Esto faltaba!

Jesusa. Ay mamá!

Mercedes. Se desmayó!

Antonio. Acuda el señor don Frutos
á ejercer su profesion.

Frutos. No tengo aquí el botiquin.....
No obstante, voy....., allá voy.....

[*Suelta el brazo de doña Lucta y ac-
de tambien á socorrer á doña Mel-
chora, haciéndola oler un frasquillo
que saca de la faltriguera. Los criados
retiran las sillas.*]

Simon. [*Corriendo á tomar el brazo de doña
Lucta.*]
Ah! mi mujer queda sola.....
Tomarémos posesion.

Antonio. (¡Cómo entiende ese pobre hombre
las leyes del pundonor!
¡Miéntras por una simpleza
se muestra airado y feroz,
no se atreve á ser marido
sino..... por sustitucion!)

Melch. Jesus!....

Tomás. Ya vuelve y por fin
la paz se restableció.
Ahora ¿qué hacemos?

Liborio. Bailar.

Joaquin. Un rigodon!

*Los de-
mas jó-
venes.* } Rigodon!

Simon. (Don Frutos vendrá.....)
[*Á su mujer en voz baja.*]
Si quieres,
bailemos juntos los dos,
esposa del alma.

Lucta. Bien.

Antonio. [*Á doña Melchora.*]
Pasó?

Melch. Sí, ya estoy mejor.

Antonio. Beltran, retira esa mesa.

Beltran. Bien. Ayuda tú, Asuncion.

[*Retiran la mesa Beltran y la criada,
y desaparecen por la derecha.*]

ESCENA II.

D. ANTONIO. DOÑA CELEDONIA. D. TOMÁS.
DOÑA RUPERTA. D. LIBORIO. DOÑA LUCÍA.
D. FRUTOS. SABINA. D. SIMON. JESUSA.
D. ENRIQUE. MERCEDES. D. JOAQUIN.
DOÑA MELCHORA.

Frutos. [Á doña Lucía dejando sentada á doña Melchora.]

Señora, si usted se digna
de bailar conmigo.....

Lucía. Estoy
comprometida.

*[Se ponen en baile Mercedes y Jesusa
con sus novios.]*

Jesusa. Nosotras
ya estamos en baile.

Simon. [Entrando en la danza con doña Lucía.]
Y nos.

*[D. Liborio toma la guitarra, que está
al pié de un árbol, y la templea sentado
junto á doña Melchora.]*

Frutos. [Á doña Ruperta.]

Señora, si gusta usted
de favorecerme.....

Ruperta. Oh!
yo no dejo á mi marido.

Tomás. Gracias por tanto favor,
mujer, pero estoy seguro
de dar cada tropezon.....

Ruperta. No importa.

Tomás. Si yo no entiendo.....

*[Siguen hablando entre sí D. Tomás,
doña Ruperta y D. Frutos.]*

Liborio. Y Sabina, que es el sol
de Madrid, no ha de bailar?

Melch. Que la saque su tutor.

Antonio. [Acercándose á Sabina.]

Aunque ha siglos que no bailo,
tendré mucho gusto.....

Sabina. Y yo.

*[Doña Ruperta y su marido salen á
bailar; D. Frutos se dirige á Sabina.]*

Frutos. Sabinita, gusta usted.....

Sabina. [Saliedo á bailar con D. Antonio.]

Agradezco la atencion,
mas ya estoy comprometida.

*Simon. (Todas le dicen que no.
Oh delicia!)*

Ruperta. [Á D. Liborio.]

Vamos.....

Liborio. Falta
una pareja.

Frutos. [Á doña Celedonia.]

Si soy
tan dichoso que merezco.....
Celed. Hago falta?

Frutos. Está de non
una pareja.

Celed. Corriente.
Por ser el dia que es hoy.....

*[Se ponen tambien en baile colocándose
en frente de D. Simon y doña Lucía.]*

Tomás. [Á su mujer.]

Tú quieres que haga el payaso!
Sea por amor de Dios!

*Simon. (Á cada paso, de fijo,
voy á hacer un quid pro quo,
mas se la juego de puño
al consabido gachon.)*

Liborio. Estamos?

Joaquin. Sí.

Liborio. [Tocando rigodon.]

Pues ¡á una!

*[Rompen el baile las dos parejas que
forman Jesusa y Mercedes con don
Enrique y D. Joaquin, una mirando
al público y otra dándole la espalda.
Las demás hablan aparte.]*

Melch. [Á D. Liborio.]

¡Mire usted con qué primor
bailan mis niñas!

Liborio. ¿Han sido
discípulas de *Abrillon?* (*)

Melch. No, señor. Ellas entre ellas.....
con su talento precoz.....

Antonio. [En voz baja.]

¿Recuerdas, Sabina mia,
aquella conversacion.....

Sabina. Cuál?

Antonio. La del jardin.....

Sabina. Ah! Sí.....

Antonio. Vaya, y qué dices? ¿Me doy
el parabien.....

Sabina. Que nos oyen!
que nos miran! Mi rubor.....

Antonio. Pero, hija.....

Sabina. Si sabe usted
que yo....., pues..... Mi corazon.....

(*) Famoso domador de caballos y director de una compañía de ejercicios ecuestres, que por espacio de bastantes años estuvo muy en boga en Madrid.

Antonio. Oh! es preciso que me digas sí, ó no.
Sabina. Pues..... sí, señor.
Ruperta. [A media voz á su marido.]
 No quitas ojo á Mercedes.
Tomás. Oh!.... Por san Pascual Bailon, mujer.....
Liborio. Ustedes ahora.
 [Rompen el baile las parejas de los costados, y D. Simon y D. Tomás lo embrollan todo.]
Frutos. [A D. Simon.]
 No va usted bien.
Ruperta. Así no!
Liborio. Compas! compas!
Celed. [A D. Tomás.] Esa mano.....
Simon. Mi pareja.....
Tomás. Dónde estoy?....
Sabina. Por aquí..... Cadena inglesa.....
Simon. Ya hemos hecho un fricandó, que ni el diablo...
Tomás. [Sentándose.] Eh! Yo me canso.
Liborio. Y ahora ha saltado el bordon! Cesó el baile.
 [Se levanta sin dejar la guitarra.]
Melch. [Levantándose.]
 Pues daremos un paseo.
Ruperta. Eso es mejor.
Liborio. Vaya el brazo, Sabinita.
 [Sabina lo toma. Doña Melchora se apodera del de D. Simon, que en la confusion del baile habia quedado cerca de ella y lejos de su mujer. Los demas interlocutores se reunen á sus parejas acostumbradas, ménos doña Celedonia y D. Antonio.]
Melch. Venga el brazo, don Simon.
Simon. Señora..... (Maldita!—Bravo! Otra vez me suplantó!....)
Antonio. (Ahora tambien se la llevan..... Es mucha persecucion!)
Celed. [Deteniéndole.]
 Quédese usted, don Antonio. Tenemos que hablar los dos.
 [Vanse los demas por la izquierda.]

ESCENA III.

D. ANTONIO. DOÑA CELEDONIA.

Celed. ¿Conque tambien en la red ha caído don Antonio?....

¿Ó es un falso testimonio que le han levantado á usted?
Antonio. Hable usted claro.
Celed. Es capricho que ni el diablo lo imagina. Casarse usted con Sabina!
Antonio. Quién lo ha dicho?
Celed. Ella lo ha dicho.
Antonio. Y usted no lo aprueba?
Celed. No, que es una boda fatal.....
Antonio. Mio será el bien ó el mal, que quien se casa soy yo.
Celed. Usted verá cómo llora su locura. Cuando ménos piense.....
Antonio. Cuidados ajenos matan al asno, señora.
Celed. Quitarle su libertad! ¡Oprimir á una hermosura inocente!....
Antonio. Por ventura ¿fuerzo yo su voluntad?
Celed. Pero ¿es posible que cuadre á moza que no ha cumplido los veinte años un marido que pudiera ser su padre?
Antonio. Padre y marido seré, si padre he sido hasta hoy. Tanto mejor si le doy doble prenda de mi fe.
Celed. Pasion temeraria y loca! Nunca su boca podrá pronunciar el sí.....
Antonio. Pues ya lo ha pronunciado su boca.
Celed. Podrá ser; yo lo concedo.....
Antonio. Pues bien, ¿qué más quiero yo.....
Celed. Pero no lo pronunció el amor, no, sino el miedo.
Antonio. ¿Miedo á mí que no la riño ni en chanza y, usted lo ve, no hay día que no le dé mil pruebas de mi cariño? Quizá me engaña el deseo, quizá el amor me fascina; podrá no amarme Sabina; mas ¿temerme? No lo creo.
Celed. Y usted no la teme á ella?
Antonio. No, que es paloma sin hiel.
Celed. ¿Sabe usted si será fiel como sabe usted que es bella?
Antonio. Cuando tienta Satanas el alma de una mujer, lo mismo vienen á ser veinte años que veinte más. Quien tiene fe en la fortuna no teme á Juana ni á Menga; se casa..... Quien no la tenga, no se case con ninguna.
Celed. Pero el público cavila, y murmura sin pudor de todo humano tutor

que casa con su pupila.
Antonio. Válgate Dios!
Celed. Es una hacha la lengua de algunos.
Antonio. Pues!
Celed. Lo achacarán á interes.....
Antonio. Sí; el dote de la muchacha.....
 ¿Y no pago yo mi escote en el contrato nupcial?
 ¿No monta mi capital diez veces más que su dote?
Celed. Ya sé yo que la codicia no cabe en usted. Con todo, lo mirarán de otro modo los que piensen con malicia. Usted teme que la hermosa se case mal, y por eso en un paternal acceso quiere que sea su esposa. A usted le hace mucho honor ese pensamiento estoico de llevar á un grado heroico los deberes de tutor; pero, sin esa extremada funesta medida, hay mil para que vuelva al redil la ovejilla descarriada. Si no acomoda el doncel que ella eligió.....
Antonio. Le detesto.
Celed. Pues... ¡buen apuro! Otro al puesto.
Antonio. Ya no aboga usted por él?
Celed. No, señor; ni me avergüenzo de cantar la palinodia. Cuando usted tanto le odia, malo será: me convenzo; y pues cede ella también, no hay que ponerla en un potro. Ya le buscaremos otro que á todos parezca bien.
Antonio. (Bueno será el que tú escojas!) Es cosa muy singular que ahora..... Pero eso es tomar el rábano por las hojas. No voy á casarme, no, téngalo usted entendido, porque ella tenga marido, sino para serlo yo.
Celed. ¡Qué mal hace, don Antonio, el que en edad ya madura á navegar se aventura por el mar del matrimonio!— Mas ¿qué digo? Hablar yo así! ¡Yo, que me abraso en secreto, á dar consejos me meto que he menester para mí! Pero al ménos mi cariño es algo más racional, que quiero á un tal para cual; no á ningun barbilampión.
Antonio. [Fastidiado.] Pero.....
Celed. Y como días ha

que él confiesa y yo comulgo, y....: ¡pues! ¿quién sabe si el vulgo por comido nos lo da?
Antonio. El vulgo será muy tonto.....
Celed. Y mi honor acrisolado peligra.....
Antonio. Ca! no hay cuidado.
Celed. ¿Cómo..... ¡Yo.....
Antonio. Acabemos pronto.
 ¿Á qué á la tema volver si, lo digo sin reparo, aunque usted me hable más claro yo no la quiero entender? Si es broma, basta de broma; si ese venerable pecho arde de amor, buen provecho y con su pan se lo coma. Si es usted fatua ó demente, cordial pésame le doy; si piensa que yo lo soy, se engaña completamente. En cuanto á mí, sólo trato de casarme con mi bella pupila; sólo con ella, ó muero en el celibato.
Celed. Cierto? (Vaya, eso ¡tal cual!)

[Riendo.]

Ja, ja..... ¿Conque usted creyó que hablaba de veras yo?
Antonio. Créalo, ó no, me es igual. Pero yo no hablo de chanza. Ó Sabina es mi mujer, ó..... yo sé lo que he de hacer si se frustra mi esperanza. La culpa, ya es evidente, no será de ella ni mía, sino.....
Celed. De quién?
Antonio. De su tia.
Celed. Jesus! Quien lo diga mente.
Antonio. No alborotemos el valle. Claro: ó con mi dulce encanto me casa usted, ó la planto de patitas en la calle.

[Vase por la izquierda.]

ESCENA IV.

DOÑA CELEDONIA.

Oiga usted!.... Me ha sofocado. Con ese genio tan dulce es un lagarto..... Ya, ya! Ni lágrimas le seducen, ni valen las indirectas, ni aprovechan los embustes. En qué conflicto me pone! Mala bomba le sepulte! Ó la pupila le acepta

por marido, y da de bruces mi autoridad y en la casa voy á ser un trasto inútil; ó dice que nó el domingo y soy despedida el lúnes. Espantosa alternativa! No es posible que renuncie la muchacha á su galán, que harto ha prendido la lumbre para que el tutor la apague con el cierzo de su Octubre. Si yo vuelvo por pasiva mis consejos de costumbre y la digo que aborrezca al que ayer puse en las nubes, la muchacha, que no es boba ni, como tantas, voluble, conocerá mi artificio, y unida con su querube me enviará noramala; y entonces ¿ á quién acudes, Celedonia? No hay remedio. Ya es fuerza que me aventure á seguir su suerte. Así no queda al ménos impune el desprecio soberano con que oyó mis pesadumbres ese caribe. Veremos, y pronto será, quién sufre mayor tormento; él, ó yo.— Allí mis ojos descubren á Agustín.... Me ha visto. Viene.... Mejor. Sin que yo le busque....

ESCENA V.

DOÑA CELEDONIA. D. AGUSTIN.

Celed. Ya llegó el momento crítico, Agustín.

Agustín. Cómo? Qué ocurre?

Celed. Por más que le he predicado, por más que con tono lúgubre le he pintado los peligros á que su amor le conduce, si cabe amor en un alma que la avaricia consume, no hay forma de que el tutor se convenza y capitule. Ya no hay que andarse con paños calientes. La cosa urge....

Agustín. Pues ¿ cómo....

Celed. Ha sido preciso que Sabinita pronuncie un sí falaz, pero ese hombre, que ya se juzga en la cumbre de la gloria, porque todo en su favor lo traduce, tiene empeño en que la boda al momento se efectúe..

Agustín. ¿Y qué importa, si Sabina me mira como á su númen tutelar, y solo á mí la unirán indisolubles los lazos del matrimonio?

Celed. No creas, no, que yo dude de su amor, pero hasta el hierro se quebranta sobre el yunque á fuerza de machacarlo; y don Antonio Bermudez es muy machacon, y astuto.... más de lo que tú presumes. Á todas horas la ve, y, al fin y al cabo, algo influye la autoridad de tutor; y tú, aunque eres tan ilustre, sólo puedes á Sabina ofrecer suspiros fúnebres, y promesas, y lisonjas, y otros lugares comunes; mientras el tutor, abriendo sus gavetas y baules, con mejor artillería será más fácil que triunfe.

Agustín. Me hace usted temblar.

Celed. Quizá

sin justa razon injurien mis sospechas á Sabina, pero hay tan poco chirumen en las chicas de su edad, que, en verdad, no me haré cruces si á la intriga y á las dádivas tarde ó temprano sucumbe.

Agustín. Ha hablado usted como un libro, que este siglo de las luces, con perdon del bello sexo, ni Heros ni Tisbes produce, y pocas Dánaes cuenta que, si en refulgente nube llueve doblones de á ocho, cierren el balcon á Júpiter.— Mas no es la mitología en este caso tan útil como burlar al tutor ántes que el tutor nos burle.

Celed. Pues....

[*Mirando á la izquierda.*]

Pero aquella es Sabina.

[*Á D. Agustín que se retiraba.*]

Viene sola. No te ocultes.

ESCENA VI.

DOÑA CELEDONIA. D. AGUSTIN. SABINA.

Celed. Sabina, estamos seguros?

Sabina. No hay temor de que nos oigan. Reunida la tertulia

está de gresca y de broma.....
Dichosos ellos!

Celed. Qué tienes?
Agustin. Vienes pálida, llorosa.....
Celed. Te ha hablado el tutor?
Sabina. Ah! sí.
Celed. Te ha dicho algo de la boda?
Sabina. Sí. Pobre señor!
Agustin. ¿Qué escucho!
¿Tienes tú misericordia
de ese Neron?
Sabina. ¿Y si es cierto
que el desdichado me adora?
Me ha hablado con tal ternura!.....
Ah! cuando los ojos lloran
como los suyos lloraban,
no puede mentir la boca.
Agustin. Sabina!
Celed. Sabina!
Sabina. Al ver
su inquietud y su congoja,
yo tambien me he conmovido.
Celed. Cómo!.....
Sabina. Y no sé qué zozobra
interior..... «Sabina amada,
me ha dicho, mi bien, mi gloria
cifro en aspirar á darte
el dulce nombre de esposa;
pero tu ventura anhelo
áun más que la mia propia.
Si no la esperas de mí,
áun tienes tiempo; revoca
aquel sí de bendicion
que con risa encantadora
articulaste no ha mucho,
y mi flaqueza perdona.
Humo mi dicha habrá sido,
sueño, locura..... Qué importa?
¿No vale más que me aflija
alguna amarga memoria,
que maldecir nuestro nudo
y á Dios rogar que lo rompa
con mi muerte?»—Yo le oía
muda, estremecida, absorta.....
Ah qué escena!

Celed. [En voz baja á D. Agustin.]
No lo dije?
[Á Sabina.]
Eres una pobre tonta.
¿Y qué has respondido.....
Sabina. Yo.....
¿Qué sé yo, tia Celedonia!
Ni sabía dónde estaba,
ni qué hacía, ni.....
Agustin. Esta es otra!
Sabina. Mas pienso que mi respuesta
ha sido satisfactoria,
pues me ha besado la mano
muy contento y muy.....
Agustin. Traidora!
Sabina. Pues! Ahora me acusas tú!

Oh! van á volverme loca
entre los dos.

Celed. Pero, niña,
tan perspicaz hasta ahora,
tan taimada, tan resuelta,
y á lo mejor te abandona
la estrategia mujeril!

Sabina. Es que..... como soy bisoña.....
Y él apuraba..... Dios mio!.....
Aquí me caigo redonda
si nos sorprende.
[Se aparta un poco y mira adentro
con mucha inquietud.]
Agustin. Sabina!
[Aparte con doña Celedonia.]
Mucho temo una derrota.
Celed. Apelemos á los grandes
recursos de la oratoria
sentimental.
Sabina. [Volviendo á la escena.]
Nadie viene,
mas tengo miedo á mi sombra.
Qué haré, Dios mio?
Agustin. Qué harás?
Lo que suelen hacer todas.
Sacrificar á tu amante
porque interes y lisonja
triunfaron de la constancia
que prometiste engañosa,
y decir «oros son triunfos»
camino de la parroquia,
tú que decias ayer
«contigo pan y cebolla.»
Sabina. Por Dios, no me digas eso,
que mi amargura redoblas.
Yo te adoro, pero al cabo,
no es mi corazon de roca,
y ver penar por mi causa
á un infeliz..... ¡En mal hora
con mi culpable mentira
turbé su paz y en la copa
que deleites le brindaba,
ay! le di mortal ponzoña!
Agustin. Pues bien, ingrata, áun no es tarde
para que tú le socorras.
Qué dudas? ¿Por qué á sus piés
desolada no te postras
y le ofreces por antídoto
el afecto que me robas?
Sabina. Agustin!
Celed. Mejor sería
darle jarabe de goma
para curarle la tos
que por la noche le ahoga,
amén de otros alifafes
y los síntomas de gota.
Sabina. Tia!
Agustin. Arrójate en sus brazos,
víctima propiciatoria,
y el ébano de tus rizos

en su pelo gris embosca,
y hunda su marchito labio
en tus mejillas de rosa.

Sabina. Horror!....
Celed. Y sufre que el mundo
infiel te llame y apóstata.

Sabina. Jamás!
Agustin. Y sirve de ripio
á las columnas periódicas.
Celed. Y de escándalo á los ciegos.
Agustin. Y ¡ay de ti si te hace coplas
el *Estudiante!* (*)

Celed. ¡Ay de ti
si por su cuenta te toma
Fray Gerundio!

Sabina. ¡Por piedad!....
Celed. Pasará el pan de la boda.....
quizá demasiado pronto,
y empezará la carcoma
de los celos..... Porque, al fin,
eres niña, eres hermosa,
y el tutor.....

Sabina. No más!
Agustin. ¡Qué vida
te espera! qué amargas horas!
adios paseo y teatro!
adios, vestidos y joyas!

Sabina. Por Dios!.... Si yo.....
Celed. Ni aún á misa
podrás salir sin escolta.

Agustin. Tu risa será traicion,
tus lágrimas sospechosas.
Celed. Y en tu accion más inocente
pensará ver su deshonra.

Agustin. Te matará á pesadumbres,
y así acabará la historia.

Sabina. Válgame Dios!.... ¿Quién ha dicho
que yo he pensado tal cosa.....

Agustin. Mas no seré yo quien vierta
sobre el nicho que te esconda
llanto inútil; que primero
cubrirá la fria losa
mi cadáver.....

Sabina. No! Dios mío!....
Haré lo que tú dispongas.
Tuya soy.

Celed. Basta. El amor
sus santos fueros recobra. —
¿Eres tú capaz, Sabina,
de una accion sublime, heroica?

Sabina. Sí. Ya he dicho.....
Agustin. Siento pasos.....
Celed. Apártate de nosotras
y síguenos con la vista.

[*Don Agustin desaparece por entre los
árboles hácia el último bastidor de la
derecha.*]

ESCENA VII.

DOÑA CELEDONIA. SABINA.

Sabina. Será el tutor?
Celed. No. Es el posma
de don Simon.

Sabina. Aquí llega.
Celed. [*Tomándola del brazo.*]
Sí? Vamos.

Sabina. (Virgen de Atocha!
Qué va á ser de mí? Yo tiemblo.)
Celed. (Ya puedo cantar victoria.)

[*Vanse por la derecha, y al mismo
tiempo llega por la izquierda
D. Simon.*]

ESCENA VIII.

D. SIMON.

Por fin ya me veo libre
de la atroz doña Melchora,
y para mayor consuelo
se agarra sin ceremonia
al brazo del farmacéutico,
que á su pesar la remolca
oyendo el largo catálogo
y la nauseabunda historia
de sus partos y su reuma,
de su dogo y su cotorra;
y pues mi cara Lucía,
ya que mi brazo no toma,
al de don Tomás se cuelga,
que es casado y está en gloria;
celos, dejadme un instante
respirar en otra atmósfera
más serena; y si aún aquí
quereis que haga la parodia
del *Otelo* en pantomina,
al menos la haré á mis solas
sin necios y sin coquetas
que se rian á mi costa.

ESCENA IX.

D. SIMON. D. ANTONIO.

Antonio. [*Viene por la izquierda.*]
¿Ha visto usted.....
Simon. (Dura estrella!.....)

(*) Pseudónimo adoptado por el Sr. D. Antonio María Segovia en sus escritos festivos. Con el de *Fray Gerundio* que más abajo se cita, ha sido también más conocido que con su propio nombre el Sr. D. Modesto Lafuente.

Antonio. A mi pupila?

Simon. Poco ha
que cruzaba por allá,
y su tia iba con ella.

Antonio. (Seguro estoy de la niña.
La tia tendrá paciencia.
Ya no temo su influencia,
que el miedo guarda la niña.)

Simon. Qué tiene usted, don Antonio?
¿Qué extraña cavilacion.....

Antonio. ¡Soy tan feliz, don Simon....
Voy á casarme.

Simon. Demonio!
Qué hace usted? ¿No se horripila
al ver este triste ejemplo,
y ántes de pisar el templo.....

Antonio. ¡Eh.....

Simon. Con quién?

Antonio. Con mi pupila.

Simon. Con la pupila? Ay, amigo!
La amable doña Lucia
tambien fué pupila mia
ántes de casar conmigo;
y pues sabeis lo que soy
y no ignorais lo que fui,
*¡aprended, tutor, de mí
lo que va de ayer á hoy!*

Antonio. Oh! la suerte no es igual.
No me ciega el egoismo.
Yo soy amado.

Simon. Lo mismo
pensaba yo....., y pensé mal.

Antonio. La mia es un serafín,
y cuando el sí pronunció.....

Simon. El sí de las niñas. Oh!.....
Lea usted á *Moratin*.

Antonio. Ella es libre.....

Simon. Ella es mujer.

Antonio. Y honrada y, seguro estoy,
no es capaz.....

Simon. Si no lo es hoy,
mañana lo puede ser.

Antonio. La colmaré de regalos.....

Simon. No sirve eso con la mia;
¡y quizá me adoraria
si la derrengase á palos!

Antonio. Sin dar ese trato indigno
á la que mi dicha labra,
yo sé..... y, en una palabra,
cada cual tiene su signo.

Simon. ¡Dichosa el alma tranquila.....

Antonio. Yo sé bien, por lo que vi,
lo que va de usted á mí,
y de pupila á pupila.

Simon. ¿Qué escucho!.....

Antonio. Usted no se asombre.

Simon. Pero ¿á quién no escandaliza.....

Antonio. Si la mujer se desliza,
siempre es la culpa del hombre.

Simon. ¿Culpa yo porque pretenda
un osado farmacéutico
ser poseedor enfiteutico
de mi legítima hacienda!

Antonio. Oir eso causa tedio.

Pues siendo así, ¿qué hace usted
que no le da un puntapié
y se le quita de en medio?

Simon. Eso lo dice muy pronto
quien no está comprometido;
pero en llegando á marido;
el más sabio es el más tonto.
Hasta el dia de la fecha.
En qué mi querella fundo?
en qué su malicia el mundo?

En una leve sospecha.
Mas si despidio al galan
con dicitérios y amenazas,
adios, honra! Por las plazas
las gentes me silbarán.

Y así peligrá el marido
mucho más, porque un amante
nunca es tan interesante
como cuando es perseguido.

¿Qué recurso el mundo deja
á quien con celos batalla?

Es ridículo si calla,
y mucho más si se queja.—
Sí, señor, yo estoy celoso
y nunca la soltaria,
pero como esto en el dia
dicen que es hacer el oso....,
y el amiguito es tan pulcro,
y mi mujer tan taimada.....

Está visto, no haré nada,
y me echarán al sepulcro!

Antonio. Entónces...., conformidad.

Simon. Sí, pero es mucha fatiga.....
Y ¿quiere usted que le diga
francamente la verdad?

Antonio. Diga usted.....

Simon. Pues tengo miedo
á don Frutos.

Antonio. (Qué menguado!)

Simon. Y eso que él es un cuitado,
y mano á mano, le puedo.
Mas aunque yo no soy rana,
puede emplear mi rival
un arma terrible.....

Antonio. Cuál?

Simon. La farmacopea hispana..

Antonio. [Riéndose.]

Entre Caribdis y Escila.....
Qué trance!

Simon. ¡Abra usted el ojo,
y eche la barba en remojo,
y una cruz á la pupila!

Antonio. Oh qué moler!..... Don Simon,
cada cual mire por sí.
Yo sé muy bien..... Pero aquí
viene ya la reunion.

[Empieza á oscurecer.]

ESCENA X.

D. ANTONIO. D. SIMON. DOÑA LUCÍA. DON FRUTOS. DOÑA RUPERTA. D. TOMÁS. JESUSA.
D. ENRIQUE. MERCEDES. D. JOAQUIN.
D. LIBORIO.

[*Todos vienen por la izquierda dando el brazo á sus parejas de costumbre. D. Liborio solo, con la guitarra.*]

Tomás. Qué hacemos? Todos se aburren,
y ya la noche se acerca,
y el aire anuncia tronada,
y Madrid dista una legua.

Antonio. Nos iremos..... Y Sabina?

Frutos. En la granja. Entraba en ella
con su tia cuando yo
acompañé hasta la puerta
á doña Melchora.

Simon. ¡Cielos,
qué perdurable pareja!
Otra vez!

Liborio. Vaya, pongamos
un juegucito de prendas
mientras vienen.

Antonio. No. Ya es tarde.
Vaya usted: que se den prisa
á enganchar.

Liborio. Voy.

Antonio. Y de paso
dé usted una voz..... Que vengan
esas señoras.....

Liborio. Corriente.

ESCENA XI.

D. ANTONIO. D. SIMON. DOÑA LUCÍA. DON FRUTOS. DOÑA RUPERTA. D. TOMÁS. JESUSA.
D. ENRIQUE. MERCEDES. D. JOAQUIN.

Tomás. ¡Buena ha estado la ocurrencia
del certámen borrical!

Simon. Certámen?

Tomás. Sí; en la pradera
ha habido juegos ecuestres.

Simon. [Á doña Lucia.]

Has entrado tú en la fiesta?

Frutos. No, señor. Es delicada
de nervios, y se marea.

Tomás. Todos hemos cabalgado
un poquito, ménos ella.
Cómo chillaba Jesusa!

Jesusa. Pero Mercedes, tan tiesa!
Porque la iba sosteniendo
Joaquinito.

Tomás. Mi Ruperta

no me quiso abandonar
á merced de aquella fiera.
Yo delante, ella á la grupa,
y así..... en forma de una etcétera,
nuestro conyugal amor
trotaba de ceca en meca;
pero es carga, por lo visto,
superior á asnales fuerzas
un matrimonio feliz,
pues pronto dimos en tierra;
mi mujer,.... Dios sabe cómo.....
Y usted?

Simon.

Tomás. Yo....., por las orejas.

Ruperta. No le hagan ustedes caso.
Yo caí, mas con decencia.

Tomás. Peor libró Jesusita.

Jesusa. ¡Vamos, que me da vergüenza.....

Tomás. Por sujetarse el sombrero,
da fondo en una aguadera;
grita, pierde el equilibrio;
faltan brazos, sobran piernas.....
Vaya, ¡cosa más graciosa.....

Enrique. Eh! no diga usted simplezas.

Ruperta. [En voz baja á su marido.]

Cómo la mirabas, pícaro!
Yo te ajustaré la cuenta.

ESCENA XII.

D. ANTONIO. D. SIMON. DOÑA LUCÍA. DON FRUTOS. DOÑA RUPERTA. D. TOMÁS. JESUSA.
D. ENRIQUE. MERCEDES. D. JOAQUIN.
BELTRAN.

Beltran. Dios guarde á ustedes. De parte
de aquella señora seca.....
La del perrito.....

Antonio. Qué quiere?

Beltran. Que vaya y no se detenga
el boticario.....

Frutos. Qué ocurre?

Beltran. Ay, señor! Es cosa seria.

Antonio. ¿Cómo.....

Merced. Dios miol....

Beltran. Al perrito
le ha dado una pataleta.

Antonio. Bah! creí que era otra cosa.

Simon. [Á D. Frutos.]

Sí, vaya usted.....

Frutos. Soy yo albéitar?

[*Oyese rodar y parar un coche á la izquierda del actor.*]

Tomás. No obstante, es preciso.....

Jesusa. Sí,

¡por Dios.....

Simon. Corazon de piedra,

salve usted á aquella víctima....,
tal vez-á dos!

Frutos. [Soltando el brazo de doña Lucía.]

Será fuerza.....
Hasta luégo.

[Vase corriendo.]

Simon. [Tomando el brazo de su mujer.]

Acoto el brazo.
(No hay mal que por bien no venga.)

ESCENA XIII.

D. ANTONIO. D. SIMON. DOÑA LUCÍA. DOÑA
RUPERTA. D. TOMÁS. JESUSA. D. ENRIQUE.
MERCEDES. D. JOAQUIN. BELTRAN.
D. LIBORIO.

Liborio. Ya á la orilla del camino
á la comitiva esperan
ensillados los caballos,
albardada la jumenta,
y de dos coches el uno
con su tiro de colleras.

Simon. Pues ¿y el otro?

Liborio. No lo he visto.
Se habrá roto alguna rueda.....

Beltran. Ca! no, señor. Ya hace rato
rompió como una saeta
de vuelta á Madrid.

Antonio. ¿Qué escuchol
Y ahora lo dices, babeiaca?

Beltran. Toma! Y quién lo ha preguntáo?
Yo no me meto en la renta
del escusáo. Aunque soy
paleta, tengo prudencia.

Antonio. Pero ¿quién iba en el coche?

Beltran. Cáncia la parte de ajuera
las seis mulas y el zagal;
y adrento, sigun las señas,
doña Sabinita.....

Antonio. Cielos!

Beltran. Y su tia, doña..... Esa.....
Doña Cilioña.

Simon. ¿Qué oigo!

Ruperta. Sabina!

Liborio. ¿Cómo.....

Tomás. ¿Qué idea.....

[Murmullo general de admiracion.]

Beltran. Ah!.... Tambien se coló drento,
sin cuidarse de entiquetas
el calesero.

Antonio. Borrachol!...,
que estás diciendo?

Beltran. La mesma
verdad. Y la señorita
arrancó de su cartera

un peazo de papel,
y puso al pié de la letra
este dicumento.

[Saca un papel y se lo da.]

Antonio. Ah! Dame.

Simon. El mozo es todo lo bestia
que puede ser.

Antonio. Estoy soñando? ¿Es posible.....
Estoy soñando? ¡La pérfida.....

[Lee.]

« Soy libre; soy amante.—Si hay
tutores, hay leyes.—Huyo con Agus-
tin y con mi tia.—Si me voy como
Dios quiere, me casaré como Dios
manda.—Culpe usted á su tiranía, y
no á mi liviandad.—SABINA.»

Ah falsa, traidora, ingrata!
¿Así pagas mis finezas,
mi amor, mi bondad..... ¡Infame
seductor! Tia perversa!
¡Oh necia credulidad
la mia! oh traicion horrenda!
¡jurarme sincero amor,
fingir cándida inocencia,
y venderme así..... Dios mio!
Dios mio! ¡En edad tan tierna
tanta maldad! Ya no hay fe,
ya no hay virtud en la tierra.
Venganza!... Un caballo!

Enrique. El mio.....

Antonio. Lo acepto. Dios me reserva
un consuelo.....: la venganza!
Ah! yo haré que te arrepientas,
infeliz; y será tarde!
Tu boda será funesta,
lo juro. ¡Á mí la victoria,
á ti el llanto y la vergüenza!

[Vase corriendo por la izquierda.]

ESCENA XIV.

D. SIMON. DOÑA LUCÍA. DOÑA RUPERTA.
D. TOMÁS. JESUSA. D. ENRIQUE. MERCEDES.
D. JOAQUIN. BELTRAN. D. LIBORIO.

Ruperta. Qué lance!

Liborio. ¿Quién lo diría.....

Simon. Pues yo sé de algun profeta
que le anunciaba.....

Tomás. Una gota
me ha caido en esta ceja.

[Se oye tronar.]

Lucía. La tempestad está encima.....

Liborio. Oyen ustedes? Ya truena.
Ruperta. Al coche!
Simon. Al coche!
Lucía. Y don Frutos?
Jesusa. Y mamá?
Tomás. Al coche, Ruperta!
 [Desaparecen corriendo por la izquierda.]
Simon. (Ahora es la mía.) Corramos.....
Lucía. Pero.....
Simon. Al coche los que quepan.
 Puto el postre!
 [Vase con doña Lucía.]
Liborio. Vamos, niñas.....
Merced. Pero mamá que se queda.....
Liborio. Vamos, que llueve. Despues
 dará el carruaje la vuelta.
 Siete cabremos.
Jesusa. Mamá!....
Enrique. [Á D. Joaquin, y se va con él.]
 Llévame á tu grupa.
Liborio. Ahí queda
 don Frutos....
 [Arranca con ellas.]
Merced. [Ya dentro.] Mamá!...
Liborio. [Lo mismo.] Volemos.....

ESCENA XV.

BELTRAN. D. FRUTOS. DOÑA MELCHORA.

Beltran. [Guarecido de un árbol.]
 No se ha armado mala gresca!
 [Llega por la derecha D. Frutos con
 el botiquin bajo el brazo izquierdo y
 dando el derecho á doña Melchora, que
 trae consigo el perrito. Menudean los
 truenos y relámpagos, crece la lluvia
 y cierra la noche.]

Frutos. Vamos, que se van....
Melch. [Acariciando al perro.] Jesusa!...
 Animalito!... Este reuma.....
Frutos. ¡Corra usted...
Melch. Jesus!...
 [Se oye rodar el coche.]
Beltran. Ya es tarde.
 Ya va por la carretera
 echando chispas el coche.
Melch. Ay, válgame santa Tecla!
 Lloviendo á mares.... El perro.....
Frutos. El botiquin.....
Melch. ¿Quién nos lleva
 á Madrid?
Beltran. La borriquilla
 se tomará esa molestia.
 Allí está.....
Frutos. ¡Bravo refuerzo,
 y está lloviendo á fanegas!
 (Ay Lucía!....) Otro carruaje.....
 Aunque sea una carreta.....
Beltran. No hay amparo. Pero el coche
 volverá.....
Frutos. (¡Tambien me llega
 mi San Martín!)
Melch. Á la granja!
Frutos. Cuánto tardará?
Beltran. Hora y media.
Frutos. Ahí es nada!
Melch. Vamos, hijo.
 En tanto cobrará fuerzas
 el perrito, y en el hombro
 me dará usted unas friegas.
Frutos. ¿Qué friegas, ni qué.....
Melch. Volemos.....
Frutos. Maldicion!... (Qué diferencia!)

[Vuélvase corriendo hácia la casa.]

Beltran. [Siguiéndolos.]
 Estas junciones de campo
 siempre acaban en tragedia.

ACTO TERCERO.

Sala en casa de D. Antonio. Puerta en el foro y otras dos laterales. Entre otros muebles
 habrá una mesa con recado de escribir.

ESCENA I.

D. ANTONIO. D. SIMON. D. TOMÁS.

Simon. Al tocador de Sabina
 se ha marchado mi mujer,

II.

y ahora, señor don Antonio,
 que estamos solos los tres,
 díganos usted, si gusta,
 en qué paró lo de ayer;
 y cómo las desertoras
 volvieron á su cuartel;

14

y cómo es que están ustedes tan en paz, al parecer, y la niña se engalana,.... y no la ha matado usted. Aquí hay misterio.....

Antonio. Ninguno.

En dos palabras diré lo ocurrido. Cuando supe que de un pillo á la merced y engañada por su tia, que es el mismo Lucifer, la ingrata pupila huyó, mi primer impulso fué perseguirla, y del amante tomar venganza cruel. Metí espuelas al caballo; pero pensando despues que hecha estaba la locura y yo sería tal vez ménos digno de indulgencia perdiendo el juicio tambien, puse todo mi conato luégo que á Madrid llegué, en salvar, si era posible, despues de tal proceder, el honor de mi pupila. Hasta cerca de las diez corrí sin fruto en su busca, y por fin los encontré en el gobierno político, cuando en nombre de la ley ya la licencia obtenian de que habian menester. Respeté la providencia, mas, jurando por la fe de hombre honrado no forzar la voluntad de esa infiel, pedí que en mi propia casa la depositase el juez, y en atencion á que el dote es cantidad de interes, se firmara aquí el contrato y mi solvencia con él. Aceptóse mi propuesta, que á todos estaba bien para evitar comentarios de tertulias y cafés; el notario vendrá luégo, vendrá el amante doncel y.... Dios los haga felices. Amén. Diga usted: amén. Por vida del otro Dios!.... ¿Conque se hace usted de miel despues de accion tan inicua? No me queda más que ver. ¿Y es usted el que culpaba mi paciencia y mi sandez? Yo al fin gimo, y refunfuño, y negra como la pez tengo la sangre, y reniego del dia en que me casé, y si pillo á mi consorte en algun renuncio...., pues!....,

Simon.

soy capaz..... Pero usted tiene alma de..... ¿qué sé yo qué?

¿Dejarse robar la novia, traerla á casa despues, y presenciar el contrato, y soltar de bien á bien el dote..... Por lo que veo, tendria este hombre placer hasta en servir de padrino á su rival. Voto á quién!....

Antonio. Note usted que era Sabina mi amada; no mi mujer.

Tomás. La prudencia es gran virtud. Ella es ella; él es quien es. Llorar con la cruz al hombro á cada paso se ve, pero ¿por librarse de ella? Sería ridiculez.

Sé lo que pesa la mia, y le doy el parabien.

Simon. Pero, señor, ¿es posible.....

Antonio. Señor don Simon, yo sé lo que me hago. Su permiso ruego á ustedes que me den. Tengo que arreglar papeles.....

Tomás. Oh! no se incomode usted por nosotros.

Antonio. Hasta luégo.

[*Entra en la habitacion de la derecha.*]

Simon. Va á hacer un lindo papel!

ESCENA II.

D. SIMON. D. TOMÁS.

Tomás. ¡Vaya, que no tiene precio lo del raptó y lo del coche, y al abocarse la noche caer chubasco tan recio!

Simon. Por fin el signo de Acuario, ya que otro signo me acosa, me dió venganza sabrosa del insigne boticario. Llorando entre aquellos berros la ausencia de su Lucía, ¿qué buen rato pasaria dado á Melchoras y á perros! Vaya, lo que yo ref anoche por el camino..... Mientras el coche fué y vino, tres horas estubo allí. Muerto de angustia y de miedo llegó por fin á deshora con su dogo y su Melchora á la puerta de Toledo, y sin más cama que el frac, si tarda cuatro minutos el delicioso don Frutos pasa la noche al vivac.

Tomás. ¿No ha venido aquí...
Simon. Algun pasmo, que curará con meconio, hoy libra á mi matrimonio de ese eterno pleonasma. Qué gozo! ¿Y usted no sabe, caro amigo, la chuscada que tengo ya preparada á ese galan de jarabe?

Tomás. No.
Simon. Me voy con mi consorte para verme libre de él.

Tomás. Dónde?
Simon. Á la Seo de Urgel. Ya tengo aquí el pasaporte. Tantas leguas de arrecife!.....

Tomás. Aún son pocas á fe mia, que por no verle me iria al pico de Tenerife.
Tomás. Vaya usted, y Dios le ampare, mas ¿dónde no habrá un galan?, ó, como dice el refran, dónde irá el buey, que no are?
Simon. Eh!.... Por hoy, lo que me urge es huir de la farmacia, porque no tendria gracia que me diesen un menjurje..... Mas ¿cómo usted no ha traído á la esposa?

Tomás. Estaba en misa, y como vine de prisa.....
Simon. ¿Qué escucho! Tan buen marido.....
Tomás. Yo me encuentro bien sin ella.
Simon. No es posible. ¿Á quién no halaga el dulce amor.....

Tomás. Más aciaga que la de usted es mi estrella.
Simon. Pues!, y lleva usted la palma.....
Tomás. Del martirio!
Simon. No. Esa es grilla.
Tomás. Yo sé.....
Simon. Todo lo que brilla no es oro, amigo del alma.
Tomás. ¿No es ejemplo de ternura.....
Tomás. Sí, pero con tal exceso, que ya me derriba el peso de mi conyugal ventura. Yo no soy dueño de mí ni una hora, ni un instante. ¡Mal haya amor semejante, si es amor el frenesí!

Simon. Yo creia á usted en el centro de la gloria.....
Tomás. Sufro, rio, callo....., pero, amigo mio, la procesion va por dentro. ¿Hay tormento tan cruel como una mujer llorona, y suspicaz, y sobona..... Oh! me hará soltar la piel.
Simon. De veras? Está usted loco?
Tomás. ¿Es posible..... Me impacienta,

me fastidia, me revienta, me pudre...., y aún digo poco. ¡Y cada vez más me capto el amor de ese demonio! No fuera yo don Antonio!.... Cuánto envidio lo del rapto!
Simon. Si está tan enamorada, ¿cómo tendria el descoco de.....
Tomás. ¡Ni ella vale tampoco la pena de ser robada!
Simon. ¡Este pobre don Tomás..... ¿Conque ya encontré un casado más que yo desventurado?
Tomás. Sí, señor, mil veces más.
Simon. ¡Hombre, hombre, qué bueno fuera si para mutuo consuelo cambiásemos..... pelo á pelo!
Tomás. Yo la cambio por cualquiera.
Simon. Puede que yo me equivoque, mas si se hiciera el mercado, yo quedaria obligado á pagar el alboroque.
Tomás. Amigo, usted no lo acierta. No la hay peor que la mia.
Simon. Sí, mientras viva Lucía.
Tomás. No, mientras viva Ruperta.
Simon. Pues, á fuer de hombres secudos, suframos ambos á dos y supliquemos á Dios que pronto nos haga viudos, porque allá se van, *mutáti mutándis* y, en mi opinion, quien supiera lo que son no las querria ni *grátis*.
Tomás. No, por cierto. Qué prebenda! Al más pintado le doy.....
 [Baja la voz viendo entrar á su mujer por la puerta del foro.]
 ¡Mi mujer..... Perdido soy! Dios me asista y me defienda!

ESCENA III.

D. SIMON. D. TOMÁS. DOÑA RUPERTA.

Ruperta. Ah pérfido!.... Al fin te veo.....
Tomás. Estabas en Santa Cruz..... Me llamaba don Antonio de prisa.....
Ruperta. ¿Y no sabes tú que entre marido y mujer todo debe ser comun?
Tomás. Yo creí que no importaba.....
Ruperta. ¡Sin decir siquiera abur á una mujer que te adora! Alguna entruchada, algun.....
Tomás. Cálmate, dulce Ruperta, y no te dé un patatus,

que si te mueres, á entrambos nos harán el ataud.

Ruperta. No te creo, que conmigo procedes como tahir, y tras de alguna pindonga te habrás venido. Jesus! Me vas á quitar la vida.

Tomás. Por David y por Saúl juro.....

[*En voz baja á D. Simon.*]
Qué tal?

Simon. [*Lo mismo.*] Buena hembra! Así tenga la salud!

Ruperta. Qué le dices al oido?

Tomás. Nada. Que vale un Perú mi mujer y no me cambio por el mismo Mahamud.

Ruperta. No. Alguna intriga.....

Simon. Señora, míreme usted á la luz. ¿Tiene usted celos tambien de mi rancia senectud?

Tomás. ¿Quién sabe.....

Simon. Usted se ha dejado los ojos en el baúl.

Ruperta. ¡Él me habla de ojos, Dios mio, y no ve los *rendivús* que prodiga á su mujer el boticario gandul!

Simon. Señora, eso es ya salirse de la cuestion.

Ruperta. Yo, segun se me habla.....

Simon. [*Á D. Tomás.*] Llámela usted al órden.

Ruperta. [*Á D. Tomás.*]
Qué ingratitud!
¡Escapárseme de casa.....

Tomás. Mujer, eres el *non plus*.....

Ruperta. De qué?

Tomás. De nada; perdona; mas calla con Belcebú, que viene gente, y yo solo debo cargar con la cruz.

[*Doña Ruperta toma el brazo de su marido.*]

ESCENA IV.

DOÑA RUPERTA. D. TOMÁS. DOÑA LUCÍA.
SABINA. DOÑA CELEDONIA. D. SIMON.

[*Llegan por la puerta de la izquierda.*]

Celed. Oh amiga doña Ruperta!
Ruperta. Servidora.....

[*Á D. Tomás.*]

No te sueltes.

Celed. [*Á doña Ruperta.*]
Celebro que usted tambien asista al acto solemne de la boda de Sabina.

Ruperta. No tenia antecedente.....

Lucía. Sí, señora. Ya está todo arreglado. El cielo vuelve por la oprimida inocencia.

Simon. (Bien! Mi mujer la protege. Ya se ve, la simpatía.....)

Sabina. Don Antonio se convence.....

Simon. No me maravillo. Un rapto es razon muy convincente.

Sabina. Era el único recurso que me dejaba la suerte..... Mas recordar lo pasado ya no es útil ni prudente, y basta que mi tutor su clásico error confiese en el hecho de traernos segunda vez á su albergue, para transigir nosotros tambien amistosamente.....

Celed. Pues, por mi voto, la chica se mantendria en sus trece.

Simon. No la casan con su amante?

Celed. Sí, señor.

Simon. Pues ¿qué más quiere?

Celed. Pero en casa del tutor y cubriendo el expediente, como se suele decir. Así no será tan célebre el aviso á los tutores y el triunfo de las mujeres.

Simon. Muy bien. (Padres de familia, he aquí una aya excelente para vuestras hijas.)

[*Á Sabina.*]

Hola!

De veinticinco alfileres!
Sea en hora buena. Pero ¿cómo es que el novio no viene?

Sabina. No tardará.

Simon. Vaya en gracia.
Ya deseo conocerle.

ESCENA V.

DOÑA CELEDONIA. SABINA. DOÑA RUPERTA.
DOÑA LUCÍA. D. SIMON. D. TOMÁS.
D. ANTONIO.

Antonio. Señoras, si ustedes gustan de pasar al gabinete.....

Lucía. Bueno.

Ruperta. Como usted disponga.

Antonio. Aquello está más alegre,
y hasta que venga el Notario.....
Celed. Vamos pues.....
Antonio. Soy con ustedes. —
No te vayas tú, Sabina.
Sabina. Muy bien.
Celed. [Al oído.] Firme! No te dejes
seducir.
Sabina. [Lo mismo.]
Seré inflexible.
Simon. (Don Antonio es un imbécil.)
[Vanse por la puerta de la derecha.]

ESCENA VI.

D. ANTONIO. SABINA.

Antonio. Cuando se acerca el instante
que decidirá tu suerte,
no creas que voy á hacerle
reconvenciones de amante.
Dios te ha dado un albedrío
que yo siempre he respetado,
y bien sé que no me es dado
quejarme de tu desvío,
y si al ménos tu lenguaje
franco hubiera sido y fiel,
yo te absolvería de él,
que el desamor no es ultraje;
mas el honor de un desden
tu ingratitud no me quiso
otorgar. ¡Era preciso
burlar á un hombre de bien;
que para quien sólo aspira
á noyalesca opinion
ni es culpable la traicion,
ni es infame la mentira!
Sabina. Confieso que ciega anduve.....
Cuándo no es ciego el amor?
Para huir tuve valor
y para hablar no lo tuve.
No debí ser tan cobarde,
sino postrada á esos piés,
decir la verdad. Despues
lo pensé, mas era tarde.
Entre un novio y un tutor,
débil, incauta mujer,
yo no sabía qué hacer.....,
y al fin hice lo peor.
Antonio. Pues lo has confesado así
y en mi alma no cabe encono,
Sabina, yo te perdono,....
y perdóname tú á mí.
Sabina. Señor!....
Antonio. No es cuerdo en mis años
pedir al amor primicias,
y ántes que soñar delicias
debí temer desengaños.

Ya no aspiro á tu hermosura;
te lo digo sin despecho;
mas áun reclamo el derecho
de mirar por tu ventura.
Créeme, Sabina; ten juicio.
Áun es tiempo. Esa pasion
destierra del corazon,
aunque es duro el sacrificio.
Mira no llores un dia
¡sin razon! tu amarga suerte.
¡Mira que van á perderte
ese amante y esa tia!
Sabina. No se canse usted en vano,
que son calumnias..... En fin,
tal como sea Agustin,
le amo y le daré mi mano.
Antonio. Ah Sabina!.....
Sabina. Sea yo
en quien pruebe usted su ceño,
pero injuriar á mi dueño.....;
perdone usted: eso no.
Antonio. Sabina, un recuerdo triste
me has de oir aunque te aflija.
Tu tio tuvo una hija,
á quien tú no conociste.
Ella tambien sus hogares
mal casada abandonó,
y á los tres años murió
consumida de pesares.
Víctima de aquel deslíz,
el padre murió tambien.
Sólo para hacerte bien
sobrevivió á la infeliz.
Yo te recibí en mis brazos
cuando con dolor profundo
recordaba moribundo
aquellos fatales lazos.
«Vela por ella, me dijo.
La he dotado generoso.
De ti reciba un esposo.
De su gratitud lo exijo.»—
Si la postrer voluntad
tu corazon no domina
del que te amparó, Sabina,
en la mísera orfandad,
cúmplase tu ciego antojo;...
mas sea dentro de un año.
Si entónces ya el desengaño
no te cubre de sonrojo.....
Sabina. La memoria de mi tio
respeto mucho; es sagrada,
pero estoy enamorada.
Ya este corazon no es mio.
Mi boda no ofende á Dios;
de ella mi ventura aguardo,
y si un dia la retardo,
vamos á morir los dos!
Antonio. (Locura!....) Vete. No más!
Toda reflexion es vana.
Si te arrepientes mañana.....
Sabina. ¿Yo arrepentirme! Jamás.

ESCENA VII.

D. ANTONIO.

Merecia la insensata,
ya que así me desespera,
que yo vengativo fuera
tanto como ella es ingrata.

[Saca del bolsillo un pliego cerrado y
lo guarda en un cajon de la mesa.]

ESCENA VIII.

D. ANTONIO. D. AGUSTIN.

Agustin. Saludo á usted, don Antonio.

Antonio. Bien venido, caballero.

Agustin. Ya es la hora convenida.....

Antonio. Lo sé. Tome usted asiento.

Agustin. Estoy bien.

Antonio. Aun no ha venido
el Notario.

Agustin. Vendrá presto.—
Siento mucho la ocurrencia
de ayer, pero á tal extremo
nos redujo usted mostrando,
por causas que no comprendo,
tan injusta oposicion
á nuestros justos deseos.

Antonio. Más que yo manda la ley,
y pues su fallo venero,
no hablemos de lo pasado.
Use usted de su derecho.

Agustin. No obstante, me pesaria
de que algun resentimiento.....

Antonio. Con evitar el escándalo
yo me doy por satisfecho,
y tal vez me olvidaré
de ofensas que no merezco
si Dios quiere bendecir
el tratado casamiento
y usted logra hacer dichosa
á mi pupila.

Agustin. Mi anhelo
no es otro, y debe esperarlo
del amor que la profeso.

Antonio. Está bien.

Agustin. Mas no será
mi regocijo completo
hasta haberme granjeado
con pruebas del más sincero
cariño y la más profunda
veneracion el aprecio
de usted.

Antonio. No soy rencoroso.
Dejemos obrar al tiempo.....
(Para el necio que te crea!)

Agustin. (Nada cuesta un cumplimento.)

ESCENA IX.

D. ANTONIO. D. AGUSTIN. EL NOTARIO.
TRES TESTIGOS.

Notario. Felices dias, señores.
Puntual á la cita vengo
con los testigos.....

Antonio. Muy bien.
Sentarse. Al instante vuelvo.

ESCENA X.

D. AGUSTIN. EL NOTARIO. LOS TESTIGOS.

Agustin. Ya traerá usted extendido
el contrato.....

Notario. Con efecto.
El memorial en cabeza
con el marginal decreto
de la autoridad civil;
las declaraciones luego
de cónyuges y testigos,
con los oportunos huecos
para las firmas.

Agustin. Corriente.
Y el dote?

Notario. Al folio vigésimo
se estampa la diligencia.....
Digo, el encabezamiento
y demas, porque la suma
está en blanco, por supuesto.

Agustin. De quince á veinte mil duros
debe de ser por lo ménos.
El mismo tutor lo ha dicho.....

Notario. Era el difunto don Pedro,
tio de la contrayente,
hombre de mucho dinero.

Agustin. (Qué vida me voy á dar!
Iré á París el invierno.....)

Notario. Ya están aquí. La futura?....

Agustin. Aquella. Feliz momento!

ESCENA XI.

D. AGUSTIN. EL NOTARIO. LOS TESTIGOS.
SABINA. DOÑA CELEDONIA. D. ANTONIO.
D. TOMÁS. DOÑA RUPERTA. D. SIMON.
DOÑA LUCÍA.

Antonio. Siéntense ustedes.

[Todos se sientan: D. Agustin lo hará
al lado de los testigos. El Notario á
la mesa de escritorio.]

Ya es hora
de poner dichoso término
á un lance desagradable

y de cumplir los deseos de mi pupila y su novio. Sea cual fuere el concepto que yo forme de esa boda, harto hago cuando me presto á que en mi casa se firme el contrato, y desde luégo.....

Notario. Pues, con permiso de usted y la asamblea, comienzo.

Antonio. [Dándole unos autos.]
Antes que el acto principie, tome usted el testamento del señor don Pedro Aznar, y lea en el folio sexto la cláusula en que á Sabina dotó con veinte mil pesos.

Notario. Eso despues. Es preciso que procedamos con método. Leeré el decreto del jefe político.....

Agustin. Sí. Lo de ménos es la dote.....

Antonio. Yo suplico al señor Notario, y tengo, como se verá, razones poderosas para ello, que anticipe la lectura de ese legal instrumento.

Notario. No es el orden; pero, en fin, pues usted lo pide, leo.

[Leyendo.]
«Item. Dejo á mi sobrino don Gregorio Aznar.....»

Antonio. [Acercándose y señalando al Notario lo que ha de leer.]
No es eso.
Más abajo. Aquí principia.

Agustin. Oigamos.

Simon. (Qué será esto?)

Notario. [Leyendo.]
«Item. Señalo á mi sobrina Claudia Sabina Micaela Aznar, hija de mi amado hermano don Nicolas y de doña María del Pilar Atienza, que estén en gloria, por via de dote, y para sus alimentos hasta que llegue á edad núbil y quiera tomar estado, cuatrocientos mil reales.....»

Antonio. Perdone usted. Yo declaro que ni ahora ni nunca quiero reclamar ni un solo real por once años de alimentos que ha disfrutado Sabina; ántes respondo del rédito del capital, á razon anual de cinco por ciento.

Sabina. ¿Qué oigo! Señor don Antonio!....

Agustin. (¿Será posible.....)

Celed. (Yo sueño.)

Ruperta. Qué nobleza!

Notario. Es usted el fénix de los tutores modernos. (Y decian que era avaro!)

Tomás. Qué generoso!

Simon. (Qué necio!)

Agustin. [Á D. Antonio, levantándose.]
Ah! ese rasgo me confunde.....

Antonio. [Con seriedad.]
Bien, bien.....
[Al Notario.]
Siga usted leyendo.

Notario. «Cuatrocientos mil reales; pero con la bien entendida, forzosa é invariable condicion.....»

Celed. [Con inquietud.]
Condicion ha dicho usted?

Notario. Condicion.

Antonio. Lea usted.

Agustin. (Cielos!...)

Notario. «De que ha de preceder á su boda el explícito y formal consentimiento de mi albacea y tutor de Sabina, don Antonio Bermudez.»

[Murmullo general de sorpresa.]

Sabina. ¡Ah, tia.....

Agustin. (Perdido soy!)

Celed. (Cómo lo callaba el pérfido! Ah! si yo hubiera sabido....)

Simon. (Esto ya muda de aspecto.)

Notario. «Y si, enterada oportunamente de esta mi postrera irrevocable voluntad, prefriese un marido de su sola y exclusiva eleccion al que mereciere la aprobacion de dicho don Antonio Bermudez, quiero que la consabida suma, luégo que se realice el casamiento, sea proporcionalmente aplicada á los otros legatarios.»

[Nuevo murmullo.]

Celed. Qué traicion!

Agustin. (Qué compromiso!)

Antonio. He aquí el justo fundamento que tuve para pedir que se leyese primero lo que ustedes han oido. Ahora bien; sin que mi intento sea injuriar al señor don Agustin, yo no puedo dar á esa boda, ni nunca daré mi consentimiento.

Agustin. (Me ha burlado!)

Sabina. Oh Dios!..

Celed. [*Sofocada.*] ¡Indigno
tutor, aleve!

Simon. [*Levantándose.*] ¡Bien hecho,
voto á bríos! sublime! heroico!
santo! Toque usted esos huesos,
camarada.

Antonio. Don Simon,
síntese usted. Esto es serio.

[*Vuelve á sentarse D. Simon.*]

Agustin. ¡Y para salir con esa
embajada, tanto empeño,
tanto afán de levantar
el depósito, y traernos....

Antonio. Quise al menos impedir
que fuese escarnio del pueblo
esa infeliz.....

Celed. [*Levantándose furiosa.*]

Quiso usted
con intrigas y embelecos
obligarla á transigir.
Sepan ustedes, —y pienso
publicarlo en los periódicos,—
que si niega como un perro
su aprobacion á la boda,
no es porque sea con Pedro
ni con Juan; es porque aspira
á la novia y al dinero.
La muchacha no le quiere
por ridículo y por viejo;
no la ha podido engañar,
y ahora busca impedimentos
y tranquilas ¡y la sitia
por hambre! He aquí el secreto.

Antonio. Á esa indigna acusacion
yo responderé á su tiempo,
y la postrera será
que oiga de usted: lo prometo.

[*Al Notario.*]

Ahora puede usted, si gusta,
formalizar el concierto,
señor Notario. Una vez
que ya permiso les dieron,
tanto da que se haga aquí
como en otra parte.

Notario. Bueno.

Sabina. [*Levantándose.*]

Yo no vacilo. Estoy pronta,
que mi amor no está sujeto
á mezquinos intereses,
y si todo el universo
no sería poderoso
á apagar tan dulce fuego,
¿yo, viva, me he de rendir
á los caprichos de un muerto?
Por el bien que el alma adora
renunciara con desprecio
á las minas del Perú

y á los tesoros de Creso.
Basta á nuestra fe recíproca
parca mesa y pobre lecho.
Trabajando, si es forzoso,
ganaremos el sustento,
y aunque el mundo corrompido
nos rechace de su seno,
qué importa? No ha de faltarnos
una choza en un desierto.
¡Oh Providencia, que cuidas
del pájaro y del insecto,
no podrás abandonarnos
al hambre y al desconsuelo!

Simon. (Bien! ¡Con ese rasgo heroico
hará buen caldo el puchero!)

Sabina. ¡Callas, Agustin! Qué dudas?
He aquí mi mano.—Firmemos.

Agustin. Diga usted, señor Notario,
ese papel ¿es auténtico?

Notario. Y fehaciente.

Agustin. Esa cláusula
¿es legal?

Notario. Pues ¿no ha de serlo?

Sabina. Que lo sea! La ventura
conyugal no tiene precio,
y el éxtasis del amor.....

Agustin. Sí, bien mio, yo comprendo
sus inefables dulzuras;
pero entre el alma y el cuerpo
hay relaciones tan íntimas
de amistad y parentesco,
que si este desmaya, aquella
no está para jubileos.

Sabina. Agustin!

Agustin. La medianía
es soportable, convengo;
pero la indigencia tiene
una cara que da miedo.
Si tú sola fueses pobre,
no repararía en eso,
pero yo lo soy también,
y nada y nada..... son cero.
Si nos casamos los dos
tú te pierdes, yo me pierdo,
y échale un galgo á la dote!
Al son de nuestros lamentos
los herederos restantes
entonarán el *Te Deum*.

Sabina. [*Cubriéndose el rostro con las manos.*]

Ah!

Simon. (Era hombre que lo entendia
el tío que está pudriendo.)

Agustin. Renuncio pues á tu mano.

Sabina. Dios mio!....

Agustin. Y harto lo siento;
mas, si no mi bien, el tuyo
reclama tamaño esfuerzo
de mi corazón amante;
porque eso del menosprecio
de las riquezas, y el bosque,
y el pájaro y el insecto,
son famosos materiales

para hacer bonitos versos,
pero el estómago..... En fin,
lo dicho, dicho y..... *laus Deo.*

ESCENA XII.

SABINA. DOÑA CELEDONIA. DOÑA RUPERTA.
DOÑA LUCÍA. D. ANTONIO. D. SIMON. DON
TOMÁS. EL NOTARIO. LOS TESTIGOS.

Sabina. Y la tierra no me traga!
Traidor! ingrato! protervo!
[*Se sienta abatida y avergonzada.*
D. Antonio acude á consolarla.]

Simon. Y aquí acaba la novela.
Perdonad sus muchos yerros.

Lucta. Mire usted!
Tomás. (Este es el mundo!)

Ruperta. ¿Quién diría.....
Celed. (Estamos frescos!)

Antonio. Criatura, no te aflijas;
antes, da gracias al cielo
que te libra del abismo
que á tus piés estaba abierto.
Por dicha tuya, infundado
no fué mi presentimiento,
y conocerás ahora.....

Sabina. Ah, señor! Yo no me atrevo
á mirar á usted siquiera.
Qué injusta fuí! Me avergüenzo
de mi flaqueza y mi error,
mas, ay de mí! fué el primero
que me dijo: yo te amo,
y el corazon inexperto.....
Me cegaron sus lisonjas,
sus falaces juramentos,
sus lágrimas..... Sí, lloraba!
Lo creyera usted? Perverso!....
Mas no hay para mí disculpa.
De rodillas lo confieso.

[*Se arrodilla á los piés de D. Antonio*
y este la levanta.]

Oh! no me perdone usted,
no, señor. No lo merezco!

Antonio. [*La hace sentar.*]
Basta. Siéntate, hija mia.
Te he salvado. Estoy contento.
Ahora voy á contestar
á tu tia.

Celed. ¿Á mí?....

Antonio. [*Al Notario.*] Hay un pliego
cerrado en ese cajon.....

[*Indica el que lo contiene, y lo saca*
el Notario.]

Notario. ¿Es éste que tiene un sello.....

Antonio. Sí, señor. Ábralo usted.

Notario. [*Rompe el sobre y mira el papel que*
cubria.]

Tiene una escritura dentro.....

Antonio. [*Señalando lo que ha de leer.*]

Aquí está lo sustancial.
Léalo usted.

Notario. [*Lee para sí.*]

Hum..... hum.....

Antonio. Recio.

Notario. [*Leyendo en alta voz.*]

.....«Declaro que si dicho don Agus-
tin es tan fino amante y tan buen
caballero, que no titubea en casarse
con mi pupila, áun despues de saber
que pierde todo derecho á la dote
referida, me obligo yo á dotarla
en igual cantidad, y para ello hipote-
co».....

Antonio. *Et cetera.* Así respondo
á los infames denuestos
de esa mujer.

Sabina. Ah, señor!....
Ah, tia!

Tomás. ¡Admirable ejemplo
de bondad!

Simon. Virtud magnánima!
Yo lloro como un muñeco.

Antonio. [*Á doña Celedonia tomando la escri-*
tura.]

Ahora puede usted, señora,
llevar ese documento
á-su protegido.....

Celed. [*Dando un manoton al papel.*]

¡Al diablo,
que mueve todo el infierno
contra mí! ¡Oh rabia..... En el moño
no me ha de quedar un pelo.

[*Se va por el foro. Todos se levantan*
como para contenerla.]

ESCENA ÚLTIMA.

SABINA. DOÑA RUPERTA. DOÑA LUCÍA.
D. ANTONIO. D. SIMON. D. TOMÁS. EL
NOTARIO. LOS TESTIGOS.

Tomás. ¡Señora.....

Antonio. No, no hay cuidado.
Es peluca.

[*Á Sabina.*]

Ya no debo

- tenerla más en mi casa.
La mantendré; pero ¡léjos,
léjos de mí! Tú, hija mía,
si despues de este escarmiento
le niegas tu confianza,
y oyes dócil mis consejos,
mejor esposo tendrás....,
sin que yo pretenda serlo.
- Sabina.* Ah! ¿quién me hiciera dichosa
como usted? ¡Pluguiera al cielo
que no fuese indigna yo
de enlace tan halagüeño!
- Antonio.* ¿Qué dices! ¿Podré aspirar
todavía..... ¿Será cierto.....
- Tomás.* [*Acercándose con precipitacion y ha-
blándole al oído.*]

¡Por Dios, no se case usted,
por Dios,.... que corre usted riesgo
de que su mujer le adore,
y este es el mayor tormento.....
- Ruperta.* [*Á media voz asiéndole del brazo.*]

Qué le dices, fementido?
- Tomás.* Nada, mujer.....
- Ruperta.* Embustero.....

[*Siguen disputando en voz baja, y
D. Antonio muy pensativo al lado del
Notario.*]
- Simon.* [*Acercándose á D. Antonio.*]

Por Dios, no se case usted!
Mírese usted en mi espejo!
Si otro don Frutos Linaza.....
- Notario.* Yo conozco á ese sujeto.
- Simon.* Bien, y qué?
- Notario.* Somos amigos.
En la calle de Tudescos
le encontré viniendo aquí.
Me dijo que iba corriendo
- á sacar un pasaporte.....
- Simon.* [*Sobresaltado.*]
Para dónde?
- Lucia.* [*Inquieta, acercándose.*]

(Ah!...)
- Notario.* No me acuerdo...
- Lucia.* [*Haciendo señas al Notario, que no
las ve.*]

(Qué fatalidad!)
- Simon.* [*Observándola.*] Lucia!
- Notario.* Ya caigo. Para la Seo
de Urgel.
- Simon.* ¿Qué oigo! Horror! terror!!
furor!!!
- Lucia.* (Buena la hemos hecho!)
- Simon.* Oh! qué mayor desengaño?
Esto pasa de castaño
oscuro; ¡esto ya es muy negro,
Lucia!.... Bravo! me alegro!
Por no matarte, me arañó.
Conque me voy de la corte,
conque saco el pasaporte,
¿y se lo avisas, y salta
tambien de aquí..... ¡Sólo falta
que le paguemos el porte!
- Lucia.* Simon!
- Notario.* [*Á los testigos.*]

No le conocia.....
Fatal imprudencia mia!
- Simon.* ¡Maldito, amén, mi consorcio.....

[*Al Notario.*]
Oiga usted. Yo me divorcio.
(Eso es lo que yo queria.)
- Lucia.* Hoy mismo.
- Simon.* (Yo iré detras.)
- Tomás.* ¡Ah, don Simon,.... don Tomás.....
Antonio. Sabina, mucho te quiero
y tú lo mereces; pero
¡no me casaré jamás!



EL NOVIO Y EL CONCIERTO,

COMEDIA-ZARZUELA EN UN ACTO (*).

MÚSICA DEL MAESTRO DON BASILIO BASILI.

Representada por primera vez en 22 de Marzo de 1839, en el teatro del Principe.

PERSONAS.

REMIGIA.	D. ALEJO.
LAURA.	D. CASIMIRO.
D. LUIS.	D. DONATO.
D. LUPERCIO.	BLAS.

La escena es en Madrid, en casa de D. Alejo. Puerta en el foro, que es la de la antesala y tambien conduce á lo interior de la casa; otra á la derecha y otra á la izquierda. Entre otros muebles habrá un piano.

ESCENA I.

LAURA.

[*Está acabando de coser un vestido.*]

Coser y vegetar! He aquí mi suerte! (**)
Desde que alumbra el sol al universo,
gobernando una casa, que no es mia,
con las agujas y las planchas brego,
y entre humildes mecánicas consumo
mis verdes años. Perdurable tedio
me fastidia, me aburre.... Ay infelice!
¿Y qué es lo que ejecuta en este tiempo
esa prima gentil que tanto alaban?
Ella entonando itálicos acentos,
ó mimosa en la cama reposando,
despierta, y todo se lo encuentra hecho.
Darán las dos y con su imbécil padre

(*) Más tiene de comedia que de zarzuela; pues, aunque hecha de encargo, y sujeta hasta cierto punto á las indicaciones del maestro compositor y á las particulares circunstancias de cada actor, el poeta combinó su fábula de modo que estuviesen motivadas todas las piezas de canto.

(**) Este monólogo es parodia del que, en boca de Cain, da principio á la tragedia francesa *La muerte de Abel*, traducida por D. Antonio Sabiñon.

irá á ser la heroína del concierto,
del concierto vedado á mis canciones!
Y volverá atracada de requiebros
y bizcochos sin fin; y yo entre tanto,
¡yo que hago para ella el traje nuevo,
segunda *Ceneréntola* olvidada,
cantando el *Chairo* espumaré el puchero!

ESCENA II.

LAURA. D. LUPERCIO. D. LUIS.

Luperc. Señorita.....

Laura. [*Dejando la costura y levantándose.*]
¿Quién..... Señores.....

Luis. [*En voz baja á D. Lupercio.*]

Bella, pero no es mi novia,
ó al ansiado original
no se parece la copia.

Luperc. No está el señor don Alejo?

Laura. Está entretenido ahora
en copiar á toda prisa
unos papeles de solfa.
Como hoy tenemos concierto.....

Luperc. Concierto!

[*Recitando.*]

Che bella cosa!

Luis. Aquí?

Laura. En el cuarto de enfrente.
Son academias periódicas.....

Luperc. Nocturnas?

Laura. No. Por las tardes.....
Así son más económicas.

Luperc. Á buen tiempo hemos llegado.
Oiremos á esa cantora
superlativa.

Luis. Sin duda,
como hemos llegado en posta
y quedó atras el correo,
nuestra venida se ignora.

Luperc. Este es mi sobrino Luis.

Luis. Servidor.....

Laura. (Bella persona!)

Luperc. Y yo.....

Laura. Usted será su tío.
Luperc. Sí, don Lupercio Cantolla,
ciudadano de Marbella
y hacendado en Estepona.

Laura. Á tomar baños de mar,
si no miente mi memoria,
fué allí el verano pasado
mi señor tío.

Luperc. ¡Qué bromas
corrimos! Si usted es de casa,
sabrás ya toda la historia.

Laura. Yo? No, señor.—Soy sobrina.

Luperc. Allí se trató la boda

de Remigia y mi sobrino.
Viéndola tan buena moza....;
en un retrato, se entiende,
el muchacho se enamora;
yo, con saber que la niña
es cantarina famosa,
á la propuesta del padre
accedo sin ceremonia;
porque ha de saber usted
que entiendo también las notas
musicales, y cantando
me llevan á mí hasta Roma.
Cerróse el trato y venimos.....
¡pues! á ponerlo por obra.

Laura. (Ella se casa y yo no!)

Luis. Ahora bien, si usted se toma
la molestia de avisar.....

Laura. Soy humilde servidora
de ustedes, pero Remigia
está en la cama.

Luis. Á estas horas!

Va á dar la una!

Luperc. Tal vez
se acostaría algo ronca,
y como hoy ha de cantar.....

Denle pastillas de goma.

Laura. No, señor. Si está muy buena!
Pero como es tan gachona,
y ella no hace nada en casa,
que yo la gobierno sola.....

Luis. ¿Qué me dice usted!

[*Don Lupercio se acerca al piano y
hojea los papeles de música que habrá
sobre él.*]

Laura. Ah! miento.

Da de comer á las tórtolas,
y pasa las horas muertas
sólo en prenderse una blonda;
y luego...., los ejercicios
de voz, y los.....

Remigia. [*Dentro.*] Laura!

[*Laura coge el vestido y se levanta.*]

Laura. Hola!

Ya llama. Voy á vestirla.
Luis. (Mimadita y dormilona!)

Laura. Siéntense ustedes. Bien pueden
perdonar...

Luperc. No hay de qué, hermosa.

ESCENA III.

D. LUPERCIO. D. LUIS.

Luis. [Cavilando en un extremo del teatro.]

Dormir toda la mañana!
Señor!...., qué gobierno es este?

Luperc. [Recorriendo papeles de música y cantando á media voz.]

«Nel furor delle tempeste.....»
Toda es música italiana.

Luis. ¡Mucho vamos á medrar si duerme tambien la siesta!*Luperc.* «Come fólgora funesta, mille morti a disfidar.»*Luis.* Bueno es cantar, sí, señor, pero ese extraño abandono....*Luperc.* «La speranza del perdono sol mi regge in vita ancor.»*Luis.* No dar nunca una puntada!*Luperc.* «Ed il voto del amante.....»*Luis.* Cuando esa niña no cante, de qué servirá? De nada.*Luperc.* «Solo desto al mormorio della fonte e del ruscello, alla donna del castello.....»*Luis.* [Acercándose.]

¿Qué opina usted, caro tío....

Luperc. [Sin oírle.]

«Vieni, oh caro: è in ciel la luna;
tutto tace intorno, intorno:
fin che in cielo spunti il giorno.....»

Luis. Reniego de mi fortuna!

¡Por san Francisco de Paula, óigame usted....

Luperc. ¿Qué se ofrece, sobrinito?*Luis.* Me parece que mi novia es una maula.*Luperc.* No tal, que es mucho primor si se parece al retrato.

[Tomando otro papel y cantando.]

«Non v'a sguardo cui sta dato
penetrare in questo cor.»

Luis. ¡Por Dios....*Luperc.* ¡Pero ni una sola pieza bufa! Es muy extraño....*Luis.* Aquí nos tendrán un año....*Luperc.* Ni una canción española! Pues tendremos mucha guerra si prefiere lo extranjero á lo español, que me muero

por las cosas de mi tierra.
Luis. Qué importa? Libre la dejo entre un polo y un rondó.
Lo que no quisiera yo....

Luperc. Calla. Aquí está don Alejo.

ESCENA IV.

D. LUPERCIO. D. LUIS. D. ALEJO.

Alejo. Bien venidos! ¡Voto á cribas....
Un abrazo, don Lupercio!
Luisito!*Luperc.* ¿Usted tan famoso!*Alejo.* Voy pasando.*Luis.* Don Alejo!....*Alejo.* ¿Conque les han hecho á ustedes esperar? ¡Voto á.... Lo siento....

Andamos tan ocupados....

Como es día de concierto....

Yo estaba copiando un duo....

Remigia se está vistiendo....

Luis. No gusta de madrugar, eh?*Alejo.* No, señor, ni por pienso.

El aire de la mañana

suele afectar á los nervios

y empaña la voz. Como ella

es tan delicada.... Y luégo,

como descansa en su prima

para todo lo doméstico....

Porque mi chica no entiende

de esas cosas, ni yo quiero

que en faenas tan prosaicas

se malogre su talento.

Luis. Sin embargo....*Alejo.* Es profesora!

Y la inspiracion, el genio....

Luis. El suyo debe de ser muy pacífico.*Alejo.* No es eso.

Habla de genio artístico.

Luis. Ya.*Alejo.* Qué mujer! Yo no debo

celebrarla: al fin soy padre....

Pero.... Vaya, es mucho cuento.

Luperc. Ya tengo gana de oírle;

¡y ojalá fuese un jaleo

de mi país....

Alejo. Bagatela!

Ella está por lo patético,

por lo sublime.

Luis. (Sublime

tonto parece mi suegro.)

Luperc. Usted dirá lo que quiera,

pero un aire de bolero....

Alejo. Ya está aquí.*Luperc.* No la ha adulado

el pintor.

Luis. (Al fin la veol)

ESCENA V.

D. LUPERCIO. D. LUIS. D. ALEJO. REMIGIA.

Remigia. Beso las manos.....*Alejo.* ¿No sabes

quién es este caballero?

Remigia. Sí; ya me ha dicho mi prima.....

No le esperaba tan presto.

Luis. (Qué buena moza!) El amor

puso alas á mi deseo

para volar á esos piés.

Remigia. No está bien, don Luis, en ellos,sino en *escala mayor*

quien va á ser mi amado dueño.

Luis. (No se explica mal.) *Remigia.*.....*Alejo.* Voy á ver cómo anda aquello,

que estaba ronco el tenor

y el *cornio inglés* indispuesto,

y si yo no estoy en todo.....

Hasta luégo, amado yerno.

Traeré de paso billetes

para ustedes.

Luperc. Lo agradezco,

que yo por oír cantar

iré aunque sea á un entierro.

Luis. El caso es que el equipaje

no ha venido, y no podremos

presentarnos.....

Alejo. Sí, señor.

No es cosa de cumplimiento.

Concierto de vecindad.....

Vaya, que es tarde. Hasta luégo.

ESCENA VI.

D. LUPERCIO. REMIGIA. D. LUIS.

Remigia. [Á D. Luis.]

Usted es también filarmónico?

dilettante?..... Esto es.....*Luis.* Entiendo.*Remigia.* Apasionado á la música?*Luis.* No puede dejar de serlo

quien tiene un alma sensible,

y lo es la mía en extremo.

Remigia. Usted cantará..... En qué cuerda?*Luis.* (Si querrá darme tormento?)

En ninguna, señorita.

No tengo voz para eso.

Remigia. Es lástima. Pero usted

tocará algún instrumento.....

Luis. Tuve afición á la flauta

cuando estaba en el colegio,

pero la dejé muy pronto

por no afectarme del pecho.

Remigia. Cómo ha de ser! Pero basta

que sea usted á lo ménos

un buen *orecchiante*. Asíhabrá *compas* y *concierto*en nuestro enlace, y *unisonas*
nuestras voluntades, creo
que sujetos á una *clave*
no nos *desafñaremos*.*Luis.* ¿Qué puedo yo responder,
señorita? Soy muy lego,
y hasta que vaya instruyéndome
en ese lindo dialecto.....*Remigia.* Oh! con el tiempo.....*Luis.* (Más fácil

sería aprender el griego.)

Luperc. Sí, que el amor *vocaliza*
princiando por *arpeggios*,
y si hay buena *tessitura*en la *frase*, y se *entra á tiempo*,se pasa en una *volata*,

con auxilio del maestro,

desde un *adagio maestoso*á un *sfogato crescendo*.*Remigia.* Qué escucho! Grata sorpresa!Quien *debuta* en esos términos

sin duda es facultativo.....

Luperc. No, *carina*, nada de eso:

aficionado.

Luis. No tal;

que es musicon estupendo.

Luperc. *Debolezze!**Remigia.* Ya es inútil

que se haga usted el modesto,

que hasta el *parlante* descubrela *escuela* y el *portamento*.*Luis.* ¡Lleve el diablo esa manía

y esos dicharachos técnicos.....

Pero es tan guapa!.....)

Remigia. ¿Tenor*bajete?**Luperc.* No. Soy un mero.....*partichino buffo.**Remigia.* Vamos,

no se eche usted por el suelo.

¿Quiere usted cantar un *aria*.....*Luperc.* Si usted no me da el ejemplo,no me atreveré..... *Non oso*.....*Luis.* Ah, sí! Tengo tal deseo

de oír á usted.....

Remigia. Por ahora

no es posible. Me reservo

para despues, que la voz

si no hay sobriedad y método.....

Luis. Vamos, sea usted amable.*Remigia.* Aquí se pierden los ecos;

sin auditorio, sin..... Vamos,

otra vez será. No puedo.

Luis. Ea, no se canse usted.

Ya que son vanos mis ruegos.....

(Dengosa también!)

Remigia. No obstante,

cantaré el romance nuevo.....

Luperc. Bravo! Mil gracias.*Luis.* (Ahora

que ha cesado nuestro empeño,

quiere ella cantar.)

Luperc. Oigamos.

Luis. Tanta fineza.....

Luperc. Silencio!

Remigia. [Canta. D. Luis la oye embelesado.]

«¡Com'è bello! ¡Quale incanto ()
in quel volto onesto e altero!
No; giamai leggiadro tanto
non sel pinse il mio pensiero.
L'alma mia di gioja è piena
or che al fin lo pud mirar.
Mi risparmi, oh ciel, la pena
ch'ei mi debba un dì sprezzar.*

*Mentre geme il cor somnesso,
mentre piange a te d'apresso,
dormi e sogna, oh dolce oggetto
sol di gioja e di diletto,
ed un angiol tutelare
non ti desti che al piacer.
Triste notti e veglie amare
debbo sola sostener.*

Luis. Ah! No cabe más!

Luperc. Bravísima!

Luis. Divina!

Remigia. Mucho celebros

haber agradado á ustedes.

Luis. (¿Quién no olvida sus defectos
despues de oirla cantar!)

Ah, Remigia! El universo
me va á envidiar tanta gloria.
¿Posible es que yo merezco
esta mano?

[Se la toma y la besa.]

Ah! yo estoy loco.

Perdone usted si la beso
enajenado de amor.

¿Cuándo llegará el momento.....

Remigia. Yo seré la más dichosa.

Luperc. [Llamándole aparte.]

Deja ahora esos extremos
y ve á cobrar esa letra,
porque un novio sin dinero.....

Luis. Sí.—Déme usted su permiso.....

Remigia. Se va usted?

Luis. Vuelvo al momento.

ESCENA VII.

REMIGIA. D. LUPERCIO.

Remigia. Ahora ya no tiene usted
excusa alguna.

Luperc. Mi género
no será acaso del gusto
de usted. Resido en un pueblo

de provincia hace cuatro años,
y ya ve usted, los progresos
del arte..... En fin, allá va,
y perdone usted mis yerros.

[Canta.]

Yo no temo á la ronda de capa,
que soy hombre de brio y de chapa,
y en echando á la cara el retaco.....
Por vida de dios Baco!....

Vaya un pisto!
se arma la de Dios es Cristo,
y naide tose despues,
pues!

en toito el Avapiés.

Sólo temo el coraje
de mi morena

cuando se pone en jarras,

jura y patea;

que si se enfada,

no valgo nada;

soy un gallina,

soy un chaval,

soy un peal.....

Ay arrastráa! ay endina!....

Bendita sea tu sal!

Remigia. Bien, don Lupercio, muy bien!

Mas si digo lo que siento.....

Luperc. Qué? Vaya.....

Remigia. Lástima da
que quien tiene tantos medios
para *hacer furor* cultive
género tan subalterno.

Luperc. ¿Subalterno! Poco á poco,
que tambien tiene su mérito
el canto bufo.

Remigia. Tal vez,
pero donde está lo serio,
lo *spianato*, lo terrible.....

Luperc. En gustos no hay nada cierto,
y aunque á mí todo me agrada

en la línea de lo bueno,

y así aplaudo una *preghiera*

como bendigo un jaleo,

sin duda de la alegría

nació el *do-re-mi* primero.

Díganlo los pajarillos

cuando con dulces gorjeos

saludan la luz del alba

y los halagos del cófiro.

Sí, el amor y la alegría

crearon el arte ameno,

amable, embelesador

que yo, aunque indigno, profeso.

La ciencia lo ha refinado

más tarde, y en sus progresos

ha llegado á ser, y nada

hemos perdido por esto,

lenguaje convencional

de todos los sentimientos.

(*) Romanza que utilizó el Sr. Basili para esta pieza, y que puede sustituirse por otra cualquiera.

Remigia. Usted dirá lo que quiera,
mas lo *buffo* es tan plebeyo.....
No hay pasión, no hay entusiasmo;
dice una mil adesios.....

ESCENA VIII.

REMIGIA. D. LUPERCIO. D. CASIMIRO.

Remigia. ¡Ah qué oportuno es usted,
don Casimiro! Celebro.....
Casim. Oportuno! Esa palabra
llena mi alma de consuelo,
y excúseme usted si en toda
su latitud la interpreto.
Ponga usted, cara Remigia,
á prueba de agua y de fuego
la fiel amistad sincera
de este *dilettante* siervo
que anhela.....
Remigia. Gracias. Ahora
sea usted juez de mi pleito
con el señor.
Casim. [*Saludándole.*] *Ídem* mio.
Luperc. Servidor..... (Ente grotesco!)
Remigia. Es disputa musical.
Casim. Ah!... ¿Conque el señor....
Luperc. Entiendo
un poco.
Casim. [*En voz baja á Remigia.*]
Será organista
de Hortaleza ó de Pozuelo.
Remigia. El señor da la ventaja
á lo *buffo*, y yo á lo serio.
Casim. Pues usted tiene razon
y el señor no entiende un bledo
de *genoufonta*.
Luperc. Usted
debe de ser muy maestro
cuando.....
Casim. No leo una nota,
mas basta tener criterio
y cierta organizacion
melográfica en los nervios.....
Luperc. ¿Y usted no está organizado
para lo alegre y risueño?
Pues es mucho, porque al verle
me retoza á mí en el cuerpo
la risa.
Casim. Á un genio sublime,
sobre todo si es del sexo
femenino, sientan mal
las jácaras de un barbero.
Luperc. Vuelvo á decir que no soy
exclusivo, mas sostengo

que la alegría y el canto
fueron hermanos gemelos;
que el primer cantor del mundo,
fuese Juan ó fuese Pedro,
fué un hombre de buen humor
y no ningun epiléptico;
y si es verdad que á las fieras
domó con la lira Orfeo,
probablemente cantó
la *Cachucha* y el *Bolero*.

Remigia. Horror!.....

Casim. Blasfemia execrable!
herejía! sacrilegio!
¡y usted sostendrá tambien
que el idioma patrio es bueno
para cantar!

Luperc. Por qué no?
Si se ha cultivado ménos
que el de Italia para el canto,
no deja de ser por eso
grato, variado, armonioso.....,
y en fin, acá lo entendemos;
y cuando en su lengua cantan
los franceses y los suecos,
¿por qué no han de hacer lo mismo
castellanos y extremeños?

Casim. Confúndale usted, Remigia,
cantando dulces acentos
del país que *Apenin parte*
e il mar circonda.

Luperc. Prometo
escucharla con placer,
pero ustedes no hagan gestos
si yo tambien, en la lengua
de mi padre y de mi abuelo,
con andaluz desenfadado
doy al alma un refrigerio.

Remigia. Acepto, y calzo el coturno.

Luperc. Yo la polaina, y acepto.

Remigia. [*Canta.*]

Casta Diva che inargenti (*)
queste sacre antiche piante,
a noi volgi il bel semblante
senza nube e senza vel.

Luperc. Admirable!

Casim. *Inimitabile!*

Deliziosa!.... Yo fallezco.

Luperc. *Scusate*..... Allá voy yo
con mi andante macareno.

[*Canta.*]

¡Ay gitana, gitanilla,
que me robas vida y alma!
Tú te llevas, ay! la palma
en el barrio del Perchel.

(*) Para probar el maestro compositor que entre la música italiana, aun del género serio, y los aires españoles hay más analogía de la que vulgarmente se piensa, formó un dúo con la famosa cavatina de *Norma* en la ópera de este nombre y el polo que aquí se pone en boca de *D. Lupercio*, resultando perfectamente hermanados ambos motivos, aunque cantados separadamente parezcan de muy diverso carácter.

¡Ay presidio de Melilla,
purgatorio de un cristiano!
¡Ay, mal haya el escribano
que me tiene preso en él!

Remigia. Bien cantado.

Casim. Sí, tal cual....,
pero el tema es tan plebeyo....

Remigia. ¿Quién resiste....

Luperc. ¿Quién no aplaude...

Remigia. Este encanto....

Luperc. Este salero....

Remigia. [Cantando.]

*Tempra tu de' cori ardenti,
tempra ancor lor zelo audace;
spargi in terra quella pace
che regnar tu fai nel ciel.*

Luperc. [Cantando.]

¡Ay gitana, gitanilla,
que me robas vida y alma!
Tú te llevas, ay! la palma
en el barrio del Perchel.

¡Ay presidio de Melilla,
purgatorio de un cristiano!
¡Ay, mal haya el escribano
que me tiene preso en él!

A duo.

Remigia. Oiga usted la cabaletta.
Qué gracia! qué amor! qué fuego!

[Canta.]

*Ah bello! A me ritorna
del fdo amor primiero,
e contro al mondo intiero
difesa a te sarò.*

*Ah bello! A me ritorna
del raggio tuo sereno,
e vita nel tuo seno,
e patria e cielo avrò.*

Casim. ¡Piedad, Remigia, piedad,
que soy de carne y de hueso!

Luperc. Bien, pero oiga usted esta jácara,
y se chupará los dedos.

[Canta.]

Ay! sal de chirona,
churrá! cuerpo endino,
si alcanza á mi sino
la gracia de Dios.

Ay! dame, gachona,
tu sal y tu dengue,
ay Chula!.... ¡y el mengue
nos lleve á los dos!

Es esto moco de pavo?

Casim. Calle usted! Donde está aquello....

Remigia. Pues aún falta lo mejor.

Luperc. Oiga usted.... y cáigase muerto.

[Repiten á duo su cabaletta y jácara
respectivas, añadiendo al final los ver-
sos siguientes:]

Remigia. *Ah! riedi ancora
qual eri allora,
quando, ah! quando
il cor ti diè.*

Luperc. Ay tana mia!
te comería.
Ole con ole!
te comeré.

A duo.

Casim. Confirmo mi providencia,
y con costas.

Luperc. Pues yo apelo....

Casim. No ha lugar; y apercibido.

Luperc. Yo recuso....

Casim. [A Remigia.] Oh qué portentoso!

Remigia. [Sentándose. D. Casimiro se sienta á
su lado, y hablan aparte.]

Le he confundido. Pobre hombre!

Luperc. (Qué pedante y qué grosero!)

Casim. Oh! Quién es ese balordo?

Remigia. Es una especie de suegro
en cierne.

Casim. ¿Cómo....

Remigia. Es el tío
de mi novio.

Casim. Será cierto?

Se casa usted?

Remigia. Sí, señor.

Casim. Tal vez con algun mastuerzo....

Luperc. (No me hacen caso.)

Casim. Antiasmónico,
antiespasmódico, inepto,
con orejas de Beocia,
y el alma á seis bajo cero.

Remigia. Nada de eso. Es dilettante....
á su modo, y me prometo....

ESCENA IX.

REMIGIA. D. LUPERCIO. D. CASIMIRO. BLAS.

Blas. [A D. Lupercio.]

Por usted pregunta un mozo
con unas maletas....

Luperc. Bueno.

Voy á colocarlas. Tú
dime cuál es mi aposento.

ESCENA X.

REMIGIA. D. CASIMIRO.

- Casim.* Casarse usted! Qué crueldad!
Eso es poner en secuestro
la admiracion de Madrid,
porque ¡son tan avarientos
los maridos.....
- Remigia.* Mi futuro
es muy amable, y no temo
que condene mi aficion
al *andante* y al *allegro*.
- Casim.* Pero encerrará tal vez
en el ámbito doméstico
esas dulces melodías;
querrá ejercer un funesto
monopolio..... Y además
¡á cuántos y cuántos riesgos
aventura usted su voz!
La maternidad....., oh cielos!
La lactancia!.....
- Remigia.* No me afano
por casarme, no por cierto.
Me es grata la libertad
y no se me pasa el tiempo;
mas la boda es ventajosa,
di ya mi consentimiento,
y por cantar no renuncio
á los demas privilegios
de mujer.
- Casim.* Mujer! Qué error!
Usted mujer? No, que el genio
es incorpórea sustancia.
La gloria no tiene sexo.
- [*Siguen hablando en voz baja.*]

ESCENA XI.

REMIGIA. D. CASIMIRO. D. LUIS.

- Luis.* [*Parándose al entrar.*]
(Oiga! ¿Quién será ese *quidam*
que tan galante y risueño
coloquia con mi futura?)
- Remigia.* [*Levantándose.*]
Ah! Mi novio.
- Casim.* [*En voz baja levantándose.*]
Ese es el reo?
- Luis.* No venga yo á interrumpir
á ustedes.....
- Casim.* Oh! nada de eso.
Se hablaba de..... bagatelas.
Soy un amigo sincero
de esta señorita y justo
apreciador de su mérito.
- Luis.* Sea muy en hora buena.

Remigia. Es tarde, vendrá el maestro,
y no me he desayunado.
Ruego á ustedes..... Pronto vuelvo.

ESCENA XII.

D. LUIS. D. CASIMIRO.

- Casim.* Ay amigo, amigo mio!....
Luis. ¿Desde cuándo.....
Casim. ¡Qué feliz
será usted! Qué cantatriz!
Qué capacidad, *gran Dio!*
- Luis.* De verás?
Casim. Qué maravilla!
Luis. Cuando usted lo dice..... (¡El diantre
del hombre...) ¿Es usted sochantre,
ó maestro de capilla?
- Casim.* No, señor, pero mi tacto
y mi sensibilidad.....
Soy voto de calidad
en concreto y en abstracto.
¿Y es posible.... ¡Usted, oh cielos....
Elegantes de Madrid,
Ecco il vincitor..... Morid,
de *angoscia*, y *cordoglio*, y celos.
- Luis.* Tan adorada es Remigia?
Casim. Con prendas tan relevantes,
tendria tiernos amantes
hasta en la laguna Estigia.
- Luis.* Y entre tanto adorador,
usted no será el postrero.
- Casim.* *Ohimè!* El primero, el primero.
Bien lo dice mi dolor!
- Luis.* ¿Y su corazon ingrato
rehusa á usted por marido!
- Casim.* Si yo no la he pretendido!
Mi fuerte es el celibato.
- Luis.* Bien por cierto!
Casim. No lo oculto.
Pero casada, ó doncella,
su canto será mi estrella,
su beldad será mi culto.
- Luis.* Oh! falta que á mí me cuadre.....
Casim. Le daré fama y prestigio,
y cuando pára un Remigio,
será ¡gran Dios! mi comadre.
- Luis.* Pero.....
Casim. Y seré tan platónico,
que á usted tambien de soslayo
podrá alcanzar algun rayo
de mi influjo filarmónico.
- [*Vase talareando.*]

ESCENA XIII.

D. LUIS.

¡Oiga usted, seor botarate.....
¡Pues voy á pasarlo bien
si Remigia..... ¿Pero quién

hace caso de un orate?
Yo seré en mi casa jefe,
y aunque desprecio su charla,
no conseguirá pisarla
semejante mequetrefe.

ESCENA XIV.

D. LUIS. D. ALEJO.

Alejo. Querido yerno, salud.
Qué es de Remigia?
Luis. Almorzando.....
Alejo. Ya es hora de ir al concierto.....
No ha venido don Donato?
Luis. No conozco á ese señor.
Alejo. Es su maestro de canto.
Gran profesor! celebérrimo!
[D. Donato talarea dentro.]
Pero esa voz..... No me engaño.
Es él.

ESCENA XV.

D. LUIS. D. ALEJO. D. DONATO.

Donato. *Bon giorno.*
Luis. (Otro apunte
traducido al italiano.)
Alejo. Felices dias, maestro.
Presento á usted el bizarro
don.....
Donato. *Servitore umilissimo.*
¿Es este amigo el *soprano*
que viene de.....
Luis. [Con voz de trueno.]
No, señor.
Donato. Ah! no; la voz es de bajo.
Perdone usted.
Alejo. Es mi yerno
futuro, don Luis del Carpio.....
Luis. Ya ve usted!
Donato. Sea en buen hora.
Y Remigia? Está en su cuarto?
Alejo. No sé.....
Donato. Voy allá.....
Alejo. Aquí viene.

ESCENA XVI.

D. LUIS. D. ALEJO. REMIGIA.

Donato [Besando la mano á Remigia.]
Luis. Oh, la bella!
(Pues alabo!.....)

Remigia. Maestrísimo, buenos dias.
Donato. Qué tal de voz?
Remigia. Bien.
Donato. Veamos.....
Una escala.

[La hace Remigia.]

Brava! Ahora,
otra en *fa mayor*, trinando.

[Remigia hace otra escala.]

Superba! Será preciso
dar el último repaso
á la cavatina.
Alejo. Es tarde.....
Donato. Qué importa? ¿Hemos de hacer *fasco*
por minutos más ó menos?
Luis. Oh, sí, que la cante. Oigamos.....
Donato. Perdone usted, *caro amico.*
En presencia de profanos
no ejerzo yo mi sublime
magisterio.
Luis. ¿Y qué reparo
puede haber..... No soy su novio?
Me parece.....
Donato. Sin embargo,
yo no puedo permitir.....

[Á Remigia.]

Vamos al otro piano.
Luis. Yo reclamo mis derechos.
Donato. Los míos son más sagrados.
La voz de esta señorita,
que es de Madrid el encanto,
su laringe, su faringe,
y en fin, todo su aparato
cantífero y auditivo,
desde el pulmon hasta el cráneo,
me pertenece, y no sufro
que venga usted con sus manos
lavadas á despojarme
de mi propiedad; estamos?
Luis. Mire usted que yo no vengo
de arar, y bromas á un lado,
señor solfista.....
Donato. ¿Qué escucho!
¿Á mí.....
Remigia. No demos escándalo.
El maestro ha hablado así
movido del entusiasmo
artístico, pero..... Vaya,
no lo decia por tanto.....
Si es cierto que me ama usted,
modere por breve rato
su impaciencia, y con usura
recompensaré ese rasgo
de amable docilidad.
Luis. Pero.....
Remigia. Basta. Vuelvo. Vamos.

ESCENA XVII.

D. ALEJO. D. LUIS.

- Luis.* Habrá igual impertinencia?
¿Es ese hombre cirujano,
ó músico? ¡Qué ridícula
disección, y qué tiránico
proceder! Pues yo no quiero
que su escarpelo nefando
me usurpe media mujer.
Venga toda, ó no me caso.
- Alejo.* Él hablaba de la parte
intelectual, ó digamos.....
No se enfade usted. Son fueros
de la profesion.....
- Luis.* ¿Quién, diablos,
tolera.....
- Alejo.* Á mí, con ser padre,
y *dilettante* fanático,
tampoco me es permitido
asistir á los ensayos.
Ella, ya se ve, discípula
obediente, no es extraño.....
Mas tiene un fondo excelente.
- Luis.* Lo creo, pero; soy franco,
quizá lo han viciado un poco
las lisonjas de los fatuos. (*)
- Alejo.* Ca! no crea usted.....
- Luis.* Confieso
que me arrebató cantando,
pero.....
- Alejo.* Quiere usted oírla?
- Luis.* ¿Cómo, si aquel Sardanápalo.....
- Alejo.* [Lleodándole á la puerta de la izquier-
da.]
- Vaya, éntre usted por aquí.
Al concluir ese largo
pasillo está á la derecha
la pieza de los armarios.
Desde allí..... Pero silencio,
y cuidado con los trastos.....
- Luis.* ¡Los trastos..... Descuide usted.
Ya me voy acostumbrando.
Oigamos á esa sirena.....
Diga usted, ¿podré ver algo
tambien?
- Alejo.* Sí; por la cortina.....
- Luis.* (Me alegro, porque no es manco
el maestro, y la costumbre
de estar siempre tecleando.....)
- Alejo.* Vaya usted.....
- Luis.* [Yéndose.] Sí, sí.
- Alejo.* Que ya
estarán en el *adagio*.

ESCENA XVIII.

D. ALEJO.

Algo cerril es el mozo.
No me maravillo: hidalgo
de provincia.... Pero aquí
le iremos domesticando.

ESCENA XIX.

D. ALEJO. D. LUPERCIO.

- Luperc.* Ha vuelto Luis?
- Alejo.* Sí, señor.
Oyendo está embelesado
á Remigia, que repasa
con el señor don Donato
una cavatina nueva.
- Luperc.* Canta mejor que un canario,
es una alhaja la niña;
pero eso de hacer escarnio
de la música española.....
- Alejo.* Su genio pica muy alto,
y no es razon que se humille
á julepes y fandangos.

ESCENA XX.

D. ALEJO. D. LUPERCIO. D. LUIS.

- Luis.* Divina!
- Alejo.* Era tiempo aún?
- Luis.* Cuatro notas he pescado,
pero ¡qué expresion, qué gracia!
- Alejo.* Pues eso lo hace jugando.
Luégo.....

ESCENA XXI.

D. ALEJO. D. LUIS. D. LUPERCIO. D. DONATO
REMIGIA.

- Donato.* Digo á usted que *hard*
furor.
- Remigia.* Cierto?
- Donato.* Sí.
- Remigia.* El milagro
será de usted.
- Donato.* *Servitore*
de tutti quanti.

(*) Mimos y lisonjas fuera de medida que el autor ha visto prodigar á muchas cantatrices de teatro y de sociedad: no han sido tampoco invencion del poeta la tiranía de más de un maestro de canto y las ridiculas adoraciones de más de dos *dilettanti*.

ESCENA XXII.

D. ALEJO. D. LUIS. D. LUPERCIO. D. DONATO.
REMIGIA. LAURA.

Laura. Un recado
del maestro director.
Están todos aguardando
hace una hora.....

Donato. Ah! *Cospetto!*
¡Y nosotros principiamos.....
Via di qua!

Luis. [Tomando el sombrero.]
Vamos, tío.

Alejo. Vamos, don Lupercio.

Donato. El brazo.
[Toma el brazo de Remigia.]

Luis. (Maldito!)

Remigia. ¿Se queda usted,
don Luis?

Luis. [De mal humor.]
No, señora. Vamos.

ESCENA XXIII.

LAURA.

Ya se van, y yo, infeliz,
aquí me quedo entre cuatro
paredes. Y sabe Dios
si echaria yo mi cuarto
á espadas de buena gana,
que tambien entiendo yo algo
de *corcheas* y de *fusas*,
de *bemoles* y *becuadros*;
pero como soy sobrina
y huérfana, sólo valgo
para ama de llaves. Ah!
Yo tambien lograba aplausos
cuando mi padre vivia,
y aunque nunca he cultivado
ese género que llaman
noble, sublime, simpático,
celebraban mi donaire
los tirios y los troyanos.

ESCENA XXIV.

LAURA. D. ALEJO.

Laura. Qué trae usted? qué ha ocurrido?
Alejo. Nada..... Me dejé olvidado
encima de mi pupitre
el duo del *Belisario*.
Anda por él.

Laura. Al instante.

ESCENA XXV.

D. ALEJO.

Cielos! Ya estará triunfando
Remigia..... Pero es preciso
que no se alargue el entreacto,
porque si no, don Liborio
se marcha, y será petardo.

ESCENA XXVI.

LAURA. D. ALEJO.

Laura. Aquí tiene usted el duo.
[Le da un papel de música.]

Alejo. [Mirándolo.]

¿A ver si has equivocado.....

Laura. Ya sabe usted que conozco
la música.....

Alejo. Un tanto cuanto,
pero eres tan torpe.....

Laura. Tío!.....

Alejo. Eh! no me repliques.

Laura. Callo.

Alejo. Tras de estarla manteniendo.....
No hay animal tan ingrato
como un sobrino.

Laura. (Paciencia.)

Alejo. Hum!.....

[Yéndose cantando.]
«Misto de i Agli al pianto.»

ESCENA XXVII.

LAURA.

Qué tío tan sarraceno!
Por no ver su gesto aciago,
Jesus! sería capaz
de irme al hospicio. Ah! bien gano
el triste pan que me da,
pobre de mí! Mas ¿qué saco
con afligirme y gemir?
Ea, cantemos, y el diablo
sea sordo, que las penas
diz que se alivian cantando.

[Canta.]

Viva Dios y arda Navarra (*)
y arda la guerra civil.

(*) Esta letra había sido ya puesta en música por el mismo maestro *Basili*, para la señora *Doña Antonia Montenegro*, que la cantó en el *Licéo* de Madrid algunos años ántes de ejercer como profesion en varios teatros de Europa, distinguiéndose mucho en ellos, el arte del canto que como aficionada cultivó con suma aceptacion en esta corte y en Valencia.

Con mi botijo y mi jarra
naide me tose en Madril.—
Otro vasito, señora.

La aguadora!
Quién la bebe? quién la bebe?
Fresquita como la nieve!

Señor, no me guíñe el ojo,
y beba si tiene sed;
que no estoy puesta en remojo
para un mueble como usted.
¡El demonio del usfa.....

Agua fría!
Quién la bebe? quién la bebe?
Fresquita como la nieve!

[Al segundo verso de la siguiente co-
pla llega D. Luis con mal gesto, oye
á Laura, se pára admirado, y ella
prosigue sin verle.]

ESCENA XXVIII.

LAURA. D. LUIS.

Laura. [Cantando.]

Mas con tanto ir y venir
el botijo....., yo no sé.....
Denguno puede decir
de esta agua no beberé.
No es verdá, tia Salvadora?
La aguadora!
Quién la bebe? quién la bebe?
Fresquita como la nieve!

Luis. [Entrando.]

Viva esa boca de sal!

Laura. [Volviendo la cabeza.]

Ah! ¿quién... Don Luis!

Luis. ¡Y ese garbo,
todo español!

Laura. Yo creia
que estaba sola.....

Luis. Bufando
venía yo del concierto,
y esa voz ha sido el bálsamo
de mi herida.

Laura. Vaya en gracia!

Pero, ¿qué viento contrario
le obliga á usted á retirarse
de la funcion tan temprano?

Luis. Ya iba yo un tanto mohino,
por más de un triste presagio,
y aunque no me divertia
que otro me estafase el brazo
de mi novia, consentí
en servirla de lacayo;
¡tanto pudo mi deseo
de escuchar su dulce canto!

Entro en la sala, y un títere,
que llamaban comisario
de órden, me manda sentar
á diez varas del tablado,
al cual asciende mi novia
guiada por don Donato.
Concluye su cavatina
entre una nube de aplausos.
Para bajar cuatro gradas
la ofrecen cuarenta manos.
Qué de mujeres la besan!
y algunas, si no me engaño,
quisieran llevar ponzoña
en el borde de sus labios.
Ya sobada y babeada,
cual si fuera relicario,
atropellando á las hembras
entran en turno los machos.
Uno suspira, otro brama,
otro la contempla extático,
otro le da un caramelo,
otro ofrece en holocausto
de la amable filomela
su vida y su alma..... de cántaro.
Yo, aunque indigno, tambien quiso
tomar parte en el sufragio
universal, pero fueron
todos mis esfuerzos vanos,
que no bastaron mis codos,
ni bastaran cañonazos
para quitar de delante
aquella legion de zánganos.
Viendo que todo Madrid
se declara propietario
de mi presunta consorte,
dije yo para mi saco:
¿y si despues de la boda
me sucediera otro tanto?
Zape! No me caso yo
con el bien público. Y qué hago?
Doy media vuelta á la izquierda,
me escurro pián, piáno,
y haciendo córo al rumor
de los vivas y los bravos,
decia yo en retirada:
no me caso, no me caso!
Laura. ¿Y usted renuncia á la gloria
de poseer ese raro
tesoro!

Luis. Sí.

Laura. ¿Qué dirán

luégo que sepan el chasco.....

Luis. Y si yo me lo llevase,
no sería más pesado?
Señorita, estoy resuelto;
y de mi fuga me aplaudo,
pues debo á ella el placer
de haberla á usted escuchado.

Laura. Gracias por tanto favor,
pero yo no me comparo
con mi prima. Canto un poco,
así....., por pasar el rato.....,
mas no tengo pretensiones

de profesora, ni raptos,
ni éxtasis, ni crispaturas,
ni en el fogoso arretrato
de una inspiración armónica
echo á rodar el canasto
de la costura, y me olvido
de la misa y del planchado.
Luis. Ah, que es usted adorable!
celestial! ¡Ah..... (Voto al chápиро!...
Estaba por.....)

[*Entra D. Lupercio.*]

ESCENA XXIX.

D. LUIS. LAURA. D. LUPERCIO.

Luis. Tío, tío!
Si supiera usted qué hallazgo.....

Luperc. Te eché de ménos.... Pensaba
que te habías puesto malo.....

Luis. No, señor; me fastidié....
Me fugué. Estaba tan harto
del concurso, de mi novia,
de todo el género humano....
Pero aquí también hay música,
y qué música! Es un pasmo
esta muchacha.

Luperc. De véras?
Luis. Ah! sí, y canta en castellano,
y en el género sabroso
que usted cultiva.

Luperc. Muchacho!
Qué me dices? ¡Pues me voy
á volver loco!

Laura. No valgo
tanto yo.....

Luis. Pura modestia.
Luperc. Sabrá usted cantar el *Chairo*,

la *Manola*, la *Aguadora*.....

Luis. Justamente la ha cantado
ahora poco, y con un brio.....

Laura. Lo poco que me enseñaron.
También canto algunos duos....

Luperc. Duos? ¿Á ver si cantamos
uno los dos? ¿Sabe usted
este de bajo y contralto.....

[*Cantando á media voz.*]

«Yo quiero mujer humilde.....»

Laura. Sí, señor.

Luperc. Pues á cantarlo.

Laura. Ya que lo haga mal, no quiero
ser dengosa. Vamos.

Luperc. Vamos.

Yo quiero mujer humilde,
que no se aparte una tilde
de mi supremo querer.

Laura. Pobre mujer!

Luperc. Y fuera de lo preciso,
sin permiso
no me gaste un alfiler.
Laura. Pobre mujer!

Yo quiero mandar en casa,
yo quiero lujo sin tasa
y carruaje de alquiler.

Luperc. Ay qué mujer!

Laura. Y si no es condescendiente
mi pariente,
yo sabré lo que he de hacer.

Luperc. Ay qué mujer!

Laura. Ji, ji.....

Luperc. Jo, jo.....

Que sí?

Laura. Que no.

Que sí?

Luperc. Que no.

Laura. Otro tanto digo yo.

Luperc. Pues se acabó.

Laura. Pues se acabó.

Los dos. { Ni tú sirves para mí,
ni yo sirvo para ti.—
Pues se acabó.—Ji, ji,—jo, jo.....
Que no, que no.—Que no, que no.

Luis. ¡Bendita sea esa boca.....
Tío, dígame usted un párrafo
aparte.

[*Se aparta á un lado y hablan en voz
baja.*]

Luperc. Bien. Dime.....

Luis. Digo
que esa muchacha es el *máximum*
de la gracia y la virtud;
que, como dice un adagio,
con la observación y el tiempo
muda de consejo el sabio,
y que me caso con ella
si da usted su beneplácito.

Luperc. Más me agrada que Remigia,
pero de golpe y porrazo.....
Si arma después don Alejo
una de *pópulo bárbaro*.....

Luis. Nada! Diga usted que sí:
lo demás queda á mi cargo.

Luperc. Pues digo que sí, aunque salga
por la puerta de los carros.

Luis. Laura, ¿podré sin temor
ofrecer á usted mi mano?

Laura. ¿Qué escucho! Se burla usted?

Luis. No, hermosa. De véras hablo.

Laura. Pero así....., tan de improviso.....
Vaya! esto es un trabucazo.

Yo sería muy dichosa
con marido tan gallardo,
mas soy una pobre huérfana.....

Luperc. Tanto mejor. Yo me encargo
de dotarte.

Laura. Dirá luégo

mi prima que la desbanco;
pero la culpa no es mia:
verdad, don Luis?..... Yo me lavo
las manos.....

Luis. Resuelva usted.
Laura. Señor..... (Cuando pasan rábanos,
comprarlos.) Otorgo.
Luis. [Tomándola la mano.] Oh dicha!
Luperc. Dios os haga bien casados.

ESCENA ÚLTIMA.

D. LUIS. D. LUPERCIO. LAURA. D. ALEJO.
D. DONATO. REMIGIA. D. CASIMIRO.

Remigia. Hola! Ustedes por aquí?
Como no nos hemos visto
en la funcion.....

Luis. (¡Vive Cristo.....
Que áun me venga hablando así!)
Como estaba usted tan alta,
no me vió: no es maravilla.
Dejé vacante mi silla.....
porque allí no hacía falta.

Remigia. ¿Cómo.....
Luis. Y salí persuadido
de que para una beldad
de tal *notabilidad*
soy yo muy pobre marido.

Alejo. Pero.....
Luis. Y en un arrebato
de negra melancolía
recordé la *anatomía*
que me anunció don Donato.

Donato. Calle!.....
Luis. Y con gesto sardónico
me acordé dando un suspiro
del señor don Casimiro
y su *instujo flarmónico*.

Casim. Eh?
Luis. En fin, cedo la diadema
á más digno campeón,
y me dará la razon
quien lo medite con ftema.

Alejo. ¿Cómo..... ¡Repulsar á un suegro
como yo.....

Remigia. Vaya con Dios.
No congeniamos los dos.
Ya quedo libre, y me alegro.

Luis. *Ítem.* Renunciando al aura
popular, pues cada oveja
se halla bien con su pareja,
he dado la mano á Laura.

Alejo. Á ese arrapiezo! ¡Locura.....

Remigia. [Aparte á D. Alejo.]
Disimule usted, papá.

[Con risa forzada.]

Lindo consorcio! Ja, ja.....
Digna de él es la futura.

Laura. [Picada.]

Esa risa no me agravia,
porque yo.....

Luperc. Paz sobre todo!

Luis. [Aparte á Laura.]

Déjalos, que de algun modo
han de desfogar su rabia.

Alejo. [Á Remigia.]

Da su perfidia al olvido.
Tú te emplearás mejor;
que entre tanto adorador
no ha de faltarte un marido.

Donato. Y para que otro contrato
no quede tambien deshecho
yo me reservo el derecho
de elegir el candidato.

Casim. Y yo al dichoso varon
que mereciere, *oh dileto!*
tan bella mano, prometo
generosa proteccion.

Luis. Pues no haya resentimientos
y alabado sea Cristo,
ya que este lance imprevisto
nos deja á todos contentos.

[Cantan Remigia, D. Lupercio y
Laura dirigiéndose al público.]

Suene ahora un aplauso
con tres bemoles,
siquiera porque somos
tres españoles.
Anda, salero!,
que esa finca á nadie
cuesta dinero.



NO GANAMOS PARA SUSTOS,

COMEDIA EN TRES ACTOS.

Fué representada la primera vez en 12 de Mayo de 1839 por los actores del teatro del Principe.

PERSONAS.

SERAFINA.
MANUELA.
BLASA.
D. FÉLIX.
D. JUAN.

GABINO.
UN SARGENTO.
TOMÁS.
BERNABÉ.
DOS SOLDADOS.

La escena pasa en Jadraque, villa de la Alcarria, en Diciembre de 1710.

ACTO PRIMERO.

Sala en casa de D. Félix con puerta en el foro que conduce por un lado á la escalera y por ambos á las piezas interiores: otras dos puertas á la derecha del actor y un balcon á la izquierda. Empieza á anochecer.

ESCENA I.

D. FÉLIX. SERAFINA. D. JUAN.

[Sentados al rededor de un brasero de cobre en forma de copa.—D. Juan está vestido de labriego.]

Félix. Eso sí, señor don Juan!
Bien se ve que teneis sangre castellana.

Serafina. Mas fué tanta
la que perdió en el combate.....

Félix. Sí, con mucho honor.

Juan. Merced
al generoso hospedaje
que os debo, ya he recobrado,
si no toda, la bastante
para lidiar otra vez

bajo el glorioso estandarte
de Felipe.

Félix. Perdonad,
que la merced fué más grande,
señor don Juan, para mí,
porque con huéspedes tales
como vos se honra una casa.
Si al transitar por Jadraque,
mal herido y rezagado
de las banderas leales,
en mi casa os acogí
con el afecto de padre,
en esto serví á mi patria,
y á mi Rey, que el cielo guarde.....
y á la obligacion de hidalgo,
que debí decirlo ántes.
Cumplido fuera mi gozo
si las leyes militares
os permitieran pasar
conmigo estas navidades;

Juan. mas ya que en mejor salud
podeis hacer nuevo alarde
de lealtad y de valor
contra ese maldito enjambre
de tudescos descreidos,
no seré yo quien retarde,
capitan, vuestra partida.
Juan. Ya la fatiga del viaje
puedo sufrir. Será corto,
pues están cerca los reales
de Felipe; y otra causa,
no ménos justa ni grave
que el pundonor militar,
ya me precisa á ausentarme.
Pueden de un momento á otro
ocupar los alemanes
este pueblo, y si descubre
algun delator infame
que á un oficial castellano
albergan vuestros umbrales,
correis peligro.....

Félix. Peligros
que de noble causa nacen,
ni se temen ni se excusan
entre hombres de mi linaje.
Algo he de hacer por la patria,
ya que mosquete ni alfanje
no me dejan empuñar
mis años y mis achaques.
Ni puede haber delatores
en los fieles habitantes
de Castilla, que aborrecen
al austriaco y sus parciales.
Además, en esta villa
nadie os conoce, ni sabe
que estais aquí, y os disfrazo
perfectamente ese traje.
Mañana pues partireis.....

Serafina. (Mañana!)

Félix. Al caer la tarde
con guia de confianza
que hasta el campo os acompañe
de Felipe, que asociado
de Vandoma, nuevo Marte
invencible, y Valdecañas,
Aguilar, Moya, Armendariz
y tanto noble caudillo,
sigue animoso el alcance
de las huestes coligadas
hasta vengar los desastres
de Almenara y Zaragoza,
y humillar el arrogante
orgullo de Staremborg,
si osa aceptar el combate.
Juan. Sí, sí, partiré mañana.....

ESCENA II.

D. FÉLIX. SERAFINA. D. JUAN. GABINO.

Gabino. ¿Quién, si usarcedes lo saben,
es don Félix de Avendaño

y Estremoz.....
Félix. Yo soy. Qué traes?

Gabino. [Sacando una carta.]

Soy arriero de Almazan,
y don Jerónimo Sanchez
me ha mandado que os entregue
en propia mano esta.....

Félix. [Tomando la carta.] Dame.

Gabino. Esta carta.

Félix. Me hablará
del censo.

Gabino. [Sacando dinero.]

Y quinientos reales.
Tomad.

[Le da el dinero.]

Félix. [Levantándose. D. Juan y Serafina
hacen lo mismo.]

Bien venidos sean.

Aguarda afuera un instante,
y que te den de beber.

Gabino. Gracias. Ya mojé el gazuato
en la posada. (Ay, Manuela!)

Félix. [Acercándose á la puerta del foro.]

Hola! Luces!

Gabino. (Dios me saque
con bien.)

ESCENA III.

D. FÉLIX. D. JUAN. SERAFINA. MANUELA.

[Al entrar Manuela con dos velones encendidos
repara en Gabino y da un grito.]

Manuela. Ay!

Gabino. [En voz baja yéndose.]

Calla..

Félix. Qué es eso?

Manuela. Que me ha pisado ese diantre.....

Félix. Y por eso chillas?

Manuela. Digo!

Pues mis piés ¿no son de carne?

Félix. Entra esa luz á mi cuarto.

Manuela. [Dejando uno de los velones sobre una
mesa.]

Está bien.

Félix. Y á ver cómo haces
mi cama y la mulles bien,
que es vergüenza ya tan tarde
tenerme sala y alcoba
como escuela de danzantes.

Manuela. No he podido.....

Félix. Eh! no repliques.—
Antes andabas más ágil,

pero eres una ave zonza
de tres días á esta parte.
¿Si estarás enamorada
de algun bribon.....

Manuela. Yo? De nadie.

No, señor.

Félix. Si lo averiguo
te hago tomar el portante;
que no gusto yo de amores
en mi casa.

Manuela. Pero.....

Félix. Calle!

Manuela. (¡ Si supiera....)

[*Entra con la otra luz en el cuarto
de D. Félix, que es de los dos de la
derecha el más cercano al foro.*]

ESCENA IV.

D. FÉLIX. SERAFINA. D. JUAN.

Serafina. [Aparte á D. Juan.]

¡ Si supiera.....

Félix. [Á D. Juan.]

Entrad luego que despache
á ese hombre, y acabaremos
de disponer vuestro viaje.

ESCENA V.

SERAFINA. D. JUAN.

Serafina. Que al fin te apartas de mí!

Juan. Serafina, es mi deber.

Serafina. Ay desdichada mujer!

No podré vivir sin ti.

Juan. Mengua fuera de mi nombre.....

Serafina. Di que te cansa mi trato;
di que eres infiel, ingrato.....
y di por fin que eres hombre.

Juan. Yo perdono tus ofensas
por ser hijas del amor.

Serafina. Qué mujer quiso mejor?
Y tú así me recompensas!

Juan. Tu amor es mi bien, mi vida,
mas sin nota de cobarde
no es posible que retarde
mi dolorosa partida.

Pues lo ordena así la suerte
y noble sangre te alienta,
entre mi muerte y mi afrenta
debes preferir mi muerte.

Serafina. Tú cobarde! tú lo dices!
Quien dude de tu valor
pregúntelo á mi dolor
y á tus nobles cicatrices.
No quiero yo tu mancilla,
que aunque el dolor lo combate,
también en mi pecho late

pura sangre de Castilla.
Mas sin vigor, sin salud.
tanto peligro arrostrar.....
Ah! morir sin pelear
es locura, no es virtud.
Pocos días más, y luego
parte..... aunque fenezca yo.
Si por mi cariño no,
por tu vida te lo ruego.
En un Diciembre, Dios mio!
cruzar esa helada cumbre.....
¡ Si aún al amor de la lumbre
está una muerta de frio!
Aun no te has curado bien.
Suspende el viaje, mi amor,
que te engaña tu valor
y el cirujano también.

Qué va á ser de ti, don Juan?
No luches contra el destino.

Es peligroso el camino,
las fuerzas te faltarán.....,
y al rigor de la estacion

otra vez tu herida rota,

¡ ay, verterá gota á gota

sangre de mi corazón!

Juan. Por Dios, tu llanto serena,

que es inútil y te vende.

Si tu padre nos sorprende.....

Serafina. También he de ahogar mi pena!

Juan. Ignora nuestros amores

y, sea afecto ó capricho,

no quiere, tú me lo has dicho,

que de nadie te enamores.

Mucho es habernos dejado

hablar solos un instante.

Le asusta más un amante

que hambriento lobo al ganado.

¿ Qué diría si supiera

que el mismo á quien daba asilo.....

Tiempo vendrá más tranquilo,

y entónces.....

Serafina. Ah! Dios lo quiera.

Juan. Sé constante y serás mia.

Serafina. Sí, mi padre es como un niño.

De un exceso de cariño

nace su rara manía.

Sólo me aqueja el afán

de separarme de ti

cuando....

Juan. [Bajando la voz.]

Abren la puerta.

Serafina. Sí.

ESCENA VI.

SERAFINA. D. JUAN. MANUELA.

Manuela. [Con una carta en la mano.]

Mi señor llama á don Juan.

Juan. Voy al instante. Señora.....

[Saluda, y entra en el cuarto de don
Félix.]

Serafina. Dios os guarde. — ¿Tengo ya luz en mi cuarto, Manuela?
Manuela. Sí, señora. Qué mandais?
Serafina. Nada.

[*Vase por la izquierda del foro.*]

ESCENA VII.

MANUELA.

Se guarda de mí....
 y yo de ella. Bueno va.—
 Veamos, ya que me dejan
 un momento en libertad,
 á ese loco de Gabino....

ESCENA VIII.

MANUELA. GABINO.

Gabino. [*Á la puerta del foro.*]

Estás sola?

Manuela. Ven acá.

Gabino. Ay perla mía!

Manuela. ¿Á qué vienes?

Estás dado á Barrabas?

Gabino. Un abrazo á buena cuenta.
 Luégo te diré lo que hay.

Manuela. [*Deteniéndole.*]

Alto!

Gabino. Á casa de mi primo
 ha llegado de Almazan
 con recado para tu amo
 el hijo del tío Gaspar.
 Como es paisano y compadre,
 y de todo soy capaz
 por verte ¡ay sol!...., no he perdido
 tan buena oportunidad,
 y endosándome su epístola
 el consabido gañan,
 me entro aquí con el crepúsculo,
 murciéslago conyugal.

Manuela. Á exponerte y exponerme.

Qué loca temeridad!

Gabino. No dirán en todo caso
 que ultrajamos la moral.
 No soy tu esposo legítimo?
 no eres mi cara mitad?

Manuela. Y si el amo lo supiera
 me enviaria á escardar;
 que aquí no sufre ninguna
 tentacion matrimonial,
 no sea que caiga en ella
 su hija, y poco le valdrá;
 que aunque se guarda de mí,
 y por cierto hace muy mal,

no se oculta á mi malicia
 que suspira por don Juan.—
 Vete.

Gabino. Un momento! Lo pido
 con mucha necesidad.
 ¡Maldicion al Archiduque
 y á todo bicho aleman!
 Herejes! ¡Quintar á un hombre
 casado, sin más ni más!

Manuela. Ya habian echado el bando
 cuando fuimos al altar.

Gabino. ¿Quién oye bandos.... ni truenos
 cuando está muerto de afan
 por una moza ojinegra
 con diez fanegas de sal?
 Crueles! ¡Quintarme á mí,
 que estudié latinidad....
 sacrilegio!.... y á estas horas
 sería ya sacristan
 si no me hubieran echado
 el guante.... ¡Barbaridad
 más bárbara.... ¿Y para qué,
 si no habia de lidiar
 por ellos? Para comerles
 de reojo el prest y el pan
 hasta que pude largarme
 con arcabuz y morral.

Manuela. Desertor! ¡Pobre de ti
 si te llegan á atrapar!

Gabino. Harto lo temí buscándote
 por las calles de Alcalá
 sin saber que ya te hallabas
 sirviendo en este lugar;
 mas ya no, que el regimiento
 ha marchado al Ampurdan.

Manuela. Pero ¿á qué arriesgarte ahora
 sin tener necesidad....
 ¿No nos veremos despues
 cuando te haga la señal?

Gabino. Como soy recién casado....,
 qué quieres! Debilidad,
 miseria humana.... Estoy loco,
 y es cosa muy natural.—
 Ya pasará el noviciado,
 y entónces en santa paz....

Manuela. Noviciado! Eso me dices?
 Y cuánto podrá durar?

Gabino. En ti consiste. Veremos
 lo que reza el almanak.

Manuela. Ea, toma la respuesta
 á la carta de Almazan,

[*La toma Gabino.*]

y vete. Por hoy te absuelvo,
 mas sea sin ejemplar;
 porque si no, mi castigo....
 Ya me entiendes.

Gabino. No hagas tal,
 que yo tendré juicio. ¡Adios,
 reina mía!

Manuela. Adios, galan!

ESCENA IX.

MANUELA.

Ay Gabino de mi vida!
 Ve aquí un marido ejemplar.
 Por mí le cogió de leva
 aquella gente infernal.
 Por mí desertó el pobrete,
 sólo por mí!—Ello es verdad
 que de valiente no peca,
 y aunque cristiano y leal,
 nunca tomaría cartas
 ni por Diego ni por Blas,
 porque es de aquellos que dicen
 lo que el antiguo cantar:
 «mate moros quien quisiere,
 que á mí no me han hecho mal;»
 mas huye de las batallas
 y á mayor riesgo quizá
 se expone; que el desertor
 tiene pena capital,
 y si un austriaco le pesca,
 Virgen santa del Pilar!—
 ¡Y con ser tan cobardon
 por mí se pasa de audaz!
 Bien dicen: del más cuitado
 hace el amor un Roldan.
 Dígalo yo, que atrevida....

[Mirando por la puerta del foro.]

Pero ¿qué traerá Tomás
 que viene tan azorado?—
 Hay alguna novedad?

ESCENA X.

MANUELA. TOMÁS.

Tomás. Ahí es nada! Los tudescos
 que entran ya por el lugar.

Manuela. Santa Bárbara!

[Llamando.]

Señor!

Tomás. Dicen que vienen de paz.

[Suenan cajas.]

ESCENA XI.

MANUELA. TOMÁS. SERAFINA. D. FÉLIX.
D. JUAN.

Félix. Qué es esto?

Manuela. Los enemigos!

Serafina. Ay de mí!

Juan. Tal vez irán

de paso....

Félix. [Asomándose al balcon.]

No, que hacen alto.

[Cesan las cajas.]

Enciende otra luz, Tomás,
 y vuelve pronto con ella.

[Vase Tomás por la puerta del foro y
 vuelve con otro velon encendido.]

Manuela. (Ay, Gabino! ¿Si será
 su regimiento....) Qué haremos?

Félix. Qué? Tener serenidad
 y ver venir. La prudencia
 os encargo, capitán.
 Pasaréis por mi criado....

Serafina. [Al balcon.]

Ya se empiezan á alojar
 por las casas. Ay, Dios mio!
 Félix. Si queda algo de don Juan
 en su cuarto, al escondite
 de las alhajas. Volad.

[Manuela y Tomás entran con luz en
 el cuarto de la derecha más inmediato
 al proscenio.]

Juan. ¡Tanto riesgo por mi causa....

Félix. No habéis de eso, voto á san,
 que soy quien soy.

[Al balcon.]

No dan muestras
 de ninguna hostilidad.
 Tanto mejor.... para todos.
 De bien á bien se les da
 lo que sea de razon;

[Aparte á D. Juan.]

si nó, morir y matar.—
 Dáos prisa.

[Vuelven Tomás y Manuela con una
 maleta, una casaca y otros efectos mi-
 litares, y se van por la izquierda del
 foro.]

Juan. [Retirándose del balcon.]

Uno viene aquí.

Félix. Bien. Será algun oficial.
 Si viene solo....

Juan. [Al balcon.] En efecto.

Félix. Habrá más seguridad.
 La tropa no será mucha
 cuando....

Juan. Ya entra en el zaguan.

Félix. Yo me entenderé con él.
 Idos adentro.

Serafina. Ah!....

Félix. Marchad.

ESCENA XII.

D. FÉLIX. EL SARGENTO.

- Félix.* Habremos de recibirle con agrado, porque el hombre manos besa muchas veces que quisiera.....
- Sargent.* [*Con espada y alabarda.*]
Buenas noches, señor patron.
- Félix.* Dios os guarde.
- Sargent.* ¿Hay aquí donde se aloje con el regalo debido un sargento de mi porte?
- Félix.* [*Mostrando la habitación de D. Juan.*]
Aquel cuarto..... (Es renegado. Estos suelen ser peores.)
- Sargent.* Os advierto que acostumbro á obsequiar á mis patrones.
- Félix.* Cómo?
- Sargent.* Aceptando su mesa.
- Félix.* (Mala bomba te destroce!)
Tendré mucho honor.....
- Sargent.* ¿Á qué hora cena Jadraque?
- Félix.* Es conforme.
En mi casa, un poco tarde.
- Sargent.* ¡Voto á..... Pues yo tengo un bóquis de mil diablos; que seis leguas á pié por peñas y bosques.....
Eh?—Por hoy cenaré solo. No quiero que se trastornen las horas por mí.
- Félix.* Decid
cuándo quereis..... Daré orden.....
- Sargent.* Al momento.—Que me traten con llaneza. Unos pichones, tortilla con magras..... Cosa ligera. Ensalada, postres.....
De vino no digo nada, porque con poco que sobre basta.
- Félix.* (Animal!) ¿Cuánta tropa.....
- Sargent.* Sobre quinientos peones.
- Félix.* (Lo ménos aumenta un cero.)
- Sargent.* Y qué mozos! Como robles:
- Félix.* De guarnicion?
- Sargent.* No. Venimos á cobrar contribuciones.
- Félix.* (Otra noticia agradable!)
- Sargent.* Todos somos españoles; gente cruda, pero honrada.
- Félix.* Sí. (Tránsfugas y traidores!)
- Sargent.* Guerra á todo el que sostenga la causa de los Borbones; paz al paisano indefenso cuando es pacífico, y dócil, y dadivoso.—Vos sois al parecer un buen hombre.

- Félix.* Presumo que sí.
- Sargent.* De aquellos que dicen: ni Rey, ni Roque, y obedecen al que manda, y pagan, y..... *ora pro nobis.*
- Félix.* ¿Qué ha de hacer un pobre viejo.....
- Sargent.* Pues! ir trampeando..... Conque.....
- Félix.* [*Acompañándole hasta la puerta.*]
Llamad si algo se os ofrece.
- Sargent.* Estimando. Yo..... á lo pobre; lo preciso y nada más.....
(Todo lo que se me antoje.)

[*Entra en la habitación de D. Juan.*]

ESCENA XIII.

D. FÉLIX.

De buena gana le hubiera hartado de bofetones.
Qué descarado ladrón!
¡Con qué llaneza dispone de lo mio! ¡Y áun parece que me hace favor el drope!
Pues si dura mucho en casa hasta los piés se nos come.
Y gracias si se contenta con comer como un preboste.....

[*Tomás y Manuela atraviesan por el foro de izquierda á derecha.*]

Manuela!

ESCENA XIV.

D. FÉLIX. MANUELA.

- Manuela.* Señor.
- Félix.* Di á Blasa que haga de cenar á ese hombre.....
Al Sargento.
- Manuela.* Es un sargento?
- Félix.* Sí, un pedazo de alcornoque que sólo piensa en tragar.
Tratadle bien, no alborote la casa y sea preciso arrancarle los bigotes.
- Manuela.* Qué! tan malas pulgas tiene?
- Félix.* Hasta ahora, Dios se lo tome en cuenta, parece manso, mas la cabra tira al monte, y á la primer negativa nos plantará un par de coces.

[*Vase Manuela por la derecha del foro y por el mismo lado llega Tomás.*]

ESCENA XV.

D. FÉLIX. TOMÁS.

Tomás. Señor, ahí abajo está
Juan Garrido; por mal mote,
Calzorras. Viene á saber
si el capitán.....

Félix. ; No le nombres,
zoquete!

Tomás. Ah!..... No me acordaba.

Félix. [*Yéndose por la derecha del foro.*]
Voy..... Silencio.

ESCENA XVI.

TOMÁS. SERAFINA.

Tomás. Como un poste
callaré.—Tiene razon,
que si el Sargento nos oye.....

Serafina. Y mi padre?

Tomás. Está allá abajo.
(Yo voy á esconder mi cofre.)

ESCENA XVII.

SERAFINA.

Enemigos en Jadraque!
Ah! tiemblo como el azogue,
no descubran á don Juan.....

ESCENA XVIII.

SERAFINA. EL SARGENTO.

Sargent. [*Sin alabarda.*]
Voy á ver qué mundo corre.....
(Hola! Qué linda muchacha!)
[*Se acerca á ella.*]

Serafina. [*Sobresaltada.*]
Ah!.....

Sargent. Niña, no se acongoje,
que soy un pilon de azúcar
aunque llevo este uniforme.
Es voacé fruta de casa?

Serafina. Sí, señor; hija..... Perdona,
señor militar.....
[*Va á retirarse y el Sargento la de-
tiene.*]

Sargent. ; Espacio,.

que yo no soy galeote!
Me precio de muy galán,
y habeis de oír cuatro flores

Serafina. Dejadme..... (Don Juan!.....)

ESCENA XIX.

SERAFINA. EL SARGENTO. D. JUAN.

Juan. (¿Qué veo!.....)

Sargent. Más de cuatro corazones
por esa Alcarria de Dios
llevan el mio á remolque,
pero el de usarcé es el único
que me viene á mí de molde.

Juan. [*Acercándose.*]
(Ese hombre me va á perder.)

Sargent. Y por vida de mi nombre,
que habeis de darne esa mano
para que me envíe el orbe.

[*Al ir á tomar la mano á Serafina se
interpone D. Juan y le abraza; Sera-
fina va á salir por la puerta del foro y
al mismo tiempo entra D. Félix.*]

ESCENA XX.

SERAFINA. D. JUAN. EL SARGENTO.
D. FÉLIX.

Juan. Bien venido, voto á sanes!
Que viva el sargento Ponce!

Félix. Qué es esto?

Sargent. Aparte el gañán.
Yo no soy el que supone.

Juan. Paisano!

Sargent. No apriete tanto,
voto á briós! que echo los bofes.

Serafina. [*En voz baja.*]
; Ah, padre.....

Félix. Qué ha sucedido?

Juan. [*Soltando al Sargento.*]
Me equivoqué. No se enoje
vuestra mercé.....

Sargent. Pues cuidado
con que otra vez se equivoque,
ó le abro en canal.

Félix. Sargento!

Juan. ; Mire, no sea que tope
con la horma de su zapato!.....

Serafina. (Dios mio!.....)

Sargent. Nadie me tose
á mí, ó por ménos de nada

desenvaino el chafarote.....

[*Lo va á hacer, D. Juan coge una silla, D. Félix y Serafina se interponen.*]

Serafina. Ah!... ¡Por Dios, señor Sargento...

Félix. [*Al Sargento.*]

No le hagais caso. Es un torpe.....

[*Á D. Juan.*]

Vete de aquí.

Juan. ¡Señor..... Vete!
Serafina.

[*Vase D. Juan.*]

Y vuesa merced repórtese,
que herir á un pobre criado
no es digno de un brazo noble.

Sargento. Mi reina, ucé me desarma;
y no digo yo el estoque,
vida y alma rendiria.....
Mas voy á tomar la orden.
Prontito daré la vuelta;
y diga usarcé á ese jóven
que no se encare conmigo,
ó por vida de san Jorge
que he de pagarle el abrazo
haciendo de él un jigote.

ESCENA XXI.

D. FÉLIX. SERAFINA. D. JUAN.

Félix. Buenos estamos!

Juan. [*Á la puerta.*] Se fué?

Félix. [*Mirando por la del foro.*]

Sí; ya va por el zaguan.

Serafina. Ah!

Félix. Qué ha sido eso, don Juan?

Serafina. Yo, señor, os lo diré.
Á buscaros impaciente
venia yo de allá dentro,
cuando me sale al encuentro
ese soldado insolente.
Requebrábame el villano
cortando el paso á mi huida,
y ya su mano atrevida
osaba afrentar mi mano;
ve don Juan mi compromiso,
quiere evitar mi baldon,
y abrazando al vil sayon
se interpone de improviso.

Félix. Yo agradezco.....

Juan. Y entregara
el temerario Sargento

entre mis brazos su aliento
si sólo yo peligrara.

Félix. ¡Qué habeis hecho! Su rencor.....

Juan. Cuando peligra una dama,
á quien hidalgo se llama
no arredra infame temor.

Félix. Sospechosa fué la chanza,
ya habeis oido sus fieros,
y no es razon exponeros
al furor de su venganza.

Juan. Yo me sabré contener.....

Félix. Don Juan, ya el mejor remedio
es poner tierra por medio.....

Serafina. (Cielos!.....)

Félix. Y esto se ha de hacer.

Ahora está en casa el paisano
á quien mi amistad os fia
para que os sirva de guia
hasta el real castellano.

No perdamos un momento.

Es hombre alentado y fiel.

Capitan, idos con él

ántes que vuelva el Sargento.

Juan. Estoy pronto, pero vos.....

Félix. Sólo hay riesgo para mí

miéntas vos esteis aquí.

Marchad. Es forzoso.....

Juan. Adios!.....

Serafina. Qué! de noche ha de marchar?

Ved que el enemigo vela
y si le ve un centinela.....

Félix. Sí, podrian sospechar.....

Bien. Parte con él su lecho

el guia; el alba despunta;

con el arado y la yunta

se dirigen á un barbecho;

y fuera ya de la villa

con mulas, que valen algo,

valor y fe, ¡echadle un galgo,

enemigos de Castilla!

Juan. (Cruel momento!)

Serafina. (Y me deja!)

Juan. Ya os sigo.—Guárdeos el cielo,

Serafina.

Serafina. (Oh desconsuelo!)

Él os guarde y os proteja.

Félix. Le hablas con ese desden?

Bien puedes sin ser liviana
darle un abrazo..... de hermana.

Serafina. Yo....

Félix. Vaya!

[*D. Juan y Serafina se abrazan y se hablan en voz baja.*]

Juan. Mi amor!

Serafina. Mi bien!

Félix. Vamos, que vale un tesoro
cada momento perdido.

Valor!

Serafina. (Yo pierdo el sentido!)

Félix. (Valor le digo..... y yo lloro!)

ESCENA XXII.

SERAFINA.

[*Dejándose caer en una silla.*]

¡Y parte, y yo en mi pecho
ahogaba los sollozos!
Ay amarga partida!
Ahora que nadie os ve, llorad, mis ojos!

Nítido espejo fuisteis
do extático de gozo
sin tregua se miraba,
el dueño á quien adoro.

Él os llamaba soles
del cielo de mi rostro.
Hoy os anubla impío
el llanto en que me ahogo.

¡Y no osaron mis brazos
con vínculo amoroso
tenerle...., aprisionarle....
Ay! no me lo perdono.

¿Quién vuestro dulce fuego,
quién ya verá en vosotros
del corazón amante
el latir afanoso?

Ay! una voz secreta
en son doliente y ronco
me dice: sueño ha sido
tu preciado tesoro.

Hoy ausente, mañana
quizá yerto despojo.....

Ay! aunque amor os ciegue,
llorad..... Ya no le veis!.... Llorad, mis ojos!

ESCENA XXIII.

SERAFINA. D. FÉLIX.

Félix. Serafina.

[*Serafina se levanta enjugándose los ojos.*]

Serafina. (Ah!) Qué mandais?

Félix. Qué es eso? Estabas llorando?

Serafina. Yo.....

Félix. No lo ocultes. Son lágrimas
de amistad; yo las aplaudo.
Hombre y todo, yo también
al despedirme allá abajo.....
Él lo merece, eso sí.
Como á huésped, como á hermano
no me ofende que le estimes;
pero si fuese tu llanto
de amor..... Eh! yo no lo creo.
Los tiempos son muy aciagos
para pensar en casorios,
y me darías un trago
mortal si en eso pensaras;
que sólo de imaginarlo

II.

me da pena. Tú eres sola
el apoyo y el encanto
de mi vejez, y venir
á arrancarte de mis brazos
un boquirubio, tal vez
mal yerno y peor cristiano.....
¡Y los cuidados domésticos,
los sinsabores, los partos.....
Ya lo he dicho. Hasta que cumplas
lo ménos veinticinco años
no me pienses en marido;
que no daré el *exsequatur*
aunque su mano te ofrezca
el duque del Infantado.

Serafina. (Ay triste!) Señor, soy hija
obediente, y mi conato
será siempre.....

Félix. Basta, basta.
Ya sé que eres un dechado
de sumision y modestia.—
Volviendo á nuestro bizarro
capitan, ya no hay peligro
de que haya un lance pesado
con el soez sargenton,
y mañana muy temprano

16

emprenderá su camino.....
Ah! ya me habia olvidado.....

[Llamando.]

Manuela! Aunque nada temo,
bueno será, por si acaso.....

ESCENA XXIV.

SERAFINA. D. FÉLIX. MANUELA.

Félix. Yo quiero que Serafina
duerma en lo más retirado
de la casa, y es preciso
que las dos cambieis de cuarto.

Manuela. (Miren qué aprension ahora!)

Félix. [Á *Manuela.*]

El suyo está muy cercano,
y aunque estoy yo de por medio,
y no me asustan soldados,
y hay buen cerrojo en la puerta,
no es decente, sin embargo,
que pueda oír Serafina
los resoplidos de un zafio.

Serafina. Se hará como vos mandais.

Félix. Andad á mudar volando
las camas.....

Manuela. Pero, señor,
por un escrúpulo vano,
trastornar ahora.....

Félix. ; Calle,
y hágase lo que yo mando!

Manuela. [Yéndose por la izquierda del foro con
Serafina.]

(; Mal haya el viejo y mal haya
su mutacion de teatro!)

ESCENA XXV.

D. FÉLIX.

Por dicha, breve será
la mansion de esos bellacos
en Jadraque. Corren voces
de que se están preparando
á emprender la retirada,
y ya su príncipe austriaco
la vuelta de Barcelona
tomó con dos mil caballos.
;Quiera el cielo.....

ESCENA XXVI.

D. FÉLIX. EL SARGENTO.

Sargent. [Viene un poco alegre.]

Hola, patron!

Félix. (No se hace esperar el bárbaro.)

Cómo tan pronto?

Sargent. Estoy hecho
á recogerme temprano,
que soy hombre de conducta.
Tomé la orden y un trago,
y acá estamos todos.

Félix. Bien;
lo celebro. Quereis algo?
(Lo del trago es evidente.)

Sargent. ; Unas agujetas traigo.....
Dónde está la patroncilla?

Félix. Allá dentro.

Sargent. Estoy picado
con ella, que es mucha injuria
poner hocico de á palmo
á un hombre de mi calibre.

Félix. (No digo que está borracho?)
No lo extrañeis. Es muy tímida,
y la vista de un soldado.....

Sargent. Hable usarcé con más modo.
Soy sargento.

Félix. Ya, ya estamos.....
Militar quise decir.

Sargent. Y no soy yo tan zamarro,
que no sepa camelar
á la hija de un hidalgo,
ni tan atroz que me quiera
apoderar por asalto
de bellezas que á la larga
sabe rendir este garbo.

Félix. Mirad que hablais con su padre.
(Dios me tenga de su mano.)

Sargent. Su padre, pues! Ya lo sé.
; Si por eso mismo os hablo
con la franqueza de amigo!

Félix. (Vive Dios!....) Yo.....

Sargent. Es necesario
que la creis más humana
ó la metais en un claustro.
Yo sabré.....

Félix. Lo que es á mí,
ni su ceño ni su halago
me importan un caracol.
Así nos parta aquí un rayo....

Félix. Á mí, no.

Sargent. Como es verdad
lo que digo.

Félix. Y yo lo aplaudo.

Sargent. Damas de tanta..... prosodia
nunca fueron mi bocado
favorito, que me muero
por una moza de cántaro,
larga trenza, media azul,
y á media pierna el refajo;
de esas que levantan piedras
cuando bailan el fandango,
y no se andan con melindres,
y saben dar sin empacho
ál que peta un consuelillo
y al que no peta un sopapo.—
Pero vamos al decir.
Decia.....

Félix. Estoy enterado.

Sargent. Amén. Vengan esos cinco.....

Félix. (Hum!....) Sí.

[*Le da la mano.*]

Sargent. [*Apretándosela y dándole una palma-
da en el hombro.*]

Hasta luego, paisano.

[*Entra en su habitacion.*]

ESCENA XXVII.

D. FÉLIX.

Señor! ¿qué pecado añejo
estoy ahora purgando?
Pues ¿no me la echa de amigo
y camarada ese?... sátiro!

ESCENA XXVIII.

D. FÉLIX. SERAFINA.

Serafina. Ya se han mudado las camas.
Sin duda es el alojado
el que entró.....

Félix. Sí. ¡Mal trabuco
le haga salir hecho tacos!

Serafina. Por Dios, no os oiga!

Félix. ¿Qué importa,
si al cabo, tarde ó temprano,
será preciso arrojarle
por un balcon?

Serafina. Ah! más bajo.....

Qué ha dicho? Viene furioso?

Félix. No tal; todo lo contrario.
Trae un vino muy pacífico,
muy donoso..... el condenado;
pero su sorna, y su risa,
y el amistoso agasajo
que me muestra me enfurecen
más que si echara venablos
por la boca.

Serafina. [*Yéndose.*] Abre la puerta.

Félix. [*Deteniéndola.*]

Quieta. Quédate á mi lado.
Peor es irte.

ESCENA XXIX.

SERAFINA. D. FÉLIX. EL SARGENTO.

Sargent. Señor huésped.....

[*Mirando á Serafina.*]

(Suyo! Clavada!)

[*Á D. Félix.*]

Aquí os traigo,

para que veais que soy
hombre á toda ley honrado,
una joya que, sin duda
por descuido involuntario,
debajo de una almohada
se trasconejó en mi cuarto.

Serafina. (Ah!)

Félix. (¿Qué será.....)

Sargent. Yo al principio
me figuré que era un santo,
y ya iba á rezarle un credo.....
cuando vi que era un retrato.

Félix. Un retrato!

Serafina. (Ah!.... Soy perdida!)

Sargent. [*Dándole el retrato.*]

Tomad. Es vivo traslado
de esa linda desdefiosa.

Félix. [*Mirando el retrato.*]

(Cielos! ¿Qué veo!)

Sargent. Al respaldo

hay una especie de cifra,
y entre una flecha y un lazo
dos corazones ardiendo,
que da compasion mirarlos.
Ya veis que la señorita
no es para todos de mármol.

Félix. (Hija indigna!....) No hay misterio
en eso. Era de su hermano
el que estudia en Salamanca.....

Sargent. Sea de Poncio Pilato.
Qué me importa á mí? Maldita
de Dios la cosa. Otro ganso
se apropiaria el favor
y diria: Hola! Esto es algo;
mas yo no me mamo el dedo,
que soy zorro veterano,
y veo que ni el dibujo
ni esos bellos garabatos
se han formado para mí;
que, como dice el adagio,
la dulce miel no se hizo
para la boca del asno.
Y en fin, hablemos en plata.
Qué hago yo con un retrato?
Si fuera el original,....
pues! Yo no soy ermitaño.

ESCENA XXX.

D. FÉLIX. SERAFINA. EL SARGENTO.
TOMÁS.

Tomás. [*Al Sargent.*]

Sargent. La cena está preparada.
Eso sí, cuerpo de Baco!,
que el mio parece ya
cañon de órgano. Muchacho,

guíame tú á la pítanza.
Tomás. Seguidme.
Sargent. Habrá vino largo?
Tomás. Cuanto queráis.
Sargent. Que me place!
 Si ucés gustan de mi rancho.....
Félix. Muchas gracias.
Sargent. Con franqueza.
Félix. Id con Dios.
Sargent. Vamos andando.
 [Vase con Tomás por la derecha del foro.]

ESCENA XXXI.

D. FÉLIX. SERAFINA.

Félix. Oh! no sé cómo he podido reprimir mi justa saña.
 ¿Así, traidora, se engaña á un padre.....
Serafina. Perdon os pido.
Félix. Perdon? Jamás.
Serafina. ¿Quién es dueño de querer ó no querer?
 Él me adora. Soy mujer.....
 Deponed, señor, el ceño.....
Félix. Sella la boca importuna, hija ingrata. Oh cielo! ¿Es esta la sumisa, la modesta? ¿Quién se fia de ninguna?
Serafina. Yo me propuse cerrar el pecho á su imágen fiel, pero ya reinaba en él cuando quise recordar. Mal de mi grado, testigo es Dios, falté á mi promesa; mas cuando entra de sorpresa ¿quién resiste al enemigo? No es mia la culpa, no. Para no amar á don Juan debió ser ménos galan, ó ménos sensible yo.
Félix. Le doy un hogar, un lecho...., la vida!, y huésped ingrato..... ¿Quién ha hecho este retrato?
Serafina. Entre él y el amor lo han hecho.
Félix. Ay perfidia! ay deshonor!
Serafina. No, yo os juro por mi vida.....
Félix. ¡Mientras curaba su herida él me hacía otra mayor!
Serafina. Noble y cristiana piedad en mí su herida despierta, y el amor abre la puerta por mano de la amistad. Pero amor todo del alma, sólo con amar contento, sin liviano pensamiento

que altere su dulce calma. Ni podreis dudarlo, no, si advertís, aunque severo, que es don Juan muy caballero y soy vuestra sangre yo.
Félix. No es hidalgo, ni lo piensa, quien insidia tu virtud, y con tal ingratitude tanta amistad recompensa. Aun puedo el luciente acero blandir. Con él, vive Dios, le haré ver cuál de los dos ha sido más çaballero.

Serafina. Padre mio!....
Félix. Mas mi saña, hoy que es su peligro inmenso, puede entregarle indefenso á los verdugos de España. No; mi palabra empañé de ampararle en este trance, y no hay ofensa que alcance á la altura de mi fe. Vaya en paz; su bien deseo; pero renuncie á tu amor, y en el campo del honor busque más digno trofeo.
Serafina. Qué, señor! ¿será delito.....
Félix. No me le nombres jamás, si no quieres..... Cuanto más le defiendes, más me irrita.
Serafina. Yo moriré de pesar.
Félix. Y yo primero! (Me voy ántes que vea que estoy reventando por llorar.)

[Entra en su cuarto.]

ESCENA XXXII.

SERAFINA.

Ay triste de mí! Se aleja mi idolatrado don Juan y no sabe el crudo afán á que entregada me deja. ¿Quién sabe si entre los dos será ya eterna la ausencia? ¿Y se irá, cruel sentencia! sin darle el último adios? Ni á su tierna amante fiel sabrá cómo ha de escribir; ni si me llevo á morir,.... sabrá que muero por él! Qué haré? ¿Me he de aventurar á otro mayor compromiso..... Sí, estoy resuelta. Es preciso..... Esta noche le he de hablar.

[Se dirige á la izquierda del foro.]

ACTO SEGUNDO.

Una sala con alcoba en el foro, y una puerta en la misma línea, á la izquierda del actor: en cada costado un balcon: inmediato al de la derecha un brasero, ya apagado, de la misma forma que el del acto primero; junto á él, una mesilla, sobre la cual arde una vela: cortinas de indiana á la entrada de la alcoba.

ESCENA I.

SERAFINA. MANUELA.

[*Serafina aparece sentada: Manuela de pié.*]

Serafina. (Oh qué importuna mujer!)
Vete. Ya el sueño me rinde.

Manuela. Aunque está tan retirado este cuarto, y el caribe del Sargento, despues que hubo devorado como buitre cena que bastara á nueve con vino para otros quince, cuatro horas hace, lo ménos, que duerme como un pontífice, y no le despertarían atambores y clarines, tendreis miedo aquí tan sola....

Serafina. No. Márchate.....

Manuela. Permitidme que me quede á acompañaros. Yo velaré como lince.....

Serafina. Es inútil. Cerraré bien la puerta. No es posible que se mueva de su cuarto el Sargento sin oírle mi padre. No tengo nada.

Manuela. Con todo eso.....

Serafina. No porfies. Vete, que has de madrugar.

Manuela. [*Encendiendo una cerilla.*]

Pues mandais que me retire; adios..... Quereis que os desnude?

Serafina. (No lograré verme libre.)
Pienso acostarme vestida.

Manuela. Mirad que el frio es terrible.

Serafina. [*Levantándose.*]

Me arroparé. Vete ya con Dios.

Manuela. Quedad con la Virgen.— Pero en verdad que me duele dejaros. Estais tan triste.....

Serafina. Oh! No lo creas.

Manuela. (La ausencia de su capitán la aflige.)

Si os ocurre algo, llamad.

Serafina. Bien.... No tienes que advertirme....

Manuela. [*Yéndose.*]

Hasta mañana. (Ay, Gabino!)

Serafina. [*Viéndola salir.*]

Gracias á Dios que te fuiste!

ESCENA II.

SERAFINA.

Cuánto me cansaba ya!
¡Si parece que conspira contra mí! Jesús! Mentira me parece que se va.

[*Mirando por la cerradura de la puerta.*]

Viéndola estoy desde aquí dirigirse á mi aposento.— Ya ha entrado. Bien.— Ya la siento cerrarse por dentro..... Sí.— Si ahora padre se desvela..... No, que está del otro lado su cuarto.— Pero acertado será apagar esa vela.

[*Se dirige adonde está la luz.*]

Qué voy á hacer? Si me quedo á oscuras, el riesgo crece. Será fácil que tropiece..... Ah! temblando estoy de miedo.

[*Vuelve á la puerta y aplica el oído.*]

Nada siento. Estoy segura.— Pero pueden despertar..... No, no le quiero llamar. Es liviandad, es locura. Me pesa de haberle escrito..... Pero es pura mi intencion y clamaba el corazón..... Fué forzoso oír su grito.— Tomás, que llevó el papel, llamará. Además, ignora

que á este sitio y á esta hora
citaba á don Juan en él.—
Y acaso ¿sola soy yo
quien pelagra? Si don Juan
es sorprendido..... Ay afan!
No debo llamarle, no.
Poco es que el hado destruya
mi ventura apetecida;
nada me importa mi vida;
mas ¡comprometer la suya!....
Si ya en la calle me aguarda,
su riesgo en ella es mayor.
Ay! ántes no vi el error,
y ahora todo me acobarda.
Abriré..... Si abajo está.....

[*Abre con tiento el balcon de la derecha, y mira por él.*]

Qué espantosa lobregez!
Nada distingo.—Otra vez.....

[*Vuelve á escuchar desde la puerta.*]

Nada.—Voy..... Qué espero ya?

[*Da un paso hácia el balcon y se pára.*]

Cerrar primero la puerta
por dentro será mejor.

[*Va á echar el cerrojo y se detiene.*]

No, que es cerrarla á mi honor!
Prefiero que quede abierta.—
Oh cielo! si sufre tanto
quien con el alma inocente
se arriesga así, el delincuente
¿cómo no muere de espanto?

[*Encaminándose otra vez al balcon de la derecha.*]

Ánimo! Al balcon!....

[*Vuelve á detenerse.*]

Son dos,
y á distintas calles dan,
y no previne á don Juan
cuál de ellos..... Válgame Dios!....
Qué haré? Fatal compromiso!
necio descuido! ¿Por cuál
le hago ahora la señal?
Abrir el otro es preciso.

[*Abre el balcon de la izquierda.*]

Ahora entre este y el de enfrente
me coloco.....

[*Se sienta en medio del teatro.*]

Bien estoy.

Doñ tres palmadas.....

[*Va á darlas y se detiene.*]

Las doy?

Pese al miedo impertinente!
No confío en él y en mí?
no es forzoso lo que intento?
Le hablaré sólo un momento.....

[*Da las tres palmadas.*]

No hay remedio. Ya las di.—
Ay Dios! ¡Con cuánto trabajo
subirá..... Mi corazon
tiembla..... No; cada balcon
tiene una reja debajo.—
Quisiera ayudarle yo.....
Nada siento.

[*Mirando por el balcon de la derecha.*]

Por aquí
tal vez.....

[*Oyendo ruido en el otro balcon se vuelve de repente, y tropezando con la vela la deja caer y se apaga.*]

Ah! no. Por allí.....
Ay, Dios mio! Se apagó!

ESCENA III.

SERAFINA. GABINO.

Gabino. [*Entrando por el balcon de la izquierda y hablando á media voz.*]

Prenda mia, estás á oscuras?

Serafina. [*Á media voz.*]

Mi bien.....

Gabino. ¿Por dónde..... No veo....

[*Va tentando hasta dar con Serafina.*]

Ah! ya te cogí. Un abrazo.....

Serafina. [*Desviándose y alzando la voz.*]

Apartad, mal caballero.....

Gabino. Oiga! ¿Disfrazas la voz
y con tono palaciego
me la echas de desdeñosa?
No es mala humorada!

Serafina. (Cielos!

Esa voz.....)

Gabino. Chanzas aparte,
morena, que vengo yerto
de frio.....

Serafina. Apartad. Huyamos.....

[*Gabino logra asirla de un brazo.*]

Daré voces.....

Gabino. No te suelto.

ESCENA IV.

SERAFINA. GABINO. D. JUAN.

Juan. [Entrando por el otro balcon.]
La voz de un hombre! Oh traicion!

Gabino. Cómo! Otro galan tenemos?

Serafina. Idos, villano, insolente.....

Gabino. [Soltándola.]
(Huy! No es ella.—Ya no encuentro el balcon.....)

Juan. Mujer traidora,
me citabas para esto?

Serafina. [Á Gabino.]
Ay, don Juan! Soy inocente.....

Gabino. No soy don Juan ni don Pedro,
sino un marido lechuza
que halla ocupado su puesto.

Juan. Morirá tu infame cómplice
á mis manos.....

[Gabino se quita el sombrero y lo adelanta á su cuerpo como para guardarse con él de algun golpe.]

Serafina. Oh! más quedo.....
Por Dios! No puedo, don Juan,
explicar este suceso,
mas vuestro amor, que es mi vida,
me falte si yo os ofendo.

Juan. Calla, fementida. Deja
que mate á ese hombre primero.....

[Llega á coger el sombrero de Gabino, huyendo éste lo suelta, D. Juan lo arroja y va á parar debajo de la mesa.]

Gabino. (Zape!.....)

Juan. ¿Dónde estás, villano....

Serafina. Ah, Dios mio!.....

Gabino. (Aquí perezco!)

Juan. [Logrando asir á Gabino.]
Ah! ya eres mio!.....

Gabino. Piedad!
Si hay aquí algun gatuperio,
no es el que vos presumis;
ó más bien, á lo que entiendo,
los gatuperios son dos.
No codicio el bien ajeno,
sino el mio. Echaré yescas,
y vereis.....

[Suena el picaporte y entra Manuela con luz.]

Serafina. La puerta abrieron.
Perdida soy!

ESCENA V.

SERAFINA. D. JUAN. MANUELA. GABINO.

Manuela. Señorita!.....

Serafina. [Poniéndose al lado de D. Juan.]
De vos me amparo.

Manuela. ¿Qué veo!

Gabino!

Gabino. Esposa del alma!

Juan. Su esposa!

Serafina. Oh! ya lo comprendo
todo.

Manuela. Es mi marido, sí.

Juan. ¿Cómo.....

Manuela. Perdonad, os ruego,
mi flaqueza.

Serafina. Ah! ¿no es mayor
la mia? ¡Y ya estoy sufriendo
el merecido castigo!

Manuela. Por el cambio de aposentos.....

Juan. [Á Serafina.]
Sí, en tu carta me decias.....

Gabino. Yo nada sabía de eso.....

Manuela. Si me hubierais confiado,
señora, vuestro secreto,
yo, que ya lo barruntaba
y tanto motivo tengo
para callarlo.....

Serafina. Ay! en todo
yerra un infeliz.

Gabino. Si al menos
me hubieras tú prevenido.....

Manuela. Tuve ocasion para hacerlo?
Pero tú ¿cómo has osado
subir aquí?

Gabino. Soy yo lerdo?
Al oír las tres palmadas
me apoyo en la reja y trepo.....

Manuela. Diablura!.....

Serafina. Con esa seña
quedé en llamar á mi dueño.

Manuela. Y era la nuestra tambien!

Serafina. Y como los dos la oyeron,
cada cual desde su calle,
porque la di puesta en medio
de la sala.....

Juan. Ambos subimos.....

Gabino. Y si no llegas tan presto
ya tu Gabino estaria
en la lista de los muertos.

Serafina. ¿Y mi padre! ¿Habrá sentido.....

Manuela. No debe de estar despierto.
Como su sueño es profundo
y este cuarto está tan léjos
del suyo..... Perded cuidado.
No se estaria tan quieto
si la más leve sospecha.....
Yo misma, que estaba ménos
distante, nada sentí,

os lo afirmo, hasta el momento de atravesar el pasillo.....

Serafina. Pues ¿cuál ha sido el objeto de venir tú aquí.....

Manuela. Ay, señora! Estaba muerta de miedo.

Serafina. Miedo! De qué?

Manuela. Cuando entré con más angustia que sueño en vuestra alcoba y vestida me iba á tender en el lecho, parecióme oír pisadas en el cuarto del Sargento; poco despues le oigo abrir el balcon.....

Serafina. Ay santo cielo!

[*Á D. Juan.*]

Te habrá visto.....

Manuela. Yo temblaba, y mi primer pensamiento fué que intentaba robarnos, y que, obrando de concierto con algunos camaradas, les daba entrada el perverso por el balcon. Presurosa salgo de aquel aposento y á llamar á vuestro padre iba ya, cuando sintiendo hácia esta parte rumor, acudo azorada, y veo lo que ménos presumia.

Juan. [*Á Serafina.*]

Vano ha sido tu recelo; ya lo ves. Toda la casa está en profundo silencio.

[*Manuela coge la vela que estaba en el suelo y la pone sobre la mesa.*]

Gabino. Ó tú has soñado despierta, ó, borracho como un cuero el sayon, quiso salir con estrellas á paseo.

Manuela. Él cenó bárbaramente y tal se puso aquel cuerpo de vinazo.....

Serafina. No perdamos en vanos juicios el tiempo. Idos, don Juan; no tardeis.

[*Á Gabino.*]

Vos tambien.—Todo lo temo.

[*Á D. Juan.*]

Ya os he escrito que mi padre nuestro amor ha descubierto, y si os sorprendiera aquí..... De pensarlo me estremezco!

[*Saca un papel y se le da.*]

Tomad. En este papel vereis, don Juan, por qué medio

podeis escribirme. Adios!....

Manuela. Siento pasos.....

[*Hablan todos en voz baja.*]

Serafina. Ah! corriendo, el cerrojo.....

Manuela. [*Yendo hácia la puerta.*]

[*No ganamos para sustos!*]

Gabino. Mi sombrero.....

[*Buscándolo sin dar con él, tropieza con D. Juan y le embaraza el paso.*]

Juan. Apartad.....

[*Llaman á la puerta.*]

Manuela. Oís llamar?

Félix. [*Dentro.*]

Serafina!

Manuela. Ya no debo echar el cerrojo.

Serafina. Huid!

Manuela. [*Oyendo levantar el picaporte.*]

Que abre!

Serafina. [*Apagando rápidamente la cerilla de Manuela.*]

Esa luz!—Escondéos.

[*Entra D. Juan en la alcoba y Gabino se refugia en el balcon de la izquierda.*]

ESCENA VI.

SERAFINA. D. FÉLIX. MANUELA.

Félix. ¿Cómo!.... No tenías luz?

Manuela. Señor, la ha apagado el viento cuando iba á abriros la puerta.

Félix. ¿Qué oigo! ¡Aquí Manuela...

Manuela. El miedo...

Félix. Trae la que yo me he dejado en el pasillo.

Manuela. Corriendo.

[*Anda como atontada y sin direcciu.*]

(Ay, Gabino!)

Félix. ¿Dónde estás, Serafina?

Serafina. Aquí.....

Manuela. Me pierdo.....

Ah! ya he dado con la puerta.

[*Sale y ouelve luégo con otra luz.*]

Félix. Te has levantado del lecho?

Serafina. Vestida me recosté

un instante, y cuando el sueño me rendía, entra Manuela asustada, sin aliento.....

Manuela. Oí pasos en el cuarto del alojado.....

Félix. En efecto.....

Manuela. Ofte abrir el balcon; no presumí nada bueno, y me vine..... Aun no he podido echar el susto del cuerpo. (Y qué verdad!)

Félix. Yo no sé qué habrá ocurrido á ese perro tan á deshoras. Salía de su cuarto echando ternos cuando yo me desperté; voy entónces á su encuentro..... Qué se ofrece, le pregunto?—Abridme la puerta luégo, me responde.—Adónde vais? replico.—Á tomar el fresco. Qué os importa?—Volvereis?—Sí, señor.—Cuándo?—Veremos.—Disimulando mi enojo, porque era preciso hacerlo, bajo con él al zaguan, le abro la puerta, y observo que va á la reja de enfrente y llama..... á algun compañero sin duda; cierro y me subo; hácia este lado me vengo por si habias despertado: distingo luz, llamo y entro. Esto es todo lo que pasa.—Mas no temais. Duerme el pueblo en paz, y no hay apariencias de que turben su sosiego esos hombres. Yo presumo que habrá salido el Sargento para hacer algun servicio; ó más bien, que hecho un pellejo va donde los piés le llevan sin consultar al cerebro, como barco sin timon que boga á merced del viento.

Serafina. Bien decis. Vuestras razones calman mi inquietud... (Yó tiemblo!)

Félix. Creo que hasta ser de dia no volverá. Recogéos y descuidadas dormid, que en todo caso yo velo.....

Serafina. Lo haré, pues vos lo mandais.

Félix. Pues adios.....

Serafina. (Se va!)

Félix. Qué es eso?

Con tanto frio, ¿teneis los dos balcones abiertos?

Serafina. [Turbada.]

Es verdad. Yo.....

Manuela. Los abrimos para observar con qué intento abrió el suyo el alojado,

y para pedir por ellos favor á la vecindad si mi temor era cierto. Cerradlos ya con mil santos, que si hay ahora algun riesgo, es sólo contra el pulmon.

Félix.

[Á *Manuela.*]

Cierra aquel miétras yo cierro estotro.

[*Cierra Manuela el balcon de la derecha, y acercándose D. Félix al de la izquierda, halla escondido en él á Gabino.*]

¿Qué ve! Un hombre!

Serafina. (Ah!)

Manuela. (No bajó!)

ESCENA VII.

D. FÉLIX. SERAFINA. MANUELA. GABINO.

Félix. [Asiéndole.] ¡Vil.....

Gabino. [Saliendo del balcon y arrodillándose.]

Teneos!

Soy un infeliz....; un nadie; y me arrodillo; y me entrego á discrecion.

Félix. Serafina!

Manuela!

Las dos. Señor!....

Félix. Qué es esto?

Serafina. No sé.....

Manuela. No conozco á ese hombre.

Serafina. Yo tampoco.....

Félix. Ya lo infiero.

No habias tú de tener tan villanos pensamientos.—¿Qué hacias tú en el balcon, mal nacido?—Alza del suelo.

Gabino. [Levantándose.]

Yo, señor, os lo diré. Dejadme tomar aliento. Vuésarced habrá extrañado....., eso se cae de su peso, verme, sin ser alcarraza, estar tomando el sereno; pero hay lances apurados en que uno..... Vamos al hecho.—Ante todas cosas, juro que no sé dónde me encuentro, ni conozco á esas señoras, ni he traslimitado el hueco del balcon.

Félix. Ménos palabras.

Gabino. Es que no es justo, ni quiero que pague nadie por mí.—
Pues, señor, vamos al hecho.—
Sepa usarced que yo soy en Jadraque forastero; sepa también que me asusto de mi sombra. Esto supuesto, no es maravilla.....

Félix. Acabad.

Gabino. (¿Cómo forjaría un cuento.....)

Manuela. (Dios ponga tiento en su lengua.)

Félix. No habláis?

Gabino. Sí. Vamos al hecho.—

El hecho es que yo volvía de cenar un poco lejos de la casa donde paro;— es decir, donde me hospedo; que no conozco las calles; que es de noche...; este es un hecho;— que por ese laberinto de callejones horribles perdíme, y se perdería el que no fuera Teseo.

Félix. Teseo no tiene aquí nada que ver.

Gabino. Es un hecho; pero quise con un símil.....

Félix. ¡Voto á mi padre.... Acabemos.

Gabino. Pues, señor, yo andaba á tientas; aquí caigo, aquí tropiezo, y al revolver esa calle acierto á ver, si es acierto ver lo que no se quisiera, á una patrulla. Detengo el cansado pié. Preguntan: «quién vive?»—Yo estaba muerto. Qué había de responder?—

Callo el pico; retrocedo; me siguen..., ó no me siguen, pero yo lo doy por hecho; gritan..., ó yo lo imagino: «preparen! apunten! fuego!» tiento una reja; la escalo; desde la reja me cuelo á un balcon..., á ese balcon que no me dirá que miento; oigo voces; me acurruco; me atrapaís.... Este es el hecho.

Félix. El hecho es que eres un pillo, un ladrón y un embustero; que ahora mismo te hago atar codo con codo y te llevo á la guardia.....

Manuela. (Santo Dios!)

Serafina. ¡Señor....

Gabino. ¡Piedad....

Félix. No hay remedio.

[Á Manuela.]

Llama á Tomás.

Manuela. Perdonadle.

No tiene traza ni gesto

de ladrón.....

Félix. Nadie replique. No transijo con rateros.

Gabino. Ratero? Eso no! Diré la verdad, aunque me pierdo. Soy desertor.

Félix. Desertor!

Aun es delito más feo que el de ladrón. Y en campaña! Ahora sí que no te absuelvo. ¡Desertar de sus banderas cuando el alevé tudesco.....

Gabino. Qué decis? No son las filas de Felipe á las que vuelvo la espalda, ni tal hiciera quien siente hervir en el pecho sangre castellana, humilde, pero leal. Me cogieron de leva los enemigos; al prestarles juramento hice restriccion mental...; son herejes y no pecco; llevé por Dios que me diesen el equipaje completo, y á las primeras de cambio tomé las de Villadiego.

Félix. Aun me hará reír el pícaro.—

Gabino. Falta saber si eso es cierto. Lo puedo justificar. En Jadraque mismo tengo personas.....

Félix. [Mirándole con atencion.]

Ahora reparo....

Sí tal. Tú eres el arriero de Almazan.....

Manuela. (Malo!)

Gabino. (Cogíome.)

Y vos sois..., raro portento! don Félix.....

Félix. ¿Cómo afirmaste que no sabías, cuatrero, dónde estabas?

Gabino. ¿Pues no dije que había perdido el tiento..... Pero en fin, probado está que no he pensado ni pienso quebrantar, señor don Félix, el séptimo mandamiento; pues si fuera yo inclinado á ese ramo de comercio, ¿quién me impedía embolsar los consabidos quinientos?

Félix. Dices bien.—Mas todavía tengo sospechas.....

[Derramando la vista por la habitación repara en el sombrero de Gabino y lo coge.]

¿Qué veo!

Si en el balcon te quedaste, cómo hallo aquí tu sombrero?

Manuela. (Ah!)
Serafina. (Fatalidad!)
Gabino. ¡ Señor.....
Félix. Niega que es tuyo!
Gabino. No niego;
 pero.....
Félix. Esto prueba que entraste
 en el cuarto.
Gabino. El argumento
 no es exacto; perdonad.
 Si eso prueba algo en efecto,
 no prueba que he entrado yo,
 sino que ha entrado el sombrero.
Félix. ¿Cómo, traidor.....
Gabino. Es el caso
 que hacía un aire muy recio.....
Félix. Eh! calle; basta; que ya
 se apura mi sufrimiento.
 Y vosotras ¿qué decis
 ahora? ¿Qué infame enredo
 es este?
Serafina. Señor, yo os juro.....
Félix. Aclarad este misterio,
 ó mi cólera.....
Serafina. [En voz baja y con tono suplicante.]
 Manuela!
Manuela. Ah, señor! Ya no lo puedo
 ocultar, ni fuera justo
 que otra pagase mis yerros.
 Ese infeliz es mi esposo.
Félix. Tu esposo!
Gabino. Ni más ni menos.
Félix. ¡Vive Dios.....
Manuela. No os irriteis.
 De rodillas os lo ruego.
 [Se arrodilla.]
Gabino. Sí, señor! Es mi parienta!
 [Se arrodilla también.]
Félix. Villanos!.... Quitad de en medio.....
Manuela. No sabía el pobrecito
 que yo cambié de aposento
 y..... Qué quereis!.... El amor
 conyugal.....
Félix. Calla, ó te estrella.
 ¡Matrimonios clandestinos
 en mi casa!....
 [Manuela se levanta atemorizada.]
Gabino. Yo protesto
 que mis fines.....
Félix. Temerario!
 Te voy á romper los huesos.
Gabino. [Se levanta y se dirige temblando há-
 cia la alcoba.]
 Misericordia!....
Félix. Una tranca.....

La badila del brasero.
 [La coge y persigue con ella á Gabino.]
Ser. y } Señor!.....
Man. }
Félix. ¡ Infame....
Gabino. [Á la puerta de la alcoba.]
 ¡Amparadme,
 señor!
Serafina. Ah!
Manuela. Buena la has hecho!

ESCENA VIII.

D. FÉLIX. SERAFINA. MANUELA. GABINO.
 D. JUAN,

Félix. ¿Qué escucho!
Serafina. Sin alma estoy!
 ¡Ah, padre.....
Félix. Otra infamia! ¿Dónde
 tu vil cómplice se esconde?
 [Al entrar D. Félix en la alcoba sale
 D. Juan.]
Juan. Tened, don Félix. Yo soy.
Félix. Vos! Don Juan! ¿Qué haceis aquí,
 verdugo vil de mi honor?
Juan. Deponed vuestro furor
 y no me ultrajéis así.
Félix. Traidor, quién ultraja á quién?
Juan. Aunque reo en la apariencia,
 juro á Dios y á mi conciencia.....
Félix. Callad. Perjuero también!
Juan. Perdonad.....
Félix. No, vive Dios!
 ¿Así honrais vuestros blasones
 escalando los balcones
 de quien es mejor que vos?
Juan. Don Félix, sabéis que adoro
 á vuestra hija.....
Félix. Mentis.
 Si la amarais cual decis,
 respetarais su decoro.
Juan. Pruebo que la adoro, y mucho,
 pues de alta sangre desciendo,
 y me insultais....., y estais viendo
 con qué paciencia os escucho.
 Yo respeto vuestras canas;
 mas, perdonad que os lo advierta,
 quien cierra al amor la puerta
 abre al error las ventanas.
 Erré, señor; no-lo niego,
 mas ¿cuándo el amor no ha errado?
 ¿Y qué hará desesperado,
 si aun siendo dichoso es ciego?
 Mas nunca mi desvario
 á vuestro honor se atreviera;
 creedlo. ¿Y cómo pudiera
 si ya lo tengo por mio?

- Y por fin, aunque os ofenda mi sinceridad, señor, mirad que yerros de amor sólo el amor los enmienda.
- Félix.* Entre nobles que se alaban de serlo y honra desean, manchas que la honra afean sólo con sangre se lavan.
- Serafina.* ¡Ah, padre.....
- Félix.* Calla, traidora!
- Gabino.* (El viejo le desafia!)
- Félix.* [*Dando un paso hácia la puerta.*]
Mi espada.....
- Juan.* Tomad la mia.
[*La desenvaina.*]
- Manuela.* (Jesus! Un combate ahora!)
- Juan.* Mi sangre os doy en ofrenda si eso os deja satisfecho. Tomadla: herid este pecho. No esperéis que me defienda.
[*Arroja la espada á los piés de don Félix.*]
- Félix.* Vos me hareis perder el tino.
- Serafina.* Ah! su humildad os desarme.
- Félix.* ¿Quereis tambien deshonrarme con la nota de asesino?
- Juan.* Y en sanguinaria palestra ¿he de ser yo parricida? Yo os debo, señor, la vida, y he de atentar á la vuestra!
- Félix.* Oh! no os mostreis tan humano, que el peligro es para vos. Viejo soy, mas ¡vive Dios..... Aun no me tiembla la mano.
- Serafina.* Y ¡qué! ¿otro medio no alcanza un padre.....
- Félix.* Aun osas hablar!
Tú!....
- Serafina.* ¿Sólo habeis de escuchar el grito de la venganza?
- Félix.* Venganza, sí! y la primera tú has de sentir.....
[*Toma la espada y D. Juan se pone delante de Serafina.*]
- Juan.* Eso no.
Ved que la defiendo yo.
- Félix.* [*Cubriéndose el rostro con las manos y dejando caer la espada.*]
(Oh!)
- Serafina.* [Á D. Juan.]
Dejadle que me hiera!
- Félix.* [*Enternecido.*]
(Es mi orgullo, es mi tesoro...., y yo matarla queria!
Ah, loco estoy!)
- Juan.* (Suerte impía!)
- Serafina.* Llorais, señor!
- Félix.* [*Enojado.*] Eh!.... no lloro....; ó si lloro, es de despecho por no poderme vengar.
- Serafina.* No es más dulce el perdonar?
- Gabino.* [Á *Manuela* en voz baja.]
Bien dice. Á lo hecho, pecho.
- Félix.* No hay perdon á tal afrenta.
- Juan.* Dadme su mano.
- Félix.* No os quiero por yerno. Lo oís? Primero me entierren que lo consieñta.
- Juan.* Mirad.....
- Félix.* No miro.
- Serafina.* Señor,
advertid.....
- Félix.* No advierto nada.
- Serafina.* Á vuestros piés humillada.....
- Félix.* Alza, aparta, ó mi furor.....
- Juan.* Pero ¿cuál es vuestro intento si os negais.....
- Félix.* Veréialo ahora.
[Á *Manuela.*]
Tú á la calle en mala hora,
[Á *Serafina.*]
y tú, liviana, á un convento.
[Á D. Juan dándole la espada.]
Cobrad vuestra espada vos, y advertid cuando la tomo que os la vuelvo por el pomo.... porque así lo quiere Dios.—
Ahora, partid.
- Serafina.* (Estoy muerta!)
- Juan.* Pues vos, señor, lo mandais, Dios os guarde.
[*Se dirige á la puerta y le detiene don Félix.*]
- Félix.* Adónde vais?
- Juan.* No habeis de iros por la puerta.
¡Qué, señor.....
- Félix.* Por el balcon.
- Juan.* ¡Yo.....
- Félix.* Por el balcon, os digo. No ha de salir como amigo el que entró como ladron.
- Serafina.* Padre mió!....
- Félix.* [Á *Gabino.*] Vos.....
- Gabino.* Entiendo.
Yo por el otro. Es muy justo.
- Félix.* Qué esperais?
- Gabino.* [Mirando por el balcon de la izquierda.]
Con mucho gusto.....
Ay, santo Dios! ¿Qué estoy viendo!
[*Se retira del balcon.*]

Gente armada!

Félix. [Mirando por el mismo balcon.]
¿Cómo.....
[Retirándose y entornando el balcon.]
Sí.

Manuela. [Mirando por el otro balcon, y lo entorna tambien.]
Y en la otra calle tambien!

Gabino. Quereis que muerte me den?
Yo no me muevo de aquí.

Juan. [Moviéndose hácia el balcon de la derecha.]
Yo sí, y tan alta merced agradezco á Dios.....

Serafina. [Deteniéndole.] Don Juan!

Juan. Pues de una vez cesarán mis desventuras.

Félix. [Asiéndole fuertemente del brazo.]
Tened!
Si yo ahora al enemigo por ruin venganza os entrego, qué diria el mundo luego?
Soy quien soy, y estais conmigo. Tan infame bastardía no es digna de un caballero, señor don Juan, y primero..... Primero os perdonaria!
Quedáos aquí y abre Dios. Si la veo perseguida, yo salvaré vuestra vida....., ó moriremos los dos.

Juan. Pues mi amistad no quereis ni mi humildad os rindió, no está bien que acepte yo el favor que me ofrecéis.

Félix. Si no de amistad el lazo, el de la patria nos liga, y á la venganza enemiga no os ha de arrojar mi brazo.

Juan. Cesó vuestra obligacion. No soy vuestro huésped ya, ni ese título se da al que entra por un balcon.

Félix. Nadie, don Juan, atropella á quien en mi casa mora. Basta. No recuerdo ahora cómo habeis entrado en ella.

Juan. ¿Y otra vez, huésped ingrato, os he de exponer..... Oh! no.

Félix. [Volviendo á detenerle.]
Tenéos, ó salto yo tras de vos..... y me delato.

Juan. Cedo á mi pesar.
[Se oyen golpes como de llamar á una puerta.]

Serafina. ¿Os?

Llamando á la puerta están.
Manuela. Ay, mi Gabino!
Serafina. Ay, don Juan!
Gabino. Nuestra vida está en un tris.
Félix. Valor y serenidad. No os ha de faltar asilo. Os recomiendo el sigilo..... Estoy sin armas.....

Juan. [Dándole una pistola.]
Tomad.

Tomás. [Dentro.]
Señor!

Félix. Es Tomás?
Tomás. [Dentro.] Soy yo!
Félix. Entra.

ESCENA IX.

D. FÉLIX. SERAFINA. MANUELA. D. JUAN. GABINO. TOMÁS.

Tomás. [Entrando.]
Están llamando.....
Félix. Quién?.....
Tomás. Soldados sin duda.....
Félix. Bien.
Tomás. Abro?
Félix. Despues: ahora no.—
Los dos al cuarto secreto.
[Á Manuela.—Serafina enciende la vela y la toma.]
Y cierra tú bien la trampa.
Serafina. Venid.....
Juan. Don Félix!.....
[Vuelven á llamar con más fuerza.]
Gabino. Ya escampa.
Félix. [Empujándolos.]
Volad!
Serafina. Qué angustia!
Gabino. Qué aprieto!

ESCENA X.

D. FÉLIX. TOMÁS.

Tomás. Romperán la puerta..... Ay! ; Ave María! Si de rondon subieran.....
Félix. Sal al balcon.

Di que no encuentras la llave.—
 [Tomás abre el balcon de la izquierda y entra por él la luz del alba.]
 Vamos, responde.
 Tomás. [Asomándose al balcon.] Allá voy!—
 allá voy!—Me estoy vistiendo.—
 Busco la llave.
 [Siguen los golpes.]
 Qué estruendo!
 [Se aparta del balcon. D. Félix mira adentro desde la puerta.]

(Temblando de miedo estoy.)
 Félix. [Dándole la otra luz.]
 Ahora bien puedes abrir,
 que ya vuelve Serafina.....
 Tomás. Señor!.....
 Félix. [Empujándole hacia afuera.]
 No temas, gallina.
 Yo los voy á recibir.
 [Sale detras del criado.]

ACTO TERCERO.

La decoracion del acto primero.

ESCENA I.

D. FÉLIX. SERAFINA. EL SARGENTO. DOS SOLDADOS.

Sargent. [Con espada y alabarda.]

Patron, no vale negar.
 Vos teneis un hombre oculto,
 y si no doy con el bulto,
 mal lo vamos á pasar.

Félix. Ya he dicho que nó, Sargento,
 y aunque me mateis aquí
 no me sacareis un sí;
 que yo nunca me desmiento.

Sargent. Pues yo tengo comision
 de buscarle.....

Félix. Es excusado.

La casa habeis registrado
 hasta el último rincon.

Sargent. Yo sé lo que en guerras pasa.
 Pájaro hay tan escondido
 que sólo se encuentra el nido
 pegando fuego á la casa.

Félix. Mas de un soldado valiente,
 como vos, nunca creeré
 que hagais un auto de fe
 con esta casa inocente.

Sargent. Podeis creer eso y todo;
 que, como ocasion me den,
 lo que no de bien á bien,
 lo hago yo.... de cualquier modo.—
 Mas no será necesario
 hacer una aquí que suene,
 pues, por la cuenta que os tiene,
 no sereis vos temerario.

El negar es nuevo exceso
 cuando os aseguro yo
 que ya estais convicto.....

Félix. No.

Sargent. Ni convicto ni confeso.
 Puede ser que haya quien abra
 de noche á un galan, y vos
 esteis gozando de Dios
 sin saber de ello palabra;
 que más de una travesura
 inventa la mocedad
 cuando el amor.....

[A Serafina.]

¿No es verdad,
 dulce y esquiva hermosura?
 ¿Sabeis vos, cara de flores,
 dónde está.....

Serafina. Yo no sé nada.

Sargent. Eh! no os pongais colorada.
 Todos somos pecadores.

Félix. ¿A qué preguntar á ella.....

Sargent. Yo sé bien á quién pregunto,
 patron. Vamos al asunto,
 y perdone ucé, la bella.
 Que un hombre esta noche entró
 por el balcon, es constante,
 y que ese hombre es vuestro amante
 con razon lo infiero yo.—
 No vale hacer la deshecha,
 que en prueba de lo que digo
 el retrato es buen testigo
 con la cifra y con la flecha.
 Ítem. Como no ha faltado
 quien leal me participe
 que un capitan de Felipe

estuvo aquí refugiado,
saco yo por consecuencia
que el dichoso capitán
es el oculto galán
que busca mi diligencia;
y así no admite reproche
mi juicio si conceptúo
que, huyendo el sol como buho,
os viene á ver cada noche.
Ahora bien, si convencida
le entregais, yo seré humano:
si negais y le echo mano
corre peligro su vida.

Serafina. Pues á tal conflicto llego,
sabed que hembras de mi raza
no cedén á la amenaza
cuando no las vence el ruego.
Ó cierto es el hecho, ó no.
Si en vuestro juicio hay engaño,
por dar apoyo á un extraño
no es justo que mienta yo.
Si un hombre se oculta aquí,
sea amante ó no lo sea,
venderle es acción muy fea,
y no la esperéis de mí.

Félix. Bien haya tu boca, amén!

Sargent. Valiente estais, ángel mio,
mas ya cederá ese brio.
Veremos quién vence á quién.

Félix. Nadie entró por el balcon;
á nadie encontrado habeis;
ninguna prueba teneis
para tal acusacion.

Sargent. Si no obráis de mala fe,
¿por qué...., os voy á confundir,
tardasteis tanto en abrir
cuando á la puerta llamé?

Félix. Rayaba apenas el alba;
todos en casa dormian;
las llaves no parecian.....

Sargent. Esa disculpa no os salva.
Luz habia, y los balcones.....

Félix. Mas, vuesaerá lo confiese,
¿no era justo que temiese
que me asaltasen ladrones?

Sargent. Digo que un hombre se encierra
aquí, pues entrar aquí
con estos ojos le vi
que se ha de comer la tierra.

Félix. ¿Cómo.....

Sargent. Á tomar el sereno
salí á mi balcon y á echar
el alma, porque á cenar
quizá me disteis veneno.

Félix. No lo creais, por Santiago.
Decid que el vino era fuerte
y bebisteis de tal suerte,
que hizo con vos un estrago.

Sargent. Será así. Siempre he tenido
afición á esas borrascas.
Pero ¿qué angustia! qué bascas!....
Cref dar un estallido.
Fresco ya como una rana

me volvía á mi tablado,
que el airecillo colado
me sirvió de ipecacuana,
cuando veo un fantasma
que de una casa vecina
á la vuestra se encamina
y asalta luego el balcon.
En un santiamen me visto,
callando lo que resuelvo,
os llamo, abris, salgo, vuelvo....,
y alabado sea Cristo.

Félix. Y en el tiempo que pasó,
si es verdad, que yo lo dudo,
que subió un hombre, ¿no pudo
bajar por donde subió?

Sargent. No, que mientras yo corria
á dar parte y traer gente,
al camarada de enfrente
dejé puesto de vigía.
Él, viendo que á poco rato
un hombre al balcon asoma,
sin decir punto ni coma
amartilla el pié de gato;
pero es hombre de cachaza,
ve que el otro se detiene,
y dice entre sí: conviene
que no espantemos la caza.
Vuelve adentro el fugitivo,
llego entónces y el asedio
formalizo. No hay remedio:
le atraparé muerto ó vivo.

Serafina. (Ay, Dios!)

Sargent. Ahora ¿qué decis?

Félix. Nada.

Sargent. Qué terco es el viejo!
Pues bien, por vuestro pellejo
no doy seis maravedís.
Dejémonos de dibujos,
porque yo..... Mas los criados
no se creerán obligados
á ser como vos cartujos.—
Que vengan á este aposento.

Félix. Es inútil..... (Otro apuro!)

Serafina. (Qué haré? Á mi padre aventuro
si á mi don Juan no presento.)

Sargent. Qué haceis? Idlos á llamar.

Serafina. Voy al instante.

[Yéndose.]

(Es peor
que no le vea. Ay dolor!....
Mas todos sabrán callar.)

[Vase por la izquierda del foro.]

ESCENA II.

D. FÉLIX. EL SARGENTO. LOS SOLDADOS.

Félix. (Qué hará?)

Sargent. [Aparte á los soldados.]

No va muy resuelta.

Ya vereis como esa gente declara.

Félix. (Lo más prudente es callar hasta su vuelta.)

Sargent. [Á *D. Félix.*]

Aun teneis en vuestra mano el librar vuestra cabeza si no os picais de nobleza, patron, y cantais de plano. Por las ánimas benditas, ved que la cosa es notoria, que aquí no hay escapatoria, y yo no me ando en chiquitas.

Félix. Dadme si quereis la muerte, ya que en esta disension cedan justicia y razon al derecho del más fuerte; mas dejad de porfiar, porque yo nunca podré revelar lo que no sé ni lo que debo callar.

Sargent. Más reo os haceis así, y ya que tentais á Dios, echáos la culpa á vos y no me la echeis á mí.— Pero mucho se detienen los criados. Á qué aguardan? Iré yo á ver por qué tardan en presentarse..... Ya vienen.

ESCENA III.

D. FÉLIX. EL SARGENTO. SERAFINA. DON JUAN. MANUELA. TOMÁS. BLASA. LOS SOLDADOS.

Sargent. Adentro, y avance uno..... Cualquiera.

[*Se adelanta Blasa.*]

Tu nombre?

Blasa. Blasa.

Sargent. Cuál es aquí tu incumbencia?

Blasa. Guisar, hacer la colada.....

Sargent. Bien está. Vas á decirme la verdad lisita y llana, ó por vida.....

Blasa. Preguntad.

Sargent. ¿Dónde está y cómo se llama el que anoche se coló por un balcon á esta casa?

Blasa. Yo no sé de quién me hablais, ni he visto ni oido nada. Mi cuarto está retirado de balcones y ventanas, y en fin, fuera del fogon, nunca sé yo lo que pasa.

Sargent. Cuidado con lo que dices.

Blasa. Digo la verdad y basta.

Sargent. [Á *Manuela.*]

Tú, ¿qué eres aquí?

Manuela. Doncella.

Sargent. Dios te provea, muchacha.

Manuela. Amén.

Sargent. Tendrás en la uña los secreticos del ama.

Manuela. Yo no soy su confesor.

Sargent. Me pareces linda maula.

Manuela. Yo, señor, ni palotada, que no acostumbro á meterme en camisa de once varas.

Sargent. Preguntadme por los míos...., y puede que os satisfaga.

Sargent. ¡Oigan la chusca.... Mejor que la doctrina cristiana sabes tú quién es el mozo que busco, cara de pascua.

Manuela. No sé tal.

Sargent. Y que entró anoche á manera de fantasma.....

Manuela. Mentira!

Sargent. Por un balcon....

Manuela. Ca!

Sargent. Embozado.....

Manuela. Patarata!

Sargent. Te estás burlando de mí?

Manuela. Me hace usarcé mucha gracia.

Sargent. De véras? Mira que puedo llevarte al cuerpo de guardia.....

Manuela. Sois demasiado galan para prender á una dama, y no es gloria de valientes un prisionero con faldas.

Sargent. Niña!.... (Conoce mi flaco. Lo mejor será dejarla; que si me echa otro piropo...., se acabó: soy hombre al agua.)

[Á *D. Juan.*]

Y tú.....—Calle! Aquí tenemos al del abrazo de márras. Cómo te llamas?

Juan. Alonso.

Sargent. Qué haces aquí?

Juan. Lo que mandan los amos; y nada sé de lo que ucé preguntaba; conque.... á otro con la música; que yo no diré palabra.

Sargent. Voto á bríos!.... ¿Así respondes, zanguango?

Juan. No se me alcanza otra cosa. Cada uno es como es y habla como habla. No es verdad?

Sargent. Ó tú eres tonto, ó tuno de mucha marca.

No sé si echarte en mal hora
ó romperte las espaldas.
Juan. Escoja ucé lo primero
y lo estimaré en el alma.
Sargent. Á ver tú?
Tomás. Yo soy Tomás.
Cuido de las alimañas,
traigo leña si se ofrece,
voy á la huerta, á la plaza.....
Sargent. Basta ya de tus empleos,
que la retahila es larga,
por lo visto. Ten conciencia,
y lo que sepas declara.
Qué oíste anoche? Qué visto?
Tomás. (No lo diré si me matan.)
Nada pude ver ni oír
de lo que usarcé demanda.
Soy criado de escalera
abajo y duermo en la cuadra.
Sargent. Eso está muy en el orden.
Mas siendo tal la jarana,
¿cómo es posible.....
Tomás. Lo dicho.
Cuando yo ronco en la cama
ni veo tres sobre un asno,
ni me despiertan campanas.
Sargent. ¿Conque todos lo negais?
¿Creeis que es cosa de chanza
ocultar á un enemigo
de su Rey y de su patria?

[D. Juan hace un gesto de cólera.]

Serafina. [En voz muy baja.]

Don Juan!
Sargent. Oís? Áun es tiempo.
Mirad que ya se me cansa
la paciencia. No os podréis
defender; estais sin armas,
y nadie saldrá de aquí,
que están las calles guardadas.
Si el criminal no parece,
la ley tomará venganza
de todos, y en la milicia
la ley no suele ser blanda.
Ea, el que ame su individuo
cante claro.

[Breve pausa.]

Todos callan!
¡Voto á..... ¿Quereis obligarme
á hacer aquí una sanfrancia?
Pues bien está: sin perjuicio
de las medidas á que haya
lugar, yo buscaba á un hombre,
y pues no le echo la zarpa,
otro hombre me he de llevar;
que sargentos de mi chapa
no se vuelven de vacío
cuando emprenden una hazaña.—
Patron, preso por el Rey!

II.

Juan. No sufriré tal infamia.
Yo.....

Serafina. [En voz baja.]

Por Dios!....

Los demas
criados. }

Señor!

Félix.

Silencio!

Será blanco de mi saña
el que respire. Llevadme,
Sargento.

Juan. Primero caiga
mi cabeza. Yo.....

Serafina. [Interrumpiéndole y adelantándose.]

Sargento,
yo entregaré á quien buscabais.
Yo sé dónde está escondido,
y aquí vendrá sin tardanza.

Sargent. Hola! hizo efecto la píldora.

Serafina. Juradme á Dios y á esa espada
respetar su vida.

Sargent. Juro,
que entre valientes se acatan
los derechos de la guerra.
De prisionero no pasa.

Serafina. [Mirando de soslayo á D. Juan.]

Ya lo oís, padre.

Manuela. (Ay de mí!)

Sargent. No estais muy enamorada
cuando entregais al amante.

Serafina. Así mi padre se salva.
Entre dos obligaciones
la de hija es la más sagrada.

Manuela. [Aparte con Serafina.]

Señora, ¿qué vais á hacer?
Mi pobre marido.....

Serafina. Calla.

Primero soy yo que nadie.

Manuela. Pero si yo declarara.....

Serafina. Prisionero y capitán,
estará como un monarca,
aunque preso; desertor,
le pasarán por las armas.
Elige tú.

Manuela. Prisionero.

[Se separan.]

Sargent. Qué os decia esa taimada?

Serafina. Como ella no tiene padre,
mi resolucion culpaba.

Sargent. Bien, pero ¿á qué os deteneis?
Venga ese hombre.

[Á los soldados.]

Acompañadla.

Serafina. No he menester esa escolta,
ni me está bien tolerarla.
Inútil será el rigor
como yo no le persuada.
No se rendirá, os lo fio,

17

si soldados me acompañan;
 ántes morirá matando;
 y ya que por mi desgracia
 de la libertad le privo,
 no he de ser tan inhumana,
 que arriesgue también la vida
 del que es mi vida y mi alma.

Sargent. ¡Fuego de Dios y qué amores
 se crían en esta Alcarria!

Serafina. En fin, ó sola he de ir,
 ó de lo dicho no hay nada.

Sargent. Ea, pues, tráigale pronto,
 y acabemos con mil sartas
 de diablos.

[*Vase Serafina por la izquierda del foro.*]

ESCENA IV.

D. FÉLIX. D. JUAN. EL SARGENTO. MANUELA.
 TOMÁS. BLASA. LOS SOLDADOS.

Sargent. Extraños son
 los caprichos de las damas.
 ¿No iba mejor con la tropa,
 pues aspira á capitana?

Félix. No consiente su decoro.....

Sargent. Qué decoro ni qué gaita?
 No era el peligro tan grande,
 que tienen buena crianza
 mis soldados; y yo os digo,
 sin andarme en filigranas,
 que á solas con un galán
 mejor el diablo las carga
 que en presencia de testigos.

Félix. Esa malicia es villana,
 que el capitán es su esposo.

Sargent. Y qué?

Juan. [*Á D. Félix en voz baja.*]

Sargent. Os cojo la palabra.
 Venga en fin el prisionero,
 y en hora buena, ó en mala,
 sea esposo ó no lo sea;
 mas sabed que no se maman
 el dedo hombres como yo.
 Haré registrar la estancia
 donde el capitán se oculta,
 que tal vez toda esa farsa
 es porque también allí
 escondéis pólvora y balas.

Félix. [*Aparte al Sargento.*]
 Registradla si es forzoso.
 Sólo encontrareis la plata
 y algunas joyas que estimo,
 no tanto por lo que valgan
 sino porque prendas fueron
 de mi mujer, que Dios haya.
 Es precaución natural

en una guerra obstinada.

Sargent. Cierto.

Félix. No temo de vos
 una acción indigna.....

Sargent. Basta.
 Aquí no somos ladrones.—
 Mas vive Dios que ya tarda.....
 Ah! Bien. Cumplió su promesa.

ESCENA V.

D. FÉLIX. D. JUAN. EL SARGENTO. MANUELA.
 TOMÁS. BLASA. SERAFINA. GABINO.
 LOS SOLDADOS.

[*Gabino se ha puesto sobre su vestido casaca,
 espada y sombrero de capitán de infantería.*]

Sargent. Acercáos. (Mala traza
 tiene el capitán.) Sois preso.

Gabino. [*Afectando gravedad.*]
 Está bien.

Sargent. Rendid la espada.

Gabino. [*Dándosela.*]
 Tomad.

Sargent. [*Á los soldados.*]

Ahora vosotros
 seguid al amo de casa.
 Registrad la madriguera
 donde este hombre se ocultaba.
 Si algo encontráis sospechoso.....,
 ya me comprendéis, se embarga;
 pero todo lo que sea
 dinero, ropas, alhajas.....
 quieto allí; no hay que tocarlo.
 Si os pringáis en una blanca,
 llorarán vuestras costillas
 las penas de la ordenanza.
 Cuando no hace resistencia
 no se entra á saco una plaza.
 Comer y beber á costa
 de un patron amigo....., vaya;
 robarle, no. Conque..... andad,
 y ojo avizor, camaradas!

ESCENA VI.

D. JUAN. SERAFINA. EL SARGENTO.
 MANUELA. GABINO. TOMÁS. BLASA.

Sargent. Ya lo veis, señora mía.
 Crudo soy como un agraz,
 tremendo; pero incapaz
 de hacer una bastardía.
 Eso sí, á todo enemigo

de mi Rey declaro guerra,
y si le esconde la tierra
como un huron le persigo.—
Yo siento, mi capitán,
no haberos preso en campaña.

Gabino. Yo no os envidio la hazaña.

Sargent. Yo á vos tampoco el desvan.

Juan. No se escondió por cobarde.

Sargent. Quién os mete á vos en eso?

Gabino. Dice bien. Calle el camueso
y más respeto nos guarde.
Sin una espada en el cinto,
fuera cosa impertinente
exclamar: yo soy valiente,
y ¡viva Felipe quinto!

¿Qué sirve, pues yo no puedo
hacer callar al señor,
decirle que hizo el amor
lo que él atribuye al miedo?
Si á un caballero español
no presta el Sargento fe,
si mi disculpa no ve

[Mostrando á Serafina.]

en esa cara de sol,
toda discusion es vana;
le diré que me escondí
porque Dios lo quiso así....,
y porque me dió la gana.

Manuela. (Ay! Aun se está chanceando!)

Sargent. Bien, capitán. Voto á Crispo
que habláis mejor que un obispo.

ESCENA VII.

D. JUAN. SERAFINA. EL SARGENTO.

MANUELA. GABINO. TOMÁS. BLASA.

D. FÉLIX. LOS SOLDADOS.

Sold. 1.º No hay nada de contrabando.

Sargent. Pues largo de aquí, que quiero
dar cuenta sin dilacion
de mi feliz comision
y sígame el prisionero.

Manuela. [Á Tomás y Blasa en voz baja.]

Ay! Le quitarán la vida!

Gabino. Detenéos un instante.

Soy sensible, soy amante!

No quereis que me despida?

Sargent. Bien, pero pronto ha de ser.

Gabino. Tengo el corazón tan negro.....

Sargent. Un abrazo al señor suegro
y otro abrazo á la mujer.

Gabino. [Abraza á D. Félix.]

Quedad con Dios, padre amado.....

Félix. Adios.....

Gabino. El llanto me ahoga.....
[Bajando la voz.]

Salvadme, ya que la sogá
quebró por lo más delgado.

[Á Serafina.]

Y tú, mi bien.....

[Á D. Juan desviándole y abrazando
á Serafina.]

Quitad vos.—

No llores!

Serafina. [Con forzado dolor.]

Querido esposo!

Gabino. [Con malicia.]

Prenda mia!..... Esto es forzoso.

Llévalo por Dios..... y ¡adios!

[La suelta. Serafina se sienta fingien-
do llorar.]

Sargent. Ea, partamos.....

Gabino. Dos breves
momentos.....

[Á Serafina.]

Adios, mi gloria!

[Á D. Juan con segunda intencion.]

No eches tú de la memoria.....
esos cuartos que me debes.

[Á los demás criados.]

Adios.....

[Á Manuela.]

Adios, picarueta.

[Va á marchar y se detiene.]

(¿Y he de partir, ¡qué crueldad!
sin abrazarla?.....)

[Al Sargento.]

Esperad.....

Dame un abrazo, Manuela.

[Manuela y Gabino se abrazan.]

Manuela. Dios..... os guarde.....

[Bajando la voz.]

Pobrecito!

Gabino. Cuida mucho á tu señora.

[Bajando la voz.]

Ay prenda que el alma adora!

Sargent. Qué abrazar tan infinito!

[Separándole de Manuela.]

Basta. Me haréis que sospeche
que sois mal casado.

Gabino. No.

Qué locura! Es que..... ella y yo.....
somos hermanos de leche.

Sargent. Vamos.

Serafina. [*Levantándose.*]

Ah!

Gabino. [*Volviéndose.*] Vuelvo á abrazarte....

Sargent. [*Irritado y empujando á Gabino.*]

No! Andad!

Gabino. [*Desaparece por la izquierda del foro con uno de los soldados.*]

Ah!.....

Sargent. Tanto moler.....

[*Al otro soldado en voz baja.*]

Ahora tenemos que hacer pesquisas en otra parte.

ESCENA VIII.

D. FÉLIX. SERAFINA. D. JUAN. MANUELA.
TOMÁS. BLASA.

Serafina. Ah! De buena hemos salido!

Manuela. ¡Sí, sí; todos, ménos yo y mi marido infeliz!

Félix. Todo será un mes ó dos de cómodo cautiverio, porque nada en la prision le faltará: yo lo fio.

Juan. Y yo tambien, que le estoy muy obligado.

Serafina. Perdona, que otro recurso no halló mi ingenio; y, á la verdad, tan egoista no soy como piensas; que el Sargento no es á don Juan á quien vió, sino á Gabino, subir desde la reja al balcon.

Manuela. Á ser pleito, yo tendria tanta razon como vos, señora...., si fuera lícito á un pobre el tener razon; pero, pues ya no hay remedio, sea por amor de Dios!

Juan. Si su vida peligrase yo no consintiera, no, que ocupase mi lugar. Ya reconozcan su error, ya por capitán le tengan, yo mi palabra te doy de que por canje ó dinero logrará su redencion. Corre además de mi cuenta vuestra suerte desde hoy.

Manuela. Ah, señor! ¿Y si averiguan.....

Félix. Eh! ¡Tanta lamentacion....
¿Y si yo le hubiera muerto ayer noche por su atroz

desacato, y á ti misma....
y á alguno más? ¡Voto á bríos....
Vete y déjanos en paz.

[*Á los demas criados, y se retiran.*]

Vosotros tambien.

Manuela. Perdon.....

Félix. Haremos.... lo que se pueda.
Lo hemos dicho.

Manuela. Bien, señor.

ESCENA IX.

D. JUAN. SERAFINA. D. FÉLIX.

Félix. Basta ya de compromisos. Ahora es forzoso que vos os alejeis de mi casa, no sea que el sargenton averigüe la verdad....

Serafina. Ya creo que no hay temor....

Félix. Como ha llegado á saberse que en mi casa se albergó un capitán de Felipe, bien puede el mismo soplón, careado con el preso, deshacer luégo el error. Ya no habrá en la calle tropa; que al partir aquel sayon, satisfecho de su empresa, depuso el ceño feroz y en completa libertad al parecer nos dejó.

Marchad, que crece el peligro y el tiempo corre veloz.

Juan. ¡Irme y dejaros expuesto á nueva persecucion!

Si el engaño se deshace y yo cobarde me voy, ¿quién sino vos será blanco del enemigo furor?

Félix. Y qué cargo me han de hacer? Hombre piden, y hombre doy.

Sólo acusarme pudieran si reclamasen á dos.

Juan. Piden un hombre, es verdad; mas ¿quién es el hombre? Yo.

Félix. Cuando entrasteis en mi casa pudisteis por precaucion mudar de nombre....

Juan. ¿Olvidais que aquí mismo en alta voz dijisteis que el refugiado era yerno vuestro?

Félix. No.

Juan. Ahora bien, ¿será creible que infamando así el crisol de su nobleza, un don Félix de Avendaño y Estremoz haya entregado una hija sin ninguna informacion,

al primer aventurero
que su mano le pidió?
Félix. Yo sabré, si llega el caso,
responder á esa objecion.
Serafina. Dejadle obrar, padre mio,
como ordenan su valor
y su sangre; y pues el cielo
nuestros destinos unió,
sea comun el peligro
y confiemos en Dios.
Juan. Decidme, si nó, ¿qué hariais
vos en mi lugar, señor?
Félix. No sé..... No quiero decirlo.
Quiero que os vayais. ¿No soy
dueño de mi casa?
Juan. Sí,
mas no lo sois de mi honor.
Félix. ¡Idos, y Dios os perdone
como yo os perdono á vos!
Juan. No exijais esa bajeza

de un capitan español.
Serafina. [Á su padre.]
Ceded. Ya estamos seguros.
Me lo dice el corazon.....
[Mira por el balcon.]
Ah! ¡Todavía en la calle
soldados!..... ¡Y aquel traidor
vuelve.....
[Se aparta del balcon.]
Félix. Veis? Ya es imposible
esconderos.....
Serafina. ¡Feneció
mi esperanza!
Juan. No. ¿Quién sabe.....
Félix. Ya llega.
Serafina. Sin alma estoy!

ESCENA X.

D. FÉLIX. SERAFINA. D. JUAN. EL SARGENTO. BERNABÉ.
EL SOLDADO 1.º

Sargento. Patron, no os cause espanto
esta nueva visita. Os quiero tanto,
que sin vos no me encuentro.

[Á D. Juan.]

Hola! Tú por aquí! Sea en buen hora.

[Al Soldado 1.º viéndole llegar.]

Sube el otro?

ESCENA XI.

D. FÉLIX. SERAFINA. D. JUAN. EL SARGENTO. BERNABÉ.
TOMÁS. LOS DOS SOLDADOS.

Soldado 1.º [Entrando.] Aquí está.
Sargento. Vamos adentro.

[Entra Tomás.]

Perdonadme, señora.
Son cosas del servicio.....
Félix. Si á las gentes asusto, ese es mi oficio.
¿Y cuál es vuestro intento,
que en mi casa otra vez.....
Sargento. Estadme atento.
Mientras en buen recaudo
ponen al capitan mis compañeros,
yo que de activo y de sagaz me aplaudo,—
sin vanidad lo digo, caballeros,—
á la casa derecho me encamino
de este honrado vecino,

porque de ella salia,
 y fiel ha sido la memoria mia,
 el embozado bulto
 que anoche entró esta casa por asalto.
 Comparece el patron, y dígoles: alto!
 Vos teniais oculto
 en esta casa á un hombre, y es el mismo
 que acabo de prender en la de en frente.
 Aquí voy á romperos el bautismo,
 ó habeis de declarar incontinentemente
 quién es, de dónde vino y á qué intento,
 y por qué en vuestro hogar de tapadillo
 le disteis sospechoso alojamiento.
 El hombre atortolado y amarillo
 ni responder sabía;
 mas tanto puede la elocuencia mia,
 y un revés con que airado le santiguó,
 que al instante averiguo
 aún más de lo que yo me prometia;
 es á saber, que el huésped de ese..... espía
 es desertor ¡no es nada lo del ojo!
 del Archiduque y Archirey de España.

Bernabé. Fué mi mujer, no yo; que me sonrojo
 de tan ruin proceder, la que á mi primo
 denunció por temor á vuestra saña.

Sargento. Es verdad, así fué; mas yo suprimo
 lo que no es esencial á mi propósito.
 Ahora bien, careado
 con el otro individuo en su depósito,
 que él sea vuestro primo habeis negado;
 este señor le reconoce yerno;
 su marido le llama
 esta graciosa dama;
 yo presencié no ha mucho el paso tierno
 de lágrimas y abrazos y clamores;
 yo sabía por datos anteriores,
 que nunca falta un Júdas que nos vende,
 que el tal es capitán como se nombra;
 luego, no cabe sombra
 de duda; en esta casa hay otro duende.

Félix. Sargento, esto ya pasa de la raya.
 No la habeis registrado?

Sargento. Vaya, vaya,
 excusado es negar. No necesito
 forzaros á mentir. Ya estoy seguro
 de cogeros, patron, en el garlito.

Serafina. (Oh Dios!....)

Sargento. Sólo un criado
 teneis: la vecindad lo ha declarado;
 luego entre dos que están de manifesto,
 uno es real y efectivo; otro, supuesto;
 y ese es el desertor.

Félix. Ninguno.....

Sargento. Calle!

Yo nada le pregunto.
 Otro responda y por su boca falle.

[*Á Bernabé.*]

Antes de un padrenuestro sois difunto,
 ó entre esos dos galanes
 mostradme el desertor.

Bernabé. Si descubro el secreto (Oh! ¡Voto á saues.....)

pierdo á mi primo.)
Sargento. Hablad.
Bernabé. (Terrible aprieto!)
Sargento. Acabe de una vez, no se distraiga,
 ó por Dios, que echo mano.....
Bernabé. (No; yo le he de salvar, caiga el que caiga.)
 [Mostrando á D. Juan.]
 Ese es el desertor.
Félix. Mientes, villano!
Serafina. Ah! No creais.....
Sargento. Sí creo.
 Bien maliciaba yo que este era el reo.
Serafina. Es vil calumnia.....
Félix. Os juro por mi nombre.....
Sargento. No hay ya jurar que valga.
 Mírelo bien el que á su abono salga,
 que pagará por él.....
Félix. No lo resisto.
Serafina. Piedad!.....
Juan. No. Yo declaro.....
Sargento. Atad á ese hombre.
Juan. Eso no, vive Cristo!
 Primero que mis brazos
 opriman afrentosas ligaduras
 me hareis aquí pedazos.
Serafina. Cielo! ¿Hay más desventuras!
Juan. Preso me doy. Mi suerte
 lo quiere así. Mi fuga es imposible.
 Si intento resistir, dadme la muerte.
 Su rostro á los cobardes tan terrible
 más de una vez he visto combatiendo.
 Herid, no me defiendo;
 pero mi altiva frente
 la vergonzosa mancha no consiente
 de infame desertor. Noble he nacido,
 Felipe recibió mi juramento,
 y ántes que yo violarlo fementido
 faltaria la luz del firmamento.
Sargento. Oigan! Y yo le tuve por salvaje!
 No es de torpe recluta
 ni de tosco gañan ese lenguaje.—
 Mas ahora va á nacer otra disputa.
 Si no sois vos el capitan que busco.....
 [Señala á Bernabé.]
 Luégo con ese chusco
 ajustaré mis cuentas.
Bernabé. Yo.....
Serafina. Silencio!
 [Á D. Juan.]
 Quién sois vos?
Juan. Soy don Juan Villavicencio.
Serafina. ¡Callad.....
Félix. ¿Qué haceis.....
Sargento. El capitan de márras?
Juan. [Sacando un despacho y mostrándoselo.]
 El mismo, sí. Leed.
Sargento. [Después de recorrer con la vista el papel.]
 Es evidente.
 [Á Bernabé.]

NO GANAMOS PARA SUSTOS.

Pues, según eso, el otro penitente
que ántes cayó en mis garras
será.....

Bernabé.
Juan.

No sé quién es.

Un desvalido

á quien yo debo estar agradecido.
Quizá aparezca reo,
mas sólo de ignorancia habrá pecado.
Libradle; es un pobre hombre; está casado.
Yo en rescate os daré cuanto poseo.

Sargento.
Serafina.

Librarle!.....

Ay! Á los dos. Sed compasivo.

Sin rendirle lidiando en lucha impía,
qué gloria puede daros un cautivo?
Y ese pobre cautivo es gloria mia!

Sargento.
Serafina.

¿Qué gloria.....

Dios eterno!....

Sargento.

Yo en actos del servicio
ni recuerdo la gloria ni el infierno.

Félix.

Oid. Si sois propicio....;
y bien podeis sin riesgo
darles la libertad, toda mi hacienda
será.....

Sargento.
Félix.

No escucho.....

Yo.....

Sargento.

Callad, os digo!

Veis que con rostro avinagrado y sesgo
las súplicas rechazo de una bella,
que tanto no creí poder conmigo,
y pretendeis que el oro me haga mella?
No hay piedad, no hay perdon!

[Señalando á D. Juan.]

Es mi enemigo.

Serafina.
Sargento.

Señor!.....

No más llorar; no más arenga.

[Al capitán.]

Vamos ya.

[Á Bernabé.]

Tú también.

Bernabé.
Sargento.

[Á Bernabé.]

Yo.....

Vamos.

[Al capitán.]

Venga!

[Óyese tocar á rebato y se va alejando el son de las
cajas hasta perderse.]

ESCENA XII.

D. FÉLIX. SERAFINA. D. JUAN. EL SARGENTO.
BERNABÉ. LOS DOS SOLDADOS. MANUELA.

Sargento. [Á los soldados.]

Oís? Tocan á rebato.

Manuela. Corre á la plaza la tropa.....

Sargento. ¿Qué será.....

Félix.

(Si Dios quisiera.....)

Sargento. [En voz baja con los soldados.]
¿Qué diablos de trapisonda
repentina.....

Sold. 1.º El enemigo
tal vez.....

Sargento. Los presos me estorban,
pero dejarlos aquí.....

Serafina. (Cielo!.....)

Manuela. [Bajo á D. Félix.]

El pueblo se alborota.....

Sargent. [Al soldado 1.º]
Corre á ver lo que es, y vuelve.

Sold. 1.º Voy volando.
[Vase corriendo por la puerta del foro.]

Voces. [En la calle.] Que nos cortan!
[El Sargento se dirige al balcon.]

Félix. [En voz baja, apretando la mano á D. Juan, y echando una mirada penetrante á Bernabé y Tomás.]
Ah!....

Juan. [Lo mismo.]
Sí!

Sold. 2.º [Al Sargento.]
Qué esperais?

Félix. Á ellos!
[Don Félix y D. Juan se abalanzan al Sargento: al mismo tiempo hacen lo propio con el soldado Bernabé y Tomás.]

Sargent. Traicion!
Sold. 2.º Traicion!
Félix. Punto en boca, ó sois muertos. Aun guardaba para un lance esta pistola.
[La saca y apunta al Sargento.]

Tomás. ¡Chit!....
Sold. 2.º ¡Voto á!....

Bernabé. [Sacando una navaja y amenazándole.]
¡Chito!....

Juan. ¡Rendid las armas!
[Se apodera de la espada del Sargento, y D. Félix de su alabarda.]

Bernabé. [Dando el arcabuz del soldado á Serafina.]
Tomad, señora.

Serafina. [Asustada.]
Yo!.... Dios mio!....

Manuela. [Tomando el arcabuz.]
Venga acá, que no me asusta la pólvora.....
(Yo tiemblo!)

Sold. 2.º Cuartel!
Sargent. ¡Reniego

de mi sino!....

Bernabé. [Soltando al soldado y tomando el arcabuz.]
Venga ahora.
[Á Tomás.]
Tenle tú.
[Á D. Juan.]
Mi capitán,
si os hice ántes mala obra por salvar á mi pariente, ahora ya es otra cosa. Vuestro soy.

Sargent. Soltadme ya.
Qué he de hacer sin mi tizona?

Juan. [Soltándole.]
Bien.
[Á Tomás, y este suelta al soldado.]
Suelta tú, pero ¡quietos, que ha llegado vuestra hora si os moveis!

Serafina. Don Juan!....
Félix. [Dándole la alabarda.] Tomás!
Armate tambien.

Serafina. ¡Qué loca temeridad! Ah! dejadlos. Que se vayan!

Sargent. La patrona dice bien. Mirad que luégo pueden volverse las tornas. Si vienen mis camaradas.....

Juan. Que vengan. Ya nada importa.
Félix. Sí, ya hemos echado el resto, y moriremos con honra si es preciso.

Sargent. ¡Sorprenderme á mí que tengo más conchas que un galápago! ¡Por vida!....

Félix. ¡Callad!....

Sargent. [Bajando la voz.]
No grito. Á mis solas dejad que vote y blasfeme y que los puños me coma de coraje.
[Suenan tiros á lo lejos.]

Serafina. Suenan tiros!
Ay!

Félix. Mejor.
Manuela. Dios nos socorra!
¿Si habrán matado á mi pobre marido! Virgen de Atocha!

Juan. Los tiros suenan distantes.
Sargent. Veis? Ya se ha armado la broma.
¿No os decia!.... Ira de Dios!.... Y yo aquí papando moscas!— Dadnos suelta, y si vencemos libres os dejo y sin costas.

Félix. ¿Qué es soltar!
Juan. Ya no.
Serafina. Dios mío!
 Mirad que os ciega la cólera.—
 ¡De un peligro se libertan,
 y á otro más grave se arrojan!
Juan. No. Castilla vencerá.
Félix. Sí; y en todo caso, boba,
 no es malo tener rehenes
 por si el triunfo no corona
 nuestras armas.
Bernabé. Ya ha cesado
 el tiroteo.
Manuela. ¡Dios oiga
 mis ruegos!
Serafina. ¡Virgen, sacadme
 con bien de tanta zozobra!
 ¿Quién habrá vencido!
Félix. ¿Quién?
 Esa duda me sonroja.
 Castilla!
Sargent. Ya lo veremos,
 señor patron. No eche roncas
 fuera de tiempo.
 [Se oye confuso rumor de gente á lo
 lejos.]
Serafina. Escuchad.....
 Suenan voces.....
Sargent. Puede que otra
 chamusquina.....
Félix. [A Manuela.] Abre el balcon.
Manuela. [Acercándose con miedo.]
 Señor.....
Félix. Abrelo.
 [Lo abre Manuela con precaucion.]
Voces. [En la calle.] Victoria!
Sargent. Si lo dije yo! Vencimos.
Voces. Viva Felipe!
Sargent. ¿Quién.....
Félix. Hola!
 Oís bien?
Voces. Viva Castilla!
Félix. Qué decis?
 [Suenan cajas y pífanos, y campanas
 á vuelo.]
Sargent. Que mala homba
 me aplaste.
Voces. [Más lejos.] Viva Felipe!
Manuela. [Al balcon.]
 Viva! La gente se agolpa
 á la plaza.
Juan. [Asomándose.]
 Á recibir
 á las huestes vencedoras.....

ESCENA XIII.

D. JUAN. SERAFINA. D. FÉLIX. MANUELA.
 EL SARGENTO. BERNABÉ. EL SOLDADO.
 TOMÁS. GABINO.

Gabino. [Entra acelerado y vestido como cuando se fué.]

Manuela!

[Todos salen á recibir á Gabino oyendo su voz.]

Manuela. Esa voz..... Gabino!

[Se abrazan.]

Gabino. Ven á mis brazos, cachorra!

Bernabé! [Le abraza.]

Bernabé. Primo del alma!

Gabino. Capitan!

[A D. Félix.]

Señor!.....

[A Serafina riéndose.]

Esposa!

Todos. [Menos el Sargento y el soldado.]

Bien venido!

Manuela. ¡Si lo veo
 y no lo creo!

Sargent. Ponzoña!.....

Félix. Cómo has podido salvarte?

Gabino. Voy á contaros la historia.
 Sorprendida una avanzada,
 los castellanos asoman
 de repente; el enemigo
 tiembla, se aterrulla; tocan
 á rebato; todos mandan.....
 Qué confusion! qué Liorna!
 Tomo pipa en el barullo
 y les hago la mamola.
 Aturdido y azorado,
 porque llevaba esta ropa,
 corría yo sin saber
 dónde dar con mi persona.
 Ya á la salida del pueblo
 me ampara una alma piadosa
 y presencio la algarada
 detras de una claraboya.
 Se retiran los rebeldes,
 los leales los acosan,
 huyendo de una columna,
 otra columna los corta,
 corre disperso el que puede,
 el que resiste, ¡per omnia
 sæcula!, y los más se rinden
 cantando la palinodia.

Serafina. Oh dicha!

Gabino. Escuchad. Áun falta
 lo principal. ¡Dos victorias
 decisivas! Todo el mundo

lo sabe ya y lo pregona.—
Las armas de don Felipe
dirigidas por *Vandoma*
han sorprendido en Brihuega
á un inglés, á un tal..... Estopa
viene á ser, ó así.....

Juan. *Stanhope.*
Gabino. Eso.—Qué día de gloria!
Seis mil hombres entre muertos
y prisioneros.—La otra
ha sido también en grande.—
Cerca de Villaviciosa.—
El Rey se halló en la función.—
Huye el austriaco en derrota.—
Villacañas se ha lucido.—
Cuentan acciones heroicas....
En fin, ya dan por segura
la paz.

Sargent. (Mal lobo te coma!)

Félix. Viva Castilla! En albricias
de nueva tan venturosa
cien ducados te prometo.

Gabino. Con ellos y mi gachona
no me cambio por un príncipe.

Félix. [Á *Tomás y Bernabé.*]
Lleváos de aquí en mal hora
á esos hombres, y entregadlos
al jefe de nuestra tropa.

Sargent. Ay fortuna, fortunilla!
Vamos.....

[Á *Manuela.*]

Adios, buena moza.—
Hoy agacho las orejas,
pero el mundo es una bola,
y yo volveré triunfante,
y esta casa será Troya.

ESCENA ÚLTIMA.

D. FÉLIX. SERAFINA. D. JUAN. MANUELA.
GABINO.

Serafina. Sueño parece. ¡Dichoso
término á tantas congojas!
Juan. Más lo será si tu padre
con dulce consorcio colma
nuestros deseos.....

Félix. ¿Volvemos
á la tema?

Juan. Haced memoria.....

Félix. No supe lo que me dije.—
Pero lo pondré por obra.
No suelta prendas en balde
el que de hidalgo blasona,
ni ha de ser adusto el labio
cuando el alma se alborozaba.
Dáos las manos.

Juan. [Tomando la mano de *Serafina.*]

Oh ventura!

Félix. Y abrazadme!

[*Lo hacen.*]

Á la parroquia

mañana.

Gabino. Así!

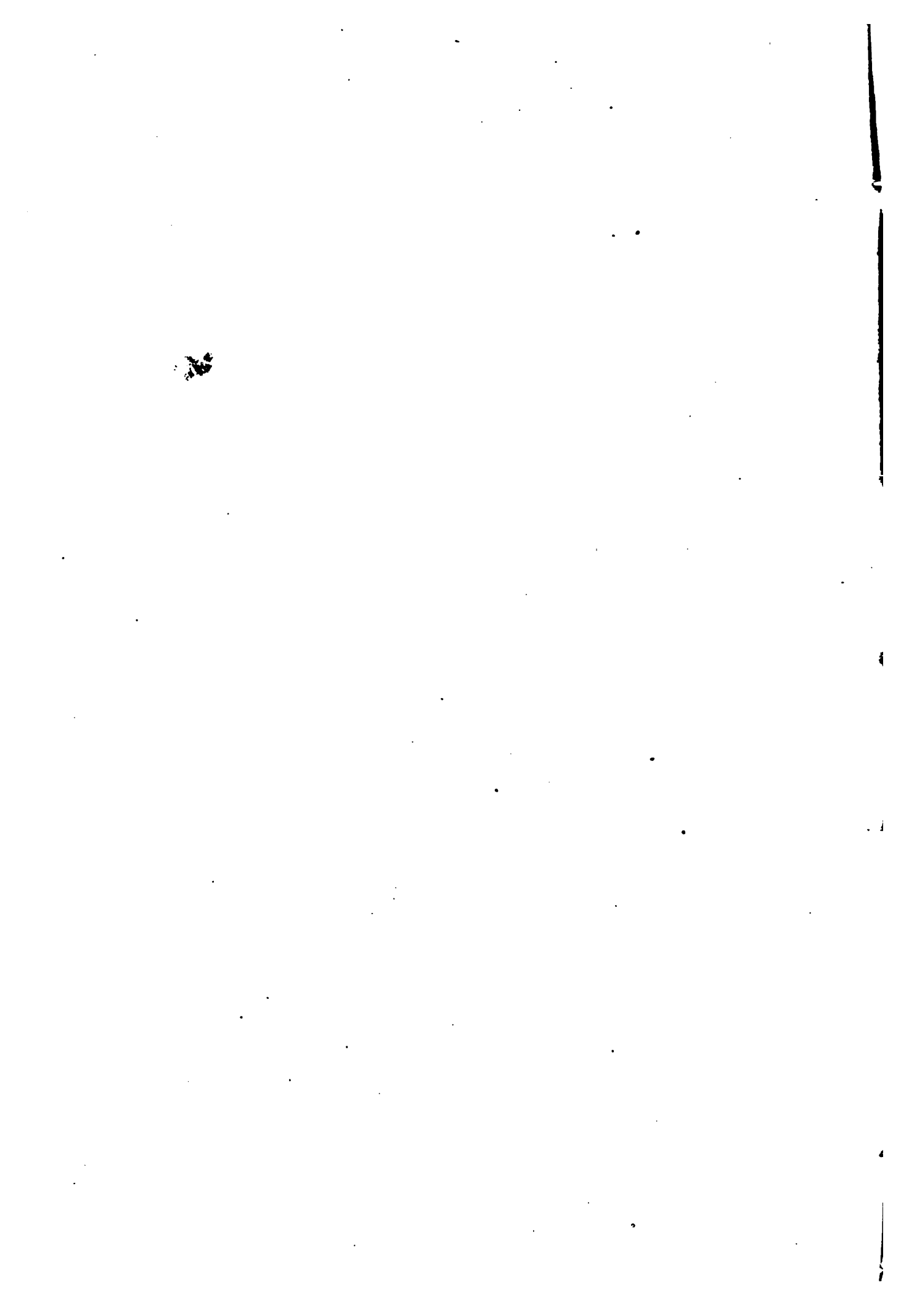
Serafina. Padre mio!

Manuela. Albricias!

Gabino. Viva la novia!

Félix. El triunfo de nuestras armas
tál me alegra y me remozaba,
que... ¡vive Dios!... suegro y todo...
he de bailar en la boda.





UNA VIEJA!

COMEDIA EN CUATRO ACTOS.

Se estrenó en el teatro del Principe el dia 30 de Noviembre de 1839.

PERSONAS.

DOÑA DAMIANA.	D. ALBERTO.
DOÑA LUISA.	D. JOAQUIN.
JACINTA.	MATEO.

La escena pasa en Carabanchel de arriba.

ACTO PRIMERO.

Sala baja medianamente amueblada. Forillo de antesala, y en su fondo una verja que da á un jardín. Puerta á la derecha, que es la del cuarto de doña Luisa. Otra á la izquierda, que conduce á la habitacion de doña Damiana. Á la derecha habrá un espejo.

ESCENA I.

DOÑA DAMIANA. D. JOAQUIN.

Dam. Vuelve á abrazarme, Joaquin.
Válgame Dios, qué buen mozo!

Joaquin. Favor que usted.....

Dam. No es favor.

Y qué encarnado, qué gordo!
Y qué bigotazo! ¿Es este
aquel alférez bisoño
que en su cara, ha pocos años,
apenas tenía bozo,
y tan delgado y enclenque
se criaba, que de un soplo
le podian derribar?

Vaya, si esto es un asombro!
Y mandas ya un escuadron!
Pues no salta más un corzo.
Desde el año treinta y tres.....

Joaquin. Y cuántos han ido al hoyo!

La fortuna en las batallas
rueda, se venda los ojos
y, madrina del bateo,
así regala á su antojo

grados, veneras y fajas
como agasajos de plomo.
Mi lote no ha sido malo,
porque habiendo visto al lobo
las orejas tantas veces,
vuelvo ascendido y orondo
y fuerte...., salvo el percance
de una lanzada en este hombro.....

[Señala el izquierdo.]

Dam. Una lanzada! Dios mio!

Joaquin. En ella tengo un barómetro
infalible que me anuncia
los aguaceros de otoño,
y las escarchas de Enero,
y los ardores de Agosto.

Dam. ¡Válgate Dios.....

Joaquin. Eh! son gajes
del oficio.—Mas tan pronto
no esperaba ver á usted,
querida tia. Mi gozo
ha igualado á mi sorpresa.
Llego á este aciago villorro
á reponer mi escuadron;
en frente de aquí me alojo;

huyendo de la patrona
á una ventana me asomo,
veo tan cerca las torres
de Madrid, que casi lloro
de verme aquí desterrado;
y cuando á Satan invoco,
se me aparece.....

Dam. Una vieja!
Puntual ha sido el demonio.

Joaquin. ¡Por Dios santo, tia Damiana.....
Tiene usted unas cosas..... ¿Cómo
piensa usted que puedo yo
comparar.....

Dam. Para vosotros
los muchachos Lucifer
y una vieja son sinónimos.

Joaquin. Oh! no para mí, que nunca
falté yo ni por asomo
al respeto.....

Dam. Si es verdad,
en eso te imitan pocos.

Joaquin. ¿Por qué me confunde usted
con la caterva de monos
que cifran todo su mérito
en ser groseros y tontos?
Defensor del sexo débil,
aunque no siempre es hermoso,
á las ancianas venero,
y á las jóvenes adoro.

Y, por cierto, si yo hubiera
de faltar, ó necio ó loco,
alguna vez á los nobles
principios de que me honro,
jamás á mi buena tia
blanco hiciera de mi encono,
ni ingrato á sus beneficios,
y para eterno sonrojo
de mi frente, á costa suya
la echaria de gracioso.

Dam. Chanza ha sido; no te enfades.
Siempre tuviste buen fondo.
Eres un buen caballero,
y no como tantos otros
que aunque se dan ese nombre
no lo son, ni por el forro.

Joaquin. Pero hágase usted justicia.
Ya no es usted un cogollo
florido, mas no tan vieja
que por temor á los zoilos
se deba apartar del mundo.
Tendrá usted cuarenta y ocho.....

Dam. Cincuenta y nueve cumplidos.

Joaquin. Cincuenta y nueve? ¡Fenómeno
singular! Nadie diria.....

Dam. Pues harto lo dice, al folio
no sé cuantos, en la iglesia
del señor san Pedro apóstol
el libro de bautizados;
y harto las patas de pollo
que mis párpados bloquean;

y en renglones tortuosos
harto lo dicen tambien
las arrugas de mi rostro;
y poblada mi cabeza
por estos rizos anónimos;
y despoblada mi boca
como castillo de moros.

Joaquin. Siempre zumbona y alegre!
Pero si tales piropos
se dice usted á sí misma,
¿por qué ha de causarle asombro.....

Dam. Porque una cosa es que á mí
no me ciegue el amor propio,
y otra cosa tolerar
que con indigno descoco
se mofe nadie de mí.
No está léjos de nosotros
cierta viuda pedantuela
que me ha tomado entre ojos,
y con sus pullas me abrasa
y me tiene aquí en un potro.
Todo es envidia, porque ella,
aunque quiere darse tono,
ni paga lo que yo pago,
ni come lo que yo cómo,
ni oscurece mis brillantes
con sus dijes de abalorio.
Ya se ve, como ella al cabo
no es fea, y hay tantos bobos
que le hacen la corte.....

Joaquin. Aquí?

Dam. ¡Si en verano es un emporio
Carabanchel! Media Corte
viene aquí huyendo del polvo
y del calor, porque dicen
que esto es más fresco y más cómodo.
Ello es verdad que la vista
apénas descubre un olmo;
que las calles son barrancos,
y las casas calabozos;
que no hay ventana que cierre
ni mueble que no esté cojo;
que si algo bueno se come
se paga al peso del oro;
que si á la izquierda hay basura
á la derecha hay escombros;
que dia y noche clamando
dejan á un cristiano sordo
grillos, tábanos, gallinas,
pordioseros y abejorros;
que aquí se pasan, en fin,
las penas del purgatorio;
pero ¿qué quieres! La moda
lo exige, y..... punto redondo.

Joaquin. ¡Y usted tambien, tia Damiana,
paga tributo á su trono!

Dam. ¿Qué sé yo.... Por mudar de aires....
Me hicieron tantos elogios
de este maldito lugar..... (*)
Mas volvamos al negocio

(*) De algunos años á esta parte se han construido varias casas de recreo en ambos Carabancheles, se han reedificado otras, y ha mejorado mucho el aspecto de aquellas poblaciones.

de la viudita. Ayer tarde, por inquietar mi reposo, toda la siesta de Dios cantó, y con un desentono tan cruel, que á poco rato la hicieron ladrando el coro tres perros que hay en la fonda y todos los del contorno. No paró en esto la gracia. Llega la noche y dispongo bañarme como acostumbro; ya medio desnuda, tomo la precaucion de graduar el agua con el termómetro; pero, por más que los caños la derramaban á chorros, el baño no se llenaba.

¿Qué es esto, Dios bondadoso, exclamé, qué es esto? Y ya los piés tenía en remojo. El agua crece; me subo al sofá; pido socorro.... La doncella que me asiste ¡se desmaya! Ay, san Antonio! Nadie me oía; los caños desatados.... Era un golfo aquello.... Por fin acuden el fondista, el mayordomo, los criados, y á remolque me sacaron entre todos. Ah! si tardan dos minutos, no hay remedio; allí me ahogo.

Joaquin. Mi pobre tia!.... Sin duda estaria el baño roto por alguna parte....

Dam. Sí, taladrado por el fondo, y adrede. ¿Y quién sino ella, que me mira con tal odio, fuera capaz....

Joaquin. Esa viuda es de la piel del demonio.

Dam. Oh! le pesará.

Joaquin. Es mujer, que si nó, mi justo enojo....

Dam. No es malo que estés aquí por si he menester tu apoyo; mas sabré vengarme sola, y la he de ver en el colmo del despecho, aunque por ella arruine mi patrimonio.

ESCENA II.

DOÑA DAMIANA. D. JOAQUIN. MATEO.

Mateo. [Viniendo del jardín.]

Aquí estoy con la frambuesa. De cogerla vengo ahora. Cuando usted guste, señora,

puede sentarse á la mesa. Vamos á almorzar, Joaquin. ¡Si supiera usted....—¡qué clavo para mi alma!—lo que acabo de escuchar en el jardín!

Dam. Dime....

Mateo. Allí está la viudita sentada junto al rosal mano á mano con un tal don Alberto Piedrahita.

Dam. Calla! ¿Está en Carabanchel....

Mateo. Desde anteayer, y la viuda, á lo que veo, sin duda se ha decidido por él. Pero yo no me santiguo por eso, que segun habla, aunque hoy de nuevo se entabla, el negocio es más antiguo.

Por detras de la pared de la noria, sin ser visto, he escuchado y.... Jesucristo! Cómo la ponen á usted!

Dam. También el galan?

Mateo. Los dos.

Dam. Dirán que soy una arpia....

Mateo. Y estampa de la herejía, y bruja y.... Válgame Dios! En poco estuvo—¡mal año!—que no les tiré la cesta.

¡Qué reir lo de la siesta y la aventura del baño!... Y por fin,—¡qué hambre y qué sed de hacer mal!—el consabido escribir ha prometido unas coplas contra usted.

Dam. Eso más!

Joaquin. Si es tan villano, ya que no puedo sin mengua cortarle á ella la lengua, á él le cortaré la mano.

Dam. No quiero yo tan sangrienta venganza, ni él la merece. Otra mejor se me ofrece.... y esa corre de mi cuenta. Sin que él me conozca á mí, de lo cual me doy albricias, tengo yo largas noticias del tal don Alberto.

Joaquin. Sí?

Dam. Es un insigne trонера, un perdido, un jugador, y á esa viuda hace el amor.... como lo haria á cualquiera. Sin duda sufrió reveses en el juego, aunque ladino, y á Carabanchel se vino huyendo de los ingleses.—Vamos, vamos á almorzar. Pronto, aunque pese á la viuda, has de ver, si Dios me ayuda, cosas que te han de asombrar.

ESCENA III.

MATEO.

Esa vieja es muy sutil.
 Quizá
 sabe más que un alguacil;
 mas la viudita gentil.....
 ya, ya!
 Puede arder en un candil.
 Ello dirá.
 Ya se verá.
 El oro es buen ministril,
 pero un hermoso perfil.....
 ¡Qué trapisonda
 se va á armar en esta fonda!
 Huy!.... Otra guerra civil.

[*Entra en la habitacion de doña Damiana, y al mismo tiempo llegan por el jardin doña Luisa y D. Alberto.*]

ESCENA IV.

DOÑA LUISA. D. ALBERTO.

Luisa. Muy picante. Lo oye usted?
Alberto. Sí, como mia.
Luisa. Á este precio
 olvidaré las perfidias
 de usted, y absoluto dueño
 será de mi corazon
 como lo fué en otro tiempo.
Alberto. Usted me habla de perfidias,
 y lleva aquí al retortero
 diez galanes.....
Luisa. Si ellos son
 unos fatuos, yo no tengo
 la culpa. Si usted no hubiera
 faltado á sus juramentos,
 nadie le disputaria.....
Alberto. Fué venganza, fué despecho,
 fué no quererme morir
 de una indigestion de celos.
 Aun tengo aquí atravesado
 al guardia.....
Luisa. No hablemos de eso,
 que si ajustamos la cuenta
 no sé quién saldrá debiendo.
 Anoche me decidí
 por usted. Todos lo vieron.
 Digo! si no es preferencia
 dos horas de cuchicheo
 con usted, y no querer
 bailar con ninguno de ellos,
 y al salir de la tertulia
 otorgar el privilegio
 de darme el brazo á usted solo
 entre tantos caballeros.....
 Y por cierto que, perdida

la esperanza, algun mancebo
 murmurando maldiciones
 se tiraba de los pelos.
 Si esto no es amar de véras
 diga usted que no lo entiendo.
 En verdad.....

Alberto.
Luisa. Volviendo ahora
 á esa vieja que detesto,
 es fuerza que la haga usted
 mofa y escarnio del pueblo.
Alberto. Qué no haré yo por mi Luisa?
Luisa. Sin nombrarla, por supuesto,
 que eso tiene inconvenientes
 y nos expondria á un pleito.
 Basta que usted la retrate.....
Alberto. Pues ya, con todos sus pelos
 y señales, de manera
 que la reconozca un ciego.
Luisa. En cuanto á pelos..... Mejor
 diria usted los ajenos.
Alberto. Usted perdone: son suyos,
 que los compré al peluquero.

Luisa. [*Riendo.*]
 Bravo! Así, por ese estilo.....
 Y no basta que los versos
 se lean en la tertulia
 y circulen por el pueblo,
 que en todos los folletines
 de los periódicos quiero
 que se impriman.

Alberto. Sí, señora;
 y á mayor abundamiento,
 luégo que vuelva á Madrid
 hago ánimo de leerlos.....
Luisa. Dónde? En el café del Príncipe?
Alberto. Eso es poco. En el Liceo.
Luisa. Bien pensado.—Mas ya es hora
 de que nos den el almuerzo.

[*Tira de un cordon y suena dentro una campanilla.*]

Hoy me he propuesto obsequiar
 á usted.....

Alberto. Mil gracias.

[*Sale Mateo del cuarto de doña Damiana.*]

ESCENA V.

DOÑA LUISA. D. ALBERTO. MATEO.

Luisa. Mateo.....
Mateo. Mande usted.
Luisa. El desayuno
 en mi cuarto. Dos cubiertos.—
 Lo mejor que haya en la fonda:
 estás?—Vino de Burdeos,
 agua de nieve.....
Mateo. (Ahora es ella.)

Señora mía, no puedo servir á usted.
Luisa. Eh?
Mateo. No hay nada que comer.
Luisa. Qué estás diciendo?
Mateo. La despensa y accesorios son propiedad de otro dueño.
Luisa. Desde cuándo?
Mateo. Hace una hora que la compró.....
Alberto. Quién, mastuerzo?
Mateo. Doña Damiana.
Luisa. La vieja!
Alberto. Tú te burlas.
Mateo. Nada de eso. Aves, jamones, legumbres, verduras, aceite, huevos, pan, vino, frutas, conservas, vaca, tocino, carnero, y hasta el pimiento y los ajos, y el perejil y el orégano.
Luisa. Será cierto?
Alberto. Estás bebido?
Mateo. Lléveme el diablo si miento. Ella tiene ya las llaves de todo y mi amo el dinero.
Luisa. ¿Conque esa bruja me sitia por hambre?
Mateo. Así lo comprendo.
Alberto. [En voz baja.]
 Qué quiere usted! Represalias.....
Luisa. No puede ser. Don Alberto, hable usted con el patron. Él dirá.....
Alberto. Voy al momento.
 [Vase por la derecha del foro.]

ESCENA VI.

DOÑA LUISA. MATEO.

Mateo. Querrá dar algun convite, ó dedicarse al comercio por menor, ó ¿qué sé yo? Ello es que todo el repuesto es suyo y que lo ha pagado á cuatro veces su precio.
Luisa. ¿Porque yo no almuerce aquí! Pues no logrará su objeto, á no ser que haya cargado tambien por darme tormento con todas las provisiones del lugar.
Mateo. No sé..... De ménos nos hizo Dios; porque, al fin, si hay, como dice el proverbio, gustos que merecen palos,

II.

tambien dice otro discreto refran español: más vale un gusto que cien panderos, y sarna con gusto.....

Luisa. Calla!
 Cuando estoy hecha un veneno ¿me vienes tú con refranes?

ESCENA VII.

DOÑA LUISA. D. ALBERTO. MATEO.

Luisa. Que dice ese hombre?
Alberto. Que es cierto.
Luisa. Infamia!..... Habré de mandar que compren algo, y lo haremos guisar.....
Mateo. Aquí? No es posible.
Luisa. Pues ¿cómo.....
Mateo. No hay cocinero. Le ha tomado á su servicio doña Damiana.
Luisa. ¡Qué horrendo despotismo!
Mateo. En fin, señora, víveres, fogon, cubiertos, vajilla, criados; todo, todo es suyo.
Alberto. Estamos frescos!
Luisa. Yo no sé quién me contiene que no la araña y la muerdo, y la..... Jesus! Me va á dar una convulsion de nervios.
Mateo. Ha sido un traspaso en forma.....
Luisa. Un traspaso? Segun eso, si se le antoja, tambien me echará de mi aposento.
Mateo. No hará tal. En todo caso tendria que dar el tiempo de la ley.....
Alberto. Allá el fondista se avenga con ella, pero, pues casa pública es esta, tiene que servirnos.....
Mateo. Niego. Ya no es pública, que el amo quitó la muestra, y..... *laus Deo.*
Alberto. Eso es engañar al público, y si toma mi consejo esta señora, demanda, y pleito al canto, y veremos.....
Luisa. Y entre jueces y abogados gastaré lo que no tengo, y lo perderé con costas..... y miétras tanto no almuerzo!
Mateo. Todo puede componerse, que no es el leon tan fiero como lo pintan. Mi ama, que ya como á tal la cuento, está un poco resentida

18

por lo de anoche y, hablemos en plata, confiese usted que es con harto fundamento; mas ahora poco decia: si reconoce sus yerros doña Luisa y me promete respetar de hoy más mi sueño, y mis baños, y mis años, y muestra arrepentimiento.....

Luisa. Pues! La pediré perdon de rodillas.....

Mateo. No. Con ménos se contenta. Con cualquiera disculpa, y alza el secuestro de la cocina, y pelillos á la mar.

Luisa. No, no. Primero morirme de hambre.

[Llaman en el cuarto de doña Damiana haciendo sonar un vaso.]

Mateo. Allá voy.—

¿Conque guerra á sangre y fuego?

Luisa. Sí, guerra á muerte.

Mateo. Si usted engorda así, buen provecho.

[Entra en el cuarto de doña Damiana.]

ESCENA VIII.

DOÑA LUISA. D. ALBERTO.

Luisa. Hay vieja más insurgente? Ah! de cólera me abraso. Yo voy.....

Alberto. Eh, no haga usted caso, que sin duda está demente.— Mas yo presumo que todo es farsa.

Luisa. Farsa?

Alberto. Sí tal. Por motivo tan trivial ¿quién se arruina de ese modo? No será tan temeraria.....

Luisa. No se arruina á dos tirones, que tiene muchos doblones.

Alberto. (Oiga!) Es rica?

Luisa. Millonaria.

Alberto. ¿Conque sus bienes.....

Luisa. Inmensos. Quince casas en Madrid, hacienda en Valladolid, y los juros y los censos..... Oh! y en Teruel y en Sigüenza.....

Alberto. ¡Tanta renta.....

Luisa. Y yo ninguna!

Alberto. Está visto. La fortuna

ha perdido la vergüenza.

Luisa. Es un horror!

Alberto. Un absurdo.

Luisa. Que clama al cielo!

Alberto. Pues ya!— ¡Y su marido será algun ricacho palurdo!

Luisa. No. Tambien es viuda.

Alberto. (Hola!)

Luisa. No es esto decir que yo tenga envidia de ella.....

Alberto. Oh! no.

Luisa. Sesenta años á la cola.....

Alberto. Digo, si es larga la fecha! Y usted en su Mayo florido, y tan bella..... (Este año ha sido asombrosa la cosecha.) Mírela usted con desprecio.....

Luisa. Sí, pero á punta de lanza quiero llevar mi venganza, y usted.....

Alberto. Sí. (No soy tan necio.)

Luisa. La sátira.....

Alberto. Sí, muy bien.

Luisa. Si usted no vuelve por mí..... La hará usted?

Alberto. Digo que sí. (Mas no digo contra quién.)

Luisa. Ahora la vieja me obliga con el rigor de su asedio á almorzar—¡no hay más remedio!— en casa de alguna amiga. Bufando estoy de córaje. Vendrá usted conmigo?

Alberto. Sí.

Luisa. Espéreme usted aquí mientras me mudo de traje.

ESCENA IX.

D. ALBERTO.

Vamos á cuentas, Alberto. ¿Con qué razon, con qué ley á esa señora mayor harias guerra cruel? ¿Qué pasion acrisolada, ó qué gloria, ó qué interes te precisa á inocularte de una envidiosa la hiel? Por una coqueta frívola, que te plantará tal vez mañana, si caprichosa te dió su privanza ayer, ¿has de esgrimir lengua y pluma contra una vieja de bien? ¿No sería más prudente acaso obrar al revés, y campeón declararte de la ultrajada vejez?

¿Quién sabe si todavía
será de buen parecer,
ó si es tanto de sus prendas
morales el almacén,
que haga olvidar las arrugas
de su venerable tez?
Ahí es nada! ¡Quince casas
en la Corte, y en Teruel
propietaria, y en Sigüenza,
y en Valladolid también!.....
Pues aunque cuente más años
que tuvo Melquisedec,
¿cómo no ha de ser amable
tan opulenta mujer?
Qué de onzas tendrá! La boca
se me hace toda una miel.
Nunca don *Félix Utroque*
ni feo ni viejo fué;
y esto no es adulación,
que no me trato con él
hace días, ¡de resultas
de aquel infernal *entrés!*
Mas si cortejo á esa..... crónica,
Luisa me va á aborrecer.
Eh! si logro mi deseo,
qué me importa su desden? —
Y Jacinta? Más pesar
tendría de ser infiel
á aquella inocente niña.
Me quiere con tanta fe!....
Yo también la quiero un poco,
aunque apenas hace un mes
que la trato.—Pero vive
en casa de poco tren.
Calle del Rubio!.... No doy
por su dote un alfiler.

ESCENA X.

D. ALBERTO. MATEO.

Mateo. (Solo ha quedado. Esta es buena
ocasion.)

[*Acercándose.*]

Dios guarde á usted.

Alberto. Qué quieres?*Mateo.* Doña Damiana
me ha entregado este papel.....[*Le da una esquila.*]*Alberto.* Para mí?*Mateo.* Lea usted el sobre.....*Alberto.* «Señor don Alberto.....»*Mateo.* Pues.*Alberto.* Te manda esperar respuesta?*Mateo.* No, señor. Hasta más ver.

ESCENA XI.

D. ALBERTO.

Carta á mí! ¿Qué me dirá.....
Leyéndola lo sabré.

[*Abre la esquila y lee.*]

«Muy señor mio y amigo:
Si se precia usted de ser
como entendido prudente
y como galán cortés,
tómese usted la molestia
de visitarme á las diez,
y no se arrepentirá,
lo espero, de complacer
á su atenta servidora
Damiana Perez Mallen.»—
Una cita! Qué sorpresa!
Ella misma me da pié.....
Esto es hecho. Me declaro
su amante..... Qué voy á hacer?
Me silbarán mis amigos.....
Bobada! les taparé
la boca con sendas copas
de Champaña y de Jerez.
¿Quién no aplaude á un hombre rico
cuando es dádivo, quién?
Para uno que me censure
me tendrán envidia seis.
Pecho al agua..... Mas Luisita
sale ya. Guardo el papel.

ESCENA XII.

DOÑA LUISA. D. ALBERTO.

Luisa. Qué hora tenemos?*Alberto.* [Mira su reloj.] Las nueve.*Luisa.* Qué temprano! Ya se ve,
se madruga tanto aquí!*Alberto.* [Distraído.]

Mucho..... (Pues yo he de volver...)

Luisa. Vamos. Déme usted el brazo.*Alberto.* Dónde?*Luisa.* Á casa de Isabel.—

Qué distraído!....

Alberto. No. Estaba
meditando un plan.....*Luisa.* Ya sé.

El de la sátira.

Alberto. Sí,
mas sin perjuicio de aquel,
estaba pensando en otro
que ni el mismo Lucifer.....

Luisa. Sí?Cuál? Sepamos.....
Alberto. Fingir
 que adoro á la vieja.....
Luisa. Bien.
Alberto. Con mucho fervor, aunque haga
 el sacrificio cruel
 de suspirar y gemir,
 y arrodillarme á sus piés,
 hasta lograr que me escriba
 ó alguna prenda me dé.....
Luisa. Entiendo, sí, y hacer de ella
 cruel rechifa despues.
Alberto. No. Mejor será dejarlo,
 que me expongo á su desden.....
Luisa. Qué importa, si es una burla?
 Pero es tanta su sandez.....
 Lo creará á puño cerrado.

Hagamos un entremes
 con ella.
Alberto. Es chanza pesada.....
Luisa. Que lo sea. No hay cuartel.
 Yo lo exijo.
Alberto. Pues corriente.
Luisa. Los tontos, dijo un frances,
están aquí bajo para
nuestro menudo placer ().*
Alberto. (Traduccion libre!)
Luisa. Riamos
 y ria Carabanchel.....
Alberto. Bravo!....
Luisa. Á costa de una tonta.
Alberto. Sí, sí..... Cuento con usted.

[*Vanse por la derecha del foro.*]

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

DOÑA DAMIANA.

[*Sale de su cuarto vestida con mucho lujo y con afectada elegancia.*]

Las diez van á dar: la hora
 del desengaño ó del triunfo.
 ¿Vendrá á la cita el señor
 don Alberto? No lo dudo.
 Mi carta debió picar
 su curiosidad, y mucho.
 Como todo se chisnea
 en los lugares, alguno
 le habrá dicho ya á estas horas
 que poseo diez mil duros
 de libre renta, y no es hombre
 de haber echado el anuncio
 en saco roto.—Y en fin,
 si no viene, ¿qué aventuro?
 Poco ó nada. Podrá ser
 que entre cuatro boquirubios
 y otras tantas coquetuelas
 glose con maligno estudio
 mi carta, y que á costa mia
 gane concepto de agudo,
 y que escriba contra mí
 una sátira en esdrújulos;
 mas sin darle yo ocasion
 para ataque tan injusto,
 ¿no prometió denunciarme
 á la censura del vulgo?—
 Pero si acude goloso

al cebo con que le busco;
 si desbanco á doña Luisa
 y abato su necio orgullo,
 ¡qué satisfaccion, qué lauro
 para mí! ¡Tendria gusto
 de verla trinar de ira
 y retorcerse los puños.....
 No ha bastado á mi venganza
 embargarle el desayuno.
 Le he de quitar el amante,
 y lo sabrá todo el mundo,
 y aprenderá á respetar
 ¡la fatua! mis doce lustros.—
 Qué tal estaré prendida?
 ¿Deslumbraré con mi lujo
 al perdulario galan?
 Veamos.....

[*Se mira al espejo.*]

Huy! *Abrenuncio!*

Nunca estuve más horrible.....
 ni más vieja. ¡Qué de surcos
 en mi ultrajado semblante!
 Galas mi cuerpo caduco?
 ¿Rosas mi pálida frente,
 que si bien la cuenta ajusto
 es casi contemporánea
 de Federico Segundo?
 ¿Quién vió la pascua florida
 en vigilia de difuntos?
 Ah! si yo fuera tan tonta
 como otras viejas al uso
 del dia, ¡cómo llorara
 cuando al espejo consulto!

(*) *Les sots sont ici bas pour nos menus plaisirs. (GRESSET.)*

Mas, por dicha, me conozco,
y sin ensayar repulgos
de postiza juventud,
dejo al tiempo lo que es suyo,
y yo la primera soy
que me rio de mi busto.

ESCENA II.

DOÑA DAMIANA. D. ALBERTO.

Alberto. [Llega por la derecha del foro.]

Dam. Señora, beso los piés.....
Caballero....., la visita
estimo..... (Lo dije. Él es.
Qué poco faltó á la cita!)

[Sentándose.]

Alberto. Ruego á usted que tome asiento.
Aquí?

Dam. Sí, que es esta sala
más fresca que mi aposento.

Alberto. [Sentándose.]

(La vejez está de gala.)
Dam. Dirá usted que es singular
la libertad que me tomo.....

Alberto. Nada de eso. (Qué collar!
Vive Dios que no es de plomo.)
Yo ruego á usted que me excuse
si ántes, viviendo pared
de por medio, no me puse,
señora, á los piés de usted.
Esperaba mi equipaje.....
Estaba un poco indispuerto.....
(Qué pulsera! Y el encaje?)
El temor de ser molesto.....

Dam. El temor! Ja, ja..... qué risa!

Alberto. Crea usted, señora.....

Dam. Ba!

Eche usted á doña Luisa
la culpa, y no mentirá.

Alberto. Á doña Luisa? No. Es cierto
que soy su amigo.....

Dam. Su amigo!

Un poco más, don Alberto.
Sea usted franco conmigo.

Alberto. Cumplimientos de cartilla
le habré dicho.... Ella no es monja....
Mas con intencion sencilla
y así...., por mera lisonja.

Dam. Pues yo sé que de otro modo
lo entiende ella.

Alberto. Qué jactancia!
Vaya, hay mujeres que todo
lo convierten en sustancia.
Amor es de comodín
el que ella reputa fiel,
amor transeunte.....; en fin,
amor de Carabanchel.

Dam. Amigo, no es usted justo.
Bella, jóven y graciosa,
la viuda es plato de gusto.

Alberto. Bobada! No vale cosa.

Dam. Alegre, viva.....

Alberto. ¡Si yo
soy hombre de mucha calma!

Dam. Sus prendas físicas.....

Alberto. Oh!

Más precio yo las del alma.

Dam. Su elegancia.....

Alberto. No la abono.

Dam. Su talento.....

Alberto. Es una fatua.

Dam. Su donaire.....

Alberto. De mal tono.

Dam. Su garbo.....

Alberto. Si es una estatua!

Dam. Segun eso, ha de tener
un mérito extraordinario
la venturosa mujer
que agrade á usted.....

Alberto. Al contrario.

Soy filósofo, y prescindo
de esas bellezas así.....

Lo que para otros es lindo
es horrible para mí.

Dam. Cosa extraña! ¿Es usted fiera,
ó pico de Guadarrama?

Alberto. Ah! no.

Dam. Pues ¿cómo quisiera
usted que fuese su dama?

Alberto. (Llegó el crítico momento.)

Pues ya que usted lo desea
voy á decir lo que siento.

Dam. (Para el tonto que te crea!)

Alberto. No son para mi servicio
damas de lozano Abril,
porque si una tiene juicio
hay fuera de juicio mil;
ni graciosa me la ofrezcan
y linda como unas pascuas
para que otros la apetezcan
y me hagan vivir en ascuas:
Eso no! ¿Cuánto más vale
una mujer ya madura
que me cuide y me regale
con amorosa ternura?

La juventud! Es tan breve.....

El tiempo corre que vuela;

¿y á qué cara no se atreve
descortes erispela?

¿Cuántas en flor no perecen
víctimas de la farmacia?

Pero jamás envejecen

talento, virtud y gracia.

Denme mujer de experiencia;

lo demas importa un pito.

Si ha menester indulgencia,

yo tambien la necesito;

y por fin la que en su red
me prenda ha de ser..... (audacia!)
verbigracia,.... como usted.

Dam. Qué gracioso verbigracia!
Alberto. Lo digo como lo pienso.
Dam. ¡Despreciar viudita fresca
y cargar con este censo!
Sabe usted lo que se pesca?
Alberto. No hay que hablarme de esa viuda.
Sólo usted mi dicha labra
si su mano.....

[Doña Damiana se rie.]

Usted lo duda?
Pues cójame la palabra.
Dam. ¡Yo inspirar, pobre de mí,
un amor tan repentino!
Alberto. Siempre el amor entra así.
Dam. Vamos, es un desatino.
Alberto. ¡Oh qué dicha si los dos....
Dam. ¡Y usted..... (Oh infame codicia!)
Míreme usted bien, por Dios.
Alberto. La miro á usted con delicia.
Dam. Vaya, hay caprichos extraños.
Alberto. (Juro á Dios que es un vestigio.)
Dam. [Con tono trágico.]
Temerario! Hace diez años.....
Alberto. Qué?
Dam. Que cumplí medio siglo.
Alberto. Tan fresca, tan colorada!....
Ó usted aumenta el guarismo.....
Dam. No tal.
Alberto. Ó está equivocada
la partida de bautismo.—
Ni la diferencia es tanta.
Yo tengo cuarenta y tres....
Dam. (Catorce de más se planta.
Lo que puede el interes!)
Mire usted que, áun siendo cierto
lo que dice, soy caduca
para usted.
Alberto. No.....
Dam. Don Alberto!

[Tocándose los rizos.]

Observe usted..... Es peluca!
Alberto. Poco influye un peluquero
en corazones sencillos.
Cuando amor es verdadero
nunca repara en pelillos.
Dam. Mire usted que estoy cascada;
mire usted que tengo tos
perenne, y dolor de ijada.....
Alberto. Eh! todo sea por Dios.
Dam. Mire usted.....
Alberto. (Otro alifafe!)
Dam. Que cuando el tiempo se muda
y viene airo de Jetafe.....
Alberto. Eh! son achaques de viuda.
(Esta vieja es el demonio.)
Dam. Ningun remedio me prueba.
Alberto. Con un mes de matrimonio
se pone usted como nueva.

Dam. [Dengosa.]
Ah! De véras?
Alberto. Oh! de fijo.
Dam. Sería mucha ventura
para mí y un regocijo....,
una..... pero ¡si es locura!
Alberto. Diga usted que no me quiere
para su consorte...., y auto.
Ingrata! ¡Despues que hiere
este corazon incauto!
Dam. (Hay pillo más embustero?)
No soy tan ingrata, no,
pero mi rubor..... Sí quiero;—
es decir, yo.....
[Bajando los ojos con gazonería.]
Qué sé yo?
Alberto. (Tambien coqueta? No es cosa!
Yo pondré coto á sus dengues
si nos casamos. ¡Golosa,
y hace asco de los merengues!)
Basta! Adios! Ya no resisto
á mi desventura.
Dam. [Con aficion.] Qué!
Se marcha usted!
Alberto. Está visto
que obra usted de mala fe..
¡Exagerar á sabiendas
sus años y sus defectos!
Otro galan hay en prendas.
Usted tiene otros proyectos.
Dam. No; libre es mi corazon....
Digo mal; lo era no ha mucho.—
Pero esa ardiente pasion.....
Ay, don Alberto!
Alberto. ¿Qué escucho!
Dam. Si usted su juicio anegó
y amor es dulce contagio,
¿es maravilla que yo
le acompañe en el naufragio?
Alberto. Oh dicha mia! (¡Ay, cuán cara
la compro!)
Dam. ¡Ay fragilidad
punible! Ay! Quién lo pensara!
quién lo dijera! Á mi edad!
Alberto. La quiero á usted y me quiere....
Basta. Qué importa la fecha?
(Ménos valor se requiere
para asaltar una brecha.)
Dam. ¿Quién te niega su albedrío,
Dios de amor omnipotente?—
Pero mire usted, bien mio,
que yo soy muy exigente.
Alberto. (Peor es esto que la tos.)
Dam. (Yo le haré doblar el cuello.)
Alberto. (¿Qué exigirá, santo Dios!
Ya se me eriza el cabello.)
Qué exige usted? Vaya.
Dam. Hijo,
si usted me ama tanto.....
Alberto. Sí.
Dam. En primer lugar, exijo
que me quiera sólo á mí.

Alberto. Por supuesto, ya se entiende.
Mi tierna solicitud.....

Dam. Hay por medio cierto duende
que me da mucha inquietud.
Doña Luisa.....

Alberto. La olvidé.

Dam. No me consta. Es mi capricho
que lo justifique usted.....

[*Se levanta.*]

ó no hay nada de lo dicho.

Alberto. [*Levantándose.*]

Bien, pero.....

Dam. Á Roma por todo.

Alberto. ¿No basta que un hombre blanco
jure.....

Dam. No.

Alberto. Mas ¿de qué modo.....

Dam. Herrar ó quitar el banco.
Á una linda zagaleja
se le hace perder el seso
con lisonjas; una vieja
no se contenta con eso.
Tengo miedo á aquel palmito.
No palabras de manteca,
hipoteca necesito.

Alberto. (No eres tú mala hipoteca!
Estoy por echarla al diablo.....
Si es tan exigente ahora,
qué hará luego? Guarda, Pablo!)

Dam. Vacila usted?

Alberto. [*Indeciso.*] No, señora.....

Dam. Sí! No vale el disimulo.
Usted me engaña. Oh pudor!
Transijo, ay Dios!; capitúlo,
y me abandona el traidor!

Alberto. Eso no.....

Dam. Á un claustro me iré
á esconder, ay Dios! mi afrenta,
y con ella esconderé
mis diez mil duros de renta.

Alberto. [*Entusiasmado.*]

Jamás! jamás! (Diez mil duros!)
Qué despecho tan pueril!
(Y yo con tantos apuros!)
Antes muera yo! (Diez mil!)
Quiere usted pruebas? Pues bien,
será usted servida, y pronto.
(Maldita seas amén!)
(Tan avaro es como tonto.)

Dam.

Alberto. Voy.....

Dam. Adónde?

Alberto. Á mi aposento.
Yo traeré datos seguros,
pruebas que..... Vuelvo al momento.
(Diez talegas! diez mil duros!)

[*Vase por la derecha del foro.*]

ESCENA III.

DOÑA DAMIANA.

No lo dije? El oro, el oro!.....
Los diez mil duros de renta
son milagroso Jordan
que restaura mi belleza.
Lástima y risa me daba
el verle poner en prensa
su ingenio para probarme
que soy una primavera.
Sacrificarme la viuda
algun trabajo le cuesta.....
Tanto mejor. Mi victoria
así será más completa.—
Mas ¿si le habré conquistado?
mas ¿si me querrá de veras?
¿mas si no le ha parecido
mi cuerpo saco de tierra?
¿Quién sabe..... Todos me dicen
que estoy tan guapa, tan tiesa.....

ESCENA IV.

DOÑA DAMIANA. D. ALBERTO.

Alberto. [*Llega apresurado.*]

Señora.....

Dam. (Qué listo vuelve!
No quiere que me arrepienta.)

Alberto. Aquí estoy. Dice el adagio:
al buen pagador..... *Et cetera.*
Usted quiere reinar sola,
y va á quedar satisfecha.
Usted me pide una víctima
y que esa víctima sea
doña Luisa.....

Dam. No es pedir
gollerías.

Alberto. Norabuena.

[*Sacando una cartera.*]

Hela aquí sacrificada.....

Dam. Eh? ¿Dónde.....

Alberto. En esta cartera.
Contiene varias epístolas
de doña Luisa, y en ellas
un ciento de peticiones
y un millon de impertinencias.
Tome usted.

Dam. [*Toma la cartera, saca un papel y lee.*]

Á ver?—«*Utrilla,*
maestro sastre.....»

Alberto. Ah! la cuenta
de un fraque y seis pantalones.....
Ya no me acordaba de ella.

(Él es quien ha de acordarse.)
Dam. Algo atrasada es la fecha.
Alberto. Puede..... Yo suelo pagar en tres plazos esas deudas. (Tarde, mal y nunca.)
Dam. [*Examinando otro papel, y leyéndolo para sí.*]
 Y esto?
Alberto. (¡Por vida.....) Una bagatela.....
Dam. Le citan á usted á un juicio de conciliacion.
Alberto. Sí, quejas infundadas de un casero irracional que se empeña en cobrar todos los meses, y no tapa las goteras, ni blanquea las alcobas, ni limpia la chimenea. (Con la prisa de volver no he quitado..... Pues si viera el librito de memorias..... Allí hay sapos y culebras.)
Dam. [*Examinando otro papel.*]
 Un billete perfumado.— Rico papel de vitela.— Grabadas dos iniciales: L. G.
Alberto. Luisa Ginebra.
Dam. Y está escrito de su puño, que ya conozco la letra.
Alberto. Y abajo estará la firma.
Dam. Cierto.
Alberto. ¿Quiere usted más pruebas de mi amor?
Dam. No; por ahora bastante tengo con esta.
 [*Vuelve á poner el billete en la cartera.*]
Alberto. Si la cartera contiene cartas de otra dulcinea, que no lo sé á punto fijo, tal aprecio hago yo de ellas, también las doy de barato.
Dam. Gracias. Es mucha fineza.
Alberto. Si esto no es amar á usted, que venga Dios y lo vea.— Mas también será razón que exija yo alguna prenda de usted.....
Dam. Usted todavía!
 Ingrato! ¿No me tuteas!
Alberto. Ah! sí. El respeto..... Es decir, la..... (Se me anuda la lengua.) Tuyo soy, Damiana mía, tuyo... (Hasta el nombre es de vieja.) Digo, pues, que yo también soy exigente, y es fuerza.....
Dam. Ah! Qué osa usted proponerme? Temerario! ¿Qué exigencias

son las de usted?

Alberto. (Esta es otra!)
Dam. Yo soy mujer de vergüenza.
Alberto. Señora!.....
Dam. Y tengo respeto á la moral y á la iglesia.....
Alberto. Eh! tranquilícese usted. ¡Que me parta una centella si pienso yo, ni por pienso, señora, lo que usted piensa que estoy pensando!
Dam. Respiro.
Alberto. Pero bien puedo, sin mengua de la cristiana moral, exigir en recompensa alguna prenda de amor. Esta fué sólo mi idea.....
Dam. Hijo mio, yo no puedo presentarte por ofrenda trofeos de otros amores; que si en horas más serenas cuando no eras tú nacido y yo ¡ay Dios! tenía muelas, no me faltaron epístolas llenas de dulces simplezas con orlitas de colores, y un Cupido á la cabeza; ese papel ya no tiene curso en la plaza. Quisiera, no obstante, de mi cariño ofrecerte alguna muestra, mientras te lo juro eterno en la santa madre iglesia. Qué te daré yo? Si fuese de tu agrado esta cadena.....
 [*Se quita una de oro que lleva al cuello.*]
Alberto. No por su valor metálico.....
Dam. Costó seis onzas y media.
Alberto. No por su valor, repito, sino por ser el emblema del cautiverio feliz que á tu imperio me sujeta, la acepto.
Dam. Cautivo mio?
 No lo creo. Si lo fueras, me dirías eso.....
Alberto. Cómo?
Dam. Con una rodilla en tierra.
Alberto. Ah!..... Sí..... (Maldición!..... Será forzoso..... Atroz penitencia!)
 [*Se arrodilla.*]
Dam. Bien! muy bien! Eso se llama hacer las cosas en regla.
 [*Poniéndole la cadena.*]
 Ahora te cuelgo amorosa la simbólica presea, y te permito besar,

si es con intencion honesta,
la mano que ha de ser tuya.

Alberto. (Esto más!..... Dios me proteja.)

[*Al besar D. Alberto la mano á doña Damiana, entra doña Luisa por la derecha del foro con otras dos damas y dos caballeros. Todos sueltan la carcajada y no cesan de reir hasta que desaparecen.*]

ESCENA V.

DOÑA DAMIANA. D. ALBERTO. DOÑA LUISA.
DAMAS. CABALLEROS.

Luisa. Bravo! lindo! delicioso!

Alberto. [*Levantándose.*]

(Cielos!)

Luisa. Sea en hora buena.

Dam. [*En voz baja á D. Alberto.*]

Ahora quiero ver á un hombre!

[*Á doña Luisa.*]

Qué carcajadas son esas?
¿Es cosa del otro juéves
que mujer y hombre se quieran?
Que viva!

Luisa.

[*Palmotean los del séquito de doña Luisa.*]

Cuándo es la boda?

Dam. Ya pasaré papeletas.

[*En voz baja á D. Alberto.*]

Vaya, hable usted!

Alberto. (Ya es forzoso quemar las naves: no queda otro recurso.)

[*En voz alta.*]

La boda?

Deseo con impaciencia
que se celebre. Mañana.....;
hoy mismo.....

Luisa. Ó ántes si espera
peligro de muerte. Víctor!
Podremos bailar en ella?

Dam. Por qué no?

Alberto. [*Á doña Damiana.*]

Adios, vida mia.

Luisa. [*Á sus amigas.*]

Oís cómo la requiebra?

Otro aplauso!

[*Vuelven á palmotear.*]

Dam.

Adios!

Alberto. [*Besando la mano á doña Damiana.*]

Adios!

Luisa. Mirad!.... Qué graciosa escena!

Dam. [*Riéndose tambien.*]

Sí por cierto; muy graciosa.

Luisa. [*Aparte á D. Alberto que pasa junto á ella al retirarse por la derecha del foro.*]

Bravo! Lo ha hecho usted... ¡de perlas!

Alberto. [*Con malicia.*]

Eh! tal cual.

ESCENA VI.

DOÑA DAMIANA. DOÑA LUISA. DAMAS.
CABALLEROS.

Luisa. [*Á su gente en voz baja.*]

Se va..... Sin duda
para otra ocasion reserva
el golpe de gracia. Entremos.
El nos dirá cuando vuelva
¡divinidades!

[*Haciendo reverencias á doña Damiana, y siguiendo su ejemplo la comparsa.*]

Repito

mi parabien, y que sea
por muchos años.....

Dam.

(La tonta!)

Luisa.

Y si hay sucesion.....

Dam.

(La necia!)

Luisa.

Cuidaré de que el fenómeno
se publique en la Gaceta.

[*Nueva explosion de risa y entra en su cuarto con la comitiva.*]

ESCENA VII.

DOÑA DAMIANA.

Ve rendido á mis plantas
su tierno amante,
¡y no ve mi victoria
ni su desaire!
Y rie....., Jesus!
Esa mujer no tiene
sentido comun.

¿Mas si estarán de acuerdo
galán y dama
para hacerme el escarnio
de la comarca?—
Vana sospecha,
que es mi triunfo el dominio
de esta cartera.
Vuelvo á mirar.....

[*Saca de la cartera una carta y la examina.*]

«Querido...»

La letra es suya.—
«Querido de mis ojos.....»
No cabe duda.—
«Si eres constante,
esta noche te espero
donde tú sabes.»
Lindo! Le da una cita.....
Qué documento!
Para abatir su orgullo
vale un imperio.
Cuando lo sepa,
no dirá que lo pongan
en la Gaceta.

Fatua! ¿Será preciso
que al santo yugo
me doble para que ella
caiga del burro?—
Y no es negocio
de despreciar casarse
con un buen mozo.

Si es cierto que me quiere,
qué buena boda!—
Ay Damiana, Damiana!...
No seas loca.
Y la peluca?
y los sesenta Eñeros?
y las arrugas?

Satanas, no me saques
de mis casillas,
que me saldría cara
la golosina.
No. Qué desórden!
Jesus!... ¡*Ne nos inducas
in tentationem!*

ESCENA VIII.

DOÑA DAMIANA. D. JOAQUIN.

Joaquin. [*Entrando por la derecha del foro.*]

Sed libera nos a malo.—
Está usted rezando, tia?

Dam. Eres tú! Ven..... ¡Qué alegría,
qué placer y qué regalo!

Joaquin. ¿Cómo.....

Dam. El señor don Alberto,
que ántes era mi enemigo,

se quiere casar conmigo.

Joaquin. Cierito?

Dam. Sí, cierto y muy cierto.

Joaquin. Me temo algun entremes.....

Dam. Lo habrá, sí; pero la risa
será nuestra. Doña Luisa
le ha visto, oh gloria! á mis piés.

Joaquin. Pero.....

Dam. Mi triunfo es cabal.

Hoy la confundo y me vengo.

Joaquin. Pero ¿es posible.....

Dam. Aquí tengo
las cartas de mi rival.

Joaquin. Si él mismo las entregó.....

Dam. Sin vacilar un momento.

Joaquin. Quién resiste á ese argumento?

Dam. No te lo decia yo?

Joaquin. Y..... ¿tendremos matrimonio?

Dam. No me lo mientes siquiera,
que ya con fe verdadera
hice la cruz al demonio.—
Pero tengo, á la verdad,
lástima del pretendiente;
que engañar así á la gente
es falta de caridad.
¡Suplantar á la vecina
y luégo dejarle.....

Joaquin. Ba!

Bien lo merece.

Dam. Qué hará?....

Joaquin. Que se cuelgue de una encina.
Justo es darle una leccion
por codicioso y villano.

Vender un hombre su mano!

Qué infame prostitucion!

Dam. Eh! su pobreza le abona.

Qué hace un hombre sin camisa?

Pero ¡la tal doña Luisa

que áun me la echa de persona!....

Oh! debiendo echar las muelas,

¡refrseme en los bigotes

con dos ó tres monigotes

y otras tantas mocosuelas,

y tomarlo todo á farsa,

y dale, y vuelta á reir,

cuando puedo confundir

á ella y á su comparsa!

[*Abriendo la cartera.*]

Yo la pondré un sambenito
con esta cartera.

[*Dando una carta á D. Joaquin.*]

Ten,

que vas á reirte bien
con las bobadas que ha escrito.

[*Mientras D. Joaquin lee para sí la
carta que ha tomado, recorre otra con
la vista doña Damiana.*]

Oiga! Esta es letra distinta.

Yo la quiero conocer,

pero no recuerdo.... ¿Á ver
quién firma?—Cielos! «Jacinta.»
Joaquin. Qué es eso?

Dam. Nada le arredra;
está visto. Ese galan
es peor que aquel don Juan
del Convidado de piedra.

Joaquin. Otra dama?

Dam. Me arrepiento
de mi sandia compasion.
Otra dama, sí. Bribon!
Tu prima!

Joaquin. Cuál? Tengo ciento.

Dam. La que he criado en mi casa,
Jacinta, vivo retrato
de su padre don Torcuato
y su madre doña Blasa.

Joaquin. Ya.

Dam. Murió tu pobre tío,
y Blasa—¡qué desventuras!—
quedó con tres criaturas
sin más amparo que el mio.
Tanto chiquillo me empacha,
y más cuando son llorones.
La dejé con los varones
y me traje á la muchacha.
Pero los mantengo á todos.

Joaquin. Siempre generosa y buena!

Dam. Teniendo yo el arca llena
¿se habrán de comer los codos?
Enfermó Blasa hace un mes
con una fluxion prolija;
envié entónces á su hija
para cuidarla. Ya ves.....

Joaquin. Era justo.

Dam. Y en su nùevo
domicilio, por lo visto,
el demonio ha andado listo
en figura de mancebo.

Joaquin. No me es fácil conocerla.

La dejé muy niña ¡y ya
tiene amores! Estará
muy linda.

Dam. Como una perla.

Joaquin. ¡Y ha creido los engaños
de un *quidam*, de un libertino!
Ó es tonta, ó él es muy fino.

Dam. Qué quieres! Diez y siete años!
Mas la carta áun no leí.
Veamos lo que contiene
y sabremos si conviene.....

Joaquin. Sí, lea usted.

Dam. Dice así:

[*Lee.*]

«Mamá no recibe, porque está
mala, y no parece bien que usted
me visite sin estar su merced de-
lante. Salir yo sola..... imposible!,
y aunque pudiera no lo haria. ¿Por
qué me lo propone usted, si es cierto
que me quiere y que desea ser mi

esposo? Para exigir de mí cosas tan
extrañas, ¿por qué ha sorprendido
usted mi corazon, ingrato?»

[*Suspendiendo la lectura.*]

Bribonazo!... Pobrecilla!...
Tender tan infame red
á su honor.....

Joaquin. ¿No opina usted
que le rompa una costilla?

Dam. [*Lee.*]

«Verme por una reja es poco para
usted; pero yo no puedo hacer más.
¿Quiere usted que se le abra la puer-
ta? Para esto hay un medio muy fá-
cil, pero *único*. Es usted caballero y
no necesita ni debe decir á usted
más su fiel

JACINTA. »

[*Doblando la carta.*]

Joaquin. Bravo! Esto vale mil pesos.
Bien la niña respondió!

Dam. [*Con orgullo.*]

Es que la he criado yo.
Me la comeria á besos!—
Ah qué idea! Joaquinito,

[*Hacé sonar la campanilla.*]

tú vas á Madrid.

Joaquin. Ahora?

Dam. Sí.

ESCENA IX.

DOÑA DAMIANA. D. JOAQUIN. MATEO.

Mateo. Qué manda usted, señora?

Dam. Que ponga el coche Benito.

ESCENA X.

DOÑA DAMIANA. D. JOAQUIN.

Joaquin. Pero ¿á qué voy yo á Madrid?

Dam. Á traerme esa muchacha.

Joaquin. Á Jacinta?

Dam. Sí; despacha.

Tráemela.....

Joaquin. ¿Qué nuevo ardid.....

Dam. Calle del Rubio..... Ya sabes.
Si su madre sigue mala,

que la acompañe Pascuala,
ó Rita, mi ama de llaves.
Pues son casadas las dos,
bien puede en ellas y en mí
fiar.

Joaquin. Y en el primo.
Dam. En ti?
Perillan! Sábelo Dios.
Á la hora de la siesta
cuando el pueblo esté tranquilo
entrais con mucho sigilo;
os apeais en la cuesta.....

Joaquin. Sí.
Dam. Dando un corto rodeo

por las tapias.....
Joaquin. Ya.
Dam. No os ven.—
Por la puerta falsa. Bien.
Joaquin. Saldrá á buscaros Mateo.
Dam. ¿Y qué he de decir en casa
de mi tia?
Dam. Dirás..... No.—
Ven. Mejor será que yo
ponga dos letras á Blasa.

[*Entran en el cuarto de doña Da-
miana.*]

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

DOÑA DAMIANA. MATEO.

Mateo. [*Llega por la izquierda del foro.*]
El cuarto está prevenido.
Dam. Me alegro. Vuelvo á encargarte
el mayor sigilo.
Mateo. Pierda
usted cuidado, que nadie
sabrà nada, y si es preciso
que hasta á los amos lo calle.....
Dam. Nada importa que lo sepan
siempre que el secreto guarden,
y ninguno de los huéspedes
oiga ni vea.....
Mateo. Eso es fácil,
porque el cuarto es retirado
y sin vistas á la calle.
Entran por la puerta falsa,
suben, se cierran con llave.....
Dam. Bien. Dónde está doña Luisa?
Mateo. En su cuarto.
Dam. Pues ¿no sale
á comer?
Mateo. Aquí ha comido.
Se ha compuesto con fiambres
y golosinas.....
Dam. Ya basta.
Para la noche, que se alce
el embargo de la fonda,
porque ya para vengarme
no necesito apelar
á la estrategia del hambre.
Mateo. En hora buena. Aquí sólo
se ha de hacer lo que usted mande.
Le diré al amo.....
Dam. Despues.

Ahora corre, que es ya tarde,
á la puerta falsa.....
Mateo. Voy.....
Dam. Yo no quiero separarme
de aquí porque no sospechen.....
Así que las acompañe
al consabido aposento
don Joaquin, dile que baje,
que le espero aquí.
Mateo. Muy bien.
Dam. [*Dándole dos duros.*]
Toma para que los gastes
á mi salud.
Mateo. Muchas gracias.

[*Yéndose por la izquierda del foro.*]
(Qué generosa y qué amable!)

ESCENA II.

DOÑA DAMIANA.

No he vuelto á ver á la insigne
doña Luisa desde el lance
de esta mañana, y deseo
que se me ponga delante
para aplanarla de un soplo
como á castillo de naipes.
Casi estaba por entrar
en su aposento, aunque extrañe
la visita; que no vivo
ni sosiego hasta que pague
sus groseras risotadas

llorando gotas de sangre.
No tengo mal corazón,
pero, pues guerra me hace,
guerra le haré hasta que rinda
su pabellón arrogante.
Soy veterana, y el campo
no he de abandonar cobarde.

[Acercándose al cuarto de doña Luisa.]

Dormirá la siesta?... No.
La siento hablar.... Ella sale.

ESCENA III.

DOÑA DAMIANA. DOÑA LUISA.

Luisa. Usted por aquí, señora?
Dam. Muy humilde servidora.
Luisa. En busca de usted salía.....
Dam. Admirable simpatía!
Luisa. Yo buscaba á usted también.
Dam. Doy á usted mi parabien
por esa boda galana,
señora doña Damiana.
Dam. Si usted parabien me da
no simpatizamos ya,
porque á usted no me dirijo
para darle un regocijo,
sino un pésame.....
Luisa. ¿A qué asunto?
Dam. Todo en la vida va junto;
gozo y pena, llanto y risa,
mi señora doña Luisa.
Luisa. Pésame? Yo no lo admito,
que es disculpable delito
la inconstancia de un amante
cuando le hacen inconstante
prendas de mayor volumen;
y entre usted y yo, en resumen,
toda competencia es vana,
señora doña Damiana.
Pobre bisoña hermosura,
luchar yo fuera locura
contra bellas de *ab initio*
con cien años de servicio.
Dam. No espere usted que me pique.
Yo sé, sin que usted lo indique,
que estoy libre de requisa,
mi señora doña Luisa.
Pero los hombres son bichos
de singulares caprichos.
Tal vez tiene la vejez
atractivos, y tal vez
la que de linda se precia
pierde en un día por necia
lo que en muchos días gana.
Luisa. Señora doña Damiana!
Dam. Tal vez la que más se engríe

no piensa cuando se ríe,
muy presumida de bella,
que podrán reirse de ella
con más razón, y aunque vil
sabe tal vez el reptil
morder el pié que le pisa,
mi señora doña Luisa.

Luisa. No hay aguante, no hay paciencia
para tanta impertinencia.
Pues ¿no cree á pié juntillas,
porque le vió de rodillas,
que la adora don Alberto?
Perdone usted si la advierto
que esa cholla no está sana,
señora doña Damiana.

Dam. Yo me fundo en documentos;
no en falaces juramentos.

Luisa. Documentos?

Dam. Y no flojos.

Los van á ver esos ojos,
y se va á quedar usted
pegadita á la pared.

Luisa. Yo! Está usted en su camisa?

Dam. Ay, señora doña Luisa!

Luisa. Qué bobada! qué quimera!

Dam. Sí? Pues saco la cartera.

La conoce usted?

Luisa. ¿Qué veo!

Dam. Qué de lindezas poseo!

Don Alberto es el demonio,
y me la dió en testimonio
de su amor esta mañana.

Luisa. Él mismo!

Dam. Á fe de Damiana.

Aquí están los billetitos,
y ellos publican á gritos
lo que ese temor confiesa.

[Mostrando una carta á doña Luisa.]

Vea usted.

Luisa. Mi letra es esa.

Dam. (Ah! Ya caíste en la red!)

Aquí le citaba usted.....,
sin duda para ir á misa,
mi señora doña Luisa.

Luisa. Él no dió las cartas, no.

Infamia! Usted las robó.

Dam. No tal.

Luisa. Sí tal. Venga presto
la cartera.

Dam. [Guardándola.]

Por supuesto!

Luisa. Suéltelo usted, bruja decana.

Dam. No, por vida de Damiana.

Luisa. Suéltelo usted.

Dam. No corre prisa,
mi señora doña Luisa.

ESCENA IV.

DOÑA DAMIANA. DOÑA LUISA. MATEO.

Mateo. Señora.....*[Aparte con doña Damiana que le sale al encuentro.]*

Ya están en casa.

Dam. Ah! me alegro.—Y don Joaquín?*Mateo.* Arriba.—Manda usted algo?*Dam.* Nada. Ve con Dios.... Ah! sí. Salte un momento y espera en la puerta del jardín.*[Mateo se retira al foro.]**Luisa.* Óigame usted, doña Luisa. Las cartas que tengo aquí son ya mías; son trofeo que he ganado en buena lid. Darlas por fuerza? Jamás! No lo espere usted de mí, porque sabré defenderlas con esfuerzo varonil, no digo ya contra usted sino contra el mismo Cid. Pero—ya se ve!—tampoco las querrá usted adquirir á costa de un sacrificio.....*Luisa.* Cuál?*Dam.* Humillar su cerviz; confesar que su conducta ha sido alevosa y ruin; pedirme perdon.....*Luisa.* Primero que yo descienda á tan vil humillacion, esas cartas se fijen como pasquin en las plazas y en las calles; primero he de consentir que se publiquen en todos los diarios de Madrid.*Dam.* Razon tendria tal vez para hacerlo, porque, al fin, las represalias.....*Luisa.* Es que eso no se ha de quedar así. Yo entablaré contra usted una demanda civil y criminal, que esas cartas son robadas.*Dam.* Infeliz! Para confundir á usted no necesito alguacil, ni juez, ni procurador.*Luisa.* Cómo?*Dam.* ¿Hay más que hacer venir á don Alberto y que él mismo sentencie este pleito?*Luisa.* Sí, que venga; yo lo deseo. Dirá que ha sido un ardid.....

Veremos á quién elige entre Diciembre y Abril; veremos si es tan idiota que quiere dejarme á mí por una caricatura arrancada de un tapiz.

Dam. Insolente!..... Bien, que venga. (Cómo me voy á reir!) Mateo!*Mateo.* *[Acercándose.]*

Señora.

Luisa. En casa del marqués de Castro-Gil debe de estar don Alberto porque iba á comer allí.*Mateo.* El marqués..... Ya le conozco. Es aquel chisgarabis que para andar por las eras se viste por figurin.*Luisa.* Corre y dile de mi parte que se llegue por aquí.*Mateo.* Á quién? Al señor Marqués?*Luisa.* Á don Alberto, rocin.*Mateo.* *[Entre dientes, yéndose.]*

Rocin! Si así me tratara la otra.... vamos al decir...., pero ¡esa mona que nunca me ha dado un maravedí!....

[Vase por la derecha del foro.]

ESCENA V.

DOÑA DAMIANA. DOÑA LUISA.

Dam. Aún es tiempo, doña Luisa. Si quiere usted transigir.....*Luisa.* No, señora, no transijo.*Dam.* Mire usted que está en un tris.....*Luisa.* Ya he dicho que no.*Dam.* Pues luégo no se queje usted de mí.*[Llega D. Joaquín por la izquierda del foro.]*

ESCENA VI.

DOÑA DAMIANA. DOÑA LUISA. D. JOAQUÍN.

Joaquín. *[Á doña Luisa.]*

Señora, á los piés de usted.

Luisa. Muy servidora.....*Dam.* *[Llamándole aparte.]*

Joaquín.

Joaquin. [Á doña Luisa.]
Si usted me da su permiso.....

Luisa. Usted lo tiene.

Dam. [Aparte con D. Joaquin.]
¿Venís
los tres?

Joaquin. Jacinta, Pascuala
y yo. No puede venir
la tia.

Dam. Qué tal está?

Joaquin. Delicadilla; así, así.

Dam. Y Jacinta?

Joaquin. Es un prodigio
de hermosura, un serafín.

Luisa. (Buen mozo es el comandante.
Quién será? Nunca le vi.)

Dam. Ya te ha flechado la prima?

Joaquin. Tiene un cuerpo tan gentil,
unos ojos..... Me declaro
desde hoy su paladin.

Dam. En buen hora, pero si ella
no te quiere.....

Joaquin. Ahí está el *quid*.
Las muchachas se encaprichan
por el primer galopin
que les dice yo te adoro.—
Ya puede usted presumir
que no habré perdido el viaje,
pero.....

Dam. Vámonos de aquí,
que quiero darle un abrazo.
Dame tu apoyo.

Joaquin. Con mil
amores.

Dam. [Á doña Luisa tomando el brazo de
D. Joaquin.]
Señora mia,
usted me ha de permitir.....
Pronto vuelvo.....

[En voz baja.]
Ya ve usted
que, sin el otro Amadis,
no me faltan buenos mozos
que gusten de mi perfil.

ESCENA VII.

DOÑA LUISA.

Todo lo ve de color
de rosa. ¿Quién no se rie
de su fatuidad? Para ella
ya no hay conquista difícil.
¿Y será verdad que Alberto.....
Es imposible, imposible!
¿Cómo se ha de aventurar
á que las gentes le silben
y digan que por codicia

se casa con una esfinge?
¿Qué le ha podido prender
en aquella cara triste
que fué ya trasto de ferias
en mil ochocientos quince?
El otro ha fingido bien;
ella no sabe el busfús.....
Pobre mujer! Ya chochea.
¡No es nada lo que se engríe
con su boda imaginaria!
Hay viejas incorregibles.—
Pero ¿y las cartas? Si es cierto
lo que ella asegura, es crímen
imperdonable. Eh! sin duda
se dejó abierto el pupitre
y se las robó la vieja;
que en ella todo es creible.
Pero él es un pobretón
y ella tiene muchos miles;
el siglo es muy positivo,
y para hombres de su timbre
una vieja millonaria
es un beneficio simple.
Mucho temo..... Pero, vamos,
¡si es lo más incompatible,
lo más absurdo..... No creo
que un muchacho se suicide
de ese modo. De una mala
tentacion nadie está libre;
él la habrá tenido acaso;
mas luego que lo medite
despacio, será otra cosa,
y cuando yo le precise
á escoger entre las dos,
cuando la mire y me mire,
no hay dudar; mio es el triunfo.
Una sonrisa, un melindre,
una mirada, un suspiro,
y la vieja se va á pique.

ESCENA VIII.

DOÑA LUISA. MATEO.

Mateo. Viene al momento. Aún estaban
en los postres y en los brindis.....

Luisa. Bien.

Mateo. (¡Ni las gracias siquiera,
y el galán *idem per idem!*
Permita Dios.....)

Luisa. Qué murmuras?

Mateo. Yo? Nada. Que usted se alivie.

ESCENA IX.

DOÑA LUISA.

Quiera Dios que don Alberto
venga ántes que aquella efigie
de Satanás.—Hela aquí!

ESCENA X.

DOÑA LUISA. DOÑA DAMIANA.

Dam. (La muchacha se resiste á creer tanta perfidia; pero es honrada, es humilde y hará lo que yo le mande.)
¿Aun no ha venido el insigne don Alberto?

Luisa. Va á venir.

Dam. Pues, por Dios y por la Virgen, resignacion y prudencia.

Luisa. Mire usted quién me lo dice!

Dam. Ah! ya está aquí.

Alberto. [Á la puerta, y se queda parado en ella.]

(Santo cielo!

Las dos! Escila y Caribdis!)

ESCENA XI.

DOÑA DAMIANA. DOÑA LUISA. D. ALBERTO.

Dam. Adelante.

Alberto. [Dando algunos pasos.]

Doña Luisa.....

Señora..... (Qué situación! qué terceto! ¡Otro *Polion* entre *Norma* y *Adalgisa*!)

Luisa. No se atreve usted á hablar? Qué es eso?

Alberto. Es que..... de repente suele darme un accidente.....

Es cosa particular!
Hablo mal y á tropezones, me da frio, me da miedo, y sin más ni más me quedo como si viera visiones.

Dam. (Miren por dónde resuella!)

Alberto. (Aquí va á haber repelones.)

Luisa. (Como si viera visiones..... Eso lo dice por ella.)

Dam. No valen ya recovecos para huir del compromiso. Hablar claro es ya preciso y dejarse de embelecocos. Un hombre ha jurado fe, aquí y delante de Dios omnipotente, á las dos ciudadanas que usted ve. Negarlo sería en vano, que hay recíprocos informes, y ambas estamos conformes en salir de este pantano. No hay que andarse por las matas. Ó quedarse sin ninguna, ó es fuerza elegir á una

entre las dos candidatas. Usted es el hombre; usted diga á cuál de las dos prefiere, pues!, y á quien Dios se la diere san Pedro se la bendiga.

Luisa. Acabóse la tramoya.

Vuelva usted ya por su honor y que salga de su error ese *capricho de Goya*.

Dam. Con respuesta clara y pronta convenza usted á esa incrédula y le expediremos cédula de tonta y archi-retonta.

Pues para ella aun no son hartas las pruebas que ya sufrió; dígame usted que me dió de motu proprio sus cartas.

Luisa. Ó las tomó de sorpresa ó con engaños y ardidés.— Confúndela. No te olvides de mi amor, de tu promesa.

Dam. No seduzca tu virtud una engañosa sirena.

¿Quién te puso esa cadena en señal de esclavitud?

Luisa. Si la venda no le arrancas, dirá el mundo malicioso que das la mano de esposo al archivo de Simánacas.

Dam. Ten ánimo, vida mia, y el mundo no te dé pena, que más vale una arca llena que una cabeza vacía.

Luisa. Mírala. Qué Lucifer!

Dam. Mira. Qué loca de atar!

Luisa. Ella te quiere comprar!

Dam. Ella te puede vender!

Alberto. Heme aquí reo convicto en presencia de mis jueces, y apurando hasta las heces la copa de mi conflicto. Á una sola puedo amar, que no soy más que uno, ay Dios! y ellas son dos, ¡y las dos me interpelan á la par!

Á una ú otra hasta la luna ensalzaria mi lengua.....

si no redundase en mengua de la otra ó de la una; pero ambas á dos quizá saben bien lo que yo callo; pues ¿á qué herir con mi fallo á esta ó la de más allá?

Meta la mano en su pecho cada cual, y cada cual juzgará si á su rival asiste mejor derecho.

Con eso sabrá fulana que á mengana quiero yo, sin que yo diga que no ni á fulana ni á mengana.

Dam. Tu respuesta pitagórica parece juego de prendas.

Claro; no te desentieras.
Yo la exijo categórica.

Luisa. Yo tambien. ¿Por qué no hablas con franqueza y sin empacho? Por cierto, gentil despacho! Hacernos el juego tablas!

Alberto. Por san Ambrosio bendito! Querer que de viva voz me declare..... Eso es atroz!— Yo lo diré por escrito.

Dam. Por escrito? Morondanga! De palabra, y ahora, al punto se ha de zanzar este asunto: lo demas es mojiganga.

Luisa. Yo triunfaré; es positivo, mas sólo con que tu labio vacile, me hace un agravio que me hiere en lo más vivo.

Dam. Ella ó yo.

Alberto. No es tan urgente.....

Dam. Ahora ha de ser, ó te niego mi mano, y veremos luégo cuál de los dos se arrepiente.

Alberto. [*Santiguándose.*]
Esto es hecho!

Luisa. Se santigua!

Alberto. Ya que ustedes lo han querido, opto.....

Dam. Por cuál?

Alberto. Me decido.....

Luisa. Por cuál?

Alberto. Por la más antigua.

Dam. Yo triunfo.

Luisa. No, sino yo.
La más antigua—preciso!— será la que ántes le quiso y no la que ántes nació.

Dam. Qué salida de pavana!—

[*Á D. Alberto.*]

No hable usted más en vascuence por Jesucristo. Quién vence? Ella, ó yo? Luisa, ó Damiana?

Alberto. Pues la eleccion es precisa, descifraré el acertijo.

[*Dando la mano á la vieja.*]

Á doña Damiana elijó..... y perdone doña Luisa.

Luisa. Cielos!

Dam. Cupido corone de rosa y mirto mi sien. No hay sino decir amén;.... y doña Luisa perdone.

Luisa. ¡Traidor! infame! canalla!
¡Saber que le quiero tanto, y abandonarme, Dios santo..... Por quién? Por esa antigualla!

Dam. Vea usted!

Luisa. Por el mezquino

II.

vil interes me atropella, y deja una cara bella por otra de pergamino!

Dam. Pero es cara sin charoles aunque el tiempo la destruya. ¿Qué sería de la tuya sin menjurjes y arreboles?

Luisa. Yo menjurjes! Dónde están?— Mas ya con usted no rozo mi palabra.....

Dam. No? Qué gozo!

Luisa. Sino con ese galan. Habla; sal de tu letargo. Si el interes no te ciega, alguna disculpa alega que te sirva de descargo.

Alberto. Digo que me rindo al mérito del objeto á que me inclino, y le adoro, y no examino si es presente ó si es pretérito. Digo que cada varon juzga á roso y á velloso de lo feo y de lo hermoso segun su organizacion. Digo que me importa un pito lo que las gentes dirán, y digo con el refran: de gustos no hay nada escrito.

Luisa. Y de mis cartas, qué dices? Tú las diste.....

Alberto. Es positivo; mas no hay en eso motivo para que te escandalices. Las cartas, amiga mia, no son del que las escribe, sino del que las recibe: esto es más claro que el dia. Si á mi futura mitad se las he dado, es en uso de mi legal, inconcuso derecho de propiedad. No me hables con malos modos, ni te emperres ni te asustes: da las mias á quien gustes, y en paz, y Cristo con todos.

Luisa. Eso dices á mi queja? Infame!..... Pero eres necio más que infame, y te desprecio como á tu digna pareja. No me aflige este reves, obra de pérfidos planes, que galanes más galanes los tengo yo á puntapiés.— Y casi ya con clemencia te miro, desventurado, porque sé que en el pecado llevarás la penitencia. Sí, que á los padres del yermo imitar fuera mejor que dar la mano, qué horror! á semejante estafermo. En todo hallará materia de celos y disensiones,

19

y gritará en los balcones
que te sacó de miseria;
y dirá que eres ingrato
si niegas tu simpatía
á la dulce melodía
de su tos y de su flato.
Cuando te bese importuna,
que besa mucho una abuela,
en cada beso una muela
dejará...., si tiene alguna.
Tú que presumes de pulcro
estrecharás á tu pecho
jamon fiambre, y tu lecho
tendrá honores de sepulcro.
Renegando de tu suerte
esperarás cada otoño
que al madurar el madroño
te libre de ella la muerte;
mas tu esperanza no alumbra
con esa dulce quimera,
porque ántes que ella se muera
te matará á pesadumbres.—
Y en tanto, nuevo repulgo
cada año dará á su tez,
y ambos seréis á la vez
mofa y escarnio del vulgo;
y en lugar de parabienes
yo os daré en ese portal
un concierto instrumental
de cencerros y sartenes.

[*Entra en su cuarto.*]

ESCENA XII.

DOÑA DAMIANA. D. ALBERTO.

Dam. Qué mosca lleva!
Alberto. (¡Qué horrible profecía! Santo Dios!)
Dam. (Pensativo y turulato el pobre hombre se quedó. El caso no es para menos. Qué andanada! Se la doy al más pintado.)
Alberto. (¿Es posible que ahora me falte el valor?— Eh! si hay razones en contra, más razones hay en pro.)
Dam. (Ahora es fuerza que yo tome alguna resolucion.)
Alberto. (Desatino! No es probable que ella viva más que yo.)
Dam. (El no ha podido hacer más.)
Alberto. (Si ella testa en mi favor.... Y sin eso. Yo la haré que otorgue una donacion *inter vivos*.....)
Dam. (En verdad que es un mozo como un sol,

pero.....)
Alberto. (Á pesadumbres dice que me matará.... Eso no! Si va de malas, veremos quién mata á quién de los dos.)
Dam. (He resuelto.) Amigo mio, ¿qué extraña cavilacion es esa? No me habla usted? he perdido ya su amor?
Alberto. Oh! Jamás! Pero confieso que aquella rociada atroz de amenazas y de injurias me ha puesto en consternacion.
Dam. ¡Cómo.....
Alberto. No por lo del beso y lo del flato y la tos, disculpables desahogos de un insensato furor; que más grata perspectiva halaga mi corazon, y por usted despreciara el imperio del Mogol; mas la cencerrada! Oh cielos!
Dam. Eso te causa terror?
Yo te hacia más filósofo.
Alberto. Ah, Damiana! Débil soy, es verdad, mas de pensarlo casi me da convulsion de nervios. ¡Qué serenata, Dios eterno! Aquí un perol en horrenda antifonía con un rajado esquilon, allí chicharras, allá cencerros en fa bemol, acá rin-rin un rabel, allá plan-plan un tambor, acullá un perro que ladra por cima del diapason, y entre silbidos horribles la ronca espantosa voz de un... Ay! lo diré? De un cuerno! Dicho sea con perdon. ¡Y al son de esa orquesta bárbara, verdugo del mi-re-do, para coronar la fiesta cantarnos en español, en lugar de epitalamio, un responso aterrador!
Dam. Mas ¿cómo evitar.....
Alberto. Es fácil. Mañana, al dar el reloj las cuatro, vas á Madrid; te sigo al rayar el sol; se apresuran los contratos....; nada de amonestacion!; nos casamos con sigilo...., por la noche entre una y dos; á las cinco el chocolate; á las seis en un landó; y cuando sepa Castilla que la santa bendicion nos echó el cura, estaremos en Cádiz ó en el Ferrol.—

Dam. Qué dices tú de ese plan?
Alberto. Merece mi aprobacion.
Alberto. Oh suspirado consorcio!
 Oh tiempo, corre veloz!
Dam. Ah! si tú estás impaciente,
 cómo quieres que esté yo?
Alberto. Oh ventura!
Dam. Largo tiempo
 han luchado en mi interior
 la prudencia y el cariño,
 el deseo y la razon;
 mas yo frágil, tú galan,
 y tantas pruebas de amor,
 y doña Luisa,.... y el diablo.....
 Ay! sucumbo. Tuya soy.
Alberto. Prenda mia!
Dam. Pero en medio
 de tanta satisfaccion
 tengo un pesar.....
Alberto. ¡Tú pesarés,
 cuando yo te adoro y voy
 á ser tu esposo.....
Dam. Perdona
 si te agravio. Tú en la flor
 de la juventud lozana,
 yo en el último escalon
 de la vida; yo muy rica,
 tú muy pobre.... Acá *inter nos*,
 ¿no podria la aritmética
 influir en tu pasion?
Alberto. (Zape! Si da en cavilar
 así, todo se perdió.)
 ¿Eso me dices, ingrata!
 Mi flaco es el pundonor....,
 y en él me hieres! El cielo
 perdone tu sinrazon.
 ¡Yo aritmética, Dios mio,
 yo que no supe hasta hoy,
 y hasta que tú lo dijiste,
 si eres propietaria ó no!
 Qué me importan tus riquezas?
 ¿No te he dicho ya que soy
 filósofo? Á mí me basta
 reinar en tu corazon.
Dam. ¿Será verdad..... ¿Me amarias
 con ese mismo fervor
 si yo fuese pobre?
Alberto. Ah! sí;
 y ojalá que en el crisol
 de la indigencia probaras
 los quilates de mi amor.
 Para dos que bien se quieren
 el más oscuro rincon
 es magnífico palacio;
 tanto da el paño de Alcoy
 como el de Sedan; lo mismo
 es la cuchara de boj
 que la de plata bruñida,
 y tal vez saben mejor
 patatas con perejil
 ó pimientos con arroz,
 que un lenguado y un faisán
 y un pastel de Perigord.

Dam. Ah! basta. Somos felices.
 Tu deseo se cumplió.
Alberto. ¿Cómo..... ¿Qué...
Dam. Para que el mundo
 no calumnie tu intencion;
 para quitar de raíz
 escrúpulos á tu honor.....,
 he dispuesto de mis bienes.
Alberto. Habla usted de véras?
Dam. Oh!
 muy de véras. Me reservo
 una modesta pensión
 y una casita de campo
 junto á Torrejon de Ardoz.
Alberto. Pero, señora, es bobada.....
Dam. [Sin oírle.]
 Y lo demas se lo doy
 á dos sobrinos que tengo;
 uno hembra, otro varon.
 Qué gozo!
Alberto. Pero.....
Dam. Como ángeles
 vamos á vivir los dos,
 sin cuidados, sin envidias,
 sin.... (Le va á dar un causon.)
 No aplaudes mi pensamiento?
Alberto. Sí tal, pero..... (Voto á briós!)
Dam. Renovaremos la historia
 de Báucis y Filemon.
Alberto. Sin embargo.....
Dam. Ya comprendo,
 sin que lo explique tu voz,
 el regocijo que sientes.....
Alberto. Sí..... (Desesperado estoy.)
 Más yo creo.....
Dam. Ya he firmado
 la escritura.....
Alberto. (Maldicion!)
 ¡Por los clavos.....
Dam. No, no quiero
 que me des las gracias, no.
Alberto. Yo.....
Dam. [Yéndose.]
 Adios.....
Alberto. (Se burla de mí!)
 [Furioso.]
 Oiga usted!....
Dam. Adios! Adios!
 [Vase corriendo por la izquierda del
 foro.]

ESCENA XIII.

D. ALBERTO.

¡Demónio en figura humana,
 y áun te hago mucho favor.....

Me ha muerto! me ha asesinado!
no existo! Mujer feroz!
Reniego de ti y de todas.....
Yo no sé cómo no voy
desaforado tras de ella
y le doy un coscorrón.—

Mas ella no lo merece,
[Tirándose de las patillas.]
sino yo, mil veces yo,
por codicioso, y por necio,
y por bagaje mayor.
[Vase por la derecha del foro.]

ACTO CUARTO.

Decoracion de jardín. Un cenador á la izquierda: árboles al mismo lado y en el foro: la verja de los actos anteriores á la derecha, y al mismo lado un farol encendido.

ESCENA I.

DOÑA DAMIANA. D. JOAQUIN. MATEO.

Dam. [Á Mateo.]
Ojo alerta, y cuando vuelva
ese caballero, corres
y avisas.....
Mateo. Bueno.
Dam. Que estén
prevenidos los hachones.
Mateo. Cuando le llevé el recado
estaba jugando al monte.
Dam. (Ay mi cadena!)
Mateo. Y me dijo
que volveria á las once.
[Vase por la verja.]

ESCENA II.

DOÑA DAMIANA. D. JOAQUIN.

Joaquin. Vuelvo á decir que no apruebo
la tramoya de esta noche.
Despues de lo que ha ocurrido,
despues que aquel monigote
en desagravio de haberle
dejado usted como un poste,
le ha fulminado esa carta,
accion indigna de un noble,
con más injurias y más
groserías que renglones,
¿áun quiere usted.....
Dam. Sí; le tengo
reservada para postre
otra leccion más amarga.
Joaquin. Pero ya.....
Dam. No me lo estorbes.
La venganza, como dijo
no sé quién, cuándo ni dónde,
es el bocado sabroso
de los viejos y los dioses.
Joaquin. Bien, pero déjela usted

á mi cargo, y no se tome
esa molestia. Mis puños,
si no hay á mano un garrote.....
Dam. Ya te guardarás muy bien
si no quieres que me enoje.
Los vicios de cierta especie
no se corrigen con golpes.
Joaquin. Si habla usted de su codicia
y otras peregrinas dotes
que le adornan, me conformo;
pero si no se responde
como yo digo á una carta
llena de insultos atroces,
dígame usted, ¿para cuándo
se guardan los bofetones?
Dam. Su carta..... Yo le perdono.
¿Qué habia de hacer el drope
viendo volar como el humo
sus doradas ilusiones?
Por una dama vetusta
otra deja hermosa y jóven;
apura en obsequio mio
las lisonjas y las flores;
se arriesga á que una celosa
con sus uñas le destroce,
y á que todos sus amigos
le desprecien y le mofen,
y las mujeres le escupan
si las requiere de amores,
y los chicos de la calle
se rian en sus bigotes;
la esperanza le consuela
de ser dueño de mi cofre;
con una sola palabra
reduzco á nada la torre
que edificaba en el aire,
¿y quieres que se conforme
con su suerte? ¿Y no es razon
que su furia desahogue
siquiera con improperios
ya que no dándome azotes?—
Ni me basta perdonarle.
Ya he dado disposiciones
en su favor.....
Joaquin. ¿Es posible.....

Dam. Pero ¡silencio!, que ignore á quién debe el beneficio. No quiero que se abochorne.— Tendrá pagadas sus deudas cuando regrese á la Corte.

Joaquin. ¡Á un bribon.....

Dam. No, Joaquin. Ese no es su verdadero nombre.

Joaquin. Pues ¿cuál?

Dam. Galan vergonzante y tonto de capirote.

Joaquin. Qué original es usted!

Dam. Le escarmienta y le socorre! Porque es tonto le escarmiento; le socorro porque es pobre.

Joaquin. Mas ¿por qué se empeña usted en darle nuevas lecciones.....

Dam. Á él sólo no se las diera, pero vendrán muy de molde á otra persona.....

Joaquin. Hum!... Es ardua la prueba; ella no es de bronce, y el fuego junto á la estopa.....

Dam. Temes que el demonio sople?

Joaquin. ¿Qué sé yo.....

Dam. Lo que yo emprenda no creas que se malogre.

Joaquin. Con todo.....

[*Asoma doña Luisa por la verja.*]

Dam. Calla, que viene doña Luisa.

ESCENA III.

DOÑA DAMIANA. DOÑA LUISA. D. JOAQUIN.

Luisa. Usted perdone, caballero.—Una palabra, señora.

Dam. Aunque sean doce.

[*En voz baja.*]

Déjanos solas, Joaquin.

Joaquin. Pero.....

Dam. Así conviene.—Oyes! Encarga bien á Mateo que cuando venga aquel hombre le diga que estamos todos recogidos.

Joaquin. Se supone.

[*Entra en la fonda.*]

ESCENA IV.

DOÑA DAMIANA. DOÑA LUISA.

Dam. Hable usted. Ya estamos solas.

Luisa. Usted, es muy natural,

extrañará que yo venga á hablarla.....

Dam. Qué he de extrañar? Con todo el mundo deseo hacer buena vecindad. Yo tambien buscaba á usted.....

Luisa. Es cosa particular!

Dam. Cuando digo que las dos simpatizamos.....

Luisa. No tal.

Dam. Vaya, que áun hemos de ser muy amigas.

Luisa. No, jamás!— Pero vamos al asunto. (La voy á desesperar.) Está usted muy satisfecha porque no sabe lo que hay.

Dam. Pues ¿hay algo?

Luisa. Una bicoca! El consabido galan la vende á usted.

Dam. Cómo es eso?

Luisa. Tiene usted una rival.

Dam. Sí? Tenemos, dirá usted.

Luisa. No. Yo no me acuerdo ya de ese hombre.

Dam. Ya lo estoy viendo.

Luisa. Mejor sería callar y que usted llorase tarde su grotesca vanidad; pero yo soy compasiva.....

Dam. Oh! por supuesto.

Luisa. Incapaz de.....

Dam. Quién lo duda?

Luisa. No gusto de ruidos ni.....

Dam. Claro está.

Luisa. Sólo deseo que usted rompa esa venda fatal que la ciega.

Dam. Gracias. Oh!....

Luisa. Gracias por la caridad. Yo siempre he sido enemiga generosa; y además vuelvo por mi sexo.....

Dam. Es justo.

Luisa. Y por la buena moral.

Dam. Ah! Dios se lo pague á usted.— Y..... ¿quién es esa beldad, esa tercera en discordia.....

Luisa. No he podido averiguar cómo se llama, ni si es de alta ó baja calidad; mas sé que está aquí.

Dam. En la fonda?

Luisa. Sí, en el piso principal.

Dam. Pues ¿cuándo...

Luisa. Llegó de incógnito esta tarde.

Dam. ¿Quién será!

Luisa. Es mujer de historia.

Dam. Alguna

aventurera.....
Luisa. Cabal.
 Alguna de esas busconas
 que van de acá para allá.....
Dam. (Pobre criatura!)
Luisa. Ha entrado
 por la puerta del corral.
 Ya ve usted!....
Dam. Sí, sí. Jesus!....
Luisa. Todo ha sido uno, llegar
 y dar una cita.....
Dam. ¿A quién?
Luisa. A don Alberto.
Dam. Eso más!
 Y dónde?
Luisa. Aquí.
Dam. Y á qué hora?
Luisa. Á las once.
Dam. Criminal
 es la cita.
Luisa. Ya ve usted,
 entre nardo y arrayan.....
Dam. Digo!
Luisa. Los dos mano á mano.....
Dam. Vaya!
Luisa. En esta soledad.....
Dam. Oiga!....
Luisa. Todo lo he sabido
 por Mateo.....
Dam. Perillan!
 (Ha hecho bien mi comision.)
 ¿Y tiene usted algo más
 que decirme?
Luisa. No, señora.
 Y no es bastante?
Dam. Bah, bah!
Luisa. Niñerías.
 Niñerías?
 ¿Y con esa frialdad
 lo dice usted, cuando yo
 esperaba que el volcan
 de los celos.....
Dam. Soy filósofa.
Luisa. ¿No se cae usted mortal.....
Dam. [Riéndose.]
 Ya ve usted que no.
Luisa. Y se rie!
 Hay mujer más singular?
Dam. Dios me hizo así.
Luisa. ¿O tiene usted
 el alma de pedernal,
 ó presume, por lo visto,
 que no digo la verdad;
 pero si usted no me cree,
 por sus ojos lo verá,
 por sus propios ojos.
Dam. Bueno.
Luisa. Y pronto.
 [Vuelve D. Joaquin y paseando des-
 aparece por entre los árboles de la iz-
 quierda.]
Dam. Sí, que ya están

al caer las once.
Luisa. ¿A ver
 si con esa santa paz
 sufre usted.....
Dam. ¿Cuál de las dos,
 hablemos claro, tendrá
 más que sufrir?
Luisa. Ya veremos
 cuál se rie aquí de cuál.
Dam. Ni una ni otra.
Luisa. Esa mujer
 bajó del cielo á vengar
 mis ofensas.
Dam. Me parece
 que á las dos nos vengará.
Luisa. ¿Qué oigo! ¿Ella.....
Dam. Usted no sabe
 de la misa la mitad.
Luisa. Cómo! ¿Me habrán engañado.....
Dam. No, pero entraba en mi plan
 que usted supiera.....
Luisa. ¿Soy víctima
 de alguna trama infernal?
Dam. No. Tranquilícese usted.
 Ya cesó mi enemistad.
 [Dando la cartera á doña Luisa.]
 Aquí tiene usted sus cartas.....
 y pelillos á la mar.
Luisa. ¿Usted.....
Dam. Nadie las ha visto,
 ni se me ocurrió jamás
 tan ruin venganza. Aunque es cierto
 que no fué culpa venial
 la de usted, todo lo olvidado.
 No sea usted pertinaz
 y haga otro tanto.
Luisa. Señora.....
Dam. Aquí no se trata ya
 de disputarnos el novio,
 sino de hacerle purgar
 sus pecados.
Luisa. Pero usted
 ¿no le amaba?
Dam. Yo! ¿Á mi edad
 amores! Era forzoso
 estar dada á Barrabas
 para eso. Todo ha sido
 aparato teatral.
Luisa. Pues ¿cómo.... Explíqueme usted...

ESCENA V.

DOÑA DAMIANA. DOÑA LUISA. MATEO.

Mateo. [Llega apresurado.]
 ¡Chit... Ya ha entrado en el zaguan.
Dam. [Á doña Luisa.]
 Silencio! Entremos allí
 y sabrá usted lo demas.
 [Entran las dos en el cenador. Don
 Joaquin asoma por entre los árboles.]

ESCENA VI.

D. JOAQUIN. MATEO.

Joaquin. ¡Ojo avizor, y la oreja como de zorra sagaz cuando acecha el gallinero, que la cosa va formal!

Mateo. [*Yendo hácia la verja.*]
Habrá ido á su cuarto?... No, que ya se acerca.

ESCENA VII.

D. JOAQUIN. D. ALBERTO. MATEO.

Alberto. Quién va?

Mateo. Soy yo. Soy Mateo.

Alberto. Bien.

Mateo. Qué hacias aquí?

Alberto. Mirar si estaba solo el jardín.

Mateo. Hay alguien?

Alberto. No. Solo está. (Miento con buen fin y de orden superior. ¿Qué tribunal puede exigirme en justicia la responsabilidad?)

Mateo. Y doña Luisa?

Alberto. En su cuarto.

Mateo. Y la vieja?

Alberto. Duerme en paz.

Mateo. (Ah fermentida!)

Alberto. (Confieso que tengo un miedo cerval.)

Mateo. Puedo avisar á esa dama?

Alberto. Sí. Qué esperas?

Mateo. Voy allá.

ESCENA VIII.

D. ALBERTO. D. JOAQUIN.

[*Permanece D. Joaquin oculto entre los árboles.*]

Alberto. (¡Cáteme usted embarcado otra vez! Vaya, que es mucha fatalidad.....)

Joaquin. (Soliloquia, se pasea y gesticula.)

Alberto. (¿Qué ave romántica es esa que á tales horas me busca?)

Joaquin. (¡Voy á hacer lindo papel en esa escena nocturna!)

Alberto. (Ave he dicho? Mucho temo que sea alguna lechuza con faldas; alguna de esas que viven de lo que chupan.)

Joaquin. (¡Voto á.... Sabiendo mi tia que tengo tan malas pulgas, obligarme á esto!)

Alberto. (No, que esas tias no se anuncian con billetes misteriosos y retóricas figuras.)

Joaquin. (Pero como él se propase, vive Dios que he de hacer una de San Quintín.)

Alberto. (No conozco la letra. ¿Será otra bruja como esa doña Damiana que Dios castigue y confunda?— Qué mal cumpla mi propósito! ¿Así, despues de una burla tan pesada, tan sangrienta, me aventuro á la segunda? Pero á una cita amorosa, de noche, á solas, á oscuras ¿quién se niega? Si es verdad que en esta fonda se ocultan dos damas recién venidas, como todos lo aseguran, no es mucho que alguna de ellas.... Yo siempre tuve fortuna con las mujeres.)

Joaquin. (Ya tarda. Ojalá no venga nunca!)

Alberto. (Yo nada voy á perder, y pues no se pescan truchas, como dice aquel antiguo refran, á bragas enjutas, aunque me exponga á otro chasco he de arrostrar la aventura.)

Joaquin. [*Estornuda comprimitándose.*]

(¡Por vida.... *Dóminus.... mecum.*)

Alberto. (Me parece que estornudan.)

[*Aparece Jacinta en la verja, cubierto el rostro con el velo del sombrero.*]

Ah! Es ella. ¡Extraña manera de anunciarse una hermosura!)

ESCENA IX.

JACINTA. D. ALBERTO. D. JOAQUIN.

Jacinta. [*Da algunos pasos y se detiene.*]

(Yo tiemblo. Ni á andar acierto.)

Alberto. (Lindo talle!) Amado bien, bello arcángel de este eden, acércate. Soy Alberto.

Joaquin. (Ya tengo fiebre.)

Alberto. Eres muda?

Jacinta. Ay, don Alberto! Yo falto al deber.....

Alberto. (Voz de contralto. Mejor habla que estornuda.)
Oh! nada temas, que soy

caballero.
Jacinta. En eso fio.
Alberto. Sí, hermosa, sí, dueño mio.
Joaquin. (Muy bien! Divertido estoy.)
Alberto. Habla; no tengas reparo, habla; pídemela la vida.....
Jacinta. (Ah falso!....) Yo soy perdida si usted no me da su amparo.
Alberto. Yo! (Como á nuevo Quijote llega á mí con su querella menesterosa doncella.— Qué tal estará de dote?)
Jacinta. Calla usted!
Alberto. Soy algo corto de genio, y aunque consagro mi alma á tu amor, no es milagro que me haya quedado absorto.
Jacinta. Sin verme? Rara pasion!
Alberto. ¡Ah, que ese talle me exalta, y lo que á la vista falta lo adivina el corazon!
 [Sigue hablándola en voz baja.]
Joaquin. (Cómo la apura el maldito! Y le tenía por necio!— Ahora habla bajo..... Más recio! No oigo palabra. Estoy frito!)
Jacinta. Nunca fie usted en velos. Y si fuese fea?
Alberto. Ah, no!
 Me atrevo á jurarlo.
Joaquin. (Y yo!)
Jacinta. Y si fuese..... vieja?
Alberto. Cielos!
 Que te falte un diente ó dos, bien; sé roma: importa un pito; sé tuerta: yo lo permito; pero ¿vieja? No, por Dios!
Joaquin. (Ya por la herida resuella!)
Jacinta. Pobres señoras mayores!
Alberto. (Jesus! Me dan trasudores sólo de pensar en ella.)
Jacinta. Ni soy tuerta ni soy roma; vieja, mucho ménos.
Alberto. Ya lo supongo; claro está..... Yo lo decia por broma. Eres bella como el sol: eso lo advierte cualquiera. No obstante, si yo te viera á la luz de ese farol.....
Jacinta. Hoy no me atrevo. Otro día quizá.....
Alberto. ¿Me citas, ¡qué idea! y no quieres que te vea? Qué amor es ese, hija mia?
Joaquin. (Para cuándo son los truenos?)
Jacinta. Quizá te arrepentirás.
Alberto. No! Vaya; hiciste lo más; por qué no has de hacer lo ménos?
Jacinta. Con razon me reconvienes y á complacerte me obligas, mas quiero ántes que me digas

en qué concepto me tienes.
Joaquin. (Ya le tutea! Y aquí!)
Alberto. Te tengo por la más rara beldad.....
Jacinta. No hablo de mi cara.— Qué opinion formas de mí?
Alberto. (Nada cuesta ser prudente por *si forte*.) Yo imagino que eres un ángel divino..... (Pensando piadosamente.)
Jacinta. Luego al darte sin temor y á estas horas una cita, muy grande ha de ser mi cuita y muy sincero mi amor.
Joaquin. (Esto va malo.)
Alberto. Soy tuyo. (Las palabras no son obras.) Sácame ya de zozobras.....
Jacinta. Otra pregunta y concluyo. Sé que has amado á otras bellas....; quizá las amas aún.....
Alberto. Yo te diré. Eso es segun.....
Jacinta. Y si fuese yo una de ellas?
Alberto. Yo he de ser tu caballero, seas Laura ó seas Nise; y si no porque te quise, te querré porque te quiero.
Jacinta. Una soy; no dos mujeres, y segun tu silogismo, claro está que á un tiempo mismo me quieres y no me quieres.
Alberto. Acaba con Belcebú. Buena ó mala, fea ó bella, te quiero por tí y por ella, seas ella, ó seas tú.
Jacinta. [Acercándose al farol.] ¿Es posible.....
Joaquin. (Sudo tinta.)
Jacinta. Que ya no te dice á voces el corazon.....
 [Alzase el velo.]
 Me conoces?
Alberto. (Dios de Israel! Es Jacinta!)
 [Breve pausa.]
Jacinta. (Se queda lelo!)
Joaquin. (¡Qué brinco me da el corazon! Un beso va á darla..... No. Qué camueso! Yo la hubiera dado cinco.)
Jacinta. Nada me dices! ¿Te pesa de que sea yo.....
Alberto. No tal; vaya!.... Pero..... es natural..... Pues!.... El gozo....., la sorpresa.....
Jacinta. Otro más fiel y constante, si en tu lugar estuviera, con velo y todo me hubiera reconocido al instante.
Alberto. Oh! ya latiendo veloz el corazon me decia..... Ya ves tú, la simpatía.....

Pero extrañaba la voz.
Jacinta. Yo te hablé naturalmente.
Alberto. Pues bien, estarás de muda.....
Jacinta. Soy yo pájaro?
Alberto. Ó sin duda te ha constipado el relente.
Jacinta. Puede ser que en esta casa.....
Alberto. Prueba de ello aquel saludo que me hiciste; el estornudo.....
Jacinta. (Yo no sé lo que me pasa!)
Jacinta. En fin, no disputaré contigo en cosas tan leves, mas ya es hora de que pruebes los quilates de tu fe.
Joaquin. (Qué crisis!)
Jacinta. En mi dolor, bien mio, á buscarte vengo.....
Joaquin. (Bien suyo!)
Jacinta. Porque no tengo más consuelo que tu amor.
Alberto. (¿Qué será.....)
Jacinta. Por Dios te pido.....
Alberto. Pero ¿qué te ocurre? Dime.....
Jacinta. Mi madre cruel me oprime. Quiere darme otro marido!
Joaquin. (Sí, más honrado y más fiel!)
Alberto. Despotismo maternal! Y dónde está mi rival?
Jacinta. Ay! Aquí, en Carabanchel.
Joaquin. (Ay! Aquí echando las muelas.)
Jacinta. Mas también está mi Alberto aquí, y hará.....
Alberto. Sí, por cierto. (Lo que hizo Cascaciruelas.)
Jacinta. Yo me vengo á refugiar á ti.....
Joaquin. (Pues ya va de véras!)
Alberto. En eso haces bien.....
Jacinta. Qué esperas?
Joaquin. Sígueme. Un cura, un altar....
Alberto. (Hum!)
Alberto. (No es poco ejecutiva!) Pero ¿estás dada al demonio? Así se hace un matrimonio? No seas..... intempestiva.
Joaquin. (Ah! Respiro. Hombre soez!)
Jacinta. Posible es que tal escucho? No juraste amarme?
Alberto. Mucho!...., y te lo juro otra vez.
Joaquin. (Maldición!)
Alberto. Mas nuestra union....., la verdad, no es oportuna. Tú pobre, yo sin fortuna..... Hazte el cargo.....
Joaquin. (Bendición!)
Jacinta. (Infame! Y áun le queria!) Ah! ¿Quién lo creyera, quién.....
Alberto. Yo lo digo por tu bien; puedes creerlo, hija mia.
Joaquin. (Bravo!)
Jacinta. Pérfido!
Alberto. Ya ves,

sin más amparo que Dios.....
Jacinta. Calla, ingrato!
Alberto. Hoy somos dos; luego seríamos tres.....
Jacinta. No seas loca. Yo te amo con fanatismo, te adoro; mas por lo mismo.....
Joaquin. (Bendita sea tu boca!)
Jacinta. ¡Así pagas, fementido, á la que fuera tu esclava!
Alberto. Lloras! (Esto me faltaba.)
Joaquin. (Lagrimitas? Soy perdido.)
Jacinta. ¡Ay desventurada, ay triste que te creí!
Joaquin. (Dale bola! No gastes tanta parola, que sería un pobre chiste....)
Jacinta. Callas!
Alberto. Ay! estoy difunto; el corazon se me parte, pero ¿á qué precipitarte? Demos largas al asunto.
Joaquin. (Bien.)
Jacinta. Largas! No puede ser. Mañana he de dar el sí.
Alberto. Ay, el mal es para mí! Tú al fin..... te casas, mujer!
Jacinta. Si tú te casas conmigo, nos casaremos los dos.
Joaquin. (Uf!)
Alberto. No puedo, y sabe Dios con qué pena te lo digo.
Jacinta. Procedes como hombre bajo.
Joaquin. (Así, duro!)
Alberto. No me hostigues, criatura, no me obligues á que eche por el atajo.
Jacinta. ¿Alberto, no me rechaces tan sin razon y tan pronto! Alberto, no seas tonto!
Alberto. Alberto, mira lo que haces!
Alberto. Otra vez, y esta es la quinta, digo que no.
Joaquin. (Es contumaz.)
Alberto. Jacinta, déjame en paz!
Jacinta. No seas terca, Jacinta!
Alberto. Sí? Te pesará.
Alberto. Amenazas?
Jacinta. ¿Me citarás al juzgado.....
Alberto. Tú mismo te has sentenciado.
Alberto. Pues..... lo dicho. Calabazas. Veremos cuál de los dos lo siente más.....
Jacinta. Sí, hombre ruin, veremos.

[Alzando la voz.]
Tia! Joaquin!
[Aparecen á un tiempo doña Damiana, doña Luisa y D. Joaquin.]
Joaquin. Presente! Gracias á Dios!

ESCENA X.

JACINTA. D. ALBERTO. D. JOAQUIN.
DOÑA DAMIANA. DOÑA LUISA. MATEO.

Alberto. Qué es esto? Fraude! emboscada!
traicion!

Dam. Luces!—Acá estamos
todos.

[*Llegan Mateo y otro criado con ha-
chones encendidos.*]

Alberto. [*Á Jacinta.*]

Llamaste á una tia.....

Dam. Yo soy la tia.

Alberto. Ya..... Es claro.....
(Y qué tia!) Y á un Joaquin.....

Joaquin. Ese soy yo. Quiere usted algo?

Alberto. Quiero averiguar la incógnita
de este curioso espectáculo;
quiero saber si se trata
de casar á un ciudadano
contra su gusto, y así.....,
de sopeton.....

Dam. Al contrario.

Alberto. Pues vamos, ¿qué significa
este golpe de teatro?

Luisa. Esto significa, Alberto,
que Dios castiga sin palo.

Dam. Esto significa dar
á la zorra candilazo.

Jacinta. Y que se echa mal la cuenta
sin la huésped.

Alberto. Otro adagio?

Joaquin. Y que la miel no se ha hecho
para la boca del asno.

Dam. Más claro. ¿No dije á usted
que tenía hecho reparto
de mis bienes entre dos
sobrinos míos?

Alberto. Ya caigo.....

Dam. Uno de ellos es Jacinta.

Alberto. (Satanas!.....) Por muchos años.....

Joaquin. Y el otro soy yo.

Alberto. Me alegro.

(¡Vaya que hay días aciagos.....)

Jacinta. Y aunque sabía muy bien
todo lo que hoy ha pasado,
y conspirar prometí
para dar á usted un chasco,
tanta fué mi ceguedad,
que á ser usted más hidalgo
cuando fingí que fiaba
honor y vida en sus manos,
le hubiera dado la mia;
lo confieso sin reparo.

Alberto. Gracias..... (Tengo don de errar!)

Joaquin. [*Á doña Damiana en voz baja.*]

Bien temí..... De buena escape!

Dam. [*Á D. Joaquin.*]

Ya tenía yo tomadas

mis medidas por si acaso.

Jacinta. Dios me salvó del peligro.
Bendigo mi desengaño,
y me caso con Joaquin,
y gano mucho en el cambio.

Joaquin. Dios te lo pague, Jacinta!
¡Si tú supieras qué tragos
me has hecho beber allí,
escondido entre los álamos!

Dam. Yo viviré con vosotros
y seré madre de entrambos.

Luisa. Y yo bailaré en la boda
con gran placer; que la aplaudo
sólo porque en ella veo
el suplicio de un ingrato.

Alberto. Bailé usted en hora buena.
Á mí no me importa un rábano.....

(Voto á briós!.....) ¿Piensan ustedes

que yo estoy desesperado?

Pues nada, tan fresco y tan.....

(Me colgaria de un árbol.)

El que más gana de todos

soy yo..... (Me llevan los diablos.)

Si es dichoso el que se libra

de una mujer, digo! ¿es grano

de anís, como dijo el otro,

matar de un tiro tres pájaros?

(Reniego de mi fortuna.)

Tengo un gozo que..... (que rabio.)

Buen provecho al que se casa:

yo estoy por el celibato.

Conque... Hedicho... Abur... (El tífus

me va á dar si no me sangro.)

ESCENA ÚLTIMA.

DOÑA DAMIANA. DOÑA LUISA. JACINTA.
D. JOAQUIN. MATEO.

Dam. Pobre diablo! Compasion
y grima y pena me da;
que, aunque disimula, va
por dentro la procesion.

Dura ha sido la leccion,

pero eran justas mis quejas.

Agache, pues, las orejas,

su villanía confiese,

y aprenda, mal que le pese,

á respetar á las viejas.

Es muy digna de censura

vieja que compra deleites,

y usurpa con sus afeites

los fueros de la hermosura;

pero todas, por ventura,

se han vaciado en un troquel?

[*Aparte á D. Joaquin.*]

Más vale,—y Carabanchel

dirá á Madrid que no miento,—

una vieja con talento,

que una coqueta sin él.

VELLIDO DÓLFOS,

DRAMA HISTÓRICO EN CUATRO ACTOS.

Lo estrenaron los actores del teatro del Principe en 13 de Diciembre de 1839.

PERSONAS.

DOÑA URRACA.	ÁRIAS GONZALO.
RAMIRA.	DIEGO ORDOÑEZ.
EL REY D. SANCHO II.	PEDRÁRIAS.
EL CID.	ÁLVAR FAÑEZ.
VELLIDO DÓLFOS.	FORTUN.
FROILA.—CABALLEROS.—SOLDADOS.	

La escena pasa en Zamora y su campo. Año de 1072.

ACTO PRIMERO.

Sala del palacio de Doña Urraca.

ESCENA I.

VELLIDO. RAMIRA.

Vellido. Locura es mi pasión, yo lo confieso,
pero es mi bien, mi vida esta locura.
Hidalgo pobre, campeón oscuro,
no puedo yo esperar la gloria suma
que á príncipes tan sólo y ricos-hombres
es dado ambicionar; mas por ventura
¿se aprende entre las ásperas montañas
do tosca y libre se meció mi cuna,
se aprende entre el furor de los combates
á vencer un amor que al alma adula,
y á no llevar el hombre sus deseos
más allá que su nombre y su fortuna?
¡Adorar á una infanta de Castilla,
á quien Zamora llama Reina suya!.....
¿Por qué no, si esa infanta, si esa reina
prodigio es de valor y de hermosura,
y ojos para mirarla dióme el cielo
y altivo corazón donde se esculpa

su grata imágen con buril ardiente
 que al hielo desafie de la tumba?
 ¿Por qué..., cómo no amarla si en su rostro
 al celeste esplendor que me deslumbra
 hoy adverso destino los encantos
 de lágrimas dolientes acumula?
 Blanco infelice de opresion tirana,
 de alevosa ambicion víctima injusta,
 llora enemigo atroz al propio hermano
 que acarició no ha mucho su ternura.
 Los vínculos sagrados de la sangre
 rompe don Sancho con horrenda furia,
 y en vez de protegerla con su escudo
 contra débil mujer la lanza empuña.
 No bastan á su bárbara codicia
 Castilla y Portugal, Leon y Asturias:
 no basta despojar á sus hermanos
 de la herencia paterna y que sucumban,
 Alfonso mendigando el pan de un moro,
 preso García y olvidado en Luna;
 que tambien á dos miseras princesas,
 sangre suya las dos y prole augusta
 del gran Fernando cuyo nombre infama,
 la escasa dote sin rubor usurpa.
 Hermosa, y noble, y perseguida, y sola,
 el que no la idolatra, ese la injuria.
 En vano ya los ojos y los labios
 se niegan á mostrar la llama oculta.
 No más callar. Martirio es el silencio.
 Hoy, Ramira, mi fallo se pronuncia.
 Hoy sabrá que la adoro, aunque á sus plantas
 el rayo de su enojo me confunda.

Ramira.

Funesta ceguedad! Triste Vellido!
 Tú amar á doña Urraca! ¡Á tanta altura
 alzar el temerario pensamiento!
 Oh! vuelve en ti y á la razon consulta.
 Huye el peligro. Si arrostrarle es gloria,
 tambien alguna vez gloria es la fuga,
 y si amor es de amor la medicina,
 tambien la ausencia sus heridas cura.
 Léjos de esa sirena encantadora
 romperás la cadena que te abrumba,
 y quizá de otra cándida doncella
 bendecirás ufano la coyunda.

Vellido.

¿Es sola esa mujer bella y donosa
 del Duero y del Pisuerga en las llanuras?
 Es la mujer que adoro; y no te canses,
 prima, que tus consejos me importunan.
 Que escuche á la razon, y es mi verdugo!
 Corazon como el mio no ama nunca,
 ó es su amor frenesí. Busco mi muerte,
 dirás: y qué es la vida en tal angustia?
 ¿No es mejor apurar de un solo trago
 el cáliz de mi negra desventura?
 En buen hora me mate su desprecio
 ántes que lenta fiebre me consuma.
 Sabrá á lo ménos que por ella espiro,
 y este consuelo llevaré á la tumba.

Ramira.

¿Quién de tu pecho indómito creyera
 tanta flaqueza!

Vellido.

Sí, la frente ruda,
 que por ella cubrí de duro yelmo,
 y no supo doblarse á otra ninguna,

marcada con el sello del esclavo
yo arrastraría por la tierra inmunda
si ella me lo mandara; que ella sola
puede domar mi condicion adusta.
Ella! No hay más virtud, no hay más deleite,
más mundo para mí. Grata ó sañuda,
ella ha de ser el ángel que me salve,
ó ha de abrir el infierno en que me hunda.
Ramira. Sea. Tú la hablarás, y plegue al cielo
que mis tristes presagios no se cumplan.
Te avisaré. Conviene prepararla.....
Ya sale. Huye de aquí.

[Desaparece Vellido.]

Loco! No hay duda.

ESCENA II.

DOÑA URRACA. RAMIRA.

Urraca. Con quién hablabas, Ramira?

Ramira. Con Vellido mi pariente,
soldado fiel y valiente
que arde en generosa ira
contra tu hermano insolente.
Vasallo fué de Fernando
y, como bueno, execrando
de don Sancho la agresion,
ha consagrado á tu bando
la espada y el corazon.
Viéndote oprimida y triste,
de su menguada fortuna
come, cabalga y se viste,
y sin soldada ninguna
con treinta lanzas te asiste.

Urraca. Cómo has dicho que se llama?

Ramira. Vellido Dólfos.

Urraca. Su nombre
jamás oí ni su rama.
No debe de ser rico-hombre
ni caballero de fama.

Ramira. Él honrará su paves
con tu ayuda y la de Dios;
que en la guerra, tú lo ves,
fama adquieren más de dos.....
y la pierden más de tres.

Urraca. No en vano mi gracia implora;
basta que sea tu deudo;
pero, sitiada en Zamora,
¿con qué merced, con qué feudo
le puedo premiar ahora?

Ramira. Si una audiencia le concedes,
y hacerlo, Señora, puedes
sin mengua de tu decoro,
no te pedirá mercedes
que desangren tu tesoro.
Sólo desea en tus manos
renovar su juramento,
que oyeron los zamoranos,
de dar el último aliento

combatiendo á tus tiranos.

Urraca. Extraño desinterés!

No le imitan muchos grandes.

Ramira. Es un rudo montañés,
mas como tú se lo mandes,
se dará muerte á tus piés.

Urraca. Tanta virtud hay en mí?

Ramira. Ó en él tanto frenesí.

Urraca. Singular idolatría!

Ramira. Él es capaz, á fe mía,
de hacer prodigios por ti.

Urraca. ¿Y sin ningún galardón.....

Ramira. Como á un ángel sobrehumano
te adora su corazón.

Urraca. ¿Y no hay nada de profano
en esa superstición?

Ramira. Sólo Dios sabe lo oculto;
mas tanta distancia veo
entre los dos..... Oh! no creo
que contamine su culto
ningún liviano deseo.

Urraca. Pues le retratas así,
debo alejarle de aquí;
que su amor.....; una de dos:
si divino, ofende á Dios;
si humano, me ofende á mí.

Ramira. Ofenderte! Tal no piensa.
¿Y cuándo el amor ha sido
calificado de ofensa?
¡Tanta fe, pobre Vellido,
y tan cruel recompensa!

Urraca. Cierto que es temeridad.....

Ramira. Le disculpa su rudeza.

Urraca. Si no fuera liviandad,
tendría curiosidad
de oír.....

Ramira. (Bien. Así se empieza.)

Urraca. Qué dices?

Ramira. (Picarla ahora
quiero.) Aunque es duro ese nó,
la prudencia lo dictó,
y tú penetras, Señora,
lo que no alcanzaba yo.

Urraca. Tus consejos necesito,
que injusta no quiero ser;—

- y al fin, si bien lo medito,
ó no es delito el querer,
ó es venial ese delito.
- Ramira.* (Cederá.)
- Urraca.* Si nada espera,
¿puedo impedir que él prosiga
amando de esa manera?
- Ramira.* No es lo malo que él te quiera,
sino.....
- Urraca.* Qué?
- Ramira.* Que te lo diga.
- Urraca.* No me habias anunciado
que él pueda ser tan osado.
Me engañas, ó no te entiendo.
- Ramira.* Esto es hablar suponiendo
que yo me haya equivocado.
- Urraca.* Yo, que deseo ganar
renombre de popular,
sentiré que se me tilde
de que me niego á escuchar
ni al vasallo más humilde.—
¿No decias que su amor
era un culto reverente.....
- Ramira.* Tal lo creo, salvo error,
pero tú seguramente
lo definirás mejor.
- Urraca.* Pues bien, hablarle no quiero.
Ya mitigará su pena.
- Ramira.* Eso es lo que yo no espero.
- Urraca.* Pues ¿qué hará?
- Ramira.* Tirarse al Duero
ó colgarse de una almena.
- Urraca.* Jesus me valga! Qué horror!
Morir el cuitado así!
- Ramira.* Él lo tendrá á mucho honor.
Es tu vasallo en rigor
y debe morir por ti.
- Urraca.* Si maldiciéndome espira
temeré de Dios la ira;
no podré dormir en calma.....
Ah! no quiero yo, Ramira,
que por mí se pierda una alma.
- Ramira.* Y por una eternidad!
Pero..... tu condescendencia.....
- Urraca.* Ya es un acto de piedad.
Repugna á mi vanidad,
mas lo exige mi conciencia.
- Ramira.* (¿No dije.....) Á anunciarle voy
que te ha movido su ruego
y le das audiencia hoy.
- Urraca.* Como dama, se la niego:
como Reina, se la doy.

ESCENA III.

DOÑA URRACA. RAMIRA. PEDRÁRIAS.

- Pedrarias.* Señora.....
- Urraca.* Irás despues.—Entrad, Pedrarias.
Qué me anunciais?
- Pedrarias.* Del enemigo campo
para hablaros de paz un mensajero
seguro os pide á nombre de don Sancho.
Urraca. Paz! venturosa paz! ¿Quién la desea
como yo? Tiempo es ya de que el escándalo
tenga fin de esta guerra fratricida.
Deponga su furor mi ciego hermano,
y de tantas injurias olvidada
yo le abriré mis cariñosos brazos.
- Pedrarias.* Tambien Zamora por la paz suspira,
pero paz con honor; y honroso pacto
nunca al débil ofrece el poderoso.
- Urraca.* Dios puede más, y al corazon acaso
del ambicioso Príncipe descende
la luz de su justicia. Ya al heraldo
deseo ver. Quién es?
- Pedrarias.* Grande es su fama.
No hay adalid en el real contrario
de más subido prez. Los leoneses
le llaman el soberbio castellano,
los agarenos Cid, los de Castilla
Rui Díaz de Vivar.
- Urraca.* De buen presagio
su nombre es para mí. Volad, Pedrarias.
Ya impaciente le espero en mi palacio,
y doy gracias al Rey que su mensaje
á tan buen caballero ha confiado.

ESCENA IV.

DOÑA URRACA. RAMIRA.

Urraca. ¡Fuera mi campeón el buen Rodrigo
y yo impondría leyes al tirano
que me las quiere dar! ¿Quién osaría
moverme guerra si su fuerte brazo
por mí blandiera la temida lanza?
¡Oh si mi ruego le moviera tanto
que mi causa abrazase, las banderas
del fiero usurpador abandonando!
¿Y cuál más justa causa, cuál más noble
pudiera defender? Mas, ay! en vano
me halaga esa esperanza lisonjera,
que el afán de adquirir fáciles lauros
puede más en el alma de un guerrero
que de infeliz mujer el triste llanto.

Ramira. Qué es una lanza más? Y por ventura
¿faltan aquí caudillos esforzados?
Si la experiencia es algo en los combates,
no es capitán experto Arias Gonzalo?
¿Quién á sus hijos en valor iguala,
ora el ijar opriman de un caballo,
ora sobre el adarve desafien
todo el poder del enemigo bando?
Y si bastase el personal arrojo
el número á suplir de los soldados,
¿cuál de los fuertes que á tu voz militan,
ora pechero sea, ora hijodalgo,
se aviniera á lidiar detras de un muro,
estrecha cárcel á su ardor bizarro?
Si tal vez una empresa temeraria
cuando la inspira férvido entusiasmo
basta á cambiar el rostro de la guerra,
ó si es fuerza verter en tu holocausto
por conservarte el heredado cetro,
ó sólo porque tuyo es el mandato,
sangre leal y que la humilde víctima
te cante bendiciones espirando,
bien que Cid Campeador no se apellide,
yo sé quién obraría ese milagro.

Vellido.....

Urraca. Oh qué porfía! Sólo sabes
el nombre pronunciar de ese menguado.

Ramira. Yo..... Mi lealtad.....

Urraca. Si áun dudas que Rodrigo

me pudiera salvar en riesgo tanto,
quién osaría lo que el Cid no osara?
Qué puedo yo esperar de un insensato?

Ramira. (Callo. El viento cambió.)

Pedrarias. [A la puerta.] Licencia pide
Rui Díaz de Vivar.....

Urraca. Éntre.—Dejadnos.

ESCENA V.

DOÑA URRACA. EL CID.

Cid. Señora.....
Urraca. Alzad, y la frente,

noble Rodrigo, cubrid.
No está bien por tierra el Cid
ni mi amistad lo consiente.
Cid. Dios os guarde de mancilla,
noble Infanta, mi Señora.

Urraca. Reina me llama Zamora.

Cid. No hay más que un cetro en Castilla.
Urraca. Me ajais por verme infeliz?
Cid. Como embajador lo digo.
 Si hablara como Rodrigo,
 os llamara emperatriz.
Urraca. Sólo quiero que me hableis
 como amigo y caballero.
Cid. Diré el mensaje primero
 si este honor me concedéis.
Urraca. Hablad.
Cid. El Rey de Castilla,
 de Galicia y de Leon
 os pide, Señora, en don
 esta torreada villa;
 y darla podeis ganando,
 que en cambio tendreis, sin guerra,
 Valladolid y su tierra,
 Rioseco y Villalpando.
Urraca. ¿Qué decis! ¡Pedirme dones,—
 siempre fué galan mi hermano,—
 con las armas en la mano
 y al frente de sus legiones!
 Aunque siento comparar
 á un ladron un rey guerrero,
 así pide el bandolero
 lo que ha resuelto robar.
Cid. No así vuestro enojo tuerza
 su intencion, pues mesurado
 os viene á pedir de grado
 lo que obtendria por fuerza.
Urraca. Bien por Dios! Si desde luégo
 despojarme no pensó,
 ¿por qué la fuerza ensayó
 ántes de emplear el ruego?
 Decid que probó en Zamora
 no esperada resistencia,
 y cauto por la experiencia
 me habla de tratos ahora;
 y es que juzga, á mi entender,
 ménos fácil y seguro
 ganar por asalto un muro
 que engañar á una mujer.
Cid. El su nombre soberano
 os empeña, y lo que ofrece.....
Urraca. Vos sabeis qué fe merece
 la palabra de mi hermano.
Cid. Es mancebo y pudo errar,
 mas no ha de seros infiel
 hoy que responde por él
 don Rodrigo de Vivar.
Urraca. Vos mereceis mil loores,
 mas desconfiar es ley,
 Rodrigo Díaz, de un Rey
 que ha menester fiadores.
Cid. Si él quebrantase el tratado,
 su más terrible enemigo
 fuera yo.
Urraca. ¿Y quién, don Rodrigo,
 me volveria mi estado?
 ¿Qué valdria la venganza.....
Cid. Señora, el mundo es muy ancho,
 y vos sabeis que á don Sancho
 dos reinos ganó mi lanza.

Si os engañara el doncel,
 bien sabria, vive Dios,
 ganar uno para vos
 quien ganó dos para él.
Urraca. ¿Quién vuestro valor, buen Cid,
 pudiera poner en duda?
 Oh si fuerais en mi ayuda!
 Oh si fuerais mi adalid!
 Y harto más digna la hazaña
 fuera de vos, perdonad,
 si amparaseis mi orfandad
 contra el tirano de España;
 que si es débil mi poder,
 la razon está conmigo,
 y es mengua para Rodrigo
 lidiar contra una mujer.
Cid. Razon teneis, no lo callo,
 mas sabré cumplir, lo espero,
 con la ley de caballero
 y con la ley de vasallo.
 Duélome de que os ultraje
 de la fortuna el rigor,
 mas don Sancho es mi Señor
 y le he prestado homenaje.
Urraca. Ántes mi padre lo fué,
 y de él heredé á Zamora,
 y el hijo que le desdora
 falta al honor y á la fe.
Cid. Yo soy, si me dais licencia
 de deciroslo otra vez,
 su vasallo, no su juez;
 su heraldo, no su conciencia;
 mas sería yo capaz
 de alzarle el pleito homenaje
 si me diera otro mensaje
 para vos que el de la paz.
Urraca. ¡Por cierto, lealtad extraña
 y pundonor singular!
 Ah, Rui Diaz de Vivar!....
 Sándia honradez os engaña.
 ¡Y ha de tener, justo Dios,
 ese usurpador tirano,
 mal hijo y peor hermano,
 un vasallo como vos!
 Oh santa naturaleza!
 oh perjurio atroz, infando!
 ¡oh si el buen rey don Fernando
 alzara aquí la cabeza!
 ¿Ya el que fundaba su gloria
 en el brazo de Rodrigo,
 ya el que os llamaba su amigo
 no vive en vuestra memoria?
 ¿Qué diria si inclemente
 cercar os viera este muro,
 y dar la espada al perjurio,
 y negarla al inocente?
 No esperó de vos en pago
 tan injusto desafuero
 cuando os armó caballero
 en el altar de Santiago.
 Aquel venturoso dia
 quizá no está tan presente,
 don Rodrigo, en vuestra mente

como lo tengo en la mia.
 ¿Cuándo, decid, un vasallo
 tan alto honor mereció?
 El Rey las armas os dió
 y la Reina os dió el caballo;
 y yo, cuitada! que imploro
 vuestra proteccion en vano,—
 os acordais?—con mi mano
 os calcé la espuela de oro.

Cid. Señora, ¿á qué recordar
 para mayor amargura
 tiempos de paz y ventura
 que ya no pueden tornar?
 Mirad, Señora, que es ley
 tambien la necesidad,
 y no cabe en mi lealtad
 armarme contra mi Rey.
 Ved que de mi honor seguro
 en mi palabra reposa,
 y que podeis ser dichosa
 sin que yo sea perjuro.
 Ceded, Señora, pues ya
 su duro pecho se ablanda,
 y si una villa os demanda,
 catorce villas os da.

Urraca. Ah! ; Vos en mi daño, vos
 partidario de un impío!
 ¡Otra suerte el padre mio
 nos reservaba á los dos!
 Él meditaba, y un dia
 afectuoso me lo dijo,
 llamaros, oh Cid, su hijo;
 que en tanto precio os tenía!

Cid. ¡Ah, Señora.....

Urraca. Á mi dolor
 disculpad esta memoria
 que acrecienta vuestra gloria
 á expensas de mi rubor.

Cid. Aunque honró mucho mi espada
 y mi cuna el Rey benigno,
 no era yo, Señora, digno
 de merced tan señalada.

Urraca. No alcanzan humanas leyes,
 ni fueros de la razon,
 ni afectos del corazon
 á las que nacen de reyes.
 Sumisa como debía
 á la regia autoridad....,
 su paterna voluntad
 hubiera sido la mia.

Cid. Llore quien perdió esa palma,
 y dad vos gracias al cielo,
 porque es mucho desconsuelo
 dar la mano sin el alma.

Urraca. No he dicho yo que hay violencia
 en obedecer.....

Cid. (Yo soy
 perdido si no me voy.)

Urraca. Cuando es grata la obediencia.

Cid. ¡Tanta ventura.....

Urraca. Rodrigo!.....

Cid. (Pesia la flaqueza mia!....)
 Señora, no lo creia,

me tratais como á enemigo.
 Guerra me dan vuestros ojos
 cuando con la paz os brindo;
 mas si á su fuerza me rindo,
 no os honrarán mis despojos.
 Nunca en lides fuí cobarde,
 bien lo sabeis, pero en esta
 solo un arbitrio me resta.

Urraca. Cuál?

Cid. La fuga. Dios os guarde.

Urraca. Escuchad, el castellano,
 que os vais sin respuesta, y dos
 tengo que dar; una á vos.....

Cid. Señora.....

Urraca. Y otra á mi hermano.

Desechad el necio error
 que tanto os desvanecia.

Quien os oyera, diria
 que por vos muero de amor.

Sólo quise hablando así
 recordaros—lo entendeis?—

lo que á mi padre debeis;

al Rey mi padre; no á mí.

Doy en fin que ayer cediera

de mi padre á la ternura;

mas ¿no puedo por ventura

pensar hoy de otra manera?

Advertid, pues en mal hora

me obligais á hablar así,

que ayer no mandaba en mí,

y hoy soy Reina de Zamora.

Cid. Yo agradecido me muestro,

Señora, á vuestro rigor,

pues vale más que el error

sea mio que no vuestro;

porque á Rodrigo no humilla,

Señora, vuestro desden,

y humillada no está bien

una Infanta de Castilla.

Urraca. Abreviemos, que es ya tarde.

Decid, Rodrigo, á don Sancho

que yo mi nombre no mancho

con ninguna accion cobarde;

que en la palabra no creo

de quien tantas quebrantó,

y tratos no escucho yo

cuando cercada me veo;

que, por mucho que me cuadre

lo que me promete ahora,

yo estimo más á Zamora

porque fué don de mi padre;

que si él en guerras crueles

ha aprendido á perjurar,

yo no quiero abandonar

á los que me sirven fieles;

y si no pueden mis hombros

á Zamora sostener,

yo sabré, flaca mujer,

enterrarme en sus escombros.

Cuál sigue causa más bella

juzgue Dios, juzgue Castilla;

él asaltando mi villa,

ó yo pereciendo en ella.

Cid. Eso, Señora, es honrar
al padre que os engendró.
Así respondiera yo
á estar en vuestro lugar;
que si os vine á proponer
lo que forzoso entendí,
no os buscaba Reina aquí
sino afligida mujer.
Vuestro el prez, vuestra la gloria;
que morir es mejor suerte
cuando es heroica la muerte
y es infame la victoria.

ESCENA VI.

DOÑA URRACA.

Ahora alaba mi heroismo
el soberbio castellano,
¡y no me tiende una mano

en el borde del abismo!
¡Y yo arriesgué mi decoro
fiada de su hidalguía!
Oh inútil flaqueza mía!
Oh mal empleado lloro!
Mas ¿qué poder avasalla
á ese adusto campeón?
Tan duro es su corazón
como su cota de malla.

ESCENA VII.

DOÑA URRACA. RAMIRA.

Ramira. Árias Gonzalo.....

Urraca. Está bien.

Que pase. (Todo conspira
contra una infeliz.) Ramira.—
Llama á Vellido también.

ESCENA VIII.

DOÑA URRACA.

Que mio será el prez, mia la gloria!.....
¡Gloria funesta que maldigo y lloro,
y vano alarde de valor mentido
impone á mis palabras y á mi rostro!

ESCENA IX.

DOÑA URRACA. ÁRIAS GONZALO. PEDRÁRIAS. CABALLEROS.

Gonzalo. Señora.....

Urraca. Bien venido, Árias Gonzalo,
mi fiel vasallo, mi mejor apoyo.
Nunca vuestro consejo y vuestra espada
tanto necesité; que ya á su colmo
llegó mi desventura.

Gonzalo. Y nunca en balde
la sincera lealtad de que blasono
pondréis á prueba; que el infausto día
en que á la tumba descendió del solio,
plugo al buen don Fernando que yo fuese,
huérfana ilustre, vuestro fiel custodio.

Urraca. Mejor dijeras mi segundo padre.
Gonzalo. Os amo como tal, si no me honro
con título tan alto; que á la sombra
del cetro más benéfico y glorioso,
orgullo de Leon y de Castilla
os vi nacer, de esclarecido tronco
primer renuevo, y en la pila santa
sobre mi pecho oí vuestros sollozos.

ESCENA X.

DOÑA URRACA. ÁRIAS GONZALO. PEDRÁRIAS. VELLIDO.
RAMIRA. CABALLEROS.

Vellido. [*Turbado.*]

Á vuestros piés..... Ramira.....

Urraca.

Alzad, Vellido.

[*Á Ramira aparte.*]

¿Es ese el fiero, el arrojado mozo.....
Mucho se turba para ser valiente.

Ramira. [*En voz baja.*]

De qué valor no triunfan vuestros ojos?

Urraca.

(Ah! Responda Rodrigo!)

Vellido.

(Cuán hermosa!)

Gonzalo. [*Aparte á un caballero.*]

¿Cómo osa entrar aquí Vellido Dólfos!
Llamados sois, ilustres caballeros,
á pronunciar irrevocable voto
que mi suerte y la suerte de Zamora
de hoy más decida. El campeón famoso,
ese á quien llaman Cid, Rodrigo Díaz,
en nombre de don Sancho, del que ha roto
tantas veces los vínculos más santos,
me acaba de ofrecer—mirad qué asombro!—
paz y fraterno amor si de Zamora
le abro las puertas y á su pié me postro.
En cambio de la herencia de mi padre
tendré á Valladolid y sus contornos,
y á Rioseco también y á Villalpando;
que es mi hermano en extremo generoso;
mas primero que él cumpla su promesa
yo debo consentir en mi despojo.—
Perdóneme don Sancho si le ofendo.
Hermanos como yo, García, Alfonso,
Elvira, todos lloran su perfidia.
Después de tanto ejemplo lastimoso
necia sería yo si le creyera.

Y sin cubrir mi frente de sonrojo
¿hubiera yo podido, caballeros,
á un pacto suscribir tan vergonzoso?
Mas bien sé los peligros que me cercan;
bien sé, cuando la cólera provoco
del insano opresor, que con mi vida
la vida de mis súbditos expongo.
Si temeraria ha sido la respuesta,
pague yo sola mi imprudente arrojó;
no perezcan por mí tantos valientes.
Retirada en el claustro más remoto
acabaré mis días, y mi sangre
rescatará la vuestra, si es forzoso.

Gonzalo.

No comprara la villa á tanto precio
ignominiosa paz. Sus hijos todos
antes querrán morir que abandonaros
de injusto usurpador al fiero encono.
Por deber, por amor, juró Zamora
defender con las armas vuestro solio,
y aquella suerte que os depare el cielo,

VELLIDO DÓLFOS.

feliz ó adversa, nos cabrá á nosotros.
 Si á mi lealtad empero y á mis canas
 es permitido hablaros sin rebozo,
 no os aconsejo que arrostreis en vano
 el rencor de un Monarca poderoso.
 Cuando arribar al deseado puerto
 embravecida mar niega al piloto,
 del peligroso rumbo se desvía
 que amaga á su bajel con rudo escollo.
 Sin víveres, sin fuerzas, sin aliados,
 sin esperanza alguna de socorro,
 ¿ cómo una sola villa resistiera
 á ejército aguerrido y numeroso?
 Por vuestro bien, Señora, os lo suplico,
 que mi hacienda y mi vida estimo en poco;
 no os obstineis contra el destino airado;
 para tiempo os guardad más venturoso,
 y vuestra no, del Rey será la mengua,
 que así quiere infamar el nombre godo.
 No es ley de una mujer desventurada
 hacer alarde de valor heroico,
 pero es ley del que nace caballero
 amparar, no ofender al sexo hermoso.

Vellido.

Y acatar sus preceptos soberanos,
 siquiera nazcan de voluble antojo;
 ¡ cuánto más si el honor los articula
 y descende la voz de excelso trono!
 Merecida repulsa dió la Reina
 al mensaje falaz de un ambicioso;
 ella el poder de Sancho desafía,
 ¿ y quereis que postrada sobre el polvo
 de los piés que conculcan sus derechos
 vierta una Reina escarnecido lloro?
 Ella, mujer, como los héroes habla;
 como hablara una dueña hablais vosotros!

Pedrarias.

¡ Viven los cielos.... Perdonad, Señora.
 Quién sois vos? ¿ Qué pendon ganado al moro
 os da derecho, audaz aventurero,
 de alzar aquí la voz?

Urraca.

Pues yo la oigo,

vos la podeis oir, noble Pedrarias.

Vellido.

Bien pudiera yo dar, aunque bisoño,
 fiador á mi lengua en este brazo;
 que si de alto linaje no blasono,
 lidiar me vió Zamora como bueno,
 y nunca á mis contrarios huyo el rostro.

Pedrarias.

De esfuerzo y de lealtad mi noble padre
 no necesita daros testimonio,
 y yo, el ménos ilustre de sus hijos,
 lecciones de valor ni doy ni tomo,
 ni ha menester mi lengua fiadores;
 que donde hablan mayores callo y obro;
 mas sujetad el freno de la vuestra,
 Vellido, ó por Santiago que os la corto.

Urraca.

Arias!

Gonzalo.

[Á Pedrarias.]

Calle el rapaz. ¿ Quién os ha dicho
 si injuria fuese el delirar de un loco,
 que yo vuestra venganza esperaria?
 Castigadme, Señora, si os enojo,
 mas si á la fe de un súbdito que anhe-la
 daros su sangre; si al partido honroso

Vellido.

de enterrarse en los muros de Zamora,
 ántes que condenaros al oprobio
 de implorar la clemencia de un tirano,
 se llama delirar, ¿será el encomio,
 será el prez reservado por ventura
 á quien os deja en mísero abandono,
 y conspira á apagar en vuestro pecho
 el fuego que le inflama, generoso?

Pedrárias. Quien dijere.....

Urraca. Ya basta, campeones.

Ni cumple esa contienda á mi decoro,
 ni faltará ocasion á vuestro brio
 sin malograrlo con fatal encono
 en intestina lid. Árias Gonzalo,
 aplaudo tu prudencia, como elogio
 de Vellido el ardor. Un solo impulso,
 la acendrada lealtad, os mueve á todos.

[*Á Gonzalo.*]

Tú, que mi vida conservar deseas,
 darás la tuya en el murado foso
 si es fuerza combatir.

[*Á Vellido.*]

Tú, que indignado
 prefirieras mi muerte á mi desdoro,
 fiel me serás tambien si sometida
 al fiero hermano la rodilla doblo.—
 Pero explorar el ánimo del pueblo
 es fuerza en este trance peligroso.
 Consúltale en mi nombre, Árias Gonzalo;
 di que en sus manos mi destino pongo.

Gonzalo. Zamora no da leyes á su Reina.

Vos decidid: de su lealtad respondo.

Urraca. Id, no obstante, os lo ordeno...; os lo suplico:

[*Á los caballeros.*]

Seguidle.

[*Á Vellido.*]

Vos, oid.

[*Á Ramira.*]

Dejadnos solos.

ESCENA XI.

DOÑA URRACA. VELLIDO.

Urraca. Pláceme haberos oido
 defender con tal fervor
 mis derechos.

Vellido. Sois mi Reina.
 Cumplí con mi obligacion.

Urraca. Ramira, mi fiel criada,
 de vos, Vellido, me habló
 con sumo interes.

Vellido. Qué mucho?
 Su deudo y su amigo soy.

Urraca. Dijo que ansiabais hablarme.....
 Deponed la turbacion.

Vellido. Qué merced quereis de mí?
 Ah, Señora! ¿Quién soy yo
 para pedir os mercedes?
 Por harto feliz me doy
 con que tan ínclita Reina
 se digne de oír mi voz.
 Si tanta fuera mi suerte
 que algo hiciese yo por vos,
 ni áun entónces osaria
 demandaros galardón;
 que si este humilde guerrero
 merece tanto favor,
 á la gloria de servir os
 se limita mi ambicion.
 Y ¡qué! ¿no es harta ventura
 para el árbol y la flor
 que á darles vida y contento

descienda un rayo del sol?
¡Y flor es mi juventud
que se agosta en su verdor,
y vos me mirais, Señora,
que sol de Castilla sois!

Urraca. (Loco es este, si lo es,
de muy buena condicion.)
¿Venis acaso á pedirme
justicia? Obligada estoy
á dispensársela á todos.

Vellido. Justicia! Ah, Señora! No;
que no es obra de los hombres
mi irremediable dolor,
y si yo osara quejarme,....
blasfemara contra Dios!

Urraca. Dólfos!

Vellido. Oh! no os enojeis.
Perdon, Señora, perdon!—
He jurado defenderos
contra el vil usurpador,
mas vos no lo habeis oido;
¡tal distancia entre los dos
puso el cielo!, y yo aspiraba,
Señora, al sublime honor
de ofrecer á vuestros piés
mi espada y mi corazon.

Urraca. Injusta fuera..... la Reina
si os negara.....

Vellido. [*Arrojándose á los piés de doña
Urraca.*]
Oh dicha! Soy
vuestro esclavo.

Urraca. Alzad, Vellido.
(Será un rapto de furor?)

Vellido. ¿No merecerá mi labio
en muestra de sumision
besar esa mano augusta.....

Urraca. (La pide con un temblor.....
Mas la pide respetuoso.
Sé yo cuál es su intencion?....)
Tomad.

[*Vellido besa la mano de doña Urraca
y se levanta.*]

Vellido. Oh placer inmenso!
Yo no he vivido hasta hoy,—
y ansio la muerte!— En mis venas
hierve la sangre veloz.—
Tiemble el aleve tirano!
Tiemblen Castilla y Leon!

Urraca. Qué! vos esperais librarme?

Vellido. ¿Qué no ha de esperar, oh Dios!,
qué puede temer una alma,
que vuestra gracia inflamó?—
Mas si Zamora se rinde,
inútil es mi valor.

Urraca. No se rendirá la villa
si yo el ejemplo no doy.

Vellido. Jurad....., prometed, Señora,
por dos dias, sólo dos,
esos muros defender

contra un hermano feroz;
que tan corto plazo basta
á que triunfe ó muera yo.

Urraca. ¡Antes morir que entregarme
á merced de ese traidor
que Dios maldiga!

Vellido. En mi pecho
resuena esa maldicion.
No os espanten sus legiones
ni su Cid Campeador.

Urraca. Yo admiro tanto denuedo;
mas contra el destino atroz
que me persigue obstinado
¿hará un solo campeon
lo que no han podido hacer
tantos hidalgos de pro?

Vellido. Sí hará, si á muerte segura
corre gozoso por vos;
sí hará si idólatra ciego
sacrificaros juró,
no sólo fortuna y vida,
que fuera pobre ese don,
sino..... hasta la misma honra,
que es sacrificio mayor.

Urraca. Delirando estais, Vellido.
Eso dice un español?

Vellido. Oh! si mi delirio os salva,
será mi triunfo mejor.
Lo consentis?

Urraca. Lo consento.
(Á quien perdió la razon
¿qué puedo decir?) Mirad
que nada os ordeno yo;
mirad que á nada me obligo.

Vellido. Si ataja muerte precoz
la carrera de mis dias
todo para mí acabó;
si la fortuna corona
mis deseos.....

Urraca. Reina soy:
como Reina os premiaré:
lo oís? De otra suerte, no.

Vellido. Ah! venza yo, y más que luego
maldigais al vencedor!
¿Qué importa, si el brazo os sirve
como os ama el corazon?
Os amo, lo dije, os amo.....
¡yo, indigno de vuestro amor,
os amo!.... ¡Oh crimen....

Urraca. Callad!...

Vellido. Maldito del cielo estoy.
Premio deciais! Lo espero.
Muerte, infamia, infierno.... Adios!

ESCENA XII.

DOÑA URRACA.

Infeliz! Dios le perdone,
que es digno de compasion.

ACTO SEGUNDO.

Arboleda inmediata á Zamora.

ESCENA I.

EL REY. EL CID. ORDOÑEZ.
CINCO CABALLEROS.

Rey. [Llegando.]
Quédense los escuderos
con los caballos de lid,
y á la sombra me seguid
de este roble, caballeros.

Ordoñez. No es paraje muy seguro.

Rey. Todos lo son para mí.

Ordoñez. Puede alcanzaros aquí
una saeta del muro;
que Zamora en su porfía
quizá á otorgar no se allana
la vista con vuestra hermana
y la tregua por un día.

Rey. [Sentándose al pie del roble.]
No serán, no, tan osados;
que, si del campo me alejo,
saben que á la espalda de
cien escuadrones armados.
Ya se guardará esa villa,
bien que nido de traidores,
de irritar más los furios
de don Sancho de Castilla.
¡Ay si con grito de guerra
á mi clemencia responden!
que los muros do se esconden
ansio igualar con la tierra.—
Mas Álvar Fañez ya tarda.
Vive Dios que está despacio,
y un roble no es un palacio
y es un Rey el que le aguarda.

Cid. No os impacientéis así.
No ha tanto que entró en Zamora.

Rey. Hablo yo con vos ahora?

Ordoñez. Ya está Álvar Fañez aquí.

ESCENA II.

EL REY. EL CID. ORDOÑEZ. ÁLVAR FAÑEZ.
LOS CABALLEROS.

Álvar. Señor.....

Rey. Prolija respuesta
sin duda la Infanta os dió,
Fañez. Entre un sí y un no,

Álvar. tanto el decidirse cuesta?
Salud la Infanta os envía
y ya á veros se apercibe.

Rey. Y la tregua?

Álvar. La recibe
y la otorga por un día.
Y paz y eterna concordia
será si acata mi trono;
mas si provoca mi encono,
no tendré misericordia.
Conmigo, empero, no dudo
que depondrá su querella,
y lograr espero de ella
lo que Rodrigo no pudo.

Cid. Si fué mi mensaje vano,
qué mucho? Ni, en buena ley,
pude mandar como Rey
ni persuadir como hermano.
Cumplí fiel con mi embajada
haciéndola conocer
vuestro terrible poder
y su fortuna menguada;
y porque su riesgo vi,
tal vez de mi boca oyó
consejos, Señor, que yo
no tomara para mí.
Si con ánimo real
desprecia riesgo tan grave,
no es culpa mía;—y Dios sabe
si obra bien ó si obra mal.

Rey. [Levantándose.]
¿Eso es decirme que vos
teneis su orgullo por bueno?

Cid. Yo ni aplaudo ni condeno;
digo..... que lo sabe Dios.

Rey. Eso decis?

Cid. Soy mortal
y puedo errar.

Rey. Pues yo digo,
y sin errar, don Rodrigo,
que me habeis servido mal.
Mucho lo siento, Señor;
mas negar fuera injusticia
que en Portugal y en Galicia
os he servido mejor.
Si hoy os faltó en un servicio,
¿de quién será entre los dos
la culpa? ¿Mía, ó de vos
que me trocais el oficio?
Para soldado soy algo,
y ya lo probé á lanzadas,
mas para dar embajadas

- maldita la cosa valgo.
- Rey.* [*Paseando hácia el foro.*]
Tambien lo probais ahora.
- Cid.* [*Siguiendo al Rey.*]
Y á una princesa tan bella!
Más miedo la tengo á ella
que á los muros de Zamora.
¡Decis que mal os serví
y me mirais con desden!
No, sino bien, y muy bien,
pues estoy de vuelta aquí.
- Rey.* [*Ya en el último bastidor de la izquierda.*]
¿Qué decis.....
[*Mirando adentro.*]
Mas ya la puerta
se abre del muro enemigo.
Para más tarde, Rodrigo,
dejemos nuestra reyerta.
[*Los caballeros se acercan al Rey, y miran tambien en la misma direccion.*]
- Ordoñez.* Con otros tantos vasallos
como vos teneis aquí,
se acerca. Miradla allí.
- Rey.* Son briosos los caballos.—
El fuerte batallador
Árias Gonzalo es aquel.
- Ordoñez.* Y aquel garrido doncel
Pedrarias, su hijo mayor.
- Alcar.* Ya los estribos dejando
la Infanta y los caballeros,
los dan á los escuderos.
- Rey.* Alerta los de mi bando!
[*Vuelve al proscenio con los caballeros.*]

ESCENA III.

EL REY. EL CID. ORDOÑEZ. ÁLVAR FAÑEZ.
SÉQUITO DEL REY. DOÑA URRACA. ÁRIAS
GONZALO. PEDRARIAS. SÉQUITO DE DOÑA
URRACA.

- Gonzalo.* [*En el foro.*]
Aquí, Señora, os quedad.
[*Adelantándose á la comitiva.*]
Ah de don Sancho! Ah del Rey!
- Rey.* [*Acercándose.*]
Rey de Castilla soy yo,
Gonzalo. Qué me quereis?
- Gonzalo.* Ruego á Vuestra Señoría
que jure á Dios uno y tres,

- puesta en la espada la mano
y en sus palabras la fe,
que sin ardid ni emboscada,
á fuer de leal y á fuer
de príncipe y de cristiano,
viene.....
- Rey.* Juro; no os canseis.
- Gonzalo.* Si hablais verdad, Dios os premie,
y si no, os castigue.
- Rey.* Amén.
[*Volviendo adonde están sus caballeros.*]
Ceremonioso es don Árias.
Achaque de la vejez!—
Será fuerza conjurar
á doña Urraca tambien.
Buen conde don Diego Ordoñez,
cumplid vos ese deber;
que Rodrigo es muy galan.....
y se echaria á sus piés.
- Ordoñez.* [*Adelantándose, y doña Urraca se le acerca.*]
Infanta, la de Zamora,
¿jurais al Dios que nos ve
por la salud de vuestra alma
y por la honra y el prez
de vuestro nombre, guardar
la tregua, y mostrarnos fiel
á la palabra empeñada
sin engaño y sin doblez?
- Urraca.* Juro.
- Ordoñez.* El cielo os lo demando
si el juramento rompeis.
- Urraca.* Sea.
- Gonzalo.* [*Á doña Urraca.*]
Señora.....
- Ordoñez.* [*Al Rey.*] Señor.....
- Gonzalo.* Juró. Obedecí.
- Urraca.* Está bien.
- Ordoñez.* Ha jurado. Me retiro.
- Rey.* Hacéisme mucha merced.
[*Los caballeros del Rey se retiran á un lado, y los de la Reina á otro.*]
- Urraca.* ¿Puedo ya, querido hermano,
abrirte mis brazos?
- Rey.* [*Abrazándola.*] Ven
á los míos que impacientes
ya te esperaban. ¡Cuidé
que el grave ceremonial
no acabaria en un mes!
- Urraca.* ¡Cuán dulce á mi corazón
es este abrazo! ¡Oh si en él
por siempre se renovara
nuestro amor de la niñez!
- Rey.* Olvidemos para siempre
nuestra enemistad cruel,
y sólo la muerte pueda
tan santo lazo romper.
- Urraca.* Tal esperanza me anima,

- y tu intencion esa fué
sin duda cuando mostraste
quererme hablar.
- Rey.* Así es;
y pues te veo á mi lado
ya me doy el parabien.
- Urraca.* Dios por mi derecho vuelve,
y habló la sangre tal vez
en mi favor.
- Rey.* Mis derechos
te iba á recordar tambien.
- Urraca.* Otro pacto más humano
me vendrás á proponer,
y en vez de embrazar sangriento
contra una hermana el broquel,
con él vendrás á cubrir
la orfandad en que la ves.
- Rey.* Tú, mejor aconsejada,
pues conoces mi poder,
en mi justa pretension
verás tu propio interes.
- Urraca.* Qué pretension es la tuya?
Rey. Si fué mensajero fiel,
ya de la boca del Cid
la habrás sabido.
- Urraca.* La só!
Mas tú sabes mi respuesta,
Sancho, y no soy yo mujer
que me retracte jamás
de lo que digo una vez.
- Rey.* Si pretendéis que se humille
quien acostumbra á vencer,
mucho os ciega, vive Dios,
vuestra funesta altivez.
- Urraca.* Vuestra humillacion no quiero,
pero más digno laurel....
- Rey.* Eh! basta, que no sois vos
de mis acciones el juez.
- Urraca.* Soy árbitra de las mias.
- Rey.* Yo soy rey.
- Urraca.* No sois mi rey.
- Rey.* Está en mi reino Zamora,
y á un reino basta un dosel.
- Urraca.* Nada basta á tu ambicion.
- Rey.* ¡Ambicion, y te daré
catorce villas por una!
- Urraca.* Catorce villas? Pardiez!
Quien nada piensa cumplir
es muy largo en prometer.
Ó nunca me las darás,
que es ya proverbio tu fe,
ó me las darás.... resuelto
á quitármelas despues.
- Rey.* Temeraria!
- Urraca.* ¿Qué le diste
á García cuando fué
por tu hueste destronado?
¡La mísera lobreguez
de una torre!
- Rey.* Osó invadir
los montes de Santander
que son mi herencia, y.... tú sabes
que es García muy doncel
- para regir al gallego
y domar al portugues.
- Urraca.* ¿Tanta experiencia es la tuya
cuando apenas deja ver
bozo juvenil tu rostro?
- Rey.* Nací alentado y con sed
de glorias marcial....
- Urraca.* El cielo
gloria más pura te dé,
Sancho el Soberbio!—¿Y qué diste
al monarca leonés
cuando la real corona
arrancaste de su sien?
- Rey.* Otra corona le daba
en Sahagun más digna de él.
- Urraca.* La tonsura!
- Rey.* Sea monje
quien no sirve para rey.
Ya fuera quizá prior
si una mano...., y sé de quién,
no hubiera abierto á su fuga
aquella santa pared.
- Urraca.* Sí, mi mano le libró
de la tuya, que tal vez
le guardaba otra corona;
la del martirio cruel!
Tú dirás que fué glorioso
á dos reyes someter,
que al fin mandaban soldados,
vestian bélico arnes;
pero á la infeliz Elvira
¿con qué razon, con qué ley....
- Rey.* Primogénito nací,
y mi padre injusto fué
menguándome el privilegio
que entero adquirí al nacer.
- Urraca.* Su testamento juraste.
- Rey.* Contra derecho juré.
Si cabe el lecho mortal
respeté su voz ayer,
hoy recobro lo que es mio.
- Urraca.* Tú sabes que no lo es.
¿Qué ley te abona....
- Rey.* Si leyes
me faltan, yo las haré.
- Urraca.* Valiera más que ese afan
de guerrear y vencer
lo emplearas sin descanso
contra el sarraceno infiel.
Si nuevos reinos codicias,
porque no te bastan tres,
valiérate más ganar
á Toledo y á Jaen
que robar su pobre dote
á desvalida mujer.
- Rey.* Torreones y ballestas!
¡Por cierto, lindo joyel,
lindo ajuar para una dama!
- Urraca.* Presintió la madurez
de mi padre tus proezas;
presagió tu buena fe.
Si á ley de buen caballero
fueras tú justo y cortés,

ni de muros ni de lanzas
habría yo menester.
Rey. Yo, pues mi saña provocas
con temeraria sandez,
las lanzas que te defienden
haré en astillas arder;
yo de esa villa traidora
los muros arrasaré,
y cuando huelle sus ruinas
mi fogoso palafren,
y de hinojos y llorando
pidas clemencia á mis piés,
si una celda te concedo
tendráslo á mucha merced.
Urraca. Así, Caín de Castilla!
Sea sincero una vez
tu labio y en él rebose
de tu corazón la hiel.
Tiñe el Duero con la sangre
de cien valientes y cien;
asalta el muro; no quede
piedra sobre piedra en él.
Si esa es la gloria á que aspiras,
fácil te será, lo sé;
pero no esperes uncirme
al carro de tu poder,
porque ántes me matarán
daga, veneno ó cordel,
y padron de infamia eterna
será á tu nombre despues
sobre cenizas y escombros.....
la tumba de una mujer!

ESCENA IV.

EL REY. EL CID. ORDOÑEZ. ALVAR FAÑEZ.
CABALLEROS DEL SÉQUITO DEL REY.

Rey. Perdida es ya la esperanza
de vencer su altanería.
Ya el perdón es cobardía;
ya es un deber la venganza.
Mañana, lo osé? apénas
la tregua espere, al asalto!
Vea Zamora más alto
mi pendón que sus almenas.
[*Al Cid.*]
Vos por la orilla del Duero;
[*Á Ordoñez.*]
vos por el opuesto foso;
yo el postrero en el reposo
y en el peligro el primero.
Cid. ¡ Tal saña, Rey de Castilla,
contra una débil mujer!
¿ Qué aumenta á vuestro poder
la posesión de una villa?
Rey. Cuando su ruina medito,
pues niega á mi trono párias,
no consejos ni plegárias,

sino lanzas necesito.
Cid. De poco sirve la mia,
y ya que es vano mi ruego,
perdonadme si os la niego
para empresa tan impía.
Rey. ¿ Así á mi trono real
osa rebelarse el Cid?
¿ Qué razón teneis, decid,
para serme desleal?
Cid. Desleal? Nunca lo fui,
pero á deciros me atrevo
que yo sé bien lo que os debo.....
y lo que me debo á mí.
Un juramento me empeña
de no hacer guerra á la Infanta;
Dios lo oyó, y su Madre santa,
y San Pedro de Cardeña.
No imiteis á Satanás
tentándome el alma ahora.
Si mucho vale Zamora,
mi salvación vale más.
Rey. Gran virtud, por vida mia!
¿ Por qué no hablasteis así
cuando me hicisteis á mí
homenaje y pleitesía?
Cid. Porque nunca imaginé,
ni estaba al humano alcance,
que se viera en este trance
la hidalguía de mi fe.
Bien me estaba yo y más ledo
combatiendo en la frontera
contra la morisma fiera,
digna empresa á mi desnudo.
Vine aquí, sábelo Dios,
con la halagüeña esperanza
de anudar la rota alianza
entre vuestra hermana y vos.
Contento á Zamora fui
con la venturosa oliva,
mas con lanza vengativa,
no lo acabaréis de mí.
Rey. Habladme ya sin mesura
y declaráos en fin
el andante paladín
de esa afligida hermosura.
Cid. Contra vos no haré yo tal
mientras siga vuestra ley;
que sois, don Sancho, mi Rey,
y mi Señor natural.
Rey. No tuvisteis, á fe mia,
tanto escrúpulo, Rodrigo,
cuando os vieron enemigo
don Alfonso y don García.
También de mi padre muerto
herencia hubieron los dos,
y también los hizo Dios
hermanos míos.
Cid. Es cierto;
mas nadie á vuestros hermanos
me encomendó en testamento,
ni hice en su pro juramento
que me ligase las manos.
Con justicia ó sin justicia,

que yo tanto no penetro,
les demandasteis el cetro
de Leon y de Galicia.
Mi deber fué la obediencia,
y dije: vaya ó no vaya
derecho, allá se las haya
don Sancho con su conciencia.
Para defender su silla
y no acatar otras leyes,
poder tienen esos reyes
como el que manda en Castilla;
y en fin probó mi Tizona,
ministro de vuestra saña,
que quien la pierde en campaña
no es digno de la corona.
Mas, permitid que os lo diga
con franqueza de soldado,
y dejo aparte el sagrado
juramento que me obliga;
mirad más por vuestro honor,
y tened, don Sancho, en cuenta
que hay guerras en que la afrenta
es toda del vencedor.

Rey. ¿Sois vos—culpable osadía!—
tutor de mi honra?

Cid. No;
mas permitidme que yo
sea tutor de la mia.

Rey. Idos: no la he menester,
ni vuestra espada tampoco;
y á no teneros por loco
la mia os haria ver.....

Cid. Herid; yo os doy mi cabeza
si con ella os desenojo,
pero vuestro ciego antojo
no mancille mi nobleza.
Rey. Sois aleve.

Cid. Señor!.... Callo.
Rey. Licencia, Rodrigo, os doy
para alzarme desde hoy
la obediencia de vasallo.

Cid. Á reyes no pago pecho,
soy rico-hombre, y bien sabeis
que, sin que vos me lo deis,
tuve siempre ese derecho.
Rey. Usadle, pues.

Cid. No haré tal,
que si la palabra os cojo,
luégo os pasará el enojo
y lo tomaréis á mal.

Rey. No. Yo os destierro.
Cid. En buen hora.

Á obedeceros me obligo.
Rey. Cuándo partís, don Rodrigo?
Cid. Mañana al rayar la aurora.

Rey. Id léjos á hacer alarde
de esa cristiana virtud..

Cid. Rey de Castilla, salud.
Rey. Cid Campeador, Dios os guarde.

[Empieza á oscurecer por grados la
escena hasta figurar noche cerrada en
el final del acto.]

ESCENA V.

EL REY. ORDOÑEZ. ÁLVAR FAÑEZ.
CABALLEROS.

Álvar. Dadme licencia, Señor.

Rey. Adónde vais, Álvar Fañez?

Álvar. Es don Rodrigo mi deudo
y el honor de mi linaje;
tiro sueldo de su casa.....
Permitid que le acompañe.

Rey. Yo le he desterrado á él;
pero no á vos.

Álvar. Perdonadme.

En sus dias de ventura
le seguia á todas partes.
Sería yo muy villano
si ahora le abandonase.

Rey. Cuando su Rey le destierra?

Álvar. Señor...., me llama la sangre.

Rey. ¡Vive Dios.... ¿Hay en mis reinos
vasallos tan arrogantes,
que más que á mí se les tema,
ó más que á mí se les ame?

Sin vos y sin él me sobran
soldados y capitanes;
mas no os iréis si primero
no os alzo el pleito homenaje.

¡Yo parezco el desterrado,
y el Cid monarca triunfante!
Decid á Rodrigo Díaz

que voluntario se extrañe
de mis dominios, ó en tanto
que Señor y Rey me llame
ha de hacer mi voluntad,
ó por Dios que ha de pesarle.

Álvar. Le desterrais....

Rey. Le destierro,
pero hasta que yo lo mande
no se aleje de su tienda
ni abandone mis reales,
si no quiere que el destierro
se convierta en dura cárcel.
Id.... No repliqueis. Decidle
que mis órdenes aguarde.

ESCENA VI.

EL REY. ORDOÑEZ. CABALLEROS.

Rey. Esto es reinar? ¿Es así
como respetan los grandes
de Castilla á su Monarca?

Ordoñez. Sus fueros y libertades.....

Rey. Si todos tienen aquí
privilegios que les salven
de mi autoridad suprema,
¿no es una irrisión infame
mi nombre de rey? Yo os juro
por la tumba de mi padre

que haré pedazos mi cetro,
ó el traidor que no lo acate
pagará con su cabeza
la libertad de injuriarme.
Ordoñez. La saña os ciega, Señor.
Si al mostraros su dictámen
fué Rodrigo de Vivar
harto libre en su lenguaje,
le disculpa su honradez,
y su gloria en los combates,
y su nombre ya famoso

entre cristianos y alarbes.
Rey. Su nombre! No vale más
que el mio, ¡y tanto le aplauden,
y el *Cid*, el *Señor* le llaman,
y casi le alzan altares!
Por san Millan.....

Vellido. [*Dentro.*] Castellanos!
Rey de Castilla! Amparadme!

[*Llega Vellido acelerado y se postra
á los piés del Rey.*]

ESCENA VII.

EL REY. VELLIDO. ORDOÑEZ. CABALLEROS.

Rey. ¿Quién grita...

Vellido. Á vuestras plantas, Rey don Sancho,
este proscrito mísero se postra.

Rey. Proscrito! Alzad. Quién sois?

Vellido. Vellido Dólfos

es mi nombre, Señor; mi fama poca,
mas jóven soy; mi profesion las armas;
noble mi cuna; mi fortuna corta;
libre mi condicion; mi patria un monte.
Ayer fuí ciudadano de Zamora,
súbdito vuestro...., siervo si os agrada,
de hoy más seré. Mi corazon ahoga
sed de venganza, y la venganza sólo
á vos me lleva, oh Rey; no vil lisonja
ni codicia de honores y mercedes.
¡Perezca para siempre la memoria
del pueblo ingrato á quien mi sangre diera
y de sus muros con baldon me arroja!
¡Humillada y cautiva doña Urraca
cambie por el cilicio la corona!
Venced; no haya perdon para el vencido:
he aquí mi anhelo, mi ambicion, mi gloria.
Y qué grave razon, Vellido Dólfos,
os fuerza á abandonar, quizá sin honra,
el jurado pendon?

Rey.

Vellido. Sangrienta injuria
que no lavara con su sangre toda
la enemiga faccion que me persigue.
Mi celo, mi lealtad, mi fe ardorosa
en pro de vuestra hermana, merecieron,
si nó á su pecho, al ménos á su boca,
loor y gratitud que en almas viles
de la envidia engendraron la ponzoña.
Árias Gonzalo y sus alevos hijos,
que al pueblo engañan y al cabildo compran,
me acusan de traidor. En mi infortunio
una esperanza me quedaba sola;
el favor de la Infanta, su justicia;
mas temiendo á la turba sediciosa
me retira el escudo de su gracia
y al furor enemigo me abandona.
Sin espada que vengue tal ultraje,
sin recto juez que mis clamores oiga,
huyo; no de la muerte; de la infamia,
y eterna execracion juro á Zamora.

- Rey.* [*Aparte con Ordoñez.*]
Bien podría el rencor de ese soldado
de mi venganza apresurar la obra.
- Ordoñez.* Y bien podría pérfido venderos
quien vende desleal á su Señora.
- Rey.* No es desleal el que inocente gime
si el yugo rompe que su frente agobia.
Oíste la amargura de sus quejas?
No habla así la mentira artificiosa.
Mira su frente adusta. En ella leo
la fiera indignacion que le devora.—
Yo te amparo, Vellido, en mis pendones,
mas si traidor me fueres.....
- Vellido.* Vuestra cólera
mal podría evitar inermes y solo.
- Rey.* Si fe me juras y mi apoyo imploras,
qué me ofreces?
- Vellido.* Un brazo que no tiembla,
y una cabeza que de mí responda.
- Rey.* ¿Solo un brazo.....
- Vellido.* [*Bajando la voz.*] Otros hay que me obedecen.
Tal vez, más que el valor, ganan victorias
la sorpresa, el ardid..... El alto muro
que cien y cien arietes no derrocan,
al frágil diente de comprada llave
cede tal vez.....
- Rey.* [*En voz baja.*] Callad, callad ahora.—
Partamos, caballeros. Ya la noche
brinda al reposo con su opaca sombra.
- Ordoñez.* [*Aparte á un caballero.*]
Ó de achaque de caras yo no entiendo,
ó la cara de ese hombre es sospechosa.

ACTO TERCERO.

El teatro representa un ángulo exterior de los muros de Zamora sobre peñas, arbustos y maleza, cuyos obstáculos impiden que los interlocutores situados á la parte izquierda del proscenio sean vistos desde el adarve.

ESCENA I.

[*Es de noche.*]

FORTUN. FROILA.

[*Fortun está de centinela sobre el adarve y pasea cantando. Al concluir la copla aparece Froila por la parte de la villa con una tea encendida, que entrega á Fortun para que le alumbré; afianza en el muro una escala de cuerda cubierta con yedra y musgo, y asegurado de que está firme, descende por ella con la tea en la mano á los riscos en que estriba la fortaleza.*]

Fortun. [*Cantando.*]

«Prometido á doña Sancha,
hermana de don Bermudo,

el buen conde don García
parte á Leon desde Búrgos.»

Froila. [*Disponiéndose á bajar.*]

Firme está. Dame la tea,
y pues la ocasion es calva,
antes que despunte el alba
daré fin á mi tarea.

[*Bajando por la escala.*]

Nos observan? No haga el diablo.....

Fortun. Ni del campo ni del muro.
Bien puedes bajar seguro.

Froila. [*Desde los últimos peldaños.*]

Échame acá ese venablo.

Fortun. [Tomando uno que habrá en el adarve.]
Lo tiro?

Froila. Bestial pregunta!
Descuelga, que bien alcanzo,
y no me saques, mastranzo,
algun ojo con la punta.

Fortun. [Sentado en el muro alarga el venablo
á Froila.]

Mira tú cómo lo tomas,
ten caridad y conciencia;
que si tiras con violencia
y voy detras, me deslomas.

Froila. Alarga, ¡pese á tu madre....

Fortun. No alcanzo más, vive Cristo.

Froila. Ya lo tengo. Suelta.

Fortun. Listo.

[Vuelvo á ponerse de pié y á pasearse
sobre el adarve.]

Froila. [Acaba de bajar, apoyándose en el ve-
nablo.]

Hasta la vuelta, compadre.

[Hablando para sí.]

Ahora bien, ¿es bueno, ó malo
lo que voy yo á hacer ahora?
Quién vive? Sancho, ó Zamora?
Qué merezco? Gloria, ó palo?
Soy ignorante y sencillo,
y pues no sé lo que intenta,
ajuste con Dios la cuenta
el que me dió este bolsillo.

[Desaparece por su izquierda.]

ESCENA II.

FORTUN.

[Canta.]

«¡No fies, Conde infeliz,
en los vítores del vulgo!
¡Arma el brazo, guarda el pecho,
que hay cien traidores ocultos!»

ESCENA III.

FORTUN. FROILA.

Froila. [Con la tea y sin el venablo.]

Entre el cambron y la piedra....
Bien.

Fortun. Froila vuelve.

Froila. Cumpli.

[Á media voz.]

Estamos seguros?

Fortun. Sí.

Froila. Vuelvo á trepar por la yedra.

[Subiendo al muro por la misma es-
cala.]

Ojo á la villa, Fortun.

Fortun. No temas, que vela Mendo.

Froila. Y Garci-Perez?

Fortun. Durmiendo
borracho como un atun.

Froila. [Ya en lo alto del muro.]

Cómo sudo!

Fortun. [Riéndose.] No es el lance
para ménos.

Froila. Seó gallina,
no he ganado la propina
cual tú, cantando un romance.

Fortun. Decir que canto ó que rezo
no me servirá de nada
si por ser tu camarada
me acarician el pescuezo.

Froila. [Mirando al cielo.]

Ya será tarde.

Fortun. Á fe mia,
si no es, Froila, aquel lucero
tanto como tú embustero,
muy pronto será de dia.

Froila. Si el aloque no me engaña,
distingo hácia allí dos bultos
entre las ramas ocultos....

Fortun. Sí: ya está el moro en campaña.
Apaga esa tea.

Froila. [Lo hace.] Apago,
y, pues guardas tú á Zamora,
voy á saludar la aurora
con otra mano de trago.

ESCENA IV.

FORTUN.

[Cantando.]

«¡Mira que velan los Velas
rencorosos y perjuros;
mira que el conde Rodrigo
ya aguza el puñal sañudo!»

[Aparecen por la derecha del actor y
por la parte de abajo Vellido y el
Rey.]

ESCENA V.

EL REY. VELLIDO. FORTUN.

Vellido. (La voz de Fortun es esa.)

Ya al pié del muro os hallais.

Rey. Cantaba una voz....

Vellido. Sin duda
del centinela será;
y pues canta descuidado,
es evidente señal
de que no nos ha sentido;
ni desde allí nos verá,

que nos ocultan del muro
las peñas y el matorral.
Rey. Falta mucho?
Vellido. Poco falta;
mas sentáos si os cansais,
que como ha sido forzoso
al salir del arenal
apearnos porque el ruido
no descubriese.....

Rey. En verdad
que en lo que emprendo no sé
si hago bien ó si hago mal.
Vellido. Ningun peligro amenaza,
y quien hizo ya lo más.....
Rey. Una mina, me habeis dicho.....
Vellido. Obra fué de un musulman.
Por el campo al pié del muro
cubre la puerta un sillar
que está en falso. El subterráneo
derecho al alcázar va.
Una dama de la Infanta,
que por deudo y amistad
está obligada á servirme,
me reveló.....

[Empieza á amanecer, y por grados se
va iluminando la escena hasta el fin
del acto.]

Rey. Qué esperais?
Ya empieza á rayar el alba,
y nos pueden observar.
Si por vos gano la villa,
pedidme cuanto querais;
pero si fuereis perjuro,
Vellido Dólfos, temblad!

[Dan algunos pasos, y el Rey se pára
y hace detener á Vellido oyendo cantar
á Fortun.]

Fortun. [Cantando.]

«Ay! ya le hiere á traicion
el inhumano verdugo,
y el canto nupcial suspenden
los gritos del moribundo.»

Rey. Qué canta ese hombre? Traicion....,
verdugo...., grito mortal.....
Vellido. Algun romance sin duda.
(¡No le pudiera arrancar
la torpe lengua!....)

Rey. El romance
¿será un aviso quizá
del cielo con que reprende
mi loca temeridad?

Vellido. ¿Cómo, Señor! ¿Vos creeis
en agüeros? ¡Pesia tal.....

Rey. No sé. Si creer en ellos
es, Vellido, necedad,
no es tal vez mucha cordura
de advenedizos fiar.

Vellido. ¿Hablais conmigo, Señor!
Rey. Quien fué una vez desleal.....

Vellido. ¡Eso decis, y mi vida
en vuestras manos está!
Sin peto que me defienda
y sin lanza ni puñal,
¿cómo fuera yo traidor
á quien me puede matar?
Yo no tiemblo desarmado,
y vos con armas temblais!

Rey. [Amenazándole con el venablo.]
¡Temblar.....
[Con resolucion y retirando el venablo.]
. Guia, aunque me lleves
al infierno. Yo temblar!

Fortun. [Cantando.]
«Teneos, clama la niña.
Sea mi pecho su escudo.....
Tarde llegó la cuitada.
Don García era difunto!»

Rey. ¿No es la historia de mi madre
la que cantan?

Vellido. Sí, en verdad,
y la traicion de los Velas
cuando al llevarla al altar
su primer marido.....

Rey. Basta.
Canten lo que quieran. Ya
nada me arredra. ¡Mil muertes
primero que un paso atras!
[Vanse por donde Froila desapareció
cuando bajó del muro.]

ESCENA VI.

FORTUN.

[Cantando.]

«¡Doncella, casada y viuda
en un dia, en un minuto!
Humo son, y polvo, y nada
los placeres de este mundo.»

Vellido. [Dentro.]

Muere, tirano!
Rey. [Dentro.] Ah..... traidor!

[Llega el Rey mal herido, da algunos
pasos apoyándose en su venablo, y cae
sobre unas matas hácia la derecha,
donde pueda ser visto desde el muro:
al mismo tiempo aparece Vellido,
dirigiéndose por entre las peñas adonde
está la escala. Lleva en la mano el
venablo que bajó Froila del adarve, lo
suelta luego y empieza á subir por la
escala.]

ESCENA VII.

EL REY. VELLIDO. FORTUN.

Vellido. Don Sancho, descansa en paz!

Rey. Asesino!

Vellido. Dame el nombre
que cumpla á tu voluntad.
Mi brazo ha sido instrumento
de la ira celestial.Rey. Morir!... ¡Aquí!... ¡Sin venganza!...
Socorro!...Fortun. [A Vellido.] Por san Millan,
apresuráos.Vellido. ¡Morir,
y morir en tierna edad;
y dar el último aliento
sobre inculto pedregal.
el Rey de tantas ciudades,
y por una eternidad
adios, corona, decir,
adios, púrpura real!

[Acaba de subir al muro; y desprendiendo Fortun la escala, la arroja al monte.]

Rey. ¡Villano, líbrame al ménos
de tu vista!Fortun. Despachad!
Oirán sus gritos..... Huyamos.....Vellido. [En lo alto del muro.]
Maldice ahora, rapaz,
tu temeraria ambicion
y tu imprudencia fatal.

ESCENA VIII.

EL REY.

Oh perfidia! Oh desventura!.....
Y esta horrible soledad.....
Castilla!..... ¡Favor!.....Ordoñez. [Dentro.] Pié á tierra,
que allí no pueden llegar
los caballos.Rey. Siento pasos.....
Sí.—Quien quiera que seais.....

ESCENA IX.

EL REY. EL CID. ORDOÑEZ. ÁLVAR FAÑEZ.
CABALLEROS. SOLDADOS.

[Van llegando sucesivamente.]

Ordoñez. Sonaba una voz.....

Rey. Amigos

ó enemigos, ¡amparad
á un desventurado!Ordoñez. [Acercándose.] Cielos!
Es el Rey! Herido está!

Cid. [Llegando con Álvaro Fañez.]

¿Qué decís! Herido el Rey!

Rey. Es Rodrigo de Vivar?

Cid. Yo soy, Señor. Socorredle.....
Acudid.....

Rey. Es tarde ya!

Cid. Oh infamia! Oh traicion!...

Rey. Vengadme!—

Cid. Mi injusticia perdonad.
Rey don Sancho, yo la olvido;
que erais bravo capitán
y excusaba vuestros yerros
inexperta mocedad.Sí, yo os perdono. ¡Así Dios
en su eterno tribunal
con misericordia os juzgue!
Mas ¿cuál fué la mano audaz,
cuál fué la mano sacrilega
que hirió con dardo mortal
ese pecho valeroso?Rey. Mi funesta ceguedad.....
Vellido Dólfos..... Zamora
le acoge en sus muros.....

Ordoñez. Ah!

Bien lo temia, que siempre
fué mi corazón leal.
No me creísteis, Señor!
Partir en la oscuridad
solo con él..... No quisísteis,
por mi mal y vuestro mal,
que os siguiera.....Cid. Diego Ordoñez,
ya es inútil ese afán.
Pues salvarle no es posible,
procurémosle vengar.Ordoñez. Venganza!
Todos. Venganza!—Guerra!

Voces. [En la villa.]

Al muro!

Rey. ¡Dios de Abraham!.....

[Suenan dentro voces é instrumentos
de guerra, y va coronándose el muro
de soldados.]

Soldados. [En el muro.]

Traicion! Al muro!

Los de
abajo. { Á las armas!
Rey. Tened..... de mi alma..... piedad![El Rey espira. Llegan al muro con
otros caballeros y soldados Arias Gon-
zalo y Pedrárias.]

ESCENA X.

EL CID. ORDOÑEZ. ÁLVAR FAÑEZ. ÁRIAS
GONZALO. PEDRÁRIAS. CABALLEROS.
SOLDADOS.

Gonzalo. Antes que asalteis los muros,
si tanto osáreis, aquí
morireis todos. ¿Así

Ordoñez. ¿Así la guarda Zamora,
que, sobre acción tan impía,
con infame alevosía
nos viene á insultar ahora?

Álvar. ¿Aun osa invocar la ley
el que á violarla se atreve?
Vuestra fué la mano aleve
que ha dado muerte á mi Rey.

Pedrár. Muerto el Rey!
Cid. Traidora lanza
vertió su sangre.—Mirad!

[*El Cid, Ordoñez, Álvar Fañez y
otros dos caballeros que rodeaban al
Rey se separan mostrando su cadáver
á los del muro.*]

Y tan horrenda maldad
al cielo pide venganza.
En esa faz macilenta
que la muerte descolora
mirad, hijos de Zamora,
el sello de vuestra afrenta.
Paz os había jurado,
y por Dios que me arrepiento,
mas ya me alza el juramento
ese cuerpo ensangrentado.

[*Á Álvar Fañez.*]

Llevad de aquí sus despojos
donde yagan con honor.
¿Quizá en él su matador
recreando está los ojos!

[*Cuatro soldados retiran el cadáver
del Rey por la derecha. Le acompañan
Álvar Fañez y otros caballeros.*]

ESCENA XI.

EL CID. ORDOÑEZ. ÁRIAS GONZALO.
PEDRÁRIAS. CABALLEROS. SOLDADOS.

Gonzalo. También cadáver le llora
quien vivo le combatió.
Si un traidor muerte le dió,
culpa al traidor, no á Zamora.
Tú me conoces, Rodrigo,
tú que en más de una victoria
las fatigas y la gloria

II.

partiste un día conmigo.
Si la causa que defiende
en este muro me encierra,
no soy yo quien de la guerra
la antorcha fatal enciendo;
y esta causa es harto bella,
aunque el Cid no lo confiese,
para que yo consintiese
tal borron echar en ella.—
Mas ¿quién sabe, noble Cid,
si en ese monte desierto
el Rey de Castilla ha muerto
á traición, ó en buena lid?
Si el golpe, en fin, fué traidor,
¿quién sabe si el asesino
del muro sitiado vino,
ó del campo sitiador?

Ordoñez. Con odiosa villanía,
no lidiando en buena ley,
le han muerto; que el mismo Rey
lo declaró en su agonía,
y el que su nombre infamó
con perdurable mancilla,
de los muros de esa villa
espía doble salió.

Pedrár. Yo no aplaudo al homicida
ni defenderle procuro,
mas ¿cómo al pie de este muro
perdió don Sancho la vida?
¿Qué cristiano pensamiento
de noche aquí le traía
cuando Zamora dormía
fiada en su juramento?
Decid que su mala estrella
le trajo á la perdición;
que quien ama la traición.....
no es mucho que muera en ella.

Ordoñez. No oseis injuriar su nombre
con sospechas temerarias.
Solo Dios juzga, Pedrarias,
los pensamientos del hombre;
mas la vil atrocidad
que Castilla en cara os echa
no es temeraria sospecha,
sino triste realidad.

Gonzalo. Mas ¿quién el tráfuga ha sido
y el traidor que nos infama?

Ordoñez. Vellido Dólfos se llama.

[*Sensación en el muro.*]

Soldad. Vellido Dólfos!

Otros. Vellido!

Pedrár. ¡El que hacía tanto alarde
de constancia y valentía,
con tan negra felonía
mancha su mano cobarde!

Gonzalo. Si el agresor es Vellido,
dió, por cierto, brava muestra
de virtud.—Por dicha nuestra,
en Zamora no ha nacido.

Pedrár. Ni es cómplice, no, la villa
del falaz aventurero:
por la fe de caballero

21

lo juro á Dios y á Castilla.
Gonzalo. Yo ignoro su fuga, Conde,
 y quién su espalda guardó,
 y si está en Zamora, ó no,
 y el lugar en que se esconde.
Pedrár. Aunque le oculte el abismo,
 yo respondo.....
Gonzalo. Hacedis muy mal.
 Bastante hará cada cual
 en responder de sí mismo.
 Si el delito ve probado,
 Zamora sabrá muy bien,
 sin que lecciones le den,
 lo que ha de hacer del culpado.
 Ella el premio y el castigo
 se reserva de un vasallo,
 y no ha de dictar su fallo
 la lanza del enemigo.
 Al que su nombre desdora,
 que al más alto nombre igualo,
 así responde Gonzalo,
 así responde Zamora.
Cid. Así Zamora responde?
 Eso dice su caudillo?
 Pues oidme, zamoranos,
 y Dios me sea testigo.
 Quien duda culpar á un reo
 de traicion y regicidio;
 quien en vez de perseguirle
 le da proteccion y asilo,
 no está léjos ya de ser
 cómplice de su delito.
 Si el delito es evidente,
 lo diga el cadáver frio
 del malogrado Monarca,
 que dando el postrer suspiro
 en mis brazos pronunció
 el nombre del asesino;
 don Diego Ordoñez lo diga,
 y Álvar Fañez, mi buen primo,
 y esos nobles caballeros....,
 y dígalo en fin yo mismo;
 que no ha menester probanzas
 lo que afirma don Rodrigo.
 Si quiere lavar Zamora
 el borron que le ha caido,
 y no quiere ser de España
 mengua, escándalo y ludibrio,
 ántes que el naciente sol
 esconda en el mar su brillo;—
 que mañana será tarde;
 lo juro á Dios uno y trino,—
 sobre el matador aleve
 y sus cómplices inicuos
 caiga en justa expiacion
 el acerado cuchillo.
 Si tal no haceis; si hoy no veo

la cabeza de Vellido
 sobre una almena clavada,
 pasto de buitres carnívoros,—
 ¡oid, oid!—yo os declaro
 villanos y fementidos,
 sin Dios, sin ley, sin honor
 y ruines como judíos.
 Yo, Rodrigo de Vivar,
 á todos os desafío,
 á pié, á caballo, en el campo,
 en el muro, en todo sitio,
 uno á uno, ciento á ciento....,
 ó yo solo contra cinco.
 Á ti el primero, Gonzalo,
 y á los que de ti han nacido,
 y á cuantos cobran tu sueldo,
 deudos, parciales y amigos;
 y á todos los de Zamora,
 ancianos, mozos y niños,
 y al pechero y al hidalgo,
 y á los pobres y á los ricos,
 y á sus hijos y á sus nietos,
 y á los nietos de sus hijos,
 y hasta á las mieses del campo
 y hasta á los peces del rio;
 y no comeré á manteles,
 ni bajaré del estribo,
 ni rasuraré mi barba,
 ni mudaré de vestido
 hasta que caiga en cenizas
 Zamora con su castillo,
 y en sus ruinas solitarias
 ni fieras busquen abrigo,
 y horror y escarmiento sean
 á los venideros siglos.

[*Quedan solos los del muro.*]

ESCENA XII.

ÁRIAS GONZALO. PEDRÁRIAS. CABALLEROS.
 SOLDADOS.

Pedrár. ¿Qué haréis.....

Gonzalo. Cumplió su deber.
 Yo sabré cumplir el mio.

[*Baja á la villa con Pedrarias y los
 caballeros. Los soldados le siguen en
 tumulto.*]

Soldad. Sálvese Zamora!

Otros. ¡Caiga
 el traidor!

Otros. Muera Vellido!

ACTO CUARTO.

La decoracion del acto primero.

ESCENA I.

VELLIDO. RAMIRA.

Ramira. ¡Tan presuroso, Vellido,
y cuando empieza á lucir
el sol apénas! ¿Qué nueva.....

Vellido. Feliz, Ramira, feliz,
y no lo debes dudar,
pues á Zamora volví.

Ramira. ¡Nuncio de nueva dichosa,
y en vez de alzar la cerviz
con orgullo y regocijo
cual vencedor adalid,
mortal palidez te cubre
y abatido, inquieto.....

Vellido. *St.*—
La fatiga, el sueño.....

Ramira. ¿Acaso.....,
no lo ocultes, de la lid
vienes herido? Tu sangre.....

Vellido. No, mi sangre no vertí,
ni impelido cual solía
por el eco del clarín,
ha combatido mi brazo
con esfuerzo varonil.
Aquí, dentro de mi pecho,
no fuera del muro, aquí
la lid está; y cuán horrible!

Ramira. No sé qué pensar. Si al fin
la nueva es feliz.....

Vellido. ¡No he dicho
que lo sea para mí!
La Reina triunfa; Zamora
sin miedo á yugo servil
ya respira, y sonarán
cantos de alegre festin
donde las sierpes rugían
de la discordia civil;
mas yo, Ramira, que en hora
maldita de Dios nací,
entre tantos venturosos
¡yo solo seré infeliz!

Ramira. Por qué?

Vellido. No me lo preguntes!

Ramira. Eso merezco de ti?

Vellido. La Reina!..... Verla deseo.—
Pero en lecho de marfil

dormirá.....

Ramira. *Cómo te engañas!*
¿Puede tranquilo dormir
quien siente acosado el pecho
de mil zozobras y mil?
Ansiar el albor del día
una y otra vez la oí,
y más que ella perezosas
fueron al verle venir,
las palomas en la torre,
las flores en el jardín.

Vellido. Velaba también la Reina!
Decidme, oh cielos, decid
si algún recuerdo..... Ah! perdona,
perdona mi frenesí.

Ramira. Vellido!

Vellido. Llámala presto,
Ramira.

Ramira. Y..... ¿puedo pedir
albricias.....

Vellido. No sé.

Ramira. (¡Qué extraño
misterio.....) Espérala aquí.

ESCENA II.

VELLIDO.

¡Cruelles remordimientos,
de mi corazón huid!
Él merecía la muerte;
yo su destino cumplí.....
y el mío. Murió! ¿Qué importa
si le dió muerte el ardido
ó el valor? Era enemigo.
Si aleve en matarle fui,
no lo fué ménos don Sancho
cuando la codicia vil
ahogó la voz de la sangre
en su corazón. ¡Huid,
remordimientos! ¿Acaso
ha armado mi brazo el ruin
interés? No. Me animaba
pasion más noble.—Es pueril
mi escrúpulo. Los tiranos
deben acabar así.

ESCENA III.

DOÑA URRACA. VELLIDO. RAMIRA.

Urraca. Bien venido seais, valiente Dólfos.
Vellido. Vuestros piés.....
Urraca. Levantad. En este alcázar no tan presto creí tornar á veros; mas si mi fiel Ramira no me engaña, pues nuncio sois de venturosa nueva, bien en dárme la haceis tan de mañana.

Vellido. Corona y vida prometí salvaros: se ha cumplido, Señora, mi esperanza. Libre sois. Los armados escuadrones que cercaban ayer estas murallas, respetarán de hoy más vuestros derechos; que culpable ambicion, fraterna saña harto tiempo, con gozo del alarbe, mancillaron la gloria castellana.

Urraca. Será verdad? Oh Dios! Tanto prodigio no acierta á concebir absorta el alma. Qué potestad del cielo os ha inspirado? ¿Qué virtud es la vuestra sobrehumana, que dentro de aquel pecho empedernido más prestigio ha tenido que mis lágrimas, más poder que el instinto de la sangre y la alta voz de la justicia santa? ¿Cómo en las aras de la paz hermosa Sancho depone la iracunda lanza?

Vellido. No le hablé yo de paz; que harto sabía á qué precio, Señora, os la otorgaba; y paz tendreis, pero á despecho suyo.

Urraca. ¿Será que en mi defensa se declaran Diego Ordoñez....., el Cid.....

Vellido. Sólo á mi brazo y al cielo que protege vuestra causa trono debeis y libertad y vida.

Urraca. Mi asombro hacen mayor esas palabras. Habeis vencido á la contraria hueste? ¿Cómo pudisteis á tan grande hazaña dar cima..... solo vos? ¿Cómo Zamora en gritos no prorumpie de alabanza y gloria al vencedor?

Vellido. Gloria á su Reina!
Yo no tengo derecho á reclamarla.

Urraca. Ah! Qué decis, Vellido?

Vellido. La victoria tal vez, Señora, sin lidiar se alcanza. La suerte de los pueblos y los reyes no siempre se decide en las batallas. Qué habeis hecho? Acabad!

Urraca. Salvaros.

Vellido. Cómo?

Urraca. Dando la muerte á quien la vuestra ansiaba.

Vellido. La muerte! Á quién? Oh Dios!..... ¿Será posible.....

Urraca. Verdugo más que hermano.....

Vellido. Ah! Calla, calla!

Urraca. Sancho infeliz! ¿Le has muerto, fementido, y del golpe sacrílego te jactas, y vienes á anunciarme su agonía,

y á tanto llega tu cruel audacia,
que su sombra y mi llanto escarneciendo
llamas verdugo al que alevoso matas!

Vellido. ¿Fuí yo el primero por ventura, oh Reina,
que ese nombre le di? ¿Fué mi venganza
la que juré, ó la vuestra? En ese labio
¿no resonó fatídica, sagrada
la voz de maldicion? Y maldecirle
¿no era abrir á mi acero sus entrañas?

Urraca. Si ciega le maldije en mi despecho,
no imaginé que un tigre me escuchaba.
Quejarme yo de injusta tiranía,
llorar con amargura mi desgracia,
no era pedir su muerte. Si el delirio
de una triste mujer desesperada
recuerdas, hombre atroz, ay! ¿cómo olvidas
que esa triste mujer era su hermana?
¿Cómo olvidaste en el combate horrible
que era mi sangre la que allí brotaba?

Vellido. Juré su muerte, y al cumplir mi voto
yo no vi ni un hermano ni un monarca;
vi sólo un enemigo de mi Reina.—
Y no lidiando con iguales armas,
y en campo abierto, y á la luz del día,
y rostro á rostro le mató mi rabia;
que afianzar vuestro solio con su muerte,
no laureles ni aplausos codiciaba.
Me llamarán cobarde y asesino!
Qué importa? Con morir en la demanda
nada hacía por vos. Cierto era el triunfo
inmolando mi honor en vuestras aras.

Urraca. ¡Oh, insensato Vellido, y yo mil veces
más demente que tú! ¡Fatal, aciaga
la hora en que te vi! Monstruo!, si tanto
te gozas en la sangre que derramas,
digna es también de tu valor mi muerte.
Hunde en mi corazón la infame daga.

Vellido. Oh! ¿Qué decis! ¡Sobre mi frente odiosa
del cielo vengador el rayo caiga;
que no será á mis ojos tan terrible
como ese llanto que los vuestros baña!
como esa indignacion que es mi suplicio
y con tardo pesar me quiebra el alma!
Sí, monstruo soy atroz, abominable.
La venda de mis párpados se rasga.
No es disculpa á mi bárbara fiereza
la funesta pasión que me avasalla,
ni mi fe, ni mi anhelo de serviros;
no: vos me condenais, y eso me basta.
¡Miserable de mí, que desde el lodo
levanté á vuestro solio temeraria
la frente, y no cegué! ¡Desventurado,
que como ángel del cielo os adoraba,
y altivo y deslumbrado, con la vuestra
osé medir mi condicion villana!
¡Maldito yo que á una alma generosa
cual grato don el crimen y la infamia
pude ofrecer! ¡Remordimiento horrible
mi corazón corroe y despedaza!
¡Y en justa expiacion de mi delito,
sola una vida de baldon cargada
os puedo dar! ¡Oh sol, ¿por qué me alumbras!
¡Oh tierra, ¿por qué sufres de mi planta

VELLIDO DÓLFOS.

la huella criminal! ¡Oh infierno, infierno,
por qué tu negro abismo no me traga!
Urraca. ¡Aun me harás, malhadado, si te escuchó,
tener de ti misericordia! Aparta.
Tu vista es mi tormento!

[*Suena vocerío confuso á lo léjos.*]

Ramira. [*Acercándose á una ventana.*] Oís, Señora?...
Suenan gritos. La villa amotinada.....
Urraca. Cielos!.,..
Voces. [*Dentro.*] Muera el traidor!—Vellido muera!
Vellido. Yo te bendigo, celestial venganza!
Urraca. Ah! Perdida mi villa!.... El enemigo.....

Ramira. [*Asomándose á la ventana.*]

No temais, que la enseña zamorana
en los muros ondea.
Voces. [*Más cerca.*] Muera Dólfos!
Vellido. Sí, daré á vuestros filos mi garganta.—
Adios quedad, oh Reina! ¡Mi cadáver
ludibrio sea de la plebe insana
y cebo de las aves carniceras
sus miembros insepultos!
Urraca. Tente! Aguarda!
Quizá más delirante que perverso.....
Vellido. No! Indigno de perdon.....
Ramira. Si de este alcázar
salir te viera el vulgo fascinado,
quizá á la Reina cómplice juzgara.
Vellido. Á la Reina? Jamás!
Urraca. Cesa el tumulto.....
Vellido. Y qué dirá si su piedad me salva?
Ramira. Entraste sin ser visto. Hay un secreto
postigo..... El oro comprará á los guardas.
Urraca. Huid. No me perdais! Huid; salváos,
pues así lo ha querido mi desgracia!
Vellido. Oh! Dejadme morir!
Urraca. Idos. Lo ordeno.
Vellido. Mi voluntad fué siempre vuestra esclava.

ESCENA IV.

DOÑA URRACA.

Sí, el fatal desvarío de su mente
al crimen le arrastró.—Y acaso incauta
yo agucé su puñal. ¡Tanto la ira,
y tanto el necio orgullo me cegaban!
Ay trono! Ay corazón!.... ¿Por qué en tu fondo
recelo penetrar?—Oigo pisadas.....
Todo me hace temblar.—Aquí se acercan.....

Gonzalo. [*Á la puerta.*]

Dais licencia, Señora?
Urraca. Entrad, don Arias.

ESCENA V.

DOÑA URRACA. ARIAS GONZALO.
PEDRARIAS. CABALLEROS.

Gonzalo. ¿Sabeis que el Rey vuestro hermano es cadáver?

Urraca. Ay! Lo sé.

Gonzalo. ¿Sabeis, Señora, que fué muerto por traidora mano?

Urraca. Ramira me daba ahora la nueva infausta, y mi duelo.....

Gonzalo. Justicia demanda el cielo, justicia pide Zamora.

Urraca. Pero la pide en tumulto, y mientras yo reine aquí nada alcanzarán de mí la amenaza y el insulto.

Gonzalo. Si el pueblo en ira se inflama contra el feroz regicida, en ello le va la vida y con la vida la fama.

Para calmar su furor yo le he jurado, y no en falso, que hoy rodará en el cadalso la cabeza del traidor.

Urraca. Y quién el traidor ha sido?

Gonzalo. ¿Lo podeis vos ignorar cuando el clamor popular culpa y condena á Vellido? Sabeis que Sancho murió, llorando estais su agonía; ¿y no sabeis todavía la mano que le mató?

¿Eso, Señora, responde Vuesefioría á mi fe, cuando el traidor,—yo lo sé—, en este alcázar se esconde?

Urraca. ¿Qué decís, Arias Gonzalo!

¿Me juzgais cómplice vos de ese hombre.....

Gonzalo. Líbreme Dios

de pensamiento tan malo. Contra el fallo de Zamora, que no osó esperar tranquilo, pudo aquí tomar asilo sin dársele vos, Señora. En nombre, no de esa grey cuyo grito no me espanta, bien que en razon lo levanta, sino en nombre de la ley, os demando el criminal; y advertid que yo no soy el que este nombre le doy: se lo ha dado el tribunal; que, aunque detesto á Vellido, hasta probar su mancilla contra Zamora y Castilla le hubiera yo defendido. Mas ya entre cadenas gimen maldiciendo su destino

y llamándole asesino dos cómplices de su crimen; y, pues le acusa la ley, por la ley clamo yo ahora...., ¡y no fué el muerto, Señora, ni mi hermano ni mi Rey!

Urraca. Humillarme el Rey queria bajo su yugo opresor, y si hoy fuera vencedor piedad de mí no tendria; mas yo le olvido tirano y desgraciado le lloro, y al cielo por él imploro; porque al fin era mi hermano. En rescate de su vida daria mi vida yo; que á mi corazon llegó la alevé punta homicida; mas si el reo aunque inhumano, invocando mi piedad se acoge á la inmunidad de este alcázar soberano, ¿será justo que mi encono.....

Gonzalo. Sí; que la ley le ha proscrito, y no hay fuero á su delito ni en el sagrado del trono.

Urraca. Quizá perdió la razon, y frenético en mal hora vió la salud de Zamora donde ella ve su traicion. Vos, don Gonzalo, vos mismo le acusabais de demencia, ¿y no es digno de clemencia si su ciego fanatismo.....

Gonzalo. Oh!.... No prosigais, por Dios, y si piedad tan funesta ha de ser vuestra respuesta...., yo responderé por vos. Yo con mi noble hidalguía cubriré vuestra flaqueza; yo que ofrecí una cabeza..... daré al verdugo la mia.

Urraca. ¡Vos, tan leal caballero, vos, prez y honor de Castilla! ¡Vos..... Ah! la horrible cuchilla caiga en mi frente primero.

Pedrár. Yo no he de sufrir, señor, ni remedia nuestro mal que la sangre del leal redima la del traidor. ¿Olvidais que airado el Cid, si hoy no castiga la ley al asesino del Rey, nos provoca á horrenda lid? Esa sangre que sin tasa dais por el honor ajeno, la reclama á vuestro seno el honor de vuestra casa. Morid, mas lidiando sea; muramos todos con vos; mas no digan ¡vive Dios! que excusamos la pelea. Así lavará la villa

el borron que la desdora;
sólo así podrá Zamora
dar un mentís á Castilla;
y pues ménos mereció
que merece un parricida,
caiga, perezca vencida;
pero deshonrada, no.

Urraca. Mi causa á la suya uní,
y en esta fatal querella
¿qué mancha caerá sobre ella
que no caiga sobre mí?
No, yo no quiero la muerte
de ese pueblo honrado y fiel
y sabré morir con él
si así lo ordena la suerte;
mas ¡ay! si pudierais ver
mi ulcerado corazon,

os moviera á compasion
esta mísera mujer:
Ah Dólfos!.... ¡Su atroz delirio
no visteis cual yo lo vi;
vos no le oisteis aquí
pedir con ansia el martirio,
y en su infausta ceguedad
aplaudirse de la horrenda
traicion, y llamarla ofrenda
de amor y fidelidad!
Huye, le dije, insensato!
Bañada en tu sangre ímpía,
mi mano se mancharia
con más vil asesinato.

Gonzalo. Traidor cobarde! ¡Y burló
la humana justicia así!
¡Y huyó.....

ESCENA ÚLTIMA.

DOÑA URRACA. VELLIDO. ÁRIAS GONZALO. PEDRÁRIAS.
RAMIRA. CABALLEROS.

Vellido. De la Reina, sí,
pero de Zamora, no.

[*Murmullo de sorpresa é indignacion entre los cabal-
leros.*]

Pedrarias. Vellido!

Vellido. Sí; Vellido. Qué os admira?
Quien provocar ha osado la del cielo
no teme, zamoranos, vuestra ira.
He aquí la aleve mano
que hizo lanzar de la agonía el grito
al infeliz Monarca castellano.
Cuál fuera la ocasion de mi delito,
cuál fuera mi designio ó mi esperanza,
sólo á Dios lo diré compareciendo
de su justicia al tribunal tremendo
que á todos pesa con igual balanza.
Bástele al mundo que mi propio labio
me acuse de traidor y parricida,
y de la ley ofrezca en desagravio
mi miserable vida,
de mí más que de nadie aborrecida!
Pero ¡oid!, que solemne es el acento
de hombre que va á morir, siquiera sea
el más vil de los hombres. Ya, sediento
de sangre y de vengauza,
el corazon dañado
mi brazo armase de traidora lanza,
ó ya de mi razon el desvarío
al crímen me arrastrase mal mi grado;
ese crímen horrible es todo mio.
Y esa piedad augusta
que al cieno descendió de mi deshonra,
á otro crímen la debo; á mi falacia;
que con el velo de lealtad mentida
y el llanto seductor de la desgracia,

para engañar á un ángel soberano,
osé cubrir la sangre de mi mano.
Mano de maldicion, mano execrable!
Sola tú sin horror y sin afrenta
y con golpe más hondo y más seguro
puedes herir mi corazon impuro.
Reina! Zamora! Rey!....

[Saca rápidamente un puñal, se hiere y Ramira le sostiene.]

Ya os he vengado.

Ramira.
Gonzalo.
Urraca.

Gran Dios!

Maldito mueras!

(Desdichado!)





EL PELO DE LA DEHESA,

COMEDIA EN CINCO ACTOS.

Representada en el teatro del Principe por primera vez el dia 13 de Febrero de 1840.

PERSONAS.

ELISA.	D. FRUTOS.
LA MARQUESA.	D. REMIGIO.
JUANA.	D. MIGUEL.

La escena es en Madrid, en casa de la Marquesa. El teatro representa una sala con puerta en el foro, que por la derecha del actor conduce á la escalera y á otras habitaciones principales, y por la izquierda á las piezas interiores. Otras dos puertas laterales: la de la derecha es la que corresponde á la habitacion destinada á D. Frutos; la de la izquierda guia tambien á lo interior de la casa.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

ELISA. JUANA.

Juana. ¿Y se ha de casar usted con un rústico labriego!
Elisa. Sí; ya he dado mi palabra.
Juana. Lo sabe aquel caballero?
Elisa. Quién?
Juana. Quién ha de ser? Aquel que hace dos años y medio que la adora á usted y bebe por esa cara los vientos.
Elisa. Ah!.... Don Miguel.
Juana. ¡Y al nombrarle me pone usted ese gesto!
¿Conque ya no hay esperanza para él?
Elisa. Ya ves, acepto la mano de otro.....
Juana. Es decir que cual humo se ha deshecho

el antiguo amor.....
Elisa. Amor!
Aquello fué un pasatiempo. Me agradaba su figura, su uniforme, su despejo.... Qué sé yo? Me complacia en bailar con él y creo que no me sonaban mal en su boca los requiebros. Quizá tambien de la mia se deslizó en un momento de imprudencia alguna frase que halagara sus deseos; mas yo no perdí el color ni el apetito ni el sueño, síntomas averiguados de un cariño verdadero; y él por su parte, á pesar de que hacía mil extremos, nunca llegó seriamente á hablarme de casamiento.
Juana. Por pura delicadeza,

- Ya ve usted, un subalterno....
Pero yo sé que esperaba
de un día á otro el ascenso
á capitán.....
- Elisa.* Aun así
fuera mucho atrevimiento,
siendo hija yo de un marqués,
que aspirara á ser mi dueño.
- Juana.* Perdone usted. Él es hijo
de barón.....
- Elisa.* No te lo niego,
mas no es segundon siquiera,
que cuatro hermanos nacieron
ántes que él y están casados,
y con prole todos ellos.
¡No es nada lo que tendrian
que atarearse los médicos
para que él llegara á ser
lo que su padre y su abuelo!
¡Y aún eso importara poco
como él tuviera otro genio;
pero es celoso, tronera,
suspica y pendenciero.
Casarme con él? Jesus!
Mi casa fuera un infierno.
- Juana.* Ya! Como usted no le quiere,
exagera sus defectos,
sin echar de ver que nacen
del mismo amor.....
- Elisa.* Qué! Yo apuesto
á que el día en que marchó
de aquí con su regimiento
se propuso relevarme,
y me relevó en efecto,
con la primer lugareña
á quien pidió alojamiento.
- Juana.* Cómo es posible? Las cartas
que escribe cada correo.....
- Elisa.* Tres hace ya que no he visto
su letra, de donde infiero
que ni se acuerda de mí;
y, como soy, que me alegro,
que así excuso revolver
la cabeza y el tintero
para imaginar disculpas
á la boda que proyecto.
- Juana.* ¿Quién sabe si al postillon
ha ocurrido algun tropiezo,
ó si tendrá la desgracia
don Miguel de estar enfermo?
Ó tal vez está en camino
para Madrid, y de intento
no nos ha anunciado el viaje,
porque quiere sorprendernos.
- Elisa.* No creas tal; —y si viene,
bien venido! Le daremos
los dulces.
- Juana.* Para él serian
acíbar, hiel y veneno.
- Elisa.* Vamos, decididamente
le proteges.
- Juana.* Le protejo
porque ama á usted, y presumo,
hablando con el respeto
debido, que no merece....
- Elisa.* Yo no he contraido empeños
con don Miguel; ni mamá
le querria para yerno.
- Juana.* Pero ¡por Dios, señorita!....
¿No se muere usted de miedo
de pensar en esa boda?
Es cosa que no comprendo
cómo se decide usted.....
- Elisa.* Razonos hay para ello.
Nuestra casa está arruinada.
De su esplendor solariego
apénas queda otra cosa
que pergaminos, y pleitos,
y deudas. Don Baltasar
de Calamocha y Centeno,
padre que fué de don Frutos,
mi novio, y en cuyo pueblo
tenemos un caseron
ruinoso y cuatro barbechos,
hubo de prestar no sé
qué cantidad de dinero
á mi padre, que Dios haya,
cuando pasó aquel invierno
en Zaragoza. Tres años
despues de hacer el empréstito
reclamó don Baltasar
el capital y los réditos.
Pidióle plazos mi padre
sin esperar obtenerlos,
pero se quedó pasmado
cuando con rostro halagüeño
le dijo don Baltasar:
« Señor Marqués, sin apremios
ni jueces, ni ejecuciones,
y, lo que es aún mejor que esto,
sin que suelte usted un cuarto
puedo quedar satisfecho.—
Cómo?—Hablemos con franqueza.
No es oro ya lo que anhele,
que un terremoto no puede
levantar el que poseo,
sino títulos y honores;
no para mí, pobre viejo
que al primer aire colado
espero quedarme tieso,
sino para aquel buen mózo
que ha de heredar mis talegos.
Ahora bien, si usted no tiene
horror al nombre de suegro,
deme usted su única hija
para mi único heredero,
que si no es de ilustre sangre
tampoco nació plebeyo.
Él será marqués por ella,
ella por él hará bueno
el marquesado; y, por último,
el gozo será completo
cuando nos llame á los dos
papá grande un mismo nieto.»
Despreocupado mi padre,
y mi madre..... un poco ménos,

pero aficionada al lujo
cual todas las de mi sexo,
aceptaron un partido
que por motivos diversos
á todos estaba bien;
volvióse ufano y contento
don Baltasar á Belchite,
pero al mes ya habia muerto;
mi padre murió tambien—
téngale Dios en el cielo! —
Como siguió tan de cerca
al tratado casamiento
el duelo de ambas familias,
no me habló de este proyecto
mamá hasta cumplido el luto;
vencida yo de sus ruegos
acepté; tambien parece
que está don Frutos resuelto
á cumplir la voluntad
de su padre; de un momento
á otro llegará á Madrid;
se firmarán los conciertos;
tú tendrás un buen regalo;
yo un buen marido, y..... *laus Deo.*

Juana. Todo eso, señora mia,
sería bueno y muy bueno
si no hubiera entre los novios
tantas leguas de por medio.
Usted no ha visto jamás
al tal don Frutos. Si es feo.....
Elisa. No, Juana: muy al contrario.

[*Sacando y enseñando á Juana un retrato.*]

Juzga por este bosquejo.
Juana. Hola! Retrato?
Elisa. Á lo príncipe.
Fué recíproco el obsequio.
Juana. Hay en Belchite pintores?
Elisa. Zaragoza no está léjos.—
Qué tal?
Juana. Guapote y rollizo.
Tiene cara de tudesco.
Mas quizá le han adulado.....
y aquí no vemos el cuerpo.....
Elisa. Sé que tiene buenas formas
y talla de granadero.
Juana. Pero en el mismo retrato
muestra que es zafio y grotesco.
Mire usted bien. ¡Santo Dios,
qué levita y qué chaleco!
Elisa. En Madrid hay buenos sastres,
y ya se ha provisto á eso.
Juana. Si, como tengo entendido,
nunca salió de su pueblo,
vendrá tan rudo.....
Elisa. No importa:
nosotras le puliremos.
Juana. Taladrará los oidos
con aquel maldito acento
aragones.
Elisa. Poco á poco

lo irá en la corte perdiendo.
¿Tan fácil es encontrar
un marido sin defectos?
Si no es fino y elegante,
será cariñoso, tierno,
sencillo, dócil.....

Juana. [*Entre dientes.*] Ó potro
cerril que plante al lucero
del alba una coz.

Elisa. Qué dices?

Juana. Nada.

Elisa. El timon del gobierno
me abandonará gozoso,
y eso es lo que yo pretendo.
Juana. Dios lo quiera, mas casarse
sin amor.....

Elisa. Amor es ciego,
y aunque acierta alguna vez
es muy mal casamentero.

ESCENA II.

ELISA. JUANA. LA MARQUESA.

Marq. ¿Aun no te has vestido, Elisa,
y esperas hoy á don Frutos?
Elisa. Eh! no corre tanta prisa.
Es cosa de ocho minutos.
Marq. Ocho minutos? No tal;
que si has de lucir tu tren.....
Elisa. Para un novio provincial
de cualquier modo estoy bien.
Marq. Yo quiero que le deslumbres,
aunque afectes abandono,
y que desde hoy le acostumbres
á las leyes del buen tono.
Aunque tu triunfo es seguro,
vistete como quien eres.
Bueno es prender al futuro
con veinticinco alfileres;
que si hoy le agradas modesta
y así....., á la pata la llana,
ya verás lo que te cuesta
sacarle blondas mañana.
Yo le espero ya, hija mia,
porque tu dicha me alegra,
con humos de señoría
y con ínfulas de suegra.
No le tengo por un árgos,
mas se admirará si ve
á mamá de tiros largos
y á la novia en *négligé*.
Elisa. En mi cara, no en mis dijes,
confiar fuera mejor;
pero una vez que lo exiges.....,
vamos, Juana, al tocador.

[*Vase con Juana por la puerta de la izquierda.*]

ESCENA III.

LA MARQUESA.

Qué conflicto, Dios eterno!
 Qué afrenta, Virgen de Atocha!
 ¡Aceptar yo para yerno
 á un don Frutos Calamocha!—
 Mas si con él me confundo,
 quién me hará ningun reproche?
 ¿Qué papel hace en el mundo
 una marquesa sin coche?
 Tal boda no me hace gracia,
 pero el siglo es tan mercante.....
 Tambien es aristocracia
 la del dinero contante.
 Ese yerno, bien lo sé,
 será un patan, será un oso,
 pero yo siempre seré
 marquesa de Valfungoso.
 Mi ejemplo y un figurin
 harán tal vez el prodigio
 de desasnarle y, en fin.....
 Hola! aquí está don Remigio.

ESCENA IV.

LA MARQUESA. D. REMIGIO.

Remigio. Salud, Marquesa. Un bagaje....,
 un astur por otro nombre,
 ya ha traído el equipaje
 provisional de aquel hombre.
 Por la puerta del pasillo
 ya en su cuarto se introdujo.
 Ello costará carillo,
 mas ¡qué elegancia y qué lujo!
 Obra maestra del sastre.....
 y mia en cierta manera;
 que fuf, temiendo un desastre,
 el mentor de su tijera.

Marq. Que venga al cuerpo del novio
 es lo que importa en rigor.
 Lo demas fuera un oprobio
 para el sastre y el mentor.

Remigio. Todo se hizo, y consta en actas,
 con entera sujecion
 á las medidas exactas
 que vinieron de Aragon.

Marq. Venga usted á ver la ropa.....
 Yo la veré más despacio.

Remigio. Mejor no se hace en Europa
 ni se gasta en un palacio.
 Ahora, si usted lo permite,
 voy al parador.....

Marq. Sí, sí.

Remigio. Á esperar al de Belchite
 para conducirle aquí.

Marq. Es mucha molestia.....
Remigio. Oh! no.

Yo sería muy bellaco,
 si á dama de tanto pro.....
 Soy amable: este es mi flaco.

ESCENA V.

LA MARQUESA.

Qué trajin! Él se halla en todo.
 Merece que se le cobre
 cariño. Nos come un codo,
 pero bien lo suda el pobre.
 Hago de él cuanto yo quiero.
 Ya le gruño, ya le embromo.....
 En la calle es mi escudero;
 en casa mi mayordomo.
 Y á todos con esa fe
 sirve. Así tiene un enjambre
 de amigos. Oh! siempre fué
 muy filantrópica el hambre.—
 Mientras la novia se avía,
 voy á ver qué ropa es esa.

[*Se dirige á la puerta de la derecha.*]

Mucha lástima sería.....

Miguel. [*En la puerta del foro.*]

Á los piés de usted, Marquesa.

ESCENA VI.

LA MARQUESA. D. MIGUEL.

Marq. Caballero, beso á usted.....
 ¿Qué veo! Usted por acá!
 Mucho celebros.....

Miguel. He venido
 con licencia temporal
 por dos meses. Usted buena?

Marq. Talcualilla. Con el plan
 que sigo ahora.....

Miguel. ¿Y la linda
 Elisa?

Marq. Sin novedad.
 Sentémonos.

[*Se sienta en el sofá. D. Miguel va á
 tomar una silla.*]

Miguel. Con permiso.....

Marq. No. Venga usted al sofá.

Miguel. [*Sentándose en el sofá.*]

Celebro que no haya nadie.....

Marq. Por qué?.....

Miguel. Tenemos que hablar.

Marq. Pues ¡vaya! Explíquese usted
 y no tenga cortedad.

Miguel. No soy yo corto de genio,
 señora mia, pero hay

casos y cosas que al hombre más valiente hacen temblar.
Marq. Y qué teme usted? ¿Soy yo alguna fiera.....
Miguel. No tal; pero..... un desaire.....
Marq. ¡Desaires á un hombre de calidad, á un amigo! Hágase usted justicia.
Miguel. En primer lugar, declaro á usted que yo estoy enamorado.
Marq. Bah, bah! Si de otra culpa más grave no se viene usted á acusar, yo le absuelvo desde ahora. Hay cosa más natural? ¿Y quién es la.....
Miguel. Yo creí que usted lo sabría ya.....
Marq. Yo ¿de dónde?
Miguel. Ciertas cosas no se pueden ocultar.
Marq. Pues como usted no se explique.....
Miguel. No me he explicado, es verdad, hasta hoy, porque esperaba el ascenso á capitán.....
Marq. Ah! Dos charreteras! Bien! Ya no hay hombro desigual.— Que sea por muchos años!
Miguel. Cumplimiento singular! ¿No querrá usted que, siquiera, aspire á un gradito más?
Marq. Perdone usted. Sin pensarlo he dicho una necesidad. Si por mí fuera, mañana sería usted general.
Miguel. Si ántes me hubiera casado no tendria vindedad Elisa.....
Marq. Acabara usted! ¿Conque es Elisa el iman de ese tierno corazón?
Miguel. Sí, la amo con ceguedad, la idolatro, la.....
Marq. Ahora veo que no sabe usted lo que hay.
Miguel. Pues qué hay....?
Marq. Amigo del alma, bien puede usted perdonar. Elisa no es para usted.
Miguel. ¿Seré demasiado audaz en solicitarla? ¿Acaso porque es corto mi caudal.....
Marq. Todo hay que mirarlo, amigo; mas la gran dificultad no está en eso.
Miguel. Pues ¿en qué?
Marq. En que la voy á casar.
Miguel. Ay! De veras?
Marq. Ya lo he dicho, y yo nó hablo en aleman.

Miguel. Cuándo?
Marq. Mañana.
Miguel. Con quién?
Marq. Qué flujo de preguntar! Con un hombre.
Miguel. ¿Usted no mira que está clavando un puñal en mi pecho?
Marq. Amigo mio.....
Miguel. Eso es una iniquidad.
Marq. Cómo iniquidad?
Miguel. Horrible! ¡Y vengo yo del Baztan para esto!
Marq. Con efecto es mucha casualidad. Los dos en el mismo dia.....
Miguel. (Estoy sudando alquitrán.)
Marq. Ahora llegaré don Frutos á la puerta de Alcalá.
Miguel. Se llama don Frutos?
Marq. Sí.
Miguel. Nombre soez!
Marq. Natural de Belchite en Aragon.
Miguel. Santo Dios! Será un patán, será..... Es rico?
Marq. Poderoso.
Miguel. Oh matrimonio fatal! Desgraciada Elisa!
Marq. Calle! ¿Tan fiera calamidad es un novio millonario?
Miguel. Por san Cosme y san Damian, no la sacrifique usted á un marido montaraz; no con un golpe de estado quiera usted tiranizar.....
Marq. Dale! aquí no hay tiranía. Quién fuerza su voluntad? El tirano será usted que sin viña ni olivar, y sin quererle la chica, que es lo más original, tiene empeño de llevarla militarmente al altar.
Miguel. Yo no soy tan temerario. Ella me ama, y si falaz no es su labio.....
Marq. Aquí se acerca. Ella misma nos dirá.....

ESCENA VII.

LA MARQUESA. D. MIGUEL. ELISA.

Elisa. [*Muy elegante.*]
 Ah! Don Miguel!
Miguel. ¿Conque es cierto?
 ¿Conque ha sido usted capaz

de olvidarme.....

Elisa. No, señor.
Cuenta usted con mi amistad.....

Miguel. Amistad? ¡Lindo despacho cuando vengo hecho un volcán.....

Elisa. No quiere usted ser mi amigo?

Miguel. Yo quiero ser algo más.

Elisa. Marido? No puede ser: me he comprometido ya. Cortejo? Libreme Dios, que eso es pecado mortal.

Miguel. ¿Así corresponde usted á mi esperanza, á mi afán.....

Elisa. Yo no he prometido nada. Lisonjas de sociedad, favores de rigodon, una carta insustancial; todo eso es galantería, pasatiempo.....

Miguel. ¡Voto á san.....
¡Con qué frescura me pone en la garganta un dogal!

Elisa. Yo creí que usted ya estaba arreglado por allá.

Miguel. Yo!

Elisa. Y como usted no escribía..... (Guapo está de capitán!) Y como usted no me habló nunca de fe conyugal....., y pasan días y días....., y una tiene que pensar en una..... En fin, me remito á lo que ha dicho mamá.

Marq. Eh? Qué dice usted ahora?

Miguel. Que estoy dado á Satanas; que siete veces maldigo mi necia credulidad; que ya no hay fe en las mujeres; que no quiero ya tratar á ninguna; que me voy para no volver jamás.....

ESCENA VIII.

LA MARQUESA. ELISA. D. MIGUEL. JUANA.

Juana. Ya viene.

Miguel. [Deteniéndose.]
Quién?

Juana. Don Remigio

con don Frutos.

Miguel. Mi rival!....

Pues me quedo.

Marq. Con qué fin?

Miguel. Es mera curiosidad.

Juana. Le he visto desde el balcón. Ya habrá entrado en el zaguan.

Marq. Mire usted que está en mi casa.

Miguel. Yo la sabré respetar.

Marq. No demos aquí un escándalo.....

Miguel. Ni aquí ni fuera. ¿Qué más quiere usted? Yo me resigno....., mas quiero verle.

Juana. Aquí está.

ESCENA IX.

LA MARQUESA. ELISA. D. MIGUEL. JUANA.
D. FRUTOS. D. REMIGIO.

[Don Frutos se presenta como señorito de lugar en día de fiesta y con notable atraso en la moda, aunque con buena ropa.—La Marquesa y Elisa se sientan en el sofá.]

Remigio. [Presentando á D. Frutos.]

Señoras.....

Miguel. [Á la Marquesa.]

¿Ese pazguato es el novio?

Frutos. [Á Juana.] Señorita.....

[Queriendo abrazarla.]

Dulce novia.....

[En voz baja á D. Remigio.]

Más bonita me pareció en el retrato.

Remigio. [Apurado.]

Que no es esa!

Juana. [Riéndose. También se ríe D. Miguel.]

No soy yo.

Frutos. Pues creí.....

Juana. Soy la doncella.

Frutos. Pues cuál es mi novia?

Remigio. Aquella.

Marq. [De mal gesto.]

Me ha gustado el *quid pro quo!*

Remigio. (Al primer tapon, zurrapas.)

Frutos. Me equivoqué, vive Cristo; y es que en Madrid, por lo visto, todas las mozas son guapas.

Elisa. [En voz baja.]

Ay, mamá!

Miguel. (Bien! Ya me vengo.)

Frutos. [Fijando la vista en Elisa.]

Oh, que está allí.....! ¡Mentecato de mí!

[Á D. Remigio.]

Es el vivo retrato del retrato que yo tengo.

[Acercándose.]

Elisa. Dios guarde á usted, doña Elisa.
Marq. Felices. (Volada estoy!)

[*Á Juana que se está riendo.*]

Juana. Vete de aquí. Ya me voy.
(No puedo tener la risa.)

ESCENA X.

LA MARQUESA. ELISA. D. FRUTOS.
D. MIGUEL. D. REMIGIO.

Miguel. (Voy á pasar un buen rato.)
Elisa. Esta señora es mamá.
Frutos. Ah!.... Servidor..... Como allá no llegó más que un retrato.....
Marq. Y áun ese estaba de sobra.
¡Después de verla pintada,
llamar novia á la criada!
Qué horror!
Frutos. La misma zozobra.....
Y...., la verdad, no esperé
que en tan feliz coyuntura
me esperase mi futura
sentada en el canapé.
Hallar pensaba á mi bella,—
no sé si esto es excederme,—
con tanta gana de verme
como yo de verla á ella.
Topo al colarme aquí dentro
una chica de buen porte,
y creo que es mi consorte
la que me sale al encuentro;
no reconozco el traslado,
mas digo para mi pecho,
eh! siempre va largo trecho
de lo vivo á lo pintado;
en esto viene á advertirme
el señor que me equivoco;
pero si se tarda un poco,
zas! yo la abrazo, y de firme.
Miguel. (Me gusta el desembarazo!)
Elisa. (Pues no es tonto, aunque grosero.)
Marq. Esta es la novia.
Frutos. Ah! sí..... Pero
Marq. suprima usted el abrazo.
Frutos. Bien. Mis fines eran buenos,
mas me aguantó y no me pico.
No me hará pobre ni rico
un apretón más ó ménos.
Y abrazos del corazón,
hijos de pura alegría,
no se dan á sangre fría,
sino así...., de sopetón.
Remigio. [*Á la Marquesa.*]
Cosas de así.... como así;
mas cuando él recapacite

que no estamos en Belchite.....
Frutos. Ya sé que estamos aquí.
(Vaya una familia tiesa! ^{servid}
Pues aunque fuera yo el coco.....)

Remigio. [*En voz baja á la Marquesa.*]

Él soltará poco á poco
el pelo de la dehesa.

Marq. No toma usted una silla?

Frutos. Sí haré, si no es contra fuero
que un honrado forastero
tome asiento en esta villa.

[*Se sienta, y hacen lo mismo D. Miguel y D. Remigio.*]

Marq. Volviendo á lo del abrazo,
aquí no se mira bien
que los novios se le den
ántes del solemne lazo.

Frutos. Si amor les hace cosquillas,
aquí y allí creo yo
que, si con testigos no,
se abrazarán á hurtadillas.
Lo primero es más honesto;
mas ni así ni de otro modo
en abrazar me incomodo
á quien me pone ese gesto.

Marq. (Cedamos, que ya se amosca.)
No crea usted que ella sienta.....

Frutos. [*Con enfado.*]

Pues si ha de ser mi parienta
que no me mire tan fosca.

Marq. Su modestia no permite.....

Frutos. Ya me carga su modestia.
¿Qué va á que tomo una bestia
y doy la vuelta á Belchite?—
Bien! Ya se rie. Esto es algo.

Elisa. Qué tal el viaje?

Frutos. Tal cual;
mas volqué en un pedregal
y á poco no me desnalgo.

Miguel. [*Haciendo ascos.*]

(Me desnalgo!)

Frutos. En diligencia
no vuelvo á viajar.

Remigio. Pues ¿cómo?

En carro?

Frutos. En mi macho romo,
que es animal de conciencia.

Remigio. [*Aparte á D. Miguel.*]

Se conoce que los dos
simpatizan.

Frutos. [*Mirando á Elisa embebecido.*]

Oh qué linda!

Qué boca! Es como una guinda.
Qué talle! Válgame Dios!

Elisa. Mil gracias por la lisonja.

Frutos. No. Qué ojuelos! Oh qué fragua!
La boca se me hace una agua,

y el corazon una esponja.
Miguel. (Cómo la requiebra el ganso!)
Marq. (Ya me tiene el alma en vilo
 y si no le corto el hilo.....)
 [Á D. Frutos levantándose, y todos
 hacen lo mismo.]
 Usté ha menester descanso.....
Frutos. Yo no. Al lado de una bella.....
Marq. No obstante.....
Frutos. Obedezco pues.
 [Á Elisa.]
 Adios, cordera.
 [Á la Marquesa.]
 ¿Cuál es
 mi habitacion?
Marq. [Mostrando la de la derecha.]
 Es aquella.
 [Al volverse de pronto D. Frutos, der-
 rriba un velador que habrá en medio de
 la sala con un juego de té.]
Frutos. Voy..... Voto al siete de bastos!....
Elisa. Jesus!
Marq. Mi almuerzo de china!
Frutos. Otra! ¿Quién, diablo, imagina
 poner en medio los trastos?
Remigio. Ayude usted.....
 [Entre D. Miguel y D. Remigio le-
 vantán el velador y lo demas.]
Marq. ¡Ayer mismo
 un dineral me costó!
Frutos. ¿No fuera peor que yo
 me hubiera roto el bautismo?
 En mi tierra.....
Marq. Hombre funesto!
Frutos. No sucede eso.
Remigio. [Á D. Miguel.] Ya va
 escampando.
Frutos. Porque allá

cada cosa está en su puesto.—
 Pero, en fin, por cuatro frascos
 no hemos de gemir ahora.
 Sosiéguese usted, señora,
 que yo pagaré los cascós.
 Conque..... hasta luégo.

[Vase por la puerta de la derecha.]

Remigio. [Aparte á la Marquesa.] Es novicio....
Marq. Maldecido sea, amén.
 Sígale usted..... Yo tambien;
 no haga allí nuevo estropicio!

ESCENA XI.

ELISA. D. MIGUEL.

Elisa. (Ese novio es una fiera!)
Miguel. El novio es hombre de gusto.
 Yo celebro como es justo.....
Elisa. [Enfadada.]
 Don Miguel!....
Miguel. [Remedando á D. Frutos.]
 Adios, cordera.
Elisa. (Yerta como esa pared
 me ha dejado.)
Miguel. Ah, ah, ¡qué risa.....
 Él me vengará de Elisa.
Elisa. [Con despecho.]
 Él me gusta más que usted.
Miguel. Seréis felices los dos.
 Ya envidio el grato solaz.....
Elisa. Quiere usted dejarme en paz?
 [Vase por la puerta de la izquierda.]
Miguel. [Á la puerta y se retira luego por el
 foro.]
 Justo castigo de Dios!

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

LA MARQUESA. ELISA.

Marq. Vaya, esas son niñerías,
 y aunque en parte las disculpo,
 ya tu palabra empeñaste
 y quebrantarla no es justo.
Elisa. Pero, mamá, ¡si es un hombre
 de tan mal tono, tan rudo.....

Marq. Alguna corteza tiene,
 mas como de esos palurdos
 en dos meses de Madrid
 se vuelven finos y pulcros
 y elegantes. Por ventura,
 ¿es menester grande estudio
 para imitar á esa cáfila
 de galancetes insulsos
 que en tertulias y cafés
 pasan por hombres de gusto?

En cuatro dias se aprende con un mediano discurso la cháchara insustancial con que se lucen algunos. Miétras tanto, ¿qué hace un hombre para no soltar rebuznos? Callar, frunciendo las cejas con estudiado repulgo, y decir al que se admire de verle tan taciturno: «soy romántico, soy genio! Mi mision en este mundo es..... ¡callar!»;—y si á esto añade una contraccion de músculos, y se va sin saludar retorciéndose los puños, dirán: «lástima de jóven! Su esplin le abrirá el sepulcro. Qué buenas cosas se calla! qué talento tan profundo!» — Para vestir á la moda ¿qué ciencia, qué genio infuso ha menester, donde hay sastres, quien cuenta miles de duros?— Para abonarse en la ópera y, segun viene el impulso, chichear la cavatina ó dar aplausos a dúo, no es preciso conocer las reglas del contrapunto; ni otra cosa se requiere que tener dinero y mucho para jugar tres albuces.... el que no truena al segundo. Así se suelen formar los petimetres al uso, y más de cuatro tal vez entre los de alto coturno en eso de letras gordas dan quince y falta á don Frutos.

Elisa. Oh! tú dirás lo que quieras, pero esos modales rústicos no se olvidan fácilmente; ni despues de cinco lustros muda de hábitos un hombre que se halla bien con los suyos. Tú viste cuál se anunció desde su primer saludo. Tú viste.....

Marq. Dices muy bien; necio y aturdido estuvo; pero es achaque de novios. Quién no paga ese tributo? Yo me enfadé más que tú, porque tengo malos humos; mas considerando luégo que, si es mazacote y brusco, ni entendimiento le falta, ni tiene el alma de estuco; recordando la postrera voluntad de mi difunto, y mirando en fin la cosa con madurez y con pulso,

veo que fuera bobada renunciar por tus escrúpulos al acaudalado yerno que me sacará de apuros. ¡No eres tú la amenazada de sujetarte á su yugo, mamá; que si fuera así tomarian otro rumbo tus reflexiones!

Elisa.

Marq.

Elisa.

Marq.

¿Acaso no es buen mozo, blanco, rubio.... Sí, su figura me agrada, mas dirán que es un absurdo.... Simplecilla, no te cuides de lo que murmure el vulgo. Tú te casas para ti, no para él; y, por último, quién repara ya en maridos? Todos vienen á ser unos. Las mujeres dan el tono con sus gracias y su lujo. ¿Qué hacen ellos en un baile, por ejemplo? Como buhos se van todos agrupando en el rincon más oscuro de la sala. Allí reparten los dominios del gran turco, y en un dos por tres revuelven el Tajo con el Danubio; ó en el tresillo engolfados disputan como energúmenos sobre si echaste la mala debiendo rendir el punto....; y no sabe alguno de ellos que miétras cuenta los triunfos, un galan le da *codillo* y su esposa hace *renuncio*.

Elisa.

Marq.

Pero, mamá.... Calla, chica, que ya sale tu futuro.

ESCENA II.

LA MARQUESA. ELISA. D. REMIGIO.

Marq.

Remigio.

Elisa.

Remigio.

Marq.

Remigio.

Marq.

Remigio.

No viene el aragones? Tardará pocos instantes. Se está calzando los guantes.... Qué! se los pone en los pies? He usado de una figura retórica. Está buen mozo? Oh! sí, señora; da gozo; sólo que el pobre se apura.... Él vestia tan holgado.... Pues, y al que no está hecho á bragas las costuras le hacen llagas.— Pues todo le está pintado. Un buen sastre y mucha plata.... Yo le he dado, por supuesto, instrucciones y le he puesto

por mis manos la corbata.
 Por poco que yo le exhorde
 y por poco que él me imite,
 ese roble de Belchite
 se aclimatará en la Corte.
 Sí, le puliremos pronto,
 que, aunque él tiene, y lo confiesa,
 el pelo de la dehesa,
 no tiene pelo de tonto.
 Si le mira con desden
 Elisa, á fe que le ultraja.

Elisa. De véras?

Remigio. Es una alhaja.
 Doy á usted mi parabien.

Marq. Pero esos guantes, señor!....

Remigio. Ya me van dando cuidado.
 Voy á ver....

Elisa. No le habrá dado
 don Remigio el calzador.

ESCENA III.

LA MARQUESA. ELISA. D. REMIGIO.
 D. FRUTOS.

[*Don Frutos se presenta vestido de rigorosa
 moda, muy tieso de cuello y de cintura, pero
 andando con dificultad como si le apretasen las
 botas. Trae puestos los dos guantes, y uno de
 ellos roto.*]

Frutos. (Yo creía que en un mes
 no me entraban.....)

Elisa. [Á su madre en voz baja.]

Ay, qué tieso!

Frutos. [Haciendo un gesto y dando con el pié
 en el suelo como para que acabe de
 entrar la bota.]

¡Por vida....—Señoras, beso
 á ustedes los cuatro piés.

Marq. ¿Cómo cuatro piés!

Frutos. La cuenta
 no marra. Dos y dos.....

Marq. Ya.

Frutos. Pues ya! los dos de mamá
 y los dos de mi parienta.

Remigio. (Ya se enmienda el Ganimédes.)

Frutos. Me ha dicho este caballero
 que es saludo muy grosero
 el decir: Dios guarde á ustedes;
 y que en Madrid á estas horas,
 como pueblo más cortés,
 se estila besar los piés
 verbalmente á las señoras.
 Para hacerlo con más gala,
 yo al besar los he contado,
 y más hubiera besado
 si más hubiera en la sala.—
 Maldita sea la bota!

Estoy viendo las estrellas.

Remigio. ¡Si son tan suaves.... Con ellas
 bailara yo la gavota.

Frutos. No las llevo yo ni un día.
 Qué martirio tan cruel!

Remigio. Ya dará de sí la piel.

Frutos. Sí, destrozando la mia!

Remigio. En Madrid los elegantes
 no calzan lo que su pié.
 Un puntito ménos.....

Frutos. Eh?

Remigio. Es de rigor.

Frutos. Y los guantes?

Antes los veo deshechos
 que puestos, y si aún á gusto
 dan guerra á un hombre robusto,
 qué será viniendo estrechos?

Elisa. Guante estrecho es muy señor.

Frutos. [Mostrando el guante.]

Aunque se haga este rasguño?

Elisa. Si con él se cierra el puño,
 mal guante.

Remigio. Sí; es de rigor.

Frutos. De oír á ustedes me chafó
 y de ver que estos enredos
 me engarabatan los dedos
 como si estuviera gafo.

¡Y esta invencion de trabillas....

Y el corbatín? Quién lo aguanta?

Ataruga la garganta

y en la oreja hace cosquillas.

Pues ¿y el fraque? Esto es peor.

Quién se lo abrocha en un lance?

No hay forma de que me alcance....

Remigio. No se abrocha. Es de rigor.

Frutos. ¿Si creerán los oficiales
 de sastré que tengo gonces?
 No se abrocha! Pues entónces,
 de qué sirven los ojales?—

Mas de tantas perfecciones

la que más me maravilla

es la especie de cotilla

que me oprime los riñones.

Remigio. [Á la Marquesa.]

Es una faja de goma
 elástica para que éntre
 en razon su enorme vientre,
 porque si no se le doma.....

Frutos. Pero, hombre, por san Melchor!....
 tener barriga ¿es delito?

Remigio. Aquí todo señorito
 la suprime. Es de rigor.

Frutos. [Remedando á D. Remigio.]

Es de rigor.....

[Enfadado.]

Tío Calores!,
 ¿sabe usted que ya me voy
 enfurruñando y que doy
 al diablo tantos rigores?

Remigio. No lo tome usted á mal.
Marq. Son lecciones de buen tono.
Frutos. Si quiere volverme mono, se engaña, cuerpo de tal! Hoy me pongo estos arreos porque usted los mandó hacer.....
Marq. Sí.
Frutos. Y á ninguna mujer.....
Marq. (Huy! Mujer!)
Frutos. Hago yo feos; mas determinado estoy con propósito muy firme á calzarme y á vestirme á medida de quien soy. Y si aquí no puedo hallar sastre que entienda mi porte, vendrá á vestirme en la corte el sastre de mi lugar; que yo gusto de estar horro, y no dar tormento al brazo, y mover el pié y el brazo sin necesitar socorro.
Elisa. (Ah!)
Marq. Bien; si á usted le molesta...
Frutos. Levita y fraque, en buen hora. Tambien por allá, señora, se usan el dia de fiesta.
Elisa. [Con sobresalto.]
 Y en los dias de trabajo ¿qué usaba usted?
Frutos. Aunque charra, una peluda zamarra cuando hace frio me encajo, y en verano, amada Elisa, chaquetilla de mahon; mas si aprieta la estacion ando en mangas de camisa.
Elisa. (Ay de mí!)
Frutos. Todo muy ancho, que para andar por los cerros con la escopeta y los perros, y el tío Roña y el tío Francho.....
Elisa. Ay, qué nombres! El tío Roña!.....
Frutos. Allí todos tienen mote: tío Tozuelo, tío Perote, tia Lechuza, tia Ponzona..... Yo vivo allí sin empacho y mido por un rasero al hidalgo y al pechero, al leñador y al ricacho. Otros con ménos caudal desdeñan á los Perotes, que hay tambien allí quijotes como en esta capital; mas sólo mi grande abasto se sabe allá por el brio con que gasto lo que es mio....., y doy más de lo que gasto.
Remigio. [Aparte con Elisa.]
 Es filósofo!
Elisa. Y buen hombre.

Eso sí!
Frutos. Cuando me junto con álguien, no le pregunto su apellido ni su nombre, que sea honrado me basta. Quizá cuanto más antigua con ménos fe se atestigua la pureza de una casta. ¿Quién será el santo varon que diga con juramento: ¡veinticinco abuelos cuento y ninguno fué ladrón!— No pongo en este capítulo á ustedes, ni me desdeño de llamar mi dulce dueño á la heredera de un título. En su última enfermedad mi padre me lo mandó, y, áun difunto, quiero yo que se haga su voluntad; y cuando tan linda es la que me hace tanto honor, bien puedo yo, pecador, resignarme á ser marqués.
Elisa. [Aparte á la Marquesa.]
 Oyes, mamá? Se resigna!
Marq. [En voz baja.]
 Eh! no lo tomes á ultraje. No está ducho en el lenguaje..... Sé tolerante y benigna.
 [Á D. Frutos.]
 Sin perjuicio de lo humano y lo afable, yo confio que en la corte, yerno mio, sabrá usted ser cortesano.
Frutos. Veremos; haré un esfuerzo..... Quiero dar gusto á mi maja.— Pero me prensa esta faja..... No digeriré el almuerzo.— Aunque á Belchite no olvido, daré honor al marquesado. Lo propio para un fregado soy yo que para un barrido, porque..... El diantre de la bota!.... Muy primorosa, muy bella, mas para jugar con ella un partido de pelota.....
Remigio. Hola! Usted será muy diestro.....
Frutos. Oh, mucho! Á largo y á ple; de todas maneras sé;— y no he tenido maestro. Pues ¡correr!..... Nadie me agarra. Pues ¡saltar!..... En cada brinco de cuatro varas á cinco. Pues ¿y tirar á la barra? Tengo yo una fuerza atroz.
Elisa. (Ay Virgen de la Almudena!)
Frutos. Cargué un dia en Cariñena cuatro quintales de arroz.

ESCENA IV.

LA MARQUESA. ELISA. D. FRUTOS.
D. REMIGIO. JUANA.

Juana. La condesa del Ejido.
Marq. Que éntre.....
Juana. Ya está en el estrado.
Marq. Voy corriendo.....
Juana. Ha preguntado
si habia el huésped venido.
Marq. [*En voz baja.*]
Qué has dicho?
Juana. Que irá al instante.
Marq. Todo lo haceis al revés!
(Pero si ha de ser despues.....)
Allá vamos.
Juana. [*Mirando á D. Frutos.*]
(Qué elegante!)

ESCENA V.

LA MARQUESA. ELISA. D. FRUTOS.
D. REMIGIO.

Marq. [*Á D. Frutos.*]
Venga usted.—Elisa, ven.
Frutos. Visita?
Marq. Sí.
Remigio. (Dios enfrene
su lengua.)
Marq. Mi prima viene
á darnos el parabien.
Frutos. Corriente! Vamos allá.....
Remigio. [*En voz baja á D. Frutos.*]
Hombre....., el brazo á la señora!
Frutos. Ah! sí, sí. Tómalo, aurora.

[*Se lo ofrece á Elisa.*]
Elisa. Désele usted á mamá.

ESCENA VI.

LA MARQUESA. D. FRUTOS. D. REMIGIO.

Marq. [*Tomando el brazo de D. Frutos.*]
Venga.
Frutos. (He de ser su pariente,
y no me dejan ahora.....)
Remigio. Usted, por lo visto, ignora
la legislacion vigente.....
Frutos. Pero, señor, ¿qué mas da.....

Marq. Mientras otra ley no rija,
no se da el brazo á la hija
si hay de por medio mamá.
Frutos. Está muy bien, mamá mia.
Usted disponga de mí.....

[*Poniéndose la mano en el estómago.*]

(Ya se me ha sentado aquí.....
y no es suegra todavía!)

ESCENA VII.

D. REMIGIO.

¡Vaya, que es original.
el mocito aragones!
Y no es hombre que se mama
el dedo, que sabe bien
dónde le aprieta el zapato,
como el otro montañés.
Ya tiene alma!..... Harto será
que hagamos carrera de él.
Y si ahora tasca el freno,
qué hará el amigo despues?
Mucho me temo..... Pero ellas
lo quieren, y siempre fué
mi sistema favorito
dejar el mundo correr,
no indisponerme con nadie
y decir á todo amén.
Voy ahora á hacer la corte
á esas damas.....

ESCENA VIII.

D. REMIGIO. D. MIGUEL.

Miguel. Oiga usted!
Tenemos que hablar.
Remigio. Con mucho
gusto, señor don Miguel.
Miguel. ¿Se casa por fin Elisa
con ese novio soez?
Remigio. Creo que sí. Su fortuna
es hoy la misma que ayer;
colosal, y la Marquesa
no querrá soltar el pez.
Miguel. Mas ¿qué dice Elisa?
Remigio. Creo
que es del mismo parecer.
Miguel. Sí?
Remigio. No simpatiza mucho
con el rústico doncel,
pero andando el tiempo espera
domesticarle tal vez,
y en tanto con doce mil

duritos de renta.... Pues!
Miguel. Pues!
Remigio. Y, bien considerado, la boda es igual.
Miguel. Por qué?
Remigio. Ella, esposa de don Frutos, puede vivir con el tren correspondiente á su clase; tomándola por mujer, él, como dijo no ha mucho, se resigna á ser marqués; él lleva en arras el oro y la novia el oropel.
Miguel. ¿Conque aprueba usted la boda?
Remigio. Vaya si la apruebo! Cien y cien veces....
Miguel. Pues yo digo)★
 que es boda de Lucifer.
Remigio. ¿Cómo... ¡Usted...
Miguel. Y el que la apruebe debe andar en cuatro piés.
Remigio. (Me hace temblar.) Con efecto..., puede haber razones....
Miguel. Eh?
Remigio. No hay que enfadarse. Mi voto no tiene fuerza de ley. Convénzame usted. Soy hombre que me dejo convencer.
Miguel. Voto á bríos!.....
Remigio. Yo no creí que usted tuviese interes en probarme lo contrario.
Miguel. ¡Voto á.... ¿No lo he de tener, si soy amante de Elisa?
Remigio. De véras? Oh!.... Ya se ve, como usted ha estado ausente, yo ignoraba.... Vaya! ¿Quién ha de aprobar que aquel bárbaro sea preferido á usted?
Miguel. Y la ingrata le prefiere!
Remigio. [Enternecido.]
 Calle usted! Eso es cruel.
Miguel. Mas la culpada no es ella.←
Remigio. Así lo creo también.
Miguel. Sino su madre....
Remigio. Oh! Las madres!...
Miguel. Y usted.
Remigio. Yo?
Miguel. Sí; yo lo sé.
Remigio. Pero....
Miguel. Usted es el factótum de esta casa.
Remigio. ¿Qué he de ser, pobre de mí!....
Miguel. Si esa falsa me ha mirado con desden, si se casa con don Frutos, á usted debo esa merced.
Remigio. Hombre! Yo....
Miguel. Usted aplaudia la boda, no ha mucho.
Remigio. Bien,

no lo niego; pero yo hablaba de buena fe....
Miguel. Yo exijo que desde ahora proceda usted al revés.
Remigio. Pues digo que es execrable.
Miguel. No me basta. Es menester decírselo á la Marquesa, á su hija, al novio; á los tres.
Remigio. Pero ¡por Cristo!.... ¡Si ya les he dado el parabien!
 ¿Cómo gobernarme ahora....
 Usted me quiere perder!
Miguel. De consejo muda el sabio.
Remigio. ¿Cómo hago yo ese entremes....
Miguel. Un parásito es histrión que hace cualquiera papel.
Remigio. Veremos, pero....
Miguel. No hay pero que valga. Un buen alfiler de brillantes si usted logra que se deshaga el pastel; mas si esa boda ridícula se efectúa....
Remigio. (Ay san Gines!)
 Yo....
Miguel. Tenga usted entendido que pagaré con la piel.
Remigio. Qué atrocidad! Soy yo el cura? soy yo el novio somaten?
Miguel. Todo se andará. Primero que me vea yo con él, procuremos arreglar la cosa de bien á bien.
Remigio. (¡De bien á bien, y me quiere matar!)
Miguel. Me vuelvo al café, que si veo á esa traidora no me podré contener. Conque, lo dicho, compadre. Á la tarde volveré....
Remigio. Bien, yo aguzaré el ingenio, yo pondré piés en pared....
Miguel. Ó me caso con Elisa, ó nos batiremos.
Remigio. Qué?
 Yo no me bato con nadie. Tengo respeto.... á la ley.
Miguel. Pues si usted no acepta el duelo y Elisa me deja á pié, le corto á usted las orejas como dos y una son tres.

ESCENA IX.

D. REMIGIO.

Jesus, qué demonio!.... Estoy por dar parte al coronel.... Vuelve Elisa. Si pudiera disuadirla,.... Probaré.

ESCENA X.

ELISA. D. REMIGIO.

Elisa. Ay, don Remigio de mi alma!*Remigio.* ¿Qué tiene usted, criatura, que viene tan afligida? ¿Ha hecho alguna de las suyas el aragones?*Elisa.* ¡Ah, qué hombre,

Dios mio! No podré nunca acostumbrarme á su trato. Yo me vengo aquí confusa, avergonzada. Mamá se fatiga en vano, suda para atajar el torrente de sandeces y tontunas con que el bueno de don Frutos cual Dios le crió se anuncia. Mi tía, que es tan satírica y de un entierro se burla, le da cuerda y nos dispara un dardo en cada pregunta.

Remigio. Mas ¿qué hace el novio? ¿qué dice...*Elisa.* Ay Dios, qué caricatura! Ni un momento está parado. Ya se empina y gesticula porque las botas le aprietan ó le duele la cintura; ahora el corbatín se afloja y el lazo queda en la nuca; parecen devanaderas las piernas, segun las cruza; braceando sin descanso en la silla se columpia; le dicen un cumplimento, y él endereza una pulla; y, para colmo de gracias, saca una bolsa de nutria, la deslía, toma un puro, enciende un fósforo ¡y fuma!*Remigio.* Horror!*Elisa.* Y no sabe hablar más que del campo y la lluvia, y las crecidas del Ebro, y la feria de la Almunia, y los jornales que paga, y los perros que le ahullan.*Remigio.* Oh!*Elisa.* La condesa le brinda con su escogida tertulia, y él habla de su bodega con ciento y ochenta cubas; observa que es verde oscuro un lienzo de la pintura, recuerda sus olivares, y dice: se heló la fruta, pero hogaño es asombrosa la cosecha de aceituna; toma por fin un periódico y leyendo en sus columnas:

«la cámara de los pares....» interrumpe la lectura y exclama: ¿qué harán ahora mis doce pares de mulas?

Remigio. Vamos, nada hay que esperar de aquella materia bruta.

Vuélvase por donde vino. ¿Qué importa su gran fortuna si la ha de comprar usted con lágrimas de amargura?

Elisa. ¿Es posible.... Pues no ha mucho que aplaudia usted con suma satisfaccion nuestra boda.*Remigio.* Ahora me parece absurda. Las torpezas que yo vi, aunque á la verdad son muchas, para un novio lugareño eran *peccata minuta*, mas lo que usted me ha contado me horroriza, me espeluzna.*Elisa.* Con todo, puede que el tiempo....*Remigio.* No hay que cansarse. Es muy dura aquella testa. Qué acémila! Por milagro no rebuzna.*Elisa.* Poco á poco, don Remigio! Él no es lerdo. Usted le insulta.*Remigio.* Señora, yo....*Elisa.* Tiene prendas muy laudables.*Remigio.* Sin disputa, pero....*Elisa.* Puede ser mi esposo, y quien le injuria, me injuria.*Remigio.* Como no lo es todavía, y deseo la ventura de usted.... (Hoy en nada acierto.) No sabe usted las angustias que yo paso para.... En fin, yo juzgo lo que usted juzga, quiero lo que quiere usted, sufriré lo que usted sufra, y cuando usted me consulte porque tenga alguna duda, consultaré con usted la respuesta á la consulta.

ESCENA XI.

LA MARQUESA. D. FRUTOS. ELISA.
D. REMIGIO.*Frutos.* [Á *Elisa.*]

¡Ah, que estás aquí.... Perdona, mi vida, si te tuteo, que mi cariño lo abona. Qué gallarda y guapetona! Me embobo cuando te veo. Cuándo la boda será? Sólo de pensarlo, ya

toda el alma se me alegra,
y estoy..... Marquesa mamá,
sea usted pronto mi suegra.
Elisa. (Ay cielo!)
Frutos. Sin aparatos.
Cuanto menos embolismo,
mejor. Haya buenos platos,
y luégo.....
Marq. Mañana mismo
se firmarán los contratos.
Frutos. Mañana!
Remigio. (Triste de mí!)
Frutos. Jamás igual regocijo
en mi corazón sentí.
La amaré á usted como un hijo.

[*Á Elisa.*]

y como un esclavo á ti.
Elisa. (¿Qué oigo!)
Frutos. Serás mi regalo,
mi delicia.....
Remigio. (Esto va malo.)
Elisa. [*Aparte con D. Remigio.*]
Remigio. Oye usted esos extremos?
Es que ahora le cogemos
en un lúcido intervalo.
Frutos. Tú vivirás satisfecha.
Mis ganados, mi cosecha,
mis haciendas, mi dinero;
todo es para ti, lucero,
desde la cruz á la fecha.
Es tosca mi educacion
para aspirar á tal moza;
yo te hago esta confesion;
pero tengo un corazón
como de aquí á Zaragoza.
Él encontrará camino
de agradar á mi mujer.
Para amar con desatino
no creo que es menester
que uno sea lechuguino.
En lo que yo no esté ducho
corrige tú mis maneras.
Verás qué dócil te escucho.
Tú harás de mí lo que quieras.....
siempre que me quieras mucho.
Así con igual placer,
luégo que al pié del altar
me digas: soy tu mujer,
tú me enseñarás á hablar;
yo te enseñaré á querer.
Marq. Bien, don Frutos!
Elisa. (Qué sorpresa!)
De haberle ajado me pesa.)

Marq. [*Aparte á Elisa.*]
Vaya, responde.—No puedes?
Elisa. [*En alta voz.*]
Yo.....

ESCENA XII.

LA MARQUESA. ELISA. D. FRUTOS.
D. REMIGIO. JUANA.

Juana. Cuando gusten ustedes.....
Ya está la sopa en la mesa.

ESCENA XIII.

LA MARQUESA. ELISA. D. FRUTOS.
D. REMIGIO.

Frutos. [*Ofreciendo el brazo á la Marquesa.*]
Haremos los dos un lazo.....
Marq. [*Tomando el brazo de D. Frutos.*]
Gracias.
Frutos. (Vaya una pandorga!.....)

[*Á Elisa.*]

Marq. Conque..... me querrás muchazo?
Ya ve usted, quien calla otorga.
Elisa. [*Mirando á D. Frutos con ternura.*]
Déme usted el otro brazo.

[*Vanse por la izquierda del foro.*]

ESCENA XIV.

D. REMIGIO.

Oh miedo!, qué me aconsejas?
Mientras la niña se humana
vendrá el otro á darme quejas.....
Pobre Remigio! Mañana
amaneces sin orejas.

[*Sigue á los novios y á la Marquesa.*]

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

D. FRUTOS. D. REMIGIO.

[*Está anocheciendo. Vienen D. Frutos y don Remigio por la izquierda del foro.*]

Remigio. Soberbia comida!

Frutos. Sí,
pero, sin tanto primor,
á mí me daba más gusto
mi cocina de Aragon.

Remigio. Tiempo hace que no he bebido
mejor vino de *Bordeaux*.....

[*Mudando de tono como para hacerse comprender.*]

Burdeos.

Frutos. Me importa poco
el nombre de ese señor,
porque me sabe muy mal
en frances y en español.

Remigio. ¡Hombre, un Burdeos legítimo.....
y de *Laffitte*! ¡Un licor
europeo!

Frutos. Y yo ¿qué tengo
que ver con Europa? Soy
de Belchite.—Y contra el mismo
patriarca Noé, inventor
de la vendimia, sostengo
que es vino de municion
ese que usted me pondera;
que agri-áspero de sabor,
ni me calienta el estómago
ni me alegra el corazon,
y, en fin, que para vinagre
lo he vendido yo mejor.

Remigio. No dudo.....

Frutos. Donde está el vino
de Belchite.....

Remigio. Ya me doy
por vencido.

Frutos. ¿Y la garnacha
de Cariñena, Aguaron,
Longares, Cosuenda..... ¡Aquello,
aquello es gracia de Dios!

Remigio. No se estilan esos vinos
en las mesas *comm' il faut*;
pero siendo usted de casa,
ha cometido un error
la Marquesa en no obsequiarle
con una botella ó dos
de Cariñena.

Frutos. Es mi suegra!—
Y, por Cristo, que ya estoy

apestado de ella. ¡Vaya,
que es mucha persecucion!
¡No permitir que me siente,
ni en la mesa, junto al sol
de mis ojos!..... ¡Y qué empeño
de darme en todo leccion!
Toda la comida ha estado
quemándome á media voz.—
Quítese usted del ojal
la servilleta. Qué horror!—
Pues ¿dónde la pongo?—Suelta,
encima del pantalon.—
Vaya!—Qué hace usted? La sopa
se come con tenedor.

Remigio. [*Entre dientes.*]

Eran rabioles.

Frutos. Y mucho
que he rabiado.

Remigio. (Es hombre atroz!)

Frutos. Y despues me hizo comer
con la cuchara el melon,
y servirme la ensalada.....
¡con tijeras!—Voto á bríos!.....

Remigio. Muy mal hecho. Ella ha debido
tratarle á usted *sans façon*.

Frutos. ¡Vaya, que en Madrid es obra
el ser uno hombre de pro!

Remigio. Sí, ya raya en tiranía
moler con tanto sermon
á un hombre que tiene barbas
y entre malvas no nació.

Frutos. Sí? Pues aplíquese usted
ese texto desde hoy.
No pida peras al olmo,
y deje á cada varon
que haga de su capa un sayo.
No más figurines!

Remigio. Oh!
perdone usted. Yo creí
que una mano de charol,
digámoslo así, daría
más realce y esplendor
á esas formas elegantes
y á esa innata discrecion.....

Frutos. Eh! ménos lagoterías,
que yo no gusto.....

Remigio. Á eso voy.
Mas viendo que usted no tiene
decidida vocacion
al frívolo formulario
del gran tono, dije yo:
¿no es un cargo de conciencia
violentar la inclinacion
de ese apreciable mancebo?

Sí; que, como dijo *Humboldt*,
suele á fuerza de cultivo
perder su aroma la flor.

Frutos. Pues corriente.

Remigio. Y..... ¿quiere usted
que le diga, acá *inter nos*,
lo que siento?

Frutos. Norabuena..

Remigio. (Si él hiciese dimision!.....)
Pues á usted no le conviene
tal boda.

Frutos. Cómo que no?

Remigio. Elisa es bella.....

Frutos. Otra! ¡Miren
qué pedrada!

Remigio. Mas no estoy,
si he de decir la verdad,
muy seguro de su amor.

Frutos. Yo sí, que ya con su boca
de almíbar me lo juró.

Remigio. No obstante, la diferencia
de gustos, de educacion.....

Frutos. Eh! ya nos gobernaremos.
Soy yo algun tigre feroz?

Remigio. No es todo lo que reluce
oro á prueba de crisol.

Frutos. No puede mentir un ángel.

Remigio. De una mala tentacion
ni los ángeles se libran.
Dígalo aquel que cayó!

Frutos. Dale! ¡Si yo.....

Remigio. El interes,
la codicia.....

Frutos. (Qué moscon!)

Remigio. Ay, don Frutos! Y esa madre?
Ya empieza á meter la hoz
en miés ajena.....

Frutos. Qué importa?
Yo la haré entrar en razon.

Remigio. Tan imperiosa, tan vana.....
Ya me daba á mí rubor.....

Frutos. Oh!.....

Remigio. Créame usted, don Frutos.
Sin esperar al convoy,
vuélvase usted á Belchite.
Aquí hay confabulacion
entre hija y madre.....

Frutos. En la madre
cébese usted sin temor,
mas no hay que clavar el diente
en la hija, ó ¡vive Dios.....

Remigio. Oh! no se sofoque usted.
Yo lo decia..... (Una coz!
Era de esperar.)

Frutos. No aguanto.....

Remigio. ¡Si era una suposicion.....
Como le he cobrado á usted
tanto cariño..... (No doy
un cuarto por mis orejas.)

Frutos. ¡Por vida de Juslivil.....

Remigio. Vamos, vamos, me arrepiento;
me desdigo; se acabó.

ESCENA II.

D. FRUTOS. D. REMIGIO. JUANA.

Juana. [*En una mano trae luces, que deja sobre una mesa, y en la otra un papel.*]

Felices noches.

Frutos. Bendito
y alabado.....

Remigio. Qué nos trae?

Juana. Este papel que me han dado
para el señor.

Frutos. Á ver? Dame.

[*Toma el papel y lo lee para sí.*]

Juana. El mancebo portador
espera respuesta.

Frutos. Zape!
Esta es otra! Paño, hechura,
forro *et cætera* de un fraque,
setecientos.—Pantalon.....

Remigio. Ya, ya..... La cuenta del sastre.

Frutos. La cuenta á mí! Para qué?

Remigio. Sí, para que usted la pague.

Frutos. Ahora salimos con esto?
Pues hombre, así Dios me salve,
yo pensé que era un regalo
de mi suegra este atalaje.

Remigio. Ya ve usted que no. Presumo
que para más adelante
reserva.....

Frutos. Pues de ese modo
yo visto á cualquiera. ¡El diantre
de la mujer!.... Yo sufría
con resignacion la cárcel
en que ha metido mis miembros
mientras creí que era *grátis*;
pero ¡dar dinero encima.....

Remigio. [*En voz baja.*]

Calle usted! Eso es infame.

Frutos. Pues, señor, la pagaré,
que no quiero que me tachen
de cicatero.
[*Leyendo.*] Total,
cuatro mil doscientos reales.—
Pero una y no más. Canario!....

[*Á Juana.*]

Díselo así de mi parte.

Juana. Siempre ha sido una fineza
prevenir el equipaje.....

Frutos. Yo no soy aficionado
á finezas semejantes.
¡Digo á usted que es corcho... Espera.
Por vida del rey don Jaime!....

[*Entra en su cuarto.*]

ESCENA III.

D. REMIGIO. JUANA.

Juana. ¡Vaya, pues tiene buen modo de agradecer que se afanen por vestirle á lo marqués! ¿Querrá tambien.....

Remigio. Es un cafe, y si da la mano á Elisa, la va á matar á pesares.

Juana. Eso es lo que yo la digo.

Remigio. Sí; es preciso que trabajes para disuadirla..... (El miedo me fuerza á ser intrigante.)

Juana. Ya se ve, ¿no es una lástima.....

Remigio. Un horror.

Juana. ¿Cuánto más vale don Miguel.....

Remigio. Oh! don Miguel..... (Maldito sea!) Es un ángel. Si entre los dos conseguimos que á Calamocha desbanque.....

ESCENA IV.

D. FRUTOS. D. REMIGIO. JUANA.

Frutos. [Dando á Juana monedas de oro.]

Toma. Aquí sobra un doblon.

Juana. Volveré con lo sobrante.....

Frutos. No. Para ti.

Juana. Gracias. (Ya me parece más amable.)

Frutos. Novia te llamé..... y no quiero que lo hayas sido de balde.

Juana. [Yéndose.]

(Pues, señor, viva Belchite! y á don Miguel, Dios le ampare.)

ESCENA V.

D. FRUTOS. D. REMIGIO.

Frutos. Y, á todo esto, ¿por dónde andan mi novia y su linda madre?

Remigio. Se fueron al tocador.

Frutos. Hombre, á qué?

Remigio. Á vestirse.

Frutos. Calle!

Pues ¿no estaban ya vestidas?

Remigio. Oh! sí, pero ¿usted no sabe que vamos luégo á la ópera, y á la tertulia más tarde? Cada acto de estos requiere su correspondiente traje.

Frutos. Otra! ¡Pues no es mal trajin..... ¿Y dónde hay caudal que baste....

Remigio. Así lo exige la culta sociedad.

Frutos. Virgen del Carmen!

Remigio. Aquí se pasa la vida en vestirse y desnudarse.)

Frutos. Muy bien! ¿Y qué viene á ser eso de..... ópera?

Remigio. (Ignorante!)

Drama lírico;—una fiesta de teatro.

Frutos. Ah! Que me place.

Y qué comedia echan hoy?

Remigio. No es comedia. *I Puritani* de *Bellini*.

Frutos. ¡Que no echaran

El Mágico Bayalarde!.....

Es la única que yo he visto, pero ¡ca! ¡cosa más grande.....

Remigio. Todo es música esta noche.

Frutos. Música? Bien, como canten la jota.....

Remigio. (La jota!) Yo sería de ese dictámen, pero.....

[Asoma la Marquesa por el foro.]

Frutos. Aquí está la Marquesa.

[Á media voz.]

Le voy á decir verdades como puños.

Remigio. Sí? Me alegro.

Frutos. Yo no sufro ancas de nadie.

ESCENA VI.

LA MARQUESA. D. FRUTOS. D. REMIGIO.

Frutos. Escúcheme usted con calma, mi amada suegra y señora, que voy á decirle ahora cuatro cositas..... ¡al alma!

Marq. Diga usted, querido yerno.

Frutos. Á mí nadie me maneja, nadie me moja la oreja: sírvale á usted de gobierno.

Marq. Pero.....

Frutos. Dicen en mi tierra.....

Marq. Qué?

Frutos. Lo que no has de comer.....

Marq. Ya, sí.

Frutos. Déjalo cocer.

Remigio. (Los síntomas son de guerra.)

Marq. Pero ¿á qué viene.....

Frutos. Muy justo sería, si algun alcalde me vistiera á mí de balde, que me vistiera á su gusto; pero, pagando mi ropa,

y en cantidad tan enorme,
no me pongan uniforme
como si fuera de tropa.
Marq. Porque usted se presentase
á la boda con más brillo.....
Frutos. Nadie manda en mi bolsillo,
cáseme yo ó no me case.
Marq. Nunca han sido mis intentos.....
Frutos. Basta. Agradezco el abrigo;
no piense usted que lo digo
por los cuatro mil doscientos.
Vista como quiera Elisa,
vista usted como le cuadre,
mas ni Elisa ni su madre
se metan en mi camisa.
Triunfen, gasten; no me espanto;
cuanto tengo es de las dos;
mas no se empeñen, por Dios,
en civilizarme tanto.
Dejen á un hombre sencillo,
que, al cabo, no es una fiera,
manejar á su manera
el tenedor y el cuchillo.—
No me mire usted al soslayo.
(Quiero que el amor me mande.....
y no una suegra. Soy grande
y ya he despedido el ayo.
Marq. ¿Qué escucho! ¡Usted me anticipa
el despotismo de yerno!
No lo es aún, Dios eterno,
y gallea, y se emancipa!
Frutos. Sepa usted.....
Remigio. [Aparte á la Marquesa.]
Firmeza! Así!
Frutos. Y ha de saber mi consorte
(que aunque yo he entrado en la corte,
la corte no ha entrado en mí.
Remigio. [Aparte á D. Frutos.]
Bien dicho! No hay que ceder.
[Aparte á la Marquesa.]
No quiere soltar, Marquesa,
el pelo de la dehesa.
Marq. [Á D. Frutos.]
Frutos. Pues, amigo, es menester.....
Frutos. Sí, es menester que se tome
un partido. El más seguro
será.....
Remigio. [Aparte á D. Frutos.]
Firme en ella!
[Aparte á la Marquesa.]
Duro!
Si cede usted, se la come.
Marq. [Alzando la voz.]
Frutos. Qué partido? Á ver?
Frutos. No grite,

señora.
Remigio. [Aparte á la Marquesa.]
Sí tal.
Frutos. Casarme.....
Remigio. [Aparte á D. Frutos.]
Hace usted mal.
Frutos. Y largarme
con mi mujer á Belchite.
Marq. ¿Cómo.....
Remigio. [Aparte á D. Frutos.]
Bien! bien!
Frutos. No hay remedio.
Marq. ¿Es posible.....
Remigio. [Aparte á la Marquesa.]
Infame accion!
[Aparte á D. Frutos.]
Discreta resolucion!
Frutos. [Á D. Remigio.]
Hombre, quite usted de en medio.—
Remigio. [Aparte á la Marquesa.]
No me escucha! Es montaraz.
Marq. Quítese usted de delante.
Remigio. Guerra ha de ser? Adelante.
[Haciendo señas á derecha é izquier-
da.]
Yo queria poner paz.....
[Se retira á un lado.]
Marq. Conque á Belchite? Ah! los yernos.....
¿Nos quiere usted confinar
en un mísero lugar?
Usted tira á embrutecernos!
Frutos. Otra! ¿Quién les manda á ustedes
que se embrutecan?
Marq. Qué horror!
¡Me moriré de dolor.....
allá entre cuatro paredes!
¡Solitaria como un hongo.....
Frutos. Todo se remediará.
Quédese usted por acá.
Maldito si yo me opongo.
Remigio. (Esto marcha.)
Marq. Entiendo. ¡Sola
quiere llevársela!
Frutos. Pues.
Marq. ¡Para tratarla despues
como á una negra de Angola!
Mas sin hacerme pedazos.....
Frutos. Señora.....!
Remigio. (Orejas, bien va!)
Marq. Usted no conseguirá
arrancarla de mis brazos.
Frutos. Si mi mujer ha de ser,

irá adonde fuere yo,
porque.....
Marq. No; á Belchite, no!
Frutos. Pues no será mi mujer.
Remigio. (Albricias!)
Marq. Oh! Ya lo veo!
Se desdice usted!
Frutos. Marquesa!
Marq. Usted falta á su promesa.
Frutos. Por vida del Zebedeo!....
¿Quién ha pensado.....
Marq. ¡Intentar
antes del dulce consorcio
esa especie de divorcio.....
La horca antes que el lugar!
Frutos. No, señora, eso no es cierto;
pero ¿hay ley que me prohíba,
suegra ó diablo!, que yo viva
donde mis padres han muerto?
Marq. Cielos! qué dirá el notario?
y qué dirán los testigos?
y qué dirán mis amigos?
Frutos. Dale!
Marq. Y qué dirá el vicario?
Frutos. Eh! ya basta de litigio.

[Alzando la voz.]

Belchite, Belchite quiero,
Belchite!
Marq. Jesus!.... Yo muero.....
Téngame usted, don Remigio.
[Se desmaya en brazos de D. Remigio.]
Remigio. Acuda usted, no peligre
su vida, que el parasismo.....
Frutos. [Yéndose.]
Eh! ¿Qué sé yo..... Un sinapismo!—
Yo no soy médico.

[Entra en su cuarto.]

Marq. [Oyendo el ruido de la puerta y volviendo rápidamente la cabeza.]
Tigre!

ESCENA VII.

LA MARQUESA. D. REMIGIO.

Remigio. Qué tal? Siente usted alivio?
(No ha dado lumbre el soponcio.)
Marq. Ay qué hombre! Me ve morir.....,
y me abandona!
Remigio. Es un monstruo.
Marq. Bien dicen; siempre la cabra
tira al monte.
Remigio. Yo supongo
que no volverá á tratarse

de ese infausto matrimonio.
Marq. Pues supone usted muy mal.
Remigio. Será así. No es un asombro
el equivocarme yo.
Marq. Tan de sobra están los novios?
¿Así se dan calabazas
á un hombre que nada en oro?
Remigio. Es decir que nos iremos
á Belchite. Yo.....
Marq. Tampoco.
Remigio. Pues digo á usted, Marquesita,
que no comprendo.....
Marq. ¡Qué tonto
es usted!
Remigio. Convengo.....
Marq. ¡Y qué
mentecato!
Remigio. No me opongo.....
(¡Vuelvo á temblar por mis pobres
orejas!)
Marq. Yo hallaré modo
de evitar.....
Remigio. Elisa viene.
(Y viene muy á propósito.)

ESCENA VIII.

LA MARQUESA. D. REMIGIO. ELISA.

Remigio. Elisa! ¡Usted tan tranquila
por allá dentro, y nosotros.....
Elisa. Qué ha habido?
Marq. (Qué irá á decir?)
Remigio. Friolera! Que por poco
no se nos muere mamá.
Marq. [Hace señas á D. Remigio para que
calle, y él se desentiende.]
Hum!....
Elisa. Dios mio! Pues ¿qué... ¿Cómo...
Remigio. Se ha sincopado.—Es decir;
un accidente espasmódico.....
Elisa. Jesus!
Marq. Eh! no ha sido nada.
No haga caso.
Remigio. Ello sí, pronto
se recobró.....
Marq. ¡Si te digo.....
Remigio. Yo la apreté el dedo gordo.....
Elisa. Mas ¿qué causa.....
Remigio. Una alcaldada
horrible de ese hipopótamo
aragones.
Marq. Don Remigio!....
Remigio. [Con mucha viveza.]
¿Pues no se empeña el bolonio,
quiera usted, ó no, en llevarse la
á aquel maldito villorrio?
Elisa. Virgen Santa! Yo á Belchite?
Remigio. Como cinco y tres son ocho.

Este ha sido su *ultimátum*.
 Á Belchite, ó no hay consorcio.
Marq. ¿Está usted ya satisfecho, seor necio, hablador de á folio!
Remigio. Ah! Yo creí..... ¿Conque usted..... ¡Voto á san..... (Ya tiene el tósigo en el cuerpo.)
Elisa. Ay, madre mia!
 Ese hombre no tiene prójimo. Llevarme á un lugar!.... ¡Y yo que le iba queriendo un poco!.... Ya le aborrezco de muerte.
Marq. No irás á Belchite.
Elisa. Oh gozo!
 ¿Tú le habrás dicho que ya no hay nada de desposorios? Por una parte lo siento, porque es honrado, y buen mozo, y rico; pero sacarme de Madrid..... Vaya al demonio!
Marq. Calla! Tan simple eres tú como el señor.
Remigio. Me conformo.
Elisa. Pero.....
Marq. Corre de mi cuenta arreglar este negocio. Por ahora es necesario.....
Elisa. Qué?
Marq. Decirle amén á todo.
Elisa. Incluso el viaje á Belchite?
Marq. Boba! Por supuesto.
Elisa. ¿Qué oigo!
Marq. Es preciso no escamarle.
 [Á D. Remigio.]
 Apóyeme usted.
Remigio. Apoyo.
Marq. Si ahora le dices que no, adios, boda! ¡Y qué bochorno, qué afrenta para nosotras! ¡Desairadas por un tosco provincial.....
Elisa. Pero ¿qué haremos si cuando sea mi esposo se empeña en que he de seguirle?
Marq. ¿Han de faltar por de pronto pretextos para alejar la partida? ¿No habrá un cólico que nos saque del conflicto? ¿No sabrán despues tus ojos cautivar su voluntad? Hoy con mimos y piropos y dengues, al otro dia con lágrimas y sollozos.... Harás de él cuanto quisieres.— Y si viene á tu socorro la santa naturaleza; si hay inapetencia y vómitos.....
Elisa. [Bajando los ojos.]
 ¡Eh, mamá.....
Marq. [Á D. Remigio.]
 Apóyeme usted.

Remigio. Sí, yo apruebo y corroboro.....
Marq. Otros novios más bravíos se vuelven mansos palomos sabiéndolos manejar. Si no te bastan tus propios recursos, yo estoy aquí.....
Remigio. [Entre dientes.]
 Jesucristo!
Marq. Eh?
Remigio. Nada..... Apoyo.
Marq. No hay cuidado. Entre las dos hemos de volverle loco.
Elisa. No, yo no espero.....
Marq. Ahora mismo voy á decirle que otorgo....
Elisa. Por Dios, mamá! Yo no puedo.....
Marq. No has de poder? Yo respondo. Verás: entro yo en su cuarto primero; le desenojo; al oír la campanilla entras tú.....
 [Á D. Remigio.]
 Usted no!
Remigio. Si estorbo.....
Marq. Sí, señor.
Remigio. Bien; no riñamos. Opino del mismo modo.
Elisa. Pero, mamá, reflexiona.....
Marq. Eh, basta, que me sofoco! Harás lo que yo te digo, ó nos oirán los sordos.
 [Entra en el cuarto de D. Frutos.]

ESCENA IX.

ELISA. D. REMIGIO.

Elisa. Ay, Dios mio!
Remigio. Es fuerte apuro!
Elisa. Si me caso.....
Remigio. No hay envite: ciudadana de Belchite; cuéntelo usted por seguro.
Elisa. Qué haré?
Remigio. Calabazas.
Elisa. Oh!
 Seré á mi palabra fiel..... ¡aunque muera!
Remigio. Hagamos que él sea quien diga que no.
Elisa. De qué modo?
Remigio. Una esperanza á ese pobre capitán.
 ¡La ama á usted con tanto afán.....
Elisa. Pero.....
Remigio. Aunque sea de chanza.

Elisa. Poco ha me han dado un billete que su pesar atestigüa.....

Remigio. Bien. Una respuesta ambigua.....
Eso á nadie cómpromete.
Dígale usted, por ejemplo:
«He dado ya mi palabra,
y aunque mi desdicha labra
la repetiré en el templo;
mas si por otro ó por él
se descompone la boda,
usted sólo me acomoda
para esposo, don Miguel.»

Elisa. No, que eso es decirle mucho.

Remigio. Pues un poco ménos. Ea!
Aquí hay papel, tinta, oblea.....

Elisa. [*Caminando hácia la mesa como ma-
quinalmente.*]
Entre mil ideas lucho.

Remigio. Vaya!

Elisa. [*Sentándose.*]
¿Y si luégo amenaza
á don Frutos?

Remigio. No hará tal;
mas bueno es que haya un rival
para que espante la caza.

Elisa. [*Escribiendo.*]
Mi mamá.....

Remigio. Ya estoy alerta.....
(por la cuenta que me tiene.)
Avisaré si álguien viene.
No quito ojo de la puerta.
Y qué orejas! La pared
taladran y adentro asoman.
Oh! mis orejas se toman

mucho interes por usted.—
Está? Al sobre! Demos fin.....

Elisa. [*Cerrando el billete.*]
Es que no sé, á fe de Elisa,
á cuál de los dos.....

[*Suena una campanilla.*]

Remigio. ¡Aprisa,
que suena el dilin, dilin!

Elisa. [*Levantándose con precipitacion y
dándole el billete.*]
Tome usted.—Sin sobre va.

Remigio. El sobre no importa un bledo.
Irá á sus manos..... Yo quedo.....

Marq. [*Dentro.*]
Elisa!

Elisa. Allá voy, mamá.

[*Entra en el cuarto de D. Frutos.*]

ESCENA X.

D. REMIGIO.

Ah! ya salí de mi ahogo.
El cielo vuelve por mí.
Ya tengo orejas! Creí
convertirme en perro dogo.

[*Vase corriendo por la derecha del
foro.*]

ACTO CUARTO.

ESCENA I.

D. FRUTOS.

[*Sale de su cuarto en chinelas, con pantalon
holgado, sin corbata, con zamarra de piel de
oso y un pañuelo de seda atado á la cabeza á
estilo de Aragon.*]

Ahora sí que nuevo á gusto
mis remos. Nada me aprieta.
Esto es estar en la gloria!—
Pero ¡qué silencio reina
en esta casa! Yo extraño.....
Pues ya son las seis y media.—
Estarán por allá dentro
sin duda. ¿Y cómo no piensan
en que yo me desayune?
Oh! pues ya no tiene espera

mi estómago. Llamaré.—

[*Hace sonar la campanilla.*]

Apénas probé la cena,
porque se comió tan tarde
y tenía yo tal priesa
de acostarme..... No responden!
Pues la campanilla suena,
que bien la oigo.—Otra vez.—

[*Vuelve á llamar.*]

¿Sirven así á las marquesas
en Madrid?

[*Tira sin cesar de la cinta de la cam-
panilla hasta que acude Juana.*]

Oh! mas que rompa
la cinta..... ¿Qué gente es esta,
santo Dios! ¿Si estarán todos
durmiendo? Voto á mi abuela!.....

ESCENA II.

D. FRUTOS. JUANA.

Juana. [Entra con algun desaliño como quien acaba de levantarse de la cama.]

Vaya un modo de llamar!
Y á estas horas!

Frutos. Linda fiema!

Juana. Ah! ¿Es usted!.....

Frutos. Sí; abre los ojos
y sacude la pereza.

Juana. Pereza! Pues ¿qué hora es?

Frutos. Otra! Las seis y cuarenta.

Juana. ¡Toma, toma..... Yo pensaba
que era más tarde.

Frutos. Esa es buena!

Cuándo es tarde para ti?

Juana. Pero, señor, ¿quién creyera
que usted madrugara tanto?
Le duele á usted la cabeza?
Mucho sentiria.....

Frutos. Gracias.

Gozo de salud perfecta,
pero soy madrugador
por costumbre y por sistema.
Y ántes hubiera saltado
de la cama, que en mi tierra
me levanto con el alba;
pero el viaje en diligencia,
y aquellas malditas botas
que me tuvieron en prensa.....
Eso á cualquiera cristiano
le hace salir de la regla.

Juana. [Mirándole y sonriéndose.]

(Qué pañuelo y qué zamarra!....
Cuando la novia le vea....)
Querido señor don Frutos,
á la hora que usted despierta
sólo dejan de dormir
en Madrid á pierna suelta
horchateros en verano
y en invierno buñoleras.

Frutos. ¡Así hay aquí tanta gente
encanijada y enteca!

Mas ¿dónde están las señoras?
Me tomaré la licencia
de darles los buenos dias....

Juana. Es excusada molestia.

Todavía no han venido.

Frutos. Ya, sí..... Estarán en la iglesia.....

Bien; lo primero es la misa,
y aunque hoy no es dia de fiesta.....

Juana. Qué misa? ¡Si es que no han vuelto
del baile aún!

Frutos. Qué me cuentas?

(Estas ya son otras misas.)
Bien sé que pensaban ellas
irse despues del teatro
á una funcion de..... etiqueta,

II.

como aquí dicen; mas nunca
se me pasó por la tela
del juicio que el bailoteo
durase una noche entera.

Juana. Como usted se recogió
á la hora de la retreta
y se las dejó en el palco.....

Frutos. Es que no entiendo esa jerga
italiana, y al arrullo
de las voces y la orquesta
me dormía..... ¿Qué mortal
está libre de flaquezas?—
Pero, señor, ¡qué gobierno
de casa! Y ¿van con frecuencia
á esas danzas perdurables?
¿Ó sólo de uvas á brevas.....

Juana. Qué! no, señor. ¡Si es el pan
de cada dia!

Frutos. De véras?

(Malol malol!)

Juana. Pocas noches
se retiran con estrellas.

Frutos. ¿Conque aquí la noche es dia
y el dia.....

Juana. Pues, *vice versa.*

Frutos. (¡Virgen Santa del Pilar,
qué desórden, qué vergüenza!)

Juana. (Mejor le sienta ese traje
que el otro.)

Frutos. Ahora bien, morena,
yo, que no enmiendo la plana
al que los astros gobierna,
tengo gana de almorzar.

Di, pues, á la cocinera,
si no está tambien de baile.....

Juana. No, señor. Ella se acuesta
más temprano, y ya andará
por el fagon.....

Frutos. Norabuena.

Pues que disponga mi almuerzo.
Despacha.

Juana. Café y manteca?

Frutos. Valiente cosa!—Jamon
con huevos.

Juana. Lo que usted quiera.

Frutos. Y no más vino de extránjis.

Juana. Lo traeré de Valdepeñas.

Frutos. Venga. Al fin es español.....
aunque no es de Cariñena.

ESCENA III.

D. FRUTOS.

¿Dónde me he metido, cielos!
¡Qué costumbres tan diversas
de las mias! Ah! yo voy
á pasar la pena negra.....
¿Quién sabe..... Allá en mi lugar,
ya que Elisa está dispuesta
á seguirme..... Y si me engaña? |

23

(¡No hay que fiar en promesas de mujeres! Y aunque en eso á mi gusto condescienda, irán con ella á Belchite sus caprichos.... ¡y mi suegra!— Gallarda es la moza, sí, y á poquito que pusiera de su parte, lograría barajarme la chabeta; mas, según lo que voy viendo, ni me quiere ni lo sueña; y eso es gaita!— Ah padre mio!... Dios te dé la gloria eterna, mas no tuviste chirúmen para escoger una nuera.

Á no ser por mi respeto á su voluntad expresa, y á no haber soltado yo la palabra que me empeña, ¡bravo chasco llevaría mi señora la Marquesa!

[*Un criado atraviesa el foro de izquierda á derecha.*]

¡Ojalá.... Pero oigo abrir la puerta de la escalera. Ellas serán.... Ellas son.

[*Mirando adentro.*]

Oigo la voz de la vieja.

ESCENA IV.

D. FRUTOS. LA MARQUESA. ELISA.

Marquesa. [*Al criado en la puerta.*]

Que venga esa muchacha á desnudarnos pronto.

[*Vase el criado por donde vino, y entran en la sala la Marquesa y Elisa.*]

¿Qué hace ese hombre aquí.... Calle! Es don Frutos!

Elisa. (Ay qué facha!)

Frutos. Yo soy, señora mia; no se asombre.

Marquesa. La mudanza de traje.... Buenos días.

Frutos. Buenas noches.

Elisa. [*Aparte con su madre.*]

Qué diantre de zamarra!

Marquesa. Por los clavos de Cristo, no te rías!

ESCENA V.

LA MARQUESA. D. FRUTOS. ELISA. JUANA.

Juana. Aquí estoy.

Frutos. [*A Elisa.*] ¿Te parece un poco charra mi pellica, verdad? Lo siento mucho, pero....

Elisa. No; yo no digo....

Frutos. Chica, ande yo caliente, y ríase la gente.

Marquesa. Dice bien. Lo primero es el abrigo, y mientras le compramos en la tienda una bata elegante con cordones....

Frutos. No hay para qué. Estoy bien con esta prenda.

Elisa. (Parece que al meson de la Encomienda ha venido á vender melocotones.)

Marquesa. Y qué tal se ha dormido?

Frutos. Grandemente. Y qué tal hemos bailado?

- Marquesa.* La niña. Yo me he estado jugando al *ecarté*.
- Frutos.* (¿También la suegra tira la oreja á Jorge? Esa es más negra.)
- Marquesa.* Es lástima que el sueño y el cansancio le hayan privado á usted, señor don Frutos, de una *soirée* tan buena.
- Frutos.* Yo, á lo rancio.....
Nadie me saca á mí de mis casillas.
Es lindo miéntras lucen las Cabrillas bailar con una dama,
pero es mejor, á mi entender, la cama.
- Marquesa.* Eh!... Se duerme de día.....
- Frutos.* Hágalo el madrileño.
Yo, como soy así....., tan lugareño.....
qué quiere usted!... madrugo,
y á las diez de la noche ¡me entra un sueño.....
(Santo Dios!)
- Elisa.* Eh! todo es la primer noche.
- Marquesa.* Luégo.....
Elisa. Á las diez!
Marquesa. Cualquiera se acostumbra.....
- Frutos.* Oh! yo no soy cualquiera.
- Elisa.* (Qué verdugo!)
- Frutos.* Y juro por el sol que nos alumbrá.....
- Elisa.* (Ay, Dios me libre de su horrible yugo!)
- Frutos.* Así tengo de hacerlo hasta que muera,
y espero que mi dulce compañera imitará mi ejemplo.....
- Marquesa.* [Interrumpiéndole.] Se supone....
- Elisa.* [En voz baja.]
¡Ay, mamá.....
- Marquesa.* [Lo mismo.] Transijamos por ahora,
no sea que otra vez se desazone.
- Frutos.* (Qué mala cara ha puesto mi señora!)
- [Vuelve el criado con el almuerzo para D. Frutos, lo pone en una mesa y se retira.]
- Hola! Viene el almuerzo?
Me alegro. Con permiso.....
Darémos al estómago un refuerzo.
Si ustedes gustan.....
- Elisa.* Gracias. Tan temprano.....
- Marquesa.* Nosotras, á dormir.
- Frutos.* [Sentándose á la mesa.]
Pues ya! Preciso!
- Elisa.* (Y he de darle mi mano!)
- Marquesa.* Dormiremos un rato. Hasta la una.....
- Elisa.* (Mal haya mi fortuna!)
- Marquesa.* [Á Juana.]
Ven tú; me quitarás cintas y broches.
[Á D. Frutos.]
Conque, abur.
Elisa. Buenos días.
- [Vanse por la puerta de la izquierda.]
- Frutos.* Buenas noches.

ESCENA VI.

D. FRUTOS.

[Partiendo el jamon.]

Santo Cristo de la Seo
que me estais probando así,
decid, ¿qué pecado gordo
vengo á purgar en Madrid?
Novia que quiere bailar
cuando yo quiero dormir,
de quién está enamorada?
De mis rentas, ó de mí?
Suegra que en todo se mete,
hasta en lo que he de vestir,
y me trata cual si yo
fuera algun chisgarabis,
y se desmaya, y trasnocha,
y juega! ¿no dará fin
de mi bolsa y mi paciencia
ántes que amanezca Abril?
¿Y me he de casar!.... Si hallara
algun medio, algun ardid.....
Para aguzar el ingenio
probemos de este pernil.

[Come.]

Hola! pues está sabroso.
No me engañó la nariz.

[Echándose vino.]

Ahora un trago del manchego.....

[Bebe.]

Bravo! Bien haya la vid
que te crió. No se bebe
mejor vino en Alcañiz.

[Tomando otro bocado.]

Si fueran iguales todos
los tragos que espero aquí,
ningun cristiano me oyera
quejarme de este país.

ESCENA VII.

D. FRUTOS. JUANA.

Juana. (Ya á la vieja he despachado,
y pues la novia gentil
entró en su cuarto diciendo:
no necesito de ti,
voy yo á aviarme.....)

[Á D. Frutos al pasar.]

¿Qué tal

el jamon?

Frutos. Sabe á las mil
maravillas.

Juana. Lo celebro.

Hay buen apetito?

Frutos. Sí.

Quieres probarlo?

Juana. Mil gracias.

(Ni es vanidoso ni ruin.)
Hágale á usted buen provecho
y me tendré por feliz.

Frutos. Dios te lo pague, morena.

[Vase Juana.]

Confieso que son aquí
ménos zainas que en Belchite
las doncellas de servir.

ESCENA VIII.

D. FRUTOS. ELISA.

Elisa. [Desde la puerta.]

Señor don Frutos.....

Frutos. [Levantándose.] ¿Qué veo!
(Yo la hacía ya en camisa.)
No te has acostado, Elisa!

Elisa. [Acercándose.]

Hablar con usted deseo.

Frutos. Pues me place, como hay Dios.
Ya es justo que sin empacho
tengamos, Elisa, un cacho
de parlamento los dos.

Elisa. ¿Promete usted el secreto
sobre el paso que ahora doy
y no enfadarse, aunque voy
á hablar muy claro?

Frutos. Prometo.—

Mas tambien va á ser muy clara
mi lengua; y es menester
que me oigas en paz, mujer,
y no me arañes la cara.

[Se sientan.]

Elisa. Es usted muy buen sujeto.....

Frutos. Y tú muy buena vasalla.

Elisa. Otro mejor no se halla.

Frutos. No hay dibujo más completo.
Eres gala de Madrid.

Elisa. Y usted honra de Belchite;—
pero.... si usted me permite.....

Frutos. En los peros está el *quid*.

Elisa. Bueno es, ántes que nos den
la bendicion conyugal,
que temiendo hacerlo mal
lo reflexionemos bien.

Frutos. Sí, ya lo dice el proverbio.

Vamos á reflexionar.....

(Calabazas me va á dar
ella misma. Esto es soberbio!)

Habla, no temas al bu.

Elisa. Sería muy venturosa

- con usted cualquier esposa...., menos.....
- Frutos.* Vaya! Méenos tú.
- Elisa.* Mal he dicho. Es un deslíz.....
Quiero decir, caro amigo, que casado usted conmigo no podría ser feliz.
- Frutos.* Ni yo soy, cual tú lo ves, y eso lo conoce un nene, el marido que conviene á la hija de un marqués.
- Elisa.* ¿Qué entiendo yo de bodegas, y de abonar el terreno, y si se mide el centeno por varas ó por fanegas?
- Frutos.* ¿Qué entiendo yo de elegancia, y de ese tono de aquí, ni qué me importan á mí los figurines de Francia?
- Elisa.* De la barra y la pelota yo el mérito no distingo.
- Frutos.* Ni yo de óperas en gringo donde no cantan la jota.
- Elisa.* No se suba usted á la parra si le digo, aunque con miedo, que acostumbrarme no puedo á un marido..... con zamarra.
- Frutos.* Ni yo me acomodaría á una linda caprichuda que se viste y se desnuda ocho ó diez veces al día.
- Elisa.* Poco me inclina mi estrella al que en su primer visita no hace distincion maldita entre el ama y la doncella.
- Frutos.* Y yo doy á Belcebú dama que habla á su marido muy séria, muy de cumplido...., y á su madre tú por tú.
- Elisa.* Un marido..... Calamocha, que madruga!... Virgen Santa!
- Frutos.* Vea usted, y á mí me espanta una mujer que trasnocha.
- Elisa.* Yo por valles y por cerros! ¡Yo marido cazador que repartirá su amor entre la esposa y los perros!
- Frutos.* ¡Yo mujer con tantos dengues que, faltando á la justicia, me negará una caricia por no ajar sus perendengues!
- Elisa.* Y áun viviendo aquí los dos cediera al fin mi desvío, pero ¿y Belchite? Dios mio!
- Frutos.* Pero ¿y la suegra? Buen Dios!
- Elisa.* Y será bueno Belchite, guapo lugar: lo concedo.
- Frutos.* Pues ¿y Madrid? No haya miedo que yo lo desacredite.
- Elisa.* Y aquella vida campestre será muy dulce, muy sana. ¿Quién sabe..... De buena gana pasaría allí un trimestre.
- Frutos.* Desear yo un pasaporte. que me vuelva á mi lugar cuanto ántes, no es condenar las costumbres de la corte. Son muy cucas, no hay falencia; pero, al fin, no son las mias.
- Elisa.* Hay ciertas antipatías.....
- Frutos.* Sí, cada uno á su querencia.
- Elisa.* Y pues no hay conformidad.....
- Frutos.* Pues! Á qué ofender á Dios? ¿Á qué.....
- Elisa.* Casarnos los dos.....
- Frutos.* Es una barbaridad.
- Elisa.* Pues... ahora bien....
- Frutos.* Ahora bien....
- Elisa.* Salgamos de este pantano.
- Frutos.* Pues niégume usted su mano, y buenas noches, y amén.
- Elisa.* Yo no he de volverme atras, que en mi palabra confía mamá y ¡Jesus!..... no podría perdonármelo jamás.
- Frutos.* Yo tambien lo prometí, y en mi probidad no cabe.....
- Elisa.* Toda la corte lo sabe. Qué se diría de mí?
- Frutos.* Otra!
- Elisa.* Á usted que es forastero, y hombre, y tendrá más valor que yo, le estará mejor.....
- Frutos.* No, que yo soy caballero.
- Elisa.* Con todo.....
- Frutos.* No haría bien en quitar á usted la fama; pero en boca de una dama á nadie ultraja un desden. Como ahora tan discreto?
- Elisa.* Es que yo mismo me azuzo y el entendimiento aguzo para salir del aprieto.
- Frutos.* No hay muchos hombres infieles?
- Elisa.* Mujeres, más.
- Elisa.* Porque ahora diga usted.....
- Frutos.* No, no señora: no troquemos los papeles.
- Elisa.* ¿Conque ni el propio interes mueve á usted.....
- Frutos.* Ni un terremoto.
- Elisa.* Nunca mi palabra he roto, nunca! Soy aragones.
- Frutos.* Medrados estamos!
- Elisa.* Sí, como tres cou un zapato.
- Frutos.* ¿Será usted tan insensato.....
- Elisa.* Seré lo que siempre fui.
- Frutos.* Pues yo no he de ser veleta. El nó..... no saldrá de mí.
- Elisa.* Pues yo he de decir que sí aunque me lleve Pateta.
- Frutos.* Bien está: nos casaremos!
- Elisa.* Bien: será usted mi mujer!
- Frutos.* Bien: usted tendrá el placer

de que los dos nos ahorquemos.
Frutos. Yo no!
Elisa. (Es como esa pared.)
 No tiente usted al demonio!
 Si es funesto el matrimonio,
 la culpa será de usted.
 Tanto á una mujer se apura.....
Frutos. De bien á bien soy muy manso,
 pero..... Es que no soy tan ganso
 como usted se lo figura.
Elisa. Oh! ya veremos despues
 quién sufre más de los dos
 y quién..... Soy mujer!.... Adios.
 [Vase por la puerta de la izquierda.]
Frutos. Adios!—Soy aragones.

ESCENA IX.

D. FRUTOS.

Con la futura una lid,
 otra con la suegra chocha.....
 Ay Frutos! ay Calamocha!.....
 ¿Quién te ha traído á Madrid!

ESCENA X.

D. FRUTOS. D. MIGUEL.

Miguel. Estoy resuelto.
 [Á D. Frutos que está de costado y en
 actitud de cavilar.]
 Buen hombre,
 pase usted recado á don.....
 Es un nombre tan ramplon!....
 Don Frutos.
Frutos. [Volviendo la cara.]
 Ese es mi nombre.
Miguel. Ah, que es usted...., caballero!
 Me ha sorprendido el hallazgo.
 ¿Quién conoce á un mayorazgo
 en traje tan charanguero?
Frutos. Este traje es de mi agrado.
Miguel. Eso lo conoce un topo.
Frutos. Y á ningun alma de chopto
 se lo he pedido prestado.
Miguel. Es ese el traje de boda?
Frutos. Le importa á usted? ¡Voto á quien...
 ¿Se ha encargado usted tambien
 de sastrearne á la moda?
Miguel. No me tomo yo ese cargo
 que excede al talento mio.
 Traigo otro.....
Frutos. Pues ¡al avío!
 Diga usted.
Miguel. No seré largo.
 Ya que nos vemos las caras,

cosa que yo no quisiera.....
Frutos. Méenos prosa. La madera
 no está para hacer cucharas.
Miguel. Hola! Me alza usted el gallo!
 Me alegre, señor galan.
Frutos. Se lo aizaré al Preste Juan,
 que ya de cólera estallo.
Miguel. Pues, señor, al grano.
Frutos. Oh!.....
Miguel. Usted quiere que le den
 á Elisa, pero tambien
 aspiro á su mano yo.
Frutos. Bien; y á mí ¿qué se me da.....
Miguel. Somos dos; una es la bella;
 casarnos los dos con ella.....
 no puede ser.
Frutos. Ya.
Miguel. Pues ya.—
 Mas la salida es muy ovia.
 Si uno al otro es importuno.....
Frutos. Pues ya! De los dos el uno
 se ha de quedar sin la novia.
Miguel. Si ella fuese de Cutanda
 mereciera usted su afecto,
 pero esa boda en proyecto
 es una fusion nefanda;
 y así, pues el buen sentido
 en tales casos pronuncia,
 haga usted formal renuncia,
 y quedaré agradecido.
Frutos. Oiga usted y no haya riña.
 No me importara un ardite
 volver soltero á Belchite,
 porque ¡es alhaja la niña!
 Pero eso de que un compadre
 con tal fuero me lo exija....
 Primero.....—poco es la hija—
 me casara con la madre.
Miguel. Pues entonces, señor mio,
 ya no queda otro recurso
 que matarnos.
Frutos. ¡Buen discurso,
 como hay Dios! Un desaffo!
Miguel. Sí, señor, y pronto, al trote!
Frutos. Á galope, si usted quiere.
Miguel. Diga usted qué arma prefiere.....
 Elija usted.
Frutos. Un garrote. *endgal*
Miguel. Esa es arma de mal tono.
Frutos. Esa es la que yo manejo.
Miguel. Y es digna de ese aparejo,
 mas no la adopta mi encono.
 Sentencie nuestro proceso
 ó la pistola, ó la espada.....
Frutos. No, señor.
Miguel. Ó el sable.....
Frutos. Nada!
 Garrotazo y tente tieso.
Miguel. Pero ¿hemos de ser tan brutos.....
Frutos. Leña! Ya que usted se empeña
 en que haya camorra, leña!
 No hay más tu tia.
Miguel. Don Frutos!

Frutos. Don..... usted!
Miguel. Con ese alarde de atroz salvajismo inculto quiere usted huir el bulto á mi venganza, cobarde!

Frutos. [*Furioso y amenazándole con el puño.*]
 Yo cobarde! Voto á briós!.....

Miguel. [*Poniendo mano á la espada y retirándola inmediatamente.*]
 No demos aquí un escándalo.

Frutos. Yo cobarde! ¡Yo...
Miguel. Señor..... vándalo!, ya nos veremos los dos.
 Yo sabré.....

Frutos. Si no mirara.....
Miguel. Lo que he de hacer con un ente como usted. Todo viviente le ha de escupir en la cara.

ESCENA XI.

D. FRUTOS.

[*Á la puerta.*]

Tengo un puño en cada brazo, y si alguno me provoca, ántes que escupa su boca la hundiré de un puñetazo.— Se fué!— Señor, ¿hay conciencia para hostigar tanto y tanto á un hombre de bien? Un santo perdería la paciencia. Oh! ya no reparo en nada. Quieren que mi saña aborte? Bien está. Yo haré en la corte una que sea sonada.

[*Entra en su cuarto.*]

ACTO QUINTO.

ESCENA I.

D. REMIGIO. D. MIGUEL.

Miguel. ¿Conque es verdad?
Remigio. Sí, á las dos se firma el contrato.

Miguel. Lindo!
Remigio. Para esa hora están citados el notario y los testigos.

Miguel. Y es la una y media! Qué haremos?
Remigio. Discurra usted un arbitrio.

Remigio. ¿Qué sé yo..... Mal pleito es este. No dió lumbré el desafío; Elisa está resignada al funesto sacrificio; la vieja es inexorable..... Sólo nos queda un camino.

Miguel. Cuál?
Remigio. Que como otro Escipion se venza usted á sí mismo y abandone.....

Miguel. ¿Qué se entiende abandonar? ¡Por el siglo de mi madre.....

Remigio. (Mis orejas corren otra vez peligro.)
Miguel. Ceder yo el campo! Primero habrá en esta casa tiros y troyanos.

Remigio. Norabuena, mas—¡por los clavos de Cristo!— ¿qué consejo puede dar en estos momentos críticos, señor don Miguel, un hombre

tan amable y tan pacífico como yo? Si se tratase de un inocente artificio, de una intriguilla venial, vaya con Dios!; siempre he sido complaciente, y manejable, y amigo de mis amigos. Pero cuando usted vacila entre raptó y homicidio, ¿seré yo tan Barrabas que le empuje al precipicio? Mi consejo.....

Miguel. Es de un menguado.
Remigio. Sí será. Yo no me pico.....
Miguel. ¡Bueno fuera, siendo yo el amado, el preferido, que se llevase la novia un bárbaro campesino!

Remigio. Es un horror!—Pero ¿no hay en Madrid jefe político? Demanda al canto, depósito, y es asunto concluido.

Miguel. Ya se lo he propuesto á Elisa, pero es tan pobre de espíritu.....
Remigio. Por no chocar con su madre, por no exponerse al ludibrio de las gentes y al escándalo.....

Miguel. ¿Qué escándalo ni qué niño muerto? ¿Es escándalo usar de su derecho legítimo? ¡Pero esas mujeres..... Oh! cuando dan en un capricho..... Y..... ¿qué sé yo..... Juraría que aún ha de estar indeciso su corazón de coqueta

entre uno y otro individuo.
Remigio. (Tal creo.)
Miguel. Ya no hay que andarse por las ramas. Es preciso, forzoso, urgente, matar al aragones maldito.
Remigio. ¡ Hombre, mire usted.....
Miguel. Él sale.
Remigio. Me alegro mucho.
 (Dios mio!)

ESCENA II.

D. REMIGIO. D. MIGUEL. D. FRUTOS.

Frutos. Hola, señor capitán!
 Sea usted muy bien venido.
Miguel. Eh! cumplimientos á un lado, que estoy hecho un basilisco.
Frutos. Qué bobada..... y qué mal tono!
Miguel. ¿Cómo.....
Frutos. Yo estoy muy tranquilo, y aconsejo á usted que tome mi ejemplo.
Miguel. No; yo he venido.....
Frutos. Ya sé, con la misma tema de armar camorra conmigo; pero cuando uno no quiere....., no riñen dos. Esto es fijo.
Miguel. No? Yo sabré.....
Frutos. Usted no sabe lo que se pesca, amiguito. Mejor sería, en lugar de venirme á mí con libros de caballería andante, que pusiera usted su ahinco en atrapar me la novia.— No digó bien, don Remigio?
Miguel. ¿Así me habla usted!
Frutos. Así.
 Yo sé bien lo que me digo. Los momentos son contados. Dejémonos de litigios, don Miguel, y procuremos salir de este laberinto. Le ha visto á usted la Marquesa?
Remigio. No, ni sabe que ha venido. Se encerró en el tocador.....
Frutos. Perfectamente. Pues ¡ listo! Guárdese usted de sus ojos. No faltará un escondrijo..... Y mientras solo con ella le digo cuántas son cinco, cuide usted de que la chica no se muera de fastidio.
Miguel. Pero.....
Frutos. No hay pero que valga. Ella sabe mis designios..... Ande usted!
Miguel. [En voz baja á D. Remigio.]
 Ya capitula.

Me tiene miedo: está visto.

[Á D. Frutos.]

Supongo que aquí no hay maula.....
Frutos. Yo siempre he jugado limpio.
Miguel. [Volviendo la cabeza despues de dar algunos pasos.]
 Es que.....
Frutos. Ande usted!
 [Vase D. Miguel por la izquierda del foro.]
 ¡Aun se me hace de pencas el señorito!

ESCENA III.

D. FRUTOS. D. REMIGIO.

Remigio. Yo celebraré en el alma, caro amigo, que usted logre desbaratar esa boda; porque, si vale mi pobre dictámen, cuando no son homogéneos los consortes, es el matrimonio un símil de los órganos de Móstoles.
Frutos. No, no es esa la mujer que me conviene.
Remigio. Y sin dote!
Frutos. Eso no me importa un bledo, pero tengo otras razones.....
Remigio. Oh! sobradas. Y pensar que ella renuncie á la corte y á sus..... Para usted sería pintiparada, de molde una mujer..... como yo.
Frutos. Cómo usted? No es usted hombre?
Remigio. Quiero decir....., de mi genio, de mis circunstancias; dócil, servicial.....
Frutos. [Para sí.] Mientras él viva no faltará quien le abone.
 [Á D. Remigio.]
 Pues lo que es á servicial, ni usted, ni nadie en el orbe me gana á mí. Mire usted que tiene cuatro memoles.....
Remigio. (Huy!)
Frutos. Trabajar un galan....., eh? para que otro le sople la dama. Eh?
Remigio. Yo convengo en que es muy raro ese noble proceder, famoso asunto para mármoles y bronces.
Frutos. Mas no lo hago por virtud, ni por miedo á los bigotes del capitán pendenciero,

porque á mí nadie me tose; lo hago por ver si me zafó del apuro en que me ponen. Libre me yo de la novia y de esa suegra ó demontre, y más que cargue con ambas Perico el de los palotes. Mas si no cede la vieja á mis justas reflexiones, y se mantiene en sus trece...., pues! como yo en mis catorce, y al fin tengo que casarme, juro á Dios y á los apóstoles que he de romper la cabeza á ese interesante jóven.

Remigio. No permita Dios....—Supongo que para mí no habrá golpes. Yo soy amigo de usted.....

Frutos. Más que amigo; soy su cómplice.....

Frutos. Eh! con usted no va nada.— Pero los minutos corren que vuelan y la Marquesa no viene. Aunque usted perdone, don Remigio, ¿quiere usted llamarla.....

Remigio. Con mil amores.

Frutos. Y luégo.....

Remigio. Entendido. Luégo querrá usted que me incorpore con los otros y.....

Frutos. Cabal.

Remigio. Pero me excusa un galope mi señora la Marquesa.

[*Saludando á la Marquesa que llega.*]

Muy servidor.....

[*Á D. Frutos.*]

Á la órden.

ESCENA IV.

D. FRUTOS. LA MARQUESA.

Marq. Cómo es eso? ¡Aun está usted de zamarra!

Frutos. Eh! no me estorba.

Marq. ¡Y va á venir el notario, y los testigos.... Qué sorna!

Frutos. Me alegro de ver á usted. Tenemos que hablar á solas.....

Marq. Jesus! y están convidadas más de cuarenta personas.....

Frutos. No le hace.....

Marq. Qué dirán? Hecha un ascua de oro la novia, yo un brazo de mar, y el novio.....

Frutos. Yo no gasto ceremonias. Bien estoy así.

Marq. ¡En toilette

Frutos. de calesero!

Frutos. Qué importa?

Marq. Importa mucho. ¿Usted quiere que se burlen de nosotras?

Frutos. Si usted toma mi consejo podrá excusar esa mofa.

Marq. ¿Y qué consejo.... Sepamos.....

Frutos. Que se deshaga la boda.

Marq. Oh!.... Qué dice usted? ¿Salimos con esa embajada ahora?

[*Entrecabren por dentro la puerta de la izquierda.*]

Frutos. Aquí no hay más embajada que la razon, y me sobra por todas mis coyunturas.

Marq. Don Frutos, basta de broma.

Frutos. Hablo de véras. Usted, señora mia, no es tonta, y bien habrá conocido que el tal casamiento es droga. Yo soy demasiado tosco para dama tan preciosa; no se cambian las costumbres como se cambian las modas, y nunca harán buenas migas perro y gato en una alforja.

Marq. Eh! ¡Como de esos milagros hace el amor!

Frutos. Dale, bola!

No nos amamos nosotros: lo entiende usted?; no, señora. Yo lo sé de buena tinta; esto es, de su propia boca, y ella de la mia: estamos? Ni soy mudo, ni ella es sorda.

Marq. Ella cumplirá, no obstante, con los deberes de esposa.....

Frutos. No diré yo lo contrario..... si la permiten que escoja; porque ha de saber usted, si por desgracia lo ignora, que hay bigotes de por medio.

Marq. Bobada! Á usted se le antojan los dedos huéspedes.

Frutos. No.

Marq. Vaya!....

Frutos. Hay moros en la costa.

Marq. Cuando á mí nada me ha dicho la niña.....

Frutos. Teme la cólera de usted.

Marq. Por qué? Yo no fuerzo su voluntad.

Frutos. Se equivoca mi señora la Marquesa...., por no decir otra cosa.

Marq. Hablemos claro, don Frutos, y diga usted sin tramoya que retira su palabra. ¡Hombre sin pudor, sin honra, sin fe.....

Frutos. Señora Marquesa!

No quiera usted que nos oigan los sordos; tenga usted juicio,

y ahorremos una camorra.
A todos nos salva un nó.
Veamos á quién le toca
pronunciarlo. Si yo diera
calabazas á la moza,
sobre faltar al respeto
del que está bajo una losa,
fuera ustedes silbadas
diez leguas á la redonda;
ella no lo soltará
si la llevan á la horca;
conque.....

Marq. ¿Conque yo he de ser
quien cante la palinodia?

Frutos. Sí, señora, y yo consiento
que me ponga usted como hoja
de perejil, y me acuse
de haber roncado en la ópera.....,
sí tal!, y de haber comido
á cucharadas la sopa;
y más que salga también
á la colada la historia
del velador, y el abrazo,
y la zamarra, y las botas.....;
y más que sea preciso,
para que usted quede airosa,
compararme..... Á quién diré?
Al bruto de Babilonia.

Marq. No; ya es tarde. Yo no cedo.

Frutos. No?

Marq. Mil veces no.

Frutos. Señora!
¡Mire usted que eso es ponerme
en el pescuezo una sogá!
¡Mire usted que si me obliga
á que mi palabra rompa;
yo!; un aragones!, ah! juro
por mi padre que esté en gloria
que se ha de acordar usted
de don Frutos Calamocho.
Marq. Bravatas! baladronadas!
Frutos. Pues ya que usted me provoca,
guerra, venganza!

[Sacando una cartera y de ella unos
papeles.]

Aquí tengo
mi artillería. Arda Troya!

Marq. Cómo!....

Frutos. Usted recordará
si no es flaca de memoria
que, cuando el marqués difunto
residía en Zaragoza,
para sacarle de empeños
le abrió mi padre su bolsa.
Marq. Es verdad. Le prestó algunas
cantidades.....

Frutos. Y no flojas.

[Mostrando á la Marquesa un papel.]

Vea usted: veinte mil pesos!
(Dios mio!....)

Marq. Cuenta redonda.
Frutos.

Marq. Pagaré.....

Frutos. De eso se trata.

Marq. El documento está en forma.
(Este hombre me va á perder!)
Más adelante.....

Frutos. No, ahora.
Págueme usted al momento,
ó la casa se alborota
y ante el notario y testigos
digo que es usted tramposa.

Marq. Ah, don Frutos!

Frutos. Y la pongo
por justicia.

Marq. Qué congoja!

Frutos. Y le embargo cuanto tiene
en la sala y en la alcoba.....

Marq. Jesus, qué hombre!

ESCENA V.

LA MARQUESA. D. FRUTOS. JUANA.

Juana. [Anunciando.] Los testigos,
el cura de la parroquia,
el notario.....

Marq. Justo Dios!

Juana. El marqués de la Alcachofa.....

Marq. Voy..... Que esperen un momento...

ESCENA VI.

LA MARQUESA. D. FRUTOS.

Marq. Tenga usted misericordia.....

Frutos. La ha tenido usted de mí?
La venganza es muy sabrosa.

Marq. Baje usted la voz!

Frutos. No puedo,
que el furor me desentona.
Todos sabrán.....

[La Marquesa cierra la puerta del
foro.]

Cierra usted?

Pues levantará la solfa.
Ó pagarme, ó despedirme,
ó he de hacer...

Marq. Virgen de Atocha!...

Frutos. Una de pópulo bárbaro,
y aunque me gaste mil onzas
he de tener el consuelo
de que pida usted limosna.
Marq. Basta! No más! Yo recojo
la palabra de la novia,
y la mía.

Frutos. Eso!

Marq. Y diré

que el novio no me acomoda.
Frutos. Así
Marq. Y diré la verdad,
 porque es usted un idiota.
Frutos. Divinamente! Un abrazo
 le daría á usted ahora.
Marq. Mas ¿qué dirán los testigos..... —
 esto es lo que me sofoca—,
 y el notario, y tanta gente
 convidada.....
Frutos. Usted se ahoga
 en poca agua. Ellos venían
 á presenciar una boda.....
Marq. Y esa boda se ha frustrado!
Frutos. Pues ¿hay más que darles otra?
Marq. Cómo!..... ¿Con quién...
Frutos. [Acabando de abrir la puerta de la
 izquierda.]
 Verbigracia.
 [Salen Elisa, D. Miguel y D. Remigio
 y se arrodillan á los pies de la
 Marquesa.]
Miguel. Señora!....
Elisa. Mamá!....
Remigio. Señora!....

ESCENA ÚLTIMA.

LA MARQUESA. ELISA. D. FRUTOS. D. MIGUEL.
 D. REMIGIO.

Marq. ¿Qué veo! Aparta de aquí,
 hija traidora.
Elisa. Perdon!....
Marq. Qué horrible conspiracion!
Frutos. Todo se gobierna así.
Marq. Ah! Me han burlado!
Remigio. Por Dios!....
Miguel. Ah, señora! Yo protesto.....
Marq. Pero ¿qué viene á ser esto?
 [Viendo que tambien D. Remigio está
 arrodillado.]
 Te has de casar con los dos?
Remigio. Cada cual en este asedio
 hace el papel que le dan.
 Este es el primer galan,
 y yo..... un parte de por medio (*).
Marq. (Buscar un yerno es urgente
 en este lance de honor,
 y pues no hay otro mejor.....,

cubramos el expediente.)
Miguel. Rica no será conmigo,
 pero mi amor.....
Elisa. ¡Por piedad.....
Frutos. ¡Por la negra honrilla.....
Marq. Alzad!
 Yo os abrazo y os bendigo.
Frutos. Viva! Eso es ser madre! Ahora
 que estamos todos contentos,
 rompo yo mis documentos.
 [Hace pedazos los papeles que sacó.]
 Estamos en paz, señora.
Marq. Tanta generosidad!
 Me confunde usted, me abate.....
Frutos. No tal. Pago mi rescate
 y ¡viva la libertad!
Remigio. Oh! pecho noble y sin hiel!
Frutos. Basta. Demos al olvido.....
Miguel. Don Frutos!....
Elisa. (¡Qué necia he sido
 en no casarme con él!)
Frutos. Ahora..... andemos á porrazos,
 si usted quiere, capitan.
Miguel. No; ya no tengo ese afan.
Frutos. [En actitud de brindarle con un
 abrazo.]
 Pues.....
Miguel. Venga usted á mis brazos!
 [Se abrazan.]
Remigio. [Enternecido.]
 El llanto inunda mi cara,
 y siento una conmocion.....,
 una..... Bravo!.... Otra edicion
 del Abrazo de Vergara!
Marq. Vamos á la sala presto,
 que nos están esperando.....
Frutos. Vayan ustedes andando.....
Remigio. ¿Y usted.....
Frutos. No es aquel mi puesto.
 Yo voy á buscar un coche
 que me vuelva á mi lugar.
Marq. Ya se quiere usted marchar?
Frutos. Sí. No duermo aquí esta noche.
 Tambien yo entiendo, Marquesa,
 algo de filosofia,
 aunque tengo todavía
 el pelo de la dehesa.
Elisa. Pero ¡dejarnos así.....
Remigio. Sin disfrutar del convite.....
Frutos. Nada! Á Belchite, á Belchite!
 La corte no es para mí.

(*) Nombre que en lo antiguo se daba, y todavía se da alguna vez entre actores, á los que sólo se emplean en papeles muy subalternos: hoy se llaman más comunmente racionistas.





DON FRUTOS EN BELCHITE:

SEGUNDA PARTE DE

EL PELO DE LA DEHESA.

COMEDIA EN TRES ACTOS.

Estrenada en el teatro de la Cruz el día 27 de Enero de 1845 (*).

PERSONAS.

SIMONA.	TIO PABLO.
ELISA.	MAMERTO.
JUANA.	GORRION.
D. FRUTOS.	BLAS.

La escena es en Belchite, en casa de D. Frutos. Sala con muebles, no de mucho lujo, pero de mejor gusto que los que suelen usarse en los lugares. Tres puertas en el foro: la de en medio es la que da entrada á los que vienen de fuera de casa: una ventana en los bastidores de la derecha: mesa con recado de escribir.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

SIMONA. TIO PABLO.

[*Vestidos los dos con buena ropa, pero al estilo de los labradores del país, aparecen acabando de ordenar los muebles que adornan la habitación.*]

Simona. Aquí la otra silla..... Bien.

Pablo. Ensancha el cuajo, Simona.
Con este ajuar, en Belchite
no habrá hidalga que te tosa.

Y al tenor del homenaje
de la sala y de la alcoba
serán ¡no marra! los dijes
y las galas de la novia.

Poder de Dios y qué rumbo!
Sonada va á ser tu boda.

Simona. Padre, aún falta para hacerla.....

Pablo. Qué falta, chica?

Simona. No es cosa!

Lo primero y principal:
el novio.

Pablo. Él vendrá en presona
con la última carretada.

(*) Cree el autor que, por la circunstancia de ser la presente comedia continuación de la que antecede, aunque escrita y representada cinco años después, esta es su colocación más adecuada, sin embargo de que, consideradas con separación una y otra, la acción de ambas es independiente y completa.

Simona. Es ya demasiado posma para novio.

Pablo. Vaya, chica, no me seas cavilosa. Venga hoy, ó venga mañana, venga en carro, ó venga en posta, todo es venir.

Simona. Es verdá.

Pablo. Si es verdá!... Pues vaya otra. ¿Cómo puede un hombre solo estar á la mesma hora en la villa de Belchite y en la ciudad siempre heroica?

Simona. Pues ya; eso salta á los ojos; pero el caso.....

Pablo. Calla, tonta. Tú no sabes de la misa la media.

Simona. Es que ya me amosca su tardanza y su.....

Pablo. No le hace. Al fin se canta la gloria, y ello es cierto que por algo se detiene en Zaragoza.

Simona. Otra verdá como el puño.

Pablo. Un oráculo es mi boca.

Simona. Así le llaman á usted diez leguas á la redonda Pero-Grullo por mal nombre. Pero los que envidian mi retórica.

Pablo. Pues por más que diga usted..... Ya hace tres semanas...., bobas!

Pablo. Bah! con eso nos ahorra portes. Siga acarreando catres y sillas y cómodas; y coruña para sábanas, y tafetan para colchas, y toballas y manteles; que lo demas poco importa. ¿Qué sustancia sacas tú de sus cartas amorosas? Maldita. Papeles son papeles, dice la copla, cartas son cartas..... Y en fin, no te pidió para esposa?

Simona. Sí, señor.

Pablo. Pues! Y este ajuar tan pulido ¿no lo compra para que tú lo disfrutes?

Simona. Sí, pero muebles de moda...., al estilo de la corte..... Mucho la tiene en memoria!

Pablo. Bah! ¿Pues si dijo mil pestes de Madriz y sus tramoyas cuando vino.....

Simona. Sí, al principio se encontraba aquí en sus glorias, y muerto por mis pedazos todo era hacerme carocas, y me llamaba garrida, chupena, cara de rosa..... Mas luégo le entró la murria,

y puso la cara fosca, y de todo se cansaba; de jugar á la pelota, de cazar, de ser alcalde...., hasta que le dió la mosca por andar de ceca en meca: veinte dias en Daroca, otros veinte en Alcañiz, dos meses en Tarazona, despues á Calatayuz, luégo á la feria de Borja, y por último á las fiestas del Pilar.... ¿Qué amor ó alforja es ese? Ya ha más de un año que volvió de la liornia de Madriz, y en tanto tiempo apénas ha hecho la rosca quince dias en Belchite.

Pablo. Dígole á usted que es historia! Le habrá mandado el dotor que mude de aires, simplona, y viajar y mudar de aires todo es una mesma cosa.

Simona. Sí, señor, y en cada pueblo puede que tenga una moza.

Pablo. No creas..... Y en fin, más vale que corra la tuna ahora que despues.

Simona. Sí, ¡buen consuelo de tripas! ¡buen.....

Pablo. Dale, bola!

Hizo promesa solegne de darte el sí en la parroquia, y se casará y tres más; que es hombre de mucha forma, y ha de ser falsa la bula del Padre santo de Roma primero que la palabra de don Frutos Calamocho.

Simona. Tambien ofreció casarse con aquella señorona de Madriz, y la dejó por Cristus dómina nostra.

Pablo. Aquello fué diferente. Hubo allí mil trapisondas, y de acuerdo de ambos sexos se desbarató la boda. Anda, él vendrá si es de ley. Su casa es nuestra; á su costa seis meses hace que estamos llenando aquí la bartola; y como decia el otro, miéntras no falten las ollas de Egipto, no hay prisa.....

Simona. Usté

lo mira con mucha sorna; ¡pero yo, pobre de mí, con veinte años á la cola y sin casarme.....

Pablo. Muchacha!

Simona. Y si dijéramos.....

Pablo. ¡Oiga.....

Simona. Que no habia en el lugar

quien me hiciese cucamonas
 ántes que él.... ¡Pobre Mamerto,
 que por mí suspira y llora,
 y le dejé por don Frutos....

Pablo. Hiciste bien. Cuando sopla
 la fortuna, el que la pierde
 merece comer bellota.

Simona. Usté me lo aconsejó....

Pablo. Y tú no te hiciste sorda.

Simona. Quizá me salga á la cara
 haber sido avariciosa.
 La codicia rompe el saco.....

Pablo. Aquí no hay saco ni bolsa
 que valga.

Simona. [Con la mano en el pecho.]
 Tengo aquí, padre,
 un peso de treinta arrobas;
 que fué muy mala partida.....

Pablo. Eh! vamos.... No me corrompas.....

Simona. Pobre Mamerto! Aun le quiero
 unas mijas.

Pablo. Si me nombras
 otra vez á ese abejorro.....

Simona. Bien, callaré.....

Pablo. Es que si asoma
 por esa puerta, le juro
 que ha de dormir en chirona.
 ¿Soy regidor, tú no.

Simona. Ya le he dicho que no ponga
 aquí los piés.

Pablo. Es que siempre
 está haciéndote la ronda,
 y me enfada.....

Simona. Se consuela
 con hacer lo que la zorra
 con las uvas.

Pablo. Sí, están verdes.

Simona. Pero si usté no se enoja
 le diré que es tontería
 quitarle de cuajo toda
 su esperanza, por si el otro.....
 Que al fin no pide limosna
 Mamerto: tiene hacendilla,
 y con la chupamelona
 de la escribanía.....

Pablo. Basta!
 Ya he dicho que no me rompas
 la cabeza.....

ESCENA II.

SIMONA. TIO PABLO. GORRION.

Gorrion. Guarde Dios.....

Pablo. ¿Qué hay...

Gorrion. Una carta...

Pablo. [Tomándola.] ¿Ver?
 [Viendo el sobre.]

Holal

Es de don Frutos.

[La abre.]

Simona. Qué dice?

Pablo. [Leyendo.]
 «Hoy salgo de Zaragoza,
 y á poco que se retarde,
 llegaré á la misma hora
 que el correo.» No lo dije?

Simona. Ah! Volvámosle la honra.
 Ahora sí que va de véras!
 Brinco de gozo..... (Perdona
 por Dios, Mamerto.)

Gorrion. El alcalde
 le llama á nsté. Viene tropa
 mañana.....

Pablo. Voy al momento.
 Recibe tú cariñosa
 á Frutos, si tan y miéntras
 que estoy fuera se le antoja
 venir. Echa á andar, Gorrion.

[Á Simona.]

Lo oyes?

Simona. Sí.

Pablo. Y dale memorias.

ESCENA III.

SIMONA.

De tanto y tanto esperar
 ya me iba quedando pocha.
 Me caso con Calamocha!
 Soy la reina del lugar.—
 La concencia me da voces.....,
 mas bien dice padre: si una
 ve en su puerta á la fortuna
 ¿le ha de dar un par de coces?
 Si pudiera con mi mano
 juntar en cuatro minutos
 con el caudal de don Frutos
 la cara del escribano.....
 Á bien que nadie se ha muerto
 de pesar porque le den
 calabazas, y él tambien.....

ESCENA IV.

SIMONA. MAMERTO.

Mamert. Simona!

Simona. Es su voz.... Mamerto!
 ¿Por qué vienes, maldecido,
 á esta casa.... (fuerte apuro!)
 si sabes ya de seguro
 que has de ser mal recibido?.

Mamert. Porque tú eres el retablo

de toda mi devocion,
 porque te amo con pasion.....
 y porque lo quiere el diablo.
 Vengo, Simona, á tu casa
 como mariposa terca
 que una vez y otra se acerca
 á la luz donde se abrasa.

Simona. Vete, Mamerto.

Mamert. Mujer!....

Simona. Ya me cansan tus sandeces.
 ¿No te he dicho treinta veces
 que no te puedo querer?

Mamert. ¿No te he dicho yo otras tantas
 que no te puedo olvidar?

Simona. Qué amor tan particular!
 Con desprecios ¿qué adelantas?

Mamert. Ver la cara guapetona
 con que el corazon me punzas;
 que por mucho que la frunzas
 siempre es tu cara, Simona;
 tener envidia á la saya
 que está ciñendo tu talle,
 aunque me echés á la calle
 con un noramala vaya;
 mirarme en los ojos bellos
 con que mi delirio ves,
 y en fin, postrarme á tus piés.....
 aunque me pises con ellos.

[Lo hace.]

Simona. Jesus!.... Alza.....

Mamert. Bien estoy.

Simona. Alza; no seas pelmazo!

Mamert. No!

Simona. (Le daría un abrazo.....)
 Vamos, ¿alzas, ó me voy?

Mamert. [Levantándose.]
 Porque no te vayas, alzo.

Simona. Bien, pero pronto.....

Mamert. Oh delicia!....
 Á Santiago de Galicia
 iría por ti descalzo.

Simona. Oh! vete ya; no me enfades.

Mamert. Otro momento, alma mia.
 No me has dicho todavía
 bastantes iniquidades.

Simona. Te las diré si me pones
 en ese resbaladero,
 ya que eres tan majadero
 que te gustan los sofiones.

Mamert. Te confieso.....

Simona. Hum!.... No te vas?

Mamert. Aunque con ellos me humillas,
 que me saben á rosquillas
 por ser tú quien me los das.

Simona. No quiere padre hoy en día
 que hable contigo.

Mamert. Ay de mí!

Simona. Y si te sorprende aquí
 va á hacer una fechoría.

Mamert. Bien, yo á sufrirla me obligo
 por esos ojos morenos.

Simona. Sufrirla tú es lo de ménos,
 pero ¿y si la hace conmigo?

Mamert. Oh! si al pelo de tu ropa
 se atreve, ¡por san Melchor
 que aunque sea regidor
 me lo he de comer por sopa!

Simona. No creo.....

Mamert. Hay padres muy brutos!

Simona. Pero ¿á qué tanto moler?
 ¿Cómo he de ser tu mujer
 si me caso con don Frutos?

Mamert. [Afligido.]
 Qué al fin me dejas por él?

Simona. Otra! Si padre lo manda!....

Mamert. Y tú lo deseas!... ¡Anda,
 cruel y más que cruel!....

Simona. Si esperas que yo me arredre
 por tus lamentos, mal vas.
 Yo cruel!.... Tú lo eres más,
 que no me dejas que medre.

Mamert. Yo.....

Simona. Calamocha derrocha
 por mí un tesoro, un Perú.
 ¿Me darás acaso tú
 lo que me da Calamocha?

Mamert. Un día, y no muy lejano
 te colmaba de placer
 la golosina de ser
 costilla de un escribano.

Simona. Es que..... estónces.....

Mamert. Y quizá
 decías tú para ti:
 bien tendrá fe para mí
 el que á todos se la da:
 y por saciar tu ambicion,
 ingrato y dulce embeleso,
 yo hubiera armado un proceso
 al gallo de la pasion:
 y mis sentidos incautos
 soñaban—¡pcara suerte!—
 con el gozo de tenerte
 cosida siempre á los autos;
 mas hoy—¿quién me lo dijera!—
 ¡ya mi pluma no te basta
 y haces, ante mí, subasta
 de esa cara retrechera!

[Rompiendo á llorar.]

¡Y me das tal pesadumbre,
 y no cesan tus enojos
 viendo brotar de mis ojos
 lágrimas de media azumbre!

Simona. No llores; me da pesar.....

Mamert. No importa: más pasó Cristo.....
 ¡Alábate de que has visto
 á un escribano llorar!

Simona. Si te consuelas así,
 llora donde más te cuadre,
 pero no aquí, que mi padre.....
 Ya lo tenemos aquí!

[Mamerto sigue gimiendo y llorando.]

ESCENA V.

SIMONA. MAMERTO. TIO PABLO.

Pablo. ¿Qué veo! Mamerto!
Simona. Yo.....
Pablo. Pícara, no me repliques!
 ¿No ofreciste esta mañana
 no volver á recibirle?
Simona. Sí, señor, pero ¿qué hace una
 cuando..... Él.....
Pablo. Infame!
 [Á Mamerto.] Belitre!....
Simona. Entró aquí de sopeton,
 y por más que yo le dije:
 vete, no te hablo, no te oigo....,
 ni por esas! Es muy chinche.
Pablo. ¡Voto á..... ¡Colarse en mi casa
 sin decir dónus Cristi!—
 Mas sin alas no se vuela;
 sin duda tú se las diste.....
Simona. ¿Alas dice usted, y está
 llorando que se derrite?
Pablo. [Acercándose á Mamerto.]
 Y es verdá!.... Mala vergüenza!
Mamert. [Llorando.]
 Ah!
Pablo. Corazon de alfeñique,
 lloras! De Belchite, y lloras! (*)
Mamert. [Entre irritado y lloroso.]
 Sí, señor: yo soy sensible.
 ¿No he de tener corazon
 porque he nacido en Belchite?
 Lloro, sí, pero mi llanto
 no es cobardía; es berrinche.
 Lloro de amor y de celos,
 porque ésta—ahí está el *bustlis!*—
 se va al sol que más caliente,
 y me desprecia y me aflige
 porque otro novio la ofrece
 plata y oro á celemines.
 Lloro porque alguna bruja,
 de su hija de usted compinche,
 sin duda me ha dado hechizos,
 pues soy tan incorregible,
 que debiendo aborrecerla
 porque tiene alma de tigre,
 si ayer la amé como cuatro
 hoy la adoro como quince.
 Dígale usted que se ablande,
 dígale usted que me guíñe
 siquiera un ojo, y veremos
 quién llora luégo y quién rie.
 Dígame ella: tuya soy;
 te quiero como te quise,
 y si algun guapo lo estorba
 le deshago las narices.

Pablo. Y si fuese yo ese guapo,
 qué harías?
Mamert. *Ídem per idem.*
 Antes que volverme atras
 quiero que me descuarticen.
Pablo. Te me subes á las barbas!
Mamert. Miétras ella no me anime,
 no, señor; pero.....
Pablo. [Amenazándole.] Bribon!
 Á un hombre de mi calibre!....
Simona. Padre!....
Mamert. Al mismo *súrsum corda*...
Pablo. Á un regidor!....
Simona. Por la Virgen!....
Pablo. [Llamando.]
 Gorrion!—Irás á la cárcel.
Simona. Padre!—Mamerto!....
Pablo. No chistes!

ESCENA VI.

SIMONA. TIO PABLO. MAMERTO. GORRION.

Gorrion. Qué me manda su mercé?
Pablo. Mando, una vez que me sirves
 de criado y de alguacil,
 que me prendas á ese títere.
Gorrion. Á él! Á un escribano! ¿Sabe
 su mercé lo que se dice?
Pablo. Mejor. En un calabozo
 purgará todos sus chismes
 y trapisondas.
Mamert. Tio Pablo!....
 Cuidado con zaherirme,
 ó por vida.....
Pablo. Alzas el puño!
 ¡Te atreves.....
Mamert. Estoy en crisis.
 Por ella seré furioso
 leon ó cordero humilde.
 Habla, Simona: ¿me atrevo,
 ó no me atrevo? Decide.
 Si me amas, no me acobardan
 regidores ni alguaciles;
 si me aborreces.....
Simona. Sí, sí;
 te lo digo sin melindres;
 te aborrezco, y aunque frailes
 descalzos me lo prediquen
 nunca te querré.
Mamert. No? ¡Ay mísero,
 mísero de mí, infelice!—
 Vamos, no hago resistencia.
 ¡Que me prendan, que me lien,
 y si con eso no estás
 contenta, que me fusilen!

[Llorando.]

(*) Frase proverbial en mucha parte de Aragon.

Adios, Simona!... Si en son fúnebre, pausado y triste oyes tañer las campanas, no preguntes, no averigües por quién doblan. El difunto soy yo: Mamerto Rodriguez, que víctima de una ingrata muero en mis verdes abriles pidiendo á Dios que perdone mis flaquezas y tus crímenes.

ESCENA VII.

TIO PABLO. SIMONA.

Simona. ¡Si se morirá de véras, Virgen del Pilar!

Pablo. ¿Morirse por eso? Quiá! Y con su pan se lo coma si es tan simple; y al que se muere lo entierran; esto es claro, y cada quisque..... Pero ya tarda don Frutos.

Simona. ¡Si ahora me dejase alpiste.....

Pablo. ¡Vuelta á la tema.....

Simona. Más vale pájaro en mano que buitre.....

Voces. [Á lo léjos.]

Viva!

Pablo. Oyes?

Voces. Viva don Frutos!

Pablo. Ya está tu novio en Belchite.

[Asomándose á la ventana.]

Mírale; en silla de posta llega por allí, á lo príncipe.

Voces. Viva!

[Se oye el ruido de un carruaje.]

Simona. [Asomándose.]

Él es! ¡Qué guirigay de cascabeles y vítores! Ya se apéa.

[Gritando y agitando el pañuelo.]

Bien venido!

Pablo. Arriba!—Qué bella efrige!

Simona. [Quitándose de la ventana.]

Sí, viene guapo.

Pablo. Y qué orondo!

Bien pesará, sin la pringue, siete arrobas.... Mas ¿qué hacemos? Salgamos á recibirle.

ESCENA VIII.

SIMONA. TIO PABLO. D. FRUTOS.

[D. Frutos ha abandonado su traje de lugareño, y ya no es tan áspero en su acento ni tan rudo en sus modales.]

Pablo. Frutos! [Le abraza.]

Frutos. Tío Pablo!—Simona!

Simona. [Desviando á su padre y abrazando á D. Frutos.]

Quite usté, que no me huelgo si á sus hombros no me cuelgo.

Frutos. Mi gozo.....

Pablo. Aquí! Á la poltrona!

[Hace sentar á D. Frutos en una butaca. Simona se sienta á su derecha y el tío Pablo á su izquierda.]

Estoy loco de contento.

Frutos. Yo tambien.....

Simona. [Colgándose de un brazo.]

Gracias á Dios!

Te esperábamos los dos como al santo azvenimiento. Tanto tiempo en Zaragoza!

Frutos. Mis asuntos.....

Simona. [Dándole una palmada en el muslo.]

Ah gazapo!

[Á su padre.]

Verdá que viene muy guapo?

Frutos. Y tú estás muy buena moza.

Simona. De véras?

[Le toma una mano.]

Frutos. Eres mi encanto.

Simona. [Poniendo su segunda mano sobre la de D. Frutos.]

Me quieres, eh? Me querrás?

Frutos. Mucho. (Y te querría más si no me sobaras tanto.)

Pablo. La posta abre el apetito.

Querrás llenar la balija.....

Frutos. No, señor; ahora.....

Pablo. Anda, hija; tráele aquel medio cabrito.

Simona. [En ademan de levantarse.]

Voy.....

Frutos. No. Ya comí en la venta.

Pablo. Ó si no, cualquier cosilla; torreznos, una morcilla.....

Frutos. (Este suegro me revienta.) Nada quiero. Qué porfia!

Comer sin gana es de brutos,
tio Pablo.

Pablo. [*Riéndose.*] Ja, ja..... ¡Este Frutos
tiene una..... filosofía!....
Pero al menos da cuartel
hasta la hora de la cena
á un jarro de Cariñena
con bizcochos de Teruel.

Frutos. Vino ahora? No me atrevo.

Pablo. Un trago.....

Frutos. Ni por asomo.
Yo bebo siempre que cómo,
mas si no cómo no bebo.

Pablo. Yo sí, que el vino remeza;
mas si tú no hallas placer.....

[*Á Simona.*]

Nos le han echado á perder
en Madriz y en Zaragoza.

Simona. Él se domesticará
otra vez, y como antaño.....

Frutos. Domesticarme!....

Simona. Oyes, maño!

Frutos. No me traes nada de allá?
Sí tal. (Ya enseñó la punta
de la oreja.)

Simona. Dime pues.....
Cuéntame.....

Frutos. (Vil interes!....)

Pablo. Excusada es la pregunta.
Traerá el vestido de novia
tan majo y tan retumbante,
que no le habrá semejante
en Madriz.... Ca! ni en Segovia.

Simona. Ya me relamo..... Es azul?

Frutos. Y otro verde, otro canario.....
Te traigo todo un vestuario.
Pronto llegará el baúl.

Simona. Que viva el garbo!

Pablo. Ah buen hijo!
Otro abrazo!

[*Le abrazan padre é hija.*]

Simona. Otro!

Frutos. (Qué extremos!....)

Simona. Y cuándo nos casaremos?

Frutos. (Ah!....) Mañana.

Simona. Oh regocijo!

Frutos. (Unirme yo á esta gentualla!....
Oh Elisa!....)

[*Se oye música de pueblo que toca la
jota.*]

Simona. (Cesó la murria.
Mañana.....)

Pablo. Oís la mandurria?
[*Se levantan los tres.*]

Simona. Sí. Qué gusto! Una rondalla!

Pablo. [*Acercándose á la ventana.*]
Aquí vienen. ¡Qué lucida,
qué brava gente!

Simona. [*Asomándose.*] En efeuto.

Pablo. Sin duda es con el ojento
de darte la bienvenida.

Frutos. (Dios me ampare!)

Pablo. [*Desde la ventana.*] Arriba, chicos!

[*Á D. Frutos.*]

Nos vienen á festejar
y no les hemos de dar
con la puerta en los hocicos.

ESCENA IX.

SIMONA. D. FRUTOS. TIO PABLO. MOZOS
DEL PUEBLO.

[*Los mozos traen guitarras, panderetas, y c.*]

Un mozo. Yo y esta gente devota
venimos á que usted sea
bien venido y.....

Frutos. Gracias.

Pablo. ¡Ea,
ménos charrar, y á la jota!

[*Preludio de jota.*]

Que viva el son de mi tierra!

[*Á D. Frutos.*]

Al alma me llega el temple.

Frutos. [*En voz baja.*]

Hombre, no sea usted simple!
Si parece una cencerra!

[*Cantan.*]

«Á la Virgen del Pilar
se encomienda Zaragoza,
y Belchite se encomienda
á don Frutos Calamocho.»

Simona. El cuerpo me baila ya.

Pablo. Y á mí. O semos, ó no semos.....

Frutos. (Jota y siempre jota! ¿No hemos
de llegar nunca á la k?)

[*Cantan.*]

«Que sea tan bien venido
como deseado fué,
y como el agua en Abril
y el vino en cualquiera mes.»

[*Sigue la música.*]

Simona. Bien tañido y bien cantado!
Esto es la gracia de Dios.

[*Á D. Frutos.*]

Vamos á bailar los dos.....

Frutos. Yol.... Perdona: estoy cansado.

Pablo. Sí, tienes razon. Acabas
de llegar.... Anda, hija mia.

Aquí hay un majol! Tuavía
puedo menear las tabas.

[*Bailan Simona y el tio Pablo.*]

Simona. Lo hago bien?

Frutos. Sí; yo me alegro....
(¿Dónde me voy á meter!
Jesucristo, qué mujer!
Virgen del Pilar, qué suegro!)

[*Cantan.*]

« Si el novio se llama Frutos
y la novia es una flor,
claro está que ántes del año
tendrán un hijo varon.»

Frutos. (Ya me enfada ese run, run.....)

[*Á los músicos.*]

Perdonadme que os ataje.
Molido llegué del viaje
y no he descansado aún.

[*Cesan el baile y la música.*]

Un mozo. Dice bien. Vámonos pues,
chicos.

Frutos. No penseis que os hago
un desaire.....

[*Dando dinero á uno de ellos.*]

Echad un trago
á la salud de los tres.

El mozo. No iremos á casa enjutos.
Sígame la comitiva
diciendo conmigo: ¡Viva
don Frutos!

Todos. Viva don Frutos!

ESCENA X.

SIMONA. D. FRUTOS. TIO PABLO.

Pablo. (Qué contento va el gandul!....)
Te irás á la cama; sí?

Frutos. No. Por echarlos de aquí
dije.....

[*Gorrion y un mozo entran cargados
con un baúl.*]

Simona. Ya está aquí el baúl!

ESCENA XI.

SIMONA. D. FRUTOS. TIO PABLO. GORRION.

Gorrion. Pesa un quintal.—Baja..... Suelta.

[*Dejan el baúl en el suelo.*]

Frutos. [*Dando una moneda al mozo.*]

Toma, vete, y buen provecho.

[*Se retira el mozo.*]

Simona. Vendrá de ropa hasta el techo.

Pablo. Así no estará regüelta.

Simona. Bien haya mi novio, amén!
Daca la llave, galan.
¡Tengo ya un ansia, un afan
de ver todo ese almacén!....

Frutos. [*Metiendo la mano en el bolsillo.*]

Aquí ha de estar.....

Simona. Oh! no me harto
de dar gracias al Señor.....

Frutos. [*Dando á Simona una llave.*]

Tómala.—Pero es mejor
llevar el cofre á tu cuarto.....

Simona. Lo mesmo tiene.

Frutos. Y allí,
ya que para eso han venido,
te pones ahora un vestido
de los que traigo.....

Simona. Sí, sí.
Más linda que una panocha
estará.....

Frutos. Ese es muy vulgar
para quien se va á casar
con don Frutos Calamocho;
que aunque yo en eso no fundo
mi gloria ni mi placer,
algo se ha de conceder
á las prácticas del mundo,
y miétras yo no te quite
ese traje burdo y recio,
te mirarán con desprecio
las hidalgas de Belchite.

Simona. No hay miedo. Suda la plata,
que yo tendré señorío,
y con mi aquel y mi brio
echaré á todas la pata.

Frutos. (Hum... la pata!)

Pablo. Aunque labriegos,
sabemos de feligrana,
y aunque vestimos de lana.....,
estás? no semos borregos.

Simona. Voy..... Padre, abra usted la puerta.

[*El tio Pablo abre la de la izquierda.*]

Voy á ponerme otro arnes.....

Frutos. Bien.

Simona. Y daremos despues
un paseo por la huerta.

Frutos. Bien.

Simona. [*Á Gorrion, alzando el baúl por una
asa.*]

Alza! Estás en Babel?

[*Gorrion levanta el baúl por el otro
lado.*]

Frutos. Vendrá un mozo..... (Es montaraz!)
Deja.....

Simona. Quita!.... Soy capaz
de cargar sola con él.

[*Simona y Gorrion entran con el cofre
en la habitacion de la izquierda.*]

ESCENA XII.

P. FRUTOS. TIO PABLO.

Pablo. Mi hija es mujer de provecho.
Qué fuerza y qué desparpajo!

Frutos. Sí, la muchacha es briosa
y robusta. Sin embargo,
no es su fuerza lo que más
me enamora; porque, al cabo,
yo no me caso con ella
para que tire de un carro.

[*Gorrion sale del cuarto de la izquierda
y se retira.*]

Pablo. Hombre, eso... Tanto como eso...

Frutos. ¿Y qué hay de nuevo, tío Pablo,
por el lugar?

Pablo. Poca cosa.
Mañana llegan soldados;
la acituna pinta bien;
el vino, bueno y barato;
el trigo, tal cual; cebada....,
bien tendremos para el año;
ha espichado el tío Calzorras
y está preso el escribano.

Frutos. Quién? Mamerto?

Pablo. Sí.

Frutos. Y por qué?
Qué ha hecho ese pobre muchacho?
Pablo. Ahí es nada! Enamorarse
de Simona como un ganso.

Frutos. ¿Qué dice usted!

Pablo. Y en mi casa
colarse de contrabando
para decir chicoleos
á la niña.

Frutos. Vamos claros:
Simona le corresponde?

Pablo. Querer ella á ese espantajo?
Bobada! Y si tal hiciera
la costaria muy caro.

Frutos. Entonces más que su padre
sería usted su tirano.
Yo prometí ser esposo
de Simona, y nunca faltó
á lo que una vez prometo
aunque me lleven los diablos;
mas si llego á sospechar
que cuando me da su mano
ménos que á su corazon
obedece á los mandatos

de su padre, juro á Cristo
que habrá en Belchite un escándalo.

Pablo. Nada de eso: la muchacha
se muere por tus pedazos,
y eso le sale de adrento,
y en la verdá no hay engaño,
y ojos tienes tú y orejas
para verlo y escucharlo,
y si toda su alma es tuya,
qué le queda al otro zángano?
No pueden servir á un tiempo,
como dice aquel adagio,
ni un candil á dos cocinas
ni una criada á dos amos.
Y prueba de que Simona
no puede ver á ese trasto,
es que yo le sorprendí
con ambos ojos llorando,
y el que llora no se alegra.....

Frutos. (Este hombre es de cal y canto.)

Pablo. Y cuando ella.....

Frutos. Basta, basta.—

Pero si está desahuciado,
á qué ese odio contra él?
Cuándo fué delito el llanto?

Pablo. Querer lo que quieres tú
y decirlo con descaro,
es delito que merece
descomunion y cadalso.

En fin, bien está en la cárcel
por si forte y por si acaso,
y á Segura llevas preso,
y buscar tres piés al gato
es tontuna, y el que quita
la ocasion quita el pecado.

Frutos. Pero ¿qué dirá Belchite
viendo un proceder tan bárbaro
y tan injusto? Que á falta
de corazon y de manos,
con una alcaldada atroz
de mi rival me deshago.
No cabe tal bastardía
en un corazon hidalgo.

Pablo. ¡Voto á crias.... Yo pensé
que te hacía un agasajo....

Frutos. No; una injuria imperdonable.—
Vaya usted más que de paso
á poner en libertad
á ese pobre mentecato.

Pablo. Pero.....

Frutos. No hay pero que valga.

Pablo. Me amagó con un sopapo....

Frutos. Hizo muy mal.....

Pablo. Ya ves tú....

Frutos. (En no pasar del amago.)

Pablo. A una autoridaz!

Frutos. Mamerto

debió....

Pablo. Obedecer callando....

Frutos. (En vez de amagar con uno
haber sacudido cuatro.)
Mas sea culpado ó no,
ya lo he dicho, es necesario

ponerle en la calle.
Pablo. Pero.....
Frutos. Otro pero y no me caso.
Pablo. (Demonio! capaz será....)
 No lo digo yo por tanto.....
 Este es un decir.....
Frutos. Qué fíema!
Pablo. Voy corriendo como un galgo.

ESCENA XIII.

D. FRUTOS.

Aun es peor este suegro
 que la suegra de Madrid;
 que si aquella me enfadaba
 con su orgullo señorial
 y sus nervios, al fin algo
 podía aprender allí;
 pero con este mastuerzo,
 como no aprenda á mugir.....
 Qué fatalidad la mía!
 ¿De qué me sirve, ay de mí!
 librarme de una raposa
 si doy con un jabalí?
 Simona es linda mozuela,
 pero ¡cuánto más gentil
 Elisa!.... Tan descontento
 de la Corte me volví
 y tan de firme me entró
 la querencia á mi país,
 que me cautivó el sentido
 la primer hembra que vi,
 sin calcular que bien puede
 tener hermoso perfil
 una moza y no valer
 catorce maravedís.
 Despues, ó sea que acaso
 cuando al Manzanares fui
 algo tomé, sin saberlo,
 del cortesano barniz,
 ó sea que comparé
 la de allá con la de aquí,
 eché de ver que mi novia
 era una mula cerril;—
 pero ¡tarde! Mi palabra
 más firme que la del Cid
 estaba empeñada. Entónces
 me entró una murria, un esplin
 que desterrar no he podido
 caminando desde Abril
 de Teruel á Zaragoza,
 de Tarazona á Alcañiz;
 y por más que me esforzaba,
 atormentando el magin
 para encontrar en Simona
 mil perfecciones y mil,
 mi corazon, dulce Elisa,
 no se apartaba de ti.
 Hasta en tus propios defectos,
 adorado serafín,

nuevos primores hallaba
 mi imaginacion sutil.
 Es gutivamba, decia,
 es dengosa.... pero, al fin,
 ella no tiene la culpa
 de haberse criado así.—
 Á lo ménos fué conmigo
 franca, sincera, y el vil
 interes no la cegaba
 como á esta gentuza ruin.—
 Mas ¿por qué olvido, insensato,
 que para ella no nací?
 Paciencia, Frutos, paciencia;
 dobla al yugo la cerviz;
 esconde dentro del alma
 tu amoroso frenesí.....
 y ya que tú no lo seas,
 el cielo la haga feliz!

ESCENA XIV.

D. FRUTOS. SIMONA.

[*Simona aparece vestida á lo señora, pero con
 rústico desaliño y mal casados los colores.*]

Simona. Frutos!

Frutos. [Volviendo la cabeza.]

¿Quién... Ah!

Simona. Estoy muy cuca
 con estos trenes; verdá?

Frutos. Sí. (Horror!)

Simona. Cualquiera dirá
 que parezco una archiduca.

Frutos. Sí, pero con poca maña
 está prendido ese chal
 y el vestido dice mal
 con el moño de castaña.—
 Y ese chal no es de ese traje.....

Simona. Si todo es mio, qué importa?

Frutos. Y siendo la manga corta
 sobran los puños de encaje.

Simona. Otra!....

Frutos. Y te has puesto en el cuello
 esos lazos de moaré.....

Simona. Dale!....

Frutos. Que yo te compré
 para adornarte el cabello.
 Y esos guantes.....

Simona. Me amohinas.

Frutos. Para algo los hizo Dios.
 Así colgando los dos
 me parecen disciplinas.

Simona. No saques burla de mí.
 Soy yo un niño de la escuela?

Frutos. Con tu saya de franela
 estabas mejor que así.

Simona. Ni así ni asado me quieres.
 Si luégo me has de gruñir,
 ¿por qué me mandas vestir

de veinticinco alfileres?
Frutos. Sí; ántes.....
Simona. No soy tan palurda.....
Frutos. Debí tomarte doncella.....
Simona. Yo me pasaré sin ella,
 que no soy manca ni zurda.
 Y de nadie aguanto feos,
 y teniendo este palmito
 mal año si necesito
 de todos estos arreos.
 Me voy ántes y con ántes
 á librarme de este potro;
 que, como decia el otro,
 mal caza el gato con guantes.
Frutos. Oye.....
Simona. No me da la gana.
 Á mí tan cruel sonrojo!....
 ¿Qué apostamos á que arrojó
 el baúl por la ventana?
Frutos. Simona!....
Simona. Ah!.... Si mis parientes
 supieran..... (Ya está más blando.)
Frutos. Mi intencion...
Simona. (De cuándo en cuándo
 es bueno enseñar los dientes.)
Frutos. Yo.....
Simona. ¡Cómo se engarabita
 porque me da cuatro pingos!
Frutos. [Siguíendola.]
 Oye y basta de respingos.
Simona. No quiero, no quiero; quita.

[Vuelve á entrar en su cuarto.]

ESCENA XV.

D. FRUTOS.

[El teatro se va oscureciendo gradualmente.]

Pobre Simona! Se enfada
 con razon; yo lo conozco:
 Si el equipo de señora
 se le despega del hombro;
 si en ese molde grosero
 hacen tan mal matrimonio
 el vestido con el chal
 y los guantes con el moño,
 la culpa me tengo yo
 que pido peras al olmo.
 Vamos claros, Calamocha:
 ¿eras tú ménos zambombo
 cuando te hacian entrar
 en los trotes del gran tono?
 Y eso que aquel don Remigio,
 correvedile y *factótum*
 de la señora Marquesa,
 te sirvió de pedagogo.—
 Eh, paciencia!.... Ya la iremos
 desasnando poco á poco.....

No es ningun arco de iglesia
 prenderse así ó de otro modo.
 Ya aprenderá esos ribetes....,
 quizá demasiado pronto;
 que son en eso más duchas
 las mujeres que nosotros
 y para engañar al mundo
 estudian con el demonio.

ESCENA XVI.

D. FRUTOS. TIO PABLO.

Pablo. Ya está en libertá Mamerto.
Frutos. Lo celebro. Pobre mozo!
 Dejémosle en santa paz
 revolver sus protocolos.
Pablo. Se ha vestido ya Simona?
 Estará hecha una ascua de oro.
Frutos. Sí.
Pablo. Pero ¿dónde se mete?
 Quiero ver los requilorios
 señoriles que se ha puesto
 y echarla cuatro piropos.
Frutos. Ya no quiere pasear.
 Ha ido á desnudarse.....
Pablo. ¿Cómo!....
Frutos. Está reñida conmigo.
Pablo. De véras? Algun antojo
 de los suyos.....
Frutos. No, señor.
Pablo. ¡Juro á Santiago el apóstol
 que se ha de acordar de mí!
Frutos. No hay razon.....
Pablo. No la perdono!
 Yo la enseñaré á tratarte
 con respeto y con buen modo.
Frutos. Ella no tiene la culpa.
 Si usted me oyera.....
Pablo. No te oigo.
 Quién la ha de tener sino ella?
 ¿Puedes tú ni por asomo
 equivocarte?
Frutos. Tio Pablol....
Pablo. ¡Reñir.... ¡Por vida de Poncio.....
Frutos. Bien; ya basta.....
Pablo. Esa chicuela
 tiene muy poco meollo.
 (Se riñe con el marido,
 pero nunca con el novio.)
 Aquí la voy á traer
 de una oreja.....
Frutos. Yo me opongo.....
Pablo. Y te pedirá perdon,
 ó nos han de oír los sordos.
Frutos. ¿Quiere usted con mil y más
 no meterse en mis negocios?
Pablo. Pero, hombre, si.....
Frutos. Ella no quiere
 pasear, ni yo tampoco.

Ya es tarde...
Pablo. Sí, y corre un cierzo...
 Haces muy bien: me conformo con tu ditámen.
Frutos. Tío Pablo!...
Pablo. Tu salú es ántes que todo.
Frutos. Oh!... Me apestan las lisonjas.
Pablo. Lisonjas? Ni por el forro.
 Mi afeuto.....
Frutos. Si usted no calla voy á hacer un despropósito.
Pablo. Bien; tu voluntá y la mia son una mesma; y si estorbo.....
Frutos. No, señor, pero.....
Pablo. Comprendo. Quisieras quedarte solo.
Frutos. Sí.
Pablo. Bien. Contra ménos bultos más claridá. Tomo el jopo.....
Frutos. Abur!
Pablo. (Manos besa al hombre que quisiera.....) Adios, cachorro.

ESCENA XVII.

D. FRUTOS.

Vamos, yo estaba sin duda ó lelo, ó borracho, ó loco cuando empeñé mi palabra para tan necio casorio. Quizá algun dia Simona si con paciencia lo tomo, se llegue á civilizar, ¡pero eche usted en adobo á un suegro que ya ha cumplido cincuenta años de bolonio! No desbasta ya ese leño ni el cepillo ni el escoplo.— Yo voy á pasar aquí las penas del purgatorio.— Oh Elisa, Elisa!... Otra vez quiero apacentar mis ojos, pues no tengo otro consuelo, en tu peregrino rostro.

[*Se sienta junto á la mesa, saca un retrato y lo contempla.*]

Conservo, y conservaré miéntras no me echen al hoyo, tu retrato. ¡Qué divina criatura! ¡Qué tesoro de gracias y perfecciones!... Cada vez que reflexiono que pude llamarte mia, y otro mortal más dichoso.....

[*Oyese el ruido de un coche de colleras.*]

Pero ¡qué ruido..... Un carruaje!....

Voces. [*Dentro.*]

Socorro!

Frutos. Cielos!

[*Levántase precipitado y corre á la ventana, dejándose el retrato sobre la mesa.*]

Voces. [*Dentro.*]

Socorro!

Frutos. Las mulas van desbocadas.....
 Volemos.....

[*Á gritos y desapareciendo por la puerta central.*]

Gorrion! Ambrosio!

ESCENA XVIII.

SIMONA.

[*Sale vestida otra vez como en las primeras escenas.*]

Sonó un coche de arquiler, y mi novio, á lo que creo, gritaba.....

[*Fijando la vista en la mesa.*]

¡Cielos, ¡qué veo!

[*Toma el retrato.*]

Un retrato de mujer!— No hay duda. Infamia!... Él lo trujo.

[*Examinándolo.*]

No distingo..... Hay poca luz..... Mas juro á Dios y á una cruz que no es mio este dibujo.— Me acercaré á la ventana.....

[*Lo hace.*]

Ni por esas! Ya es de noche. ¡Por vida...—Ha parado el coche.—

[*Volviendo á mirar el retrato.*]

Oh!... Quién será esta fulana? No lo sé, pero aquí hay duende; esto es alguna amistad que ha dejado..... Claro está. Ese pícaro me vende! Ahora caigo de mi burro. Allá ha buscado desquite..... Por eso vuelve á Belchite

tan serrote y tan cazorro.
 Dos queridas á la par!....
 Encenderé una candela.....
 ¡Por el siglo de mi abuela
 que me las ha de pagar!

[Al entrar Simona en su cuarto, aparecen D. Frutos y Gorrion conduciendo á Elisa desmayada.]

ESCENA XIX.

ELISA. D. FRUTOS. GORRION.

Frutos. Con tiento..... Aquí en el sillón.....

[La dejan sobre la butaca,]

Apénas se ve.....

Elisa. Ay de mí!

Frutos. Ya vuelve.....

[Alzando la voz.]

Una luz aquí!—
 Corre á buscarla, Gorrion.

[Vase Gorrion por la puerta central.
 Al mismo tiempo entra Juana.]

ESCENA XX.

ELISA. D. FRUTOS. JUANA.

Juana. Aquí entró..... Sigo su huella.....
 Señorita!

Elisa. ¿Dónde estoy!

Frutos. Sosiéguese usted. Yo soy.....

[Aparece Simona con una luz en una mano y el retrato en la otra.]

ESCENA XXI.

ELISA. D. FRUTOS. JUANA. SIMONA.

Juana. [Reconociendo á D. Frutos.]

Él!

Frutos. [Reconociendo á Elisa.]

Es ella!

Elisa. [Reconociendo á D. Frutos.]

Es él!

Simona. [Comparando rápidamente la cara de Elisa con la del retrato.]

Es ella!

[Suelta la luz, que se apaga, y cae sin sentido sobre una silla.]

ACTO SEGUNDO.

Luces sobre la mesa.

ESCENA I.

ELISA. JUANA.

[Juana llega por la puerta del centro.]

Elisa. No le has visto?

Juana. No, señora.
 Como ha llegado esta tarde,
 está abajo de visita
 con el cura y el alcalde
 y otros caciques del pueblo.
 Será preciso esperarle.....

Elisa. Si tarda mucho.....

Juana. No tal.

Las gentes de los lugares
 siempre se acuestan temprano.
 Se marcharán al instante.—
 Qué casualidad! ¡Ser él

quien de peligro tan grave
 nos salva.....

Elisa. Sí.

Juana. No hay remedio!,
 si él no detiene el carruaje
 perecemos.

Elisa. Yo perdí

el sentido y no vi á nadie.....

Juana. Tampoco yo pude entonces
 reconocerle. La calle
 angosta y de noche ya.....
 Pero ello es que ha sido el ángel
 de nuestra guarda, y que estamos
 en su casa, y muy galante
 nos la ha ofrecido y con ella
 cuanto tiene y cuanto vale.—
 Apénas en ese cuarto

[Señala la puerta de la derecha.]

nos dejó, pasado el trance del desmayo, y dió sus órdenes para que nada nos falte, se separó respetuoso de nosotras, y no es fácil en tan contados momentos exactamente juzgarle; pero ¿no ha observado usted más cultura en sus modales, aunque no haya desechado todavía todo su aire provincial?

Elisa.
Juana.

Cierto. Y, sin duda,

aunque le hemos visto en traje de camino, ya no gusta de andar tan *horro* como ántes. El corte de aquel gaban honraria al mejor sastre, y note usted que estos muebles son demasiado elegantes para Belchite.

Elisa.
Juana.

En efecto.

Resulta pues de mi exámen que ya es don Frutos otro hombre.

Elisa.

Tal creo, mas no lo extrañes.

Aunque poco cultivado, dió en Madrid claras señales de su natural talento y de su noble carácter; más de un año ha transcurrido desde entónces, y no en balde pasa el tiempo.....

Juana.

¿Y no vió usted la alegría inexplicable que al reconocer á Elisa se retrató en su semblante?

Elisa.

Alegría? No. Sorpresa.....

Juana.

Posible es que yo me engañe, pero en aquel corazon la antigua llama renace.....

Elisa.

No digas tal. ¿No recuerdas sus esfuerzos, sus afanes porque no tuviese efecto nuestro proyectado enlace? Con todo.....

Juana.

Elisa.

Su antipatía..... No era á usted, sino á su madre. Y nada prueba un momento de arrebato, de que nadie está libre. Usted tambien, dudosa entre dos amantes, á don Miguel dió la mano y se arrepintió ¡ya tarde! de su locura.

Elisa.

Es verdad!

Mas ¿pude yo figurarme que como el surco en el agua y como el humo en el aire veria desvanecerse mis ilusiones falaces? ¿Quién me hubiera dicho, Juana, que aquel amor entrañable

á mis piés encarecido y jurado en los altares era capricho fugaz, ó tal vez cálculo infame? Aquel hombre á quien acaso, más ilusa que culpable, sacrificué mi ventura, haciendo cruel alarde de su ingratitud pagó mis caricias con desaires, mis finezas con agravios, mis lágrimas con ultrajes. Disipado, jugador, duelista..... ¡cuántos pesares, cuántos días de amargura me ha dado!

Juana.

Es un botarate, un pícaro..... ¡Y luégo extrañan que una mujer sea frágil! — Mientras vivió la Marquesa fué don Miguel tolerable; pero así que cerró el ojo se hizo más malo que el Draque.

Elisa.

Pobre mamá!.... Mi desgracia la mató; no sus achaques.

Juana.

Sí, señora. (Y el dolor de no haber echado el guante á los bienes de don Frutos.)

Elisa.

De la herencia de mi padre ¿qué me queda ya, infeliz! Cuatro tierras miserables y una casa en este pueblo.....

Juana.

¡Y se empeña aquel alarbe en venderlas y en que usted venga á activar el remate!

Elisa.

Qué he de hacer? Está abrumado de deudas.....

Juana.

Que se las pague el diablo. En lugar de usted yo entablaria al instante la demanda de divorcio.....

Elisa.

No. Prefiero resignarme con mi desdichada suerte. No quiero con semejante litigio exponer mi honra á las habilllas mordaces del vulgo.

Juana.

Pero es extraño que don Miguel, cuando sabe que reside aquí don Frutos, haya dispuesto no obstante que usted sola.....

Elisa.

¡Mi marido ya no se digna de honrarme con tener celos de mí!

Juana.

Merecia el badulaque.....

Elisa.

Además, me aseguraron ántes de emprender el viaje que se hallaba en Zaragoza don Frutos.

Juana.

En mi dictámen es buen presagio el haberle encontrado, y casi, casi.

nos debemos alegrar,
señorita, del percance
que nos ha proporcionado
tan generoso hospedaje.
Elisa. Mi decoro me prohíbe
aceptarlo.
Juana. Disparate!....
Elisa. Vámonos, Juana.
Juana. ¡Sin verle,
sin.....
Elisa. Es forzoso.
Juana. Qué diantre!
No hemos venido á sabiendas.
La Providencia nos trae
tal vez....
Elisa. Estoy decidida.
Excusado es que te canses....
Juana. Irnos á un meson ahora!....
Elisa. No; á mi casa. Desde el martes
me espera el arrendador....
Juana. Pero sin saber las calles....,
de noche, como dos brujas....
Elisa. Dándole las señas, álguien
nos conducirá....
[Aparece D. Frutos en el foro.]
(Don Frutos!)

Juana. [En voz baja.]
Ya está aquí: ya no hay escape.

ESCENA II.

ELISA. JUANA. D. FRUTOS.

Frutos. Señora, si usted permite....
Elisa. Oh! éntre usted. No necesita
mi permiso....
Frutos. [Acercándose.] (Qué bonita!)
Usted, señora, en Belchite!
Elisa. La sorpresa es natural.
Frutos. Algo más que eso, señora,
mi corazón siente ahora.
Elisa. Pues ¿qué....
Frutos. Un gozo.... celestial.
Elisa. No hay motivo para tanto.
Frutos. No lo hay? ¿Cuenta usted por nada
honrar mi humilde morada
una..... la..... usted..... Cielo santo!
Del gozo que en mí rebosa
¿leve motivo será
haber salvado quizá
una vida tan preciosa?
Y en fin, aunque no me asombre
mi inesperada ventura,
¿no es bastante esa hermosura
para enloquecer á un hombre?
Elisa. Tales lisonjas consiente

la cortés galantería.
Frutos. Elisa!....
Juana. [Á Elisa en voz baja.]
La cortesía
nunca fué tan elocuente.
Frutos. Aquí se tiene por mengua
poner en contradicción
lo que siente el corazón
y lo que dice la lengua.
Elisa. Para evitar esa lucha
mejor es sellar el labio
cuando puede hacer agravio
la verdad á quien la escucha.
Frutos. ¿Qué agravio cabe, señora,
en mi fe sumisa y pura?
¿Ofende á Dios por ventura
el cristiano que le adora?
Elisa. Don Frutos!....
Frutos. Bien, sí: ya callo.
Elisa. Mi marido....
Frutos. (Su marido!
Ah! si yo lo hubiera sido
me cantaría otro gallo.)
Elisa. No me oye usted?
Frutos. Sí.
Elisa. Mi esposo....
Frutos. Otra vez? Ya sé que usted
se ha casado; ya lo sé.
Otro ha sido más dichoso....
Elisa. Pero si....
Frutos. Es cosa cruel,
viendo mi mortal quebranto,
que usted se complazca tanto
dándome en rostro con él.
Elisa. En fin, el que manda en mí
me envía para que venda
la casa y la poca hacienda
que poseemos aquí.
Frutos. Vender la hacienda! Y por qué?
Segun eso algun apuro....
Elisa. No, señor....
Frutos. Sí, estoy seguro....
Mas no lo consentiré.
Teniendo yo ¡Dios eterno!
por castigo los doblones,
¡malvender esos terrones
y el noble solar paterno!
Elisa. Ah! ¿por qué sacarme así
los colores á la cara?
Si tal oferta aceptara,
qué se diría de mí?
Frutos. ¿Por eso también Elisa
me ha de armar una querrela?
Elisa. No debo....
Frutos. [Apretando la mano á Juana.]
Ay, Juana!.... Por ella
vendería la camisa.
Juana. Bien lo sé. Virgen de Atocha!....
Otro se llevó la palma
que usted.... No es aquella el alma
de don Frutos Calamocha.

Frutos. ¿Qué!....
Elisa. Juana!....
Juana. No puedo más.
 Don Miguel es el reverso
 de la medalla; un perverso,
 un bergante, un Barrabas.
Elisa. Oh!....
Juana. [Interrumpiendo á Elisa.]
 Aunque usted se ponga sería
 no callo. El tal don Miguel.....
Elisa. Juana!
Juana. Qué ha sacado de él?
 Oprobio, llanto, miseria!
Frutos. ¿Y ese hombre es tan fementido
 tan traidor, tan sarraceno.....
Elisa. Sea malo ó sea bueno,
 don Miguel es mi marido.
Frutos. Bien está; mas si son ciertas
 esas noticias que Juana
 me acaba de dar, mañana
 se va usted á quedar por puertas.
 Es mi esposo.....
Elisa. Otra! Ya sé.....
Frutos. Debo hacer lo que me ordena.
Elisa. En lo justo, norabuena;
Frutos. pero en lo injusto ¿por qué?
 ¡Doblarse como una caña
 á su antojo!.... Voto á san!....
 Ese hombre ¿es algun sultan?
 No hay ya leyes en España?
Elisa. Me repito á las de Dios.
Frutos. ¿Es de él acaso la hacienda.....
Elisa. Demos fin á una contienda
 penosa para los dos.
Frutos. ¿Tan vilmente corresponde.....
Elisa. Aunque agradecida estoy
 á tantos favores, voy,
 si usted me permite.....
Frutos. Adónde?
Elisa. Á mi casa.
Frutos. Otra manía!—
 No quiero que usted la habite.
Elisa. Cómo? ¡Yo.....
Frutos. Dirá Belchite
 que la echo á usted de la mia.
 Y qué dirá si me quedo?
Elisa. Dirá que bajo el techado
Frutos. de un hombre leal y honrado
 puede usted dormir sin miedo.—
 Ni allí puede usted estar.
 Es un caseron sombrío,
 lleno de goteras, frio
 y al extremo del lugar.
 No hay cristiano que lo arriende;
 y aun dicen algunas viejas
 que de noche entre las tejas
 suele aparecer un duende.
Juana. Virgen Santa! Yo me muero
 si voy.....
Elisa. Aunque usted se enoje,
 no está bien que yo me aloje
 en la casa de un soltero.

Frutos. No soy solo, que tambien
 en mi casa se cobija
 un anciano con su hija.

[Aparece Simona de improviso, salien-
do de la habitacion de la izquierda.]

ESCENA III.

ELISA. JUANA. D. FRUTOS. SIMONA.

Simona. Di tu novia y dirás bien.
Frutos. (Simona!)
Elisa. [Á media voz á Juana.]
 Su novia ha dicho!
Simona. Muchito. Se almira usted?
Juana. (¡Una novia de aparejo
 redondo!)
Frutos. (Me va á perder!)
Simona. Sí, señora, soy su novia
 como dos y una son tres;
 y no hay que hacer aspamientos,
 que tengo yo tanto aquel
 como la más estirada,
 y á mí nadie..... Estamos?.... Pues.
Frutos. (¡Quisiera que me tragase
 la tierra!)
Simona. Te aguantas, eh?
 Niega, traidor, que me has dado
 delante de cinco ó seis
 palabra de casamiento.—
 Pero puede que ya estás
 arrepentido y por otra
 me quieras plantar, infiel!
Frutos. Yo.....
Simona. Por esa..... lechuguina.
Elisa. Señora!.....
Simona. Todo lo sé.
 Usted viene á sonsacármele,
 pero ¡por vida de quién.....
Frutos. Tengamos la fiesta en paz,
 Simona.
Elisa. Yo..... Qué mujer!
Frutos. Trata con más cortesía
 á esta señora.
Juana. [Á Elisa en voz baja.]
 Es soez.
Simona. Cortesía? Eso faltaba
 cuando.....
Frutos. Es.....
Simona. Ya sé yo quién es:
 tu novia la de Madriz.
 Acaso estoy yo en Belen?
 El hermoso original
 de este retrato.
 [Lo saca y se lo enseña á D. Frutos.]
Frutos. (Ah!)
Simona. Lo ves?

Elisa. (Conservaba mi retrato!....)
Simona. En la mesa lo atrapé;
 y es que, á la cuenta, estarias
 consolándote con él.
Elisa. (Me amaba!)
Simona. Cuando de pronto
 corriste á todo correr
 al encuentro de tu ninfa.....
 Maldita sea su piel!
Frutos. Me obligarás si no callas
 á hacer una.....
Simona. Ya se ve,
 como yo soy probe, y ella
 hija de conde ó marqués.....
 Mas tal como soy, á nadie
 doy yo mi brazo á torcer.
Elisa. ¿Qué es esto, señor don Frutos!
Frutos. Esto es cumplirse la ley
 de la expiación, señora;
 esto es sufrir la cruel
 penitencia de un pecado
 que no debí cometer.
Simona. Qué quieres decir con eso?
 Acaso yo te engañé?
 ¡Soy yo la descalabrada
 y tú te vendas la sien!
 Pues esto no ha de quedarse
 asina, no. Hemos de ver
 quién se lleva el gato al agua,
 porque yo de bien á bien
 soy mansa, mas si me pinchan
 soy el mismo Lucifer.
 Si cuando vi por mis ojos
 tu maldá me desmayé,
 fué de coraje. Por señas
 que si no acude Isabel
 á ampararme, lo que es tú.....
Frutos. No vi.....
Simona. Qué habias de ver?
 Embobado con la otra,
 no digo á mí, pero á un buey
 no hubieras.....
Elisa. Oh! ya me canso
 de escuchar tanta sandez.
 Sepa usted que en esta casa
 no hubiera puesto los piés
 sin el azar imprevisto
 que á ella me trajo; y á fe
 que ya me hubiera marchado
 si don Frutos.....
Simona. No hay cuartel
 para las dos: una ú otra,
 y acábase el entremes.
Elisa. Es inútil. Yo me voy.....
Frutos. Yo no lo permitiré....,
 y perdone usted, señora.
 No se trata ya de usted
 solamente: mi amor propio
 está empeñado tambien
 en ello. ¿No soy yo nadie
 en mi casa? ¿Á qué papel
 se me quiere reducir?
 ¡Voto á.....

ESCENA IV.

ELISA. JUANA. D. FRUTOS. SIMONA.
 TIO PABLO.

[*El tío Pablo llega por el foro.*]

Pablo. Qué es esto? ¿Con quién
 regañas, Frutos?
Simona. Conmigo.
 Ya no me quiere!
Pablo. Por qué?
Simona. Porque la novia de márras
 que tiene más oropel
 se ha colado en casa.....
Pablo. ¿Cómo!....
Simona. Y ya mira con desden
 á la tosca lugareña.
Pablo. ¿Qué oigo! Eso ya pasa de.....
Simona. Yo he reclamado mis derechos,
 que si una se hace de miel.....
Pablo. Sí, ecetra. Pues voto á cribas
 que he de hacer y acontecer.....
Frutos. Tío Pablo!....
Pablo. Sí, soy capaz
 de armar aquí un somaten.....
Frutos. Tío Pablo, á ella la he sufrido
 porque es tonta y es mujer.
 Pero si usted me alza el gallo
 le estampo en esa pared.
Pablo. Pero, hombre..... (Lo hará lo mesmo
 que lo dice.) Es menester.....
 Te casas con ella, ó no?
Frutos. Sí: ya lo he dicho una vez.
 Me caso, sí. Quiero dar
 al demonio ese placer.
Pablo. Pues siendo así, no me importa
 lo demas un cascabel.
Frutos. Mas pongo una condicion.....
Pablo. Corriente: aunque sean diez.
Frutos. Que no ha de haber en mi casa
 más voluntad ni más ley
 que la mia.
Simona. El despotísimos!....
Pablo. Silencio! Dice muy bien
 el yerno. Quien manda, manda.
Simona. No puedo.....
Pablo. Se hace un poder.
Simona. Pero.....
Pablo. Él se casa contigo
 y seculórun amén.
Simona. Mis celos.....
Pablo. Guárdalos para
 cuando seas su mujer.
 Ahora ¡adrento!
 [*La empuja hácia el cuarto de la iz-*
quierda.]
Simona. Padre!....
Pablo. Adrento,
 ó por vida..... Hasta despues.
 [*Entra con Simona en la habitacion*
de la izquierda y la cierra por dentro.]

ESCENA V.

ELISA. JUANA. D. FRUTOS.

Elisa. [Haciéndose cruces.]

Jesus! Jesus!.....

Juana. Á tal padre,
tal hija.*Elisa.* ¿Con esa arpía
se une usted?*Juana.* Virgen María!Un milagro es que no ladre;
Pues el padre.... Oh! descalabra.*Frutos.* ¿Qué quiere usted! Muerto estoy
de vergüenza, pero soy
esclavo de mi palabra.Amé á un ángel sobrehumano
y por una tonteríalo perdí.... Desde aquel día
Dios me dejó de su mano.Ciega mi razón y esclava
de mi necio frenesí,
mis labios dieron un sí
que el corazón reprobaba;
y el diablo, que no perdona,
dijo con cara de risa:

no te acomodó una Elisa?

Pues allá va una Simona.—

Ayer el mío, hoy el de esa
desventurada.... Oh qué grima!¡Nunca me echaré de encima
el pelo de la dehesa!*Juana.* Reniegue usted de su casta,
y otra al puesto.*Frutos.* No, jamás!Yo nunca me vuelvo atrás:
soy aragones y basta.—Y á mí ¿qué me importa ahora
que ella sea mi mujerú otra.... si no lo ha de ser
la que el corazón adora?Si de mi suerte el rigor
me guarda para una bestia,
excusada es la molestia....

Cuanto más bestia, mejor.

¿Puedo quejarme en conciencia
del mal que yo me he buscado?No; en proporción del pecado
debe ser la penitencia.*Elisa.* Mueve á lástima y dolor
ver á usted entre esa gente,
que es usted seguramente
digno de suerte mejor.*Frutos.* Será verdad lo que oí?
Ya mi estrella es más benigna,
señora, si usted se digna
de tener piedad de mí.*Elisa.* La tengo, pero no tanta
que á quedarme aquí me atreva.
Simona pondría á prueba
la paciencia de una santa.—

Adios!

Frutos. No, Elisa, no venza
su voluntad á la mía,
no: sufrir tal villanía
es una mala vergüenza.
Harán de su triunfo alarde
si ahora te alejas de aquí,
y se reirán de mí
como de un necio cobarde.
Si tanta dicha merezco,
harto breve por ser mía!
acepta hasta el nuevo día
el asilo que te ofrezco.
En él como en un sagrado
tu honor estará seguro,
Elisa: yo te lo juro
con la fe de un hombre honrado.
Abajo, léjos de aquí,
si tal gracia no me niegas,
mientras al sueño te entregas
velaré pensando en ti.—Mas conozco á mi despecho
que, aunque la razón te obligue,
no quieres que nos abrigue
á los dos un mismo techo.Pues bien; si esta humillación
tu rigor hace precisa,
quédate en mi casa, Elisa:
yo me marcharé al meson.*Elisa.* ¡Quedarme y echar al dueño....No soy tan ingrata yo
ni tan egoísta, no.—Pero es temerario empeño
también....*Frutos.* Así me hizo Dios.Soy aragones, señora.—
Mas no sé quién es ahora
más tozudo de los dos.*Elisa.* Si yo....*Frutos.* ¿Teme usted acaso
que se caiga una pared?*Elisa.* Però....*Frutos.* En fin, váyase usted:
ya la dejo libre el paso.*Juana.* Señora!....*Frutos.* Déjala, Juana.Ya que tu señora bella
no quiere dormir en ella,
la casa arderá mañana.*Elisa.* [Á Juana á media voz.]

¿Qué escucho! Y lo hará!...

Juana. No es cosa!

Ya verá usted lo que tarda....

Elisa. Yo....*Juana.* Será lástima que arda
una finca tan hermosa.*Elisa.* Juana, si me quedo aquí....*Juana.* Él lo exige.... Él nos salvó....Le tiene usted miedo?....
No....

(Pero ¡me lo tengo á mí!)

Frutos. Elisa, en nombre del cielo,

no me niegue tu altivez
esta gracia, que tal vez
será mi último consuelo.
¡Duélate mi amarga suerte,
oh dulce, perdido bien!
Mira que tanto desden
puede apresurar mi muerte.
De rodillas te lo pido.

[*Se arrodilla; Elisa quiere hacerle levantar, pero D. Frutos permanece en la misma actitud y sin soltar la mano de Elisa.*]

Elisa. ¡Por Dios, alce usted.....
Frutos. Perdoná...
Elisa. Si nos sorprende Simona
no moverá poco ruido.....
Frutos. Oh! no alzaré.....
Elisa. Qué porfía!....
Frutos. Si palabra no me das.....
Elisa. Bien, pero con mil y más.....
Juana. Pasos siento.....

[*D. Frutos se levanta.*]

Blas. [*Apareciendo.*]

Ave María.

ESCENA VI.

ELISA. JUANA. D. FRUTOS. BLAS.

Frutos. Adentro.

Blas. [*Acercándose.*]

Aunque usted perdone,
¿está aquí una forastera,
que no es de Belchite y vino.....
Mas por la traza es aquella.
¿Se llama usted doña Elisa.....

Elisa. Sí; yo soy.

Blas. Está usted buena?

Elisa. Sí; gracias.

Blas. Vengo de parto
de Rudesindo Calleja.....

Elisa. Mi arrendador.

Blas. Sí; á decirle

á su mercé que la espera.....
Frutos. Dile que por esta noche
se queda aquí.

Blas. Noragüena.

Elisa. (Ah!.....)

Juana. Mañana nos veremos.

La señora está indispueta.....

Blas. Ya sé que hubo de volcar
el carruaje. ¡Son tan bestias
las mulas!.... Pues bien; por eso
no se perderá la cena.
Nos comeremos yo y Paula
su ración de usted y la de ella.—

Conque ¿hasta mañana?

Elisa. Sí.

Blas. Vea usted si tan y mientras
manda alguna cosa á Blas.....
Ah! Por vida de mi agüela.....
Lo mejor me se olvidaba.
Hoy llegó por la estafeta
esta carta.....

Elisa. Déme usted.....

[*La toma y mira el sobre.*]

De don Remigio es la letra.

[*Á D. Frutos.*]

Permítame usted.....

Frutos. Señora!....

[*Abre Elisa la carta, y lee para sí.*]

Tú, vete ya.

Blas. Y la repuesta?

Frutos. Bárbaro! ¿la has de llevar
tú á Madrid?

Blas. Toma! el que yerra
no pregunta..... No, al contrario.....
Se me ha trabado la lengua.

Elisa. (Cielos!)

Blas. Conque, güenas noches
y mandar lo que se ofrezga.

ESCENA VII.

ELISA. JUANA. D. FRUTOS.

Elisa. [*Interrumpiendo la lectura.*]

Dios miol!....

[*Sigue leyendo.*]

Juana. Pierde el color.....

Elisa. [*Llorando.*]

Desventurada!....

Frutos. ¿Qué nueva
infausta.....

[*Á Juana, mientras sostiene á Elisa,
que está á punto de desmayarse.*]

Una silla, pronto!

Elisa. [*Alzando los ojos.*]

Dadme, Señor, fortaleza!

[*Se sienta ayudándola D. Frutos.*]

Juana. Descanse usted..... Agua!

Elisa. No.

Juana. Este frasquito de esencia.....

[*Saca uno del pecho y lo aplica á la
nariz de Elisa.*]

Huela usted.....

Elisa. Oh! no te inquietes.

No temas, Juana, que pierda la razón; que la que nace con tan infeliz estrella como yo, ni este consuelo en la adversidad espera.

Frutos. Mas ¿qué imprevista desgracia ó qué inesperada ofensa tus bellos ojos, Elisa, baña en lágrimas acerbas? No á vana curiosidad atribuyas la impaciencia con que humilde te suplico que me confies tus penas: es porque mi bien supremo sería librarte de ellas.

Elisa. Don Frutos!

Frutos. Tanta amargura!....
Habla. ¿Acaso lloras..... muerta..... á tu madre.....

Elisa. Ah!.... Sí, señor!

Juana. ¿Cómo!.... Pues.....

[*Elisa impone silencio á Juana con una seña.*]

Frutos. Pobre Marquesa!
(Cuánto me quemó la sangre!)
Dios en su gloria la tenga.....

Elisa. [*Levantándose.*]

Vamos, Juana.....

Frutos. Bien conozco, bella Elisa, que no hay fuerzas humanas que resuciten al que yace en noche eterna; bien sé que la de una madre es irreparable pérdida, y que en vano intentaría con mi ruda y torpe lengua curar la profunda llaga que..... En fin, usted bien penetra los sentimientos que abriga mi corazón. Yo quisiera.....

Elisa. (Ay Dios!) Lo sé, pero ahora.....

Frutos. Sí, en ocasiones como esta las lágrimas y el silencio son la mejor elocuencia.

[*Siguiendo á Elisa hasta la habitación de la derecha.*]

Llore usted. Yo la acompaño.....

[*Á una seña de Elisa retrocede respetuoso.*]

en su sentimiento.

Elisa. [*Á Juana entrando.*]

Cierra.

[*Juana sigue á su ama cerrando la puerta.*]

ESCENA VIII.

D. FRUTOS.

Pobre Elisa! ¿No bastaba para amargar tu existencia haberte cabido en suerte un marido calavera? ¡No te bastaba sufrir sin exhalar una queja su villana ingratitud y su tirana insolencia! Un sólo lazo te unia á este valle de miserias; tu madre; ¡y la impía muerte se goza en dejarte huérfana! Maldita pécora fué mi señora la Marquesa; pero al fin era su madre, y Elisa paga una deuda sagrada si á su memoria tributa lágrimas tiernas. Aun yo mismo, sin poder resistir á su influencia; creo que me he enternecido..... ¿Quién un día me dijera que habría yo de sentir la muerte de aquella vieja endiablada!.... Y sin embargo, por ella perdí, por ella, esa inestimable joya que insensato menosprecia mi indigno rival. Si fuese mi fortuna ménos negra, yo que la maldije viva no la lloraría muerta. Si mi palabra y las leyes de la santa madre iglesia entre Elisa y yo no alzasen insuperable barrera, ¿quién más dichoso que yo sobre la faz de la tierra? Qué mujer pierdo, Dios mío! Noble, virtuosa, bella, probada ya en el crisol del infortunio...., y sin suegra!

ESCENA IX.

D. FRUTOS. MAMERTO.

Mamert. Don Frutos!....

Frutos. Calle! Mamerto!
Éntre usted. (Qué me querrá?)

Mamert. [*Adelantándose.*]

Usted dirá que á estas horas no parece natural mi visita.

Frutos. Nada de eso.....
Á no ser que, en calidad

de escribano cartulario,
me venga usted á enjuiciar.....

Mamert. No, señor; no tema usted.
No vengo como curial;
vengo sólo como un simple.....

Frutos. Eh?

Mamert. Simple particular.

Frutos. Pues ¿qué objeto...

Mamert. Usted no es tonto,
y ya se figurará.....

Frutos. En efecto..... (Ya olvidaba
que este mozo es mi rival.)

Mamert. Mi honor exige.....

Frutos. Sí. (Vamos,
me viene á desafiar.)

Mamert. Que me muestre agradecido
al que me dió libertad,
y como á usted se la debo,
segun me dijo.....

Frutos. Sí tal,
pero obrar así fué un acto
de justicia y nada más.

Mamert. Usted lo llama justicia
y yo generosidad;
que al fin de los enemigos
los ménos dice el refran;
y como yo estoy penando
por Simona dias ha,
y para una dama sola
es suficiente un galan.....

Frutos. Sí; lo sabía.

Mamert. No se habla
de otra cosa en el lugar.

Frutos. Y por lo mismo me opuse
al atropello brutal
del tio Pablo.—Pero hablemos
con toda sinceridad.
Que usted quiere desbancarme
es evidente. (Ojalá!)

Mamert. Sí, señor.

Frutos. ¿Y espera usted
lograrlo?

Mamert. Qué he de esperar?
Simona me ha despedido,
ingrata!..., y no hay tribunal
de apelacion cuando dice
una moza: no ha lugar.
Pues ¿qué! si ella me quisiese,
¿sufriera yo, pesia tal!
que otro me la disputara,
siquiera fuese un bajá?

Frutos. Mamert!....

Mamert. [Enternecido.] Por mi desdicha,
esa mujer contumaz
me aborrece, y como yo
no tengo otra voluntad
que la suya, ay miserable!
desde que en hora fatal
vi aquella cara hechicera
que me tiene hecho un bausan,
no me queda ya, don Frutos,
más recurso que llorar.
[Llora.]

Frutos. [Para sí.]
Y en efecto está llorando.
Vaya un ente original!

Mamert. Ver llorar á un tagarote
como yo es cosa en verdad
que da grima, pero ¡ay triste!
no lo puedo remediar.—
Usted sí.

Frutos. Cómo?

Mamert. Rompiendo
una vara de taray
en mis costillas, ó echándome
á la garganta un dogal.

Frutos. Yo! Ha perdido usted el juicio?

Mamert. Sí, usted me debe matar,
don Frutos. Hágame usted
esa obra de caridad.

Frutos. ¿Soy yo asesino ó verdugo
por ventura? Es singular
la manía..... Yo no mato
á los que no me hacen mal.
Si tiene usted tanta prisa
de dar obra al sacristan
y al párroco, buen remedio;
cuélguese usted de un nogal.

Mamert. Ah! yo idolatro á Simona,
y usted la lleva al altar!

Frutos. Ahí verá usted!

Mamert. Algun dia
no la parecí costal
de paja, pero la pérvida
me vendió como un chalan.
Vino usted, pujó..., y abur.
Como en el agua la sal
se deshizo mi esperanza.—
Llorad, mis ojos, llorad!

[Rompe á llorar otra vez.]

Frutos. (Pobre jóven!) Yo lo siento
en el alma; pero ya
mi palabra está empeñada
y no he de volverme atras.

Mamert. Y tal vez si no mediase
un compromiso formal.....

Frutos. Se la cederia á usted
sin reparo.

Mamert. Voto á san!....
Aquí tenemos al perro
del hortelano.....

Frutos. Cabal.

Mamert. Ni le gusta á usted Simona
ni me la quiere endosar.
Egoismo! tiranía!

Frutos. Tontería! necedad!
No es á mí, no, sino á ella
á quien debe usted contar
sus cuitas. ¿Tengo yo cara
de tio ó de capellan?
Bueno estoy yo para oir
en mis orejas zumbar
á un moscon..... Háblela usted;
yo no me opongo: allí está.....

Vaya usted.....
Mamert. Sí, eso se dice
 muy pronto, pero.....
Frutos. Qué?
Mamert. Ay!
 No me atrevo.
Frutos. ¿Quiere usted
 que yo la vaya á rogar
 que le quiera?
Mamert. Estará allí
 aquel feroz animal.....
Frutos. Algun mastin?
Mamert. No; su padre.
 No, no me atrevo. Es capaz.....
 Vendré mañana.....
Frutos. Oh! mañana
 será tarde.
Mamert. San Pascual!
 Pues ¿qué.....
Frutos. Mañana me caso.
Mamert. Virgen Santa del Pilar!.....
Frutos. Y si el novio es complaciente
 y amable, no lo será
 el marido.
Mamert. Ya supongo.....
 Pues mire usted, muchos hay
 que obran á la inversa.
Frutos. Eh! basta...
Mamert. Mañana! Oh calamidad!
Frutos. Entra usted, ó no?
Mamert. Dios mio!
Frutos. Oh! ya no puedo aguantar.....
 Váyase usted con mil diablos
 y déjeme el alma en paz.
Mamert. [Llorando.]
 ¡Adios, Simona, hasta el valle.....
 de.....
Frutos. [Empujándole.]
 Basta!
Mamert. De Josafat!

ESCENA X.

D. FRUTOS.

Para apurar mi paciencia
 me faltaba este buen rato.

Hay mayor impertinencia?
 Hay hombre más mentecato?
 Yo te la daría, sí,
 ya que tanto te cegó,
 ménos por dártela á ti
 que por no sufrirla yo.
 Mas nunca, con grave mengua
 de mi firme, hidalga fe,
 nunca negará mi lengua
 lo que con ella juré.
 Mañana me caso, sí.
 El mal paso darlo aprisa.—
 Cielos! ¿qué va á ser de mí
 con Simona..... y sin Elisa!
 Elisa, mi único amor!...
 Hoy te traje aquí mi suerte
 para que fuese mayor
 la amargura de perderte.
 Breve y funesto placer!
 Triste y fatal situacion!

[Mirando á la puerta de la izquierda.]

Allí me llama el deber.....

[Mirando á la puerta de la derecha,
 de la cual se halla poco distante.]

Aquí está mi corazon.—
 ¿Y á qué con vana inquietud
 suspirar en esta puerta
 si mi honor y su virtud
 no la consienten abierta?
 Adios!.... No dé yo lugar
 á una sospecha bastarda.—
 ¡Qué noche voy á pasar.....
 y qué mañana me aguarda!
 ¡Con cuánta pena te dejo,
 ángel de amor y hermosura!

[Mirando á la izquierda.]

Mas ¡con qué gozo me alejo
 de esa bestial criatura!

[Dirigiendo sus miradas á derecha é
 izquierda, como lo indican los versos.]

Cuán diversas son las dos!
 Allí está el mal; aquí el bien.—
 Maldita seas de Dios!—
 Bendita seas, amén!

[Desaparece por la puerta del centro.]

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

D. FRUTOS. TIO PABLO.

Frutos. Convénzase usted, tío Pablo;
 no hagamos un desatino

que luego nos pese á todos.
 Yo.....

Pablo. Frutos, lo dicho, dicho.

Frutos. Tío Pablo, su hija de usted
 no será feliz conmigo.....

Pablo. Sí por cierto, vaya!... (Este hombre

se ha olvidado de que es rico.)
Frutos. Hay poca conformidad entre su genio y el mio.
Pablo. No importa: una vez casados cedeis cada uno un poquito..... Y además, sin una que otra pelotera entre marido y mujer, el matrimonio sería un guisado insípido y vivieran los casados como los padres del Limbo.
Frutos. Si por retirarme yo no quedase otro partido á Simona..... Mas yo sé que la quiere con delirio Mamerto.....
Pablo. Ese babazorro? No me hables de él: no le azmito.
Frutos. Si pudiese obrar Simona según su libre albedrío, preferiría á ese mozo.
Pablo. Ella? Quiá!
Frutos. Un dia le quiso.....
Pablo. Un dia no es otro dia, ni son iguales los cinco dedos de la mano; entiendes?; y dijo bien el que dijo: bueno es el pan de centeno, pero es mejor el de trigo.
Frutos. ¿Y á qué debo yo la honra de que me haya preferido Simona? Á mi linda cara?
Pablo. Por qué no? Tú eres buen chico.
Frutos. No, señor: á mis doblones; dejémonos de embolismos. Mientras los tenga seré discreto, gallardo, lindo, gracioso; mas si mañana amanezco sin un Cristo dirá usted, dirá Simona que soy más feo que un mico.
Pablo. Eso no; pero si Dios te ha dado tierras y olivos, ¿por eso te ha de llamar la chica perro, judío?
Frutos. Pero usted la sacrifica á su bárbaro egoísmo.....
Pablo. ¿Cómo!....
Frutos. Al sórdido interes.....
Pablo. Hombre!....
Frutos. Porque, lo repito, no congeniamos; seremos muy desgraciados.
Pablo. Pues, hijo, ya es tarde. Nadie te puso á la garganta un cuchillo..... Haberlo mirado bien ántes de decir: envidia.
Frutos. Es verdad; sí, es verdad!.... (Este es el segundo capítulo de la suegra madrileña. Ah vil interes maldito! Tanto monta para ti

la corte como el cortijo.) Vengámonos á razones. Confieso que he procedido con ligereza; confieso que, puesto en tela de juicio este asunto, yo sería condenado. Por lo mismo, propongo una transaccion que excuse llantos y ruidos y á todos nos esté bien. Las leyes, si me desdigo, sólo pueden obligarme, téngalo usted entendido, á dotar á esa muchacha. Pues bien está; sin litigio le regalo dos mil pesos y es negocio concluido.
Pablo. No me acomoda.
Frutos. Si es poco, pida usted más. Yo me obligo.....
Pablo. Vales tú mucho más que eso.
Frutos. Pues púje usted á su arbitrio.....
Pablo. (Firme, Pablo! Ú todo ú nada.) Si no se casa contigo va á tronar como arpa vieja. Te tiene tanto cariño!....
Frutos. ¿Conque.....
Pablo. Nada!
Frutos. ¿Conque usted no transije?
Pablo. No transijo.
Frutos. Mírelo usted bien, tío Pablo; mire usted que si me irrito.....
Pablo. Qué quieres decir con eso? Mas ya calo, ya adivino..... La forastera, la intrusa te ha trastornado el sentido. Ella es la que ahora campa; Simona no toca pito; un clavo saca otro clavo, que dice el refran antiguo. Di de una vez que te casas con la huéspedada...
Frutos. (Oh, Dios mio!...)
Pablo. Hombre sin palabra!.... ¿Es eso lo que manda el catecismo?
Frutos. Dale! No, ni ella, ni yo, ni el reverendo arzobispo podemos..... Ese sería un casamiento sacrilego.
Pablo. Por qué?
Frutos. Qué necia pregunta! Porque ya tiene marido.
Pablo. Miren qué falta le puso!
Frutos. Eh?
Pablo. Como de esas se han visto que tienen marido y majo y comen á dos carrillos.
Frutos. Blasfemo! El honor de Elisa es como el sol del Olimpo, y ¡vive Dios, ruin villano.....
Pablo. Yo.....
Frutos. Diga usted que ha mentado

si no quiere que le arranque la lengua.

Pablo. Bien; no es artículo de fe lo que dice el hombre cuando el hombre está mohino.— Pero tomarlo también tan á pechos..... ¿Qué chiquillo te ha sacado ella de pila para poner tanto ahinco en defenderla?

Frutos. Es mujer...., es dama; le doy asilo en mi casa....; es un dechado de virtudes y un prodigio de hermosura;—en fin, ¿por qué lo he de ocultar? Es el ídolo de mi corazón.

Pablo. Y es cierto! Y te atreves á decírmelo!

Frutos. ¡Y usted que lo oye se atreve á ser mi suegro!

Pablo. Lo he dicho, y no me retrato, y nadie me apea de mi pollino.

Frutos. Bien, corriente. Yo también he tomado mi partido.

Pablo. ¿Te negarás.....

Frutos. Al contrario: ahora soy yo el que lo exijo; pero pronto; ha de ser pronto! Ya podía haber venido el escribano. Las horas se me están haciendo siglos.

[*Aparece Mamerto trayendo en la mano algunos pliegos de papel sellado.*]

Pablo. Cátale aquí. Más á tiempo.....

ESCENA II.

D. FRUTOS. TIO PABLO. MAMERTO.

Mamert. Buenos días.

Pablo. Mas ¿qué miro! Eres tú! ¿Cómo no viene tu cofadre don Toribio?

Mamert. Está..... como yo quisiera estar.

Pablo. Cómo?

Mamert. Con el tífus. Pues si nó, ¿vendría yo á autorizar mi suplicio?

Frutos. Otra víctima!

Pablo. [*Riéndose.*] Sí; es gaita.....

Mamert. Maldito sea mi sino y la hora fatal, funesta en que aprendí tal oficio.— Pero aún es tiempo. Tío Pablo!... Don Frutos!... Por el martirio de san Serapio, que fué ménos horrible que el mio,

cédanme ustedes la mano de Simona; que lo pido con mucha necesidad, y ponerme en el conflicto de dar fe de que se casa ¡ay Dios! con otro individuo es obligarme, señores, á cometer un suicidio.— Don Frutos!....

Frutos. Eso, al tío Pablo.

Pablo. [*Sin dejar hablar á Mamerto.*] No ha lugar.

Mamert. (Bárbaro! impío!)

Pablo. [*Á la puerta de la izquierda.*] Á ver si sales, Simona?

Mamert. (Pero aún me queda un resquicio de esperanza. Acaso al verme renazca el amor antiguo.....)

Pablo. ¡Por vida..... Se me ha olvidado hacer venir los testigos.....

Frutos. Despues vendrán á firmar; y si no nos convenimos es inútil.....

Mamert. Es forzoso tener corazon de risco para.....

Pablo. Ya está aquí Simona.

[*Aparece Simona con el vestido de lu-gareña.*]

Mamert. (Ardo y tiemblo; sudo y gimo.)

ESCENA III.

D. FRUTOS. TIO PABLO. MAMERTO. SIMONA.

Simona. [*Muy seria.*] Salú!

Mamert. (Cómo la idolatro!)

Frutos. Buenos días.

Mamert. *Ídem.* (¡Sí; para ellos, no para mí!)

Pablo. Asentémonos los cuatro.

[*Mamerto se sienta delante de la mesa, poniendo sobre ella el papel sellado; D. Frutos á su derecha, y á su izquierda Simona y el tío Pablo.*]

Mamert. [*Tomando una pluma y mirándola.*] Esta pluma es una brocha.

Pablo. Otras hay.

Mamert. [*Tomando otra y suspirando.*] Ay!....

[*Escribiendo.*]

«Esponsales entre Simona Corrales

y don Frutos Calamocho.—
 Venga..... (oh día de amargura!)
 la novia, si lo ha de ser,
 y diga..... (No echa de ver
 lo triste de mi figura.)

Frutos. Antes de ese documento
 dará el escribano fe
 de otro que yo dictaré.

Pablo. Otro?

*Simona.*Cuál?

Frutos. Mi testamento.

Pablo. Tú hacer testamento!

Frutos. Yo.

Mamert. ¡Amargar así el placer
 de la boda!

Simona. ¡Un novio hacer
 testamento!....

Frutos. Por qué no?
 Sin que sea desvarío
 ¿no hay quien toma esa medida
 cuando el honor y la vida
 arriesga en un desafío?
 ¿No suele también testar,
 por si no llega á la orilla,
 el que en frágil navecilla
 surca el proceloso mar?
 ¿Y no puedo yo creer
 que el vínculo conyugal
 no es más que un duelo mortal
 entre marido y mujer?
 Y si entre ellos el demonio
 de sus artes hace gala,
 ¿qué mar bravío se iguala
 al golfo del matrimonio?

Simona. Mire usted qué alicantina!....

Pablo. [En voz baja.]
 Chito!

Frutos. [Á Mamerto.]
 Ponga usted mi nombre,
 patria et cetera.
 [Mamerto escribe.]

Simona. [Aparte con su padre.]
 Hum!... este hombre
 me va dando mala espina.

Pablo. Deja que él sea mi yerno.....

Frutos. Como bueno y fiel cristiano,
 apostólico, romano,
 dejo el alma al Padre Eterno.

Mamert. Eso es, y el cuerpo á la tierra.....

Frutos. Yo diría á Lucifer.....
 Es decir, á mi mujer.

Simona. [En actitud de levantarse furiosa.]
 ¿Qué se entiende.....

Pablo. [En voz baja y haciéndola sentarse de
 un tirón.]
 Calla, perra!

Simona. [Alto.]
 ¡Confundirme á mí—qué horror!—

con los demonios malditos....

Pablo. Bah! son chanzas de Frutitos,
 que hoy está de buen humor.

Mamert. Disponer de esa manera
 del cuerpo.....

Simona. (Yo estoy en vilo.)

Mamert. No es la fórmula de estilo.....

Frutos. Pues ponga usted lo que quiera.

Mamert. (Yo creo que no está sano

[Con el dedo en la frente.]

de aquí. Curador *ad litem*
 habrá que nombrarle.....)

Frutos. *Item:*
 al infrascrito escribano.....

Mamert. ¡Á mí!....

Pablo. ¡Á Mamerto!....

Simona. ¡Á él!....

Frutos. Sí.
 Al infrascrito escribano,
 vuelvo á decir.....

Mamert. (San Cipriano!
 ¿qué querrá dejarme á mí?)

Frutos. Ya que no le doy la novia,
 como en vano lo procuro,
 porque su padre es más duro
 que una silla de Moscovia.....

Simona. Hum!....

Pablo. No hagas caso de pullas.

Frutos. Le doy mil piés de olivar
 y mi huerta del Juncar
 que mide cinco tahullas.

Pablo. ¿Qué oigo!

Mamert. Á mí tal beneficio!

Pablo. Á él!....

Frutos. Poco es lo que le doy
 cuando á mi pesar le voy
 á hacer un flaco servicio.

Mamert. (Comprendo..... Puede que así.....)

Simona. [Aparte con su padre.]
 Mil olivos!....

Pablo. Se los da
 por via de..... Estamos?

Simona. Ya,
 pero me los quita á mí.

Mamert. Gracias.....

[D. Frutos le interrumpe diciéndole
 por señas que siga escribiendo.]

Pablo. Para una prebenda
 tan fuerte como la suya,
 eso vale una aleluya.

Frutos. Y del resto de mi hacienda.....

Pablo. Pues; la gozamos los dos.....

Frutos. Tierras, fincas, plata, olivos....,
 doy la mitad *inter vivos*
 á doña Elisa Quiros.

[Simona y el tío Pablo se levantan
 airados.]

Simona. Felonía!

Pablo. Tú desbarras!

Frutos. Yo soy dueño de mis bienes.

Pablo. ¡La metá de lo que tienes á una.....

Simona. Á la novia de márras!

Pablo. No se hace esto con un chino.

Simona. Esto es burlar mi esperanza.

Pablo. Esto ya pasa de chanza.

Simona. Esto es ser un asesino.

Frutos. Pues predicais en desierto.....

Simona. Oh!....

Frutos. [*Levantándose.*]

¡Silencio y respetad mi postrera voluntad!—
Lo dicho dicho, Mamerto.

[*Mamerto sigue escribiendo. D. Frutos pasea de un lado de los bastidores al otro.*]

Simona. Echarme así por el lodo!....

Pablo. [*En voz baja.*]

¡Calla y muérdete las uñas por Dios, que si refunfuñas puede quitárnoslo todo!

Simona. Pero, padre, fuerte cosa.....

Pablo. La otra metá.....

Simona. No hay aguante.....

Pablo. Áun será lo muy bastante para que nadie nos tosa.

Mamert. (Se me hace el alma pedazos viendo penar á mi bien.

[*Mirando á Simona y gesticulando con afán.*]

Y áun no cedés? ¡Boba, ven; ven!.... Arrójate en mis brazos.— Nada!)

Frutos. Ítem.....

Simona. [*Aparte al tío Pablo.*]

Otro ítem, padre!

Frutos. Por dejar pia memoria de mí y alcanzar la gloria de Cristo y su Santa Madre, dejo.....

Simona. [*Como arriba.*]

Ay...., todo lo destroza!....

Frutos. El resto de mi caudal al venerable hospital de locos de Zaragoza.

Simona. Esto más!

Pablo. Hombre, estás tonto?

Á los locos? Eso dices!

Frutos. Sí; entre aquellos infelices espero verme muy pronto.

Mamert. (Bien tenía yo barrunto.....)

Simona. [*Llorando.*]

Qué ultraje!

[*Se sienta, y solloza y palmotea con muestras de desesperacion.*]

Pablo. Basta de bromas, y sin más puntos ni comas tratemos de nuestro asunto.

Frutos. Eh! no gasto bromas yo. Lo he dicho y no lo revoco.

Pablo. Pues dígame que estás loco de atar.

Frutos. Todavía no.

Mamert. (Ahora, sitiada por hambre, tal vez.....)

Pablo. Sí, estás rematado; y es que á la cuenta te ha dado en la sesera un calambre.....

Frutos. No tal.

Pablo. Sí; yo lo sustentó.

Sólo hace ese disparate un orate;—y un orate no puede hacer testamento. Porque un loco en mi opinion tiene el caletre perdido, y cuando falta el sentido se preturba la razon, y cuanto haga, y ponga ó quite es nulo; y de aquí artículo que lo que en Belchite es nulo no vale nada en Belchite.

Frutos. Hoy soy libre como ayer.....

Mamert. [*Levantándose.*]

Á esa lógica bastarda, á esa gramática parda me toca á mí responder. Para declarar demente á Pedro ó Juan, no es un lego, no es un rústico labriego autoridad competente.

Mas quiero por dos minutos suponer que del comun sensorio, como un atun, está privado don Frutos. En tal caso, por la goda legislacion, hoy vigente, nulos serán igualmente el testamento y la boda; que si nulo es lo que testa, como ha dicho usted muy bien, quien tiene el seso en Belen y la razon descompuesta, por los mismos argumentos no puede casarse, pues si es loco don Frutos, es incapaz de sacramentos.

Frutos. Basta! Lo he dicho y lo voy á firmar.

[*Va á la mesa y firma.*]

Pablo.

Tente!....

Frutos.

Ya está.

Pablo. Frutos!....
Frutos. Luego se verá si soy loco ó no lo soy.
Pablo. ¿Conque es decir.... (malos lobos!) que esto es una cuchufleta...., una treta, una endireta de aquellas del padre Cobos? ¿Conque hemos hecho el payaso mi hija y yo? Voto á Caifas!.... Para eso valiera más haber dicho no me caso.
Frutos. Qué quiere usted! Es preciso que á todos nos lleve el diablo. Con la paz brindé al tío Pablo y el tío Pablo no la quiso.— Por lo demas, no me niego, si gusta de mi persona, á casarme con Simona ahora mismo.....
Pablo. Otra te pego! Y qué quieres tú que coma? Por vida del moro Muza!.... Para morir de gazuza bien está San Pedro en Roma. Si hasta del último grano de trigo haces almoneda, si todo lo das, ¿qué queda para Simona?
Frutos. Mi mano.
 [La extiende en acto de ofrecerla.]
Simona. [Levantándose y sin poderse ya dominar.]
 Cargue el demonio con ella!, que ya estoy frita y refrita..... Primero que yo la azmita quiero morir me doncella. ¡Salirme ahora al camino con esa pata de gallo cuando.....
 [Á su padre, que la hace señas para que se reprima.]
 No callo, no callo. Pícaro! traidor!.... endino!
Frutos. (Oh música celestial!)
Pablo. Deja, que áun.....
Simona. No quiero, no. La culpa me tengo yo que he sido tan animal.....
Pablo. Si se viene á la razon y quiere cumplir sus pautos don Frutos.....
Frutos. Lo dicho y autos.
Simona. Hum!....
Mamert. [Enternecido.]
 (Me parte el corazon!)
 [Con la mano en el pecho.]

Simona!.... Aquí..... (No me mira!)
Simona. Si usted quiere ser su suegro, yo no.—Es decir, yo me alegro..... y maldita es la mentira. Acabáronse los tratos. Si en ménos me tuve ayer, hoy soy yo mucha mujer para un pobre pelagatos. Qué digo? Aunque ahora me dé todo el oro del Perú le enviaré á Belcebú: está usté? Lo entiende usté? Y no se cambia este talle por ninguno; y soy quien soy; y de su casa me voy ántes que me eche á la calle; y aunque se hundiera Moncayo no hay más padre ni más diantre que mi..... De hoy en adelante haré de mi capa un sayo.

ESCENA IV.

D. FRUTOS. MAMERTO. TIO PABLO.

Pablo. Tiene razon, voto á quien!.... y si descastada y fiera me arañara y me escupiera tendria razon tambien. Por ti.....—de ira me atarugo! — la he sacado de su trocha. Por don Frutos Calamocha padrastro he sido y verdugo. Mas te has de acordar de mí. Tengo el hígado bien puesto y..... En fin, me largo; pero esto no se ha de quedar así.

ESCENA V.

MAMERTO. D. FRUTOS.

Mamert. Pobrecilla! Se ha quedado como quien dice á la luna de Valencia.—¿Y es posible que áun sea tan testaruda que cuando ve que se escapa de sus manos la fortuna, pudiendo echarse en mis brazos, haya apelado á la fuga?
Frutos. Yo no he podido hacer más.
Mamert. Es cierto; pero es tan dura de pelar.... y yo tan débil..... Ruin ha sido su conducta. Eso no es mujer; es fiera escapada de una gruta. Si yo no fuese un idiota,

viéndola pobre y desnuda,
lejos de anegarme en lágrimas,
bailaría la cachucha;
mas mi sensibilidad
es tan necia, tan absurda,
que olvidado de la mia
lamento su desventura.—
¡Yo nací predestinado
para ser víctima suya!
Ayer me afligia ingrata
y hoy desgraciada me abrumba;
su temerario desden
me abrirá, oh cielos! la tumba;
y si me hicieran su dueño
las bendiciones del cura,
Áries, Tauro y Capricornio
presidirían mis nupcias.—
¡Y, con todo, por casarme
con esa atroz criatura
me dejaría arrancar
los colmillos y las uñas!—
Mas, supuesto que no me ama,
ni quizá me ha amado nunca,
lo llevaré con paciencia
en castigo de mis culpas.
No será usted ménos digno
por eso de mi profunda
gratitud. El testamento,
dictado con tal astucia,
no tenía otro designio
que endosarme la futura.

Frutos. Cierto; eso entraba en mi plan.....

Mamert. Oh fineza sin segunda!

[*Enjugándose las lágrimas.*]

Al ver tanta abnegacion
¿quién no llora de ternura?

Frutos. Pero es preciso, no obstante,
que el testamento se cumpla.

Mamert. ¿Qué oigo! Con todas sus cláusulas?

Frutos. Sí: no exceptúo ninguna.

Mamert. ¿Es posible!..... Y yo creía
que era un ardid, una burla.....

Frutos. No.

Mamert. Por mi parte, agradezco
la huerta y las aceitunas,
pero.....

ESCENA VI.

D. FRUTOS. MAMERTO. GORRION.

Gorrion. [*Desde el foro.*]

Señor escribano.....

Mamert. Qué hay?

Gorrion. Venga usted.

Mamert. [*Yendo al foro.*] Quién me busca?

[*Gorrion le habla en voz baja.*]

Frutos. (¿Qué dirá Elisa..... Ah! ya sale.)
Mamert. (Cielos! Quisiera ser grulla.)

[*Vase corriendo. Gorrion se retira.*]

ESCENA VII.

D. FRUTOS. ELISA. JUANA.

Frutos. Elisa!...

Elisa. Señor don Frutos,
ya llegó el momento.....

Frutos. (Oh Dios!)

Elisa. Ayer pudo haber disculpa
para que aceptase yo
el amistoso hospedaje
que usted me ha dado, mas hoy.....

Frutos. Tan pronto te vas, Elisa!
¡Tan pronto se nubla el sol
de mi alegría!

Elisa. Despues
de lo que anoche pasó
no puedo habitar aquí
sin mengua de mi opinion.

Frutos. Es verdad!

Elisa. ¡Abrió la suerte
un abismo entre los dos!

Frutos. Sí, sepárate de un hombre
que en hora infausta nació
antes que pase á tu frente
mi sello de maldicion.

Parte: tal es mi amargura
y tan abatido estoy,
que yo mismo te lo ruego,
aunque sea dardo atroz

tu ausencia que en mil pedazos
me divida el corazon.

Elisa. Don Frutos!... (¡Oh, si supiera
con cuánta pena me voy!)

Frutos. Irás á tu casa.....

Elisa. Breve
será en ella mi mansion.

Frutos. ¿Cómo!...

Juana. Mañana nos vamos
á Madrid.....

Frutos. ¿Qué oigo! Eso no.

Si lo haces porque recelas
que te importune mi amor,
es inútil. Yo seré
quien huya de ti veloz.

Aun para este último trance
tendrá mi pecho valor.

No temas que si en tu oido
otra vez suena mi voz,

ó ves surcado mi rostro
con lágrimas de dolor,

puedas acusarte un dia
de tenerme compasion.

No, el adios que ahora te dé
será mi postrer adios.

Elisa. ¿Tan mal juzga usted de mí, don Frutos! ¿Por qué razón guardaría yo en mi seno tan obstinado rencor? Mas si es fuerza condenarnos á eterna separación, no lo es que por causa mía, que aquí forastera soy, usted mismo se destierre del hogar donde nació.

Frutos. Privado de ver á Elisa, todo al diablo se lo doy. Tanto me importa emigrar á Flándes como al Mogol.

Juana. [*Se ha acercado á la mesa é inclinando un poco sobre ella, lee el documento que extendió Mamerto.*]
«Yo don Frutos Calamocha y Bubberca, hijo de don.....»
[*Sigue leyendo para sí.*]

Frutos. Quédate: yo te lo ruego. Aquí.....

Juana. [*Leyendo.*]
«Dejo el alma á Dios.....»
[*Á Elisa.*]
Un testamento!

Frutos. Sí, el mío.

Elisa. ¿Qué escucho!

Juana. Es rara aprensión estando fuerte y robusto.....

Frutos. Así amenaza la hoz de la muerte al firme roble como al tallo de la flor.

Elisa. ¡Ah, qué ideas.....

Frutos. No será más tarda ni más precoz por eso mi última hora; pero ¿no es mucho mejor despachar ese negocio cuando sano y bueno estoy, que ver entrar al notario por donde sale el doctor? Eso es recibir, Elisa, dos veces la extremaunción.

Juana. [*Que ha continuado leyendo para sí.*]
Con usted habla esta cláusula, señorita.

Elisa. ¿Cómo!.....

Frutos. [*Turbado.*] Yo.....

Elisa. ¿Qué misterio.....

Juana. Óigala usted.
[*Leyendo.*]
«Ítem: hago donación de la mitad de mi hacienda á doña Elisa Quiros.»—

Elisa. Dios mío!... Tanta bondad me llena de confusión.

Juana. Oh hidalguía sin ejemplo! oh noble pecho español! esto se cria en Belchite! esto es fruta de Aragón!

Elisa. (Justo Dios!, ¿quereis probar en este nuevo crisol mi virtud?....) Señor don Frutos, ese generoso don lágrimas de gratitud arranca á mis ojos.....

Frutos. Oh!
No hay motivo.....

Elisa. Mas no puedo sin cubrirme de rubor aceptarlo.

Frutos. Por qué? ¿Acaso es hacienda de un ladrón la mía? Oh Dios! ¿No podré, sin ofender el pudor de mi amada..., de mi amiga, mejorar su situación? ¿Olvidas, ángel hermoso, que sin mi fatal error, no de la mitad, de toda mi hacienda serías hoy poseedora? Y pues ya he roto la venda que me cegó, y pues mía fué la culpa de que en detestable unión fuese la paloma cándida presa del buitre feroz, ¿qué mucho si las riquezas de que el cielo me colmó parto contigo? ¡Yo, ay triste! que no dejo á nadie en pos de mí, ni deudos, ni amigos...., ¡yo que miro con horror la vida!... Ah! tenga yo al ménos un consuelo en mi aflicción. Acepta: no serás tú la que reciba favor, sino yo: no llames dádiva á lo que es restitución.

Elisa. (Qué tormento!... Ó nunca ha habido mártires...., ó yo lo soy.)

Frutos. Callas!

Elisa. Ah!... Yo soy ahora la que implora con fervor la piedad de usted.—Tambien para Elisa feneció todo bien, toda alegría..... Sólo me queda el honor, y lo perdiera aceptando, sea gracia ó galardón, la herencia que usted me ofrece. ¿Es razón, es ley que en pro de una extraña usted defraude de su esperanza á la que hoy será su esposa.....

Frutos. No; el cielo al fin mis ruegos oyó.

Ya no me caso.
Elisa. (Oh.... Dios mio!)
Frutos. Simona ha hecho dimision.
Elisa. Felicito á usted....
Mamert. [Dentro.] Don Frutos!
 Don Frutos!
Frutos. Quién llama?
Mamert. [Llegando apresurado.] Yo!

ESCENA VIII.

ELISA. D. FRUTOS. JUANA. MAMERTO.

Mamert. Albricias, señor don Frutos!
 [Saludando á Elisa.]
 Señora, á los piés....
 [Á D. Frutos.]
 Albricias!
 El tio Pablo capitula. —
 Oh placer!.... ¡Dem su hija.
 Lo del testamento ha sido
 mano de santo. Oh delicia!
 Me caso. Todo Belchite
 se va á perder de envidia.
 Sonada va á ser mi boda:
 habrá jota y seguidillas....
 y ya tengo sentenciadas
 á muerte veinte gallinas. —
 Ah! la cabeza me zumba,
 el corazon me palpita,

[Llorando.]

y á mis párpados se agolpan
 las lágrimas....

Juana. (¡Qué ridícula
 sensibilidad!)

Mamert. Sí; lloro,
 pero ahora es de alegría. —
 Lloro y rio al mismo tiempo....
 Vamos, parece mentira....
 ¡Y á usted se lo debo todo;
 usted me vuelve á la vida!
 Y por eso agradecido
 vengo á hincarme de rodillas
 ante el ángel tutelar....

[Va á arrodillarse y D. Frutos no se
 lo permite.]

Frutos. ¿Qué hace usted!
Mamert. ¡Oh grande, oh inclita
 bondad!.... Pues bien, déme usted,
 si merezco tanta dicha,
 los brazos....

Frutos. [Abrazándole.]
 Con mucho gusto.

Mamert. Gracias, gracias infinitas....

Frutos. Bien, basta....

Mamert. Adios, que me están
 esperando las familias....
 Adios! En mí tendrá usted
 un amigo que le estima....
 He dicho poco; un esclavo.
 Mi sangre, mi escribanía,
 mi patrimonio, mis lágrimas....;
 todo es de usted, y permita
 el cielo que en casto nudo
 otra consorte más digna....

[Mirando á Elisa.]

Mas tal vez me está escuchando
 la venturosa individua
 que ha de reemplazar...

Frutos. Mamerto!...

Mamert. Sí, sí!

Frutos. (Este hombre me asesina!)

Mamert. Doy á ustedes mi cordial
 parabien.... Es muy bonita.
 Celebro....

Elisa. Suplico á usted....

Mamert. Oh Providencia divina!
 Todos quedamos contentos. —
 ¡Si se hicieran en un día
 las dos bodas.... Pero adios;
 urge el tiempo; estoy de prisa....
 ¡Ambos.... á cuatro.... Qué gusto!
 Bravo, bravo! Viva, viva!

[Vase corriendo.]

ESCENA ÚLTIMA.

ELISA. D. FRUTOS. JUANA.

Juana. ¡No lleva mala prebenda
 ese pobre majadero!

Frutos. Ya lo ves, amada prenda:
 puedes heredar mi hacienda
 sin perjuicio de tercero.

Juana. (Capaz será todavía
 la simple.... Oh! si fuese yo....)

Frutos. No respondes, alma mia?

Juana. [Cogiendo el testamento.]
 (Leamos...., porque si nó,
 diré alguna tontería.)

[Lee para sí.]

Elisa. Ya lo he dicho: será en vano....

Frutos. ¡Temes que sea funesto
 don que viene de mi mano!

Elisa. No, señor.... (Hado tirano!)

Juana. Virgen del Pilar! ¿qué es esto!
 Señorita!.... Otra que tal!

Como este hombre he visto pocos.
Elisa. Pues ¿qué?...
Juana. Deja á un hospital el resto de su caudal.
Elisa. ¿Qué dices!
Juana. Sí, al de los locos!
Elisa. ¿Cómo!....
Juana. Si esto se consiente.....
Elisa. No es posible.....
Juana. Como dos y tres.....
Elisa. Y no lo desmiente! Cielos!, ¿estará..... demente!
Frutos. No, Elisa. Pluguiera á Dios!
Juana. Sí, loco está, rematado; yo lo afirmo á su pesar; y es de amor!....
Elisa. ¿Quieres callar?
Juana. Y sólo quien lo ha inspirado es quien le puede curar.
Elisa. Juana!....
Juana. Sí.—Pobre señor!
Frutos. ¿No es un cargo de conciencia..... Breve será mi existencia, ya la consume el dolor, ya la acabe la demencia; y pues tan breve ha de ser, y sin que un solo placer temple mi mortal zozobra, ya de nada he menester: todo en el mundo me sobra!
Elisa. Viva usted!.... Yo se lo ruego.
Juana. Lo oye usted? (Este hombre es ciego!)
Frutos. ¡Yo vivir.....
Juana. (Y la otra, necia....)
Frutos. Cuando Elisa... Ay Dios!...
Juana. (Reniego...)
Frutos. Me aborrece y me desprecia!
Elisa. (Yo aborrecerle, buen Dios!)
Juana. No hay tal.
Elisa. (¡Decídselo vos que estais leyendo en mi alma!)
Frutos!....
Elisa!....
Frutos. (Qué calma!
Juana. Me desesperan los dos.)
 Mi señora.....
 [Elisa la hace señas para que calle.]
 Nada! Yo hablo.
 Porque el pudor no se asombre, por no soltar un vocablo ¿quiere usted matar á un hombre y que á usted la lleve el diablo? Basta que el honor lo vede, mi señorita no accede á dádivas de un querido, de un cortejo; pero puede recibirlas..... de un marido.
Frutos. ¿Cómo!...
Elisa. Ah!...
Juana. Ya he callado mucho.

No más! Si no desembucho, la garganta se me anuda y..... Mi señorita es viuda.
Frutos. Dios poderoso! ¿qué escucho!
Juana. Aquella carta.....
Frutos. Bien mio!
Juana. Decia que don Miguel ha muerto en un desafío.
Frutos. Perdona mi desvarío, mas no lloraré por él. Y lo callabas! ¡Oh ejemplo de noble delicadeza!
Juana. Admirado te contemplo..... Pues áun calla su nobleza otra verdad como un templo. Dudaba usted de su fe.....
Elisa. Juana, por Dios..... Qué martirio!
Juana. Pues ahí donde usted la ve tan modesta y tan....., yo sé que le ama á usted con delirio.
Frutos. ¿Será verdad, cielos!
Elisa. Oh!.....
Juana. Á mí me lo confesó allí en aquel aposento.
Elisa. Juana! Jesus!.... Pero.....
Juana. No?
Elisa. Pues dígame usted que miento. Qué he de hacer, pobre de mí, si me precio de sincera y tú me apremias así? Si te desmintiese á ti..... sería yo la embustera.
Frutos. Morir debe de placer quien tanta ventura alcanza.
 [Á Juana en voz baja.]
 Mas ¿la mamá.....
Juana. Murió, ayer hizo un año.
Frutos. (¡Esta mujer es la bienaventuranza!)
 Permite, hermoso portento, que postrándome á tus piés te ruegue.....
Elisa. [Deteniéndole.]
 No lo consiento.
Frutos. Oh Elisa! Oh gozo!....
Juana. Ya es inútil el testamento.
 [Lo hace pedazos.]
Frutos. Qué has hecho? ¡El pobre escribano.. Mas cumpliré mi promesa.— Y si merezco tu mano y no he sacudido en vano el pelo de la dehesa.....
Elisa. Primero exige de mí la religion un tributo.....
Frutos. Sí, el réquiem, el..... Pero di: ¿no me das el dulce sí para cuando pase el luto?

Elisa. Sí!

Frutos. Oh dicha!... Pero te advierto
que si pronto no convierto
en gala el paño mortuorio,
yo pasaré por el muerto
las penas del purgatorio.—
Aunque tenga antipatía
á la corte, si en desquite
tu mandato allá me guía,
no diré como aquel día:
«¡Belchite quiero, Belchite!»

Elisa. No. Contigo aldea ó corte,

todo es para mí lo mismo.
Sería mucho egoismo
alejar á mi consorte
de su pila de bautismo.

Frutos. [*Tomando afectuosamente la mano de
Elisa.*]

Tú..... y Belchite! Oh bendicion!
Colmada está mi ambicion.
Aquí, amorosa consorte,
tendrás, á falta de corte,
un templo en mi corazon.



LANCES DE CARNAVAL,

COMEDIA EN UN ACTO.

Estrenada en el teatro del Príncipe el 21 de Marzo de 1840.

PERSONAS.

CARLOTA.
JULIA.
RUIZ.

PERALTA.
ROMERO.
MÁSCARAS.

La escena es en Madrid. El teatro representa una pieza de descanso en un baile de máscaras.
Dos puertas; una á la derecha, otra á la izquierda.

ESCENA I.

RUIZ. ROMERO. PERALTA.

[Los dos primeros sin disfraz; el último con dominó y careta. Oyése á lo léjos la orquesta que toca vals.]

Peralta. ¡Aun no me habeis conocido y os hablo en mi voz usual!

Ruiz. Máscaras del sexo fuerte no me excitaron jamás deseo de conocerlas. Vete y déjanos en paz, ó quítate esa carátula..... si es decente tu cara natural.

Peralta. Ea pues, basta de broma.

[Desatándose la careta.]

Vosotros sois de fiar.....

Ego sum.

Ruiz y *Peralta!*
Romero. {

Peralta. El mismo.

Romero. Ya me ahogaba el tafetan. Tú en el baile! Pues ¿no estabas de guardia en el Principal?

Peralta. ¡Más bajo, no me descubran y lo sepa y me arreste el capitán! Me retiré de la guardia con un cólico mortal.....

Ruiz. Maula!

Peralta. Por no dar un susto á mi querida mitad, en vez de marcharme á casa viré de proa hácia acá, y ¡qué dicha! el aire libre de repente curó mi enfermedad. Dejo en casa de un amigo el traje de nacional y armamento y correaje, que estorban para bailar; el susodicho me presta pantalon, chaleco y frac, y provisto de un billete alquilo por un duro este disfraz; y pidiendo mil perdones al servicio militar, en este alcázar de Momo cuélome pián, pián, diciendo para mi sayo: si habia al fin de pasar la noche en vela, qué diantre! mejor estoy aquí que en el Vivac.

Romero. ¡Y tu mujer, solitaria en el lecho conyugal!

Peralta. Así ahorra pulmonías y yo me excuso el afán de celarla. Mujer propia, y bella, y de poca edad, es otra guardia peor, porque el diablo anda listo en Carnaval.

Romero. Y tú no pierdes un baile!

- Ya que eres tan suspicaz,
no á aburrirse la condenes
en eterna soledad.
Le prohibes la careta,
y se la haces desear!
Peralta!, la privacion.....
- Peralta.* No se entiende con ella ese refran.
Es una infeliz mi Julia,
y no sería capaz.....
- Ruiz.* Pues yo tambien voy á echarte
un párrafo de moral.
No es justo que hombre casado
venga aquí sin más ni más
á no sacar nada en limpio
despues de revolver el palomar.
- Peralta.* ¿Y qué diremos de ti,
que andas haciendo el galan
mariposa, cuando tienes
dada palabra formal
de casarte con Carlota?
- Ruiz.* No la he llevado al altar
todavía, y..... como es viuda.....,
ya ves, el equilibrio.....
- Peralta.* Perillan!

[*Á Romero.*]

Mas tú, que tanto blasonas
de indulgente y de jovial
con las damas, ¿cómo vienes
sin tu hermanita Pilar?

[*Cesa la música.*]

- Romero.* Hoy no ha querido venir.
Me ha dejado en libertad.
- Ruiz.* Oyes, Romero? La música
ha cesado y se aumenta el guirigay.
[*Cruzan máscaras de izquierda á derecha, y viceversa. Peralta se pone la careta.*]
- Vámonos hácia el salon.
- Peralta.* Yo me planto el antifaz.—
Supongo, Ruiz, que cenamos
los tres juntos.
- Ruiz.* Claro está.
Con dinero y ambigü
no hemos de pasarlo mal.
Si no nos protege Vénus,
consuélenos el vino de *Champañ.*
[*Al desaparecer por la izquierda los tres amigos llegan por la derecha Julia y Carlota; ésta con tontillo, erizon empolvado, &c., y Julia de valenciana.*]

ESCENA II.

JULIA. CARLOTA.

- Julia.* Sentémonos un instante.
[*Se sientan.*]
- Carlota.* No te divierte la bulla?

Julia. ¿Cómo hay cabeza que aguante
tanto ruido y tanta pulla?

Carlota. No hay alma que no se rinda
á esa cintura galana.
No me admiro. ¡Estás tan linda
vestida de valenciana!

Julia. Bien me están saya y justillo.
Nada tuve que estrechar.

Carlota. Y á mí, clavado el tontillo
que me ha prestado Pilar;
y no es maravilla, pues
para ahorrar tiempo y costura
allá nos vamos las tres
en carnes y en estatura.

[*Dejan de pasar máscaras.*]

Julia. La careta me sofoca.

Carlota. Pues sola esta pieza está,
descubrámonos.

[*Se quitan las caretas. Julia se la acerca continuamente al rostro, como temiendo ser sorprendida.*]

Julia. ¡Qué loca,
qué loca he sido!

Carlota. Bah, ba!

Julia. ¡Venir aquí sin permiso
de Peralta!

Carlota. Pues cruel
siempre lo niega, preciso
ha sido venir sin él.

Julia. Aunque tu amistad me aplaude,
es un crimen á mi juicio.....

Carlota. Crímen!....

Julia. Hacerle este fraude
cuando él está de servicio.

Carlota. Pasaréis la noche en vela
los dos.

Julia. No es lo mismo, no,
que el pobre hará centinela
mientras me divierto yo.

Carlota. Ó junto al fuego en tertulia
olvida el frio y el lodo.

Los hombres, querida Julia,
sacan partido de todo.

Qué! una noche y otra noche
dejará tu lecho viudo,

y en traje, en cena y en coche
gastará el último escudo;

¡y ántes que llegue Ceniza
tú no has de bailar ¡gran Dios!

con saya y cara postiza
una contradanza ó dos!

Julia. Es inocente mi ardid;
no faltará á mi deber;

mas si lo sabe Madrid.....

Carlota. Eh! quién te ha de conocer?

Sin hacer un contrabando,
mientras guarda tu marido

la capital, ¿cómo ó cuándo
pudieras haber venido?

Ea, no te pongas triste.

Julia. De mi locura me espanto;

pero ¡tanto me dijiste....
Carlota. (¡Y era su deseo tanto....)
 La culpa fué mia, sí,
 pero si ya no hay remedio,
 ¿habremos venido aquí
 para morirnos de tedio?
 Tu careta, al fin, no esconde
 ningun criminal deslíz....
 Mas, á todo esto, ¿por dónde
 andará el bribon de Ruiz?
 Le vi, al entrar, de bracero
 con una de dominó,
 pero cruzó un aguacero
 de gente, y se escabulló.
 Él de baile y yo sin él!
Julia. Como te fingiste mala....
Carlota. No es marido, y ya es infiel!
 Ay, Julia! Si ahora resbala....
Julia. No juzgues tan de ligero....
Carlota. Verle aquí es mala señal.
 ¡Y me jura el embustero
 tanto amor!.... Sí, á mi caudal.
Julia. Á veces los hombres tienen
 ciertos compromisos....
Carlota. No,
 no abones....
Julia. Máscaras vienen.
 [Cruzan varias parejas hasta el fin
 de la escena.]
Carlota. Sí.
Julia. Tapo la cara.
Carlota. Y yo.
 [Vuelven á ponerse las caretas y si-
 guen hablando en voz baja.]

ESCENA III.

CARLOTA. JULIA. RUIZ. PERALTA.

Ruiz. Ya que he endosado á Romero
 la plepa del dominó,
 que se ha propuesto cansar
 á todo bicho varon,
 veamos por estas piezas
 si sopla viento mejor.
Peralta. [Aparte con Ruiz.]
 Mira allí un par de individuos....
Ruiz. De buen trapío las dos.
Carlota. [Aparte con Julia.]
 Ah!.... Mírale. Pues ahora
 no se escapa.
Peralta. Salvo error,
 es buen ganado.
Carlota. Nos mira....
 Me habrá conocido?
Ruiz. Voy

á probar fortuna.
Peralta. Vamos....
 [Se acercan á Carlota y Julia. Ellas
 se levantan.]
Carlota. (Disimulando la voz....
 Probemos.)
 [Mudando la voz.]
 ¿Cómo tan solo,
 insigne Ruiz?
 [Peralta habla en voz baja á Julia,
 que apenas responde.]
Ruiz. El calor....
 Me conoces segun eso?
Carlota. Sí, querido.
Ruiz. Yo me doy
 mil parabienes....
Carlota. Y tú,
 me conoces á mí?
Ruiz. No.
Carlota. No es mucho. Llegué á Madrid
 hará mes y medio, ó dos....
Ruiz. Eres forastera?
Carlota. Sí.
Ruiz. De dónde eres?
Carlota. De Ripoll,
 de Valladolid, de Cádiz....
 Qué importa de dónde soy?
 [Siguen hablando en voz baja.]
Peralta. [Mudando la voz.]
 Cuidado si eres lacónica!
 Sí—no—sí—no—¿qué se yo....
Julia. [Mudando la voz.]
 ¿Qué más he de responder
 á una careta?
Peralta. ¡Por Dios,
 que la reflexion es cuerda!
 Por cierto lance de honor
 cubierta llevo la cara,
 pero si me alumbra el sol
 de la tuya....
Julia. No. Es muy fea.
 Mejor es la de carton.
 [Siguen hablando aparte.]
Ruiz. Mas si no eres de Madrid,
 cómo me conoces?
Carlota. Oh!
 y mucho. Los buenos mozos,
 y los tunos, pronto sois
 conocidos.
Ruiz. Muchas gracias.
 Un favor y un disfavor.
 ¿Puedo ofrecerte mi brazo....
Carlota. [Tomándolo.]
 Á un caballero de pro
 no se desaira.
Peralta. [A Julia.] Supuesto

que tú has quedado de non,
 [Ofreciéndola el brazo.]
 aceptas?

Julia. [Tomándolo despues de dudar un momento.]
 Vaya.
Ruiz. (Es divina!)
Peralta. (Qué garbo tan español!)
Carlota. (Bien va, que no me conoce.)
 [Hablan aparte Carlota y Ruiz.]

Peralta. Ay valenciana! Ni Alcoy ni Orihuela han producido fadrina de más primor. Eres la gala del Turia, eres la flor del limon.....

Julia. Aún me vas á comparar con las chufas y el arroz.

Peralta. Si quieres ser mi pareja, bailemos un rigodon.

Julia. Gracias.....
 [A Carlota al oido.]
 Qué haré?
Carlota. [En voz baja.] Sí, sí; baila. Aquí esperamos.
Julia. Estoy temblando.....
Carlota. Eh! guarda el incógnito y baila sin aprension.
 [En alta voz.]
 Sí, mamá te lo permite; pero..... ¡juicio!

Peralta. Qué! ¿sois vos la respetable mamá.....

Ruiz. No seas bobalicon. ¡Mamá, y tendrá cuando mucho diez y nueve!

Carlota. No, señor, que cumplí sesenta y cinco por la Virgen de la O.

Peralta. Vamos. Ya van á bailar.....

Julia. Vamos..... (Perdóneme Dios.)

ESCENA IV.

RUIZ. CARLOTA.

Ruiz. Como soy que no comprendo por qué te dedicas hoy á ser vieja.

Carlota. Si lo soy!..... El traje lo está diciendo.
 [Tocan dentro rigodon.]

Ruiz. El traje es todo ficcion.

Carlota. Como de esas hallarás que por disfrazarse más

Ruiz. se visten de lo que son. Tu lindo pié me alborozá; ese cuerpo es un tesoro, y en fin, máscara, te adoro....., seas vieja ó seas moza.

Carlota. Sin ver mi fe de bautismo!

Ruiz. Veo tus ojos serenos.....

Carlota. Á diez ó doce lo ménos habrás dicho ya lo mismo.

Ruiz. No creas tales patrañas. Cuando una vez me declaro.....

Carlota. Y con el mismo descaro á ellas y á mí nos engañas.

Ruiz. Aunque tengo mala nota, me precio de fiel.

Carlota. Sin duda. Sólo quieres tú á la viuda.....

Ruiz. (Cielos!....) Qué viuda?

Carlota. Carlota.

Ruiz. Carlota..... (Si será ella? No puede ser. Qué locura! Se acostó con calentura.....)

Carlota. (Á ver por dónde resuella?)

Ruiz. (Ni ella haria estos enredos... Bah! Y es más alta y más gruesa. Lo ménos le lleva á esa..... Sí, de tres á cuatro dedos.)

Carlota. (¡Conciencia, cómo remuerdes al culpado!)

Ruiz. (Ni por sueño! El pié de esta es más pequeño; sus ojos tiran á verdes.....)

Carlota. Te has turbado! No me asombro, que al oír nombrar la viuda.....

Ruiz. No tal. (Y tiene, no hay duda, más distancia de hombro á hombro.) Mas ¿quién, máscara, te dió sobre mí tantos informes, si ayer llegaste del Tórmes, del Tajo ó de qué sé yo?

Carlota. ¿Y no sabes, camarada, que por diferentes modos en Carnaval salen todos los trapos á la colada?

Ruiz. Però en verdad yo no sé, si ántes me hablaste sincera, cómo siendo forastera.....

Carlota. Lo seré..... ó no lo seré. Tu candor me hace reir. ¿No sabes, pobre veleta, que me ha dado esta careta licencia para mentir?

Ruiz. Jesus! Mentir una bella!....

Carlota. Con careta!... No te asombres, que á todas horas los hombres estais mintiendo sin ella.

Ruiz. Y vosotras? En el aire las urdis cuando os conviene. (Qué diferencia! Esta tiene más talento y más donaire.)

Carlota. Mas la viuda ¿es en efecto tu novia?

Ruiz. Hasta cierto punto.....

- No diré..... Pero es asunto que...Una idea...Así...Un proyecto... Pero ¿es posible, mi amor, que esa cara no he de ver? Muéstrala.....
- Carlota.* No puede ser. (Ahora le clavo mejor.) Si me ves, no me querrás.
- Ruiz.* Ah! Te juro por mi fe.....
- Carlota.* Sí? Vaya! Te enseñaré la barbilla..... y nada más.
- [*Levántase un poco el tafetan de la careta, descubre la barba, y en ella un lunar.*]
- Ruiz.* Ah qué linda! qué hechicera!.... Qué lunar!....
- [*Carlota deja caer el tafetan.*]
No tapes!
[*Carlota enseña otra vez el lunar y vuelve á taparse.*]
Oh!....
- Carlota.* Ya basta.
- Ruiz.* (Bien dije yo que no era Carlota.)—Espera! No me seas tan avara. Alza más.
- Carlota.* No. Sé de cierto que vas á caerte muerto si enseño toda la cara.
- Ruiz.* De gozo y de amor sin duda.
- Carlota.* Tal vez..... No diré que no. No cambio mi cara yo por la cara de la viuda.— Mas perdona lo que he dicho. Es tu novia.....
- Ruiz.* Qué locura! Ella, así se lo figura. Ha dado en ese capricho!
- Carlota.* (Traidor!)
- Ruiz.* Como soy galante, le suelo decir por broma algun requiebro; y lo toma como dinero contante! Es viuda..... y sería mengua buscar yo ajenos despojos.
- Carlota.* (Y no le saco los ojos! Y no le arranco la lengua!) Pues se dice que le has dado palabra de casamiento.....
- Ruiz.* Sin duda fué en un momento de aberracion.....
- Carlota.* (Qué malvado!)
- Ruiz.* Y como tú te humanices, tal me prenda ese gracejo, que á fe de quien soy la dejo con un palmo de narices.
- Carlota.* (Infamel!...) Mucha ventura, lo confieso, mucha gloria me diera alcanzar victoria de tan divina hermosura.
- Ruiz.* No tal. Presume—; qué error!— ser la octava maravilla, pero es..... tal cual, medianilla....., y aún la hago mucho favor.
- Carlota.* Sí, medianilla..... (Hombre vill!)
- Ruiz.* Y necia.....
- Carlota.* Es mucho trabajo! (Me pondrá si no le atajo como hoja de perejil.) Yo escarmiento en su derrota. Si hoy me decido por ti, mañana dirás de mí lo que dices de Carlota.
- Ruiz.* No me des tu corazon hasta probar mi firmeza; pero, por algo se empieza. Dame tiempo y ocasion.....
- Carlota.* Cómo?
- Ruiz.* Sepa yo quién eres.....
- Carlota.* Te hará mi careta el bu mientras yo dude si tú me quieres ó no me quieres.
- Ruiz.* Bien, yo haré vida de fraile, mas si la cara me escondes.....
- Carlota.* [*Dudosa.*]
(Me descubro?....)
- Ruiz.* No respondes!
- Carlota.* (No. Cuando concluya el baile.) Voy á darte esta pulsera.....
- [*Va á quitársela y no acierta.*]
- Ruiz.* Entendido; y fiel y tierno yo iré aunque sea al infierno á buscar la compañera. Ahora falta que me cites.....
- Carlota.* Aquí te veré otra noche.— Jesus!
- Ruiz.* Se rebela el broche? Le haré obedecer.—Permites?
- Carlota.* Fuerza será.
- Ruiz.* [*Buscando el resorte que sujeta la pulsera.*]
Con la piel del guante.....
- Carlota.* Ea!.... Sin sobar!
- Ruiz.* Ya está.
- [*Al desprender la pulsera se arruga el guante y queda descubierto un lunar.*]
- Ay cielo! ¡Otro lunar..... tan gracioso como aquel!
- Carlota.* Qué curioso! (Nada importa. Por él no sabrá quién soy. La primera vez es hoy que me ve de manga corta.)
- Ruiz.* [*Después de haber besado y guardado la pulsera.*]
Qué delicia! qué embeleso!

Él solo me hiciera amante.....

[*Carlota se compone el guante.*]

No le eclipses con el guante!
Déjame estampar un beso.....

Carlota. [*Desviando el brazo.*]

Quieto! Esa es ya mucha audacia.
Mira que me vuelvo atras
si intentas.....

Ruiz. No lo haré más.

Quiero conservar tu gracia.

Carlota. No es harto ya el brazalete?

Ruiz. Oh! sí, sí; y á fe de hidalgo
juro..... Quieres tomar algo?

Carlota. Gracias.

Ruiz. Siquiera un sorbete.

Carlota. (Ay! ¡Harto lo necesito,
que estoy abrazada!)

Ruiz. Ven;

ó lo tomaré á desden.....

Carlota. No tengo sed ni apetito.

[*Cesa la música.*]

Ruiz. Pero, al ménos, unas yemas.....

Carlota. (Por respirar.....) Vaya, sí.

Ruiz. Vamos.....

Carlota. [*Sentándose.*]

No. Me quedo aquí.

Ruiz. Pero ¡no te irás!

Carlota. No temas.

ESCENA V.

CARLOTA.

[*Luégo que desaparece Ruiz por la izquierda se alza el tafetan de la careta para respirar.*]

Ah! No sé cómo he podido
reprimir mi justo enojo.
¡Para la necia que fie
en hombres!.... Así son todos.

[*Vuelven á atravesar el teatro algunas parejas, y llegan por la derecha Peralta y Julia. Carlota se cubre.*]

ESCENA VI.

CARLOTA. PERALTA. JULIA.

Julia. [*Sentándose junto á Carlota. Peralta se sienta al lado de Julia.*]

Cómo tan sola? ¿Se fué
tu pareja?

Carlota. Vendrá pronto.

Julia. [*Aparte las dos.*]

Qué tal?

Carlota. Estoy sofocada.

Julia. Es un fementido, un monstruo.

Y este un moscon tan pesado.....
Me tiene ya hasta los ojos.

Peralta. [*Á Julia.*]

Vuelvo á decir, y van siete,
que con el alma te adoro.

Julia. Vuelvo á decir que no gastes
en vano el tiempo, y van ocho.

Peralta. ¡Pero, hija..... (Huele que soy
marido, y no haré negocio.)
Habla francamente. ¿Estás
comprometida con otro?

Julia. Tal vez.

Peralta. Y te deja sola!

Véngate de su abandono.

Julia. Bien lo merece, mas yo
soy quien soy.

Peralta. Di, y el dichoso
¿es amante, ó es marido?

Julia. Qué lindo interrogatorio!

Éres tú mi confesor?

Peralta. Al contrario, dueño hermoso.
Penitente soy de amores
que pide un *ego te absolvo*.

ESCENA VII.

CARLOTA. PERALTA. JULIA. RUIZ.

Ruiz. [*Con un cucurucho de dulces.*]

(Allí está. No me ha engañado.
Vine, vi, vencí! Qué gozo!)

[*Sentándose al lado de Carlota.*]

Toma dulces, amor mio.

Carlota. No tantos. Con uno solo.....

Ruiz. Melocoton, ó ciruela?
Limoncillo, ó cinamomo?

Carlota. [*Tomando un dulce.*]

Cualquiera.

Ruiz. Cualquiera de ellos
será amargo.....—vaya este otro—,

[*La hace tomar otro dulce.*]

comparado con tu boca.

Carlota. Qué sabes tú?

Ruiz. Lo supongo.

[*Ofreciendo dulces á Julia.*]

Valencianita pulida,
con permiso de tu socio.....

Julia. Gracias.

Ruiz. Siquiera una yema.....

Julia. [*Tomando un dulce.*]

Por cortesía la tomo.

Peralta. Esta perita por mí,
 [Bajando la voz.]
 ya que yo las pido al olmo!

Julia. [Tomándola.]
 Vaya, porque no te ofendas.

Peralta. [Á Ruiz que retiraba el cucurucho.]
 Eh! yo tambien soy goloso.
 Contribuye.
 [Ruiz le deja tomar dulces.]

Carlota. [Aparte con Ruiz.]
 Quién es ese?

Ruiz. Un forastero. En Logroño
 le conocí.

Carlota. Forastero!
 Pues ¿por qué se cubre el rostro?

Ruiz. Sin licencia de sus jefes
 ha venido aquí de incógnito
 unos dias.....

Carlota. [Levantándose, y todos hacen lo mismo.]
 Si nos dáis
 permiso, iremos un poco
 al tocador.

Ruiz. Es muy justo.....
 [Bajando la voz.]
 Dónde te espero, pimpollo?

Carlota. En el salon nos veremos.

Peralta. Yo la licencia os otorgo,
 mas, primero, prometedme
 que cenareis con nosotros.

Carlota. Mucho exigis.

Julia. Yo no cenó.

Ruiz. Sí, sí. Es preciso.

Peralta. Es forzoso.

Julia. Qué porfía! No es posible.
 [Saca el pañuelo y deja caer una tar-
 jeta de hoja de lata de las que dan en
 los guarda-ropas de los bailes públicos.]

Peralta. ¿Te lo rogaré de hinojos.....

Julia. Ah!

Peralta. [Recogiendo la tarjeta.]
 Bueno! Yá hay prenda!

Julia. Máscara!

Oye!

Carlota. Qué es eso?

Ruiz. ¿Qué.....

Julia. Un robo!

Dame.....

Peralta. [Tomando del brazo á Ruiz.]
 Luégo.

Ruiz. Pero.....

Peralta. Vamos.

Soy feliz!

Julia. Oye!....

Peralta. Soy sordo.
 [Vase corriendo y llevándose del brazo
 á Ruiz.]

ESCENA VIII.

JULIA. CARLOTA.

Julia. Ay, Carlota de mi vida!

Carlota. Qué fué?

Julia. Soy perdida!

Carlota. ¿Cómo.....

Julia. La tarjeta de las capas!

Carlota. Por vida de los demonios!....
 Y no te acuerdas del número?

Julia. Si no lo miré! Yo corro
 en busca.....

Carlota. Tente! ¿Qué harás
 con armar un alboroto?

Julia. Dices bien.—Pero, ya dueño
 de la tarjeta, no logro
 zafarme de él; y es capaz
 de embargar nuestro envoltorio,
 y ¡ya ves tú qué fatales
 consecuencias.....

Carlota. En un sorbo
 de agua te ahogas. Querrá
 obligarnos de ese modo
 á que aceptemos la cena;
 mas pensar, ni por asomo,
 que quiera comprometerte.....

Julia. ¿Qué sé yo..... No le conozco.

Carlota. Pero es amigo de Ruiz,
 y basta. Yo te respondo
 de que él no consentirá
 una bastardía. Es loco,
 pero es caballero.

Julia. ¡Ay baile,
 baile! Qué caro te compro!

Carlota. No llores. Recobrarémos
 la tarjeta. Yo lo tomo
 á mi cargo.

Julia. ¿De qué suerte.....

Carlota. ¿Han de saber esos tontos
 más que yo? Ven, que me ocurre
 una idea.....

Julia. Dios piadoso!

Carlota. Al tocador. Ya no es tiempo
 de lágrimas y sollozos.
 Lloren ellos, pese á su alma!

Julia. Ah!

Carlota. Ven, y siga el embrollo.
 [Vanse por la derecha. Á este tiempo
 cruzan en la misma direccion dos ó
 tres parejas y detras de ellas aparece
 Romero. Vuelve á oirse la música.]

ESCENA IX.

ROMERO.

Las dos serán....

[Mirando el reloj.]

Poco falta.

Hora de cenar es ya;
mas ¿qué diablo me dirá
dónde están Ruiz y Peralta?
Cansado de que me embromen
y cansado de embromar,
sólo quiero ya terciar
con las máscaras que comen.
Buen salmon, buena perdiz
valen más que las caricias
anónimas de una.... Albricias!
Aquí están Peralta y Ruiz.

ESCENA X.

ROMERO. PERALTA. RUIZ.

Ruiz. Aquí está; ya pareció.
Qué tal, Romero? Qué has hecho?
Cuenta.....

Romero. Nada de provecho.

Ruiz. Pues yo estoy en grande.

Peralta. Y yo.

Romero. Decidme.....

Ruiz. Vale un Perú
de la planta al colodriilo
mi máscara de tontillo.

Romero. Guarda, no lo seas tú!—
Y Peralta?

Peralta. (Si le digo
que he llevado calabazas,
me pondrá en la calle mazas.)
Qué valenciana! Ay amigo!
No la hay más bella en la corte,
y tan amable.....

Romero. Bah, ba!....
Probablemente será
mejor que ella tu consorte.

Peralta. No tiene Julia aquel brio.....—
que lo diga Ruiz, que falle!—
ni aquel regalado talle
que ha robado mi albedrío.
Cada forma es un portento
y maravilla el conjunto.
Qué ojeles! Es mucho asunto.
Pero ¡qué pié! Es mucho cuento.
Y la cara?

Peralta. Linda! guapa!

Romero. La ha mostrado?

Peralta. No. Despues.....
Mas lo adivino al traves
de la seda que la tapa.

Romero. Cuando venza su esquiviez

y á ver su semblante llegues.....
mucho temo no la ruegues
que se lo tape otra vez.

Ruiz. Más indulgente la mia,
me ha enseñado.....

Romero. Qué?

Ruiz. La barba,
y en ella un dije....; una parva
materia..... Qué monería!

Romero. Ya te contemplas feliz
porque has visto esa bicoca.
¿Y si es de lobo la boca
y de yegua la nariz?

Ruiz. Imposible! Es hechicera.—
Desbancará á la viudita.

Romero. Sí?

Ruiz. Ya me ha dado una cita,
y en prendas una pulsera.

Romero. Cita y pulsera? Qué ganga!

Ruiz. Me ama ya con desatino.

Peralta. Anda amor mucho camino
en noches de mojjiganga.
Á las once en San Ignacio
(mintamos otro poquito)
citado estoy..... Pero ¡chito!
Ya os lo contaré despacio.

Romero. Sí; vamos al ambigü.
Allí escucharé tu cuento.

Ruiz. ¿Tan pronto!

Romero. No me alimento
de ilusiones como tú.

Peralta. Ahora hay mucha trapisonda
allí. Deja que primero
hable á esas niñas, y espero
llevármelas á la fonda.

Romero. Bien, mas si aprieta la gana,
me obligaréis á que cene
solo.

Peralta. Calla, que ya viene
mi donosa valenciana.

ESCENA XI.

RUIZ. PERALTA. ROMERO. CARLOTA.

Carlota. [Con el traje que llevaba Julia.]

(Aquí está. Haré lo posible
por recobrar la tarjeta.)

Peralta. [Acercándose á Carlota.—Ruiz y Ro-
mero hablan aparte.]

Valenciana de mis ojos,
ya me mataba tu ausencia.

Carlota. ¿Tan grande es tu avilantez
y tan poca tu vergüenza
que sin traer en la mano
aquella robada prenda
vienes á hablarme?

Peralta. De poco,
linda máscara, te quejas.

Tú me has salteado el alma.....
y lo llevo con paciencia.

Ruiz. [Acercándose.]
Valencianita, ¿qué has hecho
de tu hermosa compañera?

Carlota. En el tocador quedaba.....

Ruiz. [Á Romero.]
Esperemos á que venga.

[Pasea y habla aparte con Romero
hasta el fin de la escena. Cesa la música.]

Carlota. No es acción de caballero
apoderarse.....

Peralta. Son tretas
de Carnaval.

Carlota. ¿Y qué fin
te propones.....

Peralta. Que me quieras.

Carlota. Nunca lograrás mi amor
si tales medios empleas.

Peralta. Luego por otros caminos.....
quizá.....

Carlota. Mientras no me vuelvas
la tarjeta numerada,
no te canses. Tendré orejas
de mercader.

Peralta. ¿Te figuras
que pienso hacer almoneda
con vuestras capas?

Carlota. No tal.
Ya sé la intención que llevas;
mas primero perderemos
las capas, aunque son nuevas,
que aceptar á la salida
tu brazo en rescate de ellas.

Peralta. Ah cruel!

Carlota. Más lo eres tú,
que por de pronto me obsequias
con la plácida esperanza
de una pulmonía.

Peralta. Oh! muera
mil veces yo.....

Carlota. Concluyamos.
Ó me das la contraseña.....

Peralta. ¡Eres tan ejecutiva.....

Carlota. [Con tono sentimental.]
Ó ¡adios para siempre!

Peralta. [Deteniéndola.] Espera.—
Capitulemos.

Carlota. Veamos.
Segun y conforme sea
el protocolo.....

Peralta. Cenemos
cada cual con su pareja.

Carlota. Es imposible. Nos vamos
á marchar. Tenemos prisa.

Peralta. Tan pronto!

Carlota. Pero otro día

nos veremos.

Peralta. Ay! promesas
de Carnaval.

Carlota. Mi palabra.....

Peralta. No te creo con careta.
Mientras no vea ese bello
rostro, no suelto la presa.

Carlota. (Qué haré? Julia está clamando
por marcharse. Será fuerza.....)

Peralta. Resuelve.

Carlota. (Probablemente
aunque la cara me vea
no sabrá quién soy.)

Peralta. Qué dices?

Carlota. (Peor será si se empeña.....)

Peralta. (Duda? Ya es mia.)

Carlota. Primero
será razón que yo sepa
qué especie de ave nocturna
eres tú.

Peralta. Si lo deseas.....
(Algo hemos de aventurar.....
Llegó el momento de prueba.)
Dónde ha de ser el careo?
Aquí mismo?

Carlota. En otra pieza.
Aquí hay testigos.....

Peralta. Sí.—Estoy
por las sesiones secretas.

Carlota. Primero me has de jurar
ser mudo como una piedra
si me conoces.

Peralta. Yo exijo
de ti la misma fineza.

Carlota. Conformes.

[Llega Julia por la puerta de la derecha.]

Ruiz. [Á Romero.] Ya la tenemos
aquí. Mira!.... Es una perla.

ESCENA ÚLTIMA.

PERALTA. CARLOTA. RUIZ. ROMERO. JULIA.

Ruiz. [Acercándose á Julia seguido de Romero.]
Ya tu tardanza.....

Romero. ¿Qué veo!
Mi hermana! ¿Es posible.....

[Peralta y Carlota, que iban á salir,
se detienen. Julia se presenta con el
traje que llevaba Carlota.]

Ruiz. Quién?
Tu hermana Pilar! ¿Estás
en tu juicio?

Romero. Sí, ella es.

Carlota. (Otro apuro!)
Julia. No soy yo
 quien piensas. Mírame bien.
Romero. Sí, tú eres Pilar. Inútil
 es fingir la voz. Infiel!
 Yo reconozco tu talle,
 tu modo de andar, tu pié.....
 Así se engaña á un hermano?
Carlota. (Qué babiecas son los tres!)
Julia. Vaya que es fuerte manía!
 ¿Acaso no puede haber
 dos damas del mismo talle!
Romero. Y el vestido?
Ruiz. Bien; y qué?
 La misma modista pudo
 hacer otro, y otros diez
 en tela y hechura iguales,
 y donde hay tanto almacen.....
Romero. Ese no es traje alquilado.
 Miren si yo lo sabré!
 ¡Santo Dios, el venerable
 tontillo de doña Ines
 Sainz de Avendaño, mi abuela,
 que fué la misma honradez,
 hoy es cómplice de intrigas
 y de liviandades!
Ruiz. ¡Ten
 la lengua.....
Romero. [Á Julia.] ¿No me dijiste,
 falsa y traidora mujer,
 que hoy no venías al baile?
 Y yo te creí! Sandez!....
 ¿Me he negado yo jamás
 á traerte..... Ya se ve,
 viniendo en mi compañía,
 ¿cómo dieras á un doncel
 pulseras, citas de amor.....
Julia. [Yéndose. Romero la detiene asiéndola
 de la mano.]
 Ya basta de chanza.....
Romero. Ven.
 No te escaparás!
Ruiz. ¡Romero,
 mira lo que haces! No sé
 si esta señora es tu hermana
 ú otra dama; pero á fuer
 de caballero leal
 juro que no sufriré
 que la ofendas.
Peralta. Yo tampoco.
Romero. Es mi hermana; soy su juez;
 lo oís?, y sólo á un marido
 mi autoridad cederé.
Julia. (¡Dios mio, si ahora se empeña
 en que me case con él.....)
Ruiz. No en comedia de Moreto
 se convierta el entremes.
 Suspirar por una máscara,
 idolatrarla...., está bien;
 pero casarse con ella,
 salga rana ó salga pez.....
Romero. Pues te has de batir conmigo

como no digas amén;
 que la pulsera y la cita.....
Carlota. Escuchadme! Ella no fué
 la de la cita.
Ruiz. Pues ¿cómo.....
Carlota. ¿Qué viste bajo la piel
 del guante izquierdo.....
Ruiz. Un lunar
 delicioso que en la tez
 de su brazo alabastrino.....
Carlota. [Descubriendo el brazo de Julia.]
 Aquí no hay lunar. Lo ves?
Ruiz. Sois brujas? Pues yo lo vi.....
Carlota. En mi brazo; no en aquel.
 [Enseñando su brazo.]
 Míralo bien. No es postizo.
Ruiz. No! Á ver el otro?
 [Carlota le enseña el lunar de la
 barba.]
 Doy fe.
Peralta. Luego ¿cambiasteis de traje?
Carlota. Claro está.
Peralta. Ni Lucifer
 inventara.....
 [Á Julia.]
 ¿Y eres tú
 la valenciana cruel
 que á mis ternezas opuso
 tan temerario desden?
Julia. La misma.
Peralta. Amigo Romero,
 si del triunfo me jacté
 fué por vanidad ridícula.
 Aunque luego me silbeis,
 yo lo confieso. No sufra
 la nieta de doña Ines
 por mi causa.
Carlota. Si no es ella!
 Me prestó su traje ayer.....
Romero. Fácil es acreditarlo.
 Se quita en un santiamen
 la carátula.....
Julia. Ah! No! No!
Romero. Eh? Qué más prueba quereis?
 Pues bien; no te suelto ya
 aunque te defienda un tren
 de artillería.
Peralta. Pero ¡hombre!
 la vas á comprometer
 si es otra y tiene motivo
 para ocultarse. Tal vez
 será casada.....
Julia. (Buen Dios!)
Romero. Nadie lo sabrá despues,
 si es cierto lo que presumes.
 Caballeros de honra y prez,
 guardaremos su secreto.
Ruiz. Sí; yo lo juro. Ea, pues,
 alza ese velo, alma mia,

y amanezca el rosicler
de tu cara.

Carlota. [Al oído.] No hay recurso.
La necesidad es ley.

Peralta. Si revelas tu secreto,
lo sabremos sólo tres;
si te obstinas en negarlo
Madrid y Carabanchel
lo sabrán. Ea, hija mía!
Todos hemos menester
indulgencia: todos somos
pecadores. Yo también
no sin razón puse funda
á mi cara de pastel.

Romero. Acabas?

Julia. Bien; á uno solo
mostraré mi rostro.

Ruiz. Á quién?

Julia. Á ti no.

Romero. Y á mí?

Julia. Tampoco;
que los dos me conocéis.

Peralta. Luego soy yo el preferido?

Julia. Te inspiro más interés
que á ellos, y me parece
que eres más hombre de bien.

Ruiz. Juicios temerarios!

Peralta. Vamos.....
Yo el ejemplo te daré.....

Carlota. [Al oído á Julia.]
Qué dudas? Es forastero.
Cómo te ha de conocer?

Julia. Si Romero se conforma.....

Peralta. Sí hará, que soy el más fiel
de sus amigos.

Romero. (Bien. Luégo
yo sabré lo que he de hacer.)

Peralta. [Desatando las cintas de su careta.]
Ea, simultáneamente
nos descubriremos; eh?
Ven á este lado.....

[Se la lleva hácia el foro.]

Julia. [Desatando su careta sin separarla
del rostro todavía.]
(Yo tiemblo
de la cabeza á los pies.)

Romero. (No me daré por vencido
si mis ojos no la ven.)

Peralta. Buen ánimo! Á una!

[Se descubren á un tiempo los dos.]

Julia. Cielos!

Peralta. Mi marido!
Mi mujer!

[Romero y Ruiz sueltan la carcajada.]
Pérfida!

Carlota. (Lance fatal!)

Peralta. Venirte al baile sin mí!

Julia. Mal soldado! ¿Se hace así
la guardia del Principal?

Peralta. ¿Aún me reconvienes, falsa! —

[Á Romero y Ruiz.]

Esa risa me revienta.
Lo entendéis?

Ruiz. Sal y pimienta,
como hay Dios, tiene la salsa.

Carlota. Hombre inicuo.....

Peralta. Voto á briós!....

Carlota. Que á tu mujer desamparas,
ahora que os veis las caras,
quién pecó más de los dos?

Romero. Tú predicaste indulgencia.....

Ruiz. Hijo, quien las da la toma.

Peralta. (Habré de tomarlo á broma
y escarmentar, y..... ¡paciencia!)

[Á Julia.]

Quando desdeñosa y triste
no hacías caso de mí
ni de mis lisonjas, di
la verdad: me conociste?

Julia. No.—Pero tú, mal marido,
¿me hubieras hecho, traidor,
tantas protestas de amor
si me hubieras conocido?

Peralta. [Con fervor.]
Es que eres muy linda! Cáscaras!

Julia. Oiga!....

Peralta. El que quiera saber
lo que vale su mujer,
llévela á un baile de máscaras.

Julia. Conque..... ¿me perdonas?

Peralta. [Abrazándola.] Sí.

Ruiz. Bravo!

Peralta. Y la enmienda te ofrezco,
porque sólo así merezco
que me perdones tú á mí.

Ruiz. Para cantar aleluya
sólo estorba ya *inter nos*.....

[Á Carlota.]

una careta.

Carlota. Son dos!

Ruiz. Cuál es la otra?

Carlota. La tuya.

Ruiz. ¿Yo careta!

Peralta. ¡Ah, que yo ría
también!

Carlota. Y á mi cargo tomo
arrancártela.

Ruiz. Á mí? Cómo?

Carlota. [Descubriéndose.]
Quitándome yo la mia.

[Risotadas de Peralta y Romero.]

Ruiz. Es Carlota! (¡Se deshizo la boda!) Es particular.... Ese pícaro lunar de la barba.....

Carlota. Este es postizo.

Peralta. Bravo!

Carlota. Y ahora ¿á quién quieres?

Á la máscara, ó á mí?

Ruiz. Á la máscara y á ti.

Demonios sois las mujeres.

Carlota. Al ménos este demonio no te volverá á tentar.

Ruiz. Yo.....

Carlota. No me vuelvas á hablar de amor ni de matrimonio.

Ruiz. Perdona mi frenesí.

Me arrepiento, me desdigo.

Ya ves que sólo contigo

he pecado contra ti.

Carlota. No quiero yo, caro amigo, tener celos de mí misma.

¡ Vaya, armarian un cisma el contra mí y el conmigo!.... En fin, tal día hará un año. Te compadezco..... y me rio, y pues no ha sido tardío, bien haya mi desengaño!

Peralta. [Á *Ruiz.*]

Chico, te aconsejo.....

Ruiz. Qué? Qué?

Peralta. Que rias tambien.

Ruiz. [Con risa forzada.] Sí tal.

Ja, ja..... Vaya, el Carnaval tiene lances..... Je, je, je.....

Romero. Y á todo esto, no se cena?

Peralta. Sí, sí, vamos á cenar.—

Á mí me toca pagar,

[Besando la mano á *Julia.*]

porque estoy de enhorabuena.



PRUEBAS DE AMOR CONYUGAL,

COMEDIA EN DOS ACTOS.

Escrita para el Liceo de Madrid y estrenada en el mismo el día 8 de Abril de 1840.

PERSONAS.

PAULA. | D. AGUSTIN.
TERESA. | D. RAMON.
MARIANA. | D. CAYETANO.
UN QUÍDAM.

La escena es en Madrid. Sala en casa de D. Agustín medianamente amueblada. Dos puertas laterales: la de la derecha conduce á la antesala, y ambas á las habitaciones interiores. Entre otros muebles habrá una cómoda y una mesa con recado de escribir.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

PAULA. MARIANA.

[*Paula sentada, acabando de bordar una cartera. Mariana de pie quitándose la mantilla.*]

Paula. ¿Conque hoy mismo? De alegría no veo ya el abalorio.

Marian. Me han dicho en el escritorio que llegará á mediodía.

Paula. Ya dudaba ver el fin de ausencia tan dolorosa.

Marian. Ocho dias no son cosa.....

Paula. Quiero tanto á mi Agustín! Al que en triste soledad recuerda á su dueño amante le parece cada instante un siglo, una eternidad.

Marian. Ese pesar es muy justo. ¡Irse un marido á los tres dias de casado!

Paula. Pues!
Mira qué plato de gusto!
Mas don Braulio el fabricante,

le envió de pronto á Ucles comisionado y ¡ya ves!.... como el pobre está cesante..... No son de perder hoy dia cien duros.

Marian. Pero es fatal que al tálamo conyugal alcance la cesantía.

Paula. Ya le emplearán, lo espero, mediante la proteccion de su amigo don Ramon, que está ahora en candelero. Y si no logro esta dicha, ¡cómo ha de ser! Fiel esposa, me reduciré gustosa á sopas de ajo y salchicha.

Marian. Gran virtud es menester.....

Paula. No me distraigas. Quisiera acabar esta cartera.....

Marian. Le quiere usted sorprender?

Paula. Sí.

Marian. De realce dos palmas, y enlazados los dos nombres forman cifra.....

Paula. No te asombres.

Lo mismo están nuestras almas.

Marian. (En eso pone su ahinco: por lo demas no se afana.)

Paula. Ya sólo faltan, Mariana, cuatro puntadas ó cinco; y pues salgo más de prisa que imaginé con mi empeño, antes que venga mi dueño tiempo tengo de ir á misa.

Marian. Y sobrado.

Paula. Tráeme pues los guantes y la mantilla.

[*Suena dentro una campanilla.*]

Marian. Voy. Sonó la campanilla.

Paula. Mira primero quién es.

ESCENA II.

PAULA.

¡Virgen, si á la esposa tierna hoy vuelve sano y seguro, otra misa oír te juro descalza de pié y de pierna!

ESCENA III.

PAULA. D. CAYETANO. MARIANA.

Cayet. Vengo á ponerme á los piés de usted.....

Paula. Beso á usted la mano, amigo don Cayetano.

Marian. ¿Dejaré para despues.....

Paula. No, que si el tiempo no alcanza..... Perder la misa no quiero. Anda, que ese caballero es de toda confianza.

ESCENA IV.

PAULA. D. CAYETANO.

Cayet. No quisiera ni un momento incomodar.....

Paula. No..... Iba á misa.....

Cayet. Oh! es obligacion precisa.

Paula. Pero tome usted asiento.

Cayet. Gracias. (¡Rostro como el suyo.....) Qué borda usted, vecinita?

Paula. Una cartera.

Cayet. [*Acercándose á mirarla.*]

Es bonita.

Paula. [*Levantándose y dándole la cartera.*]

Ahora mismo la concluyo.

ESCENA V.

PAULA. D. CAYETANO. MARIANA.

[*Tras Mariana guantes, abanico y mantilla para su ama: ésta pone la almohadilla sobre la mesa.*]

Marian. Aquí está todo, señora.

Cayet. [*Mirando la cartera.*]

Exquisita es la labor.
Yo no he visto igual primor.
(Estoy por la bordadora.)
Es obra maestra!

[*Se la vuelve, y Paula la pone sobre la mesa.*]

Paula. Qué!

No tal. Usted me avergüenza.

Cayet. Y aquí forman una trenza

dos iniciales, A y P.

Muy bien! Agustín y Paula.

Recíproco amor lo exige.

(Qué linda! Si no transige, da conmigo en una jaula.)

Paula. Es un débil testimonio de mi conyugal afecto.

Cayet. Ah! bien dicen, el perfecto

estado es el matrimonio.

Sobre tan plácida union

no tienda Satan sus redes,

y Dios favorezca á ustedes con fruto de bendicion.

Paula. [*Ruborosa.*]

Vaya!.... Ponme la mantilla.

[*Juana se la pone.*]

Cayet. Un niño hermoso y robusto....; pero usted tendrá más gusto en que sea una chiquilla.

Paula. Haga Dios su voluntad.

Y usted, tan aficionado, no se casa?

Cayet. He tropezado con una dificultad.

Paula. Cuál?

Cayet. Señora, hay tanta maula!

Virtud, belleza, talento.....

Dónde sé halla ese portentoso?

Ah! dónde hallar otra Paula?

Paula. En cualquier parte. Es tan poco mi mérito.....

Cayet. Y en mis años, tras de tantos desengaños, casarme!.... No soy tan loco. Novio con el pelo gris no puede vivir tranquilo; que tiene el alma en un hilo y su honra pende de un tris. El dinero puede mucho

y, aunque de ello no me aplaudo,
con el oro que recaudo
puedo llenar un falucho;
pero placeres comprados
ya se sabe lo que son.
Las telas del corazón
no salen á los mercados.

Paula. No, señor.

[*Aparte á Mariana.*]

¡Qué buen sujeto,
qué honrado es nuestro vecino!
Cayet. (¿Quién ha visto á un libertino
hecho fraile recoleto?)

Marian. [*Aparte á Paula.*]

Y tan amable, tan franco....
Cayet. ¿Y cuándo llega el consorte
feliz?....

Paula. Hoy entra en la corte.
Cayet. (No volcara en un barranco!....)
Mil y mil enhorabuenas....
Y á mí mismo me las doy,
que su apasionado soy,
aunque le conozco apenas.

Paula. Cómo! ¿usted....
Cayet. Sólo de vista,
mas sus virtudes proclama
con cien trompetas la fama.

Paula. Favor que usted....
[*Tomando el abanico y el pañuelo.*]

Ya estoy lista.
Cayet. Si él me honra con su amistad....

Paula. Oh! el honrado será él.

Cayet. Seré su amigo más fiel.

Paula. Gracias. Es mucha bondad....

Cayet. Si puedo servirle en algo....

Paula. ¡Ah, señor....
Cayet. Sin cumplimento:

suyo es desde este momento
cuanto tengo y cuanto valgo.—
Mas yo hablando á troche y moche,
y usted con mantilla puesta....

Paula. No importa. Usted no molesta....

Cayet. Ah! Vaya usted en mi coche.

Paula. No. Mil gracias....

Cayet. Hace un aire
terrible.

Paula. De aquí á la Red
no está léjos.

Cayet. Mite usted
que lo tomaré á desaire.
Precisamente está ahora
á la puerta. Hice enganchar,
mas quise ántes saludar
á mi vecina y señora.

Paula. ¡Y usted irá á pié por mí....

Cayet. Eh! mejor. Haré ejercicio.

El mucho regalo es vicio.

Vaya, diga usted que sí.

Paula. Porque usted no tome á mal....

Cayet. Con usted iria al templo,

pero ese fuera un ejemplo
pernicioso á la moral.

Paula. Es verdad.

Marian. (Camastronazo!)

Cayet. Mas ya que cauto me privo
de ese honor, hasta el estribo
sírvasse usted de mi brazo.

Paula. Mal pago á tanta fineza
sería un desden grosero.

[*Tomando el brazo de D. Cayetano.*]

Vamos.... (Qué buen caballero!)
Cayet. (Bien va! Por algo se empieza.)

ESCENA VI.

MARIANA.

¡Qué bien toma mis lecciones
el socarron! ¡Cómo sabe
el tuno hacer la gatita
de Mari-Ramos! El diantre
son los hombres. Mi señora
le tiene ya por un ángel.
Bien! Esto es algo.—Y no es poco
que, sin saber lo que se hace,
haya aceptado su coche.
Acaso más adelante,
luégo que el pan de la boda....

[*Suena la campanilla.*]

Lllaman. Voy... Ya ha abierto Jaime.

ESCENA VII.

D. CAYETANO. MARIANA.

Marian. ¿Qué! ¿vuelve usted...

Cayet. Sí, Mariana,
sí, querida. Vengo á darte
en albricias de mi dicha
este doblon para guantes.

Marian. [*Lo toma.*]

Estimando. Ya ve usted
que mi consejo....

Cayet. Admirable.
El primer paso está dado,
que es lo difícil, lo grande
de estos negocios. Ganada
su confianza....

Marian. No obstante,
sin ganar la del marido....

Cayet. Y eso no será tan fácil;
verdad?

Marian. Á fuerza de tiempo....

Cayet. Es que, si quieres que te hable
con franqueza, temo mucho
que la paciencia me falte

- á lo mejor.— Es celoso?
Marian. No le he notado ese achaque hasta ahora.
Cayet. Bien. ¿Y qué me dices de su carácter? Es hombre..... de armas tomar? (No tengamos aquí un lance pesado.....)
Marian. Es como una malva.
Cayet. No porque á mí me acobarde ningun hombre cuerpo á cuerpo, pero bueno es informarse..... Vaya, y ¿qué flaco es el suyo? Juega al billar ó á los naipes? es músico? es cazador? es literato?
Marian. Es cesante.
Cayet. Basta.
Marian. Sobre todo, chito!
Cayet. No es bueno que sepa nadie..... Por supuesto. (Yo callar? Harto será. Soy tan frágil..... Mas ahora tendré prudencia....., al menos hasta que alcance la victoria. Á algun amigo de los más íntimos....., pase; pero ¡en el café!.....)
Marian. ¿En qué piensa usted?
Cayet. En mi plan de ataque.— Pero abur. Ya nos veremos despacio, que si viene alguien, podrá sospechar..... Lo dicho. Si me ayudas en mis planes y logro lo que deseo, te hago feliz. Dios te guarde.

ESCENA VIII.

MARIANA.

Es preciso tener cara de vaqueta y de vinagre para negarse á servir á sujeto tan amable. La conciencia me remuerde un poco; mas treinta reales de salario mal seguro, y sin provechos ni gajes, ¿qué son para que una moza de mi rumbo vista y calce y mantenga nada menos que á un cabo de provinciales? Si es tan santa mi señora como de serlo se aplaude, por más que sude el vecino y por más que yo trabaje, se quedará al fin y al cabo tan honrada como antes.— Y áun mucho más; que no hay mérito, como decia mi madre,

en que triunfe la virtud..... cuando nadie la combate. Si se rinde, buen provecho. Ella será la culpable.

[*Suena la campanilla.*]

Pues!—Ella y los que gobiernan, que, acumulando cesantes, tantas ocasiones dan para que el diablo las cargue.

ESCENA IX.

MARIANA. D. AGUSTIN.

- Agustin.* [*En traje de camino.*]
 Mariana!
Marian. Ah!... Señor! Tan pronto! Yo creí que hasta más tarde.....
Agustin. He madrugado algo más de lo que pensaba. ¿Qué hace Paula? Dónde está?
Marian. Ha salido á misa.
Agustin. Eso es muy laudable.
Marian. Creyó que tendria tiempo ántes de que usted llegase..... ¡Cuánto sentirá.....
Agustin. No importa.
 [*Sentándose y dejando sobre una silla el sombrero.*]
 Molido estoy del carruaje.
Marian. Se ha desayunado usted?
Agustin. Sí; medio capon fiambre..... Supongo que no habrá habido novedad.....
Marian. Ninguna.
Agustin. Y Galvez?
Marian. Don Ramon? Ha estado malo.
Agustin. ¿Qué me dices! Cosa grave?
Marian. No, señor. El reumatismo..... Habrá seis dias..... Sí, el martes, hizo cama. Pero ayer cuando fui yo á preguntarle cómo estaba de salud encontré vacío el catre. Ya está tan guapo. Hoy vendrá.
Agustin. Me alegro. Siento sus males como si yo.....
Marian. No lo extraño. Son ustedes uña y carne..... (¡Voto va,.... y no se lo he dicho á don Cayetano!)
Agustin. Dame, mientras viene mi mujer, las cartas que haya de Cáceres.....
Marian. No ha parecido el cartero.
Agustin. (Es raro el no contestarme la familia. Sentiré

que desapruebe mi enlace....)

[*Suena la campanilla.*]

Marian. Lllaman.... Será la señora.

Agustin. [*Levantándose.*]

Ah! no te detengas. Abre.

ESCENA X.

D. AGUSTIN.

La pobre!.... Estos ocho dias se le habrán hecho mortales.

ESCENA XI.

PAULA. D. AGUSTIN.

Paula. Agustin!

[*Se abrazan.*]

Agustin. Paula querida!

Paula. Dulce sorpresa!

Agustin. Mi bien!

Paula. Bendígate Dios, amén.
Vienes con salud, mi vida?

Agustin. Ya lo ves. Y tú tan buena!

Paula. [*Quitase la mantilla y la deja sobre la cómoda con el pañuelo y el abanico.*]

Sí, mas en tal desconsuelo milagro ha sido del cielo no haberme ahogado la pena.

Agustin. Yo tambien muerto de esplin sin ti y entre aquellas gentes....

Paula. Oh! como otra vez te ausentes, me voy contigo, Agustin.—
Di, ¿recibiste en la villa de Ucles una carta....

Agustin. Sí.

Paula. En tres noches la escribí.

Agustin. Tres pliegos y una cuartilla!

Paula. Por horas y por momentos un circunstanciado parte de mis obras quise darte, y hasta de mis pensamientos.

Agustin. Me cautiva el corazon tanta fe, Paulita bella, pero....

Paula. Y otra como aquella puse anoche en el buzón.

Agustin. Era inútil. Yo te creo....

[*Paula toma la cartera que dejó sobre la mesa.*]

(Si tardo en volver aquí, no gano, pobre de mí, para portes de correo.)

Paula. Toma.

Agustin. Qué fineza!

Paula. En suma, sólo amándote vivía; con la aguja por el dia, por la noche con la pluma.

Agustin. Qué cartera tan preciosa!....
Con la cifra de los dos....
Otro abrazo, ángel de Dios!
Feliz yo con tal esposa!

Paula. Y es poco para mi amor, que quien el alma te da....
Ah!.... ¿sabes que tienes ya otro amigo y protector?

Agustin. Otro amigo! ¡Otro.... Quién es?

Paula. Don Cayetano, el vecino de abajo.

Agustin. Ya!

Paula. Anoche vino....

Agustin. Cómo!....

Paula. A ponerse á mis piés.

Agustin. Y esa visita.... ¿á qué santo....

Paula. Á título de vecino....
Qué buen sujeto! qué fino!
Cómo le affigió mi llanto!

Agustin. Tan tierno es de corazon?

Paula. Y cristiano muy cabal.
Qué máximas de moral!

Vaya, es un santo varon.

Agustin. Como hemos vivido aquí tan poco tiempo, no sé....
no conozco.... Ya se ve, todo consagrado á ti....
Es jóven?

Paula. No. Ya es mahucho.
Cuarenta y tres le echo yo....

Agustin. Y su mujer ¿no subió....

Paula. Bah! Si es soltero!...

Agustin. (¿Qué escucho!)

Cómo en casarse no piensa?

Eh! será algun perdulario....

Paula. No lo creas; al contrario, tiene una fortuna inmensa.

Agustin. (Malo!)

Paula. Es hombre muy profundo.

Agustin. Sí será....

Paula. Y tan timorato....

Le inclinan al celibato desengaños de este mundo.

Agustin. Yerros de la juventud....

Paula. Si vieras con qué fervor elogia el pobre señor....

Agustin. Tu hermosura?

Paula. Mi virtud.

Agustin. Oiga!

Paula. Un feliz matrimonio, dice, es el supremo bien en la tierra, es el Eden, la....

Agustin. Mire usted qué demonio!

Paula. Y como yo no imagino encontrar en esta corte tan angélica consorte....

Agustin. [Entre dientes.]

Prefiero la del vecino.

Paula. Eh?

Agustin. Nada. (¡Y que ella se trague la píldora!....)

Paula. Pues de ti hace unos encomios.....

Agustin. Sí?

Qué bondad! Dios se lo pague!

Paula. Porque, aunque no te conoce sino de fama hasta hoy.....

Agustin. La fama dirá que soy el mejor Par de los doce.

Paula. Y añadió: Si puedo en algo servirle, si en algo influyo, cuente desde hoy como suyo cuanto tengo y cuanto valgo.

Agustin. Tanto afecto en una noche!

Paula. También me ha venido á ver esta mañana.....

Agustin. Mujer!

Paula. Vaya, y me ha ofrecido el coche!

Agustin. [Con risa sardónica.]

De verás?

Paula. Para ir á misa.

Qué bondad!.... Quedarse á pié por sorvirme.

Agustin. Sí; je, je.....

Paula. De qué te ries?

Agustin. De risa.—

Ha sido mucha atencion.

Y..... ¿acceptaste?

Paula. Sí, mi dueño.

Lo tomó con tal empeño.....

Agustin. No puedo más! Maldicion!

Paula. [Asustada.]

Ay, Dios mio! Qué te ha dado?

¿Es á mí, ó es al vecino.....

Agustin. Ese hombre es un libertino de profesion, un malvado.

Paula. ¿Cómo.....

Agustin. Y no lo has conocido!

Ah! ¿qué hombre á mujer bonita

con buena intencion visita

en ausencia del marido?

Te habló de virtud anoche

para ganar tu amistad,

y hoy tienta tu vanidad

ofreciéndote su coche.

¡Y tú le oiste tranquila

cuando de tu esposo dijo

tantas lindezas! ¿Qué hijo

le he sacado yo de pila?

¿Creerá, pese á Belcebú!

ese hipócrita insolente

que soy yo tan inocente.....

ó tan simple como tú?

Paula. Ay, no te enojas! Perdona.....

Yo he obrado sin malicia.....

Agustin. Sí, sí; yo te hago justicia.

Esa ingenuidad te abona.
Si del bribon que te engaña
vil cómplice hubieras sido,
no harías á tu marido
revelacion tan extraña.

Paula. Incauta fuf; no te asombres,
querido. Mi buena fe.....

Oh! de hoy más aprenderé
á conocer á los hombres.

Miren el mosquita muerta!....

¡Con qué diabólico enredo

queria..... No tengas miedo,

que otra vez estaré alerta.

Si á mis ojos se aparece

el pérfido seductor,

le hablaré con el horror

y el desprecio que merece.

Ah! sea culpable ó no,

no vuelva jamás aquí.

Basta que te enfade á ti

para aborrecerle yo.

Aunque me ofrezca el Perú

como me ha ofrecido el coche,

¿será ese viejo bamboche

tan amable como tú?

Agustin. Tan bello es tu corazon

cual tu rostro. No me ofendo:

basta; sólo te encomiendo

que aproveches la leccion.—

Voy á salir, y este traje.....

Otro pantalon; camisa.....

Paula. Adónde vas tan de prisa?

Agustin. Á dar cuenta de mi viaje.

Paula. [Abriendo un cajon de la cómoda.]

Qué pantalon?

Agustin. El azul

turquí.

Paula. [Revolviendo el cajon.]

No sé dónde está.

Debajo..... Aquí..... Este será.....

No; es mi mantilla de tul.

Agustin. Despacha.

Paula. Si no lo encuentro!....

Ah! ya ha parecido. Ten.

[Saca un pantalon y se le da.]

Agustin. Ahora la camisa.

Paula. Bien.

[Abriendo otro cajon.]

En este cajon del centro.....

Agustin. Sí.

Paula. [Registrando.]

En este lado hay calcetas.....

Agustin. Falta me hacen; vengán unas.

Paula. [Dándole un par.]

Toma..... Y te vas en ayunas?

Agustin. No; ya almorcé.

Paula. [Registrando el cajon.]

Servilletas....,
sábanas...., que he de coser....,
enaguas.....

Agustin. ¿Tanto te cuesta....

Paula. Ah! Toma.

Agustin. [Mirando la camisa que le da Paula
y volviéndosela.]

Qué me das? ¡Si esta
es camisa de mujer!

Paula. [Riéndose.]

Dices bien. Aturrullada
con el dulce regocijo
de verte.....

[Revuelve otra vez el cajon.]

Agustin. Vamos.....

Paula. Pues, hijo,
ninguna tienes planchada.

Agustin. ¡Voto á.... Me lleva Pateta.

Paula. No te incomodes, por Dios.
¿Has ensuciado las dos
que llevaste en la maleta?

Agustin. Sí, mujer; en ocho días....

Paula. Qué quieres! Pensando en ti
noche y dia.... Yo creí
que tan pronto no vendrias.

Agustin. Pero es extraña omision
esperar.....

Paula. Calla, que presto.....

[Acercándose á la puerta de la iz-
quierda.]

Mariana! Una plancha, el cesto
de la ropa, el almidon.....

Agustin. ¿Quién espera á que la plancha
se caliente?

Marian. [Á la puerta.]

Llama usted?

Agustin. Sin planchar me la pondré
como un tío de la Mancha.

[Despidiendo á Mariana.]

Allá voy.—La cubriré
con la corbata, y así.....

Paula. Saco la levita?

Agustin. Sí,
y el chaleco de piqué.

ESCENA XII.

PAULA.

[Sacando la levita y el chaleco.]

Válgame Dios! ¡Cuánto siento....
Dónde estará la levita?

Jesus! La cómoda está
tan revuelta.... El primer dia
que me levante de humor
y el tiempo me lo permita,
la he de arreglar.... Aquí está.

[Saca una levita.]

La pondré sobre una silla

[Lo hace.]

miéntras busco ese chaleco.

[Revolviendo el cajon.]

Aquí no está. En el de arriba....

[Abre otro y saca de él un chaleco.]

Por acá.... Ya di con él.

[Desdoblándolo.]

Ay, que le falta una cinta!
Válgame el cielo! ¿De dónde
saco ahora.... Tiene prisa....
Ah! esta es larga. Cortaré.....

[Toma de la almohadilla unas tijeras
y corta un pedazo de la cinta.]

El pedazo en la otra esquina
con un alfiler.....

[Lo prende.]

Ya está.

Voy al instante; no diga
que no le ayudo á vestirse.

[Deteniéndose y desdoblando la le-
vita.]

Tendrá polvo? No; está limpia.

[Estirando el faldon.]

Por vida de las arrugas....
Pero ¿qué veo! Desdicha!....
Un boton colgando....

Agustin. [Dentro.] Paula!

Paula. Voy corriendo! — La almohadilla.

[Registrándola.]

Ay! No tengo seda negra!
Qué haré? ¡Por vida.... ¡por vida....
La aguja tengo enhebrada....,
pero ¡con seda amarilla!

Agustin. [Dentro.]

Paula!

Paula. Allá voy, amor mio!

[Se sienta y cose apresuradamente el
boton.]

Coseré con esta misma.
Qué he de hacer? Malditos sastres!
malditos de Dios! No cuidan
de asegurar los botones....
Daremos luégo con tinta
á la seda.....

ESCENA XIII.

PAULA. D. AGUSTIN.

[Don Agustín viene en mangas de camisa, con la corbata puesta y cubierta con sus puntas la pechera.]

Agustín. Vamos, Paula!

Paula. [Cortando la seda.]

Ah!

Agustín. Qué haces?

Paula. [Levantándose.] Nada. Cosía un boton que estaba flojo.

Agustín. Válgate Dios!

Paula. ¡Ese Utrilla.....

Agustín. Sí, Utrilla.— Es este el chaleco?

[Lo toma.]

Paula. Sí, mi bien.

Agustín. [Soltando el chaleco.]

Cuerno, madrina!

Paula. Ay Dios!....

Agustín. Maldito alfiler!

Paula. [Toma el chaleco y prende mejor el alfiler.]

Diste en él por donde pincha!

Agustín. ¡No lo hubieras tú prendido.....

[Se chupa un dedo.]

Paula. [Asustada.]

Sangre! Irán á la botica.....

Agustín. No es nada. Me chupo el dedo..... de gusto.

Paula. Prendí la cinta

porque no esperases.....

Agustín. Oh!....

¡Por las ánimas benditas, despacha!

Paula. Ya no hay cuidado.

[Ayudándole.]

Mete el brazo.— El otro.— Avisa cuándo he de atar.....

Agustín. [Poniéndose los botones del chaleco.]

(¡Qué mujer para un pobre!) Ata. (Da grima el pensar.....)

Paula. Aprieto?

Agustín. Basta.

Paula. Ya está. Ponte la levita,

[Se la da.]

miéntras te saco un pañuelo.....

Agustín. [Poniéndose la levita.]

No, por la Virgen santísima! que esa cómoda es..... el cáos, y me darás una almilla,

un calcetín..... Me apodero de este tuyo de batista.

[Toma el pañuelo de Paula.]

Paula. Y guantes?

Agustín. [Tomando el sombrero y yéndose enfadado.]

Los compraré

de camino.

Paula. [Llorando.] ¡No te dignas de decirme adios siquiera? ¡Con qué crueldad me castigas, ingrato!

Agustín. [Entre enojado y enternecido.]

No, mujer; pero.....

Vaya, abrázame.

[Se abrazan.]

(¡Es tan linda y tan cariñosa!...) Adios.

Paula. No me guardes ojeriza.

Yo me enmendaré.....

Agustín. [Enternecido.] ¡No llores.....

Adios, Paula. (Es una niña!)

ESCENA XIV.

PAULA.

Pobre Agustín! Se ha enfadado con razon. ¡No tener lista la ropa! Pero ocupada con la cartera y la cifra..... ¡Cunde tan poco el bordado de abalorio!.... Y las epístolas amorosas que le he escrito..... Vamos, parece mentira cómo se pasan las horas, y hasta qué punto complica los deberes conyugales una ausencia repentina.— ¡No poder una pagar costurera ni modista..... Si me ayudase Mariana, tal cual, pero ¿y la cocina?

[Suena la campanilla.]

¡Tambien es fatalidad que esté tan mal de camisas mi amado Agustín! Jesus! Mal haya la cesantía!

ESCENA XV.

PAULA. D. RAMON.

Ramon. Buenos dias, bella Paula.

Paula. Muy felices, don Ramon. Celebro la mejoría.

Ramon. Malo ó bueno, siempre estoy á los piés de usted.
Paula. Tambien de enhorabuena estoy yo.
Ramon. Sí, ya he visto en la escalera á Agustin; mas mi intencion era visitar á Paula, y sin cumplir no me voy, señora, con un deber tan grato á mi corazon.
Paula. [Recelosa.]
 (Qué oigo!) Quiere usted sentarse?
Ramon. Sí haré.
 [Ofrece una silla á Paula y él ocupa otra.]

Usted sólo me dió un parabien; mas yo espero retribuirlle con dos.
Paula. Con dos parabienes?
Ramon. Si, y á mí propio me los doy. Uno por la bienvenida de Agustin, que es mi mejor amigo, como usted sabe, y otro porque creo que hoy será colocado.
Paula. Sí?
Ramon. Y ganando en graduacion y en sueldo.
Paula. Y á usted sin duda debemos ese favor.
Ramon. Él merece mucho más.
Paula. Fuera de la corte?
Ramon. No, que si usted saliese de ella faltara á Madrid el sol.
Paula. Cómo?... ¡Usted me dice...
Ramon. Injusto. fuera que tan linda flor vegetase oscurecida en Moguer ó en Castropol.
Paula. Esas lisonjas.....
Ramon. Lisonjas? No, señora, no lo son. Si hay ángeles en la tierra, uno es usted.
Paula. (Oh rubor!....)
Ramon. ¿Quién no envidiará la dicha de don Agustin? Su union.....
Paula. [Levantándose. D. Ramon se levanta tambien.]
 Eh! basta, ¡mal caballero, pérfido amigo, hombre atroz! Qué escucho!
Paula. [Sin oírle.] ¡Venir, á título de amigo y de protector, á requerirme de amores!
Ramon. Yo, señora!....
Paula. Qué traicion!

II.

Ramon. Pero si yo.....
Paula. Aparte usted!
Ramon. Pero, Paulita, ¡por Dios.....
Paula. Ni por Dios, ni por la Virgen. Yo tengo honra. Soy quien soy!
Ramon. [Siguiéndola.]
 ¿Quién ha pensado... Oiga usted...
Paula. No, ¡jamás, jamás! Qué horror!
 [Vase por la puerta de la izquierda, y oyesse el cerrojo con que la asegura por dentro.]

ESCENA XVI.

D. RAMON.

Y echó á la puerta el cerrojo!
 ¿Qué diablos la he dicho yo que huye de mí como huyera de algun sátiro feroz?
 ¡Porque la digo que es linda se pone como un dragon!
 ¿Qué fuego ha visto en mis ojos, qué mano se deslizó, atrevida aventurera, que así confunde el amor con una galantería propia del genio español y de la franca amistad que su esposo me inspiró?
 ¡Y cuando vengo á anunciarla que debe á mi proteccion y á mi influjo su ventura, me paga..... con una coz!
 No presumí que sería tan zaina de condicion.

[Suena la campanilla.]

Como apenas la he tratado..... Merecia, voto á briós!.... No, que el justo sufriria la pena del pecador.

[Queda un momento pensativo. Toma luego el sombrero y se dirige á la puerta de la izquierda.]

ESCENA XVII.

D. RAMON. D. CAYETANO.

Cayet. [Sin pasar de la puerta.]
 Pues ya ha salido de casa el recién venido esposo, le vengo á cumplimentar.....

27

Pero ¿me engañan mis ojos?—
[Adelantándose.]
 Ramon!.....
Ramon. Cayetano insigne!
 Aquí tú!
Cayet. Tú tan famoso!
Ramon. Ya ha días que no nos vemos.
Cayet. Desde el año treinta y ocho.
Ramon. Dónde has estado?
Cayet. En París,
 en Roma...., y luego en Oporto,
 en Cádiz.... Siempre gozando!
 Hay humor y sobra el oro.....
Ramon. Bravo! ¿Vuelves según eso
 tan libertino (y tan tonto)
 como te fuiste?
Cayet. Eh, qué quieres!....
 Mientras uno sea mozo.....
Ramon. Mozo tú!
Cayet. Es decir, soltero.
 Y tú, grandísimo zorro,
 ¿humillaste ya la frente
 al yugo del matrimonio?
Ramon. Pues no sabes que soy viudo?
Cayet. No me acordaba. Supongo
 que no será tan austero
 tu luto.... Se hace negocio?
 Cómo te tratan las bellas?
 Siempre fuiste venturoso.
Ramon. *[Riéndose.]*
 Ya no. Me acaban de dar
 calabazas.....
Cayet. *[Dándose una palmada en la frente.]*
 Ah!.... Demonio!
 Ya comprendo.... La Paulita!
 Mi linda vecina!
Ramon. ¿Cómo!....
Cayet. Pobre hombre! Has llegado tarde.
Ramon. Ya sé que es casada.
Cayet. Bobo!
 El marido es lo de ménos.
Ramon. Oh! Qué estás diciendo?
Cayet. *[Bajando la voz.]* Hay moros
 en la costa.
Ramon. No es posible.....
Cayet. Quédese esto entre nosotros;
 pero has de saber que Paula
 corre de mi cuenta.
Ramon. ¿Qué oigo!
Cayet. Ya he ganado á la doncella,
 y lo que es el ama, pronto
 capitulará.....
Ramon. Mentira!

Infamia!
Cayet. No hables tan gordo!
 Cuando yo te digo.....
Ramon. Mientes
 como un vil.
Cayet. Eh! poco á poco.....
 (Ya es forzoso hacer de tripas
 corazón.) Tomas un tono.....
Ramon. El que merece un villano.
Cayet. Á tal insulto respondo
 con una estocada.
Ramon. Acepto.
Cayet. (Muerto soy!) No es á propósito
 este sitio para hablar
 del dónde, el cuándo y el cómo.
 En mi habitación podemos
 tratar.....
Ramon. Bien.
Cayet. Soy hombre solo.....
Ramon. ¿Dónde.....
Cayet. En esta misma casa,
 cuarto principal, que pongo
 á tus órdenes.....
Ramon. Suprime
 cumplimientos enfadosos.
Cayet. Lo cortés y lo valiente
 no se excluyen. ¿Á qué prójimo
 eliges para padrino?
Ramon. Á don Agustín Orozco.
Cayet. Calle! ; Al marido.....
Ramon. Cabal.
Cayet. Yo tengo que buscar otro.
 Á las dos te espero abajo.
Ramon. Puntual seré. (Si le rompo
 la crisma, tendré siquiera
 ese justo desahogo.)

ESCENA XVIII.

D. CAYETANO.

Yo tiemblo. Terrible apuro!
 ; Por esta lengua maldita.....
 Mengua es faltar á la cita;
 soltar la pelleja..... es duro;
 y él me mata ; de seguro!
 si se efectúa la lid.—
 ¿Qué haré, cielos!... Ah! un ardid..
 Ya el peligro no me inquieta,
 pues hay oro en mi gaveta
 y policía en Madrid.

[Vase por donde vino.]

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

PAULA. D. AGUSTIN.

Paula. [Con la mantilla puesta.]
Sí, mi adorado Agustín,
¡tanta ha sido su insolencia,
tanta su perfidia!

Agustín. Paula!
Ten cuenta, por Dios, ten cuenta
con lo que hablas. Pueden ser
terribles las consecuencias.

Paula. No, no me engaño; ni sólo
por una leve sospecha
turbaria yo la paz
de tu alma.

Agustín. ¿Quién lo creyera
de un amigo!

Paula. Ay, Agustín!
Ya no extraño que pretenda
el vecino hipocritón
abusar de mi inocencia,
cuando tu mejor amigo.....
Ya no hay virtud en la tierra!
¡Oh cuán á tiempo me abriste
los ojos con la fraterna
de esta mañana!

Agustín. Otra vez.....
¡Es tanto lo que me cuesta
dar crédito á su traición!
Cuéntame otra vez.....

Paula. Vergüenza
me da repetir.....

Agustín. No importa.
Te lo suplico, y, si es fuerza,
te lo mando.

Paula. Yo no puedo
decirte al pié de la letra
los requiebros temerarios
con que elogió mi belleza.—
«Hermosa Paula, ya he visto
á Agustín en la escalera,
mas sin visitar á usted
no me voy, que es una deuda
¡tan sagrada.....» Y me llamó
sol y..... Qué sé yo?... Azucena.....
Cuando me habló de tu empleo,
le pregunté: ¿es para fuera
de Madrid? Y respondió:
«No, jamás!, que con la ausencia
de Paulita, ay Dios! Madrid
se quedaria en tinieblas.»—
Qué más dijo? Ah! que tu dicha
envidiaba..... Horrible escena!

Yo me levanté indignada,
pero él, nada! ni por esas.
Qué persecucion! Por último,
me fugué echando á la puerta
el cerrojo. Hice muy bien;
verdad? Las carnes me tiemblan!

Agustín. Infame!....

Paula. Pero ¡por Dios,
mi bien!, que no haya pendencia.

Agustín. [Reprimiéndose.]
No.

Paula. Bueno es que le conozcas,
pero...., sin reñir.....

Agustín. No temas.

Paula. Con el desengaño de hoy
no es ya de temer que vuelva.....

Agustín. Dices bien. Estoy tranquilo.....

Paula. Puedes estarlo de véras,
que en mi tierno corazón
tú solo, tú solo reinas.

Agustín. Lo sé.

Paula. Y tengo honra, Agustín,
y religion y conciencia.
Yo faltarte en lo más leve?
Yo! Jesús! Primero muerta.

Agustín. Sí, lo creo. Eres un ángel!—
Yo obraré con la prudencia
debida..... Ibas á salir?

Paula. Sí, á comprar hilos y sedas.....,
cintas, agujas, botones.....
No quiero que me suceda
otra vez..... Oh! voy á ser,—
ya lo verás—, muy casera,
muy hacendosa.—No vienes?

Agustín. No puedo. Tengo unas cuentas
pendientes.....

Paula. Adios, bien mio.

Agustín. Adios.

Paula. Pronto doy la vuelta.

ESCENA II.

D. AGUSTIN.

Buenos estamos, honor!
¿Es esta, Ramon, es esta
tu amistad? ¡Necio de mí
que pude creer en ella!—
Y de qué me quejo? ¿Acaso
no me protege..... y me emplea?
¿Cómo! por mi linda cara,
sin ninguna recompensa,

¿sobornará á los porteros,
adulará á Su Excelencia
y sitiará noche y día
al oficial de la mesa?
Si él me pidiese dinero
como tantos que comercian
con su poder ó su influjo,
oh! sería una bajeza.
Mas codiciar la mujer
de un protegido..... es moneda
tan corriente..... Así será
nuestra amistad más estrecha;
así brillará en la corte
esa hermosura modesta
que vive oscura, olvidada,
y así tendrán los poetas
satíricos nuevo asunto
donde lucir su agudeza.

[*Suena la campanilla.*]

Oh abominacion! oh infamia!
La sangre hierve en mis venas,
y toda la suya es poca
para lavar tanta ofensa.

ESCENA III.

D. AGUSTIN. MARIANA.

Marian. [*Viene por la puerta de la derecha.*]

De parte de don Ramon
Galvez, este pliego.

Agustin. [*Tomando uno que trae Mariana.*]

Venga.—

Vete.

[*Abre el pliego.*]

Marian. [*Yéndose por la izquierda.*]

(Está de mal talante.
¿Si tendrá alguna sospecha.....)

ESCENA IV.

D. AGUSTIN.

El despacho consabido.....
Oh! cumple bien sus promesas.—
Lo haré pedazos..... Pero esto
ha de ser en su presencia.—
Una carta.

[*Lee.*]

«Amigo mio,
estamos de enhorabuena.»

[*Interrumpiendo la lectura.*]

Estamos!.... Sí, ya comprendo.....

Habrá mayor desvergüenza?

[*Vuelve á leer.*]

«Me apresuro á remitirte
el despacho. Estoy de priesa.
Luégo te hablaré de asuntos
que á los dos nos interesan.»

[*Suspendiendo otra vez la lectura.*]

Traidor! Ya estará fraguando.....

[*Concluyendo de leer.*]

«Adios. Tuyo siempre.»—*Et cætera.*

[*Guarda los papeles.*]

Volaré en su busca. Aleve!
No esperas tú la respuesta
que voy á darte.—*Mariana.*—
Donde quiera que le vea.....

ESCENA V.

D. AGUSTIN. MARIANA.

Marian. Señor.....

Agustin. Dile á tu señora
que salgo á unas diligencias.

Marian. Bien.

Agustin. Y si el señor de Galvez
vuelve durante mi ausencia,
que no se vaya, lo entiendes?,
ó diga dónde me espera.

ESCENA VI.

MARIANA.

Nunca le he visto tan serio.
¿Habrá sabido tal vez
que el señor don Cayetano
quiere que dos sean tres?
Si la señora le ha dicho,
como es tal su sencillez,
lo del coche y las visitas
de esta mañana y de ayer;
por más que ella le asegure
que el tal es hombre de bien,
no caerá tan fácilmente
don Agustin en la red.—
Pero al irse esta mañana
¡la abrazó con tanta fe!....
Sí, que por la cerradura
yo atisbaba..... ¿Cómo pues.....
Luégo me fuí, con pretexto
de oír misa, hácia el cuartel;
don Ramon vino entre tanto,
don Cayetano despues.....
Vuelvo y la encuentro llorosa,
y no me dice por qué....;

y se pone la mantilla;
y el amo vuelve tambien;
y hablan los dos en secreto;
y me da un pliego Gines
para el amo; y él me pone
un gesto de Lucifer.

[*Suena la campanilla.*]

Vaya, aquí hay gato encerrado.—
Pero yo no acierto.....

[*Dirigiéndose á la puerta de la derecha.*]

Quién?—

Abre Jaime.—Una señora.....
con un viejo.....

Teresa. [*Dentro.*] Hasta más ver,
y gracias.

Marian. Aquí se cuele
sin decir Jesus ni amén.

ESCENA VII.

MARIANA. TERESA.

Teresa. [*En traje de camino.*]

Dónde, dónde está?

Marian. Señora!.....

Por quién preguntaba usted?

Teresa. Por don Agustin Orozco.

Marian. Aquí vive.

Teresa. Ya lo sé.

Me lo han dicho en el portal,
y que ya ha vuelto de Ucles.

[*Dando algunos pasos.*]

Pero ¿dónde está.....

Marian. Ha salido.

Teresa. [*Deteniéndose.*]

Y su señora?

Marian. Tambien.

Teresa. [*Sentándose y dejando junto á la mesa la sombrilla.*]

Á bien que no tardará
en venir.—Cosa cruel
es caminar en galera.
Con el continuo vaiven.....
Jesus!....

Marian. (¿Quién será...)

Teresa. Hecha traigo

la cabeza un cascabel.—
Me quitaré este sombrero,
que se me salta la sien.

[*Se lo quita.*]

Y el ridículo? Dios mio!....

[*Tentándose.*]

No hay más! Allí lo dejé!

Qué cabeza! Pongo dentro
llaves, papeles, la fe
de difunto, y con la prisa
de venir, vengo sin él.
¡Mal haya..... Aunque sea sola,
y aunque lo paguen los piés,

[*Vuelve á ponerse el sombrero.*]

vuelvo al parador. De paso,
si ya han descargado, haré
que me siga con el cofre
algun mozo de cordel,
porque si espero á Agustin.....
No obstante le escribiré
dos letras, y si entre tanto
llega.....

[*Á Mariana.*]

Tintero y papel.

Marian. (¡Pues alabo....)

[*Mostrando la mesa.*]

Allí...

Teresa. Voy, voy...

[*Va á la mesa y escribe.*]

Marian. (Está loca esa mujer?
Qué trajin! qué desconcierto!
Y sin decirme quién es,
habla como una cotorra
y manda á lo somaten.)

Teresa. Ya basta.—Una oblea... El sobre...

Marian. (Como si fuera un burdel
esta casa.....)

Teresa. No, no espero,
porque el ridículo.....

[*Dando á Mariana la esquila que
acaba de escribir.*]

Ten,

y dásela en propia mano.

Marian. Á don Agustin?

Teresa. [*Yéndose.*] Sí, á él.

¡Mal haya mi aturdimiento.....

Marian. Pero de parte..... ¿de quién?

Teresa. En la esquila lo verá.
No me puedo detener.

[*Vase corriendo.*]

ESCENA VIII.

MARIANA.

Pero.... Escuche usted, señora!

[*Desde la puerta.*]

No está en el orden..... Se fué!

[*Vuelve á la escena.*]

Ella ha olvidado el ridículo,

mas no la ridiculez.—
 ¿Qué veo! Allí se ha dejado
 la sombrilla.—Llamaré.—
 No, siquiera pille un tifus
 que la haga soltar la piel.
 ¡Justo castigo del cielo
 porque ha sido descortes!—
 Pues, con ese memorion
 feliz, tendrá que poner
 en el *Diario de avisos*
 ocho artículos por mes.

[*Suena la campanilla.*]

Han llamado. ¿Si será
 la forastera otra vez.....

[*Á la puerta.*]

No. Es la señora. Esta casa
 es hoy torre de Babel.

ESCENA IX.

PAULA. MARIANA.

Paula. [*Trae un bulto empapelado, que deja
 sobre la cómoda.*]

Ya traigo aquí provision
 de hilos y sedas distintas,
 agujas, botones, cintas
 y ovillitos de algodón.
 Judíos son los tenderos.
 He corrido veinte lonjas.
 Mil cumplidos, mil lisonjas,
 pero ¡todos tan careros!....
 Se fué Agustín?

Marian. Ya hace rato.—
 Yo he tenido una visita.

Paula. De quién?

Marian. De una señorita.....

Paula. Sí?

Marian. De mucho garabato.

Paula. Á ti visita! Á qué fin?

Marian. Aquí se entró de rondón
 preguntando *sanfason*.....

Paula. Por quién?

Marian. Por don Agustín.

Paula. Por él?

Marian. Si no me equivoco,
 le ha tratado ántes de ahora.

Paula. Quién es?

Marian. No lo sé, señora.....

y quizás ella tampoco.

Bien quise yo averiguar.....

mas no pude meter baza.

Qué torbellino! Su traza

es de una loca de atar.

No hay tino en lo que responde.....

Ahí se dejó ese adminículo,
 en la posada el ridículo,
 la cabeza no sé dónde.

Paula. ¿Qué escucho!

Marian. El aire es sardesco.

Paula. Acaso serán los dos
 parientes.

Marian. ¡Y sabe Dios
 cómo será el parentesco!

Paula. Cómo! ¿Tú sospechas..... Cielos!....

Marian. Piensa mal y acertarás.

Paula. ¿Quién creyera de él jamás.....

Marian. (Bravo! Ya pican los celos.)

Paula. ¿Conque preguntó por él?

Marian. Pero ¡con qué regocijo!
 Y al irse, dale, me dijo.....

Paula. Memorias?

Marian. [*Mostrando la esquila.*]

Este papel.

Paula. [*Tomándola.*]

Papel cerrado á mi esposo!

Marian. Y papel de una mujer!

Paula. Yo tiemblo. Qué podrá ser?

Marian. Algun billete amoroso.

Paula. Tan pronto un hombre se muda?

Oh! yo no creo que él obre
 así.....

Marian. Rompa usted el sobre
 y saldremos de la duda.

Paula. Romperlo? Qué cosas tienes!
 Yo no me debo meter.....

Marian. Entre marido y mujer
 ¿no hay comunidad de bienes?

Paula. Sí, pero..... no me decido.....

Marian. ¿Hay un mandamiento más
 que diga: «no leerás
 las cartas de tu marido?»

Paula. No.—Y es tan fácil..... Así.....

[*Urgando la oblea.*]

Con sólo empujar el dedo.....

Marian. Ea!

Paula. Pero ¡tengo un miedo.....

Ay! Se me escapó! la abrí!

Marian. Miren qué casualidad!

Mas ya está abierta, señora.

Paula. Sí.

Marian. Pues!, y quedarse ahora
 sin leerla..... es necedad.

Paula. Tienes razon. Ya es preciso.....

El diablo me compromete.....

Leamos. No es un billete

la fruta del Paraíso.

[*Lee.*]

«Mi amado Agustín, pensaba sor-
 prenderte, pero con el dulce afán
 de abrazarte, me he dejado el ridículo
 en el parador. Vuelvo á buscarlo

y entre tanto aquí se queda el corazón.....»

Marian. Y la sombrilla.....

Paula. [Acabando de leer.]

«De tu

TERESA.»

Ah! infiel, perjuro, traidor!....
Tierra, cómo no le tragas?
Bien temia..... Así me pagas?
esto merece mi amor?

Marian. Qué infamia! Y luego dirán.....

¡Miren con qué retintín
puso: *mi amado Agustín*
y aquello del *dulce afán!*

Paula. Sólo habla así quien su pecho
rinde á amorosa pasión.

Marian. Ahí te queda *el corazón*
de tu Teresa. Esto es hecho!

Paula. Vil! ¡Y quizá no es más bella
que yo!

Marian. Hijas de Eva, aprended!

Paula. Oh!....

Marian. ¡Casado con usted.....
y amancebado con ella!

Paula. Mas por qué engañarme así?

Por qué se casó conmigo?

Marian. Él dirá: por mucho trigo.....

Paula. Pnes se acordará de mí.

Y si vuelve esa bribona.....

Tratada de esta manera,

la más humilde cordera

se vuelve feroz leona.

Qué ingratitud, justo Dios!

Y cuándo la sufro, cuándo?

Cuando á mí me están rondando;

no un amante, sino dos;

¡y los oídos me tapo

cuando el uno se declara,

y da mi puerta en su cara,

y le pongo como un trapo!

Marian. Oh! si diera con la hija
de mi madre.....

Paula. [Sentándose llorosa y asfijada.]

Y aún le adoro!

Yo, que su perfidia lloro!

Marian. (Qué constancia tan prolija!)

Paula. [Levantándose.]

No, no! Le aborrezco ya.

No quiero ser su mujer.

Un divorcio..... Voy á ver

qué me aconseja mamá.

Marian. Dirá que es la acción más negra,
más criminal.....

Paula. [Da algunos pasos como desatentada.]

Loca estoy!

Marian. (Gran día tenemos hoy!

Buen refuerzo es una suegra!)

Paula. [Yéndose.]

Si, si, vendremos las dos
á confundirle.....

[Volviendo.]

Oyes!

Qué?

Marian.

Paula. No le digas.....

Marian. Callaré.

Paula. Adios.

Marian. Vaya usted con Dios.

ESCENA X.

MARIANA.

Ya la tenemos celosa
de su marido. Bien va.
Ella es jóven y bonita.—
La venganza es natural.—
Y aquella es carta de amores.
Quién lo duda? *El dulce afán*.....
Pues! Lo mismo que yo canto
cuando empiezo á jabonar.
Más de un cincuenta por ciento
tenemos ganado ya,
don Cayetano. En campaña
tenemos otro rival,
es cierto; ella lo confiesa,
pero también es verdad
que le ha dado calabazas.

[Suena la campanilla.]

No hará otro tanto quizás
con mi ahijado. Ha pocas horas,
la fruta estaba en agraz,
mas ella irá madurando.....

ESCENA XI.

MARIANA. D. RAMON.

Ramon. (Será preciso esperar.....)

Marian. ¡Quién..... Ah! Señor don Ramon.....

La señorita no está.

Ramon. Lo sé. La acabo de ver
saliendo ella del zaguan.
(Y ha pasado sin hablarme
más seria que un tribunal.)

Marian. También el amo salió,
mas ya no puede tardar.
Me mandó decir á usted
que tuviese la bondad
de esperarle.....

Ramon. [Sentándose.] Tomarémos
posesion de este sofá.

Marian. Si tiene usted que mandarme
algo.....

Ramon. Nada. Vete en paz.

ESCENA XII.

D. RAMON.

Me andará buscando el pobre sin saber por dónde echar. Como toda la mañana ando de aquí para allá..... Pero si leyó mi esquila, él, que es hombre tan puntual, no echará en olvido.....

[Mirando su reloj.]

¡Son las dos y cuarto! Pues no hay tiempo que perder.

[Suena la campanilla.]

Tocaron la campanilla. Él será.

[Se levanta.]

ESCENA XIII.

D. RAMON. D. CAYETANO.

Cayet. [Entrando.]

(Aquí será más romántica la escena, más teatral.)

Ramon. Ah! Eres tú!

Cayet. Sí, vamos pronto. Ya me canso de aguardar.

[Sacando y mostrándole el reloj.]

Mira este reloj.

Ramon. Y qué? Por un cuarto de hora más ó ménos.....

Cayet. Desde el balcon te vi entrar en el portal. No atinaste con mi cuarto? Pues no hay tanta vecindad en esta casa.

Ramon. He venido.....

Cayet. Yo no te creí capaz de olvidarte de una cita en negocio tan formal.

Ramon. Cayetano!... Ni yo á ti te juzgaba tan audaz.....

Cayet. Ea, excusemos razones y vámonos á matar. Mi padrino y los floretes ya esperándonos están en el coche. Á qué aguardamos? En seis minutos ¡zis, zas! nos planta Domingo fuera de la puerta de Alcalá.

Ramon. Cuando quieras, por mi parte;

[Suena la campanilla.]

pero he venido á buscar á don Agustín.....

[Acercándose á la puerta.]

Él es.

Cayet. (Y Paulita no vendrá!)

ESCENA XIV.

D. AGUSTIN. D. CAYETANO. D. RAMON.

Agustin. Ramon.....

Cayet. Beso á usted la mano.

Agustin. Servidor..... Al fin te veo! Tenías que hablarme.....

Ramon. Sí.

Agustin. Pues yo.....

Ramon. Se trata de un duelo.

Agustin. Aciertas. Padrino tuyo será el señor.....

Ramon. Nada de eso.

Es mi contrario. El padrino serás tú.

Agustin. Padrino? ¡Y vengo á matarte!

Ramon. Á mí!

Cayet. (Esta es otra!)

Agustin. Sí, traidor!

Ramon. Yo! En qué te ofendo?

Agustin. Te atreves á preguntarlo! Mete la mano en tu pecho.....

Ramon. Estás loco? Si la ofensa no ha sido darte un empleo.....

Agustin. Oh! eres tú muy generoso, sí! Guardaba el nombramiento.....

[Lo saca.]

Ramon. Agustín!...

Agustin. [Haciéndolo pedazos.]

Hasta que vieran tus ojos que lo desprecio..... como á ti.

Ramon. Mira lo que hablas.

Cayet. (Si ahora olvidasen mi pleito!)

Agustin. Guárdalo para los viles que hacen infame comercio con su honra.

Ramon. (Vamos, sin duda me acusó Paula.....) ¿Estás ciego,

Agustín? ¡Yo conspirar contra tu honra, y la defiendiendo con mi sangre! Sólo falta, para que sea completo tu error, que des un abrazo á ese pícaro blasfemo.

Cayet. Sella el labio, ó vive Dios..... (Eh! ya estoy entre dos fuegos.)

Valga la verdad, vecino.
Yo.....

Agustin. ¿Qué oigo! ¿Es usted el necio que se atreve.....

Cayet. ¡Poco á poco, que yo no sufro dicterios..... (Y no viene ese gandul!)

[*A D. Ramon.*]

Tú has sido poco discreto en elegir por padrino al señor. En mi concepto, y es la práctica corriente, no se va con esos cuentos al marido, que es meter en una casa el infierno.

Ramon. Máxima inicua y absurda. El amigo verdadero no oculta á un hombre de bien sus agravios y sus riesgos. Por excusarle un disgusto, cuando el mal tiene remedio, no es razon que de su afrenta le haga cómplice el silencio.

Agustin. Eh! basta. ¡Bueno estoy yo para escuchar argumentos! Para defender mi honor ni necesito ni acepto hipócritas defensores.

Ramon. Te juro.....

Agustin. Ni soy tan lerdo que se me pueda ocultar el motivo de tu reto. Lo que tú vengar deseas no es mi honor, sino tus celos.

Ramon. Bien, piensa lo que quisieres, mas mi cuestion es primero que la tuya.

Agustin. En hora buena, con tal de que sea presto. Lidia primero con él; ser tu padrino consiento; mas luégo te batirás conmigo.

Cayet. Si ántes no ha muerto, que mi furor..... (Cuánto tardan!)

Agustin. Es que tambien nos veremos las caras usted y yo.

Cayet. Sí, señor! (Terrible aprieto!)

Agustin. Pues son dos los que me agravian, de entrambos tomar anhelo satisfaccion.

Cayet. Y será un desafio en terceto.

Ramon. Á qué esperamos? (Despues yo veré si le convenzo.)

Agustin. Sí, vamos ántes que vuelva mi mujer.

Cayet. (Llegó el momento formidable..... y no parecen.)

[*Deteniendo á D. Agustin.*]

Oiga usted. (Ganemos tiempo.)
[*Sacando la petaca y de ella un cigarro.*]

Podré encender este puro? Habrá quien me traiga fuego?

Agustin. Diablo de cigarro ahora!....

Cayet. En la calle fumarémos. No obstante.....

[*Oyese un campanillazo.*]

Ramon. La campanilla ha sonado.

Cayet. (Ellos son! ellos!)

[*Levantando la voz.*]

Pues bien, sin fumar. Al campo!

Agustin. Baje usted la voz.....

Cayet. No quiero. Vámos!...

Ramon. Si es Paula...

Cayet. Aunque venga una legion del infierno.

ESCENA XV.

D. AGUSTIN. D. RAMON. D. CAYETANO.
UN QUIDAM.

Quidam. [*Á la puerta.*]
Yo sólo he de entrar. Ustedes quédense ahí.

[*Entrando.*]
Caballeros.....

Agustin. Qué es esto? Quién es usted?

Quidam. La autoridad.

Ramon. [*Mirando por la puerta.*]
¡Y con séquito de gente armada!

Cayet. ¡Un agente de policia!

Quidam. No es cierto. Inspector de proteccion y seguridad del pueblo.

Cayet. Eh! lo mismo da aceituno que olivo.

Agustin. Mas ¿con qué objeto se allana mi casa.....

Quidam. Estoy autorizado al efecto.— Mas nada va con usted, y que perdone le ruego si por no estar en su casa habitacion el sujeto á quien yo busco.....

[*Á D. Cayetano.*]

¿Es usted

don Cayetano Ovillejo?
Cayet. El mismo. Nunca he negado mi nombre.
Quidam. Dése usted preso.
Cayet. Por qué razón? Quién lo ordena?
Quidam. [*Enseñándole un auto.*]
 Vea usted el mandamiento de prision.
 [*Don Cayetano figura examinar el documento sin soltarlo de su mano el Quidam.*]
Agustin. Esto faltaba!
 ¡Sin comerlo ni beberlo, en mi casa la justicia!
Ramon. [*En voz baja.*]
 También debes ese obsequio á tu mujer.
Agustin. Cómo?
 [*Siguen hablando aparte.*]
Cayet. [*En voz baja al Quidam.*]
 Bien!
 De perlas lo estás haciendo!
 Mil reales te he prometido....
 Te daré mil y quinientos.—
 Mas ¡cuánto mejor sería que los prendiesen á ellos!
Ramon. [*Acercándose á D. Cayetano.*]
 Qué es esto? ¿Qué mala yerba has pisado?....
Cayet. Contratiempos.....
 Lances.....Un requisitorio.....
 Cierta niña de ojos negros, con quien tuve relaciones en Cádiz, viene pidiendo matrimonio..... Pero todo se compondrá con dinero.
Quidam. Supongo que no hará usted resistencia.
Cayet. No por cierto.
 Yo respeto á la justicia.....
 (Vale un Perú mi barbero.)
 Pero iremos en mi coche, que el decoro.....
Quidam. Condesciendo.
Cayet. No me da á mí mucha pena la cárcel. Lo que yo siento es irme sin ajustar cierta cuenta.....
Ramon. Yo prometo que se ajustará tan pronto como salgas del encierro.
Agustin. No la echaré yo en olvido.
Cayet. Bien! (Esta noche no duermo en Madrid, y mientras vivan no vuelven á verme el pelo.)
 [*En voz baja como guardándose del Quidam.*]

Rueguen ustedes á Dios que dure mucho el proceso, porque verme en libertad y enviar al cementerio dos hombres..... Vayan ustedes preparando el testamento.
Ramon. [*Con desprecio.*]
 ¿Habrà.....
Cayet. Vamos. (En mi vida he tenido tanto miedo.)

ESCENA XVI.

D. AGUSTIN. D. RAMON.

Agustin. ¡Cuidado que el tal vecino es mentecato y grotesco si los hay!
Ramon. Y apostaría ocho duros contra medio á que se ha hecho prender por no arriesgar el pellejo.
Agustin. Quizá.... ¡Y mi mujer tan sándia que le juzgaba modelo de discrecion y virtud!
Ramon. Pues bien, lo mismo que en eso se engañó en atribuirme criminales pensamientos de que yo no soy capaz.
Agustin. No; su labio fué sincero, y ciertas acusaciones no se hacen sin fundamento.
Ramon. Ella creería decirte la verdad, que no es perverso su corazón. ¡Así fuera tan sano su entendimiento!
Agustin. Ramon!
Ramon. ¿Tengo yo la culpa de que ella cambie los frenos y no distinga del falso al amigo verdadero?
 ¿Podía yo figurarme que frívolos cumplimientos sonasen á sus oídos como impúdicos requiebros?
Agustin. ¡Eso dices, y obligada á huir de ti:....
Ramon. No lo niego.
 Huyó de mí sin oírme y echó el cerrojo por dentro. Ese fué el yerro mayor, que si con rostro sereno me hubiese oído, se hubiera desengañado al momento.
Agustin. ¿A quién creeré de los dos? ¡Infeliz de mí! Confieso que llamarte mi contrario es mi más cruel tormento. ¡Yo haber de lidiar contigo; yo, Ramon, que te profeso

el cariño de un hermano!
 Quisiera morir primero!
Ramon. Tranquilízate. Por dicha
 puedes quedar satisfecho
 de mi inocencia ahora mismo.

[*Saca un oficio y se lo da.*]

Toma ese papel.

Agustin. [*Después de recorrerlo con la vista.*]
 ¿Qué veo!
 Su Majestad te confiere
 una intendencia.....

Ramon. [*Sonriéndose.*] En Oviedol
Agustin. Es verdad!
Ramon. Mira la fecha.
Agustin. De anteayer.

[*Le vuelve el papel.*]

Ramon. No era yo reo
 todavía.....
Agustin. Ah! me confundes.
Ramon. Creo que sí.
Agustin. Ya comprendo.....
 «Estamos de enhorabuena.....»
 decia tu carta.—¡Necio,
 necio de mí!

Ramon. Ya lo ves!
 Si yo tuviera proyectos
 hostiles contra Paulita,
 no aceptaria un empleo
 á setenta y siete leguas
 del iman de mis deseos.

Agustin. Oh! basta..... Dame un abrazo.

[*Se abrazan.*]

Ramon. Aprieta, que es el postrero!
Agustin. Qué oigo!
Ramon. Pensé retardar
 mi partida por lo ménos
 una quincena de días;
 pero mañana me ausento.

Agustin. Ramon! Qué dices?
Ramon. La paz
 de tu matrimonio.....
Agustin. Pero
 ¡si estoy ya desengañado!
 ¡Si digo que me arrepiento
 de mi locura.....

Ramon. No importa.
 Tuviste una vez recelos
 de mí, y la prudencia manda.....

Agustin. No, sino ¡el resentimiento!
Ramon. Tal vez. La amistad sincera
 es delicada y de un pelo
 se ofende.—Mas te aseguro
 que no pasará del puerto
 mi rencor. Ah! me olvidaba.....
 Voy ahora al ministerio,
 porque es forzoso que extiendan

otra vez tu nombramiento.
 Diremos que se ha perdido.....
Agustin. Qué ingratitud! Me avergüenzo.....
 Mas ¿qué quieres..... con la píldora
 que yo tenía en el cuerpo.....

Ramon. Es verdad.
Agustin. Pero, áun sin ella,
 no admito ese documento
 si tu partida apresuras
 como has dicho.

Ramon. ¡Hombre...
Agustin. Soy terco.
 No te vas en quince días.....

Ramon. Pero.....
Agustin. Ó cesante me quedo.
Ramon. Sea, pues así lo quieres;—
 pero á tu casa no vuelvo.

Agustin. ¿Es posible.....
Ramon. Hasta que enviudes...
 ó corrijas los defectos
 de tu mujer.

Agustin. Pobrecita!
 Hoy ha hecho mil desaciertos,
 hijos todos del amor
 que me tiene, por supuesto!;
 mas si Dios no lo remedia
 y su pasion va en aumento,
 voy á ser tan venturoso.....
 que el mejor día ¡me cuelgo!

Ramon. Fácil será corregirla,
 porque repito que es bueno
 su corazon. Me retiro.....
 Ah! otra cosa..... Te aconsejo
 que pongas pronto en la calle
 á la criada.

Agustin. Lo efrezco,
 que su traza no me gusta.

[*Suena la campanilla.*]

Ramon. La infame estaba de acuerdo
 con don Cayetano.....
Agustin. Basta.
Ramon. [*Mirando á la puerta.*]
 Es Paula. Adios.
Agustin. Hasta luégo.

[*Al irse D. Ramon hace á Paula una
 cortesta. Ella le mira con desden.*]

ESCENA XVII.

PAULA. D. AGUSTIN.

Paula. (¡De paseo mi mamá
 cuando yo la he menester!
 Sin verla me vuelvo acá.....)
 Ha venido esa mujer?
Agustin. Qué mujer?
Paula. No tardará.

Agustin. Qué mujer? Di, por tu vida.....
Paula. Quién ha de ser? Tu querida.
Agustin. Mi querida! Algun engaño.....
Paula. La de márras, la de antaño.....
 Quien bien ama tarde olvida.
Agustin. Tú eres loca. ¡Qué prurito
 de ver visiones!
Paula. No tal.
 ¡Y airado alzabas el grito
 contra un hombre desleal,
 siendo mayor tu delito!
Agustin. Paula, ten piedad de mí.
Paula. Oh!
Agustin. Por los clavos de Cristo.....
 Mira que ya no resisto.....
Paula. Yo no miento. Ha estado aquí.
Agustin. Pero ¿quién? ¿A quién has visto?
Paula. Mira, su sombrilla es esa,
 la que está junto á la mesa.
Agustin. Qué me importa su sombrilla?
Paula. Ella tu traicion confiesa;
 tu traicion y mi mancilla!
Agustin. Si hoy no estás dada al demonio.....
Paula. No creas que te levanto
 ningun falso testimonio.
Agustin. Pero.....
Paula. Infeliz matrimonio!
 Eres hombre....; no me espanto.
Agustin. Pero ¿tú la has visto?
Paula. No.
 La criada es quien la vió
 cuando venía en tu busca;
 y segun dice es muy chusca.....
 Te gustará más que yo.
 Algó olvidó en la galera,
 y al marcharse la maldita,
 sin querer decir quién era,
 una carta dejó escrita,
 que dice de esta manera.
Agustin. Una carta! Y la has abierto?
Paula. Sí, y en ella he descubierto.....
Agustin. Dámela aquí..... Mal pecado!....
Paula. [Dándole el billete.]
 Tómala y ; cáete muerto
 de vergüenza, desdichado!
Agustin. [Viendo la letra.]
 ¿Qué veo! Grata sorpresa!
 [Lee para sí.]
Paula. ¡Parece que te interesa
 la lectura!
Agustin. Oh! mucho! mucho!
 La quiero tanto!....
Paula. ¿Qué escucho!
 ¿Te atreves.....
Agustin. Pobre Teresa!
Paula. [Llorando.]
 Ah qué horror! qué felonía!
Agustin. ¿Adónde fué.....
Paula. Mal marido!

Tú apresuras mi agonía!

[Suena la campanilla.]

Agustin. [Andando hácia la puerta de la derecha.]

Voy..... ¿Si será.....

Paula. Fementido!

[Entra corriendo Teresa y la recibe en sus brazos D. Agustin.]

ESCENA ÚLTIMA.

PAULA. D. AGUSTIN. TERESA.

Teresa. [Trae el ridículo.]

Agustin!

Agustin. Teresa mia!

Paula. [Fuera de sí.]

Aparta, mujer liviana —
 ¡Y tú por darme pesar
 la abrazas con tanta gana!
 Cruel!

Agustin. ¿No la he de abrazar,
 cuerpo de Dios!..., si es mi hermana?

Paula. Ah!.... tu hermana.... Yo creí.....

Agustin. Que no has de acertar en nada!

Teresa. Y la sombrilla? Ay de mí!
 Otra vez á la posada.....
 Qué memoria!....

[Viéndola.]

No: está allí!

Agustin. Pero ; venir de esa suerte
 sin darme ningun aviso!

Teresa. He querido sorprenderte.—
 Y este viaje era preciso.
 Mi viudedad..... Tú tan fuerte!

Paula. [Saludando á Teresa.]

¡Señora.....

Teresa. Es esta tu esposa?

Agustin. Sí.

Paula. Bien venida!

Teresa. [Abrazándola y besándola.]

Qué hermosa!

Paula. Gracias..... Bien mio, perdon!

Agustin. [Á Teresa.]

Estaba de ti celosa.

Teresa. De mí!

Paula. La misma pasion.....

Agustin. Tu pasion me ha de perder.

Paula. Como no dije quién era,
 dije yo: debe de ser
 su querida.....

Agustin. Si lo fuera,

¿la traeria aquí?, mujer!
¡Mire usted que es fuerte asunto.....

Teresa. Jesus! Si reñis, al punto
me voy de aquí, que bastante
reñí yo con mi difunto
don Telesforo Escalante.

Paula. Dulce iman de mi albedrío,
no me mires con desvío,
que ya arrepentida estoy.....

Agustin. Paula! ¿Sabes tú lo que hoy
me has hecho sufrir?

Paula. Dios mio!

Agustin. Media resma de ternuras
en la carta más concisa;
monadas y bordaduras;
¡y ni el boton me aseguras
ni me planchas la camisa!
Mil alabanzas y mil
te merece un hombre vil
de perversas intenciones;

¡y al amigo honrado pones
como hoja de perejil!
Yo te creo como un loco,
y al amigo fiel provooco,
y se arma aquí—¡santo Dios!—
tal zalagarda, que á poco
no me mato con los dos.

Teresa. Ay! Se me erizan los pelos!

Paula. Qué me dices? Santos cielos!
Me da frio de terciana.....

Agustin. Te ocurre en fin tener celos;
y los tienes de mi hermana!

Paula. Perdona! Mi amor..... Mi llanto.....

Agustin. [Abrazándola.]

Sí, te perdono.

Paula. Oh contento!....

Agustin. Pero ¡por Dios, dulce encanto,
por Dios!.... no me quieras tanto,
ó quiéreme..... con talento.





EL CUARTO DE HORA,

COMEDIA EN CINCO ACTOS.

La estrenaron los actores del teatro del Principe el dia 10 de Diciembre de 1840.

CAROLINA. | PETRA.
DOÑA LIBORIA. | ORTIZ.
MARCHENA.

La escena es en Madrid.—El teatro representa una sala baja. En el foro habrá una reja con vista al jardín. Una puerta á la derecha del actor, otra á la izquierda: la primera es la que da entrada á los que vienen de la calle, y ambas sirven de comunicacion á otras piezas interiores. Habrá una mesa con recado de escribir.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

ORTIZ.

[*Aparece escribiendo.*]

Ya está el último terceto.
Catorce versos cabales.—
Sudo.— ¡Tres dias mortales
para hacer un mal soneto!
Soy fatal! Cuando los fragua
por vano antojo mi mente
y el corazon no los siente,

hago yo versos como agua;
¡y hoy, amor, nada me inspiras
cuando declararme quiero!
Qué mucho? Eres verdadero
y los versos son mentiras.

[*Borrando.*]

Rima impertinente!—Ripio!—
Que sea yo tan inepto!

[*Medita un instante y luego escribe.*]

Ya está variado el concepto.—
Leamos desde el principio.

[*Lee.*]

«Vano fuera excusar vuestros enojos
sellando respetuoso el labio mio,
que revelan mi ardiente desvarío,
lenguas de amor, los afanados ojos.

Sólo espero desdenes y sonrojos
en premio de entregaros mi albedrío;
que, en vez de flores, el destino impío
ciñe á mi porvenir duros abrojos.

Al ménos, si el amor de que me acuso
es crimen para vos, bella señora,
la merecida pena no rehusó.

Sola una gracia mi humildad implora:
conceded una lágrima á mi muerte,
y al espirar bendeciré mi suerte.»

Qué frialdad! Versos flojos,
forzada y trivial la rima.....
Puerilidad! Me dan grima
las flores y los abrojos.
Y esa lágrima que pido.....
Sandez!.... Se reirá de mí.—
Qué correccion cabe aquí?

[*Rasga y tira el papel.*]

Esta.

[*Se levanta.*]

Trabajo perdido!—
Mas con suerte tan escasa
¿quién me manda á mí querer
á esa divina mujer?
No, no. Huyamos de esta casa.
Léjos de su imágen bella.....

[*Se detiene.*]

Cobardía! Disparate!
Prefiero que ella me mate
á morir ausente de ella.
Cuento por seguro el nó,
que el incomparable hechizo
de su cara no se hizo
para un pobre como yo.—
Mas guardar dentro del pecho
el amor en que me abraso
cuando compasiva acaso.....
Yo me declaro: esto es hecho.

[*Se sienta.*]

Tomemos otra cuartilla.

[*Meditando.*]

Ya que el soneto no prueba,
adoptemos forma nueva.
Mejor será una letrilla.—
Así...., en lenguaje sencillo
que mi humildad manifieste
y en versitos cortos..... Este
ha de ser el estribillo.

[*Escribe, luego medita, vuelve á escribir, despues borra lo escrito, y todo ocupado en su composicion no repara en quién entra ó sale, ni en nada de lo que pasa á su inmediacion.*]

ESCENA II.

ORTIZ. PETRA.

Petra. (Allí está, y segun la traza
acabando está las coplas
que empezadas dejó ayer,
y yo examiné curiosa.
No le quiero decir nada
ni interrumpirle en su obra,
que es tan corto el buen Ortiz.....)

Y por cierto que no es propia
de este siglo su modestia.
Con tan gallarda persona
bien pudiera declararse
excusando ceremonias;
bien pudiera conocer
que no soy yo una leona.
Oh! á no ser por mi decoro.....
(Ya está la primera estrofa.)
Ortiz. El es del estado llano
Petra. y no tiene ejecutoria
como yo; pero el amor
que sabe igualar las chozas
con los palacios.....

ESCENA III.

ORTIZ. PETRA. MARCHENA.

March. Muchacha!
Petra. ¿Cómo muchacha!....
March. Perdona.
Este apelativo no es
de menosprecio en mi boca.
Aludo á tu juventud.
Petra. No soy ninguna pindonga.
March. Quién dice tal?
Petra. Me he criado
en buenos pañales.
March. Oiga!
Petra. Y aunque la ingrata fortuna
me tiene humillada ahora,
soy quien soy.
March. Estoy en eso.
Ortiz. (¡Sudando estoy cada gota....)
Petra. Si hoy sirvo de camarera,
mi abuela doña Leoncia
tuvo tres por falta de una;
pero rodando la bola
vino nuestra casa á ménos.....
March. (Qué impertinente!) Son cosas
del mundo, amable Petrita.
Una comedia famosa
leí yo que se intitula:
«La más ilustre fregona.»
Petra. Aun esa comparacion
es inexacta, injuriosa;
que yo no friego.
March. Lo sé.—
Han salido las señoras?
Petra. Como mi madre murió,
y quedé huérfana y sola,
y no me daban trabajo
en el corte de la tropa,
y aunque una cosa tres guantes
al dia, no hay para sopas.....
March. Basta. Entiendo.—Carlina.....
Petra. Y como una al fin es moza.....
March. Y buena moza.
Petra. Mil gracias

por el favor.
March. No es lisonja ;
 y si yo fuera guantero,
 por ti haria bancarrota.
Petra. Señor de Marchena, usted
 me tutea, y es muy poca
 consideracion.....
March. No tal.
 (Por Dios, que ya me encocora.)
Petra. Si es cariño.....
March. Por supuesto.
Petra. Pues siendo así, á mucha honra.
March. En fin, ¿no podré saber
 si el bien que el alma me roba
 está visible?
Petra. Ha salido,
 y tambien doña Liboria.
March. Leyó mi billete?
Petra. Sí.
March. Con placer?
Petra. Como una loca
 se reia.
March. Buen agüero.
 Otra cartita amorosa
 te habrá dado para mí.
 Papel de color de rosa.....
Petra. No. Me ha dicho verbalmente
 que autoriza á usted en forma
 para que escriba en su *álbum*
 lo que guste.
March. Pues me adora.
 No hay más qué hablar. Si lo dije!
 Cuando licencia me otorga
 para declararme.....
Petra. El *álbum*
 está aquí.
 [Toma el que habrá sobre un velador,
 y lo entrega á Marchena.]
March. Como yo ponga
 los ojos en una niña
 ni el ángel de su custodia
 la salva.
Petra. Calle! ¿Es usted
 andaluz?
March. Hijo de Ronda.—
 Pero aún no te he dado albricias
 por nueva tan venturosa,
 y es fuerza.....
Ortiz. (Tanto borrar!....
 Esto ya es un mapa.)
March. Toma.
Petra. ¿Qué se entiende..... Á mí dinero!....
March. Mira bien. Es media onza!
 No pienses que son dos cuartos.
Petra. Quién le pide á usted limosna?
March. No es mi intento.....
Petra. ¿Así se ultraja
 á una mujer de mi estofa?
March. Yo no creí.....
Petra. ¿Sabe usted
 que soy de sangre infanzona?

II.

Dios mío! ¿Tanta ignominia
 reservais á Petra Alfonso
 Sainz de Barrientos?
March. Barrientos!
 Parece que pide escoba
 el apellido.
Petra. Otra injuria!
 otro insulto! ¿Hace usted mofa.....
March. Ni pensarlo. Tu abolengo
 es celebrado en las crónicas;
 pero tiene anomalías
 singulares nuestro idioma.
 Ahora bien, Petra del alma,
 ya que has dado en ser filósofa
 y haces ascos al dinero,
 acepta, como memoria
 de amistad, esta sortija.
Petra. [Tomándola.]
 Vaya! Eso no me sonroja.
 Una prenda de amistad.....
March. Ó de amor si te acomoda.
Petra. [Dengosa.]
 Vaya!.... ¡Á mí!....
March. (Para trapillo
 puede pasar, aunque tonta.)
Petra. Siento, señor de Marchena,
 no dar á usted otra joya
 en cambio de la sortija,
 mas la funesta derrota
 de mi patrimonio inmenso.....
March. Eh!....
Petra. Mi padre, que esté en gloria,
 tuvo un pleito muy ruidoso,
 y el tribunal de la Rota.....
March. Oh!....
Petra. Pero ántes de ese pleito,
 que lo perdimos con costas,
 mi tío don Baltasar
 Maldonado y Escalona.....
March. Por Dios, Petrita, por Dios;
 ya me contarás tu historia
 más despacio. Ahora.... ya ves,
 la mia es la que me importa.
 Voy á trasladar al *álbum*
 la pasion que me devora.
Petra. Ah! La niña quiere versos.
March. ¿Qué dices!
Petra. Á toda costa.
 Ya olvidaba su mandato.
March. Á mí versos? Soy yo Góngora?
 Para mí están en vascuence
 las reglas de la prosodia.
 Ni sé lo que es consonante,
 ni nunca las vi tan gordas.—
 Mas ¿quién se apura por eso?
 Cojo las primeras coplas
 que vengan á cuento y ¡zas!
 en dos minutos se copian;
 ó voime al café del Príncipe,
 y mientras bebo una copa
 cualquiera de aquellos *genios*

28

Petra. me improvisa una salmodia.
 Quietó, que sin ir allá
 tendrá usted quien le componga
 cuantos versos necesite.

March. Sí? Quién?
Petra. Aquel jóven.
March. Hola!

Petra. ¿Y qué hace aquí ese... amanuense?
 Es como de casa. Cobra,
 administra.... Hace ocho dias
 le encargó doña Liboria
 todo ese tejemaneje
 que no entendemos nosotras.
 Come y duerme todavía
 en casa de su patrona....

March. Bien....
Petra. Pero aquí le tenemos....
March. Bien, sí....
Petra. Casi á todas horas.
 Es mozo de mucho mérito.
March. No dudo....
Petra. Pero con poca
 suerte.

March. Ya.
Petra. También dibuja.
March. Lo de dibujante sobra.
 Hágame versos....

Petra. ¡Qué lindos
 los escribe!

March. Sí?
Petra. Me consta.
 Como que ayer principió
 unos para mí....

March. Bribona!....
Petra. Y apostaría á que está
 concluyéndolos ahora.

Ortiz. [Haciendo pedazos el papel.]
 (Esto es insulso, prosaico,
 detestable.)

March. [Á Petra.] ¡Con qué cólera
 los rompe! Si eres su musa,
 no es mucho lo que le soplas.

Ortiz. [Cavilando.]
 (Me consumiré en silencio,
 ó recurriré á la prosa.)

March. No espero más. Yo le embisto....

[Á Ortiz acercándose.]

Perdone usted si me tomo
 la libertad.... (¿Quién ha visto
 un poeta mayordomo?)

Ortiz. [Levantándose.]
 Caballero.... (Es mi rival,
 el andaluz.) Servidor....

March. Si usted no lo toma á mal,
 voy á pedirle un favor.

Ortiz. En lo que de mí dependa....

March. Gracias. También yo.... (al avío!)
 quiero servir á una prenda

que ha conquistado mi brio.
 Y en eso ¡yo....

March. Carolina
 se ha decidido por mí.
Ortiz. (Cielos!)
March. Verdad que es divina?
Ortiz. Sí.
March. Tengo buen gusto?
Ortiz. Sí.
March. En prueba de que transige
 me envía este álbum....

Ortiz. (El suyo!)
March. Y en él consiente.... y exige
 que me declare su cuyo.
 Ya me declaré ayer tarde,
 y anteanoche en el Liceo,
 pero quiere hacer alarde
 sin duda de su trofeo.

Ortiz. Oh! debe estar muy ufana....
 (¡El fatuo....)

March. No es vanagloria;
 pero más de una cristiana
 ha de envidiar su victoria.

Ortiz. Bien, ¿y á qué asunto....
March. Es el caso

que esa muchacha, ó demonio,
 pide flores del Parnaso
 en señal de matrimonio;
 mas yo, que soy buen jinete,
 y elegante como Adónis,
 y tiro bien al florete,
 y bailo por diez *Taglionis*,
 y si me visto de majo
 y ando de bromá y de chungá,
 no hay moza de barrio bajo
 que no admire mi sandunga;
 yo, bravo toreador,
 que á Montes me dejo en zaga
 y soy la nata y la flor
 del circo de Fagoaga;
 yo, tan hábil, tan experto
 como el que más en la villa,—
 admírese usted!—no acierto
 á hacer una redondilla.

Ortiz. ¡Valiente cosa....
March. Ahora bien,
 señor de....

[Á Petra.]

Su gracia?

Petra. Ortiz.
March. Yo sé que en un santiamen
 puede usted hacerme feliz.
Ortiz. De qué suerte?
March. Componiendo
 los versos que necesito.

Ortiz. Dispense usted... Yo no entiendo...
March. No se haga usted el chiquito.
 Aunque negarlo procura,
 yo sé bien que usted coplea.
 Esta niña lo asegura.
 Quiere usted dejarla fea?

Petra. [Con monada.]
Y si algo mi influjo vale.....

March. [Con malicia.]
Oye usted? Me recomienda!
Ortiz. (Con bravo influjo me sale!)
Petra. Ruego á usted que condescienda.
Ortiz. Oh! es difícil resistir
á tal recomendacion,
pero.....
Petra. (No hay más qué decir.
Ya es mio su corazon.)
March. Ea, ya no admito excusa.
Eso se hace en un zis, zas....;
y si sopla bien la musa,
cuente usted..... No digo más.

Ortiz. [Ofendido.]
¡Señor mio.....

March. No, yo no hablo
con ánimo de hacer mofa.....
(¿Tambien ese pobre diablo
se me encrespa y filósofa?)
Pero á fuer de amigo firme
agradeceré el versículo.

Ortiz. (Irritarme es descubrirme
y hacer un papel ridículo.)

March. [Á *Petra* aparte.]
Cuál se hace de pencas! Eh?
Dale otra embestida, perla.

Ortiz. (Me echarán, y perderé
hasta el consuelo de verla.)

Petra. Hará usted los versos; sí?
Ortiz. Eso es ponerme en un potro.
No sé hacerlos para mí,
y he de hacerlos para otro?

Petra. [Á *Marchena*.]
Oye usted? Alma novicia!
[Á *Ortiz*.]
Con temor nada se alcanza.
Hágase usted más justicia.....
y no pierda la esperanza.

Ortiz. (Qué querrá darme á entender?)
[Á *Marchena*.]
Si dió palabra de esposa,
atras no se ha de volver
porque usted le escriba en prosa.

March. Lo que es palabra formal,
todavía no la dió.

Ortiz. (Respiro.)
March. Pero es igual.
Su marido seré yo.
Ella es algo coquetilla,
muchos adoran su encanto;
y no será maravilla
que vacile un tanto cuanto;
mas ya que me dan auxilio
la tia y esta doncella,

si entra usted en el concilio
no hay remedio para ella.—
No porque yo necesite
esas fuerzas auxiliares;
que entiendo el juego de envite
y no me arredran azares;
y un adagio que no miente
mi esperanza corrobora.

*Ortiz.*Cuál?
*March.*Toda mujer viviente
tiene su cuartito de hora.

Ortiz.(Hola!.....)
*March.*Y bien?
*Ortiz.*Sí.
*March.*Hasta despues.
Pondérela usted mi amor.—
Vivo en el número tres.
Allí espero el borrador.

[Vase, llevándose el álbum.]

ESCENA IV.

ORTIZ. PETRA.

Petra. Se ha quedado usted confuso,
y ya comprendo el motivo.
Ánimo! Ya no está en uso
el amor contemplativo.
No prive á usted del reposo
la dicha que otro hombre gana;
que si él es hoy venturoso
usted lo será mañana.
Hable usted, pruebe fortuna;
que amor-á todos nos hiere,
y no hay belleza ninguna
que maldiga á quien la quiere..
¿Cómo se pondrán acordes
callando galan y dama?
En la casa de los bordes
el que no llora no mama.
Hablar para merecer
á ningun hombre desdora,
y ello...., al fin...., toda mujer
tiene su cuartito de hora.

ESCENA V.

ORTIZ.

Vaya, no es malo que *Petra*
tome ese interes por mí.
Qué sagaz! ¡Cómo penetra
lo que está pasando aquí!

[Pone la mano en el pecho.]

Rara fineza en criada!
pues sin esperar propina.....

Mas ¿si obrará la taimada
de acuerdo con Carolina?
¿Quién sabe si iré ganando
en su pecho algun influjo?
¡Está tan amable cuando
le doy leccion de dibujo.....
Ilusion! sueño! quimera!
No teniendo yo una cruz,
¿es dable que me prefiera
al opulento andaluz?
¿No le ha dado orden expresa
de que en el *álbum* se explique?—
Pero—él mismo lo confiesa—
quizá en desierto predique.
¿Qué se escribe sino amores
en el *álbum* de una hermosa?
Y á cuarenta trovadores
no ha de dar mano de esposa.
Quizá permita mi estrella
que le despida cruel
ó por inconstancia en ella
ó por fatuidad en él.
Si con segunda intencion
le hago firmar, por ejemplo,

en cada verso ramplon
una saudez como un templo.....
Brava idea; singular!
Para eso ya tendré vena.
¡Cómo me voy á vengar
del caballero Marchena!
¿Y si él advierte.... No, no;
su orgullo le quita el seso;
pero las mujeres—oh!
son muy lince para eso.
Leer mi adorada prenda
tanto concepto importuno,
y enviar á ese fachenda
noramala, todo es uno.—
Le dará cara de palo.....
Sí, mas mi suerte fatal.....
Eh! por de pronto no es malo
quitar de en medio á un rival.
Luego... ¿Quién sabe... Un capricho...
Quien la ocasion avizora.....
Toda mujer—él lo ha dicho—
tiene su cuartito de hora.

[*Siéntase á escribir.*]

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

CAROLINA. DOÑA LIBORIA.

[*Aparecen sentadas en un sofá.*]

Liboria. Ya tu veleidad me cansa.
¿Por qué entre tantos amantes
no te decides por uno?
Tienes veinte navidades,
eres rica y no eres fea:
ya es hora de que te cases.
Carol. Y usted, tia, me lo dice!
¡Usted que es mi única madre
desde que muerta la mia.....,
ay Dios! quedé en lamentable
orfandad! ¿Tanto deseo
tiene usted de separarse.....
Liboria. No tal. Viviremos juntas.
Si tu esposo no es un cafe,
lo consentirá, que al fin
no soy yo tan intratable.—
Y pagaría mi escote,
que tengo renta bastante
para no necesitar
vivir á expensas de nadie.
Pero á mí me sobran años
y no me faltan achaques.
Si mañana cierro el ojo.....
Carol. Vaya!.... ¡Tan fresca, tan ágil.....
Muchas jóvenes pudieran

envidiar ese semblante,
y á pesar de los diez lustros.....
Liboria. Hasta san Miguel arcángel
no los cumplo.
Carol. Auto en favor.
No faltarian galanes
que se llamaran dichosos.....
Liboria. Bah! no digas disparates.
Á los quince años de viuda
¿habia de ser tan frágil.....
No. Pensemos en tu boda.
Para la mia..... ya es tarde.
Carol. Para la mia es temprano.
¿Teme usted que se me pase
el tiempo?
Liboria. Mucho confias
en tu hermosura. ¿Y no es fácil
que una fluxion la marchite
ó que un divieso la ultraje?
No busques novio perfecto,
que los hombres no son ángeles,
y pues Marchena te adora
y merece, en mi dictámen,
ser preferido.....
Carol. Marchena?
Liboria. Buen mozo, de ilustre sangre,
rendido como un Gaiféros,
y de tan bello carácter.....
Carol. ¿Conque usted le elegiría.....
Liboria. Yo estoy fuera de combate,
mas siendo tú, le eligiera

sin vacilar un instante.
Carol. Confieso que se distingue del impertinente enjambre que me zumba en derredor, y que entre tantos rivales es el que miro con ménos antipatía. ¿Quién sabe..... Puede que le llegue á amar algun día y que me case con él;—mas ¡sufra y espere! Aun no ha penado bastante.
Liboria. Qué orgullito! Quiera Dios que algun dia no lo pagues.
Carol. No dicen que valgo tanto? Pues bien, lo que mucho vale mucho cuesta.
Liboria. El arrapiezo!....
Carol. La monuela!.... Ellos nos hacen altivas. Pero el orgullo no es sólo el que me retrae, sino el temor. Son los hombres muy taimados, muy falaces. Cuando novios muy humildes, y luego...., Virgen del Cármen!
Liboria. Qué entiende de eso la trasto? Mi difunto don Melquiádes, que Dios perdone, fué siempre un santo varon, un mártir.
Carol. Algunos hay buenos, sí, pero otros son tan infames y tan..... Al oír «marido» me tiemblan, tia, las carnes.

ESCENA II.

CAROLINA. DOÑA LIBORIA. MARCHENA.

March. [Á la puerta.]
 Señoras, si dan ustedes permiso....
Liboria. Él es.—Adelante. Siéntese usted.
March. [Presentando el álbum.]
 Me apresuro á ofrecer este homenaje....
Liboria. [Tomando el álbum.]
 Es tu álbum! Este Marchena es tan fino, tan galante....
March. [Sentándose en una silla.]
 Gracias. Carolina hermosa desea que la declare en el álbum mi pasión....
Carol. Permita usted que le ataje. El deseo era de usted: sólo ha habido de mi parte condescendencia....
March. En efecto,

y la órden terminante de hacer mi declaracion en renglones desiguales; esto es, en verso.
Carol. Es verdad. La prosa es inaguantable en un álbum.
Liboria. Ea, á un lado cuestiones preliminares, y veamos esos versos.— Tambien poeta! Es el diantre.
 [Registra el álbum.]
March. ¿No lo he de ser, inspirado por los ojos celestiales de Carolina?
Liboria. Son estos?
March. Sí; justamente.
Liboria. Escuchadme.
 [Lee.]
 «Á la hermosa Carolina, á la bella de las bellas, cuyos ojos son centellas, cuya boca es purpurina, cuyo talle es jaletina, y cuya frente serena abochorna á la azucena, fino, fiel, firme y fogoso ofrece mano de esposo Pedro Nolasco Marchena.»
 Bravo! Qué te han parecido?
Carol. Son bonitos.
Liboria. Admirables.
March. [Con fatuidad.]
 Favor que usted me dispensa. Es un *in promptu*. Eso se hace jugando.
Liboria. Es preciosa hipérbole llamar jaletina al talle.— «Fino, fiel, firme y fogoso.»— Estas cuatro eses valen un tesoro, y ¡con qué gracia, para servir de remate, con el nombre del poeta coincide el consonante!
March. Si digo que es un juguete! Usted quiere sofocarme.
Liboria. Tu contestacion será, por supuesto, favorable, que tantas pruebas de amor no merecen un desaire.
 [Se levanta.]
 Pero te dará vergüenza si está tu tia delante....
Carol. No tal. ¡Si yo....
Liboria. Y pues no creo que Marchena se propase....
March. Yo, señora!
Carol. Pero, tia.....

Liboria. [Dejando el álbum sobre un velador.]
Mejor es que yo me marche.
Adios.

[*Marchena se sienta en el sofá.*]

Carol. Pero escuche usted.....

Liboria. Me voy, me voy. No te canses.

ESCENA III.

CAROLINA. MARCHENA.

March. Pues se fué doña Liboria
y nadie nos oye aquí,
suena el suspirado sí
que ha de colmarme de gloria.
Ya esos ojos me lo anuncian,
mal que le pese al recato,
pero me será más grato
si los labios lo pronuncian.
Carol. De véras? Sea usted franco.
Mis ojos lo dicen! eh?
Y en qué lo conoce usted?
En lo negro ó en lo blanco?
March. En la dulce simpatía.....
Carol. La simpatía está buena!
Mis ojos, señor Marchena,
no han dicho: esta boca es mía.
March. Volvemos á las andadas?
¿Tambien denguecitos hoy,
alma mía, cuando estoy
dando ya las boqueadas?
Bueno es que honrada mujer
fácilmente no se venza;
santa y buena es la vergüenza....;
pero ¡si al fin ha de ser!
Carol. ¿Y si no quisiera yo
decir que no ni que sí?
March. [Con petulancia.]
Bah! Si ya es tarde! ¡Si á mí.....
Carol. [Levantándose enojada. *Marchena se levanta también.*]
Pues no, y veinte veces no.
March. Se ha picado usted, lo veo;
mas ¿no ve usted que ese nó
es inverosímil?
Carol. Oh.....
March. Bah! Sobre que no lo creo!
Carol. Oh! Eso raya en insolencia.
(Hay necio más contumaz?)
Váyase y déjeme en paz,
y no vuelva á mi presencia.
March. Carolina!.... (Pues barrunto
que va de véras.) Yo siento.....
Carol. Lo he dicho y nó me arrepiento.
No se hable más del asunto.
March. Como usted me permitió
pedir su mano querida.....
Carol. ¿Y porque usted me la pida

tengo de dársela yo?

March. No esperaba ese desprecio.....

Carol. No esperaba yo tampoco
habérmelas con un loco,
por no decir.....

March. Con un necio?

Dígalo usted sin rebozo,
que en verdad hartó lo he sido.
Conque trabajo perdido?

Conque mi gozo en un pozo?

Carol. Cómo se dice que nó?

March. Pues bien, aténgase usted
á las consecuencias.

Carol. Qué?

March. No sabe usted quien soy yo!

Carol. ¿Cómo! Señor de Marchenal....

March. Roto el pacto entre los dos,
usted dará cuenta á Dios
de una alma que se condena.
Pues mis dulces regocijos
convierte usted en pesares,
quemaré mis olivares
y arrasaré mis-cortijos;
daré la muerte al rival
que usted prefiera, y despues,
como dos y uno son tres,
me ahorco ó me tiro al canal.

[*Carolina suelta una carcajada.*]

¿Se rie usted! Esa cruz
me faltaba. En vez del justo
terror.....

Carol. Qué! yo no me asusto.

March. Por qué?....

Carol. Es usted andaluz.

March. Pero esa risa es señal
de bondadosa indulgencia;
que tanta malevolencia
sentaría á usted muy mal.
Eh! ¡Vea usted lo que son
las hembras! Rie hechicero
su labio, y manso cordero
es ya el terrible leon.

Carol. ¿Otra vez.....

March. Vaya, amor mio,
hagamos la paz. ¿Pasó
el enojo?

Carol. Enojo yo?

Pues ¿no ve usted que me rio?

March. ¿Me dará usted más pesares,
cara de sol?

Carol. Nada de eso,
no sea que en un acceso
queme usted sus olivares.

March. Confieso que delinquí,
pero de hoy en adelante
seré tan sumiso amante
que..... Usted lo permite?

Carol. Sí.

March. Gracias. ¿Y ahora no tendré
alguna esperanza justa.....

Carol. Tenga usted veinte, si gusta,....
como yo no se las dé.

ESCENA IV.

MARCHENA.

Se va y me deja corrido como un mono. Qué altivez!— Y ella está muerta por mí: eso hasta un ciego lo ve; pero ántes de confesarlo querrá torearne un mes.— No tengo yo tanta flema, ni ya me estaria bien suspirar como un cadete arrodillado á sus piés. No, que tengo bien sentada mi opinion de hombre de prez, y para jugar conmigo es ella poca mujer! Mudemos de plan: hagamos lo que hace el conde de Urgel en la célebre comedia de *El desden con el desden*. Sí, la he de abrazar á celos y no he de darla cuartel hasta que humilde y contrita me diga: señor, pequé!

[*Al irse le sale Petra al encuentro.*]

ESCENA V.

MARCHENA. PETRA.

Petra. Estamos de enhorabuena? Qué tal los versitos, eh? Habrán hecho efecto.
March. Mucho. La niña se hizo una miel al oírlos, y no dudes que se rinde de esta vez; pero, si quieres que te hable con franqueza,.... yo no sé qué te diga..... Hoy me parece ménos bonita que ayer.
Petra. ¿Qué oigo!
March. Empiezo ya á mirarla como cosa propia y.... Pche!....
Petra. Vamos, usted se chancea.
March. No tal. Los maridos ven más que los amantes.
Petra. Pero.....
March. Sea que en efecto esté desmejorada, ó que á mí se me haga duro el perder la libertad de soltero; para mis ojos ya no es la misma, ni por asomo. Es posible!
Petra. Y al primer
March. pretextillo que me diera,

adios, casamiento!

Petra. Infiel!
March. Sí, yo confieso.... (Esta fatua se lo contará despues.) Pero.... vamos, ¡si á cualquiera miro ya con más placer! Á ti, verbigracia. ¿Sabes que tienes tú mucho aquel, hablando en chulo, y muchísima de la gracia?
Petra. [Dengosa.] Calle usted! Yo?
March. Y qué cuerpecito!
Petra. Vaya! Usted me quiere poner colorada. Usted se burla de las pobres. ¡Si yo sé lo poco que valgo! Vaya! Más que Carolina.
March. Pues!
Petra. Y ese aire de señorío que tienes.....
Petra. Eso, tal vez, porque al fin no me he criado en las malvas.
March. Ya se ve que no.
Petra. Y quien tuvo retuvo, y cada cual es quien es.— Pero usted se está burlando. ¿Cómo puedo yo creer que llama tan encendida se apague en un dos por tres?
March. Ahí verás lo que es el mundo!
Petra. Qué maldito de cocer! Y juraba y perjuraba..... (¿Si será Ortiz como él!)
March. A juramentos de amantes nunca se dió mucha fe.
Petra. ¿Y á qué incomodar al otro haciéndole componer los versos?
March. Qué se ha perdido?
Petra. Medio pliego de papel.
Petra. ¡Tantos planes para eso, y tanto tender la red..... Y el cuarto de hora?
March. Á propósito; tú eres de la misma piel que las otras, y tendrás tu cuarto de hora tambien.
Petra. Miren qué salida ahora!....
March. Si en ese trance te ves, avisa, que aquí hay un hombre.
Petra. Sí? Vaya una gracia!
March. Es que..... Es que me hacen mucho títere esos dos ojuelos. Ven, que voy á darte un abrazo.
Petra. [Amenazándole.]
March. Apártese, ó de un reves..... No lo tomes tan á pecho.

Si esto es broma!—Hasta más ver.

Petra. Abur.

March. [*Yéndose.*]

(Sufrir el desvío de Carolina, está bien; pero un bofeton..... Barrientos, sería cosa cruel!)

ESCENA VI.

PETRA.

Qué osadía! Oh! si viviera mi buen tío don Andres de Escalona y Escobar, corregidor de Jerez, el hidalguelo de Ronda no fuera tan descortes. Mas le perdono, que es víctima de su amor y mi altivez. Yo te la consagro, Ortiz, querido Ortiz, y si un rey viniera..... Mas ¡cuánto tarda en declararse el doncel! Qué versos de mis pecados! ¡Señor, si no es menester andar con tantos repulgos cuando una misma da pié!— «Te quiero, te adoro: y tú ¿me quieres?: te amo;» y amén.

ESCENA VII.

CAROLINA. PETRA.

Carol. [*Trae una cartera de dibujo que deja sobre la mesa.*]

Se fué el señor de Marchena?

Petra. Sí, señora. En este punto se marcha.

Carol. Irá el pobrecillo atribulado y confuso.

Petra. Sí, señora, porque yo que tengo muy malos humos.....

Carol. Cómo! ¿Te habrás propasado á decirle algun insulto?

Petra. Su petulancia.....

Carol. En efecto, hoy ha llegado á lo sumo; pero basta mi castigo sin necesidad del tuyo.

Petra. Pero si.....

Carol. No se me ocultan sus defectos, pero es mucho lo que me quiere.

Petra. No sé...., pero hace cuatro minutos

que afirmaba lo contrario.

Carol. De véras? Triste recurso!

Petra. Ayer la amaba, me ha dicho, mas hoy que tengo mi triunfo asegurado.....

Carol. Infeliz!

Petra. La miro ya con disgusto.

Carol. [*Riéndose.*]

Eso ha dicho?

Petra. Y al menor pretexto.....

Carol. Acaba.

Petra. Renuncio á su mano.

Carol. (Otra le queda.)

Petra. Y acto continuo se puso á requebrarme.

Carol. Eso más!

Petra. Y el libertino, perjuro

me quiso dar un abrazo.

Carol. Tan desesperado estuvo?

Petra. Poco á poco. No estoy yo tan de sobra en éste mundo, que sólo un desesperado se enamore de mi busto.

Carol. Lindo despique!

Petra. Mas yo rechacé su ataque brusco; que mi honor y mi lealtad.....

Carol. Laudable ha sido tu escrúpulo; pero es singular capricho desahogar así su orgullo un amante desdeñado.

Petra. Desdeñado? Me confundo de oír á usted. Pues ¡si dijo.....

Carol. Qué pobre hombre! Ya presumo lo que habrá dicho. Que estoy muerta por él. No le culpo, que confesar su derrota

Petra. un andaluz, es muy duro. (¿Quién mentirá de los dos?)

Pues juraría.....

Carol. Á otro asunto. Llama á Ortiz, que es hora ya de dar lección de dibujo.

ESCENA VIII.

CAROLINA.

¡Cortejar á mi doncella un elegante tan pulcro!
¿Si pensará darme celos con expediente tan chusco?
Ántes celebro que tome en su venganza ese rumbo, porque quemar sus cortijos y arrojarse en lo profundo del canal..... Jesus! Yo tengo mucho miedo á los difuntos.

ESCENA IX.

CAROLINA. ORTIZ.

Ortiz. [Á la puerta.]
Señorita, yo.....

Carol. Éntre usted,
y déjese de etiquetas.
[Entra Ortiz.]
Sabe usted que en esta casa
como amigo se le aprecia.

Ortiz. Mi gratitud.....

Carol. Y ahora mismo
le voy á dar una prueba
de amistosa confianza.

Ortiz. Gracias. (Qué amable y qué bella!)

Carol. Usted sabrá, porque nadie
lo ignora ya, que me obsequia
ese jóven andaluz.....

Ortiz. (Ah!...) Sí, don Pedro Marchena.

Carol. Hoy, cediendo á su porfía,
le di mi álbum.....
[Va á tomarlo.]
(Ahora es ella!)

Carol. Para que escribiera en él
unos versitos.....

Ortiz. (Mi décima!)

Carol. [Hojeando el álbum.]
No los encuentro.

Ortiz. (¡Qué burla
va á hacer de ellos tan sangrienta!)

Carol. Aquí están. Ya verá usted
¡qué bonitos!

Ortiz. (Se chancea?)

Carol. Léalos usted. Qué gracia!
qué pasión!

Ortiz. [Tomando el álbum.]
(Habla de véras!)

Veamos.
[Hace como que lee.]
(¡ Necio de mí
que la creí más discreta
que vana! Necio mil veces!
¿Cuándo una mujer desprecia
al que la adula, aunque diga
más borricadas que letras?
¡ Y yo me mordí las uñas,
mal contento de mi vena,
buscando giros poéticos
por cima de las estrellas!)

Carol. Qué tal?

Ortiz. Mi voto es inútil.
[Pone el álbum donde estaba.]

Carol. No.

Ortiz. Cuando usted los celebra.....

Carol. Sin embargo, diga usted
su opinion.

Ortiz. Si usted se empeña,
digo que usted los merece

mejores.

Carol. Pero bien se echa
de ver que los ha dictado
el corazon.

Ortiz. Sí, á la legua
se conoce..... (Qué suplicio!)

Carol. Y que los hizo el poeta
con profundo sentimiento.....

Ortiz. Sí, señora. (En eso acierta!)

Carol. Es tanto lo que me quiere!....
Y él tiene excelentes prendas;
verdad?

Ortiz. No sé. No le trato.....

Carol. Muy caballero. Algo peca
de fanfarron.....

Ortiz. [Con viveza.] Y pedante,
y hablador de cuatro suelas,
y embustero.....

Carol. Alto! ¿De dónde
sabe usted esas lindezas
si no le trata?

Ortiz. [Turbado.] Es verdad.....,
pero..... es una consecuencia
que yo saco, una.....

Carol. Mi tia
está empeñada en que él sea
mi marido, y sus razones
no dejan de hacerme fuerza;
pero yo no sé qué hacer,
porque..... Usted ¿qué me aconseja?
(No puedo más!) Señorita,
tengo yo poca experiencia
para dar consejos.

Carol. (Calle!
Se ha picado. ¡Bueno fuera
que él tambien.....) Veo lo poco
que usted por mí se interesa.

Ortiz. Yo, Carolina!....

Carol. ¡Es mi amigo,
es mi maestro y me niega
un consejo!

Ortiz. Es que me expongo
á errar..... En tales materias
yo sólo consultaría
al corazon. Si ya reina
en el de usted ese..... jóven,
es excusada molestia.....

Carol. El caso es que..... yo no le amo
todavía.
(Ay Dios!....)

Ortiz. (Se alegra!)

Carol. Entónces, no hay sino dar
tiempo al tiempo.....

Ortiz. Sí; no hay priesa.

Carol. Otros hombres hay.....

Ortiz. Dichoso
mil veces el que merezca.....

Carol. Demos leccion de dibujo.

Ortiz. Bien.

Carol. Aquí está la cartera.
[Se sientan junto á la mesa, uno en
frente de otro, y Carolina saca estam-
pas, lapiceros, &c.]

Veá usted.
 [Le da un dibujo.]
 Ortiz. Hola! ¡Ya está
 concluida la cabeza
 de Diana!
 Carol. Sí, señor;
 hoy acabé mi tarea;
 mas dudo haber acertado.....
 Ortiz. No hay motivo. Usted progresa
 visiblemente. Con todo,
 hay que hacer unas ligeras
 correcciones.....
 [Borra ó dibuja durante el diálogo,
 mirando de cuando en cuando á Caro-
 lina como á hurtadillas.]
 Carol. Sin reparo.
 El asunto es que yo aprenda.
 Ortiz. Más sombra en esta mejilla.—
 Más arqueadas las cejas.....
 Carol. (Cómo me mira!)
 Ortiz. Esta boca
 debe estar ménos abierta.
 No ha de sonreír Diana
 como Vénus Citerea.
 Carol. Pero ¿á qué mirarme tanto?
 Está en mi cara la muestra?
 Ortiz. Es para advertir á usted.....
 La mirada más serena,
 ménos blanda.....
 Carol. Por lo visto,
 mucha ha sido mi torpeza.
 Tanto habia que enmendar?
 Ortiz. Porque quede más perfecta
 la figura.....
 Carol. (Mi maestro
 tiene hoy muy poca indulgencia.)
 [Mirando el dibujo desde su asiento.]
 También la nariz?
 Ortiz. Un toque
 no más..... (La mano me tiembla!)
 Carol. Como está al revés la estampa.....
 Permita usted que la vea
 de frente.
 [Se levanta, y puesta al lado de Ortiz
 mira el dibujo.]
 ¡Cuánto ha variado
 ese rostro! Ya ¿qué queda
 de lo que yo dibujé?
 ¡Si se salvan las orejas
 será milagro!
 Ortiz. Al instante
 concluyo.
 Carol. Pero ¿usted piensa
 lo que está haciendo? Esos ojos,
 sino es que el espejo mienta,
 son los míos!
 Ortiz. [Turbado.] No por cierto.
 Es fácil que se parezcan;

pero yo..... cuando.....
 Carol. Esa boca.....
 No. La mia es más pequeña.—
 Pero.....
 Ortiz. No está concluida.
 Carol. Y la nariz, y las cejas.....
 Usted me está retratando!
 (Se enoja!) No fué mi idea.....
 Ortiz. No, no hay que negarlo. Usted
 me retrata, y á sabiendas!
 Carol. ¿No ve usted que es imposible
 aún á la mano más diestra
 copiar tantos atractivos?
 Ortiz. Oiga! ¿También lisonjeras
 adulaciones?
 Carol. Señora,
 una deidad está exenta
 de adulacion.
 Ortiz. ¿Cómo..... Ah! Ya
 comprendo. Según las señas;
 usted habla de la diosa
 Diana.
 Carol. Y ¡qué! ¿no pudiera,
 por ventura, hablar de usted?
 Ortiz. Pero, en resumidas cuentas,
 ¿qué tengo yo de comun
 con Diana?
 Carol. Su belleza,
 su radiante majestad,
 su.....
 Ortiz. Para que yo lo crea!—
 Y es que..... cuanto más la miro.....
 La semejanza es completa.
 Soy yo!
 Carol. ¡Si digo.....
 Ortiz. Negarlo
 es segunda impertinencia.
 Carol. Casualidad habrá sido,
 que sólo de una manera
 es posible retratar
 á criatura tan bella.
 Ortiz. Calle! Algun secreto..... Y cómo?
 Carol. cómo?
 Ortiz. Grabándola eterna
 en el corazón.
 Carol. [Airada.] Ortiz!
 ¿Qué temeraria insolencia
 es la de usted?
 Ortiz. [Se levanta confuso y atribulado de-
 jando caer la cartera.]
 Carolina!
 Yo..... si..... Mi labio no acierta.....
 Carol. Pero mejor es reirme,
 porque es cómica la escena.
 [Observando la consternacion de Ortiz
 suelta la carcajada.]
 Ortiz. [En actitud suplicante.]
 ¡Perdon.....
 Carol. No sea usted bobo,
 y recoja esa cartera.
 [Vase riendo.]

ESCENA X.

ORTIZ.

[Tirándose del pelo.]

Maldito!.... Por qué la quiero?
 Con mi humillacion se engrie
 y como una loca rie
 ¡cuando yo me desespero!
 ¿Qué puede ya darle pena,
 si cuando ve á un infelice
 morir á sus plantas dice
 que es muy cómica la escena?
 Para que ese corazon
 la piedad llegue á mover
 será acaso menester
 que me den la extremauncion.—
 ¡Figura bien triste y rara
 sin duda ha sido esta vez
 la mia! La estupidez
 se habrá pintado en mi cara.
 Oh! en vano amor me sujeta.
 Huyamos de esta mansion.
 No quiero ser el bufon
 de una frívola coqueta.

[Va á salir, y oyendo á Carolina se
 detiene.]

ESCENA XI.

CAROLINA. ORTIZ.

Carol. ¿Adónde va tan de prisa
 Ortiz?
 Ortiz. Qué sé yo? Al infierno
 me iria yo..... Dios eterno!
 Carol. Que allí no tiente la risa.
 Ortiz. ¿Cómo! Mi risa chancera
 Carol. ¿le ha picado á usted?
 Ortiz. No sé,
 mas me voy de aquí.....
 Carol. Por qué?
 No sea usted calavera.
 Si yo me enojé primero
 y si despues me ref,
 fué porque no comprendí
 el sentido verdadero.....
 Veo que es característico

de un pintor el entusiasmo,
 y no merece un sarcasmo
 tan bello arrebató artístico.

Ortiz. Oh! mi arrebató.....

Carol. [Interrumpiéndole.] No pasa
 de lo honesto y de lo justo.

Ortiz. Pero.....

Carol. Bien, bien... No es mi gusto
 que se vaya usted de casa.Ortiz. No hay voluntad que resista
 á la de usted, pero.....

Carol. Dale!

No hay orgullo que se iguale
 al orgullo de un artista.

Ortiz. Ni el de usted?

Carol. Si yo soy vana,
 en mí no estará el error.

Ortiz. Pues ¿en quién?

Carol. En el pintor
 que me comparó á Diana.Ortiz. Es que veo en todas partes
 el tipo.....

Carol. Es cosa notoria.

Ortiz. La imágen.....

Carol. Sí, de la gloria.

Ortiz. La perfeccion.....

Carol. De las artes.

Ortiz. (Como ella hablaré, á lo místico,
 porque si otra vez me clavo.....)

¿Conque alaba usted.....

Carol. Sí, alabo.....

Ortiz. Mi ardiente entusiasmo... artístico?

Carol. No le digo á usted que sí?

Y en prueba de ello, le ordeno
 que me dibuje algo bueno
 en el *álbum* que está allí.

Ortiz. (Ah!) Firmaré?

Carol. Lo permito.—

Abur. Que luzca ese ingenio!
 (El pobre es corto de genio,
 y hay que animarle un poquito.)

ESCENA XII.

ORTIZ.

[Siguiéndola con la vista.]

Si otra Circe enredadora,
 si diablo, más que mujer,
 no eres tú, á todo correr
 se acerca tu cuarto de hora.

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

CAROLINA. PETRA.

Petra. Ya que duda usted que el tal Marchena pueda adorarme, y al conato de abrazarme llama pecado venial; aunque si bebe los vientos por mí, en nada se rebaja su nobleza; que no es paja llamarse Petra Barrientos.....

Carol. Bien, me desdigo. Perdona, y di.....

Petra. Soy de alto solar. Mi tío don Baltasar Maldonado y Escalona.....

Carol. Digo que fué mucho ultraje....., pero ¡al grano! y lo demas..... Mañana me contarás los timbres de tu linaje.— Conque otra nueva perfidia?

Petra. Sí, pero tal, Dios benigno! que en cometerla es más digno de compasion, que de envidia.

Carol. Por qué? Habrá visto un palmito que más que el mio le agrade; y aunque á tus ojos enfade, de gustos no hay nada escrito.

Petra. Una audiencia solicita con intencion buena ó mala.....

Carol. ¿Qué me importa.....

Petra. En esta sala....

Carol. Cómo! Aquí ha de ser la cita?

Petra. Aquí y dentro de un momento.

Carol. Si otra belleza le abrasa, bien, mas traerla á mi casa es sobrado atrevimiento.

Petra. Qué! Si no viene de fuera! Vive aquí su dulce bien.

Carol. Aquí, y no eres tú!... Pues ¿quién... Si será la cocinera?

Petra. Eso no, que es caballero.

Carol. Como es tal su extravagancia.....

[*Mirando con malicia á Petra.*]

(Y, á fe, no hay mucha distancia de la plancha al fregadero.)

Petra. ¿No acierta usted todavía quién la usurpa la victoria?

Carol. No sé..... Aquí.....

Petra. Doña Liboria.

Carol. Qué estás diciendo? Mi tia!

Petra. La misma que viste y calza.

Carol. Á pesar de los cincuenta?

Petra. Sólo sus virtudes cuenta y hasta las nubes la ensalza.

Carol. Ó ese hombre ha perdido el juicio, ó el despecho le consume, y darme celos presume con tan extraño artificio.

Petra. Él me hablaba muy formal de boda y de.....

Carol. [*Riéndose.*] Bobería!— Y es inútil, que mi tia no querrá oírle.

Petra. Sí tal.

Carol. Sí?... Mejor.

Petra. (Ya, segun trazas, la banderilla hace efecto.)

Carol. Se reirá del proyecto y le dará calabazas.

Petra. ¡Cuidado, que el tal Marchena es más bobo que el de Coria!

Petra. Entre él y doña Liboria va á ser donosa la escena. ¿No le pica á usted un poco la curiosidad?

Carol. Á mí?

Petra. No.

Carol. (Pues yo juro que sí.)

Carol. Quién hace caso de un loco? Me voy. Negocio tan grave á solas se ha de tratar.

Petra. (Tú vendrás luego á atisbar por el ojo de la llave.)

Carol. Le diré á doña Liboria.....

Carol. Que estoy bordando en la reja.

[*Yéndose.*]

(¿Tambien á la pobre vieja! Esto ya pica en historia.)

ESCENA II.

PETRA.

No digiere á dos tirones la píldora que ha tragado. Ella quisiera imitar al perro del hortelano, mas donde las dan las toman, como dice aquel adagio.

ESCENA III.

PETRA. MARCHENA.

- March.* [Á la puerta.]
Se fué Carolina?
- Petra.* Sí.
Ya está usted servido.
- March.* [Entrando.] Bravo!
- Petra.* Violentando mis principios y mi carácter, acabo de ser chismosa como una criada de tres al cuarto; pero de alguna manera he de agradecer el alto interes que usted se toma por mi Ortiz idolatrado.
- March.* Ya te he dicho, y otra vez te aseguro que me encargo de colocarle. Es muy fácil. Tengo influjo en el Senado; como Pedro por su casa entro en el real Palacio; tuteo á cinco ministros y á cuarenta diputados, y el director del Tesoro hace lo que yo le mando.
- Petra.* (Miente sin temor de Dios, pero bien puede hacer algo si quiere.)
¿Dudas.....
- March.* No dudo.
- Petra.* Y si das á Ortiz la mano, me ofrezco á ser tu padrino.
- Petra.* Muchas gracias. Sin reparo puede usted serlo, que noble soy por los cuatro costados, y en mi casa solariega alguno ha vestido el hábito de Alcántara.....
- March.* Sí.
Mi tío
- Petra.* don Baltasar Maldonado y Escalona.....
- March.* Alguien se acerca.
Ya me contarás despacio.....
- Petra.* Es la vieja.
- March.* Adios, ilustre, adios!
- Petra.* [Con gravedad.]
Beso á usted la mano.

ESCENA IV.

DOÑA LIBORIA. MARCHENA.

- March.* Señora!
- Liboria.* Marchena amigo!—

¿Conque usted me quiere hablar á solas?

- March.* Ah!.... Sí.
- Liboria.* Corriente.—
Siéntese usted.

[Se sientan.]

Vamos, qué hay?

- March.* Se tratará de la boda.....
- March.* Ah! sí, señora, sí, mas..... no de la que usted presume.
- Liboria.* Qué dice usted? Pues ¿de cuál?
- March.* No será ya Carolina la que me lleve al altar.
- Liboria.* Cómo! Desde esta mañana, que la dejé en el sofá con usted, no he vuelto á verla. Tenía que visitar á tres amigas.....
- March.* (Me alegro!)
- Liboria.* Qué ha habido? Se vuelve atras?
- March.* ¿Qué sé yo..... Creo que no..... Pero á mí ¿qué se me da?
- Liboria.* ¿Qué escucho!
- March.* Yo no la hablé de proyecto conyugal, porque otra idea, otro objeto turbó de mi alma la paz, y embargando mis sentidos un raptó sentimental, despegar podía apénas la lengua del paladar. La dije al fin..... no sé qué.....
- [Mostrando la puerta por donde se fué doña Liboria en el acto segundo.]
- con los ojos hácia allá, y despidiéndome de ella con aire poco galan, en la puerta de la calle me desahogué con un ¡ay!
- Liboria.* Pero eso ¿qué significa?
- March.* Significa, y claro está, que el corazon me han herido los ojos de otra beldad.
- Liboria.* Otra beldad? Desde cuándo?
- March.* Desde hoy, pero dias ha que sentia yo los síntomas precursores de mi mal.
- Liboria.* Vaya en gracia! ¿Y quién ha sido la agresora?
- March.* ¡Singular pregunta! Quién ha de ser? Harto me he explicado ya. Si usted tiene una conciencia se lo puede preguntar.
- Liboria.* [Admirada.]
¡Calle.....
- March.* ¿Á quién miran mis ojos con ansia de amor voraz?
- Liboria.* ¿Cuya es la mano que estrecho.....
- Liboria.* ¡Suelte usted con Barrabas,

que me la estruja!

March. Ay Liboria!

Liboria. ¿Qué farsa de carnaval es esta?

March. Pluguiera á Dios! Mal provecho me haga el pan si miento.

Liboria. Pero ¿usted sabe que peino ya la mitad de un siglo?

March. Lo sé. Y qué importa?

Liboria. Que puedo ser su mamá?

March. Sí, señora. Y qué? La mia está ya en la eternidad. Usted será para mí esposa y madre á la par.

Liboria. Usted ha almorzado fuerte, por lo visto, y el *champañ*.....

March. Señora!....

Liboria. Ó desesperado por alguna iniquidad de Carolina, desea suicidarse.

March. No, no hay tal. Obro por convencimiento. Si lo duda usted ¿hay más que cogerme la palabra, y Cristo con todos?

Liboria. Bah! Déjese usted de embelecós. Tengamos la fiesta en paz.

March. [*Muy acalorado.*]

Señora, que hablo de verás! Óigalo la vecindad; óigalo todo Madrid. Ó no me caso jamás, ó me caso con usted.

Liboria. Pero.... (Si será verdad?)

March. Usted no se hace justicia. El tiempo es un animal muy destructor, pero hay flores que respeta el huracán.

Liboria. Adulador!

March. ¿No pasean hechas un brazo de mar y llevando al retortero más de un Fulano de tal ciertas crónicas vivientes con más fecha que Abraham?— Mas no hablemos de lo físico, que, aunque lo puedo ensalzar sin mentir, como es usted modesta, no me creará. ¿No ha podido usted prendarme con su mérito moral? Ese mismo medio siglo ¿no puede entrar en mi plan filosófico?

Liboria. ¿Es posible que esté en su juicio cabal el que....

March. Señora, me canso

de andar hecho un azacan galanteando baboso á mozuclas en agraz, insustanciales, coquetas..... y algunas un poco más. Ya no hay que esperar cordura, ni juicio, ni cristiandad sino en mujer coetánea del príncipe de la Paz.

Liboria. [*Con viveza.*]

No tanto, por Dios, no tanto!...

March. Ó *circum circa*: es igual.— En fin, usted me conviene, porque usted me mimará. Sí?, y con usted estoy libre de un ataque cerebral, y usted tiene religion, y no me derrochará en dijes y miriñaques mi renta patrimonial.

Liboria. Compadre!, no será mucho lo que haya que derrochar, que siendo usted segundón.....

March. Es que mi hermano Tomás tira á tísico, y espero.....

Liboria. Por dicha, tengo caudal muy suficiente y no me urge que muera nadie.

March. Pues ya!

No decia yo.....

Liboria. Y si al fin me tentara Satanas á casarme con usted, me holgara de compensar de algun modo.... Pero.... vamos.... Si es una temeridad!

March. No, señora. Estoy resuelto.

Liboria. Usted lo meditará.

March. No hay meditacion que valga. (Qué dura está de pelar!) Si usted me retarda el sí, me cuesta una enfermedad.

Liboria. [*Abanicándose.*]

Pero, hijo, si yo..... Jesus! Hace un calor infernal.

March. ¿Será fuerza que lo jure de rodillas? Pues bien.... (Hay alfombra.) Á tus plantas yace el más rendido mortal.....

ESCENA V.

DOÑA LIBORIA. CAROLINA. MARCHENA.

Carol. ¿Qué veo!

Liboria. Alce usted, demonio!

Carol. ¿Es mi tia el capellan con quien usted se confiesa?

March. [*Levantándose.*]
Sí, y pecador contumaz,
si el adorarla es pecado,
no me enmendaré jamás.

Liboria. (Yo no sé lo que me pasa.)

Carol. Qué trapalón tan audaz!
¿Conque usted ama á mi tia?

March. Es mi gloria, es el iman.....

Carol. Calle usted! Si mi desvío
tanto que sentir le da;
si por un necio despique
quiere á otra dama obsequiar,
siquiera urda usted la farsa
de un modo más natural,
más verosímil.

Liboria. (No creo
que es tanta la impropiedad.)

March. No hay farsa aquí, señorita.
Yo soy hombre muy formal.

Carol. Mofarse de una señora.....

March. No!

Carol. Tan respetable y tan.....

March. Pero eso, perdone usted,
es envidia ó caridad?

Carol. Envidia! ¿Creerá ese sandio
que tengo celos?

March. Quizá.

Carol. Amante que yo desdeño
¿qué celos me puede dar?

March. Ah!.... ¿Conque usted me desdeña!
Me alegro. Y de cuándo acá?

Carol. Otra insolencia. Pues ¿cuándo
quise yo á usted?

Liboria. Eh! callad,
que esas disputas.....

March. Ocioso
es volver la vista atrás.
Si usted me ha querido, bueno;
si no me ha querido, en paz.
Vida nueva, y de su capa
haga un sayo cada cual.

Carol. ¿Qué prendas tiene usted mias
para tanta fatuidad?
Pero usted ¿podrá negarme
que con amoroso afán
ayer me escribió un billete.....

March. Sí; fué un capricho fugaz.....

Carol. ¿Y hoy me ha declarado en verso.....

March. Señora, ¿en qué tribunal
haría fe semejante
documento? Y además,
no es hoy cuando yo he compuesto
esa décima.

Carol. ¡Es capaz
de negarme...

March. En cuarenta *dibumes*—
qué revesado plural!—
la he puesto ya, por mi cuenta.

Carol. ¿Qué oigo!

March. Con sólo variar
el nombre de la agraciada
sirve para todas.

Carol. Ah!

March. Es un comodín, es una
especie de circular.....

Carol. Basta, hombre indigno! Villano!
[*Se sienta sofocada.*]

March. Si una culpa tan venial.....

Carol. Basta, digo!

March. [*Á doña Liboria.*]
Nos veremos
luégo que la tempestad
se pase:
[*Á Carolina que le vuelve la espalda.*]
Á los piés de usted.
[*Á doña Liboria muy tierno.*]
Adios, cara celestial!

Liboria. [*Con agrado.*]
Abur.

March. [*Mirando á Carolina.*]
(Pobre!... Ya la tengo
más blanda que un cordobán.)

ESCENA VI.

CAROLINA. DOÑA LIBORIA.

Carol. [*Levantándose.*]
Qué infamia! qué osadía!
¡Negar que me ama el necio
y vengar mi desprecio
cortejando á mi tia!
Pero usted..... Oh! no espero
que al cabo de sus años
crea tales engaños
y ame á tal embustero.
Vengar con ese ardid
mi desamor desea,
y acaso que usted sea
la risa de Madrid.
Si así la fe que ostenta
con las muchachas muda,
¿qué hará con una viuda
que raya en los cincuenta?—
Mas son vanos antojos,
que cuando vuelva y charle
como hoy..... sabrá usted darle
con la puerta en los ojos.

Liboria. No lo digas, ni en chanza.
Eso había de hacer?
No, no soy yo mujer
de tan mala crianza.

Carol. Y aunque con mil extremos
de su amor haga alarde,
¿cree usted que él se guarde
para usted?

Liboria. ¿Qué sabemos?

Carol. Y usted le dijo amén!

Liboria. Aun no.
Carol. Y le oyó con gozo?
Liboria. Lisonjas de un buen mozo á todas suenan bien.
Carol. Pero es extraordinario que en la edad de mi tia.....
Liboria. Aun tengo yo, hija mia, el alma en el almario.
Carol. Sí tal, pero, por Dios! ajuste usted la cuenta. De veintiocho á cincuenta.....
Liboria. Catorce.
Carol. Veintidos!
Liboria. Bien.... Deja con su tema, sobrina, á cada loco.— Ni hay locura tampoco; que él obra por sistema. Y él, que no habla en vascuence, lo explica con tal gracia.....
Carol. Sistema? ; Es mucha audacia.....
Liboria. Si le oyes te convence.
Carol. Conque es decir que usted, aunque un enredo fragua.....
Liboria. Nadie dice: de esta agua no beberé..... con sed.
Carol. Tia, la cosa es grave; los hombres no son buenos; ; casarse usted.....
Liboria. De ménos nos hizo Dios. ; Quién sabe.....
Carol. Todo eso es mojiganga.
Liboria. Tal vez.
Carol. Tramoya, enredo, farsa, ficcion.....
Liboria. Concedo; mas si es verdad, qué ganga!
Carol. ; Y usted decide.....
Liboria. Yo?....

No sé, pobre de mí!

[*Con la mano en el corazon.*]

Este dice que sí.

[*Con la mano en la frente.*]

Esta dice que no.
 Estoy como en un potro.
 No sé al fin de la fiesta,

[*Repitiendo la accion.*]

si este vencerá á esta,
 ó esta vencerá á estotro.
 La cosa en conclusion,
 bella sobrina amada,....
 merece ser tomada
 en consideracion.

ESCENA VII.

CAROLINA.

Para acabar de volarme faltaba la extravagancia

de mi tia. Cuando debe enviar en hora mala á ese hombre... Mas ; qué me importa? Allá los dos se las hayan. Ella llorará su engaño y él llorará mi venganza.— Insensato! ; Pensará que la que fiel no le amaba, inconstante y fementido le ha de querer? Qué bobada! Y áun fingir otros amores, aunque ridículos, vaya! ; pero venirme con fieros, y aquella risita falsa, y aquel tonillo burlon, y ; la circular..... Oh! cara le saldrá la grosería.

[*Toca la campanilla.*]

Á mí ninguno me ultraja impunemente.

[*Á un criado que llega á la puerta.*]

Que venga el señor de Ortiz, y traiga el álbum.

[*Vase el criado.*]

Ah! Será cierto?
 Una circular! De rabia no veo, y quisiera ser hombre..... Si ayer toleraba su enfadoso galanteo, hoy le odio con toda el alma.

ESCENA VIII.

CAROLINA. ORTIZ.

Ortiz. Señorita.....

Carol. Venga el álbum.

[*Lo toma con enfado y lo hojea.*]

Ortiz. (Ay Dios! Lo toma enojada..... Qué será? Qué busca en él? Hoy va á morir mi esperanza.)

Carol. Si busca usted, Carolina..... Busco, y ya tardo en hallarla, una hoja que está de más en este álbum.

Ortiz. ; Cuál... ; Qué causa... Si busca usted, señorita, la que estaba destinada á mi pincel y á mi nombre, todavía.....

Carol. Qué?

Ortiz. Está blanca.

Carol. Pues entónces falta una y otra sobra.

Ortiz. Ah!.... Yo pensaba..... (Respiro otra vez!)

Carol. Y mal

puede sobrar la que falta.

Ortiz. [Animado.]
(¿Qué oigo, cielos!)

Carol. Esta es
la que yo busco.

Ortiz. Ó me engañan
los ojos, ó son los versos
de Marchena.

Carol. Sí. ¡Mal haya
quien los escribió!

Ortiz. (Ay! ¿Sabrá
que fuí yo.....)

Carol. Cosa más mala
no la he leído en mi vida.

Ortiz. Pues ¿cómo..... si esta mañana.....

Carol. No supe lo que me dije.

Ortiz. Para tan hermosa dama,
pobre es la lira de Herrera,
tosco el laud de Petrarca;
mas bien puede amar un hombre
con delirio, y por desgracia
ser mal poeta.

Carol. Es verdad,
pero el blanco de mi saña
no es el poeta.

Ortiz. (Oh ventura!.....)

Carol. Sino el amante.

Ortiz. (Ay Dios! ¿Habla
de él ó de mí?)

Carol. Unas tijeras.

Ortiz. Volando!

[Toma unas de la mesa de escritorio
y se las da.]

Carol. Para cortarla?
Es claro. Téngame usted
el álbum.

[Lo hace así Ortiz, y Carolina corta
la hoja.]

Ortiz. (Qué linda Parca!)

Carol. [Concluyendo de cortar la hoja.]
Apártese usted, que puedo
darle una tijeretada.

Ortiz. Señora..... Yo..... (Soy un tonto.
Ahora no encuentro palabras.)
Se echará á perder el álbum.....
(Ya dije una patochada!)

Carol. El álbum es lo de ménos.—
Pero esta injuria no basta.

[Hace pedazos la hoja.]

Ortiz. Rompe usted la hoja?

Carol. Sí.

No quede una letra sana.

Ortiz. Grave motivo sin duda.....

Carol. Sea cual fuere la causa,
para mí ese hombre acabó.

Ortiz. (Oh boca de miel y de ámbar!)

Mas..... si viene arrepentido.....

Carol. Le volveré las espaldas.—

II.

Dígaselo usted así.

Ortiz. Bien. (Cielo, á mí me lo encarga!)

Carol. Y el dibujo prometido?

[Toca la campanilla.]

Ortiz. Lo haré, lo haré sin tardanza.—
¿Acabaré de rasgar
esta hoja?

[Mostrando el margen que quedó de la
que cortó Carolina.]

Carol. No. Se planta
otra encima.....

Ortiz. Sí, señora.

Petra. [Entrando.]
Señorita.....

Carol. Así no salta
la del otro lado.

Ortiz. Bien.

Carol. [Á Petra.]
Ve á mi tocador y aguarda.

[Vase Petra.]

Ortiz. Medio pliego de marquilla.....

Carol. No. Mejor será una estampa.

Ortiz. Cuál pondremos?

Carol. Qué sé yo?....
La cabeza de Diana.

ESCENA IX.

ORTIZ.

Oh divina criatura!
¡Y yo, corazón de mandria,
temia..... ¡Y despues de oír
tan halagüeñas palabras
no la digo mil locuras
y no me arrojo á sus plantas
y muero de gozo en ellas!
Porque ¡no hay duda! me ama.
Menosprecia á mi rival;
me lo dice á solas; rasga
sus versos..... ¿Y la donosa
monería con que amaga
mi mano con las tijeras,
y se sonrie y exclama:
«apártese usted, que puedo
darle una tijeretada?»
Si yo no fuese un estúpido
la hubiera dicho: «Otra llaga
más profunda me han abierto
esos ojos en el alma.»—
¿Y darme á mí la sabrosa
comision dé echar con cajas
destempladas al compadre
andaluz? ¡Y con qué gracia
para remendar la hoja,
en buen hora mutilada,

29

dijo al partir: «ponga usted la cabeza de Diana!»
 Qué más prueba de su amor?—
 Feliz décima prosaica,

[*Recogiendo los pedazos.*]

recogeré tus fragmentos
 como si fueran de plata.

[*Contemplándolos.*]

Trofeo sois de mi dicha.....

[*Viendo á Petra los guarda y va á tomar el álbum.*]

(¿Quién viene... Ella... Es la criada.)

ESCENA X.

PETRA. ORTIZ.

Petra. (Se turba al verme y esquiva el peligro de un desden. Al fin me obligas, mi bien, á tomar la iniciativa.)
 Oiga usted, señor de Ortiz.

Ortiz. [*Volviendo la cabeza.*]

Ah!.... Voy.....

[*Cierra el álbum.*]

Petra. (De un modo indirecto...

Me da lástima en efecto y quiero hacerle feliz.)

Ortiz. [*Se acerca á Petra quedando en frente de ella y de la puerta por donde se fué Carolina.*]

Qué se ofrece, amable Petra?
 Hay una hermosura aquí que usted idolatra.....

Ortiz. Ah! sí.
Petra. (No digo? Al pié de la letra.)

Pero usted, jóven modesto y tímido en demasía, no le ha dicho todavía: yo te amo con fin honesto.

Ortiz. Temo tanto sus enojos!.....

Petra. Es algun gato montés?

Ortiz. Mas ya nuestro mi interes por rodeos...., con los ojos.....

Petra. No lo echa la dama bella en saco roto. Es ladina.....

Ortiz. Yo..... (La dama es Carolina, sí. Viene de hablar con ella.)

Petra. Deja usted pasar los dias por un liviano temor.

Ortiz. Sí, acaso.....

Petra. Pero el amor sabe igualar jerarquías; y ella ha soltado tal vez, sin ofensa del recato, prendas que del más pacato

vencieran la timidez.

Ortiz. Ah! sí. Ya es delito y grave mi silencio.

Petra. Yo lo digo, y haga usted cuenta, mi amigo, que de ella misma lo sabe.

Ortiz. ¡Cuánto te duele mi pena, Petrita, y cuánto agradezco.....

Petra. Sin otras pruebas que ofrezco, dígalo el pobre Marchena.....

Ortiz. Tronó; lo sé.

Petra. Y más de cuatro que quisieran merecer la dicha.....

Ortiz. [*Entusiasmado.*]

No más! ¡Mujer celestial, yo te idolatro!

Petra. (Gracias á Dios!) Eso sí!

Al galan le toca hablar.

Yo..... ¿qué más me he de explicar?

Ortiz. Todo te lo debo á ti, linda Petra.

Petra. Y cuando el lazo venturoso.....

Ortiz. Oh! cuanto quieras.

Tuyo soy de todas véras.

Petra. Ay Ortiz!....

Ortiz. [*Fuera de sí.*] Dame un abrazo!

[*La abraza.*]

Petra. [*Sin desviarse.*]

¿Qué hace usted.....

Ortiz. Sin juicio estoy.

Petra. Pero estando ya resuelta la.....

[*Ortiz se desprende de los brazos de Petra y pasea con suma agitacion.*]

Ortiz. Qué gozo!

Petra. (Ya me suelta!)

No me ofendo.....

Carol. [*Dentro.*] Petra!

Petra. Voy!

Ortiz. [*Siguiendo á Petra.*]

Yo tambien, que mi alegría ya no consiente demora, y.....

Petra. No, no éntre usted ahora, que no es tiempo todavía.

[*Vase cerrando la puerta.*]

ESCENA XI.

ORTIZ.

Volveré loco de amores

á jurarla eterna fe.

Ahora es probable que esté—
 ay Dios!—en paños menores.

[*Vase llevándose el álbum.*]

ACTO CUARTO.

ESCENA I.

ORTIZ.

Qué angustia! Petra no sale;
no me llama Carolina.....
¿Si aquella declaracion.....
por embajada..... sería
un capricho de los suyos
y ya estará arrepentida?
¡Quizá me supone loco
y se ha propuesto la impía
mofarse de mí! Y ¿no pudo
equivocar la consigna
su doncella? ¡Ay infeliz,
que ya llegado creía
el cuarto de hora..... Han abierto
la puerta. ¿Será ella misma.....
No. Es Petra.....

ESCENA II.

ORTIZ. PETRA.

Petra. [Viene llorando.]
Ay Ortiz dé mi alma!
Ortiz. ¿Qué es eso? Lloras! suspiras!....
Petra. Carolina es inflexible.
Ortiz. ¿Qué oígo!
Petra. Corazon de vrbora!
Ortiz. ¿Es posible!....
Petra. ¡Ella no ama,
ni amó jamás!
Ortiz. Oh desdicha!
¿Conque me desahucia?
Petra. Ah! sí;
nos desahucia!
Ortiz. ¿Cómo... Explica...
Petra. Nos desahucia?
Ortiz. Sí, señor.
Le he contado la recíproca
ternura de nuestras almas.....
Ortiz. Sí, de la tuya y la mía!
(Pecador de mí!)
Petra. ¡Y me ha dado
un soñon!
Ortiz. (¡Cayóme encima
el castillo que en el aire
fabricó mi tontería!)
Petra. ¡Qué abatido y pesaroso
está usted! No es maravilla.

Ortiz. ¿Quién había de pensar....
Sí, ya ves..... (¡Brava conquista
hemos hecho!)
Petra. Yo he creído
que era un acto de política
darle parte de la boda.....
(La boda!)
Ortiz. Y me prometía
Petra. un buen regalo nupcial
siendo ella nuestra madrina;
mas ya me pesa en el alma.....
Y á mí!
Ortiz. Mi orgullo se irrita
Petra. de un paso tan imprudente.
Apuesto á que mis mejillas
están ardiendo.— Pues ¡dígol
las de usted.....
Ortiz. Echando chispas.
Si es natural! (Voto á bríos!)
Petra. Mirarme, soltar la risa
suponiendo que mi triunfo
es ilusion ó mentira,
y sin dejar que me explique
exclamar hecha una arpía:
«¿Quién es ella, la muy zafia,
para aspirar á la dicha
de casarse con Ortiz?»
Ortiz. De véras? (Esto varía
de aspecto. No pierdo aún
la esperanza.)
Petra. Yo al oírlo,
bajo los ojos y callo,
que la vergüenza y la ira
me echan un nudo á la lengua.
Yo zafia, Virgen santísima!
Yo, Petra Alfonsa Barrientos!
Yo, que soy por ambas líneas.....
Ortiz. No te sofoques. (Si ahora
la desengaño, me tira
de los pelos.)
Petra. Zafia yo!—
Ha estado usted en Menjibar?
Ortiz. No, pero.....
Petra. Pues allí están
las armas de mi familia.
Un grifo, cuatro calderas.....
Ortiz. Sí, sí, ya tengo noticia.....
Petra. Mi tio don Baltasar
Maldonado.....
Ortiz. [Sonriéndose.] (¡Qué ridícula
vanidad!)
Petra. [Observándole.]
Se rie usted?
Ortiz. Es que..... Tengo una alegría.....

(Disimulemos.)

Petra. ¿Qué escucho!

Ortiz. Sí, Petra! Mi pecho abraza un corazón entusiasta, que redobla su energía cuando otros ménos ardientes desmayan y se acoquinan.

Petra. Sí?

Ortiz. Los obstáculos son la salsa más exquisita del amor. Yo los quisiera de aquellos que ponen grima; grandes, terribles.....

Petra. ¡Oh dulces palabras que me electrizan!

Ortiz. Como los trabajos de Hércules.

Petra. Ortiz mío!

Ortiz. (Pobrecilla!) Y quién se apura por eso? Lo que urge no es la madrina, sino.....

Petra. [Con prontitud.] El marido.

Ortiz. [Lo mismo.] La novia.

Petra. Por mí, si quieres que riña ahora mismo y nos marchemos aunque sea á una guardilla.....

Ortiz. No. Todo se compondrá. Al fin cederá la niña; lo espero. Yo la hablaré..... (¡Pues no tiene poca prisa la Barrientos!)

Petra. Como quieras.

Ortiz. No te des por entendida.....

Petra. Bien.

Ortiz. Y hasta el momento crítico te aconsejo que suprimas cuando haya testigos ese tuteo..... que es mi delicia.

Petra. ¿Qué plan es el tuyo.....

[Suena dentro una campanilla.]

Ortiz. Voy! (Qué oportuna campanilla!) Adios, adios..... Hablarémos despacio.....

Petra. Adios, vida mía.

ESCENA III.

ORTIZ.

Ea! sonó el cuarto de hora de esa pobre.—Y la maldita pudiera comprometerme. ¡Vaya, que es rara manía figurarse..... Siento pasos.— Es mi amada Carolina.

ESCENA IV.

CAROLINA. ORTIZ.

Carol. Me alegro de ver á usted.

Ortiz. Señorita, siempre estoy anhelando.....

Carol. Estamos solos?

Ortiz. Tenemos que hablar los dos. (Ah cielo!) Solos estamos.

Carol. Mi tia.....

Ortiz. Al jardín bajó.

Carol. Estamos reñidas.

Ortiz. ¿Qué oigo!

Carol. ¿Puedo saber la ocasion.....

Ortiz. Es mi rival.

Ortiz. ¿Es posible!

Carol. Desde cuándo?

Ortiz. Desde hoy. (¿Se habrá prendado de mí como la otra?)

Carol. El señor de Marchena.....

Ortiz. Ya! Se trata del andaluz..... (¡Es que soy muy necio!)

Carol. En un arrebató de vengativo furor se declaró su galán, y como es tan embrollón que juraría muy serio que es de noche haciendo sol, asómbrese usted!..... la pobre de mi tia le creyó.

Ortiz. ¿Y quién sabe.....

Carol. Mas cuando ella lo reflexione mejor, esa nube que la ofusca se disipará veloz. (Ahora conviene llevar la contraria.) ¿Qué sé yo! Cuando el diablo se apoderará de una señora mayor.....

Carol. Mi tia conocerá que esa es una burla atroz, infame.....

Ortiz. Y si no lo fuese?

Carol. Tan jóven y hombre de pro, ¿gira á buscar Marchena . consorte en un panteón?

Ortiz. Al fin, aunque entrada en años, no es ningún monstruo feroz doña Liboria. Es muy rica, y esta es una tentación.....

Carol. Galán que me quiso á mí ¿pondría en ella su amor?

Ortiz. No trato yo de poner en absurdo parangón la tia con la sobrina. ¿Quién compara el arrebol del alba con las tinieblas y la zarza con la flor?

- Pero no todos los hombres son iguales, y la voz del resentimiento suele ahogar la de la razon.
- Carol. Qué sofisticado está usted! ¡Qué sutil procurador de malas causas!
- Ortiz. Señora..... (Armas contra mí la doy! En nada acierto.)
- Carol. No es mucho que defienda con calor semejante extravagancia un hombre que, acá *inter nos*, ama con tan poco gusto y con tan poca ambicion.
- Ortiz. Ah! Lo dice usted por Petra? Ese ha sido un *quid pro quo*. Esa muchacha está loca, ó alguna conjuración, algun..... ¡Por Dios, Carolina, no la crea usted, por Dios! (Pobre mozo!)
- Carol. ¿Quiere usted que la llame y.....
- Carol. No, señor. ¿Qué me importa á mí.....
- Ortiz. No es ella quien reina en mi corazon. Otra.....
- Carol. [Interrumpiéndole.] Bien. Siéntese usted.
- Ortiz. [Desconcertado.] ¿Yo!..... ¿Dónde.....
- Carol. Á la mesa.
- Ortiz. Voy.
- [Lo hace.]
- Carol. Será usted mi secretario de cámara.....
- Ortiz. Tanto honor....
- Carol. Tome usted papel y pluma.
- Ortiz. Muy bien está. (¿Qué intencion podrá ser la suya?) ¿Carta para alguna amiga?
- Carol. No.
- Ortiz. Es carta para un galan. Hágame usted el favor de escribir lo que yo dicte. (Un galan! Si seré yo?)
- Carol. «Señor don Pedro Marchena.»
- Ortiz. [Vivamente.] Cómo?
- Carol. Yo hablo en español.— «Señor don Pedro...»
- Ortiz. [Escribiendo.] «Don Pedro...»
- Carol. «Marchena.»
- Ortiz. (Sin remision le va á despedir.) «Marchena.»
- Carol. «Mi apreciable amigo.»
- Ortiz. (Ah! ¡Soy perdido!) Apreciable? Sí.
- Carol. «Amigo.»
- Ortiz. «Hay culpas que son imperdonables.»
- Carol. (Bien! bien!)
- Ortiz. «Pero podré sin rencor escuchar.....»
- Carol. (Malo!) «Escuchar.»
- Ortiz. «Los descargos de usted.» (Oh!....)
- Carol. «Descargos de usted.» «Y acaso perdonarle.....»
- Ortiz. (Yo me voy á desmayar.) «Perdonarle.....»
- Carol. [Acercándose.] Qué torcido va el renglon!
- Ortiz. Tengo hoy un pulso tan malo!.... Vea usted.....
- Carol. Eso al doctor.— Acabemos el periodo. «Si luégo que dé el reloj las nueve...»
- Ortiz. (Ay Dios!)
- Carol. «Viene usted á pedirme absolucio...»
- Ortiz. Pero esto es darle una cita!
- Carol. Claro está que se la doy. Escriba usted.
- Ortiz. (Ah!) «Las nueve...» Si aún le tiene usted amor, ¿por qué escribirle de mano ajena?
- Carol. Esta precaucion puede ser útil. Jamás ha visto mi letra.
- Ortiz. No?
- Carol. Pero conoce la mia.
- Ortiz. Oh! cuánta contradiccion!
- Carol. Pues bien, ponga usted: «*Post data*. No escribo yo misma por.....»
- Ortiz. «*Post data*.»
- Carol. Por qué diremos?
- Ortiz. (Triste de mí!)
- Carol. «Porque estoy sangrada.»
- Ortiz. [Asustado.] Sí? De qué mano?
- Carol. De ninguna de las dos.
- Ortiz. Ah! Cref.....
- Carol. Feliz idea!
- Ortiz. Vendrá muerto de dolor.....
- Carol. «Sangrada.»
- Ortiz. Y tierno, amoroso como nunca.
- Ortiz. (Maldiccion!) Y cuando muerta lloraba la esperanza que abrigó, oirá el dulce sí.....
- Carol. Al contrario;

un *nó* de marca mayor.
Ortiz. [Con alegría.]
 ¿Qué oigo! Carolina!
Carol. Quiero castigar su presuncion;
 despreciarle, escarnecerle,
 y que aprenda desde hoy
 á conocer el menguado
 quién es él y quién soy yo.—
 Mi nombre debajo; el sobre;
 que lleve pronto Muñoz
 el billete y.....
 [Sonriéndose.]
 Muchas gracias,
 señor secretario. Adios.

ESCENA V.

ORTIZ.

Soy dichoso! Le aborrece.
 Quiere postrarle á sus piés
 para tratarle despues
 con el baldon que merece.
 No temo ya cual temí
 que un rival mi bien destruya.
 En cada derrota suya
 veo un triunfo para mí.
 ¡Tanta franqueza conmigo
 cuando mi pecho la adora
 y sé yo que no lo ignora,
 que harto sin hablar lo digo!....
 Mas tan extraño rigor
 de celos puede nacer,
 y Carolina es mujer,
 y no hay celos sin amor!
 Si le mira con desprecio,
 por qué á verle no renuncia?
 El desprecio no se anuncia
 con un temporal tan recio.
 No me fio de su saña,
 que, ciegos por la pasion,
 nuestro mismo corazon
 muchas veces nos engaña.
 Si me ama, bendito Dios!
 si ama á otro, me aniquila;
 mas si entre los dos vacila,
 quién vencerá de los dos?
 Quizá su perdon no alcance
 el orgulloso narciso,
 pero ¡esa cita!.... Es preciso
 evitarla á todo trance.
 Con gemir como un pobrete
 ¿qué hago yo? El papel de tonto.—
 Intriguemos..... Por de pronto,
 yo no le envio el billete.
 Veremos qué viento sopla.....
 Ah qué idea! Singular!

Pongamos en su lugar
 los fragmentos de la copla.

[Los saca.]

Aquí están. Fuera pereza!

[Les pone una cubierta.]

Cuando rompa el sobrescrito
 y los vea,—pobrecito!—
 se va á quedar de una pieza.

[Toca la campanilla y luego escribe
 el sobre.]

Ahora con mano veloz
 finjo letra de mujer.....
 Perfectamente! Oh placer!

[Entra un criado.]

Toma esta carta, Muñoz.
 (Oh ventura! No habrá cita.)
 Llévala al instante (¡pobre
 Marchena!) á quien dice el sobre.
 Lo manda la señorita.

[Vase el criado con la carta.]

Si yo no canto victoria,
 al ménos la hermosa prenda
 no será de aquel fachenda.....
 Qué traerá doña Liboria?

ESCENA VI.

DOÑA LIBORIA. ORTIZ.

Liboria. Vamos á tener los dos
 un rato de conferencia,
 amigo Ortiz.
Ortiz. En buen hora.
 Nadie como yo desea
 complacer á usted.....
Liboria. Mil gracias.
 Hábleme usted con franqueza.
 ¿Cree usted que una mujer
 que frisa ya en los cincuenta
 puede pensar sin escándalo
 en dar que hacer á la iglesia
 casando en segundas nupcias
 con un prójimo de treinta?
Ortiz. Sí creo, si, como usted,
 la contrayente conserva
 en otoño sazonado
 ambientes de primavera.
Liboria. Cuidado, señor de Ortiz,
 que yo no pido halagüeñas
 lisonjas, sino consejos.....

Ortiz. Lo digo de todas véras.
(La adularé, que es preciso.)
No dude usted que hay bellezas estacionarias. Las damas como usted nó tienen fecha.

Liboria. (Ya son dos los que lo afirman. Tal vez el espejo mienta.)
Pero con mi fecha y todo, que es positiva y auténtica, ¿cree usted que, prescindiendo de si tengo ó no talegas, haya un jóven tan filósofo que por consorte me quiera?

Ortiz. Sí creo, que en este siglo de las luces nos presenta fenómenos singulares la sábia naturaleza.

Liboria. ¿Cree usted que ese filósofo sea don Pedro Marchena?

Ortiz. Sí creo, y confieso y juro, que ha dado más de una prueba de buen gusto.....

Liboria. Con efecto.
Mi sobrinita es muy bella, y fuera temeridad ponerme yo en competencia.....

Ortiz. Y por qué no? ¿Es por ventura esa niña alguna Elena, alguna Vénus? (¡Ay Dios, si Carolina me oyera!)

Liboria. Tiene veinte años!

Ortiz. ¿Qué importa?
No es su hermosura de aquellas que llamo yo.... impermeables.... (maldita sea mi lengua!), perennes.... La especie humana cada dia degenera, y hay complexiones.... (No sé lo que me digo.) En fin ¡si ella no le quiere!....

Liboria. ¿Usted presume....

Ortiz. Oh! lo sé con evidencia.
Me lo acaba de decir: le tiene por un babieca.

Liboria. Pues en eso se equivoca.
Vivo es como una centella.

Ortiz. Sí, señora, y muy galan, muy donoso.... (Qué blasfemia!)

Liboria. Interesante figura!

Ortiz. Mucho! (Quemada la vea!)

Liboria. Si es verdad que no le quiere.....

Ortiz. Nada! Y dice que se alegra de que case con usted, pues con eso se liberta.....

Liboria. No puede ser. ¡Si decia no ha mucho que era grotesca y extravagante la boda, y me puso esta cabeza de reflexiones morales y físicas..... Santa Tecla!

Ortiz. Es porque entónces no estaba convencida de ser cierta la pasion de ese individuo.

Ahora ya no duda de ella.

Liboria. ¿De quién sabe.....

Ortiz. De él, de usted, de mí, de la casa entera, de todo Madrid. ¡Si ya no se habla de otra materia en los cafés, en la Bolsa!.... (Esto es mentir sin conciencia.)

Liboria. Luego ¿él se lo dice á todos.....

Ortiz. ¡Y estoy viendo que lo inserta en los diarios!

Liboria. ¡Me va á comprometer!

Ortiz. Simpleza!
No hay compromiso tratándose de relaciones honestas.....

Liboria. Quién lo duda? En esta carta bien claramente lo muestra. Léala usted.

[Se la da.]

Ortiz. [Leyendo.] «Cara esposa.....»
Ya da la cosa por hecha.
¿No decia yo.....

[Sigue leyendo para sí.]

Liboria. Temiendo que se repita la escena de esta mañana, me pide.....

Ortiz. [Volviendo la carta á doña Liboria.]
Sí, ya lo veo, una audiencia reservada; y es preciso, forzoso que usted acceda.....

Liboria. No acabo de decidirme.
¡No sea que me arrepienta luégo.....

Ortiz. No hay motivo, que es muy caballero Marchena, y no sería capaz de atropellar..... (á una vieja.)

Liboria. No es mi honor el que peligra; basta que yo lo defienda; sino el concepto en que estoy de mujer prudente y cuerda.—Aun siendo cierto el cariño que don Pedro me pondera ¿quién me libra de las sátiras de mujeres y poetas?

Ortiz. Ni poetas ni mujeres impedirán que usted sea venturosa.

Liboria. ¿Y si don Pedro me engaña?

Ortiz. No hay apariencia de tal cosa.—Y sobre todo, señora, el que no se arriesga no pasa la mar. Las truchas á pié enjuto no se pescan...., ni se muere cada dia un obispo. El tiempo vuela; la ocasion es calva.....

Liboria. Cierto;

y andarse con etiquetas
á mi edad.....

- Ortiz.* Es bobería.
Liboria. Y ello, hay que darle respuesta.....
Ortiz. Pronto se escribe un billete.
Aquí hay papel, tinta, oblea.....
Liboria. Un billete? No me atrevo,
que si es todo estratagema
y él obra de mala fe.....
Ortiz. ¡Válgate Dios..... Ah! una idea.
Escriba usted de su puño
sin nombre y sin cruz ni fecha:
«Esta noche en el jardín.»
Liboria. Bien! Á estilo de comedia
de Tirso ó de Calderon.

Ortiz. [*Llamándola á la mesa, y ofreciéndole una pluma.*]

Pues ¡vamos!

Liboria. [*Yendo á la mesa.*]

Con que él me entienda,
es lo bastante.

[*Escribiendo.*]

«Esta noche
en el jardín.»

Ortiz. Bien. Se cierra,
se le pone el sobrescrito.....

Liboria. [*Cerrando el billete y poniéndole oblea.*]

No. Para mayor reserva
irá sin él.

Ortiz. (Tanto escrúpulo!....)
Corriente.

Liboria. Ya está.

Ortiz. [*Tomando el billete.*] Pues venga.

[*Yéndose.*]

Liboria. Lo haré llevar al momento.....
Oiga usted! ¡Que no lo sepa
Carolina!

Ortiz. Pierda usted
cuidado. (Todo se arregla
á pedir de boca. Luégo.....
¡salga el sol por Antequera!)

ESCENA VII.

DOÑA LIBORIA.

Ay! de pensar en la cita
el corazon me palpita.
Cual si luciera otra vez
en la vejez
mi lozana primavera,
huiré del alma el esplin
con la dicha que me espera
esta noche en el jardín.

Noche, tu curso apresura;
no retardes mi ventura.
Los ojos del andaluz
sean mi luz,
y su grata voz mi gloria
cuando tierno paladin
me diga: te amo, Liboria,
esta noche en el jardín.

Caro difunto Melquiádes,
duerme en paz y no te enfades.
Tantos años de viudez!....
Qué pesadez!
Perdona si al largo duelo
pone tu Liboria fin;
perdona si me consuelo
esta noche en el jardín.

Mas si al cabo de mis años
lloro pesares y engaños;
si esto se vuelve despues
un entremes;
si el galan dice no hay mus,
mentí como un galopin,
me va á dar un patatus
esta noche en el jardín.

No, que Marchena es hidalgo
y sabe lo que yo valgo,
y no ha de hacerme traicion
mi corazon.
Ah! ya estoy fuera de quicio
con la boda y el festin
y el..... Voy á perder el juicio
esta noche en el jardín.

ACTO QUINTO.

ESCENA I.

CAROLINA.

Venganza mia, ya tarda
tu ansiado triunfo halagüesño.
¡No sabe lo que le aguarda
el compadrito rondefño!

Ya arrodillado le miro
con amante contricion
entre uno y otro suspiro
implorar mi compasion.—
Me ama, sí; la imágen mia
reina absoluta en su pecho,
y se burla de mi tia
ó no sabe lo que ha hecho.—

Mas si arrepentido llora,
por qué le reservo un no?
Mas si en efecto me adora,
por qué le aborrezco yo?
Si él se muestra vengativo
es porque yo fui cruel.
¡Era tan leve el motivo
que me indispuso con él!....
Yo culpé su indiscrecion,
pero ¿soy yo más discreta?
El no fuera fanfarron
si yo no fuese coqueta.
Cuando en su plácido error
tuvo por seguro el sí,
fué en él exceso de amor
lo que fuera orgullo en mí;
y bien merece mi indulto
el galan que en su demencia
creyendo hacerme un insulto
se ha impuesto una penitencia;
que mostrarse ebrio de amor
por una vieja, áun en broma,
es penitencia mayor
que ir descalzo de aquí á Roma.—
Pero otro amante más fino,
áun perdida la esperanza,
no hiciera tal desatino
ni de véras ni de chanza.
Ahí está ese pobre Ortiz
que, amándome con delirio,
ni siquiera el infeliz
se queja de su martirio.
¡Para que él pudiera el cuello
á otra mujer humillar!
¡Para que él dijera aquello
de la infame circular!
Oh! si amor diese la palma
al más rendido y más fiel.....
El otro tiene más alma.....
Pero ¿quién se fia de él?
No obstante, él me amó primero,
y al cabo..... la antigüedad.....
Es bizarro caballero
en persona y calidad.—
Pero Ortiz es como un oro,
y sus prendas..... Justo Dios!
¿Cuánto va á que me enamoro...
de cualquiera de los dos?
No sé qué pasa aquí dentro.
Quién vencerá?.... Dios lo sabe!....
Pero ello es que yo me encuentro
en una crisis muy grave;
y voy perdiendo la calma,
y ya con grito importuno—
ay!—me está diciendo el alma.....
que es fuerza querer á alguno.

ESCENA II.

CAROLINA. PETRA.

Petra. (Dios la ampare, si se aflige.)
Ay señorita! Oh maldad!....

Carol. Qué hay?
Petra. (Pero mi Ortiz lo exige...
Y no comprendo en verdad....)
Carol. No hablarás?
Petra. Tengo una pena!
¿No esperaba usted—aveve!—
al caballero Marchena?
Carol. No tardará. Son las nueve.
Petra. Pues le espera usted en vano.
Le he visto junto á la noria
del jardin.
Carol. Sí?
Petra. Mano á mano.....
Carol. Con quién?
Petra. Con doña Liboria.
Carol. Eh! casualidad.....
Petra. Que no!
El galan pidió una cita.....
Carol. Y mi tia se la dió?
Petra. Sí señora, señorita!
Por detras de los enebros
los vi. Están como unos topos.
Él decia ¡unos requiebros!....
y ella..... ¡vaya, unos piropos!....
Carol. Cómo!....
Petra. El diantre de la vieja!
Carol. Vamos, si no puede ser!
Yo no.....
Petra. Si abre usted la reja
desde aquí los puede ver.
Carol. [Abriendo la reja.]
Oh! sí. Retira esa luz.
Observaré sin ser vista.....
Petra. [Retirando la luz.]
Al fin hombre y andaluz!

[Abierta la reja, aparecen sentados
en un banco del jardín doña Liboria
y Marchena, mostrando en los ademanes
que es muy animada su conver-
sacion.]
Carol. Allí están. Ah! Dios me asista!
Petra. Quiere usted más regocijo?
Carol. ¡Y mi tia se enamora.....
Petra. Toda mujer, como él dijo,
tiene su cuartito de hora.
Carol. Su cuartito de hora! ¿Y cuándo
te lo dijo?
Petra. Esta mañana.
Por cierto que estaba hablando
de usted....
Carol. [Con enfado.]
Cierra esa ventana.
[La cierra Petra.]
Petra. Y áun por eso yo presumo
que él ha tendido la red
á la tia.....
Carol. (Me consumo!)

Petra. Para dar celos á usted.
Carol. Celos yo? Qué disparate!
Petra. Y que al fin tierna y sumisa.....
 Mas ¡qué error! ¡Un botarate
 como él!....

[*Riéndose.*]

Á mí me da risa.

Ria usted tambien.....
Carol. [*Con risa forzada.*] Sí, sí.....
Petra. De ese amor de chirinola.
Carol. Sí, pero..... vete de aquí,
 que quiero reirme sola.
Petra. (Rabiando está. Dios es justo.)

[*Vase por la puerta de la izquierda,
 que queda entornada.*]

ESCENA III.

CAROLINA.

Si es cierto que ama á mi tia,
 digo que es hombre de gusto!
 Vamos, yo le arañaria.

ESCENA IV.

CAROLINA. ORTIZ.

Ortiz. [*Á la puerta de la derecha con el
 álbum.*]

Carolina, buenas noches.
 Si usted me da su permiso.....

Carol. Sí, sí; éntre usted.
Ortiz. [*Acercándose.*] Como sé
 que don Pedro no ha venido
 á la cita...., ni vendrá,
 porque en el jardín le he visto.....
Carol. Sí; ya sé.....

Ortiz. En dulce coloquio
 con doña Liboria.....

Carol. Indigno!
Ortiz. Aprovecho esta ocasion
 para venir con el libro.....

Carol. Ay, Ortiz! Estoy volada.
 No se logró mi designio.
 No me vengo de un villano.....

Ortiz. Sí tal. O es cierto el cariño
 que muestra á doña Liboria,
 y en la culpa va el castigo;
 ó lo finge, y es peor;
 que, como dice el antiguo
 refran, al que escupe al cielo,
 en la cara.....

Carol. Eso es muy lindo,
 pero yo quiero vengarme;
 yo misma, y no lo consigo!
 Y en mi casa y á mis ojos,

sea ó no sea artificio,
 á otra mujer galantea,
 y para mayor ludibrio
 tiene en su poder mi carta,
 la carta en que yo le cito!
 Esto me inquieta, me aflige,
 me desespera. No aspiro
 á su amor. En hora buena
 sea cortejo, ó marido
 de quien quiera... Qué me importa?
 Pero ¡mi carta, Dios mio!
Ortiz. Sosiéguese usted. La carta
 descansa en este bolsillo.

[*La saca y Carolina la toma.*]

Carol. La ha devuelto?
Ortiz. No, señora.

Es que..... no la ha recibido.
Carol. Así cumple usted mis órdenes?
Ortiz. Doña Liboria me dijo
 que esperaba en el jardín
 á su Marchena querido,
 y por no exponer á usted
 á un desaire.....

Carol. Ese peligro
 era quizá imaginario.

Ortiz. Á la prueba me remito.—
 Mas si lo que usted queria
 era humillar al altivo
 andaluz, completamente
 su deseo se ha cumplido.

Carol. De qué modo?

Ortiz. Un pensamiento
 me ocurrió muy peregrino,
 y sin vacilar lo puse
 en práctica.

Carol. No concibo.....

Ortiz. Detras de la mesa estaba
 hecha doscientos años
 aquella nefanda copla
 que usted con justo motivo
 arrancó del álbum.

Carol. Bien,
 y qué?

Ortiz. Bajo un sobrescrito
 le remití los pedazos.....

Carol. ¿Qué oigo! Con recado mio?
Ortiz. Claro está.

Carol. ¡Es muy singular
 el interes que yo inspiro
 al señor de Ortiz!

Ortiz. Señora,
 yo sentiria infinito
 haber errado.....

Carol. (Me quema
 con ese aire de novicio.)

Ortiz. Mas para enmendar mi error
 hay un medio muy sencillo.
 Del cambio de los papeles
 diacúlpese usted conmigo,
 y envíele.....

Carol. Qué?

Ortiz. La carta....

Carol. Sí, á buena hora!

Ortiz. El camino desde aquí al jardín no es largo.

Carol. Pues ya!

Ortiz. Se pide permiso á doña Liboria.....

Carol. Dale!

Ortiz. Si no quiero! Qué suplicio! Ya que está usted tan airada contra mí.....

Carol. No.

Ortiz. Me retiro.

Carol. No, señor. Quédese usted.

Ortiz. Entiendo. Será preciso que usted se venga en alguno.

Carol. Sí, señor.

Ortiz. Pues me resigno á ser la víctima.

Carol. Usted?....

Ortiz. Si es tan grave mi delito.....

Carol. [Con ironía.] No tal! Usted procedió con la inocencia de un niño.

Ortiz. Señorita.....

Carol. Á ver? Veamos el dibujo.....

Ortiz. [Abriendo el álbum.] (¡Llegó el crítico momento!) [Da á Carolina el álbum abierto, y en seguida toma una luz para alumbrar con ella.] Aquí está.

Carol. [Examinando el dibujo.] Una jóven, con aire contemplativo, puesta en el pecho una mano y otra en la frente.....

Ortiz. Eso mismo.

Carol. Cómo se parece á mí!

Ortiz. Es muy posible. He querido pintarla muy bella.

Carol. ¡Vaya, que es donoso el estribillo! En todo lo que usted pinta danza mi cara.

Ortiz. ¡Si es vicio que ha tomado ya la mano! Nunca podré corregirlo.

Carol. Ortiz!....—Prosigo. Dos genios la cercan. Con ceño esquivo y fiero ademan, el uno alza la frente al empuje.— Quién es este caballero?

Ortiz. El orgullo. Así lo pinto.....

Carol. Señor de Ortiz!

Ortiz. Todo es pura alegoría. Caprichos de pintor.....

Carol. El otro genio

se da cierto aire á Cupido y está á los piés de la ninfa como pidiendo un asilo..... Quién es esta criatura?

Ortiz. Si usted le ha reconocido será el amor; y si no, cualquier pelon del hospicio.

Carol. Ortiz!....—Á cierta distancia un caballero distingo con aire ufano y sonrisa de triunfo.—Calle! ¡Es el vivo retrato del andaluz!

Ortiz. Tal vez. Yo he pintado *ad libitum*....

Carol. Señor de Ortiz!....—Con el dedo muestra hácia el opuesto sitio un reloj, pero una nube se lo oculta.

Ortiz. Está entendido.

Carol. Y entre tanto una figura, que lleva por distintivo corona y palma, se escapa de sus manos.

Ortiz. Á mi juicio, esa es la victoria.

Carol. Ortiz!....

Ortiz. Carolina!

Carol. ¿Y qué destino tiene aquí el reloj?

Ortiz. Ninguno.

Carol. Sirve de adorno.

Ortiz. (¿Habrá pillo!....) Apunta las nueve y cuarto...., y esa hora tiene el mio!

Ortiz. Sí? Casualidad.....

Carol. Ortiz!— Con gesto humilde y contrito á estotro lado hay un jóven.....

Ortiz. (Ahora pierdo los estribos!) [Queda en la actitud que va á describir Carolina.]

Carol. [Mirando á Ortiz furtivamente.] Con una mano en el pecho; y al parecer tiene fijos con suma inquietud los ojos en el reloj consabido.

Ortiz. Ah!

Carol. Pero ¿qué tiene usted, que se le escapa un suspiro y tiembla como el azogue?

Ortiz. Nada..... Estos nervios malditos!....

Carol. ¡Se le cae á usted la luz de la mano!

Ortiz. Ya la afirmo.....

Carol. Mejor estará sobre ese velador.

Ortiz. [Muy turbado.] Es positivo.

[Pone la luz en el velador que estará inmediato á la reja.]

Carol. Se pone usted malo?
 Ortiz. No,
 pero el calor del estío.....
 Ya se me pasa.

Carol. Abriremos
 la reja.

[*Abre la reja y quedan los dos enfrente de ella. Vuelve á descubrirse la pareja del jardín. Marchena mira al gabinete y gesticula con muestras de la más viva inquietud. Doña Liboria procura ocupar su atención, pero sólo lo consigue momentáneamente. Petra asoma la cabeza por la puerta de la izquierda, la vuelve á retirar al instante, y repite esta acción varias veces hasta el fin de la escena.*]

Ortiz. Siente usted alivio?
 Oh! sí, señora. (Nos ve mi rival. Qué compromiso!)
 Carol. Acabe usted de explicarme el dibujo. Este individuo ¿quién es? Yo no reconozco sus facciones.
 Ortiz. (Jesucristo!....
 Está ciega?)
 Carol. Este es, sin duda, un personaje ficticio, ideal.
 Ortiz. [Desanimado.]
 Eso, sí; un ente de razon.
 Carol. El pobrecillo ¡mucho debe de sufrir!
 Ortiz. Oh! sí, señora; muchísimo!
 Carol. Pero como está pintado..... y tiene cerrado el pico, ¡vaya usted á averiguar la causa de su martirio!
 Ortiz. Carolina!....
 Carol. Pero usted no ha pintado sin designio esta escena.
 Ortiz. Carolina!
 Carol. Y ya tendrá concebido en su mente el desenlace.
 Ortiz. Yo esperaba que el divino ingenio de usted.....
 Carol. Eh! nunca descifré yo logogrifos.
 Ortiz. El drama puede tener dos desenlaces distintos.
 Carol. Dos desenlaces?... Entiendo. El adverso y el propicio;— el clásico y el romántico.
 Ortiz. (Ah! se rie! Soy perdido.)
 Carol. Pero el uno de los dos habrá de ser más legítimo, más verosímil que el otro.— Podríamos divertirnos

representándolo.—Vamos, yo soy ella; yo adivino lo que piensa. Usted ahora

[*Con el dedo en el dibujo.*]

Ortiz. saque á este pobre del Limbo. Pues bien, figúrese usted que el amante.....
 Carol. Ah picarillo!
 Conque es un amante? Ya lo habia yo presumido.
 Ortiz. Suponga usted que el amante, postrado á los piés de su ídolo.....
 Carol. Señor de Ortiz, yo no puedo suponer lo que no he visto.
 Ortiz. [Arrodillándose.]
 Carolina! Carolina!

[*Marchena se levanta muy azorado. Petra se asoma, suspira y observa angustiada. Doña Liboria se queda sentada con muestras de sorpresa y abatimiento.*]

Petra. (Ah!.....)
 Carol. Bravo! Y ahora el amigo ¿qué dice?
 Ortiz. Mi bien! mi gloria!
 Yo te adoro!
 Petra. (Ah!)
 Carol. [Riéndose.] Muy bien dicho!
 Y ella ¿qué responde?
 Ortiz. Ay! ella se burla de su delirio. Le desprecia, le aborrece, le sepulta en el abismo; y él se levanta

[*Lo hace.*]

resuelto á terminar su conflicto dándose muerte.....
 Carol. [Riéndose.] Y no puede..... porque no tiene un cuchillo á mano, y porque la dama quiere que viva cien siglos.....
 Ortiz. [Con sarcasmo, yéndose.]
 Mil gracias.
 Carol. Y le detiene entre sus brazos cautivo.

[*Se abrazan.*]

Ortiz. } Ah!
 Petra. }
 March. }

[*Después de su exclamación, que ha de oír el público, desaparece Marchena corriendo, y un momento después le sigue doña Liboria.*]

Liboria. [Llamando á Marchena.]
Eh!
Carol. Me hacen venturosa
este abrazo.....
[Señalando hacia el jardín.]
y aquel grito.

ESCENA V.

CAROLINA. ORTIZ. PETRA.

Ortiz. Oh delicioso momento!
Petra. Ah traidor! ¿Cumples así
tu amoroso juramento!
Ortiz. Hija.....
Carol. ¿A qué vienes tú aquí?
Petra. ¿A poner impedimento.
Ortiz. Ya dió tu máquina al traste,
muchacha, y si no te enojas
te diré que equivocaste
los frenos.....
Carol. Y que tomaste
el rábano por las hojas.
Petra. Oh rubor! ¿Conque el almíbar
de mi risueña esperanza
se ha convertido en acfbar?
Ortiz. Mano plebeya no alcanza
al escudo de Menjíbar.
Petra. Yo.....
Carol. Calle la impertinente.

ESCENA VI.

CAROLINA. ORTIZ. PETRA. MARCHENA.

March. [Entra apresurado.]
Aquí estoy yo, y arda Troya!
Abrazar á un escribiente!
Esto ¿es verdad, ó es tramoya?
Hábleme usted francamente.
Carol. Este es mi marido.
March. ¿Sí?—
Pues que sea en hora buena.
Lo decia porque á mí
no me gustan..... (me perdí!)
chanzas pesadas.

ESCENA VII.

CAROLINA. ORTIZ. PETRA. MARCHENA.
DOÑA LIBORIA.

Liboria. [Llega jadeando.] Marchena!
March. (Maldita vieja!) Señora.....
Liboria. Esa fuga repentina.....

March. Perdón!.... (Esto acaba ahora
como se acabó en Medina
el rosario de la Aurora.)
Liboria. Dejarme plantada allí!.....
March. Señora, fuí cuerdo ayer;
hoy loco. Perdón! Mentí.....
Liboria. Qué infamia!
March. ¿Cómo ha de ser!
Tambien me han plantado á mí.
Liboria. Ya en el jardín yo advertia
mi necio y pueril error,
y pues fué la culpa mia,
no me irrita el desamor,
sino la descortesía.
March. Cien veces y de cien modos
pido perdón y confieso.....
Liboria. [Con gravedad.]
Basta.

March. [Mostrando á Carolina.]

Ese diablo travieso
tiene la culpa, que á todos
nos hizo perder el seso.
Yo no siento la entruchada,
que mi gozo es verme libre;
mas ¿qué ha hecho usted, camarada,
para desbancar—no es nada!—
á un hombre de mi calibre?
Ortiz. El lance ha sido estupendo!
mas recuerde usted la arenga
que siempre está repitiendo.
March. ¿Cuál?
Ortiz. No hay mujer que no tenga
su cuarto de hora.
March. Ya entiendo.
Carol. Como acechaban el mio
dos galanes.....
March. Sí; él y nos.
Carol. El más listo de los dos
fué dueño de mi albedrío.
March. Entiendo....., y me largo. Adios.

ESCENA VIII.

CAROLINA. DOÑA LIBORIA. ORTIZ. PETRA.

Petra. [Llorando.]
Ay! ; Tambien mi cuarto de hora
llegó, y con sal y pimienta!
Una Escalona! Qué afrenta!
Una Barrientos!....

[Con altivez á Carolina.]

Señora!....

[Llorando otra vez.]

Ajústeme usted la cuenta.

ESCENA ÚLTIMA.

CAROLINA. ORTIZ. DOÑA LIBORIA.

Carol. Y ahora ¿qué dice mi tía?
Salió lo que yo decía?

Liboria. Pequé también, pesia tal!,
mas ¿quién se libra, hija mía,
de un cuarto de hora fatal?

Mi amor propio se lastima
del desengaño que llora;
pero en verdad, causa grima
que sueñe cuartitos de hora
la que ¡tantos! tiene encima.
Por dicha, pasó el chubasco,
y aunque me causa rubor,
Dios me venga de un traidor;
que, si grande fué mi chasco,
el suyo ha sido mayor.



DIOS LOS CRIA Y ELLOS SE JUNTAN,

COMEDIA EN TRES ACTOS.

Se representó por primera vez en el teatro del Principe el 11 de Febrero de 1841 (*)

PERSONAS.

MANUELA.
MACARIA.
EMILIA.
RUPERTA.

D. LUIS.
CIRIACO.
BALBINO.
D. ANTONIO.

La escena es en Leganes. Sala amueblada con aseo y sencillez. Puerta en el foro con vista de una antesala, que por ambos lados sirve de comunicacion á otras habitaciones y á la escalera; una ventana á la derecha del actor; otra á la izquierda.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

MANUELA. CIRIACO. MACARIA.

[*El traje de los tres será entre merced y señoría; esto es, de lugareños con presuncion de cortesanos.—Aparecen sentados.*]

Macaria. Poco puede ya tardar
el señor don Luis de Osorio.

Ciriaco. Es segun; porque yo creo,
y en esto no me equivoco,

que saliendo de Madrid, .
verbigracia, en su birlocho....,
ú en otro chisme cualquiera,
á la hora que yo supongo....;
no cabe duda; ya tire
por el camino más corto,
ya tome por el más largo,
vendrá tarde...., ó vendrá pronto.

Macaria. Encontrará cuando llegue
la casa hecha una ascua de oro,
ya que adrede la compró
para armar aquí el jolgorio

(*) Era opinion casi unánime entre las muchas personas á quienes se habia leído esta comedia que las dotes características del ingenio del autor brillaban en ella más que en otra alguna de las que ya habia dado á luz, y no faltaron sujetos inteligentes que la preferian á todas las demas. Los actores se prometieron tambien el éxito más completo, y así parecian anunciarlo los muchos aplausos que en el día de su estreno iban obteniendo las principales escenas. Al final, sin embargo, hubo espectadores que de un modo inequívoco tuvieron á bien manifestar que eran de distinto parecer. Y ellos mismos habian ántes reído y palmoteado!.... Hay hombres á quienes, por lo visto, se infiere una grave injuria con hacerles reir. Pero ¿cómo lo ha de remediar un poeta cómico, si esa es su *mision sobre la tierra?*—*Es un saineton!* decian luego por los pasillos y en el café, y no faltaron periódicos que condenasen la comedia sin hacer apenas otra cosa para fundar su tremendo fallo que repetir aquella enfática y augusta frase: *es un saineton!*, y decir que pecaba contra las leyes del *buen tono*.—*Válgate Dios por buen tono!* Este es otro *comodin* muy cómodo para ciertos aristarcos melindrosos y superficiales. Pero si estos censores displicentes se dignasen de examinar con alguna imparcialidad las obras que tan ligeramente reprueban; si no llevasen al teatro siniestra prevencion, quizá las juzgarian de otra manera. Verian, por ejemplo, que en *Dios los cria y ellos se juntan* se propuso el autor precisa-

de la boda.

Manuela. ¡Qué manía tan rara la de mi novio! ¡Casárame yo en Madrid y no en un triste villorrio! Y si era lúnes, mejor, que iríamos tan orondos dempués de la cirimonia á la plaza de los toros.

Ciriaco. Ceremonia has de decir.

Manuela. Qué más da? Lo mesmo es ocho que ochenta.

Macaria. Deja, que irás á Madrid por el otoño. Él lo ha dicho. Sólo siento que no se luzga el bodorrio en nuestro mesmo lugar, en Móstoles! ¡Qué bichorno para aquellas hidalgonas tan remilgadas, y cómo con un yerno rico y noble les daría yo en el morro!

Ciriaco. Eso..., más ó ménos.... Pues! Porque, como dijo el otro.... Ya me comprendéis. Y, al cabo, cada cual hace su Agosto: no es verdad? Y últimamente, no hay boda sin matrimonio.

Macaria. Hoy son los dichos, y luégo....

Ciriaco. Á los dichos es notorio, siguen los hechos; que al cabo....

Macaria. Casada con un buen mozo, señora de estrado y coche, cocineo y mayordomo, quién te toserá en Madrid? Naide.

Ciriaco. Por san Juan Crisóstomo, habla bien; no digas *naiide*, que dirá don Luis que somos unos bárbaros, y al fin....

Macaria. Déjame estar. Ya conozgo....

Ciriaco. Jesús!

Macaria. Que hablo á lo palurdo, pero á mí me entienden todos; y á ti con tantas retólicas no te entenderá el demonio.

Ciriaco. Yo puedo darte lecciones; que, al cabo, serví á un canónigo que me enseñó la gramática y las fábulas de Esopo, pues!, y he sido fiel de fechos

hasta el año treinta y ocho.

Macaria. Y fuiste desonerado porque hacías mil embrollos, y con multas el alcalde pagaba tus despropósitos; y de estónces diquía ahora el escribano don Zoilo no ha podido pergeñar el espidente de propios.

Ciriaco. Es que yo sólo entendía el alma de ese negocio, porque....

Macaria. Calla, que me pones la cabeza como un bombo cuando escomienzas....

Ciriaco. Huy!

Macaria. Qué?

Ciriaco. Otra burrada de á folio.

Macaria. Pues bien, mejor!

[Á *Manuela.*]

Algún santo trujo por estos contornos á don Luis cuando viniendo de Portugal..., ó de Oporto..., qué sé yo?... de allá de estránjis, se le rompió en aquel hoyo el coche, en hora bendita de Dios Todopoderoso, y amén de eso la cabeza, sin la confusion del hombro.

Ciriaco. Contusion querrás decir.

Macaria. No me dejarás? Qué plomo!

[Á *Manuela.*]

Mira tú lo que es el mundo! Si él no cayera y nosotros no le hubiéramos curado y asistido como á prójimo, nunca harías tú pareja con un pájaro tan gordo.

Manuela. Es que.... no es todo chiripa, que este palmito no es moco de pavo, ba!, y tan y mientras que el cerujano don Próspero para curarle la herida nos le ponía en adobo, yo le hacía otra más honda con el aquel de mis ojos.

Ciriaco. Con efecto, á no ser tú digna rama de este tronco,

mente combatir y escarnecer ese mismo *mal tono* que tanto les horripila; que para lograrlo era forzoso darle un poco de relieve, poniendo en contraste á las personas que de tal defecto adolecen con las de buena educacion y de trato más culto que en la misma pieza figuran; que si estas alternan con aquellas, porque así lo requiere el argumento, bien á las claras ha mostrado el poeta que no se ha propuesto laurear la maliciosa simpleza de *Manuela*, la desvergüenza de *Balbino*, la grosería de *Macaria*, la ridícula *suficiencia* de *Ciriaco*; sino todo lo contrario. Verían también, si desdeñasen ménos el estudio de tan difícil arte, que en la esfera de la *comedia* caben interlocutores de todas las clases y categorías, y que sólo cuadra el apodo de *saineton* á aquellas farsas arlequinascas en que se excita la risa del auditorio sin ningún designio moral, y tal vez á expensas de toda moralidad y toda decencia; no á las que inspira un pensamiento filosófico y que, á través de situaciones festivas, y aun grotescas si se quiere, inculcan máximas saludables y provechosas lecciones, como acontece con esta fábula cómica, y sería fácil demostrarlo.

La comedia fué aplaudida sin la menor contradiccion en las sucesivas representaciones: ¿serían acaso gentes de *mal tono* las que asistieron á ellas?... En las provincias fué acogida y sigue siéndolo con suma benevolencia. Bueno es que haya tribunales de segunda instancia.

es claro que él.... Porque, al fin sin saber cuándo ni cómo....

Me entendeis? Porque en los tiempos que alcanzamos el más topo conoce.... Y últimamente, yo me entiendo y bailo solo.

Macaria. ¡Cuánto más vale don Luis que no aquel otro baboso..., aquel tuno de Balbino que te andaba haciendo cocos ahora siete años! ¡No es nada lo que va de novio á novio!

Manuela. Pues, mire usted, en tadía no le he olvidado del todo, y eso que una mala carta no me ha escrito el muy candongo desde que cayó soldado y echó á andar cácia Logroño.

Macaria. Pues es preciso olvidarle como á quien cayó en un pozo: lo oyes?, porque él no te quiere, porque te casas con otro, y porque yo te lo mando.

¡Pues dígole á usted que es corcho...
Manuela. Bien está. Haré lo posible....

Macaria. Es que el de Madrid no es bobo, y como él barrunte....

Manuela. Bien.
Yo cerraré á piedra y lodo la boquita y....

Macaria. Tan siquiera hasta que se haga el casorio, ten prudencia.

Manuela. ¡Si ya he dicho....

Macaria. Es que tú tienes muy romo el magin. No te parece en eso á mí; sino al tonto de mi marido.

Ciriaco. [Se levanta.] ¡Por vida....
¿Quieres que me oigan los sordos, Macaria? ¡Tonto me llama ese.... bagaje! Es el colmo de la.... Vamos, cuando digo.... Ya se ve, si me divorcio dirán que, al cabo y al fin.... No nos cansemos: el olmo no da peras.

[Se asoma á la ventana de la derecha.]

Macaria. Ya nos deja en paz. Jesús, qué abejorro! Conque, cuenta con lo dicho, Manuela.

[Óyese el ruido de un coche.]

Manuela. Sí.
Macaria. Creo que oigo rodar un coche en la calle.

Manuela. [Levantándose.]
Sí, señora, sí. Mi esposo!

II.

Ciriaco. Don Luis!

Macaria. [Levantándose.]

¿Sabrás recibirle con cariño y con buen modo?

Manuela. Vaya! Pues ¡qué! ¿no sé yo todos esos requilorios de la pulítica?

Ciriaco. Oís?

Ya entra en casa.

Macaria. Hoy me remozo.

Manuela. Traerá el regalo de boda. Vestidos, pañuelos, gorros..., collares.... Voy á dar golpe en Leganes....

Ciriaco. Como un corzo sube ya por la escalera.

Macaria. Bendito Dios y qué gozo!

ESCENA II.

MACARIA. MANUELA. CIRIACO. D. LUIS.

Macaria. [Abrazando á D. Luis.]

Bien venido!

Ciriaco. [Tendiendo los brazos.]

Muy ufano....

Luis. [Dándole la mano.]

Don Ciriaco!

[Á Manuela.]

Dueño hermoso!

[Á Macaria.]

Señora!....

Manuela. ¡Adorado esposo, mi bien...,

[Haciendo una cortesia ridicula.]

beso á usted la mano.

Luis. Tanto cumplido!....

Macaria. Perdona.

La chica tiene vergüenza

y hasta que ella se convenza....

Dale un abrazo, simplona.

Manuela. Si usted lo manda, allá va.

[Le abraza.]

Luis. Su sencillez me enamora.

Macaria. Y tú por tú desde ahora.

Manuela. Sí, madre.

Macaria. Qué?

Manuela. Sí, mamá.

Luis. Déjela usted que se explique con su natural llaneza.

Ciriaco. Ya soltará la corteza cuando usted la domestique; que, al fin, aunque no digamos

de las dotes que no tiene.
Se burlarán mis amigos,
que en el siglo diez y nueve
no esperaban encontrar
filósofos de mi especie;
mas no turbará su risa
mis domésticos placeres.....,
y alguno en su corazón
acaso envíe mi suerte.—
No obstante, bueno es guardarme
de sus sátiras crueles
y el primer pan de la boda
saborear tranquilamente.—
Tampoco quiero sufrir
los brutales parabienes
que en Mostoles me darian
los amigos y parientes
de una suegra irracional
y de un suegro veinte veces
más insufrible, porque uno
lo pedante á lo silvestre.
Bien estoy en Leganes
donde no me desesperen
los unos por exquisitos
y los otros por soeces.
Aquí en santa paz y en gracia
de Dios.....

[*Oyese rodar un carruaje, que pára
al instante.*]

Mas ¿Qué ruido es ese?
Un carruaje! Y á mi puerta,
si los oídos no mienten.....
¿Quién diablos será.....

[*Se asoma á la ventana de la derecha.*]

Una dama.....,
y el galán correspondiente.....
La cara..... Con el sombrero
la cubre. Maldito mueble!—
Ya vuelven la espalda y entran
ligeros como cohetes.

[*Retirándose de la ventana.*]

Si es para mí la visita,
es importuna, es aleve.—
Ya los oigo en la escalera.
Qué desgraciada es mi suerte!
Huía del perejil,
y me ha nacido en la frente!

ESCENA V.

D. LUIS. EMILIA. D. ANTONIO.

Antonio. [*Abrazando á D. Luis.*]

Caro Luis!

Luis. Querido Antonio!

Tú por acá!...

Emilia. Caballero.....

Luis. Emilia!... (Me desespero.)

Antonio. [*Abrazándole.*]

Otro abrazo!

Luis. (Otro demonio!)
Sí, tengo mucho placer.....

[*Á Emilia.*]

Sea usted muy bienvenida.
Yo ignoraba, por mi vida.....

Antonio. Te he querido sorprender.

Luis. Con efecto, mi sorpresa.....
Esta agradable visita.....

Antonio. [*Á Emilia.*]

No te digo? Es infinita
la amistad que me profesa.

Luis. [*Á Emilia ofreciéndola una silla.*]

Suplico á usted.... (Oh tormento!)

Antonio. No te incomodes. El caso.....

Luis. Ya. Ustedes irán de paso.....

Antonio. No. Si venimos de asiento!

Luis. Sí? (Malo!) Pues el lugar
poco ofrece.

Antonio. No es tan malo.
Sus huertas son un regalo,
y, en fin, para vegetar.....

Emilia. [*Sentándose.*]

Mi médico aseguró
que estos aires son soberbios
para los males de nervios
de que soy víctima yo.

Luis. [*Con dolor.*]

Yo también.....

[*Mudando de tono.*]

Algo propenso.....

Antonio. [*Sentándose. D. Luis hace lo mismo.*]

Y estando tú aquí, ya ves.....
Conque, dije: á Leganes!,
y aquí me tienes.

Luis. (Qué censo!)

Antonio. Evitemos que se aburra
mi pobre amigo, añadí,
que estará solito allí
tomando leche de burra.....

Luis. No. Tengo aquí una casilla.....

Antonio. Ya sé, y un poco de hacienda.....

Luis. Puede que pronto la venda,
que ya me cansa esta villa.

Antonio. Eh! para una temporada.....
Viendo que es la casa inmensa,
no quiero hacerte la ofensa
de marcharme á una posada.

Luis. Aquí las hay.....

Antonio. Detestables;

ya lo supongo.
Luis. Antes.....
Antonio. Ea!
 cédenos.....
 [Chancedándose.]
 por lo que sea!
 un rincon...
Luis. Hombre, no me hables...
Antonio. No te he querido ofender.
 Una chanza de las mias.....
 Qué locura! ¿Tú me habias
 de exigir el alquiler?
 Nada: un cuarto para Emilia,
 otro cuarto para mí.....
 Ninguna etiqueta! Aquí
 viviremos en familia.
Luis. (Se meterá hasta en mi cama.
 Voto á bríos!...) Mucho lo siento,
 pero no hay aquí aposento
 donde alojar á una dama.
Emilia. Á mí? De cualquiera modo.
 Mi indisposicion no es grave,
 y en un lugar, ya se sabe,
 hay que conformarse á todo.
Antonio. Yo aunque sea sobre céspedes.....
Luis. Yo os diera hospitalidad,
 pero hay la dificultad
 de que tengo aquí otros huéspedes.
Antonio. No le hace.
Luis. (¿Es mi casa fonda,
 santo Dios!)
Antonio. Unos á un piso,
 otros á otro; y si es preciso
 haremos cama redonda.
Luis. (Habré de cantar de plano.
 No hay recurso!) Amigo Antonio,
 se trata..... de..... matrimonio.....
Antonio. ¿Qué escucho, Dios soberano!
 ¿Tú te casas! Y con quién?
Emilia. Es linda?
Luis. Yo así lo creo.
Emilia. Ya conocerla deseo
 y que oiga mi parabien.
Antonio. ¡Por vida de los apóstoles.....
 Quién lo habia de pensar?
 Y es fruta de este lugar?
Luis. [Cortado.]
 No. De Móstoles.
Antonio. De Móstoles!
Luis. Es boda..... de gratitud.
Antonio. Ya recuerdo..... Bribonazo!....
 Allí diste el batacazo.
Luis. Y allí cobré la salud.
Antonio. No en vano andabas tan serio
 por Madrid el otro dia.
Emilia. Y yo malicié que habia
 en su viaje algun misterio.
Antonio. ¿Hija de algun hidalgo.....
Luis. No, que nació en la pobreza.
 La hermosura es su nobleza
 y la virtud es su dote.

Antonio. ¡Tú cambiado en pastorcillo
 de la Arcadia! Es rara idea.
 ¡Tú en pos de una Galatea
 con zurrón y caramillo!
Luis. Qué quieres! Los desengaños.....
 La filosofía.....
Antonio. Ay, Luis!
 Tu cabeza está en un tris.
 Filósofo á veintin años!
Luis. Veinticuatro!
Antonio. Pche!....
Luis. Y mi viaje?
 ¿Y el terrible coscorrón
 que iluminó mi razon
 cuando volqué del carruaje?
Antonio. Vaya, tú te burlas, sí,
 pero engañarme no puedes.....
Luis. Al contrario, son ustedes
 los que se burlan de mí.
 He aquí por qué me oponia,
 aunque amigo verdadero.....
Antonio. [Riéndose.]
 Cosa como ella! ¡Un cochero
 enseñar filosofía!
Luis. Pues! No lo digo? Paciencia!
Antonio. Estás en ti, criatura?
 Tu boda es una locura.
Emilia. Es un cargo de conciencia.
Antonio. Tú esposo de una palurda!
Luis. Es un ángel, un portento.
Antonio. Curtida del sol y el viento.....
Emilia. Criada en una zahurda.....
Luis. [Levantándose. Emilia y D. Antonio
 hacen lo mismo.]
 Á ese fallo tan injusto,
 á esa rechifa molesta
 sólo daré por respuesta
 que la novia es de mi gusto.
Antonio. No te piques. Lo hemos dicho
 por tu bien. Yo sentiria
 que mañana ú otro dia
 lloraras ese capricho.
Emilia. Si con efecto es tan bella
 y usted se ha clavado ya
 tan de firme.....
Luis. Claro está
 cuando me caso con ella.
 [Dirigiéndose á D. Antonio.]
 Y pues remedio no tiene
 y de que yo piense así,
 ó de otra manera, á ti
 nada te va ni te viene;
 pues tus consejos no escucho,
 porque no son menester;
 ó mi huésped no has de ser,
 y lo sentiria mucho,
 ó por Dios que no me quemes
 con pullas y chirinolas
 còram pòpulo, aunque á solas
 rias, gruñas y blasfemes.

Antonio. Mofarme? Qué desatino!
Pues la amas con tal exceso,
ya no es razon.... Léjos de eso,
me ofrezco á ser tu padrino.

Emilia. Bravo! Y la madrina yo.

Luis. Gracias.....

Antonio. Qué cara de agraz!
Aceptas? Será capaz
de responderme que no.

Luis. Me he picado; lo confieso;
mas son ustedes tan finos.....
Sí, yo he menester padrinos.
No habia pensado en eso.

Antonio. (No sabe lo que le pasa.)

Luis. (Tal vez así lograré
ponerlos de buena fe
ya que se han metido en casa.
Porque ¿cómo me intercepto.....
Imposible! Y sin embargo.....)

Antonio. Habla. Sal de ese letargo.

Emilia. Nos desaira usted?

Luis. No. Acepto.

ESCENA VI.

D. LUIS. D. ANTONIO. EMILIA. CIRIACO.

[Sale Ciriaco vestido á la moda, pero con desaliño y como despegándosele la ropa.]

Ciriaco. Aquí me tienes, amado
hijo futuro político.

Luis. (Mi suegro!)

Antonio. (El suegro!)

Emilia. (Su suegro!)

Ciriaco. [Haciendo ridículas cortestas.]
Pero no habia advertido.....
Saludo á ambos sexos.... Es
decir, á ambos individuos,
hembra y varon, y me ofrezco
con todos los requisitos.....

Emilia. Beso á usted la mano. (¡Extraña
caricatura!)

Antonio. (Hum! Qué tio!)
Servidor.....

Luis. [Presentando á Ciriaco.]
Este es el padre
de mi novia.

Ciriaco. Es positivo,
porque al fin.....

Luis. [Presentando á D. Antonio.]
El caballero
don Antonio Baquerizo,
que nos ha venido á honrar.....

Ciriaco. Muy señor mio y amigo.

Luis. Y su bella hermana Emilia.

Ciriaco. Por muchos años. Si sirvo

de alguna cosa.... Y ¿quién sabe.....
Ello es que todos servimos,
aunque unos más y otros menos.....
Y al fin cada cual es hijo
de sus obras, y no hay duda
que si bien se mira..... He dicho.

Emilia. Muchas gracias, señor don.....
Cómo es su gracia?

Luis. (Estoy frito!)

Ciriaco. Me llamo, para servir
á Dios y á usted.....

Antonio. [Contestando en voz baja á una mirada
severa de D. Luis y mordéndose los
labios.]
No me rio.

Ciriaco. Ciriaco Palomo, ex-fiel
de fechos, hijo legítimo
de *idem, idem*. Es decir,
de otro Ciriaco.....

Antonio. Entendido.
Y de otro Palomo.

Luis. Voy,
si ustedes me dan permiso.....

[Yendo hácia la derecha del foro.]

(Ántes que salga Manuela
y se exponga á ser ludibrio
de esa gente, será bueno
que yo la preste mi auxilio.....
Ah! Ya está aquí!)

ESCENA VII.

D. LUIS. D. ANTONIO. EMILIA. CIRIACO.
MANUELA. MACARIA.

[Sale Manuela con vestido y sombrero muy ricos
y elegantes, pero desgarrada, mal prendida y
sobrecargada ridiculamente de joyería y otros
accesorios. Macaria aparece tan grotesca como
su hija, aunque con menos lujo.]

Manuela. [Muy gozosa.] ¡Mira, mira
qué maja que estoy, Luisito!

Emilia. (La novia!)

Antonio. (La novia!)

Macaria. Yerno,
qué tal me sienta el vestido?

Luis. Bien.

Antonio. [Saludando.]
Señorita..... Señora.....

Emilia. (La suegra es un basilisco.)
[Á Manuela y Macaria.]
Tengo el honor de ofrecer

mis respetos.....
Antonio. Felicito.....
Macaria. [Con cortestas extravagantes, que imita
 en silencio *Manuela.*]
 [Á *D. Antonio.*]

Dios guarde.....
 [Á *Emilia.*]
 Que usted la goce...
 [Á *D. Luis en voz baja.*]

Quién es ese lechuguino?
 Quién nos trujo á esa reumática?

Ciriaco. [Al oído.]

Romántica!
Luis. (Qué suplicio!)

Un amigo y su hermanita,
 que han llegado de improviso,
 y sabiendo que me caso....,
 con tan plausible motivo....
 (Soy un hombre sin vergüenza
 si hoy no me da un tabardillo.)

Macaria. Vengan! Me alegro, que á mí
 no me se encoge el ombrigo....

Emilia. (Jesus!)

Macaria. Por dos convidados,
 ni aunque sean veinticinco.

[Á *Manuela.*]

Qué haces tú, boba? Saluda
 á esa mocita al estilo
 de Madrid.

Manuela. Ya voy; mamá,
 que no soy costal de trigo.

[Dando la mano á *Emilia.*]

Venga la mano, y me alegro
 que haiga salud y apetito.
Luis. (Yo soy mártir!)

Emilia. Muchas gracias.
 Yo deseo á usted lo mismo.

[*D. Antonio vuelve la cara para reirse y Emilia se tapa con el abanico.*]

Macaria. [Aparte á *Manuela.*]

Muchacha!, un abrazo ahora
 y un beso en cada carrillo.

Manuela. [Á *Emilia.*]

Con el aquel del casorio
 tengo trabucado el juicio
 y olvidaba lo primero
 y prencipal. Al avío!
 Un abrazo y besemónos.

[La abraza.]

Luis. (¿Y no hay quien me pegue un tiro!)

[Al besar *Manuela* á *Emilia* chocan
 las alas de los sombreros perdiendo
 ambos su colocacion natural.]

Emilia. Ay, que mis ojos peligran!
 Ay!.... ¡Ya me sacó de quicio
 el sombrero!

[Procura arreglárselo.]

Manuela. Usted perdone.

Macaria. [Acomodando á su modo el sombrero
 de *Manuela.*]

Chica!, y el tuyo? Y los rizos?

¡Voto á sanes....

Luis. [Fastidiado.] Son inútiles
 los sombreros. No salimos
 ahora de casa....

Manuela. Y estorban
 para besar. Me lo quito?

Luis. Sí.

Manuela. [Quitándose el sombrero y dejándolo
 sobre una silla.]

Y usted quédese en pelo
 tambien.

Emilia. [Haciendo lo mismo.]

¡Vaya.... No replico.

Antonio. (Pobre Luis! Le tengo lástima!)

ESCENA VIII.

MANUELA. EMILIA. MACARIA. D. LUIS.
 D. ANTONIO. CIRIACO. RUPERTA.

Ruperta. El notario y los testigos....

Luis. Ya vamos.

ESCENA IX.

MANUELA. EMILIA. MACARIA. D. LUIS.
 D. ANTONIO. CIRIACO.

Luis. (¡Gracias á Dios,
 que estaba sudando el quilo!)
 Tu padrino, Manolita,
 es el señor.

Antonio. Si soy digno....

Luis. Y la madrina, su hermana.

Emilia. Con gusto nos ofrecimos....

Manuela. Sí? Me alegro mucho. ¿Y qué hacen
 las novias con los padrinos?

Luis. [Enfadado.]

Donosa pregunta! Nada.

Manuela. Por cumplir desde el prencipio
 mis obligaciones....

Luis. Todas
 se refieren al marido.

Ciriaco. Chica, tú cambias los frenos.
 Tú confundes el bautismo

con el matrimonio: estamos?
 Dos sacramentos distintos.....

Luis. [Interrumpiéndole.]
 Y un solo Dios verdadero.
 Vamos abajo. No es lícito
 hacer esperar.....

Macaria. Sí, vamos
 á que se tomen los dichos
 cuanto ántes, que ya estarán
 deshaciéndose estos chicos.

Luis. [Dando el brazo á *Macaria.*]
 El brazo.

[Á *D. Antonio.*]
 Á la novia, tú.

Antonio. [Dando el brazo á *Manuela.*]
 Señorita..... (¡Pues no es ripio
 la moza!)

Luis. [Á *Ciriaco.*]
 Y usted á *Emilia.*

Ciriaco. [Dando el brazo á *Emilia.*]
 Que me place!

Emilia. (Me resigno.)
 [Óyese á lo léjos marcha militar.]

Luis. [Dejando pasar á las otras parejas.]
 Vamos, pues.....

Manuela. [Volviendo la cabeza.]
 Hola! Tambores!
 Tendremos tropa. Qué lindo!

Luis. Calle!.... Te gusta la tropa?

Manuela. Que si me gusta? Me pirro
 por ella.

Macaria. Calla, tontusa!

[Sola ya con *D. Luis* y siguiendo á
 los demas por la puerta del foro.]

No hagas caso, que lo ha dicho
 sin malicia.

Luis. [Caviloso.] (¡Quiera Dios
 que yo no haga un desatino!)

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

RUPERTA.

[Llega por la derecha del foro trayendo un gran
 azafate cubierto con una servilleta, y lo deja
 sobre una mesa.]

Las tortas dicen comedme,
 los bollos, de aquí á la gloria!
 El ama doña *Macaria*
 que la echa de fanfarrona,
 quiere ansequiar á la gente
 y que quedemos con honra.
 Y si hoy es esto, ¡eche usted agrio
 para el dia de la boda!
 Abajo están en tadía
 con los..... Maldita memoria!....
 Cómo han dicho?—Ah! los contrastes
 matrimoniales.

Balbino. [Dentro.] Patrona!

Ruperta. Pero ¿quién sube? Esa voz
 me huele á cosa de tropa.....

Balbino. [Dentro.]
 Patrona!

Ruperta. [Á la puerta.]
 Justo y cabal.

ESCENA II.

RUPERTA. BALBINO.

Balbino. [Con fusil, fornituras, mochila y
 morral.]

Dios guarde á usted, buena moza.
 Es usted el ama de casa?

Ruperta. Méenos puntos calza mi horma.
 Soy criada. Hace ocho dias
 me acomodé.....

Balbino. Y me acomodas
 á mí.

Ruperta. El melitar es chusco.

Balbino. Que si lo soy? Carambola!
 Alaba á Dios, criatura,
 que por tus puertas asoma
 la espuma del regimiento.
 Porque has de saber, pichona,
 que al granadero más bravo
 le tira esta mano heroica
 de los bigotes.

Ruperta. Demonio!

Balbino. Y nadie dice esta boca
 es mia; y si lo dijera,
 qué chirlo, Virgen de Atocha!

Ruperta. Pues ni el verdugo.....

Balbino. No soy

verdugo, cara de rosa;
que soy barbero.

[*Volviéndose de lado.*]

¿No ves
una bacía de azófar
sobre mi mochila?

Ruperta. Ah! sí.

Balbino. Pues esta es mi ejecutoria,
y en un apuro me sirve
de marmita y cantimplora.—
Pero aliviemos el cuerpo
de estos chismes, que me doblan.

[*Arrima el fusil y quítase la mochila,
cartuchera, etc., quedándose sólo con
el sable.*]

Ruperta. Pues, según eso, usted viene
alojado aquí.

Balbino. Pues! Toma
la boleta.

Ruperta. Yo no sé
de letras.

Balbino. [*Leyendo.*] «Don Luis Mendoza
alojará á un granadero.....»
y le dará cama, ropa,
asiento á la lumbre, vino,
comida, tabaco.....

Ruperta. [*Tomando la boleta.*] Sopla!
Eso reza el bolatín?

Balbino. No. Yo añado alguna cosa,
pero á un hombre como yo
¿quién niega tales bicocas?
Y amor con amor se paga.
Mis navajas están prontas
para afeitar al patron,
y si tú tienes de sobra
alguna muela.....

Ruperta. Arre allá!,
que á mí denguna me estorba.

Balbino. Pero ¿dónde está la gente.....

Ruperta. ¿No sabe usted..... ¡Pues si hay boda
en casa!

Balbino. ¡Y eso tenías
tan callado! Á mejor hora
no podía yo venir.
No es nada! Tendremos broma
que cante el credo, y cabrito,
y gallina en pepitoria.....
¡Para que yo coma el rancho
estando aquí! Puf! bazofia!

Ruperta. Aún tardarán unos días
en casarse. Ahora se toman
los dichos.

Balbino. Guapo! Y qué tal?
Es buena chica la novia?

Ruperta. Como unas mialmas.

Balbino. Mejor.
La haremos cuatro carocas,
y harto será que resista
al garbo de esta persona;
que si cojo una guitarra

y respunteo una jota,
ó canto por la rondeña
media docena de coplas,
muerta por estos pedazos
pedirá misericordia.

Ruperta. Barbero de municion,
pronto canta usted vitoria.

Balbino. Si ella se me hace de pencas,
cuento contigo, cachorra.

Ruperta. Pues ya!

Balbino. Que á falta de pan—
estamos?— buenas son tortas.

Ruperta. Que si quieres!

Balbino. [*Destapando la bandeja.*]

Tortas dije,
y tengo aquí media arroba!

[*Tomando una.*]

Las probaré, ya que todo
me sale á pedir de boca.

Ruperta. Parece que usted no es manco.

Balbino. Soy más listo que Cardona.—
Esto estará prevenido
para llenar la bartola
después de los dichos.

Ruperta. Pues.

Balbino. ¡Voto á..... Tengo que ir ahora
á casa de mi sargento.....
Yo volveré por la posta
á gozar del pisolábis;
mas por si acaso.....

[*Toma más tortas.*]

Ruperta. ¡Qué poca
vergüenza! Y uégo dirán
que he sido yo la golosa.

Balbino. Échale la culpa al gato,
y hasta más ver. Huil.... Gachona!

ESCENA III.

RUPERTA.

Á fe de Ruperta Sanchez
que no es saco de algarroba
el granadero. ¡Y á mí
que en viendo un sabre con bolra
y un bigote y un morrion
toda el alma me retoza!—
Mas si á mí me hacen salero
su desparpajo y sus roncas,
harto será que las sufran
ni el amo ni las señoras.
¡Digo, la dichosa suegra,
cansada de hilar estopa
como yo, y porque la uña
con un señor matrimonio,
se pone hecha un Lucifer

cuando no la llaman doña!—
 Hola! Ya creo que suben.
 Vaya si han estado posmas!
 Desque bajaron podian
 haberse casado en Roma.

ESCENA IV.

MANUELA. MACARIA. EMILIA. D. LUIS.
 D. ANTONIO. CIRIACO. RUPERTA.

Macaria. Vaya, asíntesen ustedes,
 que ahora hemos de celebrar
 los responsales.

Luis. [*Viendo el fusil y equipo de Balbino.*]

Qué es esto?
 Fusil, mochila, morral,
 cartuchera.....

Ruperta. Es que hay en casa
 alojado un melitar.

Manuela. [*Muy contenta.*]

Un melitar!.....

Macaria. [*Al oído interrumpiéndola.*]

Calla, bruto!

Luis. Esto me faltaba.

Ruperta. Ahí va
 la goleta.

Antonio. [*Aparte con Emilia mientras lee para
 sí D. Luis.*]

Pobre Luis!

Emilia. ¡En lindo berengenal
 está metido!

Luis. El alcalde
 bien me podía excusar
 en este día.....

Ciriaco. ¡Qué falta
 de tacto municipal!
 Cuando yo era fiel de fechos:—
 no en Leganes, sino allá.....
 Porque bueno es que haya un turno,
 pero si en casa de Juan,
 por ejemplo..... ¡Cuando digo
 que no saben gobernar!....

Luis. Bien está, que se le aloje
 con toda comodidad;
 coma y beba cuanto quiera,
 que nunca he querido mal
 á la tropa; pero abajo
 se le puede aposentar.

Macaria. Tiene razon. ¡Embocarse
 en la sala principal!....
 Pero eso yo lo remedio
 en un santiamen.

[*Llamando.*]

Beltran!

Ciriaco. [*Á D. Antonio.*]

Ciertamente, no hay motivo
 para que sin más ni más.....
 Porque, al cabo, la ordenanza.....
 Y aunque yo creo que no hay
 de su parte una..... Digamos.....
 Tampoco es justo..... Verdad?

Antonio. Seguro. (No pienso ver
 ente más original.)

[*Llega un criado.*]

Macaria. Llévaisus Ruperta y tú
 todo ese tren. Qué aguardais?
 Y arreglá para el soldado
 la pieza que da al zaguan.

Ruperta. Bien.

Macaria. [*En voz baja.*]

Y á Juana, que despache,
 que estoy dada á Satanas.

[*Vanse Ruperta y el criado, lleván-
 dose los efectos de Balbino.*]

ESCENA V.

MANUELA. MACARIA. EMILIA. D. LUIS.
 D. ANTONIO. CIRIACO.

[*Durante esta escena hablan aparte Manuela
 con D. Luis, Emilia con D. Antonio y Maca-
 ria con Ciriaco.*]

Manuela. Qué tienes, Luis de mis ojos?
 ¿Por qué estás tan así...., tan.....
 Mucho amor esta mañana
 cuando áun estaba en agraz,
 vamos al decir, la boda;
 y ahora que semos ya,
 como quien dice, marido
 y mujer, qué seriedad!

Luis. Hija, cuando uno se casa
 tiene tanto en qué pensar.....
 Yo te quiero como siempre,
 pero..... la fatalidad.....
 La llegada intempestiva
 de esa gente que es capaz
 de burlarse de un entierro.....
 Tus costumbres de lugar.....

Manuela. Yo no soy mujer de malas
 costumbres.

Luis. No digo tal,
 sino que á veces tu misma
 sencillez.....

Manuela. Toma! ¿Soy más
 hoy que ayer?

Luis. Tienes razon.

Manuela. Con amor y voluntaz
 yo deprenderé en Madrid
 otro aquél menos patan.

Diquiá estónce, buen remedio,
Luisito, si se me va
la burra, que dijo el otro,
tírale tú del ronزال.

[*Siguen hablando en voz baja.*]

Antonio. [*Á Emilia.*]

Harto será que esa boda.....

Emilia. Sí, me parece que está
don Luis como abochornado
de su extraña ceguedad,
y el bochorno suele ser
anuncio de temporal.

[*Siguen hablando en voz baja.*]

Macaria. [*Á Ciriaco.*]

¡Virgen Santa, qué cocina
de mis pecados! Me dan
angustias. Anda con mil
demonios y el capataz
á ver si despachan.

Ciriaco. Puede
que algun repentino azar.....
Porque suele suceder
que, á veces, el mismo afan.....
Figúrate tú que el gato.....
que al fin es un animal.....
Esto no quiere decir.....

Macaria. Qué maldito guirigay!
Calla y has lo que te digo.
Jesus qué hombre!

Ciriaco. Voy allá.

ESCENA VI.

MANUELA. MACARIA. EMILIA. D. LUIS.
D. ANTONIO.

Macaria. [*Reconociendo la bandeja.*]

(Esto no está como yo
lo puse. Algun perillan.....
No, pues como yo lo abrigüe.....
¿Habrás visto.....)

Luis. [*Á Manuela.*] No más!
Si tu corazón es mio,
qué mayor felicidad?
Si necias preocupaciones
me han podido fascinar
por un momento, en tus ojos,
en tu risa celestial
vuelve á aparecer mi gloria
y el inefable maná.....,
el Paraíso..... ¡Un abrazo,
querida esposa!

[*La abraza.*]

Antonio. [*Á Emilia aparte.*]

Eh? Qué tal?

Macaria. Chicos!.... Eh! ¿Qué senifica.....

Tengamos la fiesta en paz.

Luis. No la he besado.

Macaria. No estante.....

Manuela. Como se han firmado ya
los contraltos.....

Macaria. Pero aún falta
la bendicion del altar.

[*Riéndose.*]

(Eh, eh... Diantre de muchachos!..
Lo mesmo era yo á su edaz.)

Antonio. [*Aparte con Emilia.*]

Reincide en la tontería.

Emilia. No tiene cura su mal.

ESCENA VII.

MANUELA. MACARIA. EMILIA. D. LUIS.
D. ANTONIO. CIRIACO.

Ciriaco. [*En voz baja á Macaria.*]

Ya sube Ruperta.

Macaria. Bien.

Ciriaco. Me parece que ya puedes.....

Macaria. Vaya, asiéntesen ustedes
y tomen lo que les den.

Emilia. Pero.....

Macaria. Naide me resuelle!

[*Se sientan Emilia, Manuela, don
Luis y D. Antonio.*]

Ciriaco. [*Al oido.*]

Naide otra vez!

Macaria. Hum! ¿Me dejas
en paz? ¡Siempre á mis orejas.....
Eres hombre, ó eres fuelle?

[*Siéntanse tambien Macaria y Ciriaco.
Entra Ruperta con una cesta llena de
platos.*]

Luis. [*Aparte á Macaria.*]

Si no es algun contrabando,
¿podré saber.....

Macaria. Está alerta
y verás.—Platos, Ruperta!

[*Ruperta da un plato á cada uno, y se
retira.*]

Luis. ¿Y á qué fin.....

Macaria. Chit! Yo lo mando.

No sé yo mi obligacion?
Hoy todo el mundo se alegra
y debe echar una suegra
la casa por el balcon.

Emilia. [*Aparte á D. Antonio.*]

Qué querrá darnos ahora?

Ciriaco. Señor, ó aquí hay confianza,

ó no, y la buena crianza.....
Pues!

[*Á Emilia.*]

Emilia. Mucho. (Se queda tan hueco el buen hombre como si algo hubiera dicho.)

Ciriaco. ¿Qué hidalgo se desposa á palo seco? Leganes no es un Segovia, no es un Madrid; mas, con todo, si una suegra en cierto modo es la madre de la novia, en verano y en invierno, en el campo y en la corte es preciso que se porte..... como la suegra del yerno.

Luis. Enterado.

Macaria. Ahora veréis que, aunque gentes de lugar.....

Luis. ¿Y hasta cuándo hemos de estar con plato en ristre los seis?

Manuela. Dice bien.

Macaria. ¡Ese gandul de Beltran.....

Antonio. [*Aparte á Emilia.*]

Con tanto plato cesante ¡qué lindo rato nos diera el indio *Cosul!* (*).

Macaria. Yo iré, que son muy zangollos y.....

Ciriaco. Ya viene el azafate.

[*Entran Ruperta y un criado; ella con vasos de aloja en una bandeja, y él con jícaras de chocolate en otra.*]

ESCENA VIII.

MANUELA. MACARIA. EMILIA. D. LUIS.
D. ANTONIO. CIRIACO. RUPERTA. UN CRIADO.

Macaria. Vamos vivo! El chocolate!

[*Á Ruperta.*]

Tú las tortas y los bollos.—
Torpes!

Ruperta. [*Tomando el azafate de los bollos sin soltar el que trae.*]

Se apagó la lumbre.....

Macaria. Desacupa la otra mano, bestia!

[*Ruperta pone sobre la mesa la bandeja de los vasos y sigue despues al criado. Este va ofreciendo á todos chocolate empezando por Emilia.*]

Emilia. [*Retirando el plato.*]

Gracias. Tan temprano.....

Antonio. [*Haciendo lo mismo.*]

Gracias. No tengo costumbre.....

Manuela. (Haré lo que veo. Tate!
No me regañe dempues.....)

[*Con melindre y retirando el plato.*]

Gracias.

Luis. [*Rechusando tambien la jícara.*]

Qué diablo! ¡Á las tres de la tarde chocolate!

Macaria. [*Aparte con Ciriaco.*]

Todos han dicho que no!

Ciriaco. Todos!

Macaria. Qué mala crianza!

[*Tomando una jícara.*]

Pues yo tomo mi pitanza.
No la perdono.

Ciriaco. [*Tomando otra jícara.*]

Ni yo.

Emilia. [*Á Ruperta que va ofreciendo bollos.*]

Pase. Almorcé con mi hermano tarde.....

Antonio. Gracias.

Manuela. No hay gazuza.

Gracias.

Luis. Quita allá!

Macaria. (Gentuzá!....)

[*Tomando bollos.*]

Venga..... Yo comí trempano.

Ciriaco. [*Haciendo lo mismo.*]

Yo tambien.

Macaria. [*Comiendo y hablando.*]

¿Conque desprecias.....

Pues mira, yo hice las tortas.....

Luis. Bien.....

Macaria. Con harina de almortas.....

Emilia. (Hui!)

Macaria. Y aguardiente y especias.

Luis. Gracias. Otro dia.....

Macaria. [*Á Manuela.*] ¿Y tú tampoco.....

Manuela. [*Muy dengosa.*]

No; no se acerque, no sea que se me empuerque mi vestido de tisú.

Macaria. Vaya, pues darles un vaso de aloja.....

(*) Famoso jugador de manos, ó prestidigitador, como se dice ahora.

Luis. [*Levantándose y dando el plato al criado. Todos van haciendo lo mismo menos Macaria y Ciriaco.*]

Eh! no tengo sed.

Emilia. Mil gracias.

Antonio. Perdone usted.

Ciriaco. [*Aparte á Macaria.*]

Merienda tú y no hagas caso.

Manuela. (¡Por hacer la lechuguina ni una mala torta embucho!)

[*Aparte á Ruperta.*]

Guárdame de todo, y mucho, que luego iré á la cocina.

Luis. Ven, Manuela, que ya es hora de poner en posesion de su nueva habitacion á mi madrina y señora.

Manuela. Vamos.

Luis. [*Á D. Antonio.*]

Tambien para ti hay cuarto allá dentro. Ven.

Macaria. Sí, marcháusus. Yo tambien iré luego por allí.

Antonio. (Qué convite tan grotesco!) El brazo.....

[*Se lo ofrece á Manuela.*]

Manuela. [*Tomando el de D. Luis.*]

No! Á mi pariente.

Luis. (Qué suegros!)

Emilia. [*Aparte á su hermano.*]

¡Cuando yo cuente en Madrid lo del refresco!...

[*Vanse por la izquierda del foro.*]

ESCENA IX.

MACARIA. CIRIACO. RUPERTA. EL CRIADO.

Macaria. ¡Miren la pitiminí de la madrina, que Dios perdone..... Pues y él? Los dos

[*Con la mano en el estómago.*]

se me han asentado aquí.

Ciriaco. Gastan muchos perifollos en Madrid, y cada cual..... Ya ves..... Pero lo esencial es que aprovechen los bollos.

Macaria. [*Á Ruperta.*]

Dame aloja y toma el plato.

Ciriaco. [*Dando su plato al criado.*]

Otro vaso para mí.

Macaria. [*Despues de beber.*]

Verdá que está rica?

Ciriaco. [*Lo mismo.*] Sí, y es muy buena para el flato.

Macaria. Ahora andái á la cocina con todos esos enredos; y cudiado!, y cepos quedos; no hagais una sarracina.

[*Vanse con las bandejas Ruperta y el criado.*]

ESCENA X.

MACARIA. CIRIACO.

Macaria. Pero ¡con qué aire de taco se hacía tambien Manuela la remilgada! Tontuela! Lo arregaraste, Ciriaco?

Ciriaco. Qué quieres! el mal ejemplo.....

No, y en parte hace muy bien, porque su marido es quien.....

Por último, yo contemplo.....

Y, aquí para entre los dos,

siendo marido y mujer.....

Hazte cargo..... Es menester.....

Balbino. [*Á la puerta.*]

Alabado sea Dios!

ESCENA XI.

BALBINO. MACARIA. CIRIACO.

Ciriaco. [*Volviendo la cabeza.*]

Por siempre..... Es un militar.

El alojado, sin duda.

Balbino. El mismo que viste y calza, señor patron.

Macaria. [*Á Ciriaco mirando á Balbino con atencion.*]

Santa Úrsula!

Esa voz y esas faiciones.....

Ciriaco. [*Á Macaria.*]

Calle! Es la misma figura del chico de Pedro Anton.....

Balbino. (Ó yo he perdido la brújula ó no es la primera vez que veo la catadura de ese ciudadano.)

Ciriaco. [*Á Macaria.*] El mismo.

Mírale. Aquel buena púa.....

Balbino. (Pues la vieja, aunque la ropa no corresponde á su alcurnia.....)

Sí, es ella, es ella.)
Ciriaco. [Alto.] Balbino!
Balbino. Tía Macaria!
Macaria. [Aparte á Ciriaco.]
 ¿Á qué pronuncias
 su nombre? Valia más
 hacerse el sueco.
Balbino. Ventura
 como la mia..... Un abrazo!
Macaria. [Rechazándole.]
 Poco á poco, que esa es mucha
 llaneza.....
Balbino. Yo estoy en babia.
 ¿Ya nos la echa la palurda
 de señora?
Macaria. Es que lo soy.
Balbino. Tía Macaria, usted se burla?
Ciriaco. No tal. Mi esposa y señora
 en lo que dice se funda,
 pues si el hábito hace al monje.....
 Ya no hay monjes, pero se usa
 el refran.—Quiero decir
 que si mirando se juzga
 lo que se ve....., claro está,
 y excusada es la pregunta.
Balbino. El bueno del tío Ciriaco!
 Siempre el mismo.
Ciriaco. No me gusta
 que me llamen tío. Entiendes?
Balbino. [Sin oírle.]
 Hablando hasta por las uñas,
 pero el cristiano que le oye
 se queda siempre en ayunas.
Ciriaco. Sí, cuando el cristiano es necio.—
 Y dejémonos de pullas.
Macaria. Pues! Y antaño no es hogaño,
 y désele á cada una
 lo que es suyo.
Balbino. Bien está,
 doña Macaria. (¡ Tan mulla
 como la dejé!) ¿Y qué primo
 de Méjico ó de Calcuta
 nos trajo tanta bambolla
 á bordo de una falúa?
Macaria. Yo no tengo que dar cuentas
 á denguno.....
Balbino. Y mi futura?
Macaria. Cómo futura?
Balbino. Mi novia,
 Manuela, el sol y la luna
 de Móstoles. Dónde está?
Macaria. Qué te importa?
Balbino. ¡Por san Lúcas
 bendito..... ¿No ha de importarme
 si me tiene su sandunga
 muertecito y aquel garbe
 se crió para este cura?
 ¿Si cuando yo caí quinto
 juró y perjuró que nunca
 me olvidaria, y lloraba
 por cada ojo una laguna,

que la pobre parecia
 la Virgen de las Angustias?
Macaria. Era estónces zagalona
 que no entendia la abuja
 de mariar, ni si esta mano
 es la drecha ó es la zurda.
Ciriaco. Quince años al fin..... no pasan
 de quince años. Quien presume
 otra cosa..... Porque, al cabo,
 no estando en sazón la fruta.....
 Quiere decir que es lo mismo
 ser ciego que estar á oscuras.
Balbino. Noticia fresca.
Macaria. No vengas
 ahora con esas tontunas.
 Si tú la querias tanto,
 ¿por qué, sabiendo escritura,
 no la pusiste una carta
 diciendo: por ahí te pudras?
Balbino. Cómo si escribí? (Mentira!)
 Si gasté un mazo de plumas!
 Mas cayeron prisioneras
 mis cartas, sin duda alguna.—
 Y sobre todo, la quiero
 y la querré hasta la tumba.
Macaria. Y ella no te quiere á ti;
 conque no pidas cotufas
 al golfo.
Balbino. Si es imposible!
 Verá usted cómo se chupa
 los dedos cuando me vea.
Macaria. Pues sabe, ya que me azuzas,
 que se va á casar con otro.
Balbino. Con otro! Usted lo asegura?
Macaria. Como que ya se han tomado
 los dichos.
Balbino. Negra fortuna!
 Ya denántes la criada
 me habló de esa baraunda;
 mas ¿quién podia pensar
 que esa mala hembra, esa bruja
 fuese el cuerpo del delito?
 Pues juro al sol que me alumbrá
 que la ingrata, mala sangre,
 no se saldrá con la suya.
Macaria. Por qué no? Mandas tú en ella?
Balbino. ¡Ya verá usted qué trifulca
 se arma aquí! ¿Dónde está el mandria
 el infeliz que me usurpa
 mi propiedad?
Macaria. Méenos gritos,
 que no estamos en la dula.
Ciriaco. Ten juicio, Balbino. Yo
 te probaré si me escuchas.....
Balbino. Qué me ha de probar usted?
 La paciencia.
Macaria. ¿Te figuras
 que es mi yerno un pelagatos,
 ó un cobarde que se asusta
 de ver bigotes? Pues no,
 que es hombre de mucha injundia,
 y no sufre ancas de naide,
 y si quiere te sepulta

en onzas de oro.—Balbino, echa el acial á tu furia. No te pierdas y nos pierdas haciendo aquí una diablura. Mejor será que te largues, ya que están verdes las uvas para ti. Yo te daré unos cuartos.....

Balbino. Tía lechuza, á mi nadie me camela haciéndome garatusas. Que si quieres!.... Tengo yo más conchas que una tortuga.

Macaria. Pero, si ella no te quiere!....

Balbino. Aunque lo rece la bula no lo creo, y mientras ella con su boquita de azúcar no me dé unas calabazas muy gordas y muy maduras, diré que ustedes la venden como á Cristo vendió Júdas, ¡y habrá aquí toros y cañas si ese hombre no capitula!

Ciriaco. Pero ¡santo Dios, qué modo de... Hombre!... Ni el moro Muza... Y quien dice el moro.....

Macaria. Á bien que la muchacha no es muda, y te leerá la cartilla, y tendrás que hacer rinuncia. Mas verla de sopeton delante de la tretulia del novio y de los padrinos..... sería una accion muy bruta.

Balbino. Mas que lo sea! El mal trago pasarlo pronto.

Ciriaco. Tú buscas tres piés al gato, y ya ves que llevarlo todo á punta de lanza..... Que al fin las cosas..... Deja que haya coyuntura..... Porque en eso está el busilis..... Ello es verdad que las truchas no se pescan..... Ya comprendes, mas no siempre el que madruga..... Estamos?

Balbino. Sí, estoy cansado de oír á usted esa música ratonera; y no me muevo de aquí, está usted? aunque se hunda el firmamento, hasta ver á Manuela.

Macaria. Hum!.... ¡Mala zurra..... Bien, mas delante del otro calla y no hagas de las tuyas.

Balbino. Bueno. Yo haré por callar mientras tanto que se ajustan las cuentas entre ella y yo.

Macaria. Pues estónces, aleluya.— Ah! diremos que eres primo.....

Balbino. Qué?...

Macaria. Ya está aquí!

Ciriaco. Disimula.

ESCENA XII.

MACARIA. CIRIACO. BALBINO. D. LUIS.
EMILIA. D. ANTONIO. MANUELA.

Luis. Conque un rato á pasear?

Antonio. No hemos visto á Leganes todavía.

Emilia. Abur.

Manuela. Mandar.

Antonio. [Saludando en general.]

Hasta luégo.

Macaria. Hasta dempues.

ESCENA XIII.

MANUELA. MACARIA. D. LUIS. CIRIACO.
BALBINO.

Luis. [Aparte á Manuela reparando en Balbino.]

Eh! ya tenemos aquí al alojado!

Manuela. [Reconociendo á Balbino y dando un grito.]

Ah!

Luis. [Admirado.] ¡Qué grito.....

Macaria. No te almires.....

Manuela. (Él es, sí.)

Balbino. [Á Macaria en voz baja.]

Ve usted? El mismo delito.....

Macaria. Este mozo es primo de ella, le teníamos por muerto, y, ya ves, como resuella tan sin pensar.....

Ciriaco. Sí por cierto. Porque el muchacho es sobrino..... Es decir, no de Manuela, sino de Bárbara Pino que fué hermana de su abuela; y como á nadie se oculta....., pues!, y ella formaba juicio de que el otro....., pues!, resulta que la sangre hizo su oficio.

Luis. [Receloso.]

¿Conque..... primo tuyo?

Manuela. [Cortada.] Sí.

Balbino. Qué tal, chica? Te va bien?

Manuela. Para servirte, y á ti?

Balbino. Vamos tirando. Qué tren!

Manuela. [Animándose un poco.]

¿Conque no te has muerto?

Balbino. Quiá!

Tu primo ¡firme que firme!

¿Yo habia de hacer—pues ya!—
la primada de morirme?

Luis. [Observando á los dos.]
(Este primo!....)

Balbino. Un relicario
pareces. Qué guapetona!—
No entraba en mi calendario
que fueses tú mi patrona.

Luis. (Este primo es sospechoso.)

Balbino. ¿Conque te casas, Manuela?

Manuela. Sí.

Balbino. Y este será tu esposo?
Dios le dé.... (donde le duela.)
Dios le dé salud....

Luis. Lo estimo.

Balbino. Como yo se la deseo.

Luis. (Se me ha indigestado el primo.)

Balbino. (Hum!.... Le veo y no le ve!)
[Tomando una silla.]

Amigo, yo estoy cansado.
El que quiera que se siente.
Yo lo hago á fuer de alojado,
de paisano y de pariente.
(Qué guapa! ¡Si es un racimo
de perlas!)

Ciriaco. [Aparte con Macaria.]

Tiemblo!

Macaria. Me vuela!

Luis. (Cuando digo yo que el primo....)

Balbino. Vaya, dime algo, Manuela.

Manuela. Qué he de decir? (Acá dentro
siento un....)

Balbino. Pues yo te diré
que has crecido....

[Con malicia.]

y no te encuentro
la misma que te dejé.

Manuela. No pasan años en balde.

Balbino. (Y no la he de hacer un mimo?
¡Voto á cribas....)

Luis. (Si el alcalde
me librara de este primo....)

Macaria. [Aparte con Ciriaco.]

Mal haya tanta endireta!

Ciriaco. No la quita ojo el maldito.

Macaria. Me está llevando Pateta.

Luis. (Este primo, este primito!....)

Balbino. Pues yo...

[Mirando de reojo á D. Luis.]

(Quieto, y se hace el sordo!)
Vuelvo de aquellas Navarras
ni más flaco ni más gordo.

[Con intencion.]

Yo siempre soy el de márras.

[D. Luis toma el sombrero.]

Manuela. Te vas?

Luis. (Todo me revuelvo
de verle, y si no redimo
esta carga....) Pronto vuelvo.
Adios. (El diantre del primo!)

ESCENA XIV.

MANUELA. MACARIA. BALBINO.

Ciriaco. [Á Macaria.]

Ahora va á ser ella.

Macaria. [Á Ciriaco.] Ahora
le diré yo las verdades
del barquero.

Balbino. [Levantándose.]

Mala pécora,
mujer de poco caraiite,
así cumples tu palabra?

Manuela. Balbino.... (¡Virgen del Cármen,
qué cara pone!) Entendí que....

Macaria. Vaya, chico, no nos armes
camorra. Ella no te quiere....

Balbino. Silencio, y deje usted que hable
la interesada.

Macaria. Silencio?

Á mí no me tapa naide
la boca.

Manuela. Yo.... Sí; te quise....

Balbino. Oye usted?

Manuela. Pero.... mi madre....

Como tú no me escribias
y el otro estaba delante....

Ciriaco. Ojos que no ven.... *Et cetera.*
Lo cierto es que en todas partes
cuecen habas, como dice....
Y al cabo y al fin, con alguien
se ha de casar la muchacha,
y tener el alma en Flándes
y el cuerpo en Móstoles.... Esto
me parece que se cae
de su peso, y lo demas
es gastar pólvora en balde.

Balbino. Tio Ciriaco!

Macaria. Calla, que harto
nos has quemado la sangre
delante del otro.

Manuela. No hay
remedio. Has llegado tarde!

Macaria. Oyes, Balbino? Ella mesma
te ha dado con la del mártres.
No querias calabazas?
Pues tómalas.

Balbino. Ella es mártir.

Ella no se atreve á hablar
porque ustedes no la arañen.
Pero es mucho hombre Balbino
para rendirse á un futraque,
y el don Luis tendrá que habérselas

con el hijo de mi padre.
Ciriaco. Pero, hombre, ¿con qué razón,
 con qué justicia.....
Manuela. (Qué lance!)
Balbino. La razón es mi real gusto
 y la justicia mi sable.
Macaria. ¿Cómo se entiende... Mal hombre!..
Ciriaco. ¿A mí me la echas de jaque?—
 Es decir, á mí.....
Manuela. Balbino,
 esas son brutalidades.
Balbino. En perdiendo yo una vez
 los estribos soy un cafre,
 ¡y voto á.....
Macaria. Descomulgado!,
 vete; márchate á la calle,
 ó haré.....
Balbino. No me da la gana;
 que aquí me ha dado el alcalde
 mi alojamiento.
Macaria. Pero este
 no es tu cuarto. Largo!
Ciriaco. Marchen!
Balbino. Pues no me iré.
Macaria. Pues te irás.
Balbino. ¿Á ver quién se atreve á echarme.....
Manuela. ¡Por Dios.....
Macaria. Te irás á la trágala.
 Daré parte al comendante.....
Ciriaco. Eso!
Balbino. Tía Macaria!
Ciriaco. Así!
 Veremos, ya que no valen
 razones.....
Macaria. Te haré poner
 en un cepo.
Balbino. ¿A mí? (Y es fácil,
 que el mayor tiene unos humos.....)
Macaria. Largo de aquí!
Balbino. ¡Voto á sanes.....
 Si no fuera usted mujer.....
Macaria. Ay, que me pega este infame!
 [Gritando.]
 ¡La gua.....
Balbino. [Tapando la boca á Macaria.]
 Calle usted!
Manuela. Jesús!.....
 Yo estoy mala.....
Macaria. Ves, tunante?
Balbino. Eso es otra cosa.
Macaria. ¿Dónde
 te duele?
Manuela. No sé.... Un ataque
 de niervos, un.....
Balbino. Ten correa,
 voto á briós! No te desmayes.—
 Ustedes tienen la culpa.
Ciriaco. [Acudiendo á su hija.]
 Traeremos agua y vinagre?
Macaria. Nosotros?
Balbino. Sí, porque le han

cuarteado las facultades.

Macaria. Es mentira!

Balbino. En fin, me najo
 porque no se muera ese ángel;
 pero ya veremos.... Humrr!....
 Bramando voy de coraje.

ESCENA XV.

MANUELA. MACARIA. CIRIACO.

Macaria. Pero ¿hase visto en el mundo
 forajido semejante?

Ciriaco. [Á Manuela.]

Se pasó?

Manuela. Nada! ¡Si lo hice
 por excusar un disastre.....

Macaria. Ya es preciso que de casa
 le echemos á todo trance.

[Á Ciriaco.]

Tú marcha á ver si nos truecan
 la goleta con mil diantres,
 y yo en ca del escribano
 para que me haga al instante
 un memorial.....

Ciriaco. Yo lo haré.

No es necesario que encargues.....

Macaria. ¡Tú no, que en cada renglon
 colarás un disparate!
 Voy volando... Ah! Tan y miéntas,
 para que aquí no se encaje
 otra vez el granadero
 y enjergue otro cipizape,
 dejaremos encerrada
 á la chica.

Manuela. Pero, ¡madre.....

Macaria. No refunfunies!

Manuela. ¡Á mí.....

Macaria. [Á Ciriaco.]

Tú te llevarás la llave,
 que vendrás ántes que yo.

Ciriaco. Pero ¿y si don Luis...

Macaria. Que aguarde.

[Vanse Macaria y Ciriaco por el foro
 corriendo la puerta por de fuera.]

ESCENA XVI.

MANUELA.

¡Jesús qué tripulacion
 y qué congoja y qué apuro!
 ¿Qué hace una cuapdo está una
 para casarse con uno,
 y viene el otro y ese otro

lo mete todo á barullo?—
 ¡Y vaya si viene guapo,
 y macareno y rebusto!
 ¡Y yo tan inficionada
 á la tropa..... Y el que tuvo
 retuvo, que dijo el otro.
 Le quise antaño, y no es justo
 que hogaño..... Trújole Dios.....,
 y para algo me le trujo.—
 Pero el otro, que es el jóven
 más campechano del mundo,
 y bebe por mí los vientos,
 y siendo de alto coturnio
 no tiene á ménos casarse
 con la hija de un palurdo,
 y me ha dado estos arreos,
 y como es rico y de rumbo
 mercará cuanto yo quiera
 y en todo me dará gusto.....
 Pobre Luis! Sería un cargo
 de conciencia y un prejuicio
 dempués de decirle otorgo,
 plantarle por otro chulo.
 No, que es muy mala partida,
 y en medio de este timulto
 de afeutos oigo una voz
 que me dice: oros son triunfos.

[Aparece Balbino montado en la ven-
 tana de la izquierda.]

ESCENA XVII.

MANUELA. BALBINO.

Manuela. ¡Ay! Qué es esto?
Balbino. No te asustes,
 alma mia.
Manuela. Estoy sin pulso.
 ¿A qué vienes, condenado?
 Si lo sabe mi futuro.....
 Mis padres.....
Balbino. Estamos solos.
 Hablemos cuatro minutos.
Manuela. Y tras de estar encerrada.....
 Para ti nada hay seguro.
Balbino. Tengo un amor y dos piernas,
 veo una perra....., y me subo.....
Manuela. Vete por Dios, que me pierdes!
Balbino. Escúchame.
Manuela. No te escucho.
Balbino. Pues ya no me vuelvo atras,
 [Saltando al tablado.]
 y aquí estoy, y aunque arda el mundo
 me has de oír.
Manuela. Buena la hicimos!
 Jesus! Toda me aturrullo.....
Balbino. No temas, que aquí estoy yo.
Manuela. Ya! Es que.....
Balbino. Vamos al asunto.

Me quieres, ó no?

Manuela. Balbino!....
Balbino. Ya no valen disimulos.
 Tus ojos dicen que sí,
 y aunque tu boca haga pujos
 para negarlo, es en balde;
 como si hablaras en ruso.
Manuela. ¡Válgame Dios y qué modo
 de escudriñar..... Eres brujo?
Balbino. ¡Ah, bendita sea tu alma.....
Manuela. Pues sí que te quiero, y mucho;
 mas ¿qué he de hacer? ¿No te dije
 endenantes: «No hay recurso!
 Llegaste tarde!» ¿No sabes
 que firmé de propio puño—
 con la señal de la cruz.....
Balbino. Eh! no le hace. Se compuso
 lo de Capa-rotta.....
Manuela. ¿Y cómo
 se desenreda este fiudo?
 Yo le diré nones, y él
 me dirá pares y truco.
Balbino. Tendrá que hacer demision
 cuando sepa que yo ocupo
 tu lugar.
Manuela. Pero ¿y mi padre?
Balbino. Tu padre es un mameluco.
Manuela. Y mi madre?
Balbino. Será abuela
 el año cuarenta y uno.
Manuela. ¿Y con qué has de mantener
 á mis hijos y á los tuyos?
Balbino. Ahora sí que me has chafado!
Manuela. Qué ingrato y qué testarudo!
 Entra Dios por mis ventanas,
 y en vez de sacarle el jugo,
 ¿quieres que le dé con ellas
 en la cara! Cuando luzgo
 sedas y blondas; me quieres
 condenar al paño burdo!
 En vez de habitar palacios,
 ¿quieres volverme á mi oscuro
 cochitril y que, vecina
 de las gallinas y el burro,
 con el alba me despierten
 cacareos y rebuznos!
 En vez de comer fraisanes,
 quieres que coma mendrugos!
 Tú eres contra Dios, Balbino,
 porque Dios dice á los suyos:
 da de comer al hambriento,
 da de vestir al desnudo;
 y tú ¡al revés me las calzo!
 Tienes ropa? Te desplumo.
 Tienes qué comer? Ayuna.
 Se hiciera esto con un turco?
Balbino. Tienes razon. Oh, Manuela!,
 tu talento es muy profundo.
 No me habia á mí ocurrido
 que si la novia le usurpo,
 no me llevaré con ella
 las rentas de tu futuro.
 Y al fin, qué soy yo? Un soldado.

Mira tú qué sustituto! —
Es verdad que soy barbero,
y no me tengo por zurdo,
y espero de un día á otro
mi licencia; mas pregunto,
¿quién diablos me da dinero
para poner un tenducho?
¿Dónde encontré parroquianos,
hoy que hasta el pueblo menudo
se hace la barba á sí mismo?
Mas ¿qué quieres! El refugio
de los hados..... Yo te adoro!

Manuela. Ay de mí!, yo no lo dudo,
mas dice aquel dicho: tanto
te quiero que te desnucó.

Balbino. Pues bien, cástate, mujer!
¡Cástate con ese chusco....,
y malos lobos le muerdan!
Sé dichosa. ¡Yo renuncio
á tu mano!

Manuela. Oh fortalencia!
Oh virtud!.... ¡Cruel tarugo
para un corazón amante!
¿Cómo podré, cachirulo,
pagarte.....

Balbino. Matando á ese hombre
á pesadumbres.

Manuela. Yo juro.....

Balbino. Y luégo en segundas nuncias....,
ó ántes, si Dios lo dispuso,
yo aliviaré los pesares
que te va á dar el difunto.

Manuela. Ay! suben por la escalera.....
Vete.....

Balbino. Yo no escondo el bulto.
Soy quien soy!

Manuela. Pero ¿y mi honra?

Balbino. Tu honra?.. Sí, es verdad. Me escurro...
Pero ¿adónde.....

Manuela. Á la ventana!
[*Balbino monta en la ventana y figura
buscar dónde apoyar el pié, que queda
colgando hácia fuera.*]

Ya están aquí!

Balbino. Yo me aturdo.
No alcanza á la parra el pié.....
[*Suena dentro la llave.*]

Manuela. Ya abren la puerta. Ay san Bruno!

ESCENA XVIII.

MANUELA. BALBINO. D. LUIS. CIRIACO.

Luis. ¿Qué veó! ;Ese hombre.....

Ciriaco. Balbino!

Balbino. [En la ventana.]
No es nada; no hay contrabando.
Es que venía buscando.....

Manuela. Yo.... Cuando... Él venía... Vino...
Luis. Qué infamia! Huye, miserable,
huye, ó mi justo furor.....

Balbino. [Saltando otra vez al tablado.]
Vamos con calma, señor.....
(Subirme yo aquí sin sable!....)

Ciriaco. Balbino, es acción villana
asaltar.....

Balbino. Toma! Si abierta
hubiera estado la puerta,
no entrara por la ventana.

Luis. Traidora! ¿Es esta la fe.....

Manuela. Toma! ¡Mire usted qué pata
de gallo! ¿Acaso.....

Ciriaco. Hija ingrata!....

Manuela. Acaso yo le llamé?

Balbino. Yo..... Se me antojó un racimo,
á la parra me subí,
estaba Manuela aquí,
y..... ¡ya usted ve! como primo.....

Luis. Eh! Váyase noramala.....

Manuela. ¿Es culpa mía que hubiera
una parra por de juera
y una ventana en la sala?

Luis. Calla! ¿Aún te atreves, perjura.....

Manuela. Si yo..... ¡Virgen del Pilar.....

Ciriaco. [Conteniéndole.]
Don Luis!

Balbino. ¡No haga usted llorar
á esa pobre criatura!

Luis. [Á Balbino.]
Ya he dicho.....

Balbino. Sí, viente en popa
me voy ya; no se sofoque;
pero como usted la toque
ni al pelito de la ropa.....

Luis. No me arredran amenazas.
Fuera de aquí!

Ciriaco. [Á Balbino con tono persuasivo.]
Vete, vete!

Luis. Ó yo haré que usted respete.....

Balbino. Sí? Pues ya, ni con tenazas.....

Manuela. [Sollozando.]
Tengo honra, y es mucha afrenta...
Balbino. La oye usted? Gime, solloza.....
Señor don Luis!, esa moza
corre desde hoy por mi cuenta.

Luis. ¿Cómo.....

Balbino. No hay cómo que valga.

Ciriaco. ¿Qué se entiende.....

Balbino. Y á los dos
desafío, ¡á todo Dios!
El que sea hombre, que salga.
[*Suenan dentro cajas tocando llamada.*]

Luis. ¡Vive Dios.....

Balbino. Suena el tambor:
obedezco á su compas.—

Viva usted media hora más
y agradezca este favor.

[Ciriaco contiene á D. Luis, y Ma-
nuela á Balbino.]

Ciriaco. Quieto!

[Á Balbino.]

No te irás al fin?

Manuela. ¡Por Dios....

Luis.

¡Infame....

Ciriaco. [Aparte á D. Luis.] Es muchacho.

Balbino. Yo volveré....

Ciriaco. [Como antes.] Está borracho.

Balbino. Y habrá la de San Quintín.

[Manuela se sienta á un lado, y llora y
moquea.]

ESCENA XIX.

MANUELA. D. LUIS. CIRIACO.

Luis. ¿Se ha visto igual insolencia,
temeridad semejante?

Yo le aseguro al bergante....

Ciriaco. Vamos, ¡reflexion, paciencia....

Luis. ¡Y tú, infiel....

Manuela. [Levantándose y con tono regañon, pero
sin dejar de gemir.]

Más lo eres tú!

Tras de que una.... Pues es plato
de gusto.... Quita allá, ingrato!

Luis. ¿Cómo! Pues....

Manuela. [Haciendo un gesto de indignacion
ridícula.]

No me hables. Hu!

[Vase por el foro.]

ESCENA XX.

D. LUIS. CIRIACO.

Luis. Se va dándome un sofion
despues que vil y traidora....
Pues esto faltaba ahora!

La habré de pedir perdon?

[Queda pensativo.]

Ciriaco. Como al cabo está inocente,
y la quieren procesar....
Lo que hay es que aquel pelgar
sin más Dios, ni.... Es evidente.
Mas si hemos tocado en balde
entrambos á dos la aldaba
del alcalde, porque estaba
en las eras el alcalde;
mañana será otro dia,
se irá el soldado y despues
pleito por menos y.... Pues!
Lo demas es tontería.

[Acercándose á D. Luis y llamándole
la atencion.]

No es verdad?

Luis. [Con despego.] Oh!....

Ciriaco. Si alza el gallo
pondremos piés en pared,
porque al fin....

Luis. [Furioso.] Eh! calle usted
con cuatro mil de á caballo.

Ciriaco. Si usted se incomoda....

Luis. Sí.

Ciriaco. Sin embargo, la doncella....

Luis. Reniego de usted, y de ella,
y de su madre, y de mí.

ESCENA XXI.

CIRIACO.

Oye! Sin razon te enojas....
Se largó! ¡Es particular....
Eso se llama tomar
el rábano por las hojas.
Señor!, lo que yo le digo
convenceria á cualquiera,
porque, vamos, ¿quién espera....
Disparate! Pero...., amigo!....
Puedo yo hacer más? Me afano
por evitar accidentes
y por...., pues!; pero estas gentes
no entienden el castellano.
[Vase por el foro.]

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

D. LUIS. D. ANTONIO.

Antonio. Al oír lo que me cuentas
me aflijo y no me sorprendo.
La cabra, querido Luis,

siempre tira al monte.

Luis. Es cierto.

Me cegaba la pasion;
ahora conozco mi yerro.
Mas, ya que no era posible
conseguir en un momento
la grata conformidad

- de costumbres y deseos sin la cual no hay matrimonio venturoso; ya que al tiempo era fuerza remitir lo que no curan los médicos; los vicios de educacion y los resabios de pueblo, ¿era acaso algun absurdo juzgarme yo con derecho al amor de una mujer sacada por mí del cieno, de la nada? ¿Dónde hallar honor, fe, agradecimiento si hasta en la paz de una aldea los busco y no los encuentro? Ingrata!, ¿te puse yo algun puñal en el pecho cuando tu pérfido labio me juraba amor eterno? Ah! maldita fué la hora en que mis ojos te vieron.
- Antonio.* ¡Mentecato que en el año de gracia mil ochocientos y cuarenta áun esperabas tropezar por esos cerros con aquella pobre Astrea que se refugió en el cielo! Ya se ve, tú eres filósofo.....
- Luis.* Filósofo!.... Soy un necio.
- Antonio.* No en vano cuando lo supe desaprobé tu proyecto; pero tú, en vez de tomar y agradecer mis consejos, contra mí, contra un amigo! te pusiste hecho un veneno.
- Luis.* No hablemos de-lo pasado pues mi ceguedad confieso, y veamos si es posible salir de este atolladero. Tú, Antonio, que eres letrado, me dirás cómo podremos.....
- Antonio.* Veamos. Lo que tú quieres es que no se lleve á efecto el matrimonio.
- Luis.* Eso mismo.
- Antonio.* Firmados ya los conciertos conyugales, se requiere el mutuo consentimiento de ambas partes..... Y áun así pudieras salir del pleito mal librado si las arras son de entidad.
- Luis.* No. Mi intento era hacer más adelante una donacion.....
- Antonio.* Me alegro; porque, áun logrando anular los esponsales, te advierto que la mitad de las arras que dió el varon son trofeo de la novia, si ella prueba que el-tal se quitó de cuentos y la mostró su cariño con algun ósculo...., beso, que decimos los profanos.
- Luis.* No ha habido ósculo; lo puedo jurar.
- Antonio.* Vaya en gracia. Yo te juzgaba más resuelto.
- Luis.* Era mi pasion tan casta!.... ¡Era tan puro el objeto que me la inspiraba!.... Ay triste!
- Antonio.* Pero un beso más ó ménos ¿qué importaba..... Me parece, aunque tu pudor respeto, que eso es muy antiguo, Luis, ó demasiado moderno.
- Luis.* Vamos, déjate de bromas..... Pecador! Ahora recuerdo que la he abrazado dos....., tres veces!
- Antonio.* Abrazo seco?
- Luis.* Pues, sin beso.
- Antonio.* En punto á abrazos, las leyes guardan silencio.
- Luis.* Pero, dime, si Manuela no quiere, como lo temo, que se anulen los contratos conyugales, *quid faciéndum?*
- Antonio.* No sé. Si ella no consiente.....
- Luis.* ¿No hay otros impedimentos legales?
- Antonio.* Sí, varios hay. Yo te los iré diciendo, mas dudo mucho que puedas alegar ninguno de ellos.
- Luis.* Dime, no obstante.....
- Antonio.* Si el novio, ó la novia, por ejemplo, se ausenta á lejanas tierras, puede el otro, trascurriendo tres años y del ausente ignorando el paradero, pedir y obtener permiso para escoger otro dueño; pero ha de hacer penitencia de su primer juramento.
- Luis.* Ya. ¿Conque ella es la que habria de emigrar.....? ¿Y cómo hacemos..... Imposible!
- Antonio.* Si probases á tu novia un gatuperio..... Comprendes?
- Luis.* Qué desatino! ¿Ella que teme al infierno..... Coquetilla....., puede ser; pero..... Jesus! Ni por pienso.
- Antonio.* Tú no podrás achacar cuñadía.....
- Luis.* No.
- Antonio.* Ni creo que hayas dado á otra mujer palabra de casamiento.
- Luis.* Jamás.
- Antonio.* Ni la edad te salva; que ambos teneis con exceso

la que prescriben los cánones al uno y al otro sexo para poder celebrar el séptimo sacramento.— Ah! Un rapto con circunstancias agravantes fuera un medio excelente, y el soldado es capaz en mi concepto de mayores fechorías.

Luis. Pero hay que contar primero con Manuela, y ni ella tiene resolución para eso, ni la perderán de vista sus padres.

Antonio. También el texto de la ley hace mención expresa de los defectos ó nulidades orgánicas que invalidan desde luego los esponsales. Si de ambos uno es gafo ó contrahecho, ó ciega de entrambos ojos, — se pueden casar los tuertos, — ó se queda sin narices, ó.....

Luis. ¡Calla, que me estremezco de oírte!

Antonio. Ah! ya me olvidaba de otro arbitrio..... Es el postrero, ¡y terrible para un hombre que tiene su alma en el cuerpo!; mas para ti, que te precias de filósofo.....

Luis. Acabemos.

Antonio. Métete fraile.

Luis. ¿Yo fraile!

Antonio. No hay ya en España conventos, pero allá.....

Luis. ¿No es más sencillo echarme un cordel al cuello?

Antonio. Vamos, no te desesperes. La muchacha, á lo que entiendo, se inclina mucho al soldado. No hace justicia á tu mérito, mas los primeros amores..... Ya ves tú!.... Dice un proverbio castellano: *Dios los cria y ellos se juntan*. Yo espero que ella se querrá casar con él, y entonces.....

Luis. Sí, eso,

eso fuera lo mejor; y aunque es duro, no lo niego, que me venga á suplantar un rival tan subalterno, me resignaré..... Y ¿quién sabe..... Yo todavía no tengo una prueba concluyente de que sea el predilecto ese Balbino. La escena de que tanto me lamentó pudo muy bien ocurrir sin ocasión ni pretexto

por parte de la muchacha, y tal vez á su despecho. Cuando se alejó de mí lloraba, gemía..... Quiero hablar á solas con ella.....

Antonio. Ay, ay, ay! Malo me he puesto!

Luis. Nada temas. Seré cauto.

Yo voy á llamarla.

Antonio. Bueno!

Allá te avengas..... Adios.

Luis. Vas otra vez de paseo?

Antonio. No. Un encargo de Madrid.....

Hasta despues. Pronto vuelvo.

ESCENA II.

D. LUIS.

Si no es posible! Pondria las dos manos en el fuego á que ella no autorizó tal escándalo. El camueso de Balbino, sin mirar inconvenientes ni riesgos, osó escalar la ventana, y ella, que tendria miedo..... Aquí viene. Á ver qué tal se explica, y vamos con tiento.

ESCENA III.

D. LUIS. MANUELA.

Luis. Me alegro de verte sola.

Manuela. Ah, que eres tú! Dios te guarde.

Luis. Tenía que hablarte.....

Manuela. Hola!

¿Despues de la batahola

y el julepe de esta tarde?

Bien, á escucharte me obligo, pues me he de casar contigo.

Luis. Dime una verdad.

Manuela. Y cuálá?

Luis. ¿Citaste á Balbino tú.....

Manuela. Ya he dicho muy noramala que él se me coló en la sala como un duende, como un bñ; mas yo no le he dado abrigo, porque me caso contigo.

Luis. Yo sé que el tal granadero no es tu primo ni lo sueña.

Manuela. Mi padre fué el embustero, que yo nada dije; pero de mi mano soy yo dueña, y pongo á Dios por testigo que me he de casar contigo.

Luis. El te quiso ántes que yo..... y tú le amaste también.

Manuela. Toma! Quién dice que no? Mas cuando él se declaró y yo le repuse: «amén»

junto á una parva de trigo,
no me casaba contigo.

Luis. Tarde olvida quien bien ama.

Manuela. Así lo dice mi tia,
pero no tengas escama,
porque cuando una no llama.....
Pues! Y el otro bien sabía
cuando entró por el postigo
que yo me caso contigo.
Y juro á fe de Manuela
que no hicimos...., disparate!....
ninguna picardihuela.
Vaya! ni cosa que huela.....
Jesus! ni con chocolate;
porque yo sigo y persigo
en casarme—estás?—contigo.

Luis. Hoy no te tienta el demonio,
mas si mañana te exhorta
á afrentar mi matrimonio,
tú no eres un san Antonio,
y tal vez.....

Manuela. Bah, bah! Qué importa?
Si tú te casas conmigo,
no me caso yo contigo?

Luis. Qué importa? Alabo la fiema!
¿Luego tú no estás segura?....

Manuela. Sí lo estoy, pero esa tema
que hoy has tomado me quema.
Á Dios llamaré y al cura
si me tienta el enemigo.
matrimoniada contigo.

Luis. Eso no me satisface.
Manuela, tiempo es aún.
Aunque tanto me complace,
quizá nuestra boda se hace
contra el sentido comun.
Yo te quiero y te bendigo,
pero.... ¡casarme contigo!....

Manuela. Cómo! Te vuelves atrás?

Luis. No congeniamos los dos.....

Manuela. Pues, novio de Barrabas,
¿no hemos jurado y tres más
al escribano y á Dios.....

Luis. Sí, pero ya.....

Manuela. Pues, amigo,
yo me he de casar contigo.

Luis. Tú debea considerar
que no seremos felices
por más que al pié del altar.....

Manuela. Hola! ¿Me quieres dejar
con un palmo de narices?
Pues no! Yo digo y redigo
que me he de casar contigo.

ESCENA IV.

D. LUIS. MANUELA. MACARIA. CIRIACO.

Macaria. Qué es esto? ¿Por qué das voces,
hija de mi alma?

Manuela. Por qué?
Porque ese hombre es un ingrato,

un descastado, un infiel
que me camelaba en Móstoles
y me escupe en Leganes;
porque á lo mejor me sale
con.... ¿qué me sé yo?, y si fué
y si vino....; porque olvida
que dió un porrazo cruel
á la puerta de mi casa
y soy yo quien le curé
la descolacion del hombro
y el chirlo junto á la sien;
y dale con si Balbino
es mi primo ó no lo es,
y si él no me quiere mal,
y si yo le tengo ley,
y si mañana ó esotro
me tentará Lucifer;
porque es el galgo de Lúcas
que ladra ántes que le den,
y los dedos se le antojan
huéspedes, y.... Pero á fe
que yo no me ando en chiquitas,
y aquí hay un cura y un juez,
y de mal á mal hará
lo que no de bien á bien,
¡y se casará conmigo,
y me casaré con él!

ESCENA V.

D. LUIS. MACARIA. CIRIACO.

Macaria. Pobrecita de mis ojos!
¿Quién me lo diría, quién
que tan mal te pagaria
ese raposo con piel
de oveja inocente, ese alma
de Caín.....

Luis. Suegra soez,
no apure usted mi paciencia,
que ya estoy dado á Luzbel.

Ciriaco. Tiene razon. Sé prudente,
que no quita lo cortés.....

Y al cabo las apariencias.....
Yo soy justo. Es menester
hacerse cargo..... Y hablando
se entienden las gentes: eh?

Macaria. En verdá, en verdá, que ni ella
tiene la culpa, ni usted,
ni naide, sino ese pícaro
que maldiga Dios, amén.
¡Zamparse, como si fuera
esta casa algun burdel,
por la ventana.....

Luis. Y ustedes
¿por qué con tanta doblez
me dijeron que era primo
de Manuela?

Macaria. Yo la erré;
lo confieso; pero entraba
con aire tan somaten,

que porque tú no extrañases su desparpajo y su aquél..... Porque él estaba empeñado en que tenía de ver á Manuela y recordalla que, habrá cinco años ó seis, la dijo cuatro tontunas..... Pero—nada!—de allí á un mes cayó quinto, y la muchacha no golvio á pensar en él. No obstante.....

Luis. No obstante.....
Macaria. Si le aborrece!

Ella le dijo: «anda ves noramala. Quiero á otro y á ti no te doy cuartel;» y cuando dice Manuela esto digo, firma el rey.

Ciriaco. Sí, señor, pero como ese Balbino es una pared maestra, y estaba sola la chica, y éfeta...., pues! sin encomendarse á Dios ni al diablo, y á salga pez ó salga rana...., ahí va eso!, y abur. *Ita, missa est.*

Macaria. Si vieras cómo lloraba la probecilla dempues.....

Luis. Lloraba!

Macaria. Y la da un soponcio si no la aflojo el corsel.

Luis. (¿Será cierto.....)

Macaria. Y entre lágrimas que enternecieron á un buey...., salva la parte, decia: «Jesus, María y José! ¿Por qué ha venido ese trasto maldecido de cocer? Yo sólo quiero á mi Luis, que es dulce como la miel y tan guapo.....»

Luis. Eso decia?

Macaria. Y mirando de travies dijo: «si vuelve á ponerse delante, le echo con cien y mil diantres, y le tiro la mano del almirez.»

Luis. ¿Es posible!.... Pues á mí no me ha dicho.....

Macaria. Toma! Es que..... Es que, como está inocente, no dá su brazo á torcer contigo. Tú la habrás puesto como trapo de sarten, y ella que tiene puntillo y vergüenza.....

Ciriaco. La mujer no siempre..... Estamos? Con ellas se requiere un ten con ten.....

Macaria. Ea, pelillos al mar. Mañana al amanecer saldrá Balbino de casa, y yo de tanto belen. El alcalde me lo ha dicho,

y si no lo hace, ¡pardiez que tengo hecho un memorial para el señor coronel, que me rio yo!—Y ¡qué diantre! si tanto te da que hacer ese hombre, ¿hay más que largarnos á cualquier parte; á Jaen, á París de Francia.....

[*Don Luis, que está meditando, responde distraído.*]

Luis. Sí.

Macaria. Ó á Ingalaterra.....

Luis. Tal vez.....

[*Aparece Balbino en la puerta.*]

Balbino. [*Sin entrar.*]

Deo gracias!

Luis. Balbino!

Macaria. (Ah perro!)

Todo lo echará á perder.)

Ciriaco. (Otra vez ese maldito? Que no estuviera en Argel!.....)

ESCENA VI.

D. LUIS. MACARIA. CIRIACO. BALBINO.

Balbino. [*Entrando.*]

Señores, nadie se altere. Vengo de paz; ya no riño; y, de bien á bien, un niño hace de mí lo que quiere. Si enántes tomaba á pecho porfiar por la doncella, ya no.—Arrée usted con ella y que le haga buen provecho. No estante su compromiso, yo creí que esa traidora querria á Balbino ahora como algun dia le guiso; y como yo no soy rana y la juzgué prisionera, de la parra hice escalera y puerta de la ventana; mas tratándome de pillo me puso como un guñapo...., aunque luégo me hice el guapo y escupí por el colmillo. Ahora que estoy más sereno confieso á usted y á la suegra que aquella accion fué muy negra y que soy un sarraceno. Usted rico, y yo soldado, quién debia estar en boga? Usted, que siempre la sogá quebró por lo más delgado. Ni tendria yo razon en obligarla á trocar tanto rumbo y tanto ajuar por un pan de municion.

Si no me quiere, paciencia;
peor sería un divieso;—
y no quedaré por eso
á la luna de Valencia.
Tengo una moza en Bilbao.....
de mi talla; hui! mete miedo,
y otra que vende en Toledo
sardinas y bacalao.
Vaya con Dios; yo la olvido.
Dios dirá. Soy buen piloto,
y al fin nunca falta un roto
que se arrime á un descosido.
Mañana, usted lo verá,
me mudo de alojamiento;
y si usted quiere, al momento,
que á mí lo mismo me da.
Yo no soy como el tahir
que juega con dos barajas.
Usted contento, y yo..... ¡pajas!
Conque..... perdonar y..... ¡abur!

[Empieza á oscurecer.]

ESCENA VII.

D. LUIS. MACARIA. CIRIACO.

Macaria. Mire usted!.... ¡Todo al revés
de esta tarde! ¿Quién creyera.....

Ciriaco. De modo es y de manera
que cuando el hombre..... Ya ves!

Macaria. [Á D. Luis.]

Pues ahora naide te empacha,
y cuando él mesmo se da
por vencido:....

Luis. [Todavía preocupado y caviloso.]

Bien está.

Macaria. Señal de que la muchacha.....

Luis. Sí, señora.

Ciriaco. Si es un bolo!

Si lo dije! Y el que piense.....

Eh?

Luis. Sí, pero usted dispense.....

Quisiera quedarme solo.

Macaria. Vamos, sí, y ausolucion
general.

Ciriaco. ¿Qué duda tiene.....

Luis. Oh!....

Macaria. Y el domingo que viene
primera molestacion.

ESCENA VIII.

D. LUIS.

Ojo avizor, pobre Luis!
no te fies del soldado!
¡Luis!...., aquí hay gato encerrado

y tu honor está en un tris!
La niña con sus enojos,
con sus mentiras la madre
tal vez..... Pero ese compadre
es quien me ha abierto los ojos.
Su repentina modestia
no parece natural.

¿Cómo así tan racional
el que ha poco fué tan bestia?
Bah, bah! no soy yo tan lerdo
cual presume. Esa no cue!a!

Él ha hablado con Manuela
y los dos obran de acuerdo.
Mas saldrá vano el ardid..

No serás tú mi mujer,
taimada. No quiero ser.....
la fábula de Madrid.

¡Mofarse del santo yugo
de un modo tan inmoral!

Intriga tan infernal
es digna de Víctor Hugo.

Y aquí, en país enemigo!,
¿qué hacer cuando esa labriega

dice que á trompa y talega
ha de casarse conmigo?

Ya el desposorio funesto
firmé, y alzarán el grito
la vieja, el suegro maldito,

y el soldado...., por supuesto!
La echarán por la tremenda

y perderé en el litigio,
si no hace Dios un prodigio,
la honra, la vida y la hacienda.

[Paseándose agitado.]

¿Quién me hubiera dicho ayer.....

Si yo hallase un expediente.....

Qué calor tengo en la frente!....

Loco me voy á volver.

[Pardándose.]

Ah! un rayo de luz..... Antonio
me le indicó, y es preciso.....

Mediando otro compromiso
no ha lugar el matrimonio.

Un clavo saca otro clavo.

Si logro que otra hermosura

me ame..... Se hace una escritura
con fecha atrasada y.... Bravo!—

Pero ¿cómo se concilia.....

¿Quién se echa á buscar de pronto

una querida..... Ah! Qué tonto!

En casa la tengo. Emilia!

Y qué elegante! qué bella!

Y hermana de Antonio..... Ah! voy,

voy al momento..... Ya estoy

perdido de amor por ella.

Cielos!, si de está zozobra

me saca, un ángel será.....

Pero siento pasos..... Ah!

Ella es!—Manos á la obra.

ESCENA IX.

D. LUIS. EMILIA.

Emilia. [*Sale de las habitaciones de la izquierda.*]

Luis. Antonio..... Se fué mi hermano?
Sí, hermosa, pero su falta supliré yo muy gustoso si me honra tan bella dama con sus preceptos. Yo haria hasta lo imposible.....

Emilia. Gracias, señor don Luis. Es usted muy galante.

Luis. No se trata de galanterías, no. Lo digo con toda el alma.

Emilia. No lo dudo. Á fuer de ahijado me profesa usted la franca amistad.....

Luis. Algo más que eso. Arde en mi pecho otra llama más activa, más profunda.....

Emilia. Qué escucho!.. Eh! pase por chanza.

Luis. Chanza? Ah! no. ¿Y es maravilla que con perfecciones tantas rinda usted mi corazón? Quien ve á usted y no se abrasa de amor, no tiene sentido comun ni ojos en la cara.

Emilia. Está usted loco, don Luis? Reflexione usted lo que habla. ¡Qué declaración de amor tan extra-parlamentaria!

Luis. Juro á Dios, y á esos luceros que me hechizan y me matan.....

Emilia. Señor don Luis, yo no sufro galanteos que me ultrajan. Guárdelos usted, le ruego, para la linda aldeana con quien hoy se ha desposado; y si le enseña otras máximas su filosofía y quiere una esposa y una dama, reserve usted á lo ménos proposicion tan extraña para quien la pueda oír sin echarle noramala.

Luis. Válgame Dios!.... Si no es eso! si mi intencion es muy sana! ¡si lo que quiero es casarme con usted!

Emilia. Otra embajada! Dos consortes á la par? Lindo! ¿Estamos en España, ó en Turquía?

Luis. Óigame usted! Yo no aspiro á la bigamia. Sólo á usted quiero entregar mi mano y mi fe en las aras.

Emilia. Y Manuela?

Luis. Lo confieso, me fascinó esa muchacha; pero usted ha sido el astro que disipando las ráfagas del pasajero crepúsculo.....

Emilia. Bah, bah! Todo eso es farándula. Diga usted que la palurda le quiere dar calabazas, justo castigo á quien tuvo inclinaciones tan bajas, y en despique viene usted á proponerme—qué audacia!—la mano que ella desprecia; mas no cabe en mí la infamia, la deshonor de aceptar proposicion tan villana.

Luis. Al contrario, ella desea que se cumpla sin tardanza mi promesa; pero yo.....

Emilia. Bien, y usted se desengaña, y conociendo que es vida de perros la que le aguarda con un leño por mujer y por suegra una tarasca, quiere que le saque Emilia de la lumbre las castañas. Estamos bien! ¿Soy yo hospicio de desamparados?

Luis. Caiga sobre mi cabeza un rayo si son fingidas mis ansias y si el fuego del amor.....

Emilia. Pues ya!, amor... de circunstancias.

Luis. Ah! ¡Si me quisiera usted..... Quiérame usted!

Emilia. Eh! Ya basta.

Luis. Oh crueldad!.... ¿Será forzoso que me arroddile á esas plantas?

[*Lo hace.*]

Emilia. Oh qué ridícula escena! Levántese usted.....

Luis. No, ingrata. Mientras.....

Emilia. [*Yéndose á su habitacion.*]

Pues rece usted solo.

Luis. Yo necesito.....

Emilia. Una jaula.

ESCENA X.

D. LUIS.

Cruel repulsa! Es preciso que tenga entrañas de víbora la que así..... Pero ¿hasta cuándo me he de estar yo de rodillas?

[*Se levanta.*]

¡Oh qué estúpido es un hombre desesperado! ¡Maldita fortuna!.... Pero en el mundo ¿no hay más mujeres que Emilia? Si ella desdena mi mano, la muy necia, habrá infinitas que la apetezcan, y sólo por vengarme de esa inicua.... y librarme de Manuela, soy capaz.....

ESCENA XI.

D. LUIS. RUPERTA.

[*Llega Ruperta con un quinqué encendido que deja sobre la mesa.*]

Ruperta. Ave María!
Luis. Sin pecado..... (Esta zagala.....) Sin pecado concebida.
Ruperta. Con licencia.....
Luis. Espera un poco. (Pues no tiene mala pinta. No habia yo reparado.... Y muchacha sin malicia.....)
Ruperta. Qué quería usted?
Luis. Decirte..... (Y huérfana! Es una viña no tener suegros.) Escucha. Tienes novio?
Ruperta. Yo? Ni pizca.
Luis. Ya ve usted, como una es probe.....
Ruperta. Bien. Me alegro.
Ruperta. ¡Qué dañina intencion! Pues ¿quiere usted que me quede para tia?
Luis. Al contrario; yo te quiero colocar.
Ruperta. ¡Ay, santa Rita, qué alegron! Y cuándo? cuándo?
Luis. Parece que tienes prisa.
Ruperta. Qué quiere usted! No se muere un obispo cada dia.
Luis. (Tiene gracia.) ¿Y si el marido fuese de ilustre familia, y rico, jóven, amable.....
Ruperta. Toma! no le escupiria por eso. Cómo se llama?
Luis. ¿quién es? dónde está?
Luis. Pues, hija, el que te ama..... (Pero ¡cielos! qué voy á hacer?)
Ruperta. Vamos, diga, diga usted.....
Luis. (Si es una mula! ¡Si es peor la medicina que la enfermedad!)
Ruperta. Qué diantre!
Luis. Tanto callar me encanija.
Luis. (Hum!...) Nada. Vete. Una broma...

Ruperta. [*Picada.*]

Mire usted qué gracia!
Luis. [*Con hastio.*] Quita!.....
Ruperta. ¿Está una aquí para molde.....
Luis. Vete, vete á la cocina.

[*Ruperta se retira gruñendo.*]

ESCENA XII.

D. LUIS.

[*Paseándose.*]

Vamos, á mí me han echado una maldicion. Soy víctima de alguna bruja.... Yo tengo calentura y se me crispan los nervios..... No sufren más los que están en la agonía.

ESCENA XIII.

D. LUIS. D. ANTONIO.

Antonio. Luis!

Luis. [*Abrazándole.*]

Ay, amigo de mi alma!
Antonio. Qué tienes? Qué ha sucedido?
Luis. Triste de mí! Soy perdido!
Antonio. Vamos, un poco de calma.....
Luis. Erre que erre, caro amigo, Manuela y el granadero; él en quedarse soltero y ella en casarse conmigo.
Antonio. ¿Conque de acuerdo los dos.....
Luis. Sí, uno á otro se estimulan y todos se confabulan para hacerme.... Santo Dios!
Antonio. Ya se verá..... Ten cachaza.....
Luis. En medio de tal vejámen me acordé de tu dictámen y puse en juego una traza.....
Antonio. Sí? Dime.....
Luis. Si otra me auxilia con un amor retroactivo, dije yo, de positivo triunfo....; y se aparece Emilia. Cual otro Amadis de Gaula me declaro, ay infelice!, y me desaira, ¡y me dice que necesito una jaula!
Antonio. Y quien tanto desatina ¿qué otra cosa ha menester?
Luis. ¿A un tiempo habia de ser tu cómplice y tu madrina?
Luis. Es verdad! No me ocurrió..... Pues luégo...., ¡si tú supieras.....

Vaya, estoy loco de véras.
Antonio. Eh!.... No te diré que no.—
 Pero ¡si no es puñalada
 de pícaro! Hay mil maneras
 de prorogar cuanto quieras
 esa boda empecatada.
 Entre tanto.....
Luis. Sí! entre tanto....,
 ¿quién se expone... ¿quién resiste...
 Si el diablo las carga...., ay triste!...
 Yo no soy de cal y canto.
 Aún no estoy seguro, no,
 de una recaída—estamos?—
 si ella ó yo no nos casamos.....
 sin casarnos ella y yo.
Antonio. Ay, ay!.... Retírate al punto,
 que no estás bueno, y si quieres,
 dame tus plenos poderes,
 que yo arreglaré el asunto.
Luis. No hay arbitrio!
Antonio. Sin embargo,
 se verá si yo lo encuentro.
Luis. Sálvame!
Antonio. Vete allá dentro,
 que yo lo tomo á mi cargo.

ESCENA XIV.

D. ANTONIO.

¡Metido yo en esta gresca
 por un loco..... Tengo sed.....
 [Á *Ruperta* que atraviesa por la an-
 tesala.]

Muchacha!
Ruperta. Qué manda usted?
Antonio. Un vasito de agua fresca.—
 Negocio es de mucha monta.
 Yo me iré con piés de plomo.....

ESCENA XV.

D. ANTONIO. MANUELA.

Manuela. [Entrando.]
 (Aquí me cuelo, así...., como....,
 como quien se hace la tonta.
 Hola! El otro lechuguino!)
Antonio. (Ella es. Me excusa la cita.)
 Buenas noches, shijadita.
Manuela. Que Dios guarde á usted, padrino.
Antonio. Mil gracias. ¿Quieres oír
 dos palabritas?
Manuela. Sí quiero.
Antonio. [Á *Ruperta*, que le ha servido agua.]
 Diga usted al granadero

que haga el favor de subir.

[*Vase Ruperta.*]

Manuela. (Será alguna pampingrada.....)
Antonio. Tú eres muchacha sencilla.....
Manuela. Y qué?...
Antonio. Y por la negra honrilla
 vas á hacerte desgraciada.
Manuela. Yo ¿cómo..... Pues ¿en qué potro
 me ponen.....
Antonio. Potro inhumano
 es querer á un ciudadano.....
Manuela. Pero.....
Antonio. Y casarse con otro.
Manuela. Es que yo.....
Antonio. Hablemos en plata.
 Tú amas á Balbino.....
Manuela. Yo?
Antonio. No vale decir que no.
 ¿Y le abandonas, ingrata!
Manuela. Está usted en mi pellejo?
 Cuando yo digo que nones.....
Antonio. Por ventura ¿te propones
 tener marido y cortejo?
Manuela. Virgen santa! Quite usted!....
 Estoy yo fuera de tino?
Antonio. Pero aquí llega Balbino.
 Con los dos me explicaré.

ESCENA XVI.

D. ANTONIO. MANUELA. BALBINO.

Balbino. Dios guarde á la gente noble.
Antonio. [Imitando el tono soldadesco de Bal-
 bino.]
 Dios guarde á la gente buena.
Balbino. Es usted el que me llama?
Antonio. Perdone usted la molestia.
Balbino. No hay de qué.
Antonio. [Entornando la puerta.]

Vamos á hablar
 de hombre á hombre y con franqueza.
Balbino. Bien. Yo no tengo frenillo.
Antonio. Ni yo pelos en la lengua.
Balbino. Corriente. Vamos al grano.
Antonio. Pues bien, á un lado pamemas.
 Manuela le quiere á usted
 y usted adora á Manuela.
Manuela. Yo..... (Vamos, ¡si no me atrevo
 á negárselo!)
Balbino. (Aquí hay treta.)
 La verdad, yo la he querido
 unas miajas, pero ella.....
Antonio. La ve usted? Baja los ojos.....
Balbino. Porque es mujer de vergüenza.
Antonio. Ahora los clava en usted.
 Cuando el demonio lo enreda.....
Balbino. (Qué saber tiene este cuco!)

Manuela. Toma! Cuando una no es ciega.....

Balbino. ¿Y qué sacamos en limpio de que ella mire y yo vea?

Antonio. Que yo no me mamo el dedo ni soy niño de la escuela.

Balbino. Bien, la quiero, mas como otro la hace mejor conveniencia, me sacrifico y la dejo.....

Antonio. ¿Y no hay en esa fineza algun oculto designio.....

Balbino. No hay intrínquilis. Mi idea es sólo verla feliz.....

Antonio. Cuénteselo usted á su abuela.

Balbino. Compadre!, ya me va usted cargando.....

Antonio. Vamos con fiema y hablemos en santa paz....; que á todos nos tendrá cuenta.

Manuela. Pero usted ¿á qué se mete en camisa de once leguas?

Balbino. Ya dije á don Luis.....

Antonio. Don Luis

no sabe lo que se pesca; mas yo tengo sus poderes para ver cómo se arregla este asunto, y yo, á Dios gracias, no he perdido la cabeza.

Balbino. Bien, ¿y qué?

Antonio. Y soy abogado. Conviene que usted lo sepa.

Balbino. (Zape!)

Antonio. Y si no hay transaccion y la muchacha pleitea, lo juro!, á fuerza de intrigas, pedimentos y talegas, para cuando gane el pleito ya se habrá muerto de vieja.

Balbino. Ya se verá.....

Antonio. Y supongamos que ella gane la sentencia mañana mismo y que Luis se casa, quiera ó no quiera; qué adelantamos con eso? Se va á Cádiz, á Valencia, á Pequin con su mujer, y no vuelve usted á verla.

Balbino. Yo iré detras.....

Antonio. Un soldado!

Balbino. ¡Si tengo ya la licencia absoluta! Me la acaban de dar; y de ceca en meca la seguiré como sombra hasta el cabo de la tierra.

Antonio. Y qué come usted, compadre?

Balbino. Yo soy hombre de carrera.

Soy artista! Esto es, barbero.

Manuela. Sí, señor, y sacamuelas.

Balbino. Y soy capaz de afeitar al Convidado de piedra.

Antonio. Y diga usted, si don Luis, como puede hacerlo, prueba que ántes habia empeñado su palabra á otra doncella,

y la cumple, qué hace usted?

Balbino. Matarle.

Antonio. *Requiem eternam!*—

Pero la muchacha pierde sus derechos y se queda tan pobre como se estaba.

Balbino. [Aparte con Manuela.]

Tiene razon!

Manuela. Mucho aprieta!

Antonio. (Ya son míos.) Conqué, abur. Cada uno hará lo que pueda, pero si don Luis se casa,

[Con la mano en la frente.]

que me la claven en esta.

[Se dirige hácia el foro.]

Balbino. [Aparte con Manuela.]

Preciso es capitular.

Manuela. Sí, Balbino, no se pierda todo.....

Balbino. [Alto.] Oiga usted, caballero.

Antonio. [Volviendo.]

Qué se ofrece?

Balbino. Me da pena ese pobre señorito.....

Manuela. Si él no me ama, es una tecla; mas rinunciar á su mano.....

Antonio. No lo harás sin recompensa.

Balbino. Vamos claros. Somos pobres y ¡soltar una prebenda.....

¿Qué nos da el señor don Luis si me caso con Manuela?

Antonio. Pida usted, pero pongámonos en la razon.

Balbino. De manera que si la chica no pierde sus arras.....

Antonio. No. Las conserva.

Balbino. Y á mí me da algun dinero para poner una tienda en Móstoles.....

Antonio. Como cuánto?

Balbino. Es mucho..... media talega?

Antonio. (Tonto! Quién no pide más?) Es mucho. ¿Usted se contenta con los seis mil?

Balbino. Sean ocho.

Antonio. Partamos la diferencia.

Siete mil realejos.....

[Aparece D. Luis, abriendo la puerta de par en par.]

ESCENA XVII.

MANUELA. BALBINO. D. ANTONIO. D. LUIS.

Luis.

No!

Los diez mil quiero que sean,

y además, yo les señalo
mientras vivan dos pesetas
diarias.

Balbino. ¡Vivan los hombres
campechanos!

Antonio. [*En voz baja.*] Tú chocheas!

Luis. [*En alta voz.*]
No! Y aún compro muy barata
mi quietud; y ¡qué! ¿no es fuerza,
Antonio, que pague yo
de algun modo mi simpleza?
Además, si tengo vida,
quizá la debo á esa bella
criatura, y no es hidalgo
quien olvida tales deudas.

Antonio. [*Apretándole la mano.*]
Bien, Luis!

Balbino. [*Haciendo lo mismo.*]
Vengan esos cinco,
voto á briós!

Manuela. Qué alma tan buena!
Estoy por darle un abrazo.....
Balbino, me das licencia?

Balbino. Si es con buen fin.....
[*Manuela va á abrazar á D. Luis y
este retrocede.*]

Luis. No, hija mía!,
que el fuego junto á la leña.....
Á tu marido!

Balbino. [*Abrazándola.*] Sí, á mí.
No juguemos con candela.

Luis. Dios te haga feliz con él.
[*Á Balbino.*]
No le envidio á usted la suegra.

Manuela. Voy á contar á mis padres.....

Balbino. [*Mirando por el foro.*]
Ya suben por la escalera.

Antonio. Y yo á mi hermana.....
[*Desde la puerta.*]
Muchacha!

Emilia! Ven á la fiesta.

ESCENA. ÚLTIMA.

MANUELA. D. LUIS. BALBINO. D. ANTONIO.
MACARIA. CIRIACO. EMILIA.

Macaria. Aquí hay concejo, y no atino.....
Yo estaba en cas del vecino.....

Manuela. Madre!

Balbino. Suegro!

Ciriaco. ¿Qué decis!....

Manuela. [*Saltando.*]
Ya no me caso con Luis,
que me caso con Balbino.

Emilia. Qué oigo!

Ciriaco. ¿Cómo.....

Macaria. Tonterías!

Manuela. Sí tal. ¡Estoy más contenta.....

Balbino. Y nos da para bacías.....

Manuela. Y dos pesetas de renta
diaria todos los dias.

Macaria. Muchacha, has perdido el seso?
Dejar á un novio tan rico!....
Pues yo no paso por eso.

Ciriaco. Mujer!....

Macaria. Calla tú, borrico!
Habrá historia, habrá proceso.

Balbino. Si ella quiere, y quiero yo,
y el padre que la engendró.....

Ciriaco. Por mí.....

Balbino. Y el novio que fué,
¿de qué servirá que usted
salga diciendo que no?
[*Macaria se sienta con muestras de
despecho.*]

Luis. Venga el notario al instante:
se hará el nuevo desposorio.

Balbino. Sí, y que haya mucho jolgorio.

Macaria. [*Levantándose.*]
(¿Cómo ha de ser! ¡Daime aguante,
ánimas del Purgatorio!)

Manuela. [*Á D. Antonio.*]
Y usted sigue de padrino?

Antonio. Sí, cumpliré mi promesa.

Balbino. Bravo! (Qué trucha y qué endino!)
[*Á Emilia.*]
Y usted se mantiene tiesa?

Emilia. Con mucho gusto, Balbino.

Ciriaco. Macaria, que no haya gresca!
No digan propios y ajenos.....
Pues! Si no pegó la yesca
cual pensaste, algo se pesca,
y duelos con pan son ménos.
Y, en fin, cuando dos barruntan
que han de hacer migas los dos.....
[*Haciéndola observar que Manuela y
Balbino se están acariciando.*]
Digo! mira si despuntan.....
Eh?.... No nos causemos. Dios
los cria y ellos se juntan.



CUENTAS ATRASADAS,

COMEDIA EN CUATRO ACTOS.

Se estrenó en el teatro del Principe el día 6 de Marzo de 1841.

PERSONAS.

LA MARQUESA.

CASIMIRA.

SEBASTIANA.

EULALIA.

D. LEONCIO.

D. PEDRO.

JUAN.

La escena es en Madrid en casa de la Marquesa. Los actos primero, segundo y cuarto pasan en una sala con puerta en el foro y otras dos laterales: el tercero en un jardín con tapia y verja en el foro; á la derecha del actor puerta de comunicacion con lo interior de la casa; á la izquierda bancos rodeados de árboles, y al mismo lado en el proscenio un farol.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

LA MARQUESA. D. LEONCIO.

[*Aparecen sentados.*]

Leoncio. Vamos ahora al objeto principal de mi visita. Yo tengo treinta y cinco años; es decir, que ya principia para un servidor de usted el otoño de la vida; edad la más á propósito para buscar una digna compañera y comprender con recta filosofía las santas obligaciones de un buen padre de familias. Como las madres son linceas en lo que atañe á sus hijas, excuso decir á usted que idolatro á Casimira.

Acaso usted califique de temeraria osadía mi pretension, si compara con su cuna esclarecida la de un ciudadano liso que se ha enriquecido en Indias; pero si á fuerza de amor y de letras á la vista puedo compensar la falta de ejecutorias antiguas, me tendré por muy feliz con una esposa tan linda y con que me llame yerno la marquesa de Valbrisa.

Marq. Líbreme Dios, don Leoncio, de anteponer á la dicha de esa inocente muchacha preocupaciones ridículas. Infundirle he procurado muy diferentes doctrinas, porque estoy bien penetrada de que siempre han sido efímeras las vanidades del mundo,

y es bueno que desde chica se prepare á los reverses de la fortuna enemiga. Para merecer usted la mano que solicita le sobran prendas.....

Leoncio. Señora, tanto favor.....

Marq. Es justicia; pero, aunque usted honra mucho á mi hija,.. quizá... Es tan niña!...

Leoncio. Es tan hermosa!....

Marq. Su falta de mundo.....

Leoncio. Esa es cuenta mia. Yo tengo mundo de sobra para los dos.

Marq. Simplecilla.....

Leoncio. En buen hora. Más me gusta ignorante y sin malicia que mal enseñada.

Marq. Pero.....

Leoncio. Otro pero!

Marq. Tan de prisa no conviene decidir de su suerte. Si otro aspira á su mano.....

Leoncio. Hola! ¿Tenemos un rival.... No es maravilla. Tal riesgo corre el que quiere á una muchacha bonita. Sin duda es algun intonso con ojos y uñas de arpa; algun jóven epiléptico de esos que ahora se estilan, desengañados de un mundo que no han visto todavía; de esos que suelen decir con sardónica sonrisa: «Oh siglo!, no me comprendes; oh sociedad!, me fastidias, me canso de ti...»; ¡y salieron ayer de la Escuela Pia!; de esos.....

Marq. Señor don Leoncio, no es de los que usted critica el rival de que yo hablaba. Circunstancias muy distintas son las suyas.

Leoncio. ¿Es tal vez quien se opone á mi conquista el coronel veterano que anoche....

Marq. Usted lo adivina.

Leoncio. Como no tenía de él la más remota noticia y ni aún sé cómo se llama.....

Marq. Ha estado fuera unos dias, y aunque, segun lo asegura, su pasión es más antigua, anoche fué cuando supe que pretende á Casimira.

Leoncio. Ya me chocó la llaneza

con que hablaba.....

Marq. Soy su prima.

Leoncio. Ya.—Y tambien me pareció, perdone usted que lo diga, hombre muy extravagante, acérrimo ordenancista, que á cada cuatro palabras encaja una muletilla recordando sus servicios y ensalzando la milicia.

Marq. En medio de sus rarezas tiene tambien distinguidas cualidades.

Leoncio. Sí, señora, y cincuenta años encima.

Marq. En fin, yo tengo razones poderosas que me obligan á preferirle.

Leoncio. Ya veo que está usted muy prevenida en favor del coronel, y confieso que me humilla su triunfo; que, á la verdad, me tiene en muy poca estima, señora, quien me postpone á semejante estantigua.

Marq. Ah, don Leoncio!....

Leoncio. Sin duda desciende de Íñigo Arista por línea recta, y el brillo de su cuna y sus insignias es lo que deslumbra á usted y á este pecador eclipsa.

Marq. Don Leoncio, usted me agravia.... y más de lo que imagina. Ni él pudiera deslumbrar á quien sus timbres no envidia, ni en la boda que proyecto me propongo tales miras.

Leoncio. Fuerza será que lo crea, supuesto que usted lo afirma.— Si á lo ménos fuera jóven mi rival, yo no tendría tanto motivo de queja; pero, hablando como amiga, dígame usted: ¿no es crueldad ofrecer á una chiquilla un marido con la placa de la órden hermenevilla?

Marq. Repito que causas graves.....

Leoncio. Descifre usted ese enigma.

Marq. Oh, imposible!.... Es un secreto que este corazón abriga.... ¡para mi eterno suplicio!

Leoncio. ¿Qué oigo!

Marq. [Con risa forzada.] Nada.... Niñerías...., caprichos...., preocupaciones de mujer.....

Leoncio. (Vamos, se inclina tambien á mí. Los elogios que sin cesar me prodiga.....)

Marq. (Oh Dios! ¿Si habrá penetrado.....)

Leoncio. (Con qué zozobra me miral....)

Marq. (Calla!....)

Leoncio. (Aun está pasadera; pero prefiero á la hija.)
Yo respeto las razones reservadas que motivan tan singular preferencia; pero ¿serán más legítimas que mi esperanza?

Marq. ¿Y en qué la funda usted?

Leoncio. En la dicha de ser amado.

Marq. Eh! no saben esas muchachas novicias lo que hacen ni lo que dicen. La de casa es muy sumisa, y amaré á quien yo le mande.

Leoncio. No, sino á mí, que ella misma me lo ha dicho de palabra, y también en una epístola.....

[*Saca una carta.*]

que dice así:

[*Leyendo.*] «Dueño mio: si es cierto que usted suspira por mí, como lo asegura en su apreciable cartita, por usted suspiro yo, porque soy agradecida, y porque me gusta usted, y no digo más.—Su fina amante y futura esposa que le quiere,—CASIMIRA.—
Post data.—Remito el pelo, y gracias por la sortija, y adios, y perdone usted la mala letra y la tinta.»

Marq. ¿Quién le manda á esa mocosa escribir tal retahila de sandeces?

Leoncio. (Eh? los celos.....)

Es candorosa, y explica su pasión naturalmente sin echarla de erudita.

Marq. Pero es mucha liviandad ó sobrada tontería empeñar así promesas que su madre no autoriza.

Leoncio. Autorícelas usted, y así queda indemne y limpia de todo cargo.

Marq. Confieso que mi corazón vacila. No quisiera contrariar la inclinación de esa niña.— Por otra parte.....

Leoncio. Pues bien, sea usted equitativa, y sentencie en mi favor el pleito que se ventila.

Marq. ¡Si usted leyera en el alma

de esta mujer afligida!....
Leoncio. (Para almas de madre viuda se me olvidó la cartilla.) Señora, yo no pretendo que nadie por mí se afija, pero la boda á que aspiro ¿será acaso una inaudita calamidad.....

Marq. No, señor, mas si aún estoy indecisa, no es sin causa; Dios lo sabe. Ruego á usted que me permita diferir hasta mañana mi respuesta decisiva.

Leoncio. Bien, pero una buena madre...., y usted perdone que un *quidam* se meta á darle consejos, sus cálculos sacrifica al bienestar de sus hijos. Ahora que Dios me encamina por buen lado, no me pierda una cruel negativa. Si en el último período mi juventud se extravía, usted será responsable.....

Marq. (Ay Dios!....)

Leoncio. (Es fuerte desdicha!

Quiere uno dejar de ser calavera, y no le auxilian!)
¿Conque.... mañana?

Marq. Mañana.

Leoncio. [*Levantándose.*]

Se me hará un siglo este día.—
Á los pies de usted.

Marq. Adios.

Leoncio. (Qué madres tan egoístas!)

ESCENA II.

LA MARQUESA.

Qué haré? Sabe Dios el juicio que habrá formado. Oh tormento! ¿Cómo alejar el momento del terrible sacrificio? Quisiera hablar, y cobarde sello mi labio. ¡Oh fatal secreto que es mi dogal, ya lo rompa ó ya lo guarde! Ay! ¿Cesará mi dolencia porque en silencio profundo la oculte? La ignora el mundo, mas la sabe mi conciencia. Y si este arcano revelo, ¿me servirán de descargo tantos años, ay! de amargo incesante desconsuelo?

[*Se levanta.*]

Tú que ves mi corazón desde el celeste reposo, ¡perdóname, noble esposo, y ten de mí compasión!

ESCENA III.

LA MARQUESA. CASIMIRA.

Casimir. [Á la puerta de la izquierda.]

Mamá..... He visto que salía don Leoncio.....

Marq. Ven aquí.

[Se acerca Casimira.]

Muy quejosa estoy de ti.

Casimir. Quejosa? Ignoro á fe mía.....

Marq. ¡ Bueno es que ahora te asombres.....

Casimir. ¡ Mamá.....

Marq. Las niñas que viven con recato nunca escriben cartas de amor á los hombres.

Casimir. Mamá, mi carta es honesta.

Él me escribió, y yo creía que era mucha grosería el dejarle sin respuesta.

Marq. Yo le hubiera respondido.

Casimir. No creo que en eso quepa malicia;.... y bueno es que sepa que sé escribir de corrido.

Marq. Fuiste demasíado viva escribiendo á tu capricho.....

Casimir. Si le amo y ya se lo he dicho, qué importa que se lo escriba?

Marq. ¡ Y darle prendas.....

Casimir. Un rizo! ¿ Quién niega esa friolera á un amante? Aunque tuviera que ponerme otro postizo.....

Marq. Tú me comprometes, hija. Tú no sabes.....

Casimir. Vaya! Él fué más generoso.....

Marq. ¿ Y por qué recibiste la sortija?

Casimir. Es bonita, y me la da como galán amoroso en señal de ser mi esposo.

Marq. Sabes tú si lo será?

Casimir. Como usted no se oponía, y el tiempo en balde no pasa, y es tan guapo, y viene á casa dos ó tres veces al día.....

Marq. La culpa fué mía, sí; mas ¿ qué harás si, con motivo muy fundado, hoy te prohibo lo que ayer te consentí?

Casimir. Yo, señora? Obedecer, que humilde cordera soy,.... aunque no obedezca hoy

tan á gusto como ayer.
Marq. No violento tu albedrío, mas otro te quiere.....

Casimir. Á mí? Y quién es?

Marq. Tu tío.

Casimir. Sí?

Qué buen sujeto es mi tío!

Marq. Me pidió anoche tu mano y su mayor regocijo sería.....

Casimir. ¿ Y usted le dijo que se la daría? Es llano.

Marq. Aun no he dicho sí ni nó; mi contestacion espera; mas..... si yo le prefiriera.....

Casimir. Otro tanto haría yo. (Dos novios! Estoy en grande.)

Marq. Qué! ¿ ningun pesar te cuesta.....

Casimir. No. Yo estoy siempre dispuesta á hacer lo que usted me mande.

Marq. Docilidad muy extraña! ¿ No amabas al otro.....

Casimir. Un poco, pero el amor es un loco y una madre nunca engaña.

Marq. Así debe responder una muchacha de juicio.

Casimir. Mi corazón es novicio y no sabe á quién querer. (Denme un marido, que es ya justo, y llámese Leoncio, ó llámese Pedro, ó Poncio Pilatos...., qué mas me da?) Se ha quedado usted suspensa!

Marq. Tengo mucho en qué pensar.

Casimir. (Soltera voime á quedar si tanto y tanto lo piensa.)

Marq. Aunque es mucho su cariño, tu tío excede en edad á don Leoncio.

Casimir. Es verdad. Ya hace tiempo que fué niño! Pero maridos machuchos no es fácil que den petardos, ni se van á picos pardos como suelen irse muchos.— Y al fin seré coronela, y en verdad es mucho cuento mandar en un regimiento sin llevar escarapela.

Marq. Deseo, sábelo Dios, verte feliz.

Casimir. Yo no exijo de usted.....

Marq. Dime, ¿ y si no elijo á ninguno de los dos?

Casimir. Cómo!.... Ah! ya; otro caballero habrá sin duda en campaña. Ya tengo tres! Qué cucaña!

Quién es, quién es el tercero?

Marq. Niña! Qué locura es esa? ¿ Tanto te acosa el deseo

de casarte?

Casimir. Yo no creo.....
Marq. Calla! Oh rubor!.... oh sorpresa!....
Casimir. Pues Dios ¿para qué me echó
 á este mundo? Diga usted.
 ¡Vaya que..... Jesus!.... Pues ¡qué!
 nunca he de casarme yo?
Marq. ¡Una rapazuela, y ya
 rabia por tener marido!
Casimir. ¡Toma.....
Marq. Eh! Quita!
Casimir. Ya he cumplido
 diez y siete años, mamá.

ESCENA IV.

LA MARQUESA. CASIMIRA. JUAN.

Juan. Señora, el señor don Pedro
 Corvina.....
Casimir. [*Muy contenta.*]
 (Uno de los tres!)
Marq. ¿Qué haces aquí todavía?
 Vete allá dentro.
Casimir. Me iré,
 pero si.....
Marq. No me repliques.
Casimir. [*Yéndose.*]
 (No quiere casarme! Pues!)

ESCENA V.

LA MARQUESA. JUAN.

Marq. [*Sentándose.*]
 (Ve aquí la causa de tanta
 docilidad. Ya se ve,
 todo su afán es casarse,
 y no le importa con quién.
 Pero ¡señor! ¿es posible.....
 ¡Si hace poco más de un mes
 que la saqué del colegio!
 Qué inmodestia y qué sandez!
 ¿Será castigo de Dios.....
 Ah! no hay duda que lo es.—
 Y si no la caso pronto
 hará mañana tal vez
 un dislate..... Por fortuna
 su corazón es novel,
 y, como en nadie se fija,
 tomará lo que le den.)
Juan. ¿Qué digo al señor don Pedro?
Marq. Que éntre. Jesus!.... Me olvidé.....
Juan. [*Á la puerta del foro.*]
 Pase usía cuando guste.

ESCENA VI.

LA MARQUESA. D. PEDRO.

Pedro. Prima, beso á usted los piés.
Marq. Perdone usted. Distraída
 le he hecho esperar..... Mas ¿por qué
 no ha entrado usted.....
Pedro. Dios me libre.
 Yo conozco mi deber.
 Las señoras no están siempre
 visibles. Díjome aquel
 tagarote que esperase,
 que iba á entrar recado. Bien,
 le dije, la disciplina
 lo exige; entra; esperaré.
Marq. Pero esas formalidades
 no se entienden con usted,
 que es de la familia.
Pedro. Gracias,
 prima mía; pero, á fuer
 de veterano, respeto,
 en donde quiera que esté,
 la consigna. En ese punto
 para mí todo es cuartel.
 Ahora traigo á la memoria
 que entre Tudela y Mallen
 mandando yo una guerrilla,
 sin cartuchos me quedé.
 Se lo dije á un ayudante
 que pasaba al trote, y él
 respondió: vaya á buscarlos
 adonde más cerca estén.
 Como á dos tiros de bala
 estaba el parque frances,
 y el de España á media legua;
 tomo la orden al pié
 de la letra, y sucedió.....
 Qué había de suceder?
 Que recibí en esta pierna
 el balazo más cruel.....
 Y qué mucho? ¡Una brigada
 defendía el almacén!
Marq. ¿No toma usted una silla,
 señor don Pedro?
Pedro. Sí haré.
 [*Se sienta.*]
 Vengo á saber la respuesta
 á mi petición de ayer,
 y con todo mi valor,
 bien acreditado en cien
 campañas, vengo temblando
 como un recluta.
Marq. Por qué?
Pedro. Soy una especie de reo
 en presencia de su juez.
 Con cincuenta años..... y un pico
 que no bajará de tres,
 suspiro por una niña,
 y si un día de laurel,
 coronas de mirto y rosas

- hoy pido para mi sien.
Emprendo una evolucion
muy peligrosa, lo sé,
que no se hallará en la táctica
del gran Federico, rey
de Prusia, ni en los tratados
que se han dado á luz despues;
mas no valen estrategias
contra el terrible poder
del amor; que, como es ciego,
embiste á lo somaten.
- Marq.* Primo, usted se está juzgando
con sobrada rigidez.
Su pretension me honra mucho
y á Casimira tambien;
pero.....
- Pedro.* Puedo ser su abuelo.
Yo no desmiento mi fe
de bautismo, no. Con todo,
si áun se estilara el minuet,
me atreveria á bailar
como un alférez del tren;
y más de cuatro bisoños,
que andan por esos cafés
no resisten como yo
una noche de reten.
- Marq.* La edad de usted no me arredra,
bien lo puede usted creer,
sino la de Casimira.
- Pedro.* Vamos, vamos, que la miés
ya está en sazón. Diez y siete.....
- Marq.* No es todavía mujer
de gobierno.....
- Pedro.* Yo soy fácil
de gobernar. No diré
que ella no pueda esperar
dos años, y cuatro, y seis;
pero yo..... ¡ Bueno estoy yo
para esperar! Ni es de ley
que se convierta en cadete
todo un señor coronel.
- Marq.* Como hay otro que me pide
á Casimira.....
- Pedro.* ¿ Otro pez
ha caido en el anzuelo?—
Diga usted, ¿ es brigadier?
Yo al de mayor graduacion
le cedo el puesto, y amén.
- Marq.* No, señor. Aquel sujeto
que anoche.....
- Pedro.* Oh! pues con él
no transijo.— ¿ Le prefiere
Casimira?
- Marq.* Yo no sé.....
- Pedro.* Y usted le prefiere á mí?
- Marq.* Me inspira más interes
mi primo, pero razones
tan fuertes puedo tener
para..... (No sé qué decirle.)
- Pedro.* [*Levantándose y tambien la Mar-
quesa.*]
Acabemos de una vez,

- señora prima política,
y hablemos claro. El desden
con que usted me está tratando
se lo debo agradecer
á mi menguada fortuna.
Yo no tengo cabriolé
como mi rival, ni luzco
en la pechera alfiler
de brillantes; sólo tengo
dos mil reales cada mes.....
cuando los pagan. Marquesa!,
si con tan escaso haber
fuese el preferido yo,
iria el mundo al revés.
- Marq.* Esa sospecha me injuria,
pero los cielos que ven
mi corazón.....
- Pedro.* Yo quisiera
á mi sobrina ofrecer
en vez de cruces y heridas
las minas del Almaden;
pero allá en su incomprendible
táctica el Dios de Josué
quiere que unos nazcan ricos,
y otros sin pan y sin prect.
(Cielos!.....)
- Marq.* Yo soy buen cristiano,
Pedro. y nunca me quejaré
de Su Majestad divina,
que pudiera responder:
«obedezca y represente;
que con ser mi hijo quien fué,
nació humilde proletario
en el portal de Belen.»
- Marq.* (Ah!)
- Pedro.* Ni la envidia me ciega;
que es una pasión socz;
pero si Dios dice al pobre:
«sé subordinado y ten
paciencia,» tambien condena
el orgullo y la altivez
de los que nacieron ricos
casualmente y sin saber
leer ni escribir.
- Marq.* Don Pedro!....
- Pedro.* Sí, señora, y ¡ voto á quién!....
que aunque á la niña, eso sí,
pondria yo en un dosel,
pudo nacer en las pajas,
y no en cuna de carey.
- Marq.* Oh! Basta. (¡ Me hace temblar
este hombre!)
- Pedro.* Sí; y en la hez
de la plebe nacen otras
que harian mucho papel
en el mundo si la suerte
las hubiera..... Y á fe, á fe,
que si esa hermosa doncella,
tormento de mi vejez,
no hubiera venido al mundo,
hoy sería yo marqués
de Valbrisa.
- Marq.* (Oh!.... Por su boca

me habla mi conciencia.)
Pedro. Qué!....
 Se pone usted mala?
Marq. No.
Pedro. Porque sabe usted muy bien....
Marq. No más!
Pedro. Que soy el pariente más cercano, y que la ley....
Marq. No más, por Dios!.... Casimira se casará con usted.
Pedro. Qué oigo! Más ufano estoy que si me hicieran virey de Navarra. Mis gentidos se indisciplinan.... No sé lo que me pasa. Estoy loco. Ahora atacaría á Ney, si Ney viviera, y al mismo Napoleon. Oh placer! Seré el marido más tierno, más cariñoso, más fiel.... Verá usted qué exactitud en el servicio.... Ah! ven, ven, ángel mio, y que tu boca me diga....
Marq. No es menester....
Pedro. Y ahora, de improviso.... Entiendo.

Marq. Es decir que volveré....
Pedro. Sí, más tarde....
 Adios, ¡oh prima amable! Dios te haga ver un nieto mio que pueda ser gobernador de Urgel.

ESCENA VII.

LA MARQUESA.

Á mi conciencia, á su amor este sacrificio debo, ya que, ay de mí! no me atrevo á sufrir otro mayor.—
 Eh! ya es vano mi temor.
 En mi buena estrella fio.—
 Ahora más que nunca el brio y la calma he menester....
 Pero.... si aquella mujer llega á descubrir.... Dios mio!

[Vase por la puerta de la izquierda.]

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

SEBASTIANA. EULALIA. JUAN.

[Ambas traen mantillas, y Sebastiana con el velo echado.]

Juan. Tomen ustedes asiento. La Marquesa mi señora no puede salir ahora....
Sebast. Pues....
Juan. Pero vendrá al momento.

ESCENA II.

SEBASTIANA. EULALIA.

Sebast. [Alzándose el velo.]
 Hoy me anuncia el corazón que, por néfas ó por fas, amada sobrina, vas á tener un alegrón.
Eulalia. De véras?
Sebast. Y muy cumplido.

Eulalia. Oh Dios mio!....
Sebast. Tú deseas lo que todas, mas no creas que se trata de marido.
Eulalia. De marido? Ave María! Cuando mostré tal afán? ¿Qué falta me hace un galán mientras respire mi tia?
Sebast. Sí, la modestia es tu mérito mayor, y, yo lo aseguro, no te faltará un futuro.... cuando yo encuentre un pretérito.
Eulalia. No entiendo...
Sebast. Ah!... Sí. Pobre Eulalia! Tú ignoras, y te lo envidio, la docta lengua de Ovidio, y del héroe de Farsalia. Tengo esta maña maldita de gramatizar.... Ay Dios! No viene la dicha en pos de una mujer erudita. Feliz el sandio y el zote! Millonario es don Tiburcio, y así entiende á Quinto Curcio como á Cornelio Nepote. Miétras en triste salmodia

lloro ausente del placer,
 ¿de qué me sirve tener
 en la uña la prosodia?
 Mas hoy cesarán mis cuitas
 y las tuyas si las dos
 logramos.... ¡Quiéralo Dios
 y las ánimas benditas!

Eulalia. Y qué puedo esperar yo?...

Sebast. Si Dios lo dispone bien,
 quizás hoy te abrace.....

Eulalia. ¿Quién?

Sebast. El padre que te engendró.

Eulalia. Mi padre!

Sebast. Nada te asombre.
 Dios es grande, justo y sabio.

Eulalia. Oh! nunca esperó mi labio
 pronunciar tan dulce nombre.
 Huérfana desde la cuna,
 nunca supe á quién debía
 la.....

Sebast. Rueda mucho, hija mia,
 la rueda de la fortuna.
 ¿Quién sabe en este hemisferio
 lo que le está reservado?

Eulalia. ¿Y quién.....

Sebast. La hora no ha llegado
 de revelarte el misterio.
 Y no es este sólo, ay pena!
 el que mi pecho cobija.
 De ellos traigo una balija.
 Cartagena! Cartagena!....

Eulalia. Ah, tia!....

Sebast. Ya te horripila
 mi lenguaje, y es que estoy
 inspirada.

Eulalia. Pero.....

Sebast. Soy
 una especie de sibila.
 ¿Y quién sabe si habrá gúelfos
 y gibelinos aquí.....

Eulalia. Cielos!

Sebast. ¡Cuando hable por mí
 la pitonisa de Delfos!
 Qué portentos! qué espectáculos!....
 ¡cuánta dicha...., ó cuánta mengua,
 cuando yo suelte mi lengua
 para pronunciar oráculos!

Eulalia. Principie usted por el mío.

Sebast. No es tiempo, sobrina hermosa.

Eulalia. ¡Oh si una madre amorosa
 también.....

Sebast. La tendrás, lo fio.

Eulalia. Ya su seno maternal
 ansio bañar con mi llanto;
 mas su amor no será tanto
 como el de usted.

Sebast. Oh, sí tal.

Eulalia. Poco por mí se interesa
 la que á mísera orfandad
 me condena sin piedad.

Sebast. [Echándose el velo.]
 Chit...., que viene la Marquesa!

ESCENA III.

SEBASTIANA. EULALIA. LA MARQUESA.

Sebast. Beso á usted la mano.

Marq. Beso
 á usted la suya y le pido
 mil perdones. No he podido
 venir.....

Sebast. Eh! Qué importa eso?

Marq. Siéntese usted, y si en algo
 puedo servirle.....

Sebast. Mi objeto
 es que hablemos en secreto
 dos palabras.

Eulalia. [Á Sebastiana.]
 Ah!.... ¿me salgo?

Sebast. Ruego á usted que la permita
 internarse. Si la ven
 en la antesala.....

Marq. Está bien.
 Sígame usted, señorita.

Sebast. Es niña al fin, y el recato.....

Marq. Hija de usted?

Sebast. No, señora;
 sobrinita.

Marq. [Á la puerta de la izquierda.]
 Salvadora!

Sebast. (Qué riqueza y qué boato!)

Marq. [Á una doncella que sale.]
 Que acompañe Casimira
 á esta jóven.

Eulalia. Agradezco
 tanto favor.
 [Yéndose con la doncella.]
 (Me perezco
 por saber.....)

[La Marquesa mira con atencion á Sebastiana.]

Sebast. (Cómo me mira!)

ESCENA IV.

LA MARQUESA. SEBASTIANA.

Sebast. Ahora, con el beneplácito
 de usted, tomaré un sillón.....

Marq. Sí, señora.
 [Se sientan las dos.]
 (¿Quién será!)
 •Ya estamos solas las dos.
 Hable usted.

Sebast. Si usted se digna

de prestarme su atención,
larga serie de infortunios
narraré, aunque mi dolor
renueve; que, como dijo
Publio Virgilio Maron,
Infandum, Regina, jubes....
Et cætera.

Marq. (Santo Dios!
qué mujer es esta? ¡Me habla
en latin!)

Sebast. Si, como yo,
ha sido usted infelice....

Marq. Oh, sí, lo he sido y lo soy!

Sebast. *Non ignara mali.....*

Marq. Pero.....

Sebast. Me tendrá usted compasion.

Marq. Sí; pero..... suplico á usted
que hablemos en español.

Sebast. Nací humilde, pero prole
de padres honrados, hoy
difuntos.....

Marq. Si tan de arriba
toma usted la relacion....

Sebast. Que me dieron, cual lo muestra
docta y facunda mi voz,
si no feudos y blasones,
exquisita educacion.

Marq. Bien..... Yo no dudo.....

Sebast. Mi padre

era insigne preceptor
de gramática latina,
y tal me latinizó,
que aun andaba yo cuadrúpeda....;
esto es, á gatas.....

Marq. ¡Por Dios,
señora.....

Sebast. Y ya articulaba
las partes de la oracion.
Crecí, *cara Deum soboles*,
y apénas el arrebol
de pubertad prematura
mi fibra desarrolló,
cuando su aula regentaba
tan bien como él ó mejor.
Y ¡admírese usted! en medio
de aquella imberbe legion
masculina, yo vivia
incólume; era un crisol
de virtudes, y en mi rostro
de tal suerte se estampó
el sello de mis austeras
costumbres, dignas de Job,
que habia cumplido ya,
dicho sea acá *inter nos*,
seis lustros muy largos, *vulgo*,
treinta y cuatro años.....

Marq. Ya estoy...

Sebast. Sin que sonase en mi tímpano
una palabra de amor.

Marq. Pero, señora, todo eso
¿qué puede importarme.....

Sebast. Voy
á lo esencial. Pero un dia....,

dia nefasto y atroz!
cierto oficial Ganimédes
en mi casa se alojó.—
Cantaba como un Orfeo,
bailaba que era un primor,
hablaba como Tibulo,
sentia como Nason,
y yo, inexperta paloma,
tímida, incorrupta flor....
Ay! *omnia vincit amor.....*

Me sedujo el picarón!
Bajo la fe de promesas
nupciales, que no cumplió,
dejé los lares paternos
y, siguiéndole veloz
á cierta ciudad del mundo
que hizo famosa Scipion,
esperaba yo afanosa
cada noche y cada sol
que un venturoso himeneo
legitimase mi ardor;
pero se hizo disyuntiva
la que ántes fué conjuncion
de otra especie, y el perjuro
súbito me abandonó,
con el inocente fruto
de su perfidia y mi error.
Angelito!.... Aun no tenia
síntomas de denticion.

Marq. (Pobre mujer!)

Sebast. Es fenómeno
singular. Cuando el Señor
niega á castos matrimonios
un fruto de bendicion.....

Marq. (Ah!)

Sebast. Lo otorga Satanas
pingüe, robusto y precoz
á coyundas clandestinas
y..... Vaya, si es maldicion!—
Huyó, en fin, mi ingrato Eneas
no sé adónde; falleció
la hija de mis entrañas
víctima del sarampion,
y yo tambien ¡oh misérrima!
hubiera surcado, en pos
de mi prenda, el lago Estigio
en la barca de Caron,
á no haberme deparado
el justo Dios de Jacob
el pábulo de la vida
y un techo reparador
en casa de una señora
de la misma poblacion;
la cual tenia otra párvula,
pero agotado el licor
materno, fué necesario
que la amamantase yo.
(Qué pesadez!)

Marq. Reducida

Sebast. á la triste condicion
de nodriza asalariada,
yo mujer de tanta pro,
tuve á bien fingirme viuda

- de un colono...., labrador que dice el vulgo, afectando, no obstante mi erudicion, *invita Minerva*, el rudo lenguaje pedestre.....
- Marq.* Oh!....
No acabará usted, señora?
- Sebast.* Prosigo mi cronicon.
Mi comadre; esto es, la madre de la niña que chupó mi néctar, la idolatraba como única produccion de un consorcio que hasta entónces natura esterilizó.
- Marq.* (Ah!....) Siga usted.....
Sebast. Tanto más cuanto uno y otro doctor, visto el mal alumbramiento y el estado en que quedó, le negaron la esperanza de nueva procreacion.
(Cielos!)
- Marq.* Pero á pocos meses
Sebast. la muerte, *pálida mors*, se llevó á la infante, hallándose su padre allá en el Ferrol.....
- Marq.* Ah, no más!....
Sebast. Qué! ¿Sabe usted la historia?
- Marq.* Yo! ¿Cómo..... No!
Sebast. Temiendo que su marido se muriese de aficcion al saber la triste nueva, ó su ya débil amor trocase en yerto desvío la falta de sucesion, ocultamos la catástrofe, y la niña que espiró, su madre y yo reemplazamos con otra de municion que extraje yo de un depósito donde habia ciento y dos.
- Marq.* Oh, basta, basta!
Sebast. Y el fraude fué inútil, porque la hoz de la inexorable parca la trama vital cortó del marido á los tres años de la tragedia anterior.
Marq. Oh memoria dolorosa!....
Sebast. Y la señora en cuestion es usted.
- Marq.* Por Dios, más bajo!....
Sebast. [Alzándose el velo.]
Y la nodriza soy yo.
Marq. Ah, soy perdida!
Sebast. Por qué?
Como he guardado hasta hoy el secreto, hasta la muerte lo guardaré con teson.
Si algun heredero.....
- Marq.* Infame
- codicia no me arrastró, Dios lo sabe!, á aquel delito que me cubre de rubor. Mis bienes libres exceden á los del Marqués, y estoy decidida.....
- Sebast.* Bien; se inventa alguna indemnizacion, ó allá *in articulo mórtis*.....
- Marq.* Pero usted me prometió no volver jamás á verme. ¿No cobra usted la pension que la asigné?....
- Sebast.* Sí, señora, y Sebastiana Querol ni soñaba en quebrantar la palabra que empenó; mas leyendo en los periódicos el nombre de mi raptor; y que es coronel, y se halla en Madrid de guarnicion, á bordo de un calesin, que parecia hecho *ad hoc* para triturar mis huesos por las manos de Astarot, desde la nueva Cartago vuelo á la Puerta del Sol; y ¡cosa rara! el primer ciudadano de planton á quien pregunto me dice: «yo conozco á ese señor, aunque no su domicilio; pero puede dar razon la marquesa de Valbrisa.»
- Marq.* Qué oigo! Es cierto?....
Sebast. Como soy cristiana. Tomo las señas y..... ¡otro prodigio mayor! al acercarme á esta casa veo...., no ha sido ilusion, que sale de ella mi prófugo; mas cuando iba ya mi voz á interpelarle, la ahogaron las cajas de un batallon transeunte, y entre aquella *turba multa* se eclipsó.
- Marq.* Coronel ha dicho usted?
Sebast. Coronel. (Pierde el color!)
Marq. (¿Sería.....) Y cómo se llama?
Sebast. Don Pedro Corvina.
- Marq.* Oh Dios!
Mi primo!
Sebast. Primo de usted!
¿Tendré la satisfaccion de emparentar.....
- Marq.* Fementido!
Sebast. ¿Cómo!....
Marq. ¡Y yo, incauta, le doy la mano de Casimira.....
Sebast. La solicita? Qué horror!
¿Aspira á segundas nupcias ántes..... ¡horrenda traicion!.... de contraer las primeras?

Marq. Acaso me he muerto yo?
El cielo la trajo á usted
para salvar el honor
de esa inocente.

Sebast. Y el mio
¿es algun troncho de col?
¡Yo le juro al descastado.....

Marq. Él vendrá y entre las dos
le confundiremos.

Sebast. Sí!
¡Que venga, y verá el traidor
en mis ojos un *facstmile*
de la serpiente *Python!*

Marq. Le haré llamar. Entre tanto
vaya usted.....

Sebast. Hombre feroz!
Marq. Á buscar á su sobrina.
Aquí daré habitacion
á entrambas.

Sebast. Gracias, señora.
Marq. Yo avisaré.....
Sebast. Entiendo. Adios.

[*Vase por la puerta de la izquierda.*]

ESCENA V.

LA MARQUESA.

¿Quién hubiera imaginado
tal perfidia, tal exceso
de torpe libertinaje
en él, en un caballero!
Si algo pudiera acallar
el hondo remordimiento
que me acongoja, sería
su vil conducta. Llamemos.....

[*Al ir á tirar de la cinta de la campanilla aparece Juan.*]

ESCENA VI.

LA MARQUESA. JUAN.

Juan. Señora, espera permiso
de usía el señor don Pedro
Corvina.

Marq. Ah!... Que éntre al instante.
[*Vase Juan.*]
Y créí que era tan bueno!

ESCENA VII.

LA MARQUESA. D. PEDRO.

Pedro. Otra vez, prima del alma.....
Mas llamarte prima es yerro
cuando mi amor te promueve

á más dulce parentesco.
Otra vez, madre querida.....
Marq. Yo madre de usted! No acepto
ese título.

Pedro. No madre
efectiva; ya comprendo;
sino madre en comision,
madre política. Un yerno
bien educado no tiene
suegra, que eso es de plebeyos.

Marq. Ni uno ni otro. Si engañada
di mi palabra.....

Pedro. ¿Y qué motivo.....
Marq. La retracto.
Pedro. ¿Y qué motivo.....
Marq. Excúseme usted, le ruego,
el rubor de declararlo.
Ponga la mano en su pecho,
y le dirá la conciencia
lo que yo decir no quiero.

Pedro. Se burla usted? ¡Raro modo
de enjuiciar! En cien consejos
de guerra he sido fiscal,
y sé como el padre nuestro
todo el Colon; pero ignoro
en qué artículo secreto
suprime la acusacion
para instruir el proceso.

Marq. Señor don Pedro, el asunto
de que se trata es muy serio,
y repugna ese lenguaje
ridículo. Yo no puedo
fiar una criatura
inocente al más protervo
de los hombres.

Pedro. Mire usted
cómo habla, que yo no tengo
en mi hoja de servicios
ninguna nota; y apelo
al inspector general
del arma, y al ministerio
de la Guerra, y al estado
mayor, y á todo el ejército.
Si hay un viviente que pueda
tildarme, levante el dedo.
En cuarenta años, diez meses
y quince dias que llevo
de carrera militar....;
se entiende, sin el aumento
de campaña, siempre he sido
en el ataque el primero,
en la retirada el último.
Jamás he torcido el gesto
á la vista de un cañon;
jamás.....

Marq. Bien puede un guerrero
ser muy valiente y tener
sobre su conciencia el peso
de graves culpas.

Pedro. Señora!
Marq. Bien puede ser, por ejemplo,
libertino.....
Pedro. No diré

que algun pecadillo viejo....
 allá en tiempo de Godoy,
 cuando salí del colegio....
 y un poco despues..... Qué diablo!...
 Un cuartel no es un convento.
 Mas ¿qué aventura importante
 podia emprender un mero
 oficial de misa y olla
 corto de bolsa y de genio?
 Amores de tres al cuarto
 y pecados subalternos.

Marq. Qué descarol qué insolencia!
 Segun eso en el concepto
 de usted es una pueril
 travesura, un pasatiempo
 la seducccion.

Pedro. Seducccion?
 Señora, vamos con tiento.
 Yo no he seducido á nadie;
 ni corrian ese riesgo
 mis dulcineas de márras.

Marq. ¿Niega usted.....
Pedro. Niego y reniego.

Marq. ¿No es seducccion dar en falso
 palabra de casamiento
 á una hija de familia?
Pedro. Yo?
Marq. Usted! ¿Y sacarla luégo
 de su hogar tranquilo.....

Pedro. Sí?
Marq. ¿Y llevársela á otro pueblo,
 y dejarla allí burlada.....
 con una niña de pecho.....

Pedro. Angelito!
Marq. Iniquidad!....
Pedro. Señora, por Dios eterno!....
Marq. Vileza!....
Pedro. Señora prima,
 si fuera usted de mi sexo,
 con un mentís respondiera
 á todos esos dictérios,
 y luégo nos batiríamos
 usted y yo cuerpo á cuerpo;
 mas como es usted señora,
 digo á usted, con el respeto
 más profundo, que algun pícaro
 le ha contado esos enredos,
 y usted se digna de hacerme
 la injusticia de creerlos.

Marq. Oh! en vano lo niega usted.
 Yo lo sé.....

Pedro. Me desespero!
 Cómo? De quién?

Marq. De ella misma.
Pedro. De la hija?
Marq. No por cierto:
 de la madre; de la pobre
 Sebastiana.....

Pedro. Otra te pego!
Marq. La criatura murió.....
Pedro. Téngala Dios en el cielo.
Marq. Sí, padre cruel!....
Pedro. Marquesa,

padece usted de los nervios?
Marq. Á qué viene esa pregunta?
Pedro. Lo digo porque hay enfermos
 de ese mal que ven visiones
 y suelen tener los sueños
 por verdades.

Marq. Coronel!
Pedro. Pues bien, señora, acabemos
 con mil diablos, porque ya
 se me apura el sufrimiento,
 y diga usted que se vale,
 de tan frívolo pretexto
 para deshacer la boda.

Marq. No, señor:
Pedro. Y eso es muy feo.
Marq. Yo presentaré un testigo.
Pedro. Y eso es faltar al derecho
 de la guerra.

Marq. Oígame usted!
Pedro. Y obrar contra los preceptos
 de la ordenanza.

Marq. Ahora mismo.....
Pedro. Y tratarme como á un negro!
Marq. ¿Y qué dirá usted, en fin,
 si ahora mismo le presento
 la víctima?

Pedro. Que la víctima
 miente, y que es todo embeleco,
 y que á mí no se me emboba
 como á un recluta.

Marq. Oh! veremos.....

[Toca la campanilla.]

Pedro. Y que hombres de mi carácter
 se deshonran con careos
 de esa especie, y que me voy
 por no hacer un desacierto.

Marq. [Á la puerta.]

Sebastiana!

[Al Coronel que ya está en la puerta
 del foro y no la oye.]

Espere usted!....

Pedro. [Yéndose.]

Voto á Dios..... Baco y baquero!....

ESCENA VIII.

LA MARQUESA.

Huye! ¿Qué prueba mayor
 de su infamia?.... Hombre perverso!

ESCENA IX.

LA MARQUESA. SEBASTIANA. EULALIA.
 CASIMIRA.

Sebast. Mi bien!.... Pero ¿dónde está?
 Sonaba voz masculina.....

Era él? era Corvina?....
Marq. Sí. Ya se fué.....
Sebast. Adónde va?
 [Llega Casimira.]
Casimir. Me llamaba usted, mamá?
Marq. No.
Eulalia. Qué ha sucedido, tia?
Sebast. Cerca estará todavía.
 Yo le sigo.....
Marq. Iba corriendo.
 Es inútil.....
Casimir. No comprendo.....
Eulalia. Qué es esto, Virgen María?
Marq. [Á Casimira.]
 Ya no te casas con él.
Casimir. Con quién?
Sebast. [Á la Marquesa.]
 Y viene contrito?
 Reconoce su delito?
Eulalia. [Á Sebastiana.]
 ¿Es por ventura.....
Marq. [Á Sebastiana.] No.
Sebast. Infiel!
Marq. Todo lo niega.
Sebast. Cruel!
Eulalia. [Á Sebastiana.]
 ¿Es..... aquel sujeto.....
Sebast. Sí.
 [Á la Marquesa.]
 ¿Y no se apiada de mí!
Marq. No!
Eulalia. [Á Sebastiana.]
 Pero ¿cuál de los dos.....
Sebast. Ah bárbaro amante!
Eulalia. Ay, Dios!
 No es él!.....
Casimir. [Á Eulalia.] Quién?....
Sebast. Bien lo temí!
 Si al menos usted le hubiera
 detenido.....
Marq. Si no pude!
 Cuando llamé.....
Casimir. [Á Eulalia.] Á quién alude?
Marq. Estaba ya en la escalera.
Casimir. [Á la Marquesa.]
 Mi tío?
Sebast. Entrañas de fiera!
Marq. [Á Casimira.]
 Sí, tu tío.
Eulalia. [Á Sebastiana.]
 Cómo?... ¿Es tío.....

Sebast. Yo perseguiré al impio.....
Casimir. (Ella?)
Sebast. Véngame, Jehová!
Casimir. [Á la Marquesa.]
 Por qué no es mi novio ya?
Marq. Jamás!
Eulalia. (Su novio? Qué lío!)
Sebast. No escapará de mi red.
Marq. ¿Por qué, si no es un alevé,
 á parecer no se atreve
 en la presencia de usted?
Sebast. Yo acudiré con mi sed
 de justicia á un tribunal.
 Bien á bien ó mal á mal
 se habrá de casar.....
Casimir. Con quién?
 Conmigo?
Marq. Con ella.
Casimir. Ah!.... Bien.
 (Qué grotesca es mi rival!)
Sebast. Dónde vive? porque quiero.....
Marq. En la calle de Carretas,
 número..... Entre estas tarjetas
 habrá alguna suya.
 [Examina varias que habrá sobre una
 mesa.]
Casimir. [Acercándose á la Marquesa.]
 Pero.....
Marq. Calla!
 [Leyendo una tarjeta.]
 «El marqués del Vivero.....»
Eulalia. [Á Sebastiana.]
 ¿Y ese hombre ha sido capaz.....
Sebast. Sí, hija mia! Es contumaz.
Casimir. [Á la Marquesa.]
 ¿Me casará usted.....
Marq. [Leyendo otra tarjeta.]
 «Vicente.....»
Casimir. Con el otro pretendiente?
Marq. [Maquinalmente y sin dejar de examinar tarjetas.]
 No sé..... Sí..... Déjame en paz.
Sebast. Dardo agudo me traspasa.
Casimir. (Cáseme yo, y ¿qué mas da.....)
Marq. «Pedro Corvina.....» Aquí está,
 con las señas de su casa.
Sebast. [Tomando la tarjeta.]
 Venga, que el tiempo se pasa.
Eulalia. Salimos juntas?
Sebast. Tú no.
Marq. [Haciendo sonar la campanilla.]
 Ahora ya es fuerza que yo

cumpla mi deber.

[*Á la doncella que vuelve á presentarse.*]

Un chal,

un sombrero.

[*Á Juan que se presenta en la puerta del foro.*]

Di á Pascual
que ponga pronto el landó.

[*Vanse los criados.*]

Sebast. *Oh Mater immaculata!*
si á esta mísera mujer
amparas, áun puedo ser
terque, quaterque beata.
Concede á una literata
que aquel corazon de ripio,
olvidado participio
de mi existencia cruel,
vuelva á ser amante fiel
sicut erat in principio.

ESCENA X.

LA MARQUESA. CASIMIRA. EULALIA.

[*Vuelvo la doncella con el chal y el sombrero y la Marquesa se los pone.*]

Eulalia. Pero, Dios mio! qué es esto?

Casimir. (Otro billetito ahora
á don Leoncio.....)

[*Retrase la doncella.*]

ESCENA XI.

LA MARQUESA. EULALIA. CASIMIRA. JUAN.

Juan. Señora,

el landó ya estaba puesto.

Marq. Bien.

ESCENA XII.

LA MARQUESA. EULALIA. CASIMIRA.

Marq. (Sacrificio funesto!
Mas ya lo resisto en vano.
Fuerza es descubrir mi arcano.)

[*Á Casimira.*]

Adios.

Casimir. (Me alegre; se va!)
Adónde va usted, mamá?

Marq. Á casa de mi escribano.

ESCENA XIII.

CASIMIRA. EULALIA.

Eulalia. (Desventurada de mí!)

Casimir. (Esta chica es una estatua.)
Ven.....

Eulalia. (Me tutea la fatua!)

Casimir. Ven, y hablaremos allí
de mi novio.....

Eulalia. Bah!

Casimir. Y á ti,
ningun galan te hace cocos?

Eulalia. Eh! mis años son tan pocos.....
(Sospecho por vida mia
que me ha metido mi tia
en una jaula de locos.)

Casimir. Pero, hija, es mucha desidia
no pensar en adomodo.

Eulalia. No tengo prisa.

Casimir. Con todo.....
(Se está muriendo de envidia.)

Eulalia. (Me empalaga.)

Casimir. (Me fastidia.)

Eulalia. Otra gracia es la que pido
al cielo. (Un padre querido!)

Casimir. Pues ¡oiga el cielo á las dos!

Eulalia. (Dadme un padre, justo Dios!)

Casimir. (Virgen de Atocha, un marido!)

[*Vanse por la puerta de la izquierda.*]

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

EULALIA.

[*Aparece sentada en un banco del jardin.*]

Mi tia no vuelve, y sola
con mis tristezas aquí,

en vano á dulce esperauza
quiero el corazon abrir.—
¿ En qué fundaba mi tia
aquel anuncio feliz?
Ese padre suspirado
¿de dónde me ha de venir?
Aquel coloquio secreto
con la Marquesa ¿qué fin

pudo tener? Por ventura
 ¿se trataría de mí?
 Y aquel hombre misterioso
 que tanto da que sentir
 á las dos..... Y la zozobra
 de la una, el frenesí
 de la otra..... Mi razon
 vaga confusa entre mil
 conjeturas. Si se cumplen
 tus oráculos así,
 oh tia! más me valiera
 no haber venido á Madrid.

y allí le dejo que charle,
 mientras vengo á sincerarle
 con la Marquesa su prima.—
 Y no está aquí la Marquesa,
 y, mientras ella se oculta,
 me estoy olvidando, *stulta!*
 de lo que más me interesa.
 Fuerza es buscar un ardid.....
 No creas que yo me engañe.
 El Corvina que me atañe
 está sin duda en Madrid.
 Sé de memoria al malvado,
 aunque se oculta de mí,

[Con la mano en el pecho.]

ESCENA II.

EULALIA. SEBASTIANA.

Sebast. [Llega apresurada.]

Ay, Eulalia! Ay, mi sobrina!

Eulalia. [Levantándose.]

Qué sucede?

Sebast. Yo me ofusco.....

No es el Corvina que busco
 aquel don Pedro Corvina.

Eulalia. ¿Cómo.....

Sebast. Sin duda algun mago,
 algun moderno *Cagliostro*
 ha transformado su rostro,
 si *nunquam fallat imago*;
 porque juro por mi fe
 que ántes, al llegar aquí,
 con estos ojos le vi
 montar en un cabriolé.
 Ó mi cabeza, gran Dios,
 es ya torre de Babel,
 ó este miente, ó miente aquel,
 ó los Corvinas son dos.
 Iba yo sudando el quilo
 en busca de mi traidor,
 y me encuentro á un buen señor.....
Quantum mutatus ab illo!
 Y sin embargo, hazte cargo,
 es Pedro y es coronel;
 y sin embargo, no es él;
 y es Corvina sin embargo.
 Yo entré vomitando furias,
 él me recibió lo mismo,
 y aquello fué un embolismo
 de interjecciones é injurias.
 Por fin *in conspectu suo*
 veo con ojos asiduos
 que de los dos individuos
 uno es cisne y otro es buho;
 y le pido mil pèrdones;
 y él, que entiende la parodia,
 al oír mi palinodia
 reitera sus maldiciones.
 Su despecho me da grima

y, *ære perennius*, aquí
 le tengo litografiado.
 Viene á esta casa; es notorio;
 yo le vi..... Pues ¿á qué espero
 que no dirijo al portero
 prolijo interrogatorio?
 Le describiré con fuego
 al hombre y al cabriolé,
 y tales señas daré
 que le reconozca un ciego.
 Sabré si mintió *pseudónimo*
 á la Marquesa ó á mí,
 y qué nombre lleva aquí;
 Cosme, Juan, Diego ó Jerónimo.
 Salgamos ya del barranco.
 Véala yo y Dios resuelva.—
 Espera aquí hasta que vuelva.
 No te muevas de ese banco.
 Eleva á Dios justo y pio
 tus plegarias incesantes.....
 ¡y guarda los importantes
 secretos que te confío!
 que si el primer *gaudeamus*
 en pos de tanto reves
 consigo,.... quizá despues
pauid majora canamus.

ESCENA III.

EULALIA.

¡Tia, oiga usted..... Pero, ¡tia
 de mi alma..... Ya no me oye.
 Me recomienda el silencio!
 mas debo de ser muy torpe,
 ó entre un flujo de vocablos,
 más latinos que españoles,
 ni una palabra me ha dicho,
 ni una que sirva de norte
 á mi discurso. Oh! bien puedo
 decir su secreto á voces
 sin comprometerla. Ay Dios!
 Mucho temo que la pobre
 pierda el juicio ántes que encuentre
 al suspirado consorte.

ESCENA IV.

EULALIA. CASIMIRA.

[Viene de lo interior del jardín por la izquierda.]

Casimir. Estabas aquí! Pues, hija,
te ruego que no me estorbes.

Eulalia. Yo no pretendo.....

Casimir. Ya sabes
que aspiran dos amadores
á mi mano.....

Eulalia. ¿Qué me importa....

Casimir. Uno viejo, otro más jóven.....

Eulalia. En hora buena.....

Casimir. Los novios
suelen dar chascos atroces,
y, por si acaso, conviene
amar por partida doble.

Eulalia. Oh!....

Casimir. Y pues don Pedro Corvina...

Eulalia. Corvina?... (Otra vez su nombre!
Qué pesadilla!)

Casimir. Y pues ya
no quieren que me acomode
con mi tío, la otra boda
no es justo que se malogre.

Eulalia. Bien.....

Casimir. Y está en eso mamá,
y como yo soy tan dócil,
he enviado una cartita

á don Leoncio.... No me oyes?

Eulalia. ¡Si digo que no me importa.....

Casimir. (Pues lo has de oír hasta el postre,
envidiosilla.) Citándole.....

Eulalia. Ocioso es que yo me informe.....

Casimir. Al jardín.

Eulalia. Pero.....

Casimir. Y vendrá
por la verja, no lo noten
los criados y murmuren...,
ó mi mamá se incomode....
Entornada está. No tiene
más que empujar, y.... Demontre!
Qué aturdida soy! Me vengo
sin el ramito de flores
que le quiero regalar.
Y ahora no recuerdo dónde
lo he dejado.... Voy á ver....
En la gruta.... No. En el borde
del estanque.... Adios. Si viene,
dile que espere y perdone.

[Empieza á anocheecer.]

ESCENA V.

EULALIA.

Qué torbellino de chica!
Parece que tiene azogue

en aquel cuerpo. ¡Y qué poca
reflexion! Mucho se expone
con ese afán de casarse
á dar con algun mal hombre
que la seduzca.... ¡Si digo
que es tonta de capirote!

[Entra por la verja D. Leoncio sin advertirlo Eulalia, que vuelve á sentarse cavilosa.]

ESCENA VI.

EULALIA. D. LEONCIO.

Leoncio. (Bien. La verja estaba abierta,
como en sus dulces renglones
me anunciaba Casimira,
y ya se acerca la noche
con su velo protector
de amantes y de ladrones.
No estará lejos la niña
cuya cara y cuya dote
no es lo que más me enamora;
aunque aquella no es mediocre
y esta debe ser cuantiosa
siendo ciertos los informes,
sino el marquesado ilustre
que hereda de sus mayores.
Un ex-proletario, un quídam
como yo, que hizo millones,
no los saborea bien
sin títulos y uniformes.
Busquemos.....

[Da algunos pasos.]

Pero entregada
á dulces meditaciones
está allí.....

[Acercándose.]

Prenda querida.....

Eulalia. [Levantándose.]

Ah! ¿Quién es....

Leoncio. No te alborotes,

Casimira.

Eulalia. [Cortada.] No soy yo
la.....

Leoncio. Tiene usted mil razones.
No habia mirado bien....
(Qué hermosa muchacha!) Porque...
venta.... Usted me dirá....
(sus ojos son como soles)
si es su parienta, ó su amiga,
ó la diosa de este bosque.

Eulalia. No, señor. Yo soy.... Eulalia.....

Leoncio. Eulalia? Bonito nombre!

Eulalia. Permita usted.....

Leoncio. (Pobrecilla!
Se turba y se sobrecoje.)

No se vaya usted tan pronto,
que extático, absorto, inmóvil
al mirar esos hechizos.....

(Me dan unas tentaciones!....)

Eulalia. Allí viene Casimira.

Leoncio. (Juicio, Monturjo! No tornes
á las andadas.....)

ESCENA VII.

EULALIA. D. LEONCIO. CASIMIRA.

Casimir. [Á *Eulalia*, sin ver á *D. Leoncio* y
enseñándola un ramo.]

Al fin
al pié de un albaricoque
le hallé. ¿Vino... Ah, que está ahí!

Leoncio. [Á *Casimira*.]

Sí, vida mia..... (¿Quién corre
dos liebres á un tiempo?)

Casimir. [Aparte á *Eulalia*.] ¿Ves

qué buen mozo? Como un roble.

Eulalia. No sé..... No he mirado..... Adios.

(Aunque mi tia se enoje,
no la espero aquí testigo
de peligrosos amores.)

[Saluda y entra en la casa.]

ESCENA VIII.

CASIMIRA. D. LEONCIO.

Leoncio. (Vaya si es linda!....) Bien mio,
ya ves que acudo al reclamo.

Casimir. Te doy en premio este ramo.

Leoncio. Gracias. Yo á ti mi albedrío.—

¿Qué señorita es aquella.....

Casimir. Sólo sé de ella, á fe mia,
que es..... sobrina de su tia,
y más gazmoña que bella.

Leoncio. (Sátira al canto! Es de ene.
Mujeres las dos.....)

Casimir. Aquí
vinieron hoy....; pero á ti
ni á mí ¿qué nos va ni viene.....

Leoncio. Cierto.

Casimir. Hablemos del asunto
que á los dos nos interesa.

Leoncio. Sí. ¿Consiente la Marquesa
en que yo sea tu adjunto?

Casimir. Ya no hay duda, y si eres fiel.....

Leoncio. En amarte me deleito.—
Pues, segun dices, el pleito.....

Casimir. Lo ha perdido el coronel.
Aquí ha habido unos misterios
que no te puedo explicar.
Parece que el militar

tenía otros gatuperios.

Leoncio. Oiga!

Casimir. Ello es que mi mamá
le ha dado ya pasaporte,
y ya no me hará la corte
ni á mi casa volverá.

Leoncio. Es cierto lo que me dices?

Á pesar del parentesco
¿le envia con viento fresco.....

Casimir. Lo que oyes.

Leoncio. Somos felices!—

Ven, sentémonos los dos
en este banco.

Casimir. Me siento,
pero no más que un momento.
Si viene mamá, gran Dios!....

[Siguen hablando en voz baja. Es ya
enteramente de noche.]

ESCENA IX.

CASIMIRA. D. LEONCIO. SEBASTIANA.

Sebast. (Ya sé el nombre del caribe:
Leoncio Monturjo. Inicuo!
¿Qué proceder tan oblicuo!—
Y sé tambien dónde vive.
Ya no estaba en casa..... Bien;
más tarde vuelvo hácia allá
con la muchacha..... Allí está
hablando con no sé quién.
Qué oscuridad! No distingo.....)

Leoncio. Me lo juras por tu nombre?

Casimir. Sí, te lo juro.

Sebast. (Es un hombre!)

Casimir. Tuya soy.

Sebast. (Santo Domingo!)

Leoncio. (Pues, señor, seré marqués.)

Casimir. Y tú ¿juras.....

Sebast. (¿Llega hoy,
y ya la muy.....)

Leoncio. Como soy
Leoncio Monturjo.....

Sebast. [Gritando.] Él es!

Casimir. [Levántase dando un grito.]

Ah!

Leoncio. [Levantándose.]

Quién grita?

Sebast. [Poniéndose en medio de los dos, des-
viando á *Casimir* y asiendo de un
brazo á *D. Leoncio*.]

Horror! Incesto!

Maldicion!

Casimir. [Dando otro grito y desapareciendo
por el arbolado de la izquierda.]

Ah!

Sebast. Estás convicto!

Leoncio. ¿Cómo!....

Sebast. *Fragrante delicto!*

Leoncio. Eh! Quién es usted? Qué es esto?

ESCENA X.

SEBASTIANA. D. LEONCIO.

Sebast. Quién soy yo? ¿No lo adivinas!

¿No me conoces, perjuro!

Leoncio. Qué he de conocer á oscuras?

Soy murciélagos? soy buho?

Sebast. Ah traidor!

Leoncio. Suélteme usted!

(Será alma del otro mundo?)

Sebast. Soltarte? No, fementido!

Aunque te salga un carbunclo,
como tenaz sanguiuela
asiré tu brazo impuro.

Leoncio. *¡Non missura cutem nisi
plena cruoris hirudo!*

Faldas,.... latines,.... furoros.....

Perdido soy, sin recurso!

Ó eres el demonio, ó eres.....

¡Sebastiana!

Sebast. Sí, verdugo!

Soy la ex-cándida paloma
que en pacífico tugurio
inocente vegetaba

entre adverbios y gerundios,
porque sólo conocia

á tu sexo infiel é injusto
por el *máscula sunt máribus*

que explicaba en el estudio,
hasta que tú me advertiste

con engañosos arrullos
que habia otro formulario

más grato y ménos insulso
de conjugar *amo, amas,*

y declinar *tua, tuum.*

Soy la que bisoña y crédula
consentí que en un crepúsculo

me robaras subjuntiva

á título de futuro.

Soy la que fui tu *post data*

caballera sobre un rucio

hasta saludar entrambos

el cartaginense muro;

y en fin, la que, nueva Ariadna

de otro Teseo más crudo,

te lloré prófugo amante

y te maldije fecundo.

Leoncio. Bien; ya sé quién eres..... (¡Mala

lanzada de moro zurdo!....)

Y aunque es algo problemático

averiguar quién sedujo

á quién, porque tú peinabas

por lo ménos siete lustros

entónces, y yo podia

ser anchamente hijo tuyo,

y tú sabías latin,

y yo era un imberbe estúpido.....

Sebast. Pérfido, no te valdrán

excusas ni subterfugios.

Yo sabré.....

Leoncio. Bien. No es razon

que armemos aquí un tumulto.

Yo que dejé la milicia

y embarcado en un falucho

fui á Ultramar, de donde vuelvo

con medio millon de duros,

estoy pronto á subsanar.....

Sebast. ¿Subsanar! Un medio, uno

solamente.....

Leoncio. Eh! No alborotes.

Zanjarémos el asunto.....

Pero suéltame; no crea,

si por aquí viene alguno,

que soy ladron.....

Sebast. Sí, de mi honra!

[Sale Juan de la casa con una luz, enciende el farol que habrá á la inmediación del banco, y se retira.]

Leoncio. Ves? Por allí viene un bulto

con luz.....

Sebast. Bien. Pues figuremos.....

Leoncio. Qué?

Sebast. Que paseamos juntos

de bracero, como *in illo*

témpore....,

[Pasean.]

pues!... cuando en mutuo
sabroso éxtasis.....

Leoncio. (Maldita

seas, amén.)

Sebast. Eh?

Leoncio. (Qué apuro!)

Considera que no es este

el sitio más oportuno

para tratar.....

Sebast. Sí, hijo mio.

Hablando con disimulo.....

Mira: ya se fué el criado.

Sentémonos dos minutos

en ese banco.....

[Le lleva en direccion del farol.]

Si tratas
de escapar, grito, y ahullo,
y bramo.....

Leoncio. ¡No, por la Virgen

santísima! Ya te escucho.

[La mira á la luz del farol.]

(Ah qué horrible catadura!)

Sebast. Qué es eso, mi bien? Te asusto?

Leoncio. Qué vieja estás, Sebastiana!

¡Qué de arrugas, qué de surcos

en la cara!

Sebast. Hijo, *¡sic transit*

gloria mundi!, mas te juro

que mi corazón está tan joven y tan robusto como cuando tú te holgabas de merecer su tributo.

Leoncio. Lo creo, sí.... (El corazón,.... vaya!; mas ¿cómo apechugo con lo demás?) Pero, dime, cuando interrumpiste el dúo que me halagaba y, á guisa de un espectro furibundo que se halla mal avenido con el sueño del sepulcro, te apareciste á mi lado, ¿por qué tu labio sañudo habló de horror y de incesto....

Sebast. Infeliz!, aquel capullo de Abril, aquella inocente á quien tú, sátiro inmundo, seducías....

Leoncio. Nada de eso! Sólo aspiro al casto yugo....

Sebast. Pues bien, gime, y horripilate, y tiembla, ¡Edipo segundol! Esa mal aconsejada doncella es vástago tuyo; es tu hija!

Leoncio. Cielol! ¿Qué dices! Yo la contaba en el número de los muertos. Un amigo me lo escribió....

Sebast. No lo dudo. En la triste precision de ocultar el tierno fruto de un desliz que me exponía á ser escarnio del vulgo lenguaraz.... *Odi profanum vulgus*....

Leoncio. Dale! ¡Es mucho flujo de latines....

Sebast. Yo supuse que estaba entre los difuntos.

Leoncio. Mas ¿cómo la encuentro aquí....

Sebast. Es larga historia y con muchos episodios. Más despacio lo sabrás todo....

Leoncio. Y, pregunto, ¿quién me certifica á mí que es ella misma el producto verdadero de mi amor, (amor bárbaro y absurdo!) y no hija de cualquier Juan García ó Pedro Rubio?

Sebast. Cruel!, si tienes memoria y voluntad, y no es duro como la roca Tarpeya ó el tridente de Neptuno tu corazón, ah! tú mismo has de decir: *¡ecce opúsculum meum!*

Leoncio. No soy tan feroz como piensas. Dame al punto las pruebas que necesito, y esa niña, lo aseguro,

II.

tendrá padre.

Sebast. ¿Qué pronuncias! Voy á enloquecer de júbilo si es cierto....

Leoncio. Sí. (Mas ¿casarme contigo? Eso no! *Abrenuncio!*)

Sebast. Pero, en fin, cómo te llamas? ¿*Cujum pecus*....; que áun fluctúo entre el don Pedro Corvina y el don Leoncio Monturjo.

Leoncio. Soy....

[*Aparece la Marquesa por la puerta de la casa.*]

Silencio! Viene gente. Aunque me voy, no me oculto. Vivo....

Sebast. Lo sé.

Leoncio. [*Yéndose.*] (Su marido!.... Primero me haré cartujo.)

[*Vase por la verja.*]

ESCENA XI.

SEBASTIANA. LA MARQUESA.

Marq. (Hacia allí hablaban ahora.... Por la verja se retira un bulto....)

Sebast. ¿Quién....

Marq. [*Llamando.*] Casimira!

[*Acercándose.*]

Ah! es Sebastiana.

Sebast. Ay, señora!

Marq. Ha visto usted á mi niña?

Sebast. Me han dicho que estaba aquí....

Sebast. No sé.—Estoy fuera de mí. No en vano amor escudriña.... Ya ha parecido aquel hombre!

Marq. Quién?

Sebast. Mi marido ante Dios.— Nos engañaba á las dos la similitud del nombre. Mi honor se reparará sin discordia, sin litigio.... Corro á buscar—oh prodigio!— á mi Eulalia.

Marq. Arriba está.

Sebast. Sí?... Adios.

Marq. Pero ¿qué suceso....

Sebast. Hablarémos más despacio. No es el hombre tan rehacio como creí.... Pierdo el seso.— Ya á su primo el coronel puede usted volver el crédito.

Marq. ¿Cómo....

Sebast. Es caso raro, inédito,

particular..... Él..... no es él.
Marq. No entiendo.....
Sebast. Oh Dios! Yo venero tu providencia divina.
Marq. Pero.....
Sebast. Hay un falso Corvina y un Corvina verdadero. La chica..... ¡oh ventura inmensal! no es lo que ella se figura, ni lo que usted conjetura..... Aquí nadie es lo que piensa. Ya mis súplicas fervientes oye el Señor sempiterno. ¡Respira, oh vástago tierno *cui non risere parentes!* Oh hija mia! oh dulce palma despues de tantos sonrojos! oh, Corvina de mis ojos! oh, Monturjo de mi alma! Ya olvido acciones infames y te amo constante y fina; ora te llames Corvina, ora Monturjo te llames.
Marq. Oh!.... Diga usted.....
Sebast. Seré tuya! Ya la esperanza me engorda..... ¡Adios, adios..... *Súsum corda!*— Vuelvo..... *Alleluya, Alleluya!*

[Vase corriendo y entra en la casa.]

ESCENA XII.

LA MARQUESA.

Baltando va de alegría. Esa infeliz está loca. Como todo lo disloca, no entiendo su algarabía. Ella á mi primo defiende, ella habla de otro supuesto Corvina.... Buen Dios!, qué es esto? Quién sus misterios entiende?— Pero tambien me nombró á Monturjo..... ¿Si será aquel amante quizá que un dia la abandonó?.... Y habla de su hija..... Estoy cierta; sí.— Vivirá todavía? Mas cuando crió la mia lloraba la suya muerta. ¿Esa sobrina tal vez..... ¿Ó acaso..... Me hace temblar esa mujer, á pesar de tanta ridiculez.— Pero Casimira..... Aquí bajó..... Por dónde andará?

[Llamando.]

Casimira!
Casimir. [Dentro.] Voy, mamá!

Marq. Ven.

Casimir. [Más cerca.]

Ya voy!....

[Llega corriendo.]

(Pobre de mí!)

ESCENA XIII.

LA MARQUESA. CASIMIRA.

Marq. En el jardin á estas horas!

Casimir. Bajé al caer de la tarde cuando usted estaba fuera....., y ojalá nunca bajase!

Marq. ¿Cómo.....

Casimir. Dispuesta yo siempre á hacer lo que usted me mande, y como no quiere usted que con mi tio me case, y ha permitido que sea mi marido el otro amante.....

Marq. Yo! ¿Cuándo.....

Casimir. Qué! ¿ya se olvida usted..... Vaya!, cuando el lance de mi tio.....

Marq. Ó yo no supe lo que me dije, ó soñaste..... En fin, qué hacias aquí?

Casimir. Lo primero.....— no se enfade usted—hablar con mi novio.

Marq. Con don Leoncio?

Casimir. Un instante.....

Marq. En ausencia mia!

Casimir. Y luégo suspirar junto al estanque, y maldecir mi fortuna, y llorar gotas de sangre!

Marq. ¡Maldecir, llorar..... Por qué?

Casimir. Qué te ha sucedido?

Casimir. Calle! ¿Es poco perder dos novios en un dia?

Marq. ¡Que nunca hables de otra cosa! ¡Mal..... Jesus!

Casimir. Digo! ¿si querrán que baile despues que..... Usted me prohíbe querer á mi tio, me hace consentir en la otra boda, y esa dueña vergonzante, que hoy vino á meter cizaña y á descoser voluntades, me impide hablar con Monturjo.....

Marq. ¿Qué oigo!

Casimir. Eso no hay quien lo aguante.

Marq. Ella!.... Cuéntame.....

Casimir. Los dos estábamos junto al sauce en aquel banco sentados;—

mas sin ofensa.....

Marq. Adelante.

Casimir. De pronto exclama una voz:
«Él es!...» Ay Virgen del Carmen!...
Y entre los dos aparece
esa mujer ó ese cafe,
y dándome un empujón
se acerca á él, y agarrándole
furioso de un brazo, grita:
«Horror! Incesto!...»

Marq. Ah!

Casimir. ¿Qué diantre
viene á ser eso de.....

Marq. Oh, calla!
Da gracias á Dios y al ángel
de tu guarda.....

Casimir. (¡Sí, despues
que me he quedado cesante!)

Marq. (Ya no hay duda. Don Leoncio
es el seductor infame
que la dejó abandonada
en Cartagena..... Ah! ¡Y el padre
de Casimira!)

Casimir. (Se queda
pensativa. Acaso trate
de buscarme otro partido.....
Yo me he de casar con álguien;
no hay remedio.)

Marq. (Y Sebastiana
cometió el inicuo fraude
de darme á su propia hija
cuando aparentaba darme
una expósita. ¡Ah mujer
fementida! ¡Así abusaste
de mi confianza!)

Casimir. (Es claro.
Ahora está formando planes.....
Proponga, y sea quien fuere.
No hay miedo que la desaire.)

Marq. (Mas si yo engañé, ¿por qué
me admiro de que me engañen?)

Casimir. (Más vale casarse mal
que..... no casarse con nadie.)

Marq. Oyendo á aquella mujer
y viéndotela delante,
¿qué hiciste tú.....

Casimir. Yo? Escapar.
de allí más veloz que el aire;
y ellos allí se quedaron,
y segun algunas frases
que pude oír, la fantasma
decía mil tempestades
á don Leoncio.

Marq. (Y él fué
quien huyó, por no encontrarse
conmigo, por esa verja.
Ahora comprender es fácil

los que ántes me parecieron
enigmas. ¡Oh inescrutable
Providencia!)

Casimir. Y ahora ¿quién
ha de ocupar la vacante?

Marq. Villana!, sella ese labio,
ó mi indignacion.....

Casimir. Las carnes
me tiemblan.....

Marq. (¡Cómo descubre
la ruindad de su linaje!)

Casimir. ¿Tambien usted se conjura
contra mí? Que me maltrate
aquella tia, tal cual;
pero ¡usted!

Marq. ¡Mira lo que haces,
desventurada! Habla de ella
con respeto; no la ultrajes.

Casimir. Con respeto!....

Marq. ¿Sabes tú
quién es?

Casimir. Qué sé yo? Una.....

Marq. ¿Sabes
quién eres tú misma?

Casimir. ¿Yo!

Marq. Su hija de usted..... Miserable!....

Casimir. Lo fuiste.

Marq. Y ya no?
No sé.....

[Yéndose.]

Casimir. Huye! ¡Déjame.....
Ay qué trancel—
Por Dios, oiga usted.....

Marq. Aparta!

[Entra en la casa.]

ESCENA XIV.

CASIMIRA.

Válgame el cielo! ¡Qué arranques
le dan hoy! ¿Se ha vuelto loca,
ó habla de veras? Que me aspen
si comprendo..... Me ha parido,
vive, vivo yo; y no obstante.....
Amanecí con dos novios,
buen Dios, y anochezco *in albis!*
¡Sólo me faltaba ahora
quedarme tambien sin madre!

[Entra en la casa.]

ACTO CUARTO.

ESCENA I.

LA MARQUESA.

En vano quiero cerrar
los ojos á la evidencia.
Lo que dijo Sebastiana
y Casimira revela
son testimonios de aquellos
que duda ninguna dejan;
mas la suerte de esa niña
desdichada me interesa
en extremo, porque al cabo
madre he sido para ella.
Yo necesito adquirir
nuevas luces, otras pruebas.....
Mas cuando subo afanosa
preguntando por la huésped,
me responden que ha salido
con su sobrina..... Paciencia!
Ella volverá: entre tanto
ya es alivio de mis penas
mi firme resolucion
de obrar, venga lo que venga,
como la justicia manda,
como exige mi conciencia.

ESCENA II.

LA MARQUESA. JUAN.

Marq. Qué hay?
Juan. El señor don Leoncio
Monturjo.
Marq. No le detengas.

ESCENA III.

LA MARQUESA.

Resignémonos. El cielo
siempre fué justo. ¡Ya empieza
mi expiacion!

ESCENA IV.

LA MARQUESA. D. LEONCIO.

Leoncio. Beso á usted
los piés, señora Marquesa.

Marq. Sea usted muy bien venido.
[Toma una silla y ofrece otra á don
Leoncio.]

Siéntese usted..... (De vergüenza
no me atrevo á alzar los ojos.)

Leoncio. (Cómo empezaré mi arenga?)

Marq. (Turbado viene.)

Leoncio. (No está
muy tranquila, segun señas.
Quizá ya sabe.....) Señora.....,
si mi labio titubea,
no extrañe usted..... Es de tal
importancia la materia
de que vengo á hablar á usted.....

Marq. Yo tambien..... (noche funesta!)
hablar con usted desee,
y he menester su indulgencia.....

Leoncio. Señora..... (Ya está informada,
por lo visto, de la escena
del jardin. La hija del dómine
no se ha mordido la lengua.)
Casimira es el objeto
de mi visita, y es fuerza.....

Marq. Esa misma Casimira,
que tanto lloro me cuesta,
es la que me obliga ahora.....

Leoncio. Esa insinuacion me alienta.
¿Podré preguntar á usted
si conoció en Cartagena
á una..... doña Sebastiana
Querol?....

Marq. Sí, señor.

Leoncio. Quisiera
saber desde cuándo.....

Marq. Hará
diez y siete años.

Leoncio. (La fecha
coincide.) Está en Madrid?

Marq. Hoy vino y aquí se hospeda.

Leoncio. Está en casa?

Marq. No, señor;
salió.

Leoncio. (En la mia me espera
sin duda; pero inquirir
conviene ántes que me vea.....)

Marq. ¿Tuvo usted con ella antiguas
relaciones.....

Leoncio. Sí, y muy serias!
Yo era un joven inexperto.....

Marq. No obstante la inexperiencia,
supo usted fingir un nombre.....

Leoncio. Sí. Qué quiere usted!... Flaquezas...

Marq. Si no es que lo finge ahora.

Leoncio. No, señora; soy de veras
Leoncio Monturjo.

Marq. Al cielo.....—

respeto su Providencia!—
plugo bendecir un lazo
que no bendijo la iglesia.

Leoncio. Yo no creí que tuviese
tan formales consecuencias....

Marq. Pero usted debió aceptarlas,
pues mediaba una promesa
sagrada.....

Leoncio. Es verdad: confieso
que fui un loco, un calavera.

Marq. Algo más!—Pero ¿qué digo!
¿Es justo que yo reprenda
culpas de nadie? Yo! Usted
me ha de perdonar.....

Leoncio. Marquesa!....
Yo no amaba á Sebastiana;
me estremecía la idea
de llamarme esposo suyo,
y sin pensar en la prenda
que dejaba entre sus brazos,
una noche pongo tierra
de por medio...., es decir, agua,
pues me embarqué para América.—
El recuerdo de la niña
luego que me hice á la vela
me atormentaba.—Tu voz,
oh santa naturaleza!,
aunque la esquivé el oído,
harto en el alma resuena!—
Pero detenido en Cádiz
para algunas diligencias
forzosas, por el correo
me dió un amigo la nueva
inesperada de haber
muerto mi niña hechicera.
Después no tuve noticia
de su madre, hasta que horrenda
se me apareció esta noche.....

Marq. Lo sé.

Leoncio. Pidiéndome cuentas
atrasadas....

Marq. Ah! ¡No hay plazo
que no se cumpla, ni deuda
que no se pague!

Leoncio. Y me dijo....,
juzgue usted de mi sorpresa!,
que era Casimira.....

Marq. Quién?

Leoncio. La hija que lloro muerta.

Marq. Ah, don Leoncio!

Leoncio. ¿Qué veo!
Llora usted! ¡Clava en la tierra
los ojos....! ¿Será posible....

Marq. Dadme, oh cielos, fortaleza!
No es hija mía esa joven....

Leoncio. ¿Cómo....

Marq. Aunque ella así lo crea.

Leoncio. Y la edad conviene....

Marq. Ah! sí.

Otra criatura tierna
que yo había dado á luz,
ay triste!.... murió en ausencia
de mi marido; oculté

mi desgracia, y con presteza
puse en su cuna otra niña
que recibí....

Leoncio. De quién? De ella?

Marq. Sí, de Sebastiana!

Leoncio. Cielos!
Era la mía! ¿Qué prueba
más evidente? Ah, señora!
Cuánto debo á usted! ¿Qué fuera
sin usted, sin su bondad,
de una infortunada huérfana?

Marq. Mi bondad? Ah! no merece
alabanzas lisonjeras
una mujer tan culpable
como yo.

Leoncio. Bondad inmensa,
sí, señora! En quien recibe
un beneficio es vileza
por rebajarlo indagar
sus motivos con rastrea
ingratitude. No es posible
que sombra de infamia quepa
en un corazón tan noble
como el de usted. Imprudencias
tal vez, errores.... No quiero
saber más, no, y la defensa
de usted será para mí
una obligación eterna,
sagrada, si hay un cobarde
que á mancillarla se atreva.

Marq. ¡Ah, que es usted demasiado
generoso....

Leoncio. Alguien se acerca.
Silencio!

ESCENA V.

LA MARQUESA. D. LEONCIO. CASIMIRA.

Casimir. [Viene por la puerta de la derecha.]
Mamá.... (No puedo
llamarla de otra manera.)

Leoncio. (Mi hija!)

Marq. ¿Qué hay?

Casimir. El escribano
ha entrado por la otra puerta
en ese cuarto....
[Muestra la habitación de donde viene.]

Marq. Está bien.
[Á D. Leoncio.]
Si usted me da su licencia....

Leoncio. ¡Señora....

Marq. Quédate á hacerle
compañía.

Casimir. Sí, y que venga
aquella...., aquella señora
y me.... Jesús!

Marq. Nada temas,
ella se holgará de verte
en compañía tan buena.

ESCENA VI.

CASIMIRA. D. LEONCIO.

- Leoncio.* Ven, hermosa niña, acércate más.....
- Casimira.* ¡Si usted no me quiere.....
- Leoncio.* Quién ha dicho tal? Si antes eran móviles de mi voluntad afectos que aspiran á lazo nupcial, deberes muy santos, que ahora sabrás, ya amarte me mandan con mayor afán.
- Casimira.* ¿Aunque lo prohíba la vieja tenaz que nos hizo el coco, y hecha un Barrabas nos trató con tanta arbitrariedad?
- Leoncio.* No hayas miedo que ella se ofenda jamás de que tú me ames.
- Casimira.* Es particular! Según eso ¿todo se ha compuesto ya?
- Leoncio.* Golpes de fortuna que vienen y van..... Como yo te amo ella te amará.
- Casimira.* ¿Y cómo me mira con tanta bondad, si antes semejaba al genio del mal?— Pero no me admiro de esa novedad; que, á mi juicio, el suyo no está muy cabal; y pues tú me quieres pelillos al mar.
- Leoncio.* Oh! ven á mis brazos.....
- Casimira.* ¿Á abrazarme vas?
- Leoncio.* Ven; tengo permiso.....
- Casimira.* De quién?.... De..... mamá?
- Leoncio.* Sí, de la Marquesa.
- Casimira.* Si es eso verdad, y si hemos de ir pronto los dos al altar....., vaya!, por mi parte no hay dificultad.
- [Se abrazan.]
- Leoncio.* Qué bella! qué cándida!....
- Casimira.* Mi bien!
- Leoncio.* (Mas quizá tiene más de simple que de angelical.)
- Casimira.* Esposo!....
- Leoncio.* Hija mia, no puedo negar que son dulces nombres

- esposo y galán; pero..... (Ya es preciso decir la verdad.)
- Casimira.* Pero..... Qué? Me engañas? te vuelves atrás?
- Leoncio.* Ser yo esposo tuyo no es posible.....
- Casimira.* Ay!
- Leoncio.* Porque lo prohíbe la ley natural.
- Casimira.* ¿Qué escucho!
- Leoncio.* Y no obstante, ¿quién fuera capaz de quererte tanto como yo?
- Casimira.* Bah, bah! ¿Usted se chancea, ó es un hombre audaz que de esta inocente pretende abusar.
- Leoncio.* ¿Yo!
- Casimira.* Amor es un grave pecado mortal, si no lo autorizan cura y sacristán.
- Leoncio.* ¿Y si fuese el mio amor..... paternal?
- Casimira.* ¿Cómo..... ¿Usted.....; Ay Virgen santa del Pilar!
- Leoncio.* Sí, yo soy tu padre.
- Casimira.* Pues..... ¿de cuándo acá?
- Leoncio.* Desde que naciste.
- Casimira.* ¿Y el otro que en paz descansa.....
- Leoncio.* Es historia larga de contar.
- Casimira.* Pero no comprendo.....
- Leoncio.* (¡Con qué frialdad lo escucha!) Hija mia, como de esas hay que las cria Pedro siendo hijas de Juan.
- Casimira.* (¡Aun por eso abajo me dijo mamá cosas tan extrañas con tono..... así..... tan.....)
- Leoncio.* (Me adoraba novio, y ahora..... Es singular! Á ser yo discípulo del buen doctor Gall, examinaria por curiosidad cómo tiene el órgano del amor filial.) En breve tus dudas se dispararán, aunque mi palabra te debe bastar, porque bien conoces que ningun mortal con hijas ajenas desea cargar.
- Casimira.* Sí, señor, yo creo.....

Leoncio. (Vamos, soy fatal.)
(Ya obrará la sangre
después.....) ¿No me das
otro abrazo?
Casimira. Vaya!
[Se abrazan otra vez, y á este tiempo
aparece por el foro D. Pedro.]
Pedro. [Desde la puerta.]
Bravo! (Voto á san!....)

ESCENA VII.

D. LEONCIO. CASIMIRA. D. PEDRO.

Casimira. Mi tío!
Leoncio. Ah!.... Saludo.....
Pedro. [Con sequedad.]
Tenemos que hablar,
caballero.
Leoncio. Á solas?
Casimira. (Qué cara de agraz!)
Pedro. Á solas.
Leoncio. (Aun piensa
que soy su rival.)
Ahora?
Pedro. Sí, ahora.
Tengo que esperar
aquí á la Marquesa,
y yo soy puntual.
Leoncio. Bien.—Déjanos solos.
Pedro. (¡ Con qué autoridad
la manda!)
Casimira. Obedezco.
[Yéndose.]
(Bien dice el refran:
cuando flautas pitos,
cuando pitos flau.....
Marido querías?
Pues toma papá!)
[Entra por la puerta de la izquier-
da.]

ESCENA VIII.

D. LEONCIO. D. PEDRO.

Leoncio. Ahora, señor veterano,
diga usted.....
Pedro. (Hoy le descrismo.)
¿ Tiene usted por ahí á mano
su partida de bautismo?
Leoncio. Á qué viene esa..... indirecta?
Pedro. Yo sé bien lo que reclamo.
Leoncio. Pero.....
Pedro. ¿ Ignora usted, ó afecta
ignorar cómo me llamo?
Leoncio. Yo no husmeo jerarquías,
y no hay por qué usted se asombre...

Pedro. Y sin embargo hace dias
que conoce usted mi nombre.
Leoncio. Jamás lo oí, señor mio,
aunque lo venero mucho.....
Pedro. Pues me llamo.....
Leoncio. (Vaya un tío!....)
Pedro. Pedro Corvina.
Leoncio. Qué escucho!
Pedro. (Hola! Ya se turba el hombre.)
Confiese usted sin empacho.....
Leoncio. Si, señor, del mismo nombre
me serví siendo muchacho.
Yo le inventé inadvertido.....
Pedro. Para echarlo por el lodo!
Leoncio. Sin pensar que hombre nacido
se llamase de ese modo.
Pedro. Segunda vez, hombre ambiguo,
me aja usted con esa frase.
Ya era mi linaje antiguo
ántes que usted lo inventase.
Leoncio. Protesto que yo ignoraba.....
Pedro. Desciendo de altos varones,
y es la cruz de Calatrava
el menor de mis blasones.
Leoncio. Casualidad imprevista.....
Pedro. Probaré, si usted lo exige,
que vengo de Íñigo Arista.
Leoncio. (Acerté cuando lo dije.)
Pedro. Y aún si el nombre respetable
que llevo servido hubiera
para alguna accion laudable;
indiferente siquiera.....
Pero ¡ usurparlo traidor
para exonerar doncellas,
y abandonarlas—qué horror!—
después de burlarse de ellas!
Leoncio. Usted no sabe quizá,
pues de ese modo se exalta,
que estoy decidido ya.....
Pedro. Á qué?
Leoncio. Á reparar mi falta.
Hoy que me habla la conciencia,
hoy que el cielo me ilumina,
Monturjo hará penitencia
de las culpas de Corvina.
Pedro. Mis culpas? ¡ Voto á un mortero.....
Corvina pide venganza,
que siempre fué caballero
y arreglado á la ordenanza.
Leoncio. Hablo del otro Corvina,
del que inventó mi mal tacto;
no del que usted imagina.
Pedro. Bien, pero..... no me retracto.
Leoncio. No armemos otro embolismo.—
Ya á ningun Corvina copio.—
Quiero decir que yo mismo
me corregiré á mí propio.
Ni pudo ser mi intencion.....—
convénzase usted, por Cristo!—
ultrajar con mi invencion
á quien yo no habia visto;
y, en fin, si de esta manera
no queda usted satisfecho,

riñamos cuando usted quiera; que á nadie escondo mi pecho.

Pedro. Basta; excusemos la lid, que me temo un *quid pro quo* si se sabe por Madrid la causa de que nació; y algunos cambiando el freno dirán tal vez, buen regalo!, que es usted Corvina el bueno, y yo soy Corvina el malo.— Mas me remueve la ira otro agravio muy reciente.

Leoncio. Cuál es?

Pedro. Yo amo á Casimira.

Leoncio. Yo tambien.

Pedro. Perfectamente. Pero ese adorado encanto siendo ingrata á mis desvelos le ama á usted.

Leoncio. Cierto.

Pedro. Y por tanto... yo estoy que rabio de celos.

Leoncio. Mal hecho. Ya no disputo la novia; ántes bien me obligo á ceder el usufruto....

Pedro. Gracias, mil gracias, amigo! Yo no me trago esa torta. ¡Despues que he visto á los dos abrazarse.....

Leoncio. Eso no importa.

Pedro. Que no importa? Voto á bríos!... Hay mayor iniquidad?

Leoncio. Pero.....

Pedro. (Agarraria un palo.....) ¡Atroz inmoralidad digna de Corvina..... el malo!

Leoncio. No hay aquí objeto de riña, ni inmoralidad, ni afrenta. Agrade usted á la niña y déjelo por mi cuenta.

Pedro. ¿Qué enigma.....

Leoncio. No me está bien descifrarlo por ahora si no lo permite.....

Pedro. Quién?

[Sale la Marquesa de la habitacion de la derecha.]

Leoncio. Justamente..... esa señora.

ESCENA IX.

D. LEONCIO. LA MARQUESA. D. PEDRO.

Marq. Muy buenas noches.

Pedro. [Con seriedad.] Felices.

Leoncio. [Á la Marquesa.] Tenemos aquí un negocio pendiente..... ¿Permite usted que yo disponga á mi modo de la mano de..... su hija?

Marq. Sí, señor. Yo no me opongo á un derecho tan legítimo.

Pedro. (Ya comprendo. El don Leoncio se va á casar con la madre.... Y abraza á la hija! Monstruo!!!) ¿Sabe usted, oh prima! á quién traspasa de motu proprio su materna autoridad? ¿Sabe usted que es el demonio ese hombre?

Marq. Señor don Pedro, yo he menester.....; me es forzoso hacer á usted una triste revelacion.

Pedro. (Otro embrollo?)

Marq. Es un doloroso arcano que ha muchos años escondo en mi corazon.

Pedro. ¿Qué escucho!

Marq. Secreto infausto que es tósigo de mi vida, y sin embargo sin valor me reconozco para decírselo á usted de palabra y rostro á rostro.

Pedro. Pero, señora..... (Sin duda es algun pecado gordo.)

Marq. Éntre usted en aquel cuarto de la derecha. (Ah qué oprobio!) En la mesa hay una carta donde lo declaro todo, y otros papeles de mucho interes.....

Pedro. (Yo estoy absorto!)

Marq. Lea usted..... ¡y compadezca á una desdichada!....

Pedro. ¿Cómo!.... Yo no atino..... En fin, iré..... (Hoy van á volverme loco.)

[Entra en la habitacion de la derecha.]

ESCENA X.

LA MARQUESA D. LEONCIO.

Marq. Ha venido Sebastiana?

Leoncio. Todavía no. Supongo que espera en mi casa...

Sebast. [Dentro.] Entremos...

Leoncio. Pero ¿no es su voz la que oigo?

ESCENA XI.

LA MARQUESA. D. LEONCIO. SEBASTIANA. EULALIA.

Sebast. Aquí está! aquí está!

[Echándose en los brazos de don Leoncio.]

Bien mio!

Leoncio. [Con despego.]

Oh!....

Sebast. Abraza á esa criatura!

Leoncio. Yo! Á quién?....

Sebast. [Á *Eulalia.*] Abraza á tu padre!

Eulalia. [Abrazando á *D. Leoncio.*]

Padre mio!

Marq. ¿Usted se burla, señora!

Sebast. Ah, no!

Leoncio. ¿Qué tramoya es esta?

Eulalia. Padre!

Sebast. Ninguna.

Leoncio. Pariste acaso dos hijas?

Marq. No es Casimira la suya?

Sebast. No!

Leoncio. Esta es la jóven que, llena de modestia y de dulzura, se me apareció esta tarde en el jardín.

Eulalia. Sí. Oh fortuna!

Sebast. [Hablando con ansiedad y precipitación.]

Oídme. El error fué mio. Miétras yo volaba en busca del padre, dejé á la niña sentada junto á unas murtas en el jardín, con encargo de esperarme... Em... Se me anudan las palabras.... Em..... La chica por no presenciar locuras amorosas, viendo á un hombre, en la casa se refugia, según me contó despues; cuando yo vuelvo está á oscuras el jardín; oigo una voz femenina que articula acentos de amor; responde otra voz viril, robusta: « lo juro á fe de Leoncio Monturjo;» no bien pronuncia ese nombre que servía á mis pesquisas de brújula, él es! exclamo, y creyendo, tanto me cegó la furia!, que es la hija de mis entrañas á quien conquistar procura, me abalanzo á él y á ella, y grito como energúmena, y hago presa de Leoncio, y la cómplice se fuga, y..... Tú sabes lo demas.

[Á la Marquesa.]

Permítame usted que escupa.

Leoncio. Marquesa!

Marq. ¿Era Casimira

la que usted oyó....

Sebast. Sin duda.

Marq. Y yo, engañada por mil

indicios y conjeturas, creí que usted me entregó en vez de mi hija difunta á la de usted.

Sebast. No, señora!

En medio de mi amargura, mi noble orgullo materno no hubiera sufrido nunca que otra mujer me usurpase mis derechos, mis augustas funciones. Tengo yo una alma, aunque ilustre no es mi cuna, más elevada, más grande de lo que usted se figura. Sí, yo preferí criarla humilde, pobre y oscura con los escasos ahorros de mi sangre y de mi industria; pero mia, sólo mia!; y aunque pude, más astuta que honrada, hacerla heredar los bienes que otra disfruta, no hay mayor bien para mí que una alma inocente y pura; y mal reprimidos celos abierto hubieran mi tumba si ella hubiera dividido, ¡ella, mi consuelo, mi única esperanza!, sus caricias con usted ni con ninguna.

Eulalia. [Abrazándola.]

Oh, madre mia!

Leoncio. (¡ Sublime mujer!.... Pero ¡tan vetusta!....)

Marq. Ah, Sebastiana! ¡Qué herida ha abierto usted tan profunda en mi corazón!

Sebast. Señora, no he querido hacer injuria á nadie.—Perdone usted á mi larga desventura ese involuntario arranque de materno amor.—Oculta la tuve luego á mi lado y, á pesar de mi ternura, no osaba decir á un ángel: yo á quien sagrada coyunda no absuelve de su flaqueza, soy tu madre, y el que nubla mis ojos en lloro amargo, padre cruel, ¡te repulsa, te abandona!

Leoncio. No, jamás! Si es cierto lo que me anuncian tu lengua.... y mi corazón.....

Sebast. Una madre te lo jura, y pruebas tengo, papeles.... Mas si mi llanto recusas, si ya la naturaleza

no te mueve, no te impulsa....

Leoncio. Sí, me conmueve una dulce sensación que nunca, oh! nunca

lació en mi seno, y no puede hablar una madre intrusa, cual tú has hablado.

[*Abraza otra vez á Eulalia.*]

Hija mia!

Eulalia. Padre amado!

Marq. (Su ventura envidio.)

Sebast. *Gloria in excelsis.....*

Gloria á Dios en las alturas.

Ahora, querido esposo.....

Pero ¿qué veo? Repugnas

mirarme, tuerces el gesto.....

Leoncio. (¡Es tan vieja y tan lechuza.....)

Sebastiana, mi deber

confieso, mas..... disimula.....

Yo no sé cómo decirte.....

Sebast. Me destronas!.... Me repudias!....

Leoncio. Yo reconozco á tu hija.

Qué más quieres? (Tanta arruga!....)

No convienen nuestros genios.....

Figúrate que eres viuda.....

Yo te daré cuanto quieras;

dinero,.... joyas.....

Sebast. ; Me insultas

de ese modo! Ay! ¿es posible

que así tu promesa cumplas!

Mori me denique cogis!

Tú me abres la sepultura!

Eulalia. Padre!

Marq. Señor don Leoncio!....

Leoncio. (Eh! ¡Si es una boda absurda.....)

Sebast. Callas!.... ¡Infel, porque yo

declino...., tú no conjugas!....

No importa. Sé para Eulalia

padre amoroso, y te indulta

mi corazón resignado,

y *stat voluntas tua.*

Yo tambien seré dichosa,

ya que digna no me juzgas

de tu mano, si á lo ménos

sufres que vivamos juntas.....,

aunque el título de esposa

cambie en el de esclava tuya,

[*Llorando.*]

¡aunque tenga que esconderme

para besarla! Es la última

merced que te pido, ingrato.

Mátame si la rehusas!

Eulalia. Oh! no será tan cruel

mi padre amado. Si funda

su dicha en mí, no querrá

darme una madrastra adusta.

No será víctima triste

de una afrentosa repulsa

la pobre mujer que á costa

de mil afanes y angustias

le ha conservado una hija;

y, si tal es su conducta,

yo no le amaré.

[*Abrazando á Sebastiana.*]

Á usted sola

consagraré mi ternura.

Leoncio. Eulalia!.... (Ya se me saltan

las lágrimas. Vaya, ¡es mucha

crisis la mia! El deber

por un lado me estimula;

por otro..... ese frontispicio.....

Mi amor propio escaramuza

con el ajeno..... Eh, qué diablo!

Hagamos un dia alguna

cosa buena, y mas que luégo

me silben en las tertulias.)

[*Aparte las tres mujeres.*]

Sebast. Vacila.....

Eulalia. Calla.....

Marq. Medita.....

Sebast. Ay Dios!....

Eulalia. Me mira.....

Sebast. Calcula.....

Leoncio. (Ea pues, cierro los ojos

y abro el corazón.) Tú triunfas!

He aquí mi mano.

Sebast. [*Tomándola.*] Oh delicia!

Eulalia. Oh buen Dios!

Sebast. ; Oh *non plus ultra*

del placer!

Marq. Bien, don Leoncio!

Leoncio. [*Á Sebastiana.*]

Tu pasión heroica, hercúlea

merece esta recompensa

(y este castigo mis culpas!)

Venid las dos; abrazadme;

nuestras lágrimas confunda

el gozo.

Eulalia. Padre!

Sebast. Monturjo!

Marq. (Y quién las mias enjuga!)

ESCENA XII.

LA MARQUESA. SEBASTIANA. EULALIA.

D. LEONCIO. D. PEDRO.

Pedro. ¡Prima....

Marq. [*Quiere echarse á los piés de D. Pedro, y él la recibe en sus brazos.*]

Ah, don Pedro!

Pedro. Detente!...

Mas ¿qué miro! Ese maestro

abrazá á diestro y siniestro

á toda mujer viviente.

Leoncio. El paterno amor me excusa.

[*Mostrando á Eulalia.*]

Sebast. Es mi hija.
Es mi marido!
Pedro. [Á la Marquesa en voz baja.]
¿Conque es decir que ha salido
la otra chica..... de la inclusa!
[La Marquesa baja los ojos.]
Buen ánimo, voto á bríos!
Has sido más desgraciada
que culpable.
Marq. Ah!....
Pedro. [Interrumpiéndola.] Chito! Nada!....
Quédese esto entre los dos.
Leoncio. Si á Casimira abracé
fué un error involuntario.....
Pedro. No siendo ya mi adversario;
á qué se disculpa usted?

[Aparte con la Marquesa.]

Ya á casarme no me allano,
aunque me hiele en invierno;
pero si no soy tu yerno,
qué importa? Seré tu hermano.
Marq. Qué bondad!
Pedro. La niña es bella,
pero ignoro su extraccion,
y, hazte cargo, no es razon
que ya me case con ella;
porque ¿cómo se concilia.....
Imposible! ¿Quién se atreve.....
Es negocio, en fin, que debe
tratarse..... con la familia.

ESCENA ÚLTIMA.

LA MARQUESA. SEBASTIANA. EULALIA.
D. LEONCIO. D. PEDRO. CASIMIRA.

Casimir. (Me cansaba de estar sola.....)
Pedro. [Aparte con la Marquesa.]
Aquí está la pobrecilla.
Marq. Ah! Su presencia me humilla.
Pedro. Por qué?
Casimir. (Hay concilio? Hola, hola!
Yo no sé á quién me dirija.....)
Leoncio. [Aparte con Sebastiana y Eulalia.]
Infeliz!
Sebast. ¿Me da un pesar.....
Pedro. [Después de una breve pausa. en que
todos se miran unos á otros.]
Es á mí á quien toca hablar?
[Á Casimira.]
Grandes novedades, hija!

Casimir. ¿Cómo! ¿Qué.....
Pedro. Ese ciudadano
tu esposo no puede ser,
porque tiene ya mujer.
Casimir. Sí, señor, ya sé que en vano.....
Pedro. Yo..... tampoco.
Casimir. Y por qué, tío?
Pedro. Porque moriré soltero.
Casimir. (Qué idea!.....)
Pedro. Y porque prefiero
ser tu padre.
Casimir. Padre mio?
¿Usted tambien.... ¡Ay María
santísima!.... Hoy pierdo el seso.....
Padre mio! Cómo es eso?
Pues.....

[Mostrando á D. Leoncio.]

Y el señor?

Leoncio. [Apretando la mano de Eulalia.]
Hija mia!

Casimir. [Desconcertada.]

Ah!....
Marq. No olvidaré jamás
ese noble rasgo.....
Pedro. Así
obra un veterano.

[Á Casimira.]

Sí,
mi hija adoptiva serás.

Casimir. [Asombrada.]

Pero.....
Pedro. Deja que yo hable.

[Á la Marquesa.]

Y usted no emigra, señora.....,
ó la seguimos.....

[Bajando la voz.]

Ahora
mando yo aquí.
Marq. Hombre admirable!
Sebast. ¿Qué escucho! Tan duro fallo
usted misma.....

Pedro. ¡Chit!.... Suplico
á usted..... Cerremos el pico;
que peor es meneallo.

Leoncio. Será eterno mi sigilo.....

Pedro. Bien! bien! Chit!...

Casimir. Yo me aturrullo,
y nunca he visto un barullo
tan..... así....., por este estilo.
Pedro. Desatóse al fin el nudo
y no hay para qué analices.....
Ya todos somos felices!

Todos. Sí!

Casimir. Y yo también?

Pedro. Sí.

Casimir. (Lo dudo!)

Pedro. [Mirando el reloj.]

El ayudante me espera.....

Adios!...

[*Todos le saludan, acompañándole hasta la puerta del foro.*]

Volveré, hija mía.

Casimir. Ah!... Tres padres en un día...., y ni un marido siquiera!

Pedro. [A Casimira, volviendo.]

Hija, hay cosas delicadas que uno... En fin, aunque lo sientas, este es un corte de cuentas.....

Casimir. [Alelada.]

Cuentas!....

Pedro. *Cuentas atrasadas.*

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

ÍNDICE.

	Páginas.
Don Fernando el Emplazado.....	7
Medidas extraordinarias, ó los parientes de mi mujer.....	47
Ella es él.....	63
El poeta y la beneficiada.....	75
El pro y el contra.....	91
El hombre pacífico.....	105
Flaquezas ministeriales.....	117
El qué dirán y el qué se me da á mí.....	157
Un día de campo ó el tutor y el amante.....	185
El novio y el concierto.....	219
No ganamos para sustos.....	233
Una vieja!.....	269
Vellido Dólfos.....	299
El pelo de la dehesa.....	331
Don Frutos en Belchite.....	365
Lances de carnaval.....	397
Pruebas de amor conyugal.....	409
El cuarto de hora.....	431
Dios los cria y ellos se juntan.....	463
Cuentas atrasadas.....	495

ERRATAS.

Página.	Columna.	Línea.	Dice.	Léase.
84	2. ^a	21	Esta	Está
106	1. ^a	60	hago	abro
206	2. ^a	9	fecha.	fecha
206	2. ^a	10	En	¿en
209	2. ^a	37	Vuélvese	Vuélvense
270	Nota.	»	reedicado	reedificado
395	2. ^a	17	Juana	¡ Juana
451	2. ^a	20	Mirarme	¡ Mirarme
473	2. ^a	33	uégo	luégo

